

VIAJE DRAMÁTICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.



Coloquio entre Byron y un patagon gigante.

VIAJE
DRAMATICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.

AVENTURAS DE LOS MÁS AFAMADOS VIAJEROS,

Colon, Vasco de Gama, Vespucio, Cortereal, Aranha, Cortés, Magallanes, Elcano, Pizarro, Almagro, Villoughby, Drake, Barentz, Bering, Hudson, Kotzebue, Bougainville, Mungo Park, Cook, Wilson, Lemaire, La Peyrouse. Ross, Dumont-D'Urville, etc., etc.,

Y

NAUFRAGIOS CÉLEBRES

EN

EUROPA, ÁFRICA, ASIA, OCEANÍA Y AMÉRICA;

aspecto y naturaleza de los países ménos conocidos;
historia, carácter y costumbres de los pueblos que los habitan,

SEGUN LAS RELACIONES MAS AUTORIZADAS DE TESTIGOS OCULARES,

ARREGLADO

por Adolfo Joarizti.



BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚMERO 12.

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro,
callejon entre los números 21 y 23.—1864.

PRÓLOGO.

Poned un mapa á la vista del hombre cuya razon no ha salido aun de la infancia, cuya inteligencia, no desarrollada todavía por el estudio, no tiene más fuerza que la suya propia; y decidle luego: *Esto es el mundo.* Una sonrisa de duda se dibujará en sus labios, en su fisonomía toda se pintará la incredulidad; y es que le será imposible concebir que haya podido el hombre fotografiar el globo inmenso que habita, y en el que ocupa solo un punto imperceptible, sin que sea mucho mayor el espacio que le es dado á sus sentidos descubrir de una vez.

Y más alta que la del hombre inculto, es la admiracion del pensador que, recorriendo las páginas de un atlas geográfico, ve retratadas hasta en sus detalles, en el corto espacio de algunos palmos, todas las partes del mundo, desde sus helados extremos polares hasta las abrasadas regiones del centro ecuatorial. Más sube de punto su admiracion y se convierte en entusiasmo, cuando uniendo al grabado el libro, ve desarrollarse ante él, desde su asiento, el universo entero, como un inmenso panorama, y pasar uno tras otro los pueblos todos de la tierra, presentándole sucesivamente su historia, sus costumbres, su carácter, su fisonomía, sus producciones, la naturaleza de sus terrenos, cuanto pudiera observar él mismo, y más aun, trasladado al lugar objeto de su atencion. Considera y admira entónces lo que puede y á lo que alcanza la humana inteligencia.

Pero resultados tan asombrosos no se han obtenido sin esfuerzos gigantescos, sin sacrificios inmensos. Son el fruto de la inteligencia unida de cien generaciones; son el producto de una lucha grandiosa de cien siglos del hombre con su pequeñez, de la humanidad con la naturaleza: lucha sublime cuyos héroes ven casi siempre eclipsada su gloria pura y benéfica ante la gloria sangrienta de otros héroes no más dignos por cierto de la veneracion de sus semejantes; lucha sorda, pero tenaz, eterna; cuyo objeto es la ciencia, cuyo fin es el bien de la humanidad entera, y cuyos mártires oscuros son desconocidos para aquellos mismos que

gozan del fruto de su sacrificio, sin cuidar poco ni mucho de conocer la historia de sus campañas, de sus sufrimientos y desgracias.

Ojea indiferente el curioso un mapa, en donde hay apénas un punto que no señale el sacrificio de una víctima; el comerciante busca y encuentra sin cansancio ni pena el país cuyos productos necesita y al cual puede mandar los suyos, sin atinar siquiera que cada uno de los datos que tan fácilmente encuentra, costó quizá la vida á un soldado de la ciencia: el marino surca tranquilo los mares puestos los ojos en la carta marina que con matemática precision le indica los escollos que pudieran serle funestos; y no advierte muchas veces que en aquellos escollos que sin trabajo evita, se estrellaron sus predecesores y son conocidos merced á una experiencia muy cara para los primeros que debieron adquirirla.

La historia de esa eterna guerra contra la ignorancia, con sus catástrofes, con sus dramas terribles é interesantes á la vez, es la que nos proponemos resumir en la coleccion de *aventuras de los viajeros* y *naufragios célebres*, recorriendo sucesivamente los lugares en que ocurrieron al rededor del mundo.

El naturalista, el médico, el filósofo, el marino, el artista encontrarán en ella provechosas lecciones, preciosos datos, saludable experiencia á poca costa adquirida, poderosos móviles del sentimiento é incentivos de la fantasía. Los casi increibles y variados sufrimientos soportados por algunos que pudieron escapar con vida de las más duras pruebas, permiten graduar la fuerza y resistencia de la naturaleza humana; los trastornos que en la parte moral del hombre producen los sufrimientos físicos, los instintos que desarrollan, el carácter variado en apariencia, quizá uniforme en el fondo, que ofrecen los pueblos salvajes, hijos rústicos de la naturaleza; los encontrados rasgos de barbarie y generosidad, de crueldad y magnanimidad, de heroísmo y pusilanimidad ofrecidos por el hombre en circunstancias parecidas, pudieran ayudar con su estudio al psicólogo á descubrir la gran ley moral que rige á la humanidad, cuya existencia tantos sospechan y todos ignoran.

El español, en fin, hallará escritos algunos nombres que merecen ser conocidos de sus conciudadanos más de lo que lo son, nombres que recuerdan á otros tantos personajes ilustres de esa eterna epopeya, y que la facilidad con que en España se olvida y descuida cuanto á su gloria atañe ha condenado á un deplorable olvido.

Ignoramos si bastará lo dicho para dar una idea del objeto que tiene y de la utilidad que ofrece el libro á que sirven estas líneas de prólogo; pero seguros estamos de que han de leerlo sin cansancio el varon estudioso y pensador que busca por do quiera alimento á su inteligencia reflexiva, y el hombre de sentimiento vivo é imaginacion ardiente, ansioso de emociones violentas, de cuadros brillantes, dramas terribles, escenas de ternura y contrastes sorprendentes: en suma, el filósofo y el poeta.

VIAJE
DRAMATICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.

EL POLO NORTE.

Las regiones polares del Norte deben ser, segun el plan que nos hemos trazado, el punto de partida desde el cual, bajando al Sur, emprendamos nuestro dramático viaje al rededor del mundo.

La descripcion de esos tristes parajes pudiera reducirse á dos palabras: *hielo* y *nieve;* pues no otra cosa se descubre en ellos, confundiéndose bajo un manto inmenso siempre blanco la tierra con el mar. Las islas que de cuando en cuando salpican aquellas aguas se distinguen poco de las montañas de hielo que en ellas flotan, y contra las cuales se han estrellado no pocas veces, cual pudieran estrellarse en un peñasco, los buques de los atrevidos navegantes que han osado penetrar en su misterioso recinto.

La muerte parece ser allí la única soberana; y sólo en parte le disputan su imperio los rengíferos y las zorras en la tierra firme, las ballenas y las focas en el mar, y el oso blanco que, cual si quisiera burlarse de la impotencia del hombre, navega sobre témpanos fluctuantes de una isla á otra con una seguridad que no puede adquirir el mejor de los marinos con su nave cargada de máquinas.

Algunos héroes, sin embargo, rebelándose contra la naturaleza misma, desafiando todos los obstáculos, arrostrando los más espantosos peligros se han lanzado hácia el polo; y aunque á muchos ha costado la vida su temeridad, los que les han sobrevivido han podido descubrir en medio de aquellos climas mortíferos y entre mil temibles escollos, algunos de los secretos cuyo conocimiento parecia para siempre estar vedado al hombre. La isla de Juan Mayen, el Spitzberg, la Nueva Zembla, las Siete Hermanas y más nos han sido reveladas; y aunque á los primeros que las visitaron cuando pudieron tocarlas les quedó apénas vida para ir á comunicar á sus conciudadanos sus descubrimientos, otros no mé-

nos osados les han sucedido guiados por las indicaciones de aquellos, y tras una serie de expediciones, todas fatales para muchos de los expedicionarios, hemos conseguido tener de ellas una idea, si no completa y exacta, mayor de lo que parecia posible esperar.

Al hablar de las regiones glaciales, no podemos ménos de acordarnos de la Islandia, la cual aunque fuera ya del círculo polar, está con él tocando y puede presentarse como el tipo, pero tipo privilegiado, de aquellas islas. En ella al ménos hay alguna vida; allí al ménos se descubre aun al hombre naturalizado en ella.

Tendamos pues, ántes de trasladarnos á las desiertas playas del Spitzberg, de Juan Mayen y de la Nueva Zembla, una rápida ojeada á esa famosa Islandia, uno de los países más terriblemente poéticos.

ISLANDIA.

La Islandia, *tierra de hielo*, con sus montañas, sus ventisqueros, sus volcanes, sus campos de lava, su aspecto triste y silvestre, ofrece á los ojos del viajero un espectáculo tan nuevo como sorprendente. Allí se alza el soberbio Jokull, con su ropaje de nieve y su picacho de hielo; allí se descubre el cráter cavernoso y sombrío con sus flancos enrojecidos aun por la llama que lo ha torturado; allí se ostentan las magníficas columnas de basalto levantándose unas sobre otras ó tendidas por el suelo cual vestigios de un edificio gigantesco; allí están las grutas profundas con sus bóvedas de cristal y sus paredes adornadas de preciosas estalactitas; allí los ricos manantiales de agua hirviente que rugiendo se lanzan al traves de torrentes y peñascos, despidiendo al paso torbellinos de vapor; allí las enormes grietas por las cuales aparece la tierra cual si quisiera con sus fauces abiertas tragarse al osado que la pisa; campos incultos y desiertos, llanuras sin término cubiertas de polvo, en las cuales levanta el huracan tolvaneras de amarillenta ceniza; colinas con faldas irregulares y cimas dentadas. El conjunto de esa fisonomía extraña é imponente, de una naturaleza salida apénas de violentas revoluciones, produce en el artista que la contempla una impresion singular que se refleja en las obras de cuantos han querido retratarla. El habitante de ese país lleva impresa en su rostro la expresion de seguridad y calma que caracteriza al hombre acostumbrado á vivir en medio de los peligros; las erupciones del Hecla, las tempestades del mar y sus miles de montañas de hielo han engendrado en el islandes, en el simple campesino, una especie de estoicismo entusiasta; y en estas emociones violentas, en las que ha educado y robustecido su corazon, debe buscarse el orígen del amor apasionado que profesa á su país. ¿Cuál si no pudiera ser la causa de ese amor? Cien veces atacado por el hambre, el frio y la miseria, ha visto su poblacion diezmada; cien veces, envuelto por ondas de lava, ha visto á su al rededor la desolacion y la muerte.

En la historia de ese pueblo abundan los años en que miles de personas han muerto de hambre á consecuencia de un invierno rigoroso; pero más terribles aun que los desastres de la carestía han sido los producidos por las erupciones volcánicas. Sin ir más allá del siglo diez y ocho, espanta considerar las tremendas catástrofes ocurridas sólo desde 1720 á 1785.

Desde 1720 á 1730 hubo en la parte meridional de la isla temblores de tierra y erupciones de volcanes casi continuos. En el Noreste, el Krable vomita un lago de fuego de dos leguas de latitud por cuatro de longitud; en el Sur, el Kotlugia arroja un torrente de agua que inunda un espacio de más de ocho leguas; tiembla luego la tierra, un ruido parecido al del trueno resuena en las entrañas de la montaña; la cúspide del cráter se inflama arrojando alternativamente masas de materias derretidas, globos de fuego, oleadas de agua.

De 1753 á 1755, el Skeidarar y el Kotlugia vomitaron toda clase de materias volcánicas.

En 1766, el Hecla abrió nuevamente sus entrañas; pero la más terrible de todas las erupciones fue la del Skaptan y del Fokull.

Era el año de 1785: el invierno habia sido muy templado; el año se anunciaba bajo los más favorables auspicios; sin embargo, á fines de mayo una ligera humareda que flotaba por la superficie del suelo llamó la atencion de cuantos conocian las tradiciones del pasado. Trascurrieron algunos dias, y empezaron á experimentarse temblores de tierra cada vez más violentos. El 8 de junio el cielo se conservaba aun despejado y la atmósfera pura; pero á las nueve de la noche, ó á la hora en que los dias anteriores las sacudidas habian sido más temibles, elevóse hácia el Norte una columna de humo que fué aumentando, y se dilató, acabando por extenderse sobre el distrito de Sida. A medida que avanzaba, la comarca se oscurecia, y cuando se elevó hácia el cielo, la tierra quedó de pronto inundada de cenizas parecidas á las del carbon vegetal. Al dia siguiente el viento del Sur contuvo aquella manga de arena; pero durante su trascurso se oyeron crujidos subterráneos semejantes al estampido del trueno, y al Norte se percibia otro rumor que pudiera confundirse con los mugidos de un rio caudaloso ó el hervor de una caldera inmensa.

A 10 de junio el Skapta, rio ancho y caudaloso que, bajando del Skapta-Fokull, regaba el distrito de Sida, se presentó muy subido; el 11 habia desaparecido completamente.

Al dia siguiente, en vez de las olas se vió saltar un torrente de fuego tal, que no cabia en el cauce del rio. En la noche del 14 al 15 dispertaron á los habitantes los truenos, los rayos y un estruendo tan horrible que al parecer las rocas estallaban. Por la mañana el rio de lava inundaba el valle con sus ondas ardientes y devoraba las habitaciones.

Más allá de una granja que acababa de consumir, se dividió en dos brazos, y por espacio de tres dias continuó su terrible carrera. Al llegar á cierto punto cayó de pronto sobre un bancal de lava formado desde mucho tiempo; pero aquella masa fria no pudo contenerlo: la derritió y arrastró consigo envolviéndola en sus olas.

El 19 de junio surge de la montaña un tercer torrente, se precipita sobre las ondas lanzadas por la última erupcion que empezaba á enfriarse, ar-

rastra en su curso rocas, cabañas é iglesias, se divide luego en dos brazos, y esparce por do quiera la muerte, la miseria y la desolacion.

Por espacio de más de un mes el cráter se abrió casi diariamente, la encendida lava saltó de aquel horno infernal, bajó al llano é inundó la comarca. Cada dia se extendia sobre una capa hirviente otra inflamada, y donde el viajero contemplaba poco ántes un valle verde y florido, eleváronse torbellinos de ceniza y montes de piedras calcinadas.

Sucedia á menudo que el rio inflamado saltaba del volcan tan repentinamente y se derrumbaba con tal velocidad, que la pobre gente tenia apénas tiempo para salvarse con lo más necesario.

Hasta aquí, sin embargo, sólo debian deplorarse los estragos producidos por el cráter al Oeste de Sida; pero en el mes de julio estalló otra erupcion en el Este; secóse un rio en su cauce, como el Skapta, y fue reemplazado por otro de fuego. La explosion de este volcan duró más que la del otro y se reprodujo en 1784.

Hé aquí pues, y aun muy reducido, el cuadro de las calamidades producidas por los volcanes en solo un siglo. Añádase á ellas los rigores de un frio intenso y prolongado, los estragos de mortíferas epidemias, y se comprenderá cómo una poblacion de más de cien mil almas se ha encontrado gradualmente reducida á cincuenta, sujeta por otra parte á las exigencias de un sistema comercial ruinoso. Volvamos empero á nuestro objeto, al estudio pintoresco de la naturaleza, del hombre y sus obras en Islandia.

Despues de reproducir en una serie de dibujos los diversos aspectos de lo que hemos mencionado, y que se refieren al efecto general, M. Mayen, apreciable pintor que visitó aquellos lugares agregado á una expedicion francesa, trató de reproducir sus detalles. Entre sus cuadros se encuentran la vista de una ciudad, la de una casa de campo en el centro de un valle, la de un parador de viajeros; más léjos una cascada, algunas cabañas desparramadas, una catarata, el labriego islandes apriscando sus ariscos caballos.

La tierra no está completamente desierta en todas partes, pues existen en ella hombres y animales; pero no se ven sembrados, ni bosques; á lo más algunos raquíticos troncos de abedul que arrastran por el suelo sus lacias ramas. Sin embargo, en algunas partes crece fresca y abundante grama con que se alimentan numerosos rebaños de caballos y ovejas.

De toda esta extension de tierra, mayor que la Dinamarca y el Holstein juntos, sola una tercera parte está poblada, la costa particularmente, el fondo de las bahías y algunos valles situados al pié de las montañas. Todas las habitaciones están dispersas á larga distancia una de otra; á los grupos de tres ó cuatro se les da el nombre de pueblo, y á los de más, el de ciudad. Reykiavik, capital de la isla, contiene unas ochocientas almas; Hafnarfiordur, Eyrarbacki, Eskifærdur contienen de sesenta á ochenta.

Más allá de esa línea de habitaciones muchas veces cortada que guarnecen las playas se encuentra á largas distancias algun verde cercado en que el pescador edifica su cabaña. Por espacio de dias enteros puede viajarse sin encontrar rastro de vida humana; allí no hay caminos, el caballo guia á su amo con instinto admirable.

Despues de varias excursiones (de ocho á novecientas leguas) hé aquí lo que escribió el ministro de marina M. Gaimard, presidente de la comision francesa enviada allá no há muchos años: «Tuvímos que atravesar numerosos rios anchos, rápidos y de fondo movible; arenales situados entre inmensos ventisqueros y el mar, que no ofrecian hojas ni yerbas para nuestros caballos, altas montañas, vastas llanuras sin habitacion alguna y muchas veces sin siquiera un sér animado, enteramente cubiertas de nieve, y en las cuales nos veíamos obligados á vivaquear; campos de lava cortados por profundas grietas, pantanos hondos y fangosos.»

En cuanto al islandes, el punto en que se ha mantenido á pesar de tantas circunstancias contrarias y tantas calamidades, nos prueba lo que pudiera hacer y el grado de perfeccion que alcanzaria ayudado por una naturaleza más benigna. Los trajes de las mujeres particularmente son en extremo graciosos, tanto que hasta en los países del lujo y de la moda serian considerados como elegantes y de buen gusto. El interior de las casas, aunque dispuestas con sencillez, revela un conocimiento claro de las leyes arquitectónicas. ¡Qué diferencia tan inmensa se nota desde luego entre la habitacion del islandes y la del lapon, por ejemplo! aquella denota la confraternidad con la Europa civilizada; esta, que se reduce á una especie de gazapera ventilada, no recuerda ninguna de las formas de la morada humana.

La expresion del rostro en el islandes es la de la flor de los pueblos del Norte. El jóven islandes, Gudmundur Sivertsen, conducido á Francia por Gaimard, y luego médico militar, sería considerado en todos los países como un hombre de organizacion notable. Varias veces, dice un escritor frances, he tenido ocasion de examinar su cabeza, la cual me ha parecido siempre de proporciones armónicas; el desarrollo de las partes anteriores y superiores, asiento de la inteligencia y de los sentimientos, le habilita para recibir en abundancia las luces de la ciencia y de una noble educacion. Este mozo lo he juzgado siempre capaz de inspirar estimacion y simpatía hácia sus compatriotas y el deseo de conocer su tierra.

Tal es el tipo de los habitantes actuales de Islandia. ¿Cuáles fueron sus primitivos moradores? ¿Quién descubrió su ingrato suelo? El orígen de los pobladores de Islandia se pierde en la oscuridad de los tiempos, y la época de su descubrimiento no ha podido aun fijarse con exactitud. Algunos autores han creido que fue conocida de los romanos que la designaban con el nombre de *Ultima Thule;* pero semejante opinion poco fundada y ménos verosímil, pues no es probable que los señores del mundo antiguo llevaran tan léjos sus excursiones, ha sido refutada por la mayor parte de los escritores.

La Islandia, pues, fue un país desconocido para los habitantes del continente hasta que en 861 la descubrió uno de aquellos hombres de hierro que, fiados en el amparo de sus terribles y sombrías divinidades, sin más guia que las estrellas ni más recursos que su indomable valor, se arrojaban al mar en frágiles esquifes en busca de aventuras y pillaje. El pirata noruego Naddod fue quien primero abordó en aquellas playas, y bautizó, no sin razon, la isla con el nombre de *Sneeland,* tierra de nieve. Muchos siguieron las huellas de Naddod y visitaron la Islandia, formando en ella colonias, siendo

la más importante la de algunos normandos nómadas al mando de Ingalf.

En cuanto á los habitantes de Islandia anteriores á Naddod, poco se sabe y nada puede decirse con certeza, como no sea que el pirata la encontró poblada.

Las antiguas crónicas islandesas, aunque pocas hablan de una época que se remonta á doscientos cincuenta años ántes de Jesucristo, son poco dignas de crédito y sus datos casi siempre puramente mitológicos. Segun ellos, los primeros pobladores fueron los *jotnes* (gigantes), los *thoures* (magos) y los *ases* que vencieron y casi exterminaron á los primeros. Esto pudiera hacer creer con algun fundamento que Islandia fue, como otras islas, víctima allá en tiempos remotos de distintas invasiones de las tribus errantes y aventureras de los escandinavos, y algunos opinan que la raza lapona fue la primitiva dueña de la isla y que la irrupcion sucesiva de las distintas tribus del Norte es lo que ha dado lugar á todas esas tradiciones de los *gigantes*, de los *magos* y *ases*. Sea como fuere, Naddod debe considerarse como el descubridor de la Islandia, pues aun cuando le precedieran otros en su ruta, habian perdido la memoria de sus expediciones y borrado la estela de sus naves.

Pasemos al

SPITZBERG.

Cambia la escena: sin hombres que estudiar, ni siquiera los animales ordinarios compañeros de sus trabajos y placeres, Spitzberg es la morada de los hielos, de las negras escarchas, atravesándolo el hombre rara vez, y casi siempre de largo. Los primeros que lo pisaron no pudieron regresar á su país. El capitan inglés Hugo Willoughby, que lo descubrió en 1553, sorprendido por los frios, murió helado con toda su tripulacion en aquellas latitudes. Más afortunado sin embargo que otros varios, su muerte ha sido cantada por los poetas de su patria. El barco ballenero deposita allí de tarde en tarde los restos mortales de algun pescador y los corona con una cruz. Ultimamente se establecieron en Spitzberg unos treinta noruegos y lapones para dedicarse á la caza de zorras y otros animales cuyas pieles son bastante apreciadas; pero esa mísera colonia que necesita para vivir que sus compatriotas les remitan provisiones durante el verano, ha de renovarse anualmente á pesar de que los que la componen son hijos ya de comarcas poco más favorecidas que aquellas y que se ha procurado rodearles de todas las comodidades posibles.

En 1838 y 1839, una comision científica que iba en la corbeta *Recherche*, mandada por el capitan Jabeire, fué á explorár aquellas regiones polares; penetró hasta los 80 grados y fondeó en *Magdalenabay*, uno de los puntos más tristes, agrestes y pintorescos de aquella desolada tierra. Así era como miéntras nuevas exploraciones iban á completar los conocimientos que se tenian

de las regiones del polo Norte, el vice-almirante frances Dumont d'Urville exploraba el polo Sur y descubria la Adelia: por una y otra parte, y á un tiempo, atrevidos navegantes buscaban en los dos extremos del globo nuevas luces sobre el sistema del mundo.

Echada el áncora en la bahía de la Magdalena, ¡cuán admirable espectáculo se ofreció á sus ojos! Por todas partes montañas verticalmente cortadas, cimas dentadas, rocas negras y húmedas surcadas por anchos arroyos de nieve que se desprenden de las cumbres; grandes ventisqueros cuyos costados parecen azotados por las olas, combatidos del viento y agrietados por el calor, se asemejan á titánicas murallas aportilladas por el cañon; un vastísimo manto de nieve que se extiende á lo léjos como una larga carretera entre las montañas; y al rededor, como un inmenso cuadro, el mar con sus olas agitadas por la tempestad y sus peñascos de hielo arrastrados por el viento.

Entre los dibujos recogidos por Mayen en el Sur del Spitzberg se encuentra un panorama de la bahía de Bell Sound, uno de los costados del Spitzberg sembrado de pequeñas eminencias sobre las cuales se elevan varias cruces, formando un extraño cementerio, cuyos huesos asoman en desórden á la superficie de las fosas que los contienen. Las nieves al derretirse, los torrentes que se despeñan sin direccion de la montaña se han llevado la parte más ligera del suelo, y los restos humanos se levantan como una amenaza del seno de aquella tierra maldita.

La coleccion de Sauverge ofrece el Spitzberg bajo otro aspecto; representa el Norte de la bahía de la Magdalena, donde sólo se ven ventisqueros, nieve, rocas y montañas de hielo sin término. A medida que la vista recorre aquellas soledades, el ánimo se entristece y aterroriza ante semejante desolacion. Agradable descanso es entónces seguir en un hermoso cuadro los movimientos y esfuerzos de los viajeros que escalan la montaña armados de largos palos herrados, ó bien contemplar en el pelado pico las tiendas de los sabios, el observatorio magnético en que, á pesar de los rigores del frio, los bravos soldados de la ciencia continúan sus experimentos.

La mente del que se encuentra en el Spitzberg se traslada con sentimiento á Islandia; allí al ménos, de cuando en cuando encuéntranse verdes praderas; pero aquí nada se le parece: un musgo negro, húmedo y sin raíces se desprende en cuanto se pisa; alguna vez una francesilla amarillenta, alguna amapola blanca, alguna saxífraga floja, un líquen sin raíz y encapotado de hielo, parecen como arrojados allí por casualidad.

Aquella tierra, por cuya posesion han perecido tantos y tan intrépidos marinos, tantos y tan bravos soldados, la conocemos al fin bajo sus diversos aspectos, quedándonos su recuerdo como un monumento de la infatigable curiosidad humana; reciban aquellos viajeros el tributo de nuestra admiracion por su valor y perseverancia.

Y esa admiracion es merecida, porque admirable es el valor de los que se han atrevido, sin guia, sin conocimiento de la situacion en que se colocaban, á aventurarse en parajes donde por do quiera se presenta la muerte como una constante amenaza; y no la muerte pronta, sin recelo ni agonía, que destruye al soldado sin advertirle, sino la lenta, rodeada de los sufrimientos y penalidades que se revelan en la siguiente

HISTORIA

DE

CUATRO MARINEROS RUSOS

abandonados en las islas de Spitzberg.

Un mercader de Mesen, ciudad de la provincia de Yugovia, gobierno ó distrito de Arcángel, equipó en 1743 un buque para la pesca de la ballena en las costas del Spitzberg. Catorce hombres lo tripulaban.

Durante los ocho primeros dias la navegacion fue muy feliz; pero al noveno cambió el viento y el Oeste sopló con tal fuerza que el buque se vió forzado á dirigirse hácia el Este, encontrándose inopinadamente á la vista de las costas del Spitzberg. Poco tardó en verse rodeado de hielos, de tal modo que se creyó por un momento que iban á aplastarlo: resistió sin embargo la presion de aquellos peñascos impelidos por el viento y las corrientes, y que resbalando en confuso tropel se amontonaban al rededor de la nave.

Libres ya de este primer peligro, nuestros náutas se encontraron luego encerrados en medio de un gran banco de hielo cuya extension se confundia en el horizonte. El poder humano era incapaz de evitar aquella inamovilidad forzada, y fue por lo mismo necesario resignarse á esperar que el mar se liquidase, lo cual podia muy bien no suceder hasta al cabo de mucho tiempo y aplazar por lo tanto para el año siguiente la salvacion de los navegantes.

El contramaestre Alejo Himkoff se acordó entónces de haber oido referir que unos habitantes de Mesen habian edificado años atras una cabaña al abrigo de la cual pudieron pasar el invierno en aquella tierra inhospitalaria. La esperanza de encontrarla reanimó el valor de todos, y se decidió abandonar el buque si lograban dar con ella. La suerte designó á cuatro hombres para ir á descubrirla, y fueron Alejo Himkoff, Estéban Scharofof, Teodoro Waraguen y un ahijado del contramaestre. Proveyéronse desde luego de cuanto les era necesario para preservarse del frio y hambre, pues debian atravesar una distancia considerable sobre los hielos flotantes que las olas agitaban haciendo sumamente difícil y peligroso el tránsito por aquella dilatada llanura on-



En vano buscaron su buque, el mar estaba raso y nada se distinguia sobre las olas.

dulante. Con todo, llegaron á tierra felizmente, y encontraron la cabaña á media legua de la costa. Hallábase en muy mal estado á consecuencia de la intemperie; pero no tuvieron más recurso que pasar en ella la noche, durante la cual el frio les atormentó tanto, que debieron estar continuamente en movimiento hasta que llegó el dia. Por dicha las noches son en verano cortísimas, pues dos horas despues de puesto el sol volvió á aparecer en el horizonte y con él la esperanza en los cuatro marineros, abatidos ya por los sufrimientos y la influencia de ideas sombrías que la oscuridad siempre acrecienta.

Repuestos apénas un tanto, salen de su retiro y acuden á la orilla; llegados al punto en que la víspera habian tocado tierra, en vano buscan con los ojos el buque; el mar estaba raso, y nada se distinguia sobre la superficie: una llanura de agua se extendia sin término á su vista.

Un violento huracan Este habia dispersado los hielos durante la noche, y el buque aplastado por ellos debió hundirse en el abismo, pues nunca más se supo de él.

¿Era preferible la situacion de esos cuatro rusos á la de sus desdichados compañeros? Nadie habrá que á primera vista no prefiriese ser de los que dejaron de existir. Una muerte próxima y terrible precedida de espantosos sufrimientos era la inevitable perspectiva que se ofrecia á los que en tierra quedaban.

El primer impulso de esos desdichados fue la desesperacion; pero el deseo de vivir infundióles energía y esperanza. Entregáronse á la clemencia de Dios, y, resignados á someterse á su voluntad, resolvieron hacer cuanto en ellos cupiese para merecer sus favores. Empezaron desde luego por recomponer un tanto la cabaña, y taparon las rendijas con el musgo que abundaba á su alrededor, lo cual era muy urgente, pues hubiera sido fácil perecer de frio al dormirse.

Sin embargo, por bien cerrada que la habitacion estuviese, necesitábase fuego para resistir la eterna escarcha de aquel suelo de nieve y hielo; mas todo en torno era esterilidad espantosa. Aquella tierra no produce árboles ni malezas, y era evidente para ellos que su destino les condenaba á morir helados tan luego como las noches fuesen más largas y por consiguiente más frias. Sumidos en tan tristes reflexiones vagaban por la orilla del mar, único punto que les recordaba su esperanza, cuando descubrieron restos de un buque y troncos de árboles arrancados por los rios de Asia, Europa y América, que confunden sus aguas en el mar Glacial ártico.

Con este descubrimiento tuvieron abundante leña; algunos maderos, restos de buques, les proporcionaron clavos y varios pedazos de hierro que les fueron de suma utilidad. Al salir de la nave se habian llevado un fusil y pólvora que confiaron al más diestro de la comitiva, suplicándole, previendo lo que pudiera suceder, que no disparase sino á tiro seguro. El cazador fue digno de la confianza de sus desdichados compañeros: doce cargas tenian que les valieron otros tantos rengíferos. Pero por cuidado que tuvieran en economizar los víveres, no tardaron en consumirlos. Los cuatro infelices volvieron á mirar con espanto al rededor. Sin más esperanza que la muy vaga y remota de encontrar algun recurso imprevisto, recorrieron la playa y todos los puntos accesibles de la isla; pero el tiempo pasaba, la estacion del verano, tan breve en el Spitz-

berg, avanzaba; las nieves se derretian en los valles; los torrentes arrastraban los hielos de la playa, miéntras que las alturas ofrecian el aspecto del invierno. Algunas plantas de ninguna utilidad florecian y se apresuraban á dar el fruto, que maduraba en pocos dias. En aquel triste clima parece como que la vida se apresura á gozar de un triunfo efímero, pues la muerte reina en él como soberano absoluto.

Durante sus cortos instantes de fecundidad, la tierra desembarazada de nieve se cubre de un musgo magnífico, espeso y abundante, del cual se alimentan los rengíferos (1). Los osos blancos vagan casi siempre al rededor de las manadas de esos animales que les escapan fácilmente merced á la ligereza de su carrera; pero nuestros marinos carecian hasta del recurso de la fuga, por lo cual debian estar en continua vigilancia para no ser presa de aquellas fieras.

Con el auxilio de un garfio que habian encontrado en un palo de buque que el mar arrojara á la isla, desenterraron una raíz larga y flexible con la cual trataron de formar un arco, perfeccionando su forma con los cuchillos; mas les faltaba la cuerda, y desgraciadamente la idea de proporcionarse un arma de esta clase no les habia ocurrido cuando abundaban los rengíferos, pues entónces les hubiera sido muy posible procurársela haciendo una con nervios ó tripas. Abandonaron pues el proyecto.

Trataron luego de proporcionarse una lanza para defenderse de los osos blancos ó atacarlos si convenia, pues era más fácil acercarse á esos animales que á los rengíferos, que huian tan luego como los divisaban; miéntras que los osos, casi siempre hambrientos, vagaban á cada instante por las inmediaciones. Pero ¿cómo labrar sin tenazas ni martillo el hierro que la Providencia les deparaba? Esta primera dificultad exigió varios dias de ensayo. Cogieron primero una gran piedra ancha y lisa para que les sirviera de yunque; buscaron luego con sumo cuidado un pedazo de basalto que pudiera hacer las veces de martillo; trasformaron en tenazas un par de cuernos de rengífero, y enrojeciendo el garfio en el fuego, lo enderezaron, le afilaron la punta y enhestaron por medio de una tira de piel de rengífero al extremo de un varejon ó rama de árbol depositado en la playa por la marejada.

Al cabo de algun tiempo adquirieron los elementos necesarios para fabricar otra lanza. Recórrieron entónces los valles cazando al acecho las zorras azules y los rengíferos; pero este género de caza les fue poco productiva, y sin la proporcion de atacar á los osos blancos que osaban esperarles. sus armas indudablemente les fueran de escasa utilidad, y la muerte hubiera sido su único refugio contra los tormentos del hambre.

Prolongado y peligroso fue su primer combate; pero consiguieron al fin rendir al oso atacándolo por todas partes: de frente con las lanzas, por detras y por los costados con los cuchillos. Esta primera victoria reanimó su espíritu é inspiróles agradecimiento hácia Dios, á quien dieron gracias por el gran beneficio que les otorgara. La fiera fue trasladada á la cabaña para desollarla; disecaron luego minuciosamente sus carnes, cortando las tiras muy delgadas, es-

(1) Para la descripcion del rengífero véase más adelante *La Laponia y sus habitantes.*

puestas á la corriente del aire y depositaron luego tan preciosas provisiones fuera del alcance de los osos y de las zorras. El olor de esos despojos era sin embargo un cebo que atraia en número considerable aquellas fieras, y esta circunstancia les facilitó el poder matar muchas de ellas. Pero sólo el hambre, sólo la necesidad inflexible podia darles la paciencia inmensa que tan arriesgada caza requeria. Para atacarlos era necesario aguardar ántes y por largo tiempo á que, fatigados los osos de dar vueltas al rededor de la cabaña, se retirasen y dispersaran, y sólo entónces podian los náufragos embestir contra el que más pertinaz era el último en abandonar el puesto, pues hubiera sido imprudencia sobrada arremeter con uno en presencia de los demas.

Al destazar el primer oso blanco que consiguieron rendir, observaron que los tendones se divídian en filamentos muy delgados; observacion que hizo renacer en ellos la primitiva idea de fabricar arcos. Pusiéronse por lo tanto inmediatamente á forjar clavos, los sujetaron despues á unos palos por medio de fuertes ligaduras, y rodearon el opuesto extremo con plumas de aves marinas (1). Obtenida la flecha, faltóles aun el arco, pero lo labraron muy luego con algunos pedazos de madera arrojados á la costa. Desde entónces perdieron el temor de morir de hambre ó devorados por los osos, su único recurso, en las arriesgadas luchas que con ellos habian de sostener.

Los primeros rengíferos que encontraron sucumbieron bajo sus flechas, pasando de doscientos cincuenta los que mataron durante su permanencia en Spitzberg. En cuanto á las zorras no dieron en contarlas por ser inmenso el número de las que recogieron. Trascurrido algun tiempo observaron que las morsas en el verano frecuentaban aquellas playas, y resolvieron darles caza, para lo cual se les acercaban miéntras dormian y las mataban á lanzadas (2).

Al aproximarse el invierno, los osos se pusieron más feroces, pues á medida que el frio aumentaba y el mar se cubria de hielo, les era más difícil zambullirse en el agua para perseguir á los peces que emigraban al Sur y progresivamente escaseaban. Hostigadas por el hambre aquellas fieras atacaban á los náufragos hasta en su choza, y estos mataron muchas defendiendo sus propias vidas.

Antes que la oscuridad llegase á ser permanente los rusos idearon el medio de procurarse luz durante las eternas tinieblas del invierno. Tras mucho discurrir y buscar encontraron al fin una especie de arcilla con la que labraron una lámpara que llenaron con grasa de rengífero, colocando luego en el centro una mecha de estropajo; pero rezumóse la grasa al derretirse escapándose al traves de la lámpara, que vino á ser inútil, y fue por lo tanto necesario hacer otra. Elaborada ya, colocáronla en el fuego hasta ponerla roja, y en tal estado la sumergieron en el calentador donde hirvieran ántes agua y harina (restos de la que se llevaron del buque). Este procedimiento produjo el efecto deseado, pues la grasa no traspiró. Perfeccionaron sin embargo el invento al construir la tercera lámpa-

(1) Los despojos de estas aves abundan siempre en las orillas del mar.

(2) *Morsa—bestia del diente grande*, etc.—En el tercer viaje de Cook hay una lámina que la representa.

Es el *trichechas rosmarus* de Linneo. Es animal que se parece á la foca por el conjunto de su organizacion, y se alimenta particularmente de unas plantas marítimas conocidas con el nombre de *fucus*.

ra amasando la arcilla con una mezcla de engrudo y filamentos y enjalbegándola luego con cierto barniz. Recogieron entónces con gran cuidado la harina que les quedaba para destinarla á tan importante objeto, y como en las orillas del mar habian dado con algunos copos de estopa, de la que se usa para reparar los buques, con ellos hicieron mechas. Cuando la estopa empezó á faltarles, pues la lámpara debió arder seis meses consecutivos, la reemplazaron con tiras de sus camisas y calzones. Inútil es decir que tiempo hacia que los rusos se cubrian con pieles de rengífero y de zorra.

El medio de que se valian para preparar estas pieles es el siguiente: ponian las de rengífero en agua fria durante algunos dias, hasta que el pelo caia fácilmente; luego frotaban los cueros hasta enjugarlos y los suavizaban despues con fricciones de sebo. Un pedazo de clavo hacia las veces de aguja y los nervios más delgados del rengífero servian de hilo.

Así fue cómo aquellos desgraciados con su valor y su ingenio vencieron los innumerables obstáculos que la falta casi absoluta de todo lo necesario y el rigor del clima oponian á la conservacion de su existencia. Aunque preservados de una muerte inmediata, sólo con espanto podian sin embargo mirar al porvenir. Sus trabajos y sus peligros se renovaban diariamente: ¿qué suerte les era dado esperar el dia que las enfermedades abatiesen su fuerza y las calamidades que por do quiera los atacaban menoscabasen su salud alterando su constitucion? ¿qué sería de ellos si la muerte, arrebatando alguno de sus compañeros, disminuia sus medios de accion y por consiguiente los de resistir á las fieras? Sostenidos por la esperanza al principio, llenos entónces de salud, podian soportar el peso de una vida tan miserable, pero su espíritu decaia agobiado por la debilidad física y los desventurados ya nada esperaban. El más desdichado de todos era Alejo Himkoff: habia dejado en su patria una esposa y dos hijos. Hablaba de ellos sin cesar, y sin cesar su imaginacion se trasladaba al seno de aquella familia tan querida y tan llorada. El infeliz gemia entre sus compañeros, que nada podian para consolarle: la única esperanza la cifraba en la clemencia divina.

Los sufrimientos morales afectaban profundamente su complexion: Teodoro Weragen se puso enfermo, agravóse con rapidez y bajó al sepulcro. Sus compañeros le oian quejarse sin poder aliviarle por falta de medios y sin esperanza de salvarle. La muerte cubrió de luto á los que aun quedaban, pensando cada cual en su propia suerte; y si aquel habia de ser para todos el término de su existencia, feliz el que primero sucumbia. Los tres sobrevivientes llevaron á Teodoro á una altura vecina donde lo enterraron en la nieve y á la mayor profundidad posible á fin de sustraerlo á la voracidad de los osos.

Este lamentable acontecimiento tuvo lugar durante el invierno de 1749, y hasta el 15 de agosto del mismo año no pudieron los desgraciados rusos salvarse del triste fin que Teodoro Weragen parecia pronosticarles.

Un dia que estaba el cielo nebuloso y parecia que la tristeza que los rodeaba habia de agravar la melancolía de sus ideas, taciturnos y macilentos vagaban por la orilla del mar, cuando de pronto, hácia el medio dia, el cielo se despeja y, mudos de asombro, descubren un buque á una legua de tierra.

La emocion les hace dudar de sus ojos; quieren convencerse de que son juguete de una ilusion engañosa, y procuran precaverse contra el reconocimiento

de una realidad inflexible y aterradora. Pregúntanse si aquellos palos que vislumbran al traves de un resto de niebla, son ó no una especie de fantasmagoría ó alguna columna de agua de las que, en estado casi de vapor, arrojan al aire las ballenas. Pero muy luego la pureza y el brillo del sol les descubren distintamente un buque.

Extremados fueron sus trasportes de alegría. El gozo y la esperanza instantáneamente les inspiran extraordinaria energía, y trepando cual gamos por las colinas, en un momento encienden varias hogueras. Notan al fin los del buque las señales, y echan al mar una lancha que en breve atraca en el banco de hielo que rodea la playa.

Nuestros isleños volaron al encuentro de sus libertadores, hiciéronse trasladar á bordo del buque, y ofreciendo al capitan una indemnizacion de ochenta rublos por los gastos que le ocasionarian, consiguieron embarcar sus exiguas riquezas, consistentes en cien kilógramos de grasa de rengífero y en pieles del mismo animal, de oso y de zorra. Tampoco olvidaron los arcos, flechas y lanzas que se convertian desde aquel momento en objetos de curiosidad.

Su cautiverio en aquella isla de hielo habia durado seis años. El 28 de setiembre de 1749 desembarcaron en Arkangel. La esposa de Alejo Himkoff, que se encontraba en la playa por casualidad, oyendo decir que su marido acababa de llegar, se acercó con tal precipitacion á un bote para ir á abrazarle, que se cayó en el agua, costando gran trabajo salvarla.

El auditor jefe del almirantazgo de Arkangel, M. Klinstad, interrogó por separado á los tres marineros tomando acta de sus declaraciones en todo conformes.

AVENTURAS

DE

SIETE MARINEROS HOLANDESES

en la isla de Juan Mayen.

Doscientos cincuenta y tres años há que uno de los más atrevidos navegantes, que desde los puertos del Norte se lanzaban al polo en busca de nuevas conquistas para la ciencia y el comercio, descubrió á 80 leguas N. E. de la Islandia y á 160 S. O. del Spitzberg, una isla formada exclusivamente de hacinados peñascos volcánicos, cuyos picos siempre nevados se elevan á inmensa altura. Una costa llana y arenisca sirve de base á aquellas gigantescas montañas, una de las cuales se levanta hasta ocho mil piés sobre el nivel del mar, que casi siempre ciñe con un círculo de hielo formado por enormes y empinadas moles, algunas de mil cuatrocientos piés, aquel pedazo de tierra perdido en el Océano y al cual dió su nombre Juan Mayen, regresando luego á Holanda su patria para dar cuenta del resultado de la expedicion.

Veinte y dos años despues, en 1633, la compañía holandesa de Groelandia resolvió adelantar lo posible sus descubrimientos en aquellas regiones, y observar en las mismas, ya por las variaciones del tiempo, ya por otras particularidades, cuanto pudiese contribuir á los progresos de la navegacion y redundar en ventaja del comercio.

Pero era difícil encontrar quien fuese bastante osado para encargarse de mision tan arriesgada, pues para llevarla á cabo era necesario pasar el invierno en aquellos terribles climas, en una isla desierta é inhospitalaria, en una tierra estéril en cuya superficie sólo se descubre una vegetacion mezquina, rastrera y casi inútil en verano, y una capa continua de nieve y hielo en lo restante del año. Hasta los osos, las zorras, y aquellas aves acuáticas que son habituales moradores de las más frias y apartadas regiones, escasean en aquella isla desolada, tanto que al parecer hasta para ellos faltan allí los elementos indispensables á la vida.

Siete valientes, sin embargo, siete robustos y audaces marineros se comprometieron á tentar la empresa, ofreciéndose á pasar el invierno en la isla de Juan

Mayen y llevar un diario exacto de cuanto en ella les ocurriese. El resúmen de este diario es la más fiel relacion de sus aventuras. Hélo aquí:

La flota holandesa los dejó en la isla el 26 de agosto de 1633. El 27 observaron que no tenian noche; el 28 se repartió á cada cual media libra de tabaco, que debia durarles una semana, y aguardiente para once dias. Nevó mucho.

Durante el dia el sol calentaba aun bastante y acudian á la isla numerosas paviotas. Los holandeses recogian cotidianamente la yerba que encontraban y la comian como ensalada.

A fines de setiembre el tiempo se puso borrascoso y frio, y la continuacion de la lluvia helada pudrió la escasa yerba que acostumbraban los expedicionarios recoger.

A primeros de octubre encontraron en la parte meridional de la isla un excelente manantial de agua cristalina; pero al poco tiempo la helada fue tanta, que en los estanques y hasta en el Sur de la isla el hielo sostenia el peso de un hombre, levantándose luego un huracan tan violento que estuvo á punto de arrebatarles sus cabañas.

Poco tardó el frio en obligarles á encender fuego y á permanecer encerrados, viéndose en la precision de secar sus sábanas á la lumbre, porque fuera de la puerta se entesaban á poco como cartones.

Desde este momento empezaron á encontrarse fatigados y á experimentar frecuentes vértigos. La nieve caia en abundancia y un barril de carne de oso se heló á seis piés del fuego; mas á pesar de todo salieron de la choza armados de arpones, lanzas y cuchillos para atacar dos ballenas arrojadas á la playa, y al llegar vieron que la marea se las habia llevado.

El 19 amaneció la parte septentrional de la orilla cubierta de hielo; y aunque el sol estaba todavía en el horizonte, sus rayos no se elevaban más allá de la colina en cuya falda plantaran los holandeses sus tiendas. Parecióles que en el mar los hielos se amontonaban; el viento siguió soplando del Este, nevando de dia y de noche y arreciando de tal manera el frio que se quebraron varios jarros de licores, y la bahía y el mar se cuajaron hasta más allá del horizonte.

De cuando en cuando, sin embargo, salian los holandeses de las tiendas para perseguir á los osos, pero escaseaban y sólo consiguieron matar algunos, cuya carne asaron. Tan fuertes son estas fieras, que aun despues de tener el cuerpo traspasado corren largo trecho y mucho tiempo. Atraidos por el olor de la carne acudian cada noche en bastante número al rededor de las tiendas haciendo peligrosa la salida.

Desde principios de noviembre desaparecieron las paviotas; el agua se heló por completo, debiendo los holandeses beber nieve derretida, y á contar desde el 19, la luz empezó á faltarles en términos que no podian leer ni escribir en las tiendas, lo que fue para ellos justificado motivo de pesadumbre. Los últimos dias de este mes y los primeros de diciembre fueron bastante templados; pero el 8, recrudeció el frio al soplo del Noreste, reapareciendo los hielos en todas partes y en mayores proporciones que ántes.

El dia era entónces de cuatro horas; pero durante casi todo el mes hizo tan mal tiempo que los holandeses permanecieron continuamente encerrados en las chozas sin atreverse á salir.

Vino el año nuevo y los holandeses lo saludaron tan alegremente como lo permitian las circunstancias; pero el frio era tan riguroso y tan espeso el hielo, que la bahía semejaba una cordillera de colinas escarpadas. El 13, sin embargo, se dirigió hácia las tiendas un oso blanco disforme que, muerto de un balazo por uno de los emigrados, con cuerdas tiraron de él hasta meterlo en la cabaña, de la que ya no se atrevian á salir. Desolláronlo inmediatamente, lo guisaron y fue plato exquisito para hombres que desde mucho tiempo se veian reducidos á comer cecina.

Durante el mes de enero y parte del siguiente nevó sin cesar y fue muy intensa la helada. El 16 de febrero vieron los isleños un halcon y dos pájaros silvestres bastante parecidos á las ocas; pero ninguno se puso á tiro de fusil. Los osos á la sazon llegaron á ser tan feroces y escasos, que sólo de léjos se descubria alguno.

El resto del mes fue muy vario; el viento del Sur produjo algunos deshielos; pero el Noreste, que soplaba luego, venía siempre acompañado de un recrudecimiento de frio que acrecentaba los hielos.

En marzo el tiempo fue tambien muy vario hasta el 11, desde cuyo dia hubo calma, hízose más agradable el aire, y el sol, que desde el 1.° lucia en el horizonte, templó el rigor del frio por algunos dias.

Los holandeses mataron un oso y salaron ligeramente la carne que no pudieron comer desde luego; pues la fresca, cualquiera que fuese su clase, les era de gran provecho en razon á que casi todos estaban atacados del escorbuto que les incomodaba cruelmente; tanto, que saltaron de júbilo cuando lograron con lazo apoderarse de algunas zorras.

Durante lo que restaba de este mes disfrutaron de buen tiempo; pero los progresos de su enfermedad y la falta de alimentos frescos les sumieron en el mayor desaliento. En la costa vieron un sin número de colosales ballenas, cuya pesca hubiera podido producirles beneficios de consideracion; pero carecian de los instrumentos necesarios, y, lo que era peor, de las fuerzas indispensables para trasladarse á la playa.

El 3 de abril, el escorbuto los habia atacado ya de tal manera, que sólo podian estar de pié dos de ellos, los cuales mataron entónces los dos últimos pollos que les quedaban, para darlos á sus compañeros. En el curso del mes vieron casi diariamente ballenas en la costa; pero el frio continuaba sitiándolos, y la enfermedad hacia nuevos progresos.

El 16 murió el que redactaba el diario; sopló el viento Sur y lloviznó, pero ya entónces el único que podia moverse no andaba sino con mucho trabajo. Hé aquí como se expresa en el diario:

«Estamos reducidos á la situacion más deplorable que imaginarse pueda. Todos mis compañeros se hallan incapacitados de servirse á sí mismos, cuanto más de auxiliar á los otros; así es que todo el peso recae sobre mí. Cumpliré no obstante con mi deber, miéntras le plazca á Dios conservarme la fuerza que para ello necesito. En este momento voy á ayudar al capitan á salir de la cabaña: el infeliz espera aliviar con esto sus dolores; pero está luchando con la muerte. La noche lóbrega, y el viento sopla del Sur.»

El 23 falleció el capitan, y el 27 sus desventurados compañeros para ali-

mentarse mataron su perro, cuya carne por cierto encontraron bastante mala. El 28, arrastrados en alta mar los hielos, quedó la bahía desembarazada. El 29 estuvo nublado todo el dia y sopló impetuoso el cierzo, sucediéndole por la noche un viento Noreste desencadenado. El 31 hizo buen tiempo, brillando el sol con toda su refulgencia.

Aquí termina el interesante diario, cuyas últimas líneas estaban casi ininteligibles, indicio sobrado cierto de la creciente debilidad del malaventurado escritor, que poco tiempo despues debió entregar su alma al Eterno.

El 4 de junio de 1834, tan luego como la flota holandesa estuvo á la vista de la isla de Juan Mayen, los marineros se apresuraron á saltar en tierra para visitar á sus compañeros, pero con poca esperanza de volverles á ver. Sus presentimientos no eran infundados, pues encontraron á todos aquellos infelices muertos en sus camas. Junto á uno habia un poco de pan y de queso, del cual indudablemente comeria poco ántes de espirar. Al lado de la cama de otro se encontró un bote de ungüento, y como tenia puesta la mano en la boca, infirióse que se frotaba con él los dientes y encías en sus últimos momentos. No léjos del mismo y al alcance de su mano se halló tambien un libro de oraciones.

Es imposible pensar sin estremecerse en la situacion horrorosa de aquellos desgraciados, que sucumbieron sin poderse prestar mútuos auxilios, siendo probable que fuéron extinguiéndose lentamente, hasta que el frio apagó por completo su calor natural. El escorbuto producido por la falta de alimentos frescos fue la causa principal de su muerte. Esta dolencia terrible les entorpeció los miembros incapacitándolos para el ejercicio tan necesario á la circulacion de la sangre, y el rigor del clima consumó la destructora obra.

El jefe de la escuadra mandó colocarlos en féretros y cubrirlos de nieve, hasta que el deshielo permitiese cavar la tierra. Abriéronles la fosa entónces, el 24 de junio, dia de san Juan, los enterraron, y la escuadra honró la ceremonia con una salva general de artillería.

La misma flota habia dejado en la bahía del Norte del Spitzberg á otros siete marinos, cuya suerte fue ménos desgraciada.

El 30 de agosto de 1633, inmediatamente despues de haberse alejado la escuadra, recogieron una cantidad de provisiones bastante á sostenerlos hasta el regreso de sus compatriotas en el año siguiente. Dedicáronse con frecuencia y con buen éxito á la caza de los rengíferos y de las aves de mar, y encontraron varias yerbas que les fueron sumamente saludables.

Cuando el tiempo lo permitia verificaban excursiones por tierra y por mar, procurando apoderarse de algunas ballenas y narvales en las ensenadas de la costa oriental del Spitzberg; mas no tardó mucho el frio en arrollarlos completamente.

Desde el 3 de octubre desaparecieron los pájaros, los barriles de cerveza se cubrieron primero de una capa de hielo de tres pulgadas, y poco despues, aun estando junto al fuego, quedaron convertidos en una masa congelada.

Tal era el rigor del frio, que les obligaba á permanecer casi constantemente en la cama, sin que les valiese tener chimenea y estufa, pues ni aun así pudieron muchas veces resistir á aquella temperatura de nieve, y se vieron precisados á levantarse y entregarse á un ejercicio violento para conservar el calor natural.

Durante el invierno el cielo les presentó varias auroras boreales de una extension y brillo sorprendentes y otros metéoros que se elevaban al parecer de las montañas de hielo.

El 3 de marzo, más soportable ya el frio, los holandeses salieron de su tienda, y toparon con un oso descomunal con el que debieron luchar, faltando poco para que uno de ellos perdiese la vida en el lance; pues furioso el bruto por las heridas que recibiera, se arrojó sobre un marinero, lo derribó y de seguro lo habria destrozado á no auxiliarle sus compañeros.

Por último, despues de haber experimentado crueles sufrimientos y no pocas privaciones, el 24 de mayo de 1634 los holandeses tuvieron la dicha de ver una lancha que les anunció el próximo arribo de un buque de su país destinado á la Groelandia, el cual fondeó aquella misma noche en la bahía.

UN INVIERNO EN NUEVA ZEMBLA.

Los más intrépidos marinos de Inglaterra y Holanda han intentado repetidas veces pasar á la China y al Japon por el mar septentrional; y no há muchos años todavía que se organizó por los ingleses una expedicion destinada á continuar en el Océano polar boreal las exploraciones, desde largo tiempo inauguradas por Parry, Beechey, Ross y Francklin.

De cuantas probaduras se han verificado para trasladarse al Norte, la que nos va á ocupar, sobre ser una de las más antiguas, es tambien de las más interesantes que ofrecerse puedan. Sembrada de episodios que sostienen en su relato un interes siempre vivo y creciente, es al propio tiempo, bajo el punto de vista de los conocimientos humanos, digna de particular atencion. De ella resulta demostrado que en los hielos boreales las corrientes obran con igual violencia lo mismo en la costa de Nueva Zembla que en las de Groelandia, Spitzberg, Islandia, estrecho de Davis, Príncipe Regente y bahía de Hudson.

La fuerza de estas corrientes es, no hay duda, peligrosa para los navegantes; pero en cambio permite esperar que algun dia podrá llegarse á las más altas latitudes del Norte, pues en la época de la segregacion de los hielos, las corrientes los arrastran y dispersan, permitiendo á los buques cruzar por entre aquellos témpanos inmensos que la congelacion de la superficie del mar produce y que el calor destroza.

Este movimiento de las aguas del Artico proviene de los numerosos rios que de los vastos continentes circunvecinos en él desembocan. Por otra parte, aquel verdadero mediterráneo polar sufre en verano una disolucion considerable, producida tanto por la mayor elevacion de la temperatura en las tierras que lo ro-

dean, como por el calor naturalmente considerable de las aguas dulces que en él abundan y que proceden de latitudes donde el calor atmosférico se sostiene en muy alto grado.

Esas aguas, que acrecientan súbitamente las de aquel estanque polar, es indispensable que encuentren salida, y se la proporcionan en efecto varios estrechos. El mayor de ellos es el mar del Norte; vienen luego los estrechos de Bering, el del Príncipe Regente y la bahía de Hudson; y como el agua que pasa de un espacio ancho á otro más estrecho adquiere una velocidad tanto más considerable cuanto mayor es su mole y más angosto el paso que se le abre, desde luego se concibe, con solo mirar al mapa, la necesidad de esas corrientes y de su fuerza.

El país en que debió detenerse la tripulacion holandesa, cuyas desgracias vamos á referir, era en 1500 poco frecuentado; y aun hoy dia el Sur de Nueva Zembla está apénas habitado por lapones, samoyedos, rusos y algunos pescadores noruegos.

En 18 de mayo de 1596, Heemskerke, Guillermo Barensz y Juan Cornelisz Ryp, salieron de Ulie, puerto de la Holanda septentrional. Heemskerke mandaba el buque en que iba Guillermo Barensz, jefe de la expedicion con el título de primer piloto; y Juan Cornelisz Ryp era el capitan de la otra nave.

El 30 se encontraron á sesenta y nueve grados y veinte y cuatro minutos de latitud Norte; el 1.° de junio no tuvieron ya noche; y á las diez de la siguiente mañana notaron un parhelio (1) á cada lado del sol, de modo que se veian tres soles como incrustados en un arco íris.

El 5 de junio quedaron sorprendidos al topar ya con los hielos; el 7 se encontraron á setenta y cuatro grados y siete minutos navegando por entre témpanos que los buques rechazaban para abrirse paso; el mar presentaba un color verde muy subido, circunstancia que les indujo á creer que la tierra estaba próxima y que no léjos debian encontrarse las costas de Groelandia; pero á medida que adelantaban, los hielos eran mayores y más espesos.

El 9 á unos setenta y cuatro grados y treinta minutos descubrieron una isla que al parecer tendria cinco leguas de longitud. Algunos marineros saltaron entónces en tierra y subieron á la cima de una montaña tan escarpada, que luego para bajar tuvieron que tenderse boca abajo. Barensz, que los contemplaba desde la orilla, temió que no podrian salvar los muchos peligros que les rodeaban. Esta arriesgada excursion no dió más resultado que la captura de un oso que mataron y la vista de innumerables paviotas. Los holandeses dieron á la isla el nombre de *Baeren-Eiland*, que significa *isla de los osos*. El que llevaron á bordo medía de largo doce piés.

El 19 descubrieron otra tierra que consideraron situada á ochenta grados y once minutos, la cual les pareció extensa; siguieron la costa hácia el Oeste y encontraron una buena rada á la que desgraciadamente les impidió acercarse un viento muy fuerte de Noroeste.

El 21, sin embargo, resolvieron anclar en aquella costa helada, y la tripulacion se ocupaba en recoger lastre en la parte occidental del país recien descu-

(1) *Parhelio.*—Imágen del sol reflejada en una nube.

bierto, cuando un oso blanco penetró en el agua nadando hácia el buque cual si tratara de reconocerlo. Los marineros de las embarcaciones fondeadas cerca de tierra lo persiguieron desde luego, continuando la fiera mar adentro hasta alejarse cerca de una legua; alcanzáronla no obstante, pero las mazas y lanzas con que trataban de herirlo se rompieron al chocar con el oso, el cual llegó á agarrarse á una de las barcas, lo cual felizmente verificó en el estrave, pues si la hubiese atacada por el centro, indudablemente la hiciera zozobrar, volcándola con el peso de su cuerpo. Los marineros consiguieron al fin darle muerte y llevarlo á bordo; medía trece piés de largo.

Una legua más allá descubrieron un golfo en cuyo centro se alzaba un islote poblado de ocas silvestres, ocupadas en poner y empollar, pertenecientes á la especie de las que en invierno se esparcen por las llanuras de Holanda, del Zuiderzee y de la Frisia.

El narrador de este viaje hace notar que, segun los conocimientos posteriormente adquiridos, el islote que esos navegantes encontraron está situado entre Groelandia y Nueva Zembla, extendiéndose desde los sesenta grados hasta más allá de los ochenta al Noroeste de la isla de los osos.

El 23 de junio, parte de la tripulacion, que saltó en tierra para observar las variaciones de la aguja imantada, llevóse un gran susto con la aparicion de un oso blanco descomunal. De regreso á bordo siguieron la costa en línea paralela á los setenta grados, y el 29 debieron alejarse de tierra para resguardarse de los hielos; volvieron por lo mismo á los setenta grados y cincuenta minutos, y el primero de julio estaban todavía á la vista de la isla de los osos.

En este dia, Cornelisz y los demas oficiales de su buque se trasladaron al en que tenia su enseña el primer piloto Barensz para celebrar consejo y acordar el rumbo que era necesario seguir; pero no consiguieron ponerse de acuerdo, y resolvieron seguir cada cual el que le pareciese mejor para hacer descubrimientos.

Consecuente con sus ideas, á las que estaba muy aferrado, volvió Cornelisz á los ochenta grados, persuadido de que podria pasar al Este de los países que allí se encuentran y poner luego la proa al Norte.

Barensz, por el contrario, resolvió zarpar hácia el Sur: el 11 creyó encontrarse á la altura de *Candnoes*, punta oriental del Mar Blanco; luego prosiguió hácia el Sur y torció al Sur-cuarto-Sureste, á la altura de setenta y dos grados, considerando que no distaria mucho de las costas de Willougby.

El 17 se encontró á setenta y cuatro grados y cuarenta minutos, y reconoció al Mediodía la Nueva Zembla.

El 25 de agosto juzgó Barensz encontrarse al Sur de aquella grande isla, al Oeste del estrecho de Wega; pero los hielos obstruian el paso y no quedaba al parecer esperanza alguna de poder penetrar más adelante. Pensó entónces Barensz en regresar á Holanda, y al intentarlo advirtieron que la ruta del Oeste no era ménos inaccesible y peligrosa que la del Este, la cual en vano intentaron practicar.

Penetraron entónces en un puerto donde la nave quedó presa entre los témpanos que por todas partes flotaban; sin embargo, al anochecer pudieron trasladarse un tanto al Oeste del puerto, al cual dieron los holandeses el nombre de *puerto de los hielos;* pero por la noche los témpanos se apiñaron de tal modo, que

Barensz comprendió que era absolutamente imposible invernar en aquellas tristes regiones.

El 27 empezaron los carámbanos á flotar, y el viento Sureste los arrojaba con tal fuerza contra la proa del buque, que lo hacia vibrar con espantosas sacudidas. Echaron entónces una lancha al mar como último recurso en caso extremo, en tanto que brillaba una aurora boreal (1) con todo su esplendor.

El 28 los témpanos disminuyeron y la presion fue progresivamente ménos fuerte; pero miéntras algunos marineros daban la vuelta al buque para reconocer las averías que habia debido sufrir, se partió de repente en sentido longitudinal, dando tal estallido que todos temieron que la nave se iba á pique, si bien la fractura sólo habia afectado los altos del buque, lo que salvó á la tripulacion de una muerte segura, continuando á flote el barco á pesar de tan grave percance.

El 20 y el 30 los carámbanos se amontonaron á su rededor formando una muralla temible, cuya elevacion aumentaba de continuo con la nieve que caia copiosamente. A bordo todo crujia de una manera horrible, y cuantos en él

(1) Quizás el lector no lleve á mal que le demos una idea de este tan citado fenómeno.

¿Cuál es la causa de este metéoro? ¿en qué centro se produce? La ciencia no ha contestado todavía á estas dos preguntas de una manera decisiva.

Pero ¿cuál es al ménos su razon aparente? Hé ahí la descripcion que de ella nos da un célebre profesor de la Sorbona.

«Cuando el cielo está despejado ó presenta sólo ligeros vapores, aparece al Norte una claridad confusa; al poco tiempo se elevan hácia el horizonte varios rayos de luz anchos, difusos é irregulares.

«Despues de estas apariencias, ya muy varias, que son precursoras del fenómeno, distínguense á larga distancia dos vastas columnas de fuego, la una hácia el Oriente y la otra hácia el Occidente, las cuales suben con lentitud por encima del horizonte hasta grande altura. Miéntras se elevan, lo cual verifican con rapidez desigual y variable, cambian continuamente de color y aspecto, y varios rayos de fuego más ó ménos vivos las surcan en toda su longitud, rodeándolas tortuosamente. Su fulgor pasa del amarillo al verde oscuro ó al color de púrpura encendido. Por último, los extremos de las dos columnas deslumbrantes se inclinan el uno hácia el otro y se juntan formando un arco, ó mejor dicho, una bóveda de extension inmensa que se sostiene majestuosamente en el cielo durante horas enteras. El espacio que cubre está por lo general sombrío, pero de vez en cuando lo hienden rayos de luz difusa y de distintos colores.

En el arco ó bóveda sucede lo contrario: esta presenta continuamente rayos rojos de un brillo extraordinario, que partiendo de ella surcan el cielo verticalmente como otros tantos cohetes chispeantes, trasponen el cenit y se concentran en un breve espacio casi circular que se llama la corona de la aurora boreal. Cuando la corona se ha formado, está completo el fenómeno; la aurora ha extendido ya entónces en el cielo todos los pliegues de su ropaje de fuego, pudiendo el espectador admirarla en su espléndida majestad.

Pasadas algunas horas y á veces cortos instantes, la luz va amortiguándose paulatinamente, los cohetes ó rayos van siendo ménos fúlgidos y frecuentes, la corona se borra, el arco desmaya, y no se ven sino vacilantes ráfagas de luz que lentas caminan y se apagan.

Tal es la aurora boreal en toda su magnificencia; pero ya porque el brillo del cielo ó las circunstancias atmosféricas no son siempre favorables, ya porque las condiciones que determinan el fenómeno no se adunan siempre á un tiempo, es lo cierto que raras veces puede observarse una aurora boreal completa, ni aun en las regiones septentrionales. O la corona se forma de una manera vaga é incierta, ó el arco está incompleto ó multiplicado en distintos puntos, ó, en fin, algunas nubes interceptan la luz y se coloran en los bordes ó en el centro alterando con mil accidentes más ó ménos notables la forma regular de la aurora boreal. Con todo, aun en estos casos se distingue hácia el Norte una claridad extraordinaria, y á pesar de lo confuso y vago del fenómeno, ofrece siempre infinitos aspectos, todos sorprendentes en mayor ó menor grado.

estaban temian por momentos ver el buque destrozado desaparecer en el círculo de hielo que lo cercaba.

Por el lado de la corriente, los témpanos estaban aun más amontonados, de manera que la embarcacion cediendo á su empuje se hallaba inclinada hácia babor; pero como al poco tiempo el hielo aumentó tambien por el lado opuesto, fué enderezándose y quedó suspendida en su posicion natural como si la hubiesen izado con estrelleras.

El 21 los hielos se separaron y la corriente los arrastró; pero al desprenderse del buque arrancaron el timon y se lo llevaron consigo.

El 1.° de setiembre los témpanos empezaron á acumularse otra vez, y otra vez el casco del buque se encontró levantado á la altura de algunos piés, sin que no obstante hubiesen aun sufrido avería los bajos del mismo. No por ello sin embargo dejaron de hacerse los preparativos necesarios para arrastrar á tierra la chalupa y los botes; precaucion al dia siguiente justificada, pues el buque se abrió por tantas partes distintas, que se consideró prudente trasladar los víveres á tierra, y verificóse en efecto así con tres barriles de galleta y dos de vino. Desembarcóse tambien un palo trinquete ya viejo, pólvora, balas, fusiles y otras armas, varios instrumentos de carpintería, etc. Firmes todos en el propósito de invernar allí, se pensó desde luego en construir una gran choza donde guarecerse del frio y de la voracidad de los osos, echando mano para la obra de los muchos troncos que se encontraron en la playa.

Un dia, miéntras estaba la tripulacion construyendo la cabaña, se presentaron tres osos blancos de corpulencia enorme. El menor se quedó tras un banco de hielo, los otros dos avanzaron hácia los marineros, y el mayor se llegó á un hueco donde se habia depositado la carne; pero una bala le destrozó el cráneo dejándolo inmóvil en el suelo. Su compañero entónces se paró, lo olfateó, y luego, como si conociera el peligro, retrocedió huyendo. Paróse con todo á los pocos instantes, y se volvió hácia los holandeses que lo perseguian, empinándose cual si tratara de reconocerlos mejor; una bala, empero, que le penetró en el vientre le obligó á caer de patas y á continuar en su fuga lanzando formidables rugidos. Barensz mandó vaciar la tripa del oso muerto y colocarlo sobre sus cuatro remos para que se helase en aquella posicion á fin de trasladarlo á Holanda.

El 25 de octubre quedó terminada la choza. La tripulacion se ocupaba activamente en trasportar á tierra los víveres y los aparejos, cuando de pronto salieron tres osos de detras de los hielos y se dirigieron hácia los marineros, los cuales al verlos prorumpieron en desaforados gritos para intimidarlos; medio que no produjo el resultado que esperaban y debieron apelar á la defensa. Afortunadamente habia en el trineo dos alabardas de las que se apoderaron Barensz y Girard Leveer, corriendo luego todos hácia el buque; pero uno de los marineros tropezó y cayó en una quebrada, lo cual hizo temblar por su suerte, pues creyeron sus compañeros que iba á ser devorado. Sin embargo, los osos sin detenerse persiguieron á los fugitivos hasta la nave, é intentaron encaramarse á ella, conteniéndose sólo por los pedazos de madera que se les tiraban y á los cuales se abalanzaban como el perro á la piedra que se le arroja. En el buque no habia más armas que las dos alabardas; los osos volvian sin cesar al asalto, y los utensilios con que se los atajaba por momentos empezaban á faltar. En



La 'suerte favorecció al artillero, pues fué proclamado rey de la Nueva-Zembla.

tal aprieto los holandeses debieron su salvacion á una feliz casualidad. El primer piloto, Barensz, en el último apuro, arrojó su alabarda contra el mayor de los osos, al cual hirió profundamente en el hocico, obligándole á retirarse dando grandes rugidos; y los otros dos le siguieron.

El frio habia llegado á tal intensidad, que los osos desaparecieron, sustituyéndolos las zorras blancas, que los holandeses cazaron á tiros al principio, cogiéndolas despues con varios lazos en número considerable.

El 4 de noviembre los expedicionarios dejaron de ver por completo el sol, no quedándoles más luz que la de la luna, la cual en cambio no desapareció nunca del horizonte hasta el 1.° de diciembre, en cuya fecha la choza se encontró ya sepultada en la nieve, y la noche se puso tan oscura y fue tan crudo el frio, que los holandeses resolvieron quedarse en cama; mas como muchas veces este recurso no les bastaba para entrar en calor, se colocaban junto al cuerpo piedras calentadas al fuego.

Los hielos del mar crujian con tal estrépito, que un dia los moradores de la cabaña creyeron que los enormes cerriones que la rodeaban se desprendian de las alturas inmediatas é iban á aplastarla. «El humo, dice el cronista de la expedicion, nos habia obligado á disminuir el fuego, y así heló de tal manera dentro de la choza, que los vapores que exhalábamos de los pulmones formaban una capa de hielo de dos pulgadas de espesor en las paredes y el techo. El vino de Jerez se heló y se paró el reloj.»

En tal situacion, despues de celebrar un consejo para arbitrar los medios de resistir al frio, se resolvió ir en busca del carbon que quedaba en el buque. De regreso á la cabaña encendieron en el centro una hoguera, la cual esparció tal calor, que los holandeses se durmieron todos á efecto quizá de un principio de asfixia que luego alcanzó el período en que empiezan el entorpecimiento y los vértigos. Algunos consiguieron arrastrarse hasta la puerta y la abrieron; pero el primero que quiso salir cayó sin conocimiento en el suelo. El contacto del aire frio le hizo volver en sí, y el que penetró en la cabaña reanimó á los demas.

Del 9 al 12 de diciembre el frio llegó á ser tan intenso, que en la choza los vestidos se cubrian de escarcha, y fuera de ella un minuto hubiera bastado para helar completamente á un hombre.

En medio de esos sufrimientos empezaron aquellos desgraciados el año 1597; esto no obstó para que celebraran el dia de Reyes, á cuyo efecto frieron buñuelos con dos libras de harina, las únicas que quedaban, amenizando el banquete con el vino ahorrado de las raciones. En sus juegos la suerte favoreció al artillero, el cual fue proclamado rey de Nueva Zembla.

El 24 de enero, Heemskerke y Le Veer, acompañados de un marinero, fuéron á pasear por la orilla, desde la cual pudieron contemplar el disco del sol que empezaba á presentarse en el horizonte. Con la reaparicion de este astro volvieron los osos y desaparecieron las zorras.

Febrero, marzo y los quince primeros dias de abril ofrecieron continuas alternativas de buen y mal tiempo, de nieblas y heladas. El 6 del último de los citados meses un oso se subió al tejado de la choza, esforzándose en derribar la chimenea, á fin sin duda de abrirse paso, y no se retiró hasta que hubo bregado mucho tiempo y hecho grandes estragos.

El 15 de abril, habiendo cesado el frio, los holandeses fuéron á inspeccionar el buque y lo encontraron tal como lo dejaran, lo cual fue para ellos, y no sin razon, motivo de regocijo y contento. Entónces pudieron admirar el sorprendente espectáculo que ofrecen los hielos del mar acumulados, semejando una ciudad arruinada con sus torres, campanarios, baluartes y murallas próximas á derrumbarse.

El dia siguiente ya de regreso á bordo divisaron á lo léjos el agua que algunos quisieron ir á ver de más cerca saltando de témpano en témpano, y así llegaron hasta la orilla del mar en la que descubrieron numerosas bandadas de cuervos marinos.

Como la aparicion de esas aves coincide siempre con la época de la segregacion, los náufragos tuvieron por feliz agüero su presencia. Los cuervos marinos son en el Norte lo que los *mancos* en los hielos australes; unos y otros moran en las orillas de los bancos de hielo, siguiendo sus movimientos; pues los límites de estos bancos se precipitan hácia el polo á medida que la temperatura del verano disuelve sus partes más próximas á las zonas templadas.

El 1.º de mayo comenzó á deshelarse la provision de carne, y la encontraron en muy buen estado, si bien no podia conservarse mucho tiempo cocida, y el viento Noroeste, que sopló con fuerza el dia siguiente, limpió la mar desapareciendo todos los hielos, ménos los que rodeaban el buque. Los holandeses al notarlo unánimemente resolvieron regresar á su patria; pero á los cuatro dias volvieron los témpanos á cubrir el mar.

La situacion se iba haciendo insostenible; los mejores comestibles, la carne y la harina de avena empezaban á faltar, y apénas quedaba tocino para tres semanas á razon de dos onzas diarias por plaza. Los marineros, perdidas ya sus esperanzas, determinaron manifestar á los oficiales que á todo trance estaban decididos á abandonar aquellas funestas regiones. Heemskerke les prometió que si al terminar el mes el buque no se habia desgajado de los hielos, procuraria desde luego poner la chalupa y uno de los botes en estado de partir.

Pero ya el 21, viendo Heemskerke que el Noroeste volvia á precipitar los hielos, permitió á los marineros que trabajasen en las dos embarcaciones menores, las cuales quedaron listas el 17 de junio, siendo necesario trasladarlas desde la choza á la playa abriéndoles paso al traves de las nieves y los hielos con azadones, hachas y picos. Osos enormes, flacos y descarnados, procedentes de alta mar, se presentaban á cada instante á interrumpir esta operacion, obligando á los náufragos á dividirse entre la lucha y el trabajo.

Aparejadas ya las embarcaciones, Heemskerke declaró el 13, con imponderable júbilo de los marineros, que estaba resuelto á darse á la vela. Inmediatamente se embarcaron en las lanchas las provisiones y algunas mercaderías consistentes en seis piezas de paño, un cofre lleno de lienzo, dos piezas de terciopelo, dos cajitas con dinero y dos toneles de utensilios y aparejos; trece barriles de galleta, uno de queso, otro de tocino, dos de aceite, seis de vino y dos de vinagre formaban el total de los abastos.

El 14 de junio, á las seis de la mañana y con viento Oeste, los holandeses se dieron á la vela, y las dos embarcaciones llegaron ántes de la noche al cabo de las islas; pero allí los hielos les obligaron á detenerse, y ante este nuevo obstáculo se traslució en la tripulacion cierto desasosiego é indisciplina. Sin embar-



Disformes osos se presentaban é interrumpian la operacion....

go, el dia siguiente, logrando separar un poco los témpanos, pudieron los náufragos doblar el cabo de Flesingue y continuar el derrotero, aunque no sin contratiempos y peligros, pues á los dos dias se vieron obligados á resguardarse tras las montañas de hielo para evitar el choque de los carámbanos, que por ser más ligeros los arrastraba la corriente con extraordinaria velocidad.

El 20, á las nueve de la mañana, Le Veer pasó de la chalupa al bote para anunciar á Barensz que Nicolas Andris estaba próximo á espirar. «El fin de mis dias, contestó Barensz tranquilo, no está más lejano que el suyo.» Los marineros, que le veian estudiar con atencion un mapa marítimo en el que Le Veer trazara el contorno de la costa, no podian imaginar siquiera que su muerte estuviera tan próxima. Sin embargo, muy luego soltó el mapa; dijo que las fuerzas le abandonaban y falleció á los pocos momentos. Muerto tambien Andris, no quedaban ya más que trece hombres en ambas embarcaciones.

El primer dia de julio ocurrió un funesto accidente: las nueve de la mañana serian cuando los bancos de hielo que bajaban del Norte se rompieron con tal ímpetu contra los que estaban encallados en la costa, que estos se quebraron con espantoso estrépito. Fue necesario apresurarse á arrastrar el bote por encima de los hielos para alejarlo de aquel torbellino en el que hubiera fácilmente zozobrado, y al verificarlo se perdieron varios bultos; y si bien á la primera ocasion se trató de ir á buscarlos, como los carámbanos estaban todos más ó ménos sentidos del choque, se partian bajo el peso de los que andaban encima. Pero lo peor fue que cuando se maniobró para asegurar la chalupa cerca del bote, algunos de los marineros que la halaban, hundiéndose en el agua, se agarraron á las falcas de la embarcacion, la cual por estar ya libre se abatió y desvió arrastrando á los infelices y sufriendo algunas averías, próxima á estrellarse con un enfermo que en ella estaba y con los marineros á quienes servia de boya (1) de salvacion.

Finalmente, resguardados tras una masa de hielo que bajaba con ménos velocidad, aprovecharon un momento en que los témpanos se presentaban más claros para virar y acercarse á los hielos todavía pegados á la tierra. En esta lucha, que duró doce horas, se perdieron dos barriles de galleta, un cofre lleno de lienzo, un tonel de utensilios y aparejos, la esfera astronómica, una pieza de grana, un barril de aceite, otro de vino y otro de queso.

Todo el dia siguiente debió emplearse en recomponer las dos embarcaciones; pero el inmediato continuaron su ruta, y á las tres de la tarde reconocieron la bahía de San Lorenzo y el cabo del Bastion, cuya punta doblaron, viendo entónces dos barcas ancladas y varias personas en la playa.

Los desconocidos que se les presentaron eran treinta rusos, algunos de los cuales reconocieron á Le Veer, por haberle visto en un viaje anterior. Preguntáronle por señas qué era de su buque, y manifestaron compadecerse mucho de las penalidades que habian debido padecer y padecian los pobres náufragos, regalando á

(1) *Boya* es un barrilito vacío ceñido por un aro de hierro cimbrado con cuerdas embreadas y rodeado de pedazos de cuerdas nudosas que sirven de empuñadura, á los cuales se aferran los marineros que caen al mar. La boya cuelga siempre á la popa del buque, y cuando ocurre alguna desgracia, se corta el cabo que la sujeta, aquella cae y el que está en peligro se ase á ella.
En esta posicion un hombre puede esperar sin fatiga las prolijas maniobras que es necesario ejecutar para socorrerlo. Hay boyas de distintas clases y algunas son de corcho.

Heemskerke un pan de centeno. El dia se pasó entre mútuos cumplidos; pero al siguiente los rusos trasladaron á bordo de sus embarcaciones algunas barricas de aceite de ballena y aparejaron, alarmando sobremanera á los holandeses tan brusca desaparicion, pues no habian podido obtener de los rusos noticia alguna. Por no verse embarazados con aquellos infelices, casi todos atacados de escorbuto, ni tener que compartir con ellos sus escasas provisiones, partieron de pronto contra lo que era de esperar del recibimiento que á los náufragos dispensaran. Los holandeses resolvieron seguirlos; mas los perdieron de vista al poco tiempo á causa de la niebla que se puso muy densa. Continuando, no obstante, su rumbo, penetraron por un estrecho (1) y lo cruzaron sin obstáculo, aunque al otro lado se vieron nuevamente detenidos.

Suponiendo con razon que se encontraban á la entrada del Wega y que los vientos del Oeste eran los que habian acumulado los hielos en el golfo, calcularon que, obrando en sentido opuesto, los del Este podian abrirles paso, y resolvieron por consiguiente esperarlos, dirigiéndose á una isla donde divisaron dos cruces, con la esperanza de encontrar álguien en ella; pero estaba desierta. Sin embargo, hicieron allí un descubrimiento importante, pues hallaron coclearia (2), con que se aliviaron un tanto los atacados de escorbuto.

Pocos dias despues, el 3 de agosto, determinaron dirigirse en derechura al Sur para alcanzar la costa de Rusia, inducidos por la seguridad que tenian de su posicion en el golfo de Waigatseh, y esperando llegar á la costa de los samoyedos en la embocadura del Petehora. Diéronse por lo tanto á la vela, y á los diez dias encontraron ya una barca rusa de cuya tripulacion obtuvieron una especie de pan y doscientos pescados por algunas monedas de plata holandesas; pero en cambio de este oportuno socorro, que fue para ellos una suerte, ocurrióles á media noche una desgracia, pues una ráfaga de viento Norte separó las dos embarcaciones. La chalupa siguió su rumbo y encontró otras naves rusas, lo cual auguraba para en adelante cierta seguridad, pues les era dable á nuestros navegantes obtener de ellas algunos víveres. Los rusos que encontraron el 17, cuatro dias despues de su separacion, habian visto el bote y enseñaron en efecto á los de la chalupa una brújula que les habian dado sus compatriotas en cambio de provisiones.

Le Veer, que mandaba la chalupa, oyó dos dias despues el ruido de las olas que rompian en la playa, y entre cuatro y cinco de la mañana siguiente descubrieron tierra en efecto al Oeste del mar Blanco (3). Dirigiéronse desde luego hácia unas chozas que distinguieron á orillas de una bahía en la que estaba anclada una barca, y allí trece rusos, tres mujeres y dos lapones los recibieron cordialmente ofreciéndoles gachas.

Aquel mismo dia, 20, algunos marineros internáronse un poco en busca de co-

(1) El de Kara.

(2) La *coclearia* posee una virtud estimulante, buena para el estómago de los escorbúticos, cuando no está muy malo. Su eficacia, pues, no es general y en circunstancias dadas parece ser nociva. Los vegetales alimenticios producen todos saludable efecto en la constitucion de los escorbúticos, pues esta enfermedad, debida á varias causas, origínase tambien de la privacion de sustancias vegetales, hecho poco conocido hasta de algunos individuos de la clase facultativa.

(3) Vese pues que las corrientes los habian arrastrado muy hácia el Oeste léjos del punto á donde al principio intentaban dirigirse.

clearia, y en una montaña advirtieron varios individuos que, al parecer, los examinaban con curiosidad. Calcularon que el país estaba más habitado de lo que se figuraran; pero los supuestos naturales les fuéron siguiendo hasta el pueblo y con gran satisfaccion reconocieron en ellos á sus compatriotas del bote.

Habia este sufrido mucho: el 23 llegó á la vista de tierra; el 24 tocó en las siete islas donde se encontraban varios pescadores á quienes preguntaron los holandeses qué distancia los separaba de *Kildouin, Kool ó Kola,* á lo cual les contestaron indicándoles el Este y dándoles á comprender que habia allá buques holandeses. Al dia siguiente vieron *Kildouin* y dos horas despues anclaron en la punta occidental de la isla.

Heemskerke saltó en tierra, y los lapones le manifestaron que efectivamente tres buques holandeses habian llegado al puerto de Kola, pero que entónces ya sólo quedaba uno; en vista de cuyos informes las dos embarcaciones desde luego se dieron á la vela otra vez, dirigiéndose á la desembocadura del rio de aquel nombre que está al Sur de Kildouin. Una recia ventolera, empero, les obligó á tocar en un punto habitado por tres lapones, á quienes rogó Heemskerke que por tierra guiasen un marinero á la ciudad; mas no hubo oferta que pudiese determinarles á ello y únicamente se avinieron á conducirle á la otra parte de la montaña, en donde debia encontrar á otros lapones que por una módica retribucion acabarian de dirigirle hasta Kola. Por este conducto mandó Heemskerke á uno de los suyos, el cual se armó simplemente de una percha con un garfio al extremo á pesar de que el lapon llevaba fusil.

Seis dias despues el lapon compareció solo, lo cual inspiró serios temores por la vida del marinero. En vano los demas rodearon al guia colmándole de preguntas; el lapon se limitó á decir que traia una carta y que sólo á Heemskerke en persona queria entregarla. Abrióla este apresuradamente y halló que en lengua holandesa expresaba la admiracion que su llegada habia causado, pues se le creia muerto hacia tiempo, y terminaba con el ofrecimiento de ir inmediatamente á recogerlo con todos los socorros necesarios. Firmaba el escrito Juan Cornelisz Ryp.

Tales noticias no podian ser más satisfactorias; pero ¿quién era aquel Cornelisz Ryp que escribia á Heemskerke? Nuestros náufragos estaban persuadidos de que Cornelisz, el capitan de su auxiliar cuando salieron de Holanda, habia debido ser más desgraciado que ellos y probablemente no existia. Heemskerke buscó, pues, una carta que en otra ocasion recibiera de Juan Cornelisz Ryp, comparó la letra y reconoció que ambas eran del mismo puño.

Al anochecer del dia siguiente se descubrió á lo largo de la costa una barca de las llamadas *yole* por los naturales, la cual navegaba tan velera, que á poco reconocieron en ella á Cornelisz Ryp y al marinero comisionado. Pasados los primeros desahogos y mútuos parabienes, reuniéronse todos en una cena, distinguiéndose en ella por su obsequioso celo los lapones de las cabañas vecinas. Cornelisz Ryp habia traido cerveza de Rostoch, vino y aguardiente de Francia, varias clases de carne, tocino, azúcar y cuanto puede ser útil á hombres extenuados por una dieta forzosa; de manera que es inútil decir que fue espléndida la fiesta y que reinó en ella la más entusiasta alegría.

Lanzáronse otra vez al agua las dos embarcaciones, y con la recien llegada

se dirigieron todos á Kola, en cuya ciudad entró el 2 de setiembre, entre siete y ocho de la noche, la tripulacion de Heemskerke, fraternizando con la de Cornelisz.

Heemskerke obtuvo del gobernador de Kola el permiso de trasladar á los almacenes rusos las dos embarcaciones á que él y sus compañeros debian la vida, para que se conservaran como un testimonio de su extraña navegacion; y el 15 de setiembre se embarcó con toda su gente en el buque del capitan Cornelisz, saliendo el 18 del rio para regresar á Holanda, á donde llegaron el 29 de octubre.

Por último, el 1.º de noviembre se trasladaron á Amsterdam con los trajes que habian usado en Nueva Zembla, inclusas las gorras de piel de zorra blanca.

Los que regresaron á su patria fueron estos doce: *Jaime Heemskerke,* capitan; *Pedro Peterson Vos, Gerardo Le Veer, Juan Vos,* cirujano; *Jaime Janson Sterenburg*, *Leonardo Henry*, *Laurencio Guillaume*, *Juan Hillebrantson*, *Janson Hoochwout*, *Pedro Corneille*, *Juan de Buison* y *Jaime Evertson.*

LA
LAPONIA Y SUS HABITANTES.

Al terminar el relato de la última expedicion en que tomó parte el infortunado Barensz, el nombre de Kola y el de *lapon* han aparecido escritos; y nosotros pensamos que nuestros lectores no tomarán á mal que les demos algunas noticias acerca del poco conocido país en que abordaron Heemskerke y sus compañeros, y sobre una raza que, en tal grado como la lapona, excita el interes y la curiosidad en las naciones civilizadas.

La Laponia, de la que forma parte el distrito de Kola, abraza una extension de 6,400 leguas cuadradas repartidas al Norte de Noruega, Suecia y Rusia, bañada al Septentrion por el Océano glacial ártico, por el mar Blanco al Este y por el golfo de Bosnia al Sur.

Desde mucho tiempo ha sido esta y es aun, no sin motivo, una de las regiones que más han llamado la atencion de los viajeros y más se prestan al estudio del naturalista, á la reflexion del filósofo, á la inspiracion del poeta sombrío y melancólico, no cabiendo duda que, sin el atraso de sus habitantes y la crudeza de su clima, que hacen difícil y peligroso el tránsito por ella, sería uno de los puntos á donde más asíduamente acudieran los sabios y los artistas; pero se requiere grande amor á la ciencia y gran confianza en sus propias fuerzas para aventurarse espontáneamente en aquellos páramos inhospitalarios, en me-

dio de una poblacion casi salvaje algunas veces, salvaje del todo muchas. Ese amor y esa confianza, sin embargo, no ha faltado quien los tuviera, y el poeta Regnard, el sabio Maupertuis y el ilustrado Leopoldo Von Buch han visitado y recorrido la Laponia y dádonos sobre ella preciosos detalles.

El aspecto de ese país es vario: siempre imponente y duro. Hácia el Sur y el Este el terreno es generalmente bajo y llano; y llanuras sin término, muchas veces ocultas bajo una capa de nieve, se extienden á la vista del viajero como un inmenso sudario. Encúmbrase luego hácia el Norte sobre las costas desiguales del Océano, y la isla noruega de Mageroe está ya cubierta de montañas que sólo dejan entre sí estrechos y profundos valles, cubiertos tambien de perpétuas nieves, formando en su extremidad ó cabo Norte una proyeccion perpendicular de 1,680 piés de altura.

Atravesado en el centro por los montes Dofrines, presenta una variada y pintoresca, aunque triste, continuacion de espantosos precipicios, enormes ventisqueros y agudos picachos perpétuamente blancos, á pesar de que los Dofrines se elevan sólo á una altura media de 3500 piés. Rios numerosos nacen en esos montes, y tras un curso, por lo comun no muy largo, desembocan en los mares que rodean aquellas comarcas, en las que se hallan diseminados innumerables lagos.

La temperatura de la Laponia es desigual, y distritos hay en que durante los meses de su corto estío se deja sentir el calor. En las costas los inviernos son ménos crudos que en las montañas; pero el verano es en ellas más nebuloso y lúgubre, al paso que en los terrenos elevados es despejado y alegre, y hasta, por breve tiempo, caluroso relativamente; y decimos relativamente, porque en los puntos en que se percibe el calor raras veces excede de 12 grados y en muchos no llega á 6 en julio. El verano empieza allí en junio y termina con el mes de agosto.

En cambio el invierno es tan riguróso, el frio en general tan intenso. que muchas veces se congela el espíritu de víno y se hielan los rios hasta tres ó cuatro piés de profundidad. En la costa, durante esta estacion, caen lluvias copiosas que derriten las nieves y exponen el terreno á la accion inmediata de la helada; sucediendo lo contrario en el interior, donde una espesa nieve cubre la tierra desde principios del invierno y no desaparece hasta la vuelta del verano; resultando de ello que en la costa la temperatura media de la tierra es igual á la del aire, al paso que en el interior el aire es más frio que la tierra.

En los extremos meridionales de la Laponia, los dias más largos, como las noches, son de veinte horas y media; y en las partes más septentrionales son de dos meses y medio; pero durante las prolongadas noches del invierno, disminuyen la oscuridad los resplandores de la luna, el brillo de la aurora boreal y la extraordinaria duracion de los crepúsculos.

La geología de la Laponia presenta más terreno primitivo que de transicion; esto no obstante es muy comun el granito y domina el gneis. Los minerales abundan allí, y particularmente el hierro, del cual hay gran número de minas, dispuestas en extensas galerías. En una de ellas, en la de Suappavara se ha encontrado á la par algun oro, y en las de Kirunavara y Gellinavara se han hallado cristales mezclados con el hierro.

Respecto á las producciones vegetales, varian segun las graduaciones de los diversos climas; y es en extremo interesante observar el órden en que van desapareciendo gradualmente las plantas respectivas, á medida que el viajero va trepando por una montaña elevada. En las llanuras, á lo largo del golfo de Botnia, se hallan grandes selvas de pinos, pinabetes y otros árboles resinosos. En las regiones más frias desaparece el primero, y el pinabete es el único árbol de aquella clase que se ve descollar de vez en cuando en algunos parajes. Luego declina este tambien, hasta que desaparece del todo, sustituyéndolo la inhiesta, la cual cede á su vez al *salix glauca,* planta desconocida en los países ménos septentrionales y que es peculiar de los climas frios. Las plantas papillonáceas que se presentan entónces muy numerosas, resisten un grado aun más intenso de frio; pero á poco se llega á un clima donde sólo medran las plantas de mayor resistencia, tales como la inhiesta enana y el sáuce musgoso. De aquí en adelante aun vegetan algunas clases de musgo; mas ya ántes de llegar al punto de congelacion perpétua desaparece por completo la vida, y no se ve planta ni animal alguno como no sea de vez en cuando y sobre la costa algun águila solitaria, que pasa de un brazo de mar á otro.

En cuanto á los vegetales horticulares, los lapones del Sur cultivan la col, la patata y algunas otras hortalizas, y tambien rosas, claveles y otras flores; pero la industria jamas ha podido conseguir que medren en aquellas comarcas el manzano, el peral, el cerezo, ni otros frutales. Encuéntranse en cambio las bayas en abundancia, tanto en los campos como en las montañas; y las que produce el *rubus articus* no se despreciarian en los climas ménos ingratos á causa de su sabor delicioso y exquisito perfume. Tambien abundan, como en los otros climas helados é inhospitalarios, las plantas antiescorbúticas.

La agricultura en Laponia se halla atrasadísima. En algunos parajes se usa de un arado á propósito para los terrenos pedregosos, pero generalmente acostumbran labrarlos con la azada. La cebada es casi el único grano que en aquel país se siembra, en razon sin duda á que su rapidez en madurar le permite mejor que ningun otro bastarse con un verano de tres meses cortos; y aunque en los terrenos bajos se cultiva el alforfon y en algunos parajes el centeno, la cosecha de todos los granos que produce es tan insignificante que bien puede considerársela nula. El menor resultado obtenido es, no obstante, admirable en aquellos climas, y merecen particular mencion los colonos fineses, que son allí los mejores agrícolas por haber obtenido el trigo en Alten, bajo el paralelo de los 70 grados, que puede indudablemente considerarse como el límite más septentrional del reino de la agricultura.

Pasemos ahora al reino animal, en el que se observa un fenómeno singular digno de llamar la atencion y que revela la admirable consecuencia de las leyes de la naturaleza. Las liebres, los castores, las martas, las ardillas, las ratas monteses, las zorras, los osos y los lobos son los animales que más abundan en Laponia; y todos ellos, al ménos los que se hallan en estado silvestre, cubiertos de unas pieles tan tupidas, que los guarecen perfectamente de los intensos frios del invierno; pero lo notable es que la mayor parte de esos animales, al aproximarse la estacion de las nieves, cambian el color de la piel, la cual se pone blanca; y sabido es que el blanco es mal conductor del calor, y se opone por lo mismo

al frio exterior para que no penetre y robe el calor natural é interior del animal, aislándolo en el cuerpo é impidiendo que se dilate.

De todos los animales citados, el lobo es el más dañino y casi puede decirse el único; pues los osos sólo atacan á los animales domésticos cuando se hallan acosados por el hambre, respetando al hombre, á no hallarse precisados á defenderse ó privados por completo de todo medio de subsistencia, lo que raras veces acontece.

Los cuadrúpedos domésticos son: los bueyes, las vacas, los perros, las ovejas y las cabras. Las aves abundan sobremanera, y la Laponia contiene muchas que son peculiares de aquel clima; siendo la más notable el ave burlona de la Suecia, llamada *pájaro de cien lenguas*, tan celebrado por la belleza de su plumaje como por lo variado de sus notas. Los mares abundan en toda clase de pesca; los rios en delicados salmones y los lagos en carpas, tencas, truchas, anguilas, etc. Los insectos son muy numerosos é incomodan mucho en el estío, por cuyo motivo y para librarse de sus picadas se conservan las tiendas y chozas siempre llenas de humo.

Hemos evitado hasta ahora hablar del rengífero, porque este animal, el don más precioso sin duda que ha dispensado la naturaleza al pobre lapon, merece una mencion particular. El rengífero sirve al lapon de principal acémila, su leche de regalada bebida, su carne de principal alimento durante una parte del año, sus tendones de hilo, sus astas de cucharas y otros utensilios domésticos, y su piel la aprovecha para de vestirse.

El rengífero se parece mucho al venado; pero es de menor corpulencia, siendo su estatura por lo general sólo de cuatro piés desde la pezuña al lomo, y el largo de su cuarto de en medio sólo de dos piés; siendo notable por la elegancia de sus formas, la belleza de su encornadura y la indiferencia con que resiste á un penoso invierno de nueve meses. En verano se alimenta de yerbas, pero en invierno saca su principal sustento del musgo que cubre la superficie de aquellas comarcas, y manifiesta un instinto peculiar en descubrir dicha planta sepultada bajo la nieve y en escarbarla para su pasto.

La pata del rengífero parece estar formada á propósito para andar sobre la nieve; pues la ensancha al ponerla en el suelo y la contrae al levantarla; de modo que puede sacarla fácilmente en el caso de hundirse en la nieve. Estos movimientos del animal van acompañados de un chasquido semejante al de una máquina eléctrica.

El rengífero es naturalmente bravío; pero se domestica con facilidad y forma la principal riqueza de los naturales. Las clases más pobres suelen poseer de cincuenta á doscientos; las clases medias de trescientos á setecientos y las pudientes hasta más de mil. Estas piaras, cuando muy numerosas, exigen el mayor cuidado y las guardan de noche hombres y perros.

Expuesto ya el aspecto del país, su estructura y sus producciones, echemos una rápida ojeada sobre las costumbres, índole é historia de sus habitantes, ó mejor dicho, de esa raza particular que le ha dado nombre y que con tendencias á ser absorbida por otras advenedizas, constituye sin embargo la parte más considerable de su poblacion. Aludimos á la raza *lapona*.

El *lapon* se distingue de los demas habitantes del Norte por multitud de cir–

cunstancias opuestas á las que generalmente concurren en los naturales de las regiones septentrionales. Su estatura es baja, pues no pasa de cuatro á cinco piés, su cútis moreno, su cabello corto y negro, su boca grande, sus mejillas hundidas y su barba algo larga y puntiaguda. Respecto á sus costumbres varian un tanto segun la situacion del terreno en que viven.

Los lapones de la montaña no tienen habitaciones fijas, y vagan en busca de pasto para sus rengíferos, alojándose en tiendas ó chozas que tienen comunmente unos nueve piés de alto por doce de largo. Estas toscas habitaciones están formadas por seis palos cuyas puntas se juntan y sostienen mútuamente. El hogar consiste en unas cuantas piedras y ocupa siempre el centro del chozajo; un agujero practicado en la techumbre y otros boquetes abiertos en varios parajes de la choza sirven para dar salida al humo; pero á pesar de tales precauciones suele este llenar muchas veces la habitacion, digna de los tiempos primitivos.

Sus utensilios domésticos se reducen á unas cuantas cajas y canastas, algunos dornajos de inhiesta, calderas y otras vasijas de bronce ó cobre y más generalmente de piedra, y cucharas de asta de rengífero. Las camas, ó mejor dicho, las yacijas consisten en unos maderos puestos á cada lado del hogar y el cobertor en una tela grosera de lana ó en una zalea.

El alimento de los lapones montañeses es por lo comun la carne y particularmente la del rengífero y la leche del mismo, que saben conservar de varios modos para el invierno, en cuya estacion pasan cazando la mayor parte del tiempo, proporcionándose por este medio variados manjares, siendo muy poco escrupulosos, pues comen sin reparo cualquier alimaña que caiga en sus manos; tienen muy escaso el pan y manifiestan grande inclinacion á los licores espirituosos; sin embargo carecen de alambiques, contentándose con comprar este artículo á las naciones limítrofes meridionales.

Los lapones de los distritos marítimos se diferencian poco en sus hábitos de los montañeses. Sus chozas están construidas bajo el mismo tosco diseño de las de aquellos; sus utensilios son los mismos y mudan generalmente de domicilio dos veces al año. Su vida, no obstante, es más sedentaria. En cuanto á sus alimentos, son mucho ménos variados que los que usan los montañeses. Escasos en rengíferos y privados del recurso de la caza, subsisten casi exclusivamente de la pesca y de aceite de pescado, siéndoles el pan poco ménos que desconocido; pero como sus hermanos de la montaña, comen sin escrúpulo cualquier animal que se les presente, y como ellos tienen una aficion desmedida á los licores, que cambian fácilmente por los productos de la pesca con los mercaderes de las naciones vecinas.

El traje de los lapones es muy basto y consiste en un gorro de lana, una zamarra con el pelo hácia dentro, y un gaban de piel de rengífero con el pelo hácia fuera. No usan medias, sino una especie de pantalones de paño burdo ó de piel curtida, ajustados á la pierna; su calzado consiste en unas albarcas de pellejo de rengífero, cuya suela obtienen del testuz del animal, y lo demás del corte, de las piernas delanteras.

Las mujeres van vestidas casi del mismo modo que los hombres, con la añadidura de algunos toscos atavíos, distinguiéndose las más pudientes por sus

mantellinas ó devantales de lienzo ó algodon tejido en Rusia. Este artículo, así como las botas para los hombres, lo compran los naturales en su tráfico con los suecos. Cuando viajan en el rigor del invierno se abrigan la cabeza, el cuello y los hombros con una especie de capucha, que sólo tiene una pequeña abertura para ver y respirar.

Los lapones profesan ahora la religion cristiana, á la que se convirtieron en el siglo XVII; siendo cismáticos los que están sujetos á la Rusia y luteranos los que dependen de la Suecia; pero unos y otros son casi meros cristianos de nombre, pues ignoran poco ménos que por completo las doctrinas del cristianismo y los deberes que impone, conservando muchas de sus paganas supersticiones á pesar de los esfuerzos de algunos misioneros que han emprendido su instruccion. Mas como casi siempre han debido valerse de intérpretes y no son muchos los que se aventuran en aquellas latitudes, los resultados son lentos y escasos. Así es que el lapon guarda todavía una veneracion extrema para con el oso, al cual rinde cierta clase de homenaje; lo que no impide, sin embargo, que lo ataque cuando puede y que si consigue apoderarse de él lo considere como una hazaña de la cual se jacta toda su vida.

Entre las costumbres más originales de este pueblo, merece citarse la que practica todo el que pretende casarse. Convida este á sus amigos y á la jóven á quien ama, en compañía de sus padres; y desafiando á correr á su pretendida, le da de ventaja la tercera parte de la distancia señalada para la carrera. Si ella llega á la meta ántes que él, debe este renunciar á su mano. Entre ellos ninguna mujer se casa jamas contra su voluntad, notándose por lo comun en las familias la más perfecta armonía doméstica.

Los lapones manifiestan mucha maña en la construccion de trampas para coger los animales silvestres, y en la de sus trineos y canoas; son hábiles en curtir las pieles y en tirar alambre plateado para adornar sus vestidos ó arneses; y se han hecho tambien muy diestros en el manejo de las armas de fuego, desde que esta invencion se introdujo entre ellos.

A semejanza de los islandeses, los lapones consideran su país como el más bello del orbe, y le profesan un amor apasionado, pareciendo como que la naturaleza les ha ingerido este sentimiento, para que no quedaran abandonadas las poco apetecibles comarcas en que moran.

Durante el invierno se hace algun comercio entre los lapones y los suecos, siendo Torneo y alguna otra ciudad á orillas del golfo de Botnia el punto de reunion ó mercado. Este comercio consiste en trocar los primeros pescado, cecina, pieles, peletería, guantes, etc., por franela, paño, cáñamo, cobre, hierro y varios utensilios y particularmente licores espirituosos, sal y tabaco que les dan los segundos. La harina es tambien un artículo principal de tráfico, y la obtienen de sus vecinos los rusos á trueque de pescado.

El orígen de la raza lapona no ha podido nunca determinarse con certeza, y sus individuos, que se denominan á sí mismos *Sahine Ladzh*, lo ignoran por completo. Teniendo en cuenta sin embargo determinadas circunstancias y lo que tras penosas investigaciones han dicho los historiadores limítrofes á la Laponia, puede casi asegurarse que la raza lapona forma parte de la nacion finesa, de la que era una tribu la más antigua y tosca. Oriundos del Asia septentrional y

consecuentes con su vida nómada y aventurera que aun conservan, pasaron *los primeros* quizás al Norte de Europa en busca de nuevas comarcas, de nuevos bosques y nueva caza. Ocuparon luego la Finlandia, la Suecia y la Noruega, y errantes siempre y bravíos, viviendo indistintamente de la caza ó de la pesca, segun se lanzaban al mar ó al traves de incultas regiones y selvas vírgenes, bajaron luego más al Sur, y parece indudable que ellos tambien los primeros abordaron con sus esquifes las costas de Islandia.

Pero tras ellos llegaron otras tribus de su propio orígen, y los fineses propiamente dichos, quizás los antiguos escitas adulterados ya por su mezcla con otros pueblos, subiendo del Sur despues de largas correrías, y en naves por el Báltico, arrojaron á los antiguos lapones hácia el Norte. Otras naciones vinieron despues atropellándose y confundiéndose; pero los lapones se refugiaron en los confines septentrionales, y defendidos por las selvas y más aun por los hielos, conservaron aislándose su primitivo carácter, su tipo, su idioma y sus costumbres, siendo quizás los únicos que pueden ofrecernos una muestra degenerada de lo que fue uno de aquellos cien pueblos distintos y variados cuyo orígen se pierde en la oscuridad, y que empujándose unos á otros, vinieron del Asia y se arrojaron más tarde sobre la Europa destruyéndola y regenerándola, y perdiéndose ellos á su vez en el inmenso remolino que con su erupcion produjeron.

Allá en su retiro hiciéronse los lapones respetar, y resistieron á los embates de continuas invasiones, llegando á infundir á sus vecinos cierta impresion supersticiosa, con la gran fama de sumamente hábiles en la mágia negra que supieron adquirirse. Ellos fueron los que suministraron á los antiguos poetas del Norte en sus cantos ó narraciones la idea de sus *sagas* ó *brujos*, temibles por sus maleficios, y de los *enanos* que resistian á los *gigantes* ó fineses.

Desde entónces, los lapones carecen de historia. Cuando más tarde las nuevas naciones fuéron formándose, organizándose y progresando, los lapones, ajenos á ese movimiento, sufrieron insensible y paulatinamente la superioridad de sus vecinos; y tributarios al principio, súbditos luego de los poderosos estados que los rodean, han acabado por formar parte de ellos, pero sin perder nada de su primitiva libertad y costumbres.

Sin embargo, no por la fuerza, sino por el estacionamiento en que han permanecido, los lapones pierden cada dia terreno en su propio país, y desde un siglo á esta parte que los fineses, protegidos por el gobierno, fundaron algunas colonias en Laponia, han obtenido estos con su industria una superioridad marcada sobre los indígenas, aumentando tan prodigiosamente, que en algunos distritos y particularmente en los de la Noruega, superan ya en número á los primitivos habitantes como les superan por su estado de progreso, miéntras que estos á su vez no sólo continuan estacionarios, sino que disminuyen en poblacion retirándose insensiblemente hácia el polo.

Tales resultados permiten esperar que dentro de algunos siglos la Laponia toda estará habitada por tribus industriosas y civilizadas; al paso que sus actuales semibárbaros pobladores, ó quedarán encerrados en aquella region donde los rigores del clima y la esterilidad del suelo neutralizan todos los esfuerzos de la agricultura, ó desaparecerán confundidos con los nuevos invasores armados, no como los antiguos con los instrumentos del combate, sino con los del trabajo y la

civilizacion, ó deberán, sucumbiendo á su influencia, salir de ese eterno estacionamiento, renunciar, modificándolos paulatinamente, á sus hábitos casi salvajes; sacrificar, en fin, la tradicion en aras del progreso.

NAUFRAGIO
DE PEDRO QUIRINI.

No léjos de Laponia, en los mares del Norte y en las costas de una de las islas de Loffoden, há más de cuatro siglos que aconteció el famoso naufragio cuyo relato vamos á emprender ántes de abandonar el círculo polar ártico para volver despues al mismo por los confines septentrionales de Asia y América.

Ganoso de acrecentar su caudal, Pedro Quirini, comerciante veneciano de Candía, partió para Flándes en un buque cargado de algodon, víno y otros productos del país. Su hijo, á quien se proponia llevar consigo, murió cinco dias ántes, desgracia que fue para el viajero el triste presagio de los males que el porvenir le reservaba.

El 25 de abril de 1431 salió Quirini de Candía, á la sazon perteneciente á Venecia; pero al poco tiempo algunas aguas que aparecieron en el buque por la torpeza de un piloto, le obligaron á aportar en Cádiz para hacerlo recorrer y calafatear. Volvió á zarpar el 14 de julio y un viento N. E. lo arrojó cerca de las islas Canarias, en unos parajes que no conocia, muy temidos entónces como peligrosísimos. Los víveres disminuian, el herraje del timon se habia desprendido, y fue por lo tanto preciso aportar otra vez, arribando el 29 de agosto á Lisboa, desde donde continuó el viaje en 14 de setiembre.

Apénas estuvo en alta mar cuando una violenta tempestad azotó por espacio de varios dias al malhadado buque arrojándolo más allá de las Sorlingas (1) en el momento que iba á penetrar en el canal de la Mancha. Arreció el temporal á 10 de noviembre, y desprendiéndose de nuevo el timon viró el buque impelido hácia el Oeste. Fue entónces preciso sujetar el gobernalle con cables, pero lo arrancaron otra vez las olas, necesitándose tres dias de inauditos esfuerzos para dominar la nave. En tan apurada situacion debieron forzosamente economizar los víveres restringiendo las raciones á lo estrictamente indispensable, medida de prudencia que acataron todos sin murmurar.

El peligro era inminente; el comerciante veneciano se retiró á su cámara pa-

(1) Isletas numerosas, algunas de las cuales son meros escollos, cerca de la costa de Inglaterra, á ocho leguas de la punta del condado de Cornualles.

ra rogar á Dios, saliendo en breve más tranquilo y confiado á reanimar el valor de la azorada tripulacion. Probáronse infructuosamente varios timones nuevos, y el 25 de noviembre se encontraron completamente á merced de la deshecha tempestad. Calmó por fin el huracan retardando la última hora de los pobres tripulantes; pero el viento y la lluvia habian destrozado de tal modo las velas que no fue posible izarlas, y así privado el buque de timon y velámen, bogó violentamente haciendo agua por tantas partes á un tiempo que á duras penas logró impedirse que se fuéra á pique.

Diez dias hacia que se hallaban en tan deplorable crísis, cuando se estrellaron contra el buque cuatro oleadas inundándolo de modo que sensiblemente se iba á fondo, con espanto no infundado de cuantos en él habia. Con todo, la inminencia del peligro les infundió fuerzas, y trabajando con agua hasta la cintura consiguieron vaciarla.

Durante los tres dias siguientes el tiempo se sosegó un poco; pero el 17 volvió á desatarse el temporal embraveciendo el mar de manera que las olas, cual movibles montañas, ora levantaban el bajel hasta las nubes, ora lo hundian en el abismo con roncos bramidos. El rayo alumbraba de vez en cuando el terrible espectáculo interrumpiendo con fatídicos fulgores la lobreguez que envolvia á los desdichados navegantes; el huracan rugia furioso azotando el leño é inclinándolo con violento empuje, y el agua entraba en tal cantidad por la regala, que los marineros, perdida ya toda esperanza, se miraron largo rato tristemente sin saber qué hacer, hasta que al fin, como único recurso, cortaron el palo mayor que al caer voló al mar con una sacudida del buque sin tocar el puente siquiera. Aliviada un tanto la nave se agitó ménos y la tripulacion se ocupó toda aquella noche lóbrega y penosa en vaciar el agua que la llenaba.

Reunió entónces Quirini á sus compañeros y habló de esta manera: «Ya veis, queridos amigos, que nos es imposible gobernar el buque; los víveres disminuyen rápidamente, y permanecer aquí es entregarnos á una muerte inevitable por las olas ó por el hambre. Arrojémonos pues al mar con los botes, llevémonos las provisiones que nos restan, y con la ayuda del cielo todavía podemos esperar nuestra salvacion si calma el tiempo.»

La tripulacion se adhirió desde luego á la propuesta de Quirini, creyendo que la costa más próxima era la de Irlanda y que distaban de ella setecientas millas (1); preparándose por consiguiente á abandonar el buque á la primera coyuntura. Quirini propuso echar suertes para indicar las cuarenta personas que debian embarcarse en la chalupa y las otras veinte y una que debian ir en el bote; pero excusado fue el sorteo, porque se presentó voluntariamente el número destinado á la última embarcacion, entrando Quirini en la chalupa con los oficiales á pesar de que preferia el bote. Apresuráronse desde luego á echar al agua las dos embarcaciones, operacion larga y difícil que terminaron felizmente el 17; repartiéndose despues con escrupulosa equidad las provisiones, sin poderse llevar todo el víno por no caber tanto en la chalupa y el bote.

El momento de la separacion fue cruel para todos; pero inevitable como era,

(1) La milla marina equivale á 0'4167 de legua, esto es, poco más de dos quintos: una legua tiene pues unas dos millas y un tercio: 700 millas equivalen á 291 leguas ordinarias.

abrazáronse con vivos y sinceros trasportes de sentimiento. El capitan ademas experimentó un hondo pesar al tiempo de abandonar el infortunado buque que con tanto esmero construyera y el precioso cargamento en que fundara las más lisonjeras esperanzas.

Una espesa niebla que sobrevino aquella misma tarde separó el bote de la chalupa, y al clarear del siguiente dia ya no se le vió, sin que nunca más se haya sabido de él. Los náufragos lloraron la suerte de sus compañeros, que supusieron habian perecido; pero poco tardaron en temer que les cupiese á ellos igual. El mar en efecto se ensoberbeció tanto que, rompiendo una ola en la popa de la chalupa, la llenó casi toda de agua. Apresuráronse á vaciarla, y en el desórden y aturdimiento que reinaba arrojaron al mar cuanto les vino á mano: víveres, víno y vestidos. La pérdida consiguiente de parte de los comestibles les obligó á limitar las raciones, particularmente la de víno, que se redujo á un vaso por plaza al dia, rebajándolo á medio despues de una semana.

Los sufrimientos de estos desdichados fueron cada vez mayores: veíanse sin cesar obligados á desaguar la chalupa; el frio era tan intenso que nunca en Venecia lo habian sentido igual en los inviernos más rigurosos, y los marineros lo esperimentaban tanto más, cuanto que iban poco arropados, escasos de víveres y expuestos á la intemperie de unas crudísimas noches de veinte horas. Entumecíanseles al principio los piés, y la falta de sensacion iba propagándose á todo el cuerpo; atormentados por el hambre, devoraban cuanto alcanzar podian, y heridos de pronto de un espasmo, su cabeza oscilaba, caian desfallecidos y exhalaban el postrer suspiro. Así murieron dos y hasta cuatro hombres cada dia del 19 al 29 de diciembre, de suerte que en 5 de enero habian perecido ya veinte y seis, que fueron sepultados en las olas por sus camaradas.

El víno se habia agotado; los pobres marineros, no previendo término alguno á sus penalidades, se preparaban á morir y el mismo Quirini, á quien se deben los detalles de este terrible naufragio, sentia no ser del número de los que habian acabado ya sus dias y tribulaciones. Algunos, deseosos de conservar la vida, bebieron agua salada que, en vez de aliviarles, más ó ménos tarde les fue fatal.

Cinco dias, cinco siglos, pasaron en esta deplorable situacion. El 3 ó el 4 de enero, habiendo un marinero divisado al amanecer algo parecido á empinadas rocas cubiertas de nieve, al instante y con cierta inquietud participó á sus compañeros el descubrimiento que acababa de hacer; volvieron todos la vista á donde él les indicaba, pero era la luz escasa, y con indecible impaciencia esperaron la claridad del dia. ¡Cuál fue su júbilo al convencerse pocas horas despues de que realmente se alzaba ante ellos la tierra! Cobraron ánimo instantáneamente; pero á causa del contrario viento no pudieron servirse de las velas, ni valerse de los remos por carecer de fuerzas. El dia no duraba más que dos horas; el viento y la corriente arrastraron la chalupa y la tierra desapareció. Sorprendida por la noche la tripulacion, quedó sumida en cruel incertidumbre; al despuntar la aurora nada se veia ya; pero entre dia aparecieron al Este unas altas montañas, y para no perder durante la noche aquel punto y la esperanza con él, determinaron su posicion con la brújula.

Hácia las tres de la madrugada se encontraron entre numerosos escollos y arrecifes, y una ola, estrellándose en la chalupa, expuso á la tripulacion á un pe-

ligro por demas inminente, sucediendo luego el gozo á la tétrica desesperacion de los navegantes, pues otra ola arrojó con fuerza la embarcacion á tierra tras una roca, como á puerto seguro.

Cinco marineros, impacientes por apagar la sed que los abrasaba, saltaron inmediatamente en la playa y apresuráronse á tragar una cantidad exorbitante de nieve, recogiendo luego otra porcion para sus camaradas, los cuales se esforzaban cuanto podian para evitar que la barca se estrellase en los peñascos. Mitigaron entónces la sed ardiente que les atormentaba con la nieve, de la cual dice Quirini que bebió tanta como hubiera podido llevar encima, y atribuye á su efecto saludable el haber conservado la vida, miéntras que dos hombres murieron por haber bebido agua salada.

Como no tenian cables ni medio alguno para amarrar la chalupa, la tripulacion pasó la noche alejándola de la orilla; mas el dia siguiente, diez y seis hombres, restos de los cuarenta y siete embarcados al abandonar el buque, saltaron en tierra y postrados en la nieve dieron gracias al cielo por su milagrosa salvacion. El hambre, empero, les obligó en breve á examinar el estado de sus provisiones, que consistian en algunos mendrugos de galleta, un jamon y un pedazo de queso, y encendiendo fuego acto continuo con los bancos de la chalupa, prepararon su mezquino banquete.

Habiendo reconocido que se hallaban en una roca árida, resolvieron abandonarla al otro dia, y al efecto llenaron cinco toneles de nieve, decididos á lanzarse á la ventura, cuando al tiempo de entrar en la chalupa el agua penetró en ella por todas partes, á consecuencia de que la noche anterior no se habia tenido la precaucion de evitar que chocase con las rocas; pues dos marineros encargados de mantenerla separada de la costa, impacientes al ver que sus camaradas no volvian, saltaron en tierra para reanimar sus arrecidos miembros, sufriendo por su abandono la chalupa tales averías, que se fué á pique al abordarla; obligando á los náufragos á regresar á la roca.

Desde que abandonaron el buque, en unos diez y ocho dias calcularon que habian hecho dos mil quinientas millas sin ver tierra y que se encontraban en la isla de los Santos, situada en la costa de Noruega y sujeta al rey de Dinamarca. La isla á que se refiere Quirini es probablemente la de Heiligeland, en la costa de Noruega, á 66 grados de latitud Norte; aunque es casi indudable que se equivocaba, pues debian encontrarse mucho más al polo, segun lo que despues se dice.

A pesar de que su posicion era poco agradable, los náufragos consideraron que era preferible á los peligros de una mar borrascosa, y por el pronto se consolaron, formando con los remos y velas de la chalupa dos tiendas para guarecerse de la intemperie, y encendiendo una hoguera con los restos para calentarse.

El único alimento que pudieron procurarse consistia en yerbas marinas, almejas y otros mariscos que recogian en las orillas del mar, en cantidad tan exigua que bastaba apénas para sostenerlos y calmar el hambre. Dividiéronse en dos secciones: trece estaban en la una tienda y tres en la otra; y para calentarse debian alternar tendidos unos en la nieve miéntras otros estaban sentados al fuego; pero como la grande humedad de la madera que utilizaron producia un humo tan intenso é insoportable, los desgraciados estuvieron á punto de per-

der la vista. Al secretario de Quirini se le descarnó el cuello hasta los nervios, y murió; tres robustos españoles llenos de salud fallecieron tambien por haber bebido agua salada, y los trece que sobrevivieron estaban tan débiles y desalentados que por espacio de tres dias y tres noches no pudieron arrastrar fuera de la tienda los cadáveres de sus compañeros.

Así trascurrieron once dias, al cabo de los cuales el criado de Quirini, habiendo salido en busca de almejas, descubrió al extremo del peñasco una choza de madera con huellas de ganado al rededor, en tan buen estado que los náufragos resolvieron establecerse en ella desde luego, como lo verificaron, excepto dos ó tres demasiado débiles para andar, llevándose algunas haces de leña para la lumbre. A pesar de que la choza sólo distaba milla y media, Quirini tuvo apénas fuerzas para llegar á ella, y no sin mucha dificultad pudo andar por la nieve. Con todo, una vez en la cabaña, experimentó, segun dice, grandísima alegría, esperando con fundamento que no léjos habria alguna habitacion humana.

Dos dias despues uno de los marineros, ocupado tambien en buscar almejas, encontró un corpulento pescado todavía fresco, que pesaba más de doscientas libras, y al parecer estaba allí hacia poco. Desgraciadamente algunas disensiones habian dividido la tripulacion en dos partidos, y el marinero que hiciera el descubrimiento procuró ocultarlo á los del bando opuesto; pero estos, advertidos del hallazgo, quisieron compartirlo de grado ó por fuerza. Quirini interpuso entónces su mediacion, y mandó que se dividiera el pescado en trozos iguales; hecho lo cual llevámonlo á la choza, en donde cocieron una parte y asaron otra en las brasas. Algunos, sin embargo, en su impaciencia lo comieron crudo. A los cuatro dias observaron que era necesario economizarlo, y lo que restaba bastó para alimentarles por espacio de otros diez, lo cual no fue poca suerte, pues el huracan sopló tan violento, que era imposible procurarse más comestibles. Agotado, empero, el pescado y calmando el viento, buscaron otra vez mariscos hasta el 31 de enero de 1432.

Un pescador que vivia en una isla inmediata, llamada Rustena, segun Quirini, la cual seguramente es la isla de Rust del grupo de las de Loffoden á 68 grados de latitud Norte, llegó con sus dos hijos al islote para recoger el ganado que en él dejara. El padre se habia quedado en la playa para cuidar del esquife y sus hijos avanzaban hácia la choza, cuando con extremado asombro vieron que por el techo salia humo, lo cual en un paraje como aquel, inhabitado y estéril, era una circunstancia rara que daba pábulo á su conversacion.

Cristóforo Fioravanti oyó desde la choza sus palabras, y con vivo sobresalto. ¿No ois voces humanas? dijo á sus desalentados camaradas; mas solo uno se dignó contestarle y lo hizo en estos términos: Son los gritos de las aves de rapiña que esperan nuestra muerte para cebarse en nuestros cadáveres, como lo han hecho ya con los de nuestros compañeros. En aquel momento, en efecto, una bandada de cornejas destrozaba los cadáveres de los náufragos; y el triste silencio que siguió á las palabras de los interlocutores dió claramente á entender que sus compañeros de infortunio creian más en el lúgubre comentario del último que en la para ellos ilusion de Fioravanti.

Sin embargo, á poco las voces se oyeron distintamente, y los náufragos como galvanizados se precipitaron con inesperado brio fuera de la choza, distinguien-

do no léjos á dos jóvenes que al verlos palidecieron horriblemente; mas conociendo luego que los extranjeros eran unos pobres necesitados, sin fuerza apénas para sostenerse, les dirigieron la palabra nombrándoles el lugar de su residencia; pero Quirini no entendia su idioma. Entre tanto dos de los náufragos fuéron adonde estaba la lancha, con la esperanza de encontrar provisiones, y no encontrándolas, supusieron que los recien llegados habian hecho una travesía corta.

Acordóse entónces que dos marineros se embarcasen en la lancha, donde no cabian más, y algunos opinaron que se guardase en rehenes á uno de los dos mozos para que acudiesen á socorrerles más pronto; pero Quirini les representó que sería injusto hacer la menor ofensa á personas que eran absolutamente dueñas de auxiliarlos. Gerardo di Leone y Cola di Otranto, que entendian algo el frances y el aleman, se embarcaron al fin, y el bote se alejó, dejando al resto de la tripulacion en una ansiedad indescribible. Veinte y cuatro horas trascurrieron sin que el bote compareciese, y los infelices que por instantes lo esperaban empezaban ya á temer que la demasiada carga lo hubiese hecho zozobrar.

Esa tardanza dimanaba de que, como los habitantes de la isla habian ido á pescar, no pudieron enterarse ántes de la deplorable situacion de los náufragos; pero á su regreso el cura, dominico aleman, les pintó en términos patéticos la precaria situacion de aquellos desgraciados, mostróles los dos que habian llegado y prometió la bendicion del cielo á los que les auxiliasen.

Seis botes cargados de provisiones abordaron cerca de la choza de los náufragos, cuyo alborozo en vista de aquellas muestras de amistad es imposible describir, y acto continuo recibieron un pan de centeno cada uno, que les pareció el maná. El cura que acompañaba á sus feligreses al llegar preguntó en latin quién era el capitan del buque náufrago. Dióse á conocer Quirini, y el sacerdote, despues de hacerle tomar un bocado, le dió á beber cerveza; luego asiéndole de la mano, le dijo que eligiese dos hombres para que se embarcasen con él, y Quirini designó á Francisco Quirini de Candía y á Cristóforo Fioravanti de Venecia, embarcándose los cuatro en un bote que pertenecia al principal habitante de Rust, que era un pescador; en tanto que el resto de la tripulacion se repartia en otros cinco botes.

Cuando llegaron á tierra Quirini no pudo andar á causa de su debilidad, teniendo que apoyarse en el brazo del hijo del pescador su huésped, y al entrar en la casa, como encontrase al ama que, seguida de una criada acudia á recibirlos, á la usanza de los esclavos griegos, trató de prosternarse á los piés de aquella mujer, quien se lo impidió, enternecida al contemplar su mísera situacion, acompañóle al hogar y le dió una taza de leche. Esta virtuosa mujer, en tres meses que permaneció Quirini en la casa, nunca dejó de manifestarle la más cordial benevolencia. En cuanto á los otros náufragos, en número de diez, repartidos por las demas cabañas, fueron tratados con la misma humanidad, pues se les proporcionaba abundante pescado, manteca, leche y alguna vez carne.

Quedaban sin embargo en el islote dos hombres, cuya debilidad les impidiera trasladarse á la choza, y que por estar demasiado léjos no habian podido tener noticia de lo que ocurria. Los moradores de Rustena fuéron á socorrerles; Quirini no dice cuándo, y es algo extraño por cierto que no los recogiesen en el acto

de salvar á los demas, de lo cual pudiera inferirse que Quirini y sus camaradas no se tomaron por aquellos desdichados todo el interes que la humanidad y el compañerismo exigian. Lo cierto es, segun dice Quirini, que cuando los vecinos de Rustena llegaron al islote encontraron ya muerto á uno de los dos infelices y en tan mal estado al otro que, trasladado á Rustena, murió á los dos dias. En esta última expedicion los buenos pescadores dieron sepultura al que encontraron muerto y á los otros ocho náufragos que habian fallecido anteriormente, celebrándose despues en la parroquia sus funerales.

«Rustena, dice Quirini, contiene unas doce cabañas y ciento veinte habitantes, de los cuales ciento doce comulgaron por Pascua como devotos católicos. La mayor parte son pescadores de oficio, y como en aquel clima helado no crece el trigo, se alimentan principalmente de pescado, que cogen en cantidad increible. Curan al sol algunos muy grandes llamados abadejos, que pesan más de doscientas libras, para venderlos á los alemanes, en cambio de provisiones, telas y sobretodo leña, de la que carecen por completo.

«Para estos pobres isleños, dechados de probidad, es precaucion inútil la de guardar los objetos bajo llave. Entre ellos el adulterio y demas crímenes de esta clase son absolutamente desconocidos, y los casamientos se verifican sólo para cumplir el precepto divino. En extremo morigerados y piadosos, nunca se permiten jurar ni blasfemar, y uno de sus caractéres más notables es la gran resignacion que muestran con la muerte de sus deudos. Si el difunto deja una viuda, esta se pone sus mejores vestidos y convida á sus vecinos á un banquete opíparo para el descanso del alma del finado.

«Sus vestidos están hechos principalmente de paño burdo inglés; tambien llevan gorros muy bastos que reciben de Dinamarca, forrados algunos para preservarse mejor de la humedad. Las casas son de madera y redondas con una abertura arriba á modo de ventana, la cual durante los frios excesivos tapan con pellejo de pescado trasparente. Para acostumbrar á los niños á la crudeza del clima, recien nacidos los ponen al pié de la ventana abierta, á fin de que la nieve les caiga encima, y por este medio los curten tanto en el frio, que nunca lo encuentran extremado. Durante nuestra permanencia en la isla nevó casi siempre, desde el 5 de febrero hasta el 14 de mayo.

«A principios de la primavera comparecieron una infinidad de ocas silvestres llamadas *mouxi* por los isleños, y anidaron en las rocas ó en las paredes de las chozas. Cuando estas aves cesaban de chillar, los habitantes de Rustena, como obedeciendo á una señal convenida, se iban á dormir. Son muy mansas, y al igual de los palomos frecuentan la habitacion del hombre, siendo lo más notable que si el ama de una casa coge los huevos de un nido, el pájaro vuela pausadamente y vuelve cuando aquella se retira.

«Del 20 de noviembre al 20 de febrero, casi no hay dia; pero del 20 de mayo al 20 de agosto, no hay noche. La isla tiene una circunferencia de tres millas, es muy baja, exceptuando la parte edificada, y está á setenta millas al Oeste de Noruega. Sus moradores dicen que es el extremo del mundo. Rodéanla numerosos peñascos, unos habitados, desiertos otros como aquel en que fuímos á parar, el cual dista de Rustena unas ocho millas.»

Despues de cuatro siglos, la descripcion de Quirini es aun aplicable en casi

todas sus partes á la isla de Rust. Las costumbres de sus habitantes son casi las mismas y su carácter igual, si bien son ahora protestantes. La pesca del bacalao y del arenque es hoy como entónces el principal, si no el único recurso de aquellos isleños, siendo tan abundante en los meses de febrero y marzo, que en las playas del golfo oriental del grupo de Laffoden se reunen más de veinte mil pescadores que acuden de todos los puntos inmediatos, y algunos de lejanos puertos. Continuemos, empero, nuestro relato.

Los italianos permanecieron tres meses y once dias en Rustena, esperando á que en el mes de mayo llevaran los isleños su pesca á Bergen; y se disponian á partir ya, cuando tuvo noticia de su lamentable historia la esposa del gobernador de aquel archipiélago, la cual envió á Quirini una barca con seis remeros y su capellan, encargado de ofrecer á los náufragos, en calidad de regalo, sesenta bacalaos, tres grandes panes de centeno y un pastel, y de cuidar que se los tratase bien y condujese á Bergen. Los venecianos al expresar su gratitud para con su bienhechora le hicieron presente la humanidad con que les trataran los isleños, y Quirini en expresion de su reconocimiento le remitió un rosario de ámbar que habia traido de Santiago de Compostela, encomendándose con sus compañeros á las oraciones de aquella buena señora, para alcanzar del cielo un feliz regreso á su patria.

Pocos dias ántes de partir, instigados los isleños por cierto individuo pidieron á los venecianos dos escudos mensuales, en pago de su hospedaje, lo cual formaba á razon de siete escudos por cada uno un total de noventa y siete.

Imposibilitados de reunir esta suma, los náufragos suplieron lo que faltaba con seis copas, seis cubiertos de plata y varios otros objetos de ménos valor, todo lo cual, ó su mayor parte al ménos, fué á parar en manos del citado individuo, quien se lo guardó sin el menor escrúpulo so pretexto de que habia servido de intérprete. Los infelices á quienes nada quedaba al partir recibieron de los isleños algunas provisiones consistentes en pescado seco; y al despedirse, las mujeres y los niños empezaron á verter lágrimas que hicieron brotar á su vez las de los pobres extranjeros.

Salieron estos para Bergen el 14 de mayo. Los dias se habian alargado mucho, de manera que á fines de mes el sol permanecia en el horizonte cuarenta y ocho horas. En el trascurso de su viaje, adelantándose hácia el Sur, lo perdieron de vista por espacio de una hora en veinte y cuatro conforme se lo habian indicado ya los isleños. A doscientas millas de Rustena los náufragos descubrieron en unas rocas varios bordajes y viguetas de su bote, infiriendo de ello que la tripulacion habia perecido, y pasaron luego por ante numerosas islas, algunas de ellas inhabitadas.

Navegando con viento favorable á los diez y seis dias encontraron al arzobispo de Drontheim, que visitaba las islas de su diócesis con un séquito de doscientas personas embarcadas en dos galeras, y al cual los presentaron.

Enteróse el prelado de las desgracias que experimentaran, y procurando consolarles dióles varias cartas de recomendacion para que los recibieran bien en Drontheim, á donde llegaron el dia siguiente, que era el de la Ascension, asistiendo con tal motivo á los divinos oficios en la magnífica iglesia de San Olaf, rey de Noruega enterrado en ella. Terminado el servicio, los presentaron al gobernador,

el cual les manifestó sumo interes, y preguntando á Quirini si sabía hablar el latin, contestado afirmativamente, los convidó á todos á comer con él y los obsequió espléndidamente.

Aconsejaron entónces á Quirini que fuése á encontrar á Juan Franco (veneciano creado caballero por el rey de Suecia) en su castillo, situado á cincuenta jornadas de Drontheim. Quirini admitió el consejo, y pasados ocho dias en la ciudad, se puso en camino con un guia que le proporcionó el gobernador y dos caballos que el mismo le regalara. El veneciano en muestra de gratitud dióle su bacalao, un sello y un cinturon de plata, y aquel á su vez unió á sus anteriores presentes unas botas, espuelas, un sombrero, una destral con sus armas y una imágen de San Olaf, cuatro florines del Rhin, pan y arenques.

Compuesta la comitiva de doce hombres, se puso en marcha el 9 de junio, con tres caballos, uno de ellos regalado anteriormente á Quirini por el arzobispo de Drontheim.

Cincuenta y tres dias anduvieron constantemente en direccion al Este, encontrando en algunos puntos muy malas camas, y no pudiendo á menudo procurarse pan, que reemplazaban entónces con la corteza molida de cierto árbol, haciendo una especie de masa que comian luego con leche, manteca y queso, lo cual no les faltó nunca. Al cabo de algun tiempo, avanzando hácia el interior encontraron de vez en cuando mejor alojamiento, en el que les daban carne, cerveza y otros alimentos; pero lo que obtuvieron siempre fue una acogida amistosa y hospitalaria.

Cuatro dias ántes de llegar á Stichimbourg, residencia del caballero Franco, los viajeros entraron en Wadstena, pueblo natal de santa Brígida, que habia fundado en él un convento de religiosas, dirigido por padres de la misma órden, cuya regla era muy rigorosa. Los príncipes del Norte edificaron en honor de la santa una magnífica iglesia cubierta de cobre, en la que Quirini contó sesenta y dos altares. El monasterio poseia grandes riquezas destinadas á socorrer á los pobres en sus desgracias; siendo los extranjeros por lo mismo acogidos en él con benevolencia y abundantemente satisfechas sus necesidades.

Despues de haber descansado dos dias en Wadstena, los expedicionarios continuaron su camino y se dirigieron al castillo de Juan Franco, á donde llegaron al cabo de otros dos.

Inmensa fue la satisfaccion de los italianos al encontrarse en casa de su compatriota, el cual por su parte nada escaseó que pudiera aliviarlos y serles agradable; de manera que los náufragos se vieron tratados como si estuvieran en su propia casa.

Habiendo llegado á su noticia que en Lodesa, puerto de mar situado á ocho jornadas de Wadstena, se encontraban dos buques aparejados, el uno para Rostok, en Alemania, y el otro para Inglaterra, despidiéronse los italianos el 13 de agosto del caballero Franco, quien los proveyó abundantemente de dinero y ropa, encargando á su hijo Mateo que los acompañase á Lodesa, á donde se dirigieron en efecto y llegaron al poco tiempo, alojándose en una casa que pertenecia tambien al benéfico caballero. El hijo por su parte tuvo para con ellos las mismas atenciones del padre.

En el buque destinado para Rostok, que estaba ya pronto á darse á la vela,

se embarcaron Nicolas Miccielli, Cristóbal Fioravanti y Gerardo de Leone; haciendo lo propio algunos dias despues para Inglaterra los ocho restantes, provistos por el hijo del caballero de todo lo que pudieran necesitar. Vientos favorables los condujeron á Ely, en donde el capitan del buque, enterado de sus desgracias, les regaló cuatro *nobles*, y dos dias despues se pusieron en camino para Lóndres.

Cuando Quirini llegó á esta ciudad, algunos de sus compañeros le habian tomado la delantera anunciando su regreso á varios negociantes italianos, los cuales salieron á recibirle. Difícil sería explicar su alegría al verlos; sus compatriotas á su vez lo miraban como á un resucitado y lo abrazaban con lágrimas en los ojos.

Algunos dias despues Bernardo de Cagliari, el piloto, y el marinero Andres de Piero, se fuéron para cumplir un voto; pero Quirini se quedó todavía en Lóndres con su fiel criado Nicolas, Alejo de Nasimber, Francisco Quirini y Pedro Granedigo, dando á los que se marcharon el dinero necesario á sus gastos.

Más de dos meses debieron permanecer en la capital de Inglaterra por hallarse tan extenuados, que no quisieron dejarles partir los amigos de Quirini, los cuales les alimentaron y equiparon á todos sin permitir que se hablase siquiera de indemnizacion alguna.

Quirini salió al fin de Lóndres con Jerónimo Bragadini, uno de sus bienhechores. Al llegar al continente varios marineros se separaron para cumplir ciertos votos y otros tomaron un camino diferente del que siguió él con su compañero de viaje, llegando por Basilea á Venecia en cuarenta y dos dias. En Brújas supo que el buque que habia visto al principio de sus desgracias á la altura del cabo Dear, en la costa de Irlanda, habia zozobrado el 11 de noviembre de 1431.

Quirini era naturalmente de complexion débil y delicada; pero despues de haber pasado por las duras pruebas que acabamos de referir, su temperamento cambió, poniéndose fuerte y robusto.

Los italianos que se embarcaron en Suecia para Rostok llegaron á Venecia el 12 de octubre de 1432, despues de haber pasado por Roma y hecho un viaje largo y fastidioso.

Bernardo de Cagliari habia dejado al embarcarse una esposa jóven á quien la prolongada ausencia de su marido y la voz pública hicieron creer que era viuda; casándose, Trevisa en donde residia algunos meses hacia ya con su nuevo esposo, cuando supo que el primero vivia aun. Abandonó entónces sin vacilar al segundo y se retiró á un convento para expiar el error involuntario que cometiera; pero Cagliari, atribuyendo la falta de su mujer á la fragilidad humana, se la dispensó, y suplicándole con vivas instancias que volviese á unírsele, vivieron ambos felices.

EL MAR DEL NORTE.

NAUFRAGIOS

DE WILLIAM JOHNSON.

El mar del Norte, el primero que se nos presenta al bajar del Glacial por el Atlántico, es harto célebre por los peligros que á la navegacion ofrece.

Borrascas temibles y casi continuas se forman y reinan en ese mar, expuesto á vientos muy variables y á grandes mareas, que siguiendo la direccion de Norte á Sur, se hinchan tanto más, cuanto que reinan los vientos N. O. y N., siendo á veces tal su elevacion y tanta la fuerza de sus oleadas, que en repetidas ocasiones han roto sus naturales diques en los Países Bajos, Alemania y Dinamarca, produciendo terribles inundaciones. La índole de sus costas, particularmente hácia el N. O., añade un nuevo peligro al que resulta de la intranquilidad de sus aguas, pues está rodeado de numerosos estuarios, bancos de arena, islotes, peñascos, arrecifes y promontorios.

Con tales circunstancias bien se concibe que ha de haber sido el mar del Norte fecundo en naufragios; y lo fuera más sin duda alguna, á ser ménos conocido por las naciones eminentemente marítimas que baña; pero los intrépidos é inteligentes marinos de Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Noruega, que desde la más remota antigüedad lo cruzan en todas direcciones, han podido estudiarlo y darlo á conocer con precision tal, que el piloto dirige por él su nave como pudiera hacerlo con un caballo el mejor jinete y experimentado guia por los senderos de una montaña rodeada de precipicios.

Las aguas de esta parte del Océano ofrecen la circunstancia de ser ménos salobres que las del Atlántico propiamente llamado; criándose en ellas muchas plantas marinas y abundante y productiva pesca, que consiste particularmente en arenques, cangrejos, ostras y pescados; encontrándose á veces algunas ballenas impelidas hácia las costas de las Orcadas, de las islas Shetland y de la Noruega.

William Johnson, capellan de Cárlos II de Inglaterra, nos ha legado el relato de dos naufragios sufridos por él en un solo viaje por el mar del Norte; y este relato, literalmente traducido, es el que á continuacion trasladamos:

«El 29 de setiembre de 1648, dice, nos embarcámos en Harwich, á bordo del *William and John,* mandado por el capitan Daniel Morgan. Una tristeza singular abatió mi espíritu al despedirme de mis amigos, pareciéndome que al dejar la Inglaterra me abandonaba la vida; y sin embargo, partia para servir á la re-

ligion. El buque era sólido, el piloto hábil, el viento favorable: ¿qué podia temer? Pero sin duda, en mí, la naturaleza presentia la proximidad de una tormenta, pues apénas estuve en el mar, cuando ya empecé á sufrir temores y angustias extraordinarios, hasta el punto que en mi imaginacion ya estábamos naufragando.

«Un dia, sobre las cuatro de la tarde, el capitan entró en la cámara con más precipitacion de lo que acostumbraba, animado por el sentimiento de un peligro inminente; y aunque me lo ocultó, desde luego lo conocí en la expresion alterada de su rostro.

«Preguntéle si todo iba bien, me contestó afirmativamente; pero como le ví inmutarse y salir apresurado, levantéme y me fuí arrastrando hasta la cubierta: ¡qué horrible espectáculo se ofreció á mi vista!

«El buque hacia agua de una manera espantosa y estaba á punto de irse á fondo; el terror habia demudado todos los semblantes, de manera que apénas nos reconocíamos los unos á los otros; este oraba, aquel se retorcia las manos, el de más allá lloraba y gemia. Sin embargo, pasado el primer momento cada cual se puso á trabajar cuanto pudo, agitándose todos mucho para no hacer nada.

«El contramaestre y otro marinero que habian bajado al fondo para buscar la via de agua volvieron casi desmayados, anunciándonos con voz temblorosa que era imposible tapar la hendidura, y que sucumbiríamos de un momento á otro.

«No era aquella ocasion de discutir; púsose desde luego la chalupa al mar y se dispararon algunos cañonazos para advertir al capitan de un buque que navegaba con nosotros algo adelante. Contando que vendria á auxiliarnos, saltámos á la chalupa; pero yo desgraciadamente al verificarlo calculé mal la distancia y caí en el agua, de la que me sacaron con mucho trabajo. A bordo no quedaba más que un hombre que prorumpió en las más lastimeras exclamaciones; y aunque la vela del buque tocaba á las olas y nos exponíamos á zozobrar, no titubeámos en ir á socorrerle y conseguímos salvarle.

«Sin embargo, el capitan del otro buque no acudia en nuestra ayuda y le acusábamos ya de indiferente é inhumano, pues en la adversidad todos los hombres son recelosos é injustos en sus juicios; pero el pobre estaba en mayor apuro, de suerte que en ménos de una hora fue presa del mar con toda su tripulacion.

«Nuestras esperanzas de salvarnos fueron entónces harto débiles, pues nos encontrábamos en los mares del Norte, que rara vez están sosegados, y en aquel mismo momento una ráfaga hinchó prodigiosamente las olas. ¿Cómo habíamos de esperar salvacion en una chalupa pequeña y estrecha, cuando un buque grande no habia podido resistirlas? Estábamos á muchas leguas de tierra, no teníamos ni brújula ni víveres y la noche se aproximaba, no habiendo en el bote mas que una pequeña caldera que servia para vaciar el agua, y tres talegos de monedas de á ocho por valor de trescientas libras esterlinas; pero el dinero en semejante ocasion no era para nosotros mas que un peso de ningun valor, como lo es realmente.

«Pusímonos á orar, siendo las quejas más ruidosas que las invocaciones; sin embargo, Dios tuvo compasion de nosotros, y descubrímos una vela. Desgra-

ciadamente con solos dos remos no podia avanzar mucho la chalupa, en la que rompian fuertes oleadas llenándola de agua, que nos costaba mucho vaciar con el caldero.

«A pesar de nuestros esfuerzos nos era imposible alcanzar el buque, el cual á sotavento corria demasiado para que lo siguiese nuestra pequeña embarcacion, y la noche tenebrosa que se nos echó encima acabó con nuestras esperanzas; pero afortunadamente el capitan de la perseguida nave puso un farol en un mástil, redoblando con esto nuestra energía y la velocidad del bote. No permitiendo la oscuridad que se nos viese, exhalábamos grandes gritos cada vez que las olas nos levantaban, y así tras mucho penar conseguímos al fin arrimarnos al anhelado buque. Determinámos entónces, para no perdernos por demasiada precipitacion, subir á bordo por el órden en que estábamos sentados; pero apénas nos vímos al costado del buque cada cual procuró á la vez encaramarse como supo, y los marineros, acostumbrados á ello, estuvieron arriba en un abrir y cerrar de ojos, dejándome solo en el bote.

«Entónces me encontré en una posicion sumamente crítica, pues tenia las manos tan entumecidas por el frio y la humedad, que me sentí incapaz de subir por la cuerda, por más que me fuéra en ello la vida; sin embargo agarréme á un cable, temiendo que las oleadas separasen el bote; pero con los embates chocó tres veces contra el buque, arrojándome cada vez en el fondo de la chalupa medio llena de agua; felizmente no cedió. Por último me echaron una cuerda con un nudo corredizo diciéndome que me lo pasase por el cuerpo, y tirando de ella cuando no tenia aun metido más que un hombro, por poco me arrojan al mar. No obstante, como me agarré fuerte y el bote se alejó, fuí literalmente izado al traves de las aguas, dando tan rudo golpe en las bordas del buque, que perdí el conocimiento, encontrándome al volver en mí el dia siguiente en la cámara del capitan.

«Aunque magullado me levanté para informarme de mis compañeros de infortunio, á quienes ví contra lo que esperaba, abatidos de dolor, con la mirada triste, llorando cada cual su desgracia y la pérdida de sus bienes. En cuanto á mí, lo que me afligió más fue verme privado de todos mis libros, de todos mis sermones, y de mis notas y observaciones sobre los países que habia visitado, fruto de muchos años de trabajo y estudio. Pero era una impiedad afligirse por tales pérdidas, cuando Dios nos habia salvado tan milagrosamente la vida.

«Al dia siguiente el viento fue favorable para ir á Noruega, donde se dirigia el buque que nos recogiera, y sobre el medio dia divisámos ya la costa, que es muy escarpada y peñascosa; mas no pudiendo llegar á ella hasta el dia siguiente, resolvímos esperarlo bordeando y nos sentámos á la mesa. Algunos de nosotros no habian tomado nada desde que estaban en el mar, y yo tampoco habia probado bocado cinco dias hacia, de manera que comí con buen apetito.

«Sobre las diez de la noche, despues de haber hecho nuestras oraciones y relevado la guardia acabábamos de acostarnos cuando el buque á todo trapo fué á dar contra un peñasco, siendo tan violento el choque, que despertó á cuantos dormian. Yo no sabía lo que pasaba; pero los marineros, que conocian mejor el peligro, empezaron á gritar: *¡estamos perdidos!* Salí entónces apresura-

damente de la cámara y acudí al puente, donde encontré ya al capitan inglés, quien me rogó con lágrimas en los ojos que orase por todos porque indudablemente íbamos á perecer. Persuadido yo de que me decia la verdad, me puse de rodillas como el infeliz que espera el golpe del ejecutor y empecé á rezar enteramente resignado á la muerte; pero al poco rato, sorprendido de que las olas no nos hubiesen tragado aun, advertí que, por la voluntad de Dios, el buque se habia encajado tan sólidamente entre dos rocas, con la proa sobre otra, que estaba tan firme como las mismas rocas. Levantéme al instante desnudándome para arrojarme al agua y alcanzar la orilla á nado; pero me asustó la elevacion de las olas que se estrellaban contra los peñascos. En esto la popa del buque se hundió en el mar, obligándonos á refugiarnos en la proa. Entónces un marinero saltó á tierra con una cuerda, uno de cuyos extremos estaba amarrado en el mástil, y la tuvo tan tirante, que otro marinero se valió de ella para deslizarse hasta la costa, haciendo lo propio luego toda la tripulacion y veinte y ocho daneses.

«Yo ignoraba, sin embargo, el medio de que se valian para salvarse; mas viendo que todos en tumulto se dirigian al extremo del buque, corrí tambien á él y ví lo que pasaba. En aquel momento un danes trataba de deslizarse por la cuerda llevándose un cofre de cuero; pero retiró el cofre y me cedió el paso para que bajase yo primero; mas yo le devolví el obsequio, y le rogué que pasase primero él, ménos por urbanidad que para ver como era necesario gobernarse, puesto que yo no estaba cuando los demás habian hecho uso del mismo medio. Púseme al fin en la cuerda, y apénas estuve en ella cuando por poco me arrancan las olas, pero no obstante alcancé sano y salvo el costado de una roca, desde donde, valiéndome de manos y piés, me arrastré hasta la orilla en la que estaban mis compañeros; siendo yo el último que me salvé de aquella manera.

«En el mismo instante empezó el buque á ceder á la violencia del mar, y el capitan danes que estaba á bordo, al notarlo suplicó que nos esforzáramos cuanto posible fuera en socorrerlo; pero el buque se estrelló sumergiéndose instantáneamente; y yo ví entónces aquel hombre generoso y bizarro caer al mar con una luz en la mano, y ahogarse el infeliz con otros cuatro, lo cual fue para mí el espectáculo más aflictivo de que he sido testigo en mi vida, no pudiendo aun ahora mismo pensar sin profundo sentimiento que, á no haberse detenido por nosotros, habria quizá llegado á buen puerto.

«Ignorábamos cuál era la situacion del peñasco en que fuímos á parar, y como únicamente habíamos averiguado que era una isla inhabitada (1), aguardámos á que saliera el sol esperando descubrir alguna tierra inmediata. ¡Qué noche tan larga y horrible! Como me habia desnudado para echarme al agua estaba mal arropado; no tenia zapatos; mis piés estaban destrozados por las agudas puntas de las rocas, por cuya superficie resbaladiza caí varias veces al dirigirme á una caverna que nos guareció del viento.

«Al despuntar el dia todas las nubes nos parecian tierra; pero al salir el sol, únicamente y muy confusas á lo léjos descubrímos las costas de Noruega. Admirado quedé entónces al considerar el paraje en que nos encontrábamos, y los innumerables peñascos que cubrian el mar á nuestro alrededor, no pudiendo ménos de

(1) El original dice *habitada*, pero evidentemente es por error.

conocer que sólo la divina Providencia nos habia librado durante la noche de estrellarnos con toda la fuerza de las velas en los escollos, en vez de caer entre las rocas que fueron para nosotros un asilo; pues á tocar en cualquier otro punto, es indudable que hubiéramos perecido instantáneamente.

«Nuestra única esperanza de socorro consistia, pues, en que se nos acercase algun buque que pudiera vernos; esperanza empero harto infundada, por cuanto estando claro, los escollos que nos rodeaban debian impedir á cualquier buque el aproximarse, y en la oscuridad si acudia alguno, debia necesariamente naufragar como nosotros. Nada vímos en todo el dia, y como no teníamos alimentos para sostenernos ni vestidos para abrigarnos, regresámos tristemente á la caverna para pasar en ella otra noche.

«El dia siguiente, apénas rayó el alba ya estábamos despiertos. Algunos fuéron á la orilla y buscando con las manos en el mar sacaron pequeñas almejas. Un grumete me trajo coclearia; pero me dió una calentura y una sed tan ardiente que de buen grado hubiera cedido cuanto poseia por un sorbo de agua dulce. Creyendo entónces que la que habia en las quebraduras de las rocas sería más fresca, la probé; pero era salada. Bebíla sin embargo hasta apagar la sed, sirviéndome de eficaz vomitivo que á buen seguro me salvó la vida.

«Entre diez y once de la mañana descubrímos un buque que á toda vela se dirigia hácia nosotros; pero nuestra alegría duró poco, pues el buque siguió su rumbo sin enviarnos socorro alguno.

«Al ver alejarse la nave, empezó á faltarnos el valor y nuestros semblantes volvieron á desfigurarse, pues nos creíamos totalmente abandonados, pensando que aun cuando algun buque nos descubriese, la tripulacion no querria nunca arriesgar su vida para salvar la nuestra. Recurrímos por lo tanto á la oracion, nuestro único recurso, dirigiendo yo una corta exhortacion á mis compañeros de infortunio; hecho lo cual tendíme sobre una roca, creido de que no me levantaria más en este mundo. Al poco tiempo, sin embargo, oí á un marinero, el primero que habia pasado á la roca, exclamar: «Hagamos una balsa y probemos á salvarnos en el mar; yo por mi parte prefiero ahogarme á quedarme aquí para morir de hambre...» Todos fueron de su parecer; aprovechóse el reflujo para emplear los restos del buque, y despues de haber provisto la jangada de mástil y vela, se embarcaron en ella dos daneses y dos ingleses.

«Un viento moderado les hizo atravesar sin contratiempo los escollos, dirigiéndoles hácia el punto donde creíamos que estaba la costa; y nosotros los seguímos con la vista tan léjos como nos fue posible, llenos de ansiedad por su suerte y deseándoles un buen éxito, del cual dependia la esperanza de nuestra salvacion. Afortunadamente poco tiempo debímos estar perplejos, pues ántes de la noche, la proximidad de varias embarcaciones nos anunció que habian llegado sanos y salvos nuestros compañeros, los cuales nos trajeron provisiones de que hicímos poco caso, tanta era nuestra impaciencia por ir á tierra; y poco despues llegámos á una isla de la costa de Noruega, llamada *Waller-Eyland* por sus habitantes.

«En esta isla no habia más que una casa, perteneciente á un pastor, cuya familia nos llenó de bondades. El relato de nuestras desgracias arrancó lágrimas á nuestros generosos huéspedes que nos sirvieron cuanto tenian para comer.

«El dia siguiente examinámos el estado de nuestros respectivos recursos para saber el dinero salvado del naufragio; y sospechándose de uno de los nuestros que se habia escondido algo, se le registró y se le encontraron efectivamente veinte monedas de oro, que de seguro habia cogido de los talegos puestos en la chalupa despues del primer naufragio y que se perdieron en el segundo. Para nosotros fue una fortuna el robo de aquel sugeto.

«Estuvímos en la isla hasta el domingo que nos despedímos del buen pastor uniendo algunas monedas á nuestras expresiones de gratitud, y pasámos luego á Frederikstadt, en la costa de Noruega. El burgomaestre de esta ciudad nos acogió muy bien y nos dió provisiones para trasladarnos á Oester-Sund, á cuatro millas de distancia.

«Todavía corrímos algunos peligros ántes de llegar á la rada de Yarmouth, en donde anclámos cinco dias despues, siendo recibidos por una tormenta espantosa. El dia siguiente, á una señal nuestra, salió del puerto un bote práctico; pero los que lo tripulaban pidieron treinta chelines para conducirme á mí solo á tierra; sin embargo, como entre todos no reuníamos más que dos piezas de ocho chelines, debieron contentarse con ménos. El desembarcadero era tan malo, que cuatro hombres que esperaban la llegada del bote se vieron obligados á meterse en el mar con agua hasta la cintura para arrastrarlo á la playa.

«Entré, por fin, en Yarmouth, seguido de una muchedumbre atraida por el desórden y mal estado de mis vestidos y de mi persona. El dueño de la posada de *Lás armas de Yarmouth* me recibió con bondad sin igual, y yo espero que Dios se lo recompensará algun dia.»

LA NORUEGA Y SUS HABITANTES.

La descripcion de la mayor parte de los países que el mar del *Norte* baña está fuera de nuestro alcance. La Inglaterra y la Francia, la Holanda y la Bélgica, centros de civilizacion, modelos escogidos por el resto de las naciones, no pueden incluirse en un viaje como el nuestro, particularmente destinado á buscar dramas, aventuras y rarezas. Si alguna vez nos detenemos para examinar el terreno donde ocurrieran los acontecimientos que relatamos, será porque poco frecuentado y no muy conocido ofrezca en su naturaleza ó en el carácter y costumbres de sus habitantes alguna circunstancia notable, curiosa y chocante para los moradores de nuestra zona.

La Noruega merece por ambos conceptos uno de estos descansos. Su naturaleza conserva todavía algo de ese aspecto austero y salvaje que hemos admirado

en la Islandia y en la Laponia, y sus habitantes nos ofrecen un tipo bastante singular para que lo demos á conocer á nuestros lectores.

Noruega, el país de las montañas, la tierra de los lagos como la llama Osian, presenta á los ojos del viajero todos los fenómenos peculiares de una naturaleza sombría, grandiosa y pintoresca á la vez: enormes masas de rocas, nieves y hielos eternos, temibles ventisqueros, torrentes que se precipitan en oscuras cavernas, rios que se despeñan en espantosas cascadas, abismos cuya profundidad no puede la vista alcanzar.

Allá en el Norte y en los confines de Laponia levántanse numerosos montes de hielo, descollando entre todos el Sulitelma entre el Nordland y Lulea, y el Justedal, situado en la parroquia del mismo nombre, que penetrando por el interior de los valles se divide en tres grandes brazos. Una alta y blanca bóveda de la que salta con estrépito todo un rio; hendiduras de un azul admirable; las rocas que lo circundan y de las cuales se han desgajado enormes trozos de mármol que los sucesivos movimientos del hielo han arrastrado hasta la mitad del monte, ofrecen en conjunto un espectáculo tan bello como imponente, produciendo una emocion que aumentan los crujidos de los gigantescos cerriones semejando al lejano fragor del trueno.

Al abandonar las regiones septentrionales, el aspecto de las montañas y del país cambia por completo. No se ven ya los blancos picachos del Sulitelma ó del Justedal, que sólo visita el oso ó alguna danta solitaria; sino las negras peñas del Lie ó la cumbre de pórfido rojo que corona el Veta-Kelden; colinas areniscas en cuya base brota el líquen que pacen los rengíferos; valles sin árboles, cubiertos de plantas siempre verdes que se elevan en frondosos matorrales ó se extienden en ramas inclinadas; bosques inmensos de árces, pinos y abetos de ciento setenta piés de altura, poblados de innumerables manadas de lobos, y surcados por los torrentes impetuosos que forman las nieves de que están cubiertos los flancos del monte. Al contemplar las formas piramidales del abeto, dice un viajero, y aquellos bosques regularmente delineados que terminan en punta hácia la cumbre, parecen un ejército de gigantes que escalan la montaña.

Desprendidos de sus montes, surcan la tierra en cien direcciones numerosos rios de curso breve y rápido, cuyas aguas aumentadas en la primavera por las nieves derretidas inundan y devastan el país. Su corriente siempre bravía es muchas veces tan furiosa como la del Salten, en cuyo embocadero se estrellan harto á menudo los buques asaz temerarios ó descuidados para no evitarlo; y algunos como el Namsen arrastran inmensa cantidad de maderas de construccion arrancadas en su camino.

Allí se ve el Sarpen tras una carrera horrible entre peñascos que á cada paso lo detienen, le irritan y le obligan á precipitarse de una cima de setenta piés de alto por ochenta de ancho; y otros muchos, ya formando numerosas cascadas, algunas de las cuales como la de Feiumfos, cerca de Lister, se desprende de una altura de seiscientos piés, ó como la de Roegenfos en el Fellemark que mide, segun se dice, no ménos de ochocientos cincuenta piés de elevacion; ya estancándose en lagos inmensos que, como el de Miosen, abraza una extension de veinte y tres leguas de largo por tres de ancho. En las márgenes de uno de estos rios, el Totak, descúbrense á larga distancia de las montañas enormes peñascos

de treinta á cuarenta piés de altura arrojados allí, segun la tradicion, por Thor, hijo de Odin, que revolvió aquellos montes para buscar el martillo que se le cayera.

Una luz desmayada y un cielo nebuloso cubren casi siempre este suelo severo y triste, al cual conviene mejor que la brillante claridad del medio dia. Cuando la naturaleza del Norte se viste de niebla, dice un célebre viajero, entónces es cuando muestra su verdadera hermosura. Una luz pálida, un cielo lluvioso componen con el sombrío verdor de los pinos y el oscuro color de las rocas una dulce armonía que no carece de encantos. La presencia continua del agua imprime tambien á la Noruega un carácter particular; pues ademas de sus innumerables golfos, contiene una multitud sorprendente de lagos, en número segun dicen de treinta mil, de manera que en un paisaje noruego el agua forma las principales masas y los primeros llanos.

Las costas de esta singular region corresponden enteramente al interior de la misma. Rodéanlas infinitas islas, islotes y rocas, que haciendo difícil su acceso, forman al mismo tiempo un baluarte natural contra las temibles mareas de los mares del Norte. Anchos brazos de mar penetran en cambio muchas veces entre altas montañas y en una extension de veinte leguas.

Ante esas costas, entre las islas de Vorœe y Moskenosoe se halla el peligroso Maelstrom, corriente que lucha contra la marea y arrastra consigo los osos que pretenden atravesarlo á nado, las ballenas y aun los buques si no están á muchas leguas de distancia. Por espacio de seis horas corre de Norte á Sur; y en contraria direccion durante las seis siguientes. Dos horas al dia, particularmente en verano, permanecen sus aguas tranquilas en la marea más alta y en la más baja, pudiendo entónces navegarse por ellas sin peligro alguno. Esta corriente, segun parece, la produce la posicion de algunas islas que, impidiendo el movimiento de las olas, las comprimen contra los pasos estrechos.

Cristianía es la capital de la Noruega, y para completar el cuadro que dejamos trazado, trasladarémos aquí algunos párrafos de M. Ampere, referentes á su viaje por aquellas comarcas.

«Con verdadero pasmo, dice, despues de muchos dias empleados en atravesar un país solitario y agreste desde la frontera sueca, se descubre súbitamente la ciudad de Cristianía en una posicion admirable. Domínala por la derecha una gran pendiente verde, cubierta de casas de campo á semejanza de los bellos alrededores de Génova, por detras elevadísimas montañas, y por la parte opuesta la rodea el mar.

«Cuando llegámos á la cumbre del Egger-Berg, ocultaba al sol un vapor pardusco y ligero; las montañas del fondo estaban sombrías, el aspecto del país tranquilo y el mar inmóvil. Un silencio profundo reinaba en aquel vasto panorama; en el puerto no se notaba movimiento alguno y únicamente al anochecer se vió entrar un falucho. Este paisaje es, sin embargo, uno de los más bellos del mundo. Mirad hácia el mar las redondeadas formas de la playa, la belleza de algunos contornos, los extensos promontorios de suave inclinacion, que nos recordarian á Nápoles si estuviesen iluminados por otro sol. Preciso es confesar que extraña y deleita ver el golfo de Baia bañando las montañas del canton de Urí.

«Generalmente no se consigue tener una verdadera idea de la inmensidad del

mar, porque nada ofrece á la vista del observador un punto de comparacion para medir su espacio. Pero aquí, esa multitud de accidentes que produce la desigualdad del golfo, las puntas y lenguas de tierra, los fondeaderos de que está sembrado, hacen sensible la inmensidad misma y dividiéndola la engrandecen.

«De ahí resulta una prodigiosa variedad de perspectivas; siguiendo la orilla, tan pronto cree el viajero costear un rio que se desliza al pié de los abetos, como rodear un lago casi enteramente cercado de rocas; más allá se descubren de improviso altos escollos ó un gran cabo á guisa de alto pico que cierra un lago tranquilo; pero saliendo repentinamente de tras el promontorio, viene un buque á anunciarnos que este lago es el mar, que estas aguas que tan quietas permanecen son olas perdidas del grande Océano del Norte que, chocando con el Categat, de sacudida en sacudida han venido á morir en estas lejanas y silenciosas playas.

«La ciudad carece de monumentos y de carácter; parte de ella habitada por los principales comerciantes y por los empleados, es nueva, blanca, construida regularmente con calles simétricas que se cortan en ángulos rectos y deben parecerse á los nuevos barrios de ciertas ciudades de los Estados Unidos; otra parte ocupada por el comercio al por menor, presenta una fisonomía ménos regular y más animada; y por último, al extremo septentrional hay tres arrabales ocupados por la más ínfima poblacion, ó mejor dicho, por una especie de *plebe* extraña como la de Roma, segun Niebhur, á la poblacion indígena; y á los cuales se ha dado los nombres expresivos de Argel, Marruecos y Trípoli.

«¡Qué lástima que en esta posicion halagüeña, en el seno de la dulce y hermosa naturaleza que la rodea, á la cual tan bien cuadra su nombre que suena á la italiana, no tenga Cristianía un solo monumento! Si con el tiempo se ensanchara, si allanase la montaña que la domina, si cubriese de poblaciones sus alrededores, Cristianía sería la Nápoles del Norte.»

M. Ampere refiere despues su viaje á Drontheim, donde, como recordarán nuestros lectores, fueron tan hospitalariamente recibidos Quirini y sus compañeros de infortunio. Hé aquí cómo se expresa:

«El viajero que desde Cristianía se dirige á Drontheim ha de recorrer una distancia de ciento cincuenta leguas, adelantando siempre hácia el Norte y con direccion al Dovre-Field, el S. Gotardo de los Alpes escandinavos. Nada supe ver en ese famoso paso, que fuese terrible; esperaba yo siempre tener que subir á una cumbre escarpada, pero como habíamos andado ciento cincuenta leguas elevándonos insensiblemente, llegámos á la cima sin pensarlo; y á fuerza de subir y bajar cuestecillas, nos encontrámos al fin en el opuesto lado.

«¡Cuán tristes son aquellas alturas! El terreno se compone casi exclusivamente de musgo, piedras y cenagales, no concibiéndose cómo puede encontrarse tanta agua en aquella elevacion, pues brota de todas partes. En medio de la niebla que nos rodeaba no vímos más que pequeños lagos y valles, hendiduras por donde resbalaba un resto de nieve derretida; encorvados y disformes abedules, extensas montañas redondas cubiertas del líquen que pacen los rengíferos, un país, en fin, que en todo se asemeja al de los lapones.

«A medida que el viajero se eleva, encuentra siempre la analogía de las re-

giones situadas más al Norte. Las alturas medianas de Suiza dan una idea de las llanuras de Suecia, y aquí junto á las cumbres de Noruega encontraba anticipadamente las lagunas de la Laponia.

«Un espectáculo maravilloso me esperaba á la otra parte del Dovre-Field. Andaba yo con la cabeza baja por la entrada de un valle que termina en las montañas, cuando de repente levanto los ojos y observo junto á mí tres cascadas, una de las cuales parecia caer de las nubes muy bajas que flotaban sobre nosotros; y revoloteando en torno un ave de rapiña que algunas veces llegaba á tocarla con el ala.

«Las cascadas que se ven en los libros adecuados al objeto me gustan casi siempre; pero aquí, lo inesperado de tal encuentro me enajena y desde aquel momento á cada paso se renueva la misma sorpresa. Creíame en casa de Osian; pues bien podia confundirse con el valle de los cien torrentes el estrecho y retumbante valle de Cona.

«Sólo en Noruega, despues de muchos dias de lluvia, puede encontrarse esta abundancia de manantiales y este lujo de cascadas; pues cada roca tenia la suya, todas diferentes en forma y de un aspecto pintoresco. Unas caian á mi derecha de la cima que cubria el camino; á mi izquierda descubria otra que blanqueaba al opuesto flanco del valle, miéntras el murmullo de otras cien invisibles imitaba el estruendo de un trueno subterráneo.

«Vista una cascada de léjos, parecia una cadena de espuma serpenteando en campo negro ó una banda que suspendida de una cima flotase por los aires. Deslizábanse estas silenciosamente por la falda de las pendientes; precipitábanse aquellas de un salto en un valle estrecho y profundo, cayendo á manera de un rio ó dividiéndose en mil arroyos; miéntras otra se escapaba por el centro de una ancha gruta, engolfándose despues en un abismo como un cono inmenso. Dos ví, sobre todo, que formaban el más agradable contraste entre lo gracioso y lo terrible. Parecia la primera una cinta de plata que una mano invisible agitaba por encima de los abetos y abedules; pudiendo la segunda compararse con una serpiente que se arrastrara plegándose sobre el flanco de la montaña y enroscándose en su espuma.

«Pasado el Dovre-Field, adquiere la naturaleza un carácter de soledad y de grandeza aun más imponente; las formas de las montañas aparecen con mayor magnificencia, se ensanchan los valles y se descubren aquellos inmensos horizontes que no he visto sino en Noruega.

«A medida que se avanza hácia el Norte, el verdor, que constituye el verdadero ornato de aquellas comarcas, aumenta en viveza, hiriendo de tal modo la vista, que podria decirse que deslumbra, tan fuerte es y tan brillante. Este perpétuo verdor cubre las montañas, rodea todos los lagos y torrentes, sube por las más escarpadas pendientes de las rocas, y corona los más empinados riscos, y en los techos de las cabañas, semejando prados, crece la yerba tanto, que se podria segar, y el serbal que comen los pájaros, pareciendo entónces aquellas chozas cubiertas de vergeles.

«La hermosura de los abetos de Noruega es imponderable, pues parece que estos árboles son tanto más hermosos cuanto más se acercan á la latitud, despues de la cual va disminuyendo su altura pudiendo compararseles con los altos

noruegos que se encuentran junto los lapones tan pequeños, cual si el frio favoreciera el desarrollo del hombre y de algunos vegetales hasta cierto punto, desde el cual su exceso lo detiene repentinamente. El abedul, el único que comparte con el abeto la posesion de aquellos verdes desiertos, llegará á ser más alto que en nuestros climas; su forma majestuosa y su frondoso ramaje presentan muchas veces el aspecto del sáuce lloron, y sus hojas pálidas y delicadas desprendiéndose graciosamente sobre el follaje de los abetos hermosean algun tanto su melancólico matiz.

«Nos acercábamos á Drontheim, antigua capital de los reyes de Noruega; pero nada anunciaba la proximidad de una poblacion de diez mil almas. Continuaba siempre la misma soledad, hallábamos inmensos bosques, horizontes sin término; pero ningun hombre. Imagínense enormes masas de montañas amontonadas unas sobre otras, vastos espacios de verdor y otros de agua; añádase á esto un cielo oscuro, una luz sin brillo que parecia no desprenderse del sol, tan débil y desmayada era; una tristeza infinita, unida á una gran calma, y se tendrá una idea del cuadro que contemplábamos.

«Despues de haber atravesado el último bosque de abetos y prados desiertos semejantes á todos los demas, se llega á una pequeña altura, tras la cual el viajero sólo espera nuevos desiertos; pero de pronto descubre á sus piés los rojizos techos de Drontheim á cuyo aspecto es imposible no acordarse de Cristianía, pues ambas ciudades están situadas en el fondo de uno de esos *fiords* ó brazos de mar que se extienden en el interior de Noruega y lo penetran tan profundamente.

«El fiord de Drontheim tiene treinta leguas, y hasta el alta mar lo forma un laberinto de islas, islotes y promontorios, si bien delante de Drontheim se halla libre el golfo, y un muro de rocas en semicírculo parece que lo cierra por todas partes. Elévase en medio de este inmenso lago, á medio cuarto de legua de la costa, la pequeña isla de Munk-Holm, frente la principal calle de Drontheim; adelantándose por ambos lados de la ciudad otras dos rocas como baluartes gigantescos, en una de las cuales estaba, segun la tradicion, el palacio del feroz Hakon-Yard, el último jefe pagano de Noruega, que sacrificó, dice la Saga, su mismo hijo á sus antiguos dioses. Sobre estas rocas, en presencia de ese mar, está muy bien situado el trágico suceso de la Saga.

«Aunque la posicion de Drontheim traiga á la memoria la de Cristianía, el aspecto de las dos ciudades produce una impresion muy distinta. En Cristianía, á pesar del carácter de tristeza y extension de sus riberas, el viajero está, por decirlo así, en la risueña Noruega; en Drontheim se está en el fondo de la verdadera, de la severa Noruega.

«Aquí el mar es verdaderamente el triste Océano del Norte; no se ven ya verdes alrededores, ni formas redondeadas; sólo se descubren líneas rectas, altos picos y escollos. En Cristianía una vegetacion abundante cubre las islas y las riberas, descendiendo hasta el seno de las olas; aquí se está casi en el término de la vegetacion, el verdor es siempre hermoso, pero los árboles son más raros; se ven, se cuentan y se echan de ménos. Hasta la niebla es más densa, más sombría; el viajero se siente todavía más apartado, mucho más perdido hácia los confines del mundo viviente, hácia las lejanas extremidades del universo.

«Drontheim está enteramente fabricado de madera; su catedral es el único

edificio de piedra que contiene. Las calles son anchas, rectas con casas pintadas de encarnado, amarillo y pardo, cuya mescolanza nada ofrece digno de atencion, si bien no desagrada á la vista.

«A pesar de la sencillez de los materiales, se descubre algun lujo en la decoracion exterior de estas habitaciones; y hay en Drontheim algunas casas, la del gobernador, por ejemplo, que puede pasar por un palacio de madera.

«Comunmente suele estar adornada la entrada por un pórtico elegante; algunas columnas de órden corintio sustentan su frontispicio clásico, y de este modo se entra con magnificencia en una casa cuyas paredes interiores están compuestas de troncos de abetos, colocados los unos sobre los otros, como en los *gaards* retirados de la montaña.»

Tal es la Noruega; veamos cuáles han sido y son sus moradores, cuáles sus costumbres y su carácter necesariamente en armonía con la naturaleza que los rodea.

El orígen de los noruegos como el de todos los pueblos del Norte se pierde en las tinieblas que envuelven y ocultan su primitiva historia. Es indudable sin embargo que poblada desde la más remota antigüedad por tribus errantes que emigraban del Asia, lo fue por los lapones, quizás por vez primera.

Impelidos estos y rechazados despues por otras tribus guerreras que sucesivamente y de distintos puntos llegaron como ellos por igual camino, formaron estas al confundirse en Noruega una nacion compuesta de otras nuevas tribus, numerosas é independientes, cuya historia ignorada hasta la época en que se dieron á conocer á la Europa por los estragos que en ella causaron, puede apénas adivinarse fraccionada confusamente en las fábulas de su mitología y en sus fantásticos poemas.

Los nombres primeros de esas tribus se han perdido. Los romanos parece que las designaban á todas con el de *néricos*, y con el de *sitones* á una de ellas en particular, la única quizás que realmente conocieron, situada probablemente en el extremo meridional de la península escandinava.

Pero cuando más tarde esas tribus extendidas ya por la antigua Escandinavia se arrojaron en busca de aventuras y pillaje sobre las provincias del imperio romano, tuvieron otros nombres que ellos se daban unas veces, que adquirian otras del país de donde salieran, que les daban algunas aquellos á quienes combatian ó que recibian de las comarcas conquistadas y de los pueblos sojuzgados.

Entónces se pudo conocer y juzgar á aquellos hombres que por tantos siglos permanecieran velados á la codiciosa mirada de los romanos por las nieblas del Norte, y defendidos de su omnipotente espada por los montes de hielo y las selvas vírgenes.

Aquellas tribus, en cuyo seno debieron surgir en épocas remotas terribles revoluciones de las que sólo vestigios quedaban, mal halladas con su áspero y pobre territorio incapaz de sostenerlos á todos, enviaban fuera de él en numerosas bandas bajo las órdenes siempre del más bravo, á todos sus varones, sin dejar en el hogar más que al heredero.

Por espacio de más de cuatrocientos años la Noruega fué arrojando sobre la Europa sus sobrantes, y estos expedicionarios, atrevidos piratas, llevaron la de-

solacion, el terror y la muerte por todas las costas del grande imperio, talando y saqueando las comarcas, que luego abandonaban, ó conquistando reinos enteros, en los que se establecian hasta que una nueva expedicion les arrebataba á su vez el fruto de sus conquistas y hacia con ellos lo que ántes hicieran con los primeros dueños del suelo.

En vano era que aquellos á quienes combatian descendiesen de una misma raza y hablaran el mismo idioma: para los nuevos conquistadores, era esta al contrario una circunstancia apta sólo para aumentar su encono; y la razon se concibe.

Los piratas al establecerse en un país tardaban poco en abandonar su religion salvaje para adoptar el cristianismo, floreciente ya entónces, y en suavizar un tanto sus toscas costumbres por el roce con los vencidos. Los hábitos de estos, algo impregnados por una religion de amor y caridad, aunque no comprendida, adoptada, y por los restos de la antigua civilizacion romana, se infiltraban en los bárbaros aventureros que poco á poco perdian su primitiva rusticidad y con ella su brutal é indomable fiereza.

No así los nuevos aventureros: recien salidos de sus guaridas, conservaban en todo su vigor las costumbres de su patria, sus tradiciones, su religion y su barbarie, y consideraban á sus semidomados hermanos como una raza degenerada, como un pueblo de bastardos y renegados, traidores á los dioses de sus padres, y los trataban tan mal y peor que á los de distinto orígen. El fanatismo religioso y el exclusivismo patriótico unidos á una desmesurada fogosidad de carácter y una sed insaciable de riquezas formaban el alma del noruego. Vertian con placer la sangre de los sacerdotes; preferian sobre todo cometer sus robos en las iglesias, en cuyas capillas colocaban los caballos, y cuando acababan de asolar ó incendiar algun canton de territorio cristiano: Hémosles cantado la misa de las lanzas, decian por irrision; ha empezado muy de mañana y ha durado todo el dia.

Los noruegos, en la época de la invasion, que fue cuando pudo conocérseles, tenian grandes barcos de quilla larga y elevada, con sus viguetas y regalas, construidos sólidamente, capaces de contener considerable número de guerreros; pero la mayor parte de sus expediciones las hacian en esquifes que calaban poco, á fin de poderlos sacar á la playa con mayor facilidad. Cuando los tenian ya en ella, los cercaban de trincheras, y dejando á una parte de los suyos para guardarlas, se desparramaban por la campiña para entregarse al pillaje. Algunas veces, si la comarca no les ofrecia botin suficiente, cogian sus embarcaciones, y arrastrándolas por tierra de un rio á otro penetraban en el interior con audacia extraordinaria.

Los soldados desde los barcos obedecian á un general, jefe único, cuya nave se distinguia de las demas por alguna insignia particular. Este mismo jefe era el que mandaba cuando desembarcados ya los piratas marchaban en columnas, ya á pié, ya á caballo. Saludábanle con el título de jefe ó rey; pero lo era sólo en el mar y en el combate; porque á la hora del festin toda la tropa se sentaba en círculo, y el cuerno lleno de cerveza circulaba de mano en mano al acaso y sin que hubiese primero y último.

Este rey en el peligro, era sin embargo seguido por todas partes con fideli-

dad y obedecido siempre con celo, porque era tambien siempre el más valiente entre los valientes. Nunca habia dormido bajo un techo de tablas ni vaciado la copa junto á un hogar abrigado; sabía gobernar su nave como maneja su corcel el buen jinete; corria durante la maniobra por encima de los remos en movimiento; con la mano arrojaba jugando á la punta de los mástiles tres venablos y sucesivamente los recibia, arrojándolos de nuevo y recibiéndolos siempre sin que se le escapasen jamas.

Iguales bajo la dependencia de semejante jefe, los piratas noruegos, indómitos en un elemento indomable, titulándose enfáticamente reyes del mar, sobrellevando con sumision voluntaria su pesada armadura, andaban alegres, como dicen sus antiguas crónicas, por el *camino de los cisnes.*

La historia ha conservado el recuerdo de los que afortunados en sus expediciones consiguieron llegar á una playa cualquiera y precipitarse en ella como el buitre sobre su presa; pero no ha podido inscribir el número necesariamente no escaso de los que perecieron en el abismo víctimas de su temeraria audacia. Los furiosos huracanes del mar del Norte dispersaban, en efecto, y hacian pedazos muchas veces sus débiles embarcaciones; no todos podian reunirse con el buque del jefe á la señal dada; pero los que sobrevivian al naufragio no tenian por esto ni ménos confianza ni más zozobra; reíanse de los vientos y del Océano, importándoles muy poco el punto adonde arribasen. La fuerza de la tempestad, cantaban, robustece el brazo de nuestros remeros; el huracan está á nuestras órdenes, nos arroja á donde queríamos ir.

Los noruegos, tan intrépidos en el mar, eran terribles en tierra. Su valor se confundia con su ferocidad, y sus pesadas armas de finísimo acero causaban siempre, vencedores ó vencidos, horrible destrozo en sus enemigos. Llevaban en el brazo izquierdo un broquel, y acometian con dardo, espada y hacha, adoptando luego la cota de malla y la maza. Tan pronto combatian á pié y en columna cerrada, como aparecian en el campo montados en fogosos corceles. Su estima por estos belicosos animales rayaba en veneracion; mas ántes de consagrársela, les hendian las narices, les cortaban las orejas y les privaban del oído. Desde entónces el bruto quedaba consagrado al dios de la guerra, y se creia que en los casos azarosos anunciaba la voluntad del cielo.

Y no era sólo un valor temerario el que empleaban en los combates; tenian una táctica particular y sabian admirablemente escoger y fortificar las posiciones que ocupaban, en las que establecian desde luego un campamento, ciñéndolo inmediatamente con un ancho foso y una muralla que levantaban con pasmosa prontitud.

Tales eran los piratas escandinavos, brillante muestra de lo que eran tambien sus padres y hermanos los habitantes sedentarios de la Noruega. Allí los primogénitos de cada familia, los piratas retirados, hartos ya de botin, y algunos otros, formaban numerosas tribus, casi independientes, no siempre amigas, sujetas unas á régulos, reyes ó príncipes, libres otras bajo formas republicanas, uniéndose algunas veces bajo un solo cetro, desuniéndose más tarde para volverse á unir luego, hasta que entrando en contacto directo con las demas naciones llegaron á constituir un estado regular bajo un solo rey, aunque casi siempre libre.

El pueblo en la antigua Noruega se reunia para los grandes sacrificios tres veces al año, y el lugar donde se celebraban las reuniones era sagrado. Para las diferentes tribus que asistian, era una señal de paz y de buena inteligencia participar de los mismos sacrificios en estas asambleas periódicas, en las cuales, al propio tiempo que se terminaban las contiendas, se deliberaba sobre las empresas que debian verificarse en el año y se hacia el comercio de cambio.

El *drotinar*, padre de familia, era jefe absoluto en su casa, y sus mujeres, hijos y esclavos estaban bajo su omnímoda autoridad; pero las mujeres gozaban en la familia de cierta consideracion y la gobernaban en ausencia de sus maridos. Como las de los tiempos heróicos de la Grecia, se ocupaban en preparar las telas y en hacer vestidos; ejercian ademas la medicina y el arte de adivinar, y muchas veces acompañaban á sus esposos y parientes á los combates. Tambien habia en los ejércitos las *vírgenes de los escudos,* consagradas á Odin, que no podian casarse y cuyo amor era funesto. Ellas por su parte hacian gala de ser insensibles á tal pasion, á la que se hacian superiores, y esforzábanse en rivalizar con los hombres ó sobrepujarlos en valor, y á veces en ferocidad.

Las mujeres por lo demas nunca fueron encerradas en haren ni gineceo; disfrutaban de completa libertad, y ni una sola vez en la historia ni en la mitología se hace mencion del adulterio. Las hijas de los reyes sin embargo estaban algunas veces guardadas en torres, que la fábula supone custodiadas por dragones y serpientes, pero era esto una precaucion para que no las robasen, por el deseo sumamente vivo en aquellos pueblos de unirse con una mujer de condicion elevada.

El divorcio era permitido y la mujer podia reclamarlo; y lo hacia muchas veces cuando el marido otorgaba á sus concubinas demasiada autoridad, sucediendo á menudo que cuando la mujer era vieja ó estaba enferma entregaba á su esposo las llaves de la casa y se separaba de él amigablemente.

Despues de los militares, los bardos, que cantaban los hechos célebres de los héroes, y los armeros, eran los que en más aprecio se tenian, dejando aparte á los sacerdotes.

La religion de este pueblo era como él terrible y sangrienta. Sus dioses vengativos y salvajes pedian siempre sangre; y sus adoradores vertian con frecuencia para honrarlos la de sus prisioneros. Por esto tambien la venganza era para aquellas tribus fanáticas un deber religioso, y las enemistades de las familias se trasmitian de padres á hijos. Hé ahí en resúmen las creencias de esa religion, tal como la profesaban cuando se arrojaron sobre Europa.

Odin era el dios de la guerra, el que concedia la victoria y el que reanimaba el valor en los combates; Frigga ó Frea su mujer era la diosa del amor, del placer y de la sensualidad; Thor, el mayor y el más valiente de sus hijos, gobernaba las tempestades.

Habia ademas infinidad de dioses subalternos, buenos unos, los otros malignos y pérfidos, destinados cada cual á un elemento, á una clase ó con alguna mision particular. Detallar su catálogo y explicar sus atribuciones fuera tarea por demas larga, complicada é impropia de este lugar; pero debemos hacer especial mencion de Loke y de las walkyries.

Era Loke la personificacion del principio malo, invocado algunas veces co-

mo un dios, pero temido siempre como un enemigo; su malignidad era tanta que las demas divinidades se habian visto obligadas á confinarlo en el fondo de una caverna. Segun la descripcion que de él hacen los bardos escandinavos, tiene una fisonomía hermosa; pero su corazon es depravado, es el calumniador de los dioses, el gran inventor de las imposturas y de los fraudes, el oprobio del cielo y de la tierra. Loke, como Prometeo, está atado con los intestinos de su primogénito á tres peñas inmensas. Sobre la primera descansan sus espaldas, sobre la segunda sus muslos y sobre la tercera sus rodillas. Encima de su cabeza tiene suspendida una serpiente que vierte sobre él gotas de veneno; pero *Sigyn*, su fiel esposa, no le abandona nunca y tiene en la mano una copa que conserva suspendida sobre la cabeza de su esposo y con la cual recibe el veneno que gotea. Pero la copa se llena, *Sigyn* se vé precisada á vaciarla, cae entónces la ponzoña en el rostro de Loke, cuyo cuerpo se contrae y agita, atormentado por dolores inexplicables, y en este momento es cuando se verifican los terremotos. Es hijo de Loke el lobo *Jeuris*, como su padre condenado á estar encadenado hasta el último dia; pero cuando este llegue romperá sus cadenas y lo devorará todo.

Despues de Loke merecen especial mencion las walkyries, bellas ninfas mensajeras de Odin, que vagan sin cesar sobre el campo de batalla durante el combate, deciden la victoria, designan á los guerreros que han de morir y se apoderan de su espíritu para conducir el de los valientes al Valhalla y precipitar el de los cobardes en el Niftheim.

El Valhalla es el paraíso, donde se disfruta una felicidad tal como puede desearla un escandinavo. Una furiosa refriega aguarda á todos los que han merecido entrar en él; ocúpanlo numerosos ejércitos, y sus alaridos unidos al estruendo de sus broqueles resuenan por los aires formando un concierto siempre grato para los oídos de un héroe. Al anochecer termina el combate; todas las heridas se cierran por encanto y los guerreros que han tomado parte en la lucha arrojan las armas para dar principio al banquete, en el que se regalan con la abundante carne del jabalí y liban los vinos más licorosos con el cráneo de sus enemigos. Tal era el Valhalla, digno paraíso de un pueblo de piratas y bandidos.

El Niftheim es el infierno; Hela, la diosa terrible de las cavernas, lo tiene por residencia y ejerce en él su tremenda soberanía. Allí son arrojados los malvados, ó sean los cobardes y perezosos, condenados á sufrir todas las miserias juntas. La angustia habita en la triste morada de Hela; el hambre preside en su mesa; sus servidoras son la negligencia y la demora; el precipicio entreabre sus anchurosas fauces, la flaqueza se revuelve en su lecho y el soberano de ese horrible imperio asusta con sus miradas á los que tienen la audacia de mirarle cara á cara.

Esta era en breve resúmen la religion de los noruegos cuando con los demas pueblos escandinavos se derramaron por Europa, y la que profesaban la mayor parte de las tribus germánicas oriundas del Norte. Antes, no obstante, en los tiempos desconocidos parece que la religion de aquellas misteriosas comarcas habia experimentado tantas revoluciones como invasiones sufrieran, pues los conquistadores llevaban siempre nuevos dioses que imponian á los conquistados. En épocas remotas Odin, el primero de los dioses, no era mas que el dios del sol,

y Thor considerado como el rey supremo de los cielos y de la tierra; pero un siglo ántes de Jesucristo, parece que un aventurero procedente del Cáucaso se presentó en la Escandinavia haciéndose pasar por una encarnacion del antiguo dios del sol, siendo su intencion primitiva destruir todas las divinidades viejas y fundar una teocracia nueva; pero mostrándose los pueblos muy adictos á su culto se formó un sistema mixto, en el que la antigua religion quedó alterada. La reforma sin embargo encontró grande oposicion en algunos puntos, y en Noruega precisamente fue donde halló mayor resistencia y donde se conservó por más tiempo el culto de Thor.

En las fábulas de sus poemas se reconocen dos sistemas acerca de la cosmogonía, de los cuales el uno toma con preferencia sus imágenes del reino animal y el otro del vegetal; pero su exposicion, así como la de ciertas diferencias que aparecen en diversas historias de su complicada mitología, nos llevaria demasiado léjos del objeto de este libro. A riesgo no obstante de apartarnos de él, no queremos dejar de consignar algunas de sus creencias acerca del porvenir, por lo que prueben quizás, y algunos de sus ritos y supersticiones porque acaban de caracterizar el antiguo pueblo que nos ocupa.

Los sectarios de Odin, cual si comprendiesen que los hombres no podian haber venido al mundo sin más objeto que devorarse mútuamente, y que sus dioses eran demasiado bárbaros para ser eternos, creian en la futura aparicion de nuevas divinidades, y aseguraban que estaba anunciada una segunda revelacion más misteriosa y más augusta que la primera. La felicidad otorgada por Odin y los castigos impuestos por Hela, no debian ser eternos, y sí sólo pasajeros; por cuanto despues de la consumacion de los siglos y cuando ya no existiese el tiempo, debian aparecer en el cielo y en la tierra terribles señales, augurio de una próxima disolucion; en tanto que la raza humana, sin sospechar el peligro, se entregaria á una depravacion universal. Entónces era cuando el mundo debia dejar de existir: el lobo Jeuris romperia sus cadenas, y todos los espíritus malignos, tanto tiempo contenidos, se precipitarian fuera de sus cavernas. Los dioses debian sucumbir á su tremendo ímpetu, hiriéndose unos á otros: Odin mismo habia de perecer, al propio tiempo que el Valhalla, el mundo, el lugar de los tormentos expiatorios, segun unos, se consumirian y quedarian reducidos á la nada de un inmenso incendio, con todos los que los habitaban así dioses como hombres, y segun otros serian devorados por el lobo Jeuris, el hijo de Loke.

De este segundo cáos debia nacer un nuevo universo con toda la lozanía de su juventud; el cielo sería entónces más espléndido que el Valhalla y el infierno más temible que el Niftheim; manifestaríase un solo Dios preeminente, revestido de mayor poder y de atributos más grandes y más nobles que Odin. Por último, la raza humana deberia someterse á una nueva prueba en este mundo, donde unas virtudes más excelentes que el valor y unos crímenes más graves que la cobardía y la pereza compondrian la nocion del bien y del mal, despues de lo que las puertas del Genico se abririan para dar paso al justo, miéntras que los más inauditos castigos del Nastrande serian el pago del malvado, perpetuándose la condicion de uno y otro por una eternidad, bajo el reinado de AQUEL que es eterno.

Los ritos populares de la mitología escandinava se avenian perfectamente al espíritu de aquella primitiva creencia. Sus templos, aunque toscamente trabajados, tenian dimensiones colosales, y en ellos se representaba á Odin en proporciones gigantescas, armado, con la frente ceñida de una corona, blandiendo una espada desnuda y teniendo al lado á su mujer bajo la forma de una hermafrodita. Veíase en ellos igualmente á Thor, adornada su frente con una corona de estrellas y armado de la terrible clava; acompañado de los demas dioses y diosas representados segun sus respectivos atributos. Antes de la reforma que otorgó á Odin la supremacía entre los dioses, Thor, entónces el primero, se le suponia montado en un carro del que tiraban dos machos cabríos, teniendo en la mano un martillo, símbolo del rayo. Estábale consagrado el toro, símbolo de la fuerza, y era el dios de la guerra y de los combates, y perseguia de continuo con sus rayos á los throldes ó dioses de los primitivos indígenas, quizás lapones, que como estos se habian refugiado en las montañas. Volvamos, empero, á la última forma del culto de Odin.

Los noruegos cantaban en honor de sus dioses himnos compuestos con aquella inspiracion agreste que caracterizaba la musa del Norte; y á imitacion de otras naciones, sacrificaban á cada dios los animales que suponian le eran más agradables, y con cuya sangre se rociaban los afiliados.

Pero no eran estos los únicos sacrificios dedicados á Odin; otros más espantosos le ofrecian los noruegos cuando consideraban que los exigia imperiosamente una circunstancia imprevista, ó cuando imploraban del cielo algun favor extraordinario. La sangre de las víctimas humanas inundaba los altares, no concretándose á inmolar sólo cautivos, sino que los príncipes sacrificaban á menudo á sus propios hijos, ya para librarse de una enfermedad mortal, ya para asegurar una gran victoria. Persuadidos de que una muerte natural traia consigo la exclusion del Valhalla y de que esta exclusion podia evitarse con un sacrificio humano, el guerrero que lograba procurarse un cautivo para inmolarlo con este objeto se creia asistido de un poderoso motivo para ejercer esta práctica horrible. ¡Extraños dioses, á quienes era tanto más grata cuanto más feroz la ofrenda que se les hacia! ¡Qué mucho, pues, que fueran feroces sus sectarios! ¡Cómo no habian de gozarse en derramar la sangre á mares, si creian con ello asemejarse á sus ídolos, satisfechos sólo á su ver cuando se hartaban de ella! ¡Rara idea de la Divinidad! ¡Portentosa aberracion de la humana inteligencia!

El sacerdocio era el patrimonio exclusivo de ciertas familias, pasando de padres á hijos. Habia en él una jerarquía, y un consejo compuesto de doce superiores gobernaba á los demas. Su autoridad era muy grande, como debia serlo precisamente en un pueblo ignorante y fanático; sin embargo carecian de la facultad de montar á caballo, de manejar ningun instrumento de guerra, para no comprometer la dignidad del sacerdocio ó la vida del sacerdote, aunque á veces parece que algunos acompañaban á los ejércitos. Estaban ademas investidos de una autoridad magistral, estando á su cargo la administracion de justicia. Ellos eran los que decretaban los castigos y los aplicaban con sus propias manos, haciendo creer á los indomables guerreros que recibian sus golpes, que el brazo de Dios los castigaba.

Otra circunstancia notable merece consignarse, referente á los sacerdotes de

Odin. Aseguraban que su dios no miraba con buenos ojos á los que llegaban pobres al Valhalla; por lo cual arrojaban en una hoguera junto con el cadáver del guerrero las riquezas que habia este adquirido; y así era que el noruego que aspiraba á las delicias del paraíso habia de consagrar una parte de su vida á la piratería y al pillaje, cuyo producto iba á parar á manos de los ministros del culto que probablemente sabian el medio de evitar que el fuego consumiese realmente lo que en apariencia le entregaban; lo cual les era tanto más fácil cuanto que ellos eran los encargados del sacrificio.

La direccion de tales preceptores, la influencia de las nebulosas comarcas del Norte, su manera de vivir en períodos alternos de extrema actividad ó extremo reposo, mantenian en la imaginacion de los noruegos las ideas más supersticiosas.

Alumbrados por la blanca luz, reflejo de la nieve, ó por un crepúsculo perpétuo en el seno de dilatadísimos bosques; entre montañas erizadas de heladas rocas y coronadas de tempestades; bajo el influjo de las terribles vicisitudes de los inviernos septentrionales, toda sombra que atraviesa el sombrío paisaje toma forma y se convierte en objeto fantástico y vaporoso; todo ruido nuevo es una voz sobrenatural que murmura en los misteriosos ecos de la colina y del valle.

En medio de una naturaleza áspera y agreste, el supersticioso hijo del Norte habia sabido encontrar numerosos pronósticos. Examinaba la direccion del viento, el aspecto del cielo y el brillo de las estrellas; interrogaba el vuelo y el canto de las aves; las entrañas de las víctimas le prestaban celestes advertencias; invocaba con vehemencia los sepulcros y rogaba á la muerte se dignase contestar. Más de una vez, despreciando el guerrero esta moderacion y resuelto á obtener á viva fuerza la respuesta, se lanzaba blandiendo su espada en medio de la tempestad, resuelto á sojuzgar su genio custodio y obligarle á pronunciar el oráculo.

Si lo que se deseaba saber era de grande importancia, la manera de consultar era en proporcion igualmente solemne. Cosíase á puñaladas á un hombre, ó se le echaba al agua, y segun el modo como salia la sangre ó las particularidades con que se ahogaba, se deducia la contestacion. Algunas tribus daban gran crédito á los encantos y tenian ciertas cantinelas para conjurar los elementos y determinadas fórmulas para desviar todo accidente desagradable, ó para obtener toda clase de favores. Largo y enojoso fuera enumerar todas las supersticiones, todas las creencias de aquellas tribus fanáticas; escenas extravagantes y ridículas, pero que dominaban de tal modo á aquellos hombres de hierro que así excitaban su bravura hasta el furor, inspirándoles una confianza ciega; como ahogaban en su pecho todo valor, y hacian palidecer sus rostros adustos, domando bajo la presion de una fuerza misteriosa á unos bárbaros indomables para los mismos elementos.

Pero vino un dia en que esa religion y esas creencias, debilitándose lentamente, acabaron por desaparecer. La piratería llegó á ser difícil é imposible de ejercer en grande escala; las antiguas provincias romanas no ofrecian ya á los escandinavos un rico botin, y pobladas por naciones, algunas de su mismo orígen, si no tan salvajes, tan bravas y tan guerreras como ellos, eran duras de conquistar; y los noruegos, reducidos á su propio territorio, en contacto y re-

laciones con otros pueblos, en cuyo seno se ostentaba ya el principio de una civilizacion nueva, experimetaron el influjo de esta civilizacion; y ellos, hijos de los que derramaban por placer la sangre de los sacerdotes de Cristo, que convertian en cuadras las iglesias y cantaban á los discípulos de Jesus la *misa de las lanzas,* alumbrada por la tea incendiaria, recibieron en su seno á aquellos ministros, levantaron en su territorio aquellas iglesias y se convirtieron á su vez en adoradores de Aquel que sus padres escarnecian. Sus divinidades sanguinarias se eclipsaron ante el Dios cordero; su doctrina de venganza murió ante otra doctrina de caridad y de amor; y á la vida de los hombres, inmolada en sus sangrientas aras, sucedió otro inocente y manso sacrificio en los altares de Jesus.

Esta reforma, sin embargo, fue obra de largos siglos y no estuvo por cierto exenta de vicisitudes y revoluciones. Nosotros, empero, dejamos á otros el cuidado de referir la historia de esa transicion, y nos limitarémos, examinando los dos términos conocidos de ella, á poner de manifiesto el carácter y las costumbres actuales de los descendientes de aquellos cuyo bosquejo acabamos de trazar. Las relaciones de los ilustres viajeros que han visitado estudiándolo ese país, y particularmente las noticias que de él da M. Ampere, nos servirán para este objeto.

En Noruega hoy dia el carácter general del pueblo es una excesiva lentitud en sus facultades intelectuales y en todos sus movimientos. Sus fibras, dice un viajero, naturalmente más duras que las de los meridionales, arrecidas ademas por el frio, no tienen ni movilidad ni flexibilidad; pero son muy vigorosas y fuertes. Si se les dirige la palabra, se paran siempre algunos minutos ántes de contestar; casi nunca responden á la primera pregunta, sin duda porque su cerebro no ha tenido tiempo aun para hacer la operacion necesaria de comprender; pero una vez han llegado á concebir algo, lo comprenden bien y responden con tal rectitud y entereza de juicio que admira. Estos hombres son tan orgullosos como ingénuos; guardan fielmente la sencillez de los tiempos heróicos y lo mismo tratan á sus pastores que á los extranjeros. El sentimiento de su independencia y de la constitucion verdaderamente popular, bajo cuyo régimen viven, en nada disminuye, como puede creerse, su orgullo nativo.

Tal vez deba atribuirse á este sentimiento de orgullo y de independencia el uso que conservan las familias de vivir aisladas. En todo el camino de Cristianía á Drontheim, dice M. Ampere, en un espacio de ciento cincuenta leguas, no se encuentra ningun pueblo; cada familia vive sola en su *gaard.* Esta palabra es intraducible; ninguna otra puede dar una idea exacta del modo de vivir de los aldeanos de Noruega.

Un *gaard* es un grupo más ó ménos considerable de casas de madera, que todas juntas componen una sola habitacion. Todos los miembros de la familia, con frecuencia bastante numerosa, duermen en una de estas habitaciones; en otra se reunen para comer; en otra tienen la cocina; en otra el hórreo y en otra el granero comun. En una palabra, todo aquello para lo cual se necesita de ordinario una pieza separada, es allí objeto de una choza aparte; y el todo forma un *gaard*, esto es, una casa descompuesta.

Esta disposicion particular del *gaard* es exclusiva de la Noruega y reemplaza allí á las aldeas. Una aldea, un pueblo, es una aglomeracion de familias; el

gaard es la familia privativa, cuyos miembros habitan, viven y poseen en comunidad.

Este parece ser en Noruega el único elemento de la sociedad y está siempre en su fuerza primitiva. Las antiguas tribus bárbaras, ántes de formar poblacion, probablemente se establecerian por familias sobre el terreno que ocupaban y sus establecimientos debian parecerse mucho al *gaard* noruego, que se conserva aun como una muestra poco adulterada de las habitaciones de los pasados escandinavos. Estas chozas raras veces ofrecen el lujo de una construccion de tablas; pues sus paredes son generalmente de troncos de abeto, colocados unos sobre otros y ajustados con arte; el musgo que ponen en las junturas de la parte interior las hace impenetrable al aire, y con tal sencillez de medios aquellas habitaciones son bastante calientes y cómodas.

En general las poblaciones ocupan un espacio de muchas leguas; por esto el domingo se ven los caminos llenos de infatigables caminantes, ó de carretas que van con mucha rapidez, á pesar de su construccion grosera, y que conducen á la iglesia al labrador con toda su familia vestida de gala. Despues de concluido el sermon se entregan á la danza ó á los ejercicios gimnásticos, y los mozos se reunen con frecuencia para ejecutar algunas evoluciones militares y adiestrarse en el manejo de las armas.

Algunas veces los aldeanos de Noruega salen violentamente del estado de calma que les es habitual por fugaces expansiones de alegría salvaje, por la cólera ó por la embriaguez, resultando de ello casi siempre serios combates. Su arma es un cuchillo con vaina, que llevan siempre pendiente de la cintura; y si es verdad lo que se dice, conservan hasta en el furor del duelo la sangre fria que les es propia.

Antes de combatir, cada cual arroja el cuchillo sobre una mesa ó contra un poste, y el pundonor y las leyes del desafío no les permiten herir con el arma al adversario hasta que aquella se haya clavado en la madera. La buena fe en esta convencion, la grande exactitud y la lealtad y delicadeza con que se cumplen son verdaderamente admirables.

Estos aldeanos usan ademas otra especie de duelo más fácil de concebir. Cada uno de los dos combatientes tiene en la mano derecha un terrible cuchillo y con la izquierda sujeta con fuerza la muñeca derecha de su adversario; de este modo el uno procura desviar el golpe asestándole el suyo. Este duelo, semejante á la lucha, conviene perfectamente á aquellos serranos, entre los cuales la fuerza corporal y la agilidad son las principales cualidades y las que entre ellos deben tener siempre la ventaja.

Como los trabajos del campo no pueden ocuparles más que un corto tiempo, los aldeanos de la Noruega emplean la mayor parte del invierno en hacer todo lo que les es necesario; sus cuchillos, sus cucharas, sus zapatos y los botones de sus vestidos. Las mujeres por su parte fabrican las telas de lino y de lana, que saben teñir muy bien con líquidos colorantes que abundan en el país.

En Noruega existen pocos grandes propietarios, y los que hay no son mas que labradores ricos; la nobleza hereditaria es allí desconocida; pero el clero goza de grande influencia y es el verdadero preceptor del pueblo. Así es que cuando se trata de hacer algo importante en aquel país, el gobierno tiene siempre

cuidado de acudir á los consejos y á la influencia de los obispos y sobretodo á la de los párrocos para conseguir su objeto.

El clima rigoroso de Noruega exige un alimento más abundante y sustancial que en los países meridionales. Hácense allí cinco comidas: el desayuno, el almuerzo, la comida al medio dia, la merienda y la cena. Despues del almuerzo y de la comida en las casas acomodadas se sirve el café y el té. Estas comidas son siempre muy simples y parece que se come ménos en la Escandinavia que en Alemania; pero esto no supone una sobriedad excesiva. Si allí se come ménos se bebe más, particularmente bebidas espirituosas. En las tertulias y reuniones el ponche se usa como entre nosotros la orchata ó el agua azucarada. El agua está rigurosamente desterrada de las comidas, y el extranjero que quisiese mezclarla con el víno ofenderia á su huésped.

Las principales fiestas son las de San Juan el 24 de junio, en cuyo dia las casas se adornan de guirnaldas, y los aldeanos se reunen para danzar al rededor de cubas levantadas y de mástiles adornados de flores; y las de Navidad, en las que varias circunstancias recuerdan las saturnales romanas, en el tiempo en que eran fiesta religiosa y no el escándalo de la antigüedad.

Las fiestas de Navidad, dice Malte-Brun, empiezan el 24 de diciembre desde medio dia y concluyen el 6 de enero. Estos catorce dias se pasan todos entre placeres y festejos, y no se celebra ninguna ceremonia religiosa mas que el dia de Navidad y el dia primero del año. En el campo comienzan estas fiestas á las cuatro de la tarde, por unos baños calientes que cada cual toma separadamente en una cuba. Despues del baño se sirve el aguardiente, la cerveza y el pan de Navidad; luego una comida espléndida segun las facultades de cada familia, reune á todos los domésticos que van en seguida á dar gracias al jefe de la casa. Entónces se acuestan todos y se enciende el cirio de Navidad. Miéntras duermen los criados, se levantan los amos para servirles el aguardiente y el pan; y despues se levantan aquellos y engullen una buena comida marchándose luego á la iglesia á las diez. Lo restante del dia se pasa del mismo modo que los siguientes, esto es, en visitas, diversiones de toda especie, danzas y mojigangas; haciéndose todos durante estos dias mútuos regalos. El último del año es célebre por las espléndidas comidas que se dan. Durante estas fiestas la mesa está siempre preparada en todas las casas y cubierta con una gran torta que no comen hasta el 6 de enero, dia de los Reyes.

Los noruegos han perdido casi por completo su antiguo idioma; el danes es el que domina entre ellos, y sólo en algunos dialectos hablados en el interior y particularmente en el Norte se encuentran algunos restos corrompidos de la antigua lengua escandinava. Ya no hay ahora como en otro tiempo bardos, poetas y guerreros que recorrian los reinos del Norte cantando sus versos, de los cuales no queda mas que una pequeña coleccion; sin embargo la Noruega tiene aun algunos cantos populares; pero la vida ordinaria en las regiones septentrionales es tan triste y tan penosa que es difícil que subsista en ella la poesía. El cantor de aquellas comarcas necesita adquirir fuera de ellas la fuerza de su imaginacion.

Por esto no se excita la fibra poética de los hombres del Norte sino en la exaltacion del combate y en el entusiasmo de la vida belicosa y aventurera; y

hé aquí por qué la antigua Escandinavia era tan rica en *sefdes*, cuando sus guerreros corrian los mares é iban á piratear hasta las costas de España ó de Italia. Mas desde que los trabajos de la paz han sucedido á aquellos tiempos bárbaros pero heróicos; desde que el habitante de Nordenfield y del Jinmark no hace mas que disputar su subsistencia á una naturaleza ingrata, la poesía, adormecida por esta vida monótona, no se anima ya sino en las emociones de la vida política ó en los grandes festines.

La música que acompaña la mayor parte de las canciones populares lleva impreso el carácter de una singular tristeza.

«Al pié del Drovefield, dice M. Ampere, encontrámos el monumento de una victoria ganada por los noruegos á una partida de escoceses, mandada por el capitan Saint-Clair, al servicio de la Suecia. Los noruegos aplastaron á sus enemigos bajo las rocas que hicieron rodar sobre ellos desde lo alto de las montañas, colocando despues una cruz en el punto donde sucumbieron los escoceses. Este acontecimiento dió lugar á una cantata que ha llegado á ser popular. Nosotros nos la hicímos cantar por un aldeano para conocerla, y parece que ha sido compuesta como un canto de derrota; tal es su languidez y tristeza. Con este sello van siempre marcados todos los cantos populares del Norte: aunque con frecuencia las palabras expresen la alegría ó un sentimiento vivo, la melodía es siempre suave y plañidera. Por esto el carácter de la música nacional no ofrece tal ó cual disposicion pasajera, sino solo el propio genio de un pueblo, la tristeza que es el verdadero carácter del Norte, reflejándose do quiera, en el silencio y majestad de la naturaleza, en la mirada melancólica del hombre, en su aire sosegado y en su canto lastimero, en las nieblas del mar, en las largas noches y en los dilatados crepúsculos.»

Teniendo en cuenta la diferencia de religion y la opuesta índole de sus creencias, la distinta manera de vivir impuesta por las condiciones de la época, y las diferentes costumbres engendradas por una civilizacion nueva aun, se encuentra sin embargo en el noruego del dia al hijo legítimo, si bien modificado, del antiguo escandinavo con sus caractéres distintivos: una fuerza y robustez físicas admirables, un amor profundo á la independencia y á la libertad, una tendencia marcada á la igualdad, y una propension invencible á la supersticion y al fanatismo.

EL PASO DE CALAIS.

NAUFRAGIO DEL AMPHITRITE.

Dejemos el mar del Norte y los países que baña, y franqueando el paso de Calais penetremos por la Mancha en el Atlántico y sus mares secundarios; mas al pasar ante las costas de Bolonia nos asalta el recuerdo de una espantosa catástrofe, y las sombras de ciento ocho mujeres, víctimas allí un dia de la brutal obstinacion de un capitan, nos detienen en nuestra ruta para obligarnos á referir su lamentable historia.

El *Amphitrite*, buque de transporte inglés, bajo el mando del capitan Hunter, tripulado por diez y seis hombres, con ciento ocho mujeres y doce niños condenados á deportacion, á los cuales debia dejar en Sydney, Australia. Salió de Woolwich el 26 de agosto de 1833, y arrollado el 29 por una violenta tempestad, zozobró el 31 en la costa de Bolonia, á la vista del puerto.

Los periódicos de aquella época publicaron los detalles de este horrible suceso, hora por hora á medida que llegaban las noticias de Bolonia, y en ellos se encuentra el relato más dramático que podemos ofrecer. Hélo ahí, pues, tal como lo escribió un testigo ocular.

A las tres de la tarde.

«El mar está furioso; se prepara una noche terrible; todas las barcas de los pescadores han regresado al puerto excepto una que se cree habrá zozobrado. Dícese que el correo de Lóndres que salió ayer noche tambien se ha perdido.

«En este momento salgo á la playa; el vigía señala un buque en peligro; es una corbeta que no ostenta pabellon alguno. Con un anteojo se conoce perfectamente que procura ganar la mar; pero los vientos la rechazan hácia la costa; si encalla está perdida.

A las cuatro y media.

«Ha sucedido lo que se preveia; el buque ha encallado casi en frente del establecimiento de baños; el mar está más espantoso que nunca; está bajando la marea. Con el anteojo se distingue á la tripulacion. Varios marinos acuden de todas partes á la playa, llevando algunos una lancha en brazos; se espera salvar á la gente; en cuanto al buque es inútil pensar en él; cuando suba la marea lo destrozará sin remedio.

A las seis.

«Aunque la lancha está en el agua, no puede acercarse al buque. El patron

de una barca de pescar, llamado Henir (no se olvide este nombre), dice que está decidido á arrojarse al mar; ya se ha desnudado y coge el extremo de un cable; nadie se atreve á seguirle; se le ve luchar con las olas. Asombra la inmovilidad de la tripulacion, que no hace señal alguna. ¿Por qué? ¿Habrán los desgraciados agotado ya todas sus fuerzas? ¿Acaso el capitan espera salvar el buque? Corriendo me dirijo á la playa.

A las once de la noche.

«¡Qué horroroso espectáculo! ¡No lo olvidaré en mi vida! Treinta cadáveres están confusamente amontonados en la cochera del edificio que pertenece á la *Sociedad Humana*. ¡Todo se ha perdido: el buque, ciento ocho mujeres, doce niños, trece hombres de la tripulacion!

«Tres desgraciados están fuera de peligro. ¡Qué terrible noche! Voy á daros sin embargo algunos detalles.

«A las siete de la tarde llega el valiente Henir al buque; un marinero le arroja un cabo; lo retira; y Henir, próximo á perecer, regresa á la playa. Quiere volver al mar; pero está rendido... Es preciso renunciar á la menor esperanza de salvacion para aquellos infelices; la noche avanza, la marea crece, el silbido del viento y el mugido de las olas sofocan los gritos de los desdichados náufragos. Es indescribible la ansiedad de la muchedumbre que cubre la playa. Varios denodados marineros se han arrojado al mar con objeto de recoger algunos de aquellos desventurados. La oscuridad aumenta; los vientos rugen con mayor violencia que nunca, y las olas se suceden rápidas y pujantes haciendo retroceder á los más intrépidos. Apénas se distingue el buque. De repente arroja el mar un mástil al pié de los espectadores; á poco toneles; luego cadáveres.

«De todas partes acude gente con faroles; algunos se precipitan hácia la parte de la ribera erizada de rocas; á cada instante se recogen mujeres, niños y hombres... ¡Todos muertos!... Un marino corre hácia un peñasco; le ha parecido divisar en la oscuridad algo que se movia; era en efecto un pobre marinero; apodérase de él y lo lleva á la sala de socorro de la *Sociedad Humana*. Se ha recogido á otros dos; al uno sin sentidos, y montado á horcajadas en una tabla que las olas han arrojado á la orilla; al otro de sobre la arena casi moribundo. Trasladados á la fonda de la *Marina*, les prodigan toda clase de cuidados el dueño y particularmente una dama inglesa, la señora Austin, cuyo celo y valor son admirables.

«Otra jóven inglesa hospedada en la fonda, la señorita Curtuis, hija de M. Awei, cuyo abuelo fundó la *Sociedad Humana*, se apodera de una jóven que completamente desnuda han depositado sobre la mesa del comedor; á fuerza de fricciones aparece un poco de calor, pero ¡ay! ya no hay esperanza. La infeliz abre los ojos, espira, se la llevan, y la señorita Curtuis acude á prodigar á otros sus cuidados. La desgraciada jóven que no ha podido salvarse era admirablemente hermosa.

«En este momento terrible los marineros del resguardo y los de la sociedad están dando pruebas de una actividad indescribible. A medida que se recogen los cuerpos, los cirujanos se apoderan de ellos, los envuelven en mantas y los sangran. Una mujer hace un ligero movimiento; sangre negra se escapa de su brazo,

abre los párpados, infunde esperanza y muere. A medida que se va haciendo tan terrible inspeccion, se depositan los cadáveres á un lado de la sala.

«Los dos náufragos á quienes ha prodigado sus cuidados la señorita Austin están salvados, han recuperado los sentidos, y por ellos sabemos que el buque perdido es inglés, se llama *Amphitrite,* y es un buque de transporte para los condenados á deportacion. Habia á bordo ciento ocho mujeres, doce niños y diez y seis hombres de tripulacion. Los marineros salvados se llaman John Richard Rice, John Owen y James Towsey. Owen, que era el contramaestre, es un arrogante mozo en toda la fuerza de la edad; los otros dos son muy jóvenes.

1.° de setiembre, á las nueve de la mañana.

«A las seis estaba en la aduana. Durante la noche se habian recogido cuarenta y seis cadáveres del sexo femenino. Yo, con mis propios ojos, he visto recoger en el puerto el cadáver de una jóven que tenia estrechado en sus brazos un niño de unos dos años. Casi todos los cuerpos están desnudos. La playa está cubierta de despojos; el casco del buque se encuentra pulverizado, y no creo exagerada la palabra. Nuestros desgraciados náufragos van perfectamente. Por un capricho del destino, la doncella de la señorita Curtuis acaba de reconocer en Owen, á su vecino y amigo de infancia. Hemos aprovechado un intervalo de descanso para interrogar á Owen y á Rice, de quienes se han obtenido las declaraciones que á continuacion trasladamos. Tambien he recibido la del bravo Henir: son dos documentos importantes para la historia de esta catástrofe.

«Hemos abierto una suscricion para los náufragos y para recompensar á los bizarros marinos que han expuesto su vida. En cuanto á Henir, al gobierno toca recompensarle, pues no es la primera vez que se distingue por rasgos de esta clase.

A las once.

«Se acaban de trasladar al hospital los náufragos y los cadáveres recogidos. Están encargados cien ataudes, y mañana la tierra recibirá todos esos despojos. Es probable que la pleamar arroje otros cadáveres.

DECLARACION DE FRANCISCO HENIR, PATRON DE UNA BARCA DESTINADA Á LA PESCA, EN EL PUERTO DE BOLONIA.

«Henir declara que sobre las seis ménos cuarto dijo al capitan del puerto que pretendia trasladarse á bordo del buque encallado, que le siguiesen los marinos que quisieran, pues estaba resuelto á ir solo. Fuése luego á la playa con un cable, y se desnudó y arrojó al mar. Cree haber nadado cerca de una hora, y que llegó al buque sobre las siete; llamó entónces á los que en él estaban, y en inglés les dijo gritando: Arrojadme un cabo para conduciros á tierra ó estais perdidos, pues la marea sube. La tripulacion le oyó; estaba él á estribor del buque y llegó á tocar el costado, viendo entónces á un marinero, al cual gritó encargara al capitan le arrojasen cuerdas. Los marineros le arrojaron dos, una desde la proa y otra desde popa, y sólo pudo coger la de proa, con la cual se dirigió hácia la

playa, pero como era demasiado corta y le faltó, volvió al buque, se agarró en él, gritó á la tripulacion que lo izasen á bordo, y abandonándole á la sazon las fuerzas hubo de desistir, pudiendo á duras penas llegar á tierra.

DECLARACION DE JOHN OWEN, CONTRAMAESTRE DEL AMPHITRITE.

«Juan Owen, natural de Craffort, en el condado de Kent (Inglaterra), declara ser contramaestre á bordo del *Amphitrite*, buque de transporte, su capitan Hunter, con cargo para Sydney.

«El *Amphitrite* salió de Woolwich el domingo, 26 de agosto; la tempestad empezó el 29, cuando el buque estaba á la vista de Dungenes, á unas tres millas del puerto de Bolonia. El capitan hizo cuanto pudo para alejarse de tierra, aunque en vano. Sobre las cuatro de la tarde del sábado, el buque, arrastrado por los vientos hácia el puerto, encalló. El capitan mandó entónces echar el áncora, esperando que la marea pondria el bajel á flote. Sobre las cinco una barca francesa acudió en su auxilio; Owen, Rice ni individuo alguno de la tripulacion tuvo de ello noticia, porque estaban ocupados en el sollado, recogiendo la ropa para desembarcar. Owen cree que entónces hubieran podido salvarse todos. Antes de llegar la barca vió á un hombre que desde la orilla les hacia señas con el sombrero para que desembarcasen, y luego descubrió á otro que habia llegado á nado por el lado de popa hasta el buque y le gritó en inglés que le arrojase un cabo, lo que iba á verificar cuando se lo impidió el capitan.

«En cuanto se hubo alejado la barca, el cirujano mandó llamar á Owen y le dijo que pusiese el bote grande en el mar; pero surgió luego una discusion con su mujer, que tambien deseaba embarcarse, y entónces prohibió desembarcar á los penados. El doctor cambió de parecer y dijo que no iria á tierra bote alguno, lo cual impidió que los penados desembarcasen; en aquel punto los que estaban en la cubierta bajaron para hacer sus lios y pidieron el bote á voces; tres mujeres dijeron á Owen que habian oido al cirujano decir al capitan que no aceptase el auxilio de la barca francesa.

«A las siete empezó á subir la marea; viendo la tripulacion que no habia ya esperanza de salvarse, trepó á las vergas quedando en la cubierta las mujeres, las cuales cree Owen que permanecieron en aquella posicion más de hora y media. De repente el buque se partió en dos, y las olas arrebataron á todas las mujeres, excepto una. Owen, el capitan, cuatro marineros y una mujer subiéronse á las vergas, permaneciendo en ellas segun cálculo del primero cerca de tres cuartos de hora. Observando que la arboladura estaba á punto de ceder á la violencia del viento y del mar, Owen dijo á sus compañeros que era inútil permanecer allí, que iban á perecer, y que era indispensable nadar hasta llegar á tierra. Entónces se arrojó al agua y le pareció haber nadado más de una hora ántes de llegar á la orilla, en donde fue recogido por un frances y trasladado sin sentidos á la fonda de la *Marina*. Owen añade que conocia perfectamente el peligro en que estaba el buque cuando varó, y que preguntando á sus compañeros si opinaban como él que hubieran podido salvarse todos, le contestaron afirmativamente, pero que no quisieron dar lugar á suponer que tenian miedo.

DECLARACION DE JOHN RICE.

«Declara haber nacido en Lóndres; confirma lo dicho por Owen, y añade que hizo notar al capitan la persona que desde la orilla les hacia seña de desembarcar; pero que le volvió la espalda.

Contestando á una pregunta que se le hizo sobre el particular, declara que el capitan no estaba ébrio y que era co-propietario del buque. Owen y Rice dicen que todas las mujeres estaban encerradas; pero que á la hora del peligro forzaron las puertas y se precipitaron á la cubierta. Entónces habia ya seis piés de agua en la bodega.

Tal es la deplorable historia del naufragio del *Amphitrite,* de la cual resulta que el necio orgullo de un capitan, su ignorancia ó el incumplimiento cuando ménos de sus deberes, costaron la vida á ciento treinta y tres personas, cuya salvacion era la obligacion primera de aquel bajo cuya autoridad habian sido confiadas.

EL PRÁCTICO BOUSSARD.

No para relatar las peripecias de algun famoso naufragio y enumerar el fúnebre catálogo de sus víctimas suspendemos un instante el desembocar por el canal de la Mancha; más grata es nuestra tarea al pararnos en el puerto de Dieppe. Cuando en perspectiva se nos ofrecen tantos rasgos de ferocidad y de cruel egoismo, séanos lícito saludar la memoria de un hombre pobre y oscuro, que en el limitado círculo de sus facultades dedicó su vida entera á la gran causa de la humanidad y expuso cien veces su propia existencia para salvar la ajena.

El práctico Boussard, movido, no por un ciego instinto de valor que oculta al hombre el peligro y le arroja en él, sino por un propósito meditado con calma que le permitia conocer muy bien el riesgo á que se exponia, é inspirándose en el sentimiento más noble que caber puede en pecho humano, el amor filial, llegó por sus heróicos hechos, él tan humilde, á llamar la atencion de la córte y del rey y granjearse la estimacion de su patria.

Un dia Boussard vió á su padre ahogarse sin que fuera posible prestarle ayuda, y para expiar esta especie de involuntario delito, hizo voto de salvar á costa de su propia vida á cuantos náufragos pudiese alcanzar; voto que cumplió hasta el fin de sus dias, y merced al cual regresaron al seno de sus familias muchos que hubieran quedado para siempre sepultados en el de las olas.

Era Boussard un hombre de talla gigantesca y musculatura hercúlea; seis piés de estatura, cabeza pequeña, anchas espaldas y una pierna lisiada por una herida honrosa que recibiera sirviendo á su patria. Generoso por naturaleza, dotado de una sangre fria admirable, que conservaba en los mayores peligros, nada le intimidaba ni aturdia, y en su humilde condicion conservó siempre una apostura noble y digna. La última hazaña, mejor que una descripcion cualquiera,

dará á conocer quién era ese pobre práctico de quien dice su biógrafo que reveló una abnegacion de que hay en su género pocos ejemplos en la historia.

En la borrascosa noche del 31 de agosto y sobre las nueve de la misma, se aproximó á las escolleras de Dieppe un buque salido de la Rochela con cargamento de sal y montado por ocho hombres y dos pasajeros. Era el viento tan impetuoso y estaba tan agitado el mar, que un práctico del puerto trató en vano cuatro distintas veces de salir para guiar su entrada. Boussard, que como de costumbre en semejantes casos estaba en la orilla, notando que el piloto del buque ejecutaba una falsa maniobra que lo ponia en peligro, procuró guiarle con la bocina y haciéndole señas; pero la oscuridad de la noche, el silbido del viento y la extraordinaria agitacion del mar impidieron al capitan ver y oir, y en breve ingobernable ya la nave encalló á treinta toesas del muelle.

Al oir los gritos de los infelices que iban á perecer, Boussard sin escuchar á nadie ni tener en cuenta la aparente imposibilidad de buen éxito, decidió acudir en su auxilio, y desviando á su mujer y á sus hijos que querian detenerle, cíñese al cuerpo una cuerda cuyo extremo atara á un espolon, y se arroja en el alborotado mar. Sólo un marino, ó quien desde una eminencia haya contemplado alguna vez las ensoberbecidas olas y sus ondulaciones particularmente junto á un objeto que les opone resistencia, puede formarse una idea del peligro á que se exponia Boussard, quien bregando desesperadamente y tras inauditos esfuerzos consiguió al fin llegar al casco del buque que los embates destrozaban y del cual le arrancó una oleada terrible arrojándolo otra vez á la playa. Veinte veces arrollado por las olas y lanzado contra un morrillo, enardecido por la dificultad misma, vuelve á sumergirse, y otra ola furiosa lo dispara contra el buque. Cuantos le contemplaban le creian muerto ya cuando reaparece llevando en brazos á un marinero á quien una sacudida del barco habia arrojado al agua, y nadando vigorosamente con una mano lo deposita en la playa sin movimiento y casi sin vida. Vuelve Boussard al mar sin detenerse, y despues de varias tentativas inútiles, rodeado de destrozos que aumentan el peligro y cubierto de heridas, alcanza la nave, se aferra á ella y ata la cuerda. Con su voz, con su presencia, con su indomable valor reanima á la tripulacion anonadada de terror, hace tocar á todos los marineros uno por uno el precioso cable que les marca el camino al traves de las tinieblas y de las enemigas ondas, los coge él mismo cuando les faltan las fuerzas, nada á su alrededor como un ángel tutelar, sosteniendo al que fallece, reanimando al que desmaya, luchando en fin como un triton en medio de la tempestad contra el terrible elemento que, furioso reclama con rugidos las víctimas que Boussard triunfante deposita al fin en la ribera.

Pero ese triunfo ha agotado sus fuerzas, y apénas llega á la cabaña en que está depositado el pabellon, cuando cual herido del rayo cae sin sentido en un estado de postracion alarmante. Sus compañeros y conciudadanos admirados le socorren con interes obligándole á vomitar el agua que tragara, y volvia ya lentamente en sí cuando se perciben á lo léjos gritos de angustia. La voz de la humanidad, más eficaz que todas las esencias y licores, devuelve repentinamente la vida y el vigor á Boussard, quien rechazando á cuantos se le oponen se arroja de nuevo al mar y logra salvar todavía á uno de los dos pasajeros que habian quedado en el buque y cuya debilidad les impidiera seguir á los demas náufragos. Boussard lo coge,

lo arrastra y regresa á su casa seguido de ocho hombres que á voz en grito le proclaman su salvador, siendo recibido por los entusiastas y reiterados aplausos de sus conciudadanos. De las diez personas que montaban el barco dos solas sucumbieron, apareciendo al dia siguiente sus cuerpos en el morrillo.

Tan repetidos actos de heroísmo valieron al cabo á Boussard la recompensa merecida. Mr. Crome, intendente de Ruan, tres meses despues enteró al ministro de hacienda de la conducta observada por el honrado marinero en esta como en tantas ocasiones, y dada cuenta al rey de las noticias que sobre el particular recibiera M. Necker, escribió por órden del soberano la siguiente carta al práctico de Dieppe:

«Excelente hombre:

«Por el señor intendente supe anteayer vuestro brillante comportamiento en la noche del 31 de agosto, del cual dí cuenta ayer al rey, por cuya órden os expreso la satisfaccion que le ha causado, anunciándoos de su parte una gratificacion de mil francos y una pension anual de trescientas libras, á cuyo efecto escribo hoy al señor intendente. Continuad socorriendo al prójimo cuando os sea posible, y rogad al cielo por vuestro buen rey, que ama y recompensa á los hombres honrados.

NECKER,
director general de hacienda.

Paris, 22 de diciembre de 1777.

Poco tardó en divulgarse en Dieppe carta tan lisonjera para Boussard como grata para sus conciudadanos que le estimaban, y los cuales al felicitarle le instaron para que fuése á Paris á presentarse al rey y manifestarle su gratitud, consejo que siguió Boussard, trasladándose á la córte, donde fue objeto los pocos dias que en ella estuvo de la curiosidad general y de las atenciones de los ministros. El de marina le entregó un despacho por el cual se le concedia su antigua paga de cuarto maestre, de veinte y dos libras mensuales, á pesar de que él solicitaba sólo la mitad; M. Bertin, gobernador de Normandía, encargó á M. L. Moyne que buscase en Dieppe algun terreno de propios en que edificar una casa para el práctico y su familia, y varios altos personajes, entre ellos los duques de Orleans, los de Chartres y los de Penthieuse le obsequiaron espléndidamente.

Boussard, tan sencillo como valiente, tan ingénuo como generoso, estaba aturdido de sorpresa al ver las recompensas, felicitaciones y agasajos que le valia una accion que para él nada ofrecia de particular, no siendo mas que uno de los muchos y semejantes episodios de su vida. He hecho muchas acciones como esta, y no sé por qué mi última (son sus palabras) ha metido tanto ruido Mis camaradas son tan valientes como yo... El pobre hombre no comprendia lo que tan fácil era de comprender.

Regresó por fin á Versalles, y como al llegar encontrase agitado el mar, no consintió que el que le habia reemplazado permaneciera un momento siquiera en su puesto á pesar de estar él molido por el carruaje en que nunca viajara y del vehemente deseo de abrazar á su esposa y á sus hijos, á quienes profesaba entrañable cariño.

Lo que más en su pobreza le habia afligido era no poder comprar cables para ayudar á los buques en sus varios accidentes. Me repugna, decia, pedirlos prestados, porque unas veces se rompen, otras se pierden, y no me atrevo despues á presentarme á los que me los confiaron porque no tengo con qué pagarlos; por lo que se apresuró á adquirir los deseados cables, limitándose luego su ambicion á que le permitieran poner en su bote un palo más para dar á su fanal mayor elevacion.

Fiel á su juramento y á los deberes que se impusiera, continuó noche y dia velando en el puerto y escolleras de Dieppe, y prestando los mismos humanitarios servicios á que debia su fama y relativo bienestar.

Una noche del otoño de 1786 el valiente Boussard notó que á corta distancia del muelle zozobraba una barca, y al oir los gritos de los infelices que bregaban en las olas, les arrojó inmediatamente varias cuerdas llamando en su auxilio á los que en la orilla se hallaban al alcance de su voz. La oscuridad era tanta que no podia verse á los que estaban en peligro, y estos apénas distinguian el débil socorro que se les ofrecia.

Era uno de los seis náufragos el hijo de Boussard, jóven animoso y hábil nadador, quien apoderándose de una de las cuerdas estaba ya próximo á la orilla, cuando vió algo distante á un niño de unos catorce años que, rendido por una lucha superior á sus débiles y ya agotadas fuerzas, cedia á las olas que lo arrastraban al abismo. Digno hijo de su padre, el jóven Boussard se decide á salvar con riesgo de su propia vida á la pobre criatura que bregaba ya con las ansias de la muerte; y para mejor conseguirlo se sujetó el brazo con la cuerda pasándosela luego por entre las piernas; pero ese doble peso rompió el cable, y sabe Dios lo que ocurriera si advertido Boussard por un grito no hubiese arrojado otra cuerda, de la que se apoderó instantáneamente su hijo, el cual, resuelto á no abandonar en tan crítica situacion al niño que se le aferraba desesperadamente y se sumergia en cuanto lo soltaba, volvió á atarle, y tuvo la suerte, ayudado por su padre, de subirlo agarrotado á lo alto del espolon, á más de diez y ocho piés del nivel del mar.

Cinco de los seis náufragos se salvaron, y uno pereció causando la desesperacion de Boussard, que se atribuia esta muerte como un crímen por no haberse arrojado al agua, harto confiado con que bastaria el auxilio de sus cuerdas, costando no poco consolarle por más que merced á esas cuerdas se salvaron cinco hombres, entre ellos su propio hijo.

La brillante conducta del hijo de Boussard en esta ocasion no era su primera hazaña, pues ya en 1784 salvó él solo á cuatro náufragos, por cuyo rasgo monsieur Crosne, intendente de Ruan á la sazon, le dió en recompensa una gratificacion de cuatrocientas libras, á la que añadieron los señores de la junta de comercio una medalla de plata igual á la que de oro habian dado anteriormente á su padre, de cuya gloria participó, y de quien fue luego digno sucesor en el modesto cargo que en el puerto de Dieppe desempeñaba.

EL MAR DE IRLANDA.

NAUFRAGIO DEL EARL MOIRA.

Antes de continuar nuestro viaje hácia el Sur preciso nos será desviarnos remontándonos algo al Norte, y atravesando el canal de San Jorge pararnos un momento en el mar de Irlanda, para evocar el recuerdo de otro naufragio que como el del *Amphitrite* anteriormente relatado prueba cuán grave, importante y delicado es el cargo de capitan de un buque, y cuán grande la responsabilidad de los gobiernos y particulares si no se aseguran de su idoneidad ántes de encomendarle la direccion de una nave, y con ella la fortuna de cien familias y la vida de cuantos á su bordo se albergan; fortuna y vidas que dependen del valor, del celo, de la inteligencia, en una palabra, de la aptitud del jefe á quien la ley en el mar otorga un poder absoluto y discrecional.

El 8 de agosto de 1819, con viento Oeste-noroeste muy fuerte, el *Earl Moira* bogaba á todo trapo, miéntras el capitan, esperando llegar pronto á Irlanda y considerando inútil vigilar, estaba en su camarote refrescando con algunos pasajeros. La bebida lo ponia expansivo; habia mandado varios buques mercantes y estaba contando la historia de numerosos naufragios que decia haberle ocurrido. Ninguno de sus viajes, segun él afirmaba, habia sido feliz; cada uno le suscitaba el recuerdo de algun acontecimiento terrible.

Los convidados se miraban con zozobra, pues les asustaba la desgracia que tan encarnizadamente perseguia al capitan, y el estado en que le veian era poco á propósito para tranquilizarlos.

Entró en esto el segundo y dijo algunas palabras al oído de su jefe.

—¡Mal tiempo! exclamó este, ¡ba! os equivocais; las nubes pasarán por encima de nosotros y se guardarán muy bien de turbar nuestra tranquilidad. Sentáos aquí, teniente. ¡Un vaso para el teniente!

Al mismo tiempo una sacudida terrible conmueve todo el buque; vasos y botellas saltan al suelo; los pasajeros acuden al puente, y el capitan, contemplando la escena con semblante atontado, y descontento luego por verse interrumpido, sigue maquinalmente á los demas.

El buque ha tocado en el banco de *Burbo*. El capitan, una vez en el alcázar, se hace explicar con todos sus detalles las causas de este accidente y se enfada con todos: el segundo le reemplaza, y vuelve el buque á ponerse á flote.

—Regresemos á Liverpool, capitan; amenaza tempestad, y el buque ha sufrido demasiado para que pueda resistirla.

Sin contestar vuelve la espalda y sigue bebiendo hasta que un choque más terrible que el primero le obliga á recuperar su puesto. El buque ha varado en el banco de Mark-Beggar.

Todos los esfuerzos son inútiles; cárganse las velas excepto la mayor, y se espera la marea. Llega esta á las dos de la madrugada y levanta el buque; pero el movimiento que le imprime lo arroja otra vez contra la arena, donde lo hunde la violencia del viento.

Estalla entónces la tempestad y entra el agua á raudales por todas partes en la nave, sufriendo la proa grandes averías.

—Capitan, estamos perdidos.

—¡Ba! otras he visto peores; no hay peligro alguno; respondo de todos.

—Si izáramos la señal de auxilio...

—Sólo en el caso de nó poder obrar es cuando debe pedirse socorro; teneis miedo ¡vive Dios! Miradme á mí, y no tembleis sino cuando yo tiemble.

Sus piernas, sin embargo, vacilaban, no á consecuencia del miedo, sino de la embriaguez. El miserable no comprendia su posicion.

—Este animal va á perdernos á todos, dice uno de los pasajeros; izad la señal; estamos en nuestro derecho al exigirlo, pues de ello depende nuestra vida.

La tripulacion obedeció.

El mar sigue engrosando, y penetra por los ventanillos de popa barriendo los bagajes y provisiones que flotan al rededor de los pasajeros. Batido sin cesar por las olas, el buque se abate sobre uno de sus costados.

El capitan empieza entónces á conocer el peligro; sin embargo, hay en él más instinto que inteligencia; contempla las olas con mirada torva, y de vez en cuando repite en voz baja: Estamos perdidos. Esta es la única contestacion que de él se obtiene, sea lo que fuere lo que se le pida, pregunte ó suplique.

Una oleada barre la cubierta y arrebata á dos pasajeros, y sólo con mucho trabajo se consigue salvarlos; los marinos se suben á los obenques, las olas se suceden en la cubierta, y los pasajeros les siguen. Los que no pueden alcanzarlos se aferran al mástil como pueden ó se suspenden en los bordes del buque que han quedado fuera del agua.

De vez en cuando alguno de aquellos desgraciados cae en el abismo. Los gritos de la tripulacion contestan por dos ó tres veces á los clamores de los que se ahogan; pero pronto el temor que cada cual experimenta por sí le obliga á cerrar los ojos sobre el infortunio de sus compañeros, y no pensar sino en prolongar su existencia. Tres marineros se desnudaron y se echaron al agua, esperando llegar á la orilla, de la que sólo distaban media legua, prometiendo á sus compañeros mandarles socorros; pero continuamente rechazados hácia el buque, vense obligados á volver á su puesto.

No léjos del buque se encuentra una chalupa y dos pescadores, parándose de vez en cuando como si contemplaran el drama que se desarrolla á su vista. Multiplícanse las señales, se les pide socorro; todo ruego es inútil, y ni siquiera se dignan contestar. Un soldado, furioso al ver semejante conducta, les dispara el fusil. Muévense al fin, la barca se acerca al *Earl Moira* á distancia de veinte toesas, y una vez allí se paran, poniéndose á recoger los objetos que flotan sobre el mar.

A los ruegos y amenazas no contestan mas que con estas palabras: Hay demasiada mar, nos perderíamos.

Se les arroja una cuerda á cuyo extremo hay atado un pedazo de corcho; cogiéndola podrian acercarse sin peligro; las mujeres arrodilladas en las bordas tienden las suplicantes manos hácia aquellos desalmados.

—Veinte guineas para vosotros, les dicen. Pero ellos mueven la cabeza, pues esperan sacar más del botin que el mar les entrega. Una vez llena la barca se dirigen los pescadores hácia Liverpool.

El capitan ha permanecido impasible á esta escena. Tendido boca abajo, con la cabeza entre las manos, solloza, repitiendo á cada instante: Estamos perdidos. Las maldiciones que acompañan la retirada de la barca lo arrancan de aquel estado de postracion; se levanta con lentitud, buscando inútilmente el equilibrio en el buque ladeado, hasta que dos ó tres pasos falsos que da lo precipitan en el abismo.

Una mujer de unos treinta años con dos niños en brazos, el uno de dos años y el otro de ocho meses, luchaba enérgicamente con el mar, ayudada de un madero que la sostenia con su preciosa carga, cuando estrellándose en ellos los cubrió una ola por espacio de uno ó dos minutos, y al retirarse ya no existian los niños. La madre los contempla un momento con estupor, y luego, exhalando un grito, suelta el madero y desaparece en el mar.

Tres soldados, encargados de custodiar á un desertor, no habian querido abandonar su puesto; esclavos de su consigna permanecen en él. Una ola se lleva al prisionero y arroja contra el mástil á uno de sus guardas, que cae sin sentido en el agua.

Al fin llega la lancha de socorro de Haylack. Sin dejarle tiempo de abordar, varios pasajeros se precipitan en ella, costando esta precipitacion la vida á dos ó tres. Ya en la chalupa hay treinta personas amontonadas y los demas se disponian á seguirles; pero estando ya llena el jefe da la órden de remar.

Media hora despues un bote conducia ocho personas que habian podido apénas escapar del peligro cuando el buque fue destrozado. Las olas al precipitarse arrastraron á más de uno; veinte y siete recogieron aun los botes.

Así fue cómo de ciento diez personas se salvaron únicamente sesenta y cinco, entre las cuales sólo se encontraban dos mujeres.

EL ATLÁNTICO.

AVENTURAS

DE

JUAN DE LERY EN EL JACQUES.

Penetramos al fin en el Atlántico propiamente dicho, océano inmenso que desde las costas occidentales de Europa y Africa se extiende hasta encontrar las riberas orientales de América. Los dramas en él ocurridos son innumerables, y el viaje de Colon, el más interesante de todos, bastara por sí solo á hacerlo célebre. Nosotros sin embargo para no apartarnos de nuestro derrotero nos limitarémos por ahora á dar cuenta de dos de esos dramas cuyo desarrollo ó desenlace cuando ménos tuvo lugar casi á la vista de las costas de Francia y España.

En 1555 Nicolas Villegagnon, vicealmirante de Bretaña, fundó una colonia en el Brasil, en el punto mismo donde florece hoy la ciudad de Rio Janeiro; pero al poco tiempo nació la discordia entre católicos y protestantes y muchos de estos, perseguidos por Villegagnon, se embarcaron en el *Jacques* que se dirigia á Francia. Entre ellos se encontraba Juan de Lery.

«El *Jacques*, dice este viajero, en cuanto hubo completado su cargamento, que consistia en campeche, pimienta, algodon, monas, papagayos y otros productos del país, se dió á la vela el 4 de enero de 1558, llevando á bordo cuarenta y cinco hombres entre tripulacion y pasajeros, al mando del capitan Martin Beaudoin, del Havre, propietario del buque.

«Teníamos que doblar grandes bajíos peñascosos que se extendian unas treinta leguas á lo largo; pero á los siete ú ocho dias los marineros que durante la noche trabajaban en las bombas no pudieron agotar el agua. El contramaestre bajando entónces á la bodega encontró el buque abierto en distintos puntos, y tan lleno de agua que se le sentia hundirse poco á poco. Despertóse á todos al hacer este descubrimiento, que produjo una general y extremada consternacion.

«Mediante un trabajo continuo consiguieron sin embargo sostener el buque con dos bombas por espacio de doce horas, extrayendo el agua que entraba en abundancia, y pasando por los depósitos de campeche salia por las canales roja como sangre de buey. El carpintero, ayudado por marineros inteligentes, consiguió al fin descubrir bajo el combío las rendijas y los agujeros más peligrosos y taparlos con sebo, plomo y trapo.

«Esto no obstante, como estábamos á la vista de tierra, resolvímos todos desembarcar y volvernos al Brasil; siendo tambien esta la opinion del capitan, quien habia observado al hacer sus investigaciones que el buque estaba carcomido por los gusanos; pero el capitan propietario, temiendo que lo abandonasen los marineros si llegaban á tocar la orilla, más quiso arriesgar su vida que sus mercancías, y declaró que estaba decidido á continuar su ruta, ofreciendo con todo una barca á los pasajeros para que regresasen al punto de partida; oferta que seis admitímos, movidos por el doble temor del hambre y del naufragio, determinando volver á la costa de la que distábamos sólo nueve ó diez leguas.

«Cargámos, por consiguiente, la barca con todo lo que nos pertenecia, un poco de harina y agua; mas al despedirnos de los amigos, uno que me apreciaba mucho, tendiéndome la mano hácia la barca en la que ya estaba yo, me dijo: Quedáos con nosotros, os lo suplico. Si no podemos llegar á Francia nos salvarémos en el Perú ó en cualquiera isla inmediata al abrigo del poder de Villegagnon.

Sus instancias me impresionaron, y cedí. Los cinco desertores pudieron con mucha dificultad llegar á tierra; y en cuanto estuvieron en ella, Villegagnon hizo matar á los tres primeros.

«Volvió á darse á la vela el buque, verdadero ataud flotante. Continuas tempestades lo azotaron durante todo el mes de enero; incesantemente hacia agua en abundancia, y se hubiera sumergido cien veces al dia, si cuantos estábamos á bordo no hubiésemos trabajado en las bombas sin levantar mano.

«Así nos alejámos del Brasil unas doscientas leguas, llegando á la vista de una isla inhabitada, de unos dos kilómetros de circúito á lo más, que nuestro piloto ni siquiera encontró en su carta. Estábamos á tres de febrero y á tres grados del ecuador; lo que equivale á decir que, despues de cerca de siete semanas, no habíamos hecho aun la tercera parte de la travesía.

«Como los víveres disminuian mucho, álguien propuso arribar al cabo de San Roque, en donde segun afirmaban algunos viejos marineros era fácil proveerse de otros frescos; pero la mayor parte se declararon en contra de este paso prefiriendo comer papagayos y otras aves de las que abundaban á bordo, y esta última opinion prevaleció. Pocos dias despues el piloto midió la altura y declaró que nos encontrábamos exactamente bajo la línea del ecuador.

«Nuestras desgracias empezaron por una discusion entre el contramaestre y el piloto, los cuales para incomodarse mútuamente afectaban descuidar sus funciones respectivas. El 26 de marzo, miéntras el piloto, que estaba de guardia, tenia todas las velas altas desplegadas, un remolino impetuoso empujó el buque y lo derribó sobre la costa. Los cables, las jaulas de las aves y todos los cofres que no estaban bien amarrados fuéron al mar, y poco faltó para que la nave volcase completamente; sin embargo, merced á la presteza con que se cortaron los aparejos, volvió á levantarse el barco gradualmente.

«Todo esto era sólo el principio de una horrible serie de infortunios. Pocos dias despues el carpintero y otros artesanos, buscando un medio para aliviar á los que trabajaban en las bombas, miéntras estaba tranquilo el mar removieron desgraciadamente algunas piezas de madera en el fondo del buque, levantóse una bastante grande, y el agua entró de repente con tanta impetuosidad que

á los pobres obreros, obligados á subir á cubierta otra vez, les faltó aliento para explicar el peligro y se pusieron á gritar con voz lamentable: *¡Estamos perdidos! ¡estamos perdidos!* Al oirlo, el capitan y el piloto, no dudando de la inminencia del peligro, pensaron sólo en poner la chalupa al mar y mandaron arrojar al agua gran cantidad de campeche y otras mercancías que contenia; hecho lo cual, temiendo el piloto que el gran número de los que querian arrojarse á la barca la hiciese zozobrar, entró en ella, y cogiendo un gran cuchillo amenazó con cortar el brazo al primero que tratase de acercársele. Espantados por esta amenaza, y sin más recurso que nosotros mismos, acudímos á las bombas, y tras esfuerzos inauditos impedímos que subiese el agua.

«Al poco tiempo oímos al carpintero, jóven de corazon y energía, pedir socorro. Léjos de abandonar la bodega del buque como los demas, habia metido su marselles marino en el agujero, y poniéndose de piés encima para resistir el agua que violentamente lo levantó varias veces, gritaba con todas sus fuerzas que le trajesen ropa, balas de algodon, fardos de tela, cualquiera cosa para impedir que entrase el agua, miéntras volvia á clavar el madero; y haciéndolo así fue cómo al fin nos librámos del peligro.

«Continuóse entónces gobernando tan pronto al Este como al Oeste; pues nuestro piloto, que no entendia mucho de su oficio, no supo observar ya más la rota, y navegámos en la incertidumbre hasta el trópico de Cáncer. Allí estuvo á punto de perdernos otro accidente: nuestro artillero haciendo secar pólvora en un pote de hierro, lo dejó en las brasas tanto tiempo que se inflamó su contenido, corriendo las llamas con tal rapidez de un extremo á otro de la cubierta que en un momento se incendiaron velas y jarcias. Cuatro hombres quedaron maltratados por el fuego: el uno murió pocos dias despues, y yo hubiera sufrido igual suerte á no haber andado listo en cubrirme la cara con mi sombrero, librándome de este modo, sin más que la punta de las orejas y los cabellos chamuscados.

«Estábamos á 16 de abril y nos faltaban aun sobre quinientas leguas para llegar á la costa de Francia, habiendo disminuido tanto los víveres, que fue preciso limitarnos por segunda vez á la mitad de la racion; si bien este rigor no impidió que á fines del mes quedasen agotados. Nuestra desgracia provino de la ignorancia del piloto que se creia cerca de Finisterre, cuando estábamos aun á la altura de las islas Azores, á más de trescientas leguas. Nos vímos entónces precisados á barrer el pañon, ó sea la cámara blanqueada y enyesada en que se tiene la galleta, en el cual se encontraron más gusanos y excrementos de raton que migajas de bizcocho. Sin embargo, lo que se recogió fue escrupulosamente repartido á cucharadas, y con ello se obtuvo un potaje más amargo y negro que el hollin.

«Los que aun tenian papagayos empezaron á comérselos desde principios de mayo. Dos marineros muertos de hambre fueron arrojados al mar. Otro llamado Nargue estaba en pié, apoyado en el mástil y los calzones caidos sin poderlos recoger; reprendíle al verlo porque teniendo un poco de viento favorable no ayudaba á sus compañeros á izar las velas. ¡Ay! me dijo el pobre con voz apagada y quejumbrosa, yo bien lo quisiera, pero no podria; y casi en el mismo instante cayó muerto.

«El horror de esta situacion se agravó aun más por la violencia del mar; y como los marineros no tenian fuerzas bastantes para manejar las velas, fue necesario plegarlas y hasta atar el timon. El buque quedó abandonado á merced de los vientos y de las olas, y la mucha marejada nos quitaba hasta la esperanza de poder pescar un poco.

«Así era que estábamos todos débiles y flacos cuanto puede decirse. Algunos trataron de cortar en pedazos unas rodelas hechas de la piel de un animal llamado *tapiruson*, y hacerlas hervir en agua para comerlas; pero este recurso no les fué bien. Otros las pusieron sobre ascuas, y así asadas parecian por su gusto corteza grasa de marsopa. Tan luego como se hubo hecho este ensayo, cuantos poseian rodelas las guardaron cuidadosamente, pero estaban duras como el cuero de buey seco, necesitando sierras y otras herramientas para cortarlas. Hechas ya pedazos, sus dueños los llevaban en las mangas en saquitos de tela que vigilaban como los usureros sus bolsas repletas de oro.

«Los hubo que se comieron sus corbatines y zapatos de cuero; y los grumetes del buque, atacados de una especie de rabia hambrienta, devoraron todas las astas de las linternas, de las que hay siempre muchas en los buques, y tantas velas de sebo como pudieron atrapar. La debilidad y el hambre no impedian sin embargo que, so pena de ir más á pique, estuviésemos dia y noche en las bombas trabajando como negros.

«Sobre el 12 de mayo murió de hambre el artillero, lo cual nos afectó muy poco, pues léjos de pensar en defendernos en el caso de que nos hubiesen atacado, deseábamos que nos apresara algun pirata que nos diese de comer; pero no vímos más que un buque á popa, al cual fue imposible acercarnos.

«Cuando ya hubímos devorado todos los cueros del buque y hasta las tapas de los cofres, creímos tocar al último momento de nuestra vida; pero la necesidad nos hizo pensar en cazar las ratas y los ratones, y esperábamos cogerlos tanto más fácilmente cuanto que no habiendo ya migajas ni cosa alguna que pudiesen comer, corrian á manadas por el buque muriendo de hambre. Se los persiguió con tal encarnizamiento y con tantos lazos y trampas, que en poco tiempo no quedó ninguno. Hasta de noche se los buscaba con los ojos abiertos como los gatos. Una rata era en el buque más estimada que un buey en tierra, y su precio subió á cuatro escudos. Para comerlas las cocian enteras, sin exceptuar los intestinos, las patas ni los huesos que podian ablandar.

«Tambien faltó el agua, y no quedaba más bebida que un tonel de sidra que el capitan y los oficiales economizaban con sumo cuidado. Para recoger la pluvial se extendian las velas con una bala en el centro, aprovechándose hasta la que se escapaba por los sumideros del buque, á pesar de estar más sucia que la de las calles.

«Fue tal, por último, la extremidad á que llegámos, que no nos quedó ya sino palo campeche, más seco que cualquiera otra madera; algunos sin embargo en su desesperacion, lo roian con cierto frenesí.

«Nuestro director me dijo un dia suspirando, miéntras tenia un pedazo de palo en la boca: ¡Ay! querido Lery, en Francia me deben cuatro mil libras, y ¡ojalá dando un buen recibo pudiese obtener por ella un panecillo de á sueldo y un vaso de víno! En cuanto á nuestro ministro, el buen hombre estaba

tendido exhausto de debilidad en su pequeño camarote sin poder siquiera levantar la cabeza para rogar á Dios durante nuestras miserias; pero lo invocaba sin embargo á cada instante acostado como estaba boca abajo.

«Esta debilidad de cuerpo y de espíritu nos ponia de un humor tan negro y feroz que apénas podíamos hablarnos los unos á los otros sin enfadarnos, y hasta (Dios nos lo perdone) sin mirarnos de reojo y de manera que se descubria en nuestra vista cierta mala voluntad de comernos mútuamente.

«El 15 y el 16 de mayo murieron otros dos marineros sin mas enfermedad que la extenuacion producida por el hambre. La muerte de uno de ellos llamado Roulleville fue muy sentida. Este jóven nos animaba siempre con su carácter alegre, y en los mayores peligros del mar y en medio de los mayores sufrimientos decia siempre: Amigos mios, esto no es nada.

«A pesar de tan extrema necesidad, yo habia guardado un papagayo, grande casi como una oca y de un plumaje magnífico, que pronunciaba con tanta claridad como un hombre las palabras así francesas como de la lengua de los salvajes, que le enseñara el intérprete de quien yo lo habia obtenido. Deseoso de regalarlo al almirante, lo habia tenido oculto cinco ó seis dias sin alimento alguno que darle; pero, como los demas, debió al fin sucumbir á la implacable necesidad. Sólo las plumas se perdieron, lo restante sirvió para sostenernos por espacio de cuatro dias mis amigos y yo. ¡Cuánto sentí la muerte de mi pobre pájaro cuando al quinto dia descubrímos tierra! Como las aves de esta especie pueden pasarse sin beber, tres nueces me hubieran bastado para alimentarlo en este intervalo.

«Por último, Dios concedió la merced á tantos infelices tendidos casi sin movimiento sobre cubierta de que llegaran el 24 de mayo de 1558 á la vista de las costas de Bretaña. El piloto nos habia engañado tantas veces, que apénas dímos crédito á los primeros gritos que nos anunciaron la feliz nueva, aunque pronto no podímos dudar de que teníamos á nuestra patria ante los ojos. Despues de haber dado gracias al cielo, el capitan nos confesó públicamente que si nuestra situacion hubiese durado siquiera un dia más, estaba resuelto, no á sortearnos, sino á matar, sin advertir á nadie, á uno de nosotros para que sirviera de alimento á los demas.

«Estábamos á poca distancia de la Rochela á donde nuestros marineros habian siempre deseado llegar para vender el campeche; el capitan mandó anclar á dos ó tres leguas de tierra, y tomando una chalupa se dirigió con Dupont y algunos otros á Audierne, de donde nos encontrábamos bastante cerca, para comprar víveres. Dos de nuestros compañeros que se fuéron con él, apénas habian tocado á la orilla, cuando trastornados por el recuerdo de las pasadas penalidades y por el temor de volver á ellas, echaron á correr sin ni siquiera esperar sus equipajes, y jurando que en su vida volverian á poner los piés en el buque. Los demas regresaron inmediatamente con toda clase de provisiones, aconsejando á los más hambrientos que usaran de ellas con moderacion.

«Nadie pensaba mas que en trasladarse á la Rochela, cuando un buque frances que pasó al alcance de la voz advirtió que aquella costa estaba infestada de piratas. En consecuencia, y en vista de la imposibilidad en que nos encontrámos de defendernos, determinaron todos seguir el buque que nos habia

dado el aviso, y sin perderlo de vista fuímos á anclar en el hermoso puerto de Blavet.

«Las personas caritativas que nos recogieron, aconsejándonos que nos guardásemos de comer demasiado al principio, nos fuéron dando poco á poco caldos de gallina vieja. Los que siguieron este consejo se encontraron bien; pero los marineros que quisieron hartarse desde el primer dia, creo que de veinte que escaparon del hambre más de la mitad reventaron y murieron súbitamente.

«De los quince que nos habíamos embarcado como simples pasajeros, ninguno murió ni en tierra ni en el mar, si bien es verdad que no salvámos mas que los huesos y la piel, de manera que se nos hubiera podido tomar fácilmente por cadáveres desenterrados. Tan luego como empezámos á respirar el aire de tierra, sentímos tal repugnancia á toda clase de alimento, que cuando estuve en mi cuarto y hube olido no más el víno que me presentaron, caí de espaldas en un estado tan angustioso que temí exhalar el último aliento.

«Despues de cuatro dias de descanso en Blavet nos trasladámos á Hennebon, pequeña ciudad que está á dos leguas y en donde los médicos nos aconsejaron ponernos en cura; pero á pesar del buen régimen que observámos todos no pudo impedirse que la mayor parte se hincharan desde la planta del pié hasta la coronilla. Solos cuatro, entre ellos yo, no se hincharon sino de la cintura abajo.»

Lery y sus compañeros salieron de Hennebon para Nántes sin fuerzas todavía para guiar sus caballos ni soportar el menor trote, viéndose obligados á tomar un mozo que á pié se los condujese por la brida. Nuestros sentidos, dice Lery, estaban completamente trastornados, de suerte que en Nántes estuvieron aun por espacio de ocho dias con el oído tan duro y la vista tan turbada, que temieron quedar sordos y ciegos. Al mes, sin embargo, no les quedó ya la menor debilidad en los ojos.

INCENDIO

DEL KENT EN ALTA MAR.

El drama cuya relacion emprendemos es indudablemente uno de los más interesantes y patéticos á que ha servido de escenario el mar.

Si la espantosa catástrofe del *Amphitrite* enseña cuán funestos resultados puede ocasionar la imprudencia de un capitan; si la del *Earl Moira* prueba cuán fatal es en circunstancias dadas la falta de serenidad y cuidado en el comandante de un buque; si la historia de Juan de Lery en el *Jacques* demuestra cuántos su-

frimientos y desgracias produce en situaciones azarosas la ausencia de una autoridad, de un órden severo y de una sabia prevision á bordo de una nave; el terrible desastre del *Kent* patentiza á cuánto alcanza una voluntad decidida en lances apurados, cuántas desgracias evita en momentos críticos la disciplina de los subordinados y la fuerza de voluntad y calma de espíritu del jefe, en medio del general trastorno y comun aturdimiento.

El *Kent,* propiedad de la compañía inglesa de las Indias, mandado por el capitan Enrique Cobb, se dió á la vela en las Dunas el 19 de febrero de 1825. Era el *Kent* un hermoso buque, recien construido, de 1350 toneladas, destinado á Bengala y á la China, con veinte oficiales, trescientos cuarenta soldados, cuarenta y tres mujeres y setenta niños, veinte pasajeros y una tripulacion de ciento cuarenta y ocho hombres inclusos los oficiales.

«Rodeados de cuanto podia prometerles un feliz viaje, dice el mayor Mac-Gregor, y de todos los cuidados apetecibles é idóneos á su salud y bienestar, mis buenos compañeros estaban alegres y tranquilos, lleno el corazon de gratitud hácia esa patria á quien servian con celo y cuyos intereses iban á defender.

«Impelida por viento fresco de Noroeste bajaba la nave majestuosamente por la Mancha; y más de un punto de la costa, grato á nuestros recuerdos, desaparecia rápidamente, hasta el anochecer del 23 que perdiendo de vista las costas de Inglaterra entrámos en el Atlántico.

«Con algunos intervalos de mal tiempo navegámos hasta el lúnes 28, en que á la noche nos detuvo súbitamente un vendaval de Suroeste, cuya violencia aumentó durante la madrugada.

«Los que nunca han surcado el mar en un buque y visto las maravillas del Eterno en las profundidades, aun aquellos que habiendo navegado no se han encontrado nunca expuestos, con un viento de Oeste, á las gigantescas oleadas del golfo de Vizcaya, tacharian indudablemente de exagerada la más sencilla y fiel descripcion de las montañas de agua que se levantan rodando unas sobre otras; pero creo imposible que un novel marino, por mucha que sea su bravura é impavidez, contemple los redoblados esfuerzos de la tempestad y sienta bajo sus plantas el frágil leño que lo separa del abismo, sin elevar involuntariamente sus pensamientos al cielo, confesando su debilidad con un respeto desconocido hasta entónces hácia el Ser misterioso cuyo poder olvidamos en las circunstancias ordinarias de la vida, y cuya bondad infinita pagamos harto á menudo con la mayor ingratitud.»

La actividad de los oficiales y tripulacion del *Kent* parecia acrecentarse en el peligro. En un momento quedaron cargadas ó puestas bajo los rizos todas las velas; y el 1.° de marzo, despues de haber arriado las vergas de juanetes, estaba á la capa con sólo el mastelero mayor, tres rizos tomados, cerradas las arandelas de popa y todos los soldados de guardia amarrados á una cuerda de seguridad tendida sobre cubierta.

Aumentaban el balanceo del buque centenares de toneles llenos de balas y bombas que constituian gran parte del cargamento, llegando á tal violencia sobre el medio dia, que á cada sacudida las cadenas de los obenques se sumergian algunos piés en el mar. Los muebles más sólidamente calzados caian con estrépito, y nadie podia estar seguro en sus camarotes ni en la cámara.

En este momento de trastorno y espanto fue poco más ó ménos cuando uno de los oficiales, con la intencion laudable de asegurarse de que todo estaba en buen órden en la bodega, bajó á ella con dos marineros provistos de una lámpara de seguridad. Ardiendo mal, tuvo la precaucion de no atizarla por temor al fuego, y mandó que fuésen á arreglar la mecha en la plataforma de los cables. Notando luego que una de las pipas de aguardiente estaba fuera de su lugar, dió órden á los marineros de que buscasen cuñas para calzarla; pero durante la ausencia de estos dió el buque una sacudida tan fuerte que la lámpara se escapó de manos del oficial, quien al apresurarse por recogerla soltó la cuba que sostenia, la cual estalló al caer, derramándose el aguardiente y poniéndose en contacto con la mecha se inflamó todo en un instante.

«Ignoro, dice el mayor, qué medidas se tomaron en el primer momento; pues estaba ocupado en asegurar los muebles y observar los barómetros de marina suspendidos en la cámara del consejo. Cuando el oficial de guardia, monsieur Spence, me participó la horrible noticia, acudí á la escotilla por donde empezaba á escapar el humo y encontré al capitan Cobb y á los demas oficiales que estaban dando órdenes que la tripulacion y la tropa ejecutaban con presteza é inteligencia, esforzándose en apagar el fuego por medio de las bombas, vias de agua, velas mojadas, hamacas, etc.

«Deseando causar la menor alarma posible á las mujeres, llamé despacio á la puerta del teniente coronel Fearon, comandante del 31.°, y le dije que deseaba hablarle; pero sea que mi fisonomía descubriese mis sentimientos, sea que el ruido y la confusion que iban entónces en aumento hicieran temer á aquellas señoras que la tempestad arreciaba, me costó mucho trabajo calmarlas asegurándoles que la borrasca no ofrecia ningun peligro.

«Miéntras el fuego se mantuvo encerrado en la bodega, donde estaba rodeado por todas partes de toneles de agua, pudímos esperar dominarlo; pero cuando á la ligera llama azul del aguardiente sucedieron enormes torbellinos de humo negro y espeso que pasando rápidamente por cuatro escotillas, propagábase á torrentes de un extremo á otro del buque, perdímos toda confianza. La llama ha alcanzado á las jarcias, exclamaron varias voces; y en efecto al poco tiempo sintieron un fuerte olor de brea que se esparció por el puente confirmando la triste verdad de aquellos clamores.

«En ese terrible momento el capitan Cobb, cuya habilidad y energía parecian crecerse en el peligro, apeló al único recurso de salvacion que le quedaba, mandando practicar distintas vias de agua en el primero y segundo puentes, desembarazar las escotillas, y abrir las portas de la batería baja, á fin de que entrase el agua por todas partes.

«Siguiéronse en el acto estas instrucciones; pero ya algunos soldados, una mujer y varios niños habian perecido tras inútiles esfuerzos por salir á cubierta. Al bajar á la batería inferior con el coronel Fearon, el capitan Braye y uno ó dos oficiales más del 31.° para ayudar á abrir las troneras, encontrámos á un contramaestre desfallecido y casi moribundo, el cual habia tropezado con los cadáveres de varias personas ahogadas por el humo, tan intenso y acre, que sólo con mucho trabajo nos fue dable permanecer en el entrepuente el tiempo necesario para dar cumplimiento á las órdenes del capitan Cobb.

«Apénas volvímos á cubierta cuando el mar penetró con terrible furia por las vias practicadas, rompiendo los tabiques y dispersando como tapones de corcho las cajas más pesadas. En cualquier otra circunstancia, semejante espectáculo nos hubiera horrorizado; pero amenazados entónces por una explosion inevitable, nos lisonjeábamos de salvarnos por aquel medio violento, y con agua hasta las rodillas procurábamos reanimar mútuamente nuestro valor y esperanza.

«La inmensa cantidad de agua que entró en la bodega detuvo en efecto por algun tiempo el furor de las llamas; pero á medida que disminuia el peligro de volar por los aires, aumentaba el de sumergirnos en los abismos. La muerte nos estrechaba bajo sus dos formas más horribles, sin dejarnos más alternativa que la de escoger entre ambas. Prefiriendo la más remota de las dos catástrofes igualmente inevitables, nos esforzámos en cerrar otra vez las portas, tapar las escotillas y excluir completamente el aire exterior para prolongar al ménos nuestra existencia, si era posible.

«Entónces empezó una escena horrorosa, imposible de describir. La cubierta estaba atestada por seis ó setecientas personas cuya mayor parte, habiéndola retenido el mareo en sus lechos, se habian visto obligadas á huir casi desnudas y corrian de una parte á otra en busca de un padre, un marido ó un hijo. Los unos esperaban la muerte con resignacion silenciosa ó con insensibilidad estúpida, los otros se entregaban á una desesperacion frenética; muchos con lamentos y lágrimas imploraban arrodillados la misericordia del Todopoderoso, cuyo brazo, decian ellos, se habia levantado para castigarlos, ó repetian atropelladamente la señal de la cruz y otros actos exteriores de devocion, miéntras algunos veteranos y marinos de corazon firme y entero se dirigian con ademan sombrío y resuelto á colocarse directamente bajo el pañon de la pólvora, á fin de que la explosion que se esperaba de un momento á otro los arrebatase poniendo más pronto término á su agonía.

«Varias mujeres de soldados, que con sus hijos habian ido á refugiarse en los camarotes de cubierta, oraban y leian la Escritura Sagrada con las señoras de los oficiales y pasajeros; y algunas, dotadas de una serenidad sublime, ofrecian á las demas los consuelos espirituales que les inspiraba una confianza firme é ilustrada en su Redentor. Dos jóvenes hermanas, particularmente, excitaron la admiracion de todos. Cuando fué á participárseles que se habia perdido toda esperanza y que se adelantaba la muerte rápida é inevitable, una de ellas se puso de rodillas, juntó las manos, y con una serenidad radiante: ¡Oh Redentor mio! exclamó, ven, ya te espero. Ofrecióse luego á las mujeres que la rodeaban para leerles algunos pasajes de la Sagrada Escritura; y su hermana, con un recogimiento y presencia de ánimo admirables, eligió el salmo XLVI (1) y

(1) Probablemente el XLV de la *Vulgata* que dice: «El Dios nuestro es refugio y fuerza: ayudador en las tribulaciones, que han dado con nosótros sobremanera; por eso no temerémos miéntras que sea conmovida la tierra y trasladados los montes al medio del mar. Sonaron, y turbáronse las aguas: se estremecieron los montes á la fortaleza de él... El Señor de los poderíos con nosotros: nuestro amparador el Dios de Jacob.» O segun la version de san Gregorio: «Dios es nuestra esperanza y nuestra fortaleza: poderoso auxilio en nuestras tribulaciones; por eso no temerémos aun cuando la tierra se trastorne y sean arrojadas las montañas al corazon del mar;

otros pasajes aplicables á su situacion, leyéndolos entre plegaria y plegaria.

«Un jóven, cuya piedad y precoz talento nunca podré ponderar lo bastante, dice el mayor Mac-Gregor, me preguntó lo que pensaba de nuestra situacion: Preparémonos, le respondí, á descansar desde esta misma noche en el seno de la eternidad. Mi alma está llena de la paz de Dios, replicó estrechándome la mano con una expresion de ferviente piedad que no olvidaré nunca, y sin embargo temo este último combate, aun sabiendo que este temor es absurdo. Pero lo que más me afectó fue el espectáculo de algunas pobres criaturas que, completamente ignorantes del peligro que las amenazaba, continuaban jugando en sus camas como de costumbre, y dirigian á los que las rodeaban preguntas las más inocentes y fuera de propósito. A algunas otras que sentian al parecer toda la extension del peligro: Hé aquí, les dije, la ocasion de poner en práctica las lecciones que habeis recibido en la escuela del regimiento, y de pensar en el Redentor de quien tan á menudo os han hablado. ¡Ah señor! me respondieron, enjugándose gruesas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, ya procuramos acordarnos de estas lecciones y rogamos á Dios.

«La condicion pasiva á que nos encontrábamos reducidos por la inutilidad de nuestros esfuerzos, nos la imponia sin duda la Providencia para demostrarnos luego que nuestra salvacion se habia verificado no por nuestra propia fuerza y por nuestro poder, sino por el Espíritu del Señor. Ojalá que las reflexiones profundas y solemnes á que todos nos entregábamos no hayan quedado sin fruto para los que se salvaron como para los que perecieron!

«Miéntras estábamos sumidos en un estado de inercia física y de dolorosa agitacion moral, las olas se precipitaban con furor contra los flancos de nuestro pobre buque, como si el Océano estuviera celoso de que un elemento rival le disputase la presa. De pronto una de esas numerosas oleadas que rompian y arrojaban de un lado para otro todo lo que la nave contenia, arrancó la bitácora de sus amarras é hizo pedazos el aparato de la brújula.

«Un jóven en el cual se fundaban las más bellas esperanzas, sacando de su escritorio con ademan pensativo, un rizo de cabellos, lo colocó sobre su corazon; otro escribió á su padre algunas líneas encerrándolas luego en una botella, esperando que llegarian quizás á su destino. Su objeto era, segun decia, ahorrar á su padre largos años de ansiedad y de tormentos inútiles, y aprovechar un momento en que su sinceridad no podia ponerse en duda, para atestiguar humildemente la bondad de Dios en quien habia puesto su confianza, y que entónces hacia reinar la paz en su corazon ante el tremendo espectáculo de una muerte inevitable.

«En el momento mismo en que el oficial iba á tirar la botella al mar, le acudió la idea á M. Thompson, uno de los segundos del *Kent*, de hacer subir á un marinero al palo de mesana, con la débil esperanza de descubrir alguna nave. Cuando el marinero estuvo en su puesto, recorrió con la vista el horizonte. Fue aquel un momento de angustia inexplicable. De repente, agitando el sombrero exclamó: Una vela á sotavento. Nueva feliz que fue recibida con grandísimo al-

y zumben y se turben las aguas y se estremezcan los montes bajo su fuerza... El Señor de los ejércitos está con nosotros: nuestra fuerza es el Dios de Jacob.»

borozo y á la cual contestaron tres hurras generales. En un momento se izaron las banderas de auxilio, se disparó un cañonazo cada minuto y procurámos por todos los esfuerzos posibles acercarnos al buque que estaba á la vista, con el palo de mesana y los tres masteleros. Aquel buque, segun supímos luego, era el *Cambria,* pequeño brik de 200 toneladas, con destino á Veracruz, al mando del capitan Cook, que llevaba á bordo treinta mineros de Cornualles y otros empleados de la compañía anglo-mejicana.

«Durante diez ó quince minutos estuvímos en la incertidumbre de si el brik notaba nuestras señales, ó de si notándolas podia ó queria socorrernos. ¡Duda horible! ¡momento que nos pareció un siglo! ¡La violencia del viento ahogaba el estampido de nuestros cañones; mas los torbellinos de humo que salian del *Kent* indicaban bastante la índole del peligro que nos amenazaba! La duda se desvaneció luego, viendo al brik izar el pabellon ingles y desplegar todas las velas para acudir en nuestro auxilio.

«Aunque hubiera sido á la vez imposible y cruel reprimir las esperanzas que hizo nacer el imprevisto encuentro del *Cambria*, confieso que reflexionando en los rápidos progresos del incendio, en la violencia del mar, en la extremada pequeñez del brik y en la multitud de personas que estaban á bordo, me lisonjeaba apénas de que pudiesen salvarse un reducido número, y no vislumbraba para mí la menor probabilidad de conservar la vida.»

Miéntras celebraban consejo el capitan Cobb, el coronel Fearon y el mayor Mac-Gregor acerca de las medidas que debian adoptarse para lanzar las embarcaciones al mar, uno de los tenientes del 31° fué á preguntar al mayor porqué órden debian los oficiales salir del buque: Por el que se observa en los funerales; esto no hay que decirlo, respondió el mayor; palabras que en el acto confirmó el coronel Fearon añadiendo con voz firme: Sin duda, los cadetes primero; y haced pasar al filo de la espada al primer hombre que haga ademan de entrar en las chalupas ántes de que se hayan salvado las mujeres y los niños.

Para impedir el acumulamiento que era de temer, algunos oficiales se pusieron de centinela espada en mano cerca de cada embarcacion; pero la firmeza de los jefes y la gran subordinacion de que dieron prueba los soldados, con pocas excepciones, hicieron inútil esta precaucion.

El capitan Cobb tomó las más acertadas disposiciones para colocar en el bote mayor todas las mujeres de los oficiales y pasajeros y tantas mujeres de soldados como pudiese contener. Envolviéronse ellas apresuradamente con los primeros vestidos que les vinieron á mano, y sobre las dos y dos y media empezó á desfilar una lúgubre procesion desde las cámaras de popa hácia la porta bajo la cual se habia suspendido el bote.

No se oyó un grito, apénas se pronunciaba una palabra; los niños, hasta los más pequeños, cesaban de llorar como si comprendieran la angustia que destrozaba el corazon de sus padres en aquella despedida solemne; y el silencio no fue interrumpido mas que dos ó tres veces por mujeres que pedian por favor que se les permitiera quedarse al lado de sus maridos; pero cuando se les aseguró que cada instante de retardo podia costar la vida á un hombre, se arrancaron á los más tiernos abrazos, y con la fortaleza de alma que en las grandes pruebas es el privilegio de su sexo, entraron sin murmurar en el bote, que se bajó luego al mar.

«Las olas estaban furiosas, prosigue el mayor Mac-Gregor, y casi no nos atrevíamos á esperar que aquella fragil embarcacion pudiese resistirlas un momento siquiera. Por dos veces distintas se oyó á los marineros apostados en los guarda cadenas exclamar que el bote hacia agua; pero Aquel que sostuvo á san Pedro en la superficie de las aguas y que se dignaba entónces escuchar nuestras oraciones fervientes aunque silenciosas habia resuelto salvarlo.»

No queriendo descuidar la menor precaucion, el capitan Cobb habia apostado á un hombre con un hacha en la mano para cortar al instante los aparajos que lo tenian suspendido por las dos extremidades, si se ofrecia el menor obstáculo para descolgarlo; pero la dificultad de semejante operacion, que sólo pueden apreciar bien los del oficio, estuvo á punto de ser fatal á todos los del bote.

Despues de haber probado sin éxito una ó dos veces á depositar lentamente esta embarcacion en el agua, dióse la voz de soltar los ganchos, quedando deshecho al instante el aparejo de popa; pero las cuerdas de proa se enredaron y el que estaba colocado en ella no pudo ejecutar la órden. En vano se recurrió al hacha; el bote, siguiendo necesariamente los movimientos del buque, salia poco á poco del mar, y un instante despues se hubiera encontrado verticalmente suspendido por un extremo y todos los infelices pasajeros que contenia hubieran sido arrojados al abismo, si por dichosa casualidad una oleada que levantó la proa no hubiese facilitado á los marineros desenredar las cuerdas, hecho lo cual fuése á largas el bote al instante, viéndosele por algunos momentos luchar con las olas, unas veces elevándose como un punto negro sobre su cúspide, otras hundiéndose en los espantosos precipicios que las ondas abrian.

Temiendo ser víctima de la explosion ó quedar expuesto al fuego de los cañones del *Kent* que estaban cargados con bala y se disparaban á medida que los alcanzaba la llama, habia tenido el *Cambria* la precaucion de colocarse al paso á cierta distancia del buque incendiado, de manera que el bote debia correr un trecho bastante largo; y como del éxito de esta primera tentativa dependian las esperanzas de los demas, harto se comprende la ansiosa mirada con que seguirian aquella preciosa embarcacion, preciosa sobre todo para los padres y para los esposos que temblaban temiendo ver sumergirse lo que más amaban en el mundo.

Para mejor conservar el esquife en equilibrio en medio de los furiosos embates que lo sacudian y permitir á los marineros esforzar los remos, mujeres y niños habian sido amontonados en desórden debajo de los bancos, precaucion necesaria, pero que los puso en riesgo de ahogarse con la espuma que á cada oleada inundaba el bote; de manera que ántes de llegar al brik á los veinte y cinco minutos las pobres mujeres estaban sentadas con agua hasta el pecho, costándoles no poco preservar á sus hijos. Atracaron al fin, y la primera criatura humana que encontró asilo á bordo del *Cambria* fue el hijo del mayor Mac-Gregor, niño de algunas semanas que M. Thompson, cuarto teniente del *Kent* á quien habia sido confiado el bote, cogió de los brazos de su madre levantándolo hasta el brik.

Al tener la seguridad de que sus mujeres é hijos habian escapado del peligro más apremiante, los oficiales y los soldados casados experimentaron, segun afirma Mac-Gregor, una emocion tan viva, un sentimiento tan profundo de alegría y de gratitud al Ser Supremo, que perdieron completamente de vista su pro-

pia situacion, hasta mostrarse por algun tiempo insensibles á los furores de la tempestad y al fuego devorador que por momentos amenazaba producir una explosion bajo sus piés.

Al regresar de su primer viaje, los botes trataron en vano de atracarse al *Kent;* siendo por lo tanto necesario bajar á las mujeres y á los niños desde lo alto de la popa, por medio de una soga, á la que se ataban á la vez dos ó tres; pero como la arfada del buque era muy violenta y sobrada la dificultad de escoger el momento preciso en que el bote se encontraba bajo del cable, muchas de aquellas pobres mujeres se sumergieron varias veces. Ninguna pereció sin embargo, y fue esto un motivo de satisfaccion; pero no sucedió lo mismo con las criaturas, de las cuales no pocas sucumbieron sin poder evitarlo por cruel que fuera su pérdida. Los medios violentos que era preciso emplear y que reducian á las madres á un estado de abatimiento y de insensibilidad próximo á la muerte apagaban la última centella de vida en aquellos delicados y tiernos seres atados á la misma cuerda.

Numerosos fueron los deplorables incidentes á que dió lugar este trasbordo. Dos ó tres soldados, para consolar á sus mujeres, saltaron al mar con sus hijos y sucumbieron esforzándose por salvarlos. Una jóven hubo que no fue recogida en el bote hasta despues de haberla sumergido cinco ó seis veces en el agua. Un hombre, reducido á la horrible alternativa de perder á su mujer ó á sus hijos, se decidió inmediatamente por sus deberes para con su esposa: se salvó ella y perecieron sus cuatro hijos. Un soldado, arrogante mozo, que no tenia ni mujer ni hijos, pero que profesaba particular cariño á los hijos de sus compañeros, se hizo atar tres al rededor de su cuerpo y se arrojó así al mar: fracasó en sus esfuerzos para alcanzar el bote, volvieron á subirlo otra vez á bordo; pero ya dos de los pobres niños habian cesado de existir. Uno que resbaló entre el bote y el brik se aplastó horriblemente la cabeza; y algunos otros, en fin, perecieron al probar de encaramarse por la regala.

Las precauciones que exigia el trasbordo de las mujeres y los niños consumian un tiempo precioso, parte del cual hubiera podido emplearse en salvar el resto de la tripulacion; y en vista de ello se dió la órden de admitir en los botes á algunos soldados con las mujeres; pero este permiso fue fatal á muchos que ávidos de aprovecharlo se arrojaron al mar y se ahogaron.

Un pobre soldado, entre otros, habia alcanzado ya el bote y levantaba la mano para asirse de él, cuando por una arfada súbita dió de cabeza contra la serviola y desapareció en el acto. En la historia de este infeliz hay una particularidad que merece citarse. Su mujer, á quien amaba con extremada ternura, no pudo obtener el permiso de seguir al regimiento; pero resuelta ella á eludir la prohibicion llegó á Gravesen con el destacamento de su marido y allí burlando la vigilancia de los centinelas se trasladó á bordo, en donde permaneció oculta varios dias. En Deal fue descubierta y remitida á tierra, pero por segunda vez, con una perseverancia de que sólo son capaces las mujeres, consiguió deslizarse en la bodega en la que se mantuvo acurrucada hasta el dia del desastre.

En esto, un marinero que con algunos otros se habia colocado sobre la santabárbara y esperaba la explosion con heróica sangre fria, exclamó de repente: ¡Bá! ya que no quiere volar, voy á ver si puedo yo solo salir del paso; y en el

mismo instante se arrojó al mar, y nadando alcanzó uno de los botes, en el que fue recogido sin accidente alguno.

El dia estaba al caer y las llamas iban siempre en aumento. El coronel Fearon y el capitan Cobb se mostraban cada vez más apresurados por salvar á la gente que se les habia confiado. Suspendióse en el extremo del botabara de mesana una soga, por la cual debian los hombres deslizarse en los botes. En esta maniobra se corria el riesgo de balancearse en el aire largo rato, luego de sumergirse en el agua varias veces y por último de quedar aplastado contra los bordes de los botes, pues la violencia de las olas y el balanceo del buque imposibilitaban á las embarcaciones de permanecer quietas precisamente debajo de la popa del buque. Así fue que muchos que no eran marineros preferian, saltando al mar por las ventanas de popa, ver de alcanzar los botes á nado. Construyéronse dos jangadas con maderos, jaulas de gallinas y cuantos materiales pudieron emplearse, para servir de último refugio en el caso de que las llamas obligasen á abandonar completamente el buque; y al mismo tiempo se mandó que cada cual se atase una cuerda al rededor del cuerpo para que pudiese amarrarse á las almadías si era preciso recurrir á ellas.

«En medio de todos estos preparativos, dice el mayor Mac-Gregor, no pude ménos de reirme de la delicadeza tan cándida como burlesca de un quinto irlandes que buscando un pedazo de cuerda en uno de los camarotes, no encontraba más que una destinada á sostener la hamaca de un oficial, y no se atrevia á tomarla sin su permiso.»

Los oficiales empezaron entónces á salir del buque. «Ninguno, dice Mac-Gregor, hizo alarde de esa falsa valentía que en semejantes circunstancias es más indicio de secreta timidez que verdadera fortaleza de ánimo; pero ninguno reveló, con su impaciencia por alcanzar los botes, sentimientos indignos de un soldado; todos al contrario se portaron como hombres que, sin contemplar la muerte con indiferencia profana, conservan todas sus facultades ante el peligro.

«El ejemplo más hermoso de calma y valor fue el que dió su coronel, cuya habilidad y firmeza inquebrantable no se desmintieron ni un solo momento, á pesar del doble peso de la responsabilidad de un jefe militar y de las angustias de un padre y de un esposo. Nunca el coronel Fearon pareció olvidar la autoridad de que estaba investido, y sus oficiales no perdieron nunca de vista las relaciones en que estaban colocados los unos respecto de los otros.

«Los cadetes de la compañía de las Indias y los demas pasajeros rivalizaron en celo con los oficiales de mar y de tierra, y partieron con ellos los peligros y las fatigas de la jornada.

«En medio de sus sufrimientos, los pobres soldados dieron una prueba de subordinacion y buenos sentimientos, que no debe pasarse en silencio. Al caer de la tarde, extenuados de angustia, fatiga é inanicion, empezaron á experimentar el tormento de una sed intolerable. Uno de ellos descubrió por casualidad una caja de naranjas, y todos sus compañeros, con una mezcla de respeto y de afeccion que no era de esperar en semejantes circunstancias, se negaron á aprovecharse de aquel refresco sin ántes ofrecerlo á sus oficiales.

«Imposible me sería reproducir los varios pensamientos que me absorbieron en el trascurso de aquel dia, ni las observaciones que pude hacer respecto de

lo que pasaba en el ánimo de mis compañeros de infortunio; pero creo deber consignar un hecho del cual conservo un recuerdo muy claro.

«Yo habia creido encontrar entre el gran número de personas que estaban á bordo distintos matices de fortaleza de ánimo, formando, digámoslo así, una escala descendente desde el heroísmo hasta el último grado de pusilanimidad y azoramiento: mas fue al contrario, la condicion moral de mis compañeros de fatiga estaba dividida en dos colores perfectamente separados por una sola línea que, segun ví luego, no era imposible traspasar. Por una parte, aquellos cuyo ánimo habia crecido por la fuerza de la situacion, y por otra el grupo incomparablemente ménos numeroso de aquellos á quienes el peligro habia anonadado paralizándoles toda facultad de obrar y pensar, ó sumiéndolos en el delirio y en una extenuacion moral.

«No sin mucho interes observé el curioso cambio de fuerzas y de debilidad que en el trascurso del dia se operó, en apariencia al ménos, entre estas dos clases opuestas. Algunos, á quienes su agitacion y su miedo habian sido aquella misma mañana objeto de compasion y desprecio se elevaron luego por algun supremo esfuerzo interior hasta la más heróica impavidez; otros cuya firmeza y calma se habia al principio admirado, sucumbiendo de pronto sin nuevo motivo de desesperacion, parecia como que abandonaban cobardemente su espíritu y su cuerpo al aproximarse el peligro.

«Quizás no fuera difícil explicar estas anomalías aparentes; pero yo me limito á exponer mis observaciones, añadiendo á ellas una circunstancia que produjo en mí una impresion muy fuerte.

«Por casualidad hicieron notar algunos soldados que el sol declinaba; volví los ojos hácia el Occidente y nunca olvidaré la sensacion profunda que me produjo la vista de ese astro en su ocaso. Estaba yo convencido de que el Océano sería mi tumba aquella noche misma, y mi espíritu habia llegado, lo creo así, á representarse vivamente los últimos sufrimientos de la vida y las consecuencias de la muerte. Miéntras continuaba siguiendo con la mirada los últimos rayos que se eclipsaban tras del horizonte, apoderóse poco á poco de mí la idea de que realmente veia entónces al sol por última vez. No era el recuerdo de una vida sobrado inútil, ni el temor directo de la muerte, ni del juicio de Dios lo que me preocupaba en aquel momento; era una vista inmensa, una vista sin límites de la misma eternidad prescindiendo de toda idea de miseria ó de felicidad; era una eternidad sin penas, sin placeres, sin sueño. No sé á lo que me hubiera llevado esa idea abrumadora, si de repente no me hubiese aferrado, como en las convulsiones de la muerte, á alguna de aquellas dulces promesas del Evangelio, las únicas que pueden dar encantos y delicias á una existencia inmortal. El mismo espectáculo del astro que veia desaparecer repuso mi espíritu en la contemplacion de los beneficios de Dios y le devolvió el recuerdo de sus adorables promesas; recordé aquella bienaventurada cita que no necesita ni sol ni luna para alumbrar; pues la gloria de Dios le alumbra y el cordero es su antorcha.

«Algun tiempo hacia ya que nos rodeaban las sombras de la noche, cuando bajé á la cámara principal en busca de una manta, para resguardarme del frio que se iba haciéndose muy intenso. Aquella sala que, pocas horas ántes habia sido teatro de una conversacion amistosa y de una dulce alegría, estaba casi de-

sierta: no se veian en ella más que algunos miserables, los unos tendidos en el suelo en un estado de embriaguez brutal, los otros en busca de pillaje, rondando como bestias de presa al rededor de un cadáver. Los sofás, las cómodas, los muebles más elegantes estaban destrozados y sus mil pedazos esparcidos aquí y allá, y un cerdo que habia podido escapar de su pocilga en el castillo de proa, estaba sólo en pacífica posesion de una magnífica alfombra turca que adornaba uno de los camarotes. Deseoso de abandonar aquel espectáculo repugnante, volví á la toldilla en donde encontré, con el corto número de los oficiales que quedaban á bordo, al capitan Cobb, al coronel Fearon, á los tenientes Ruxton, Booth y Evans que dirigian con celo infatigable el trasbordo de nuestros desgraciados compañeros, cuyo número empezaba á disminuir rápidamente.

«Como las chalupas empleaban cerca de tres cuartos de hora en ir y volver y en este intervalo los que quedaban á bordo se veian necesariamente reducidos á la inaccion, tuve frecuentes ocasiones de conocer los sentimientos de muchos de los pobres soldados que me rodeaban. Veia á uno que despues de haber permanecido algunos instantes entregado á sombrías reflexiones, parecia dispertar repentinamente de un sueño terrible á una realidad aun más espantosa, deshaciéndose en lamentaciones continuas para caer luego otra vez en el silencio de la desesperacion. En aquellos momentos de inaccion y de prueba era cuando los consuelos religiosos parecian más necesarios y más deseados; y algunos de nosotros se esforzaban en prodigarlos á sus compañeros de infortunio. En una de estas ocasiones suplicaron varios á un oficial, citado ya anteriormente, que pronunciase una oracion; oracion que fue corta pero frecuentemente interrumpida por las exclamaciones de sus oyentes.

«Si al leer este imperfecto relato, á alguno que no sea de mis compañeros de infortunio, pues en cuanto á estos puedo afirmar sin temor que ninguno habrá que piense en ridiculizar tales reflexiones; si á alguno, digo, le dan tentaciones de denigrar, como indignos de un soldado, los humildes ejercicios devotos á que nos entregábamos entónces, le contestaré que, si bien es cierto que no nos proponíamos otro objeto que los intereses eternos de nuestra alma, aquellos actos de devocion contribuyeron poderosamente á restablecer el órden y la calma entre algunos soldados en quienes y en situacion tan desastrosa la disciplina habia dejado de ejercer su acostumbrado imperio.

«En general, los hombres dotados de una verdadera fuerza de alma no mostraron ni impaciencia por abandonar el buque ni deseos de quedarse atras. Los veteranos tenian al parecer demasiado respeto á sus oficiales y sobrado cuidado de su reputacion para apresurarse á partir los primeros; pero al mismo tiempo eran demasiado prudentes y resueltos para titubear un solo momento en partir cuando era llegada la hora.»

En los últimos momentos de esta trágica escena, algunos desdichados que aun quedaban á bordo, léjos de mostrar impaciencia por salir del buque, manifestaban al contrario una repugnancia invencible á adoptar el medio peligroso, pero único, que se les ofrecia para salvarse. El capitan Cobb se vió en la precision de renovar, con ruegos y con amenazas, la órden de no perder un solo instante; y uno de los oficiales del 31°, que habia expresado la intencion de quedarse hasta el fin, se vió tambien obligado á declarar que en cuanto espi-

rase un plazo dado, que fijó en alta voz, saldria del buque, abandonando á su desgraciada suerte á aquellos cuya irresolucion comprometia no sólo su vida propia sino la ajena.

Eran cerca de las diez de la noche, y algunos individuos continuaban perdiendo en vacilaciones los más preciosos momentos, miéntras que otros formulaban la demanda inadmisible de que se los bajase á los botes como se habia hecho con las mujeres. Los marineros que estaban á bordo de las chalupas advirtieron que el buque, que ya se habia hundido de nueve á diez piés sobre la línea de flotacion, bajaba dos piés más desde el último viaje; y calculando por otra parte que las dos embarcaciones que estaban entónces bajo la popa, unidas á las que á la luz de las llamas se veian regresar podian contener á todos los que estaban en situacion de ser trasladados á bordo del brik, los tres últimos oficiales del 31.º regimiento pensaron formalmente en retirarse, haciendo para ello la misma operacion que los demas. Para dar una idea de los riesgos y dificultades de la operacion basta considerar las condiciones en que debió verificarse.

El botabara de mesana, en un buque de las dimensiones del *Kent*, pasa de la popa de quince á diez y seis piés en línea horizontal, y se encuentra en su posicion fija á diez y ocho ó veinte piés sobre el mar; pero entónces la elevacion de las olas y la violencia del balanceo la hacian subir á treinta y hasta cuarenta piés muy á menudo.

Para llegar al extremo del botabara se requeria á la vez una mano diestra y músculos vigorosos, siendo tal la dificultad de arrastrarse á lo largo de aquel mástil tendido, coger despues el cable y deslizarse por él, que perdieron la vida muchos que asustados al considerarla preferian arrojarse al agua esperando alcanzar los botes á nado. Pero estos no eran más que una pequeña parte de los peligros que habian de temerse; pues el bote, que algunas veces estaba inmediatamente debajo del botabara, se encontraba un momento despues impelido por las olas á quince ó veinte brazas más allá; siendo lo mejor que podia hacer entónces el infeliz que veia frustradas todas sus precauciones, permanecer suspendido algun tiempo, pero comunmente se sumergia varias veces ó chocaba violentamente contra los bordajes del bote que iba á socorrerlo, viéndose obligado muchas veces á soltar la soga. Sin embargo, como no habia otro medio de salvarse, por peligroso que fuese apelaban á él muchos que en cualquier otra circunstancia se hubieran creido incapaces, por su torpeza, y falta de fuerzas, de intentarlo siquiera.

Un jóven oficial y el mayor que le seguia trepaban por el mástil y estaban ya al extremo del botabara, cuando los envolvió repentinamente una racha violenta mezclada de lluvia, obligándoles á aferrarse con todas sus fuerzas á aquel palo sobre el cual se sostenian en equilibrio. Pasados algunos minutos de inmovilidad, el oficial consiguió apoderarse de la cuerda y descender al bote en el que fue recogido, no sin ántes haberse sumergido una ó dos veces completamente en el agua. Preparóse el mayor á seguirle, pero en vez de deslizarse, como muchos imprudentemente lo habian hecho, en el momento en que estaba el bote debajo y llegar por consiguiente al extremo de la cuerda cuando la ola lo habia arrastrado ya léjos, calculó que era necesario empezar á descender en el momento mismo en que el bote se alejaba, por ser probable que en el tiempo necesario

para llegar á lo último, el movimiento de la ola lo llevase otra vez con poca diferencia de instantes debajo de la cuerda; siendo el único que merced á esta precaucion llegó al bote sin haberse sumergido ó haber recibido graves contusiones.

El coronel Fearon fue ménos afortunado. Despues de balancearse en el aire largo rato, chocó varias veces contra los costados del bote yendo á parar hasta debajo de la quilla, y extenuado iba á soltar ya la soga y desaparecer para siempre, cuando uno de los que estaban en la chalupa lo cogió por los cabellos y lo tiró á bordo casi sin sentidos.

El capitan Cobb, por deber y como si no pudiera separarse de su buque, estaba irrevocablemente decidido á ser el último en abandonarlo; y asi fue que en su generosa solicitud por la vida de todos aquellos que estaban confiados á su cuidado, se negó á trasladarse á las chalupas sin hacer ántes nuevos esfuerzos para triunfar de la irresolucion de un corto número de individuos á quienes el terror habia embargado la palabra y la accion; pero fracasó en todas sus tentativas, fueron inútiles sus súplicas y oia caer ya uno tras otro en la bodega y dispararse los cañones, cuyos apoyos habian consumido las llamas, cuando aquel bizarro marino, despues de haberse ocupado generosamente en la salvacion de los demas con una perseverancia, un valor y un acierto de que hay pocos ejemplos, creyó deber al fin pensar en su propia seguridad. A Dios, noble *Kent*, dijo arrojando sobre su buque que ardia todo, una última mirada; á Dios, mi antiguo compañero; merecias una muerte más digna y más hermosa; y yo hubiera participado gozoso de tu suerte, si juntos hubiésemos debido hundirnos en medio de una victoria de Abukir ó de Trafalgar. ¡Ah! ¿era así cómo debíamos separarnos? Despues de un instante de doloroso silencio, cogió el balancin de mesana y deslizándose á lo largo de la cuerda por encima de los desgraciados que permanecian inmóviles sin atreverse á dar un paso adelante ni atras, alcanzó la extremidad del botabara, desde el cual se dejó caer en el mar y nadando llegó al bote.

Sin embargo, aun entónces y mucho tiempo despues, no dejó de ofrecerse á aquella pobre gente un postrer recurso para salvarse. A pesar de la inutilidad de las súplicas que incesantemente se les habian dirigido, uno de los botes quedó de guardia debajo de la popa, hasta el momento en que las llamas que se escapaban con furia por las ventanas de la cámara del consejo hicieron imposible su permanencia en aquella posicion.

Cuando el bote regresó hácia el *Cambria* conduciendo al único soldado que fue posible determinar á que se aprovechara de él, el capitan Cook, con una firmeza inquebrantable, no quiso permitirle que atracara hasta saber que lo mandaba M. Thomson, jóven oficial cuyo valor y celo eran una garantía de que nada se habia omitido de cuanto era humanamente posible.

Pero aquellos hombres que parecian estar destinados á una muerte inevitable, lograron aun salvarse milagrosamente, cual si estuviera decretado que no habian de abandonar este mundo todavía.

Poco despues de haberse alejado el último bote, las llamas les obligaron á refugiarse en los obenques en donde permanecieron hasta que se cayeron los mástiles. Mantuviéronse entónces agarrados á los palos por espacio de algunas horas, en un estado cuyo horror supera á toda descripcion, y del cual los sacó al

fin la *Carolina*, que desde Egipto pasaba á Liverpool, y cuyo comandante, el capitan Bibbey, hombre de humanitarios sentimientos, al oir la explosion desde larga distancia forzó velas al momento en direccion al buque incendiado.

Volvamos, empero, á la masa general de los náufragos refugiados en el *Cambria*. Lo que á bordo de este brik ocurria es difícil de explicar. Miéntras duró la operacion del trasbordo, durante aquellas eternas horas de espera y tormento las pobres mujeres que en el brik aguardaban con ansias é incertidumbre cruel la llegada de sus esposos, debieron pasar por alternativas de temor y de esperanza de las que no es posible formarse una idea á quien no se haya encontrado nunca en una situacion parecida. Y más difícil fuera aun de pintar el dolor loco ó la alegría convulsiva y delirante á que se entregaban algunas de aquellas infelices cuando se les decia que sus hijos quedaban sin padre, sin esposo ellas; ó cuando al contrario, los seres queridos que creian perdidos para siempre se precipitaban de repente en sus brazos.

Pero muy luego toda la atencion se fijó en el desenlace de aquella larga tragedia. Al regreso del último bote, las llamas que habian alcanzado ya el puente superior y la toldilla del *Kent*, subieron con la rapidez del rayo hasta la cima de la arboladura. Todo el buque no formó entónces mas que una mole de fuego que pareciendo abrasar el cielo se reflejaba en todos los objetos del *Cambria*. Las banderas de auxilio, izadas por la mañana, siguieron flotando entre las llamas hasta el momento en que los mástiles á que estaban sujetas se hundieron cual majestuosos campanarios; y á la una y media de la noche, llegando el fuego á la santabárbara, se verificó la explosion tanto tiempo temida, y los destrozos inflamados del buque, uno de los más hermosos de Inglaterra, volaron por los aires cual si fueran cohetes. La oscuridad que sucedió á aquel fúnebre resplandor, dice Mac-Gregor, nos dejó en una especie de pasmo; y todos los recuerdos de aquella lúgubre jornada parecian flotar en nuestro espíritu como el sueño de un enfermo en el delirio de su calentura.

El brik que gradualmente se habia hecho á la vela hizo muy luego de nueve á diez nudos por hora, y puso la proa hácia Inglaterra. Veamos cómo termina el mayor Mac-Gregor su relato:

«Quisiera poder ofrecer mi humilde tributo de admiracion y de gratitud al bravo y generoso marino que fue el principal instrumento de nuestra salvacion; pero me limitaré á decir que sus esfuerzos heróicos han merecido y obtenido recompensas más dignas de él. Sin embargo, no debe olvidarse que las intenciones generosas del capitan Cook hubieran sido insuficientes para salvar la vida á tanta gente, á no haberlas constantemente secundado la tripulacion y los pasajeros de su brik. Miéntras los marineros del *Cambria* en número de ocho estaban ocupados en la maniobra del buque, los mineros de Cornualles y los fundidores de Yorkshire, á medida que iban llegando los diferentes botes, se colocaron en las cadenas de los obenques, en una posicion peligrosísima, y desde allí desplegando la prodigiosa fuerza muscular de que les ha dotado la naturaleza, cogian diestramente á cada regreso de la ola alguna de las víctimas del naufragio y la subian hasta el puente. Su bondad no paró aquí, sino que ellos y sus jefes abriendo alegremente su almacen de ropas y víveres, los distribuyeron con mano liberal á los que sufrian hambre y sed; cedieron sus camas á las mu-

jeres y á los niños; en una palabra, proveyeron durante toda la travesía á todas nuestras necesidades.»

La primera noche pasada á bordo del *Cambria*, no experimentaron los náufragos todas las zozobras que les inspiraron luego los peligros á que estaban aun expuestos, durante una tempestad; amontonados en número de más de seiscientos en un pequeño buque y á centenares de millas del puerto más próximo de Inglaterra. En una cámara destinada á ocho ó diez personas, debieron encajonarse cerca de ochenta; muchos ni lugar tenian para sentarse y á algunas mujeres les faltaba para tenderse. Como la violencia del viento no disminuia y una de las guardas del brik se habia hundido la víspera, pasaban las olas á cada momento por encima del puente, siendo preciso cerrar las escotillas, no abriéndolas mas que en el intervalo de una á otra para impedir que se asfixiasen los que estaban en el entrepuente, en donde era tan intenso el calor que producia la respiracion, que por un momento hizo temer que se hubiese pegado fuego al buque; y tal la corrupcion del aire, que la llama de una bujía se apagaba instantáneamente.

La situacion de los que en número extraordinario cubrian el puente no era ménos deplorable, pues se veian obligados á permanecer dia y noche con agua hasta el tobillo, medio desnudos, transidos de frio y entumecidos por la humedad. A varias mujeres les dieron convulsiones, miéntras las pobres criaturas de pecho pedian con sus gritos desgarradores la leche que no podia darles el seno de sus madres.

Un retardo de algunos dias en el mar hubiera producido infaliblemente á bordo del *Cambria* el hambre, enfermedades pestilenciales y una complicacion de males horribles; pero afortunadamente el viento continuó y hasta aumentó en fuerza y el hábil y atrevido capitan del brik, desplegando todas sus velas con riesgo de romper los mástiles, aceleró tan denodadamente la velocidad de su buque, que ya el jueves 3 se oyó desde lo alto del palo de mesana el alegre grito de «*tierra á proa.*» Aquella misma tarde divisaron las Sorlingas y pasando rápidamente ante la costa de Cornualles fondeó el *Cambria* en el puerto de Falmouth á las doce y media de la noche.

Tal es la deplorable historia del incendio del *Kent* segun los datos que nos suministra el mayor Mac-Gregor, testigo y actor de aquella catástrofe, en la relacion que de ella publicó. Parece empero que su testimonio es sobradamente benévolo y que la conducta de la tripulacion del *Kent* estuvo muy léjos de ser tan digna como él indica, miéntras que la de todos los oficiales de mar y de muchos de tierra fue con efecto digna de los mayores elogios.

En el relato del mayor se descubre por poco que se examine una tendencia á callar cuanto pudiera ser en disfavor de sus compañeros; pero de la simple enunciacion de los hechos se desprende ya que no reinó todo el órden que hubiera sido de esperar ó desear al ménos. Adivínase desde luego, aunque no lo diga Mac-Gregor, que fue muy grande el peligro, pero mayor el espanto de muchos de los que á bordo se encontraron.

Cook, el capitan del *Cambria*, dirigió á sus consignatarios una carta, que se publicó tambien y que confirma las anteriores apreciaciones.

«Quisiera, dice, poder tributar á la tripulacion del *Kent* los mismos elogios

que á sus oficiales; pero no puedo disimular la sorpresa que me causó su conducta indigna en todos conceptos de la conocida reputacion de los marinos ingleses. En efecto, despues del primer viaje de los botes, los marineros se negaron á regresar á su buque; y me ví precisado á usar de toda mi energía para obligarles á renovar sus esfuerzos y salvar á los soldados, á los pasajeros y á aquellos de sus mismos camaradas que habian dejado en el buque. Sólo apelando á medidas coercitivas y declarándoles positivamente que no los recibiria á bordo del *Cambria* si se negaban á cumplir con su deber, se determinaron al fin á ello mal de su grado.»

La conducta de estos marineros nunca podrá ser excusable; pero el azoramiento, el desórden producido por el espanto y la dificultad de dominarlo se explican perfectamente con sólo fijar un instante la atencion en las condiciones del *Kent*. En un buque que lleva á bordo cuarenta y cuatro mujeres y setenta criaturas, esto es, ciento catorce séres débiles y asustadizos, doblemente difíciles de salvar en situaciones extremas; trescientos setenta hombres del ejército de tierra, y veinte pasajeros, ó sea, trescientos noventa hombres que se encuentran en un elemento que no es el suyo, en medio de una tempestad, rodeados de peligros que les son desconocidos y á los cuales no están por lo mismo acostumbrados, doblemente aturdidos muchos de ellos por la presencia de los objetos que son más caros á su corazon, en un buque que tantos móviles de desórden encierra, ¿qué tiene de particular que este domine? El miedo por otra parte es contagioso como el entusiasmo, y bien se comprende cuán terrible y no infundado debió de ser en las mujeres, en los soldados y despues en los pasajeros; de manera que se requeria indudablemente una dósis inmensa de impasibilidad para resistir á su influjo.

Pero todas estas circunstancias justifican más y más lo que hemos dicho al principio de nuestro relato; aumentando las dificultades de la situacion, hacen resaltar más el mérito de los que supieron conservarse serenos en medio de tanta turbacion, y prueban cuánto puede la firmeza, inteligencia y tacto del capitan de un buque y cuán necesarios son en casos como el del *Kent*.

El número de los que perecieron fue relativamente insignificante; pero ¿cuál hubiera sido, á no existir el órden impuesto por una energía sublime, ante la presencia salvadora del *Cambria?* Sin la firmeza y sangre fria del capitan Cobb, del coronel Fearon y del mayor Mac-Gregor, los tripulantes del *Kent*, los soldados y los pasajeros en su delirio por huir se hubieran asesinado para saltar á los botes y es fácil que ninguno lo hubiese conseguido, pues ni hubiera sido dable siquiera ponerlos en el mar estando este agitado.

Sin la noble entereza del capitan del *Cambria*, los primeros que partieron se hubieran salvado; pero la inmensa mayoría hubiera perecido, abandonados por sus cobardes y azorados compañeros.

La catástrofe del *Kent*, lo repetimos, ofrece uno de los mejores ejemplos de cuanto vale é importa en el mar la autoridad tranquila, hábil y enérgica de un capitan y la confianza y disciplina en los subordinados.

EL MEDITERRANEO.-EL ARCHIPIÉLAGO.

NAUFRAGIO DE NAUTILUS.

Dada cuenta de las aventuras de Juan de Lery en el *Jacques* y del incendio del *Kent*, desde el mar de Irlanda hasta el estrecho de Gibraltar nada más encontramos que deba fijar nuestra atencion. Pasemos, pues, sin detenernos ya ante las costas de Francia, España y Portugal y apresurémonos á penetrar en el Mediterráneo para alcanzar las islas del Archipiélago, testigos algunas de espantosas catástrofes marítimas.

La navegacion por el Archipiélago ha sido considerada desde la más remota antigüedad como sumamente peligrosa á causa de los innumerables islotes y rocas al traves de las cuales han de pasar los buques, y de los vientos impetuosos que allí reinan, particularmente en invierno, en cuya estacion fue cuando tuvo lugar el naufragio de la corbeta de guerra inglesa el *Nautilus*.

El 3 de enero de 1807, el capitan Palmer, encargado de llevar á Inglaterra despachos de la mayor importancia, salió al amanecer de los Dardanelos con la citada corbeta, la que impelida por un viento fresco de Noreste tardó poco en desembocar por el Helesponto.

Al doblar la isla de Tenédos vió en su extremidad septentrional dos navíos de línea que enarbolaron pabellon turco y á los cuales contestó el *Nautilus* izando el pabellon inglés. En lo restante del dia pasó por delante de varias otras islas del Archipiélago, acercándose por la tarde á Negroponto, desde cuyo punto su navegacion se hizo más difícil por los numerosos islotes que allí existen y la poca anchura del paso desde la extremidad meridional de dicha isla y la de Andro.

Seguia el viento soplando bastante fresco; acercábase la noche anunciando infalibles indicios que sería oscura y borrascosa, cuando á peticion del piloto que era griego, ejecutaron algunas maniobras aconsejadas por la prudencia, y el dia siguiente se dirigió hácia Falconera que descubrió por la tarde así como Anti-Milo; pero la cerrazon no le permitió ver á Milo, distante unas quince ó diez y seis millas de la última de las anteriores islas.

El piloto manifestó entónces que no habiendo ido nunca tan léjos, de allí en adelante desconocia completamente la hidrografía de aquellos mares y la topografía de sus costas, entregando por lo mismo la direccion del buque al capitan Palmer, quien recomendó se navegase con cuidado.

A pesar de que Palmer deseaba cumplir su mision con la mayor celeridad posible, se puso en facha toda la noche, esperando salir del Archipiélago al ama-

necer. Marcando en un mapa el derrotero que debia seguir la nave, lo comunicó á su contramaestre Jorge Smith, mandando luego que le arreglasen la cama, pues no se habia desnudado en tres dias y apénas habia podido disfrutar de un momento de descanso desde que salió de los Dardanelos.

La noche estuvo sumamente lóbrega, pero relámpagos muy brillantes surcaban el horizonte, contribuyendo esta particularidad á dar mayor confianza al capitan, porque, permitiendo la claridad que despedian ver por intervalos á bastante distancia, creyó que, en el caso de que el buque se acercase á tierra, se descubriria el peligro á tiempo de evitarlo.

Siguió el viento arreciando y engrosando el mar de modo que la corbeta á pesar de que llevaba muy pocas velas hacia nueve millas por hora; y las olas que se encrespaban por momentos, la oscuridad y la viveza de los relámpagos imprimian á la noche una expresion por demas imponente y terrible. A las dos y media de la madrugada se descubrió una tierra alta que supusieron era Cerigotto los que la divisaron, creyendo por lo mismo que estaban ya fuera de peligro por haber pasado todos los escollos y cambiando de rumbo para doblar la isla.

A las cuatro y media se habia relevado la guardia y reinaba á bordo el mayor órden, cuando de pronto el marinero que estaba de vigía exclamó: Rompientes á proa, chocando inmediatamente el buque con estrépito espantoso y tal violencia que la sacudida arrojó de sus lechos á varios marineros, quienes apénas en el puente hubieron de agarrarse á las maniobras.

Todo es confusion y alarma: los marineros pugnan por subir á la toldilla, se rompen las escalas y varios caen en el agua que por todas partes entra en la corbeta. El capitan que no se habia acostado aun, acude á la cubierta, examina el estado del buque, y procura, secundado por el segundo M. Nesbit, calmar el azoramiento de la tripulacion; luego entrando en su camarote quema sus papeles y signos particulares.

Levantada la corbeta por las olas cae sobre las rocas con una fuerza inconcebible, viéndose pronto los marineros precisados á refugiarse en los obenques, en los que permanecieron expuestos á los embates del mar y al frio glacial de la noche, llenando los aires con lamentables exclamaciones. La oscuridad era tanta que no vieron las rocas hasta encontrarse ya cerca de ellas, y al cabo de dos minutos el buque habia tocado.

Habiendo cesado los relámpagos, la lobreguez profunda que rodeaba á los náufragos no les permitia distinguir el extremo opuesto de la corbeta. Su única esperanza en tan apurado trance consistia en que cayendo el palo mayor pudiesen servirse de él para alcanzar una pequeña roca que se divisaba cerca; y en efecto, media hora ántes de amanecer el mástil cayó del lado de la roca y por este medio llegaron á ella.

Fácil es comprender la confusion y el tumulto que reinaria: se ahogaron varios, á uno se le rompió el brazo, y otros quedaron magullados. El capitan Palmer se negó á abandonar su puesto miéntras quedó una sola persona á bordo, y esta dilacion por poco no le costó caro, pues hubiera perecido infaliblemente á no haber algunos marineros desafiado la furia de las olas para acudir en su socorro. Los botes quedaron destrozados; se trató de atar el mayor sobre la roca, pero fue imposible.

El casco de la corbeta preservó por algun tiempo á los desgraciados de las oleadas, si bien cuando lo hubieron echado á pique su posicion se agravó todavía, obligándoles á abandonar su primer refugio para alcanzar otra roca inmediata que estaba algo más elevada, y á la cual habia llegado ya el segundo aprovechando el intervalo de una ola á otra, ejemplo que iban á seguir los demas, cuando notaron gran cantidad de maderos esparcidos en el corto estrecho que debian atravesar; pero como no habia tiempo que perder ni mucho que excogitar, preciso fue decidirse á tentar el paso no obstante tan peligroso obstáculo. Varios marineros salieron gravemente heridos por los destrozos del buque y por las rocas agudas que destrozaron sus piés, encontrándose algunos con las piernas ensangrentadas.

El dia que empezaba á despuntar reveló á los náufragos el horror de su posicion. Aparecieron algunos de sus compañeros apoyados en tablas que las olas agitaban y varios muertos confundidos con los moribundos. Tantas desgracias habian sucedido en ménos de dos horas.

Los ingleses reconocieron que habian sido arrojados sobre un banco de coral á flor de agua, de trescientos piés de largo por doscientos de ancho, distante cuando ménos doce millas de las islas más próximas y treinta de la extremidad septentrional de Candía.

El tiempo estaba muy frio; durante la noche que precedió al naufragio habia helado en la cubierta del buque. Afortunadamente un marinero habia salvado en la faltriquera un cuchillo y un pedernal, con lo cual sacando un poco de pólvora de un barrilito arrojado á la playa, encendieron fuego, construyendo luego una tienda con varios pedazos de las velas, tablones y cuanto se pudo retirar de los restos del buque; y de este modo pudieron secar la poca ropa que se habian llevado; pero ¡qué noche tan triste y larga! Alimentaron cuidadosamente la hoguera, esperando que algun buque la descubriese, esperanza que no quedó frustrada del todo.

El contramaestre Jorge Smith y nueve hombres se habian salvado en un botecillo, y despues de remar por espacio de tres ó cuatro leguas venciendo las olas y la furia del viento llegaron al islote de Pera, el cual sólo estaba habitado por los carneros y cabras pertenecientes á los moradores de Cerigotto, quienes iban en los meses de verano para recoger los corderos y cabritillos; de manera que los ingleses no encontraron sino un resto de agua de lluvia suficiente apénas para apagar la sed.

Habiendo divisado durante la noche el fuego encendido por sus compatriotas, empezaron á conjeturar que algunos habian conseguido salvarse, pues hasta entónces los creyeron condenados á una muerte inevitable, y el contramaestre, herido por aquella idea, propuso á los que estaban con él acudir en ayuda de sus amigos y persuadió á cuatro hombres á que le acompañasen.

Mártes era el segundo dia del naufragio, y sobre las nueve de la mañana descubrieron el bote los refugiados en la roca, arrojando todos al verlo un grito de inexplicable alegría; pero el contramaestre y sus marineros quedaron pasmados al ver tantos camaradas suyos vivos. Smith se esforzó en persuadir al capitan Palmer á que se fuése con él; pero se negó constantemente: No, Smith, dijo, salva á tus desgraciados compañeros y no te inquietes por mí. Luego le acon-

sejó que se llevase al piloto griego y tratase de llegar con él á Cerigotto.

Mas parecia que el cielo hubiese decretado la destruccion de aquellos desgraciados. Apénas el bote se hubo alejado, cuando aumentó el viento, nubes sombrías cubrieron el horizonte y estalló la tempestad. El mar se ensoberbeció tanto que las olas apagaron el fuego, cubriendo casi toda la roca y obligando á los infelices náufragos á refugiarse en la parte más elevada, la única en que pudieron ponerse á salvo. Los noventa desdichados para no verse arrebatados por las olas que sin cesar se estrellaban sobre sus cabezas, estaban todos cogidos á una jarcia atada en la cima de la roca.

Las fatigas que habian sufrido ántes, unidas á las que experimentaron entónces, fueron demasiado duras para varios de ellos que soltando el cable se entregaron al mar. A algunos les entró un delirio; sus fuerzas estaban agotadas; imposibilitados de resistir por más tiempo, una oleada podia arrebatarlos.

Muchos eran los que sufrieran accidentes graves. Uno entre otros, al atravesar el estrecho en un momento poco favorable, habia sido arrojado contra las rocas, cuyas aristas le desgarraron el cráneo, y espiró el dia siguiente. Los que le sobrevivieron estaban poco en estado de soportar los terribles efectos de sus abatidas fuerzas, expuestos sus cuerpos á las injurias del tiempo, emponzoñado su espíritu por la zozobra, pues la suerte del bote les causaba suma inquietud, en razon á que de ella dependian sus esperanzas.

La escena que el dia les ofreció presentándoles á la vista los cadáveres de sus compañeros, fue horrorosa para los infelices que quedaban reducidos á un estado mortal de debilidad por los embates repetidos de las ondas heladas, á las cuales el carpintero entre otros no pudo resistir, siendo víctima del rigor del frio.

Poco despues de la aurora descubrieron un buque que á toda vela se dirigia hácia la roca donde se encontraban. Hicieron desde luego todas las señales que su estado les permitió ejecutar, y el buque al distinguirlas detuvo su marcha y puso el bote en el mar. Fácil es de comprender la alegría que en los náufragos produjo semejante maniobra, á cuya vista esperando pronto auxilio, apresuráronse á formar una balsa para llevarla á la otra parte de las rompientes, persuadidos de que el bote estaba provisto de lo necesario para subvenir á sus necesidades.

El bote se acercó en efecto á tiro de pistola; estaba lleno de hombres vestidos á la europea, los cuales miraron por algunos instantes á los ingleses y luego haciendo el que gobernaba una seña con el sombrero, regresaron á su buque. Estos miserables pillaron durante el dia los restos flotantes del buque, á la vista misma de los infelices que espiraban sobre el peñasco. Los anales de los desastres marítimos no contienen probablemente un rasgo de barbarie más odioso; pocas tribus salvajes han dado pruebas de igual crueldad.

Los infelices náufragos no tenian más esperanza que el regreso de su bote; y no viéndolo llegar se confirmaron en la idea de que se habia perdido. La desesperacion se apoderó de su pecho, la sed llegó á serles insoportable, y algunos recurrieron al agua de mar; pero su suerte debió servir de advertencia á sus compañeros, pues en pocas horas les entró el delirio y murieron.

Los ingleses esperaban que la noche siguiente sería un poco ménos horrible, porque el viento habia calmado algun tanto. Para guarecerse del frio, se apreta-

ron los unos contra los otros y se cubrieron con los jirones que les quedaban; pero los clamores de los que habian bebido agua salada eran tan horribles, que fue inútil cuanto hicieran para acallarlos, siéndoles imposible gozar de un momento siquiera de sueño.

En medio de estos sufrimientos y de la ansiedad que naturalmente los devoraba, sobre media noche oyeron de pronto la voz de los que tripulaban el bote, y del contramaestre que les anunciaba que por la mañana pasaria á recogerlos una barca pescadora. Por toda contestacion los de la roca se pusieron á gritar: ¡Agua! ¡agua! pero en vano, porque sólo llevaban algunos cántaros que no podian trasladar al traves de las rompientes olas.

Esperaron pues el dia con la mayor ansiedad. Por vez primera, desde que estaban allí, los alumbró el sol; sin embargo, viendo que no llegaba la barca ni el bote, sus angustias fueron en aumento por instantes. Era aquel el cuarto dia que sufrian hambre y sed; la naturaleza no pudo resistir más, y pidiendo al cielo que les perdonase el acto á que les obligaba su horrorosa posicion, escogieron para aplacar su hambre rabiosa el cuerpo de un jóven que falleciera la noche anterior.

Al anochecer la muerte causó grandes estragos entre aquellos desventurados. El capitan, que sólo contaba veinte y seis años, y su segundo, sucumbieron. El animoso Palmer se habia esforzado constantemente en alentar á sus compañeros de infortunio; ni siquiera se habia quejado de una herida grave que se hizo al trasladarse á la roca, mostrando hasta el último suspiro la fortaleza de ánimo que en los pechos valerosos sobrevive á la destruccion del cuerpo.

Varios náufragos en la siguiente noche propusieron construir una balsa creyendo posible llegar á Cerigotto con la ayuda del viento que era favorable, proposicion que fue adoptada, pues de todas maneras preferible era ensayarlo á permanecer sobre la roca para perecer de hambre y de sed. Prepáronse en cuanto apuntó el dia para realizar el proyecto; ataron unos con otros varios maderos y concibieron las mayores esperanzas de buen éxito al terminar su obra que al fin lanzaron al mar, bastando pocos minutos para destruirla. Desesperados algunos, se precipitaron sobre frágiles tablas débilmente unidas entre sí y que les ofrecian apénas lugar para colocarse encima, y despidiéndose de sus amigos trataron de desafiar de este modo los peligros de la mar; pero corrientes desconocidas los arrastraron, y desaparecieron para siempre.

Al anochecer los que quedaban se vieron gratamente sorprendidos por el regreso del bote. El contramaestre les dijo que le habia costado mucho trabajo inducir á los pescadores griegos de Cerigotto á que se embarcasen en sus faluchos, tanto temian el mal tiempo; manifestóles cuánto sentia lo que habrian padecido sus compañeros y cuánto era su pesar por no poder acudir en su socorro; y los animó algo con la esperanza de que, si el viento seguia favorable, las barcas podrian llegar el dia siguiente. Miéntras estaba hablando el contramaestre, hasta doce náufragos de los refugiados en la roca cometieron la imprudencia de arrojarse al agua para alcanzar el bote; dos llegaron á él, otro se ahogó, y los demas se consideraron dichosos con poder regresar á su antiguo puesto.

Al caer de la tarde, llegó al extremo su debilidad sintiendo ya la muerte acercarse; turbados los sentidos, agotadas las fuerzas, su vista que se debilitaba y extinguia por grados, estaba fija en el sol que se ocultaba y que no esperaban

ver ya más. Sin embargo, algunos vivian todavía á la mañana siguiente, si bien estaban convencidos de que aquel dia sería el último de su existencia.

Cuando vieron acercarse las barcas que se les habian anunciado, la alegría más extravagante reemplazó á la desesperacion. Apresuráronse los pescadores á desembarcar agua que los náufragos bebieron ansiosos experimentando sus cuerpos desfallecidos un alivio instantáneo, produciendo en ellos una sensacion cuyas delicias les parecieron superiores á cuanto puede soñar la imaginacion más vehemente.

De ciento veinte y dos hombres que llevaba el *Nautilus* habian fallecido cincuenta y ocho. Los que sobrevivian se embarcaron en cuatro chalupas de los pescadores llegando aquella misma noche á Cerigotto, desde cuyo punto fue su primer cuidado enviar á buscar el ayudante del contramaestre que se habia quedado en Pera con algunos marineros cuando el bote dejó aquella isla. Habian estos agotado toda el agua que habia en el islote y se alimentaban con los carneros y cabras que encontraron entre los peñascos y cuya sangre bebian. La suerte del bote y de los que con él se alejaron los tenia en la mayor ansiedad.

Los pobres pescadores griegos ejercieron para con los ingleses la hospitalidad más tierna; pero no pudieron ayudar eficazmente á la cura de los heridos; y como el estado de algunos exigia los cuidados de los facultativos, deseaban ardientemente trasladarse á Cerigo.

Cerigotto, donde abordaron los ingleses, es una isla dependiente de Cerigo de unas quince millas de largo por cinco de ancho, de suelo árido, estéril y poco cultivado, y en la que vivian, como habia dicho el piloto, una docena de familias de pescadores griegos en la mayor pobreza. Sus casas ó mejor dicho sus chozas, que no consisten más que en una ó dos piezas á pié llano generalmente construidas en el costado de alguna roca, las forman unas paredes de barro mezclado con paja, y un techo sostenido por un tronco colocado en el centro. Aliméntanse con pan bazo de harina de trigo, guisantes cocidos y carne de cabrito. Esto era cuanto podian ofrecer y ofrecieron á los náufragos, si bien ademas preparaban un aguardiente con ciertas semillas que buscaban los ingleses con avidez por su gusto agradable y su fuerza.

A pesar de que Cerigo no dista más de veinte y cinco millas de Cerigotto, no pudieron los ingleses trasladarse á aquella isla hasta pasados once dias; porque los griegos se negaron á aventurarse en el mar con sus frágiles embarcaciones en razon á lo borrascoso del tiempo.

El viento calmó al fin, se puso hermoso el tiempo, y los ingleses se despidieron de las familias de sus libertadores, que vertieron lágrimas de sentimiento al verlos partir. En ocho horas llegaron á Cerigo, siendo allí recibidos con suma bondad por D. Manuel Caluci, griego, natural de Cerigo y vice-consul inglés, quien los hospedó en su casa, auxiliándolos con su crédito y bolsa y prestándoles en una palabra todos los servicios imaginables. El gobernador, el comandante, el obispo y los principales habitantes de la isla manifestaron á los náufragos la misma benevolencia y tuvieron para con ellos los mismos cuidados esforzándose por hacerles agradable el tiempo.

Tres semanas hacia que estaban en Cerigo cuando llegó á su noticia que frente á la costa de Morea, á unas doce millas de distancia, estaba anclado un bu-

que ruso; en vista de lo cual escribieron al capitan, participándole sus desgracias y pidiéndole que les recibiera á bordo. El contramaestre del *Nautilus*, resuelto á no dejar escapar la ocasion, tomó un bote para ir á encontrar el indicado buque; pero fué sorprendido por una borrasca que arrojándolo sobre un peñasco estrelló en él su bote, y estuvo á punto de perecer. Alcanzó con todo el buque, y vencidas algunas dificultades, obtuvo del capitan ruso el que lo trasportara á Corfú con sus compañeros, trasladándose en consecuencia el citado capitan á Cerigo con su nave, en la que se embarcaron los ingleses el 5 de febrero; pero el viento contrario les impidió zarpar ántes del 15, llegando al fin á Corfú el 2 de marzo, dos meses despues de su naufragio.

Los náufragos del Nautilus carecian de medios para galardonar la generosa hospitalidad de los pobres griegos de Cerigo; pero es de creer que no quedaria sin recompensa por parte del gobierno inglés. ¡Qué contraste ofrece la conducta de aquellos pobres pescadores con la de los miserables que, pasando sin inmutarse ante la roca donde estaban los ingleses, pillaron los despojos del naufragio y dejaron sin piedad que perecieran tantos honrados marineros!

NAUFRAGIO DEL SUPERBE.

Otro de los naufragios célebres ocurridos en el Archipiélago es el del navío frances *Superbe*, que tuvo lugar el 15 de diciembre de 1833, en la bahía de Parekia sobre las costas de la isla de Páros.

Habiendo llegado para la division francesa de Levante la época de invernar, la mayor parte de sus buques debian volver con este objeto á Tolon, quedando sólo en el Archipiélago la *Ville de Marseille* y algunas embarcaciones sutiles. Por órden del almirante Hugon todos los buques que formaban parte de la escuadra destinada á regresar á Francia debian encontrarse en Nauplia, y en consecuencia el navío *Superbe* y la fragata *Galathée,* que se encontraban en la rada de Esmirna, aparejaron para salir del golfo.

Ya entónces se anunciaba el mal tiempo; el viento arreciaba, el cielo se cubria de nubes, el mar empezaba á blanquear, todo en fin presagiaba un vendaval. Sin embargo, como en aquel momento sólo se notase una brisa muy fuerte del Este, la travesía de Esmirna á Nauplia podia ser muy corta, merced á esta circunstancia.

En lugar, pues, de fondear en los bancos de Salinas, como la prudente precision del almirante se lo habia, no mandado, sino permitido en caso de amenazar el peligro, la *Galathée* y el *Superbe* salieron del golfo, impelidos por un viento que tardó poco en adquirir un carácter alarmante.

Al declinar el dia aumentó su violencia de manera que desde luego pudo asegurarse que los dos buques debian habérselas, no ya con una simple borrasca, sino con una verdadera tempestad.

En breve la *Galathée* y el *Superbe* se separaron, maniobrando cada capitan por su parte segun las exigencias de su posicion. La noche es terrible, ligeras averías la inauguran y otras más graves se suceden; el mar agitado traquea la fragata y el navío, que no se distinguen ya mútuamente desde hace algunas horas, por haber emprendido derrotas distintas; y una niebla espesa vela el horizonte gravitando sobre el mar, con tal densidad, que desde la popa se distingue apénas la proa del buque.

Todo cruje en la arboladura; el viento rompe el palo mayor del *Superbe* y de la *Galathée*, las velas estallan, chasquean y azotan con estrépito horrible, se desgarran á jirones y las devora al fin el huracan. Procuran al principio los marineros apoderarse de ese trapo que se rasga bajo la fuerza del viento; pero muy luego renuncian á ello, concentrando todos sus cuidados en mantenerse sobre las vergas. Por otra parte, aun cuando la tripulacion consiguiese cargar las velas, no podrian salvarlas de la furia del viento, pues tambien arrebata las trincadas á las vergas por los tomadores.

¡Qué terrible prueba para los pobres marineros que ha proporcionado á la flota el interior de la Francia! Marinos verdaderos hubieran hecho frente al peligro; pero ellos, navegantes de algunos meses, se trastornan y desmayan. Algunos solamente luchan y conservan una fuerza moral cuya necesidad hace el peligro comprender; pero en cuanto á los demas, ruegos, amenazas, el ejemplo dado por los oficiales y cabos, el mismo conocimiento de lo indispensable de una accion rápida y vigorosa para salvar el buque, para salvarse á sí mismos, nada puede determinarlos á prestar con energía su cooperacion á los que el miedo no ha abatido todavía.

Sin embargo, la *Galathée* por milagro ha dado con el paso entre la isla y el cabo de Oro. Es medio dia del 15 de diciembre, el tiempo no ha mejorado; la bruma sigue tan espesa como siempre; las costas que de muy cerca han de rasarse son imperceptibles tras una densa capa de niebla. ¡Tira avante y ojo á proa! Gana el viento y busca un refugio. Huyendo encontrará Cerigo ó Cervi. El mar arrebata al buque cuanto puede, batiendo sus bordas que resisten; destroza los botes colocados al rededor de la fragata, y los arrastra enteros ó á pedazos.

El *Superbe*, desguarnecido de sus velas, privado de su palo mayor, impelido por olas furiosas, huye tambien ¡él, un navío!

Va en busca de Páros; al Norte de esta isla existe una rada protectora; pero la oscuridad es mucha, y Nausse, puerto de salvacion, donde hubiera hallado un fondeadero bueno y seguro, Nausse no se encuentra, se ha errado el camino, y cuando lo advierten es demasiado tarde; la entrada de la bahía está ya al Este.

El piloto griego dice que cerca de Nausse hay otra ensenada que conoce perfectamente y que hará penetrar en ella al *Superbe*. Costean Páros buscando Parekia.

Parekia está al Oeste de la isla; hela ahí; el piloto la ve y el navío se dirige hácia el puerto.

La fragata ha encontrado un abrigo en Cervi. Allí se agita y cabecea, rudamente traqueada; pero al ménos se sostiene con las áncoras y está en seguridad. Podrá sufrir, pero no sucumbirá.

¡El *Superbe* se para! ¿Quién lo detiene? ¿Qué ocurre? ¡Qué tumulto es aquel!

¡El navío está anclado! ¿Quién lo amarró? ¿En virtud de qué órden? La confusion ha llegado á su colmo. En fin ha fondeado, esto es lo cierto. La mano férrea del destino tiene al navío sujeto en los arrecifes, bregará en vano... ¡es fuerza que allí perezca! Fáltale el espacio para garrar y revolverse sin peligro sobre sus estribos; al acudir á la cadena, cabecea, toca y es evidente que no hay salvacion para él. La arboladura, sacudida por los choques repetidos del buque contra las rocas, se rompe; cae un mástil y aplasta á un hombre.

El 15 de diciembre sobre las tres y media de la tarde, el navío amarrado con sus áncoras, al traves de la entrada de Parekia, botaba sobre un peñasco, esto es, las olas lo levantaban y lo bajaban sucesivamente, precipitando en ese segundo movimiento la extremidad posterior de su quilla contra los arrecifes que rodean la entrada de la bahía. Poco tardó en desfondarse. Un boquete abierto en la carena por los frecuentes choques llena rápidamente la bodega, el entrepuentes y batería de 36. El *Superbe* se abate entónces sobre su costado izquierdo y permanece en esta posicion, apoyado en la popa, y flotante la proa.

Roto el buque, nada más fácil que se partiera en dos; pero no era esto lo que más temia su capitan M. de Oysonville. En sus desiguales ondulaciones, las olas por un esfuerzo del mar podian levantar el buque, arrancarlo de entre las rocas en que se apoyaba arrojándolo más allá del banco que lo sostenia, y en este caso la salvacion de los tripulantes hubiera sido problemática, pues la batería de 18 se llenaba y se hundia el buque. Ignórase si el temor de que tal sucediera, manifestado por algun marinero, contribuyó á espantar á la tripulacion; pero lo cierto es que el conocimiento de semejante peligro mortificó no poco al capitan aunque no lo dejó traslucir.

El terror habia helado todos los corazones. Los marineros que por vez primera veian el mar tan horrible y el viento en acceso de rabia tan furioso, se creian con derecho á obrar como mejor les pareciese para salvarse, sin consultar mas que á su audacia y á su desesperacion. Considerábanse como desligados de los lazos ordinarios de la disciplina, y el *¡sálvese quien pueda!* les parecia la única ley natural. M. de Oysonville y sus oficiales notaron esta disposicion de los ánimos en la que la malevolencia y el espíritu de sedicion no tenian por cierto parte alguna, pero que inspiraban la inexperiencia del peligro y el delirio del miedo.

El capitan reunió entónces á su alrededor á todos los hombres que habia en la cubierta y les dijo: Antes del naufragio mis poderes eran extensos, ya lo sabeis; ahora son inmensos. Soy soberano absoluto. Este poder que me otorga la situacion grave en que nos encontramos, no lo invoco sino para conseguir con más seguridad salvaros á todos. La menor confusion, la vacilacion más mínima pueden perderlo todo. Tened confianza en mí, confianza en vuestros jefes, obedeced puntualmente, y nada temais. Cuento con vuestro celo y con vuestra sumision, como contaba ayer, y haré fusilar inmediatamente al primero que me desobedezca.

Esta corta arenga pronunciada en tono paternal, pero firme, y la calma que se reflejaba en el rostro del capitan produjeron el mejor efecto. M. de Oysonville se habia armado y hecho armar á su estado mayor, no tanto para defenderse y obedecer, como para completar la solemnidad del acto. Llevaba al costado

un sable de abordaje, no habiendo querido tomar sus pistolas, porque la impaciencia pudiera encontrar en ellas un medio demasiado cruel de manifestarse.

El capitan habia mandado extraer del fondo del buque cuantos víveres, sacos, municiones y efectos propios para formar un campamento fuera posible, y subirlos á la batería superior, y en virtud de esta órden emprendióse desde luego la tarea, trabajándose en ella con toda la actividad compatible con el estado de estupor y atonía general que dominaba, disparándose al propio tiempo frecuentes cañonazos para advertir á los habitantes de la isla los apuros del buque y pedir auxilio; pero era imposible que las barcas de Parekia se aventurasen en el mar.

Un sargento de la tripulacion, llamado Gigoux, sin avisar á nadie se habia arrojado al agua, para ir á determinar á algunos patrones de caiques griegos á que contribuyesen al salvamento del navío: abnegacion tanto más laudable cuanto que el esforzado marino conocia perfectamente el peligro á que se arriesgaba en medio de las rocas sobre las cuales debian precipitarlo las olas, pero que no le fue fatal como era de temer, pues llegó sano y salvo segun se supo el dia siguiente por la mañana. Un oficial, M. Le Frapper, teniente del navío, tuvo el mismo valor, pero no la misma fortuna, pues quedó herido á los pocos momentos debiendo regresar á bordo.

Tratábase de poner las lanchas en el mar, no para satisfacer la ardiente impaciencia de los marineros á quienes tardaba el llegar á la costa, sino para demostrarles la imposibilidad de que semejantes tentativas tuvieran buen éxito. Ya se habia hecho trozos un botecillo, y el del capitan estaba en muy mal estado, cuando algunos buenos nadadores propusieron ir con él para intentar establecer una cuerda de comunicacion con la tierra. El bote partió en efecto con su aventurera tripulacion, pero se estrelló contra las rocas, pudiendo sin embargo salvarse los marineros.

Asaz demostrado ya que, miéntras no amainasen el viento y el mar, cuanto se hiciera no tendria buen éxito, M. Oysonville aconsejó á la tripulacion que descansara durante la noche... pero ¡qué descanso, Dios eterno! y ¡qué noche pasaron!

El capitan por su parte no tiene más que una idea: la salvacion de todos aquellos que la patria le ha confiado. Para él no hay descanso; la responsabilidad que sobre él gravita le oprime el pecho con toda la fuerza de su enorme peso; su honra está terriblemente comprometida. Fija sin cesar la vista en el barómetro, cuya deplorable inmovilidad justifican demasiado la constancia del viento, el horrible manto negro que cubre el horizonte, y la mar espantosa una de cuyas ondulaciones puede desgajar el buque y sumergirlo, contempla el indicador con ansiedad creciente. Siéntase, sin embargo, un instante para dar á su cuerpo un poco de la tranquilidad que el alma no puede encontrar, cuando entra un marinero en su cámara. Es un gaviero, uno de los mejores que hay á bordo.—¿Qué quieres, muchacho?—Vengo á deciros, capitan, que no os inquieteis. Somos doce gavieros que hemos jurado sacaros de aquí y no salvarnos sin vos. Hemos reunido lo necesario para construir una balsa, y cuando querais partirémos.—Gracias, amigo mio, pero ni quiero ni debo partir.—Nosotros, capitan, os

apreciamos, y no podemos sufrir que perezcais aquí; porque, al fin y al cabo bien sabemos que ninguna parte teneis en el naufragio, pues no es culpa vuestra si ese condenado piloto nos ha conducido aquí y si se ha echado esa maldita áncora. Nosotros os queremos mucho; ya habeis oido que la tripulacion ha gritado ¡viva el capitan! cuando el *Superbe* ha doblado el cabo de Nausse. Con que así, á la órden, mi capitan.—Te lo repito, gracias, muchacho. Lo que me dices me demuestra que teneis confianza en mí; os lo agradezco y os pido de ello una prueba, y es que hagais mañana todo lo que os mandaré. Véte á acostar, y dí á tus camaradas que tengo buenas esperanzas.

Al despuntar el dia volvieron á empezarse los trabajos. Con varias correderas ataron algunos toneles vacíos y muy bien tapados, fáciles de arrastrar por el agua, y los echaron luego al mar, esperando que las olas y el viento los arrojasen á la costa, en donde los marineros que el dia ántes habian llegado á ella podrian cogerlos. Sucedió así en efecto, y apoderándose de un tonel flotante cogieron los de la playa la corredera á cuyo extremo debia encontrarse un cable para establecer la tan deseada comunicacion; pero despues de algunos esfuerzos se observó que la corredera enredándose en las rocas no podia desprenderse de ella. Al primer tonel siguieron un segundo y un tercero, pero siempre con los mismos inconvenientes y resultados.

Miéntras algunos se ocupaban en esta operacion infructuosa, M. de Oysonville hacia construir dos grandes jangadas para el caso en que el navío se partiera en dos ó se fuéra á fondo, utilizando al efecto dos mástiles, el palo mayor y el de mesana, que habian caido á la cubierta cuando el *Superbe* cabeceando chocó con las rocas del fondo; y los cuales mandó guarnecer de pedazos de cuerda con un ojal en su extremo al que pudiesen agarrarse los hombres en caso de necesidad.

Pero no era esto todo: la zozobra de los marineros era tal que unos tras otros iban á pedir permiso para ir á tierra nadando con riesgo casi seguro de ahogarse, permiso que el capitan negaba, pero ingeniándose al mismo tiempo para buscar medios de salvamento y satisfacer la impaciencia de los náufragos. El experimento de los toneles fue entónces útil, y fiado en él M. de Oysonville permitió que se construyeran una porcion de pequeñas balsas con puertas, tablas, cajas y otros objetos; las hizo arrojar sucesivamente al mar, y todos aquellos que pudieron entregarse sin imprudencia á los azares de esta navegacion, todos aquellos á quienes no atemorizaron los continuos vaivenes que el mar estrellándose á más de quince piés sobre la cabeza de los nadadores daba á los pobres fugitivos, se trasladaron á la costa. Los que no sabian nadar, se salvaron colocándose entre buenos nadadores, y el éxito de las balsas fue completo dando un poco de ánimo á los que habian permanecido á bordo del navío, vislumbrando en ellas un modo bastante seguro de llegar á la isla.

A muchos naturalmente les repugnaba servirse de pequeñas balsas, ya porque no sabian nadar, ya porque espantados y transidos de frio no se atrevian á desafiar las dolorosas eventualidades de un trayecto en el agua, y esperaban que se creyese posible utilizar la chalupa y el bote mayor; en vista de lo cual y sin embargo de que el mar estaba aun espantoso, M. de Oysonville mandó que se echase al agua el bote en el cual se embarcó un osado oficial, M. Maisonneu-

ve, con algunos bateleros, creyendo que podria establecer la comunicacion con la costa que tanto importaba obtener. Una cuerda que se largaba desde el navío sostuvo por algun tiempo la embarcacion; pero pronto se vió esta obligada á abandonar la amarra, y presa de las olas fué á dar contra las rocas de la costa que esperaba rodear con ménos desgracia. Los bateleros se salvaron, pero la tripulacion del navío volvió á sumirse en un acceso de consternacion al desvanecerse su esperanza: Aun nos quedan recursos, hijos mios, dijo el capitan, no os desalenteis; procuremos poner la chalupa en el mar y quizás seamos con ella más afortunados que con las demas embarcaciones. Manos á la obra. ¡Ea! maese Jaconiere, disponed vuestra gente y empecemos.

La operacion era difícil y fue muy larga, pues duró no ménos de tres horas, atendido que los auxiliares de maese Jaconiere no eran los mejores marineros de á bordo, por cuanto la mayor parte de los hombres escogidos, suponiendo que los hubiese en la tripulacion del *Superbe*, habian saltado en tierra; y hasta los doce gavieros que tan generosamente trataran de salvar al comandante, habiendo construido una balsa por órden de Oysonville, se trasladaron á la costa. A pesar de todo se consiguió poner la chalupa en el agua por la parte que se ladeaba el buque. Grande fue entónces el afan de los que tanta prisa tenian por salvarse, y como la chalupa no podia contener más que unos ciento veinte hombres, desde luego pareció que cuantos habia en la cubierta porfiaban para arrojarse en ella primero. Cuélganse á las cadenas de los obenques y á todo lo que pende de á bordo, y espiando el momento en que la ola lleva la embarcacion bastante cerca, saltaron en ella á ciegas y con riesgo de romperse las costillas. El único quizás que sereno está presidiendo ese trasbordo, necesariamente algo desordenado, en cuanto ve ochenta hombres en la embarcacion exclama:—Basta, no más.—Pero, capitan...—Ni un hombre más, ¿lo entendeis? vosotros volved á bordo. Y todos los que aspiraban á partir suben otra vez dócilmente, como si se les hubiese mandado un ejercicio ordinario.

Se aleja la chalupa y sufre la misma suerte del bote, acrecentando la desesperacion en los que á bordo quedan, pues la noche se acerca y sabe Dios lo que ocurrirá en una noche. Ya se notaba en los náufragos ese desaliento extremado que sucede á la ruidosa efervescencia del dolor. Aun nos queda con que hacer una gran balsa, les dice M. de Oysonville. Ya habeis visto que las almadías han ido mejor que las embarcaciones; juntemos pues nuestros masteleros de reserva y todos los materiales de que disponemos, y tendrémos un excelente medio de transporte.

La proposicion del capitan es acogida favorablemente; comprendiendo que no les queda otro recurso trabajan con ardor, dejando al poco tiempo lista la balsa. M. de Oysonville, no juzgando oportuno botarla desde luego, manda que se la deje en donde ha sido construida hasta que él haya vuelto de su cámara; pero apénas han pasado algunos minutos, cuando se habla ya de irse y de echar al agua la jangada. Un oficial acude para advertirlo al capitan, quien sube entónces á la cubierta.

—¿Qué acaban de participarme, amigos mios? Dicen que sin órden mia quereis echar la balsa al mar. —Pero, capitan... —Fuera observaciones inútiles. Seguramente no dudais que deseo salvaros á todos; tal es mi aspira-

cion más ardiente, tal tambien mi deber. Pero como yo respondo de vosotros, debo ser obedecido para la salvacion de todos. Cuando creeré que es tiempo de botar la balsa, os lo diré. Nada hay que deba precipitaros; ¿veis aquel punto del cielo? El azul no es aun bien claro, el viento no ha cesado todavía, pero paciencia, hará buen tiempo ántes de poco. Descansad y esperad mis órdenes. —Sí, capitan. Y todos se sientan sin murmurar, pero no sin temblar de frio y miedo.

Sin embargo échase la balsa al mar; y apénas en él, un caique alquilado á muy alto precio se dirige hácia el *Superbe,* y arrojando un rezon á la izquierda de la roca que tiene el navío á proa, establece con el calabrote la tan deseada comunicacion entre el buque y la playa. —¡Y bien, hijos mios! ¿quién va en la balsa? —El caique, capitan... —El caique puede contener muy poca gente y sabe Dios si tendrémos la fortuna de que pueda hacer muchos viajes. Sin embargo, á nadie obligo; vaya en la balsa el que quiera. Sesenta hombres se colocaron en ella; parte y llega á tierra sin accidente alguno. Entónces el caique atraca á estribor, y todos están ya de pié en la cinta del buque para arrojarse en él. —¿Quién os ha dado permiso para subir á la regala? bajad todos. —Sí, capitan. Y bajan en efecto.

—Si como es de creer esta barca debe volver á la orilla, si este primer viaje ha de ser feliz, ¿no hay por ventura individuos en quien debemos pensar ántes que todo para asegurar su salvacion? ¿No tenemos acaso enfermos y grumetes?—Es verdad, capitan. Súbese á los enfermos, y se embarca á los grumetes. El caique puede admitir aun tres ó cuatro hombres; todos á la vez suplican que se les deje saltar en la dichosa embarcacion, pero M. de Oysonville pone de centinela á dos alumnos sable en mano y les dice: He indicado ya á los que deben partir, si alguno quiere bajar á pesar mio, atravesadle con el sable. Vosotros me respondeis del cumplimiento de esta órden. La barca se aleja. Cada cual vuelve luego á implorar el favor de ser de los del próximo viaje, é invoca para ello derechos sagrados:—Yo soy casado. —Yo, tengo una pobre criatura que ha perdido ya á su madre. —Yo, capitan, mantengo á mi pobre padre. —Yo tengo una novia que me espera.—Y yo, capitan, yo me muero de sed treinta horas hace. —Tienes sed y te compadezco, pues á mí tambien me devora, y sé lo que hace sufrir; pero sin excepcion, cada cual á su vez y segun su derecho.

El caique hizo cuatro viajes y se llevó ochenta hombres designados por el capitan.

La noche se acercaba, pero cedia el mar y el viento calmaba un poco. Ciento cuarenta hombres quedaban aun á bordo del *Superbe.*—¡Cómo! ¡todavía hemos de pasar una noche, una eterna noche á bordo! ¡Es preciso! pero los afortunados somos nosotros, hijos mios: los que se hallan en la playa se han mojado, están helados, y van á tener toda la noche un frio horrible; nosotros al ménos estarémos bien abrigados. Arreglémonos como podamos para dormir y mañana temprano irémos todos á tierra. La razon venció al terror; abrigáronse todos y algunos durmieron.

Al dia siguiente el tiempo estaba hermoso, el mar navegable y todos se salvaron. ¡Milagro! sí, milagro de la disciplina, de la confianza de los subordinados en sus jefes, de la sangre fria del capitan responsable.

En tierra el servicio se hizo como en un cuartel, y diez dias despues del naufragio la tripulacion del *Superbe*, con sus tambores y sus oficiales al frente, se dirigió á Nausse donde los esperaba el navío *ville de Marseille*. Ni un hombre faltó á la lista; M. de Oysonville no perdió más que nueve marineros durante los dos crueles dias que empleó en desembarcar su gente: el uno lo mató el baupres y los otros ocho se ahogaron por imprudencia y por descuidar algunas precauciones que se les aconsejaran.

EL MEDITERRANEO

Y LAS COSTAS DE BERBERIA.

Si en vez de escribir un viaje dramático nos hubiésemos propuesto hacer un viaje pintoresco desde el Archipiélago, pasaríamos ahora por el famoso Helesponto á las tranquilas aguas del mar de Mármara, y despues de haber recorrido las playas de la antigua Tracia, tan rica en históricas ruinas, nos detendríamos en Constantinopla, la soberbia Estambul, para visitar su curioso recinto.

Viéramos entónces aquella renombrada mezquita que consagró á santa Sofía Constantino, y que dedicaron luego á su profeta los conquistadores mahometanos; contempláramos el bazar de los esclavos, en el que se hallan reunidos los tipos más opuestos de la gran familia humana: las caras más bellas junto á la más asquerosa; la tez más blanca y sonrosada de las mingrelianas al lado del negro abisinio de rostro brillante como el ébano pulimentado; las más elegantes formas de las hijas de Circasia y Georgia, con facciones regulares y hermosas, con su larga cabellera y su talle esbelto y gracioso, mezcladas con los rostros más repugnantes del negro africano de nariz aplastada, labios descarnados, frente deprimida y cabellos crespos; todos casi desnudos, expuestos á las miradas de los compradores que lenta y detenidamente los examinan. Viéramos tambien el imponente castillo de las Siete Torres, do tantos gemidos se ahogaron; el gran bazar de los mercaderes, tan curioso y tan distinto de nuestros mercados y en el que tantas riquezas se amontonan; los magníficos baños orientales de Mustafá, brillante muestra del sensualismo musulman; el vasto Hipódromo, antiguo circo de los griegos; la admirable cisterna de las mil y una columnas, restos asombrosos de un imperio que fue.

Surcando el Bósforo penetraríamos luego en el mar Negro, y allí, en el borrascoso *Ponto Euxino*, visitáramos la patria de los ántes aguerridos búlgaros, sujeta hoy al duro yugo del islamismo, y descubriéramos las costas de la pobre y casi desierta Besarabia. Odessa, célebre por una guerra reciente, presentárase á nuestros ojos, y en seguida Crimea, tan floreciente un dia en poder de griegos y genoveses, tan fértil siempre, tan pobre ahora, devastada por cien luchas sucesivas.

El estrecho de Yenikalé nos franqueara el paso del mar de Azof por cuyas orillas vagan esas hordas feroces que nadie sabe de dónde vinieron, y que esparcidas ya por toda la Rusia son para ella una de sus más terribles armas. Los cosacos, azote de tantos pueblos, enemigos hoy de quien ayer fueron aliados, siempre ganosos de sangre y pillaje, indomables y sediciosos, horrible plaga del país que huellan, tan peligrosos á sus señores como funestos á sus contrarios, se nos presentaran con sus pequeños caballos, sus largas lanzas, su semblante avieso y raro traje.

Repasando el estrecho de Kerch contemplaríamos las elevadas cimas del Cáucaso, recorriéramos sus apretados desfiladeros, mediríamos sus espantosos precipicios y siguiéramos por sus escarpadas sendas á aquellas tribus indómitas que tanto cuestan á los moscovitas, aquellos salvajes circasianos, tan hermosos como rudos, tan valientes como fanáticos, tan hospitalarios como rapaces, que Schamil ha ilustrado con sus proezas, inflamado con su genio, sojuzgado con su talento, dominado con su bravura, y cuyo glorioso recuerdo sobrevivirá á su desgracia. Admiráramos allí la belleza tan pura de sus mujeres, codiciados tesoros de voluptuosidad que los discípulos de Mahoma conquistan con sangre ó compran con oro, para que sean el más lujoso y más preciado ornamento de sus harenes. Siguiendo las costas de la antigua *Colquida* pasaríamos á las del Asia menor, la Anatolia de los turcos, cuyos campos hollados por tantos ejércitos un dia, permanecen casi incultos en poder de una raza degenerada que, envilecida en la esclavitud ó enervada por el vicio, borrado el recuerdo de su antiguo esplendor, perdida la idea de su anterior grandeza, gasta su vida en una indolencia extrema que justifica con un fatalismo debelador, sin conservar de sus pujantes abuelos más que un resto de su pintoresco traje y de sus fanáticos errores.

Ya en Escútari, la ciudad de los palacios y de los jardines, de los sepulcros suntuosos y de los frondosos cementerios, mansion del deleite, sitio de placer de los señores turcos, repasaríamos el Bósforo y los Dardanelos, y tras una breve detencion en las famosas islas de Sámos, la antigua *Parthenia,* tantas veces célebre, lecho de amores de Marco Antonio y Cleopatra; Ródas, la del coloso maravilla del mundo; Candía, la *Creta* de los griegos, patria de Mínos y Raadamanto tan celebrados por sus leyes; y Chipre, campo de batalla tantas veces escogido por los adoradores de la cruz y los sectarios de la media luna; nos trasladaríamos á las desiguales costas de la Siria, penetráramos en sus inmensos desiertos áridos y abrasados que con sus cansadas caravanas recorren los árabes beduinos; aspiraríamos el aroma de sus deliciosos valles cubiertos de flores y verduras; contemplaríamos los despeñaderos del Líbano, penetraríamos en sus negras selvas, y viéramos allí la guerrera nacion de los drusos, enemiga jurada de la Turquía. Contemplaríamos en Damasco el país de los tan renombrados fenicios, padres de la navegacion y del comercio, y la patria de aquellos califas, terror del orbe cristiano, el campo de los cruzados, y la cuna del cristianismo en la ciudad santa de Jerusalen y en las aguas sagradas del Jordan.

Divisáramos ya entónces la corriente del Nilo, desembocando por sus tres brazos en el Mediterráneo, y las cúspides de las maravillosas pirámides de Egipto; y allá no muy léjos se nos presentaria Abukir, teatro de un gran drama marítimo cuyas peripecias quisiéramos ofrecer.

Pero nosotros que hemos pasado indiferentes ante Finisterre y Trafalgar, que ni una palabra hemos tenido para evocar el recuerdo de Lepanto, no podemos tenerla para Abukir. El relato de esos dramas sangrientos que se llaman combates no nos pertenece; nuestro viaje dramático es un viaje VERÍDICO, pero no HISTÓRICO.

¡HISTÓRICO! A serlo, ¡cuántos y cuántos tomos debiéramos llenar ántes de salir de ese Mediterráneo! ¡En él se encierra por decirlo así, la historia del mundo desde la más remota antigüedad! En él se bañan la antigua Fenicia, que dió el sér á la marina; el Egipto, cuna de las ciencias; la Grecia, antorcha y modelo de la antigüedad; Roma y Cartago, Bizancio y... mas ¿á qué? La historia del Mediterráneo es la historia de la civilizacion, es la historia conocida de la parte más importante de la humanidad. ¡Él es el grande escenario en que se ha desarrollado ese inmenso drama cuyos actos son siglos y generaciones sus personajes! ¡Drama sobrado grandioso para caber en nuestra humilde y modesta coleccion!

Apresurémonos pues á alcanzar las costas de Berbería. En ellas encontrarémos para referir otros dramas, si ménos importantes, no privados de interes, y propios para nuestro objeto.

En ellas encontrarémos aquellos antros de piratería, azote de la Europa tantos años. Trípoli el ménos bárbaro de los estados berberiscos, Tunez agregacion de árabes, y ambos regidos por un gobierno que se esfuerza en arrastrarlos por la senda del progreso; Argel el más famoso de los pueblos del Norte de Africa por sus terribles piratas que sin igual osadía desafiaron un tiempo al más poderoso monarca del mundo, y cansando al fin la paciencia de la Europa, atrajeron sobre sí la cólera y la dominacion de la Francia; y por último Marruecos, el más bárbaro y cruel, el más pérfido, el más avaro, de los pueblos de aquella region.

La guerra de Francia con Argel, la de España con Marruecos y las frecuentes relaciones de los europeos con Trípoli y Tunez han dado á conocer ya bastante aquellos países, sobre los cuales tantas fábulas se contaron, tantas ilusiones se hicieron, tantos errores se aceptaron como verdades; mas si esto no bastara, lo que fueron y lo que son contribuirán á demostrarlo las relaciones de los que la fatalidad arrojó en sus playas.

CAUTIVIDAD Y AVENTURAS

DE WILLIAM OKELEY.

En el mes de junio de 1639 embarcóse William Okeley en Gravesend, puerto muy frecuentado á orillas del Támesis y á ocho leguas de Lóndres, á bordo de la *Mary*, corbeta inglesa armada de seis cañones, con cargo de telas y paños

para la isla de la Providencia, una de las Lucayas en el golfo de Méjico, y sobre ochenta hombres entre tripulacion y pasajeros.

A los cinco dias de esperar viento favorable, diéronse á la vela yendo á fondear en la isla de Wight cerca de Portsmouth, en donde advirtieron que la cerveza se habia averiado de tal suerte que hubo de arrojársela al mar y limitarse á beber agua mezclada con vinagre. Cuando volvieron á aparejar, el buque tocó en un banco de arena que se encuentra entre la isla y la costa de Inglaterra, si bien la marea lo repuso á flote.

Tres buques navegaban en conserva con la *Mary*, uno de ellos armado con veinte cañones, y como seis dias despues de haber salido del puerto de Wight descubriesen á cuatro leguas sotavento tres bajeles, los capitanes de los cuatro buques se reunieron para deliberar acerca de si sería conveniente esperarlos ó continuar su ruta, decidiendo al fin lo primero, se ignora por qué.

Poco tardaron en arrepentirse de su determinacion. Los tres bajeles, como, luego advirtieron, eran piratas turcos; y si bien á medida que se acercaban, los capitanes ingleses resueltos al parecer á combatir hacian todos los preparativos necesarios para recibirlos, durante la noche les abandonó el valor y determinaron huir. Las vacilaciones nunca dan buen resultado: si en el primer momento hubiesen decidido no luchar, ó adoptado á fuer de hombres esforzados el opuesto partido, hubieran escapado quizás del peligro; pero no fue así, y uno de los bajeles turcos dió caza desde luego á la *Mary*, quedando los otros dos vigilando á sus compañeros hasta el amanecer, que los atacaron entrando al abordaje tras un breve combate y los apresaron, causándoles seis muertos y numerosos heridos.

Los berberiscos los tuvieron en el mar seis semanas custodiándolos con sus bajeles, en los cuales encontraron los ingleses á varios compatriotas tambien cautivos. Consoláronse mútuamente, los unos enseñaron á los otros algunas palabras de la lengua de los piratas y estos acabaron por conducirlos á todos á Argel.

Ya en tierra, los encerraron en una cueva profunda y sucia, y el dia siguiente los condujeron ó mejor dicho los arrastraron al palacio del dey, que segun sus leyes tenia derecho al diezmo de los esclavos, llevándolos el inmediato dia de mercado á la plaza pública, donde cual si fueran bestias de carga los pusieron en venta.

William Okeley cayó en manos de un hombre de Tagora, cuyo padre empezó por llenarle de injurias porque era cristiano; y como el inglés imprudentemente le diese á entender por señas que Mahoma no era mas que un impostor, el musulman encolerizándose terriblemente lo molió á palos. Okeley se apoyó entónces en la balaustrada de una galería amenazándole con arrojarse al patio, con lo cual se calmó repentinamente la cólera del celoso creyente, pues debió de comprender lo que perderia su hijo con la muerte del esclavo; pero cuando regresó el amo, contóle su padre lo que pasara, y cediendo aquel á un movimiento de enojo, sin querer saber más desenvainó el puñal y probablemente hubiera puesto término á la cautividad y á la vida del inglés, á no haberle calmado su mujer sujetándole.

Los seis primeros meses estuvo empleado Okeley en hacer recados y llevar fardos; pero luego su amo le embarcó, y por más que le hiciera aquel presente

que no era marinero, fueron inútiles todas sus protestas y debió obedecer. «Despues de un crucero de nueve semanas durante el cual no apresámos más que un buque, mi amo, dice Okeley, disgustado del poco éxito de sus expediciones, me pidió dos pesos al mes que yo debia ganar en tierra como pudiese. No sabiendo cómo arreglármelas, fuí á consultarlo con uno de mis compatriotas que vendia hierro, plomo, balas y toda clase de objètos de igual género, y este me propuso que me asociara á su comercio, proposicion que acepté.

«Mi amo me adelantó algun dinero, el cual, unido á una pequeña cantidad que habia yo ahorrado, me puso en disposicion de empezar mi comercio, y como los negocios iban bien, para aumentar nuestras ganancias comprámos al poco tiempo un tonel de víno; pero mi asociado, engreido con el buen éxito, descuidó el trabajo y se dió á beber, dejando que cargara sobre mí todo el peso de nuestra industria.

«Así pasé cuatro años harto crueles, sin probabilidad ni esperanza siquiera de salir algun dia de la esclavitud, continuamente expuesto á la tentacion de renegar nuestra fe, cuando los piratas apresaron un buque inglés en el cual se encontraba un eclesiástico llamado Devereux. Habiendo observado su conducta modesta, grave y piadosa, quisieron algunos que les suministrase los socorros de su ministerio; y entónces nos comprometímos á mantenerlo y dar á su amo la suma que se conviniese. Él en cambio predicaba tres veces cada semana en una cueva, en la que nos reuníamos á veces sesenta ú ochenta, y á pesar de que daba á la calle, nunca los moros nos interrumpieron.

«Mi primer socio me habia abandonado del todo; pero un compatriota llamado John Randall que habia yo acogido, trabajaba asiduamente conmigo. Como los musulmanes concedian á los esclavos la libertad de pasearse á la distancia de una legua fuera de la ciudad, un dia que Randall se encontraba algo indispuesto, salímos juntos. Cuando hubímos llegado al límite de nuestros paseos, diéronme ganas de ir un poco más léjos á fin de examinar la costa, para el caso que se presentara una ocasion de escapar sin que en aquel momento tuviésemos intencion ninguna de hacerlo. Sin embargo, uno de los oficiales encargados de vigilar á los esclavos nos acusó de haber querido huir, y á pesar de nuestras reiteradas denegaciones, siéndonos imposible toda resistencia, nos arrestó conduciéndonos inmediatamente ante el dey y su consejo; mas como nosotros persistímos en lo que habíamos ya declarado, por de pronto no se nos impuso más castigo que el de tenernos encadenados en las prisiones del dey hasta que los respectivos amos pidiesen nuestra libertad. El dia siguiente, en efecto, nos echaron fuera; pero el amo de Randall, usando de la autoridad absoluta é ilimitada de los argelinos sobre sus esclavos, le hizo dar trescientos azotes en la planta de los piés.»

El dueño del pobre Okeley lo envió á trabajar con varios esclavos tejedores, quedando todo el tiempo que permaneció entre ellos abandonada su tienda, y así fue que cuando su señor le exigió sus mercancías para que le pagara la suma que le habia adelantado, se encontró dicha tienda saqueada completamente, tanto que sólo quedó en ella una corta cantidad que Okeley habia enterrado.

Algun tiempo despues su dueño lo vendió á un anciano que lo trató con humanidad y hasta con la ternura de un padre, segun confiesa el mismo Okeley;

sin embargo, el amor á la libertad atormentaba al pobre cautivo que no pensaba sino en los medios de alcanzarla.

«A fuerza de poner en prensa la imaginacion, dice, inventé un medio que puse en conocimiento de algunos de mis compañeros de desgracia, entre ellos Randall, quienes lo aprobaron; pero no atreviéndose á arrostrar los peligros de su ensayo, siete únicamente entraron en el plan, que se fundaba en un bote de mi invencion formado de piezas que debíamos reunir en el momento de hacer uso de él. Presentáronme algunas objeciones que procuré rebatir, aunque yo mismo no estaba muy tranquilo, uniéndose á mis temores los escrúpulos que me sugeria la idea del perjuicio que iba á causar á mi excelente dueño; pero poco tardó en sofocar unos y otros el ardiente amor á la libertad.

«Empezámos pues á trabajar en la cueva que nos sirviera para nuestras devociones, y terminado ya el casco del buque, inventámos un forro que nos evitó el uso de los clavos y martillos, cuyo ruido hubiera llamado la atencion de los argelinos; proporcionándonos luego todo el trapo necesario para cubrirlo dos veces, brea y sebo para calafatearlo y por último vasijas de tierra para derretir estas materias. Durante esta operacion fue preciso tener abierta la puerta de la cueva para que el humo y el gas no nos ahogaran, debiendo quedar yo de centinela para avisar si álguien se acercaba; pero felizmente no ví á nadie. Cuando todo estuvo concluido, desmontámos la embarcacion, llevando luego las piezas á mi tienda poco distante.

«Lo más difícil fue trasladarlas fuera de la ciudad, logrado lo cual las escondímos detras de un seto. Miéntras llevaba yo la tela que habíamos comprado para hacer una vela, noté que el mismo espía que tantos disgustos me ocasionara me seguia, pero felizmente ví á un inglés que lavaba ropa, y acercándome á él le rogué que me ayudase á lavar la mia, y consintiendo en ello empezámos desde luego, miéntras el espía fué á colocarse en una roca que nos dominaba. Poco despues á fin de mejor engañarle extendí la tela sobre aquella roca para que se enjugase; en vista de lo cual esperó el esbirro un momento y luego se fué. Yo, sin embargo, desconfiando de sus intenciones, me volví con el lio á la ciudad, tan luego como estuvo seco, lo cual desanimó mucho á mis compañeros. Por último, nos proporcionámos algunas provisiones y dos odres llenos de agua.

«Yo no dejé por esto de hacer á mi amo las visitas de costumbre; pero por otra parte convertia secretamente todos los objetos de mi comercio en dinero y lo confiaba á M. Devereux, el eclesiástico de que hablé ántes.

«El lugar que escogímos para trabar las piezas de nuestra embarcacion estaba situada detras de una colina á media milla de Argel. Cuando todo estuvo dispuesto, arrastrámos el buque al mar; pero apénas nos hubímos embarcado entró el agua por encima de las bordas y por poco lo echa á fondo. En este apuro dos de los nuestros conociendo que les faltaba el valor, se excluyeron voluntariamente de nuestra compañía, y libre de su peso el bote volvió á flotar, pareciéndonos que estaba en estado de suportar el viaje.

«Nos despedímos entónces de nuestros dos compañeros deseándoles toda la felicidad que puede hallarse en la esclavitud y haciendo ellos por nuestra salvacion votos que no creian realizables, y partímos al fin en la noche del 30 de junio de 1644, época por siempre memorable para nosotros.

«No teníamos timon, aparejos ni brújula. Cuatro de nosotros remaban continuamente, vaciando otro el agua que penetraba al traves de la tela, y á pesar de que durante la noche hicímos increibles esfuerzos para ponernos fúera del alcance de nuestros dueños, al despuntar el dia estábamos aun á la vista de sus buques anclados en el puerto. Sin embargo, como nuestro bote estaba al nivel del mar, no nos descubrieron, ó nos tomaron por algun objeto que no valia la pena de coger.

«A cada momento advertíamos nuestra falta de precauciones. El pan, largo tiempo sumido en el agua salada, estaba completamente deteriorado, y las pieles curtidas de los odres comunicaban al agua un gusto detestable; con todo no nos quejámos, y mediante una estricta economía hicímos durar el pan tres dias; pero cuando este se hubo acabado el hambre se presentó con todos sus horrores, y los medios que empleámos para apagar la sed no sirvieron sino para irritarla más.

Por algun tiempo el viento nos fue tan contrario que si cesábamos de remar un instante al momento retrocedíamos, y el calor excesivo hacia nuestros sufrimientos insoportables. El que vaciaba el agua del bote nos rociaba con ella para refrescarnos; pero el ardor del sol y la frescura del agua al obrar alternatimente nos cubrieron de ampollas todo el cuerpo. Durante el dia estábamos completamente desnudos, y por la noche nos poníamos las camisas ó una túnica muy larga, pues los vestidos los habíamos dejado en tierra para no sobrecargar la embarcacion.

«Uno de nosotros tenia un compas de bolsillo que nos servia de brújula y nos guiaba durante el dia; las estrellas nos guiaban durante la noche, y si estaba nublado adivinábamos nuestra ruta por el curso de las nubes. Cuatro dias con sus noches pasámos en esta deplorable situacion, pero el quinto cesámos ya de remar, pues nos faltaron las fuerzas y no queríamos consumir inútilmente las pocas que nos restaban, habiendo llegado ya á un estado tal que deseábamos que nos apresara un buque de cualquiera nacion que fuese.

«Miéntras así nos entregábamos á la desesperacion, descubrímos no léjos una tortuga dormida en la superficie del agua. Al momento cogímos los remos, y acercándonos poco á poco á nuestra presa, la pusímos en la embarcacion como si hubiésemos obtenido un gran triunfo, y despues de haberle cortado la cabeza, bebímos su sangre, comímos su hígado y chupámos su carne, con lo cual recuperámos nuestras fuerzas de una manera sorprendente; renaciendo luego en nuestro pecho la esperanza, algo fundada, pues á cosa de medio dia divisámos la tierra. Imposible es describir nuestros trasportes de alegría al verla; como insensatos nos arrojámos todos al mar, sin pensar siquiera un momento que los tiburones podian devorarnos; pero luego volvímos al bote, rendidos por inútiles esfuerzos, y nos tendímos en el fondo durmiéndonos con tanta seguridad como en una cama. El sueño nos dió fuerza bastante para animarnos con nuevo ardor.

«La esperanza de abordar á tierra ántes de la noche nos hizo remar con vigor increible; pero con todo avanzábamos con mucha lentitud. Por la tarde vímos una isla, que uno de mis compañeros que habia navegado por aquellos mares dijo era Formentera, mas como habíamos visto ya Mallorca resolvímos dirigirnos á esta última. Toda la noche y la siguiente, que era la sexta despues de

nuestra partida, la empleámos en remar continuamente. Sin perder la isla de vista y sobre las diez de la inmediata abordámos en un paraje erizado de rocas tan escarpadas, que nos fue imposible encaramarnos por ellas.

«Miéntras estábamos junto á aquellos peñascos se acercó un buque á la costa. Figúrese cualquiera cuál sería nuestro temor, despues de tantas penas y fatigas, de caer en manos de los piratas berberiscos que infestan aquellos mares. Nos quedámos, pues, muy quietos, y cuando el buque se hubo alejado, fuímos costeando tan de cerca como nos fue posible, hasta encontrar un paraje á propósito para recibir nuestra frágil embarcacion.

«Al pisar la tierra fuí inmediatamente con uno de mis compañeros en busca de agua fresca, quedando los otros tres para guardar el bote, y á poco llegámos á una de las torres que los españoles han levantado en la costa para avisar cuando se acercan los piratas. Llamámos entónces á un atalaya diciéndole quiénes éramos y rogándole que nos indicase un manantial de agua fresca y nos diese un poco de pan, á lo cual nos contestó arrojándonos un pan enmohecido é indicándonos un pozo que allí cerca habia. Fuímos á él, bebímos un poco de agua comiendo un poco de aquel pan que podíamos apénas tragar, y luego regresámos apresuradamente donde estaban nuestros compañeros para comunicarles nuestro feliz descubrimiento. Poco despues abandonámos todos el bote y fuímos á acostarnos cerca del pozo.

«Cuando hubo salido el sol, habiendo rogado al atalaya que nos indicase el camino del lugar más inmediato, nos dirigió á una casa situada á unas dos millas de distancia, y cuyo dueño al vernos, juzgando por nuestro porte que íbamos con intencion de robarle, nos apuntó el arcabuz gritándonos que nos parásemos, pero uno de nosotros que entendia la lengua del país, procuró desengañarle, diciendo que éramos unos infelices libertados de los hierros de los argelinos por la Divina Providencia; y entónces el honrado labrador movido á piedad, nos hizo entrar en su casa y nos obsequió con una sopa caliente de garbanzos, que me pareció el plato más exquisito que hubiese comido en mi vida. Dadas las gracias á este buen hombre nos dirigímos hácia la ciudad de Mallorca distante unas dos millas.»

Al dia siguiente Okeley y sus compañeros entraron en la ciudad, en donde el relato de su fuga y su estado miserable excitaron el interes general, que se manifestó en favor de ellos con el buen trato y las atenciones de todas clases de que fueron objeto, de manera que el mismo virey quiso verlos y los mantuvo á sus expensas hasta que partieron.

Despues de haber permanecido algun tiempo en Mallorca, un buque los tomó á bordo y los condujo á Gibraltar, faltando poco ántes de entrar en el puerto para que los pobres cautivos cayeran otra vez en poder de dos galeras turcas que perseguian tenazmente su nave. Temblorosos y pálidos de terror, Okeley y dos de sus compañeros se quedaron en Gibraltar, miéntras los otros dos continuaron su viaje, arribando á Inglaterra ántes que él. Por último un buque español condujo á Okeley á Cádiz, y desde allí lo llevó á Inglaterra el capitan Smith, llegando á su patria felizmente á mediados de setiembre de 1644.

AVENTURAS
DE LA SEÑORA Y LA SEÑORITA BOURK.

En la historia del viaje que en 1720 hicieron á Argel y Tunez M. Dusault, enviado extraordinario de Francia, y los PP. religiosos Comblin, Lamotte y Bernard, se encuentra la siguiente relacion, que ofrece sumo interes y prueba, como otras mil de igual género, que la Argelia y demas estados berberiscos eran entónces un verdadero baldon, un escarnio perenne, un insulto continuo á las naciones civilizadas que se humillaban temblando ante aquellos piratas organizados y pagaban con oro su propia deshonra.

El conde de Bourk, oficial irlandes al servicio de España, habia sido nombrado embajador extraordinario de esta córte en la de Suecia, y con tal motivo la esposa del mismo que vivia en Francia con su familia resolvió ir á unírsele en Madrid. La guerra que en aquella época se hacian españoles y franceses indujo á esa señora á no hacer el viaje por tierra, y se embarcó en Cette á bordo de una tartana genovesa que encontró dispuesta á zarpar en direccion á Barcelona. Su séquito componíanlo su hijo de ocho años de edad, su hija de diez, el padre Bourk, cuatro camareras, un mayordomo y un criado; llevando ademas consigo muchos objetos preciosos, entre otros una rica bajilla, un retrato del rey de España engastado en una mano de oro macizo guarnecida de diamantes, tres cálices y algunos ornamentos de iglesia de gran precio.

Salieron del puerto de Cette el 22 de octubre de 1719, y el 25 del propio mes al despuntar el dia un corsario de Argel de catorce cañones, cuyo capitan era un renegado holandes, apareció á unas dos leguas de la tartana que estaba entónces á la altura y á la vista de Palamos. Para apoderarse de ella el capitan corsario destacó su chalupa con veinte turcos armados, los cuales al abordar dispararon siete ú ocho arcabuzazos sin herir á nadie, porque la tripulacion se habia tendido boca abajo ó escondido. Los turcos subieron á la tartana sable en mano, repartieron algunos cintarazos, recorrieron la cubierta, bajaron á la cámara en que se encontraba la señora Bourk, y apostando en la puerta cuatro centinelas condujeron luego la embarcacion hácia el corsario.

En cuanto la tuvieron cerca del buque argelino, hicieron pasar á él toda la tripulacion genovesa y la cargaron de cadenas. El capitan subió luego á la tartana, y presentándose en la cámara de la señora Bourk, preguntóle quién era, de qué nacion, de dónde venía y á dónde iba; contestando ella que era francesa y pasaba de Francia á España. Quiso él ver entónces su pasaporte que la señora Bourk le presentó al principio sin soltarlo por temor de que lo rasgase; pero habiéndole asegurado el corsario que se lo devolvería tan luego como lo hubiese

examinado, se lo entregó. Despues de haberlo leido con su intérprete se lo devolvió en efecto el corsario, diciéndola que nada temiese por ella, su séquito y su equipaje.

La señora Bourk le manifestó entónces deseos de que la mandase conducir con su chalupa á las costas de España de la que tan cerca se hallaba, diciéndole que debia esta atencion al pasaporte de Francia; que obrando así le ahorraria muchas penalidades, y que si consentia en hacerle este favor sabria agradecérselo y recompensárselo cuando se presentara la ocasion. El corsario replicó que como era renegado no podia hacer lo que le pedia, porque arriesgaria con ello su cabeza; que el dey de Argel creeria desde luego que con el pretexto del pasaporte frances habia puesto á rescate una familia enemiga de su estado y devuéltola luego en tierra cristiana; que era absolutamente indispensable que la siguiese hasta Argel; que su pasaporte y su persona fuesen presentados al dey y que despues se la pondria en manos del cónsul de Francia, el cual la haria trasladar á España por la via que mejor le pareciese; que le daba á escoger entre pasar á bordo de su bajel ó permanecer en la tartana, donde estaria más libre y más tranquila, y que le aconsejaba eligiese lo último á causa de los turcos que montaban su buque.

La señora Bourk aceptó por consiguiente el permanecer en la tartana; el capitan puso en ella solos siete turcos y algunos moros, y la amarró á su bajel para remolcarla, despues de haber retirado de ella la chalupa, tres áncoras y todas las provisiones, excepto las que pertenecian particularmente á la señora Bourk. Tomadas estas disposiciones, el corsario se dirigió á Argel. La señora Bourk regaló su reloj al capitan, y dió otro al comandante turco de la tartana con cuatro luises de oro.

El 26, 28 y 30 declaróse un vendaval que rompió el cable que sujetaba la tartana, que desde luego quedó separada del bajel, á disposicion del comandante y de los otros turcos, los cuales, del todo ignorantes en el arte de navegar, la abandonaron al viento y á la mar. Felizmente el temporal la arrojó á las costas de Bertería el 1.° de noviembre, en un golfo llamado Colo, al este de Gigery, capital de una de las tres provincias de la regencia de Argel, y echando allí el áncora el comandante que no conocia el país, envió dos moros á nado para que inquiriesen en qué punto estaban.

Los berberiscos de los alrededores que habian divisado la tartana, se trasladaron á la orilla armados y en número considerable para oponerse á un desembarco, persuadidos de que era un buque cristiano que venía para sorprenderlos y apoderarse de sus ganados; pero les desengañaron los dos moros diciéndoles que era una presa hecha á los cristianos y que contenia una gran princesa que conducian á Argel. Uno de los dos moros permaneció en tierra y el otro fué á dar cuenta de su comision diciendo al comandante que habian ido á parar más allá de Argel; en vista de cuya noticia, impaciente por llegar á aquella ciudad y reunirse con su corsario, el jefe de la tartana no se tomó el trabajo siquiera de zarpar, sino que cortó el cable y se dió á la vela, sin áncora, sin botes y sin brújula.

No estaba aun á media legua del golfo cuando pagó cara su imprudencia. Levantóse un viento contrario rechazándole hácia la costa; y aunque quiso servirse



Uno de los criados tenia á la señorita de Bourk en brazos.

de los remos de la galera, la debilidad de la tripulacion los hizo inútiles, y á pesar de todos sus esfuerzos la tartana dando contra una roca se estrelló. Toda la popa quedó al momento sumergida, y la señora Bourk, que estaba en la cámara orando con su hija y sus camareras, se ahogó con ellos. Los que se encontraron en la proa, entre otros el padre Bourk, el señor Arturo, irlandes, el mayordomo, una de las camareras y el criado, se agarraron á los restos del buque inmediatos á la roca.

Observando el señor Arturo que álguien luchaba con las olas, se dirigió hácia allí y encontró á la señorita Bourk. Cogióla entónces, la puso en manos del mayordomo, encomendándole que tuviese cuidado de ella, y añadiendo que él era el único que sabía nadar y que iba á ver si podia salvar á la señora Bourk; pero su generosa confianza le costó la vida, pues no volvió á parecer. El padre Bourk fue quien bajó primero de los restos de la tartana á la roca en que se habia estrellado, y se sostuvo algun tiempo á pesar de la violencia de las olas con su cuchillo que habia hundido en una rendija del peñasco. El mar lo cubrió varias veces y lo arrojó hácia una roca que salia del agua y que separaba de la costa un estrecho brazo de mar, el cual intentó pasar M. Bourk apoderándose de una tabla que le vino á mano, pero se le escapó. Sin embargo, despues de no pocos esfuerzos inútiles con el auxilio de un remo pudo alcanzar una roca adherente á la tierra firme; mas los berberiscos, que habian acudido á la orilla, se apoderaron de él y lo despojaron completamente maltratándolo bastante. Los árabes se arrojaron en tropel al mar esperando recoger un rico botin en los restos de la tartana, y el criado, que tenia en brazos á la señorita Bourk, hizo seña á dos de ellos que se acercaran, y cuando estuvieron á poca distancia se la arrojó con toda su fuerza. Los berberiscos cogiéndola el uno por la mano y el otro por el pié la llevaron á la orilla, en donde no hicieron mas que quitarle un zapato y una media en prenda de servidumbre. La señorita Bourk, al ver llegar á los kábilas habia dicho á su criado: No temo que esos hombres me maten, pero sí que me hagan cambiar de religion; sin embargo, ántes sufriria la muerte que faltar á lo que he prometido á Dios.

Una camarera de la señora Bourk y otro de sus domésticos se arrojaron al mar cada uno por su lado; los berberiscos acudieron en su auxilio y les ayudaron á alcanzar la tierra; pero apénas hubieron tocado á ella los despojaron por completo. El mayordomo, el último que se arrojó al agua, se servia de una cuerda para pasar de una roca á otra, cuando lo alcanzó un árabe que tambien lo despojó ántes de ponerlo en la ribera.

En este deplorable estado los condujeron desde luego á las chozas de la primera montaña. Para acelerar su paso los molian á palos, obligándoles á andar más que de prisa por caminos escabrosos que les ensangrentaban los piés. La camarera era la más digna de lástima, pues se habia hecho varias heridas con las puntas de las rocas; y ademas ella y su compañero iban cargados con un lio de ropa mojada y llevaban por turno á su jóven señorita. A media hora de la montaña fueron recibidos por las rechiflas de los berberiscos y los gritos de los muchachos, y como entre aquellos bárbaros habia numerosos perros, muy comunes en el país, esos animales excitados por el tumulto unieron sus ladridos y hasta sus mordiscos á la gritería de sus amos.

Los náufragos fueron repartidos como un botin: la camarera y el criado los entregaron á un berberisco del *aduar* ó aldea; el padre Bourk, el mayordomo y la señorita Bourk cupieron en suerte á otro kábila. A cada uno de ellos les dieron para cubrirse una asquerosa manta; por todo alimento, despues de tanta fatiga, entregáronles un pequeño pedazo de pan de alforfon, amasado sin levadura y cocido en el rescoldo; por única bebida un poco de agua, y por cama el duro suelo. El mayordomo con mucho trabajo pudo conseguir que se encendiese un poco de fuego para secar los vestidos de la señorita Bourk, y aun fue menester ponérselos ántes que hubiesen podido enjugarse del todo. En este cruel estado pasaron la primera noche.

Habia en aquel punto unos cincuenta habitantes, hospedados todos en cinco ó seis chozas, hechas de ramas de árboles y cañas, y en las cuales vivian mezclados hombres, mujeres, niños y bestias de todas clases. Los bárbaros reunidos todos en una que encerraba los tres cautivos, celebraron consejo para deliberar acerca del destino que debia dárseles. Los unos, por un principio de religion, opinaban que se les diese muerte, creyendo que con ello se asegurarian el paraíso de Mahoma; los otros, por interes y esperando gran rescate, fueron de parecer contrario; de manera que la asamblea se separó sin decidir cosa alguna.

El dia siguiente, habiendo llamado á los habitantes de los aduares inmediatos, volvieron á celebrar consejo, pero en número mucho mayor. La sesion fue sumamente borrascosa para los nuevos esclavos. Algunos de aquellos bárbaros les enseñaban el fuego para darles á entender que los iban á quemar vivos; otros desenvainando los alfanjes, gesticulaban como si fuésen á cortarles la cabeza; otros, en fin, cargaban sus fusiles con bala delante de los prisioneros y les apuntaban; un árabe asió á la señorita Bourk por los cabellos y le aplicó su yatagan al cuello; pero uno de los criados les hizo comprender que inmolándolos se privaban del rescate que podian esperar; y con esto los más ardientes se moderaron un poco, aunque los chiquillos y las mujeres redoblaban sus insultos á cada momento.

Los pobres náufragos estaban exactamente vigilados por un berberisco que los seguia sin cesar con una hacha en la mano. Al cabo de algunos dias el bey de Constantina, ciudad de la regencia de Argel y capital de la provincia de Levante, escribió á los berberiscos que le enviasen los cautivos si no querian que fuése él mismo á arrancárselos, á lo cual replicaron ellos que no le temian á él ni á sus tropas, aun cuando se les uniesen las de Argel. Los berberiscos no reconocian el poder del dey de Argel, y aunque estaban enclavados en su territorio y eran naturalmente súbditos suyos, vivian independientemente con el nombre de kábilas, sirviéndoles las montañas de Couco de inaccesibles murallas contra todas las fuerzas de Argelia.

Por muy horrible que fuese la situacion de la señorita Bourk y de los suyos una circunstancia cruel pudo hacerla más sensible: los kábilas quisieron aprovechar los objetos que habia tragado el mar y que suponian debian ser considerables; y como son muy hábiles buzos, retiraron en poco tiempo del fondo del agua los fardos y las cajas, y hasta los cadáveres, llevándose consigo á los criados para ayudarles á trasladar á la montaña lo que pudieran pescar. Despues de haber arrojado los cuerpos á la orilla, los desnudaron para apoderarse

de los vestidos, y hasta cortaron con piedras los dedos de la señora Bourk para apropiarse sus sortijas, temiendo profanar sus cuchillos, aplicándolos al cuerpo de una cristiana muerta.

¡Qué espectáculo para los desgraciados cautivos! ¡Qué dolor el suyo al ver los restos de personas tan respetables expuestas de aquel modo á las injurias del tiempo, destinados á servir de pasto á las fieras, y lo que era mil veces más sensible, entregados á los insultos y brutalidades de los berberiscos! Los domésticos de la señorita Bourk trataron de ocultarle ese horrible acontecimiento y felizmente lo consiguieron.

Entre tanto los kábilas se repartieron el botin: cortaron en pedazos las telas más ricas y las distribuyeron á los niños para que se adornaran con ellas la cabeza; vendieron la vajilla en almoneda; y los tres cálices, uno de los cuales valia á lo ménos cuatrocientas libras, los dieron juntos por ménos de cinco; porque como el agua del mar los habia empañado, los valuaron cual si fueran de cobre y de poca importancia. Los náufragos pudieron salvar de los moros algunos libros y una escribanía porque los despreciaron.

La señorita Bourk aprovechó desde luego la escribanía y un poco de papel blanco que habia al principio y al fin de los libros, para escribir tres cartas al cónsul de Francia en Argel; pero no llegaron á su destino.

Tres semanas despues del naufragio los berberiscos trasladaron á los europeos al interior de las altas montañas de Couco, en donde al parecer tenia su residencia el jeque, jefe de aquellos bárbaros. Doce de ellos armados con sables, fusiles y lanzas los escoltaban y obligaron al padre Bourk y á uno de los criados á que por turno llevasen á cuestas á la pobre niña, al traves de aquellos montes escarpados. Los berberiscos, acostumbrados á pasar por aquellos parajes con ligereza, hostigaban á los náufragos á pesar de su cansancio, á fuerza de hurgonazos, y así hicieron una larga jornada. Cuando llegaron al anochecer les repartieron un pedazo de pan, permitiéndoles por vez primera acostarse sobre tablas.

El jeque y los principales individuos de la kábila celebraron consejo para tratar de los cautivos; mas no habiendo podido ponerse de acuerdo sobre el reparto que de ellos debia hacerse, resolvieron volverlos al punto de donde habian venido. Sin embargo, como esta resolucion no se llevaba á efecto, se presentó su primitivo dueño acompañado de un turco para llevárselos; pero diez y seis berberiscos les obligaron con las armas en la mano á dejarlos, y el bárbaro, viendo que no podia recuperar su presa, cogió á la señorita Bourk y desenvainó el sable para cortarle la cabeza; pero el turco consiguió impedírselo reconviniéndole por su accion y probablemente haciendo valer sus propios intereses.

Por la noche llegaron los cautivos al aduar, que fue su primera residencia, y allí les dieron hojas de nabos crudas para que las comieran sin pan, lo que despues les ocurrió varias veces. Sin embargo, la amistad que poco á poco fuéron cobrando los niños á la señorita Bourk, les proporcionaba el alivio de tener un poco de leche y pan; pues los berberiscos tienen muchas consideraciones para con sus hijos, de manera que el cumplido más comun que se dirige á uno de quien se pretende algo es: *concédeme esto por la cara de tu hijo*. Tal es la costumbre.

Por fin, una carta, la cuarta que la señorita Bourk escribió al cónsul de Francia en Argel, llegó á su destino el 24 de noviembre, y el cónsul la comunicó inmediatamente á M. Dusault, el cual, dando órden de aparejar una tartana francesa que estaba en el puerto, mandó comprar vestidos y provisiones y obtuvo del dey una carta de recomendacion para el gran morabito de Bugía, que tenia grande influencia sobre aquellos pueblos. Escribió luego á la señorita Bourk remitiéndole algunos presentes, y aquella misma tarde la tartana se dió á la vela llegando en poco tiempo á Bugía.

Allí Ibrahim Agá, trujaman de la nacion, enviado por M. Dusault en la tartana, presentó las cartas del dey de Argel y las de M. Dusualt al gran morabito, quien á pesar de estar enfermo montó á caballo con el morabito de Gigéry, el trujaman y seis ó siete moros, y tomó el camino de las montañas que distaban cinco ó seis jornadas.

A su llegada, los berberiscos dueños de los cautivos, que habian visto de léjos la comitiva, se encerraron en la cabaña en número de diez ó doce con el sable en la mano. Los morabitos llamaron á la puerta y preguntaron dónde estaban los cristianos, á lo cual respondieron que estaban en el otro extremo del aduar, cuando un árabe que habia fuera hizo seña de que estaban en la choza. Al momento echaron pié á tierra los de la comitiva haciéndose abrir la puerta, y apretando á correr los berberiscos, el morabito entró con sus acompañantes.

Los esclavos, al verles, creyeron que habia llegado su última hora; pero el gran morabito los tranquilizó al punto, acercándose á la señorita Bourk, entregándole las cartas del cónsul y ofreciéndole luego pan y nueces. Toda la noche la pasó el gran morabito en la cabaña con su séquito, y el dia siguiente envió á buscar á los individuos de la kábila por sus hijos. Todos acudieron sumisos y en tropel, y besaron la mano del santon.

Este mandó llamar entónces al jefe de las montañas y á los que lo eran de las chozas del aduar, y cuando los tuvo reunidos en la que él estaba les declaró que el objeto de su viaje era reclamar cinco náufragos franceses. Díjoles que la Francia estaba en paz con la regencia de Argel y que no debian, contra la fe de los tratados, retener á los franceses bastante desgraciados ya con haber perdido su fámilia y sus bienes, sin que se les privara ademas de su libertad; que aun cuando las kábilas no estuviesen sometidas á la autoridad de Argel, no por esto dejaban de gozar las ventajas de la paz con Francia; que cometian una grande injusticia no soltándolos y que bastante se habian aprovechado ya de sus ricos despojos. Los moros se defendian como mejor les era dado; pero todas las razones que alegaban eran muy flojas.

Los pobres náufragos, miéntras duraban estas discusiones, iban perdiendo poco á poco la alegría que habian tenido y la esperanza que concibieran de verse pronto libres de su dura esclavitud, reemplazándolas la zozobra y el temor. Pero su consternacion fue completa cuando el intérprete les dijo que los berberiscos, estrechados por la autoridad y las razones del morabito, consentian en la libertad de los esclavos, con la condicion de que el jeque ó jefe se quedaria con la señorita Bourk, añadiendo que la destinaba para esposa á su hijo de catorce años de edad; que él no era indigno de ella y que aun cuando fuese hija del rey de Francia, su hijo no merecia ménos, siéndolo del rey de las montañas. Este

nuevo incidente les pareció más desagradable que todos los demas, y su cautividad se les figuró ménos dura que la necesidad que les obligaba á dejar á su señora, tan jóven y sin apoyo en manos de bárbaros.

Tales fueron su triste situacion y los temores de la señorita Bourk, miéntras el jeque se mostró inflexible; pero al fin el morabito, despues de haberlo llamado aparte, le puso algunas monedas en la mano prometiéndole una suma mayor, y el oro lo puso instantáneamente más tratable. Convino entónces en el rescate de los nueve cautivos por nuevecientos pesos de dos pistolas (1) y media cada uno, pagaderos al contado; pero los montañeses declararon á los diputados, al terminar el convenio, que su condescendencia se debia á la veneracion que profesaban á su morabito y no á temor alguno que les inspirase el dey de Argel. El morabito dejó en rehenes un turco y varias joyas de sus mujeres, y se llevó los cinco esclavos.

Tomaron luego el camino de Bugía á donde llegaron el 9 de diciembre, y allí les dieron camisas para ponerse debajo de las mantas, porque los vestidos que se les habian comprado sirvieron para hacer regalos á fin de facilitar su libertad. El 10 por la tarde se embarcaron en la tartana, que llegó á Argel al despuntar el dia. En el momento en que se la divisó, el capitan de un buque que pertenecia á M. Dusault mandó disparar un cañonazo al que contestó la tartana con cuatro disparos de sus pedreros, anunciando esta señal la llegada que con impaciencia se esperaba.

Despues de algunos dias concedidos á los náufragos para reponerse, se entregaron al diputado del gran morabito los nuevecientos pesos convenidos para el rescate de la señorita Bourk y de las personas de su séquito, á los cuales juntó M. Dusault varios regalos para dicho morabito y demas individuos que habian contribuido á la negociacion.

Por último, el 15 de enero de 1720 la señorita Bourk se embarcó con su tio y su camarera para Marsella, á donde llegó felizmente el 20 de marzo del mismo año.

NAUFRAGIO

Y CAUTIVERIO DE DUMONT.

En el mes de noviembre de 1782 salió del puerto español de Alcira el brik frances *Lievre*, montado por ciento cuarenta hombres, con destino á Mahon. Entre los individuos empleados en el servicio de los oficiales se encontraba P. J. Dumont, de veinte y cuatro años de edad, y el cual desde larga fecha seguia en el mar la fortuna de su amo.

(1) La pistola es una antigua moneda imaginaria de Francia, equivalente á cuarenta reales.

El tiempo, bueno durante el dia, se maleó al caer de la tarde; el cielo se oscureció, levantóse una tempestad, y sobre media noche arrojó el buque á la costa de Africa, entre Argel y Oran, haciéndolo pedazos. Ochenta hombres solamente consiguen alcanzar la orilla, y bendicen al cielo ya; pero poco tardan en comprender que no han escapado de un peligro sino para caer en otro todavía mayor: los naturales del país los esperan y reciben en la playa, y la muerte no los herirá quizás sino tras horribles sufrimientos.

Algunos se resignan con su suerte esperando que la sumision hará ménos terribles sus instantes postreros; otros resisten, y despues de haber luchado valerosamente, oblíganles sus heridas á rendirse. De los últimos fue Dumont.

Treinta desgraciados vivian aun, más ó ménos heridos todos, cuando los árabes cansados de herir abandonaron aquella carnicería, llevándose consigo todo lo que las olas habian depositado en la ribera, y los objetos de algun valor que encontraron sobre las víctimas. Volvieron al dia siguiente al amanecer y apoderándose de los treinta sobrevivientes, les ataron las manos en cruz, los sujetaron á la cola de sus caballos, y de este modo y á pié debieron seguir aquellos infelices á sus inhumanos vencedores. Algunos, incapaces de andar, se dejaban caer, y sus cuerpos quedaban al poco tiempo destrozados por las piedras del camino. Así anduvieron ocho noches seguidas, pues los árabes no viajaban de dia, por temor de encontrar alguna tribu á la que hubiesen debido disputar sus prisioneros. En cuanto clareaba se internaban en los bosques, y haciendo acostar á los cautivos en el suelo, formaban círculo á su alrededor. Un poco de pan y de agua era el único alimento concedido á los franceses para reparar sus fuerzas.

«La última marcha, dice Dumont, la hicímos de dia porque nuestros conductores ya nada habian de temer. Nuestros sufrimientos se renovaron. Por la tarde llegámos á la montaña Felix, en la que reside el jeque Osman, al cual fuímos presentados.

El bárbaro nos preguntó á qué nacion pertenecíamos.

—Somos franceses, le respondímos.

—¡Franceses! exclamó, sin fe, sin ley, pícaros y diablos.

Luego añadió.

—Que se los encadene.

Y la órden fue inmediatamente ejecutada.»

Despojáronlos de sus vestidos sin dejarles más que una chaquetilla de lana, y los ataron de dos en dos con una gruesa cadena de unos diez piés de largo y sesenta libras de peso que sujetaron á sus piés por medio de un grillete.

Estas nuevas penalidades se impusieron á desgraciados casi cubiertos de heridas; y así fue como tres de ellos no pudiendo resistirlas sucumbieron en pocos dias. Dumont estaba estropeado; una herida que recibiera en la pierna le impedia andar; su vientre estaba extraordinariamente hinchado. Todos esperaban que la muerte pusiera término á sus tormentos.

Condujéronlos al presidio situado á media legua del palacio. Este presidio parecia una gran cuadra; las paredes tenian cuarenta piés de elevacion sobre ocho de grueso. Dos mil hombres completamente desnudos, con barbas que les bajaban hasta la cintura, estaban alineados á lo largo de la pared y aco-

gieron á los recien venidos con gritos de alegría. El infortunio ajeno parece siempre que disminuye el propio.

Conducidos Dumont y sus compañeros al lugar que les estaba destinado, les sujetaron su cadena por la mitad con un candado á una armella fijada en la pared á tres piés de altura, echándoles debajo un poco de paja, y una piedra que les sirvió de almohada. Al llegar la noche los chinches invadieron su cuerpo, y á cada instante los dispertaban las picaduras de estos insectos que ellos aplastaban á puñados; y el dia siguiente se encontraron literalmente cubiertos de pústulas y de sangre coagulada.

A las seis de la mañana los hicieron levantar para ir al trabajo con los otros. Ademas de la herida de la pierna tenia Dumont una lanzada en el costado que le hacia sufrir mucho; esto no obstante, forzoso le fue andar arrastrando la cadena bajo la vara del conductor, que á la menor señal de debilidad dada por el enfermo lo levantaba á palos.

Por la tarde, un italiano que estaba cerca de su cadena, envolvió un bastoncito con cáñamo é introduciéndolo en la llaga volvió á abrir su extremidad que se habia cerrado, estableciendo luego una especie de sedal con el cáñamo que préviamente habia empapado en orines y agua de malvas. Este aparato debia renovarse á menudo, y teniendo cuidado de conservar siempre el sedal húmedo, Dumont se encontró curado á los tres meses. Un mal cuchillo le sirvió para extraer la bala que se habia quedado en la pierna.

Véase en qué términos cuenta el infeliz los tormentos que debió soportar.

«Cuando íbamos al campo, en terrenos incultos, sufríamos un hambre y sed devoradoras: el sol lanzaba á plomo sus rayos sobre nuestra piel que tenia ya un color de chocolate oscuro. Júzguese de su efecto en la canícula sobre espaldas desolladas. Nos cubríamos la cabeza con hojas y la barba nos daba sombra en el pecho. A los quince años de esclavitud, la mia me bajaba hasta la cintura.

«Algunas veces, si encontrábamos en el camino algun pedazo de oso ó de jabalí destrozado por los tigres ó los leones, pedíamos permiso para acabar sus deshechos.

—Sí, come, perro cristiano, contestaban los guardas; y entónces nos disputábamos aquel horrible botin.

«Otras veces la sed nos atormentaba de tal modo que muchos recogian para beber sus orines, ó los que dejaban los caballos en las huellas de los cascos.

«Pero nada hay que iguale los horrores de la sed que sufrímos un dia que se pegó fuego al presidio. Quemáronse nuestras barbas y cabellos; el agua que debia refrescarnos se empleó en apagar el incendio; el calor y los torbellinos del humo nos ahogaban, arrojábamos espuma, y momentos hubo en que nos creímos todos asados. Nunca se nos quiso desatar; y no se nos concedió agua hasta la época en que debia renovarse, sin tener en consideracion el consumo extraordinario que de ella se habia hecho.

«Fácilmente se concibe que con semejante género de vida nuestro cuerpo se endureciese en la fatiga y acostumbrase á los más duros tratamientos. Nuestras manos estaban tan cargadas de callosidades que nos era imposible cerrarlas ni siquiera la mitad. La planta de nuestros piés se habia convertido en una especie

de casco más duro y compacto que el de los caballos; de manera que indudablemente nos hubieran podido herrar sin dolor, y nunca sufrímos al pasar por los matorrales y malezas.»

Una sola vez recibió en su triste posicion un consuelo, y esta buena fortuna fue para él orígen de una terrible desgracia.

Un dia llega un árabe al campo en que trabajaba Dumont; los guardas se prosternan delante de él y le besan la manga. Pregunta el cautivo quién es aquel personaje, y le dicen que es un príncipe de Marruecos. Dumont persuade éntónces á su compañero de cadena á que le acompañe y se arroja á los piés del príncipe implorando su caridad. El príncipe oyéndole hablar su lengua, cree tener delante á un árabe convertido en cristiano.

—¿Por qué has renegado tu ley? le dice. ¿Ves cómo te castiga Dios?

—No, señor, contesta Dumont; yo no soy árabe, soy cristiano.

—¿De qué país eres?

—De Francia.

—¡Ah! ¡eres frances! ¡franceses sin fe, sin ley, pícaros y diablos! Escucha: si quieres renegar tu religion y abrazar la de Mahoma, te conduciré á mi tierra y te favoreceré.

—No, señor, soy hombre y cristiano; quiero morir en el seno de mi religion; el que reniega su fe no tiene ninguna.

—Tiene razon, dijo el príncipe á su ayudante de campo.

Y sacando cien cequíes de su bolsillo:

—Toma, dijo con bondad, para tí y tus compañeros.

Apénas se hubo marchado el príncipe cuando el segundo jefe de los guardas se adelanta hácia Dumont y le manda entregar el dinero que ha recibido; pero sin escucharle este lo distribuye entre sus compañeros. El carcelero furioso quiere forzar á aquellos infelices á que le entreguen su pequeño tesoro y se arroja sobre ellos repartiéndoles trancazos á troche y moche. Algunos para excusarse echan la culpa á Dumont y lo acusan de haber aconsejado la negativa.

Desde aquel dia no hubo descanso para el infeliz; los golpes llovian sobre él continuamente. Por mucho tiempo trató de enternecer á sus verdugos; pero sus lágrimas no hacian mas que exasperarlos en su furor. Algunas veces le dan accesos de rabia, se arroja sobre los que le han acusado, muerde, y á pesar de los golpes no ceja sino llevándose el pedazo entre dientes.

Un dia, en fin, en el momento que los esclavos salian del presidio y desfilaban ante el jefe de los guardas, recibió Dumont un golpe violento en los riñones. Bajo la impresion del dolor y de la ira, Dumont no puede contenerse, coge una piedra, la arroja al miserable y le aplasta un ojo. Se le echan encima y lo llevan sobre un mulo atado de piés y manos ante el jeque Osman.

Llegado á su presencia lo desatan y lo arrojan al suelo: Osman le pregunta la causa de su rebelion. Dumont le refiere exactamente todos los detalles.

—¿Con qué mano has arrojado la piedra? preguntó el jeque.

El esclavo enseña la izquierda. Cógensela al momento, la fijan sobre una mesa, y dos guardas la azotan con varas por espacio de veinte minutos. Luego manda Osman que la desaten, y dirigiéndose al jefe de los guardas le dice:

—¿Has visto como he hecho castigar al cristiano?

El miserable le da las gracias, pero el jeque asestándole una mirada severa:

—Tú, le dice, por haber preferido el dinero á la ley de Mahoma, serás ahorcado.

Y la sentencia se ejecuta en el acto bajo el primer árbol que se encuentra.

La mano de Dumont estaba completamente descarnada, de manera que no se veian en ella más que los nervios. De regreso al presidio lo emplearon en dar vueltas á una muela que servia para afilar las herramientas; y así pasó un año, al cabo del cual, sin más remedio que los orines, volvieron á crecer la carne y las uñas; pero quedó lisiado para el resto de su vida. Entónces lo volvieron al campo, encargando á su compañero de cadena que le ayudase en el cumplimiento de su tarea.

El conocimiento que tenia Dumont de la lengua árabe le sirvió algunas veces. Cuando sus guardas estaban de buen humor, lo llamaban para que les contase historias, y se lo pagaban dándole café; y muchas veces obtenia tambien algun alivio para sus compañeros.

Treinta y tres años hacia que Dumont era esclavo cuando estalló la guerra entre el jeque Osman y el dey de Argel, y en ella fueron batidas las tropas del primero y hechos prisioneros, sus dos hijos, por cuyo rescate exigió el último quinientos cautivos. Dumont fue del número de los que con este motivo se remitieron á Argel, en donde les dieron vestidos y se les alivió el cautiverio.

Ocho meses despues (1816) lord Exmouth exigia del dey que le entregase los esclavos cristianos, amenazándole con bombardear la ciudad. Entónces se los condujo á una cueva, en la cima de la montaña de Argel, y les declararon que eran libres.

«Al momento, dice Dumont, se precipitan todos á la entrada de la cueva: este movimiento atropellado produce un estorbo y nuestros verdugos no pueden cortar las cabezas sino con mucha lentitud. Cuatro han caido ya, cuando los turcos, mucho ménos feroces que los árabes, expiden á uno de sus compañeros al dey para que haga cesar si es posible aquella carnicería. Este manda en efecto que se nos ponga en libertad.

«El portador de esta buena noticia estuvo de vuelta á las diez de la noche, y durante este intervalo treinta y dos cabezas habian caido ya en el polvo. Los esclavos testigos de aquellas sangrientas ejecuciones se negaron por largo tiempo á salir; y fue necesario emplear otra vez los golpes, hasta que los gritos de alegría de los que habian osado salir los primeros, les dió la certeza del mensaje.

«Entónces arrastrámos á nuestros hermanos hácia la orilla corriendo entre abrojos y zarzales. Las chalupas inglesas nos recibieron, y allí cayeron nuestras últimas cadenas en medio de las lágrimas de tres mil renegados que las vertian de sentimiento por no poder obtener su libertad.»

Una fragata francesa condujo primero á Dumont á Nápoles, en donde fue recibido por el cónsul de Francia; luego se embarcó para Marsella, en donde se hizo cortar las barbas, bajo las cuales se habia amasado un mugre endurecido que formando cuerpo con la piel de la barba la alargaba de dos pulgadas, viéndose precisado á esponjarla cada dia por espacio de tres meses para hacerla

desaparecer. De Marsella salió para Lion con uno de sus compañeros de infortunio, y llegó por último á Paris, despues de treinta y nueve años de ausencia, el 24 de enero de 1817.

El relato del cautiverio de Dumont es la expresion más genuina que nos ha sido dable presentar de los sufrimientos que se imponian á los que su mala estrella arrojaba en poder de las hordas salvajes de Berbería. Dumont es un tipo del cautivo del Norte de Africa, y su historia la repeticion y el resúmen de otras mil y mil que pudieran citarse. Su suerte fue la que cupo á millones de víctimas de la rapacidad y barbarie de un pueblo que durante siglos enteros consideró los mares de Europa como un fecundísimo campo entregado á merced de su insaciable codicia, y en el que les era dado satisfacer su inextinguible sed de oro y los crueles goces de un fanatismo feroz.

Tal situacion sin embargo no podia ser duradera; era incompatible con el progreso creciente de la civilizacion, con la honra de naciones europeas que no podian sin oprobio consentir que unos salvajes débiles y ajenos á todo adelanto, prototipos de la ignorancia más supina, continuaran cobrándose de los países civilizados el crecido y sangriento tributo de cuya exaccion se encargaban impunemente sus atrevidos corsarios.

Y cesó en efecto. La Francia conquistando la Argelia, el más terrible de aquellos centros de piratería, las demas naciones con su actitud amenazadora, las duras lecciones impuestas á los piratas, los adelantos de la marina han dado á los mares una seguridad que nunca tuvieron, significando á los indomables berberiscos que su propia existencia depende de su moderacion y su compatibilidad con las leyes de una civilizacion ilustrada.

Por eso los gobiernos de Trípoli y Tunez, aleccionados por la experiencia de su hermana y vecina la Argelia, se esfuerzan en infiltrar en sus súbditos costumbres nuevas é indispensables para evitar la suerte de aquella; por esto Marruecos, ó cambiará por sí mismo su modo de ser, ó sucumbirá tarde ó temprano ante las exigencias de la civilizacion bajo el brazo de una potencia europea.

Antes de abandonar esas comarcas, trasladarémos aquí el relato de una de las últimas catástrofes ocurridas en las costas de Argelia, uno de los últimos actos de barbarie de aquellos árabes, uno de los últimos rugidos, por decirlo así, del tigre próximo á caer y espirar en manos del cazador.

NAUFRAGIO

DE LOS

BRIKS FRANCESES SILENE Y AVENTURE.

DEGÜELLO DE SUS DOS TRIPULACIONES POR LOS ÁRABES.

Pocos dias ántes de la toma de Argel por los franceses, el 9 de mayo de 1830, el brik *Silene* recibió órden de dirigirse á aquella ciudad. El capitan iba comisionado para entregar varios despachos del almirante Duperré al comandante de la *Bellone* y llevar provisiones de refresco á los buques de crucero, saliendo á poco tiempo el brik á toda vela de Mahon en donde se habia quedado el almirante con la escuadra francesa.

El tiempo estaba hermoso, el mar tranquilo, el viento favorable y la tripulacion alegre y llena de ardor. Las islas Baleares parecia como que huian detras del buque; á medida que avanzaba este presentábanse ó desaparecian algunas sinuosidades de la costa, ó surgia de improviso un monte, cambiándose y multiplicándose la escena como las decoraciones de un vasto teatro, hasta que las montañas, las selvas y las islas perdidas poco á poco en el vapor del horizonte desaparecieron por completo; no dejando otro aspecto que el del cielo y el agua en el anchuroso mar.

El tiempo tardó poco en variar, pronunciándose fuertes brisas, vientos contrarios y una lluvia fina y menuda. El 13 por la tarde á la claridad de un relámpago vieron la costa que pudieron marcar con el compas; pero aunque fuese bien conocida la situacion de la tierra, la navegacion ofrecia muchos peligros. La noche se presentó borrascosa y negra, y el buque debia maniobrar á la vez para evitar la costa y no alejarse del crucero, habiéndose para ello disminuido las velas.

Al fin despuntó el dia, tan sombrío y oscuro, que apénas podia distinguirse el crepúsculo de la noche. La lluvia caia abundante y continua y la espesa niebla velando el cielo formaba una capa de vapores tan impenetrables que la luz del sol no podia llegar al brik. ¡Cuán triste es entónces la navegacion! El aspecto del mar es lúgubre, la escena en medio de la cual se mueve gimiendo el buque se estrecha, se encoge y reduce á medida que la lluvia aumenta y se condensa la niebla; y la idea horrible de que va á sepultarse vivo en aquella tumba húmeda se fija tenaz en la mente del navegante.

La aparicion de dos briks de la escuadra vino luego á cambiar esta escena monótona; mas un fuerte chubasco impidió al *Silene* acercarse para reconocerlos

y otra vez quedó sumido en las tinieblas. Sobre medio dia descubrióse otro brik corriendo amuras á estribor y la proa al mar, con el cual se comunicó por medio de señas telegráficas: era el *Aventure*, mandado por el teniente de navío Arsigny, quien dijo que cruzaba con el almirante, pero que no habiendo podido ver su maniobra á causa de la densa bruma, estaba separado de él desde la víspera. Viróse de bordo y los dos buques navegaron en conserva.

El sol no apareció de muchos dias; era imposible tener conocimiento exacto de la costa, y la violencia de las corrientes habia engañado de tal modo los cálculos, que estaban los dos briks cerca de tierra cuando se creian á larga distancia de ella. Pasóse el dia en tanteos, y el *Silene* navegando en las aguas del *Aventure* que le trazaba la ruta y le servia de explorador; poco á poco sin embargo este buque desapareció en las sombras de la noche. Apénas se le distinguia y se pensaba ya en virar de bordo cuando se presentó la tierra; pero como si todos estuviesen ciegos ó los elementos se hubiesen conjurado para perderles, tomaron por una niebla aquella parte de la costa alumbrada entónces por los últimos reflejos del dia.

Las olas rechazadas por el viento se amontonaban, se elevaban unas sobre otras y estrellándose contra los escollos formaban una masa inmensa de vapor, como si se hubiese abierto un claro en aquella parte del horizonte, aumentando así la fatal seguridad de la tripulacion. Acababa de desaparecer por completo el dia; la oscuridad cubria el mar, rápidas corrientes arrastraban el *Silene* á la ronza, pero nada disipaba su funesto error, y seguian tomando la costa por el horizonte próximo á esclarecerse.

De repente el brik recibe una violenta sacudida; al sentir el choque la tripulacion cree que el *Silene* ha abordado al *Aventure* y se arrojaba ya á la cubierta para asegurarse de ello, cuando otras sacudidas más violentas que la primera ponen término á todas sus conjeturas. El buque se estremece y vacila; una ola furiosa invade é inunda la cubierta, y el choque de la quilla resonando en todos los corazones arranca á los marineros un grito unánime de desesperacion.

¡El buque ha tocado!... ¡Estamos perdidos! tales eran los gritos que por do quiera se oian proferidos por marineros y oficiales que en aquel primer momento de tumulto y espanto se precipitaban mezclados y en desórden hácia la proa, donde creian, y con razon, que estaba el peligro. El viento soplaba con fuerza, el mar batía con furia los costados del buque; y en medio de aquel terror, ante aquella muerte que parecia inevitable, rodeados de profundas tinieblas, temblando y temiendo por momentos verse aplastados, los infelices tenian aun por perspectiva, escapando del naufragio, la crueldad de los moros, cien veces más terrible que el furor de los elementos.

A pesar de la oscuridad de la noche distinguíanse los reflejos de los arrecifes y el color blanquizco de las rocas; y como la fuerza de los vientos abatia el buque aumentando el peso del palo mayor el balance, estaba el brik á punto de volcar.

Manda el capitan cortar el mástil; y á su voz, saliendo del estupor en que estaba sumida, se arroja la tripulacion á sus puestos. ¡Corta! grita el capitan, y al instante los marineros armados de hachas cortan los obenques, los aparejos; y el árbol, decentado por los hachazos y privado de apoyo, cae á sotavento.

Algo aligerado el buque se enderezó un tanto, pero muy luego el viento y el mar pesando á la par sobre la regala vuelven á humillarlo, las oleadas lo impelen cada vez más hácia la costa, siendo necesario cortar el palo de mesana.

Eran entónces las diez; la noche estaba horrorosa, la marejada fuerte, el viento impetuoso, la lluvia continua y las tinieblas impenetrables. Olas furiosas levantaban el buque amenazando aplastarlo contra las rocas de la costa; el timon se habia hecho pedazos, y á cada nueva sacudida el desgraciado brik volvia á caer más que nunca sobre su costado, de tal modo, que por instantes se esperaba que desapareciese en el abismo. Habiéndose hundido ya siete ú ocho piés, luego las olas invadieron la cubierta, reduciendo á los marineros á no poder siquiera tomar aliento, de modo que veinte veces se creyeron ya á punto de sucumbir; y sin embargo, á pesar de aquel horrible peligro, á pesar de la oscuridad de la noche que hacia aquella situacion aun más espantosa, nadie hablaba de ir á tierra, tanto era el terror que inspiraba la inhospitalaria costa de Africa.

Forzoso fue sin embargo pensar en ganar la orilla. Quedaban en la cubierta dos embarcaciones, la chalupa y el bote mayor, mas era imposible lanzarlas al mar, pues las olas las hubieran infaliblemente destrozado contra los flancos del buque, ó levantándolas, arrojádo sobre la arena. Otras dos embarcaciones que se encontraban en la proa habian sido hechas pedazos desde el principio de la borrasca, y el bote del capitan no presentaba más que la mitad de su armazon. El capitan hizo pues preparar dos cables que dos nadadores de los más vigorosos debian llevar á la playa.

Miéntras se hacian estos preparativos en el *Silene,* el brik *Aventure* tocaba y se sumergia. Las olas invadiendo la cubierta desde el primer momento con terrible furia, habian obligado á la tripulacion á abandonarla precipitadamente para no verse sumergida. Algunos marineros que habian conseguido apoderarse de una cuerda, amarráronla al buque, y los primeros que pudieron arribar á la orilla tendieron la mitad de ella á sus compañeros para facilitarles el peligroso pasaje.

Apénas en la playa pensaron en sus compañeros de infortunio que estaban en el *Silene,* y viéndolos que habian zozobrado á sotavento, se apresuraron á acudir en su socorro. Desde la orilla les indicaron la distancia y el lugar en que se encontraban, y como la lobreguez de la noche habia contribuido mucho hasta entónces á la indecision de los individuos del *Silene,* estos al oir el llamamiento de sus amigos abandonaron el brik sobre las dos de la noche. Colocáronse dos cuerdas de comunicacion entre el buque y la orilla, y todos se trasladaron á tierra, empezando los enfermos, luego los marineros, siguiendo el estado mayor y despues el capitan, que fue el último en dejar su buque.

Despues de haber reunido sus respectivas tripulaciones, los jefes pasaron lista para saber si faltaba álguien de á bordo, encontrando que sólo del *Silene* faltaba un hombre, el cual arrastrado al mar en el momento de caer el palo mayor no habia vuelto á parecer. Reuniendo en seguida á los oficiales celebróse consejo sobre los medios que debian emplearse para sustraerse del furor de los árabes. A un lado estaban Oran y Tunez, pero hubiera sido necesario para llegar á cualquiera de esas ciudades tener víveres, armas, municiones de guerra, pues no

hubiera sido posible que doscientos hombres privados de tales medios hicieran un viaje de cincuenta á sesenta leguas al traves de un país enemigo, poblado de tribus belicosas y crueles. Al otro lado estaba Argel; pero la Francia estaba en guerra con aquella regencia. Allí fue sin embargo á donde resolvieron dirigirse, en razon á su mayor proximidad. Miéntras tenia lugar esta deliberacion, algunos marineros pasaron nadando al *Silene* y volvieron con una jaula de gallinas que encontraron atada en la cubierta, algunas botellas de víno que habian quedado en la cámara y dos cofres, uno de los cuales contenia ropa de M. Bruat, capitan del brik, el cual la distribuyó generosamente entre sus compañeros de infortunio. El segundo cofre contenia la caja de la tripulacion, y su contenido fue al momento distribuido, segun el grado de cada cual. En cuanto al víno, se reservó para los enfermos.

Los oficiales formando la tropa en tres filas se pusieron al frente, y la columna se puso en marcha al despuntar el dia, cuyos primeros albores inspiraron á los náufragos un poco de esperanza; pero habian apénas doblado una punta de hasta trescientos setenta metros, cuando se presentaron de repente tres beduinos armados con fusiles de cazoleta, los cuales al ver á los franceses se detuvieron y apuntándoles les mandaron por señas que no se movieran miéntras llamaban á sus compañeros. Obedecieron los náufragos á la intimacion de los moros; y apénas hubieron vuelto donde estaban los briks, cuando acudieron de todas partes turbas de beduinos.

Los pobres franceses viéronse pronto rodeados de una infinidad de bárbaros, que les amenazaban con sus yataganes unos, les apuntaban sus fusiles otros, gritando desaforadamente todos. Varios moros armados de palos arrojándose como furiosos sobre los náufragos empezaron á distribuir golpes á diestro y siniestro, miéntras otros se trasladaron á bordo para saquear el buque, siendo tanta la codicia de aquellos hombres y tal el desórden que entre ellos reinaba, que estuvieron á punto de degollarse mútuamente para disputarse los despojos. Sucedia en efecto muchas veces que el que volvia del brik cargado de botin se veia atacado y robado por los que habian permanecido en la orilla, á los cuales despojaban tambien otros que á su vez eran despojados por los que más léjos estaban.

Entre los marineros del *Silene* se encontraba un maltes hecho prisionero delante de Oran en una barca de pescar. Este hombre que sabía el árabe y habia navegado mucho tiempo con marinos de la regencia, se sacrificó, digámoslo así, para la salvacion de todos. Encomendando á los náufragos que no le contradijesen en nada de lo que iba á decir, aseguró á aquellos bárbaros furiosos que los náufragos eran ingleses. Tres veces le pusieron el puñal en la garganta para ver si le espantaban y juzgar por su emocion de si lo que aseguraba era cierto; pero su firmeza que no se desmintió impuso á los árabes, y aunque no los convenciera completamente, arrojó en su ánimo una duda que contribuyó á salvar á las dos tripulaciones.

Una parte de esos desdichados, impelidos por los moros, llegó al poco tiempo á la cumbre de una montaña, pasando por delante de dos cabañas rodeadas de una caterva de furias infernales que los llenaron de injurias y rechiflas, y de las cuales las más frenéticas iban desvergonzadamente á arrancarles el pañuelo con que se habian cubierto la cabeza para resguardarse del ardor insoportable del

sol, miéntras otras les escupian á la cara ó les pinchaban hasta hacerles sangre, y los chiquillos los acometian á pedradas.

A la otra parte de la montaña se encontraba un vallecillo en medio del cual les hicieron sentar para registrar escrupulosamente á los que habian podido salvar un pantalon y despojarlos luego. Entónces á pesar del exceso de su miseria pudieron sonreir aun en medio de sus lágrimas: algunos marineros habian ideado para sustraerse su pequeño tesoro de la rapacidad de los moros, hacer tragar el dinero que poseian á las gallinas salvadas del *Silene;* pero un árabe más receloso que los demas, ó quizás más afortunado, tuvo la ocurrencia de partir en dos con su yatagan uno de aquellos inocentes volátiles. El árabe sorprendido arrojó un grito de alegría, grito que fue la sentencia de muerte de los pobres animales, pues ni uno escapó al degüello. Al ver la codicia de los moros, su anhelo al buscar en las entrañas de las víctimas alguna pequeña moneda, y el disgusto cómico pintado en el semblante rudo y tostado de los marineros, sus compañeros no podian dejar de reirse.

Sin embargo, continuamente llegaban moros del interior y no encontrando ya nada que pillar, se vengaron maltratando á los franceses, llevando la rapacidad hasta el punto de que si algun infeliz habia podido salvar un mal pantalon, se lo arrancaban al instante para ponérselo.

Dirigiéronse luego á un *aduar* ó aldea que se encontraba á poca distancia, y para hacerles andar más aprisa, unos treinta moros armados de palos hostigaban á los que el calor obligaba á acortar el paso, cual pudieran haberlo hecho con acémilas. Este tratamiento vergonzoso y degradante, al que dos dias atras su orgullo hubiera preferido la muerte, lo sufrian entónces sin quejarse, tanto habia la desgracia anonadado su valor.

Cuando hubieron llegado al pueblo los moros tuvieron entre ellos una violenta disputa con motivo de la reparticion de los cautivos. Uno de aquellos furiosos saliendo de repente del consejo se arrojó sobre un marinero y le sacudió tan tremendo golpe con el yatagan que cayó al suelo sin sentidos; el infeliz sin embargo no estaba muerto y pocos momentos despues se incorporó. Era el triste preludio de los sufrimientos que les esperaban; y en aquellas crueles circunstancias fue muchas veces necesaria la intervencion del maltes, á cuya prudente firmeza se debió que se libraran de los moros muchas víctimas.

Dos dias hacia que los náufragos no habian descansado ni comido cosa alguna para reparar las fuerzas, y como la noche la habian pasado en un trabajo fatigoso y en una inquietud horrible, y durante todo el dia habian estado expuestos en su marcha al ardor insoportable del sol, estaban extenuados de hambre y cansancio. Habiendo el capitan Bruat solicitado víveres por el maltes, les dieron por favor un pedazo de pan negro del volúmen de una nuez y algunas gotas de agua turbia para humedecer la garganta, despues de cuya comida propia de anacoretas, los separaron distribuyéndolos por suerte como las cabezas de un rebaño, y destinando una parte de ellos á un *aduar* situado en el litoral.

Entónces conocieron los franceses todo el horror de su situacion, y apoderóse de ellos el desaliento; pues era evidente que los moros, léjos de conducirlos á Argel, como esperaban, los llevarian al contrario á las montañas del Atlas. Para colmo de infortunio, la aldea del litoral que algunos debian ir á habitar estaba

aun distante unas dos leguas; y hallábanse tan rendidos, que aquella distancia les parecia imposible recorrerla. El calor era sofocante, el terreno inculto estaba cubierto de abrojos y malezas que les penetraban en la carne y retardaban su marcha; el sudor corria á mares por su cuerpo, sus fuerzas les abandonaban, y gracias sólo á una lluvia refrigerante pudieron llegar por la tarde, extenuados y mojados, al pueblo sito precisamente junto á los restos de los buques. Ya allí los amontonaron á todos en número de diez y nueve, en un mal establo bastante apénas para contener dos vacas.

No hay cosa más asquerosa y repugnante que la casa de un moro campesino: las paredes formadas de ramas y escoria de los animales, despiden cuando el tiempo está húmedo, emanaciones empalagosas y nauseabundas; no se conoce en ella el uso de las ventanas ni de las chimeneas, y la suciedad más inmunda reina allí sin rival. A pesar de tantos inconvenientes, los franceses durmieron bastante bien sobre esteras.

El dia siguiente les arrojaron un pedazo de pan y algunos *cuscus* (simiente de maíz mondada), sin otro alimento por veinte y cuatro horas, que les parecieron tanto más largas cuanto que debieron sufrir la curiosidad é insolencia de los kábilas (árabes de la montaña), que iban á felicitar á sus amigos por su captura.

Reunidos en gran número parte de los moros se ponian de acuerdo para llevarlos más léjos, miéntras muchos otros parecian estar resueltos á quitarles la vida y se acercaban á su cabaña haciéndoles entender por señas que les cortarian la cabeza; y otros, en fin, les amenazaban con entregarlos á Tahir Bajá, lo que por cierto hubieran ellos considerado como un favor.

El dia siguiente 18, sobre las diez de la mañana, divisaron en el mar y á gran distancia la escuadra que yendo en busca de ellos pasaba á lo largo de la costa. Al descubrir los restos de los briks que habian naufragado, la flota se acercó á la orilla á distancia de una legua, las fragatas poniéndose al pairo enviaron sus botes; pero los moros que se habian reunido á millares sobre las armazones de los briks, hicieron un fuego graneado tan vivo que los botes se retiraron internándose en el mar. Cuando los prisioneros vieron alejarse la flota, disminuir poco á poco, borrarse y desaparecer las velas en la bruma del horizonte, cuando el mar quedó desierto, se les oprimió el corazon cayendo otra vez en una desesperacion horrible, sumidos en un sombrío silencio, inmóviles y fijos los ojos en el Mediterráneo. Todo habia desaparecido ya, y el estruendo de los cañonazos que disparaban las fragatas á fin de indicar su direccion para el caso de que pudieran salvarse, habia sido reemplazado desde horas hacia por el mugido de las olas y el silbido de los vientos.

Desde este dia empezaron los malos tratamientos de los árabes y las escenas sangrientas de que fueron los desdichados cautivos testigos ó víctimas. A su vista se pegaba, se degollaba á sus compañeros sin otro motivo que un capricho de caníbal, y si bien algunos se defendian con valor heróico, ¿qué podian hacer un puñado de hombres desarmados?

El dia siguiente lo fue de asesinatos: tres hombres completamente desnudos, escoltados por dos beduinos armados, viendo la escuadra que se descubria á larga distancia, se arrojaron simultáneamente sobre sus conductores, los derribaron en un abrir y cerrar de ojos, y luego corriendo de un tiron hasta el mar se arroja-

ron en medio de las olas y nadaron hácia las embarcaciones que pasaban á lo largo de la costa, pero la lucha que habian sostenido y la carrera que acababan de hacer agotaron sus fuerzas; y algunos árabes que se encontraban allí por casualidad se arrojaron tras ellos á nado, los alcanzaron y sin que mucho les costara los condujeron á la orilla. Arrastrándolos cerca de los dos moros que habian derribado y que estaban sin sentido sobre la arena, allí los degollaron sin piedad.

No era ménos lamentable la suerte de los que habian quedado en la aldea. Los asesinos iban de cabaña en cabaña degollando por órden de lista á los desgraciados franceses. Basta describir una de estas escenas de asesinato y de sangre para tener una idea de las demas: ocho marineros que estaban en una cabaña se vieron de repente rodeados de una infinidad de kábilas armados, y cubiertos ya con la sangre de los que anteriormente habian degollado. Un moro entró con sus armas en la cabaña, y sin más ni más asestó un golpe con su yatagan y con tal fuerza en la cabeza de un marinero que lo arrojó al suelo sin sentido. Arrojándose luego sobre otro iba á tratarlo del mismo modo; pero este, robusto y valiente y resuelto á vender cara su vida, descubrió encima de su cabeza entre las perchas que sostenian el frágil techo una horca de madera de la cual se apoderó, y atacando á su vez á su adversario, miéntras que animados por el ejemplo acudian otros marineros en su auxilio, derribó de un golpe al árabe furioso y le hundió la horca en la garganta. El moro arrojó un grito espantoso y encogiéndose con horribles convulsiones espiró despues de algunos momentos de sufrimiento y agonía. Otros moros, cansados de degollar y no encontrando ya más víctimas, volvian en aquel momento hácia la cabaña, y fue tal la cobardía de aquellos miserables, que ninguno se atrevió á entrar. Los más osados se contentaban con introducir el cañon de sus fusiles entre las tablas de la choza disparando al interior, y los bravos marineros, no teniendo otro medio de defensa en tan apurado trance, desviaban el arma ántes que hicieran fuego. Sin embargo, uno de aquellos desventurados observando que los fusiles de los moros no tenian piedra, salió bravamente invitando á sus compañeros á que le siguieran, pero dos sólo hubo que sin vacilar imitaran su ejemplo. Los tres se arrojaron entónces sobre sus asesinos, los ahuyentaron, derribaron á una mujer que sable en mano se oponia á su paso; y esparcieron un terror tal, que llegando al extremo de la aldea casi sin obstáculo se escaparon corriendo hácia el mar. Algunos árabes los persiguieron, pero los valientes fugitivos alcanzando la falda de las montañas penetraron en inmensos aguazales y desaparecieron á todas las miradas. Los moros repuestos de su terror habian acudido en tumulto á la cabaña rodeándola, y los infelices que todavía se encontraban en ella fueron todos asesinados sin piedad.

El dia siguiente al de esa carnicería los árabes trasladaron á Argel á los cautivos que aun quedaban. Habian estos perdido ya toda esperanza de volver á ver la Francia y hasta de escapar de la muerte, cuando esta noticia que recibieron ántes de la aurora, aunque cambiaba poco su situacion, infundióles esperanza y alegría. El dey habia enviado un oficial turco para mandar la escolta, y este buen hombre, que los náufragos sorprendieron llorando al ver tanta miseria, se les mostró lleno de benevolencia y de interes. Los franceses partieron inmediatamente, provistos de una tienda á cuya sombra podian descansar cuando hacian alto, ca-

minando unas veces por la arena abrasadora de la playa y otras á traves de malezas y abrojos que se extendian hácia el interior, hasta perderse de vista. De vez en cuando encontraban algunos manantiales de agua helada, sin serles dado apagar en ellos su ardiente sed á causa de las propiedades dañinas y hasta mortíferas de que están dotados.

La campiña que atravesaron el dia siguiente estaba cultivada, y las colinas adornadas de hermosas quintas de recreo. Argel con sus casas blancas, sus numerosos alminares, sus jardines y olivares, se les apareció luego como un vasto y magnífico anfiteatro, que los marineros comparaban ingénuamente á las piezas de pastelería que adornan algunas veces la mesa de un suntuoso festin.

Los franceses fueron directamente conducidos al palacio del dey, el cual los contó con mucho cuidado, y de allí arrojados á las galeras de la regencia; pero ántes pudieron observar ciento nueve cabezas sangrientas, colocadas en círculo delante del palacio del dey. Eran las de sus desgraciados compañeros de infortunio. Ante tan horrible espectáculo sus rodillas temblaron de horror y angustia. Los miserables que se divertian cruelmente en su dolor, insultaban aun aquellos cadáveres... y haciendo rodar aquellas cabezas que goteaban sangre, se las tiraban mútuamente y las llenaban de injurias.

Algunos dias despues estaban en el presidio, en el que gracias á la generosidad del cónsul de Cerdeña no murieron de hambre, cuando el cañon que la víspera habian oido retumbar calló de pronto, y á poco se abrió la puerta de la cárcel, resonando en sus oídos voces amigas. Los franceses eran dueños de Argel y la victoria de sus compatriotas les libertaba.

El maltes cuya presencia de ánimo y firmeza habian distintas veces salvado la vida de las tripulaciones de los dos briks, fue objeto de la solicitud del gobierno frances, el cual lo condecoró con la cruz de la legion de honor y le confirió el grado de maestre en la marina francesa, regalándosele ademas una hermosa embarcacion para la pesca del coral.

EL AFRICA OCCIDENTAL.

Al adelantarnos hácia el Occidente del Africa abandonamos las costas de Berbería y sus feroces moradores, á quienes volverémos á encontrar luego al detallar algunos de los terribles dramas ocurridos en los puntos á que nos dirigimos. Verémos en el curso de nuestros relatos al más bárbaro de los pueblos berberiscos, tendrémos ocasion entónces de conocer á los habitantes de Marruecos, sus beduinos y esos árabes errantes que vagan por el desierto y en el que son más temibles y ferales que los tigres y leones que lo pueblan. Pero ántes de continuar nuestra ruta por la costa apartémonos un momento de ella para ir á visitar uno de los más notables y curiosos archipiélagos del Atlántico, doblemente interesante para nosotros, pues forma parte de nuestra España.

ISLAS CANARIAS.

NAVEGACION DE LOS ANTIGUOS

A LAS ISLAS FORTUNATAS.

Las primeras nociones sobre la corografía de las islas Fortunatas se pierden en las alegorías de los tiempos fabulosos. Platon al llamar en sus diálogos la atencion de la antigüedad sobre la famosa Atlántida, no hizo mas que añadir una ficcion á los anales de nuestro globo. Uno de los sabios que se han ocupado en la historia del archipiélago que nos ocupa, elevándose hasta los siglos más remotos, ha tratado de reconstruir aquel mundo que el filósofo griego creó al parecer sólo para abismarlo en seguida bajo las ondas (1).

Sin pararnos nosotros en las conjeturas que pueden deducirse de aquella gran catástrofe, dicé Berthelot, de quien tomamos estas líneas, fijarémos nuestro punto de partida en una época más positiva, limitándonos á citar las diferentes fases de la corografía de las primeras edades con que está ligado el conocimiento del grupo de las Canarias.

Las islas que sucesivamente se llamaron Atlántidas y Hespérides, Eliseas ó Fortunatas, luego en fin Canarias, han dado lugar á más de un comentario. Estas diferentes denominaciones marcan épocas distintas y dimanan probablemente de la interpretacion que les dieron los pueblos navegantes segun sus creencias religiosas, sus conocimientos geográficos y la influencia que ejercieron en el resto del mundo.

La alegoría es el carácter dominante de la primera época llena al principio de tradiciones fundadas en una teogonía anterior á los tiempos heróicos. Atlas, soberano de Mauritania, da su nombre á la cordillera de montañas que atravíesa su imperio, á la parte del Océano que lo baña y á la antigua tierra de donde vino. Los mitólogos lo casan con Hesperia, y á las siete hijas que nacen de esta union se las llama alternativamente Atlántidas ó Hespérides, denominaciones que por alusion se han aplicado á las islas Fortunatas. Desde el principio de aquella época figura un sér misterioso, el Hércules fenicio, conquistador y civilizador á la vez. Los griegos atribuyeron luego á su Hércules los grandes hechos del semidios que presidia los destinos de la opulenta Tiro; sus poetas cantaron los trabajos del héroe: las hijas de Atlas arrancadas á la esclavitud, el monte Calpe separado de Abila, el Océano invadido y las manzanas de oro del jardin de las

(1) Sería apartarnos demasiado del objeto de nuestras investigaciones el tratar de fijar el punto en que estaba situada la isla fantástica que creó el filósofo de Aténas, y que tuvo buen cuidado de sumergir en el Océano para que nadie tras él la buscase (Berthelot).

Hespérides adornan el triunfo del gigante victorioso. Se ha tratado de interpretar estas ficciones, fundándose en hipótesis más ó ménos ingeniosas; pero los diferentes pareceres que se han vertido no han hecho mas que aumentar nuestras dudas y oscurecer esas antiguas tradiciones.

La segunda parte de la época que indicamos se remonta á más de cinco siglos ántes de nuestra era. En ella los acontecimientos parecen mejor sentados, y á falta de documentos auténticos, las noticias dadas por los escritores acreditan al parecer hechos que pertenecen al dominio de la historia. Vemos primero las lejanas expediciones de los pueblos de Oriente, en las cuales figuran sucesivamente los fenicios, los cartagineses, los rodios, los focios y algunas otras naciones de la antigua Grecia. Un espíritu de conquista mejor fundado que el que debia manifestarse más tarde llevó á aquellos atrevidos navegantes á la gloria de los descubrimientos con la esperanza de fundar establecimientos útiles y unir á los pueblos por el comercio y la civilizacion.

Arrojándose al traves de mares hasta entónces desconocidos, las naves de Tiro trasponen las columnas de Hércules para ir en busca de ricas tinturas por los archipiélagos de Occidente, y queda el nombre de Purpurinas á dos islas del grupo de las Hespérides.

Cartago, la hija de Tiro, obra de la industria fenicia, aprovecha el impulso imprimido á la navegacion para extender á lo léjos su poder. Miéntras una de sus flotas mandada por Himilcon sale del Mediterráneo y penetra en el mar del Norte por el estrecho de los Galos, otra guiada por el genio de Hannon baja por el Atlántico y vuelve despues de cinco años á depositar su periplo en el templo de Saturno (435 años ántes de J-C.).

Eutímedes, émulo y compatriota de Piteas, sale de la antigua Masalia, costea las orillas del Africa occidental y llega, segun dicen, hasta el Ecuador.

Así es cómo desde aquellos remotos tiempos fijóse la atencion en las islas inmediatas á la antigua tierra de Atlas, célebre ya por tantas tradiciones. Las Hespérides, cuyas maravillas exageraba la imaginacion de los pueblos de Oriente, aquellas islas Fortunatas que se decian situadas al extremo del mundo debieron ser visitadas varias veces en esas primeras exploraciones, y aunque los documentos históricos faltan, es indudable que esos países los conocieron perfectamente los cartagineses establecidos en Gadira (Cádiz); pero quizá, como observa Diodoro, entraba en las miras políticas de aquella nacion ambiciosa ocultar al resto del mundo sus relaciones comerciales á fin de reservarse su exclusivo monopolio.

Despues de la tercera guerra púnica, cuando la orgullosa Cartago vió hundirse su poder ante Roma victoriosa, la atencion del mundo se fijó en otras conquistas, y las islas de Occidente quedaron olvidadas por espacio de varios siglos. Unos ochenta años ántes de nuestra era la historia hace otra vez mencion de este archipiélago con el nombre de islas Fortunatas, y una nueva serie de exploraciones y de acontecimientos estableció la segunda época corográfica.

Los ejércitos romanos estaban en España, en donde las disensiones políticas los habian dividido en dos campos: Sertorio, afiliado al partido de Mario, enemigo de Sila, tenia aun en balanza los destinos de la república; el senado que lo habia proscrito acababa de enviar contra él una poderosa flota, y el ilus-

tre pretor desterrado se puso al mar con la suya para combatir la que se le oponia; pero la tempestad que dispersó sus buques le obligó á refugiarse en las pequeñas islas del Océano.

Por esa circunstancia creyó Floro que el general romano habia penetrado en las Fortunatas, y otros historiadores, adoptando en parte esta opinion, han pénsado que se trataba de Madera y de Puerto Santo.

Otra version hay que parece sin embargo más probable, y es la de Plutarco que hace regresar á Sertorio á la embocadura del Bétis, en donde unos marinos lusitanos le hablaron de aquellas felices regiones, cuya descripcion nos ha dejado su biógrafo griego: «Aquellas islas se llaman Fortunatas, dice, vientos agradables las refrescan y las riegan lluvias periódicas. Su suelo fecundo provee abundantemente á las necesidades de un pueblo que pasa la vida en blanda ociosidad. Nada en aquel clima altera la tranquilidad de la atmósfera; el viento del Mediodía al llegar á aquellas felices regiones está ya templado por el vasto espacio que ha recorrido, y á pesar de que las brisas del mar llevan á ellas algunas nubes, la tierra sólo queda humedecida por un benéfico rocío. Se asegura que aquellas islas son los campos Elíseos, mansion de las almas felices que Homero celebró tanto en sus versos, y esta opinion ha cundido hasta entre las naciones más bárbaras.»

He ahí la primera vez que la situacion de las Fortunatas se encuentra indicada relativamente á su distancia de Africa, pero parece que los navegantes de que se habla no reconocieron más que dos islas del grupo.

Están separadas una de otra, añade Plutarco, por un pequeño brazo de mar y distantes mil estadios de la costa occidental del Africa. La proximidad de estas dos islas y su distancia del continente vecino parecen indicar las de Lanzarote y Fuerteventura; algunos sin embargo, entre ellos Bory de San Vicente, creen que las dos islas de Pitágoras son las de Madera y Puerto Santo.

El relato seductor de los lusitanos, sus noticias acerca de la fertilidad del suelo y suavidad del clima de aquel país afortunado, encendieron en Sertorio el deseo de buscar en él un refugio contra la mala fortuna; pero las circunstancias le impidieron realizar su proyecto. De manera que aquellas islas por su antigua fama prometian al parecer la felicidad hasta á los mismos á quienes hacia traicion la suerte. Los romanos adoptaron las creencias de los griegos, y el hermoso nombre de Fortunatas, que se habia conservado por tantos siglos, tambien hablaba á su imaginacion.

Veinte años despues de la muerte de Sertorio, Estatio Sebosus dió algunas otras noticias sobre países de los cuales seguramente habló sólo con referencia á las relaciones de los navegantes de su tiempo. Sus errores, dice Gosselin, han influido por espacio de más de catorce siglos, en el conocimiento de la situacion de las costas occidentales de Africa. Y bien puede añadirse tambien que han hecho ininteligible casi el itinerario que señaló.

Sebosus colocaba las Hespérides á un dia de navegacion del promontorio de Poniente (el cabo de Nun); y se llegaba á ellas, saliendo de los Gorgones, despues de cuarenta dias de navegacion á lo largo del Atlas. Estas islas eran cinco: *Junonia* á setecientos cincuenta mil pasos de Gades (Cádiz), luego *Pluvialia* y *Capraria* á setecientos cincuenta mil pasos más allá, encontrándose luego á la izquierda

de la Mauritania y sobre la novena hora del sol, las grandes Fortunatas, llamada la una *Convalis* y la otra *Planaria,* por su configuracion; y añade, por último, que *Convalis* tenia trescientos mil pasos de circunferencia y que *Pluvialia* no tenia más agua que la de las lluvias.

No intentarémos interpretar este itinerario, cuyos puntos probablemente están equivocados todos, pues esa navegacion de cuarenta dias á lo largo del Atlas es tan incomprensible como las distancias relativas de las islas indicadas por el narrador. Sin embargo, el ilustre autor de las *Investigaciones* sobre la geografía sistemática de los antiguos ha querido hacer coincidir esos datos con medidas reales, combinando las distancias de la ida y de la vuelta; mas á pesar de la erudicion del comentador, dice M. Berthelot, seguramente no somos nosotros los únicos á quienes no ha podido convencer. Todo lo que puede deducirse con certeza de este itinerario es que en tiempo de Sebosus, cinco islas del grupo de las Fortunatas habian recibido ya nombres distintos. La situacion de las Hespéridas de Sebosus parece que indica tambien las de Lanzarote y Fuerteventura; de manera que con estas dos islas volveríamos á encontrar todo el Archipiélago de las Canarias. Gosselin pretende que la *Junonia* era el islote Graciosa; pero esta hipótesis es poco admisible en atencion á que luego vuelve á presentarse aquel nombre en otro itinerario, que no deja ya duda alguna acerca de la denominacion particular de cada isla y de su posicion relativa. Inútil fuera pues que nos detuviéramos más en las indicaciones demasiado vagas de Sebosus. Apresurémonos, por consiguiente, á llegar á las noticias más precisas que nos ha dejado la antigüedad, las de los exploradores del rey Juba, transmitidas por Plinio.

El Juba de quien se trata aquí era hijo del rey de Numidia del mismo nombre, cuyo imperio invadieron los ejércitos romanos. Estrabon y Tácito hablan de él como de uno de los príncipes más instruidos de su siglo: *su saber*, dice Plinio, *le adquirió más respeto que su diadema.* Pasó su juventud en Roma, entregado al estudio y á la meditacion, y reinó luego en la Mauritania que Augusto le cedió en cambio de los estados que el imperio acababa de conquistar. De regreso al Africa el jóven príncipe aprovechó sus conocimientos geográficos, enviando una expedicion para explorar las islas Fortunatas vecinas de su reino, y escribió una relacion de este viaje que dedicó al emperador. Desgraciadamente esta obra no ha llegado hasta nosotros, y el corto fragmento que Plinio nos ha transmitido es todo lo que de ella queda. El naturalista romano se expresa poco más ó ménos en estos términos:

«Las islas Fortunatas están situadas al Suroeste, á seiscientos veinte y cinco mil pasos de las Purpurinas. Para llegar á estas últimas se navegó primero por el espacio de doscientos cincuenta mil pasos hácia el Occidente, y luego setenta y cinco mil pasos al Oriente. La primera se llama *Ombríos* y no encierra vestigio alguno de edificios; tiene un estanque en medio de los montes y unos árboles parecidos á la férula. La segunda se llama *Junonia* y contiene un pequeño templo de piedra tosca; despues de esta hay otra más pequeña que lleva el mismo nombre; luego viene *Capraria,* poblada de grandes lagartos. En frente de estas islas está situada *Nivaria,* cuyo nombre proviene de la nieve y de la bruma que la cubren sin cesar; no léjos de *Nivaria* se presenta *Canaria,* así llamada por sus

perros numerosos y de gran talla, y de los cuales se llevaron dos á Juba. En esta última isla se encuentran vestigios de edificios, y todas ellas abundan de manzanas y pájaros de todas clases, de fructíferas palmeras, etc.»

Los tres primeros nombres de Sebosus vuelven á aparecer en este relato con una modificacion que puede considerarse como una sinonimia, pues que *Ombríos* no es más que un equivalente de *Pluvialia*. Sólo las dos últimas islas han cambiado de nombre; *Convalis* se ha convertido en *Nivaria*, y puede creerse por induccion que á *Planaria* ha sustituido *Canaria*, nombre que se adoptó luego en sentido colectivo para indicar todo el archipiélago. En cuanto á la pequeña isla que Plinio señala cerca de *Junonia* y de la cual nada dice Sebosus, creen algunos que es Graciosa, islote inmediato á la isla Lanzarote, pero Berthelot no participa de esta opinion fundándose en que la relacion es demasiado explícita para admitir semejante hipótesis. El grupo de islas, dice, á que parece que pertenecia la *Junonia* menor, está indicado en el itinerario como enteramente separado de las Purpurinas, y estas que creemos son las Hespérides de Sebosus, no pueden ser más que Lanzarote y Fuerteventura, puesto que los enviados de Juba las colocan al Oriente de las Fortunatas. Sin embargo, el islote vecino de la gran *Junonia* de Plinio, una de las islas del grupo occidental, no se encuentra hoy dia; aquel peñasco, producido por alguna erupcion volcánica, habrá desaparecido quizá en otra catástrofe, y esta duda adquiere mayor fundamento cuando se tienen en cuenta las revoluciones físicas que han trastornado aquel archipiélago en diferentes épocas.

Pero ¿á qué islas deben referirse cada uno de los nombres de Plinio? Esta cuestion se ha debatido más de una vez y sin embargo está muy léjos de quedar dilucidada. Gosselin, que la ha tratado de una manera especial, ha entrado en una larga disertacion sobre las distancias del itinerario de los exploradores mauritanos, y no pudiendo explicarse aquella ruta que lo llevó primero al Occidente y luego al Oriente, ha pensado que las distancias expresadas se fundaban en una combinacion de ruta parecida á la que habia creido reconocer en el itinerario de Sebosus, para lo cual le ha sido preciso encontrar un error en el texto á fin de interpretar la navegacion de los enviados de Juba en un sentido diferente del de la relacion. Así es que apoyándose en una correccion marcada al márgen de una edicion de Plinio, ha establecido por una cifra esta conformidad de número, que le era necesaria para acumular sus distancias y confirmar su opinion. En sentir de muchos, sin embargo, el primer texto explica el itinerario mejor que la variante, y creen preferible atenerse á su enunciado.

No discutirémos, dice Berthelot, acerca de los ciento veinte y cinco mil pasos que Gosselin ha considerado como distancia absoluta que expresa un doble trayecto, y pasarémos desde luego á las otras dos medidas que indican, al parecer, distancias relativas. En efecto, los exploradores al salir de las Purpurinas, esto es Lanzarote y Fuerteventura, se dirigen primero al Occidente, recorren un espacio de doscientos cincuenta mil pasos (*sicut CCL supra occasum navigatur*), y la primera isla que citan es Ombríos. Pero la isla de este nombre ha de ser precisamente una de las más occidentales del grupo, puesto que no cabe duda que los nombres *Nivaria* y *Canaria* se refieren á las dos grandes islas del centro, y segun la relacion que nos ocupa, Ombríos se distingue de las demas por un es-

tanque situado en medio de sus montes, debiendo en esta cuenca reconocerse la isla de Palma y su famosa Caldera, pues ni Gomera ni la isla de Hierro presentan localidad alguna que pueda hacer sospechar la existencia de un antiguo lago, miéntras que en la isla de Palma indicios irrecusables atestiguan que las aguas estancadas han ocupado el fondo del valle central. Aquel recinto volcánico, rodeado de altas montañas, ha sufrido más de un trastorno, y el último repentino derrumbamiento ha dejado allí profundas huellas. Los manantiales que brotan de todas partes en el fondo de aquella cuenca dilatada se escapan por la rambla de las Angustias, que puede considerarse como un valle de corrosion. Los antiguos habitantes de la isla habian dado á aquella torrentera el nombre de *Axerxo*, que significaba gran *torrente* designando al mismo tiempo la Caldera con el de *Acero* ó *Ecerxo*. Ocupaba entónces aquel recinto el príncipe *Tanausu* que habia establecido su residencia en la meseta de *Tabuventa*.

La analogía de las dos palabras *Axerxo* y *Ecerxo* podrian muy bien tener alguna relacion física. En efecto, si *Axerxo* expresaba un torrente impetuoso, *Ecerxo* indicaba quizá una masa de agua más tranquila y reducida en ciertos límites. Esta suposicion que explicaria el *habere in montibus Stagnum* de Plinio, adquiere más valor que una simple hipótesis, cuando se sabe que los autores canarios están generalmente conformes en la riqueza de expresiones que caracterizaba la lengua de los guanches, y de la que se encuentran todavía algunos fragmentos en los manuscritos de Gallindo. Las aguas de la torrentera van en la actualidad á alimentar los trapiches de Argual y de Tazacorte.

Cuando el centro de la isla estaba más arbolado aquel torrente debia ser mucho más considerable, á juzgar particularmente por los grandes terreros que ha dejado en sus riberas; y los enormes fragmentos de roca que atascan ahora el Thalveg, atestiguan tambien el desprendimiento que tuvo lugar en la época en que las aguas concentradas en la Caldera se abrieron paso de repente. El espacio recorrido por los exploradores de Juba, desde las Purpurinas hasta Ombríos, puede proporcionar aun otra induccion acerca de la posicion de aquella isla, puesto que los doscientos cincuenta mil pasos que representa aquella ruta, equivalen á sesenta y seis leguas dos cuartos, ó sea á la distancia comprendida entre la costa occidental de Fuerteventura y uno de los cabos de la isla de Palma (Puntallana).

Despues de haber reconocido Ombríos, los enviados mauritanos citan las demas islas del grupo de Occidente, que debieron visitar sucesivamente por ser las más inmediatas, empezando por *Junonia* la más cercana á Ombríos, y la cual volvemos á encontrar en la isla de Gomera. El nombre de *Junonia*, dado ya por Sebosus, data sin duda de una época más remota, y bien podria ser que lo dieran á aquella isla los cartagineses en honor de Juno su diosa protectora. El pequeño templo de piedra tosca, de que habla Plinio, parece que apoya esta opinion.

Capraria es la tercera isla citada por los exploradores de Juba, y la designan como llena de grandes lagartos. Si el órden del itinerario no indicase ya la isla de Hierro, la reconoceríamos tambien por su segundo carácter. En efecto, los reptiles del género lacerta son en ella numerosos y sus dimensiones sobrepujan en mucho á los de las especies de Europa. Los sacerdotes Betencourt que visitaron la isla de Hierro en 1402, han sido los primeros en hacer constar el hecho

enunciado por Plinio. *Hay allí lagartos que son grandes como gatos*, dicen, *pero no hacen daño alguno y son muy asquerosos de mirar*. Añadirémos que este nombre de Capraria, derivado sin duda del gran número de cabras que se encuentra en aquella isla, puede tambien servir de indicacion, y no sería extraño que se hubiese impuesto con preferencia á la isla de Hierro, en donde abundaban esos animales cuando los aventureros normandos invadieron el país en 1402.

Despues de haber recorrido esta parte, la más occidental del archipiélago, los navegantes se dirigen hácia el Este, atravesando un espacio de treinta leguas *(deinde* LXXV *M. passuum ortus petatur)*, abordan en Nivaria, situada en frente de las tres islas que acaban de explorar *(in conspectu earum)*, y de aquí pasan luego á Canaria, que es la última que nombran. La nebulosa *Nivaria*, aquella isla cuya cima está cubierta de nieve, no puede ser más que Tenerife y su pico levantándose por encima de los vapores que cubren su base, Canaria ha conservado con el nombre romano sus perros de alta talla, cuya raza mencionada por Plinio no ha seguido la suerte de los primitivos habitantes de las Canarias y está concentrada hoy dia en la isla de Lanzarote.

En la época de la llegada de Bethencourt, en 1402, la gran Canaria encerraba todavía muchos perros que Bontier y Le Verrier califican de *perros montaraces que parecen lobos, pero que son más pequeños*. Viana en su poema patriótico, adoptando la etimología del nombre de Canaria, segun las noticias de la historia romana, se expresa en estos términos:

Unos afirman ser por muchos canes
Que en la gran Canaria hasta hoy se crian.

De manera que en tiempo del poeta canario, esto es, á fines del siglo diez y seis, existian aun en aquella isla los perros indígenas; debiendo notarse ademas que la ciudad de la Palma, capital de la gran Canaria, ha conservado en su blason dos perros rampantes al pié de una palmera, y que estos dos perros que sostienen un escudo, superado por la corona de España, con siete islas en campo azul, se ven tambien en las armas comunes á todo el archipiélago.

Dícesenos que varios monumentos cubrieron el suelo de la gran Canaria; y si bien esos edificios de los que descubrieron aun algunos vestigios los enviados de Juba han desaparecido completamente, se encuentra la prueba de antiguas construcciones en la historia de la conquista de aquella isla. Bontier y Le Verrier citan las ciudades de *Telde, Argonez* y *Arguyneguy*; Albreu, Gallindo y Viera hablan de *oratorios* edificados en la cima de las montañas, de casas fabricadas con arte, de recintos fortificados, y el palacio de Guamartema de Gardar no fue demolido hasta fines del siglo último.

Esta navegacion de las Purpurinas á las Fortunatas parecerá quizá demasiado atrevida para una época en que el arte náutico habia hecho pocos progresos; se objetará que sin el recurso de la brújula los enviados de Juba no podian impunemente perder la costa de vista y aventurarse de aquel modo en alta mar; se admirará tambien que en ese trayecto no reconociesen la Canaria y el pico de Tenerife ántes de abordar en las islas situadas en la extremidad del archipiélago, pero contestarémos á tales objeciones, dice Berthelot, de quien tomamos todas estas

noticias y comentarios, con observaciones deducidas de la posicion relativa de las islas, de la influencia de los vientos reinantes y de algunas otras circunstancias locales.

Ateniéndose al texto de Plinio, Juba quiso proporcionarse acerca de las islas Fortunatas noticias ménos vagas que las hasta entónces habidas, enviando al efecto una expedicion para reconocer aquel archipiélago. Esta expedicion, llevada á cabo bajo los auspicios de aquel príncipe, fue un viaje de descubrimientos, y los exploradores debiendo salir de las Purpurinas sin direccion fija, pues todo induce á creer que las nociones de los fenicios y de los cartagineses sobre las islas Atlánticas no habian llegado á ellos, no pudieron dirigirse desde luego á la Canaria que no conocian, puesto que á pesar de la proximidad de esta isla, ni siquiera se distingue desde la punta más meridional de Fuerteventura, á pesar de que sólo dista diez y siete leguas.

Siguiendo la impulsion de los vientos alisios sería probablemente como los buques mauritanos fuéron hácia el Oeste y arribaron á las últimas islas del grupo, debiendo aquella rota hacerlos pasar al Norte del archipiélago y á una distancia de las dos principales islas del centro (Canaria y Nivaria) bastante considerable para que se las ocultaran las nubes que por lo regular se amontonan sobre las altas montañas.

La interpretacion que acabamos de dar al itinerario de los enviados de Juba nos parece conforme con el espíritu del texto, puesto que aquella enumeracion de las islas en sentido inverso de su proximidad al continente prueba que se ha querido indicarlas en el órden de su exploracion, y aunque nuestra manera de explicar las distancias enunciadas por Plinio se aparta de la de Gosselin, diferimos poco sin embargo en la aplicacion de los nombres latinos. En cuanto á las Purpurinas, opinamos como ese sabio comentador, quien siguiendo el ejemplo de Anville, atribuye aquella antigua denominacion á las islas de Lanzarote y Fuerteventura.

Plinio nos dice que el nombre de *Purpurariæ* dado á dichas islas procedia de los establecimientos que el rey Juba habia fundado en ellas para teñir en púrpura; y Gosselin al citar este hecho se ha apoyado en la autoridad de Argenville, el cual opinaba que el color tan estimado de los antiguos lo extraian de una especie de concha del género *murex*, muy abundante en aquellos parajes. No es esta ocasion de disertar sobre este punto, por otra parte bastante aclarado ya; pues que las sabias investigaciones de Lister, Templeman, Duhamel y otros han demostrado suficientemente que el humor linfático contenido en tan pequeña cantidad en los moluscos sometidos á sus experimentos distaba mucho de producir aquel color brillante que el naturalista romano ha caracterizado con esta frase: *Laus purpuræ summa in colore sanguinis concreti, nigricans aspectu, idemque suspectu refulgens. Undé et Homero purpurens decitur sanguis.*

Bory de Saint-Vincent cree que la materia colorante que se iba á buscar en aquellas islas no puede ser mas que la orchilla *(lichen roccella L.)* tan estimada para el tinte, y cuya abundancia en las de Lanzarote y Fuerteventura confirma esta opinion. El uso de la orchilla es conocido desde tiempo inmemorial; y aunque su preparacion fue al principio un misterio, conocida luego y hecha comun esa planta fue una de las producciones más importantes de las islas Fortunatas.

Los fenicios, los cartagineses y los masaliotas que fueron los primeros en frecuentar los archipiélagos del Occidente monopolizaron sucesivamente la orchilla, pasando luego su comercio á los romanos por la intermediacion de los mercaderes mauritanos; pero abandonado posteriormente por espacio de más de mil cuatrocientos años para no ser explotado más que por algunos aventureros, ese tráfico no volvió á alcanzar favor hasta principios del siglo quince, cuando Bethencourt y sus compañeros se apoderaron de Fuerteventura. *Crece allí una grana que vale mucho y que se llama orsolle,* decian; *sirve para teñir las telas ú otra cosa; y si esta isla es alguna vez conquistada y puesta bajo la fe cristiana*, *esa grana será de gran valor para el señor del país.*

Las nociones que Tolomeo nos ha trasmitido acerca de la situacion de las islas Fortunatas han ilustrado muy poco las noticias de Plinio, pues aunque sus tablas y mapas, reproducidos en diversas obras, segun los manuscritos griegos y latinos, nos han proporcionado los primeros documentos gráficos sobre los archipiélagos del Africa occidental, las proyecciones trazadas por este geógrafo, á tenor de las noticias suministradas por los marinos de Tiro, son á menudo inexactas y particularmente la situacion de las Canarias es completamente falsa. Tolomeo situó estas islas casi bajo un mismo meridiano, en el término más occidental de la tierra conocida, indicándolas con algunos de los nombres de Sebosus y de Plinio que adoptó y que alterados por los copistas aparecen por el órden siguiente: *Aprositos, Hera seu Junonia, Pluitana, Casperia, Canaria* y *Pintuaria.*

La singular posicion de las islas de Norte á Sur, en los mapas de Tolomeo, prueba que el astrónomo de Alejandría no conoció la relacion de Plinio; que de lo contrario el itinerario de los enviados de Juba le hubiera impedido cometer semejante error y confundir hasta hacer ininteligibles sus datos, pues si bien Gosselin tratando de descifrar algunos cree que Aprositos representa Fuerteventura, el epíteto de inaccesible no es muy aplicable á una isla baja y de fácil abordo, siendo por lo tanto lo más verosímil que sucediera con Aprositos lo mismo que con los demas nombres que están equivocados, de manera que las opiniones que sobre el particular pudieran adoptarse no serian más que simples hipótesis.

Las Fortunatas, perdidas y encontradas en distintas épocas, esas islas que Juba habia descrito y que Tolomeo acababa de señalar, quedaron aun olvidadas por espacio de trece siglos. La invasion de los bárbaros, al destruir el imperio romano, volvió á sumir la Europa en la ignorancia é hizo retrogradar la civilizacion; pero el genio de los grandes descubrimientos debia dispertar un dia en Cristóbal Colon y Vasco de Gama, y las Canarias por su afortunada situacion estaban destinadas á convertirse en una escala importante para la navegacion de las dos Indias.

La historia no nos dice si sobre el año 800 las conquistas de los normandos se extendieron hasta los archipiélagos atlánticos; sabemos únicamente que en 1170 el jerife El-Edrys, apellidado el geógrafo de Nubia, hizo mencion de islas del Africa occidental. Este autor refiere que el viento arrojó algunos aventureros procedentes de Medina Alisbona (Lisboa) hácia las islas de *Shierraham* y *Sciarram,* separadas de la costa de Mauritania por un pequeño brazo de mar y poco distantes de *Capraria*, la isla de las cabras. Hé aquí en qué términos refiere Edrys esta aventura.

«De Lisboa, dice, salieron estos navegantes teniendo su expedicion por objeto saber lo que encerraba el Océano y cuáles eran sus límites.

«Veamos lo que pasó: reunidos en número de ocho, todos parientes cercanos, y despues de haber construido un buque de trasporte y embarcado en él agua y víveres en suficiente cantidad para una navegacion de muchos meses, dieron la vela al primer soplo del viento del Este, navegando por espacio de once dias, poco más ó ménos, al cabo de los cuales llegaron á un punto cuyas espesas olas que despedian un olor fétido ocultaban numerosos arrecifes. Temerosos de un percance cambiaron la direccion de sus velas, corriendo hácia el Sur durante once dias, y llegaron á la isla de los Carneros, llamada así por el gran número de rebaños que pacen sin pastor, ni persona alguna que los guarde.

«En tierra ya, penetrando en la isla encontraron un manantial de agua corriente, higueras silvestres y numerosos carneros, de los cuales mataron algunos; mas era su carne tan amarga, que no pudiendo comerla, guardaron sólo las pieles. Reembarcándose luego navegaron aun once dias, al fin de los cuales divisaron otra isla que parecia habitada y cultivada y á la que se acercaron con el objeto de examinarla; pero á poco viéronse rodeados de barcas, hechos prisioneros, conducidos á un pueblo situado á la orilla del mar, trasladados en seguida á cierta casa en donde vieron á unos hombres de alta estatura, color moreno y atezado, largos y lacios cabellos y mujeres de rara belleza. En esta casa permanecieron tres dias, sin incidente alguno; pero al cuarto llegó un hombre que en árabe les preguntó quiénes eran, y por qué habian venido, á lo cual respondieron contando su aventura. Dióles él buenas esperanzas y les hizo saber que era intérprete. Dos dias despues fueron presentados al rey del país, quien les dirigió las mismas preguntas, á las cuales respondieron, como lo habian hecho con el intérprete, que se habian arriesgado en el mar con objeto de saber lo que podia haber de singular y curioso, y con el fin de descubrir sus límites extremos.

«En cuanto el rey les hubo oido hablar de este modo, echándose á reir dijo al intérprete: Explica á estas gentes que mi padre habiendo un dia prescrito á uno de sus esclavos embarcarse sobre este mar, navegaron hasta que faltándoles del todo la claridad de los cielos se vieron obligados á renunciar á esta vana empresa. El rey mandó ademas al intérprete que asegurase á los maghruinos de su benevolencia, á fin de que formasen buena opinion de él; lo que verificó en efecto, no obstante lo cual trasladáronles otra vez á su prision, donde los tuvieron hasta que levantándose un viento del Oeste, vendados los ojos, se les hizo entrar en una barca, haciéndoles luego bogar por espacio de algun tiempo. Corrímos, dicen ellos, cerca de tres dias y tres noches, y alcanzámos una tierra en cuya playa nos desembarcaron con las manos atadas á la espalda, abandonándonos luego y en la que permanecímos hasta la salida del sol, en el más triste estado á causa de las ligaduras que nos sujetaban fuertemente incomodándonos mucho. En fin, habiendo oido fuertes carcajadas y voces humanas, empezámos á gritar, y entónces algunos habitantes de la comarca que se llegaron á nosotros, encontrándonos en tan miserable situacion, nos desataron dirigiéndonos varias preguntas, á las que respondímos haciendo la relacion de nuestra aventura. Eran estos berberiscos, uno de los cuales dijo: ¿Sabeis cuál es la distancia que os separa de vues-

tro país? y respondiéndole negativamente, añadió: Desde el punto en que os hallais hasta vuestra patria hay dos meses de camino. Uno de estos individuos, que parecia ser el de mayor consideracion, decia sin cesar *¡Wasafi!* (ay de mí), y esta es la razon porque este sitio lleva aun el nombre de *Asafi*. Es el puerto de que ya hemos hablado, como situado á la extremidad del Occidente.»

Tal es el relato que hace Edrys de la expedicion de los maghruinos verificada á mediados del siglo XII, y aunque en él no designa con nombre alguno á las islas en que abordaron, es indudable por las indicaciones que del mismo resultan, segun el parecer de sabios comentadores, que se trata de las Canarias.

Posteriormente á la aventura de los náufragos portugueses, tiénese noticia de varias otras ocurridas en las costas de las Fortunatas, debidas unas á la casualidad, hijas otras de las atrevidas empresas á que temerariamente se arrojaban los osados aventureros que en aquellos tiempos pululaban en Europa; pero lo que se sabe tanto de los náufragos que allí fuéron á parar como de los expedicionarios que alcanzaron aquellas playas es muy poco, resultando únicamente como cierto que fueron todos ellos harto desgraciados, pues los naturales, recelosos y escarmentados por anteriores invasiones, desconfiaban de todos los extranjeros y procuraban guardar oculta su patria, presintiendo quizás lo que habia de ocurrirles el dia en que conocido el derrotero que á ella conducia, atrajese la codiciosa mirada de aquellas turbas de aventureros que vagaban por el continente buscando una conquista como husmea una presa el leon hambriento.

Las relaciones de estas aventuras sin importancia ni consecuencias ofrecen poco interes y ménos exactitud, razon por la que prescindirémos de ellas pasando á dar cuenta de la

EXPEDICION

DE

ANGIOLINO DEL TEGGHIA DE CORBIZ.

Esta expedicion que tuvo lugar en 1341 por órden de Alfonso IV de Portugal se halla relatada en un manuscrito autógrafo del célebre Boccagio, y su literal traduccion es la que sigue:

«El 1.° de julio de este año, dos buques cargados por el rey de Portugal de todas las provisiones necesarias, y con ellos una pequeña nave, equipada por florentinos, genoveses, españoles de Castilla *(Hispanarum Castrensium)* y otros españoles han dado la vela de la ciudad de Lisboa, dirigiéndose á alta mar y llevando consigo caballos, armas y diferentes máquinas de guerra, para ganar villas y castillos, en busca de esas islas que comunmente se dice haberse vuelto

á encontrar. Favorecidos por el viento abordaron á ellas al cabo de cinco dias; y en el mes de noviembre han regresado á sus casas con el cargamento siguiente: primeramente cuatro hombres habitantes de estas islas, y gran cantidad de pieles de macho cabrío y de cabra, sebo, aceite de pescado y despojos de focas; madera colorada que tiñe casi como el versino (ó palo del Brasil), sin embargo de que los inteligentes en esta materia dicen que no lo es; cortezas de árboles para teñir igualmente de rojo; y por último, tierra encarnada y otras cosas semejantes.

«Habiéndose tomado declaracion á Nicolaso da Recco, genoves, piloto de la expedicion, dijo que desde este archipiélago á la ciudad de Sevilla habia casi 900 millas; pero que contándose desde el punto que en la actualidad lleva el nombre de Cabo de San Vicente, estas islas se hallan mucho ménos separadas del continente. La primera que han descubierto tenia 140 millas de circunferencia, toda ella cuajada de breñas, pero abundante en cabras y otros animales, y poblada de hombres y mujeres desnudos que se parecian á los salvajes por sus modales y costumbres. Añade que tanto él como sus compañeros hicieron en esta isla la mayor parte de su cargamento en pieles y sebo, pero que no se atrevieron á internarse mucho en ella. Habiendo pasado en seguida á otra isla casi mayor que la primera, divisaron una multitud de habitantes que se adelantaron por la playa para salirles al paso. Los hombres y las mujeres se hallaban igualmente casi todos desnudos; distinguiéndose algunos de entre ellos que parecian mandar á los otros y estaban vestidos de pieles de cabra, pintadas de color de azafran y de encarnado, y las cuales en cuanto alcanzaba la vista eran muy finas, suaves y cosidas bastante artificiosamente con hilos de tripas. A juzgar por sus acciones aparentaban tener un príncipe á quien manifestaban gran respeto y obediencia. Todos estos insulares hacian entender por sus señas que deseaban comerciar con la tripulacion de los buques y entrar en relacion con ella; pero cuando los botes se acercaron á la playa los marineros no entendiendo su lenguaje no se atrevieron á saltar en tierra. Sin embargo, su idioma es muy dulce y la pronunciacion viva y precipitada como el italiano. Cuando los insulares notaron que los navegantes no querian desembarcar, algunos intentaron nadando llegar hasta ellos; y de estos retuvieron cuatro á bordo, que son los que han traido.

«Costeando la isla para dar vuelta á ella, la encontraron mejor cultivada por la parte del Norte que por la del Mediodía, y vieron numerosas casas, pequeñas, higueras y otros árboles; palmas sin fruto, huertos con coles y legumbres. Entonces decidiéndose á saltar en tierra, veinte y cinco marineros armados desembarcaron y examinando las casas, hallaron en una de ellas cerca de treinta hombres desnudos enteramente, los cuales, espantados al aspecto de sus armas, huyeron en seguida. Los europeos penetrando entónces en el interior, observaron que estos edificios estaban formados de piedras cuadradas, construidos con mucho arte, y cubiertos de grandes y hermosas piezas de madera. Mas como encontrasen varias casas cerradas, y deseando verlas por dentro, empezaron á romper las puertas con piedras, lo que irritó á los fugitivos, cuyos gritos retumbaron en todos los alrededores. Rotas en fin las puertas entraron en la mayor parte de las habitaciones; en las que encontraron excelentes higos secos conservados en cestas de palma, tales como vemos los de Cesene, y ademas trigo abundante y mejor

que el nuestro, á juzgar por el tamaño de sus granos muy blancos, cebada y otros cereales probablemente destinados á la manutencion de los isleños. Las casas eran todas muy hermosas, cubiertas de excelentes maderas, y de tal limpieza, que se hubiera dicho que habian sido encaladas. Encontraron tambien una capilla ó templo, en el cual no habia pintura alguna, ni más ornamento que una estatua esculpida en piedra, que representaba á un hombre desnudo con una bola en la mano, y una especie de delantal de hojas de palma *(femoralibus palmeis)* que le cubria las partes, y la cual sustrajeron llevándola á Lisboa. La isla, que les pareció muy poblada y con buen cultivo, produce frutas y principalmente higos, alpiste y trigo que comen como los pájaros, ó bien convirtiéndolo en harina, con la que se alimentan sin amasarla, bebiendo agua despues.

«Partiendo de esta isla vieron varias otras á cinco, diez, veinte y cuarenta millas de distancia, y se dirigieron hácia una, en la que notaron sólo hermosos árboles que en número considerable levantaban al cielo sus frondosas copas. De esta pasaron á otra que encontraron abundante en arroyos y excelentes aguas, y en la que habia igualmente muchos bosques y palomas torcaces, de las cuales comieron algunas despues de haberlas matado á bastonazos y pedradas; estas palomas mayores que las nuestras, tenian el mismo gusto ó quizás mejor. Vieron tambien muchos halcones y otras aves de rapiña, no habiéndose atrevido á internarse en el país por parecerles enteramente desierto. Aparecióseles á poco otra isla cuyas pedregosas montañas de grandísima elevacion estaban casi siempre cubiertas de nubes, y en la que llovia de continuo; la parte sin embargo que pudieron descubrir en tiempo claro les pareció muy amena y la juzgaron habitada. Vieron despues otras varias islas, algunas habitadas y otras desiertas en número de trece, y cuanto más se adelantaban más veian. El mar más tranquilo allí que en nuestras costas ofrece buen fondo para anclar, y sus escasos puertos están todos bien provistos de agua. De las trece que abordaron, cinco se hallaban pobladas aunque en proporciones desiguales, pudiendo observar ademas que el lenguaje de los habitantes difiere de tal modo, que juntos no se entienden, y que no tienen ninguna clase de embarcacion, por lo que no pueden comunicarse de una isla á otra, á ménos que atraviesen á nado los estrechos que los separan. Una de las que descubrieron les presentó un fenómeno maravilloso que les impidió desembarcar. En esta isla, dicen, existe una montaña, que elevándose segun su cálculo, á la altura de treinta mil pasos ó más, puede verse de muy léjos y en cuya cima aparecia una cosa blanca que por ser toda la montaña pedregosa se presentaba bajo la forma de una fortaleza; pero en realidad no es mas que una roca muy aguda, cuyo pico termina en un mástil del tamaño del de un buque, ó una entena con una gran vela latina. Esta vela henchida por el viento afecta la forma de un escudo vuelto hácia arriba, y toma mucho vuelo; luego poco á poco se recoge á la par que el mástil, como en las galeras; en seguida vuelve á elevarse para abatirse y volverse á levantar. Dando vuelta á la isla, por todos lados vieron renovarse el mismo prodigio; por lo que creyendo que era efecto de algun encantamiento, no se atrevieron á saltar en tierra. Han visto tambien otras muchas cosas que el susodicho Nicolaso no ha querido contar; pero en suma, parece que estas islas no son muy ricas,

pues los marineros apénas han cubierto los gastos del viaje. Los cuatro hombres que han traido son jóvenes, imberbes, de hermosa figura, van desnudos y descalzos, y sólo llevan una especie de delantal (*femoralia*), consistente en una cuerda que les ciñe los riñones y de la cual penden numerosos hilos de palma ó juncos largos de palmo y medio, ó á lo más de dos. Con él se cubren las partes, tanto por delante como por detras, de modo que ni el viento ni ningun otro accidente puede descubrirlas: no están circuncidados, y sus cabellos largos y rubios, llegándoles hasta la cintura, les tapan medio cuerpo. Se dice que la isla de donde han sido sustraidos se llama Canaria, y que está más poblada que las otras. Se les ha hablado en diferentes lenguas y ninguna han comprendido; no exceden de nuestra estatura; tienen los miembros robustos, son fuertes, bastante valerosos, y al parecer de grande inteligencia. Se les ha hablado por señas, y han respondido del mismo modo como los mudos; se respetan entre sí, y entre ellos existe uno al que manifiestan honrar con particularidad. El delantal de este jefe es de hojas de palmera, miéntras que los demas lo llevan de junco pintado de amarillo ó encarnado. Su canto es muy dulce; bailan casi al estilo frances; son alegres y risueños, bastante civilizados y ménos salvajes que muchos europeos. Cuando se les condujo á bordo comieron higos y pan dando á conocer gustarles este mucho, aunque nunca lo habian probado; rehusaron absolutamente el vino, y no quisieron beber sino agua. Comieron tambien el trigo y la cebada á manos llenas, como igualmente el queso y la carne que en su país es abundante y de buena calidad; sin embargo, carecen de bueyes, de camellos, de asnos, pero en cambio poseen numerosas cabras, ovejas y cerdos silvestres. Se les enseñaron monedas de oro y plata é ignoraban absolutamente su uso; tampoco conocian los aromas, y cuando se les enseñó anillos de oro, vasos cincelados, espadas, sables, dieron á entender no haber visto jamas estos objetos, y que nunca se habian servido de ellos. Observáronse en ellos pruebas de una fidelidad notable, pues si uno recibia algo bueno para comer, ántes de probarlo lo dividia en trozos y lo repartia entre los demas. El matrimonio es conocido entre ellos, y las mujeres casadas llevan delantal como los hombres, pero las doncellas van desnudas del todo, sin avergonzarse de su desnudez.»

La supersticion dominante en la época de esta expedicion tan sencilla é ingenuamente relatada aparece en toda su candidez al describir el prodigioso fenómeno de la montaña, cuya verdad habrá probablemente sospechado ya el lector. El asombroso mástil no era mas que el picó de Teide ó Tenerife, y la encantada vela uno de esos nubarrones blancos que con frecuencia lo cubren tomando distintas formas y particularmente la triangular, en razon á que la masa de vapores que cubre las vertientes del monte se extiende hácia su base adelgazándose en la cumbre, en cuyo caso dicen ahora los habitantes de la isla que el Teide tiene sombrero.

Muchas fueron despues de la que acabamos de referir las expediciones voluntarias ó forzadas que tuvieron lugar en las Canarias; pero ninguna hay que merezca aquí un lugar hasta 1402, de cuya fecha data el verdadero conocimiento de las antiguas Fortunatas y las

AVENTURAS

DE

JUAN DE BETHENCOURT.

Juan de Bethencourt, señor de Grainville la Teinturiere, ganoso de aumentar su fortuna y adquirir renombre, abandona su antiguo alcázar de Normandía con intencion de ir á conquistar las islas Canarias, seguido de algunos gentileshombres y de Pedro Bontier, monje de San Jouin-de-Marues, y el presbítero Juan Le Verrier sus capellanes, que toman parte en la empresa y escriben su historia. La expedicion arriba primeramente á la Rochela, en donde la refuerzan el caballero Gadifer de la Salle y varios otros aventureros, se da á la vela el primero de mayo de 1402; mas los vientos contrarios la obligan á arribar á la Coruña y despues á Cádiz, en donde se detiene algun tiempo, reduciéndose bien pronto á cincuenta y tres personas por la desercion de veinte y siete tripulantes.

Vuelto á la mar Bethencourt en el mes de julio, llega á la isla de la Graciosa ocho dias despues de su salida de Cádiz, é intenta un reconocimiento infructuoso en la isla de Lanzarote; pero volviendo de nuevo con toda su gente, obtiene una entrevista con Guadarfia, el rey de la isla, que se somete á su obediencia *como amigo, pero no como súbdito.* En seguida Bethencourt construye el castillo de Rubicon en la parte S. O. E. de la isla; y dejándolo bajo la custodia de Berthin de Berneval se dirige á la isla de Fuerteventura. La falta de víveres y la mala voluntad de sus compañeros hacen abortar esta empresa, y Bethencourt de regreso á Lanzarote se ve obligado por el amotinamiento de su gente á regresar á España á fin de procurarse víveres y refuerzos para continuar sus proyectos, quedando Gadifer de la Salle, su lugarteniente, en Lanzarote como gobernador.

Entretanto, habiendo ido el caballero de Gadifer á la isla de los Lobos para pescar algunos lobos marinos y procurarse pieles que necesitaban para el calzado de los compañeros, dice la relacion, Berthin de Berneval se aprovecha de su ausencia, y al frente de los amotinados se apodera por sorpresa del rey de Lanzarote y de veinte y tres de los suyos, y los conduce á la isla de la Graciosa para embarcarlos á bordo de la carabela española *Tajamar*, á cuyo capitan habia seducido, pero Guadarfia logra escaparse rompiendo sus hierros.

De órden de Berthin de Berneval el bastardo de Blessi se dirige con otros varios rebeldes al castillo de Rubicon para apoderarse de todas las vituallas y efectos de campaña que Bethencourt habia dejado; pero encontrando á Raimun-

do de Lenedan y alguna gente de Gadifer que regresaban de la isla de Lobos en busca de víveres, se traba una disputa entre las dos facciones contrarias. Miéntras tanto los amotinados reciben refuerzos; Berthin de Berneval llega de la Graciosa con treinta hombres de la *Tajamar,* y la barca española aborda á la playa de Rubicon. El castillo es entregado al saqueo, y todo el botin trasportado á bordo.

Los dos capellanes de Bethencourt y los soldados de Gadifer, casi sin recursos, y deplorando la suerte de su jefe abandonado con algunos de sus compañeros en la isla de Lobos, van á implorar la asistencia del capitan de la *Morella,* que estaba á la sazon con su nave en el canal del rio, entre Lanzarote y la Graciosa, y obtienen una chalupa para llevar socorros al caballero Gadifer, reducido á la más deplorable posicion.

Berthin de Berneval, confiando poco en su propio partido y temiendo su desaprobacion si lo conducian á España, á donde deseaba regresar sólo para sorprender á Bethencourt, se da á la vela con la *Tajamar,* dejando á doce de los suyos en la playa de Lanzarote; mas temerosos estos de la ira de Gadifer, se apoderan de una chalupa y huyen hácia la costa de Berbería, donde de doce que eran se ahogaron diez, siendo los dos restantes hechos esclavos.

Miéntras esto ocurria, Bethencourt, que habia llegado á Cádiz, pasa á Sevilla, en donde á la sazon se encontraba la córte, y hace pleito homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla Enrique III.

Copiarémos aquí textualmente la relacion de los capellanes:

«El señor de Bethencourt se presentó por fin al rey, quien le recibió benignamente, y preguntándole lo que pretendia, le dijo Bethencourt: Señor, vengo á pediros me deis licencia para conquistar y reducir á la fe cristiana unas islas que se llaman las islas de Canaria, en las cuales he estado, dejando en ellas parte de mis compañeros que de dia en dia me aguardan, y un buen caballero llamado Gadifer de la Salle, el cual quiso venir en mi compañía. Y por ser vos señor rey y dueño de todo el país vecino, y el rey cristiano más próximo de aquel, he venido á requerir vuestra gracia y suplicaros me permitais rendiros pleito homenaje de aquel país. El rey lo escuchó muy gozoso, diciéndole fuese bien venido; y encareciendo que, de tan léjos como del reino de Francia, viniese con el noble propósito de adquirir gloria y honor, decia así: Conozco que tiene buena voluntad al venir á hacerme homenaje de un país que se halla, segun he podido entender, á más de 200 leguas de este, y del cual no habia oido hasta ahora hablar.

El monarca español habiendo pues aceptado el obsequio de Bethencourt le dió el señorío de las islas por conquistar, con el derecho de acuñar moneda, el quinto de los artículos de exportacion, 20,000 maravedís para sufragar los gastos dé una segunda expedicion, y un buque bien armado y tripulado por ochenta hombres, el cual fue expedido al momento á Gadifer.

Miéntras que Bethencourt tomaba en España las medidas necesarias para el éxito de la empresa, su lugarteniente se hallaba en Lanzarote en la más lamentable posicion, pues los indígenas, aprovechándose de las intestinas querellas de los aventureros, habian matado á cuantos encontraran aislados. Deseoso Gadifer de vengarse de estos ataques pidió una entrevista con *Atchen,* uno de los

principales jefes de la isla, cuya ambicion y astucia podian servir á sus designios, y en efecto, por él supo que el rey Guadarfia que ocupaba el pueblo de Acatif no tenia consigo más que cincuenta hombres; en vista de lo cual Gadifer marcha al momento sobre este punto con veinte compañeros decididos, llega ántes de dia, cerca la casa en donde se halla el príncipe, fuerza la entrada, se apodera de la persona del rey y le conduce encadenado al castillo de Rubicon. Atchen aprovechándose de su traicion se apodera del mando y vuelve las armas contra los que al principio habia querido servir, pero el intrépido Guadarfia logra escaparse de la cárcel, llevándose las cadenas; y este príncipe, justamente irritado se apodera de Atchen y lo condena al suplicio de los traidores, entregando á las llamas su cuerpo apedreado. La guerra vuelve á empezar de nuevo: Gadifer se venga de los atentados de Atchen y de la fuga del rey; sacrifica á varios indígenas, aprisiona algunas mujeres y niños y el resto de la poblacion busca un refugio en las cuevas.

Tal era el estado de las cosas en Lanzarote cuando llegó la nave que Bethencourt había despachado desde Cádiz, con las vituallas y refuerzos. Gadifer queriendo aprovecharse de socorros tan oportunos organiza una expedicion para explorar las demas islas. Se dirige primeramente sobre Fuerteventura, desembarca á la entrada del valle de Palma con treinta y cinco de sus compañeros, y se interna en las montañas que rodean el valle á fin de reconocer el país. Al primer encuentro con los indígenas hace prisioneros á cuatro de ellos y los conduce á bordo de la barca expedicionaria; los aventureros pasan en seguida á la Gran Canaria, y anclando entre Telde y Argonnes, trafican con los naturales reunidos en este sitio en número de quinientos poco más ó ménos. Los canarios les llevaron higos y goma de drago, que cambiaron por anzuelos, hierro viejo y navajas, y aunque la goma valia más de 200 doblas de oro, la dieron por objetos que juntos no valian ocho reales.

Gadifer, que no ha podido saltar á tierra, y en vano ha intentado desembarcar en otro punto, se aleja de aquellos parajes, costea las playas de la isla del Hierro, llega de noche á la Gomera, se apodera de algunos isleños y prosigue su camino hácia la Palma; pero obligado muy pronto á cambiar de direccion á causa de los vientos contrarios, vuelve á la isla del Hierro, sin obtener más resultado que la captura de cinco personas y de algunas reses. Al dejar la isla logra abordar á la Palma para hacer agua; de aquí regresa á Rubicon al cabo de tres meses de ausencia, durante los cuales la guarnicion de Lanzarote, victoriosa de los indígenas en diferentes encuentros, habia matado á varios y hecho prisioneros un número mayor.

En estas circunstancias llega Bethencourt de España con grande alegría de sus compañeros; pocos dias despues se apodera de Guadarfia con diez de los suyos; desde este momento la poblacion entera se somete á los vencederos y el mismo rey pide y obtiene merced. El 26 de febrero del propio año (1404) Guadarfia recibe el bautismo, todos los naturales de la isla se convierten á la fe, y los capellanes de Bethencourt cuidan de instruir á sus nuevos neófitos. Lo bautizó (al rey Guadarfia) el señor Juan Le Verrier, capellan del señor de Bethencourt, poniéndole el nombre de Luis, segun lo dispuso; y como se esperaba que los habitantes de la isla, hombres y niños se bautizarian, se ordenó una ins-

truccion tan sucinta como se pudo para instruir con ella á los que se hallaban bautizados y á los que con el favor de Dios se bautizasen en adelante. Escribiendo dicha instruccion lo mejor que pudieron fray Pedro Bontier y el señor Juan Le Verrier.

En medio de tan lisonjeros acontecimientos suscítanse algunos debates entre Bethencourt y Gadifer con motivo de que el último exige por cuenta suya la cesion de las tres islas por conquistar, y vituperaba á Bethencourt por haberlas cedido al rey de Castilla. No obstante estos primeros motivos de discordia parecen apaciguarse, y Bethencourt se dispone á invadir la isla de Fuerteventura, en la que desembarca en efecto, haciendo numerosos prisioneros que al momento remite á Lanzarote, presidiendo despues á la construccion del fuerte Ricorroque para formar su cuartel general. Nuevos debates se suscitan entónces entre el jefe de la empresa y su lugarteniente, hasta que habiendo Bethencourt ordenado una expedicion para la Gran Canaria, Gadifer toma el mando y llega al puerto de Arganyguy; pero despues de una tentativa infructuosa se ve obligado á regresar á Fuerteventura, á donde acababa de llegar de España un buque con nuevos refuerzos que el rey de Castilla enviaba á Bethencourt. Este acontecimiento despierta los celos de Gadifer, los dos jefes cambian algunas palabras, y descontentos el uno del otro se embarcan para Sevilla, en donde Gadifer, cada vez más irritado, se separa de su compañero de armas y regresa á Francia.

Bethencourt es bien recibido nuevamente por el rey de Castilla; obtiene las credenciales que le aseguran el señorío de las islas Canarias, y regresa á Fuerteventura, en donde sus tropas que seguian ocupando el fuerte de Ricorroque habian intentado varias excursiones por los alrededores, en una de las cuales sucumbieron seis en un encuentro con los naturales. Habia otro fuerte, el de Valtarahal *(Valtarhais)*, que construido en otro extremo de la isla estaba bajo la custodia de Anibal, bastardo de Gadifer, y Bethencourt viendo la imposibilidad de guarnecer á la vez ambos puestos se decide á evacuar á Ricorroque con el objeto de reforzar á Valtarahal; pero al empezar su retirada los naturales destruyen el fuerte abandonado, y se dirigen en seguida hácia un puesto vecino, en donde existia una capillita y un depósito de víveres y municiones de guerra, y en pocos momentos todo lo incendian y saquean; mas reuniendo Bethencourt su gente, marcha contra el enemigo, empéñanse varios combates, la victoria favorece al jefe normando, algunos isleños pierden la vida, un número mayor es hecho prisionero y enviado á Lanzarote, los aventureros se apoderan del ganado, y el éxito de la conquista se acelera por los refuerzos que reciben de la isla vecina, cuyos habitantes solicitan marchar bajo sus banderas. Sin embargo, los naturales de Fuerteventura no desmayan y la poblacion entera acude á la defensa del país.

Bethencourt reedifica entónces el castillo de Ricorroque y consigue nuevas ventajas. El caballero Andrae y Anibal el bastardo sorprenden á los naturales reunidos en una gran poblacion, matan á diez y regresan con un botin de mil cabras; sin embargo Anibal y Andrae, jefes de la faccion de Gadifer, no cesan de manifestar sus resentimientos contra los de Bethencourt, quien envia á Courtois á Valtarahal, cerca del bastardo de Gadifer y de los de su bando, para reclamar treinta prisioneros que este queria guardar en su poder. Esta medi-

da exaspera á los malcontentos, que se ven obligados á ceder á la fuerza; pero Bethencourt desaprueba aquellas violencias y se compromete á dar á todos su parte del botin. No quiero que se les ofenda, ni haga agravio alguno (dijo á Juan Le Courtois), ántes es mi voluntad que tengan su parte así en los prisioneros como en las otras cosas. Debe siempre disimularse y cuidar del honor más que del provecho.

El éxito que Bethencourt habia obtenido en todos los encuentros contra los naturales de Fuerteventura determina la sumision de los dos príncipes que hasta entónces se dividian el gobierno de la isla, y el 18 de enero el rey de Majorata se presenta en Ricorroque con un séquito de cuarenta y dos indígenas para recibir el bautismo. Tres dias despues veinte y dos insulares vienen á aumentar el número de los neófitos, el 25 de enero el rey de Jandia, acompañado de cuarenta y siete de los suyos, es bautizado á su vez en Valtarahal, y el resto de la poblacion de Fuerteventura imita el ejemplo de sus príncipes.

Poco despues Bethencourt entregando el gobierno de la isla á Juan Le Courtois á quien nombra su lugarteniente, se embarca para Europa, llevando consigo alguna aunque muy poca gente. A los veinte y un dias de la salida de Fuerteventura llega á Harfleur, y se dirige á su baronía de Grainville, en donde es recibido con entusiasmo y festejado por todos los suyos, que acuden en tropel á cumplimentarle. Los gentileshombres de los alrededores y los de la ciudad que eran sus vasallos, todos se le presentaron, repitiendo diariamente sus agasajos. No cesaban de venir á cumplimentarlo sus parientes y los hidalgos comarcanos. Vinieron el señor Eustaquio d'Erneville, su hijo, el baron de la Heuser y muchos otros grandes señores que fuera prolijo nombrar; todos habian oido hablar de la conquista de las islas Canarias y de los grandes trabajos que en ella habia pasado el señor de Bethencourt, pues la señora Bethencourt, que regresó desde el reino de España, habia llevado las primeras noticias de la conquista. El señor de Bethencourt no encontrando á su esposa en Grainville la mandó á buscar, y cuando vino fue recibida con demostraciones de contento que es inútil referir, ofreciéndole su esposo algunos presentes de las islas.

Despues de una corta permanencia en sus dominios Bethencourt se dispone á regresar á las islas Canarias con ochenta voluntarios, de los cuales veinte y tres llevan á sus mujeres. Poco despues (dice la narracion), habiendo corrido en el país la noticia de que el señor Bethencourt, dispuesto á regresar á las islas de Canaria, se proponia llevar consigo maestros de todas artes y oficios, algunos matrimonios y mujeres solteras, segun las pudiese encontrar, que tuviesen buena voluntad de hacer aquel viaje, se presentaron cada dia, diez, doce, y hasta treinta personas, ofreciéndose acompañarle sin exigirle gaje alguno. Primeramente Juan de Rouille, Juan de Plefsis, Maciot de Bethencourt y algunos de sus hermanos todos hidalgos vinieron con dicho señor, y los restantes eran artesanos y labradores.

El 9 de marzo de 1405 Bethencourt se despide de su mujer, de sus parientes y amigos, y despues de tres dias de fiestas se embarca en Harfleur con toda su gente en dos grandes carabelas. Los vientos favorables lo llevan pronto á las costas de Lanzarote y de Fuerteventura, en donde aporta en triunfo. Su desem-

barco se efectúa en la playa de Rubicon; trasportes de alegría estallan por do quier, los naturales de la isla se prosternan ante él, el brillante traje de los caballeros de su comitiva, la gente de todas condiciones que lo acompaña, los instrumentos bélicos que oyen, todo este espectáculo extraño les deslumbra: Sonaban trompetas y clarines, tambores, arpas, flautas, rabeles y bocinas, con tan melodioso estruendo, que no hubiera podido oirse el estampido del trueno, quedando asombrados los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, y especialmente los canarios... Desembarcan el señor y los seis hidalgos que le acompañaban con banderas y estandartes desplegados, llevando todos sus armas y vestuario cuajados de plata, que el mismo Bethencourt les costeara. Se hallaba aun la nave á media legua de tierra, cuando los naturales de Lanzarote reconocieron venía en ella su rey y señor, y al instante viéronse acudir en tropel á la orilla, hombres, mujeres y niños para esperarle, gritando en su idioma: Aquí viene nuestro rey.

Juan le Courtois, que entónces se hallaba en Fuerteventura, regresa apresuradamente á prestar obediencia á su señor, seguido de varios compañeros, entre ellos Anibal el bastardo y el caballero de la Roëssiere. El feliz conquistador pasa en seguida á Fuerteventura, en donde los dos príncipes de la isla y todos los naturales se apresuran á rendirle homenaje; visita el fuerte Ricorroque, que encuentra en buen estado, y se marcha despues para Valtarahal, á fin de presidir á la construccion de una capilla que consagra á la Vírgen bajo la advocacion de *Nuestra Señora de Bethencuria*. Y la adorna (dice la relacion) con una imágen de Nuestra Señora, un hermoso misal, dos campanas de cien libras de peso, y varias colgaduras y ornamentos que trajo de Francia para aquella iglesia; y de ella fue cura párroco el señor Juan le Verrier, permaneciendo en el país el resto de su vida.

Alístase una expedicion para la Gran Canaria, verificándose el embarque en tres galeras que se dan á la vela el 6 de octubre de 1405; pero una tempestad los arroja sobre la costa de Africa hácia el cabo de Bojador. Bethencourt salta en tierra con su gente y emprende una incursion en el interior, volviendo ocho dias despues á embarcarse trayendo consigo varios moros, hombres y mujeres que habia hecho prisioneros, y dejando en la playa gran número de camellos que no pudo trasportar.

La expedicion se dirige en seguida á la isla de Canaria; pero el mal tiempo separa nuevamente á las tres galeras, de las cuales una regresa á Fuerteventura, la otra se refugia en las costas de la isla de la Palma, y la tercera en la que iba Bethencourt llega sola á Canaria, en donde pocos dias despues se le une la que habia arribado á Fuerteventura. Desde luego el caballero Guillermo de Auberbose se pone en marcha con cuarenta y cinco hombres para explorar el país contra la voluntad del jefe de la empresa, pero obligado pronto á retirarse ante un enemigo numeroso que lo persigue con teson hasta el embarcadero, pierde la vida con veinte aventureros, entre ellos Guillermo de Auberbose, jefe de tan arriesgada tentativa, Godofredo de Auzomuille, Juan le Courtois, lugarteniente de Bethencourt y Anibal el bastardo de Gadifer.

Bethencourt no tarda en hacerse á la vela, y llega á la isla de la Palma en donde encuentra la gente de la otra galera expedicionaria batiéndose con los

naturales. Este nuevo combate, del que participa el conquistador, le cuesta cinco hombres. En fin, depues de haber permanecido seis semanas en esta costa, dirige su rumbo hácia la isla del Hierro, en donde se detiene para invitar al rey de la isla por medio de su intérprete á que venga á verlo á fin de tratar de la paz. Este príncipe confiando en su palabra llega con ciento once de los suyos; pero Bethencourt sin respetar el derecho de gentes se apodera de los desgraciados isleños, los distribuye como bestias entre sus compañeros, y se adjudica para sí treinta y uno, incluso el rey como la parte que le correspondia en el botin. Se vendieron algunos como esclavos, añaden los capellanes en su historia, y esto hizo y permitió el señor de Bethencourt por dos causas: por apaciguar las exigencias de sus compañeros, y para colocar algunas familias de las que habia conducido de Normandía, las cuales no podian establecerse todas en Lanzarote y Fuerteventura sin gravar estas islas; por lo que dejó ciento veinte en la del Hierro, escogiéndolas entre las más entendidas en la labranza. Excusa que por cierto no justifica accion tan poco digna de un caballero.

De regreso á Fuerteventura, despues de esta expedicion, Bethencourt instalando su córte en Valtarahal procede desde luego á la reparticion de las tierras de las islas conquistadas, promulga ordenanzas, exime á los nuevos colonos de tributo durante nueve años, establece el derecho del *quinto* sobre los productos territoriales, decreta el diezmo para el servicio del culto, instituye á su sobrino Maciot de Bethencourt en calidad de su lugarteniente y gobernador de las islas, crea sargentos de justicia, cuyos juicios debian pasar por el registro de la autoridad militar superior (el gobernador), instituye un consejo de nobleza, compuesto de gentileshombres, recomienda la observancia de las costumbres de Normandía en los asuntos civiles, ordena la fundacion de dos iglesias, y consagra un quinto de sus rentas para su construccion y para la de los edificios públicos. Despues de estas medidas administrativas recorre el país acompañado de una numerosa comitiva para dar á conocer la autoridad de su sobrino, anunciando por todas partes que bien pronto va á regresar á Europa, é invitando á los que tengan que hacerle alguna reclamacion á que vayan á verlo ántes del 15 de diciembre (1405) en su castillo de Rubicon, á donde efectivamente regresa para establecer en él su residencia hasta el dia de su salida. Guadarfia, antiguo rey de Lanzarote, es el primero en pedir audiencia y Bethencourt le concede el terreno que reclama. Los dos príncipes de Fuerteventura se presentan despues, y obtienen el mismo favor.

El 13 de diciembre se celebró un gran banquete en el castillo de Rubicon al que fueron convidados tres príncipes de las islas conquistadas, con los principales jefes indígenas. Al fin de la comida Bethencourt sube á su estrado, dirige á la asamblea sus últimos consejos y le participa sus intenciones, y á los dos dias, el 15 de diciembre de 1405, se embarca con su capellan Juan le Verrier, su escudero Juan de Bouille, y otros seis de su casa. Los autores de la crónica de la conquista pintan en estos términos la despedida de Bethencourt: Despues que el señor habiéndose despedido de toda su gente y del país se dió á la vela, hubiérase visto á todo el pueblo romper en llanto y exclamaciones de dolor, que enternecian los corazones, siendo mayores los extremos que hacian los isleños

que el sentimiento de los naturales de Normandía. Sus corazones presentian que no volverian á verle; y en efecto así fue, pues ya no volvió á las islas... Isleños hubo que se arrojaron al mar y siguieron larga distancia la chalupa en que se embarcó el señor de Bethencourt, cuya separacion sentian tanto que no puede ponderarse. Legítimo señor nuestro, exclamaban, ¿por qué nos dejais? ¡Ya no volverémos á veros! ¡Ay! ¡qué será de este país faltándole un señor tan sabio, tan prudente y que ha puesto tantas almas en el camino de la salvacion eterna! Quisiéramos que no nos dejaras; pero puesto que así lo haces, preciso es que nos conformemos... Dicho señor tenia el corazon tan oprimido que no podia hablar, ni aun darles el último á Dios, ni proferir una sola palabra para despedirse de persona alguna... Al fin, la nave dió la vela; quiera Dios por su gracia guardarlo de todo mal y peligro.

A los seis dias de feliz navegacion Bethencourt llega á Sevilla, se dirige en seguida á Valladolid en donde estaba la córte y obtiene una audiencia del rey Enrique III, á quien cuenta el éxito de la conquista y de quien recibe varios favores, entre ellos el nombramiento de Alberto de las Casas para obispo de las islas Canarias.

Pasando luego á Roma solicita y alcanza del papa Inocencio VII la bula de instalacion para el obispo español, hecho lo cual toma el camino de Francia, atravesando por Florencia, en donde recibe una acogida distinguidísima, se detiene ocho dias en Paris, y llega en fin á su castillo de Grainville.

La historia ninguna noticia nos da de Bethencourt desde su regreso á Normandía hasta su muerte, acaecida en su castillo feudal de Grainville-la-Teinturiere en 1425, á la edad de sesenta y seis años, cuyo acontecimiento los capellanes relatan de este modo: «Este señor murió en su posesion y señorío de Bethencourt de Grainville-la-Teinturiere de Saint Pères *ous le neuf Chatel* de Lincourt, de Riuille de Grand Quemay y Hucquelleux, dos feudos que se hallan en Gourel en el país de Caux y baronía de San Martin le Gaillart en el condado de Eu. Falleció pasando de esta á mejor vida. Dios le perdone sus pecados. Lo sepultaron en la iglesia de Grainville-la-Teinturiere, en frente del altar mayor; falleció el año de 1425.

En cuanto al elogio de este primer conquistador de las islas Canarias, nada podemos añadir al tan hábilmente trazado por Viera. Las islas Canarias (dice el ilustre autor de las Noticias) pueden bendecir al que les dió un conquistador adornado de tan ilustres cualidades. Cuando sólo volvian á ser conocidas de la Europa en un siglo todavía bárbaro é iban perdiendo el brillante epíteto de *Afortunadas*, quiso la Providencia sacar del fondo de la Normandía un hombre que debia hacerse su primer dueño. Por cualquiera parte que se considere, parece grande *Juan de Bethencourt*. Su prudencia, su valor, su afabilidad, su destreza en manejar los espíritus y ganarse los corazones más salvajes, su ilustre cuna, y aun su misma patria parece que conspiró á hacerle glorioso.

A una fisonomía varonil, á unos pensamientos elevados, á un corazon impetuoso, firme y resuelto, á un genio dulce y tolerante, se le agregó el gusto de las hazañas caballerescas... El verdadero carácter de nuestro héroe era el de su siglo, esto es, el valor y la piedad.

De todos modos debe su memoria ser eterna en nuestras islas, y su nombre

tan repetido en algunas familias, que se honran en casi todas las Canarias con el apellido de Bethencourt, tiene derecho á sonar agradablemente en los oídos de sus habitantes.

Despues de la expedicion de Bethencourt, primer acto formal de la conquista de las Canarias, trazado y conocido ya el camino que á ellas conducia, muchas fueron con suerte varia las tentativas que se hicieron para apoderarse de otras islas del archipiélago; tentativas favorecidas unas veces por los reyes de Castilla y otras por el de Portugal que se titulaba señor de las Canarias, disputando su soberanía á los primeros y fundándose para ello en hechos que no son de nuestra incumbencia. Peraza, Herrera, Silva, Chemida, Rejon, Vera, lucharon allí continuando la conquista inaugurada por Bethencourt, y formando, digámoslo así, esa cadena de sangrientos combates que principia con el baron normando y termina con

ALONSO FERNANDEZ DE LUGO.

Por Lanzarote, Fuerteventura y Hierro empezó Bethencourt la conquista de las Canarias, que Fernandez de Lugo terminó en Palma y Tenerife.

Este esforzado campeon, que habia hecho ya sus pruebas en la guerra de Granada, aumentó sus talentos militares y adquirió útiles conocimientos para su empresa en la conquista de la Gran Canaria, en la que tomó parte á las órdenes de Rejon y Vera. Desde la pacificacion de esta isla conservaba Lugo el mando del fuerte de Agaete, ocupándose en la labor de las tierras que le habian sido cedidas en la época de las reparticiones; pero la vida tranquila no podia convenir por mucho tiempo á un hombre acostumbrado desde su juventud al ejercicio de las armas, y que desde el castillo donde se hallaba confinado veia la isla de Tenerife aun independiente, de la cual no se hallaba separado sino por un brazo de mar de algunas leguas. Así fue que aburrido de su inaccion abandonó muy pronto su fortaleza para ir á solicitar de los reyes católicos el honor de dirigir la empresa que meditaba.

En el campo de Santa Fe le concedió la reina Isabel autorizacion para conquistar las islas de la Palma y de Tenerife, recibiendo ademas con los socorros en dinero la órden de equipar en Cádiz los buques necesarios, y reunir todo el material de la expedicion. Sus tropas se componian de novecientos hombres, entre españoles y canarios convertidos, y muchos hidalgos que se asociaron á esta empresa, dirigida primero contra la isla de la Palma.

Verificóse el desembarco el 29 de setiembre en la costa de Tazacorte, donde Alonso de Lugo estableció su campamento. Las poblaciones de esta parte occidental de la Palma estaban hacia mucho tiempo en relacion con los habitantes de la

isla del Hierro, que venian frecuentemente á visitarlas para traficar con ella, por cuyo motivo el ejército conquistador á su entrada en este territorio no experimentó obstáculo alguno en sus operaciones, y las primeras proposiciones del general al príncipe Mayantigo, que vino á parlamentar, fueron aceptadas casi al momento. Este jefe de la tribu de Arydana, una de las más considerables de la isla, se comprometió por un tratado de paz y de alianza con los españoles á reconocer la autoridad soberana de los reyes católicos, y á abrazar tanto él como los suyos la religion cristiana, y mediante estas condiciones se le aseguraba el gobierno de su principado con las prerogativas anexas á su condicion. Las formas caballerescas y la cortesanía que Alonso de Lugo empleó en esta negociacion atrajeron la mayor parte de las tribus haouarytas, cuyos jefes se apresuraron á aceptar las mismas condiciones que Mayantigo. Estos jefes fueron Echedey, Tamanca, Echentive y Azuquahe, que gobernaban las tribus ó principados de Tihuya, de Guecheves, y de Abenguareme.

Pero el general español no encontró la misma acogida al adelantarse en el país de Tijalate, sometido á los príncipes Jariguo y Garehagua, pues la poblacion de este distrito montañoso corrió á las armas y fue preciso desalojarla de las alturas que ocupaba. Lugo dió inmediatamente la órden de atacar, y el enemigo se retiró con pérdida para ir á tomar posicion en Tinibucar, montaña escarpada, situada al N. E. de la isla; pero esto, no obstante la habilidad con que Alonso de Lugo condujo las operaciones de esta campaña, le valió tan felices resultados que ántes de retirarse á sus cuarteles de invierno en su campamento de Tazacorte todos los jefes de la isla á excepcion del valiente Tanausú se habian sometido.

Al empezar la primavera el ejército conquistador se dispuso á atacar al príncipe Tanausú, que se habia atrincherado con sus tropas en Ecero, valle volcánico llamado la Caldera, el cual ofrece en sus profundas fragosidades un terreno trastornado por las erupciones, y es de dificilísimo acceso, pues los dos únicos parajes que á ella conducen son el barranco de las Angustias, por donde corre el torrente de Ajerjo, y el desfiladero de Adamacansis. Lugo encontró los límites de esta áspera comarca defendidos por guerreros intrépidos y decididos á disputarle vigorosamente el terreno, siendo su primer ataque tan desgraciado, que se apresuró á abandonar el campo de batalla, temiendo experimentar una completa derrota. Pero al dia siguiente volvió á la carga, y aprovechándose de los socorros que le ofrecieron las tribus sometidas, trató de penetrar por el gran barranco, que le pareció ménos defendido, y adelantándose guiado por sus auxiliares hasta el sitio más estrecho que recibió el nombre de *Paso del Capitan*, lo atravesó con sus oficiales, llevado en hombros de los indígenas que lo acompañaban. Tanausú, instruido de la aproximacion del enemigo, tomó al momento posicion en uno de los bordes elevados del torrente, y lo detuvo en su marcha. Este valeroso jefe habia jurado combatir hasta el último extremo, y para que nada contrariase su valerosa resolucion se habia desembarazado de los ancianos, de las mujeres y de los niños, ocultándolos en cuevas inaccesibles á los españoles. Lugo, que reconoció la imposibilidad de penetrar más adelante, se decidió á tratar con Tanausú, valiéndose para la negociacion de uno de los parientes del príncipe, que hacia seis meses era su intérprete, y que le habia dado pruebas de fidelidad;

pero Tanausú no quiso entrar en arreglo alguno sin que el general español se retirase con sus tropas al territorio de Arydana, donde proponia ir á tratar con él. Lugo mostró aceptar estas condiciones, y empezó á retirarse, dejando no obstante para en caso de sorpresa un grueso destacamento en el desfiladero de Adamacansis; pero esta maniobra ocultaba un lazo. En la madrugada del 3 de mayo, viendo Alonso de Lugo que Tanausú tardaba en presentarse, contramarcha para ir á su encuentro y lo alcanza en un sitio del barranco á propósito para el combate. El príncipe se adelantaba sin desconfianza, creyendo que la intencion del general español era entrar en comunicacion con él; pero Lugo da al momento la señal de ataque, hace cercar al enemigo, y la batalla se traba por ambas partes con el mayor encarnizamiento, hasta que los españoles emboscados en el desfiladero de Adamacansis se presentan y deciden la victoria. Los desgraciados indígenas anonadados con este refuerzo reducen su defensa á la salvacion de su príncipe, y Tanausú que ve caer á su alrededor á sus más valientes guerreros, extenuado y pronto á sucumbir bajo el número, cae prisionero.

Alonso de Lugo formado en la escuela de Pedro de Vera no obró entónces con la lealtad de un castellano, pues atacó á Tanausú en el momento de una suspension de armas, miéntras este príncipe se adelantaba para tratar con él; y despues de su victoria se manifestó poco magnánimo con su enemigo vencido; pues envió á Tanausú á España con gran número de cautivos, y el desgraciado príncipe no queriendo sobrevivir á la esclavitud de su patria se dejó perecer de hambre.

Los reyes católicos recibieron con alegría la noticia de los triunfos de Alonso de Lugo, á quien nombraron gobernador de la Palma; pero este sin detenerse por más tiempo en esta isla se embarcó para la Gran Canaria á fin de disponerlo todo para la conquista de Tenerife, blanco principal de su ambicion, dejando á su sobrino Juan Fernandez de Lugo Señorino con órden de permanecer en la Palma en calidad de teniente gobernador, para terminar la pacificacion del país, proceder á la creacion de un ayuntamiento y presidir á la distribucion de las tierras.

El 30 de abril de 1493 habiendo Alonso de Lugo concluido sus preparativos sale de la Gran Canaria con quince bergantines, más de mil hombres de guerra y ciento veinte caballos. En la madrugada del dia siguiente, se verifica el desembarco en el puerto de Añaza, en donde despues de la ceremonia de la exaltacion de la Cruz las tropas se establecen en el campamento que el general forma en la playa.

El 4 de mayo el ejército abandona sus acantonamientos y se adelanta hácia el valle de la Laguna, pero despues de una hora de marcha se ve obligado á hacer alto en presencia de los guanches. Quebehi Bencomo, mencey de Taoro, advertido de la llegada de los españoles se habia apostado en las alturas que dominan el camino á fin de observar al enemigo, y apénas reconoce el ejército conquistador, cuando dirigiéndose á sus guerreros les dice con arrogancia, señalando á los españoles: Mirad esa gente pusilánime, se detiene á nuestro solo aspecto. Por el Echeyde y por los huesos de mi abuelo juro que se acordarán de mí. Lugo se apresura á enviar un parlamento al anciano mencey, y le propone un tratado de alianza con las condiciones aceptadas por los príncipes de la Palma;

pero Bencomo rehusa con fiereza, y se retira á sus estados de Taoro para deliberar con los demas jefes de la isla reunidos en Arantápala acerca de los medios de defensa contra el enemigo comun. El general español por su parte viendo las disposiciones guerreras de los guanches y temiendo aventurarse más, regresa al campamento de Añaza y lo fortifica.

Al llegar Bencomo á Arantápala entra en deliberacion con los menceyes de la isla, y pide ser reconocido jefe de la liga contra los españoles; pero la mayor parte de estos príncipes, temiendo su ambicion, declaran que cada uno velará como sepa por la defensa de su territorio. Otros al contrario, tales como los menceyes de Tacoronte, de Tegueste y de Anaga, é igualmente el achimencey Zebensui, consienten en la confederacion y se adhieren á las proposiciones de Bencomo que ofrece suministrar por su parte más de cuatro mil guerreros.

Miéntras que se toman estas medidas en la parte occidental de Tenerife, Añaterve, mencey de Guimar, cediendo á los consejos del ermitaño Anton, se pone en marcha á la cabeza de seiscientos guanches para ofrecer sus servicios á Alonso de Lugo, quien les recibe con grandes muestras de alegría y celebra su alianza al són de trompetas y al estruendo de la artillería del campamento. Añaterve declara que quiere prestar obediencia á los reyes católicos; pide el bautismo, se obliga á auxiliar á los españoles con hombres y víveres, y desaprueba abiertamente la liga de Arantápala. Pocos dias despues provee al campamento con quinientas cabras y gran cantidad de cebada, gobios, queso y odres de leche.

Sin embargo, á pesar de estos socorros Lugo no se atreve á aventurar un combate con los príncipes confederados, que por su parte se mantienen á la defensiva; y durante muchos meses las operaciones se limitan á reconocimientos en los valles de Tegueste y Anaga y á la captura de algunos centenares de cabezas de ganado, hasta á principio de la primavera que el ejército español entra definitivamente en campaña y se dirige por el valle de la Laguna hácia la parte occidental de Tenerife, con la intencion de penetrar en el distrito de Taoro, á fin de atacar al mencey Bencomo que habia reconcentrado sus fuerzas en aquel lado de la isla. Pero conociendo este los proyectos de Alonso de Lugo hace emboscar á su hermano Tinguaro con trescientos guanches escogidos en el gran barranco de Acentejo, y se prepara á marchar contra el enemigo con un cuerpo de tres mil hombres. El príncipe toma las más acertadas disposiciones, nada olvida, y hace acampar sus tropas en la espesura de los montes cercanos.

Los españoles despues de haber atravesado el llano de los Rodeos llegan á las orillas del barranco, en el cual reina la mayor tranquilidad, sin que se note el menor indicio de sorpresa. Los guanches emboscados aguardan á sus enemigos á la vuelta. Lugo atraviesa el peligroso sitio y llega hasta la vista del hermoso valle de Arantápala; sin embargo, la soledad que reina en las cercanías le alarma, teme alguna emboscada y retrocede, llevándose numerosos ganados abandonados de intento para entorpecer su marcha; pero apénas vuelve á entrar en el barranco cuando agudos silbidos resuenan por todas partes, mil gritos salvajes responden á este llamamiento, y de repente Tinguaro y sus guerreros salen de los riscos y matorrales donde se hallaban ocultos. El ejército sin esperanza de retirada, embarazado con el ganado que conduce y comprometido en un es-

pacio estrecho y en un terreno escabroso, no puede desplegarse; los caballos espantados por el tumulto se encabritan, derriban á sus jinetes y aumentan el desórden, y los guanches, aprovechándose de la ventaja del sitio y del terror que inspiran, se precipitan sobre sus enemigos y hacen rodar sobre ellos una lluvia de piedras que los aplasta. Los soldados de Lugo ya no combaten sino para defender su vida, y en vano imploran el auxilio divino. El capitan Diego Nuñez, á las manos un instante con el príncipe Tinguaro, cae derribado del caballo y muere con la cabeza hecha pedazos de un golpe de maza. El general español trata de reanimar á los suyos: Amigos, les dice, hoy es el dia en que debe manifestarse el valor castellano, ánimo y Dios nos asistirá. Pero sus exhortaciones nada pueden contra el furor de los enemigos. Enormes peñas y troncos de árboles desprendidos de los andenes del barranco, arrasando cuanto al paso encuentran, destruyen filas enteras. Algunos ballesteros logran apoderarse de una eminencia y combaten unos instantes con éxito; pero los guanches reunidos socavan la base del risco que se hunde en el abismo con los desgraciados á quienes servia de refugio.

Este horroroso conflicto duraba hacia más de dos horas, cuando Bencomo llega con su cuerpo de ejército. Al penetrar en el campo de batalla encuentra á su hermano herido de un lanzazo y sentado á la orilla del barranco. ¡Qué, le dice el mencey, tú descansas miéntras tus soldados combaten! Yo he vencido, respondió tranquilamente el guerrero: como capitan he cumplido con mi deber, ahora mis soldados hacen el suyo... matan.

Entre tanto hallábase Alonso de Lugo á punto de sucumbir; los guanches victoriosos lo estrechan por todas partes. Pedro Mayor, advirtiendo que el manto rojo con que el general se halla cubierto lo expone á todos los golpes, aprovecha en medio de la refriega un instante favorable para quitárselo sin ser visto de sus enemigos, y se cubre con él; pero este acto de desprendimiento sublime cuesta la vida al valiente soldado, que cae despues de haber herido mortalmente á cuatro de sus agresores. Alonso de Lugo se precipita furioso sobre Bencomo á quien hiere con su espada, pero uno de los jefes de la guardia del mencey derriba al general de una pedrada, y don Alonso está á punto de caer prisionero, cuando felizmente lo socorren treinta guimareros, que montándolo á caballo lo separan del campo de batalla. Estos valientes auxiliares le sirven de escolta y efectúan su retirada evitando el llano de los Rodeos donde se hallan reunidas las tropas del mencey de Tacoronte y de Tegueste, ganan las montañas de la Esperanza, y llegan al campamento de Añaza con varios oficiales salvados de la matanza. Tal fue el triste resultado de esta batalla sangrienta en la que Alonso de Lugo perdió seiscientos españoles y trescientos canarios. La accion habia durado más de tres horas, y de los doscientos hombres que entraron en el campamento no se encontró uno solo que no estuviese herido. Un destacamento de treinta soldados, perseguido por quinientos guanches, se refugió en una cueva escarpada, y en ella se defendió con el valor de la desesperacion hasta el dia siguiente que Bencomo, no ménos generoso en la victoria que terrible en el combate, se apiadó de ellos y aceptando su capitulacion los envió á su general, favor que tambien obtuvo el capitan Juan Benitez, sacado de entre los muertos. En fin, noventa canarios auxiliares llegaron huyendo hasta la playa de Tacoronte y alcanzaron á nado un

risco aislado que les sirvió de refugio, hasta que Alonso de Lugo, instruido de su suerte, los envió á buscar por una de sus carabelas.

Noticioso Añaterve de la triste situacion de sus aliados acude con trescientos de los suyos y viene á ofrecer al general español abundantes provisiones de víveres frescos y yerbas medicinales para curar sus heridas y las de sus soldados.

Los historiadores de la conquista cuentan esta segunda visita de los güimareros auxiliares con circunstancias muy diferentes. El padre Espinosa pretende que Alonso de Lugo, violando el tratado de alianza pactado con Añaterve, retuvo en su campo parte de los guanches de Güimar á quienes embarcó despues para España, donde los vendió con objeto de subvenir á los gastos de una nueva empresa; pero el autor de las Noticias, justamente irritado con semejante felonía, despues de los servicios prestados á los españoles en una circunstancia tan crítica se niega á creer en la asercion del padre Espinosa, apoyándose en el silencio guardado por Viana sobre un hecho tan grave. En efecto, el poeta canario nada dice, limitándose á enumerar las diversas especies de provisiones que el mencey hizo llevar al campamento de Añaza; alaba el agradecimiento de Alonso de Lugo para con su aliado, y da á conocer los presentes que este general envia á Añaterve y á los jefes guimareros.

Apénas Alonso de Lugo se habia repuesto de la derrota de Acentejo, cuando el 1.º de junio cuatrocientos guanches de Anaga vienen á atacarlo en la torre, en donde se hallaba encerrado. El valiente Tayneto que los manda cerca la fortaleza y da la señal del asalto; pero este príncipe muere al empezar la accion, y las tropas españolas despues de una valerosa defensa ponen á ciento sesenta de los sitiadores fuera de combate y obligan á los demas á retirarse.

Sin embargo el general, reconociendo la escasez de sus recursos y temiendo no poder resistir á nuevos ataques, reune á sus oficiales en consejo y los hace entrever la necesidad de regresar á la Gran Canaria, para, organizando una nueva expedicion, empezar más adelante la conquista. Habiendo prevalecido este dictámen, el embarco se verificó el 8 de junio, y los restos del ejército español no tardaron en llegar al puerto de la Luz.

Al llegar á la Gran Canaria, Alonso de Lugo celebrando un contrato con dos armadores genoveses recientemente establecidos en la isla obtiene de ellos los adelantos necesarios para el equipo de las naves que deben componer la nueva expedicion. Por otra parte don Juan de Guzman, duque de Medina Sidonia, á quien el general acude en España, se interesa en la empresa y hace reclutar en sus estados seiscientos cincuenta hombres de guerra y cuarenta y cinco caballos, cuyas fuerzas conducidas por el coronel Bartolomé Estupiñan, gentilhombre de una de las primeras familias de Jerez, y el capitan Diego de Mesa, hijo del alcalde de Jimena, llegan á la Gran Canaria hácia fines de octubre. Alonso de Lugo ademas habia organizado un cuerpo de canarios y otros isleños de las islas conquistadas, de modo que las fuerzas expedicionarias reunidas formaban un contingente de mil y cien hombres y setenta caballos.

El 2 de noviembre la expedicion se dirige á Tenerife y salta en tierra en la bahía de Añaza. La torre demolida en parte por los guanches se halla pronto en estado de defensa, y vuélvese á levantar el circúito del antiguo campamento.

Nada habia cambiado el estado político del país desde la salida de los espa-

ñoles. Bencomo, orgulloso aun de su victoria, conservaba la supremacía sobre los demas príncipes de la isla, y su soberbia indisponia aun más á los que habian rehusado entrar en la liga contra el enemigo comun. El mencey de Taoro al saber el desembarco de las tropas de don Alonso corre á las armas y se establece en la laguna de Aguere con cinco mil guanches para observar los movimientos de los españoles. El mencey Acaymo acude en breve de Tacoronte con sus guerreros; Tregueste lleva á los suyos; Tinguaro, que entónces gobernaba el principado de Anaga y el achimencey Zebuensi van igualmente á presentar sus contingentes.

El 13 de noviembre, habiendo Alonso de Lugo recibido aviso de las disposiciones de los guanches, y queriendo prevenir su ataque, abandona el campamento en medio de la noche, no dejando en él mas que la guardia necesaria bajo las órdenes de don Fernando Guanarteme. El ejército se pone en marcha con el más profundo silencio, y llega ántes del dia á lo alto de la montaña que domina la bahía de Santa Cruz, cuando Bencomo, siempre dispuesto á la pelea, reconoce que el enemigo se acerca, y á poco los dos ejércitos se encuentran. Entónces Alonso de Lugo da la señal de combate al grito de *¡Santiago y san Miguel!* La primera descarga de los mosqueteros y de las ballestas causa terrible estrago en la vanguardia de los guanches; pero los bárbaros, recobrando valor, se entusiasman de nuevo exhalando sus clamores y silbidos acostumbrados; arrójanse sobre los españoles, y á esta primera gritería sucede una horrible refriega. La victoria permanece indecisa durante dos horas, y los guanches conservan esperanza de triunfo; cuando un refuerzo que llega en el momento más oportuno favoreciendo á los españoles cambia la suerte. Era don Fernando Guanarteme á quien Lugo habia dejado en Añaza, y que deseoso de tomar parte en la accion, abandonando la guardia del campamento se presenta en el campo de batalla con las tropas canarias. Al primer choque de estos auxiliares los guanches empiezan á ceder y se retiran en desórden hácia los bosques que coronan los ribazos, persiguiéndoles sin descanso los españoles y canarios reunidos que hacen en ellos una horrible matanza, y un *sálvese quien pueda* general pone fin al combate.

Los historiadores han exagerado sin duda los resultados de esta victoria. Segun ellos, los invasores no perdieron mas que cuarenta y cinco hombres, miéntras que hacen subir el número de muertos por lo que respecta á los guanches á más de mil setecientos, si bien uno de los autores dice que el número de los españoles heridos en esta batalla fue considerable. Observóse en esta accion que los guanches creyendo que las heridas producidas por los dardos y los bodoques de las ballestas eran tanto más crueles cuanto el ruido de la descarga retumbaba más fuerte, los devolvian á sus enemigos, imitando con la boca el estruendo de estas armas.

Bencomo y el mencey de Tacoronte se retiraron gravemente heridos y el famoso Tinguaro sucumbió á manos de un soldado. Herido ya al principio de la accion este príncipe se defendió contra siete soldados de caballería con una alabarda que habia ganado en Acentejo; pero herido de nuevo y puesto fuera de combate, imploró vanamente la piedad del vencedor. Pedro Martin Buen-Dia fue quien hirió de muerte á Tinguaro de un lanzazo, miéntras que el vencido le decia: No mates al noble hermano del rey Bencomo que se entrega prisionero; pero el soldado

sin piedad hácia el valiente guerrero le atravesó el pecho de un segundo golpe.

Sus compañeros insultaron el cadáver del príncipe, y Lugo tuvo la barbarie de hacerle cortar la cabeza que mandó colocar en la punta de una pica y pasearla en el campo como un trofeo de su victoria. Fernando de Trujillo arrancó gloriosamente al guanche Tyguayga la bandera española que se habia perdido en la derrota de Acentejo, y el canónigo Samarinas y los padres que acompañaban al general dieron gracias al cielo por la victoria, entonando el *Te-Deum* sobre el campo de batalla, donde Alonso de Lugo hizo voto de levantar una capilla á la Vírgen para perpetuar el recuerdo de esta jornada.

Despues de la batalla de la Laguna los dos ejércitos se retiraron cada uno á su acantonamiento. Lugo fué á ocupar nuevamente su campamento de Añaza y Bencomo regresó al valle de Arantápala, donde se hicieron con gran pompa las exequias de la cabeza de Tinguaro, que el general español habia enviado al anciano mencey con la esperanza de atraerlo á la sumision.

El destino cruel perseguia al parecer cada vez más al pueblo guanche. Una epidemia pestilencial que los autores españoles han llamado modorra, producida por la corrupcion del gran número de cadáveres que habian quedado insepultos, atacó á estos desgraciados isleños hácia fines de 1494. Poblaciones enteras sucumbieron á tan cruel enfermedad, que segun la relacion de los historiadores arrebataba más de cien personas al dia, de manera que en 31 de enero un cuerpo de quinientos invasores, en un reconocimiento que hizo en la Laguna, no encontró sino cadáveres en las cercanías. El silencio de la muerte reinaba en los valles de Tejina y de Tegueste, un tiempo tan poblados; y sin embargo, á pesar de esta calamidad el horror que los guanches tenian á la esclavitud era tan grande, que un anciano moribundo sorprendido por los españoles en una cueva con sus tres hijos prefirió atravesarse el corazon con su venablo ántes que caer en sus manos.

Los quinientos hombres mandados por los capitanes Trujillo y Castillo, habiéndose apoderado de un rebaño considerable de cabras, se disponian á regresar al campamento, cuando fueron atacados en el desfiladero de *las Peñuelas* por Zebensiu y el mencey de Tegueste, á la cabeza de mil doscientos guerreros. No obstante, los españoles despues de haber perdido doce hombres quedaron dueños del paso, y los guanches se retiraron dejando á noventa de los suyos en el campo de batalla. Pero el capitan Castillo, yendo en persecucion de Zebensui, cayó, despues de muerto su caballo, en manos de los enemigos, y fue enviado prisionero á Arantápala, en donde se enamoró de los encantos de la bella Dácila, hija de Bencomo, la cual imploró en su favor la generosidad del mencey, quien le concedió la libertad.

Alonso de Lugo, temiendo sin duda que atacase á su ejército la epidemia reinante si avanzaba en la parte de la isla donde la modorra estaba haciendo estragos, permanecia en sus posiciones de Añaza; cuando doce de sus oficiales dotados de un valor digno de los tiempos caballerescos, habiendo formado una asociacion para lanzarse á empresas aventuradas, despues de haber prometido socorrerse mútuamente, saliendo del campamento llegaron al valle de Ygueste, penetraron hasta Taganana, en donde se apoderaron de seis pastores é hicieron un botin considerable de ganado. La partida regresaba ya á Añaza, cuando al

atravesar el valle de San Andres, se vió repentinamente cerrada por doscientos isleños, bajo las órdenes del mencey Bencoro; esto no obstante, los doce valientes, léjos de intimidarse al aspecto de los enemigos, se colocan en batalla, y Rodrigo de Barrios, dirigiéndose á los guanches, les grita en tono imperioso: Bárbaros, rendíos, pues ya hemos echado la cuenta y sabemos cuántas cabezas deben caer bajo cada una de nuestras espadas. Bencharo, no pudiendo ménos de admirarse de este exceso de audacia, contuvo á su tropa induciendo á los suyos á dejar el campo libre á este puñado de guerreros; pero Juan de Arena, excitando al combate á sus compañeros les hace entrever la vergüenza de regresar al campamento sin el botin y algunos prisioneros más, y los intrépidos campeones responden á sus exhortaciones con el grito de *¡Santiago!* dando con una descarga de mosquetería y de ballestas la señal del ataque. Varios guanches caen acribillados; los españoles se abalanzan á ellos espada en mano, y su furor guerrero esparce el espanto entre los bárbaros, que huyen hácia las montañas, dejando á Bencharo comprometido en medio de los agresores. Este príncipe magnánimo, tan digno de ser perdonado, se defiende algunos instantes con el mayor valor; pero luego, sintiéndose gravemente herido, corre á la orilla de una torrentera y se precipita en el barranco.

Esta aventura de los doce valientes ha sido celebrada en los romances de aquellos tiempos, y la crónica refiere que uno de estos terribles campeones, teniendo la mano mutilada de resultas del combate y no queriendo permitir que uno de sus hermanos le aplicase una venda: Amigo, le dijo señalándole el ganado apresado, deja correr la sangre; bastante carne tenemos para hacer otra.

A pesar del botin que proporcionaban los bandos destacados del ejército español en sus diferentes excursiones, no habia lo bastante para proveer al campamento. Dos mil aventureros reclutados en las islas de Lanzarote y Fuerteventura llegaron á Tenerife conducidos por don Diego de Cabrera, y aumentaron la penuria de los víveres, y aunque el fiel Añaterve se apresuró á enviar á sus aliados socorros en ganado, quedaron consumidos, haciendo el hambre desertar á muchos soldados que regresaban á la Gran Canaria. Los armadores de esta isla, viendo que las operaciones de la conquista se retardaban, no querian suministrar nada, y entónces el descontento, las quejas y la indisciplina empezaron á manifestarse, y Alonso de Lugo se vió obligado á reunir á sus oficiales para tomar las más eficaces medidas en circunstancias tan graves. Lope Hernandez de la Guerra ofreció generosamente vender sus tierras, sus esclavos, y los dos ingenios de azúcar que poseia en Canaria, y este generoso capitan partió en efecto para cumplir su promesa regresando á poco con un buque cargado de abundantes provisiones, en el momento en que los soldados del ejército conquistador se hallaban reducidos á la racion de un puñado de harina y de algunos higos secos. Este socorro que se aguardaba con impaciencia reanimó los corazones, y Alonso de Lugo, deseando aprovechar las buenas disposiciones de la tropa, se decidió al punto á entrar en campaña.

En 24 de diciembre el ejército se puso en marcha y avanzó hasta el famoso barranco de Acentejo, que atravesó sin obstáculo, para tomar posicion sobre las colinas vecinas. Habiéndose adelantado entónces Lope Hernandez de la Vega para reconocer el terreno hasta la vista de Arantápala, supo por un prisione-

ro que condujo al campamento, que Bencomo se disponia á atacar á los españoles á la cabeza de tres mil hombres; y en efecto, este príncipe no tardó en presentarse con sus guanches divididos en dos cuerpos, mandado uno por el mencey de Taoro, y otro por Acaimo, mencey de Tacoronte. Los dos ejércitos vivaquearon toda la noche, y los españoles para prepararse religiosamente á la batalla del dia siguiente, solemnizaron el aniversario del nacimiento de Cristo, oyendo las tres misas de costumbre, que se celebraron en el campo. Todos, oficiales y soldados confesaron y comulgaron, dice la relacion, y el padre que celebró las tres misas exhortó al ejército á cumplir con su deber contra los infieles, miéntras que los guanches se preparaban por su parte á combatir.

Al rayar el dia tomó Lugo el mando de la derecha, confiando la izquierda á Lope de la Vega. Los españoles tenian que vengar su primera derrota en aquel mismo terreno; los guanches combatian por su libertad ya comprometida, y cuya pérdida era inevitable si sus enemigos penetraban en el país. Despues de cinco horas de una accion sangrienta en la que los isleños habian perdido mucha gente, Bencomo y Acaimo recibieron dos graves heridas, y sus tropas privadas de jefes empezaron á desbandarse. El anciano mencey de Taoro, queriendo evitar una derrota, ordenó la retirada y se replegó detras del *Barranco Hondo* para tomar el camino de Arantápala, y entónces los gritos de *¡victoria!* resonaron por todas partes en el ejército español, llegando este nombre repetido mil veces á ser el del pueblo que se fabricó despues en el sitio de la refriega.

La batalla de la *Victoria* sólo costó á los invasores sesenta y cuatro hombres. Los guanches dejaron más de dos mil en el campo, y entre ellos el príncipe Badenol, hermano del mencey de Tacoronte, muerto por Pedro Benitez Lugo.

No obstante el éxito que acababa de obtener Lugo no se aprovechó de las consecuencias de su victoria. La estacion de las lluvias y el temor de que los víveres le faltasen le parecieron un obstáculo para sus operaciones, y juzgó conveniente regresar al campamento de Añaza á fin de procurarse vituallas, para lo cual fue necesario recurrir otra vez al duque de Medina Sidonia, quien envió de España un bajel cargado de provisiones. En fin, á primero de julio el ejército salió nuevamente de sus acantonamientos, y esta vez penetró hasta el valle de Arantápala.

Bencomo, curado de sus heridas, se habia atrincherado en las alturas del Tigayga con Zebensui y los menceyes de Anaga, Tegueste y Tacoronte. Alonso de Lugo estableció su campamento al pié de las montañas en la parte superior del valle, y el 24 de julio el jefe guanche abandonando sus posiciones fué á ocupar la parte inferior del barranco que lo separaba del enemigo; pero al dia siguiente el anciano mencey, reflexionando sobre su triste situacion, y temiendo los resultados de una última batalla con tropas aguerridas y ya victoriosas, reunió á los príncipes sus colegas y los indujo, no sin derramar lágrimas, á someterse. Unánimemente aprobada esta resolucion extrema, que la imperiosa necesidad aconsejaba, Bencomo envió al momento parlamentarios á Alonso de Lugo para tratar de la capitulacion. El general trasportado de alegría se apresuró á suscribir á todas las condiciones, y Bencomo, acompañado de los demas menceyes y seguido de sus principales caudillos, presentóse luego en el campamento español.

Esperábale Lugo delante de su tienda, rodeado de sus oficiales. El mencey de Taoro se adelantó á pasos lentos. En este instante solemne (dice la relacion) su rostro indicaba todos los tormentos del alma, y el temblor de sus miembros manifestaba la violencia de su desesperacion. Se acercó al general, puso sus manos entre las suyas, y le dirigió este discurso, que un intérprete tradujo al punto: Hombre valeroso, sentimos haberte hecho una guerra tan cruel, á pesar de que te mirábamos como á nuestro más cruel enemigo. En la actualidad deseamos aceptar las condiciones que nos propusiste varias veces. Nos sometemos á los reyes católicos, á quienes rendimos obediencia y homenaje, y te entregamos con esta isla la herencia del gran Tinerfe nuestro abuelo; queremos ser cristianos, pero júranos por lo que haya para tí más sagrado, que nuestros hijos y nosotros jamas serémos esclavos, y conservarémos la preciosa libertad que tanta sangre nos ha costado. Alonso de Lugo al escuchar estas palabras se sintió enternecido y quizás á vista de tanta resignacion y heroísmo su boca en aquel momento fue intérprete de su corazon. Hizo traer un misal, y colocando una rodilla en tierra juró guardar inviolablemente los artículos del convenio.

A la noticia de estos acontecimientos, Añaterve, mencey de Guimar, acudió con un numeroso séquito á tomar parte en el alborozo de sus aliados; pero los guanches de Anaga y de Tegueste, retirados á sus montañas, desestimaron la capitulacion, y fue necesaria la intervencion de sus jefes para acabar de reducirlos. Los servicios que los españoles recibieron de sus auxiliares aceleraron la sumision de los menceyes de Icod, Dante, Adeje y Abona, cuyos príncipes reunidos en su *tagoror* se decidieron por fin á rendir las armas, no quedando sino algunos guerreros indomables que prefirieron morir independientes ántes que entregarse á los vencedores.

El 29 de setiembre, hallándose toda la isla pacificada, Alonso de Lugo hizo celebrar una misa solemne y cantar un *Te-Deum*, y en seguida tremolando el estandarte de Castilla, como lo habia visto hacer en la toma de la Gran Canaria, proclamó la soberanía de España sobre la isla conquistada, repitiendo tres veces la frase de costumbre: *¡Tenerife por los católicos reyes de Castilla y de Leon!*

Así concluyó la conquista de las islas Canarias, que costó noventa y dos años de combates, en los cuales los valerosos insulares salieron victoriosos en más de veinte encuentros. Su patriotismo y amor á la independencia se vieron sometidos á duras pruebas durante casi un siglo de continuas alarmas. La guerra que se les declaró fué un combate á muerte que aceptaron con sublime arrojo; pero la fuerza de sus brazos, la maña, las estratagemas y su maravillosa agilidad nada pudieron contra el hierro de los conquistadores: el más heróico valor, la más tenaz resistencia tuvieron que sucumbir en tan desigual contienda.

TRADICIONES, USOS Y COSTUMBRES

DE LOS ANTIGUOS CANARIOS.

Los insulares que habitaban el archipiélago Canario ántes de la invasion de los europeos y el afianzamiento de su poder en esta parte del Atlántico, se presentaron á los primeros exploradores con usos y costumbres distintos, notándose ademas diferencias muy marcadas en su lenguaje y fisonomía. Importa indicar estas diferencias, pues descubren á primera vista dos razas distintas que habian conservado los vestigios de su orígen. Ramas aisladas de dos grandes troncos, estos insulares no formaban un mismo cuerpo de nacion, pero sí dos pueblos separados por desmembracion de otro, á cuyas emigraciones hácia las islas que vinieron á ocupar se habian verificado probablemente en diferentes épocas. Encerrados en ciertos límites, privados de relaciones mútuas, sin comunicaciones en el exterior y casi ignorados del mundo, circunstancias locales los habian mantenido en sus comarcas respectivas. Subdivididos en varias tribus, unos eran gobernados por jefes elegibles é independientes, otros reconocian un poder absoluto y obedecian á príncipes hereditarios. Cada uno vivia en su ley y guardaba sus costumbres; la mayor parte ignoraban la existencia de los demas, y en las islas donde las dos razas se encontraban reunidas, un estado de guerra permanente manifestaba su aversion; de manera que con frecuencia disensiones intestinas dividian las diferentes tribus.

Si estos pueblos hubiesen podido formar causa comun; si un pacto federativo hubiese creado la unidad de accion que sola garantiza el éxito; si les hubiese sido dado defenderse en masa, entónces pudieran oponer á los europeos una larga resistencia, y quizás salieran triunfantes en la lucha. Así dijo Viana en su poema:

Si un solo capitan los gobernase,
Siendo como eran todos tan valientes,
Fuera muy más difícil la conquista.

Pero sus enemigos sacaron partido de su aislamiento, y en las varias invasiones emplearon sucesivamente las poblaciones vencidas para la conquista de las islas que habian quedado independientes, y así fue que arrastrándolas una á una al combate se aprovecharon de su carácter belicoso. Los lanzaroteños sirvieron contra los de Fuerteventura, y fueron los auxiliares de sus vencedores; despues de la rendicion de estas dos islas, los nuevos señores prestaron el socorro de sus vasallos para someter á la *Gran Canaria*, y luego de sojuzgada esta para la conquista de Tenerife y Palma alistó Alonso de Lugo en sus banderas á esos

intrépidos isleños, cuyo valor habia experimentado, y á quienes debia parte de su gloria. Cuando Tenerife, último baluarte de la libertad guanche, cayó en su poder, la alianza del mencey de Guimar y de los príncipes que se separaron de la liga de *Orotápala* le fue tambien de gran provecho, y aun despues de la sumision del jefe Bencomo, tuvo necesidad de su asistencia para ultimar la pacificacion y reducir un resto de valientes que querian morir con las armas en la mano.

Recorramos desde luego las islas más cercanas al Africa, y veamos cuáles son las noticias recogidas por los historiadores acerca de sus antiguos habitantes.

En 1377 el capitan vizcaino *Martin Ruiz Avendaño* cruzaba sobre la costa de Portugal con varias galeras del rey de Castilla, cuando una tempestad que duró algunos dias las arrastró hácia las islas Canarias. Avendaño separado de su flota llegó á Lanzarote, en donde *Zonzamas*, que reinaba en la isla, lo acogió con bondad. Durante su residencia en esta tierra hospitalaria el capitan vizcaino se enamoró de los encantos de *Fayna*, esposa del príncipe, y la hermosa isleña no desdeñó el amor del jóven extranjero, pues nueve meses despues dió á luz una hija que se llamó *Ico*, á la que se le negó el noble título de *guayre*, en atencion, dice el historiador, á que la blancura de su cutis y sus rubios cabellos no dejaban duda alguna de su orígen.

Despues de la muerte de Zonzamas, *Tiguafaya*, su primer hijo, le sucedió; pero este nuevo jefe, hecho prisionero por unos piratas españoles que invadieron la comarca, fue vendido por esclavo con su mujer y ciento setenta de los suyos. Otro hijo de Zonzamas, *Guanarame*, que se habia casado con la blanca Ico, su hermana, reemplazó al cautivo rey; pero las vicisitudes que este príncipe experimentó durante la guerra que tuvo que sostener para resistir á las invasiones de los aventureros, aceleraron su muerte, y *Guadarfia*, hijo de Guanarame y de Ico, iba á hacer valer sus pretensiones, cuando *Atchen*, su pariente y uno de los jefes más poderosos de la isla, combatió los derechos que el adulterio de la reina Fayna habia roto. El consejo de los guaires, reunido para decidir esta cuestion de legitimidad, sometió á Ico á una prueba bárbara, usada en semejantes casos, para la cual se la condujo á una covacha, en la que se introducia un humo espeso y continuo; y encerrada en ella con tres mujeres del pueblo, Ico debia resistir la asfixia si su descendencia no era equívoca. Una anciana la salvó, dicen, de tan cruel apuro, aconsejándola que se pusiese en la boca una esponja empapada en agua. Un resultado tan inesperado satisfizo á los guaires; las tres inocentes víctimas murieron sofocadas, y tan sólo Ico salió triunfante de esta especie de *juicio de Dios*. Reconocida desde entónces su nobleza de pura sangre, no se disputó ya su orígen; su hijo Guadarfia fue proclamado, y Atchen, abandonado de sus partidarios, se vió obligado á reconocerlo por su legítimo soberano.

Varios hechos importantes, afirma un sabio comentador, M. Berthelot, resaltan de esta historia citada por Viera, segun las noticias inéditas del padre Abreu Galindo: desde luego la forma de gobierno de Lanzarote se halla bien indicada: la isla estaba bajo la dependencia de un rey cuyo poder hereditario debia trasmitirse al mayor de sus hijos. Este derecho, al cual las mujeres no podian pretender, pasaba al segundo por muerte del primero. Las alianzas entre hermanos

eran permitidas entre los grandes. Castas bien marcadas existian entre estos isleños: los guaires ó nobles ejercian grande influencia y gozaban de ciertos privilegios, puesto que podian disputar al pretendiente su derecho de sucesion: lo restante del pueblo, al contrario, era esclavo; los grandes disponian arbitrariamente de su suerte, y de ello tenemos una prueba convincente en las tres jóvenes que encerraron con Ico, y que perecieron víctimas de una ley bárbara, por una causa que no era la suya. Una fisonomía nacional distinguia á esta raza; el color oscuro de la piel y de los cabellos formaba sin duda su principal carácter, y de aquí las sospechas que se suscitaron al nacimiento de la blanca Ico sobre su orígen bastardo. En fin, el episodio de Avendaño nos suministra tambien materia para otra advertencia relativa á la hospitalidad que se le concedió. Admitido con confianza por el jefe de la isla, en donde la tempestad le obligó á refugiarse, el audaz extranjero ningun respeto tuvo á las costumbres patriarcales de su huésped, y violó los derechos sagrados del asilo.

Pero dejemos por un momento las tradiciones de la historia, continúa M. Berthelot, y busquemos para apoyar nuestras inducciones datos auténticos en la relacion de los capellanes de Bethencourt.

A la llegada del varon normando á Lanzarote la isla estaba gobernada por un rey, y este era Guadarfia, hijo de Guanarame y de Ico. No ménos fiel que su abuelo á los deberes de la hospitalidad, este príncipe recibió á los aventureros y les concedió su proteccion. Vino hácia el señor de Bethencourt el rey de la isla en presencia de Gadifer y varios otros gentiles-hombres, dicen los historiadores, y les prometió que les guardaria del encuentro de los que quisiesen hacerles daño, y tanto el rey sarraceno como M. de Bethencourt quedaron acordes, pero no se le tuvo en cuenta su buena acogida: la vergüenza habia sido el premio de la lealtad de Zonzamas: la esclavitud debia ser la recompensa de la generosidad de Guadarfia.

Observemos de paso que el epíteto de *rey sarraceno* se halla frecuentemente usado por los capellanes de Bethencourt para designar al príncipe de Lanzarote, y uno de los que reinaban en Fuerteventura. Nos basta por ahora hacer esta observacion con el objeto de volver á ella más adelante.

Atchen, el guaire que con despecho obedecia á Guadarfia, y que le disputó su derecho de sucesion, figura tambien en los sangrientos conflictos que perturbaron á Lanzarote en la época de la conquista. Bontier y Le Verrier lo pintan siempre poderoso y ambicioso, alimentando en su corazon proyectos de venganza, y pronto á emprenderlo todo para hacerse dueño de un poder vacilante, que toda la energía de Guadarfia no pudo salvar de la ruina. Atchen, á la cabeza de su faccion, se levanta contra su príncipe y lo hace caer en manos de sus enemigos; pero Guadarfia logra romper sus cadenas, y su antagonista recibe el castigo impuesto á los traidores: muere apedreado y su cuerpo es entregado á las llamas. La astucia y mala fe de los *africanos berberiscos* se encuentra en el carácter del guaire Atchen. Infiel á su rey, alucina á sus aliados con una sumision astuta, y los engaña despues á pesar de la fe jurada. Luego era esta una doble felonía (escribian en 1402 los autores que citan estos hechos), pues queria hacer traicion al rey su señor, para vender en seguida á Gadifer con toda su gente.

Bontier y Le Verrier nos suministran tambien varias noticias interesantes acerca de los moradores de las dos islas más cercanas del Africa. Los de Lanzarote se batian valerosamente, y Bethencourt, como ya hemos dicho, aprovechó sus disposiciones guerreras llevándolos á la conquista de Fuerteventura; pero dejemos hablar á los historiadores mismos con la sencillez de estilo que tiene todos los visos de buena fe.

«Los habitantes de la isla de Lanzarote se precian de ser arqueros y buenos soldados, y se han sostenido valerosamente con los cristianos contra los de Herbania (Fuerteventura), y lo hacen aun en la actualidad, siendo varios los que han muerto en la guerra ayudando á los nuestros.

«La isla de Lanzarote, dicen en otro lugar, es de la extension y forma de la de Ródas. Contiene numerosos habitantes y hermosas casas que suelen estar muy pobladas; pero los españoles y los corsarios los han cogido múchas veces haciéndolos esclavos, de modo que han quedado pocos; pues al llegar el señor de Bethencourt sólo habia unas trescientas almas, que conquistó con gran pena y trabajo, y por la gracia de Dios han sido bautizadas todas... Los habitantes son gallardos; los hombres van desnudos del todo, excepto un taparabo por detras hasta las corvas, sin el menor asomo de pudor. Las mujeres son hermosas y honestas, vistiendo rozagantes hopalandas de cuero.»

Leemos ademas en la relacion francesa que las lanzaroteñas eran muy fecundas, pero que careciendo de leche para criar á sus hijos los amamantaban las cabras. *Las mujeres tienen muchos hijos, y es estéril su seno; así pues alimentan á sus hijos con la boca, y por esto tienen el labio inferior más grande que el superior, y es cosa muy fea de ver.* De este modo se expresan los dos historiadores (cap. LXX, pág. 134); pero Bergeron, que publicó su manuscrito y le agregó otras muchas noticias en su *Tratado de la navegacion y de los viajes*, impreso á continuacion del relato de los capellanes, dice solamente que criaban á sus hijos con cabras, cuya version nos parece más probable que la otra. La mayor parte de ellas tienen tres maridos, añaden los capellanes, y sirven por meses, y el que debe tenerla despues la sirve todo el mes que el otro la posee, y de este modo continúan turnando. Así pues, en este triunvirato de maridos, cada cual era alternativamente dueño absoluto y humilde servidor de la mujer. Pedro Lujan asegura en sus *Diálogos* matrimoniales que una costumbre semejante existia en la Gran Canaria, y Galindo confirma el hecho, sin apoyarlo con razones suficientes.

Ya hemos dado á conocer segun Bontier y su colega lo que tiene relacion con el vestido del pueblo: parece que el del rey se distinguia por ornamentos particulares, puesto que los historiadores de la conquista se expresan en estos términos (cap. XXXII, pág. 59) respecto á la traicion de Atchen: *Luego vino Atchen al castillo de Rubicon y se vistió como rey.* Nada hemos encontrado, sin embargo, en su libro, relativo al vestido del príncipe; pero Viera y Galindo describieron el bonete real, *la corona de pieles cabrunas esmaltadas de conchas*, especie de mitra de pieles guarnecida de caracoles, y Juan de Bethencourt, que tomó el título de rey de las Canarias por derecho de conquista, adoptó en parte este tocado, adornando tambien con conchas su toca de baron. De este modo se

halla representado en un antiguo retrato de Mangornet, grabado por Palomino.

Lo referido por los dos capellanes de Guadarfia, que por tres veces logró romper sus cadenas y sustraerse á sus enemigos, puede dar una idea de la fuerza y habilidad de estos isleños. En cuanto á civilizacion, nos demuestran que cultivaban la cebada, que los habitantes mantenian ganados y recogian las aguas llovedizas en grandes cisternas. La mayor parte vivian reunidos en pueblos y edificios sólidamente construidos, que los autores de la relacion designan con el nombre de *palacios*, y servian de residencia á los personajes de alta categoría. De todas estas construcciones no se encuentran en la actualidad más que ruinas, tales como las del castillo de Zonzamas, situadas hácia la parte central de la isla, consistentes en grandes peñas sueltas que forman un recinto circular, cuya disposicion nada tiene de artística; si bien estos trozos de rocas se hallan unos sobre otros con cierto órden, y su cònjunto manifiesta aun algo de monumental.

Viera, bajo la autoridad de Galindo, menciona una gran muralla que dividia la isla en toda su extension; pero M. Berthelot afirma apoyado en sus investigaciones que este baluarte ciclópeo no ha existido jamas, ó que al ménos ninguna huella de él se descubre, sin que los habitantes de Lanzarote hayan conservado el menor recuerdo tradicional. Tan sólo en Fuerteventura, dice, es donde se encuentran aun algunos restos de estas grandes construcciones. La muralla gigantesca que atravesaba el istmo de la *Pared* de Oriente á Occidente, en un espacio de cerca de cuatro leguas, dividia el país en dos principados: el de *Majorata,* al Norte, comprendiendo la mayor parte de la isla, y el de *Jandia,* al Sur, separando la península de este nombre. Los capellanes de Bethencourt designan más especialmente al jefe de Majorata como *rey sarraceno,* miéntras que llaman al otro *rey pagano;* es decir, segun su indicacion, *aquel que estaba del lado de la Gran Canaria.* No dan ninguna noticia sobre los usos y costumbres de los habitantes de Jandia; pero todo induce á creer que estos peninsulares formaban un pueblo distinto del de la Gran Tierra. La naturaleza montuosa del país, las cavernas que aun en la actualidad se ven, hacen presumir que los habitantes de esta parte de la isla eran trogloditas, como los guanches de la parte occidental del archipiélago, pues no existe en los profundos valles de Jandia ningun vestigio de habitacion.

Tanto en Fuerteventura como en Lanzarote existian puntos fortificados, para defensa de los isleños. Bontier y Le Verrier hablan de estos inexpugnables recintos. Poseen los castillos más fuertes, construidos á su modo, que en ninguna parte se encuentran.

Los naturales de estas dos islas eran hombres bien constituidos, fuertes y valerosos, distinguiéndose los de la parte de Fuerteventura, designada con el nombre de *Majorata,* por su alta estatura. Generalmente ignoraban el uso de la sal, y se alimentaban con carne curada al humo, que secaban en sus casas.

Los regalos, que eran entre ellos el primer signo de concordia, precedian siempre al tratado de paz, y así fue cómo los príncipes de Fuerteventura observaron con Bethencourt esta cortesanía oriental, enviándole ántes de rendir las armas un fruto odorífero que le ofrecieron como prenda de buena fe. Tambien im-

piraba en las dos islas la costumbre de tenderse en el suelo en testimonio de respeto y sumision.

El padre Abren Galindo ha reunido tambien en sus memorias numerosas noticias acerca de los naturales de las dos primeras islas conquistadas. Estos pueblos, dice, eran humanos, sociales, muy alegres, sumamente aficionados al canto y al baile, y su música, que acompañaban á compás con palmadas y con los piés, era todo vocal. Este exceso de buen humor, que los animaba en las grandes alegrías, era sin duda propio del carácter africano. Bontier y Le Verrier citan el siguiente ejemplo al hablar del regreso de Bethencourt á Lanzarote en 1405. Los habitantes de esta isla ya conquistada entónces, reunidos en la playa, manifestaban su alborozo dejándose caer en tierra, gritando, estrujándose y arrojándose los unos sobre los otros para abrazarse, y los dos príncipes de Fuerteventura que fueron admitidos á la mesa del baron, como miéntras el señor comia, dicen los historiadores, habia unos menestrales que tañian, estos reyes no podian comer de la alegría que experimentaban al oir los dichos menestrales.

Galindo ha dado la descripcion de uno de los ejercicios gimnásticos más en boga en Fuerteventura, que consistia en sostener dos hombres una larga lanza por sus extremidades, levantándola lo más alto posible, miéntras que sus compañeros procuraban saltar por encima, y estos isleños, dice, eran tan listos y tan hábiles en este juego, que podian saltar por botes sucesivos tres lanzas colocadas paralelamente á diferentes distancias.

Quimeristas por costumbre, tenian entre sí frecuentes desafíos. Los campeones preferian en este caso el combate con venablo llamado *tezzeres*, y la ley no podia alcanzar al que se presentaba en la casa de su enemigo entrando por la puerta aunque fuése á matarlo ó á herirlo, mas si penetraba en su casa inopinadamente, saltando por encima de la pared ó abriendo brecha en los tejados para atacarlo á traicion, era castigado de muerte. No obstante, la ley se mostraba ménos rígida con los *altahas* ó guerreros que se habian distinguido por acciones de valor y servicios prestados á sus conciudadanos, los cuales gozaban de grandes privilegios, ocupaban la jerarquía más elevada y sus personas eran sagradas.

El autor de las Memorias inéditas describe en estos términos el suplicio de los criminales. El culpable era conducido á la orilla de la playa, en donde se le tendia en el suelo, la cabeza apoyada en una piedra plana, y en seguida se la aplastaban con un guijarro: la infamia del suplicio recaia sobre sus hijos.»

En sus enfermedades tomaban el jugo de ciertas yerbas, cuya eficacia les habia hecho conocer la experiencia; pero para la curacion de los dolores agudos, escoriaban la parte afectada con una piedra cortante, ó bien aplicaban el fuego, y curaban despues la llaga con manteca de cabra. La que empleaban para este uso se conservaba en vasijas cubiertas de tierra, y Galindo asegura que en su tiempo se encontraron varias intactas en una excavacion.

Sabemos ademas por Galindo que estos isleños eran hábiles nadadores, y que se servian de dardos para coger los pescados en la costa. Sus casas construidas de sillería, pero sin cimientos, eran subterráneas en parte, y de aquí el nombre de *casas hondas* que en la actualidad se da á las que aun existen: parece sin em-

bargo que tenian tambien algunas con corrales exteriores, para cerrar el ganado.

La cebada que cosechaban en sus campos, la carne y leche de sus rebaños formaban el principal alimento de los antiguos habitantes de Lanzarote y Fuerteventura. El grano lo reducian á harina despues de haberlo tostado, por medio de dos pequeñas piedras volcánicas ásperas cortadas en forma circular, que les servian de molino de mano, haciendo girar la de encima con un palo fijado en ella por una extremidad, miéntras que la otra giraba en una planchuela agujereada y pegada á la pared. En seguida amasaban la harina con agua ó leche, algunas veces con miel en vasijas de arcilla cocida, y esta especie de poleadas que llamaban *gofío,* se usaba en todas las islas. No cultivaban sino la cebada, siéndoles desconocidos los demas cereales, y para ello usaban de largos palos guarnecidos en uno de sus extremos con cuernos de macho cabrío, que les servian para abrir el surco que debia recibir la semilla. Despues de las cosechas sacudian las espigas y aventaban el grano con las manos. Sus frutos eran dátiles é higos, que secaban ó comian frescos con la harina de cebada.

Su método para obtener fuego consistia en restregar rápidamente un palito duro y liso sobre un pedazo de madera blanda y muy seca, formando un surco ó un agujero si el movimiento se hacia por rotacion.

Galindo describió el traje de los habitantes de Lanzarote casi en los mismos términos que los capellanes de Bethencourt, cuya relacion ignoraba. El tamarco de pieles de cabra, dice, estaba cosido con correas de cuero tan delgadas como el hilo comun, y este manto que cortaban con su *tafiague,* especie de tranchete de obsidiana, no pasaba de las rodillas; añadiendo luego que los zapatos ó *maho* eran igualmente de piel de cabra, con el pelo vuelto hácia fuera, y que llevaban gorras de lo mismo, adornadas por delante con tres grandes plumas. Las mujeres usaban un tocado semejante, pero sus gorras se ceñian al rededor de la cabeza con una banda de cuero que teñian de encarnado. Los hombres se dejaban crecer la barba y los bigotes; llevaban el cabello largo, y las mujeres lo dejaban colgar en trenzas á la espalda.

Los sayos de piel de carnero, que bajaban hasta la mitad del muslo, distinguian á los habitantes de Fuerteventura de sus vecinos; pero las mangas llegaban sólo hasta el codo, y dejaban el brazo medio desnudo. La gorra variaba tambien, y su forma era más cónica.

En las tres islas del grupo de las Canarias vivian hombres de la misma raza que los de la isla del Hierro; pero diferentes grados de civilizacion y algunas variaciones en los usos y costumbres distinguian estas fracciones de un mismo pueblo.

Sin embargo, entre las costumbres que los historiadores han descrito, como especiales á ciertas islas, porque no se presentó ocasion de examinarlas en las otras, algunas probablemente debian ser más generales.

Bontier y Le Verrier casi nada han dicho de los usos y costumbres de los naturales de la isla del Hierro, llamados *ben-bachir,* nombre que trasformaron algunos autores en el de bimbachos. Segun los más acreditados historiadores, los habitantes de esta isla eran de mediana estatura, pero *fuertes, ágiles y animosos,* segun la expresion de Galindo. Naturalmente propensos á la melancolía, sus poesías que versaban sobre objetos graves y tristes, cantábanlas con un tono lasti-

mero y bailando en círculo, teniéndose por las manos, y saltando todos juntos en diferentes intervalos de tiempo. Los pastores *herreños* imitan en nuestros dias este baile nacional.

La poligamia no era conocida entre estos insulares; no podian tampoco escoger sus esposas en su propia familia, y á pesar de que reconocian una especie de aristocracia de sangre, los matrimonios entre distintas clases eran bastante frecuentes, obteniendo el pretendiente por lo regular el consentimiento de la familia por medio de un regalo de algunas cabezas de ganado. Este pueblo obedecia á un príncipe pacífico, que no teniendo á quien combatir gobernaba paternalmente su pequeño principado, no recibiendo de sus súbditos mas que un tributo, segun la riqueza de cada uno. Armiche era el nombre de este príncipe, que Juan de Bethencourt se llevó esclavo con la mayor parte de los habitantes de la isla.

El traje de estos isleños era casi idéntico al de los habitantes de Fuerteventura; el manto de piel de carnero, cuya lana llevaban por defuera en el verano, les servia de abrigo en el invierno. Sus armas se limitaban á largos palos que les servian para trepar por los riscos, pero merced á su carácter dulce vivian entre sí en completa union. Sus casas eran circulares, sostenidas por un fuerte muro y cubiertas con un techo en forma de rotunda que consolidaban con ramas de árboles, cubiertas de una capa de hojas y paja. Cada casa podia contener una familia, compuesta poco más ó ménos de veinte personas; pero hácia el litoral habian establecido sus viviendas en grutas espaciosas que en la actualidad sirven para encerrar los rebaños. Grandes montones de helecho sobre los cuales extendian pieles de cabra les servian de camas; y cuando caian enfermos se cubrian con pieles de carnero á fin de traspirar, frotándose ademas el cuerpo con manteca. El agua de sus cisternas *(heres)* y la de una fuente natural que corria al pié del famoso *Garoé* formaban su principal bebida; si bien García del Castillo asegura que sabian extraer un licor fermentado del fruto del mocan. Viera, que trae este mismo hecho, no cita el fruto del mocan y habla tan sólo por dicho de García del Castillo, de *una bebida espirituosa hecha con cierto pequeño fruto salvaje parecido á la cereza.* Esta explicacion indica bastante el fruto de la *vismea mocanera,* árbol muy comun en la isla del Hierro, y del cual los guanches de Tenerife y de Canaria sacaban su *chaquerquen,* ó vino de mocan. No obstante, tambien es posible que García hubiese querido designar los frutos del drago, que abundan igualmente en las mismas localidades.

Su alimento consistia en *gofio* y en carnes asadas de cabrito ó carnero; si bien un dicho popular que aun se conserva indica probablemente la aficion que tenian á la carne de los lagartos (herreño come lagartos), animales muy comunes en la isla; y que llegaban casi al tamaño de las *iguanas* de América, de que tanto gustan los indios. El alimento empero que más estimaban los *ben-bachirs* era la carne de las ovejas gordas llamadas por ellos *juhaques.* Reunidas las familias los dias consagrados se colocaban al rededor de tres ó cuatro *juhaques* asados, que devoraban juntos en la época de las *guatativoas,* fiestas nacionales, cuyo aniversario y causa han omitido los historiadores. Los mariscos eran muy apetecidos entre ellos, y los montones de lapas conocidas por los modernos herreños, con los nombres de *concheras* ó de *lapas*, marcan aun los sitios en donde sus antecesores venian un tiempo á abrir el apetito. El fruto de

la higuera era un gran recurso para estos isleños, y la raíz del helecho *(pleris aquilina)* reducida á harina reemplazaba al gofío en tiempos de escasez.

Los habitantes de la Gomera se diferencian poco de los de la isla del Hierro en cuanto á estatura y á fisonomía, pero en general su tez era más morena. Muy aficionados á los ejercicios gimnásticos, y ménos pacíficos que los *ben-bachirs*, los *ghomeritas* adquirieron gran renombre por la fuerza, ligereza y valor que los distinguian, y eran fruto de la educacion guerrera que recibian casi desde que nacian, pues á los jóvenes ghomeritas para enseñarles, colocándolos á cierta distancia sin separar los piés del espacio que se les habia marcado, les arrojaban unas bolitas de arcilla que debian evitar con los movimientos del cuerpo, y una vez familiarizados con este juego empezaban á tirarles piedras. Estos primeros ejercicios eran luego reemplazados por ensayos más peligrosos, debiendo primeramente resguardarse de los venablos embotados y evitar despues otros buidos por un extremo. Educados en semejante escuela adquirian luego la ligereza, la audacia, la intrepidez y prontitud de ejecucion, que tan temibles los hizo en los combates, y así fue como estos insulares conservaron largo tiempo despues de la conquista ese carácter belicoso que los asimilaba á los guanches de Tenerife, sus próximos vecinos. Celosos de su libertad no los sometieron sino con trabajo, y en varias ocasiones trataron de sacudir el yugo levantándose contra esos señores feudales, á los cuales Cárlos V habia cedido su isla á título de feudo hereditario. En tiempo de Galindo conservaban aun en su canto nacional la memoria de aquellos de sus compatriotas que se habian hecho célebres por su heroísmo, tales como *Igualgun*, *Aguabaraheazan*, *Agualeche*, *Aguacoramas*, *Amanhuy* y *Gualequeya*, que legaron sus nombres á varios distritos de la isla. Del último particularmente se hace mencion en una poesía que Viera ha recordado en sus Noticias, y que nosotros traducimos en este lugar, segun la version sencilla de García del Castillo.

«Un dia Gualequeya, seguido de varios compañeros, habia alcanzado á nado una roca solitaria para coger mariscos, cuando una turba de tiburones hambrientos vino á rodear el arrecife.

«Los feroces peces habian cortado la retirada á los ghomeritas y se preparaban á devorarlos ya, mas Gualequeya sacrificándose por sus hermanos se precipita sobre el más corpulento y lo coge entre sus nervudos brazos. El mónstruo lucha bajo el valiente que le oprime, removiendo la mar con su larga cola. La mar brama, espumea, hierve, y la banda voraz huye espantada.

«Entónces los ghomeritas se aprovechan de la lucha para atravesar el estrecho. Gualequeya redobla sus esfuerzos, acosa á su enemigo, lo deja medio espirante, y se arroja triunfante sobre la playa.—Gualequeya venció al mónstruo y salvó á sus hermanos. En aquel dia fue valiente.»

Así, pues, como observa el historiador, no admitian virtud constante; el más valiente podia flaquear; tan sólo decian de un guerrero: *Tal dia fue un valiente;* pero al tomar fecha del servicio prestado, era tan sólo para recordárselo en ocasion oportuna. Este blason de gloria adquirido, sin garantía futura, no respondia del porvenir; el recuerdo de un hecho honroso, un hecho contrario podia borrarlo. Ser valiente por una vez, no era suficiente para la reputacion de un hombre; la opinion pública exigia aun más. *Haï t'uù cantanaja.* ¡Haced como

los valientes! tal era el grito de guerra al empezar el combate, y esta provocacion al valor, del que se reclamaban nuevas pruebas, se dirigia á todos indistintamente.

Los ghomeritas se hallaban subdivididos en cuatro tribus que reconocian una autoridad suprema, y Amalahuyhé conservaba aun esta supremacía hácia fines del siglo XIV. Pero á la muerte de este príncipe los jefes de las tribus se declararon independientes, y sus disensiones aceleraron el éxito de la conquista. Ya medio vencidos por la guerra civil, que sus ambiciosas pretensiones habian levantado, no pudieron oponer á los extranjeros sino débil resistencia.

Las noticias que la historia nos ha trasmitido sobre los usos y costumbres de los antiguos habitantes de la Gomera se limitan á poca cosa.

Asegúrase que hospitalarios hasta el exceso, hacian á sus huéspedes y á sus amigos los honores del lecho nupcial, y de aquí, dice Viera, esa ley que llamaba á los hermanos á la sucesion ántes que á los hijos. Galindo es el primero que ha dado noticia de esta costumbre y de ella se hace mencion igualmente en un pasaje del *Tratado de las navegaciones y de los viajes* de Bergeron, en el cual se expresa el autor en los términos siguientes:

«En la Gomera se tenia por gran favor y señal de hospitalidad acostar á sus amigos con sus mujeres (como cuenta Marc. Polo, lib. 1, cap. 46 del país de Camul en Tartaria), y recibir á las suyas en reciprocidad: por este motivo los hijos de las hermanas, no los suyos, eran herederos, así como en Calicut y otros puntos de Oriente.»

El traje de los ghomerytas ofrecia tambien algunas diferencias con el de sus vecinos; llevaban el tamarco más largo, y lo teñian de encarnado ó de violado, con la raíz del taginaste *(echium giganteum)*, ó con otras sustancias colorantes que sabian extraer de varias plantas. Las sayas de las mujeres eran de piel de oveja; se peinaban con tocas ligeras que les caian sobre la espalda y se calzaban con sandalias de cuero de cerdo. Estos isleños eran todos trogloditas, sirviéndoles de habitacion las grutas naturales; poseian numerosos ganados, la isla abundaba en buenos pastos que regaban una multitud de torrentes; soberbios bosques cubrian con su sombra las montañas, y las palmeras crecian numerosas en sus risueños valles. El licor fermentado, conocido con el nombre de *miel de palma*, que los labradores de la Gomera sacan aun en la actualidad de la savia de la palma de dátil, era muy estimado de los primitivos habitantes.

Pasemos á otras islas.

Los antiguos pobladores de la isla de la Palma pertenecian á la gran tribu de los *haouarythas (beny haouarah)*, subdivididos en doce tribus secundarias que obedecian á sus jefes respectivos y entre los cuales produjeron sus rivalidades frecuentes y sangrientas querellas. Echentive, príncipe de *Abenguareme*, habia llegado á las manos con Mayantigo, soberano de *Aridane*, y varios ataques repentinos habian ocurrido ya entre las tribus de *Hiscaguan* y de *Acero* cuando la conquista, pero el espíritu inquieto y turbulento que impelia á estos insulares á armarse unos contra otros no ha impedido que Espinosa y Nuñez de la Peña los hayan acusado de cobardía; aunque mejor apreciados por otros historiadores, Galindo y Viera les han hecho plena justicia. En efecto, los haouarythas de la Palma, resistieron todas las invasiones hasta el fin del siglo XV, y si la

mayor parte de las tribus no opusieron á don Alonso el conquistador sino débil resistencia, fue porque seducidos por condiciones ventajosas fiaron demasiado en la fe de los tratados. Unidos para la comun defensa fueron por largo tiempo indomables, tanto que Bethencourt y sus normandos no pudieron ganar una pulgada siquiera de terreno en su país. Más adelante Guillen Peraza, conde de la Gomera y señor de la isla del Hierro, que invadió la Palma con fuerzas considerables, fue batido al primer encuentro perdiendo en él la vida, y cuando los herreños trataron de vengar la muerte de su señor, penetrando á viva fuerza en el territorio de Abenguareme, el príncipe Echentive burló todas sus previsiones, y la hermana de Guarehava, el jefe de Tigalate, que hicieron prisionera, les dió notable ejemplo de lo que podian la fuerza y el valor entre las mujeres de la raza guanche. El *herreño* Yacomar quiso tratarla como á esclava, y la altiva isleña lo cogió por la garganta é iba á ahogarlo cuando aquel salvó su vida dándola de puñaladas; pero este crímen no quedó impune. Yacomar, aprovechándose de una tregua habia regresado á la Palma, y Guarehagua, á quien un dia contaba su trágica aventura, reconociendo en él al asesino de su hermana, le atravesó el corazon con su venablo.

La historia menciona otra mujer célebre dotada de una fuerza prodigiosa, y no ménos resuelta que la hermana del jefe de Tigalate. Acababan los españoles de desembarcar en Tasacorte, cuando Guarynfanta se les presenta desafiándolos al combate. Obligada á huir ante el número, los engaña con un falso amago; mas retrocediendo luego la intrépida amazona derriba al que le sigue de más cerca, y se lo lleva como una presa. Los invasores se encarnizan en perseguirla, y ya Guarynfanta habia alcanzado los bordes escarpados de un barranco, cuando rodeada por ocho combatientes cae acribillada de heridas en el momento en que iba á precipitarse con su enemigo.

Tales rasgos de heroísmo atestiguan sobrado el valor de esta nacion, y justifican bien la opinion del autor de las Noticias: Es fuerza confesar, dice, que los *palmeses* por punto general eran robustos, y de más sobresaliente estatura que los otros isleños; y que sus mujeres (que tambien estaban dotadas de gallardo talle) eran tan varoniles, que solian eclipsar con sus proezas las grandes hazañas de los hombres. Este carácter resuelto que tan eminentemente distinguia á los haouarythas, se encuentra á cada página en la relacion de Galindo. El desprecio á la muerte, fundado en ideas de fatalismo, la resignacion en el sufrimiento y el valor llevado hasta la temeridad, tales fueron las virtudes estóicas que opusieron á la fiereza de los conquistadores. Citemos otros dos ejemplos. Víctima de una infame traicion Tanausú, príncipe de Aceró, no rinde las armas sino despues de una defensa desesperada y de haber visto caer á su alrededor á sus más valientes compañeros, y cuando hecho prisionero, con menosprecio de los tratados se le envia á España para ser presentado á los reyes católicos como un trofeo de victoria el infeliz príncipe, que no quiere sobrevivir á su desgracia, rehusa todo alimento y muere de hambre. Mayantigo, jefe de la tribu de Arcdane, recibe combatiendo una grave herida; y cuando á poco la gangrena ataca su brazo destrozado, previendo el guerrero los estragos del mal ármase de su *tafrigue*, y se lo amputa él mismo por la articulacion del codo.

Pero cuando no conocian remedio alguno contra las dolencias que les aque-

jaban, abandonábanse al destino. Afectados por los pesares del alma, más que por los dolores del cuerpo, y naturalmente propensos á la melancolía, recurrian con frecuencia á la muerte para terminar sus sufrimientos, y en los casos desesperados, cuando el enfermo ó el anciano presentia su próximo fin, convocaba á sus parientes para darles el último á Dios, pronunciando el fatal: *Yaca guaré;* yo quiero morir, última voluntad que se observaba religiosamente trasportándolo á la gruta sepulcral, en donde tendido en un lecho de pieles y con un jarro de leche á la cabecera terminaba el moribundo su agonía.

No sin razon llama Viera á los insulares de la Palma los *espartanos de las Canarias,* pues bajo cierto aspecto su intrepidez en los combates y ese amor á la patria de que tantas pruebas dieron los igualaban á los héroes de la antigua Grecia, encontrándose tambien en sus usos y costumbres algunas que los asemejaban todavía más á los lacedemonios, tales como aquella por la que se elogiaba proclamándolo *atrevido* al que con más habilidad saqueaba á su vecino, despojándole de sus ganados y armas.

La antigua poblacion de la Palma moraba en cuevas, algunas sumamente espaciosas como la de *Canas,* que habitó el príncipe de Tedote, y en la que despues de la conquista los oficiales del ejército español presididos por el adelantado celebraron el primer cabildo.

Entre los usos descritos por los historiadores existe uno que parece ser particular á los haourythas de la Palma. Estos isleños utilizaban la simiente de una especie de chenopodo, llamado por ellos *amagante,* cociéndolo con leche, cuya masa comian, con un hisopo llamado *aguamonte,* compuesto de raíces de malvas machacadas ó con las del helecho, que empapaban en leche ó untaban de manteca para darlos á chupar á los niños. Esta especie de bebederos que igualmente se empleaban en la isla del Hierro y en la Gomera, parece indicar que las mujeres de esta parte del archipiélago canario, como las de Lanzarote y Fuerteventura, no podian tampoco criar á sus hijos, y que en general en este clima recurrian para alimentarlos á medios artificiales, cuando no los confiaban á una cabra.

Los haouarythas de la Palma usaban el mismo traje que los ghomerytas: eran altos y robustos y de rostro agradable, con facciones regulares, diciéndose del príncipe Mayatingo que fue llamado *pedazo de cielo* en razon á su hermosura. En cuanto al color de su tez, parece que era generalmente blanco, por cuanto uno de los príncipes de Abenguareme fue apellidado *Azuquahé,* que significa *el moreno,* sin duda para distinguirlo de los demas.

Apresurémonos ya á hablar de los guanches de Tenerife para conocer á fondo este pueblo de valientes, el que por más tiempo conservó su independencia, y con ella sus costumbres pastorales y virtudes guerreras.

Tenerife *(Tehinerfe* ó *Chenerfe,* segun las varias ortografías) ofreció á los conquistadores una organizacion política casi semejante á la de la Gomera y á la de la Palma. Segun la tradicion, la autoridad de uno al principio habia prevalecido, y *Tinerfe el grande* fue el último príncipe que gozó del poder soberano, cien años poco más ó ménos ántes de la conquista; pero á su muerte sus nueve hijos se distribuyeron el reino en otros tantos principados independientes, á los que se añadió otra fraccion de territorio concedido á un bastardo del rey llamado *Aguahuco.* Los hijos legítimos tomaron el título de *mencey* ó señor, y Aguahuco recibió

el de *achimencey*, es decir, de simple hidalgo, segun la traduccion de Viera. El poeta Viana dice:

Hay fama comun que antiguamente
Un solo rey la isla sojuzgaba,
Y el último llamado el gran Tinerfe,
Dejó, cuando murió, nueve ó diez hijos;
Los cuales, cada cual reinar queriendo,
Se alzaron cada uno con su término;
Y así fue el reino en nueve dividido.

(VIANA, cant. I.)

No obstante parece que las diferentes tribus de Tenerife reconocieron siempre la supremacía del príncipe de Taoro, uno de los nueve menceyes de la isla, al cual distinguia de los demas el título de *quebehi*, grande ó majestad, añadido á su nombre, siendo de notar en confirmacion de lo dicho, que *Quebehi Ymobach*, que reinaba en *Aurotapala* (Orotava) en 1464, es el único citado en el acta de posesion de Herrera el anciano, con el nombre de grande, y que á su hijo *Quebehi-Bencomo,* que le sucedió, lo califica de muy poderoso el historiador de la conquista:

En Tahoro Bencomo el potentísimo.

(VIANA, cant. I.)

En otro pasaje el poeta procura hacer observar que era el más temido, que gozaba del aprecio general, que se le tenia en la mayor veneracion, y que sus numerosos vasallos y la extension de sus dominios le daban sobre los demas una preponderancia marcada:

Mas de todos Bencomo el de Taoro
Fue el más temido, amado y estimado
De más vasallos, tierras y distritos.

(VIANA, cant. I.)

Este nombre de Tahoro ó Taoro, con el cual los historiadores de la conquista han designado el territorio del mencey Bencomo, parece ser una corrupcion de la palabra *tagaror*, que significaba el lugar en donde se juntaban á consejo, á hacer justicia y entregarse á los grandes regocijos, de manera que tal denominacion particularmente aplicada al poderoso dominio del mencey de Tenerife, indica una supremacía que adquiere nuevas pruebas por los hechos históricos. Es cierto sin embargo que existe hácia la parte meridional de la isla, en el recinto del pueblo de Guia, un pequeño espacio invadido por la lava, llamado el Tagoror, y que el mismo nombre se encuentra tambien en la Gran Canaria, designándose con él una plataforma cerca de Galdar rodeada de cuevas cortadas en la pómez, antigua residencia de los guanartemes de Canaria; mas en ninguna parte del archipiélago canario, á no ser en las vertientes septentrionales de Tenerife, en donde mandaba como soberano el mencey Bencomo, esta denominacion se halla aplicada á todo un distrito. Segun Espinosa y Viana era siempre en el gran Tagoror de Aurotápala, ó en otros términos, en el valle de Tahoro ó de Tagoror, en donde se juntaban los menceyes de la isla para conferenciar, en cuyo sitio tenian lugar

las mayores solemnidades, y en donde se debatieron los grandes intereses de la patria cuando la invasion extranjera.

No obstante, los príncipes y nobles de Tenerife tenian su tagoror particular, en donde acostumbraban reunirse y tambien celebraban consejo, administraban justicia, asistian á los regocijos y recibian á los que iban á visitarlos. Un anciano mencey sentado á la entrada de su cueva en un poyo de piedra y presidiendo su tagoror, dice el autor de las Noticias, me recuerda á los héroes de Homero, me parece ver á Nestor, pues así fue como lo encontró Telémaco, hijo de Ulíses.

Cuando la hija de la mañana (la Aurora) con sus dedos de rosa vino á anunciar el dia, el ilustre Nestor se levantó para ir á sentarse en las blancas y pulidas piedras colocadas delante de su habitacion. Aquí era en donde en otro tiempo solia sentarse tambien el prudente Neleo su padre...

HOMERO, *Odisea* (lib. III, verso 404.)

Al advenimiento de un príncipe, dice Viera, la ceremonia de la instalacion tenia lugar en el *tagoror;* hojas de palmas y ramas verdes adornaban el recinto; el suelo se cubria de flores y el pueblo acudia para asistir á esta gran solemnidad. El mencey, saludado por aclamacion, se sentaba en una piedra en forma de escabel cubierta de pieles, y entónces uno de sus más próximos parientes le presentaba el *real humerus*, reliquia venerada que suplia al cetro, el cual se conservaba en un estuche de cuero.

Era el mondado hueso zancarrónico,
Del diestro brazo, todo guarnecido
Y cubierto de pieles gamuzadas,
Y al rey se presentaba solamente
Cuando en consulta en el Tagoro estaba.

(VIANA, cant. I.)

Despues de besarlo el mencey con respeto, lo levantaba en alto, pronunciando en estos términos la fórmula del juramento: Juro por los huesos de aquel que ciñó la corona seguir su ejemplo y labrar la felicidad de mis súbditos. Y luego los jefes, segun su edad, tomando el cetro de las manos del nuevo príncipe, lo colocaban unos tras otros sobre sus espaldas, diciendo: Juramos por el dia de tu coronacion constituirnos defensores tuyos y de tu extirpe.

Segun Viana, los jefes no pronunciaban su juramento sobre el real húmero, sino sobre el cráneo de uno de los antiguos príncipes.

Guardaba cada reino con recato
La calavera para el propio efecto
Del más antiguo rey de aquel estado,
Del cual linaje y sangre descendiese
Aquel que por entónces se elegia.

(VIANA, cant. I.)

Despues de la coronacion el mencey, con la frente ceñida de laurel entrelazado de flores, convidaba á los concurrentes á tomar parte en el festin, y con la danza, la lucha y los juegos terminaba la ceremonia, prolongándose durante la noche á la claridad de las antorchas y hogueras que encendian por todas partes. En tiempo de guerra se suspendian las hostilidades para que nada perturbase la fiesta, cuyos gastos costeaba el príncipe.

Cuando el mencey recorria sus dominios precedíale el *sigoñe* llevando la *añepa*, especie de baston de mando, adornado con una banderola de junco, á cuyo emblema acudian presurosos los vasallos á saludar al príncipe, prosternándose á sus piés, habiendo algunos, los más respetuosos, que le sacudian el polvo de las sandalias con el forro de su tamarco, besándolas en seguida con acatamiento, testimonio de sumision y vasallaje que era obligatorio en el aniversario de la coronacion que se eelebraba siempre con gran pompa, siendo entónces el pueblo admitido por el mencey, para rendirle homenaje.

Unos, dice Espinosa, le llevaban en tributo pieles escogidas; otros le ofrecian flores odoríferas y ramos de frutas; los más ricos le besaban la mano izquierda; los jefes y los nobles la derecha; pero todos se arrodillaban ante él diciéndole: *soy tu vasallo*. El poeta Viana, reproduciendo en verso las noticias suministradas por el padre historiador, se expresa en estos términos:

Cuando el primer dia en cada reino
Se convocaban todos los vasallos,
Ante su rey llegaban á obediencia
Los hidalgos y nobles de rodillas;
Todos besaban la derecha mano,
Y los honrados ricos la siniestra,
Diciendo con humilde acatamiento:
Zahañat Guayohec, que significa,
Soy tu vasallo en castellana lengua.
La otra gente comun, plebeya y baja,
Traian blandas y curiosas pieles,
O bellos ramos de olorosas flores,
Y al rey besaban ambos piés, limpiándolos;
Señal de vasallaje y obediencia.

(VIANA, cap. III.)

En estas solemnidades la flor de los guerreros desfilaba por delante del príncipe, manifestando su alegría con estrepitosas aclamaciones, que Viana cita en los términos siguientes, segun la version del padre Espinosa.

Viva Bencomo, nuestro señor y protector; que viva á pesar del rigor del destino. En el poema de Viana se citan estas dos frases en ocasion de una fiesta guerrera en la que presidia Bencomo. Mil soldados desfilaban delante de él, dice el poeta: *Viva Bencomo*, etc., era el grito de la vanguardia; y el resto de la tropa respondia: *Que viva*, etc.

Luego resuena el eco vocinglero
De voces, silbos, algazara y gritos,
Y entra Tigaiga, capitan valiente,
Con más de mil soldados esforzados,
Todos armados con pesadas suntas,
Mazas muy gruesas de nudosas porras,
Diciendo en órden la vanguardia á voces:
Achit Guañoth mencey, Reste Bencom,
Que dice vuelto en castellana lengua,
¡Viva Bencomo, rey y amparo nuestro!
A quien la retaguardia respondia:
Guayax echey, Ofiac Nasethe Sahana,
Que significa, viva aunque le pese
Al rigor de los hados y fortuna.

(VIANA, cap. III.)

En el recinto del Tagoror era donde el mencey administraba justicia y presidia el consejo de los sigoñes. Al delincuente conducido ante sus jueces se le tendia en el suelo y apaleaba con el cayado del príncipe, quien cuidaba siempre de hacer se le curasen las heridas al terminar la ejecucion. Este castigo era el que se aplicaba ordinariamente á los ladrones.

Galindo afirma que los guanches de Tenerife no conocieron la pena de muerte, asercion que parece hallarse desmentida por las tradiciones que han servido de texto á uno de los más tiernos episodios del poema de Viana. Irritado Bencomo acababa de ordenar el suplicio del príncipe Gueton y de la bella Rosalva, y las dos inocentes víctimas iban á ser precipitadas desde las rocas de Tigaiga, cuando el mencey los perdonó á ruego de su hija Dácila, de Alonso de Lugo y de Beneharo, rey de Anaga. En otro pasaje el poeta habla de los castigos aplicados á los niños que insultaban á sus padres, á quienes se condenaba á ser lapidados:

Era ley que muriesen crudamente
Y lo más ordinario apedreados.
(Cant. I.)

Al homicida se le castigaba con la pena del talion, los culpables de adulterio eran enterrados vivos y la jóven pervertida expiaba su delito en la cárcel hasta que su galan se presentaba para casarse con ella. Viera, segun la version del padre Abren Galindo, dice que el asesino perdia todos sus rebaños, y que se le enviaba á un destierro perpétuo. Puede ser, añade, que el legislador obrando de este modo tratase de sustraer al culpable de la venganza de los parientes del difunto. La ley imponia sumo respeto hácia las mujeres, de manera que el que encontraba alguna en su camino debia pararse y dejarla pasar sin dirigirle la palabra.

La bigamia no existia entre los guanches; pero los de Tenerife podian repudiar á su mujer para tomar otra. Los niños se llamaban *achienca* y las niñas *cucaha*. Viana niega esta ley de repudio, aunque el pasaje de su poema en donde trata del casamiento deja mucho que desear.

En Tenerife existian distintas castas, y por fray Alonso de Espinosa sabemos las creencias de los guanches sobre el particular. Al principio del mundo, decian ellos, Dios crió cierto número de hombres y de mujeres con tierra y agua, y les repartió los rebaños necesarios para su subsistencia. Despues creó otros y no les dió nada: habiendo entónces estos reclamado su parte, Dios les respondió: *Servid á los otros y ellos os darán*. De aquí provienen los amos y los criados, ó sea los nobles y los plebeyos.

Así, pues, la aristocracia fundaba su prerogativa en el principio del derecho divino; la religion era su salvaguardia, y la casta nobiliaria seguia el curso de su destino apoyándose en la santidad de las tradiciones, de manera que la nobleza guanche fue previsora, y los menceyes de Tenerife podian titularse *reyes por la gracia de Dios*. Esta nobleza no era pues sólo una alta distincion que gloriosos servicios habian hecho hereditaria; fuera de las convenciones humanas, tenia su orígen en una region sagrada, inaccesible al vulgo; emanaba del mismo Dios y formaba una raza privilegiada del todo distinta.

En el órden de esta jerarquía nobiliaria que dividia á la nacion en dos cuer-

pos, el *quebehí* era el título más distinguido. El de mencey ó señor se aplicaba al príncipe, en quien los jefes de la tribu reconocian la autoridad soberana, y era hereditario, designándose con el de *achimencey* á un personaje de jerarquía inferior, aunque descendiente de familia reinante. Los *sigoñes* eran hidalgos, grandes vasallos de los menceyes; mandaban la gente de guerra y tomaban asiento en el *tagoror* ó tribunal de justicia. Por último, como en las otras islas, los *achicayna* ó los plebeyos formaban la mayoría del pueblo compuesto de pobres esclavos que sometidos á sus señores cultivaban los dominios del príncipe, que les cedia el usufructo; y para los cuales el trabajo era el fundamento de su bienestar, y el acrecentamiento del ganado su única riqueza. Estas distinciones jerárquicas hicieron decir al poeta Viana:

Habia entre ellos hidalgos de linaje,
Escuderos honrados, y villanos.

(Cant. I.)

El territorio pertenecia al mencey, que lo distribuia temporalmente á sus súbditos, segun su categoría y necesidades, volviendo á entrar en el dominio del príncipe á la muerte de los usufructuarios, ó adquiriendo mayor extension por el aumento de las familias. La imposibilidad de poseer y de dominar á los demas por medio de la riqueza contenia la ambicion, y bajo este concepto en esta ley agraria favorable á la política de los menceyes consistia su fuerza y estabilidad.

El cuidado del ganado y eleccion de los mejores pastos eran para los guanches deberes importantes, en lo cual empleaban toda su ciencia. Estos atrevidos pastores reunian en un instante el ganado disperso en la montaña, lo contaban de una ojeada y distinguian entre mil ovejas el cordero de cada madre. En los momentos de ocio el pastor tañia el caramillo, cantando sus amores ó los combates de sus padres. Esta vida pastoral, esta existencia de los primeros tiempos, han inspirado á Viana las más bellas páginas de su poema.

El episodio del príncipe Zebensui, que citan Viana y Viera segun la version de Espinosa, nos suministra un ejemplo de esta sencillez de usos y costumbres que distinguia á los antiguos guanches.

Zebensui, á quien los españoles apellidaron el *Hidalgo pobre*, mandaba despóticamente en el distrito septentrional de Tenerife, entre las montañas de *Anaga* y de *Tegueste*. Jóven y audaz, llevó la temeridad y el abuso de la fuerza hasta las más culpables acciones, oprimiendo á sus vasallos y robándoles el fruto de sus afanes. Las rapiñas renovadas sin interrupcion en los rediles de las cercanías le habian convertido en el azote de la comarca, cuando los pastores alarmados resolvieron ir á implorar al poderoso Bencomo para poner término al pillaje de que eran víctimas. Pero el anciano mencey, deseando conciliar el honor de su estirpe con los deberes de la justicia, tomó una resolucion digna de su noble carácter. Sale del valle de Taoro é internándose solo por senderos poco frecuentados atraviesa en pocas horas la distancia de siete leguas para sorprender á Zebensui en fragante delito. Entrando repentinamente en la cueva del príncipe, lo encuentra acabando de comer y saboreándose con los restos de un cabritillo que robara la víspera. A tan repentina aparicion Zebensui queda petrificado. Reconoce al gran Bencomo, cuyas virtudes y sabiduría le habian elevado á la supre-

ma jerarquía. *Quebehí,* le dice prosternándose, tu presencia en estos sitios y á tal hora me llena de confusion. ¡Tú, el primero entre los menceyes de la isla, en esta humilde habitacion! ¿Qué podré ofrecerte en mi miseria para hacerme digno de este honor? Permíteme al ménos ausentarme algunos instantes y pronto te trataré cual mereces rindiéndote los deberes de la hospitalidad. Pero Bencomo deteniéndole en el momento en que iba á salir y fijando en él una severa mirada, le responde en estos términos: Quédate, Zebensui, y no vayas á robar los bienes ajenos para ofrecérmelos; reconoce tu extravío y ten presente que el príncipe no debe alimentarse á expensas de sus vasallos. Dáme agua y gofío; esta es la comida del pastor.

Confuso entónces Zebensui le presenta el gofío y el agua, excusándose de carecer de sal. El mencey lo deslie con sus propias manos y continúa saboreando el grosero alimento. ¡Oh, Zebensui! ¡si supieses apreciar el gusto de la harina amasada por manos puras sin humedecerla con las lágrimas del pobre! Los tiernos cabritillos, los gordos recentales, cocidos en leche, arrancados con injusticia y violencia del calor de las madres y del seno de los pastores indefensos, sin hacerte más rico, miserable príncipe, te harán abominable y digno de la execracion de tus súbditos.

Levántase el mencey al concluir estas palabras y arrojándose fuera de la gruta vuelve á tomar el camino de la montaña desapareciendo en seguida. Zebensui no se atreve á levantar los ojos ni dar un paso para seguirle: el discurso del noble anciano habia tocado su alma: aun se imaginaba oir su severa voz reprendiéndole por sus maldades, y cuando volvió de su estupor quiso implorar su perdon arrojándose á los piés de Bencomo, quien ya se hallaba léjos. Entónces con la esperanza de alcanzarlo sigue sus huellas y llega desalado al valle de Tegueste sin haber podido encontrarlo. El jefe de este distrito, á quien contó su aventura, lo trató con bondad, se ofreció garante de su arrepentimiento é intercedió cerca del mencey para obtener su rehabilitacion. Zebensui, se dice, varió de conducta y mereció la confianza de su protector, quien le confió la intendencia de sus numerosos ganados que apacentaban cien pastores.

Esta sencillez de costumbres de los antiguos guanches, dice el autor de las Noticias, es digna de atencion, pues recuerda las costumbres antiguas que el poeta griego celebró en sus versos. La visita del mencey de Taoro á Zebensui, el cabrito que el mismo príncipe asa, el gofío amasado por mano del rey, todo esto, ¿no se parece á los tiempos de Homero, y no se cree ver á Aquíles en su tienda visitado por el anciano Nestor?

Viana pretende que el príncipe de Tegueste, cuyo dominio lindaba con las posesiones de Zebensui, carecía del título de mencey. Aguanco *(el bastardo)*, á quien cupiera la menor parte en la herencia de Tinerfe el grande, alcanzó el título de *achimencey* y dejó dos hijos. El mayor le sucedió en el principado del Norte de la isla, y el segundo llamado Tegueste se casó con la princesa Tejina, hija de Acaymo, mencey de Tacoronte. Este llevó en dote dos valles cercanos, uno de su propio nombre y otro del de su esposa, los cuales se conservan en las localidades respectivas. Algunos autores, añade el poeta, han erigido gratuitamente este principado en *menceyato*, mas el señor de este territorio jamas llevó por cetro el real húmero ni tuvo el honor de presidir un *tagoror*.

Y aunque algunos afirman que era reino,
Se engañan, y es error, que solamente
Fue señorío, y nunca jamas tuvo
Cetro de hueso antiguo, ni tagoro.
(VIANA, cant. X.)

Viana tomó estas noticias en las tradiciones de su mecénas, don Juan de Guerra y Ayala, poseedor del Valle de Guerra, á quien dedicó su poema. Este feudo que formaba parte del antiguo principado de Tegueste, fue erigido en mayorazgo en tiempo de Felipe II. Habíalo adquirido el padre de don Juan de Guerra, uno de los compañeros de Alonso de Lugo el conquistador, cuando la reparticion de tierras entre los oficiales del ejército castellano, y Viana tuvo ocasion de examinar el acta de posesion.

El suelo de Tenerife por su naturaleza volcánica y sus cavidades subterráneas ofreció á los primitivos habitantes gran número de cuevas espaciosas, de las que formaron sus acostumbradas viviendas, prefiriendo en invierno las que se hallaban en el litoral; pero en verano iban á establecerse en el interior de la isla, en los ribazos de los barrancos para respirar el aire fresco de las montañas.

Estas cuevas de invierno, que aun se encuentran en Tenerife, han sido la mayor parte abiertas por la mano del hombre, pues las construian los guanches en la toba, siendo las más hermosas las del distrito de Guimar, conocidas con el nombre de *las cuevas de los reyes*, las cuales se encuentran á la salida del pueblo, camino del barranco de *Chimisay*. Todas se hallan situadas á lo largo del mismo ribazo, y algunas ofrecen en sus divisiones varias piezas cuadradas, de las cuales la mayor recibe la claridad por la puerta de la entrada, siendo probable que las demas no sirviesen sino para dormitorio ó despensa; asientos cortados en la peña aparecen á lo largo del basamento del primer cuarto, en donde aun se ve una especie de nichos labrados en las paredes, destinados á colocar los jarros de agua ó de leche. Viera asegura que los guanches de Tenerife moraban tambien en casas de sillería cubiertas de paja y helecho.

Eran los guanches muy hábiles en entretejer tabiques de cañizos; fabricaban redes de junco, esteras, cestos y una especie de mochilas de hojas de palmera. Sus demas utensilios consistian en vasijas de arcilla ó de madera dura, en agujas y anzuelos de hueso ó de espinas de pescado, y en cuerdas de tripas. Tambien amoldaban unas cuentecitas de tierra cocida de color oscuro, que agujereaban para ensartarlas y hacer collares. Los guanches sobresalian ademas en los curtidos y en todo lo concerniente á la preparacion de las pieles, las que usaban para vestidos, calzado, tapices, cobertores, forros de muebles, asientos, etc. Los colores que empleaban y el modo de aderezar las pieles las hacian tan estimables por su brillo y flexibilidad como las mejores de Mogador y Tafilete. Varios autores canarios han asegurado igualmente que tenian alguna idea del arte del dibujo y la pintura, y Viera menciona varios ornamentos pintados con ocre encarnado y otras tierras colorantes. En el poema de Viana se hace referencia al retrato de la princesa Guacimara, hija de Beneharo de Anaga, que los enviados de este ofrecieron á Bencomo. Este retrato, dice el poeta, estaba pintado sobre una tabla con negro de carbon, ocre, zumo de yerbas y leche de higuera silvestre.

Su traje era casi idéntico al de los habitantes de las vecinas islas. Viana ha descrito en los versos siguientes el del mencey Bencomo:

Un tamarco curioso gamuzado
De delicadas pieles le vestia,
En los brazos las *huirmas* como mangas
Y *goaïcas* en las piernas como medias.
(Cap. III.)

El *tamarco*, dice en otra parte, era una especie de camisa de piel delgada, sin cuello ni mangas, cosida con correas, pero segun Galindo y Viera debe entenderse por *tamarco* el manto que le servia de capa, cuyas mangas eran cortísimas. Es el mismo vestido que los capellanes de Bethencourt designan con el nombre de *hopalanda*. Las *huirmas* eran unas mangas ó mitones largos, que llevaban tambien en las piernas á modo de polainas, pues Viana en otro pasaje se expresa de este modo:

Y en las piernas
Huirmas, como medias sin plantillas
Traian. . . . .
(Cant. I.)

No es posible definir bien la forma y el verdadero uso de las *guaicas* ó *guaicos*, que se citan en la descripcion del traje de Bencomo; mas segun las apariencias debe suponerse que se trata de botines de cuero. Llevaban tambien los *xercos*, especie de albarcas que se usan en algunas provincias de España á imitacion de los berberiscos.

Las noticias de Viana sobre el traje de las mujeres se refieren á las de los cronistas de la conquista. En su descripcion se encuentran *las largas sayas de fina piel*, de las que hablan Bontier y Le Verrier, como igualmente el tamarco corto y ajustado á la cintura. De este modo describe el que llevaba la princesa Dácila:

Un curioso tamarco ó vagueruelo,
Y de lo mismo un apretado cíngulo,
Haciendo delicada la cintura,
Y otro que al modo de basquiña ó saya
Debajo le cubria hasta el tobillo.
(Cant. III.)

El poeta no olvida tampoco los collares de conchitas y ámbar que adornaban su garganta:

De pequeñas veneras y conchillas,
Pulidos caracoles y juguetes,
Que cria ó tiene el mar en su ribera,
Llenos por dentro de olorosos ámbares,
Una gran sarta le enlazaba el cuello
Como cadena de preciosas perlas.
(Cant. III.)

Los medios de subsistencia de los guanches de Tenerife no eran ménos abundantes en estas islas que en los puntos del archipiélago, siendo el principal el de sus ganados, prefiriendo la carne de cabrito á todas las demas, si bien la de co–

nejo tambien era estimada, segun afirman los autores canarios. Cocian estas carnes en el horno, enterrándolas en un pequeño hoyo sobre el cual encendian una hoguera, y jamas la mezclaban en su comida con otros manjares á fin de no alterar su sabor. El gofío se comia despues, y lo amasaban con leche, miel de palma ó de mocan y alguna vez tambien con agua, en la que entónces echaban un poco de sal. Las tierras que cultivaban les suministraban el trigo para el gofío.

Conservaban los granos en silos, y terminada la cosecha empezaban los regocijos públicos, que tenian lugar en la época del *beñesmen*, es decir en julio. Las palmas, los madroños, las higueras, el mocan y el vicácaro les suministraban sabrosos frutos. Los del mocan, que designaban con el nombre de *hoya*, eran los más buscados; los comian frescos, ó bien los ponian á fermentar para extraer una bebida dulce que tomaban pura, y con la que amasaban la harina. El licor astringente que llamaban *chacherquen* lo sacaban del mismo fruto, el cual empleaban para curarse las heridas.

El método empleado en Tenerife para la manteca era muy sencillo: en la extremidad de una cuerda suspendian un odre á medio llenar de leche, miéntras que dos mujeres colocadas á ocho ó diez pasos de distancia lo empujaban alternativamente hasta que la parte mantecosa adquiria el grado de consistencia necesario.

Los guanches no tuvieron idea alguna de la navegacion; jamás pensaron en construir barcas ó piraguas, y no se entregaron á la pesca sino en las playas. Esta industria, bien que muy poco adelantada, debió ofrecerles sin embargo grandes recursos *en un mar cuajado de pescados,* segun la expresion original del autor de las Noticias. Viera describe varios modos de pescar: primeramente, la pesca con sedal que no necesita explicarse; en segundo lugar, la que los pescadores hacian de noche en la orilla del mar. Entraban en el agua con antorchas encendidas, y en seguida con los dardos de que iban armados arponaban los pescados que el brillo de la luz atraia. La tercera era la de *la tabaiba,* que consistia en envenenar con el zumo del euforbio (*euphorbia piscatoria*) los charcos que formaba la bajamar en las fragosidades de la costa. El jugo cáustico de esta planta, llamada tabaiba por los naturales, atontaba á los peces que los pescadores sacaban de las balsas en donde quedaran encerrados.

Viera habla de un cuarto método, pero parece que sólo lo usaban los habitantes de la Gran Canaria y de la Gomera, que tenian sobre los guanches de Tenerife la ventaja de ser excelentes nadadores. El autor de las Noticias lo describe en estos términos: Tan luego como estos insulares descubrian en el agua un banco de sardinas, bogas ó tasartes que se acercaba á la costa para desovar, se arrojaban á nado á fin de cercarlo, agitando las olas de modo que el pescado se dirigiera á la costa, y entónces otra cuadrilla de pescadores tendian las redes de juncos, cuyas extremidades estaban guarnecidas con piedras.

Veamos ahora cuál era su arte militar. Un pueblo casi siempre en defensiva á causa de las frecuentes querellas que suscitaban entre sí los jefes de las tribus; guerreros dotados de un valor á toda prueba, de una ligereza sin ejemplo, de una fuerza corporal que los ejercicios gimnásticos hacía aun más poderosa, prontos á reparar los golpes con la soltura é intrepidez que desplegaban los mayores peligros, tales hombres no debian sujetarse á ninguna táctica regular cuan-

do se trataba de entrar en campaña para exigir satisfaccion de un insulto ó defenderse contra un agresor. Así, pues, sus ataques se hacian siempre de improviso, prorumpiendo en agudos alaridos, como dice Viana en estos versos:

Hacian en la guerra un fiero estrépito,
Con voces, silbos, gritos y alaridos.
(Cant. I.)

La ventaja de la posicion para el combate era lo que más buscaban, é ingeniosos en estratagemas disponian sus emboscadas y se dividian en trozos para caer sobre el enemigo á una señal convenida. En tiempos de guerra las tribus confederadas se comunicaban por medio de hogueras colocadas en las cimas de las montañas, y atalayas colocados de trecho en trecho se avisaban con silbidos que se oian á gran distancia. Los prisioneros eran siempre respetados, y cada partido los canjeaba con los suyos que habian tenido la misma suerte.

Las armas eran la maza ó *magado*, el hacha cuyo cortante estaba formado de un trozo de obsidiana, la lanza de ocho ó diez piés de largo y hecha de madera endurecida al fuego, el venablo que arrojaban con suma destreza, el *banot*, especie de dardo muy temible y dispuesto de modo que una de sus muescas quedaba en la herida, á medida que el astil penetraba en las carnes, sirviéndose para defenderse de escudos hechos con la corteza del drago; pero ántes de llegar á las manos con sus enemigos las piedras eran su primer y principal recurso miéntras duraba la accion, bien sea que las arrojasen con hondas, como lo pretende Viana, ó bien con la fuerza de su brazo, fiándose en su habilidad. Generalmente combatian casi desnudos, y los que no se servian de escudo acostumbraban envolverse el brazo izquierdo con el tamarco para parar los golpes que se les asestaban.

Batallaban desnudos las más veces,
Con una sola piel por la cintura,
Rodeando el tamarco que vestian
En el siniestro y valeroso brazo.
(VIANA, cant. I.)

Las luchas y los simulacros, que frecuentemente tenian sangriento fin, eran el programa de casi todos los regocijos públicos. Los luchadores se frotaban el cuerpo con grasa y se atezaban los miembros, abrazando el tronco de un arbolillo con el objeto de adquirir flexibilidad y disponerse á la accion. El pugilato, al estilo griego, sólo estaba en práctica en la Gran Canaria. Antes de empezar la lucha los atletas solicitaban la venia al jefe de los *sigoñes*, especie de juez de campo, y en seguida se presentaban en la arena acompañados de sus parientes y amigos, que debian permanecer espectadores impasibles. El palenque, para que los combatientes pudiesen ser vistos de la muchedumbre, era generalmente un terraplen, en cada uno de cuyos extremos colocaban dos lápidas de cerca de dos piés de ancho. Terminada la lucha los dos campeones armados de varios guijarros, de la larga lanza y de su hacha bien afilada, se retiraban á los opuestos puntos del estadio, y á pié firme debian en primer lugar parar recíprocamente las pedradas. Era raro que uno de los dos saliese herido de este primer ensayo de habilidad, tanta era la ligereza de los movimientos de entrambos.

Despues empezaban á acercarse para atacarse con la lanza y el hacha, y entónces se convertia el simulacro en un combate sin cuartel, calmando con frecuencia graves heridas su ferocidad. En este caso el jefe de los sigoñes interponia su autoridad, gritando: ¡Gama! ¡Gama! ¡Basta! ¡basta! Una lanza rota era suficiente á veces para concluir el combate, ó bien, si ningun accidente sobrevenia y los campeones parecian cansados, se suspendia la pelea; sus amigos les refrigeraban, y así que habian descansado un momento se les daba la señal para continuar con mayor ahinco. El autor de las Noticias describe este combate sin cuartel como particular á los canarios, y cita al jefe de los guayres y al paican como jueces del campo; mas Viana asegura que estos torneos se conocian tambien entre los guanches de Tenerife.

Descritas las costumbres guerreras de tan célebre pueblo, examinemos sus virtudes morales y citemos en este lugar, segun Abren Galindo, los preceptos de aquella doctrina tan sencilla y pura que los guanches enseñaban á sus hijos.

Huid del que sus vicios lo hacen despreciable á los ojos del mundo, si no quereis ser el escándalo y la peste del género humano.

Sed buenos para que os amen, despreciad á los malos, y mereced la estimacion de los hombres de bien, y que honran la nacion con sus virtudes y valor.

Tambien los príncipes guanches, en su mayor parte dotados de gran valor, educados en estos principios de justicia y de alta sabiduría, se captaron el respeto y el amor de sus súbditos. El pueblo veneraba al mencey, y despues de su muerte conservaba hácia su memoria los sentimientos de afecto sincero del cual le habia dado pruebas durante su vida.

Su cuerpo cuidadosamente embalsamado y cosido en pieles se encerraba en un ataud de enebro ó pino, depositándolo despues en una cueva escarpada.

Este respeto á los muertos, y el cuidado que ponian en su conservacion se extendia á todas las clases de la sociedad. Los más pobres eran envueltos en sus tamarcos y se hacinaban en cavernas en donde aun se hallan sus huesos blanqueados por el tiempo.

Los guanches poseian el secreto de embalsamar, y sus momias, que llamaban *xaxos*, estaban preparadas por un método análogo al de los antiguos egipcios, y segun la tradicion existia en Tenerife una clase de hombres y de mujeres que ejercian el oficio de embalsamadores. Estas gentes, dice el padre Espinosa, no gozaban de consideracion alguna, vivian aislados, y se evitaba su contacto, pues se les consideraba como inmundos, no empleándolos sino en vaciar los cadáveres. Por el contrario, los que se encargaban de embalsamar el cuerpo tenian derecho al respeto de sus conciudadanos.

Hé aquí lo que este autor dice sobre el modo de operar:

«Colocábase el cuerpo del difunto en un poyo de piedra para proceder á su diseccion, extrayéndole los intestinos. Se lavaba dos veces al dia con agua fresca salada, teniendo cuidado de empaparle las orejas, las ventanas de la nariz, los dedos de las manos y de los piés, y todas las partes delicadas; se le untaba en seguida con un ungüento compuesto de manteca de cabra, yerbas aromáticas, corteza de pino machacado, resina, polvo de helecho, piedra pómez y otras materias astringentes y disecantes, y despues se le exponia al sol por espacio de quince dias, en tanto que los parientes del difunto cantaban sus alabanzas y se

entregaban al dolor. Cuando el cuerpo se hallaba bien disecado y ligero, se le envolvia en pieles de oveja y de cabra, curtidas ó crudas, segun su categoría, y le ponian una marca para reconocerlo. Despues se le llevaba á una de las cuevas sepulcrales destinadas á este piadoso uso, y situadas en parajes inaccesibles. Los cuerpos que se encerraban en sepulcros se colocaban de pié arrimados á las paredes de la cueva, y los demas amontonados sobre andamios de ramas de enebro, de mocan ú otras maderas incorruptibles. Alguna vez las momias no descansaban sino en lechos de ramas, segun se han encontrado en varias cavernas.»

Viana, que ha descrito el modo de embalsamar por las noticias de Espinosa, supone que la pasta aromática y astringente para untar el cuerpo exteriormente, se la introducia tambien en el interior; pero ha omitido los baños de agua salada que hacen asemejar de una manera tan esencial el método de los guanches con el de los egipcios, descrito por Herodoto.

El autor de las Noticias cree que se abrian los cadáveres por medio de piedras cortantes que sacaban de esas obsidianas, designadas con el nombre de *tabona* por los antiguos habitantes, lo que recuerda *las piedras etiópicas* empleadas para abrir el cuerpo por el costado, y de las cuales se hace tambien mencion en Herodoto. Hase observado, en efecto, la incision practicada en el costado en momias que han sido abiertas.

En las *Transaciones* de la Sociedad Real de Lóndres se lee la relacion de un viajero acerca de las momias guanches, escrita pocos años despues de la conquista. Algunos antiguos habitantes de Tenerife, queriendo manifestar su reconocimiento á este viajero por los servicios que como médico les habia prestado y darle al propio tiempo una prueba de confianza, le hicieron ver una cueva sepulcral en donde se hallaban enterrados sus abuelos. La cueva estaba situada en el distrito de Guimar, poblada aun en aquella época por los guanches que habian sido indultados cuando la pacificacion de la isla, y las momias estaban colocadas por capas: las carnes en un estado perfecto de conservacion, se hallaban cubiertas de una piel tan seca como el pergamino: habia sobre tres ó cuatrocientas, las unas de pié, otras extendidas sobre parihuelas de una madera tan dura como el hierro: los piés y la cabeza quedaban fuera del entarimado, y dos piedras colocadas á los extremos las sostenian, viéndose al lado vasijas de tierra que habian estado llenas de leche ó manteca. Los guanches que acompañaron al viajero le dijeron que existian en Tenerife más de veinte cuevas en donde se conservaban los cuerpos de sus príncipes y de otros personajes de distincion, pero que ni siquiera conocian su entrada, en atencion á que el secreto se guardaba por ancianos de una discrecion á toda prueba. Ya tan sólo de tiempo en tiempo se llegan á descubrir en nuestros dias esas antiguas cuevas, cuya entrada ocultaban los guanches por temor de que se profanasen. Viera hace mencion de la famosa cueva del *Barranco de Herque*, situada en Tenerife, entre Arico y Guimar explorada en 1770 y que tuvo ocasion de visitar en persona. Era muy vasta, á pesar de que su entrada fuese angosta. Las paredes ofrecian varios nichos socavados en la roca; más de mil momias se hallaban depositadas... Pude admirar por primera vez, dice, el arte con que los guanches embalsamaban las que deseaban eternizar, y me hallaba tal vez en presencia de esos antiguos habitantes de las Afortunadas, contemporáneos del rey Juba.

Al principio de este siglo unos orchilleros descubrieron otra caverna en uno de los barrancos de la costa, entre los pueblos de Tacoronte y el Sanzal. Estas catacumbas han suministrado momias á casi todos los gabinetes de historia natural de Europa.

Varias observaciones acerca de las momias sacadas de diferentes cuevas han inducido á creer que existia alguna diferencia entre los guanches en el modo de embalsamar, segun su categoría y riqueza. Se han encontrado momias que tenian hasta seis mortajas de pieles, miéntras que otras sólo estaban envueltas por una sola piel de cabra. Estas pieles curtidas parecian haber sido aplicadas húmedas al cadáver, pues habian tomado las formas del difunto, que despues de la destruccion del cuerpo quedaban amoldadas como corazas. En las momias de clase superior, las pieles son de un curtido muy fino y suaves, cosidas de varias piezas, y con delicadeza admirable; su color tira al rojo oscuro. Las tiras que las ligan son de la misma materia; alguna vez un gancho de cuerno de cabra ó de hueso está atado á la extremidad de la tira para fijarlo al rededor del cuerpo. A primera vista pueden distinguirse los sexos por la disposicion de los brazos: los hombres los tienen colgando y las mujeres cruzados sobre el vientre. En la cueva de Tacoronte se encontró una cuyo cuerpo habia pertenecido á una vieja, con las piernas dobladas sobre las rodillas, como las momias peruanas. Llevaba capucha y parecia estar bastante bien conservada; los juanetes de la cara se hallaban muy salientes, la frente estrecha y arrugada, la nariz pequeña y la boca muy hendida. Las momias guanches se encuentran generalmente en perfecto estado de conservacion; las carnes sólo han adquirido un color atezado, sin grande alteracion en las formas, los dientes conservan extremada blancura, las cejas existen aun, la cara conserva las facciones principales, así como la barba y el pelo; en algunas la cabellera es bastante larga, y de un castaño claro tirando á bermejo. Viera dice haberlas visto con los cabellos de un rubio dorado: *He visto momias guanchinesas en cuyos cráneos se conservaban los cabellos dorados.*

En estas catacumbas se encuentran numerosas cuentas de tierra cocida con las cuales los guanches hacian collares, y que falsamente se ha querido asemejar á los *quipos* de los peruanos.

Antes de abandonar esta isla debemos mencionar cierta curiosa tradicion histórica.

La isla de Canaria, que los conquistadores llamaron ántes de su invasion la Gran Canaria, experimentó una revolucion en su gobierno. Por largo tiempo las poblaciones de la isla estuvieron divididas en diez tribus independientes que obedecian á sus jefes respectivos: *Galdar, Telde, Aguimes, Tejeda*, *Aquejata*, *Agaete*, *Tamaroceite*, *Artebirgo, Artiacar* y *Arucas*, son los nombres que los historiadores les dan y que aun en el dia llevan los lugares ó los pagos cuyo territorio estaba ocupado por los aborígenas.

Una mujer, dotada de valor superior á su sexo, dice el autor de esta tradicion, aprovechóse con habilidad del imperio que ejercia en el ánimo de sus compatriotas para cambiar la constitucion del estado. Andamana era su nombre; tan audaz como astuta, se suponia inspirada por el cielo, y el pueblo que la consultaba como un oráculo tenia fe en sus predicciones. Decidia á su antojo de la paz y de la guerra, y todos los juicios se sometian á su aprobacion. Sin embargo, algunos

jefes, celosos del papel que representaba á su costa, intentaron desacreditarla ridiculizándola, y despues trataron de oponerse abiertamente á sus designios. Pero Andamana no les dió tiempo para concluir su obra y asoció á sus proyectos ambiciosos á uno de sus más apasionados admiradores, casándose con Gumidafe, valeroso guerrero de la tribu de Galdar. Este jefe que la idolatraba se manifestó pronto á secundarla, y los canarios no tardaron en tener amo. Gumidafe á la cabeza de un pequeño ejército, reclutado por el ascendiente de Andamana y que nuevos partidarios hicieron pronto más numeroso, sometió todas las tribus de la isla á su obediencia, y reemplazó la oligarquía con el gobierno de uno solo.

Gumidafe y Andamana, proclamados primeros *guanartemes* de Canaria, fijaron su residencia en Galdar: llamaron á los más ilustres guerreros, en general todos los hombres más distinguidos por su cuna y jerarquía. Su reinado fue pacífico, si bien se ignora su duracion; pero segun las noticias que nos suministra la historia desde el reinado de su sucesor, parece que Gumidafe y su esposa murieron á fines del siglo XIV. Su hijo Artemi Semidan, que les sucediera, heredó el valor de su padre, y no tardó en dar de ello pruebas, rechazando las primeras invasiones de los europeos. Este príncipe acreditó el nombre y el valor de los canarios. Se dice que fue herido en Arguineguin en 1406 y falleció á mediados del siglo XV, dejando á dos príncipes el ejemplo de una vida consagrada al servicio de la patria. Tenesor Semidan y Bentaguayre Semidan, hijos de *Artemi*, fueron reconocidos como guanartemes, y se dividieron el gobierno de la isla. El primero conservó el territorio de Galdar desde Tamaraceite hasta el valle llamado hoy dia *Aldea de San Nicolas*, comprendiendo el distrito de Arguineguin y de Tunte; el segundo tomó posesion del de Telde, Argones, Cendro y Aguimes. Estos estados aunque independientes, quedaron algun tiempo unidos por interes, formando cada año por medio de la reunion de la flor de los guerreros y de la nobleza una especie de dieta con el nombre de *sabor* ó *tabor*, en la cual se trataba de los asuntos públicos. El *sabor* se celebraba en el antiguo principado de Galdar, y lo presidia el guanarteme de Telde, asistido de sus *guayres*, consejeros.

Sin embargo, Bentaguayre, poseedor de la más hermosa parte de la isla, no pudo moderar su ambicion y se creyó bastante fuerte para apoderarse de los distritos que obedecian á su hermano, y juntando con esta intencion diez mil hombres invadió el principado de Galdar; pero Tenesor hizo una heróica resistencia con cuatro mil guerreros que pudo reunir, y aprovechándose de la ventaja del terreno derrotó á su enemigo. Mas esta victoria no restableció la tranquilidad del país, y las discusiones que se suscitaron entre los dos príncipes alentaron á un pretendiente, Doramas, antagonista temible, que antiguas rencillas excitaban á la venganza y que atrajo á su bando intrépidos guerreros. Atrincherado en una caverna de la montaña que ha conservado su nombre, el fiero Doramas desafiaba impunemente á sus enemigos, cuando la muerte de Bentaguayre vino á favorecer sus pretensiones. Los hijos de este guanarteme sostenidos por su tio Tenesor pronto se vieron obligados á ceder ante el usurpador, que apoyado por numerosos partidarios fue recibido en triunfo por las aclamaciones del pueblo de Telde. Esta revolucion, dice el historiador, se llevó á cabo sin efusion de sangre, y los teldeanos, que temian la invasion extranjera, vieron con alborozo á su

cabeza á un hombre cuyo heróico valor les ofrecia una poderosa garantía para la defensa del territorio.

Tenesor acogió á sus sobrinos; pero impotente para auxiliarlos, dejó al nuevo guanarteme tranquilo poseedor del estado que acababa de conquistar. Sin embargo, algunos antiguos guayres de Telde, los más marcados entre los guerreros de raza noble, no veian sin despecho la elevacion de Doramas, que consideraban como intruso, menospreciando su autoridad. Bentaguaya, afamado por su fuerza y valor, agraviado por Doramas, trató de vengarse, y un dia que el guanarteme habia salido solo á visitar sus rebaños, apostóse Bentaguaya en un camino estrecho, y afectó erguirse en lugar de rendirle los honores acostumbrados. El príncipe iba á pasar sin hacer caso de este desprecio, cuando el audaz guayre le arrojó al rostro un puñado de arena en señal de reto, y como Doramas levantara la rodela para evitar el polvo, aprovechándose del movimiento Bentaguaya lo derribó á sus piés. Viéndose Doramas á merced de su enemigo y próximo á perder el sentido bajo sus rudos apretones, exclamó: ¿Quién eres que me tienes bajo tus garras como el gavilan al débil pájaro? Díme primero quién eres tú, respondió el guayre, y despues sabrás quién soy. Entónces el guanarteme confundido dijo con voz desfallecida: Doramas, hijo de Doramas, confiesa que eres un trasquilado, queriendo con esto designar los *achicaxna* ó los plebeyos que llevaban el cabello corto. Esta declaracion calmó la arrogancia del guayre, que satisfecho con haber humillado á un guerrero de tanta fama prometió guardar el secreto de esta aventura; pero Doramas tenia el corazon más noble que la sangre, y durante la guerra con los españoles se cuenta que repitió varias veces á los que elogiaban su valor: No me alabeis tanto, pues entre nosotros existe quien me ha tenido bajo sus piés.

Este príncipe se manifestó digno de la confianza que sus compatricios le dispensaron dando en todas ocasiones pruebas de esa audacia guerrera á que debia su fortuna, y cuyo ejemplo reanimó con frecuencia el valor de sus compatriotas, de manera que su muerte privó al país de uno de sus más intrépidos defensores.

Tenesor Semidan fue ménos feliz que el guanarteme de Telde, pues su tempestuoso reinado se distinguió por terribles vicisitudes que sobrellevó con resignacion. Apellidábanle sus súbditos el *buen príncipe* por sus virtudes patriarcales, y los españoles que lo llamaron con el mismo nombre *(Guanarteme el bueno)*, apreciaron su franqueza y lealtad. Un solo ejemplo bastará para dar á conocer la nobleza de su carácter. Escuchemos á los historiadores de la conquista.

En la segunda invasion de los españoles en la isla de Canaria, penetra Diego de Silva con doscientos soldados en el distrito de Galdar, lo tala, se apodera de los ganados y se lleva las mujeres. Tenesor Semidan junta sus guerreros, ataca á Silva con fuerzas superiores y le obliga á encerrarse en un edificio destinado á los suplicios. Acosado por todas partes el español procura defenderse durante dos dias; pero careciendo de vituallas solicita capitular amparándose á la generosidad de Semidan. Este príncipe se adelanta solo y se presenta á su enemigo, y condolido de su situacion le dirige estas palabras: Te compadezco, pues mis tropas están decididas á no darte cuartel. Tú has venido á hacernos una guerra injusta, á asolar nuestro suelo y á robarnos la hacienda; pero Alcorac (Dios) nos venga, puesto que te has encerrado en el lugar destinado á los

criminales. Júrame abandonar tu empresa y quizá podré salvarte. Silva abraza sus rodillas y ofrece retirarse. Llama el guanarteme á sus principales jefes y les anuncia desde las trincheras que los españoles lo retienen prisionero, y que su vida pende de la capitulacion que les concederá. Irritados los guayres tratan de dar el asalto; pero los de Galdar amaban á Semidan, y el temor de perderlo los contiene. Silva se vió libre, y el príncipe de Galdar le prodigó toda especie de socorros, conviniendo en que se conduciria á los castellanos hasta donde estaban ancladas las carabelas que los habian traido. Llegados cerca de este sitio, llamado aun en el dia la *Cuesta de Silva*, el capitan español y su gente, siempre seguidos del guanarteme y su ejército, ven los escarpados ribazos de una altura espantosa; un terror pánico se apodera de ellos; ven la muerte bajo el aspecto más horrible, y se imaginan que van á precipitarlos desde estas escarpadas rocas. Semidan lee en sus semblantes el terror que los agita, y volviéndose con una sonrisa de lástima á Silva: Nada temas, le dice, nosotros conocemos los senderos que conducen á la playa... dáme la mano, yo te ayudaré á bajar. Cada galdeano imita el ejemplo del príncipe, y los españoles llegan al pié del ribazo. Silva abraza á su libertador, le entrega su espada como prenda de sus juramentos y se embarca penetrado de reconocimiento. Sin embargo, apénas se hubieron embarcado los españoles, los guayres ménos generosos que su príncipe desaprobaron su conducta, y descontentos de haber dejado escapar á sus enemigos á instancias del guanarteme, le acusan de abandonar los intereses de la patria, sospechándole de inteligencia con los extranjeros. Tales fueron los motivos de la conspiracion que sordamente tramaron contra la vida de Tenesor, y debia estallar en la primera reunion del *sabor* ó consejo de estado. El suelo del lugar donde se celebraba la asamblea se cubria de follaje, bajo el cual los conjurados ocultaron sus magados ó mazas. La ocasion parecia oportuna; pero el destino ordenó otra cosa. Uno de los confidentes de Tenesor descubre el complot, y el guanarteme, que se habia anticipado á los guayres en el *sabor*, aguardaba á los conjurados á la puerta, y conforme iban entrando les interpelaba diciéndoles: *¿En dónde has escondido tu magado? Pues bien: ¡cógelo y da la muerte á tu guanarteme.* La noble y fiera actitud del ilustre jefe y el tono de franqueza y buena fe con que acompañaba sus palabras desarmaron la animosidad de los guayres, que se vieron obligados á implorar la clemencia del que habian intentado sacrificar, y desde entónces, dicen, mereció Tenesor el apellido de *Buen Príncipe.*

Estas tradiciones nos dan á conocer los principales acontecimientos que se unen á la historia política de la Gran Canaria, permitiéndonos apreciar el carácter de los principales de la isla, y nos proporcionan indicaciones importantes sobre los usos y costumbres de aquella época. Como en Tenerife encuéntranse jefes ambiciosos y siempre hábiles en aprovecharse de las disposiciones belicosas de un pueblo pronto á correr á las armas á la primera señal. La misma jerarquía existe en todas las clases sociales; primero los *guanartemes* en lugar de los *menceyes*, despues los *guayres* que reemplazan á los *sigoñes*, y en seguida los *achicaxna*, ó los plebeyos, que llevan el cabello corto. El *sabor* ó *tabor* tiene una analogía notable con el *tagoror*, que presidian los príncipes guanches, indicando la asamblea de los estados, como en Tenerife, y quizá tambien el lugar en donde cada jefe hacia justicia. Ademas, ya hemos hecho observar que en la Gran Cana-

ria se designa con el nombre de *tagoror* un espacio del distrito de Galdar. En fin, la anécdota de Doramas y de Bentaguaya nos demuestra en esta nacion costumbres pastorales unidas á usos guerreros, puesto que el guanarteme de Telde iba á apacentar sus rebaños cuando fue desafiado con tanta osadía por uno de sus guayres.

Busquemos empero en los escritos de los historiadores de la conquista las noticias que todavía nos faltan.

Entre la raza noble se contaban hasta diez mil guerreros, por lo que Bethencourt, dirigiéndose á un compañero suyo, dicen sus capellanes, y queriéndolo disuadir de la empresa que le proponia intentar sobre la Gran Canaria, le responde: *Tengo entendido que son diez mil hidalgos*, y nosotros no somos bastantes. Azurara dice que sólo ascendian á doscientos; pero quizá con el título de caballeros no designa á los guayres.

Los nobles, dice Viera, se reconocian por distinciones particulares, y gozaban de ciertos privilegios, siendo uno llevar la barba y los cabellos largos. El *faican* ó gran sacerdote, cuya autoridad contrastaba la de los príncipes, era el único con derecho á conferir la nobleza y armar á los caballeros. La ley exigia que el aspirante fuese poseedor de terrenos y rebaños, descendiente de noble y en estado de llevar las armas; probado lo cual, el dia de la ceremonia se presentaba ante la asamblea de los guayres, con los cabellos flotantes. El faican interpelando á la asamblea decia: Vosotros que me escuchais, os conjuro en nombre de *Alcorac* (Dios), á declarar si habeis visto á tal, hijo de tal, penetrar en un corral, para ordeñar ó matar cabras. Si le habeis visto aderezar su comida, robar en tiempo de paz, si se ha manifestado desleal ó insolente de palabra ó hechos sobretodo con las mujeres. Cuando se respondia negativamente á estas preguntas, el faican hacia acercar al pretendiente y le despuntaba los cabellos, y le armaba con el *magado ó venablo* para que lo usara en defensa del príncipe. Desde aquel momento el jóven guerrero podia sentarse entre los nobles; pero si de los asistentes habia un solo testigo que probase haber faltado el pretendiente á una de las condiciones exigidas por la ley, el faican le cortaba todo el cabello, y volvia á la clase plebeya de los *achicaxna* ó trasquilados. Parecé que Azurara tuvo conocimiento de estas recepciones caballerescas por las noticias de los navegantes portugueses, puesto que se expresa así en su *Crónica:* Cuando mueren los caballeros, los demas se reunen para proceder á la eleccion de los que deben ocupar las vacantes, recayendo siempre en hijos de caballeros. Estos caballeros, añade Azurara, no se acompañan con las clases inferiores y pertenecen á la más acrisolada nobleza. Son los que conservan y guardan las tradiciones religiosas, de las que no divulgan sino lo que les place.

Los guanartemes de Canaria elegian siempre entre los guerreros más nobles y valientes los seis guayres ó consejeros que llenaban las funciones de ministros.

Entre los guayres cuyos nombres ha conservado la historia, *Adargoma*, espaldas de roca, fue uno de los más célebres. Este hércules canario derribaba, dicen, de una pedrada la palma que escogia por blanco de la palmera más elevada, y es bien sabido la resistencia que oponen al hacha mejor afilada. Luchaba dos horas seguidas sin descansar, y ningun hombre, añaden los historiadores, po-

dia con ambos brazos impedirle llevar á los labios un jarro lleno de agua, sin derramar una gota, sin hacerle vacilar la mano miéntras bebia.

En un combate singular que sostuvo contra Gariraygua, uno de los más valientes guerreros de Telde, para decidir la cuestion que suscitaban entre los principales de la isla, se cuenta que su antagonista lo derribó, pero lo estrechó con tanta fuerza entre sus nervudos brazos, que se oyó el crujido de los huesos, y espirante Gariraygua se vió obligado á pedir gracia. Tan temible atleta fue hecho prisionero por el alférez Soto Mayor, en Giniguada, con el muslo atravesado por la lanza de Juan de Rejon, general del ejército conquistador. El robusto Adargoma, enviado á Sevilla con otros cautivos, fue la admiracion de todos los españoles por su fuerza extraordinaria.

Guanhaven y Gaytafa fueron tambien dos guayres de Telde de una intrepidez heróica. Estos bárbaros comprometidos en una lucha combatian hacia largo tiempo, sin que pudieran llevarse la más mínima ventaja, cuando Guahaven dijo á su antagonista: Tú eres valiente, convengo en ello, pero ¿serias capaz de seguirme? Pronto estoy, respondió Gaytafa, y ambos campeones se dirigen al borde de un horroroso precipicio. Guanhaven se arroja al abismo, Gaytafa imita su ejemplo, y sus cuerpos se destrozan en las rocas.

Entre los ejercicios gimnásticos el pugilato era el más usual en la Gran Canaria; pero de todas las proezas la más audaz consistia en trepar por escarpados y enhiestos vericuetos, donde fijaban una estaca como honrosos recuerdos. El padre Abren Galindo asegura haber visto en su tiempo varias estacas colocadas en las cimas más elevadas de la isla, y de tal modo hincadas en la peña que ninguna fuerza humana hubiera podido arrancarlas.

La danza era tambien uno de los ejercicios favoritos de estos insulares, y el que se conoce en España con el nombre de *danza canaria* fue introducida en Andalucía por los cautivos que llevaron á Sevilla.

Las islas Canarias, dice Gomara en su *Historia de las Indias*, han dado á conocer al mundo dos cosas, los pajarillos tan estimados por su canto, y la danza canaria tan variada y linda. Viera asegura que los antiguos naturales se acompañaban con tamboriles y zampoñas; pero cuando carecian de estos instrumentos, los cantos y las palmadas llevaban el compas en cuatro tiempos. La danza canaria, añade, de una ó más parejas, consiste en una gran ligereza de piés, acompañada de movimientos muy expresivos del cuerpo.

Probablemente fue este mismo baile el que fijó la atencion de los exploradores que salieron de Lisboa en 1341. Su canto es muy suave, escribian al hablar de los moradores de Canaria, y bailan casi como los franceses.

Segun Viera, las elegías que los canarios cantaban se tradujeron en español, y *hubieran ablandado los corazones más frios*.

Estos poemitas en los cuales los guerreros expresaban sus amores ó infortunios, se referian á veces á recuerdos históricos y asemejaban á las zambras moriscas.

Las principales armas de los canarios son el *magado* ó *magote* y la lanza. Conocian dos especies de magado: el primero era el venablo; el segundo, citado por Viana con el nombre de *moca* ó *mocar*, tenia la forma de una maza con dos grandes bolas guarnecidas de piedras cortantes. De un golpe de magado el intrépido

Doramas mató en combate singular al hidalgo Juan de Hoces montado en un caballo andaluz, partiéndole el corazon despues de haberle traspasado la rodela y la cota de malla.

Formaba tambien parte de la armadura de los guerreros el hacha de jaspe verdoso, cuyo lomo se parecia al de los antiguos galos, y conocian asimismo el uso de la rodela en forma de un escudo de armas, adornada con emblemas de diferentes colores.

El traje de los jefes se distinguia de los demas, segun la relacion de Nicolaso da Recco, por los delantales (femoralia) de esterilla, con la que estos insulares se ceñian la cintura, y de la cual colgaban numerosos hilos de palma ó junco. El narrador, al hablar de los canarios que fueron conducidos á Lisboa, se expresa en estos términos: El delantal del jefe es de hojas de palmera, miéntras que los demas lo llevan de junco, pintado de amarillo ó colorado. En las anotaciones de Andres Bernaldes se vuelve á hablar del mismo delantal, y hemos visto ya que esta parte de vestido de los canarios habia sido descrita por los capellanes de Bethencourt.

Estos insulares llevaban tambien el tamarco. Viera, segun sus antecesores, habla de los gorros de piel de cabra de una sola pieza, con el pelo hácia fuera, de modo que las patas traseras caian sobre las orejas, miéntras que las delanteras cruzaban sobre el cuello. Las mujeres hacian uso de sayas cortas, y sus cabellos estaban entrelazados con juncos pintados y recogidos por detras.

Ademas de estos adornos los canarios se pintarrajaban el cuerpo con diferentes dibujos. Bontier y Le Verrier fueron los primeros que han referido este hecho: *La mayor parte*, dicen, *llevan divisas dibujadas en sus carnes de diferentes modos, cada cual segun su capricho*: particularidad que tampoco omitió Viera.

Los canarios, como los guanches de Tenerife y los naturales de las demas islas, tuvieron gran predileccion por las cuevas; pero tambien se distinguieron en el arte de las construcciones, sobrepujando en este género á los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, sus más próximos vecinos. Aun existen algunas de sus cuevas, principalmente en el barranco de Arguineguin, en donde se encuentran los restos de la aldea citada por los capellanes de Bethencourt. Las habitaciones forman calles al rededor de un gran circo, en cuyo centro se ven las ruinas de un edificio más considerable que los otros, con un larguísimo poyo de piedra con dosel en forma de media luna delante, lo que ha dado á suponer que habia sido residencia de un jefe y que el consejo de los guayres se juntaba en este sitio. Grandes y sólidas vigas de laurel (barbusano), madera casi incorruptible, cubren aun algunas de estas habitaciones, de forma elíptica, presentando tres alcobas practicadas en el muro, que tiene ocho ó nueve piés de grueso, y destinadas al parecer para dormitorios.

El hogar se halla cerca de la puerta, que hace frente á la alcoba del fondo, y la pared, sin cimiento, construida con piedras blancas sin labrar, aunque bien encajadas y unidas como pudiera hacerlo el más hábil albañil. Los navegantes de Alonso IV, que examinaron un pueblo canario durante la exploracion en 1341, se asombraron del arte que habia presidido á la construccion de estos edificios, cuyas puertas eran tan sólidas que los aventureros, como hemos dicho ya, se vieron obligados á hundirlas á pedradas.

El pueblecito de Aguineguin contenia cerca de cuatrocientas casas de la forma ya indicada; pero en la parte occidental de Canaria y no léjos de Agaete se han encontrado otros dos edificios perfectamente conservados, que presentan alguna variedad en su construccion, pues el exterior es más bien cuadrado que elíptico, sin embargo de que el interior se asemeja á los edificios de Aguineguin. En estas casas, habitadas en la actualidad por familias pobres, el techo todavía se conserva intacto y el maderámen que lo sostiene parece que no debe destruirse por largo tiempo. Sus gruesas vigas están hermosamente pulimentadas; la escuadría parece haberse hecho con instrumento cortante, y el techo está formado de piececitas de madera que se cruzan con regularidad.

En el interior de la isla se encuentran monumentos que se pretende han servido al antiguo culto. El primero, situado á dos leguas de Telde, en la cumbre de una montaña volcánica, conocida con el nombre del *risco de las cuatro puertas*, consiste en una cueva espaciosa, abierta en la roca, de ochenta piés de largo por cuarenta de ancho, y en la cual se entra por cuatro aberturas de catorce piés de alto por más de seis de ancho, divididas por pilares, cuya anchura varía de siete á nueve piés. Delante de cada pilar, sobre una explanada cortada en el risco y sirviendo como de peristilo á la cueva, se ven á unos piés del suelo varios nichos, redondos unos y otros cuadrados, que parecen haber servido para guardar objetos del culto. Más adelante la roca aparece cortada en un espacio circular de once piés de diámetro, y en la vertiente de la montaña, por la parte del Sur existe otro circo más grande, en el que se encuentran surcos semicirculares de ocho pulgadas de largo por diez de profundidad, y dos anchos fosos.

Don Pedro del Castillo ha descrito á su modo otra cueva parecida á la de las Cuatro Puertas, que llama Viera el convento de las Vestales *(convento de las harmiaguadas, que eran como unas vírgenes vestales)*. Se halla situada sobre los escarpados riscos del barranco de Valeron. *La entrada es un grande arco al que sigue un largo salon, y á uno y otro lado se encuentran simétricas celdillas unas sobre otras, cada cual con su ventana al barranco. En la entrada existen dos torreones á los cuales se sube por dentro. Las hijas de los nobles se educaban en estos conventos hasta los veinte años, de donde no salian sino para casarse.*

La habitacion del guanarteme de Galdar, de la cual el obispo don Cristóbal de la Cámara nos ha trasmitido noticia, era un edificio notable, en cuyo solar se ha construido la hermosa iglesia de Galdar. Los canarios tenian para las necesidades del culto monumentos de piedra en las cimas veneradas de Tirma y Umiaya. Sin embargo de lo que producian á los canarios los rebaños, se dedicaban con afan á la agricultura. Mucho ántes de la conquista la parte septentrional de la Gran Canaria presentaba un aspecto risueño, y los navegantes de Alonso IV encontraron abundantes provisiones: *higos secos*, tan buenos como los de *Cesenes*, *trigo más blanco y hermoso que el nuestro*, *cebada y otros cereales*.

El mar les suministraba exquisitos pescados, pero segun algunos historiadores preferian la carne á cualquier otro alimento. Viera cita los lechones asados, la cabra asada en las brasas untándola con grasa de puerco y polvoreada con gofío, las *tansaranoñas* ó *fritadas* con manteca de oveja; y en fin los perritos castrados que era lo que más estimaban. El mismo autor asegura que no bebian si-

no agua, aserto confirmado por la relacion del piloto Da Recco, de la cual Viera no tuvo noticia.

En la isla de Canaria la ley no concedia á los varones sino una mujer, aunque los facultaba para repudiarla, siendo la esterilidad motivo de divorcio. Los canarios no tenian inclinacion á las mujeres delgadas y de complexion delicada, pues segun ellos no podian producir niños robustos, y por cuyo motivo desde el momento en que una jóven estaba prometida, los padres la encerraban durante treinta dias para alimentarla con leche, gofío, carne y otros platos sustanciosos, con el objeto de que engordara; pero ántes de entregarla al esposo la presentaban al faycam, al guanarteme ó á otros personajes, quienes tenian las primicias. La mayor parte de los autores que han escrito acerca de los habitantes de las Canarias citan esta costumbre, y Andres Bernaldes añade: que en caso de embarazo, el niño que procedia de este sacrificio obligatorio era reputado noble.

A esta facilidad que la ley concedia para cambiar de mujer y al derecho del señor ejercido por los príncipes y los grandes se atribuye el incremento de la poblacion, que por lo concentrado que vivia llegó á ser alarmante, pues careciendo de medios para emigrar y de los recursos del exterior, sufrieron muchas veces los rigores del hambre. Viera, apoyándose en las tradiciones, asegura que ántes de la conquista se contaban en la Gran Canaria hasta catorce mil hombres en estado de llevar las armas, lo que supondria una poblacion de noventa mil almas. Para contener esta creciente propagacion los miembros del *gran sabor* mandaron dar muerte á los varones que naciesen, excepto los primogénitos; pero tan bárbara medida duró poco, pues la epidemia que la asoló hizo perecer más de la tercera parte de sus habitantes, sin distincion de edad ni cuna, como si la naturaleza se hubiese encargado de castigar á los que trataron de anticiparse á sus leyes.

En cuanto una criatura venía al mundo se llamaba á una de las mujeres de la clase de las *maguadas*, para lavar la cabeza al recien nacido, lo cual ha dado lugar á que ciertos historiadores lo consideraran como una especie de bautismo, suponiendo fuesen restos de un antiguo cristianismo; sin embargo, el poeta Viana se expresa de modo que desvanece las dudas que sobre el particular pudieran abrigarse, pues dice:

Aquella ceremonia acostumbraban
Con intencion de simple lavatorio,
Y no de sacramento de bautismo.

(Cant. I.)

Nuñez de la Peña ha pretendido que estas bautizadoras ó *harimaguadas* contraian una especie de parentesco con la familia del infante, pero sea lo que fuere, la mayor parte de los autores cren que esta práctica tan antigua como saludable no tenia más título que la costumbre.

Viera asegura que los canarios conocieron el arte de embalsamar y que lo pusieron en práctica, añadiendo que los cuerpos preparados segun el método de los guanches estaban atados con tiras de cuero, envueltos con sus tamarcos y colocados de pié en las grutas sepulcrales. Pero nada corrobora este aserto, puesto que jamas se han encontrado momias en las cuevas de Canaria, siendo lo cierto que sus habitantes tenian la costumbre de enterrar los muertos de un modo

particular, escogiendo al objeto los terrenos quemados, conocidos en el dia por el nombre de *mal país*, en donde las erupciones volcánicas han amontonado gruesas capas de escorias. En el dia vense aun las antiguas sepulturas de la península de la *Isleta*, sitio solitario que el fuego de los volcanes ha esterilizado por largo tiempo, y que parece destinado á servir de cementerio. Allí era donde los antiguos depositaban los difuntos en grandes fosas, resguardándolas de los derrumbamientos con tablas de pino, ó bien por medio de una bóveda de piedra seca, cubriéndola con guijarros en forma de pirámides. Algunas de estas tienen grandes dimensiones, y son necesarias bastantes horas para desembarazar la fosa del monton de escombros que la cubren. El esqueleto se halla siempre colocado en el fondo con la cabeza hácia el Norte, y al lado abundantes frutos de una planta muy comun en las cercanías: el *cneorum pulverulentum* ó la *orijama* de las aborígenas, especie de terebintacia que empleaban para retardar la putrefaccion, y con cuyas bayas llenaban la cavidad abdominal del cadáver. Los esqueletos se encuentran casi siempre enteros y los huesos bien conservados. Las proporciones de la armazon en general, y sobretodo las dimensiones de la cabeza, indican haber pertenecido á hombres de una hermosa raza, de estatura más que regular y robusta constitucion. Hase encontrado en estas fosas pedazos de vestidos de un tejido vegetal, parecido á las fibras de la palma, de tela muy espesa, y fragmentos de calzado y esteras. Las hachas de piedra, cuya forma hemos ya indicado, aparecen en el mismo sitio, en el que se han hallado tambien pedazos de alfarería procedentes de vasijas rotas, y piedrecitas basálticas cortadas en pirámides, cuya base incrustada de líneas transversales figura multitud de romboides, con punta en el centro. Esta especie de sellos tienen doce ó quince líneas de largo y casi igual anchura.

Existe á corta distancia del antiguo pueblo de Arguineguin un cementerio igual al de la Isleta, en donde se encuentran varios túmulos más elevados que los otros. Depreaux, que hizo desocupar algunos, observó que los esqueletos encerrados en los mayores tenian la cabeza colocada al Norte, miéntras que en los pequeños los cuerpos descansaban de Este á Oeste. Tambien se ven sepulturas semejantes en los terrenos volcánicos entre la punta de *Juncal* y el puertecito de las *Nieves*, en la costa occidental.

En fin hace algunos años se descubrió en una cueva de las cercanías de Telde una tinaja llena de discos de diferentes tamaños, con un agujero en el centro, formados con las espirales de una concha.

El cuidado que emplearon en enterrar estos objetos hace presumir que un tiempo fueron de cierto valor y sirvieron de adorno y hasta de moneda.

Descritos ya los usos y costumbres de los antiguos canarios fáltanos sólo decir algo acerca de sus ceremonias.

Para adoptar una opinion probable sobre la teogonía del antiguo pueblo que habitó las Canarias, es necesario exponer las diferentes nociones que la historia nos suministra sobre tan importante materia.

Los capellanes de Bethencourt no se dedicaron á estudiar las creencias de los isleños que habian de convertir. En esta frase está compendiado todo lo que puede sacarse de su relacion: *Son muy firmes en su ley y tienen templos para sus sacrificios*. En el catecismo que aquellos misioneros redactaron para sus neófitos

se notan pasajes encaminados á destruir algunas costumbres inmorales, pero en balde se buscaria algo referente al sistema religioso de los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura. Se contentan con declarar que *la instruccion cristiana dada por el señor de Bethencourt á los canarios bautizados no ha sido dada y dispuesta con otro objeto que el de apartar sus ánimos del error en que han vivido por largo tiempo, y en que aun están.*

Viera, que acudió á las notas de Espinosa y de Galindo para redactar sus Noticias, dice que existian en Fuerteventura grandes edificios redondos de sillería destinados al culto, llamados *efequenes*, con dos muros concéntricos formando un doble recinto, y cuya entrada principal no era más espaciosa que la de las habitaciones ordinarias. En estos templos, situados casi todos en las cumbres de los montes, era donde depositaban las ofrendas consistentes en manteca y hacian libaciones con leche de cabra en honor de una divinidad protectora, á la que dirigian sus oraciones alzando las manos al cielo. Las sacerdotisas, cuyas misteriosas revelaciones fomentaban la credulidad del pueblo, ejercian sobre este grande influencia, conservando la historia los nombres de dos de estas adivinas, *Tibabrin* y *Tamonante* su hija, que pronosticaban lo venidero, sosegaban los disturbios y presidian las ceremonias religiosas.

Las tradiciones citan ademas varios personajes que alcanzaron gran séquito por sus vaticinios y supuestas relaciones con un poder sobrehumano. Ya hemos dicho cuánto le valió á la canaria Andamana su audaz impostura; en Tenerife el anciano *Guañameñe* adquirió tambien tremenda nombradía, y si hemos de dar crédito al padre Abren Galindo los habitantes de la isla del Hierro acataron la profecía del adivino Yoñe, que habia pronosticado la llegada de unos hombres enviados por *Eraoranhan*. Estos isleños *(los beny bachirs)* veneraban dos deidades tutelares, dispensadoras supremas de todo bien: *Eraoranhan*, que protegia á los hombres, y *Moreyba*, que velaba sobre las mujeres, siendo de notar que los naturales de la isla del Hierro despues de su conversion al cristianismo siguieron invocando á Jesus y á la Vírgen María con los nombres Eaoranhan y Moreyba, que moraban segun su creencia en los dos elevados riscos de Bentayga, llamados hoy *Santillos de los antiguos*. En las épocas de sequía trasladábase toda la poblacion hácia Bentayga, y cada sexo se agrupaba al rededor de su risco protector, implorando á las divinidades que les concedieran lluvias, y con ellas abundancia y felicidad. Un ayuno de tres dias acompañaba estas preces expiatorias, en tanto que el fanatismo excitado por el hambre arrastraba á la desesperacion y se exhalaban frenéticos clamores. Pero cuando á pesar de estas ceremonias las divinidades permanecian sordas á sus ruegos, un anciano venerado por su piedad y sabiduría conducia al pueblo á la cueva de *Asteheyta*, situada en el distrito de Taquetunta, y entraba sólo en la caverna sagrada, en donde alimentaban al *Aranfaybo* protector, que era un cerdo pequeño, el cual tenia el privilegio de interceder con la divinidad para poner fin á la calamidad pública.

A poco se presentaba el anciano á la puerta de la cueva con el *Aranfaybo* debajo del tamarco, y lo mostraba al pueblo que lo acogia con arrebatos de júbilo. Soltábase entónces el cochinillo, el cual vagaba por la campiña hasta tanto que el cielo concedia sus beneficios á la tierra, volviéndolo en triunfo á su primitivo albergue así que empezaba á llover.

Los naturales de la Gran Canaria creian en un sér supremo conservador del mundo, que llamaban *Alcorac ó Alcoran*, y al cual rendian culto en templos de sillería ó en la cima de las más escarpadas montañas. El faycan presidia las solemnidades, pero las harimaguadas, jóvenes vírgenes, que habitaban en las cuevas ya descritas, tomaban tambien parte en las ceremonias religiosas.

«Las harimaguadas, dice Viera; vivian de limosna; llevaban trajes de pieles blancas más largas que las de las otras mujeres, y gozaban de grandes privilegios. Sus principales ceremonias consistian diariamente en libaciones de leche, en honor de la divinidad, y su templo era un asilo sagrado que nadie se atrevia á violar impunemente.

Las altas cimas de Tirma en el territorio de Galdar y los riscos de Umiaya en el de Telde servian tambien de asilo á los perseguidos, y estos lugares eran invocados en los juramentos misteriosos: jurar por el Tirma y Umiaga era un voto sagrado que debia cumplirse bajo pena de infamia. En las grandes calamidades, y sobretodo cuando escaseaban las lluvias, el faycan ordenaba una romería con gran pompa á cualquiera de los dos riscos, á la cual acudia el pueblo llevando ramas de árboles y hojas de palmera; las harimaguadas abrian la marcha, y cuando llegaban á la cima rompian con ciertas ceremonias unas vasijas llenas de leche y manteca, y en seguida bailaban entonando cantos reservados para semejantes casos. Despues la procesion se encaminaba al mar y azotaban las olas con las ramas que habian servido para la fiesta, miéntras que el pueblo llenaba los aires con sus lamentaciones. Ciertos autores aseguran que á veces se sacrificaron en tales ocasiones algunos guerreros como víctimas expiatorias, las cuales se precipitaron desde el Tirma; y aunque Galindo refuta tal asercion es un hecho que durante la guerra de la conquista hubo canarios que por su amor á la libertad y ansiosos de adquirir fama imperecedera apelaban á tan desesperado recurso.

¿Eran idólatras los habitantes de Canaria? Ya hemos hablado del ídolo de piedra que los navegantes enviados por Alfonso IV en 1341 sacaron de un templo canario, trasladándolo á Lisboa, y cuya estatua representaba un hombre desnudo con un globo en la mano. Las anotaciones de Andres Bernaldes señalan otro hecho que confirma la idolatría de este pueblo. «En la Gran Canaria tenian una casa de oracion, donde llamaban á Tirma, é tenian allí una imágen de palo, tan luenga como media lanza, de figura de mujer, enteramente desnuda, é delante de ella una cabra de un madero, entablada con sus figuras de hembra, que queria concebir, y tras de ella un cabron entablado de otro madero, y puesto como que queria subir á engendrar sobre la cabra. Allí derramaban leche é manteca, paresce que en ofrenda ó diezmo ó primicia. E holia aquello allí mal á la leche y manteca.»

Parece que otros escritores españoles tuvieron conocimiento de este homenaje prestado al poder propagador por los naturales de Canaria, puesto que el bachiller. Francisco Tamara, en sus *Costumbres de los pueblos*, habla de *oratorios* regados todos los dias con leche de ciertas cabras que llamaban *animales santos:* y Lucio Marineo confirma el mismo hecho. El padre Abren Galindo hablando de las cabras destinadas al servicio de los templos pequeños, que llamaban almogaren, dice por su parte que se las dejaba todo el año con los machos á fin de que nunca les faltase leche.

Cuando despues de la sumision de Canaria fue deportada toda la poblacion de Telde á Sevilla, los canarios conservaron en su destierro su aparente idolatría, y fue preciso que el rey de España, por una órden expedida desde Córdoba (30 de agosto de 1485) al alcalde mayor Juan Guillen, mandase á este magistrado que impidiera á los canarios reunirse en las casas que les habian sido señaladas para el ejercicio de sus ceremonias paganas *(para que ellos no sigan juntándose en las casas que les señalaron haciendo los actos ó comunidades é gentilidad que solian)*.

Por fin, en el catálogo canario del padre Abren Galindo encontramos la palabra *gavio* ó *gaviot* para designar el espíritu maligno, lo que induce á creer que el genio del mal representaba algun papel en las creencias de aquellos isleños; y los nombres de *Mahio* y *Tibicen*, indicando fantasmas ó seres sobrenaturales. Tales son las nociones que hemos podido adquirir acerca de la teogonía de los habitantes de Canaria.

Los haourythas de la isla de la Palma adoraban un sér supremo con el nombre de *Abora*, ó el Dios del universo, que moraba en lo más alto de los cielos y hacia mover todos los astros, al cual habian levantado pirámides, congregándose al rededor de estas en diferentes épocas para asistir á las solemnidades religiosas, que concluian con cánticos y ejercicios gimnásticos.

En medio de la isla, en el profundo valle de Acero, llamado ahora la *Caldera*, morada de la tribu de Tanansu, existe una escarpada peña que se levanta como un inmenso obelisco y era llamada *Idafe* por los naturales que la profesaban gran veneracion. El temor de ver desplomarse súbitamente el enorme monolito sepultándolos bajo sus ruinas, motivaba sin duda la especie de culto que le consagraran, y probablemente para evitar este desastre le llevaban ofrendas y le dirigian sus oraciones. Respetuosos á lo sumo para con este risco temible, sólo temblando se acercaban á él y depositaban en su base el corazon, el hígado y los pulmones de los animales que constituian su principal alimento, cuyas ofrendas presentaban siempre dos personas de las cuales la primera se adelantaba cantando estas palabras: *¿Iguida iguan Idafe? ¿Te caerás, Idafe?* y la segunda respondia: Dále y no se caerá. Otras veces sacrificábanse víctimas al risco del valle, precipitándolas desde las más quebradas peñas.

La palabra *Irueñe*, que el padre Abren Galindo ha dado en su catálogo del dialecto de los haouarythas, y que significaba el diablo ó una aparicion fantástica, atestigua que en las ideas religiosas de los naturales de la Palma hallaban tambien cabida las supersticiones.

Pocas son las noticias trasmitidas acerca de la teogonía de los guanches, siendo lo único que se sabe que en Tenerife se adoraba á *Achaman*, el Dios Supremo, á quien invocaban con diferentes nombres, tales como *Achguayaxiraxi*, el conservador del mundo, *Achahuvahan*, el grande, *Achicanac*, el sublime, *Achguaregenan*, el que lo sostiene todo, *Alguochafunatáman*, el que sostiene el cielo y la tierra. Se le llamaba tambien *Acoran* ó *Acorac*, como en la Gran Canaria, y segun se cree saludábanle á veces con el título de mencey ó señor.

Llamándole en su lengua hucanech,
Guayageraz, acucanac, *Mencéyto*,

Acoran, acaman, acuherajan,
Que son sublimes y altos epitetos.

Todos estos nombres los han escrito con distinta ortografía los autores españoles, y el mismo Galindo los escribe frecuentemente de varios modos.

Viana habla de ciertos lugares destinados á las ceremonias religiosas y de un edificio en que se reunian para adorar al *Dios Todopoderoso*, *clemente y justo*:

En una casa todos concurrian
Creyendo y adorando á un Dios solo,
Cuyo sér infinito, omnipotente,
Justo, clemente y pio confesaban.

Tambien menciona una ceremonia patética que se celebraba en Tenerife cuando la sequía acarreaba la escasez y desolacion.

Reunidos todos los rebaños en un valle profundo y teniendo cuidado de separar los hijos de sus madres para que hiciesen resonar los aires con sus alaridos, empezaba un concierto de gritos lastimeros, repetidos por los ecos; y este pueblo pastor, que fundaba toda su esperanza en la fertilidad de los pastos, creia que la intercesion de las inocentes víctimas del hambre sería un medio eficaz para alcanzar los beneficios del cielo y lograr que se condoliese de sus males.

Los guanches decian que *Guayola*, el genio del mal, habitaba el centro de la tierra, ó se ocultaba en el volcan formidable cuyas erupciones temian, designando con el nombre de *Teyde* la montaña volcánica y con el de *Echeïde* el infierno ó ardiente hornaza que Guayola atizaba sin tregua. *Echeïde* y *Magec* eran los testigos de sus juramentos:

Ignoraban que fuesen inmortales
Las almas y que hubiese pena y gloria;
Aunque tenian por cierto haber infierno,
Que llamaban Echeyde, y al demonio
Guayota, y por alto monte Teyda,
Y por el sol, á quien Magec llamaban,
Juraban con recato y gran respeto.

Con semejantes ideas difícil se hace admitir que los guanches no sospecharan la inmortalidad del alma. El pueblo que depositaba leche y bizcochos al lado de los muertos debia creer en otra vida; los adoradores del conservador del mundo, del Dios clemente y justo, los que temian al genio del mal y juraban por el infierno no podian morir sin temor y sin esperanza, y pensarian sin duda que algo sobrevivia de aquel cuerpo que tan cuidadosamente conservaban despues de la muerte. Hállanse en estas sucintas nociones que la historia trasmite acerca de la teogonía canaria ideas análogas á las que dominan en todos los pueblos: el respeto á un Sér supremo, unido al temor que inspira la cólera del mismo Dios poderoso. Sin que aquí tratemos de sacar consecuencia alguna de las analogías que existen en el sistema religioso de dos naciones de diverso orígen, se notan empero creencias muy semejantes entre los isleños de la Oceanía, á quienes los primeros descubridores no encontraron más civilizados que los guanches. De suerte que *Taaroa* (Teneroa ó Tangoroa), el Dios supremo, cuyo nombre era conocido en todos los archipiélagos del mar del Sur desde las Sandwich de Cook hasta la nueva Zelanda, y que en todas partes tenia los mismos atributos.

recuerda al *Achaman* de los guanches con sus numerosos sinónimos. Entre los isleños de la Oceanía, *Taaroa* (el dios criador) é *Hina*, su mujer (la naturaleza) engendran á *Rua* (el dios de las estrellas, ó el cielo), á *Rü* (el aire), á *Falu* (la tierra) y á *Oro* (el poder regenerador).

La teogonía canaria ofrece algo parecido, pues *Achaman* (Alcorac ó Acoran), representa el gran principio, el Dios sublime y todopoderoso, que se multiplica y reproduce con otros nombres, tales como el conservador del mundo (*achguayaxiraxi*), el que lo sostiene todo (achguarergenam), el regulador de los movimientos celestes (Abora), *Traoraham* y *Moreyba*, que hacen llover y fertilizan la tierra. El infernal *Guayota* de los guanches no es ménos temible que la abrasadora *Pele*, diosa de los volcanes, para los isleños de Sandwich; esta ejerce su poder en el inmenso cráter de Kiran-ea; aquel establece su imperio en las quebradas laderas del pico de Teide. El espectáculo de las erupciones, los torrentes de lava, las sacudidas de la tierra, lor suidos subterráneos precursores de terribles estragos, todo el aparato imponente y terrible de los fenómenos volcánicos habia infundido el terror en los ánimos y dado nacimiento al culto del miedo. El genio del mal, personificado en el volcan que abrasa y destruye, es una alegoría tan poética como piadosa.

En los archipiélagos del mar del Sur como en las islas Canarias, la naturaleza se ha revestido de las formas más grandiosas y aterradoras para impresionar la imaginacion. En Tenerife preséntase una montaña piramidal estremeciéndose sobre su base, y derramando rios de fuego por sus rajadas pendientes; en Canaria los escarpados riscos de Tirma y de Umiaya; en el Hierro las soberbias cimas de Bentayga, coronadas de nubes y apareciendo como dos fantasmas á traves de los vapores de la niebla; en la Palma el peñasco de Idafe, que se levanta amenazador por encima de las cumbres de Ecero, misterioso recinto al que teme acercarse el pastor. Los isleños de la Oceanía tenian su *Fatu*, el dios de las erupciones y de los ruidos subterráneos; *Mahui*, que presidia á los terremotos, y con ellos los genios de las tempestades y los huracanes. Pero en las Canarias, como en las islas Sandwich, los ídolos no eran más que la representacion de los votos dirigidos al Sér invisible, principio y fin de todas las cosas. Decian que en lo alto estaba una cosa que gobernaba las cosas de la tierra, que llamaban *Acoran*, que es Dios. Viana al citar los diversos nombres que daban á la divinidad se expresa así:

. . . .
Que son sublimes y altos epitetos
Que significan Todopoderoso,
Sustentador y autor de lo criado
Sin principio y sin fin, causa de causas.

Las preces se dirigian siempre al Dios único y supremo, que crea y anodada, al poder sobrenatural, vivificador y fecundante como el sol, terrible é implacable como el volcan, siempre pronto á aniquilar al culpable como el risco suspendido sobre el abismo. Nada dicen las tradiciones canarias sobre el culto propio de esta teogonía, que apénas indica la historia; en ellas no se trata mas que de ofrendas, y no obstante la suposicion gratuita de algunos escritores, estos homenajes prestados á la divinidad en forma material prueban suficientemente

que la religion habia salvado ya los límites del espiritualismo. La adoracion de las fuerzas físicas del universo creado se resumia en los votos dirigidos al Sér supremo, ya se le invocase con el nombre de *Achaman* ó de *Acoran*, es decir, Dios creador, ya con el de Magec (el sol) su brillante imágen. Ademas, así como *Taaroa é Hina*, las dos grandes divinidades de la Oceanía, el *Eraoranhan* de la isla del Hierro era el sér activo ó masculino, quizá el astro del dia, el principio del calor, de la luz y de la vitalidad; y por consiguiente en *Moheyra* ó *Moreyba*, su compañera, ¿no es fácil reconocer al satélite de la tierra, al astro de la noche, al más aparente del cielo despues del sol y cuya influencia es conocida de todos los pueblos? Codamosto decia de los habitantes de estas islas: Son idólatras y veneran el sol, la luna, las estrellas y otras cosas.

Todo esto no son más que conjeturas. Pero ¿qué podrá deducirse de estas comparaciones? Sólo que la teogonía de los guanches, lo mismo que la de los habitantes de la Oceanía, y en general de todos los pueblos de la tierra, deja traslucir un pensamiento moral, elemento constitutivo de todo sistema religioso, modificándose en diversas formas y que se encuentra por todas partes en la historia de la humanidad.

Existian entre los isleños de las Canarias ciertas creencias que darian asunto para un largo exámen. Cuando los conquistadores interrogaron á los ancianos de Canaria sobre su orígen, estos respondieron: Nuestros antepasados nos han dicho que Dios nos colocó en esta isla, y que en ella nos olvidó; pero que del lado del Oriente vendria la luz que debe iluminarnos. Las leyendas tradicionales reunidas por el padre Espinosa no son ménos curiosas. Al principio del mundo Dios creó cierto número de hombres y mujeres con tierra y agua. Aquí se encuentra en otros términos el texto bíblico de la formacion del hombre con el limo de la tierra; pero el acto de la creacion se halla expresado en un sentido colectivo, pues son á la vez varios hombres y mujeres los que reciben la existencia. *Esta raza primitiva fue privilegiada*, dice tambien la leyenda, *pero á Dios plugo degradar á la que vino en seguida; á la primera habia dado todos los rebaños; á la segunda, que creó despues, nada le dió.* Estas creencias, cuyo verdadero simbolismo no se habia conservado en las infieles tradiciones que á nosotros han llegado, ¿no parecen sacadas de manantiales comunes? Análogas observaciones podrian aplicarse á las nociones religiosas de los pueblos de la Oceanía, que con ciertas modificaciones se reproducen en la Polinesia como en las Canarias, para atestiguar el parentesco de las sociedades humanas, á pesar de su excentricidad relativa, y de las distancias que las separan ahora de su punto de partida; debiendo empero confesarse que cualesquiera que sean los resultados de la comparacion entre dos pueblos cuyas creencias, costumbres é instituciones ofrecen varios puntos de contacto, sería difícil demostrar por meras analogías la identidad de su raza ó su comunidad de orígen. Reconozcamos solamente que entre ellos existe conformidad de pensamientos por lo tocante al dogma, es decir, á la creencia en un Dios creador, único, universal, que rige los elementos, da la vida y dispensa los bienes de este mundo, aunque existen igualmente relaciones de la idolatría que se hacen notar en sus supersticiones; conformidad de pensamiento que no puede ser más que el resultado de una imaginacion afectada por los mismos fenómenos. La inteligencia de hombres colocados en las mismas condiciones de exis-

tencia ha debido girar en el mismo círculo de ideas, cuando pasmada ante las obras de la creacion y los prodigios de la naturaleza ha encontrado en una causa primera el objeto de sus homenajes.

ASCENSION
AL PICO DE TENERIFE.

Así para renovar los comestibles como para hacer algunas observaciones científicas, en octubre de 1837 fondearon en Tenerife las corbetas francesas *Astrolabio* y *Zelosa* destinadas al polo Sur y á la Oceanía al mando del capitan Dumont d' Urville, quien dispuso en el acto una excursion al pico de Teide (1), cuyo relato escrito por Davouzet, teniente de la *Zelosa*, es como sigue:

«Habiéndose encargado el vicecónsul Bretillard de proporcionarnos las cabalgaduras y guias que necesitábamos, nos encaminámos á su casa, á donde llegámos ántes de las nueve.

«Llenas las calabazas de vino del país, más á propósito que el de Francia para refrigerarnos, montámos á caballo á las nueve y cuarto y nos pusímos en marcha. La comitiva, mitad científica y mitad de aficionados, componíase entre otros de Dumoulin, ingeniero de la expedicion, Coupvent Desbois y Lafarge, alféreces de navío, y yo; los dos primeros encargados de las observaciones de física y el tercero iba armado con el martillo del geólogo para recoger muestras de todas clases.

«Salímos de la ciudad tomando el camino de Laguna bastante bien conservado por espacio de una legua, cuyo trazado desaparece luego siendo necesario subir á la montaña por entre peñas de basalto y maleza. A donde quiera que se han podido conducir las aguas vense campos de maíz recien cosechados y algunas higueras y cactus que bajo aquel cielo abrasador nos recordaban el aspecto de Africa. Hermosos son los alrededores de Laguna y nos encontrámos rodeados de campos de trigo y maíz, frondosos verjeles, magníficas parras y brillantes siemprevivas. A la entrada de la ciudad se encuentra una anchurosa plaza con hermosos edificios, descubriéndose luego anchas calles regulares, con buenas aceras como las de Santa Cruz, pero casi desiertas. Por lo general constan las casas de

(1) *Teide*, segun Berthelot, se deriva de la palabra guanche *echeide* (infierno), lo cual pudiera servir como prueba de la actividad del volcan ántes de la última conquista.

Al tratar esta cuestion advierte Humboldt que ni en los periplos de Hannon y de Seylas ni en las relaciones de Sebosus y de Plinio se menciona montaña alguna volcánica en el archipiélago de las Afortunadas; de lo que deduce que el pico estaria apagado cuando la expedicion del rey Juba, que encontró inhabitadas aquellas islas, aunque conservaban los restos de un templo cartagines.



Largas filas de carromatos cruzaban el camino.

un solo piso y ocupan sus bajos las tiendas que nada notable ofrecen. Solitarias estaban las calles, pero sorprendímos en las ventanas algunos lindos rostros, que movidos por la curiosidad miraban á hurtadillas nuestros pintorescos trajes y rostros extranjeros. Como es de presumir saludámos aquellos graciosos palmitos que respondieron á nuestro saludo con el aire de familiaridad inocente y urbana que caracteriza las costumbres españolas.

Los campos inmediatos y parte de la ciudad y jardines de Laguna formaban antiguamente un lago en que se vertian las aguas de las vecinas montañas, y de ahí procede el nombre de *Laguna*. Estando á cuatrocientas toesas del nivel del mar su temperatura es más suave que la de Santa Cruz, y sus soberbios jardines cuajados de palmeras y dátiles esparcen una frescura deliciosa que hace apetecible la residencia en aquel sitio.

Al salir de la ciudad entrámos en un llano sumamente fértil. Los campos estaban en rastrojo y yuntas de bueyes de poca alzada araban el suelo. Este espectáculo nos ofrecia grande atractivo, pues no viendo ya el mar podíamos imaginarnos en los campos de nuestro país, interrumpiendo por algunos instantes la vida monótona de á bordo. Seguia la carretera la direccion del Suroeste y á medida que adelantábamos era más variado el paisaje; pero al cabo de una hora presentóse el terreno más desigual; angostóse el llano y tuvímos que rodear varios torrentes, llegando á Agua García, uno de los sitios más pintorescos, á eso de las doce.

Por este punto cruza un acueducto de madera á unos veinte piés de altura, por el cual pasa una agua clarísima, la que despues de regar las huertas á lo largo de su curso alimenta la ciudad de Tacoronte que se divisa en lontananza. En una loma á la izquierda encuéntrase un abrevadero, ante cuyas pilas de lava suelen pararse los viajeros para que beban y descansen las cabalgaduras, y así lo hicímos durante media hora, que yo empleé en pasear contra la corriente de las aguas descubriendo á poco un valle encantador sembrado de hermosas habitaciones, por el que serpentea el acueducto, tan sencillo en su construccion que recordaba la infancia de la civilizacion, siguiéndole con la vista hasta una magnífica selva que cubre las laderas de la montaña, desde donde se precipita la cascada. Mucho me hubiera recreado en divagar por aquellas deliciosas arboledas; pero forzoso fue contentarme con mirarlas de léjos. Merced á las habitaciones diseminadas en el llano y rodeadas de jardines y frondosas arboledas seguí la direccion de las aguas hasta Tacoronte, pequeña ciudad situada á orillas del mar en amena situacion, ostentando sus alrededores una fertilidad asombrosa. Surcan la llanura hondas torrenteras en cuyos bordes cubiertos de cactus brotan hermosas pitas.

Tras un breve descanso en Agua García, único punto del camino en que se encuentra agua, lleváronnos los caballos con nuevo brio hasta Matanza, lugar célebre por la derrota de los españoles por los guanches á quienes acaudillaba uno de sus más valientes jefes, el último príncipe de Tacoronte. A cada instante encontrábamos labriegos de atezado rostro caminando con el paso grave y firme de los españoles, robustos y bien formados como todos los montañeses, que preguntaban á los guias si éramos ingleses, pues en todas las partes del mundo son estos los que con más frecuencia se encuentra. Nos saludaban con deferente ademan, y es que en Tenerife la distincion de clases se encuentra aun muy marcada

y la soberbia democrática no ha penetrado allí para que el campesino crea que con negar el saludo á un sugeto de mayor categoría puede allanar la desigualdad que existe hasta en los países más democráticos. Exageracion funesta es sin duda abolir una costumbre patriarcal que, sin tener nada de humillante es útil, pues la manifestacion de benevolencia y respeto que con el saludo se dan dos personas al encontrarse tiende á estrechar los lazos de la sociedad y debe necesariamente ejercer provechoso influjo en las relaciones de los que en ella viven; de manera que no porque nos manifestasen deferencia consideré yo á los habitantes de Tenerife ménos civilizados. Hermosas aldeanas de mirada ardiente y tez morena, cuyo proporcionado talle y soltura revelaban salud y belleza, vestidas con una sencilla basquiña ajustada, en la que se marcaban sus formas, camisa y manton, cubierta la cabeza con un sombrero de hojas de palma, pasaban descalzas y ligeras por nuestro lado, llevando cestas de fruta, conversando entre sí alegremente.

Un poco á la izquierda presentósenos la parte occidental de la isla, famosa por sus viñedos cultivados con sumo esmero y que alternando con sembrados cubren ambos lados del camino hasta Matanza, á donde llegámos sobre la una de la tarde, y cuyas alturas fueron testigos un dia de las hazañas de los guanches cuando vencieron por última vez á sus intrépidos conquistadores. Detuvímonos allí para conceder descanso á los caballos harto maltratados por el calor, y aunque los guias deseaban pararse para comer, como estábamos cerca de Santa Cruz insistímos en pasar adelante.

De Matanza á Victoria el camino es recto, estando plantado de viña todo el país que se atraviesa, descubriéndose el mar á la derecha y á distancia de una ó dos leguas y á la izquierda en lontananza montañas bastante elevadas. Consta Victoria de hasta cien casas, y aquí fue donde se vengaron los conquistadores de la derrota de Matanza, de que procede el nombre que lleva. Cubren el camino nichos de santos y vírgenes venerados por el pueblo, viéndose en la campiña numerosos campesinos de ambos sexos ocupados en la vendimia, miéntras que la mayor parte de los racimos estaban aun verdes á la altura en que nos encontrábamos, desde la que se divisa el puerto de Orotava. A medida que avanzábamos ensanchábase la llanura, y á poco descubrímos toda la ciudad de Orotava en buena situacion, rodeada de frondosas arboledas y hermosísimas quintas que daban al país un aspecto de prosperidad.

A las cuatro llegámos á Orotava, en cuyas calles anchas y bien empedradas, aunque fatigosas por las ásperas pendientes, se ven hermosas casas construidas con piedra de lava negra por el estilo árabe con un carácter de originalidad que agrada, siendo empero lo más notable y curioso que esta ciudad encierra las abundantes y cristalinas aguas que corren por ella esparciendo un fresco delicioso. Como nos quedaban aun dos horas de dia las empleámos en visitar la ciudad y sus alrededores, empezando por la iglesia, cuya arquitectura es de pésimo gusto, aunque un anciano sacerdote se empeñó en que admirásemos las bellezas que buscábamos en vano, diciéndonos que era una imitacion de San Pedro de Roma, y en efecto su cúpula pertenece al mismo órden de arquitectura; pero ¡cuántas imitaciones se ven de obras del genio que nada tienen de sus modelos! Habíasenos dicho que el jardin botánico sólo distaba de la ciudad un cuarto de hora, pero empleámos tres en llegar. Como á la ida el camino era cuesta abajo,

lo recorrímos sin notar su extension, ocupados en contemplar los vallados de arbustos en flor entrelazados de hermosos zarzales que cercaban lindas quintas, cada una de las cuales tomábamos por el término del camino; pero los niños que nos guiaban respondian con imperturbable sangre fria: *luego*, *señor*, *luego*.

Llegámos por fin al jardin botánico, que no se distingue por ningun ornamento exterior, como no sea un muro que á trechos lo circunda. La puerta da á una grande alameda de *drácona draco*, árbol peculiar de las Canarias que produce una especie de resina, á la cual atribuyen los naturales propiedades dentífricas. Nos recibió la señora de don Miguel Daguaire, esposa de un compatriota que topámos en el camino de Matanza. Despues de referirnos con volubilidad sorprendente su historia, la de sus desgracias y la del naufragio que la habia condenado á aquel destierro, la buena señora casi nos abrazó, pareciendo tan satisfecha como su marido al encontrarse con franceses, y manifestándonos su alegría en un lenguaje mitad español mitad frances, pues al aprender el primer idioma olvidó el segundo; nos hizo como mejor supo los honores del jardin, expresando cuanto sentia la ausencia de don Miguel. Observé que habia allí todas las plantas del Mediodía de Francia y muchos árboles de la China y de las Canarias, cuyas riquezas vegetales estábamos examinando cuando nos sorprendió la noche, despidiéndonos por consiguiente de la anciana señora, quien al vernos partir nos repitió con lágrimas en los ojos cuán feliz sería si pudiese ver otra vez su cara Lorena, lo cual excitó en nosotros un interes que de seguro merecia aquella señora. Es necesario ver en tierra extraña á los que han perdido la esperanza de volver á ella para comprender cuán poderoso es el sentimiento que nos liga á la patria.

Al regresar á Orotava nos fatigámos bastante, y la cuesta que al bajar nos pareció suave la encontrámos al subir penosísima; de manera que llegámos rendidos á la posada, en la que nuestros compañeros, que para cuidar de sus barómetros habian entrado despues de nosotros, nos esperaban ya con impaciencia para sentarnos á la mesa.

Nos levantámos el dia siguiente con las mejores disposiciones y nos pusímos en camino con un guia para recorrer las soledades inmediatas al pico que sólo conocen corto número de personas. El tiempo estaba hermoso, el aire sosegado, y las nubes que la víspera coronaban el pico se habian disipado prometiéndonos un dia sereno, lo cual era indispensable para el buen éxito de nuestro viaje, pues de lo contrario hubiéramos sufrido mucho con pasar la noche al raso, y habria sido imposible y peligroso intentar escalar el pico, lloviendo del modo que acostumbra hacerlo en aquella montaña.

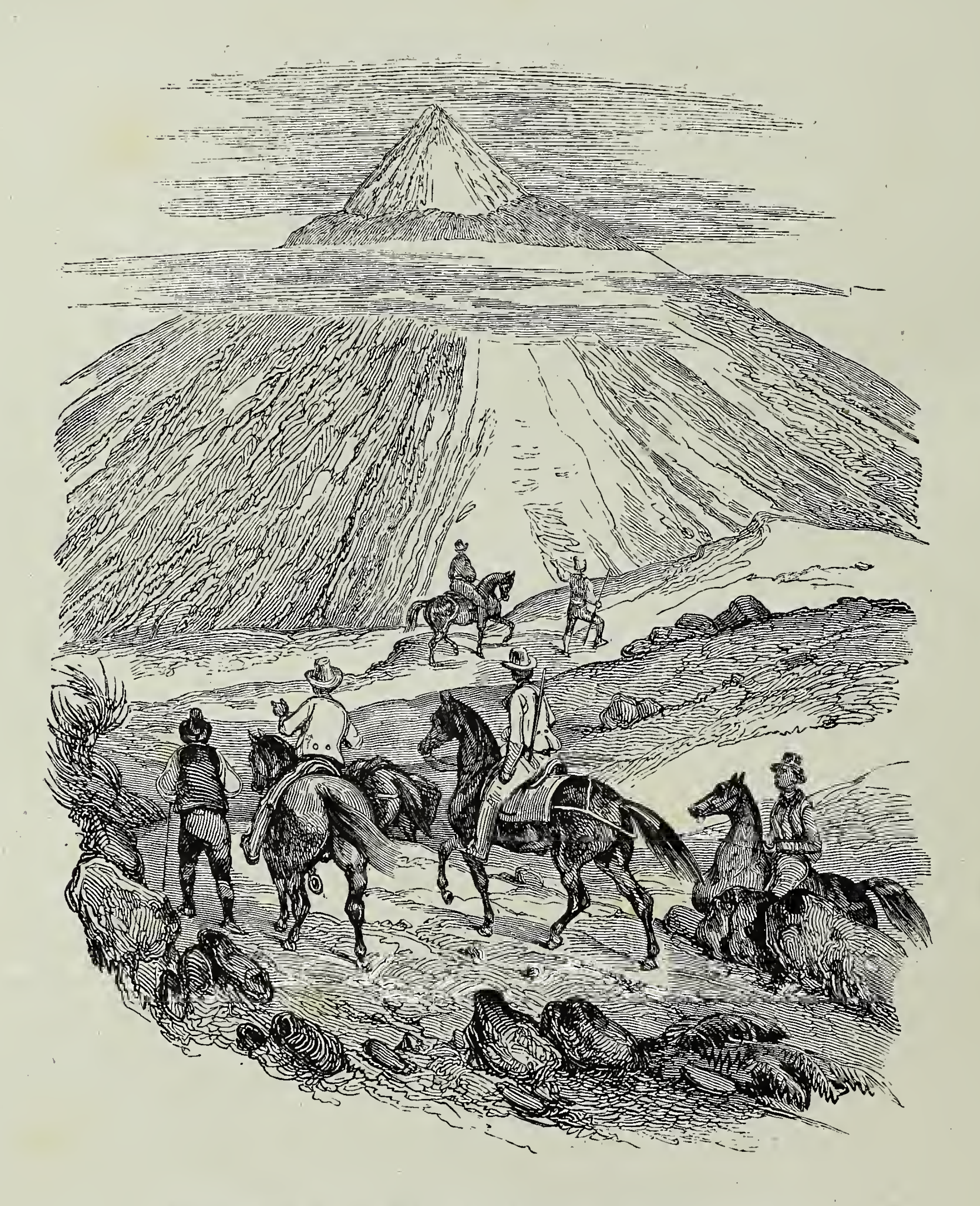
Salímos pues de la ciudad con víveres y agua para dos dias por una cuesta áspera cubierta de lava resbaladiza y que gracias á las cabalgaduras atravesámos en breve rato. Empezaba el dia á clarear, casi todo el mundo dormia aun, el silencio de la ciudad, el color oscuro de sus casas, la ténue neblina que se divisaba en la montaña y la que descansaba en el mar imprimian á cuanto nos rodeaba un aspecto de severidad que excitaba al recogimiento, al que difícilmente resistia nuestro natural y bullicioso buen humor. A un lado del camino descubrímos el antiguo colegio, hermoso y extenso edificio, en cuyo jardin busqué inútilmente con la vista el magnífico *drácona draco* tan citado por los viajeros,

cuyo árbol, anterior segun la tradicion al desembarco de Juan de Bethencourt, tenia ántes del último vendaval en 1819 setenta piés de altura por cuarenta y ocho de circunferencia en su base. Algunos eruditos han aventurado la hipótesis de que este árbol gigantesco fuese el famoso dragon del jardin de las Hespérides, hipótesis que concuerda con lo que supone que las Canarias son los restos de aquella Atlántida que sumergió en el mar un cataclismo, el mismo quizá en que segun algunos geólogos se abrieron *Calpe* y *Abyla* para dar paso á las aguas del Mediterráneo.

Al salir de la ciudad y por espacio de tres cuartos de hora seguímos un sendero que atravesaba por varias ramblas en que descubrímos lava resbaladiza. A la izquierda dejámos varias chozas rodeadas de higueras, cactus y parrales, á la derecha viñedos plantados por escalones como en Provenza y en las comarcas de escarpados ribazos, llegando luego á un magnífico valle cubierto de frondosos castaños abrigados por altas murallas de basalto. Los desplomes y las aguas han modificado notablemente la superficie de aquella rambla, en la que se observa una vegetacion vigorosa, debida sin duda á las abundantes aguas que deben filtrar.

Pasado este valle vímos todavía campos de maíz y de altramuz, y despues un terreno enteramente inculto en el que no crecian mas que árboles de gruesas y duras hojas, como laureles, aleas, mirtos y otros. Nos encontrábamos entónces en la region de las nubes que, separándonos de la llanura que á nuestros piés se extendia, nos velaban el mar, dibujándose en su blanco manto fantásticas apariciones cuando los rayos del sol pugnaban en vano para atravesarlo. Algunos achaparrados pinos aparecian diseminados en aquel suelo cubierto algo más allá de espesos matorrales de variadas especies de cuatro á cinco metros de alto, á cuya sombra crecian tomillos y otras matas, revoloteando en torno pintadas mariposas. Pocos pájaros se veian allí, pero en cambio la caza abundaba tanto que á cada momento saltaban conejos de entre los cascos de nuestros caballos. A medida que ascendíamos la atmósfera se despejaba y era más estéril el terreno, en el que ya no se veian mas que brezos. Para aguardar los bagajes y proporcionar descanso á las cabalgaduras, que harto lo necesitaban, hicímos alto al pié de una quebrada, desde cuyo punto, merced á haberse disipado la niebla, descubrímos el camino que acabábamos de recorrer, la cordillera de montañas que separa á Orotava de Laguna, la entrada de Cañadas y el pico, que destacándose majestuosamente se confundia con las nubes. Varios campesinos que bajaban de un pueblecito situado á la izquierda de Cañadas, el más elevado de la isla, nos vendieron higos y fruto de cactus, que en aquel sitio agreste nos parecieron deliciosos; otros llevaban á Orotava teas para pescar al candil, y todos al despedirnos nos pronosticaron buen tiempo, encargándonos que nos abrigáramos.

Al proseguir la marcha el terreno se presenta cada vez más inaccesible y la vegetacion más escasa, notándose en las láderas de los montes de la izquierda varios conos, indicios de los antiguos cráteres á cuyas erupciones se deben las corrientes de lava que cubren los bordes de las torrenteras. Con frecuencia nos deteníamos para contemplar la mole de nubes producidas por la condensacion de vapores en las selvas, que nos impedian ver el Océano. Vedijas espumosas semejantes á copos de nieve y algunas veces formando escalones muy marcados, pre-



Aprovechámos lo que restaba del dia para trepar hasta Alta Vista.

sentábanse bajo el aspecto de un cielo aborregado, que parecia estar á nuestros piés y no en el zenit, espectáculo enteramente nuevo para mí, pues nunca habia subido á ninguna montaña, encantándome de tal modo que no me cansaba de admirarlo.

Antes de penetrar en las cañadas dejámos á la izquierda la *Cueva del pino*, notable por encerrarse en él el único que vegeta á tal elevacion, y poco despues ofreciéronse á nuestra vista grandes explanadas desiertas y estériles cubiertas de piedra pómez y obsidianas, cuyo color blanquecino reflejando los rayos del sol produciria excesivo calor en aquella altura de mil cuatrocientas toesas, si no lo mitigase el viento Norte. Estos valles cortados entre gigantescas montañas, y que son otros tantos antiguos cráteres, tienen por nombre las cañadas, punto en que extinguiéndose la vegetacion casi del todo no crecen sino contadas matas, entre las que se encuentran el *spartium supra nubium*, completando la ausencia absoluta de pájaros é insectos el cuadro triste y desolado que ofrecen estas incultas regiones. Grandes é informes peñascos de basalto cristalizado aparecen en aquellas llanuras, arrojados al parecer por los cráteres de antiguas erupciones.

Antes de entrar en las cañadas pasámos junto á los bordes de un extinguido cráter, y era tan resbaladizo el piso, que las mulas tropezaban á cada paso y una de ellas cayó derribando al jinete, sin tener empero que lamentar más desgracia que la ruptura de un barómetro: accidente que nos obligó á caminar con más precaucion y lentitud, por lo que invertímos hora y media en salir de aquel paso. Por fin divisámos la inmensa cúpula del pico, y en sus pendientes se veian amontonados enormes peñascos de basalto, que suspendidos sobre nuestras cabezas nos ocultaban con frecuencia la vista del cono, á cuyo pié llegámos á las tres y media, habiéndolo tenido que escalar por un cerro muy áspero formado de obsidiana pajiza y piedra pómez, que cediendo bajo los piés de las cabalgaduras dificultaban en extremo la subida.

Despues de tres cuartos de penosa marcha llegámos á la plataforma llamada *Estancia de los ingleses*, término de la jornada. Grandes trozos de basalto, semejantes á los de la llanura y amontonados, ofrecian un abrigo natural; el *spartium supra nubium* que con abundancia se encontraba nos permitió encender una hoguera que el frio cierzo hacia indispensable, á pesar de habernos guarecido tras uno de aquellos parapetos. Estábamos á mil seiscientas toesas de elevacion, en un verdadero desierto, aislados de todo el mundo; las nubes que habíamos dejado debajo ántes de entrar en las cañadas nos ocultaban gran parte de la isla, y sólo alcanzábase á despuntar de vez en cuando algunas cumbres entre los anillos volcánicos que circuian el anchuroso cráter por el cual acabábamos de pasar.

Deseosos de reconocer los sitios que nos rodeaban aprovechámos dos horas que quedaban de dia para trepar por la montaña hasta *Alta vista*, repecho situado al pié de un cerro que nos separaba de la calzada que por encima se elevaba. Veíanse impresas en el suelo huellas de caballerías, un poco más adelante nos encontrámos en medio de millares de matas de *spartium*, y el excremento de conejos nos demostró que no éramos los únicos en aquel desierto. Como la más próxima al pico, muchos viajeros eligen la parada de *Alta vista* para pernoctar; pero es ménos abrigada que la *Estancia* y carece de leña, debiendo llevarla desde este último punto. El temor de perdernos en medio de los precipicios que de

allí en adelante se encontraban si en ellos nos sorprendia la noche, nos hizo desistir de continuar la exploracion y nos obligó á retroceder, no sin haber divisado el pico que parècia muy próximo, aunque nos faltaba bastante para llegar á él.

En la bajada todavía más difícil que el ascenso estuvímos á menudo expuestos á rompernos los huesos saltando de roca en roca; pero á pesar de todo fuímos recogiendo los trozos de roca más notables, compuestos de basalto y de restos de antiguas corrientes alteradas por el fuego, el aire y las aguas, y presentando diferentes grados de cristalizacion. Un poco ántes de las siete entrámos en la *Estancia* donde nos esperaba la cena que devorámos con apetito y un hermoso fuego cuya chispeante llama animaba y embellecia nuestro humilde vivac.

Concluida la cena nos arropámos con los abrigos y nos disponíamos ya á dormir cuando al señor Coupvent, uno de los compañeros, algo magullado por su caida del caballo, le dieron calofrios que cedieron por fortuna á los cuidados que se le prodigaron y á una taza de té que le hicímos tomar. Por fin nos instalamos delante del fuego, y cada cual se arregló como mejor pudo un lecho de guijarros, en que nos servian de almohadas los sacos de noche y de sábanas las capas, haciendo otro tanto los guias, de quienes sólo nos separaba un tabique de dos piés de elevacion. En vano quisímos dormir para sobrellevar las fatigas del dia siguiente; el pataleo de los caballos, las voces de los güias que disputaban, el ruido que hacia el encargado de avivar el fuego, y más que todo el frio intenso que penetraba por los abrigos á pesar de estar guarecidos por la roca, nos tuvieron desvelados toda la noche; y para colmo de calamidades las pulgas aclimatadas en aquella parada á la que de seguro no habian ido por sí solas, principiaron á hacernos guerra á muerte. Viendo la imposibilidad de conciliar el sueño me levanté y procuré distraerme contemplando la hermosa constelacion de Orion, cuyas brillantes estrellas parecian desfilar por detras de un enorme peñasco de basalto que nos resguardaba de la parte del Sur, y apénas me hube alejado del fuego observé que la temperatura habia bajado considerablemente, pues en vez de los 14° que marcaba el termómetro á las ocho de la noche, á las doce señalaba sino 8°; pero sería imposible imaginar una noche más hermosa. El cielo de un azul purísimo presentábase tachonado de innumerables estrellas, cuyo fulgor era tan vivo que parecia que la luna luciese aun en el horizonte del que habia desaparecido hacia largo tiempo. Las montañas que ocultaban gran parte de cielo aparecian sombreadas de un tinte oscurísimo, pero que permitia distinguir sus contornos. El silencio sepulcral que reinaba en aquellos lugares predisponia á la melancolía y me sumió en tristes meditaciones acerca de mi patria y mi familia, de las cuales salí lleno de confianza en el porvenir: habia ido á admirar una de las maravillas más grandes de la naturaleza; habia ido á estudiarlas, y este deseo lo hubiera conseguido por completo si mis conocimientos científicos fuesen mayores. Pero á falta de esto, el recuerdo de lo pasado, la perspectiva del porvenir que aparecia en mi mente á la vista de todo lo que me rodeaba, me compensaron con usura de las fatigas y penalidades del viaje.

En el órden moral como en el intelectual todo cansa en el mundo, y esta verdad es muy aplicable al que se pasea por la soledad durante media hora, en cuyo tiempo va la imaginacion muy léjos; así fue que no tardó el frio en llevar-

me al lado de mis compañeros, que no pudiendo dormir buscaban el descanso en la inmovilidad y desafiaban las malditas pulgas con un valor digno de aquellos sectarios de Brahma que por penitencia alimentan con su sangre á los parásitos de la humanidad objeto de su veneracion. Al traves de una nube de humo y á la luz de la hoguera contemplaba el rostro tranquilo y sereno de los guias parecidos por sus trajes y aspecto varonil á los bandidos de Córcega y Calabria cuando acampan entre montañas. Volvíme á acercar al fuego, y miéntras procuraba trazar algunas líneas para mi familia uniéronseme los compañeros que no pudiendo aguantar más imitaron mi ejemplo, conviniendo en que sería preciso forzar el sentido de las palabras para llamar descanso á aquella posicion tan poco apetecible. Resolvímos continuar la expedicion á las cuatro y media de la mañana, habiendo bajado el termómetro á 5°, para no encontrarnos ántes del alba en Alta Vista en donde es imposible transitar á oscuras. Llegada la tan apetecida hora pusímonos en camino con dos mozos que nos llevaban los instrumentos y los víveres. Una brisa glacial del Norte nos daba en el rostro, haciéndonos sufrir más que una helada intensa, pues el cierzo es allí tan seco que nos escoriaba los labios. Era ya claro dia cuando llegámos á Alta vista donde sólo nos detuvímos el tiempo necesario, y á la media hora de andar por entre *traquitas* y breñas de basalto llegámos á la *Cueva de làs nieves*, en la que se mantiene helada el agua todo el año y la que provee de hielo á Orotava. Allí disfrutámos un espectáculo de los más magníficos que ofrecen las montañas, el de la salida del sol, que se alzaba del seno de los vapores que cubrian el Océano sin iluminar todavía sino á los privilegiados habitantes de las alturas, pues para los que estaban en el llano y en la orilla aun cubria el horizonte su disco que se presentaba considerablemente achatado y grande por la refraccion. El centelleo producia un efecto fantástico, que difícilmente hubiera podido reproducir el pincel más hábil y que mi pluma no puede describir, limitándome á indicar á los observadores este fenómeno, digno de inducirles á trepar por altas montañas. El termómetro marcaba en aquel momento 5° 8' y el barómetro habia bajado á 0' 4994 mm.

Poco despues vímos el *Pilon*, especie de cono truncado que se eleva majestuosamente en la meseta culminante de la montaña, tardando casi una hora en alcanzar la bóveda de aquella cúpula extraña, tan dificultoso era andar por entre aquellos breñales. Merced á la estacion no habia nieve en las quebradas, pues cuando esta cubre el sendero es necesaria mayor prudencia, y creo que se equivocan los que han dicho que aquel paso no ofrece peligro alguno. Poco ántes de llegar á la meseta sembrada de agigantadas moles de lava, desde la cual se levanta el Pilon, recogímos algunos musgos que cubrian las abrasadas hendiduras por donde se exhalaban vapores acuosos muy cálidos. Detuvímonos algunos momentos ántes de emprender la última cuesta, cuyas dificultades preveíamos. Cubren la base y los costados del Pilon montones de obsidianas movedizas en las que nos hundíamos de continuo, cediendo de tal modo á nuestra presion que apénas en tres pasos adelantábamos uno. Marchábamos de frente para precaver las resultas de los desmoronamientos, y á cada instante habíamos de pararnos para recobrar aliento, experimentando todos una congojosa opresion por el gran enrarecimiento del aire, á consecuencia de la cual echaron algunos sangre por la nariz. Por último, valiéndonos de manos y piés alcanzámos á los tres cuartos de

hora la cima del cono y vímos un cráter medio cegado, cuyo fondo parecia apagado, exhalando de sus lisas paredes abundantes vapores sulfurosos. Costeámos aquel vasto muro apoyándonos como podíamos en los irregulares peñascos blanqueados por el humo. Este cono colosal está probablemente destinado á hundirse un dia á impulsos de una erupcion que producirá otro.

Tapizan los bordes de aquellos peñascos cristales de azufre y eflorescencia pastosa de alumina, de cuyas materias recogímos muestras junto con pedazos de obsidiana nitrosa. El cielo puro y sin nubes tenia un color azul oscuro y la brisa que templadamente soplaba de Noroeste hacia subir 14° la temperatura que bajara á 9° en la sombra. Sobre las diez empezó á incomodarnos tanto el calor, que experimentaron fuertes dolores de cabeza todos los que no llevaban sombreros de paja. Despues de recorrer en todos sentidos el cráter y sus alrededores me detuve un momento para disfrutar de la imponente perspectiva que ofrece desde aquella parte el Pico: asomaba este entre el mar de nubes que parecen aislarlo del mundo entero, y cuyos vapores, disipándose de vez en cuando me permitian distinguir la cordillera de cráteres que gradualmente desciende hasta el mar y el Océano sin límite que baña el pié del pico. Aprovechando un momento en que clarearon las nubes divisé algunas de las islas vecinas como puntos diseminados en aquella inmensa superficie. Una necesidad tan vulgar como imperiosa, el apetito que se dejó sentir algo vivo á la hora de almorzar, me distrajo de la admiracion de aquellas maravillas para tomar una refaccion con los compañeros. En mi vida encontré almuerzo más exquisito. Estábamos ufanos de hacer tal refrigerio á mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar, dicha que habian de envidiarnos no pocos.

Terminado tan excelente almuerzo, se dedicó cada cual á completar su coleccion mineralógica, y á las doce del dia, cargados con pedruscos é instrumentos empezámos á bajar, operacion que ejecutándose más aprisa de lo que deseábamos apénas duró diez minutos, continuando luego sin pararnos hasta la Estancia, á donde llegámos á las dos en punto. Despues de las descripciones tan claras y satisfactorias que acerca de la formacion del pico de Teide han dado todos los sabios que lo han visitado, temeridad fuera en mí aventurar alguna idea sobre este objeto que no he tenido tiempo de estudiar. Era nuestro único propósito medir la altura exacta de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética que cuidadosa y satisfactoriamente ejecutaron los señores Dumoulin y Coupvent.

Atravesando las cañadas que ya no nos interesaban, salímos en breve de la Estancia y proseguímos el camino experimentando á medida que descendíamos un agradable cambio de temperatura y de atmósfera; pero por más que nos apresurásemos nos sorprendió la noche en aquellas regiones inhabitadas, y eran ya las ocho de la inmediata tarde cuando llegámos á Orotava, tan cansados que apénas pudímos sentarnos á la mesa y tomar un bocado ántes de acostarnos.

Sin detenernos siquiera un dia, como hubiera yo deseado, al siguiente tomámos las antiguas cabalgaduras y salímos para Santa Cruz.

Al separarnos de las Canarias para continuar nuestro viaje por las aguas del Africa Occidental, el primer drama que se nos ofrece es sin disputa uno de los más terribles y famosos que consignan los anales de la marina. La Europa se es-

tremeció de horror al contemplarlo y los marinos lo consideran como uno de los más severos escarmientos impuestos á la imprudencia y uno de los más tremendos castigos del desórden y la insubordinacion. Esta catástrofe, baldon del capitan que la causó y leccion sangrienta para el gobierno que inconsideradamente lo empleara, es el

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

Para tomar posesion de los establecimientos que habia poseido en Senegambia y recobró por los tratados de 1814 y 1815, el gobierno frances alistó una escuadrilla mandada por Chaumareys, compuesta de la fragata *Medusa* á las órdenes del citado capitan, de la corbeta *Eco*, de la urca *Laire* y del bergantin *Argos*, saliendo estos buques de Aix el 17 de junio de 1816.

Al principio navegaron en conserva, pero luego se encontró sola la *Medusa* el 1.° de julio no léjos del desierto de Sahara, y pasando el trópico siguió su derrotero cercano á la tierra, so pretexto de que los vientos alisios de Noroeste dejaban libre al capitan en su maniobra y de que para acortar la travesía era lo mejor arrimarse á la costa. Aunábase al deseo de llegar ántes que los otros buques la mezquina vanidad de parecer exento de temor y arrostrar la proximidad de la tierra con audacia desusada, y así fue como Chaumareys se aventuró en el peligroso golfo de San Cipriano á pesar de los prudentes consejos de varios oficiales que intentaron demostrarle que aquel rumbo le conduciria infaliblemente al banco de Arguin.

A las tres de la tarde del 2 de julio varó la fragata, siendo fácil concebir la indignacion que tal desgracia produjo en los que la habian previsto. Chaumareys trató ciertamente de poner á flote el buque desplegando grande actividad, hiciéronse los mayores esfuerzos y cumplió cada cual valerosamente con su deber, auxiliando la tropa destinada á la guarnicion de la Gorea á la tripulacion; pero el poder humano en aquellas circunstancias encontró pronto sus límites, luchando en vano con los vientos que dificultaban la maniobra y con las corrientes que impedian llevar mar adentro las áncoras con que se hubiera podido arrastrar la fragata á los bordes del banco en donde hubiera vuelto á flote. Los botes sobrecargados con el peso de las áncoras derribaban á sotavento impidiéndoles poder andar en el punto que exigia el movimiento de retroceso que se deseaba imprimir á la nave; y despues de mil tentativas infructuosas el cansancio dejó inerte á la tripulacion. En la noche del 3 al 4 refrescó mucho el viento, y las oscilaciones del mar contrariado por la direccion de las corrientes aumentaron las olas que rodaban amenazadoras por el banco de Arguin; quedó entónces convertida la fragata en un arrecife contra el cual se estrellaban las olas, barriéndola y cubriendo continuamente á la tripulacion que á cada momento se veia obligada á

aferrarse á lo primero que le venía á la mano para no verse arrastrada por el mar; y acabó por abrirse aquella misma noche, siendo ya preciso abandonar la menor esperanza de salvarla y no pensar sino en la tripulacion.

Tratóse de construir una jangada, pero hubiera sido menester para llevarlo á cabo más disciplina de la que existia á bordo en donde reinaba el mayor desórden, porque el carácter del jefe no inspiraba el respecto tan necesario en aquellas terribles circunstancias, oyéndose por todas partes gritos de furor y desesperacion que sólo la presencia del capitan pódia acallar, reprimiendo á unos y avergonzando á otros; y por desgracia carecian de tan preciso elemento de salvacion los náufragos de la *Medusa.*

En medio de aquella espantosa lucha hubo hombres generosos que trataron de asegurar la salvacion comun, reuniendo á los más intrépidos y procurando organizar el trabajo, pero faltaba la unidad necesaria, unidad que sólo la voluntad del jefe podia alcanzar, toda vez que los oficiales se deben ciertas consideraciones de las cuales está libre la autoridad suprema.

Pero en vez de adoptar las prudentes disposiciones que sólo podia dictar un ánimo tranquilo, apresuráronse á abandonar el buque, tratando de arrastrar la jangada á remolque de las embarcaciones sin calcular la extraordinaria fatiga que el peso de aquel enorme y sobrecargado armatoste debia ocasionar á los marineros obligados á remar por la calma que dominaba, ni pensar en el concierto indispensable de los nadadores colocados en diversas embarcaciones que debian aunar sus esfuerzos en un movimiento simultáneo para obtener el efecto que deseaban. A la vela desaparecian parte de estos inconvenientes, si bien entónces aquel pesado maderaje debia entorpecer la marcha de las embarcaciones retardando la salvacion de los navegantes, sin contar que á sobrevenir el menor chubasco los botes no hubieran podido resistir las sacudidas que la pesada balsa les hubiera dado al desplomarse las olas. Mas los autores de tan descabellado proyecto ¿pensaron ejecutarlo del todo, ó querian únicamente sustraerse á las amenazas de la exasperacion, inspirando á los otros esperanzas de que ni ellos participaban? ¿es seguro que no meditaban por horrible egoismo escaparse en cuanto se presentara la ocasion? Sea de ello lo que fuere, embarcáronse en la falua treinta y cinco personas, entre ellas el gobernador del Senegal Sogwantz y toda su familia, amontonáronse cuarenta y dos en el bote mayor, en la lancha del capitan veinte y ocho, en la chalupa, á pesar de estar en muy mal estado, ochenta y ocho, en una lancha de ocho remos destinada al servicio del Senegal, veinticinco, y Picart, secretario del Senegal y su familia, se refugiaron en un chinchorro, la balsa mal construida cargóse con ciento cincuenta y dos personas, y diez y siete infelices que no quisieron embarcarse permanecieron en la fragata rasa como un ponton y abatida á babor. Partieron al fin, mandada la almadía por un aspirante de marina llamado Condin, cuyo nombre es digno de conservarse. Arrastraban aquella mole informe tres embarcaciones, el bote mayor, la falua y la lancha destinada al Senegal; pero las dos primeras desamarraron desprendiéndose del bote mayor y la jangada quedó con un solo bote que la remolcase, cuya boza se rompió á poco, ó segun dicen los historiadores del naufragio cortáronla por órden de los que mandaban la embarcacion. Es evidente tambien que desde aquel momento el ligero esquife no podia comunicar el menor impulso á

aquella pesada mole que lo arrastraba á la ronza. La inutilidad de las tentativas para hacer andar la balsa era de esperar; pero lo que no podia suponerse era que se la abandonase en medio del Océano sin esperanza de socorro. Hase pretendido que la conducta del capitan que se alejó rápidamente desde luego habia sido la causa de esta defeccion dando á entender que se propagaria el ejemplo del egoismo. Pero ¿es esta por ventura una excusa para aquellos á quienes correspondia el mando desde el momento en que el jefe huia? Hase dicho tambien que se habian dado órdenes que exclusivamente favorecian á las mujeres que se encontraban en las embarcaciones; pero aun siendo así ¿no podia conciliarse? y ¿no debia permanecer en su puesto el capitan?

Dos embarcaciones, la que montaban el gobernador y el capitan de la fragata, llegaron el 9 sin novedad al Senegal, trasladándose sus tripulantes á bordo de la corbeta *Eco* que pocos dias ántes habia llegado á San Luis, y celebrándose inmediatamente un consejo á fin de excogitar los medios más prontos y seguros para socorrer á los náufragos abandonados en las embarcaciones, en la balsa y en el casco de la fragata.

La chalupa por la excesiva carga no habia podido servirse de los remos ni de velas por haberlas inutilizado el recio viento que sucediera á la calma; las corrientes muy fuertes en aquella costa la arrastraron hácia tierra, y prefiriendo parte de los que la montaban desembarcar á seguir tan incierta navegacion, dejáronse en tierra, al Norte de cabo Mirick, á noventa leguas de la isla de San Luis, sesenta y tres hombres á quienes se proveyó de armas y galleta. Largóse la chalupa reuniéndose al cabo de una hora con las demas embarcaciones; pero atormentada por la sed la tripulacion decidióse á arrojarse á la costa, partido que hubieron de adoptar tambien el bote mayor y la lancha del Senegal, imitándoles otro bote que seguia á la chalupa y el chinchorro de Picart, yendo á parar todos á cuarenta leguas de la isla de San Luis. Reunidos en la costa los náufragos procedentes de estas embarcaciones se pusieron en camino para trasladarse al Senegal á traves del desierto en el que padecieron muchísimo por el cansancio, el calor, la avaricia y perfidia de los moros y la carencia de víveres, siendo probable que sucumbieran á tantas penalidades á no encontrarles el *Argos*, que divisándolos les envió auxilios, y á no habérseles unido los ingleses que les enviaron camellos, provisiones y lo demas necesario para continuar su ruta que terminaron el 12 á las siete de la noche, llegando á San Luis sin tener que deplorar ninguna otra desgracia.

Volvamos empero á los que se encontraban en la funesta balsa. Apénas perdieron de vista las embarcaciones, apoderóse de ellos el estupor y la desesperacion, desahogándose en imprecaciones contra los que les habian engañado para abandonarlos. La necesidad los apaciguó, restableciéndose algun tanto la subordinacion, merced á la cual pudo fijarse un turno para distribuir los pocos víveres que tenian; pero en un solo dia devoraron toda la galleta empapada en agua de mar, cometiendo una imprudencia producida por las esperanzas que se forjaban contando con un inmediato socorro, sin calcular la penuria en que podian verse despues. Durante la noche siguiente, azotados por las olas, chocaron los unos contra los otros ó caian en los huecos de los mal trabados maderos que componian la balsa, pereciendo así muchos, arrojados otros al mar por la violen-

cia de las sacudidas, y por su propia voluntad algunos que en él se sumergian para poner fin á su sufrimiento; de manera que al dia siguiente al distribuir los víveres se notó que faltaban veinte hombres. La noche inmediata fue aun más terrible, pues sopló el viento con extraordinaria violencia y montañas de agua estrellándose en la jangada cubrian á cada instante á los náufragos que se vieron en la precision de apiñarse en el centro, pereciendo casi todos los que no pudieron alcanzar aquel sitio. En los dos extremos las olas rompian con tal impetuosidad que arrastraban á los más robustos y en el centro se apretaban con tal fuerza que varios perecieron ahogados por sus compañeros. Los soldados y marineros, aterrados y creyendo que iba á tragárselos el mar, trataron de endulzar sus últimos momentos bebiendo hasta perder la razon; á cuyo efecto practicaron un agujero en un tonel de vino, sin que se lo impidieran los oficiales que participaban de su desaliento; pero el agua del mar que penetró en el tonel les obligó á cejar en tan imprudente propósito, si bien sobrado tarde, pues á poco los vapores del vino empezaron á producir terribles efectos en aquellos cerebros debilitados ya por una serie de no interrumpidas fatigas, por el temor de la muerte y la falta de alimento. Sordos á la voz de la razon concibieron el horrible proyecto de destruir la balsa cortando los cables y de sumergirse con sus compañeros de infortunio, manifestando en alta voz que estaban resueltos á deshacerse de los jefes si trataban de oponerse á su decision. Desenvainando los sables se atacaron aquellos desdichados con furiosa resolucion, añadiendo así su propio coraje á los tormentos y causas de destruccion que los acosaban. Corrió la sangre por los maderos en que podian apénas sostenerse: el crímen habia roto sus vallas y desde entónces no fue posible contenerle. Varios de los que estaban apiñados en aquel corto espacio eran la escoria de la sociedad, por ella rechazados y marcados con el sello del oprobio, y en la terrible situacion en que se encontraban desarrollábanse sus horribles inclinaciones. Los que debian mandarles se encontraban á su merced, y ellos resolvieron sacrificarlos ántes de morir agitados por un delirio infernal, como una satisfaccion y una venganza obtenida en sus últimos momentos. Rebeláronse pues, precipitándose sobre los oficiales y pasajeros que, adivinando sus intenciones, habíanse retirado al extremo opuesto de la balsa, y allí mejor armados, conservando aun su sangre fria, nó debilitados por la destemplanza, defendiéronse valerosamente rechazando á los agresores. Y sembraron la balsa de cadáveres que arrojaron al mar. Pero el hambre y las pocas provisiones que quedaban produjeron entre los sobrevivientes terribles y continuas discusiones, y la exasperacion y el furor causados de tanto sufrimiento sofocaron todo sentimiento de humanidad.

Extenuados por tan prolongado ayuno los desdichados, á quienes las olas rociando continuamente sus heridas arrancaban desgarradores gritos de dolor, llegaron para prolongar algunas horas aquella miserable existencia á alimentarse con la carne de sus compañeros difuntos y á beber sus orines para apagar la sed que los devoraba. De ciento cincuenta y dos que se embarcaron en la balsa sólo quedaban treinta, dos de los cuales, sorprendidos bebiendo con un canutillo en el único tonel de vino que quedaba, fueron arrojados al mar. Un alumno de marina, pobre niño de doce años, objeto de la ternura y cuidados de la tripulacion por su rostro angelical, su voz dulce y armoniosa, su buena índole y ex-



... el Argos encontró á los quince infelices que quedaban.

traordinario valor, se consumió como una luz que deja de arder por falta de alimento.

A veinte y siete quedaron pues reducidos; pero, dice en su relato uno de los actores de aquella terrible escena, quince habia á quienes sólo quedaban al parecer pocos dias de vida, y los demas cubiertos de profundas llagas habian perdido casi por completo el juicio. Sin embargo, los primeros tenian parte en las raciones, ántes de morir podian agotar treinta ó cuarenta botellas de vino que eran entónces de inestimable precio, y por consiguiente se deliberó... Y el resultado de esta execrable deliberacion fue que los quince más robustos arrojarian al mar á los quince más débiles, y así lo hicieron efectivamente. Entre las víctimas se encontraba una cantinera, pobre mujer que por espacio de veinte años tomó parte en las gloriosas fatigas de los soldados á quienes mil veces llevara en los campos de batalla dulces consuelos y oportunos socorros.

Seis dias despues, próximos á espirar ya, los quince infelices que quedaban fueron hallados por el *Argos* que habia salido en su busca. Más que séres vivientes parecian cadáveres desollados, y al llegar á San Luis, á pesar de cuantos cuidados se les prodigaron, cinco sucumbieron en poco tiempo; de manera que de ciento cincuenta y dos que se embarcaron en la fatal jangada sólo diez sobrevivieron para revelar en sus horrorosos relatos cuantos sufrimientos y crímenes puede acumular un hombre en quince dias.

La naturaleza nos proporciona muchas veces en el exceso de nuestros males alivio y hasta compensacion, y así aquellos infelices refugiados en la almadía, al perder el juicio, perdieron tambien el sentimiento de su situacion horrible. Algunos en su delirio, producido por la falta del alimento necesario para la vida, se forjaban extrañas ilusiones, sobretodo por la noche, que es cuando más se agrava la calentura producida por una dieta prolongada. Privado de razon, encandilados los ojos, escápase el enfermo del lecho creyendo ver á su alrededor selvas, hermosas praderas esmaltadas, deliciosos frutos y sabrosos alimentos; y esta engañosa ilusion le regocija, expresando con mil insensatas exclamaciones la alegría de que está poseido. Cuando esta enfermedad ataca á un marinero, sube á la cubierta manifestando un deseo irresistible de arrojarse al mar, por figurársele que va á un verde prado. Corread creía recorrer las bellas campiñas de Italia, y varios náufragos en la fuerza de su delirio imaginábanse á bordo de la *Medusa*, bogando tranquilamente, miéntras otros llamaban á gritos desaforados unos buques que les parecia divisar en lontananza. Bredif, que se encontraba en la chalupa, refiere en estos términos sus sufrimientos: Habia desaparecido la luna; exhausto de debilidad, rendido de cansancio y sueño cedí á la postracion, y me quedé dormido á pesar de las olas que amenazaban engullirnos. Los Alpes y sus pintorescos valles presentábanse en mi imaginacion de tal modo que gozaba realmente dela frescura de su sombra, renovando los momentos deliciosos que alli pasara un dia. El recuerdo de mi buena hermana huyendo de mí por los bosques de Kaiserslautern y los cosacos que se habian apoderado de las minas presentábanseme tambien. Con la cabeza inclinada sobre el mar, el zurrido de las olas que se estrellan en nuestra frágil lancha produce en mis sentidos el efecto de un torrente que se precipita desde lo alto de las montañas y en el cual paréceme que voy á sumergirme. De pronto me dispierto, levanto dolorosamente la cabeza, des-

pego los labios ulcerados y la lengua abrasada y seca encuentra una amarga capa de sal en vez del agua cristalina que en mis sueños viera. El desengaño fue terrible, la desesperacion tremenda.

Encontrada ya la balsa tratóse de buscar los botes que aun no habian llegado á San Luis y cuya posicion debia ser más precaria que la de las diez y siete personas que quedaron en la *Medusa*, pues á no destrozar el mar la fragata era de creer que los infelices que habian persistido en esperar en ella socorros subsistiesen fácilmente con los barriles de cecina que abundaban en la bodega, recurso de qué carecian los botes sobrecargados de gente y en los cuales escasearian los víveres que se embarcaron.

Sin embargo, como en la fragata se hallaban cien mil francos que nunca han podido encontrarse, destinados á las necesidades de la colonia, decidióse sobrado tarde para cumplir con los deberes de la humanidad, enviar una goleta al lugar del naufragio con encargo de socorrer á los que allí se encontrasen y buscar en el casco el dinero en cuestion. La goleta salió en efecto el 26 de julio; pero contrariada por los vientos alisios adelantó tan poco que ocho dias despues tuvo que arribar, y aunque partió de nuevo un vendaval destrozó sus velas, debiendo regresar por segunda vez al punto de partida al cabo de quince dias. Salió por tercera vez y entónces alcanzó la *Medusa* á los cincuenta y dos dias de su abandono.

Las diez y siete personas que quedaron en la fragata reunieron los víveres que les fue dado extraer de la bodega y hubo paz miéntras duraron; mas trascurrieron cuarenta y dos dias sin que apareciese el socorro prometido, y entónces doce de los más impacientes y animosos, viéndose en vísperas de carecer de todo, resolvieron alcanzar la costa en una balsa construida con varios maderos, temeridad de que fueron víctimas á juzgar por los restos de su jangada que se encontraron en la costa. Un marinero que no habia querido embarcarse en aquella almadía intentó llegar á la orilla algunos dias despues, metiéndose en una jaula de gallinas, pero se sumergió á la vista de sus compañeros. Verdad es que aquellos desgraciados si no hubiesen sido víctimas de las olas probablemente habrian perecido de hambre como los demas.

Los cuatro que quedaban decidieron morir ántes que arrostrar los peligros inseparables de una tentativa desesperada; uno de ellos habia espirado ya y su cuerpo descansaba en el mar cuando llegó la deseada goleta, encontrando á los otros tres tan débiles que, á tardar dos dias más, hubieran sido inútiles sus socorros. Estos infelices ocupaban un rincon distinto del que no salian sino para buscar víveres reducidos en los últimos dias á un poco de aguardiente, sebo y tocino; y al encontrarse embestíanse amenazándose con sus cuchillos. Miéntras duraron las otras provisiones se mantuvieron muy bien; pero en cuanto quedaron limitados al aguardiente, fuéron debilitándose de dia en dia sus fuerzas (1).

(1) Créese generalmente que el aguardiente sostiene las fuerzas excitándolas, cuando lo cierto es que obrando en el estómago acelera la digestion y pasando al torrente circulatorio estimula los movimientos orgánicos de la nutricion. El aguardiente, pues, sólo es bueno para acelerar la asimilacion de sustancias nutritivas, pero no puede considerarse como medio de sostener las fuerzas sin otros alimentos. Cuando en un buque hay indicios de epidemia ó escorbuto, los capitanes suelen apresurarse á distribuir en cantidades extraordinarias el aguardiente, que léjos de disminuir el mal lo aumenta, pues la doble accion del aguardiente en el estómago y en el

Al fin se encontraron reunidos en San Luis con los demas náufragos que habian escapado de iguales desastres.

Como hemos dicho ántes, habian desembarcado á ocho leguas Norte de Motes de Angel sesenta y tres hombres que confiaron el mando de la caravana al ayudante Petit, jóven de veinte y ocho años, enérgico é inteligente. Antes de ponerse en camino pasaron lista y notaron que de sesenta y tres individuos desembarcados no quedaban más que cincuenta y siete, y era que los otros seis, entre ellos el naturalista Jummer, se habian separado de sus compañeros de infortunio esperando el último que los moros le darian algo con que satisfacer el hambre y apagar la sed. Pusiéronse en marcha los cincuenta y siete náufragos bajo un sol abrasador sin ver albergue donde descansar ni manantiales en que beber. Por la noche llegaron junto á tres colinas de arena, no léjos del mar, al pié de las cuales encontraron algunas cabañas inhabitadas y en ellas restosde langostas, desperdicios de una comida.

El 7 sobre las dos de la madrugada aprovechando el fresco volvió á ponerse en camino la caravana, no sin que algunos procurasen calmar la sed con agua de mar que les produjo cólicos horribles y violentos vómitos, en vista de lo cual decidiéronse varios á beber orines, recurso que luego se agotó. Más felices otros pusiéronse á escarbar en la orilla obteniendo un agua cenagosa pero ménos salobre y perjudicial que la del Océano (1). A pesar de este socorro deseaban casi todos que los moros les hicieran esclavos pues no descubrian plantas ni animal alguno con que alimentarse, como no fuese algun cangrejo cuya carne produce fuertes diarreas si se come cruda. En la tercera noche oyeron silbar muchas serpientes que turbaron los sueños embelesadores de aquellos infelices tendidos en la arena bajo el influjo de la calentura. A las dos de la madrugada pusiéronse otra vez en marcha inaugurando una de las jornadas más angustiosas que pasaron en el desierto; extenuada de cansancio la mujer de un cabo se arrojó al suelo manifestando que no podia andar más, y cuando su marido para reanimarla por el terror la amenazó de muerte: *Hiere*, díjole ella, *así acabaré de sufrir*. Arrastróla junto á un charco de agua salada donde con desgarradora pena la vió espirar, ignorándose si la enterraron, aunque la caravana pasó allí la noche; noche terrible sin cesar turbada por los chillidos de los pájaros, la agitacion de los reptiles y el rugido de los leones que no dejaron á los pobres náufragos un momento de descanso. Pocos dias despues la mitad de la comitiva paralizada por agudos dolores en sus entumecidos miembros no pudo ya levantarse, y los infelices pedian por favor que se les fusilase. El calor del sol los reanimó, devolvién-

conjunto de la economía por medio de la circulacion es igualmente nociva: en el primer caso porque hay en el estómago una irritacion de mal género, y en el segundo porque el estímulo que presta al sistema nervioso no puede dar resultado útil, ya que la falta de alimentos y el vacío del estómago no permiten á este obedecer á las impulsiones de los nervios.

(1) El agua de mar produce vómitos porque contiene millones de zoófitos trasparentes como el cristal fundido, los cuales ocasionan al tacto una comezon más ó ménos fuerte segun la especie á que pertenecen, accion debida á la sosa concentrada y quizá al fósforo. Este soroque orgánico á que debe el Océano su fosforescencia forma una materia palpitante que abunda en las inmediaciones de la costa atrayendo á las ballenas que se alimentan de él, arrojando luego el agua por el oído.

doles el uso de los miembros; mas á la siguiente noche que era la undécima perdieron todos la razon y el habla teniendo que entenderse por señas, á causa de habérseles inutilizado la lengua por el calor y la falta de agua, llegando uno de ellos á cortarse las yemas de los dedos para chupar la sangre, ejemplo imitado por muchos, pero que no impidió la muerte de algunos en aquella misma noche.

A las dos de la mañana siguiente y á poco de ponerse en camino el ayudante Petit con la vanguardia, unos cuarenta moros armados de puñales salieron repentinamente de unas cabañas, se apoderaron de toda la partida, ménos Petit que consiguió escapárseles y alcanzar la caravana á la que proponia varios medios de defensa, cuando se oyó una voz que dijo: *Y bien ¿qué? los moros al ménos nos darán de beber*. Y casi al mismo tiempo dirigiéronse todos al encuentro de los bárbaros que acudian presurosos como la jauría á la ralea. En un abrir y cerrar de ojos desnudaron los moros á los náufragos, que se prestaban á aquella vergonzosa expoliacion suplicando que les dieran un poco de agua y mijo, y poco despues los condujeron á un charco en el que los infelices se saciaron de una agua amarga y cubierta de musgo que su estómago debilitado restituia así que la habian bebido. El jefe de aquellos salvajes, tomando de la mano al ayudante Petit, le hizo sentar á su lado para que le dijese de qué país eran, de dónde venian, á dónde iban, cómo llegaron á la costa, qué contenia su buque y qué se habia hecho de él; durante cuyo interrogatorio las mujeres repartian el botin y los hombres bailaban vociferando del modo que acostumbran para manifestar su alegría. En vista de las explicaciones de Petit el jefe consintió en conducir á los náufragos al Senegal con la condicion de que le diesen telas de Guinea, pólvora, fusiles y tabaco; y despues de distribuirles un poco de pescado dió la señal de partida.

Al cabo de algunas horas de marcha toparon con otra banda de moros mucho más numerosa, y como quisiera esta resistirse, la que conducia á los náufragos fue vencida y despedido su jefe con la barba y cabellos afeitados. El vencedor se llamaba Hamet: *Soy*, les dijo en mal inglés, *el príncipe de los moros pescadores y ahora vuestro dueño; vais á seguirme á mi campamento*, donde llegaron al anochecer, no encontrando en él más que miserables chozas y varias mujeres y niños que habian quedado guardando los rebaños, sin más agua que la de algunos charcos ni más alimento que cangrejos crudos y raíces estoposas que los cautivos tuvieron que arrancar, viéndose despues obligados á cargar y descargar los camellos y limpiar el ganado. Cuando el sueño venciendo á sus dolores cerraba sus párpados, las mujeres y los niños se entretenian en pincharles hasta hacerles sangre, arrancarles los cabellos y la barba y echarles arena en las llagas, deleitándose en oir sus gritos y gemidos.

Cuatro dias despues Hamet distribuyendo á los náufragos dos grandes pescados y dos vasos de agua por hombre, les preguntó qué le darian por llevarlos al Senegal, á lo que respondieron rogándole que dijese él mismo lo que deseaba; formuló el príncipe su pretension, y prometiéndole más aun, se pusieron en camino, deslumbrado el moro por su buena suerte y muy satisfechos los cautivos por abandonar tan odiosa estancia.

A la salida del sol divisaron un buque que se acercaba á la costa con pabellon frances, á cuyo aspecto palpitaban los náufragos de anhelo y de esperanza,

cuando le vieron cambiar repentinamente de ruta, alejarse y desaparecer. Era el *Argos* que los buscaba para conducirlos al Senegal, pero no vió las señales que desde la orilla le hacian, lo cual fue una fortuna para los infelices abandonados en la almadía, pues prosiguiendo su rumbo el bergantin los encontró como dejamos dicho.

La caravana continuó andando y por espacio de dos dias viéronse precisados sus individuos á beber orines de camello con un poco de leche, mezcla que les pareció preferible á las aguas del desierto.

Por fin, el 19 encontraron á un morabito que les anunció la llegada de un enviado de la colonia, y poco despues se presentó acompañado de otros cuatro morabitos Karnet vestido de moro y montado en un camello. Este filantrópico irlandes arrostrando grandes peligros traia á los náufragos víveres distribuidos acto continuo y que consistian entre otras cosas en arroz que tragaron crudo todos ellos, pues su impaciencia no les dejó esperar que se cociera, y por esto sucedieron á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones que no fueron obstáculo para comprar un buey y asarlo al estilo moro que consiste en practicar un grande hoyo, encender en él fuego con raíces, único combustible que presenta la costa, y arrojar luego en la cavidad la res entera cubriéndola de arena y manteniendo encima un vivo rescoldo. Petit y algunos soldados contenian á los más hambrientos que se empeñaban en desenterrar el buey y devorarlo sin esperar más, repartiéndoles al fin aquella carne correosa que ávidamente devorada produjo funestos efectos. Un italiano comió tanto que se le hinchó el vientre de un modo espantoso y murió al otro dia. Otros á consecuencia de este cambio súbito de régimen se volvieron locos, y uno de ellos pedia á gritos que no lo abandonasen en el desierto, adoptando todos los ademanes y acciones de un niño, y como tal lo trataba Karnet dándole pedacitos de azúcar y panecillos de América.

El mismo dia volvió á aparecer el *Argos* á una legua de distancia acercándose á la orilla cuanto pudo, atraido por los tiros que disparó Karnet y enviando á tierra una embarcacion; pero como esta no pudo atravesar las rompientes, Karnet, Hamet y su hermano las pasaron á nado y alcanzaron el bote que los llevó al bergantin, cuyo capitan Parnajon, entregándoles un barril de galleta y algunas botellas de aguardiente, los hizo volver á la orilla en otro bote que tampoco pudo vencer la marejada, teniendo que echarse al agua los comisionados con las provisiones que trasladaron á la playa empujándolas á medida que nadaban. Acto continuo Petit distribuyó una parte y cargó el resto en los camellos. Entónces supieron los de la caravana la desgraciada suerte que cupiera á los náufragos de la jangada.

El 23 de julio á medio dia despues de andar veinte leguas más llegó la caravana á la colonia del Senegal, y á pesar de las penalidades de su viaje sólo perecieron una mujer y cinco hombres, sin contar tres que se habian perdido en el desierto, entre ellos un militar cogido por los moros, que vivió en su compañía un mes, siendo luego conducido á la isla de San Luis.

AVENTURAS DE KUMMER.

Era Kummer, como hemos dicho, uno de los seis que abandonaron á sus compañeros. Nació en Dresde y durante su permanencia en Paris habia sido preceptor de los hijos de un contratista de marina. Sumamente aficionado á la historia natural á cuyo estudio se dedicara, observaba y describia los objetos más pequeños con maravillosa sagacidad, y cuando se decidió á formar parte de la expedicion del Senegal aprovechó las aulas públicas de Paris para aprender el árabe á fin de hacerse entender de los moros y sus morabitos, debiendo sin duda á estos conocimientos la audacia necesaria para abandonar la caravana de los sesenta y tres que desembarcaron en las inmediaciones del cabo Mirick. Poco despues, adoptando Rogeri la misma resolucion del jóven naturalista, siguió un camino paralelo al de este.

Al anochecer, divisando varias hogueras en unos cerros rodeados de charcos se dirigió á ellas con paso firme, y acercándose con extraordinario aplomo á los moros que descansaban en sus tiendas, díjoles en árabe: *Acoged al hijo de una infeliz mahometana con quien voy á reunirme en el alto Egipto*: *habiéndome arrojado un naufragio á estas costas, vengo en nombre del gran Profeta á pediros hospitalidad y ayuda.* Al pronunciar el nombre del gran profeta, Kummer se prosternó inclinando el rostro al suelo y saludando á la mahometana. Los moros lo acogieron con interes ofreciéndole leche y alcuzcuz, queriendo saber sus aventuras y haciéndole prometer que guiaria á la tribu hasta la gran chalupa que lo habia conducido. Kummer prometió cuanto quisieron, yendo luego á visitar las tiendas y rebaños del jefe que le ponderaba sus riquezas y dignidades. Díjole que era el príncipe *Fun-Fandhdine-Muhamed,* hijo de *Liralie-Zaïde*, rey de los trarzas, añadiendo que en cuanto regresasen de la costa lo llevaria ante su padre y le mostraria sus numerosos esclavos é inmensos rebaños. Advirtiendo que Kummer tenia reloj, pidióselo para mirarlo y se lo guardó, diciéndole que se lo devolveria en cuanto llegasen á Audar.

Los caballos y camellos del campamento estaban desparramados por la orilla de un gran charco de agua salada, rodeados por una línea de fuego muy extensa para ahuyentar los mosquitos, llamando la atencion del naturalista el extraordinario esmero con que cuidan aquellos bárbaros sus ganados. Cogiendo por las astas á un buey lo tienden en la arena con suma facilidad, y despues los esclavos van quitando los insectos que habiéndose deslizado entre el pelo incomodan al animal. Terminada la operacion, lo lavan con cuidado, en lo cual suelen ocuparse los esclavos y el dueño.

Invitaron luego á Kummer á descansar en la tienda del jefe, pero ántes de entregarse al sueño tuvo que contestar á las infinitas preguntas que le hicieron

acerca de la revolucion francesa, cuya fama habia llegado hasta aquellos salvajes. Miéntras dormia le quitaron la bolsa con treinta monedas de á veinte francos, la corbata, el pañuelo, la levita, los zapatos, el chaleco y varios objetos que llevaba en el bolsillo, no quedándole más que un mal pantalon, una chaqueta de caza y los zapatos que le devolvieron.

A la salida del sol los moros hicieron las oraciones de costumbre, y sobre las ocho el jefe, cuatro de sus súbditos, Kummer y un esclavo se dirigieron á la playa en busca de la chalupa, en la que poca cosa encontraron, cargando sin embargo con cuanto pudieron llevarse. Al anochecer volvieron á tomar el camino del Este encontrando á unas dos leguas otros súbditos del príncipe Muhamed, con los cuales se detuvieron, yendo á descansar en sus tiendas, no sin dar algun refrigerio al *tubap*, esto es, al blanco; pero las mujeres y los chiquillos, que continuamente le estaban palpando para cerciorarse de la finura de su cútis y arrancarle algunos pedacitos de la camisa, no le dejaron dormir en toda la noche. Volvieron á pedir que les refiriese las terribles guerras de Francia, y con su condescendencia y su calidad de hijo de mahometana y cristiano se granjeó la benevolencia de cuantos moros encontró.

A cada instante le pedia el príncipe que hiciese andar las ruedas del reloj, y lo hacia Kummer, dejando estupefactos á los moros; pero no lo quedó ménos nuestro viajero al ver en medio de aquellas hordas á niños de cinco ó seis años que escribian perfectamente el árabe.

El 8 de julio al despuntar el alba, situados los moros en una altura, vuelto el rostro al Oriente, esperaron con el mayor silencio la salida del sol, y en cuanto apareció hicieron su zalá ú oracion, y Kummer les imitó. Terminada la ceremonia siguieron los moros andando hácia el Noroeste, lo que alarmó sobremanera á Kummer que sospechó iban á conducirlo á Marruecos. Esforzóse en comunicar sus temores al príncipe Muhamed, que llegando á comprenderle trató de tranquilizarlo; pero nuestro viajero que oia pronunciar á cada momento el nombre de Audar se afirmaba en sus recelos, hasta que le trazaron en la arena una especie de topografía del país, pudiendo comprender entónces que Audar era San Luis.

Detúvose al medio dia la comitiva á la orilla de un charco, y Kummer se tendió en la arena quedando dormido en el acto. Al mismo tiempo pasó por allí Rogery, prisionero tambien de los moros, y viendo á Kummer tendido con la cara vuelta al suelo, creyó que estaba muerto; pero al notar que su compañero de desgracias respiraba todavía, pasó de un gran pesar á un extremado júbilo, y se abrazaron cordialmente los dos cautivos. Rogery lo habia perdido todo, no quedándole más que la camisa, un mal pantalon y un sombrero: las mujeres y los niños le habian atormentado mucho, entreteniéndose los últimos en pincharle y no dejarle un instante de reposo.

Poco despues volvió la caravana á ponerse en camino hácia las tiendas del rey Zayda á las que llegaron aquella noche, pero el monarca estaba ausente porque llegó hasta su campo la noticia del naufragio de la *Medusa* y se habia trasladado á la playa. Entre tanto Mohamed habia hecho un convenio con los dos blancos para conducirlos á San Luis, por cuyo servicio les pidió ochocientos duros á cada uno, obligándoles á firmar un pagaré.

Al regreso de Zayda mandó este que dejasen en paz á Rogery que los chi-

quillos seguian atormentando, y dispuso que se condujese á los cautivos al Senegal, á donde llegaron el 22 de julio despues de siete dias de marcha por el desierto.

El gobernador frances acogió perfectamente al príncipe moro y á su comitiva y les entregó sesenta francos en monedas de á dos sueldos, cantidad que les pareció exorbitante, prueba de que no conocian el valor del duro, toda vez que exigiendo ochocientos por el rescate de los viajeros se contentaban con doce.

Tales fueron las aventuras y la suerte de los que se salvaron del naufragio de la *Medusa.*

Durante su cautividad Kummer hizo varias observaciones acerca del carácter de los moros.

Los moros de ambos sexos, dice, á primera vista parecen de dos razas distintas que sólo tienen de comun el color moreno de la piel y el negro lustroso de los cabellos. En la mayor parte nótase la estatura, los rasgos nobles y severos que recuerdan las obras de algunos grandes pintores italianos; pero los hay tambien que contrastan considerablemente por sus orejas pequeñas, su frente chata y prolongada que termina por una protuberancia en la coronilla, sus ojos hundidos é indignados, su mandíbula inferior saliente y su cabeza comprimida, en la que difícilmente se marca su parte posterior; rasgos opuestos á los de la mayoría, cuya frente elevada llama la atencion por sus bellas proporciones. ¿Descienden los moros de los aborígenas de aquellas regiones?

Los moros ribereños del Mediterráneo cruzáronse con los íberos y ligurios, despues con los árabes y últimamente con los cartagineses, pueblos ambos pertenecientes á la raza semítica. Su mezcla con los berberiscos ó montañeses primitivos de aquel país y con las diferentes naciones negras que habitan en los límites meridionales del desierto ha dado orígen á razas distintas, y los moros feos que Kummer ha observado serán descendientes de los que se cruzaron con castas negras.

NAUFRAGIO DEL COMERCIO.

AVENTURAS DEL CAPITAN RILEY.

Otro de los naufragios célebres que han ocurrido en las costas occidentales de Africa es el del bergantin americano *El Comercio* acontecido en 1815 y en las playas del desierto de Sahara. Salió el buque de Nueva Orleans el 29 de junio cargado de harina y tabaco con destino á Gibraltar, á donde llegó el 9 de agosto, componiéndose su tripulacion de once hombres, incluso el capitan John Riley. Desembarcadas las mercancías y renovado el cargamento con vino, aguardiente y plata, dióse á la vela el 28 de agosto para las islas de Cabo Verde, donde debia abarrotarse con sal.

Habíamos doblado apénas el Cabo Espartel, dice Riley, cuando espesas brumas empezaron á envolvernos de modo que, á pesar de nuestra proximidad, nos era imposible distinguir la costa de Africa ni hacer observacion alguna. Deseaba yo reconocer las Canarias pasando entre Palma y Tenerife, para lo cual se mostraba favorable el viento; pero el 28 á medio dia noté al tomar la altura que nos encontrábamos á los 27° 30' de latitud Norte, porque las corrientes nos arrastraron más allá de las Canarias sin verlas al pasar delante de ellas, siendo indudable que habíamos seguido exactamente el derrotero que yo meditara, pues el viento fue siempre bueno. Por la tarde aumentó considerablemente la oscuridad, y habiendo renovado mis cálculos ví en conformidad con los de mis dos oficiales que eran exactos, por lo que cambiando de rumbo me dirigí á la más oriental de las islas de Cabo Verde. Al anochecer, pudiendo apénas distinguirse la extremidad del baupres, me puse en facha mandé echar la sonda, y no encontrando fondo con un cordel de cien brazas, continué la rota, aunque estando ya inquieto dí órden de gobernar al Noroeste, preparándome para todo evento.

Las diez de la noche serian, y ajenos á la idea de todo peligro tomábamos de nueve á diez nudos con buena brisa y marejada fuerte, cuando notando de pronto un considerable aumento en el zurrido de las olas mandé izar las vergas y subir á cubierta á toda la tripulacion. Creí que provenia aquel cambio de la proximidad de un chubasco, é hice cargar las velas; pero ví de pronto una línea de terribles rompientes, á cuyo aspecto nos apresurábamos á echar las áncoras para evitar el peligro por aquel lado; y sin darnos tiempo, arrastrado el leño por las corrientes y las olas varó con tal fuerza, que cuantos se hallaban en cubierta cayeron al suelo. La nave estaba perdida, y á pesar de la inminencia del peligro, ó quizás en vista de él, obedecieron todos con ardor y en el mayor silencio cuan-

tas órdenes dicté. Echóse al agua uno de los botes, al que bajé con el marinero Porter, y abrigados por el casco del buque encallado á quinientos piés de la costa, tomamos largas; pero apénas habíamos avanzado más allá de la proa del bergantin, una ola llenó el bote, y despues de ser por largo rato juguete del mar fuímos á parar á la playa con la embarcacion, que vaciamos al instante, amarrándola á uno de los maderos procedentes de nuestra nave, el que hundímos en la arena. Con el mismo cable trajímos á la playa un cable de á bordo, y por este medio procurámos arrastrar la chalupa cargada de provisiones; pero la volcaron las olas, arrojando á la orilla á los dos marineros que la montaban. Salváronse con todo algunos víveres; y tuve la satisfaccion de ver uno tras otro á mis marineros que se deslizaban por el cable, yendo á recibirles con agua hasta la garganta, y á pesar de inmensas dificultades conseguí reunirlos sanos y salvos.

Inmediatamente construímos con remos y dos velas pequeñas una tienda donde depositar el agua y provisiones salvadas, esperando reparar nuestras embarcaciones y partir ántes que nos descubriera algun habitante de aquel inhospitalario país, creyendo que una vez en el mar distinguiríamos algun buque ó llegaríamos á algun establecimiento europeo.

Estábamos secando los vestidos cuando se acercó á nosotros un hombre, al cual me dirigí con las demostraciones de amistad que pude imaginar, sin embargo de lo cual me hizo seña de que no me moviera y se puso á robar nuestros efectos, pero como no iba armado adelanté hácia él á distancia de unos diez pasos, y entónces pude ver su rostro tan repugnante que asustaba, manifestando á pesar de su vejez una robustez y osadía extraordinarias. Uniéronsele á poco dos mujeres no ménos horribles, una jóven de diez y ocho á veinte años de mejor parecer y seis niños de seis á diez y seis años completamente desnudos. Armados de un gran martillo, una hacha y largos cuchillos, vaciaron nuestros baules y maletas, y cargando con el botin se lo llevaron hasta la cima de unos mogotes de arena. Rasgando entónces los colchones guardaron la tela divirtiéndose en mirar cómo se llevaba el viento las plumas del mio, envolviéndose la cabeza con velos y blondas y las piernas con pañuelos de seda y quitándoselos poco despues para hacer de todo un lio.

A pesar de faltarnos armas nos bastaban los espeques para rechazar á aquellos salvajes; pero como no teníamos escapadero por tierra ni por mar, era indudable que á haberlos atacado llamarian á otros en su auxilio y nos asesinarian impunemente, por lo cual me resigné á que se llevaran cuanto quisiesen, excepto los víveres que resolví defender á todo trance.

Calmándose el viento por la tarde, se llegó Porter al buque, y trajo algunos clavos y un pasador con los cuales trabajámos hasta la noche en recomponer el bote, teniendo al rededor de la tienda centinelas armados de espeques, á pesar de cuya precaucion los árabes robaron una de las velas, y oponiéndome á que hiciesen lo propio con la otra, me amenazaron con sus destrales, pero se marcharon sin llegar á vias de hecho. Un niño nos habia proporcionado fuego con el que pudímos cocer las provisiones, y quedando dos de nosotros con encargo de conservarlo encendido y dar la alarma en caso de sorpresa, nos tendímos en la arena para dormir; pero las tristes reflexiones á que daba lugar nuestra deplorable situacion nos impidieron cerrar los ojos.

Al amanecer volvió el viejo árabe á la orilla con las dos mujeres y dos jóvenes armados de una lanza que blandian como si quisieran arrojárnosla. Las mujeres corrian dando horribles alaridos y arrojando arena al aire como para que se acercasen unos camelleros que no léjos pasaban, en vista de lo cual acudí á la orilla, miéntras el viejo salvaje se encaminaba furioso á la tienda y ahuyentaba á mis compañeros, hiriéndoles ligeramente con la punta de su lanza y señalándoles los camellos, lo cual no era más que una amenaza, pues tenia pocas ganas de pedir socorro por no ceder parte del botin.

Reunidos al rededor del bote lo arrastrámos al mar por medio del cable; pero como todos se arrojaron en él á la vez, la primera oleada lo volcó, y cuando quisímos huir nos lo impidieron el árabe y sus compañeros. Dirigímonos entónces á la chalupa que lográmos botar al agua, y embarcándonos en ella llegámos sin novedad al bergantin que nos resguardaba bastante de las olas.

Cuando estuvímos á bordo me quedé con un marinero en la chalupa para vaciarla, miéntras el viejo y su familia, aumentada con dos jóvenes armados de cimitarras, se dirigian á nuestra tienda, cargando con las provisiones y la vela sus camellos que mandaron tierra adentro con los niños. El viejo bajó en seguida á la playa y rompiendo los toneles de agua y aguardiente, los vació en la arena; reunió en un monton, ayudado de su familia, las cajas, maletas, instrumentos náuticos, libros y mapas y les puso fuego.

Perdidas nuestras provisiones y faltos de agua no nos quedaba más recurso que utilizar la chalupa haciendo agua por todas partes ó permanecer en el bergantin, del cual nos arrancarian las olas á la noche, ó sucumbir á manos de los árabes que por momentos esperábamos ver en gran número con armas de fuego, y que muy pronto podrian llegar al buque, pues desde la orilla hasta él se habia formado un banco de arena que dejaba seco la bajamar. Optámos por lo primero, terminando nuestros preparativos sin más provisiones que vino y cecina, y supliendo los remos con tablas, pues no nos habian quedado sino dos. Al largar la chalupa, una ola la llenó y arrojó contra el buque, donde nos refugiámos otra vez, quedando dos marineros en la falúa para vaciarla, miéntras los demas procuraban tenerla sujeta para que no se estrellase contra el bergantin.

Al ver nuestra deplorable situacion pareció que los árabes se apiadaban de nosotros, pues bajando desarmados á la orilla del mar nos hicieron amistosas señales para que saltásemos en tierra, dirigiéndose particularmente á mí por haber conocido que era el jefe. A fin de inspirarme confianza fué uno de ellos á buscar un odre y me dió á entender que estaba lleno de agua; y luego se alejaron todos, ménos el viejo que se metió en el mar hasta los sobacos. Atormentado por la sed y no teniendo medio de conseguir agua, me trasladé á la playa, cogí el odre y lo llevé á mis compañeros.

El anciano me indicó despues que deseaba ir á bordo, y que me quedase yo en tierra hasta su regreso, proposicion que no fue muy de mi agrado; pero en la imposibilidad de salvarnos sin el auxilio de aquellos bárbaros, no me atreví á negarles nada, y observando que los jóvenes, mujeres y niños estaban sentados en la ribera sin armas y alzados los ojos al cielo como si le tomasen por testigo de su sinceridad, regresé á tierra donde me recibió el viejo tomándome de la mano

y exclamando *Alá akbar*, con lo cual comprendí que invocaba á Dios, y dejándole pasar al buque me senté entre los árabes, que me examinaron curiosos y con inequívocas muestras de amistad.

Cuando el anciano llegó á bordo grité á los mios que lo detuviesen hasta verme libre; pero ahogó mi voz el ruido de las olas. El moro examinó la bodega, preguntó si teníamos sedas, armas de fuego y plata acuñada, y no encontrando nada de eso se volvió tranquilamente á tierra. Viéndole cerca de la orilla quise levantarme para ir á su encuentro, pero los dos jóvenes más robustos que estaban á mi lado me cogieron por los brazos y los demas me asestaron sus puñales, cuchillos y lanzas en el pecho y en la cara, rechinando los dientes y dando á sus rostros una expresion espantosa. Llegó el viejo, empuñó la cimitarra y me cogió por los cabellos; creyendo llegada mi última hora encomendé mi alma á Dios, pero el anciano se limitó á pasar el alfanje por el cuello de mi camisa que cortó un poco, y soltándome la cabeza me mandó que hiciese traer á tierra todo el dinero.

Mis compañeros que presenciaran semejante escena resolvieron arrojarse á la orilla armados del mejor modo posible para vengar mi muerte; pero al ver que el árabe me soltaba, y que yo les dirigia la palabra, cobraron esperanza, y uno que se aproximó deslizándose por la jarcia, le encargué que trajesen el dinero que habia á bordo; pero el ruido de la resaca le impidió oir que no debian soltarlo hasta que estuviese yo libre; y pusieron todo el dinero que ascendia á unos mil duros en un cubo enviado por medio del cable, yéndolo á recibir uno de los jóvenes, miéntras el anciano estaba dirigiéndome al pecho la punta de su cimitarra. Cuando tuvo el cubillo lo vació en una manta, y ayudado por sus compañeros me obligó á seguirle hasta las lomas de arena á unas doscientas toesas de la orilla, rodeándome con sus sables, lanzas y cuchillos. Llegados al mogote nos sentámos y el viejo partió por igual el dinero con los árabes que lo envolvieron en sus ropas. Como durante esta operacion me habian soltado un brazo, resuelto á aventurarlo todo para escaparme hice un ligero movimiento en cuanto los ví distraidos; pero en el acto uno de los jóvenes me dió un sablazo cuya fuerza evité arrojándome al suelo, de modo que sólo me partió el chaleco, é iba á segundar cuando se lo impidió el anciano.

Repartido y empaquetado el dinero los árabes se pusieron en camino conmigo alejándose del mar y teniéndome sujeto por los brazos. Quise tentar su codicia para salvarme y les hice entender por señas que mi tripulacion tenia más dinero, lo cual pareció causarles viva satisfaccion, pues inmediatamente retrocedieron, mas no sin enviar el botin tierra adentro por uno de los jóvenes y un niño. A unas cincuenta toesas de la orilla me mandaron que hiciese traer el dinero, pero como no habia más mi situacion era harto crítica. Sin embargo, pensando que si venía Antonio, un anciano español que tomámos en Gibraltar, podria escaparme, llamé á los mios inútilmente al principio, pues ninguno queria aventurarse, de manera que estuve una hora entre vida y muerte, amenazado por aquellos bárbaros que me obligaban á gritar con todas mis fuerzas. Al fin la compasion pudo más que el terror en mi teniente Lavage, que se dirigió á la orilla é iban á cogerlo los árabes cuando lo evité acercándome á él, sin que se opusieran mis guardianes figurándose que iba por el dinero.

En cuanto llegó á bordo el segundo y supo el pobre Antonio que yo preguntaba por él, vino á tierra y se encaminó á mí en derechura. Burlados los árabes en sus esperanzas al ver que no traia dinero, vengáronse desnudándolo é hiriéndolo cruelmente, y por más que el infeliz les pedia de rodillas la vida no consiguió enternecerlos. Para salvarle de aquellos mónstruos díjele que les hiciese entender que habia dinero y otras cosas enterradas en la arena donde estuvo nuestra tienda, pues efectivamente habíamos metido allí varios objetos y algunos duros, y al entenderlo los árabes lo llevaron apresuradamente á aquel sitio y empezaron á revolver la arena.

Quedéme yo entre el viejo y el más vigoroso de los jóvenes sin estar muy léjos los demas que escarbaban la tierra y que hicieron de pronto un ruido que llamó la atencion de mis guardianes, soltándome estos los brazos y volviendo la cabeza. Esperaba yo este movimiento de curiosidad, habíame preparado á huir y llegué en pocos minutos al mar casi en el momento de alcanzarme mis perseguidores. Permanecí entre dos aguas todo el tiempo que pude contener la respiracion, y al asomar la cabeza ví al viejo árabe á diez pasos de distancia con agua hasta la barba que iba á arrojarme su lanza, cuando una ola me cubrió y rechazó á los árabes salvándome la vida, aunque me costó mucho llegar al buque, al que subí con ayuda de la gente. Rendido de cansancio y de debilidad estuve un rato casi exánime sin ver lo que en tierra pasaba. Los marineros me dijeron despues que mis perseguidores rabiosos por no haber podido cogerme mataron al infeliz Antonio de una lanzada y se alejaron con el botin.

Al escuchar este relato y á la vista del cadáver abandonado sentí tan imponderable afliccion que casi me dejó sin sentidos; agobiado por una reflexion terrible, me decia que yo era la única causa de aquel asesinato; mas desvanecida la primera impresion pensé que no tenia otro medio de conservar mi vida y la de los hombres confiados á mi cuidado, infiriendo de tal conviccion que no habia obrado mal: desde entónces me he considerado siempre como causa, pero causa inocente de la muerte de Antonio, debiendo suponer por el silencio de mis compañeros que opinaban del mismo modo.

Despues de lo acontecido era de presumir que llegasen pronto otros árabes en número harto crecido para degollarnos á todos. El viento soplaba con violencia, el mar se estrellaba furioso en nuestro buque y escasa era la esperanza de navegar con la chalupa. Hubímos de adoptar este último partido, pues los puentes y costados del bergantin desaparecian á pedazos. Por de pronto pensámos en las provisiones y me zambullí en la bodega donde encontré á tientas una cuba casi llena de agua y perfectamente tapada: era necesario encontrar un envase portátil para aquella agua y aprovechámos un barrilito en que cabrian diez y seis botellas. Hecha esta operacion y apagada con el agua sobrante la sed que nos abrasaba metímos en la chalupa el barrilito, algunos pedazos de cecina y un cochinillo vivo de unas veinte libras, sobre cuatro libras de higos mojados por el agua del mar y unos cuatrocientos duros que Porter trajo de tierra á donde habia ido por dos pedazos de remos.

Procurando reanimar á mis abatidos compañeros les manifesté que la Providencia divina velaba por nosotros; hice una ferviente plegaria, y aprovechando un instante de calma impelímos la chalupa sirviéndonos de los remos por espacio

de una milla, al cabo de la cual izámos una vela. Gracias á un leve viento del Este pudímos doblar el cabo Bojador á pesar de que la chalupa no tenia quilla ni timon el cual suplíamos con un remo, pero no habia modo de suplir la brújula que nos faltaba. El sol estaba en su ocaso, refrescó el viento y continuámos así hasta la mañana siguiente, con dos hombres constantemente ocupados en desaguar la chalupa para cuya tarea nos relevábamos cada media hora. Como la noche era muy lóbrega por poco nos estrellámos en los escollos de la costa; y al siguiente dia continuando el tiempo brumoso tuvímos que mantenernos apartados de la playa exponiéndonos á no ver el desagüe de los rios en que renovar la provision de agua.

El 31 de agosto calmó un poco el viento, pero seguia la niebla espesa y húmeda. El cochinillo estaba muriéndose de sed y lo matámos conservando su sangre para beberla y repartiéndonos en el acto los menudillos que comímos en parte crudos para mitigar la sed que se hacia insoportable por la necesidad de trabajar sin tregua. Al anochecer nos amenazó una tempestad, el mar llenó varias veces la chalupa, de manera que no bastábamos para vaciarla, miéntras que el fulgor de los relámpagos atravesando el negro manto en que estábamos envueltos aumentaba el horror de nuestra posicion. Crujía desbaratándose la chalupa y varios de mis compañeros rendidos de cansancio abandonaban el trabajo y resignándose con su suerte encomendaban su alma á Dios, cuando alumbró el dia aquella escena. La sed nos abrasaba y solamente podíamos templarla humedeciendo la boca dos veces al dia con algunas gotas de vino aguado y otras dos con orines.

El viento siguió soplando con fuerza: en la siguiente noche la chalupa crujia con estrépito, el agua ganaba terreno, las provisiones disminuian, nuestras fuerzas estaban agotadas, yo habia perdido toda esperanza de sostenerme en el mar y encontrar un buque que nos socorriese; por lo que manifesté á mis compañeros que, siendo insostenible nuestra posicion é inevitable la muerte si continuábamos en ella, habíamos de trasladarnos á tierra, donde no podia sucedernos cosa peor de lo que nos esperaba en el mar; opinion de que participaron todos obrando conforme á ella. El 6 de setiembre por la tarde aun no habíamos descubierto tierra, y como no podíamos esperar que la embarcacion se mantuviese á flote, algunos se entregaron á la desesperacion, y sabe Dios lo que ocurriera á no haberse presentado la costa por la madrugada reanimándonos. El país que divisábamos parecia llano sin la menor colina, y creí ser aquel el gran desierto donde no encontraríamos más alivio á nuestras penalidades que la muerte. Una corriente muy rápida cuyo ruido era semejante al de una fuerte marea en un estrecho paso de rocas nos arrastraba hácia tierra y llegámos al caer de la tarde. Escarpados peñascos que se elevaban á enorme altura penetrando en el mar, defendian la costa sin descubrir playa en que abordar ni menor sendero para subir á aquellos montones de rocas; por lo cual me pareció lo mejor dejar correr la chalupa junto á la costa hasta que el dia nos permitiese encontrar un punto á propósito para desembarcar sin que la resaca nos echase á pique; mis compañeros fueron de distinto parecer y nos dirigímos á un reducidísimo recodo llano y arenoso que por estar muy inmediatos á la costa pudímos distinguir; pero una ola espantosa nos cogió de lleno, nos levantó y al retirarse nos dejó en seco en

una hondonada no mayor que la chalupa, rodeada de puntiagudas rocas en que se estrellaba el mar con espantosos rugidos.

Saltámos de la falúa con las pocas provisiones y agua que teníamos, abandonando la embarcacion que estaba completamente desfondada. Grandes moles de roca aparecian por ambos lados hasta perderse de vista, como si fueran á aplastarnos haciéndonos quizás un favor, pues la falta de ejercicio nos habia entumecido los miembros, la carencia de alimento nos debilitó el cuerpo, el cansancio nos entorpeció la lengua y resecado la boca hasta dificultarnos el habla, y teníamos pocas esperanzas de resistir tan insufribles tormentos.

Por la posicion de la costa creí que estábamos cerca del cabo Blanco, entre las Canarias y las islas del cabo Verde, y para averiguarlo empecé á gatear con mi teniente Savage hácia el Oeste, esperando descubrir algun sendero que nos condujera á la cima de los peñascos; pero todo fue en balde, y al anochecer encontrámos á nuestros compañeros ocupados en preparar un lecho con arena entre las rocas, y todos conseguímos dormir hasta el dia á pesar de nuestra horrorosa situacion.

Reanimados por el descanso resolvímos adelantar por el Este, abandonando todo lo embarazoso ó pesado, resueltos á permanecer siempre juntos y ayudarnos mútuamente; distribuímos el agua, púsola cada cual en una botella, cargámos con un trozo de cecina y nos pusímos en camino por el Este, enterrando ántes el dinero sin el menor pesar, pues á él debíamos los malos tratamientos que sufriéramos.

A cada momento teníamos que trepar por riscos puntiagudos de dos ó trescientos piés de altura y á bajar luego resbalando de roca en roca hasta el mar donde esperábamos á que se retirase una ola para poder pasar, y lo verificámos á veces con agua hasta el cuello, aferrándonos á las rocas para que no nos arrastrase la marejada. La fuerza de las corrientes y la accion continua del agua escarban esta costa, y desprenden moles inmensas de roca, casquijo y arena cuyos destrozos cubren la playa dejando anchurosos huecos por donde habíamos de atravesar. Tuvímos que subir á una línea de rocas de unos cuarenta á cincuenta piés de altura por ocho pulgadas de ancho, sobre las cuales colgaban de unos paredones más elevados enormes peñascos próximos á desprenderse pareciendo imposible que en aquella posicion horizontal pudieran sostenerse moles tan enormes con tan estrecha é inclinada base. Un resbalon, un paso en falso nos hubiera arrojado al abismo, y andábamos con precaucion suma aunque sufriendo atrozmente, pues las puntas agudas de las rocas despues de rasgarnos los zapatos nos destrozaban los piés, y los rayos de un sol abrasador nos herian perpendicularmente sin que el menor soplo de aire refrescase la sangre que hervia en las venas.

Así pasámos el dia, y la noche nos trajo nuevos infortunios. A pesar de nuestros extraordinarios esfuerzos apénas habíamos adelantado cuatro millas faltándonos mucho para llegar á la cima de los despeñaderos y encontrar al ménos yerba que comer, idea que nos ocurrió al ver varios insectos, langostas al parecer, muertos en las rocas. Resolvímos pasar la noche del mejor modo posible y nos tendímos en la arena despues de comer un pedazo de .tocino y humedecer nuestros labios como de costumbre con un sorbo de orines; pero la temperatura

cambió de tal manera que á poco despertámos transidos de frio y paralizados los miembros.

En vez de desesperarnos inútilmente pusímonos en camino y en breve descubrímos una playa arenosa, desde la cual parecia bastante suave la pendiente que conducia á lo alto de los riscos. Esperaba yo que si llegábamos allí tendríamos agua dulce, escarbando en la arena hasta el nivel del mar como me habia sucedido varias veces en el banco de Bahamá; pero cuando estábamos ya cerca de la deseada playa nos detuvo un promontorio de rocas tan elevado como la cima del derrumbadero y adelantado en el mar á mucha distancia. Este obstáculo nos pareció insuperable, pero á fuerza de mirar descubrímos una roca que las olas cubrian y descubrian alternativamente y que habia ido á parar á la mitad del camino que conducia á la punta del promontorio. Dirigíme á ella y llegué á tiempo para poder agarrarme y resistir á la ola que se estrelló en otras rocas más distantes; en cuanto sentí que la ola se retiraba acudí apresuradamente á otros peñascos donde me aferré para que pasase otra ola, y luego trepé á una roca chata fuera del alcance del mar. La marea bajaba, y siguiendo mis compañeros el camino que les habia trazado llegaron todos sanos y salvos á la roca en que me encontraba yo tendido para darles la mano. Apresurámonos á llegar á la playa y escarbar la arena; pero ¡ay! el agua que se recogia en los agujeros era tan salada como la del mismo Océano.

Miéntras mis compañeros repetian las tentativas en un paraje que les habia indicado, escalé yo los peñascos; desde su cumbre descubrí una inmensa llanura estéril, cuyos límites se perdian en el horizonte y cuyo aspecto acabó con mi valor, y caí al suelo sin sentido. Al volver en mí estuve largo rato sin poder coordinar mis ideas ni recordar el sitio en que me hallaba; pero no tardé en conocerlo por la sed abrasadora que solo pude apagar con el repugnante medio que tantas veces habia usado. Apoderóse de mí la desesperacion, y resuelto estaba á precipitarme en el abismo, cuando la vista de mis pobres compañeros que esperaban de mí el ejemplo de constancia y energía, y el recuerdo de mi mujer y de mis hijos me infundieron la esperanza de que no pereceríamos todos, habiendo salido ya de tantos peligros. Aliviado por esta reflexion fuí á reunirme con los marineros, y encontrando entre las rocas un lugar á propósito tomé un baño de media hora que me reanimó, y quedé más tranquilo de lo que esperaba, pero tan rendido que tuve de echarme en la arena. Rodeáronme los compañeros para saber el resultado de mi expedicion, que traté de ocultarles aconsejándoles que se bañasen en el mar, y conduciéndoles al extremo de la playa. Parecióles imposible llegar á la cima de los peñascos, tan ásperos y escabrosos eran; y ántes de emprender tan difícil ascension, tendiéronse á la sombra de una roca que les guarecia de los ardores del sol. El aire era tan bochornoso que apénas podíamos respirar, pero conseguímos dormir; pasadas dos horas de profundo sueño, habíase levantado una suave brisa, devolviendo un poco de agilidad á nuestros miembros, y empezámos á escalar los peñascos sirviéndonos á menudo de las manos y rodillas más que de los piés. A pesar de haber preparado el ánimo de mis compañeros á la perspectiva del desierto, su vista produjo en ellos tal efecto, que involuntariamente cayeron al suelo, exclamando uno de ellos con acento lastimero: ¡Ah! esto es ya demasiado sufrir, y aquí exhalarémos el último

suspiro! ¡Aquí no hay esperanza de encontrar agua ni víveres, aquí no puede vivir ningun sér animado! Todos los ojos se cubrieron de lágrimas amargas, que instintivamente recogíamos con los dedos para llevarlas á los labios.

Pasados los primeros instantes de desaliento y angustia, exhorté á aquellos infelices excitándoles á internarse por el inmenso páramo, diciéndoles que aun podíamos encontrar socorro y salvarnos; y secundado por mis oficiales y un marinero conseguí que continuásemos nuestro camino por la orilla del precipicio, cuya profundidad no bajaba de seiscientos piés. El terreno se componia de pequeños y agudos guijarros, casquijo y tierra rojiza, su superficie era dura como el pedernal, y en ella aparecia de vez en cuando una planta parecida por su tallo á una zanahoria muy baja y completamente resecada por aquella atmósfera de fuego. Al anochecer notámos junto á estas plantas unos agujeritos practicados para llegar á la raíz, y aunque al principio supusímos que serian obra de las fieras, no divisando rastro alguno de ellas nos convencímos de que se debian á la mano del hombre. Valiéndonos de palos y piedras puntiagudas arrancámos varios pedacitos de una raíz muy seca, de sabor parecido al del apio, pero en cantidad harto exigua para satisfacernos. Despues descubrímos en un pequeño espacio arenoso las huellas de un camello y creímos distinguir las de un hombre, pero tan poco marcadas que á ser tales haria largo tiempo que se imprimieron.

Nuestros sufrimientos nos habian convencido de que era imposible pasar un dia más sin beber, y no viendo la más remota probabilidad de tener agua para el siguiente, desvanecióse la última vislumbre de esperanza, y el sombrío desaliento de nuestros corazones se reflejó con tremenda expresion en nuestros semblantes. A la caida de la tarde divisamos á unas tres millas una playa á donde me dirigia yo apresuradamente para descansar un momento en la arena, ménos dura que el terreno en que nos encontrábamos, y animaba á los demas á seguirme, cuando me dijo uno de mis marineros: *Mirad, creo que distingo allá una luz*; y era en efecto el resplandor de una hoguera. El movimiento de alegría fue rápido y comunicativo como la chispa eléctrica; despertóse en todos los corazones la esperanza, y advirtiendo á mis compañeros que se acercasen á los indígenas con las mayores precauciones, bajámos de los peñascos, y al llegar á su base nos tendímos todos, siendo yo el único que no pude dormir, tan agitado por el temor como por la esperanza.

Era el 10 de setiembre al despuntar el dia, cuando despertando á mis compañeros les manifesté que probablemente los moros nos harian prisioneros; *pero* (añadí) *confio que alguno conseguirá salvarse;* é indicándoles el nombre del cónsul de los Estados Unidos en Tánger, les aconsejé que si algun dia tenian medio de escribirle lo hicieran refiriéndole nuestras desgracias, y tambien á los otros cónsules ó negociantes cristianos establecidos en los estados berberiscos; los exhorté por fin á la resignacion y nos pusímos en marcha.

Apénas hubímos traspasado los mogotes de arena que nos ocultaban, cuando vímos una récua considerable de camellos y una comitiva bastante numerosa en una especie de valle formado por una cordillera de méganos inmediatos al mar y por los peñascos en la parte opuesta. Los árabes parecian ocuparse en abrevar los camellos; pero en cuanto nos vieron, un hombre y dos mujeres primero y

muchos otros en seguida acudieron precipitadamente á donde estábamos. Salíles al encuentro con Williams mi segundo y Savage mi teniente, y cuando estuve cerca de ellos me arrodillé con el rostro inclinado al suelo implorando su compasion. El hombre que llevaba una cimitarra se precipitó hácia mí como para partirme el cráneo; pero me prosterné otra vez y se limitó á desnudarme haciendo otro tanto las mujeres con Williams y Savage. Poco tardó en llegar otra partida de hasta cuarenta árabes, unos á pié y otros en camellos sumamente ágiles, á cuyo aspecto los que nos habian despojado empezaron á arrojar arena al aire prorumpiendo en alaridos, lo que (segun supe despues) era señal de hostilidad. El que me cogió habíase apoderado tambien de Richard nuestro cocinero que era negro, y envolviendo nuestras ropas en una manta la puso en las espaldas del negro, dándonos á entender que le pertenecian. Así que llegaron los otros árabes apeáronse los que iban en camellos, y al momento unos y otros empezaron á tirarnos cada cual por su lado pretendiendo que les perteneciámos; y como el primero que nos cogiera quiso defender sus derechos, vinieron á las manos, brillaron las cimitarras y corrió sangre, creyendo yo que en aquel conflicto me harian pedazos, pero no pasó de un susto.

Concluido el combate ví á mis compañeros repartidos ya entre los moros que se dirigian al sitio en que estaban los camellos. Al negro y á mí nos confiaron á dos viejas que nos guiaban á palos, pero enseñándoles yo mi boca reseca-da, al llegar cerca de un pozo llamó una de ellas á otra que nos trajo un gran barreño de agua, haciéndonos arrodillar y meter en él la cabeza como si fuéramos camellos. Creo que bebí dos pintas de aquella agua á pesar de estar más negra y asquerosa que la corrompida en la bodega de un buque. Llenaron con ella otro barreño y la mezclaron con un poco de leche agria, haciéndome tragar aquella bebida que me pareció deliciosa, y de la cual nos hartámos pagando este exceso con una violenta indisposicion que no tuvo sin embargo graves consecuencias.

Pedímos que comer, pero no pudieron darnos nada, manifestando por ello mucho sentimiento. Contábanse al rededor del pozo unas cien personas entre hombres, mujeres y niños, y sobre cuatrocientos camellos abrevados con el agua del pozo que aquellos animales bebian en cantidades desmedidas.

Eran las diez de la mañana y el sol nos achicharraba, cuando tomando los moros á mi segundo y á cinco marineros los montaron completamente desnudos tras la jiba de los camellos, á cuyas crines se habian de asir con ambas manos para no caerse. Ignorábamos si nos volveríamos á ver, y nos despedímos triste y afectuosamente, sin que interrumpieran nuestros abrazos los moros, cuyo rostro revelaba que no se habia amortiguado en ellos todo sentimiento de humanidad.

El teniente Savage, un marinero, Horacio el grumete, el negro y yo quedámos con la otra partida. Despues de haber sacado agua para los camellos, llenámos un sin número de odres que suspendímos á ambos lados de estos animales, colocando despues unos cestos para llevar á las mujeres y niños, y empezámos á subir la cuesta que terminaba en la cima de los peñascos. Nosotros íbamos á pié y teníamos el encargo de aguijar á los camellos por aquel desierto de arena fina y movediza, en la cual nos hundíamos hasta la rodilla á cada paso, de manera que agobiado de calor y cansancio, y creyendo que no podria llegar á la

cumbre me senté en el suelo; pero mi dueño me sacudió tan fuertes latigazos que hube de andar más aprisa que ántes, llegando por fin al verdadero desierto, donde se detuvieron los árabes para dar algun descanso á las acémilas.

Durante este penoso trayecto nuestros guardianes se divertian mucho viendo la pena extraordinaria con que subíamos la cuesta, y nos pegaban riendo para que anduviésemos. Las mujeres y niños á pié como los demas subieron sin gran trabajo, pero no los camellos que al parar en la cumbre estaban cubiertos de espuma. Pasados algunos momentos de reposo montámos todos en los camellos, algunos de los cuales no tenian más que los huesos y la piel, y así fue el que me tocó á mí, cuyo lomo agudo como el canto de un remo me atormentaba terriblemente haciéndome resbalar á cada instante por la grupa.

Los moros manifestaban viva curiosidad por saber en qué punto de la costa habíamos sido arrojados, á lo que satisfice en cuanto estuve sentado en el camello, y apénas hube terminado mis explicaciones, los hombres despues de dar á las mujeres las instrucciones necesarias para que supieran el camino que habian de seguir se alejaron rapidamente por el Oeste. Quedámos así confiados á las mujeres, algunas de las cuales iban á pié para hostigar los camellos, cuyo movimiento es tan duro é irregular que al cabo de poco tiempo se me ensangrentaron los muslos; esto y las ampollas de que se llenó mi cuerpo me hacian sufrir horriblemente. Mis compañeros estaban tan maltratados como yo; sin podernos aliviar en nada, pareciendo á cada paso que íbamos á dislocarnos, hambrientos y muertos de sed, vímos acercarse la noche sin que se detuvieran las mujeres que nos conducian, y á las cuales rogámos en vano que nos permitiesen bajar, pues ni siquiera nos escucharon. El viento fresco de la noche contuvo el derrame de la sangre, pero aumentaba los dolores de la piel escoriada. En un momento en que los camellos iban al trote nos deslizámos al suelo á riesgo de descalabrarnos, creyendo que este inocente ardid excitaria la compasion de nuestras guardianas y que nos darian agua; pero se hicieron sordas á nuestras súplicas.

Para seguir á los camellos tuvímos que correr entre guijarros cortantes y se nos destrozaban los piés con tal violencia que abandonándome la resignacion estuve á punto de atentar á mis dias. Como el sufrimiento nos hiciese gemir lastimosamente, nuestras guardianas temerosas de perdernos en la oscuridad detuvieron las acémilas, y haciéndonos montar otra vez las aguijaron cuanto fue posible hasta media noche que parámos en un pequeño valle sin abrigo contra el viento frio y húmedo que venia del mar.

Poco despues nuestras guardianas ordeñaron las camellas y nos dieron leche caliente que templó la sed y el hambre, y nos acostámos en el suelo apretándonos cuanto podíamos para guardarnos del frio, pero nos fue imposible cerrar los ojos en toda la noche.

A la mañana nos dieron otro poco de leche, y haciéndonos marchar delante con los camellos, despues de mucho andar llegámos á un pequeño valle donde habia cuatro tiendas de tela basta; en ellas encontrámos á nuestros dueños con otros hombres armados con escopetas de dos cañones, sable y puñal. Parecia que reinaba entre ellos la más estrecha amistad, pues se dieron cordialmente la mano al encontrarse; pero su union acabó al presentarnos, de tal manera que nos cercaron todos y cogiéndonos por los brazos empezaron á tirar cada cual por su par-

te, hablando muy alto y desenvainando sus cimitarras. Al cabo convinieron en el reparto, quedando el negro y yo para nuestro primitivo dueño, y pasando los otros á distintas personas. A medio dia salieron tres mujeres que no nos habian visto, y despues de mirarnos con suma atencion expresaron el desprecio y repugnancia que les inspirábamos escupiéndonos y haciendo horribles visajes, cuyo obsequio recibímos con poca diferencia en todas partes miéntras estuvímos en el desierto.

Por la tarde nuestros cuerpos cubiertos de ampollas y achicharrados por el sol excitaron la compasion de algunos que desocuparon una tienda en que encontré á dos de mis compañeros, y al rededor de la cual sentáronse los árabes en número de ciento cincuenta á fin de discutir lo que harian de nosotros. Despues de largas deliberaciones levantáronse y me dirigió la palabra un anciano muy despejado, pues siendo su idioma desconocido para mí se explicaba de una manera tan sencilla y expresiva, con tan clara pronunciacion, que ayudado por algunas señas pude entenderlo. Me preguntó mi patria, el objeto de nuestro viaje, la época del naufragio y el cargamento del buque, á lo cual contesté que éramos ingleses, le indiqué la posicion de nuestro país y satisfice su curiosidad en los demas puntos, miéntras algunos moros sentados á nuestro alrededor, prestando extraordinaria atencion á mis palabras y ademanes, ayudaban al anciano á comprenderme. Preguntáronme luego si tenia noticia del emperador de Marruecos, y respondí afirmativamente, añadiendo que si me llevaban á sus estados podria pagarles mi rescate y el de la tripulacion; pero indicaron moviendo la cabeza que en el camino no habia con que alimentar y abrevar los camellos. Terminado el consejo los moros se separaron quedando yo otra vez apartado de mis compañeros que estaban estupefactos al verme hablar con los árabes, y cuando les manifesté mis esperanzas creyeron que trataba de inspirarles una confianza ilusoria para alentarlos á soportar las penalidades que esperaban.

Dos dias pasaron sin novedad recorriendo cincuenta y cinco millas á Sudeste, y el 12 de setiembre fuí á parar á otro dueño que me destinó á guiar los camellos, haciéndome ir á pié; pero al cabo de una hora se me hincharon los piés de tal modo, que andaba inclinado tocando casi al suelo, hasta que mi primer dueño Hamet, al verme en aquel estado se dirigió al otro árabe dándole su manta, se acercó á mí, hizo arrodillar su camello, puso una piel tras de la silla sujetando sus extremos para que no resbalase, me mandó subir dándome la mano miéntras se levantaba el animal, y seguímos adelante con cuatro hombres bien armados y montados. El sol lanzaba sus rayos á plomo sobre mí causándome tan atroces dolores en la cabeza, que me parecia sentirla estallar en mil pedazos.

En un vallecillo salieron de algunas tiendas varias mujeres y niños para recibir á Hamet, cuya llegada parecia alegrarles mucho y el cual me indicó que le siguiese á su tienda, dándome en un barreño agua y leche agria que me reanimó mucho; pero las mujeres y niñas que formaban la familia de mi dueño no quisieron que me acercase y me rechazaron con palos y piedras.

Eran las dos de la tarde, habíamos andado treinta millas y hube de quedarme al sol. Por la noche llegó Ricardo con los camellos que Hamet le habia confiado, y al anochecer se nos juntó el marinero Hogan, el cual me dijo que Hamet nos habia comprado, y que el grumete Horacio pertenecia á un viejo de torvo

aspecto en una tienda cercana, pero que nunca consintió en verle con nosotros. Hamet era ménos atezado que sus paisanos y al principio le creí ménos cruel, pero desgraciadamente me equivoqué, pues nos hizo acostar en el duro suelo sin abrigo alguno, aunque varias veces al dia nos trajo él mismo leche caliente.

Al dia siguiente volvímos á ponernos en marcha á pié, y no habia salido el sol cuando ví á Williams montado en un camello hácia el cual me dirigí renqueando. El infeliz me dijo que moria, que no esperaba salir del desierto y me encomendó que hiciese pensar en él á su mujer; pero su amo cortó la conversacion haciendo avanzar bruscamente al camello, y me despedí del pobre Williams, cuya extremada miseria me hizo olvidar mis propios males. Habíame detenido algunos minutos y tuve que correr para alcanzar á mi amo, quien al verme agitó su palo por encima de mi cabeza como señal de lo que me esperaba si volvia á incurrir en semejante falta. Alejóse luego mandándonos á Hogan y á mí que aguijásemos á los camellos y una hora despues volvió haciéndome seña de que me acercase á él.

Ví entónces á un anciano de alta estatura que parecia negro por el color y cuyo rostro era lo más asqueroso y repugnante que habia visto en mi vida. Acompañábanle dos hijos suyos y á poco llegaron otros en camellos perfectamente armados. Despues de regatear mucho, el anciano me compró, llevándome inmediatamente, lo que me inspiró harto tristes reflexiones, considerando lo que podia esperar de un hombre que llevaba la maldad impresa en el semblante. Iba á pié como sus hijos, más aprisa que los camellos, y me molia á palos para hacerme seguir su paso, lo que no logré por más esfuerzos que hiciera y tratando en vano de correr. Sufria horriblemente, temblaba todo mi cuerpo, y á pesar de verme en tan deplorable situacion, uno de sus hijos me obligó á llevar su escopeta de dos cañones y el frasco de pólvora, dejando entónces el viejo de pegarme.

La superficie del desierto presentóseme tan lisa y extensa como el Océano en calma, de manera que se divisaban los camellos al asomar en el horizonte, por lo que pude seguir las huellas de los de mi amo hasta llegar á su tienda. Arrastrábame penosamente bajo la carga, que me quitaron á las cuatro de la tarde, diciendo que me acostase á la sombra de una tienda, pero por más que pedí agua no conseguí que me la dieran. Llegada la hora de la oracion, rezáronla el anciano y sus dos hijos y luego se alejaron. Al verles distantes procuré enternecer á las mujeres, diciéndoles que me moria de sed; pero me escupieron y arrojaron de la tienda obligándome á permanecer bajo los rayos candentes del sol.

Al anochecer regresaron los amos con unos veinte árabes, y todos se entregaron á las prácticas de su religion en que no tomaban parte las mujeres y niños; llegando poco despues con los camellos mi compañero Clark, cuyo estado y sufrimientos me destrozaron el corazon. El infeliz me dijo que tocaba á su última hora, y aunque procuré consolarle, ¿qué podia hacer yo?

Poco tardó la fria humedad de la noche en suceder al calor ardiente del dia. Supliqué al viejo que nos permitiese dormir en un rincon de la tienda que era muy espaciosa, á lo cual pareció acceder, pues nos indicó un lugar á propósito, pero se opusieron las mujeres. Cuando hubieron ordeñado las camellas nos dieron á cada uno sobre una botella de excelente leche, y en cuanto se durmieron

las mujeres, el mismo Omar que me habia encargado su escopeta, vino á decirnos que nos deslizáramos sin ruido por debajo de la tienda, y allí disfrutámos de un profundo sueño hasta el dia siguiente que dispertándose las mujeres quisieron echarnos, lo que impidió el anciano mandando con voz severa que nos dejasen en paz.

Aquel dia no viajámos, nos permitieron estar en un rincon de la tienda, nos arrojaron un pedazo de piel para cubrirnos y nos dieron agua y leche. Estas atenciones y dos noches pasadas con sosiego nos reanimaron un poco. Enviaron los camellos no sé á dónde cuidados por dos chiquillos y un negro, el cual á su regreso se propuso mortificarnos y echarnos de la tienda, lo cual no permitió el anciano.

Del 15 al 18 caminámos hácia el Sureste recorriendo unas treinta millas al dia sin más objeto que encontrar en los vallecitos esparcidos por el desierto algunas plantas con que alimentar hombres y camellos. Estos vallecitos á medida que avanzábamos eran ménos frecuentes y profundos, no encontrándose sino matorrales espinosos y tan secos que lo que podian ramonear los camellos, aunque arrancaban ramas del grueso de media pulgada, no bastaba para alimentarlos, de manera que empezó á faltar la leche, disminuyó nuestra racion y se agotó casi el agua de reserva: la tribu poseia cuatro yeguas flaquísimas á las que daban diariamente leche y agua; consumieron la que nos estaba destinada, dejando sólo como un cuartillo que de buena gana hubiéramos bebido, pero que nuestros dueños esparcieron como ofrenda á Dios para que lloviese.

Clark y yo estábamos tan flacos que apénas podíamos tenernos en pié, por lo que nos dejaban descansar en la tienda de noche y hasta de dia en cuanto la levantaban, que era sobre las dos de la tarde, sin obligarnos mas que á recoger ramitas secas para encender fuego cuando anochecia. Los árabes estaban casi tan hambrientos como nosotros y escarbaban la tierra al rededor de cualquier mata en busca de alguna raíz ó planta para comerla, como lo hacian con una muy amarga y otra parecida á una cebollita que refrescaba bastante la boca, si bien tan insípida y escasa, que nos sirvió de poquísimo recurso.

La tribu que la noche anterior se habia reunido á consejo en el cual observé que mi anciano dueño era considerado como hombre de superior entendimento y grande influjo, emprendió la marcha retrocediendo hácia el mar y penetrando en un vallecito muy estrecho en que se encontraban algunos arbustos de dos piés de altura cuando más y á su alrededor bastantes caracoles muertos y resecados, de los cuales asé algunos en las brasas invitando á Clark á participar de aquella comida que nos fué de gran provecho, pues solo nos daban una corta cantidad de leche cada veinte y cuatro horas.

Así anduvímos dos dias con toda la velocidad posible y con tal pena que visiblemente se resecaban nuestros cuerpos. Al fin de una jornada encontré á Savage, Hogan, Horacio el grumete y Ricardo el cocinero que ya no podian dar un paso siquiera. Con todos hablé ménos con Horacio, porque su dueño lo ahuyentó á palos y dando horribles gritos. Mis compañeros estaban encargados de cuidar los camellos, á cuya tarea los excitaban á latigazos cuando les faltaban las fuerzas, ménos afortunados que nosotros, pues el anciano nos dejaba en paz sin duda por ser más rico puesto que poseia de cincuenta á sesenta camellos, siendo al

propio tiempo una especie de morabito ó gran sacerdote, con quien todas las tardes iban a reunirse los otros árabes para sus oraciones.

Sobre medio dia llegaron dos extranjeros en camellos cargados de mercancías y sentáronse frente á la tienda de mi amo con el rostro vuelto á la opuesta parte. Los moros habian marchado con los camellos llevándose sus armas para ver si encontraban algo que robar, y entre tanto acudieron las mujeres á donde estaban los recienvenidos que se levantaron al verlas, saludándose mútuamente con suma cordialidad. No teniendo las mujeres agua que dar á los forasteros, cogieron una gran piel y un rollo de tela y les levantaron una tienda en pocos momentos, valiéndose de algunas estacas de la nuestra. Depositaron en el interior los fardos de los mercaderes, suspendieron en los postes dos odres de agua que habian traido ellos, y sentándose á su alrededor entablaron conversacion para averiguar de dónde venian, cuánto tiempo habia durado su viaje, y qué clase de mercancías tenian. Satisfecha su curiosidad acercóseme una de ellas en la que nunca habia notado yo ningun sentimiento de piedad y me dijo que Sidi-Hamet tenia telas azules y mantas para vender, que venía de Marruecos y que si quisiese podria comprarme y llevarme allí.

Antes que regresara mi amo me trasladé á la tienda de Sidi-Hamet con una gamella, y enseñándole mi boca resecada y mi lengua tan recia que con trabajo podia hablar, pedíle un poco de agua. El árabe me contempló un instante, preguntóme si era *reis* ó capitan, respondíle con una seña afirmativa y entónces dijo á su hermano que me diera de beber; pero como se negase á ello, cogió el mismo Sidi-Hamet la gamella en que vertió cosa de una botella de agua, y dándomela dijo: *Tche roub reis* (bebé, capitan). Bebí la mitad y despues de darle las gracias iba á llevar el resto á nuestra tienda donde estaba Clark tendido y próximo á espirar, cuando Sidi-Hamet me lo impidió mandándome que bebiese lo que quedaba; pero dándole á entender que mi compañero estaba agonizando, le moví á compasion y me dejó salir.

Cuando llegaron nuestros amos formáronse en círculo con los demas de la tribu, sabedores de la llegada de los extranjeros, y en número de doscientos al ménos celebraron una conferencia sin separarse hasta la noche; entónces quedó sólo en nuestra tienda la familia del anciano y cuatro de sus parientes cuya presencia nos hizo pasar la noche al sereno. Sin embargo, el anciano como si temiera perder su propiedad dejándonos morir de hambre nos trajo á cada uno sobre dos cuartillos de leche, que vino muy á tiempo pues era el primer alimento que tomábamos en tres dias, haciéndome creer los cuidados del viejo que esperaba vendernos al extranjero.

Al dia siguiente entró en la tienda Sidi-Hamet y empezó á hacerme preguntas acerca de mi país y de los sucesos que me llevaron al desierto. Díjele que éramos ingleses, que nuestra nave habia zozobrado y le expuse nuestra situacion añadiendo que todos deseábamos regresar al lado de nuestra familia. Mi relato enterneció al árabe, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas que enjugó avergonzado, diciendo que el hombre bárbaro como él no debia llorar nunca. Al notar su compasion calculé que si podia tentarlo por el interes nos compraria y sacaria del desierto á todos; por lo que me acerqué á él en cuanto le ví solo, rogándole que me comprase y condujese á Marruecos en donde un amigo pagaria nuestro res-

cate, y me contestó que era imposible, pero que me llevaria á *Sueyrah*, plaza fuerte y puerto de mar. Hízome luego otras preguntas acerca del sultan de Marruecos, y satisfecho al parecer de mis contestaciones, quiso saber cuánto le daria si me sacaba del desierto, á lo cual respondí contando cincuenta piedrecitas para indicar que le daria otros tantos duros por mí y por cada uno de los individuos de mi tripulacion. Replicóme que sólo podia comprarme á mí y que era poco lo ofrecido, y entónces le prometí cien duros, asegurándole que en Sueyrah se los pagaria al contado mi amigo. Despues de algunos reparos dijo que iba á comprarme, añadiendo que si le engañaba me cortaria el pescuezo, acompañando estas palabras con un ademan harto expresivo. En vano intenté que comprase al jóven Horacio, pues replicó que sería muy dificil llevar tanta gente por el desierto, y recomendándome el mayor sigilo acerca de nuestra conversacion, nos separámos un instante que aproveché para llevar á su tienda á Savage, Hogan y Clark á quienes manifesté mi confianza de que nos comprase aquel buen hombre, esperanza de que participaban poco mis compañeros, cuyo deplorable aspecto pareció conmover á Sidi-Hamet, quien viéndolos al salir me hizo sobre ellos muchas preguntas, á las cuales respondí haciendo cuanto pude para interesarle en su favor.

Tres dias despues continuámos nuestra marcha hácia el Noroeste con los dos extranjeros, de lo que me aproveché para reiterar mis instancias á Sidi-Hamet, que á la mañana siguiente entregó á mi dueño dos mantas de lana, una pieza de algodon azul y algunas plumas de avestruz como precio de mi compra, para cuyo trato pasaron los tres dias en continuas discusiones.

Aquel mismo dia vino á nuestra tienda con su amo el grumete Horacio á quien salí á recibir y abracé llorando, lo que convenció á Sidi-Hamet de que (como se lo habia dicho yo) aquel niño era mi hijo. Díjome por la tarde que pensaba marchar á los dos dias para Sueyrah y que el amo de mi hijo se habia negado resueltamente á venderlo. Yo me quedaré en su lugar y serviré fielmente á su dueño, exclamé; llevadle á Sueyrah en donde mi amigo pagará su rescate y lo mandará á su madre á quien no puedo ver sin llevarle á su hijo.—Por Alá te juro que tendrás á tu hijo, respondió Sidi-Hamet; y al momento se dirigió á donde estaba la tribu reunida para tratar de nuestro asunto. El dia siguiente me dijo que habia comprado á Savage y á Clark y puesto precio á Hogan, añadiendo que aquella noche mataria un camello á fin de tener provisiones para el viaje.

A pesar de la hora avanzada y del secreto con que se mató el animal, tan flaco que parecia un esqueleto, acudieron varios de nuestros hambrientos vecinos para ayudarnos á cocerlo y comerlo, empezando por los intestinos y arrojándose otros al tronco. La oscuridad de la noche les favorecia y á la madrugada gran parte de la carne y hasta de los huesos del camello habian desaparecido. Bien conocieron nuestros amos el robo, pero el temor de consecuencias más serias que la pérdida de las provisiones les impidió oponerse á aquella fechoría.

Toda la mañana empleámos en arrancar la poca carne que quedaba en el esqueleto del camello, extendiéndola al aire para secarla. A medio dia trajeron á Horacio casi muerto de hambre y sed, á cuyo aspecto me dijo Sidi-Hamet, satisfecho por el servicio que me prestaba: *Reis*, vé aquí á tu hijo; le dió varios

pedazos de la carne y de los intestinos que habia separado para él, y yo le hice beber un poco de agua que se habia encontrado en la panza del animal y que Horacio encontró deliciosa, á pesar de estar turbia y casi corrompida. Poco despues compareció Burns, otro de mis marineros, que Sidi-Hamet adquirió regateando algo. Durante el dia los moros nos asediaron por todas partes, y mendigando ó hurtándolo, se arreglaron de manera que al anochecer nuestra racion de carne quedó reducida á ménos de quince libras.

Sidi-Hamet habia ajustado ya á Hogan cuando su dueño le pidió una manta más, alegando que era el más robusto de todos; pero Sidi-Hamet á quien sólo quedaba ya una manta, y que no quiso dejarse esquilmar de aquel modo, se negó con teson, siendo inútiles mis súplicas para que lo comprase. Con el corazon destrozado hube de ver cómo hacia retroceder el cruel árabe á mi pobre compañero apaleándole con furia, y volví la cabeza y me tapé el rostro con las manos para no ser testigo de las angustias de aquel infeliz á quien no podia dar auxilio alguno, y cuyo cuerpo horriblemente flaco estaba cubierto de llagas.

Empleámos el resto del dia en los preparativos del viaje. Nuestros amos nos arreglaron un par de sandalias de piel de camello para cada uno, y á mí en prueba de confianza me dieron un cuchillo y me encargaron los camellos y esclavos.

Por la noche se nos juntó Savage y parecia dudar mucho de que el árabe nos llevase á Sueyrah como habia prometido. Sidi-Hamet despues de haberme dicho que partiríamos el dia siguiente, me recordó que por nosotros habia gastado cuanto tenia, que si yo no le habia dicho la verdad estaba arruinado, y que su hermano, que era un mal hombre, habia hecho todo lo posible para impedir nuestra compra consintiendo al cabo en participar del negocio.

Al despuntar el dia mandáronnos cargar los camellos, miéntras los árabes acampados en el valle partieron para llevar agua á los suyos que no habian bebido en diez y ocho dias y estaban todavía á dos jornadas de los pozos cerca de los cuales fuímos cautivados.

En el momento de partir vino con su amo el marinero Robins, y al suplicar á Sidi-Hamet que lo comprara, respondió que era imposible, y apresuró nuestra partida; no teniendo yo más tiempo que el necesario para decir á Robins que si conseguia recobrar la libertad haria cuanto pudiese para rescatarlo á él y al resto de la tripulacion, me despedí excitándole á que animase á sus compañeros de infortunio.

Sidi-Hamet y Seid su hermano montaban cada cual un viejo camello llevando otro más jóven no adiestrado aun para montura. Juntósenos á poco Abdallá, jóven árabe que habia sido el amo de Savage, y entónces Sidi-Hamet colocó á Savage, Burns y Horacio en el mayor de los camellos, á Clark y á mí en el otro más viejo, Abdallá recibió á Seid en el suyo, y Hamet montó en el jóven para enseñarle. Hecho este arreglo que prueba la humanidad de nuestro amo, partimos al trote largo, deteniéndonos al fin de la jornada en un valle donde me dió Hamet una camisa de tela, confesando que la habia robado y que por más que hizo no pudo sustraer otra para Horacio, á cuyas palabras le besé la mano en señal de gratitud y dí gracias al cielo de todo corazon. Savage y Horacio llevaban en la espalda una pequeña piel de cabra ajustada á los restos de sus vestidos; Burns

un mal sayo y Clark un pedazo de tela vieja, de manera que íbamos todos bastante cubiertos.

Despues de dos jornadas muy fatigosas llegámos á una gran rambla que parecia haber sido cauce de un rio ó de un brazo de mar, de unos quinientos piés de profundidad y cuyos bordes eran casi perpendiculares. A fuerza de buscar dieron los árabes con un paraje por el cual podian bajar los camellos, y nos apeámos todos. Salvado lo más difícil del paso, se adelantaron Seid y Abdallá con fusiles en busca de un manantial, y Sidi-Hamet me hizo andar á su lado, dejando atras á los otros para que guiasen á los camellos despacio, pues todos estábamos cansados y sedientos, en razon á que desde la víspera no habíamos bebido nada y comido sólo un poco de carne. Sidi-Hamet volvió á hablarme de nuestro rescate, recordándome mis promesas, miéntras buscábamos el agua, cuyo manantial se halló al cabo de una hora. Al llegar á él y no ver indicio alguno de agua me eché á llorar como un niño, creyendo que se habia agotado y que íbamos á perecer de sed; pero indicándome con el dedo la hendidura de una roca: *Mira allí*, gritóme Hamet; y distinguí el agua, pero la rendija era demasiado estrecha para pasar por ella. Indicándome entónces á unos quince pasos más léjos otro punto á donde podia bajar fácilmente: *Bebe*, dijo, *es dulce*; y en efecto, lleguéme allí y la encontré excelente, de suerte que bebí en abundancia, llamando á mis compañeros cuya alegría no tuvo límites al ver que podian refrigerarse. No recuerdo haber bebido en mi vida agua más dulce y más clara.

Saciados ya, cogieron los árabes un gran barreño que mis compañeros llenaban de agua, me lo pasaban y yo la vertia en un odre de piel de cabra. El mayor de los camellos se tragó quince veces el contenido de la gran bota, en que cabian unas diez y seis botellas, de manera que bebió él solo doscientas cuarenta botellas de agua, recelando mis compañeros que agotase el manantial. Sidi-Hamet me aseguró que aquel animal no habia bebido en veinte dias por lo ménos. En cuanto á los demas, proporcionalmente no bebieron tanto.

Llenando en seguida dos odres de aquella agua que iba poniéndose blanquizca y turbia, continuámos con direccion al Este por el fondo de aquel valle incrustado de sal en muchos puntos y al pié de cuyos elevados bordes aparecian enormes rocas, entre las cuales se encuentran manantiales á cien piés bajo la superficie del desierto, y á unos cuatrocientos sobre la inmensa hondura en que nos encontrábamos. Los árabes se dirigieron apresuradamente hácia el Este para encontrar una salida, llegando á una especie de promontorio, por el cual trepámos hasta doscientos piés de su cumbre, viéndonos precisados á apearnos y acariciar á los camellos para que subiesen. La cuesta aunque cortada en ángulos opuestos era muy rápida, y la peña tan lisa y resbaladiza que los camellos cayeron muchas veces, y entónces para animarlos á levantarse los árabes se ponian á cantar, ayudándoles unas veces, sosteniéndoles en los malos pasos é implorando siempre con mucho fervor el auxilio de Dios y su profeta.

Llegámos por fin á la superficie del desierto donde nos detuvímos algunos minutos para dar á los camellos tiempo de resollar y se hizo de noche sin encontrar guarida ni yerba para los animales, no estando mejor nosotros, que atormentados por el hambre tuvímos que contentarnos con una onza de carne cada uno.

El dia siguiente á las dos de la tarde hacia algunas horas que caminábamos

cuando se me acercó Sidi-Hamet diciendo que divisaba un camello, objeto de gran satisfaccion para él y sus compañeros. En vano mirámos por todas partes, hasta pasadas dos horas nada pudímos descubrir en el horizonte; pero los árabes se dirigieron más al Este y vímos todos un camello que parecia un punto en el espacio, tardando hasta la caida de la tarde en reunirnos con su rebaño, perteneciente á unos viajeros que invitaron á nuestros amos á hacer juntos el camino: aceptada la invitacion, les seguímos á su campamento, donde noté que aquellos árabes tenian algunos de nuestros vestidos y un anteojo de larga vista que yo compré en Gibraltar.

Al amanecer, despues de dar gracias á nuestros huéspedes por su buena acogida continuámos nuestro camino sin hallar cosa que nos guiase por la superficie inmensa y uniforme del desierto. Sobre las cuatro de la tarde vímos una récua de camellos que despues de haberse dirigido al Norte en busca de agua caminaban hácia el Sureste con los odres llenos, y á invitacion de sus dueños fuímos á su aduar situado en un valle largo pero poco profundo, donde se nos trató bastante bien. Hombres y mujeres me llamaban *el reis*, todos me rodeaban enseñándome á sus hijos como otras tantas maravillas, y algunos hubo que me entretuvieron largo rato haciéndome preguntas sobre mi país, buque y familia.

El dia siguiente anduvímos cosa de veinte millas al Norte en union con esta horda, cuyos individuos nos dieron bastante leche y á los cuales compraron nuestros amos un carnero, pues la tribu llevaba consigo un rebaño de cincuenta reses tan flacas y raquíticas que á duras penas se tenian en pié. El dia inmediato nos despedímos de esta tribu hospitalaria con la cual habíamos cambiado el camello jóven por otro viejo que cojeaba del pié derecho delantero, y á medio dia, en un valle muy hondo con un pozo de agua bastante buena, practicado entre gruesas raíces y de unos cuarenta piés de profundidad, matámos el carnero que ya no podia andar.

Proseguímos nuestro viaje á la mañana y desde este dia empezó á cambiar el aspecto del desierto, cuya superficie se presentó cubierta de arena en montoncillos movedizos, donde nos hundíamos á cada paso, debiendo subir todos á los camellos, desde los cuales divisámos inmensas colinas de arena que se extendian de Sur á Norte hasta perderse de vista, y al encontrarnos junto á ellas observámos que algunas se elevaban á doscientos piés sobre el nivel del desierto. Formadas de arena movible, amenazaban aplastar nuestra pequeña caravana, y el viento que era muy fuerte formaba tolvaneras que nos impedian vernos, y al darnos en la cara y en el cuerpo, casi desnudos como íbamos, nos producian dolores increibles.

Al anochecer llegámos á un sitio en que estaba ménos apilada la arena y parecia un lago rodeado de montañas, encontrándose alguna maleza que los camellos devoraban miéntras comíamos los restos del carnero.

El dia siguiente los camellos se perdieron retardando nuestro viaje, y á las once de la mañana eran tan numerosos y apiñados los montecillos de arena que se necesitó mucho cuidado para que no se hundieran las acémilas. Dos de los árabes iban delante para indicar el camino, y el tercero algo más atras para repetir las señales y dirigir la marcha. El ardor de la arena requemada por el sol nos abrasaba los piés, no teníamos que comer y el agua estaba casi agotada; de

manera que no esperábamos salir de aquel terrible mar de arena, ó encontrar alivio á nuestros sufrimientos. A las nueve de la noche hicímos alto sin distinguir todavía la más insignificante mata para nuestros camellos; los árabes sin embargo nos dieron agua y poco despues quedámos todos profundamente dormidos. Despertóme en medio de la noche un ruido sordo procedente del Norte, y creyendo que era un huracan capaz de sepultarnos en las arenas, llamé á mis compañeros más aterrados que yo; pero notando que el ruido seguia sin alteracion y que el viento no aumentaba, lo achaqué al mar, estrellándose en una costa no muy lejana, idea que reanimó á mis compañeros convencidos entónces de que nuestros amos nos llevaban á Marruecos, y que confirmó Sidi-Hamet cuando al ponernos en camino le participé mis conjeturas acerca de la proximidad del mar.

Al medio dia, dejando á la izquierda aquellas enormes colinas de arena, montámos en los camellos y á poco distinguímos al Noroeste dos de estos animales y vímos que iban cargados de grandes costales de tela, llevando ademas uno de ellos una gran olla y varios saquitos de piel. Seid y Abdallá hicieron marchar á estos animales con los nuestros en el más profundo silencio, miéntras que Sidi-Hamet buscaba al dueño á quien encontró dormido en la arena y hácia el cual dirigióse inmediatamente con su escopeta preparada; pero al ver que aquel hombre no tenia armas á su alcance, se le acercó paso entre paso, cogió un saquito que tenia junto á la cabeza y retirándose con las mismas precauciones se nos reunió al poco rato. Seid y Abdallá entre tanto habian hecho arrodillar á los camellos para examinar su carga que consistia en costales de cebada de la que llenaron un gran saco de cuero donde cupieron cincuenta libras, y varias bagatelas de poco valor en otros saquitos; pero el costal sustraido del lado del árabe estaba lleno de harina de cebada, descubrimiento precioso que alegró á nuestros amos, los cuales vertiendo un poco en un gran barreño la mezclaron con agua y la tragaron, dándonos una botella de agua y un puñado de harina á cada uno con lo que confeccionámos un engrudo exquisito. Terminadas estas operaciones hiciéronnos montar precipitadamente y partímos al trote largo hácia el Sureste, abandonando los animales á su instinto.

Al cabo de media hora divisámos á un hombre que corria con todas sus fuerzas hácia nosotros gritando que nos detuviésemos; pero los árabes no obstante que al punto conocieron á aquel hombre por el robado, en vez de pararse aceleraron el paso, haciendo notar Sidi-Hamet desdeñosamente que su perseguidor no tenia armas de fuego. El hombre ganaba terreno rápidamente, y á pesar de que nuestros amos le apuntaron las escopetas diciéndole que retrocediese, continuó avanzando armado con un sable, hasta que estuvo cerca é hicímos alto. Tomando á Dios por testigo y prosternándose, manifestó el forastero que habia perdido varios objetos y que sólo nosotros podíamos habérselas sustraido, que era nuestro hermano y que ántes moriria que cometer una mala accion ni dejarla cometer á los demas. Vosotros teneis armas de fuego (añadió) y creeis que no puedo mataros, pero como el Dios de justicia es mi escudo y protegerá al inocente, no os temo. Sidi-Hamet le dijo que dejase su sable y se acercase sin temor, hecho lo cual nos apeámos todos. ¿Habrá paz? dijo el forastero. Sí, replicó Sidi-Hamet; y entónces se abrazaron y sentaron en la arena. En seguida dijeron nuestros amos que se habian apoderado de la cebada porque nosotros sus esclavos perecíamos de

hambre, lo cual era cierto, añadiendo que de seguro no nos hubiera él negado un poco á haber estado despierto; le devolvieron la cebada y harina y despues de haber rezado juntos la oracion de costumbre, volvímos á montar y continuámos marchando hácia el Este á toda prisa.

A una hora bastante avanzada de la tarde los árabes oyeron á poca distancia y á nuestra izquierda voces de hombres que se llamaban unos á otros, incidente que sobresaltó mucho á nuestros amos, por cuya razon nos internámos con el mayor silencio en un profundo valle sembrado de malezas útiles para nuestros camellos. Armados con sus escopetas subieron los árabes á los montecillos de arena que cubrian el valle obligándonos á seguirles, y una vez en la cima empezaron á dar horribles aullidos imitando el rugido de las fieras, lo que me llenó de espanto, pues me figuré que intentaban robar y asesinar á los hombres cuyas voces habíamos oido y que deberíamos participar de los peligros de la expedicion; pero despues de dos horas de subir y bajar encontraron un recinto muy cómodo rodeado de montecillos de arena y cruzado por secos matorrales, do nos hicieron acostar, y despues de aullar media hora nos dijeron que podíamos dormirnos, convenciéndome yo de que sólo el miedo les sugirió tan singular extratagema.

Al dia siguiente encontrámos á nuestros camellos sanos y salvos descubriendo á poco en el valle otros que ramoneaban en los matorrales. En el momento de ponernos en camino se nos presentó una anciana con un niño, nos hizo varias preguntas, y viendo que teníamos gran necesidad de comer despidió al niño, quien regresó á poco con algunos restos de carne cocida que comímos al instante, bebiendo despues agua con leche agria. Al remontar el cauce seco en que habíamos pasado la noche, distinguímos los primeros arbustos dignos de este nombre desde que estábamos en Africa; pero al llegar al extremo volvímos á encontrarnos en el desierto, cuya uniformidad interrumpian sólo unos montecillos de arena, cerca de los cuales vímos á un hombre que montado en un camello adelantaba rápidamente hácia nosotros. Nuestros amos se apearon haciendo en la arena un hoyo en que metieron los dos saquitos robados al forastero de la víspera, que no era otro el jinete, y sin cumplidos dijo á nuestros amos que le habian robado y engañado; pero estos se defendieron haciendo ver que no tenian encima nada de lo que reclamaba, invitándole á que examinase la carga de los camellos y tomando á Dios por testigo de que les acusaba sin razon, con cuyas protestas pareció contentarse el árabe y se alejó al galope; pero en cuanto estuvo algo distante los nuestros desenterraron los objetos escondidos y se nos reunieron en seguida. Sidi-Hamet me enseñó los saquitos: en el uno ví opio y unos palitos huecos de ocho pulgadas de largo y llenos segun creo de oro en polvo, y el otro contenia hojas de tabaco y una raíz que no conocí.

En la tarde del dia siguiente encontrámos un rebaño de camellos, cabras y carneros, á cuyos dueños compraron nuestros amos un cabritillo dándonos los intestinos, y observé que varios moros sentados junto á nosotros rehusaron algunos pedazos de carne que les ofrecieron; indicio para mí de que el país mejoraba, puesto que sus habitantes no estaban hambrientos. Nuestros huéspedes nos despertaron á media noche, hora de comer para los moros, trayéndonos un barreño cubierto de una masa con leche y que nos pareció exquisita.

El dia siguiente llegámos á un pozo profundo en cuyas inmediaciones estaban

abrevando sus camellos varios árabes que saludaron amistosamente á nuestros amos, pero fueron para nosotros ménos bondadosos que los de la víspera. Los dos dias siguientes no encontrámos á nadie; al fin de ellos estábamos muertos de hambre, y para colmo de desgracias al trepar por unas colinas arenosas muy altas, el viejo camello cojo cayó rendido y tuvímos que abandonarle; pero poco despues encontrámos á un árabe con un rebaño de cabras, tomándole cuatro y dándole en cambio el camello que habíamos dejado atras. Como iba solo con su mujer y sin armas hubo de consentir en el trato; pero ménos apacible su esposa se manifestó muy opuesta á aquel arreglo, y sólo cuando la amenazaron con matarla reprimió el torrente de injurias que soltaba contra nuestros amos. Pronto descubrímos en lontananza el mar, á cuya vista tuve muy tristes recuerdos, y por la noche descansámos en el aduar de unos moros que nos obsequiaron como mejor pudieron y á los cuales comprámos otras dos cabras.

El 14 de octubre llegámos á los bordes del Océano á doscientos piés sobre el nivel del agua. A la derecha una ribera escarpada de trescientos piés de altura formaba el límite de una pendiente suave, ancha de tres ó cuatro millas y cubierta de cantos rodados. Por la noche encontrámos una partida de árabes que seguian el mismo camino y con cuyo jefe llamado Hasar se hicieron pronto amigos nuestros amos. Su mujer Tamor me habló en una jerigonza de castellano y árabe, diciéndome que habia salvado la vida á varios náufragos españoles y que estuvo en Lanzarote para tratar de su rescate. Esta mujer se mostró muy bondadosa y nos aseguró que miéntras estuviésemos con ella no moriríamos de hambre.

Viajámos luego alternativamente por lo alto de los peñascos y por la orilla del mar, hasta el 16 que los árabes muy alarmados doblaron el paso diciendo que por allí pululaban ladrones y que de seguro intentarian robarles. Atravesábamos á media noche un anchuroso valle, cuando de pronto me llamó Clark que estaba bastante léjos porque se habia desmayado Savage y lo estaban asesinando. Acudí en su auxilio y encontré á Seid apaleando aquel cuerpo sin vida y Hasan que asiéndole de la barba blandia una ancha cimitarra para degollarlo. Rechacé bruscamente al árabe, abracé el cuerpo de Savage y lo levanté pidiendo agua, por lo cual me hubiera atravesado Hasan con su acero á no impedírselo Sidi-Hamet. Todos los árabes nos rodeaban persuadidos de que Savage mal intencionado y testarudo se resistia á avanzar, precisamente cuando trataban ellos de forzar el paso para escapar de los ladrones, y por esta idea habian resuelto matarle, costándome no poco persuadirles que sólo al hambre y al cansancio debia achacarse el desmayo, sin malicia alguna por su parte. Aplacados los ánimos, Sidi-Hamet hizo venir un camello y dar de beber á Savage, el cual volvió en sí á poco, con gran satisfaccion del buen árabe que lo mandó montar con Clark para sostenerle este, y continuámos la marcha.

El dia siguiente aparecieron á la derecha de la escarpada ribera altas montañas cuyos picos se distinguian á larga distancia, convenciéndonos de que salíamos del desierto, y por la tarde atravesámos un riachuelo de agua dulce poblado de grandes peces, llegando por fin cerca de un terreno labrado en el cual se alzaba un pajar de cebada, inspirándonos no poca alegría la vista de aquellos primeros indicios de cultivo.

A las dos de la tarde siguiente vímos varios casuchos de cascajo junto á un riachuelo de agua dulce con las orillas pobladas de arbustos, y algo más léjos distinguíanse rebaños de vacas, asnos y carneros paciendo en un verde prado. Numerosas palmeras daban sombra á los bordes del arroyo, cuyo aspecto tan encantador como inesperado nos regocijó y aturdió, de manera que con dificultad pudímos llegar á la orilla del agua en que hundímos la cabeza á modo de camellos sedientos, bebiendo cuanto cupo en el estómago. Los árabes llaman á este riachuelo *Oued-el-Nun* (arroyo de Nun) (1).

Dos horas hacia que dormíamos á la sombra de las palmeras cuando nos despertó Sidi-Hamet para llevarnos á las chozas, en donde nos repartió cuatro libras de un panal de miel, impidiendo con gran trabajo á los árabes de Hasan que nos robasen aquel precioso alimento, y debiendo para ello tener en una mano el panal que nos iba dando á pedazos y en la otra su escopeta preparada.

Aquel lugar parecia muy frecuentado: dirigíanse al Este numerosas récuas de camellos sin carga, procedentes del mismo punto que nosotros ó del Sur, miéntras que muchos otros cargados principalmente de cebada, sal y hierro emprendian el camino del desierto. Tambien vímos pasar de sesenta á ochenta moros en hermosos caballos árabes, bien tratados, adiestrados y briosos. Los jinetes llevaban anchos albornoces é iban armados con escopetas incrustadas de marfil y maderas de diferentes colores. Amigos al parecer de nuestros amos nos rodearon al momento, queriendo saber nuestra historia, pidiéndome parecer sobre sus bridas, sables y su equipo en general, á lo cual respondia yo siempre que todo era magnífico. Un anciano de rostro venerable que sabía algunas palabras españolas, me hizo varias preguntas sobre mi país y mis amigos de Sueyrah, nombrándome á todos los cónsules que residen en aquella ciudad, con el objeto de descubrir si conocia alguno. Sospechando su intencion díjele que conocia al cónsul de la Gran Bretaña, cuyo nombre adiviné por su estructura inglesa entre los que me habia citado. El anciano aseguró entónces á mi amo que yo decia la verdad, y como pensaba llegar á Sueyrah en diez dias, se ofreció para llevar una carta si mi amo me permitia escribirla; pero desgraciadamente no teníamos papel. De lo dicho por el árabe deduje que Sueyrah, de que tanto me habia hablado, era la ciudad llamada por los europeos Mogador (2).

La partida de Hasan se dividió en dos, tomando una el camino del Este con la mitad de los camellos, y Hasan con la otra y los restantes de estos animales inclusos los nuestros el de Noroeste; miéntras Sidi-Hamet, su hermano, los demas árabes y nosotros nos dirigímos al Norte y atravesámos con sumo trabajo altas y escarpadas montañas, al fin de las cuales encontrámos un aduar de doce tiendas donde nos dieron dátiles.

El 21 nos acercámos al mar por numerosos desfiladeros en los cuales por poco nos sorprenden al otro dia cuatro bandidos ágiles y vigorosos que incesante-

(1) *Nun* es efectivamente el nombre del riachuelo que baña una ciudad del mismo nombre en la frontera de Marruecos con el gran desierto, desembocando en el Oceano á corta distancia del cabo Nun, frente á Canarias.

(2) Mogador ó Sueyrah es una de las principales ciudades del imperio de Marruecos, reconstruida en forma regular el año 1770 con varias fortificaciones y buen puerto. Es la plaza marítima más importante de todo el imperio, y en ella residen cónsules de todas naciones.

mente estuvieron rondándonos, pero por la noche llegámos sin contratiempo á las tiendas de Hasan y su familia, que nos obsequiaron con excelentes pescados, haciéndonos dormir dentro de un círculo formado por nuestros amos y sus camellos, por haber en las cercanías muchísimos ladrones.

Al dia siguiente vímos una cisterna perfectamente construida para recibir las aguas, y como estaba casi llena, nos saciámos en ella, pues los pescados del dia anterior nos dieron mucha sed. Divisámos luego en las alturas varios pueblecitos cercados con tierras de labranza y extensos pastos en que se veian rebaños de cabras y carneros; y al anochecer bajámos á un delicioso valle cubierto de hermosas huertas, en que abundaban las higueras y granados. Al medio dia llegaron á reconocernos diez hombres bien montados y armados, conferenciando acaloradamente con nuestros amos, cuyo enérgico aspecto contuvo á aquellos bandidos.

Hasta entónces no habíamos notado en los habitantes del desierto síntoma alguno de enfermedad ni achaques; pero al llegar al país cultivado vímos muchos enfermos que creyéndonos hábiles en medicina nos consultaban continuamente y les ordené remedios muy sencillos, que al parecer les aliviaron bastante. Desde una colina descubrímos un terreno muy elevado que se perdia en el horizonte á inmensa distancia por el lado del Este y parecia una isla. «Es Sueyrah, me dijo Sidi-Hamet, á donde llegarémos dentro de diez dias.»

Antes del alba emprendímos otra vez la marcha sin el menor ruido; pero á dos leguas nos alcanzaron cuatro jinetes armados, y empezó una acalorada disputa. Al despuntar el dia uniéronse á nuestros enemigos varios árabes á pié y sin armas, obligando á nuestros amos á restituirles dos camellos que se habian llevado por equivocacion segun decian, despues de lo cual y mediante algunas explicaciones se separaron sin otro resultado. Esta aventura aumentó el mal humor habitual de Seid, quien reclamando agriamente á Horacio como de su propiedad, se apoderó de este niño y de Savage que ya le pertenecia; pero Sidi-Hamet se los arrancó, y llegando á reñir los dos hermanos se tiraron al suelo levantándose luego y apuntándose las escopetas. Despues de un momento de reflexion disparó Sidi-Hamet al aire y arrojó el arma proponiendo á su hermano que se llevase á Clark y á Burns en vez de Horacio, á cuyo trato no quiso acceder Seid, que amenazando matar al niño lo cogió por el pecho y lo arrojó al suelo con toda su fuerza. La violencia del golpe habia hecho perder los sentidos al pobre niño y le creí muerto, por lo que me precipité á él desesperado y vertiendo un torrente de lágrimas; algo aliviado por ellas aunque terriblemente angustiado obedecí á mi amo que me mandó levantarme y seguir adelante. Poco á poco fué apaciguándose la cólera de Seid, y acercándose Sidi-Hamet á Horacio se lo puso en el regazo, volviendo en sí el niño á poco rato. Al verlo se puso á llorar el buen árabe y le dijo conmovido. «Véte con Riley;» acudiendo yo entónces le estreché en mis brazos y le pregunté si estaba herido gravemente; pero como sufria mucho y aun no habia recuperado la respiracion, no pudo contestarme.

Poco despues llegámos á un pueblecito en el que nos hospedó un anciano, y por primera vez no pudímos acabar con la abundante comida que nos sirvieron. Sidi-Hamet ajustó allí un jóven robusto llamado Ben-Mohamed, pues no quiso viajar más solo con su hermano; y parámos al otro dia en un pueblo don-

de nos acogió un tal Sidi-Mohamet, quien me dijo que habia ido varias veces á Sueyrah y hablado con todos los cónsules, haciéndome repetir lo prometido á Sidi-Hamet. Despues de una comida en que nos dieron unas tortas de harina de cebada muy parecidos al pan, me participó Sidi-Hamet que el dia siguiente iria con Sidi-Mohamet á Sueyrah, á donde esperaba llegar en tres dias, que era necesario escribir á mi amigo una carta que llevaria él mismo, y repitiéndome que esperaba no ser engañado, pues de lo contrario me matarian infaliblemente y venderian á los mios; me recordó cuanto habia hecho por nosotros, añadiendo que Seid y Ben-Mohamet se quedarian para cuidarnos durante su ausencia.

Fácil es concebir en qué terrible angustia pasaria yo la noche. ¿A quién escribiré en Mogador? preguntábame. A nadie conozco allí y es preciso que escriba á todo evento. Al amanecer me entregó mi amo un papelucho de unas tres pulgadas de ancho y ocho de largo con un líquido negro que servia para marcar y una caña por pluma. Pedíle con vivas instancias que me permitiese acompañarle, en lo que no consintió, exigiendo ademas una suma mayor de la convenida: y tuve que decidirme á escribir la carta dirigida *á los cónsules inglés, francés, español, americano, ó á cualquier comerciante cristiano en Mogador ó Sueyrah*, y en la cual, refiriendo sucintamente nuestras aventuras, imploraba la compasion de las personas á cuyas manos fuése á parar mi escrito, é indicaba los corresponsales que reintegrarian las sumas gastadas para nosotros. Tomó mi amo la carta y partió con Sidi-Mohamet.

Siete dias permanecímos en aquel lugar, de dia en el establo y desde la caida de la tarde encerrados en una cueva horrible, vigilados siempre con sumo cuidado, no por temor de que huyésemos, sino para que no se nos llevasen los árabes. Objeto de la curiosidad general, cuantos venian á vernos tenian grande empeño en que les dijésemos si sabíamos trabajar, á lo cual contestaba yo sistemáticamente que educados para la marina no conocíamos otro oficio. Sin embargo, trató un árabe de hacerme labrar dos tablones para la puerta de una casa, pero eché á perder la madera; y al verlo decian algunos espectadores benévolos que aplicándome una racion de fuertes latigazos trabajaria mejor, consejo que probablemente hubieran seguido á no librarme nuestros guardianes de semejante extorsion. Púsose sucesivamente á prueba la habilidad de mis compañeros, pero todos siguieron el ejemplo é instrucciones que yo les dí sobre el particular, pues si los moros llegan á imaginarse que un esclavo cristiano puede serles útil en sus trabajos, poca esperanza le queda de salir de sus manos como no sea pagando un exorbitante rescate.

Era ya el octavo dia de la partida de Sidi-Mohamet; estaba yo consumido de inquietud al ver que no regresaba á pesar de que la víspera nos dió noticias suyas un moro, cuando al anochecer vímos entrar á Sidi-Mohamet con otro árabe de buen aspecto que me preguntó en inglés cómo lo pasaba. Movidos por estas palabras como por una chispa eléctrica, mis compañeros y yo nos pusímos en pié, alternativamente agitados por el temor y la esperanza, y cogiendo apresuradamente la mano del moro le supliqué que me dijese quién era, qué suerte nos esperaba y dónde estaba Sidi-Hamet. Preguntóme entónces en español si sabia hablar este idioma, y respondiéndole afirmativamente: Acabo de llegar de Mogador, me dijo; ha recibido vuestra carta un inglés que es el mejor de los

hombres, ha pagado inmediatamente á Sidi-Hamet vuestro rescate, y yo sin despedirme siquiera de mi mujer y de mis hijos he caminado dia y noche con toda la celeridad posible para venir á encontraros.

Estábamos ébrios de alegría y temerosos sin embargo de que no fueran exactos aquellos pormenores. El moro me presentó una carta que me apresuré á abrir, pero era tal mi emocion que me fue imposible leerla y acabé por caer al suelo sin sentidos, sucediendo lo propio con Savage. La carta fechada el 25 de octubre era de M. G. Willshire, cónsul inglés en Mogador. Este excelente sugeto conmovido por nuestros sufrimientos decia que nos enviaba la carta por Reis-el-Cossin, encargado de recibir y ejecutar nuestras órdenes; que habia convenido en pagar á Sidi-Hamet novecientos veinte y cinco duros en cuanto llegásemos á Mogador, que habia detenido á nuestro amo en rehenes, nos aconsejaba que viajásemos á jornadas cortas para economizar las fuerzas y nos enviaba vestidos y provisiones.

Son indecibles las emociones que experimentámos á la lectura de esta carta. Cuanto pudímos hacer fue elevar á Dios nuestros corazones y derramar lágrimas de alegría y gratitud.

A las ocho de la mañana siguiente nos pusímos en camino con Seid el hermano de Sidi-Hamet, Sidi-Mohamet que habia ido con este á Sueyrah, Ben-Mohamet que habia ayudado á guardarnos, Reis-el-Cossin y Cheik-Alí, árabe á quien conocíamos desde poco y que gozaba de gran consideracion, todos perfectamente armados. Reis-el-Cossin que habia tomado disposiciones para que pudiésemos montar en mulas, me dijo que Cheik-Alí era jefe de una tribu de moros muy numerosa y potente que habitaba las colinas del Sur á orillas del gran desierto, que podia poner en pié de guerra quince mil hombres, que Sidi-Hamet se habia casado con su hija, y que no atinaba el motivo de su viaje con nosotros, lo cual le hacia sospechar que abrigase alguna mala intencion.

Durante la jornada vímos una ciudad cuyos muros estaban demolidos y cuyos habitantes fueron exterminados por la guerra, y poco despues dos grandes aldeas ceñidas de murallas y rodeadas de huertas y campos de maíz y cebada regados por varios canales. Al caer la tarde entrámos en Schelema, por cuya ciudad ví circular numerosos carros cargados de trigo, yendo á parar á casa de un herrero. Al ser de noche cerraron y apuntalaron la puerta con cuatro gruesos maderos, colocando despues un centinela en lo alto de la tapia. En cuanto llegámos, Reis-el-Cossin y Cheik-Alí fuéron á pedir permiso al gobernador para pernoctar en la ciudad, cuyos habitantes acudieron uno tras otro para examinarnos y hablar de nosotros á los guias, habiendo muchos que en español venian á preguntarme cómo lo pasaba.

El dia siguiente en cuanto abrieron la puerta nos pusímos en camino atravesando una vasta llanura en que se distinguian numerosas ciudades ó villas cercadas, y desde la cual tuvímos la satisfaccion de contemplar el monte Atlas que se extendia á nuestra derecha hasta perderse de vista y cuyas cumbres se elevaban por encima de las nubes en agudos picos cubiertos de nieve. Los vientos frios y penetrantes que de él venian, helaban nuestra sangre debilitada, de manera que á pesar de ir perfectamente abrigados temblábamos de piés á cabeza y tiritaban tambien los árabes, corriendo á pié con todas sus fuerzas para calentarse un poco.

Cheik-Alí, que desde el principio me habia mostrado mucho interes, se esforzó en inducirme á visitar sus posesiones, diciéndome que me daria una de sus hijas en matrimonio y así me haria uno de los jefes de su tribu, y como dos ó tres veces ya habia hecho parar la caravana, supuse que estaba de acuerdo con Seid para jugarnos alguna mala pasada.

Al llegar cerca de una ciudad, hambrientos todos y con no poca sed, nos detuvímos junto á un pozo profundo, miéntras Seid y Cheik-Alí penetraban en la poblacion donde invitaron luego á entrar para que refrescasen con ellos á Sidi-Mohamet y Reis-el-Cossin, quedando nosotros fuera bajo la custodia de Ben-Mohamet y otros dos árabes.

Muchos habitantes y chiquillos de la ciudad salieron para contemplarnos, pero los últimos no se contentaron con esto, pues á poco empezaron á apedrearnos y escupirnos á la cara. La debilidad obligó á Burns y á Clark á tenderse en el suelo, viendo lo cual hubo un moro que trajo un cubo y nos hizo el favor de sacar agua del pozo para refrescarnos, procurando yo en tanto alentar á mis compañeros, recordándoles que pronto estaríamos en los dominios del emperador de Marruecos y fuera del alcance de los árabes vagabundos.

Miéntras esperábamos á los de nuestra caravana, los vientos del Atlas impeliendo negras nubes nos trajeron un chubasco que duró cosa de una hora, siendo esta la vez primera que ví llover en aquel país. Dijéronnos entónces que nos guareciésemos en los soportales de la ciudad; pero viendo que Reis-el-Cossin y los demas no volvian, empecé á sospechar alguna desgracia ó traicion. Al fin compareció aquel seguido de varios moros, con aire triste, asustado é irritado al mismo tiempo, y llamándome aparte me dijo que Muley-Ibrahim, jefe de aquella ciudad y amigo íntimo de Cheik-Alí, instigado por este y por Seid habia resuelto retenernos hasta que regresase Sidi-Hamet con mil quinientos duros ademas del rescate recibido; añadiendo Reis-el-Cossin que en vano les habia demostrado la injusticia de su pretension y que iba á llevar aquella triste noticia á Mr. Willshire con la confianza de regresar dentro de seis dias, en cuyo intervalo rogaba á Dios nos librase de la mala fe de nuestros enemigos. Estaba Reis-el-Cossin á punto de montar en su mula cuando le dijo Sidi-Mohamet que Muley-Ibrahim y Cheik-Alí habian decidido que no fuése á Sueyrah, temeroso de que por él estallase la guerra entre ellos y el sultan.

Al ver Sidi-Mohamet mi profunda afliccion díjome conmovido y tomándome la mano: Vaya, no te desanimes así, Riley: yo llevaré una carta de Reis-el-Cossin y otra tuya á Willshire, y si pide rehenes me quedaré con él, pues tengo dos mujeres y siete hijos, casas, tierras y rebaños; mi fianza será mucho más preciosa que la de Sidi-Hamet, y este que es tu amigo vendrá inmediamente á libertarte. Dios es grande y misericordioso, y te devolverá á tu familia. A cuyas palabras besé la mano del buen moro en señal de gratitud, llamándole mi padre. En seguida fué Reis-el-Cossin á encontrar á Muley-Ibrahim que estaba sentado fuera de la ciudad con varios de su séquito; expusieron Reis-el-Cossin y Cheik-Alí sus respectivos derechos á la propiedad de nuestras personas, conviniendo despues de prolongados debates en atenerse á que decidiese equitativamente la cuestion Muley-Ibrahim, quien interrogó en el acto acerca del asunto á Sidi-Mohamet y Ben-Mohamet, cuyo testimonio fue favorable á la prioridad de derechos

de Reis-el-Cossin. Entónces declaró Muley-Ibrahim que para hacer la justicia debida era necesario que regresara de Sueyrah Sidi-Hamet y carearlo con sus dos antagonistas; y que entre tanto se nos guardaria en la ciudad, pidiendo á Reis-el-Cossin que se quedara como amigo. Aceptado el plan por todos lleváronnos á Stuka, y en una casa contigua á la de Muley-Ibrahim tendieron una estera para los árabes, relegándonos á nosotros en un rincon entre los equipajes y colocando varios centinelas con cimitarras y fusiles en las puertas de nuestro recinto, en las de la casa y en las de la ciudad. Mis compañeros desanimados lloraban como chiquillos; Clark y Burns particularmente estaban tan abatidos que no habrian podido dar un paso más aquel dia; y tuve que esforzarme en persuadirles que nuestra detencion era ventajosa porque nos proporcionaria algunos dias de descanso, exponiéndonos de lo contrario á caer enfermos y quizás á sucumbir en el camino. Muley-Ibrahim, Cheik-Alí y Reis-el-Cossin estuvieron hablando toda la noche.

Dos dias despues me trajo Reis-el-Cossin papel, pluma y tintero, diciéndome que enterase á Mr. Willshire de nuestra posicion, y un *talb* ó escribiente hizo otra carta por Reis-el-Cossin que no sabía escribir. Seid, Sidi-Mohamet y Ben-Mohamet partieron á la madrugada con nuestras cartas, prometiendo regresar lo más pronto posible, y poco despues marchóse tambien Cheik-Alí por cuatro dias.

Solo ya con Reis-el-Cossin preguntéle cuánto tiempo pensaba que duraria nuestra detencion, á lo cual contestó que probablemente sería de pocos dias, pues esperaba granjearse con algun regalo la voluntad del jefe en cuyo poder estábamos; y como le manifestase yo dudar del buen éxito de su plan, me tranquilizó y consoló con un discurso cuya elocuencia me dejó asombrado, inspirándome verdadero respeto hácia aquel moro tan bueno como inteligente, el cual consiguió conciliarse la benevolencia de Muley-Ibrahim, que en prueba de ella nos envió huevos y pollos, leña y agua para cocerlos y varias yerbas para aderezarlos; con cuyas provisiones hicímos una sopa que fue harto provechosa para nuestros estómagos estragados, y de la cual tomaron un plato con parte de las aves el príncipe y Reis-el-Cossin, que lo encontraron muy sabroso, queriendo absolutamente el primero que participásemos de su comida, durante la cual me hizo muchas preguntas sobre mi familia, y desde este momento nos dispensó todos los favores que pudo, lo que produjo muy buen efecto en mis desgraciados compañeros.

Al segundo dia de nuestra detencion vímos llegar á un anciano á quien habia escrito Reis-el-Cossin reclamando sus servicios, y trajo el dinero necesario para pagar el crédito de Cheik-Alí y dos cestos llenos de víveres; pero de tal manera se habia captado Reis-el-Cossin la benevolencia del jefe, que habiéndole dado este palabra de protegerle y protegernos y proporcionarle bastante gente para escoltarnos hasta los estados de Marruecos, rehusó el dinero del anciano manifestándole su gratitud. Este ofreció á Reis-el-Cossin reunir á sus amigos y acudir con las armas en la mano para apoderarse de los esclavos y llevarlos sanos y salvos á Santa Cruz (1), en donde estaríamos fuera del alcance de

(1) Santa Cruz ó Agadir es un puerto en el Atlántico en la provincia marroquí de Sus. Diéronle el nombre de Santa Cruz los portugueses cuando eran dueños de ella.

Cheik-Alí; mas como Reis-el-Cossin contaba con Muley-Ibrahim, dió las gracias al anciano, que regresó á su casa.

Al dia siguiente fué Reis-el-Cossin á una feria algo distante, donde vió á un santon que con la romería de la Meca habia obtenido el título de jerife ó hadji, y la más profunda veneracion de sus paisanos, entre los cuales casi tenian fuerza de ley sus decisiones. Compró Reis-el-Cossin un buey para regalar una mitad al santon y la otra á Muley-Ibrahim, y por la tarde le visitó el hadji ó jerife dándole las gracias por su regalo y manifestando sus deseos de servirle, de lo que se aprovechó Reis-el-Cossin para contarle nuestra historia y rogarle que influyese con el temido Cheik-Alí, á fin de que nos dejase ir en paz á Santa Cruz; prometióselo el jerife y no tardó en cumplir su palabra.

Fiando en la amistad de Muley-Ibrahim llegó al otro dia Cheik-Alí con un solo moro, é inmediatamente fué el jerife á decirle que sin pérdida de tiempo llevase los esclavos á Santa Cruz, porque otro jefe muy conocido de Alí intentaria apoderarse de ellos á viva fuerza y probablemente lo conseguiria. Despues de oir al jerife se avistó Cheik-Alí con Muley-Ibrahim y procuró recabar su consentimiento para sacarnos aquella noche; pero no hubo modo de que el príncipe alterase su resolucion, y viendo desbaratados sus proyectos ofreció Alí conducirnos á Santa Cruz para esperar á Sidi-Hamet y arreglar amistosamente la cuestion que á nosotros se referia. Desconfiando Reis-el-Cossin no consintió en marchar hasta que se puso de acuerdo con Muley-Ibrahim, conviniendo en que saldríamos á la madrugada siguiente, montados en camellos y escoltados por doscientos jinetes del príncipe para evitar cualquier desman de Cheik-Alí.

Salímos efectivamente de Stuka montados nosotros en camellos, y Muley-Ibrahim, dos de sus criados, Reis-el-Cossin y Cheik-Alí con el otro árabe en mulas y y asnos, yendo á pié los dueños de nuestras cabalgaduras para guiarlas y cuidar de los jinetes. El país que atravesámos estaba cubierto de pueblecillos cercados, fértiles campos y numerosos verjeles; mas al aproximarnos á la costa vímos de nuevo las colinas de arena movediza que llegaban hasta el mar en una extension de ocho á diez millas.

Todavía estaba el sol sobre el horizonte cuando llegámos á la vista de Santa Cruz ó Agadir; pero me dijo Reis-el-Cossin que no queria entrar ántes del crepúsculo, ni acercarse al fuerte temeroso de que le insultaran y detuviesen, é hicímos alto á una milla de la poblacion. Aun no habia anochecido cuando entrámos, y al momento se agolparon en la calle moros de todas edades que nos saludaban con injurias y pedradas; aunque algunos ancianos nos hablaron con más cortesía en una jerga entreverada de inglés y castellano.

Despues de cenar me encargó Reis-el-Cossin la mayor vigilancia diciéndome que por su parte no perderia de vista á Cheik-Alí, de quien seguia recelando. No tardaron mis compañeros en dormirse, mas yo esperaba con inquietud á Reis-el-Cossin que entró á media noche, y haciéndonos levantar con los camelleros nos dijo que marchásemos inmediatamente, porque uno de sus amigos, encargado de atisbar á Cheik-Alí, averiguó que este habia conseguido del gobernador de Santa Cruz que nos detuviese y le ayudase á apoderarse de nosotros. Recomendónos al mismo tiempo la mayor rapidez, porque si al despuntar el dia nos encontrábamos á cuatro leguas de Agadir estaba asegurada nuestra libertad.

Dos horas hacia que andábamos á toda prisa cuando percibímos un ruido sordo que anunciaba la proximidad de algunas caballerías, y poco despues descubrímos á la derecha varios hombres montados en mulos trotando en direccion opuesta á la nuestra. Pasaron sin decirnos palabra y sin que pudiésemos distinguir sus fisonomías; pero ocurriéndome que quizá iria entre ellos mi antiguo amo Sidi-Hamet, pronuncié su nombre. ¿Qué es eso, Riley? respondieron con viveza; se detuvo toda la cabalgata, y á los pocos momentos besaba yo la mano de Sidi-Hamet, con el cual iban Sidi-Mohamet, Seid-Ben-Mohamet y otros cuatro moros á quienes Mr. Willshire habia confiado nuestro rescate y algunas mulas para facilitarnos el viaje. Sidi-Hamet se mostró satisfecho de que Cheik-Alí hubiese quedado en Santa Cruz con Reis-el-Cossin y Muley-Ibrahim; en el acto se hizo cargo de nosotros Ben-Muden, que llevaba el dinero y lo entregó á Sidi-Hamet, dirigiéndose ellos á Santa Cruz y nosotros á Mogador con los dueños de las mulas en que acabábamos de montar.

A las diez de la mañana volvieron á reunírsenos Sidi-Hamet, Seid, Seid-Mohamet, Ben-Muden y Reis-el-Cossin, y me dijo este que Muley-Ibrahim y Cheik-Allí habian regresado á sus hogares, furioso el último por haberse frustrado sus intentos. Compuesta la caravana de diez y siete personas, y armadas ocho de ellas con fusiles, sables ó puñales, seguímos la costa, unas veces por la playa y otras escalando una montaña casi perpendicular de prodigiosa altura, por tortuosos senderos abiertos en la roca viva ó metiéndonos en profundas torrenteras al pié de los elevados picos que aparecian á la derecha. El sendero por donde tuvímos que pasar no tenia en algunos parajes más de dos piés de ancho, lindando á la izquierda con un precipicio de centenares de brazas, en cuyo fondo se estrellaba el mar. Terminado el sendero entrámos en un arenal parecido á los del desierto; pero á poco atravesámos dos rios y nos encontrámos ya en terreno cultivado, llegando por la noche á una aldehuela en que no obstante la buena acogida nos fue imposible dormir por el frio y la humedad.

Recorrímos en la siguiente jornada un país muy poblado y cultivado, atravesámos varias montañas, y pasámos la noche en un lugarcillo cercado, llegando el otro dia por un senderillo angosto entre elevados matorrales á una larga cordillera de arena movediza. Eran sobre las ocho de la mañana y acabábamos de subir á uno de aquellos mogotes, cuando de pronto se nos apareció la ciudad de Sueyrah y en su puerto un bergantin con pabellon inglés, á cuya vista me felicitó Reis-el-Cossin animándome y dando gracias á Dios con la fervorosa devocion que caracteriza á los mahometanos.

En vano trataria de expresar las emociones que en aquel momento experimenté. Pocos minutos tardámos en llegar á un palacio imperial situado á unas dos millas de Mogador; nos hicieron apear y sentarnos en la yerba, y luego ví ondear el pabellon americano en una casa de la ciudad, porque nuestro libertador Mr. Willshire lo enarboló en cuanto supo nuestra llegada por Sidi-Hamet que se habia adelantado.

No podia yo figurarme que estuviese tan cerca de nosotros el hombre á quien debíamos la libertad y la vida: viniendo á recibirnos Mr. Willshire, bajó de caballo que conducia por la brida, y desembocaba por la esquina de la pared que lo encubria, cuando oí exclamar á Reis-el-Cossin que habia salido á su encuen-

tro: *Hélos ahí*, á cuyas palabras levantámos los ojos y pudímos contemplar á nuestro bienhechor que perdió el color al vernos, pero reponiéndose un poco se abalanzó á mí y estrechándome en sus brazos me dijo con voz entrecortada: Bien venido seais, mi querido señor; este dia es verdaderamente venturoso para mí. Luego tomando afectuosamente la mano de cada uno de mis compañeros y llorando de alegría les felicitó por haber recuperado la libertad; pero la demacracion en que aun estábamos y la manifestacion de nuestra gratitud y bienestar le conmovieron de tal modo que por un momento llegaron á faltarle las fuerzas y casi se desmayó, miéntras Reis-el-Cossin, enternecido tambien por aquella escena, hubo de ocultarse detras de la pared para que no se viesen sus lágrimas, pues los árabes consideran el llanto como deshonroso para el hombre.

Sin más tardanza proseguímos hácia Mogador dirigiéndonos á casa del bajá, quien despues de varias preguntas nos dió por libres, añadiendo que remitiria al emperador un relato de nuestro asunto y probablemente obtendríamos permiso para regresar á nuestra patria.

Así que llegámos á casa de Mr. Willshire nos afeitaron, nos limpiaron y nuestro generoso huésped nos proporcionó ropa blanca y vestidos de su uso. En medio de mis infortunios habia conservado toda mi fuerza de alma; pero aquel cambio repentino me afectó de tal modo que temí perder la cabeza, hasta que reanimado por los buenos alimentos, sentí renacer mis fuerzas, y lo mismo aconteció con mis compañeros. Difícilmente podrá formarse idea de lo flaco que estábamos, y baste decir que los habitantes de Sueyrah nos designaban con el nombre de esclavos esqueletos.

Pocos dias despues tuve carta de Mr. Spargne, comerciante americano de Gibraltar, anunciándome que pagaria puntualmente la letra de cambio que contra él habia girado Mr. Willshire por nuestro rescate, y que enviaba ademas dos escopetas de dos cañones para cumplir la promesa hecha á los moros.

El 4 de enero de 1816 salímos de Mogador en una goleta destinada á Gibraltar, despidiéndonos de nuestro digno bienhechor y teniendo por compañeros de viaje á dos judíos, un criado de la misma casta, dos arrieros moros y un soldado imperial completamente armado. El 19 llegué á Tánger, en donde Mr. Simpson, cónsul general de los Estados Unidos, me dispensó la más afectuosa hospitalidad; el 29 me embarqué para Gibraltar, en donde entré el dia siguiente, siendo objeto de la más atenta solicitud para Mr. Spargne y el cónsul americano; y el 2 de febrero me dí á la vela para los Estados Unidos en *el Rápido* de Nueva York, con Savage y Horacio, pues Burns y Clark se habian embarcado ya en otro buque. El 29 de marzo llegué á Nueva York, fuí á pasar algun tiempo con mi familia y luego me trasladé á Washington, en donde el senador Dana me presentó á monsieur James Monroe, secretario de estado que hizo pagar del tesoro público los mil ochocientos cincuenta y dos duros de nuestro rescate, asegurándome que inmediatamente se daria órden para satisfacer lo que pidieran los demas de mi tripulacion.

Durante el año recibí varias cartas de los señores Willshire y Simpson, participándome que se habian recibido noticias del resto de mis marineros. Porter, Robins y dos más llegaron á Ored-Nun y Mr. Willshire habia resuelto rescatarlos, pero otros dos murieron en el desierto. Robins regresó á América en mayo de 1817.

Por lo que va referido, vemos que siete de los once náufragos del *Comercio* consiguieron salvarse; cuatro fueron víctimas de los rigores de un clima mortífero, de la esterilidad del desierto y de la barbarie de sus moradores. La relacion del capitan Riley ofrece provechosas enseñanzas á los viajeros que por voluntad ó por fuerza se aventuran en aquellas inhospitalarias regiones; y suministra preciosas noticias, tanto para la geografía física de aquella parte de Africa, como para apreciar las costumbres é índole de las hordas que por ella vagan. En la historia del malaventurado capitan y sus compañeros están bien marcados los dos caractéres prominentes en los árabes de Sahara: la rapacidad y la crueldad, siendo ingénita aquella aun en los que como Sidi-Hamet están dotados por la naturaleza de exquisita sensibilidad y de instintos generosos bastante fuertes para resistir la influencia de la educacion y del ejemplo, y conservar un tipo humanitario en medio de la más general y horrible inhumanidad, pues hasta en aquellos que como en el libertador de Riley pueden pasar allí por modelos de bondad, dominan los instintos de rapiña, como harto lo prueban el robo del viajero solitario y el hurto de los camellos. Otra de las particularidades que en la historia de los náufragos del *Comercio* merece tenerse en cuenta y la confirmarán otros relatos, es que la crueldad se presenta más intensa y refinada que en los hombres en las mujeres, cuando por su naturaleza y por la mision á que están llamadas parece que debieran ser en todas partes dechado de caridad.

Pero no adelantemos consideraciones que serán despues más oportunas y para las cuales nos proporcionarán otros viajeros más luminosos datos, y apresurémonos á relatar con este objeto las principales

AVENTURAS DE MUNGO PARK.

Uno de los viajeros que más han contribuido á ilustrar la geografía de Africa es sin disputa el famoso Mungo Park, tan notable por su tacto, intrepidez y constancia, como por los grandes conocimientos y no comun inteligencia que reveló en sus expediciones.

Sea el que fuere el punto de vista bajo el cual se examine á Mungo Park, aventaja siempre á la mayor parte de los viajeros. Animado por su genial amor á la ciencia, en que supo hallar fuerzas para resistir las mayores penalidades y valor para arrostrar los más inminentes peligros, manifestó constantemente en sus empresas una tenacidad imperturbable y un celo á prueba de contrariedades, descubriéndose en todos sus actos su desinteres y conviccion, y lo útiles que serian sus descubrimientos á la humanidad. Algunos incidentes de su viaje por el interior de Africa darán á conocer mejor que todas nuestras ponderaciones á este valeroso soldado de la ciencia, víctima de su abnegacion; y el referirlos servirá de homenaje á su memoria.

Mungo Park era escoces y nació el 10 de setiembre de 1771 en Fowlshuls, granja del duque de Buccleugh á orillas del Yarrow y no léjos de Selkirk. Aficionado desde su mocedad á las relaciones de los que le precedieron en tan azarosa carrera, entusiasmado por sus aventuras y aguijoneado por el afan de descubrimientos que ha inspirado á tantos ilustres peregrinos y á que debe la geografía sus más preciosos datos, entregóse desde los primeros años á su pasion favorita y regresaba ya en 1793 de las Indias orientales, cuando supo en Lóndres que la *Sociedad de descubrimientos en Africa* buscaba un sugeto con deseos y capacidad para realizar sus miras. Se hizo recomendar Mungo Park por el presidente de la *Sociedad Real* que le conocia á fondo y habia podido apreciar en otras ocasiones sus brillantes cualidades; merced al apoyo de este personaje aceptáronse sus servicios, y el 21 de junio de 1795 fondeó su buque en Jillifrey, ciudad situada á la orilla septentrional del Gambia, cuyo rio subió dos dias despues, desembarcando el 29 en Juka-Conda.

El capitan del buque escribió inmediatamente al doctor Laidley que habitaba en Pisania, á orillas del Gambia y á unas diez y seis millas más allá de Juka-Conda, el cual llegó al otro dia, y proporcionando un caballo á Mungo Park se lo llevó á su casa.

Segun las instrucciones que se le habian dado, debia trasladarse Mungo Park á orillas del Niger (el *Nigris* de los antiguos) por Bambuk ó por cualquier otro punto que le pareciese preferible, á fin de reconocer con exactitud el curso de este rio desde su desembocadura hasta sus fuentes, visitando las principales ciudades que baña.

A los pocos dias salia de Pisania para el interior una caravana, pero los mercaderes que la componian manifestaron tanta repugnancia en comprometerse con Mungo Park, que este se decidió á viajar solo, pensando estar más libre y entregarse con mayor provecho á las observaciones que el objeto de su expedicion requeria.

El 2 de diciembre se despidió del doctor Laidley y emprendió el viaje en una jaquita briosa y resistente, sin más compañía que el intérprete Johnson y un criado negro llamado Demba, montados ambos en asnos, y provistos de víveres para dos dias, un escaso surtido de abalorio, ámbar y tabaco, ropa para su uso, un quitasol, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madibú que se dirigia al reino de Bámbara y dos *slates* ó mercaderes de esclavos del país de los sarawullis, mahometanos los tres, le propusieron hacer juntos el camino hasta donde sus respectivos destinos los separasen, y aceptando Mungo Park partió con ellos y con otro negro cerrajero llamado Tami, que sirvió largo tiempo al doctor Laidley, y que regresando á su patria con un pequeño caudal quiso tambien ser compañero del escoces.

Atravesó este los reinos de Walli Wuli y Budu sin incidente notable ni más gasto que el de algunos regalillos á los reyes negros, recibiendo en cambio provisiones; pero el viaje empezó á ser dificultoso en cuanto llegó á Joag, primera ciudad del reino de Kadjaaga al salir del territorio de Budu.

Al otro dia de llegar á Joag, dice Mungo Park, Madibú, que salió conmigo

de Pisania, se dirigió á Dramanet, ciudad poco distante, donde vivian sus padres, acompañándole el cerrajero negro.

A las dos de la mañana siguiente entraron varios jinetes en la ciudad, dispertaron á mi huésped, y despues de hablar con él un rato en lengua sarawulli, se trasladaron al *bentang* ó albergue público en que yo estaba acostado. Creyéndome dormido, trató uno de quitarme el fusil que tenia al lado, pero no pudiendo hacerlo sin que yo lo notara desistió de su empeño, se sentaron todos al rededor de la estera que me servia de cama, y allí permanecieron hasta el dia. En cuanto pude distinguir los objetos comprendí por el semblante de mi intérprete Johnson que ocurria algo extraordinario; sorprendióme al mismo tiempo que Madibú y el cerrajero estuviesen de regreso, por lo cual les pregunté la causa, y respondió el primero que miéntras se entretenia bailando en Dramanet, se le habian presentado diez jinetes enviados por el rey Batcheri para averiguar si habia pasado el blanco, y al saber que estaba en Joag se dirigieron sin demora á este punto, en tanto que Madibú y el cerrajero procuraban adelantarse para avisarme.

Aun estaba hablando Madibú, cuando llegaron los diez jinetes, y sentándose entre los que vinieron á despertarme formaron un corro á mi alrededor, empuñando cada cual un fusil.

Pedíles que me hablasen mandingo porque no entendia el sarawulli, y consintieron en hacerlo, empezando un hombrecillo lleno de bujerías una larga arenga para decirme que habia entrado en la ciudad del rey su padre sin pagar derechos ni hacerle regalo alguno, y que segun las leyes del país embargaba el monarca mis criados, cabalgaduras y equipajes, añadiendo que tenian órden de llevarme á Maana, residencia del rey. y que si no obedecia habrian de emplear la fuerza; á cuya amenaza se levantaron aquellos esbirros preguntándome si estaba pronto á seguirles. Como hubiera sido imprudente la menor resistencia, fingí acceder á su proposicion, pidiéndoles sólo el tiempo de dar un poco de maíz al caballo y pagar al huésped.

El pobre cerrajero del doctor Laidley, creyéndome realmente sometido á las pretensiones de los negros, me llamó aparte para decirme que sin duda no intentaria arruinarle yendo á Maana despues que me habia manifestado tanto cariño y respeto. Está á punto de estallar la guerra, me dijo, entre el reino de Kasson y el de Kadjaaga, de manera que no sólo perderia lo ganado en cuatro años de trabajo y ahorro, sino que me harian esclavo y me venderian, á no tener mis amigos dos cautivos para mi cange.

Deseoso de servir al buen hombre apresuréme á significar al hijo del rey que no consentiria en ir con él sino con la condicion de que el cerrajero permaneciese en Joag, pues no tenia nada que ver conmigo; pero rechazaron la proposicion diciendo que todos habíamos infringido las leyes del país y todos debíamos ir á Maana. Entónces rogué al huésped en particular, despues de regalarle un poco de pólvora, que me aconsejase lo que debia hacer, y opinó que no debia ir adonde estaba el rey, cuya verdadera intencion era despojarme de cuanto poseia.

Indudablemente el consejo era bueno, pero la dificultad estaba en seguirlo. Empecé sin embargo por demostrar á aquellos salvajes que yo sólo habia faltado al rey por mi ignorancia de las costumbres del país, cuyas leyes no podia cono-

cer siendo extranjero; que estaba dispuesto á pagar desde luego; y en corroboracion de mis palabras les presenté cinco dracmas de oro que me diera el rey de Budu, rogándoles que los ofreciesen de mi parte á su soberano. Aunque tomaron el oro sin reparo, se empeñaron en registrar mi equipaje y abrieron la maleta, quedando muy sorprendidos los embajadores de aquel rey de ladrones al no encontrar tanto oro y ámbar como esperaban; mas se consolaron de su desengaño, tomando cuanto les acomodó, y no se marcharon hasta el anochecer despues de disputar conmigo todo el dia y quitarme cuando ménos la mitad de cuanto llevaba.

Esta bárbara manera de tratar á los extranjeros acobardó á los negros que me acompañaban, y la pésima cena que nos sirvieron despues fue poco á propósito para fortalecernos contra los temores que nos asaltaban. Rogábame Madibú que regresase á Pisania, Johnson se burlaba de mi empeño en continuar el viaje sin dinero, y el cerrajero ni siquiera se atrevia á chistar temeroso de que se le conociese como natural de Kasson; debiendo yo confesarme, aunque más sereno y confiado que mis compañeros, no poco preocupado por mi crítica posicion, pues era evidente que sin pagar no conseguiríamos comestibles, y aunque tenia cierta cantidad de ámbar y algunas baratijas, estaba completamente convencido de que si las enseñaba, en breve lo sabria el rey y se apoderaria de lo poco que logré ocultar á sus sicarios.

Aquella noche estaba yo sentado en el *bentang* triste y meditabundo, cuando acercándose una anciana esclava me preguntó si habia comido; pero creyendo que se burlaba de mí ni siquiera la contesté. Hízolo el cerrajero diciendo que por órden del rey nos habian despojado de cuanto teníamos, á cuyas palabras se enterneció aquella buena mujer, puso en el suelo una cesta, me dijo si queria comer alfónsigos de que estaba llena, y como acepté el ofrecimiento, dióme en el acto algunos puñados, alejándose inmediatamente sin dejarme tiempo de darle las gracias por tan oportuno socorro. La conducta de la pobre esclava me conmovió profundamente. La infeliz sabía sin duda por experiencia cuán cruel es el hambre, y sus propios sufrimientos la hacian sensible á los ajenos.

Apénas se hubo marchado la anciana cuando vinieron á decirme que un sobrino de Demba-Sego-Jalla, rey de Kasson, deseaba visitarme. Este nuevo personaje habia ido de embajador á la córte de Batcheri para orillar las desavenencias entre ambos monarcas, y sabiendo que estaba en Joag un blanco de paso para el reino de Kasson, quiso verme y se dirigió á mi albergue. Habléle de la injusticia que acababa de sufrir, manifestándole la crítica situacion en que me dejó la iniquidad del rey de Kadjaaga; por su parte me ofreció proteccion y se brindó á acompañarme hasta el reino de su tio, obsequio que acepté con gratitud, y el dia 27 de diciembre me puse en marcha con mi protector Demba-Sego, su séquito de unas treinta personas y mis fieles compañeros de viaje, pasándose bastante bien algunas horas hasta que, llegando al pié de un árbol sobre el cual hizo muchas preguntas el intérprete Johnson, logró que nos detuviésemos un momento, y sacando del cesto un pollo blanco que habia comprado en Joag, lo ató por la pata á una rama del árbol, alentándonos á seguir el camino sin recelo, pues desde aquel momento sería feliz nuestro viaje. Hago notar este incidente para demostrar cuán supersticioso es el carácter de los negros, pues á pesar de

haber permanecido Johnson siete años en Inglaterra, conservaba las ideas y supersticiones de su casta.

A medio dia llegámos á Gongadi, ciudad grande en que nos detuvímos una hora para esperar varias acémilas que se habian rezagado, y entre tanto observé la poblacion, cuyas chozas están rodeadas de palmeras, descollando entre ellas una mezquita de barro con seis torrecillas coronadas por huevos de avestruz.

Poco ántes de ponerse el sol llegámos á Samia, á orillas del Senegal, cuyo rio tiene allí grande anchura pero poca profundidad, deslizándose lentamente por un lecho de arena y casquijo, y sus elevados bordes cubiertos de verdura cortan un llano bien cultivado al pié de las montañas de Felow y Bambuk, formando el conjunto un paisaje muy pintoresco.

Al dia siguiente salímos de Samia y llegámos por la tarde á Kayea, villa sentada en ambas riberas del rio, descubriéndose á corta distancia hermosas cascadas que produce la corriente al precipitarse desde las rocas, en las cuales ha formado un profundo cauce. Por allí hicieron los negros pasar el rio al ganado. Llamámos con disparos de fusil á los habitantes de la orilla, frontera que pertenece al reino de Kasson, y aparecieron á poco varios barqueros con un esquife. En aquel paraje está el rio encerrado entre escabrosos riscos que se elevan hasta cuarenta piés por uno y otro lado, de suerte que no pude comprender cómo pasarian las caballerías, hasta ver que las empujaban los negros de una en una por la cortadura angosta y casi perpendicular que al efecto habia entre los peñascos; y cogiendo los barqueros por el cabestro á las más robustas, las metieron en el agua y se alejaron un poco de la orilla siguiéndoles inmediatamente las demas, y tras de estas se echaron á nado algunos hombres que les arrojaban agua cuando querian retroceder, por cuyo medio se verificó el trayecto en ménos de quince minutos.

Mas no fue tan fácil hacer pasar á los asnos, cuya terquedad les valió no pocos latigazos y palos ántes de entrar en el agua, y cuando estaban ya en medio del rio, hubo cuatro que volvieron grupas á pesar de todo cuanto se hizo para llevarlos adelante: se pasaron no ménos de dos horas para conseguirlo, y como se invirtió otra hora en acarrear los equipajes, estaba ya el sol próximo á su ocaso cuando volvió el esquife por Demba-Sego y por mí. Pareciéndole á Demba-Sego que aquel momento era oportuno para examinar una caja de estaño que yo tenia y estaba colocada en la proa del bote, alargó la mano á cogerla, y con aquel movimiento perdió el equilibrio la embarcacion y se llenó de agua mojándonos á todos. Llegámos sin más dificultad al territorio de Kasson, y entónces me dijo Demba-Sego que viéndome en los estados de su tio, fuera de todo peligro, esperaba que en prueba de gratitud le haria un buen regalo, pretension que me sorprendió muchísimo, pues bien sabía él la expoliacion de que fuí víctima en Joag, y empecé á temer que no habria adelantado gran cosa con atravesar el rio. Mas como hubiera sido imprudente toda queja, no puse el menor reparo al sobrino del rey, y le entregué siete barras de ámbar y un poco de tabaco, con lo que pareció quedar satisfecho. Al cabo de algunas horas de jornada por un terreno en que ví muchísimas rocas de granito blanco, entrámos en Tiesia y nos hospedámos en la cabaña de Demba-Sego, quien al otro dia me presentó á su padre Tiggiti-Sego, hermano del rey de Kasson y gobernador de la ciudad, el

cual despues de examinarme con mucha atencion me dijo que no habia visto sino otro blanco, y me hizo una infinidad de preguntas á las cuales respondí manifestándole el objeto de mi viaje por Africa; pero como á todos los bárbaros guia siempre en sus viajes alguna mira interesada, no se resolvió á creer que viajase yo por mera curiosidad ó por deseo de instruirme, y convencido de ocultar mis intentos algo que no me atrevia á revelar, consideró preciso que me trasladase á Kunniakary para ver al rey, rogándome que volviese á visitarle ántes de salir de Tiesia.

Por la tarde se escapó un esclavo de Tiggiti-Sego; todos echaron á correr en pos del fugitivo, siendo aquello un grande acontecimiento para la ciudad, y Demba-Sego me pidió prestado el caballo que me apresuré á cederle, aunque deseaba de todo corazon que no alcanzasen al pobre fugitivo; desgraciadamente no se cumplieron mis deseos, y preso otra vez el infeliz, fue azotado y cargado de cadenas. A la mañana siguiente volvió Demba-Sego á pedirme el caballo para ir á una ciudad del Gedumah, donde tenia que apaciguar una reyerta entre los habitantes de Tiesia y los moros. Como habia de durar tres dias la ausencia de Demba-Sego, mi condescendencia me obligó á estar en Tiesia todo aquel tiempo, empleándolo en observar las costumbres del país y pasear por la ciudad, que es bastante extensa, sin más murallas ni defensas que una especie de ciudadela donde moraba Tiggiti-Sego. Segun decian sus habitantes debia Tiesia su fundacion á algunos pastores *fulhás* que criaban numerosos rebaños en sus alrededores y aun hoy tienen gran nombradía; la prosperidad de aquella tribu excitó la envidia de los mandingos, que arrojaron del país á los pastores y se apoderaron de sus hogares. Me llamó la atencion que los tiesianos, ricos en ganados y cereales, son hombres tan poco melindrosos en la eleccion de sus manjares que comen hasta ratones, topos, ardillas, serpientes y langostas; pero lo más singular es que está vedado á las mujeres comer huevos, prohibicion cuya causa no pude averiguar, dimanando probablemente de alguna preocupacion absurda.

Demba-Sego me devolvió el caballo el 8 de enero, pues no duró su excursion tres dias, sino nueve, y como ya me tenia impaciente tan larga demora, me dispuse á marchar así que regresó, yendo á visitar á su padre á fin de decirle que al dia siguiente muy temprano saldria para Kunniakary; pero el anciano empezó á ponerme reparos de poca monta y acabando por decirme claro que habia de pagar la cuota impuesta á todos los viajeros ántes que saliese de Tiesia, y en efecto á la mañana se presentó *mi amigo* Demba-Sego con un numeroso séquito para recibir en nombre de su padre el regalo que le correspondia y con intencion de ver las mercancías escogidas al efecto.

Convencido de que era inútil la resistencia le presenté sin vacilar siete barras de ámbar y otras tantas de tabaco; pero sostuvo que aquel presente era indigno de un personaje como Tiggiti-Sego que podia quitarme cuanto poseia, y añadió que si no me resolvia á ofrecerle algo más, mandaria trasladar el equipaje á casa de su padre para que tomase lo que mejor le pareciera. No hube de titubear mucho, pues sin darme tiempo para contestar hizo que sus secuaces desatasen los fardos, extendiendo su contenido por el suelo y apoderándose sin miramiento de cuanto se les antojó, inclusa la caja de estaño que ya en el bote habia excitado su codicia.

Cuando se marcharon examiné lo que me quedaba y ví que en Joag me habian robado la mitad de mi modesto caudal, y en Tiesia acababan de quitarme la mitad de lo que me dejaron los primeros ladrones. A pesar de ser natural de Kasson el cerrajero negro que me acompañaba, tambien registraron su equipaje los satélites de Demba, y á no haber jurado por todos sus dioses que cuanto en él habia era de su propiedad personal, aquellos aduaneros de nuevo cuño hubieran reducido su escaso caudal.

Vivamente irritado por semejante rapiña decidí salir de Tiesia al amanecer del otro dia, y lo verifiqué llegando á las dos de la tarde á Joembo, patria del cerrajero, cuyo hermano enterado de su regreso por unos viajeros salió á recibirle en compañía de un cantante y con un caballo para que el recien llegado entrase en la ciudad con cierta pompa, rogándonos al mismo tiempo que cargásemos los fusiles para hacer salva en aquella fiesta de familia. Rodeónos á poco una inmensa multitud que manifestaba el júbilo por el regreso de su compatriota con brincos, gritos y cánticos no muy armoniosos por cierto, en los cuales celebraban el valor del héroe que habia osado ir á lejanas tierras, terminando la fiesta con un gran banquete.

Ternísima fue la acogida que dispensó al negro su familia, correspondiendo él con arranques algo ruidosos pero sinceros, pues aquellos hijos de la naturaleza se entregan sin freno á todas sus emociones. En lo más vivo de sus arrebatos de alegría, apoyándose en un baston llegó la madre del cerrajero, ciega y muy anciana, la cual tendió apresuradamente la mano á su hijo, le felicitó por su regreso y estuvo palpándole con afan las manos, brazos y rostro, extasiándose al escuchar su voz.

Pasados los primeros momentos quiso el padre del cerrajero que este relatase sus aventuras, é inmediatamente se sentaron todos en rueda. En medio del mayor silencio empezó el orador su narracion dando gracias al cielo por el buen éxito de su viaje, refirió lo que le habia acontecido al trasladarse del reino de Kasson al Gambia, describió sus ocupaciones en Pisania, ponderó las ventajas que allí obtuvo y terminó con una relacion imponente de los peligros arrostrados al regresar á su patria, aprovechando la ocasion para hablar de mí, valiéndose de términos muy lisonjeros y expresivos al pintar mi benevolencia para con él, é indicando el lugar en que estaba yo sentado exclamó: *Affille ibi siring* (miradle, está allí sentado.)

Al momento me convertí en blanco de todas las miradas como si hubiese caido del cielo, pues nadie habia reparado en mí hasta entónces, de tal manera cautivó el cerrajero la atencion general, que luego excité yo en alto grado. Algunas mujeres y niños se manifestaron muy alarmados al encontrarse junto á un hombre cuyo color y fisonomía eran para ellos tan extraordinarios; pero habiéndoles asegurado el cerrajero que yo no era malo ni les haria el menor daño, atreviéronse algunos á tocarme los vestidos, aunque con mucho recelo, pues en cuanto me movia ó miraba á los niños apresurábanse sus madres á alejarlos, y pasaron algunas horas ántes de que se acostumbrasen á contemplarme sin terror. Pasé con aquellas buenas gentes lo restante del dia y todo el siguiente; cuando me dispuse á marchar manifestó el cerrajero que no me dejaria miéntras estuviese en Kunniakary, y partímos juntos el 14 de enero á pesar

de que mis nuevos amigos me instaron mucho á detenerme algunos dias más.

Al salir de Joembo me aparté un poco del camino directo á fin de pasar por Sulo, pueblo en que vivia Salim-Ducari: comerciaba este negro con Gambia en donde gozaba de muy buena reputacion, y el doctor Laidley, que le conocia mucho, habíale confiado mercancías por valor de cinco esclavos cuyo importe debia yo cobrar. Recibióme perfectamente Salim-Ducari, siendo mi presencia en el país un acontecimiento tan extraordinario que á las pocas horas lo sabía ya el rey de Kasson, que envió á su segundo hijo Sango-Sago con una partida de caballería para averiguar el motivo de no trasladarme directamente á Kunniakary. Salim-Ducari me disculpó afirmando que yo era muy conocido suyo y que él mismo me acompañaria á Kunniakary para presentarme al rey: en cuya ocasion hube de hacer nuevos regalos, que á lo ménos me valieron benévolos consejos. Deseaba yo ir á Bámbara atravesando el reino de Kaarta, y como el soberano de este país estaba en guerra con el de Bámbara, hiciéronme presente que mi proyecto me exponia á que me robasen ó hiciesen algo peor, tratándome como espía. Aconsejáronme por consiguiente que pasase al reino moro de Ludamar, porque con este rodeo podria penetrar sin riesgo en Bámbara, consejo que seguí, si bien debo confesar que me contrariaba la necesidad de un viaje por tierra de moros, cuya crueldad y codicia son conocidas de todo el mundo; mas no pudiendo elegir los medios de alcanzar mi objeto, acabé por resolverme y tomé el camino de Ludamar.

Como habia enviado un regalo al rey Alí, nadie me habia molestado y casi tocaba ya á Gumba, primera ciudad de Bámbara, considerándome libre de las vejaciones de los moros, cuando hube de experimentar toda su barbarie.

El 6 de marzo pernocté en Samea, cuyo *douty* ó jefe me recibió con la mayor cordialidad, y estaba yo muy tranquilo trasladándome ya con la imaginacion á las orillas del Niger, cuando me arrancaron súbitamente de aquel alegre sueño unos soldados de Alí, penetrando en mi choza para decirme que su señor les habia mandado conducirme á su campamento, y que si queria ir de buen grado nada tenia que temer; pero que si me negaba á seguirles me llevarian por fuerza.

No supe qué partido tomar, pero me animaron los moros asegurándome que sólo me buscaban para complacer á Fátima, esposa de Alí, que deseaba ver un cristiano, y que satisfecha la curiosidad de la princesa quedaria libre para ir á Bámbara. Tuve que resignarme y seguir á los árabes, yendo con ellos á Dalli en donde nos vigilaron cuidadosamente toda la noche, y el 12 de marzo llegámos á Benown, residencia de Alí, cuyo campo se componia de numerosas tiendas esparcidas sin órden en una vasta llanura, vagando entre ellas varios rebaños de camellos, bueyes y cabras.

En cuanto tuvieron noticia de mi llegada abandonaron sus cubos los moros que estaban sacando agua de los pozos, apiñóse la multitud á mi alrededor y á poco me ví envuelto y empujado por tanta gente que apénas podia moverme. Miéntras este me tiraba de la levita, aquel me quitaba el sombrero, uno me detenia para examinar los botones de mi chaleco, y exigia otro que repitiese las palabras del Alcoran: *La Illah el Allah Mahomet rasoul Allah.*

Llegámos por fin á la tienda de Alí y le encontrámos sentado en un almoha-

don de tafilete negro recortándose el bigote ante un espejo que sostenia una esclava tendida á sus piés. Era Alí un anciano en el cual se revelaba con toda su pureza el tipo árabe; llevaba muy larga su barba blanca, tenia semblante ceñudo y pésimo humor. Examinóme atentísimo, y preguntó á mis conductores si sabía hablar el árabe, sorprendiéndole mucho al parecer la respuesta negativa que le dieron. Quedóse el rey silencioso, pero no hicieron otro tanto las mujeres que lo rodeaban, y que examinando con importuna curiosidad mis vestidos me acosaron á preguntas, obligáronme á desabrocharme para contemplar la blancura de mi cútis, y hasta me contaron los dedos como si dudasen de que verdaderamente pertenecia al género humano.

Pocos momentos hacia que estaba en la tienda de Alí cuando se presentó un sacerdote anunciando que habia dado la hora de las oraciones. El que me servia de intérprete díjome entónces que ántes de hacer sus preces habia mandado el rey que me diesen algo que comer, y en efecto presentáronse dos jóvenes arrastrando un cerdo silvestre que ataron á una estaca de la tienda, hecho lo cual les indicó Alí que lo matasen y á mí me dijo que me preparase á cenar; pero aunque era vivo mi apetito, no consideré prudente comer de un animal que tanto horror inspira á los moros, y me apresuré á manifestar que nunca tocaba semejante carne: á cuyas palabras desataron los dos jóvenes al cerdo, con la benévola esperanza de que se abalanzaria á mí, pues los moros están persuadidos de que existe grande antipatía entre los cerdos y los cristianos; pero al verse libre atacó el animal indistintamente á cuantos encontró, y fué en seguida á refugiarse en el almohadon del rey.

Retiráronse los árabes para asistir á sus oraciones, y me llevaron junto á la tienda del primer esclavo de Alí, sin dejarme entrar en ella ni tocar nada. Pedí de comer, y despues de esperar largo rato diéronme en una gamella un poco de maíz hervido con agua y sal, extendiendo luego delante de la tienda una estera en que hube de pasar la noche rodeado de curiosos.

Al salir el sol compareció Alí á caballo con una reducida escolta, y me dijo que habian levantado una cabaña para ponerme á cubierto del sol; lleváronme á ella en el acto, y tomé posesion de mi estancia que era una choza cuadrada de tallos de maíz puestos verticalmente, con dos estacas ahorquilladas para sostener el techo formado tambien de mazorcas; y con el propósito evidente de ponerme en ridículo ataron al pié de la choza el cerdo silvestre de que ántes he hablado. Confieso que me fue poco grata semejante compañía, y mucho ménos al ver que una turba de chiquillos se entretenia incesantemente en hostigar y pegar á la pobre bestia.

La curiosidad de los moros era por demas incómoda: ya me obligaban á descalzarme para enseñarles los piés, ya habia de quitarme la levita y el chaleco para que viesen cómo me vestia y desnudaba, cautivando especialmente su atencion el invento de los botones que no se cansaban de admirar, fastidiándome no poco su admiracion, porque desde medio dia hasta la noche no hice otra cosa que quitarme y ponerme la ropa, abrocharme y desabrocharme.

A las ocho de la noche me envió Alí alcuzcuz con agua y sal. Ya era hora, pues no habia comido nada desde la mañana. Por la noche pusieron centinelas á la puerta de la choza; mas á pesar de su vigilancia, sobre las dos de la mañana

deslizóse en ella un hombre no sé por dónde, con intencion de robar algo y quizás de asesinarme. Pero fue el caso que palpando púsome la mano en el hombro y me levanté despavorido; al querer escaparse tropezó el intruso con mi fiel cerrajero y acabó por caer encima del cerdo que le mordió en un brazo. Los alaridos de su dolor atrajeron á la cabaña á los guardas de la tienda del rey, persuadidos de que me habia fugado, y aun hubo algunos que montaron á caballo para perseguirme. Entónces observé que Alí no habia pasado la noche en su tienda, pues aquel tirano cruel y receloso desconfiaba tanto de los que le rodeaban, que nunca se sabía en dónde dormia. Acudió él tambien á los gritos de alarma, pero cuando los moros le explicaron la causa del alboroto, retiróse con ellos y me dejó descansar hasta el dia siguiente que continuaron los insultos y mortificaciones de la víspera, reuniéndose los chiquillos para hostigar al cerdo y los hombres y mujeres para atormentar al cristiano. No se concibe un pueblo que convierta la perversidad en placer y hasta en estudio; sin embargo, este pueblo existe, bastando decir que mi presencia sirvió á los moros de propicia ocasion para ejercer á sus anchuras la insolencia, ferocidad y fanatismo que los distinguen entre el género humano. Me veian extranjero, cristiano y desamparado: títulos que bastaban cada uno de por sí para desterrar de sus corazones el menor sentimiento de humanidad, y como ademas sospechaban que yo era un espía, fácil es comprender cuántos y cuán fundados habian de ser mis temores. Deseando con todo no dar á los moros el menor pretexto para maltratarme, hice cuanto me mandaron y sufrí con paciencia y serenidad sus ultrajes desde el amanecer hasta la noche.

Aunque muy perezosos los moros hacen trabajar con extraordinario rigor á cuantos tienen sometidos, y como nos consideraban ya poco ménos que como esclavos, enviaron á mi negro Demba á segar forraje para los caballos de Alí, y á fuerza de discurrir otra ocupacion para mí atinaron con el empleo de barbero, empeñándose en que ostentase mi habilidad en presencia del rey, y entregándome al jóven príncipe de Ludamar, á fin de que le afeitase la cabeza. Sentéme en la arena teniendo delante al niño, diéronme una navaja de tres pulgadas de largo y puse manos á la obra. No sé si por torpeza mia ó por la forma de la navaja, es lo cierto que apénas principié cuando ya el pobre niño tenia un corte en la cabeza; por lo cual y juzgándome inhábil, me mandó Alí salir de la tienda con gran satisfaccion mia y consideré aquel percance como buen agüero, persuadido de que para obtener mi libertad era preciso fingirme lo más inútil que pudiera.

El 18 de marzo presentóse en el campamento de Alí con cuatro moros de escolta mi intérprete Johnson, arrestado en Jarra ántes de saber que estuviera yo preso, y con él trajeron un lio que habia dejado yo en aquella ciudad para servirme de los objetos que contenia si regresaba por el mismo camino.

Inmediatamente condujeron á Johnson á la tienda de Alí para interrogarle, abrieron el lio y me enviaron á buscar para que explicase el uso de aquellos objetos, sabiendo yo entónces con gran placer que el intérprete habia confiado mis papeles á una de las mujeres del huésped. Satisfecha la curiosidad de Alí, volvieron á cerrar el lio, poniéndolo cuidadosamente en un gran saco de cuero; y aquella misma noche envió el rey tres hombres á decirme que por haber en los alrededores muchos ladrones y para impedir que robasen mis pertenencias, era menester llevarlo todo á su tienda; de manera que me quitaron la ropa, instru-

mentos y cuanto poseia, siéndome imposible desde entónces mudarme la camisa. Sorprendido Alí de no encontrar tanto ámbar y oro como esperaba y recelando que hubiese yo ocultado algo, envió á la mañana siguiente tres emisarios, que con su acostumbrada brutalidad me registraron escrupulosamente y me quitaron el poco oro y ámbar que me quedaba, el reloj y una brújula de faltriquera. Felizmente la noche anterior habia enterrado otra brújula, siendo este instrumento y la ropa puesta lo único que me dejó la barbarie de Alí.

Poco tardó la brújula en excitar la supersticiosa curiosidad de los moros. La constancia con que la aguja apuntaba hácia un mismo lado les tenia muy admirados, y no ménos sorprendido Alí que los demas, empeñóse en saber por qué aquel hierrecillo, como él decia, señalaba siempre al gran desierto. Trabajo tuve para contestar á esta pregunta; mas como manifestando mi ignorancia hubieran creido que ocultaba la verdad, me determiné á decirles que mi madre vivia mucho más allá de las arenas del Sahara y que miéntras viviese, el pedazo de hierro se volveria siempre hácia el punto en que ella estuviera, sirviéndome de guia para encontrarla; pero que si llegaba á morir el hierrecillo se inclinaria hácia su tumba. Pasmóse tanto Alí con semejante explicacion, que inmediatamente me devolvió el instrumento diciéndome que nunca se atreveria á quedarse con un objeto mágico.

Dos dias despues los principales moros se reunieron á consejo en la tienda del jefe para decidir lo que debia hacerse de mí, pero no pudieron ponerse de acuerdo. Hé aquí lo que supe acerca de este particular: uno de los hijos de Alí entró por la noche en mi cabaña y manifestando mucho interes me dijo que su tio habia aconsejado al rey que mandase arrancarme los ojos porque parecian de gato; pero que Alí no queria hacerlo sin que me viera ántes la reina Fátima, ausente á la sazon. Impaciente por saber la suerte que me esperaba, dirigíme el dia inmediato á la tienda de Alí, donde encontré juntos á varios moros principales, y creí el momento favorable para sondear las intenciones de aquel tribunal de nuevo cuño. Rogué á Alí que me permitiese regresar á Jarra, y se negó, fundándose en que la reina aun no me habia visto, que debia esperarla, y que despues podria marchar cuando quisiera, á cuyo efecto me devolverian el caballo. A pesar de que me satisfizo muy poco esta contestacion, hube de contentarme con ella, pues la aridez de la estacion y su excesivo calor no me dejaban esperanza de escaparme con buen éxito, y resolví aguardar con paciencia la temporada de las lluvias. No se me ocultaba que era muy árduo el empeño de viajar por Nigricia durante una época en que el cielo parece derretirse en agua, y en que se ponen intransitables los caminos; cuyos obstáculos me inquietaban tanto que pasé la noche en una agitacion extraordinaria, y á la mañana me encontré con violenta calentura. Preocupado y abatido envolvíme en la capa, quedando dormido á poco rato; pero no tardaron en dispertarme mis perseguidores, y en balde expresé por señas que estaba enfermo y deseaba descansar, pues como mi sufrimiento les servia de diversion, procuraron aumentarlo por todos los medios posibles, llegando á darme envidia los esclavos negros que veia, y que al ménos gozaban con tranquilidad de sus ideas. Cansado de tan incesantes insultos temí por un momento comprometerme á impulsos de la cólera próxima á estallar en mi pecho: por evitarlo salí de la cabaña y fuí á acostarme

á la sombra de unos árboles cercanos; pero ni allí evité la persecucion, pues apénas habia llegado cuando se me presentó un hijo de Alí con escolta de jinetes, y mandó que me levantase y le siguiese. Inútiles fueron mis ruegos á que contestaron con amenazas, y uno de aquellos hombres cogiendo del arzon una pistola me la apuntó, y apretó dos veces el gatillo sin resultado, mas con tanta indiferencia que llegué á creer descargada el arma; pero al ver que volvia á montarla golpeando la piedra con un pedazo de acero, comprendí que de véras queria matarme, y le rogué que me perdonase. Cuando entrámos en la tienda, estaba Alí muy enojado: pidió la pistola, aseguróse de que jugaba bien el resorte, la cebó con su propia pólvora, y mirándome con amenazadora expresion dijo en árabe algunas palabras que no comprendí; é informándose Demba por encargo mio del hecho con que pude ofender al rey, respondieron que sin duda quise evadirme pues habia salido del campamento sin su permiso.

Ocho dias despues me mandó Alí por la tarde que montase á caballo con él, porque iba á enseñarme algunas de sus mujeres, y estábamos á punto de partir, cuando se suscitó una extraña dificultad. Aseguraban los moros que mis calzones de mahon eran indecentes por lo estrechos, y ordenó Alí á mi negro que me cubriese con la capa que habia usado desde mi llegada á Benown.

Llegámos por fin á las tiendas de las cuatro mujeres, y en cada una me dieron una taza de leche y agua. Todas ellas estaban gordísimas, lo que pasa en aquel país por gran hermosura; hiciéronme innumerables preguntas, examinaron mis cabellos y cútis con suma atencion, frunciendo las cejas y encogiéndose de hómbros por mi blancura y afectando considerarme como de inferior especie. Toda la tarde serví de pasatiempo á Alí y los suyos, que galopaban á mi alrededor cual si fuese un animal salvaje á quien quisieran hostigar; agitaban sus fusiles por encima de la cabeza y ostentaban toda su destreza en guiar los caballos, con la mira evidente de que yo reconociese su superioridad en el manejo de las armas.

El 7 de abril una ráfaga de viento derribó tres tiendas y se llevó parte de la mia: estos torbellinos que proceden del gran desierto son frecuentes en verano, y como levantan mucho la arena, parecen de léjos columnas de humo. No pude calcular á qué grado estaba la temperatura porque Alí me habia quitado el termómetro; pero en medio del dia no se podia andar descalzo porque el viento del desierto calentaba extraordinariamente la tierra y era muy difícil mantener la mano en las corrientes de aire que pasaban por las rendijas de la cabaña.

Hacia ya un mes que me consumia entre los moros, participando Demba y Johnson de mi desgracia y sufriendo yo por sus males de que me consideraba autor.

No era la mayor entre nuestras penalidades la falta de alimento, pues al poco tiempo ya casi nos acostumbrámos á la carestía, y hubiéramos creido soportable aquella situacion á no ser por las continuas persecuciones de los moros. A media noche nos llevaban un barreño de alcuzcuz con agua y sal que comíamos juntos Demba, Johnson y yo, y á esto se reducia lo que nos daban para todo el dia, en atencion á que, estando en el *ramadan*, los moros suelen ayunar rigorosamente miéntras dura y creian que debíamos guardar su ley como ellos.

Para entretener las interminables horas de mi detencion aprendí á escribir

el árabe, valiéndome de los que venian á verme; en poco tiempo me enseñaron sus letras, y noté que fijando en aquella tarea su atencion eran ménos crueles é importunos, de manera que cuando adivinaba en sus ojos la intencion de hacerme alguna broma pesada me apresuraba á pedirles que escribiesen algo en la arena ó descifrasen lo que escribia yo, y por hacer alarde de sus conocimientos accedian casi siempre á ello.

El 14 de abril, viendo Alí que no llegaba Fátima, determinó ir á buscarla, y necesitando víveres para atravesar la distancia desde Benown al sitio en que estaba la reina, hizo matar un buey, cuya carne cortaron en lonjas y curaron al sol bajo la inspeccion de Alí que, temeroso de ser envenenado, no comia ni bebia sino lo que se preparaba á su vista.

Durante la ausencia de Alí agravóse aun más mi situacion, pues los moros pasaron dos noches sin traernos comida, y aunque Demba fué á un pueblecito de negros que estaba cerca, sólo pudo obtener algunos puñados de alfónsigos que compartió conmigo.

El hambre es al principio muy difícil de soportar; pero al cabo de poco tiempo degenera su dolor en languidez y entónces basta un poco de agua para reanimar al hambriento y desvanecer por algunos instantes todo malestar. Sumidos Johnson y Demba en una especie de modorra estaban tan abatidos que cuando nos trajeron alcuzcuz, me costó mucho trabajo despertarlos. Yo tenia la respiracion anhelosa y me sentia próximo á perder los sentidos en cuanto trataba de ponerme en pié; pero lo que más me alarmaba era que sentia debilitárseme la vista, recuperándola así que pude tomar el alimento que nos dieron con cuarenta y ocho horas de retardo. Por algunos dias esperámos inútilmente la llegada de Alí y Fátima, teniéndonos tan pocas consideraciones los moros, que hubímos de desear el pronto regreso de aquel bárbaro jefe.

Durante la ausencia de Alí le pidió Mansug, rey de Bámbara, una partida de caballería para asaltar con este auxilio la ciudad de Gedim-Guma, perteneciente al rey de Kaarta; pero Alí se negó á satisfacer la pretension, tratando más tarde con extraordinaria altivez y desprecio á los enviados de Mansug, quien resolvió vengarse luego de semejante proceder. Y en efecto, el 27 de abril compareció en Benown un mensajero anunciando que el ejército de Bámbara se acercaba á las fronteras de Ludamar, noticia que produjo grande alarma en el país, y por la tarde llegó al campamento un hijo de Alí, por cuya órden alejáronse los rebaños, plegáronse las tiendas y quedaron todos dispuestos á ponerse en camino así que amaneciese.

Lleváronse los equipajes en bueyes, colocando á sus costados las estacas y maderámen de una tienda y en el lomo la tela para sentarse encima de ella las mujeres, pues no están acostumbradas á andar.

El 3 de mayo llegámos al campamento de Alí, situado en una llanura á dos millas de la ciudad de Bubeker habitada por negros, é inmediatamente me dirigí á la tienda del rey para saludar á Fátima, que habia regresado de Sahel en su compañía. Por primera vez me recibió Alí con benevolencia, mudanza que me sorprendió en extremo, pero cuyo motivo comprendí muy pronto. En tiempo de guerra podia serle útil contra sus enemigos.

Fátima pertenecia á la casta árabe, tenia los cabellos largos y negros y su

corpulencia era enorme. Al principio estaba como asombrada de encontrarse tan cerca de un cristiano; pero luego se decidió á interrogarme por medio de un jóven que hablaba el árabe y el mandingo, y cuando hube contestado á varias preguntas sobre el país de los cristianos, me presentó una taza de leche, lo cual me pareció de buen agüero. El calor era excesivo, el país no presentaba más que una vasta extension de arena interrumpida de vez en cuando por árboles raquíticos y zarzales cuyas hojas ramoneaban los camellos y cabras, en tanto que los bueyes y vacas procuraban mitigar el hambre con un poco de yerba marchita. El agua escaseaba allí más que en Benown y los pozos estaban cercados de dia y de noche por rebaños que mugian y bregaban para acercarse al abrevadero; pues como la sed excesiva enfurece á los toros, los más débiles eran continuamente rechazados y procuraban saciarse devorando el limo negro que rodeaba los pozos y les era siempre fatal.

Experimentaban cruelmente aquella gran escasez de agua cuantos habia en el campo, pero ninguno tanto como yo. Verdad es que Fátima me daba un poco de agua una ó dos veces al dia, y que Alí me permitia tener un odre; pero cada vez que mi negro Demba se acercaba á los pozos para llenarlo, lo rechazaban los moros á palos, admirándose aquellos salvajes de que el esclavo de un cristiano se atreviese á sacar agua de pozos practicados por sectarios del Profeta; y estaba mi negro tan atemorizado por aquella brutalidad, que ántes hubiera muerto de sed que atreverse á llenar otra vez el odre, contentándose con mendigar el agua á los otros negros que servian en el campamento. Imitaba yo su ejemplo, mas solia lograr tan poco como él, quedándonos casi siempre, á despecho de nuestras súplicas, con sed y sin agua. Para colmo de desgracias pasaba muy á menudo la noche en el suplicio de Tántalo, pues apénas me dormia cuando trasladándose mi imaginacion á los rios y arroyos de mi patria, parecíame que me paseaba por sus verdes riberas, que sus aguas se deslizaban á mis piés, y al acercarme para beberlas huian de mis labios, despertando entónces y encontrándome, como era en efecto, cautivo y moribundo de sed en medio de los desiertos de Africa.

Un dia que en vano me habia esforzado por tener agua, resolví buscarla en unos pozos que distaban media milla del campamento, y al efecto salí á media noche, llegando á ellos en poco tiempo guiado por los mugidos de los bueyes; pero los moros que allí encontré me rechazaron con improperios, y fuí pasando de un pozo á otro, hasta que encontré uno donde no habia más que un hombre ya anciano con dos niños, el cual me presentó en el acto un cubo recien llenado; mas recordando de pronto que yo era cristiano y temiendo que mancillase su cubo con mis labios, echó el agua en la pila, haciéndome seña de que bebiese en ella. Arrodilléme, pasé la cabeza por entre las patas de las vacas y bebí con avidez hasta que el agua quedó casi agotada y empezaron las vacas á disputarse la última gota.

Terminó el mes de mayo tan caloroso en Africa y al parecer mi situacion no variaria en lo más mínimo. Alí me miraba como si fuese legítimamente su prisionero y nada decia Fátima acerca de mi libertad, contentándose con hacerme dar mayor cantidad de alimento de la que solian en Benown.

Sin embargo, los frecuentes cambios de viento, las nubes que se amontona-

ban, los relámpagos que brillaban do quiera en el horizonte, todo era indicio de que se aproximaba la estacion lluviosa, en cuya época se alejan los moros del país de los negros para acampar en los confines del gran desierto. Comprendiendo que no tardaria en decidirse mi suerte, no manifestaba la menor impaciencia; pero repentinamente ocasionaron los acontecimientos un cambio más pronto y favorable de lo que habia previsto. Viendo varios tránsfugas de Kaarta que los moros se disponian á abandonarlos, y temiendo el resentimiento del rey Daisy á quien villanamente faltaran, pidieron á Alí que les proporcionase doscientos jinetes moros para ayudarles á arrojar á Daisy de Gedim-Guma, convencidos de que miéntras aquel príncipe no fuese derrotado no podrian regresar á su patria ni vivir con seguridad en los territorios inmediatos.

Calculando que por el trato propuesto podria sacar algun dinero de aquellos desertores, despachó Alí á uno de sus hijos para Jarra con ánimo de seguirle en persona al cabo de algunos dias. Creí favorable aquella circunstancia y me dirigí á Fátima para rogarle que por su intercesion me concediera Alí la merced de acompañarle. Escuchóme Fátima con bondad, miróme con dulzura como condolida de mi situacion, mandó que sacasen mi equipaje del saco de cuero, quiso que le explicase el uso de las medias, botas y demas prendas, y apresurándome yo á complacerla, me dijo que tardaria poco en verme libre. Obtuve en efecto el permiso de acompañar á Alí hasta Jarra; hizo Fátima que me devolviesen parte de mi equipaje y su marido me restituyó el caballo con los arneses.

El 26 de mayo á primera hora salí de Bubeker en donde estaba situado el nuevo campamento de Alí, acompañado por mis criados Johnson y Demba y varios moros á caballo. Pasó el dia sin novedad; pero cuando al siguiente intentámos continuar la marcha, el primer esclavo de Alí, cogiendo á mi negro Demba por el brazo, le dijo en mandingo que desde aquel instante debia tener á Alí por dueño, y añadió luego, dirigiéndose á mí: El negro y cuanto os pertenece, excepto el caballo, volverán á Bubeker; mas podeis quedaros con el viejo loco. Ese era mi intérprete Johnson. Nada respondí al esclavo; pero muy afligido por la pérdida de Demba me dirigí á la tienda de Alí, á quien dije quizás con demasiada viveza que, si bien fue grande mi imprudencia al penetrar en sus estados, me creia harto castigado con la larga detencion sufrida y con habérseme robado lo poco que poseia; que todo lo pasado me parecia de corta entidad, pero que sentia muchísimo la separacion de Demba, á quien habian libertado su fidelidad y servicios y que no debia pagar él la torpeza que yo sólo habia cometido al fiarme de los moros.

Ni siquiera se dignó Alí contestar á mis palabras. Con aire de refinada perversidad y extrema altivez limitóse á decir al intérprete que si no montábamos á caballo sin más tardanza me enviaria otra vez al campamento con el negro. Hay algo tan irritante en el aspecto de un tirano que en aquel momento deseaba ardientemente vengarme, librando á la tierra de semejante mónstruo.

El pobre Demba estaba consternado, y no acierto á ponderar cuanto me dolia de su suerte, aun más por él que por mí. Su natural jovialidad entretuvo muchas veces las interminables horas de mi cautiverio, hablaba bien el idioma de Bámbara y me hubiera sido sumamente útil; mas fuera desatino esperar del moro el menor acto de humanidad, y no pude hacer más que mezclar mis lágrimas

con las de Demba y alejarme despues de prometerle que haria lo posible para rescatarlo.

Por la tarde llegámos á un pueblecito cercado que se llama Dumbaní, en donde permanecímos esperando un refuerzo de caballería hasta el 1.° de junio que volvímos á emprender nuestra ruta, componiéndose ya la partida de doscientos jinetes, pues nunca combaten á pié los moros, y todos se mostraban muy aptos para las fatigas guerreras; mas por su falta de disciplina ántes parecian cazadores de cornejas que un cuerpo de ejército regular.

Llevé esta peligrosa escolta hasta Jarra, de donde hube de salir luego con todos sus habitantes al acercarse el ejército de Daisy para embestirla.

El 1.° de julio por la tarde estaba apacentando el caballo en un campo junto á Keira, cuando se presentó en casa del *dury* el primer esclavo de Alí con cuatro moros. Recelando Johnson de esta visita, encargó á dos chiquillos que escuchasen la conversacion, y descubrió que llegaban con ánimo de volvernos á prender y llevarnos á Bubeker. Al saber esto me propuse salir en seguida para Bámbara, resolucion que Johnson tuvo por acertada, pero manifestándome que no iria conmigo porque un tal Daman le ofrecia la mitad del valor de un esclavo bajo condicion de ayudarle á guiar una caravana por las orillas del Gambia, y pensaba aprovechar esta coyuntura para regresar al lado de su mujer y familia. Decidíme á viajar solo y preparé mi equipaje que, sumamente cercenado por la rapacidad de los moros, ya no constaba más que de dos camisas, dos pantalones, dos pañuelos de faltriquera, levita, chaleco, sombrero y capa.

Al amanecer entró Johnson á decirme que los moros estaban dormidos. El momento era solemne, terrible la crísis. Iba á verme libre, ó á morir cautivo. Pasé ligero por encima de los negros que estaban tendidos á la puerta de la cabaña y monté á caballo, recomendando á Johnson varios papeles para mis amigos.

Emprendí apresuradamente la fuga; pero á una milla de la ciudad me encontré junto á un abrevadero de los moros donde habia algunos rebaños, cuyos pastores me persiguieron más de una milla á silbidos, insultos y pedradas: y cuando ya me veia fuera de su alcance, alarmáronme otra vez los gritos de tres moros que me perseguian á galope tendido, blandiendo sus fusiles por encima de la cabeza. Al conocer que no podia adelantarles, fuí con resolucion á su encuentro, y me dijeron que les siguiese á la tienda de Alí. De tal manera se habia enseñoreado de mi ánimo el tedio de la vida, que obedecí con la mayor indiferencia yendo con ellos hasta unos zarzales en donde exigieron que abriese mi lio, y nada vieron que robarme sino la capa que me arrebataron. Por ser mi única defensa contra la lluvia y los mosquitos, pedí encarecidamente que me la devolviesen, pero me apuntaron los fusiles y hube de ceder á la fuerza, reconociendo que no eran emisarios de Alí, sino meros ladrones.

Al encontrarme libre de nuevo me encaminé hácia el Norte por una senda abierta en el bosque reflexionando sobre mi deplorable situacion, pues me veia falto de medios para comprar víveres y sin saber si hallaria agua siquiera. A las nueve de la mañana ví á lo léjos un rebaño de cabras que pacia junto al camino, pero dí un rodeo para que no me viesen los pastores y seguí á traves del desierto, dirigiéndome casi en línea recta al Este Sureste por medio de la brújula, con el objeto de llegar pronto á cualquiera ciudad del reino de Bámbara. A medio dia

estaba muerto de sed y era tan fuerte el ardor del sol que los vapores de la arena me parecian montañas lejanas oscilando como las olas del mar. Á las cuatro encontré de pronto un gran rebaño de cabras, y ocultándome entónces tras de unos matorrales para observar si los pastores eran moros ó negros, ví comparecer dos jóvenes árabes; presentéme á ellos y me dijeron que su rebaño pertenecia á Alí, que iban á Dena en donde escaseaba ménos el agua, que intentaban quedarse allí hasta que la lluvia volviese á llenar los charcos del desierto, y me enseñaron sus odres vacíos, añadiendo que no habia una gota de agua en todo el bosque. Nada de esto podia consolarme, pero siendo inútil arrepentirme de mi resolucion me puse otra vez en marcha con la remota esperanza de ser más feliz que los pastores y encontrar agua. La sed se hizo insoportable, á cada momento se me oscurecia de repente la vista, me sentia desfallecer por instantes, y me tuve por muerto. Para refrescarme la boca probé de mascar las hojas de varios arbustos; pero todas eran amargas y no me proporcionaron alivio alguno.

Poco ántes de ponerse el sol subí á un árbol para ver si descubria rastros de agua ó de habitaciones, sin distinguir más que una horrible y monótona perspectiva de arena con arbustos achaparrados. Al bajar del árbol notando que el caballo comia ávidamente algunas ramas, le quité la brida y lo abandoné á sí mismo, pues el pobre animal no podia ya llevarme; yo estaba extenuado, dábanme contínuos vahidos y acabé por echarme en la arena, firmemente persuadido de que iba á espirar. ¡Ah! exclamaba entónces, aquí van á frustrarse todas tus esperanzas, aquí se desvanecerán tus sueños de descubridor, aquí terminarán los brevísimos instantes de tu efímera existencia. Hice algunos esfuerzos para levantarme, pero no pude y perdí enteramente el conocimiento y el sentido. Cuando me recobré aun tenia en la mano la brida del caballo y el sol se ponia tras de los árboles. Logré reanimarme, más por la frescura del crepúsculo que por mi gastada energía; puse otra vez la brida al caballo y lo llevé del diestro, resuelto á andar á pié cuanto pudiese para buscar agua. Apénas habia invertido una hora en mis pesquisas, cuando divisé por la parte del Noroeste algunos relámpagos que me regocijaron en extremo como indicios de aguacero; mas el viento me arrojaba torbellinos de arena menuda y candente, de la cual con harto trabajo pude resguardar el rostro. Felizmente esta borrasca seca y ardiente sólo duró una hora, al cabo de la cual empezaron á caer gruesas gotas de agua y poco despues llovió en abundancia, de suerte que ya pude apagar la sed, retorciendo y chupando una camisa que tendí en la arena. Determiné entónces continuar el camino aprovechando la frescura de la velada, y así lo hice con bastante celeridad hasta media noche, guiando el caballo por la brida y aprovechando la luz de los relámpagos para consultar la brújula y no perder el derrotero, hasta que fuéron cesando y hube de andar á tientas con peligro de mis manos y ojos. Á las dos de la madrugada el caballo se separó de la direccion que llevábamos, y al averiguar la causa, despues de examinar minuciosamente el terreno divisé entre los árboles varias luces á corta distancia.

Me asustaba la idea de caer en manos de los moros, y procuré ver si lo eran los que allí habia, haciendo lo posible para evitar el riesgo. Adelantéme con precaucion, oí luego los mugidos de los bueyes y las voces regañonas de sus guardianes, me figuré que habria en aquel sitio pozos ó balsas, y aunque mi prime-

ra intencion fue penetrar otra vez en el bosque y sucumbir de hambre ántes que verme de nuevo en poder de los bárbaros; la sed que aun me atormentaba me arrastró á los pozos, y buscándolos me aproximé tanto á una de las tiendas, que una mujer me vió y se puso á gritar desaforadamente, acudiendo á sus voces dos hombres: pasaron estos tan cerca de mí que me tuve por descubierto, pero siguieron rápidamente adelante y yo aproveché su inadvertencia para penetrar otra vez en el bosque.

Una milla habria recorrido cuando oí de repente el graznido de las ranas, canto mucho más grato á mis oídos que la más armoniosa música. Dirigíme precipitadamente al paraje en que se oian las nuevas sirenas, y al rayar el dia llegué á unos charcos poco profundos, cenagosos y tan llenos de ranas que casi no se distinguia el agua, siendo tal el alboroto de aquellos animalejos que para abrevar á mi caballo azorado por tan estrepitosa algazara hube de sacudir el agua con una rama en tanto que él bebia. Refrigerado ya, subí á un árbol y distinguí el humo de las tiendas que ví en la noche anterior, y á unas doce ó catorce millas al Este-Sureste observé otra columna de humo hácia la que me dirigí inmediatamente, encontrándome á poco en medio de campos cultivados donde sembraban maíz varios negros, á quienes pregunté el nombre del inmediato pueblo y supe que se llamaba Schrilla, estaba habitado por negros *fuláhs* y pertenecia á Alí.

Este nombre me detuvo un instante; pero mi caballo estaba rendido y el hambre me atormentaba terriblemente: de suerte que me aventuré á todo y me encaminé en derechura á casa del *düty;* no quisieron recibirme y me alejaba tristemente del pueblo, cuando al reparar en algunas chozas dispersas fuera de los muros recordé que en Africa como en Europa no siempre mora la caridad en las más ricas estancias; me dirigí á aquellos mezquinos albergues y expliqué por señas que me moria de hambre á una anciana que hilaba junto á la puerta. La buena mujer compadecida de mi estado me invitó en árabe á entrar en su casa, y haciéndome sentar me dió un plato de alcuzcuz, favor á que correspondí regalándole un pañuelo de faltriquera. Pedí luego un poco de maíz para el caballo é inmediatamente me lo entregó aquella excelente anciana.

Miéntras mi caballo comia empezaron á reunirse los habitantes del pueblo y dijo uno á mi protectora ciertas palabras que me parecieron de mal agüero, haciéndome recelar que sabian mi huida del campo de Alí y querian llevarme á él, excitados por el cebo de una recompensa; pero felizmente no daba lugar á esto la avaricia de aquel tirano. Por lo que pudiera acontecer, recogí aprisa el maíz que me diera la anciana, me puse otra vez en camino aparentando la mayor tranquilidad y fuí hácia el Norte para persuadirles de que no intentaba evitar el campamento del rey moro; pero no obstante mi precaucion siguiéronme los habitantes del villorrio hasta unas dos millas de distancia. En cuanto me ví libre de su importunidad, penetré en los bosques, y á su sombra conseguí por fin el descanso que tanto necesitaba.

Sobre las tres de la tarde me dispertaron tres *fulahs*, tomándome por moro y mostrándome el sol por ser ya la hora de las oraciones. Aunque algo sorprendido por tan inesperado obsequio, fingí agradecer la advertencia y me mantuve en actitud devota hasta que por haberse alejado pude ensillar el caballo y continuar la marcha al traves de un terreno mucho más fértil que cuantos habia visto

en mucho tiempo. Encontrando por la tarde un sendero que iba hácia el Sur, entré por él y me condujo á una balsa junto á la cual pasé la noche sufriendo mucho por las picaduras de los cínifes, y sumamente alarmado por los rugidos de las fieras que rondaron hasta el amanecer.

El 4 de julio continué la ruta por el bosque y hasta el 20 del propio mes, en las inmediaciones de Sego, no alcancé el objeto de mi viaje. Tenia por compañeros desde algunos dias ántes á varios kaartanos fugitivos que habian prometido presentarme á su rey, y andábamos por un terreno pantanoso cuando de pronto exclamó uno de ellos: *Geo offilli*. He ahí el agua. Era el majestuoso Niger que desde tanto tiempo buscaba, reflejando los rayos del sol y deslizándose con lentitud hácia Oriente. Acudí presuroso á la orilla, y despues de probar el agua levanté las manos al cielo y dí gracias al Ordenador de todas las cosas por el buen éxito de mi empresa.

PORMENORES SOBRE LA CIUDAD DE SEGO.

REGRESO DE MUNGO PARK.

La ciudad de Sego, capital del reino de Bámbara, se compone de cuatro partes muy distintas, dos situadas en la orilla septentrional del Niger, Sego-Korro y Sego-Bú, y otras dos en la meridional, Sego-Su-Korro y Sego-See-Korro. Están las cuatro cercadas por grandes tapias de tierra, sus casas de barro son cuadradas con techos planos como las azoteas, de dos pisos algunas y blanqueadas varias, recordando su aspecto las casitas de campo de España, cuya arquitectura está tomada de los moros. La escasa anchura de las calles es suficiente en una ciudad donde son completamente desconocidos los carruajes.

El rey de Bámbara que reside en Sego-See-Korro emplea numerosos esclavos en pasar á los habitantes por el rio, recaudando por este concepto una contribucion considerable. Las lanchas usadas en Sego están construidas de una manera muy rara; juntan dos troncos por los extremos y los ahuecan en el punto de reunion, resultando que estas embarcaciones tienen desmedida longitud y son desproporcionadamente angostas. Una compacta muchedumbre esperaba el momento de atravesar el rio cuando llegámos nosotros. Empezaron á mirarme todos en silencio y me sobresalté al notar entre los curiosos varios moros. Habia tres embarcaderos distintos y trabajaban con ahinco los barqueros; mas era tanto el gentío, que habiendo de esperar turno por largo rato, me senté en la orilla á contemplar la ciudad. Los numerosos botes que cubrian el rio, aquella poblacion activa, aquellos terrenos cultivados que á larga distancia se extendian por



Postrado vino á sentarse al pié del árbol.

los alrededores, presentaban un cuadro de opulencia y de civilizacion que no era de esperar en el centro del Africa. Estuvímos aguardando la vez más de dos horas, y entre tanto avisaron al rey Mansug que en la orilla esperaba un blanco el turno de pasar para visitarle. Expidió el rey á uno de sus primeros esclavos, quien me dijo que su señor no podia recibirme hasta saber el objeto de mi ida á aquel país, añadiendo que no podia pasar el rio sin permiso del rey, y aconsejándome que buscase albergue en un lugarcito cercano que me enseñó, hasta el dia siguiente en que me daria nuevas instrucciones. Este contratiempo me disgustó mucho; pero como no tenia remedio, me dirigí al lugar indicado y nadie quiso recibirme, revelándose en el rostro de todos sus habitantes el temor y la sorpresa. Hube de pasar lo restante del dia sin comer y sentado tristemente á la sombra de un árbol, cuando para colmo de desgracias la noche se presentaba mala y amenazaba lluvia. Las fieras son allí tan comunes, que me habria visto obligado á refugiarme en la copa del árbol, durmiendo por consiguiente muy poco y mal, si la Providencia no me hubiese amparado presentándose como en todas partes bajo la forma de una mujer. Una negra que volvia del trabajo se paró delante de mí y quiso saber la causa de mi cansancio y abatimiento que expuse en pocas palabras. Cogió entónces la silla y la brida y con ademan de tierna compasion me invitó á seguirla hasta su cabaña, donde encendió una lámpara, extendió en el suelo una estera para que yo descansase, salió de la choza, regresando al momento con un hermoso pescado que tostó en las brasas y me lo ofreció por cena. Volviéndose luego á sus compañeras que estaban contemplándome desde que llegué, las hizo seguir su trabajo de hilar algodon. Hilaron en efecto hasta muy adelantada la noche, y para entretener la velada entonaron varias canciones, improvisando una por mí, ó haciéndome objeto de ella. Empezaba el canto una sola y las demas formaban coro á intervalos; la tonada era dulce y plañidera, y sus palabras literalmente traducidas corresponden á las siguientes: *Rugian los vientos y caia la lluvia. El pobre blanco débil y cansado llegó y se sentó debajo de nuestro árbol. No tiene madre que le lleve leche, ni mujer que le muela el grano.*—Coro: *Tengamos lástima del hombre blanco, no tiene madre,* etc., etc. Acaso el lector considerará poco interesantes estos pormenores, pero en mi posicion me enternecieron hasta llorar, y rebosando gratitud por tan bondadosa acogida, mi espíritu agitado no pudo conciliar el sueño. Al dia siguiente dí á mi generosa huéspeda dos de los cuatro botones de cobre que quedaban en mi levita, único testimonio de reconocimiento que podia ofrecerle.

Hube de pasar tambien este dia en la aldea, pues hasta el siguiente no llegó el mensajero del rey, y me dijo que su amo no podia recibirme, pero me enviaba un regalo de cinco mil *kauris* ó conchitas que sirven de moneda en el país, á fin de que pudiese continuar el camino y comprar los víveres que necesitase.

Examinando el rio me convencí de que se dirigia hácia el Oriente, y segun mis instrucciones determiné seguir su curso; pero desde los primeros pasos hallé obstáculos insuperables en pantanos inmensos y grandes bosques donde pululaban los ladrones, de suerte que hube de renunciar á mi empresa y volver al Oeste contentándome con recoger las siguientes noticias:

A unas dos jornadas de Silla está la ciudad de Jenné en un islote del rio, más poblada que Sego y que cualquiera otra ciudad de Bámbara segun dicen. A otras

dos jornadas más allá forma el rio un lago considerable llamado Dibia, *lago oscuro*, de cuya extension sólo pude saber que atravesándolo de Este á Oeste los botes pierden de vista la tierra por todo un dia. El agua que sale de este lago forma, entre varias corrientes, dos grandes brazos: uno se dirige hácia el Oeste y otro al Este, reuniéndose en Kabra, que está á una jornada al Sur de Tombuctú. El espacio que circundan estos brazos del rio se llama Jinbala y está habitado por negros; y por tierra se invierten doce dias de camino desde Jenné hasta Tombuctú.

A once jornadas de Kabra pasa el Niger al Sur de Hussa y á distancia de dos dias de esta última. En cuanto á la direccion del rio desde este punto y respecto á su embocadero definitivo, absolutamente nada sabian cuantos consulté, en atencion á que los asuntos de su comercio rara vez los llevaban más allá de Tombuctú y de Hussa; y como por otra parte el único móvil de sus viajes es el afan de lucro, se paran muy poco en el curso de los rios y en la geografía de los lugares que recorren. Es probable sin embargo que el Niger proporcione medio de comunicacion segura y fácil á tribus muy apartadas entre sí, pues todos aquellos á quienes interrogué están conformes en que varios de los mercaderes negros que van á Tombuctú y á Hussa hablan un idioma distinto del de Bámbara y de todos los países comarcanos; y estos mismos mercaderes ignoran dónde termina el Niger, limitándose los que hablan el árabe á expresar en términos vagos la prodigiosa longitud de su curso, la cual ponderan con decir: *El Niger va hasta el fin del mundo.*

Uno de los incidentes más inesperados que me ocurrieron fue el hallazgo de mi pobre caballo forzosamente abandonado en el bosque donde caí exhausto de hambre y cansancio. Estaba quejándome al duty de Modibú del mal trato que me diera su desleal hermano, cuando al relinchar un caballo en una choza inmediata me preguntó el duty riendo si sabía quién me hablaba desde allí, explicándome en seguida que habiendo encontrado al caballo lo recogieron y alimentaron bien y que estaba ya en disposicion de prestarme nuevos servicios. Grande fue mi satisfaccion al encontrar mi compañero de peligros y fatigas, y por ello manifesté mi gratitud al duty.

El 25 de agosto me puse en camino acompañado de dos pastores que tambien se dirigian por el lado de Sibidulo, y como el terreno era muy escarpado, andaba á pié guiando por las riendas al caballo que tenia una matadura, y los pastores nos llevaban mucha delantera. A las once me detuve junto á un riachuelo, y hacia pocos momentos que oia vocear á varios hombres llamándose mútuamente, cuando me sobresaltó un grito dado al parecer por una persona á quien ocurria alguna desgracia. Pensé que quizá habria atacado un leon á los pastores, y monté á caballo para ver de léjos lo que pasaba, pero la desigualdad del terreno no me permitió descubrir la causa de tan extraordinario lamento. Habiendo cesado el ruido me dirigí al punto de donde procediera, llamé en alta voz y nadie me contestó; pero no tardé en ver tendido en la yerba á uno de los pastores, y al acercarme á él me dijo en voz baja que varios hombres armados se habian apoderado de su compañero y que él recibió dos flechazos al intentar la fuga. Mirando entónces al rededor ví un hombre sentado al pié de un árbol cercano, y algo más allá, ocultándose tras del mismo tronco, siete cabezas y otros

tantos mosquetes. Siendo imposible la huida, decidíme á fingir que les tenia por cazadores de elefantes, y para entablar conversacion pregunté si habia sido buena la caza. Por toda respuesta me mandó uno de ellos que echase pié á tierra; pero despues de reflexionar un momento dijo que siguiese mi camino, lo cual ejecuté sin esperar segunda órden, y estaba ya léjos cuando oí que me llamaban, con harta sorpresa de que me persiguiesen y detuvieran los mismos que tan generosamente me habian concedido la libertad. Cuando me reuní con ellos, me dijeron que el rey de los fulahs les mandaba llevarme á su presencia, y fiel á mis pacientes hábitos les seguí sin murmurar, caminando juntos y silenciosos durante un cuarto de milla, hasta que en un lugar oscuro del bosque dijo uno de ellos en lengua mandinga: *Este punto será bueno;* y al mismo tiempo me arrancó el sombrero. Si bien no las tenia todas conmigo, determiné mostrarme impasible y les manifesté con entereza que si no me devolvian el sombrero no daba un paso más. Sin hacerme caso uno de los bandidos sacó un cuchillo, me cortó el único boton que conservaba en la levita, y acto continuo se pusieron á registrar mis faltriqueras y toda la ropa con escrupuloso cuidado y sin oposicion de mi parte. Desnudáronme completamente y no me dejaron siquiera los borceguíes, cuyas estropeadas suelas estaban sujetas con un cabo de brida; cuando ya quedé en cueros, se alejó uno de ellos con mi caballo y los demas empezaron á deliberar si me dejarian enteramente desnudo ó no, hasta que triunfando la humanidad, me devolvieron la peor camisa, unos calzones y el sombrero que al marcharse me arrojó el mismo que se lo habia apropiado; y de esto me alegré muchísimo, pues tenia escondidos en el forro mis apuntes. En cuanto me ví solo no pude ménos de confesarme que mi situacion era harto aflictiva, hallándome sin amparo en un inmenso desierto durante la estacion lluviosa, rodeado de fieras y de hombres no ménos feroces y á quinientas millas del establecimiento europeo más próximo. Como nada adelantaba con lamentarme, emprendí otra vez el camino armándome de todo mi valor, y no tardé en llegar á un pueblecito donde encontré á los dos pastores muy pasmados de verme, pues no dudaban que los fulahs me matarian despues de robarme. Al caer la tarde entrámos en Sibidulu, ciudad fronteriza del reino de Mandinga, y sin demora me avisté con el *mansá* ó jefe de la comarca y le referí circunstanciadamente el robo, cuyo relato escuchó el negro con la pipa en la boca, y sacudiendo al fin con ademan colérico la manga de su vestido, exclamó: Sentáos: juro que se os devolverá todo; y volviéndose luego á uno de sus criados, le dijo: Dá de beber al blanco, y mañana al despuntar el dia irás á las montañas y dirás al duty de Baumakú que los súbditos del rey de Fuladú han robado á un pobre blanco, al extranjero del rey de Bámbara. Aquel mismo dia fuí á esperar el efecto de esta órden en una ciudad llamada Wonda, donde estuve nueve dias, y entre tanto se apoderaron de mí las calenturas. Esta nueva desgracia me afligió sobremanera, pues temia ser molesto al mansá que me hospedaba, con tanto mayor motivo cuanto que pesaba sobre el país una extraordinaria carestía.

Observando que todas las tardes se presentaban cinco ó seis mujeres á recibir cierta cantidad de grano, y sabiendo cuán precioso era aquel artículo, pregunté al mansá si las alimentaba por caridad, y me respondió: ¿Veis ese niño? y me enseñaba uno como de cinco años. Su madre me lo ha vendido

bajo condicion de alimentar á toda la familia por espacio de cuarenta dias, y con igual trato he comprado otro. No pudiendo apartar de mi mente este suceso por las tristes reflexiones que sugeria, rogué aquella noche al niño que me mostrase á su madre. Hízolo así, y cuando la estuve contemplando, noté que si bien estaba flaquísima y macilenta no revelaba su fisonomía el menor indicio de barbarie ó insensibilidad; recibió el trigo y despues se fué á hablar á su hijo con tanta jovialidad como si aun le tuviera en su casa.

El 6 de setiembre llegaron por fin de Sibidulu dos hombres con mi caballo y vestidos, pero habian roto la brújula, causándome una pérdida irreparable. Poco pudo servirme el caballo: parecia destinado á ser blanco de todas las desventuras, pues un dia que estaba paciendo junto á un pozo, se hundió de repente el suelo y fué á parar al fondo, que sólo tenia unos diez piés de diámetro, por cuya razon consideré imposible extraerlo. Sin embargo, se reunieron los habitantes del pueblo, hicieron una especie de soga con enredaderas, bajaron al pozo un hombre que ciñó con los bejucos al caballo, y de este modo lo sacaron fácilmente; pero como el pobre animal estaba hecho un esqueleto, consideré que ya no podia servirme en un país tan pantanoso como aquel, donde hubiera sido necesario todo el vigor de un caballo jóven, descansado y de buena casta; deseoso al mismo tiempo de dejarlo en manos que lo tratasen bien, lo regalé á mi huésped, rogándole que enviase al mansá de Sibidulu la brida y la silla, único presente que podia atestiguar mi gratitud por la justicia y actividad con que me habia servido.

El 8 de setiembre me despedí de mi generoso huésped, y él me regaló como recuerdo su lanza y su saco de cuero que por cierto me sirvió mucho. Despues de trasformar en sandalias mis borcéguíes, por cuyo medio anduve con mayor comodidad, púseme en camino, y pasando por Abakú y Kinyton, donde descansé algunas horas, el 15 llegué á Dosita, gran ciudad en que me detuvieron un dia las lluvias, á la sazon muy copiosas. El 17 salí para Mansia, ciudad importante donde se recoge en corta cantidad el polvo de oro; mas ántes de llegar hube de tenderme tres veces en el camino que subia por una colina peñascosa, tan postrado estaba por la debilidad y el cansancio. Aunque el mansá de aquella ciudad pasaba por muy poco hospitalario, me mandó grano para cenar, si bien quiso que se lo pagase, y al asegurarle que carecia de medios para ello, afirmó en tono de broma que no me libraria de él mi piel blanca si le engañaba. Condújome luego á una choza en que debia pasar la noche, y me chocó que se llevase mi lanza ofreciendo devolvérmela al dia siguiente; cuya circunstancia, unida á la reputacion del mansá, me infundió vivos recelos y rogué secretamente á uno de los indígenas que se viniese á dormir conmigo, trayendo arco y aljaba, favor que me otorgó aquel buen hombre no teniendo al mansá en mejor opinion que yo. Media noche sería cuando oí que se acercaba álguien á la puerta, y entrando luz en la cabaña descubrí de pronto á un hombre que pasaba el umbral con sumo cuidado de no ser oido. Cogí inmediatamente el arco y aljaba de mi compañero, y con el ruido que hice se alejó el intruso, sin que yo pudiera conocerle; pero el negro que le expiaba con mucha atencion me dijo que era el mansá en persona y que era preciso estar alerta hasta la mañana. Siguiendo el consejo, cerré la puerta atrancándola con un madero; y apénas lo habia hecho, cuando desde fuera empujaron con tal fuerza, que tuvo mi compañero mucho trabajo para man-

tenerla cerrada; pero cuando le dije á voces que abriese y dejase libre el paso, echó á correr el agresor.

A la madrugada fué el negro por la lanza á casa del mansá y le encontró dormido, volviendo sin tardanza para aconsejarme que saliese cuanto ántes de la ciudad por temor de que aquel zorro urdiera alguna estratagema para detenerme; y como me pareció excelente el consejo, lo seguí en el acto.

Al llegar á Kamalia presentáronme en casa de un *buskreano*, llamado Karfa-Tora, que estaba reuniendo una manada de esclavos con intencion de venderlos á los europeos en el Gambía, y esperando que estuviese más adelantada la estacion lluviosa para emprender el viaje. Recibióme sentado en su *balaun* y rodeado de varios *slates* ó mercaderes de esclavos que deseaban formar parte de su caravana. Era Karfa-Tora hombre instruido, y como estaba leyendo á los que le acompañaban un libro árabe, me preguntó sonriendo maliciosamente si comprendia aquel idioma. Contestándole que no, hizo que uno de los slates fuése á buscar un librito curioso que habia recibido de los países occidentales; al abrirlo ví con sorpresa y alegría que era un libro de oraciones en inglés, y lo leí de corrida, convenciéndose Karfa de que no era yo árabe y le habia dicho la verdad. El color amarillo y tostado de mi cútis á consecuencia de la calentura y de las insolaciones sufridas, la longitud desmesurada de mi barba, mis vestidos hechos jirones y mi aspecto de extrema pobreza inducian ciertamente á dudar que fuese europeo; de manera que Karfa y sus compañeros me habian tenido por árabe disfrazado, pero la lectura del libro inglés desvaneció todas sus sospechas. Díjome Karfa que durante muchos meses era imposible atravesar el desierto de Jalonka porque cortaban el camino ocho rios de rápida y caudalosa corriente; que él pensaba marchar así que estuviesen vadeables y quemadas las malezas que obstruian el paso, y que me quedase con él, añadiendo que se alegraria mucho de tenerme por compañero en su expedicion. Si os quedais conmigo, me dijo, no os faltarán víveres ni albergue, y cuando lleguemos á Gambía me pagaréis lo que os parezca. Preguntándole si bastaria el valor de un esclavo me contestó afirmativamente, y mandó barrer en el acto la choza que me destinaba. Merced á las bondades de aquel apreciable negro salí de mi deplorable situacion. Era esta tan desesperada, que al divisar de léjos la rápida corriente del Kokoro casi pude marcar con fijeza el paraje en que hubiera perecido miserablemente á no tenderme una mano protectora aquel generoso extranjero.

Arreglaron para mí una choza, colocando en ella una estera, un barreño de agua y la calabacita indispensable para beber con comodidad. Karfa me enviaba harina dos veces al dia y los esclavos tenian órden de que no me faltase leña y agua, pero nada bastaba para devolverme las fuerzas: consumíame la calentura y acrecentaba mi mal la inquietud sobre el porvenir. Viéndome triste y meditabundo, procuraba mi huésped consolarme con la esperanza de un pronto restablecimiento: No andeis miéntras haya humedad, me decia, y veréis como en breve os curais, consejo que sin duda era muy atinado, pues en cuanto cesaron las lluvias me abandonó la calentura, pudiendo ya salir de mi solitaria choza y buscar la compañía de algunos hombres apreciables, que fuerza es decirlo en honra de nuestra especie, existen hasta en las últimas gradas de la escala humana. Trasladé la estera debajo de un tamarindo, y pude por fin disfrutar desde allí el em-

balsamado ambiente de los campos cubiertos de mieses y recrear la vista con el aspecto de la tierra cultivada, comprendiendo por el placer de contemplar la naturaleza, que se restauraba mi salud, al paso que recobraba su imperio el pensamiento.

A principios de diciembre, habiendo llegado de Sego un slates del país de los sarawullis, entablé conversacion con varios de sus esclavos, y uno de ellos me pidió algo que comer. Soy extranjero, le dije, y desgraciadamente nada puedo daros.—Sin embargo, me respondió, yo os he dado de comer cuando teniais hambre. ¿Habeis olvidado ya al hombre que os dió leche en Karancalla? En efecto, lo reconocí y fuí sin demora á rogar á Karfa que me permitiese dar algunos alfónsigos á aquel desgraciado en memoria de sus beneficios. El infeliz habia sido hecho prisionero en una batalla y vendido luego como esclavo.

Karfa se ausentó de Kamalia por espacio de un mes, y durante su ausencia me confió á los cuidados de un buen anciano que servia de maestro á los jóvenes de la ciudad. Entónces pude continuar las observaciones que habia empezado acerca del clima y productos de aquel suelo, procurando al mismo tiempo obtener todas las noticias posibles sobre los ramos más importantes del comercio de Africa, que son el oro, el marfil y los esclavos (1).

Llegó por fin el 19 de abril, anhelado dia de nuestra partida. Los slates reunieron á sus esclavos delante de la puerta de Karfa, les quitaron los hierros, dieron á cada uno la carga que le correspondia y nos pusímos en marcha, componiéndose la caravana al salir de Kamalia de setenta y tres personas, esclavos y libres, contándose entre los últimos seis *gilakes*, cantores, que ejercitaron á menudo sus talentos filarmónicos, unas veces para distraernos del cansancio y otras para procurarnos buena acogida.

Por espacio de media milla nos siguió casi toda la poblacion de Kamalia, llorando algunos y estrechando las manos á sus padres ó amigos; mas al llegar á una altura desde donde se descubria la ciudad, mandóse que todos los de la caravana se sentasen á un lado del camino con el rostro vuelto al Occidente, y los de la ciudad al lado opuesto mirando hácia Kamalia. El maestro de escuela y dos de los principales slates se situaron entre los dos grupos, recitaron con tono solemne una larga plegaria, dieron tres veces la vuelta al rededor de la caravana haciendo señales en el suelo con la punta de la lanza, y terminada la ceremonia todos los viajeros se levantaron y emprendieron la marcha sin dirigir ni una palabra de despedida á sus amigos.

Despues de estar tres dias en Kenytakuro, poblacion bastante considerable, el 23 de abril al rayar el alba entrámos en el desierto de Jalonka; y al terminar la noche del 24 hicieron los buskreanos sus oraciones de la mañana y la mayor parte de los hombres libres bebieron *maning,* especie de gachas de cebada, dando tambien un poco á los esclavos que parecian ménos aptos para la fatiga. Al amanecer volvímos á ponernos en camino y anduvímos todo el dia por un desierto pedregoso que nos lastimó mucho los piés, temiendo yo que no podria seguir la caravana durante toda la jornada, aunque deseché gran parte de esta

(1) Estas interesantes observaciones de Mungo Park se encontrarán más adelante reunidas en un artículo especial.

inquietud al ver que no estaban ménos abatidos mis compañeros de viaje, particularmente una esclava que por la mañana se habia negado á tomar alimento y no tardó en irse rezagando de manera que le quitaron la carga para que la llevase otro esclavo, y la hicieron marchar al frente de la caravana.

A las once de la mañana, miéntras descansábamos cerca de un riachuelo se descubrió una colmena de abejas en un tronco hueco, y quisieron algunos aprovecharse de la miel; pero el enjambre se nos arrojó encima con furor, siendo yo quizás el único que no sufrió sus picaduras. La pobre negra Nealea, de que ántes he hablado, estaba tan abatida que sin fuerzas para huir quedó horriblemente mutilada, y aunque los slates le quitaron cuantos aguijones les fue posible y le rociaron el cuerpo con agua, llegada la hora de continuar la marcha se negó obstinadamente á andar. Apelóse entónces al látigo, aguantó con resignacion algunos azotes, luego se levantó bruscamente y anduvo con bastante vigor por espacio de cuatro ó cinco horas seguidas; pero habiendo querido abandonar la comitiva, la venció su debilidad y cayó en la yerba. Recurrióse por segunda vez al rebenque, pero fue en balde. Rogó Karfa á uno de los slates que la montasen en un asno destinado á llevar las provisiones secas; mas no pudiendo sostenerse en él, pusiéronla en una especie de litera sujetándola con tiras de corteza y así la llevaron hasta el pié de una montaña llamada Kángaro-Kuso, en donde hicímos alto para pasar la noche.

Como desde la víspera no habíamos comido más que un puñado de harina y anduvímos todo el dia bajo un sol abrasador, varios esclavos que llevaban fardos estaban sumamente cansados y algunos hacian chasquear los dedos, lo cual es entre los negros señal infalible de desesperacion. Los slates inmediatamente los aherrojaron á todos, y separando á los que daban más muestras de desaliento, les ataron las manos á la espalda. A la mañana siguiente los encontraron más animados, pero la pobre negra Nealea tenia los miembros tan tiesos y doloridos que no podia andar ni tenerse en pié, y aunque la colocaron como un cadáver sobre un asno, era tan indócil el bruto que no quiso seguir con aquella nueva carga, alzándose entónces un clamoreo general de *Kang-tegi*, *Kang-tegi* (matadla, matadla.) Para no presenciar aquel asesinato apreté el paso, y aun no habia andado una milla cuando me alcanzó uno de los esclavos de Karfa con los vestidos de la pobre Nealea al extremo del arco, diciéndome: *Nealea affilita* (Nealea ya no existe.) Karfa se opuso á que la matasen, pero abandonándola en medio del camino, indudablemente fue víctima de las fieras.

En Mana, ciudad abierta que atravesámos el 28 de abril, nos acompañó el jefe con varios de los suyos hasta la orilla del rio Negro, brazo principal del Senegal, y lo pasámos por un puente de bambúes construido de una manera muy singular. Aunque el rio es en este sitio bastante ancho, dos árboles unidos por sus extremos alcanzan de una orilla á otra, y colocando sobre ellos muchos bambúes, unos á lo largo y otros al traves, queda un puente colgante que comunica con las dos riberas formando pendientes muy inclinadas. Los habitantes de Mana recaudan de los viajeros un corto derecho de pasaje para la conservacion de aquel extraño paso.

En Malacotta, no léjos de Gambia, me enteré de varios pormenores bastante curiosos sobre la guerra que habia estallado entre Almani-Abdul-Kader, rey de

Futa-Torra, y Damel, rey de los jalofes. El rey de Futa-Torra inflamado de ardiente celo por su religion y ansioso de propagarla, envió á Damel una embajada para que se convirtiera. Acompañaban al embajador dos buskreanos llevando enormes cuchillos en la punta de un palo, y al llegar ante Damel dijo el embajador, presentándole los dos tajantes: Con este cuchillo no se desdeñará Abdul-Kader de afeitar la cabeza de Damel si este consiente en abrazar la fe de Mahoma; pero con este otro cortará Abdul-Kader la cabeza á Damel si se niega: escoja pues. El rey de los jalofes respondió que no queria que le afeitasen la cabeza ni que le cortasen el pescuezo, y por consiguiente Abdul-Kader invadió el reino de Damel al frente de un poderoso ejército. Sin embargo fue vencido y hecho prisionero, y Damel le habló entónces en los siguientes términos: ¿Si yo hubiese caido en tus manos, cómo me hubieras tratado?—Os hubiera atravesado el corazon con mi lanza, replicó Abdul, y comprendo la suerte que me espera.—Mi lanza, respondió Damel, está teñida con sangre de tus súbditos muertos en combate; podria empaparla en la tuya, pero así no reconstruiria mis ciudades ni devolveria la vida á los que han sucumbido. Serás mi esclavo. Sin embargo, á los tres meses Damel envió al rey de Futa-Torra á sus estados. ¿Serian capaces de aventajarle en grandeza y generosidad nuestros héroes de Europa?

Nos acercábamos al término del viaje. Al pasar por Baniserile se despedia de nosotros un slate natural de aquel país, el cual me invitó á parar en su casa. Recibiéronle sus amigos con estrepitosas demostraciones de alegría; estrechábanle las manos y le abrazaban cantando y bailando á su al rededor. Cuando estuvo ya sentado en la estera le presentó agua en una calabaza la jóven con quien estaba para casarse, le rogó de rodillas y llorando de alegría que se lavara las manos, y en seguida apuró toda el agua de la calabaza en prueba de adhesion y fidelidad.

Por fin, el 12 de junio á medio dia abracé en Pisania al doctor Laidley, que me recibió tan gozoso y sorprendido como si me viese resucitar de entre los muertos. Todavía conservaba aquel buen amigo el equipaje que le habia dejado, y pude apresurarme á tomar nuevamente el traje inglés y quitarme de la cara el engorroso adorno de la crecida barba. Ayudóme Karfa con mucho gusto á ponerme el nuevo equipo, pero sentia en extremo que me hubiese afeitado, pues segun decia, troqué de aquella manera mi aspecto varonil por el de un niño.

El doctor Laidley se encargó gustoso de pagar por mí las deudas contraidas desde mi salida de Gambía, y particularmente la que tenia con Karfa.

Meses hacia que no llegaban á Gambía buques europeos; como empezaba la estacion de las lluvias, aconsejé á Karfa que se volviese con la gente que habia dejado atras para acompañarme hasta Pisania; y el 14 se despidió de mí muy enternecido, diciéndole yo que esperaba verle otra vez ántes de mi marcha, no creyendo salir de Africa en todo lo que restaba de año; pero me equivoqué, pues el 15 entró en el rio el buque americano *Charleston*, en el cual me embarqué para América, trasladándome luego á Inglaterra.

MUERTE DE MUNGO PARK.

Al regresar de su primer viaje casóse Mungo Park y vivió tranquilo algunos años con su familia, cuando el conde de Buckinghamshire le escribió que pasase á Lóndres sin pérdida de tiempo. Acudió Mungo Park y el lor le manifestó que el gobierno pensaba ponerle al frente de una expedicion dirigida al interior de Africa. Pidió algun tiempo para reflexionar, pero arrastrado por sus inclinaciones tardó poco en admitir, y se ocupaba ya en los preparativos del viaje cuando retardaron su marcha las vicisitudes de la política europea en 1803. Insinuáronle entónces que podria aprovechar el tiempo estudiando los instrumentos astronómicos y aprendiendo el árabe, y lo verificó inmediatamente con un celo digno de los mayores elogios.

En 1804 trató nuestro viajero á Walter Scott que pasaba el verano con su familia en una quinta inmediata á la granja de Fowlshields, donde habitaba Mungo Park, á quien encontró muchas veces el ilustre novelista, meditando en su futura empresa por las riberas del Yarrow, sitio predilecto de sus paseos.

A últimos de setiembre de 1804 expidió el ministerio de las colonias la órden de partir, disponiendo que formasen la expedicion: 1.° Mungo Park, que recibió el nombramiento de capitan en Africa; 2.° su cuñado Anderson, nombrado subteniente; 3.° M. Scott, dibujante, algunos carpinteros y varios operarios. El decreto ministerial facultaba ademas á Mungo Park para tomar cuarenta y cinco hombres de la guarnicion de Gorea y girar contra el tesoro real hasta la suma de cinco mil libras esterlinas.

Salió la expedicion de Inglaterra el 30 de enero de 1805, el 8 de marzo entró en el puerto de Caya en las islas de Cabo Verde, despues de una travesía harto peligrosa por los corsarios franceses que infestaban aquellos parajes; y luego se encontraron ya en Kay, pequeña ciudad á orillas del Gambía, algo más abajo de Pisania, en donde se les reunió un morabito mandingo llamado Ysaac, á quien más tarde valieron su destreza y sangre fria para librarse de un cocodrilo (1), y que les fue sumamente útil, pues estaba acostumbrado á largas correrías por el interior.

(1) Vadeaba Ysaac un rio y estaba ya á punto de alcanzar la orilla, cuando le cogió un cocodrilo arrastrándolo á fondo. Para que lo soltase el horrible reptil, Ysaac le hundió vigorosamente un dedo en un ojo, y venciendo el dolor á la voracidad del animal abandonó su presa. El intrépido nadador estaba ya próximo á la orilla, cuando volvió á cogerle su enemigo. Recurrió el negro á su primera estratagema, hundiéndole esta vez los dedos en ambos ojos, y volviendo el cocodrilo á cejar, logró Ysaac ponerse en salvo.

En su última carta, dirigida á M. Eduardo Kooke, subsecretario del ministerio de las colonias, manifestaba Mungo Park gran confianza en el buen éxito de su empresa, á pesar de que su situacion le inspiraba ya serios temores para lo venidero. La estacion lluviosa, que probablemente le sorprendió en su viaje, los vendabales que la preceden y el mal estado de los treinta y seis soldados que habia escogido entre la guarnicion de Gorea, eran razones más que suficientes para diferir por algun tiempo la realizacion de sus proyectos; pero temió incurrir en la censura del gobierno, y salió de Pisania el 9 de abril de 1805. El 16 de junio contaba la caravana doce enfermos de peligro, el 6 de julio se encontraron en el mismo caso todos ménos uno, y cuando Mungo Park llegó el 9 de agosto de 1805 á Bammaku en las orillas del Niger, de cuarenta europeos que compusieron la expedicion sólo vivian once; entre estos estaban muy enfermos M. Anderson y el teniente Martyn, así como M. Scott que hubo de quedarse en Kuli-Kuli, donde murió sin llegar á ver el Joliba (1).

El 21 de agosto, despues de haber obtenido de Mansong, rey de Sego, permiso para ir á Sansading, embarcóse Mungo Park en el rio con direccion á esta ciudad y en ella se proporcionó dos malos botes, construyéndolos él mismo, ayudado por uno de los tres soldados que sobrevivian á sus compañeros. El 16 de noviembre terminó la relacion de su viaje, y escribió á su suegro M. Anderson, á sir José Banks y á su mujer, revelando en estas cartas, que aun se conservan, toda su abnegacion y la entereza de su carácter. Entregó despues su diario á Ysaac, y estas son las últimas noticias auténticas del célebre viajero.

La catástrofe que puso fin á sus dias es sumamente deplorable en cuanto por la conformidad de las noticias recibidas no cabe duda de que habia llegado por el Joliba hasta mucho más allá de Tombuctú y que pereció en aquel rio, ignorándose si naufragó ó fue asesinado por los indígenas. Dicen unos que los cristianos llegaron á la ciudad de Yauri en el reino de Yaur, y que allí compraron provisiones enviando un regalo al rey, quien les mandó decir que aguardasen la llegada de un mensajero suyo, pero que asustados y recelosos por tal contestacion, se embarcaron á toda prisa llegando hasta un lugar llamado Bosa ó Busa, en donde se estrelló su esquife contra una roca y perecieron todos ahogados. Otras

(1) Por lo general los gobiernos no se paran á discurrir qué clase de gente se necesita para expediciones lejanas, cuyo éxito sería seguro si se compusiesen de hombres que tuvieran índole especial para el caso, esto es, bien formados, sanos y de treinta á cuarenta años de edad, que son los que mejor resisten las fatigas y privaciones. Los jóvenes sirven para los golpes de mano ó movimientos rápidos que exigen empuje y valor, pero por la misma actividad de sus funciones necesitan reparar con frecuencia sus fuerzas. Las exigencias de su nutricion son tan imperiosas que no es posible retardar el satisfacerlas; su exquisita sensibilidad agota rápidamente su vigor, su imaginacion exaltada choca contra los obstáculos y dificultades, su inexperiencia no les permite juzgar el porvenir, los tropiezos acaban con sus ilusiones abatiendo sus facultades morales y cuando atraviesan países insalubres, su constitucion esencialmente nerviosa y la falta de costumbre en arrostrar la diversidad de climas les entregan sin defensa á las enfermedades. Los soldados de edad madura que han observado buena conducta y los viejos marinos bien conservados, son los más á propósito para resistir los calores tropicales y el frio de las regiones polares; de suerte que á ellos deben recurrir los jefes de expediciones como esta, añadiendo á semejante precaucion vastos conocimientos médicos. Fuera de los momentos de derrota, casi siempre podrá conciliarse el deber con la prudencia y prevision.

relaciones más extensas inducen á creer, que perseguidos por el rey de Yauri, y atacados por los indígenas que se habian emboscado tras de una roca, se arrojaron Mungo Park y sus compañeros al rio y fueron arrastrados por la rapidez de la corriente. Este relato de un testigo desinteresado concuerda con la narracion más minuciosa que el negro Amadi-Fatuma, criado de Mungo Park, hizo á Ysaac poco ántes de la catástrofe que terminó su vida.

SENEGAMBIA.

OBSERVACIONES
SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS NEGROS
y condicion de los esclavos.

En la relacion de su viaje ha introducido Mungo Park apreciables observaciones acerca de los hábitos de los negros, orígen de la esclavitud y situacion de los esclavos en aquellas comarcas. Aquí presentamos reunidas dichas observaciones con algunos comentarios á que dan márgen.

Al aparecer una nueva luna, que suponen recien creada, rezan una corta plegaria todos los negros, sean idólatras ó mahometanos, siendo este el único culto ostensible que los primeros tributan al Sér Supremo. Pronuncian la oracion en voz baja, cubriéndose el rostro con las manos; y su objeto, segun general opinion, es dar gracias á Dios por los favores dispensados durante la pasada luna y pedir la continuacion de su gracia miéntras dure la que empieza. Cuando han acabado de orar, escupen en las manos y se frotan con ellas la cara, ceremonia semejante á la que en tiempo de Job practicaban los paganos.

Son tan limitadas las ideas de los negros acerca de la geografía, que consideran el orbe como una llanura infinita, cuyos límites no ha llegado á vislumbrar el ojo del hombre por estar envueltos entre nubes y rodeados de tinieblas. Dicen que el mar es una inmensa corriente de agua salada, que en sus riberas se encuentra la region de *Tobodo-Du*, tierra de los blancos, y algo más allá otro país llamado *Djong-Sang-Du* (comarca donde venden esclavos), suponiéndolo habitado por caníbales de gigantesca estatura que se denominan *kumis*. Los negros están persuadidos de que su patria es el mejor país del mundo y que ellos forman el pueblo más venturoso, de manera que compadecen á las demas naciones colocadas por la Providencia en territorios ménos fértiles ó dotados de clima más riguroso. Aunque tienen gran fondo de supersticion y estriban en una ridícula credulidad, merecen tenerse en cuenta varias de las ideas religiosas que allí dominan: y despues de muchas conversaciones que con hombres de todas clases tuvo Mungo

Park acerca de sus dogmas, no titubeó en asegurar que es general entre ellos la creencia en Dios y en un estado futuro de penas y recompensas.

En pocas partes habrá hombres que trabajen con más ahinco que los mandingos, cuando es menester; pero no pudiendo beneficiar los productos sobrantes, se contentan con cultivar el pedazo de tierra necesario para su subsistencia. Las labores del campo les ocupan bastante en la estacion lluviosa; y durante la sequía se dedican á la pesca los que viven á las orillas de algun rio, usando nasas de mimbre ó redes de algodon. Para conservar el pescado lo curan al sol y luego lo untan con manteca de *Chi* (Shea), á fin de que no se enmohezca. Otros se dedican á la caza con arcos y flechas, en cuyo manejo alcanzan tan rara habilidad que á gran distancia parten en un árbol un lagarto ó cualquier animal del mismo y aun menor tamaño. Sus flechas de caza no están envenenadas, pero suelen estarlo las destinadas á la guerra.

El arte de tejer, teñir y coser es comun entre ellos, y poseyéndolo todos, no se considera como profesion particular de los que lo practican. Los herreros africanos saben fundir el oro por medio de una sal alcalina que sacan de la lejía de tallos de maíz carbonizados, evaporándola despues hasta verla enteramente seca. Tambien fabrican hilos de oro y de ellos labran varios adornos con mucha maestría y buen gusto.

Sus principales instrumentos de música son: el *kunting*, especie de guitarra con tres cuerdas; el *korro*, arpa grande de diez y ocho cuerdas; el *simbing*, arpa pequeña de siete cuerdas; el *balafo*, instrumento compuesto de veinte clavijas de madera muy dura, bajo las cuales colocan varias calabazas secas y cortadas en forma de conchas; el *tangtang*, que es un tambor abierto por abajo; el *tabala*, bombo que suelen emplear para esparcir la alarma por el país; y por último flautines, cuerdas de arco, dientes de elefante y campanas. En sus bailes y conciertos son parte indispensable del coro las palmadas.

No carecen los negros de método para el tratamiento de sus varias dolencias. En el primer acceso de calentura y cuando el enfermo se queja de frio, acostumbran ponerlo en una especie de baño de vapor que forman extendiendo algunas ramas de *nauclea orientalis* sobre cenizas muy calientes: envuelven al enfermo en una gran sábana de algodon, y luego rocian las ramas con algunas gotas de agua, las que penetrando por los huecos hasta las cenizas calientes, desprenden una nube de vapor entre la cual queda el paciente hasta apagarse el rescoldo. Con este procedimiento, que produce abundante traspiracion, se alivia casi siempre el enfermo. Los demas achaques á que están sujetos los negros son el tétanos, la elefantíasis y una lepra de mal carácter que se manifiesta al principio por manchas escorbúticas en distintas partes del cuerpo, acabando por fijarse en las manos y piés, cuya piel se seca y agrieta hasta que los dedos se hinchan, ulceran y destilan un pus acre y fétido, las uñas se caen, los huesos se carian y se desprenden de las coyunturas, progresando el mal hasta perder el paciente todos los dedos de manos y piés; y aun hay ocasiones en que los miembros caen destruidos por esta cruel enfermedad que los negros llaman *balla-ju* (incurable).

Los que habitan en la costa y pueden procurarse lancetas se sangran algunas veces; y en los casos de inflamacion local usan unas ventosas muy singulares. Al efecto practican incisiones en la parte afectada y le aplican luego un cuer-

no de buey con un agujerito en la punta: el operador se pone un pedazo de cera en la boca, extrae el aire del cuerno con los labios y por medio de la lengua cierra despues el agujerito con la cera. Así suele obtenerse el resultado apetecido, provocando una supuracion abundante.

Un solo caso recuerda Mungo Park en que las mujeres africanas hayan manifestado mal corazon (1), pues en medio de su mayor miseria y en todas sus correrías las halló siempre bondadosas y compasivas. Lo primero que las mandingas enseñan á sus hijos es el amor á la verdad, de manera que una infeliz, cuyo hijo sucumbió á manos de bandidos moros, se consolaba en su justo y acerbo dolor recordando que nunca habia mentido el jóven en el curso de su inocente vida. No siempre llevan los negros el nombre de sus padres, y con frecuencia usan otro emanado de alguna circunstancia local ó personal. Así, por ejemplo, el protector de Mungo Park en Kamalia se llamaba *Karfa*, palabra derivada de la que significa *sustituir*, porque nació poco despues de morir uno de sus hermanos. Otras veces expresa el nombre las buenas ó malas cualidades del individuo; como *Fadiba*, padre de la ciudad, *Modi*, buen hombre. Ademas de su nombre, tiene cada negro un *kontong* ó apellido que denota la familia ó tribu á que pertenece; y algunas de ellas son muy numerosas y pudientes.

En las riberas del Gambia las mujeres se cubren la cabeza con el *djalla*, tira angosta de algodon que parte de la frente y da vueltas al rededor de la cabeza. En Bondou usan ademas algunas sartas de abalorios ó cuentas de vidrio blanco con una plaquita de oro en medio de la frente; en Kason se adornan la cabeza con varias conchitas blancas que colocan de una manera harto elegante: y en Kaarta y Ludamar se levantan extraordinariamente los cabellos, como ántes hacian las inglesas, por medio de una almohadilla adornada con ciertos corales del mar Rojo que venden muy caros los peregrinos de la Meca.

Los negros mahometanos han adoptado sucesivamente, ademas de los preceptos religiosos del Alcoran, varias instituciones civiles del Profeta; y cuando su ley no les parece bastante explícita, acuden á un comentario titulado *Al Scharra*, que contiene, segun dicen, una exposicion completa y bien ordenada de las leyes civiles y criminales del islamismo.

La necesidad de recurrir con frecuencia á leyes escritas que aun desconocen por completo los negros paganos, ha dado orígen á una clase que Mungo Park no esperaba encontrar en Africa, la de abogados ó intérpretes de la ley, que pueden comparecer en juicio para representar al acusador ó al acusado, lo mismo que en los tribunales de la Gran Bretaña. Estos abogados negros son mahometanos y aparentan dedicarse con particular esmero á estudiar las leyes del Profeta, pudiendo asegurarse por su condúcta que en el arte de enredos y sutilezas igualan á los más hábiles pleitistas de Europa.

Durante la permanencia de Mungo Park en Pisania tuvo lugar un proceso en que los jurisconsultos mahometanos pudieron lucir todo su saber y destreza. Versaba la cuestion sobre un asno perteneciente á un negro serawulli que habi-

(1) Debe referirse á las negras con quienes tuvo más frecuente trato, pues de lo contrario semejante asercion quedaria desmentida por su propia historia en lo tocante á las mujeres árabes.

taba en los cantones inmediatos al Senegal. Este asno penetró en el campo de un mandingo causando tan considerables destrozos, que el propietario sacó su cuchillo y lo mató. Inmediatamente convocó el serawulli al tribunal y pidió que se le indemnizase de la pérdida, que estimaba en mucho; pero aunque el mandingo confesaba que dió muerte al asno, negábase á toda indemnizacion, sosteniendo que los perjuicios igualaban cuando ménos al precio que se le pedia por el animal. Esto era lo que debia probarse; pero los sabios letrados consiguieron embrollar el asunto de tal manera, que despues de pasar tres dias en incesantes discusiones, se separaron los jueces sin fallar, quedando citados para otra audiencia.

En Africa, segun Mungo Park, los esclavos y hombres libres están en la proporcion de tres á uno, existiendo acerca de los primeros algunas reglas establecidas por el hábito, cuya violacion sería muy vergonzosa. Por ejemplo, los esclavos domésticos ó nacidos en casa del dueño son tratados con más blandura que los comprados, y la autoridad del amo sobre ellos no se extiende más allá de una correccion razonable. El dueño de un esclavo no puede venderle sin citarle á juicio ante los jefes del lugar; en tiempo de carestía se permite al amo vender uno ó más esclavos para la subsistencia de su familia y en algunos casos de insolvencia se apoderan los acreedores de los esclavos domésticos, cuyo dueño puede venderlos para pagar sus deudas. Estas son las únicas ocasiones en que Mungo Park recuerda haber visto á los domésticos expuestos á la venta sin culpa suya; pero no hay semejantes restricciones respecto á los prisioneros de guerra y esclavos adquiridos por compra.

Los hombres libres disfrutan grandes ventajas sobre los esclavos, hasta en la guerra; pues suelen ir mejor armados y montados, pudiendo luchar ó huir con alguna esperanza de salvacion; miéntras que los esclavos, sin más armas que el arco y la lanza y cargados con los bagajes, son fácil presa para el enemigo. Así es que Mansong, rey de Bámbara, durante su guerra con el de Kaarta cogió en un solo dia novecientos prisioneros y entre ellos apénas habia unos setenta hombres libres. Ademas, cuando cae prisionero uno de estos, lo rescatan sus amigos dando algunas veces por él dos esclavos, recurso que estos no tienen en igual caso. Los slates que compran esclavos en el interior para venderlos en la costa, prefieren siempre los que han vivido desde su infancia en la esclavitud, porque saben que, acostumbrados al hambre y cansancio, resisten mucho más que los recien cautivados las penalidades de un viaje largo y dificultoso. Si el hombre libre se convierte en esclavo, es por guerra, hambre, insolvencia ó delito.

La guerra es en Africa de dos especies que se distinguen por sus nombres. La más parecida á las guerras de Europa se llama *kill*, que significa *llamar fuera*, porque suele ser declarada y abierta. El kill termina casi siempre en una sola campaña y muchas veces en una sola batalla, pues los vencidos entregados á un terror pánico no piensan en reorganizarse, sino en huir, y no queda á los vencedores más trabajo que atar á los prisioneros y recoger el botin. Si entre los cautivos hay algunos que por sus achaques ó edad no sean de fácil venta, se les da por inútiles; y Mungo Park sospecha que con frecuencia son asesinados, suerte que cabe tambien á todo jefe ó personaje de mucha representacion. Teniendo en cuenta semejante sistema de exterminio, sorprende la prontitud con que se re-

construyen y pueblan las ciudades destruidas por la guerra; y sin duda debe atribuirse á que los combates son poco mortíferos, porque el más débil comprendiendo su impotencia busca la salvacion en la fuga sin apelar casi nunca á las desesperadas hazañas que en otros pueblos dicta el pundonor. Cuando el enemigo abandona el país devastado, los moradores que se han salvado de la muerte y de la esclavitud regresan con precaucion á sus antiguos hogares; pues el amor al país natal, el deseo de terminar la ancianidad donde principió la infancia, son sentimientos naturales á todos los hombres; y el negro particularmente los experimenta con tal fuerza que para él no hay agua más dulce que la de sus pozos, ni sombra más fresca que la del *tabba* de su pueblo.

El otro género de guerra conocido en Senegambia se llama *tegria*, (saqueo ó robo), y por lo comun nace de rencores hereditarios entre los habitantes de un distrito. Las hostilidades carecen en tal caso de razon determinada y las rompen los negros sin prévio aviso, espiando las ocasiones para perjudicar con sorpresas y saqueos á los que aborrecen. Estas excursiones son muy frecuentes en la estacion seca, cuando por haber terminado la cosecha están los frutos abundantes y baratos. El jefe reune en fiestas públicas á sus vasallos, observa cómo manejan la lanza, calcula su número, contempla su ardor bélico, y orgulloso con su poderío medita el modo de vengar algun insulto del vecino estado. La expedicion se lleva á cabo con gran sigilo por un corto número de hombres resueltos que, capitaneados por un jefe animoso é inteligente, atraviesan los bosques, sorprenden de noche algun pueblo indefenso, cautivan á los habitantes, saquean sus moradas y huyen ántes de que los vecinos puedan socorrer á las víctimas de semejante tropelía.

Miéntras estaba Mungo Park en Kamalia se suscitó grande alarma en la poblacion por un ataque de esta índole. El hijo del rey Fula con quinientos jinetes atravesó cautelosamente los bosques situados al Sur de Kamalia, y á la mañana siguiente saqueó tres pueblecitos pertenecientes á Madiga, poderoso jefe del Jallonkadu. El negro que por estos combates cae en poder de su enemigo es esclavo de su vencedor que se queda con él ó lo envia á lejanos países para venderlo; haciendo casi siempre lo primero con los domésticos de carácter apacible y particularmente con las jóvenes, y lo último con los descontentos y con todos los que han tomado parte activa en la guerra, libres ó esclavos, siendo irremisiblemente entregados á los slates ó condenados á muerte.

De manera que la guerra es la causa más general y fecunda de esclavitud, y de ella procede muchas veces la carestía que es la segunda, pues el libre se esclaviza para no morir de hambre.

Tambien es causa de esclavitud la insolvencia, pues á este delito, si tal puede llamarse, imponen aquella pena las leyes africanas. Los demas crímenes sujetos á igual castigo son el asesinato, adulterio y hechicería, cuya perpetracion, segun Mungo Park, es poco comun. Cuando por una de estas causas se convierte un hombre libre en esclavo, dura la esclavitud toda su vida, y sus hijos, si lo son de mujer esclava, sufren igual suerte.

Así quedan delineados los principales rasgos del sistema que sobre la esclavitud domina en Senegambia, cuya naturaleza y extension demuestran que no es de institucion moderna. Su orígen se remonta probablemente á los tiempos más

remotos, siendo muy anterior á la época en que los mahometanos se abrieron paso al traves del desierto. Hasta que punto, añade Mungo Park, lo sostiene y fomenta el comercio de esclavos que de dos siglos acá hacen los europeos con los naturales de la costa, no me toca examinarlo; pero si se me pregunta qué influencia ejerceria la cesacion de este tráfico en las costumbres de Africa, no vacilo en decir que, atendida la ignorancia en que viven sus habitantes, los efectos de semejante medida no serian, segun mi parecer, tan ventajosos ni importantes como esperan muchos hombres de buena fe y generosos sentimientos.

La opinion de Mungo Park es harto fundada. No cabe duda de que la cesacion del tráfico de esclavos por los europeos no bastará *por sí sola* para destruir la esclavitud en Africa; pero es evidente que faltando este comercio, el valor de los esclavos entre los negros disminuiria muchísimo y á la par se iria amortiguando el afan de procurárselos. Para abolir la esclavitud en Africa sería necesario trasplantar ántes una civilizacion ilustrada y filantrópica; pero no porque subsista en aquellos pueblos una institucion bárbara habrá disculpa para que la fomenten é imiten naciones que blasonan de cultas y cuya conducta, en razon á su misma cultura, es cien veces más execrable que la de los toscos hijos de los desiertos y selvas.

VIAJES, ESCLAVITUD Y RESCATE

DE BEN SALOMON, PRÍNCIPE DE BUNDA.

Ya que de la esclavitud se trata, como no es posible dejar de hacerlo al recorrer los países en que se sostiene, refiramos la interesante historia de un esclavo ántes de continuar nuestro viaje por la Senegambia.

En 1734 estaba en Lóndres, á donde le condujera su próspera y adversa fortuna, un negro llamado *Job Ben Salomon*, natural de Bunda en el país de los jolofes. Su abuelo Hibrahema, Ibrahim ó Abraham, fundó aquella ciudad bajo el reinado de Abubeker, soberano entónces de Futa, que le otorgó la propiedad y gobierno de Bunda con el dictado de *alfa* ó gran sacerdote y con la facultad de hacer leyes, por una de las cuales eximió de la exclavitud á cuantos buscasen asilo en el nuevo establecimiento, privilegio que contribuyó no poco á poblarlo en breve tiempo, á pesar de ser aplicable sólo á los mahometanos. Despues de su muerte las dignidades de gran sacerdote y príncipe, hereditarias en su familia, pasaron á Salomon, padre de Job; y al mismo tiempo moria el rey Abubeker y le sucedia el prín-

cipe Felaci su hermano, padre ya de un jóven que confió á Salomon, para que le enseñase el Alcoran y el árabe; de manera que Job vino á ser condiscípulo del jóven príncipe, el cual heredó pronto á su padre Felaci y reinaba todavía en 1735.

A los quince años asistia Job á su padre en calidad de *iman* ó vicario, y á la misma edad se casó con la hija del alfa de Tombuctú que tenia once años. A los trece, sin embargo, le dió un hijo que se llamó Abdalla y poco despues otros dos, á quienes dieron los nombres de Ibrahim y Sambo. Dos años ántes de su cautividad tomó otra mujer, hija del alfa de Tonga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. De suerte que al salir Job de Bunda se componia su familia de dos mujeres y cuatro hijos.

En febrero de 1730, sabedor el padre de Job de que habia llegado al Gambia un buque mercante, envió á su hijo con dos criados para vender algunos esclavos y facilitarse varias mercancías de Europa, encargándole mucho que no atravesase el rio, por ser mandingos y enemigos del reino de Futa los ribereños del otro lado. Mas como Job no pudo ponerse de acuerdo con Pike, capitan del negrero inglés, mandó sus dos criados á Bunda para dar cuenta á su padre del estado de los negocios y manifestarle al propio tiempo que su curiosidad le llevaba á viajar por el país, á cuyo objeto hizo trato con el mercader negro Lumein Joa, versado en la lengua mandinga, para que le sirviese de intérprete y guia. Pasó el Gambia, y en la opuesta orilla vendió sus esclavos por algunas vacas.

Un dia en que el calor le obligó á descansar, colgó de un árbol sus armas, que eran un sable con puño de oro, un puñal tambien de oro y una aljaba llena de flechas, regalada por el rey Sambo, hijo de Felaci. Quiso su mala suerte que pasara por allí una partida de bandoleros mandingos; y viéndole desarmado, se le arrojaron encima, le sujetaron, haciendo lo propio con su intérprete, y poco despues empezaron á afeitarle la cabeza y la barba, lo que consideró Job como el insulto más afrentoso, aunque de seguro pensaban ménos en insultarle que en hacerlo pasar por esclavo y prisionero de guerra.

El 27 de febrero le vendieron con su intérprete al capitan Pike y los entregaron el 1.° de marzo. En cuanto Pike supo que Job era el mismo con quien tratara pocos dias ántes y sólo por traicion se encontraba esclavo, consintió en que se rescatase con su compañero, para lo cual Job envió á decir á un amigo que su padre tenia cerca de Juar, que diera aviso de su desgracia á Bunda; pero como la distancia era de quince jornadas y el capitan tenia prisa por darse á la vela, llevó al infeliz príncipe á Maryland en América entregándolo á Miguel Denton, factor de M. Hunt, acaudalado comerciante de Lóndres. Desvanecióse para Job toda esperanza; ya no le volveria á ver su anciano padre; sus jóvenes esposas, sus hijos y su patria no serian para él sino tristes y dolorosos recuerdos. Tuvo por único consuelo el encuentro con algunos de sus compatriotas, por quienes supo que su padre habia enviado varios esclavos para su rescate, y que Sambo, rey de Futa, declaró la guerra sin más objeto que vengarle.

El factor Denton lo vendió á un mercader de Maryland llamado Tolsey, que al principio lo empleó en uno de sus ingenios, pero notando en breve que era poco á propósito para la fatiga, hizo más llevadera su situacion encargándole los ganados. Bastante libre en este empleo, con frecuencia se retiraba Job al fondo

de un bosque para rezar, y allí le descubrió un jóven blanco, que divirtiéndose en atormentarle le arrojó un puñado de lodo á la cara. Este tratamiento humillante y su ignorancia de la lengua inglesa, que no le permitia quejarse á nadie, le sumió en tal desesperacion, que no concibiendo nada más terrible, determinó escaparse y atravesó los bosques á la ventura hasta el condado de Kent en la bahía de Delaware, donde le detuvieron en junio de 1731. Como carecia de pasaporte y no podia explicarse le llevaron á la cárcel, en virtud de la ley que entónces regía contra los negros fugitivos.

Bluet, establecido á la sazon en aquel país y que más tarde escribió el relato de los infortunios de Job, tuvo como otros mercaderes curiosidad de verle. En contestacion á varias señas que se le hacian, escribió Job dos ó tres lineas en árabe, y leyéndolas despues, pronunció de manera que lo entendieron todos las palabras Alá y Mahoma; circunstancia que unida á la de no aceptar un vaso de vino que le presentaban, le dió á conocer por mahometano, pero sin poder atinar quién fuese y por qué se encontraba en aquel sitio, contribuyendo á excitar la curiosidad su fisonomía y modales que le distinguian de un esclavo vulgar.

Encontrábase entre los negros del país un anciano jolofe que entendió su idioma, y explicando á los ingleses el motivo de su fuga, les dijo el nombre de su amo, á quien escribieron en el acto. Fué Tolsey en persona á buscar á Job, le trató con mucha dulzura, le llevó otra vez á su casa, donde destinó un lugar cómodo para los ejercicios de su religion é hizo cuanto era dable para mitigar el rigor de su desdicha. Aprovechó Job la bondad de su amo para escribir á su padre una carta que remitieron á Miguel Denton para entregarla al capitan Pike en el primer viaje que hiciera á Africa; pero habiendo salido Pike para Inglaterra, envió Denton la carta á M. Hunt, el cual hubo de esperar otra ocasion, porque para colmo de desgracias ya se habia dado Pike á la vela cuando llegó á Lóndres el mensaje.

En este intervalo, viendo el célebre Oglethorpe la carta de Job, la hizo traducir en Oxford, y le conmovió tanto su lectura, que entregando una suma bastante considerable á M. Hunt, recabó de él que enviase á buscar á Job para verle en Inglaterra. Sin demora escribió M. Hunt á su factor en América, quien rescató á Job de Tolsey y lo embarcó en el *Williams* mandado por el capitan Wright, haciendo el viaje en el mismo buque Bluet, autor de su historia.

Durante la travesía acabó Job de aprender el inglés lo bastante para entenderlo y explicar parte de sus ideas, granjeándose con su conducta y modales el aprecio y amistad de todos. Era de hermosa presencia, de cinco piés y diez pulgadas de estatura, bien formado y de buena constitucion; pero sus abstinencias religiosas que observaba con rigor y las penalidades sufridas le habian puesto flaco y débil, sin destruir lo agradable de su fisonomía. Tenia los cabellos largos, negros, naturalmente rizados y muy distintos de los que suelen caracterizar á su raza. Sus cualidades morales eran excelentes; tenia recto criterio, feliz memoria, fácil comprension, y á pesar de las preocupaciones de su secta raciocinaba con mucha moderacion é imparcialidad, notándose en sus palabras una rectitud, buena fe y veracidad extraordinarias. Su penetracion se reveló en muchas ocasiones; concebia fácilmente el mecanismo de los instrumentos, y un dia, despues de enseñarle un péndulo y un arado, le entregaron las piezas separadas y volvió á unirlas sin auxilio de nadie.



Un jóven blanco le arrojó lodo al rostro.

Su retentiva era tan portentosa que habiendo aprendido de memoria el Alcoran á los quince años, hizo de él tres copias miéntras estuvo en Inglaterra, sin más original que el que llevaba en su cabeza y sin valerse siquiera de la primera copia para hacer las demas. Cuando le hablaban de un olvido, se sonreia como si tratasen de una debilidad desconocida. Su carácter era formal pero alegre, constantemente amable con un poco de vivacidad, compasivo y sensible, comprendiendo fácilmente en la conversacion el valor de una broma.

Su aversion á la pintura era tal que costó mucho conseguir su retrato. Cuando estuvo terminada la testa, habiéndole preguntado con qué traje queria que se le pintase, contestó que con el de su país; pero manifestándole que era imposible sin ver el vestido de que hablaba, respondió: Pues ¿cómo se atreven vuestros pintores á representar á Dios si tampoco le han visto nunca?

Su religion era la de Mahoma; pero rechazaba la creencia de un paraíso sensual y otras tradiciones admitidas por los turcos, siendo la base de sus principios la unidad de Dios, cuyo nombre jamas pronunciaba sin hacer alguna demostracion particular de respeto. Las ideas que profesaba sobre el Sér Supremo y una existencia futura parecieron á los ingleses muy justas y atinadas, estando tan persuadido de la unidad divina, que era imposible argumentar con él acerca de la Trinidad sin exasperarle.

Al llegar á Lóndres en abril de 1733 no encontró al generoso Oglethorpe que habia salido para Georgia; pero M. Hunt le proporcionó una habitacion en Lime-House. Al regresar Bluet del campo donde pasó algun tiempo fué á visitarle y le encontró muy abatido, porque muchos pretendian comprarle; y el temor de que pusieran un precio demasiado alto á su rescate, ó que sus nuevos amos le mandasen á lejanas tierras le tenia muy inquieto. Bluet obtuvo permiso de M. Hunt para llevárselo á su casa de Cheshunt, en el condado de Herdford, prometiendo no disponer de él sin consentimiento de su amo.

Encantados de su conversacion y compadecidos de sus infortunios le agasajaron y regalaron las gentes de la comarca, y muchos hubo que propusieron una suscricion para pagar su libertad; llevóse á cabo la idea, y poco tardó Job en verse libre y confiado á la Compañía de Africa que se encargó de hospedarle y mantenerle hasta su partida. Así vivió algun tiempo tranquilo y satisfecho, ocupándose en visitar á sus amigos y bienhechores. El caballero Hans-Sloane era uno de ellos, le empleaba muchas veces en traducir manuscritos árabes, y un dia que estaba en su casa manifestóle Job vivos deseos de ver á la familia real. Prometió el caballero satisfacerle cuando tuviese un traje á propósito para presentarse en la córte; é inmediatamente le dieron sus amigos uno de seda al uso de su país, con el cual fue presentado á los reyes y príncipes. La reina le regaló un hermoso reloj de oro, y el mismo dia le convidó el duque de Montagne á comer con él y otros señores que se reunieron despues para ofrecerle una suma bastante considerable. El duque le llevaba á menudo á su casa de campo; allí le presentaba instrumentos de agricultura y jardinería, encargando á los empleados que le enseñasen su uso, y cuando Job estuvo para marcharse, el mismo personaje mandó construir para él muchos de aquellos instrumentos, encajonándolos y embarcándolos con otros regalos de varias personas, por valor de quinientas libras esterlinas. Por último, despues de catorce meses de residencia en Lóndres, en

julio de 1734 se embarcó Job en un buque de la Compañía que se daba á la vela para el Gambia.

El 8 de agosto desembarcó en el fuerte inglés, y como iba especialmente recomendado por los directores de la Compañía al gobernador y factores de la colonia, le recibieron con suma deferencia y cortesanía. Esperando encontrar alguno de sus compatriotas en Joar, á siete jornadas de Bunda, salió el 23 en una chalupa con M. Moore, que iba á tomar posesion de aquella factoría y á quien se debe la continuacion de las memorias de Job.

El 26 por la tarde llegaron á la bahía de Damasena. Estaba Job sentado debajo de un árbol con los ingleses cuando vió pasar á siete ú ocho negros del país, de los que le cautivaron á treinta millas de aquel sitio, y tal ira le produjo su vista que á pesar de su carácter apacible apénas pudo contener el primer impulso de disparar contra ellos sus pistolas, pero M. Moore le desvaneció esta idea demostrándole la imprudencia y peligro de su proyecto, y mandando acercar á los negros les hizo varias preguntas, sobretodo acerca de su rey, que fue uno de los que asaltaron á Job. Contestaron los negros que el príncipe murió á consecuencia de habérsele disparado una de las pistolas que comunmente llevaba colgadas del cinto, y como aquella arma procedia del capitan Pike y era uno de los objetos recibidos por precio de Job, ébrio este de alegría cayó de rodillas y dió gracias á Mahoma por haber destruido á su enemigo con el mismo instrumento que sirvió para pagar su crímen. Ved, dijo á M. Moore, el cielo no ha aprobado que ese hombre me hiciera esclavo; pero se lo perdono, porque á no haber sido vendido no sabria el inglés, no tendria las mil cosas útiles y preciosas que poseo, no habria visto la Gran Bretaña, ni adquirido tan generosos amigos.

Habiendo llegado á Joar el 1.° de setiembre, el 14 expidió Job un expreso á Bunda para anunciar su regreso. Era el mensajero un conocido *fuli* suyo que manifestó al verle extraordinaria alegría y no ménos admiracion, pues quizá fue Job el primer africano á quien se veia regresar del cautiverio. Mandó este decir á su padre que no saliese á recibirle porque el viaje era demasiado largo, y segun el órden de la naturaleza, los jóvenes debian ir al encuentro de los ancianos. Remitió al mismo tiempo algunos regalos á sus mujeres y encargó al fuli que le trajese el menor de sus hijos, á quien profesaba particular cariño.

Cinco meses tardó en regresar el mensajero, trayendo noticias poco satisfactorias por cierto. El padre de Job habia muerto, pero con el consuelo de saber el regreso de su hijo y la acogida que recibiera en Inglaterra; una de sus mujeres se habia vuelto á casar durante su ausencia escapándose el segundo marido al saber la aparicion del primero; y por último, durante tres ó cuatro años habia causado la guerra tantos estragos en el territorio de Bunda que ya no quedaba ganado.

Con el mensajero llegó muy gozoso uno de los antiguos amigos de Job, y estuvo conversando con él tres ó cuatro dias, sin más interrupcion que la de comer y dormir. Job hubo de esperar todavía algun tiempo ántes de ponerse en camino para su país, al cual se dirigió por fin con el gobernador inglés Hull que se trasladaba á un nuevo establecimiento más inmediato á Bunda. Antes de separarse de los europeos escribió Job algunas cartas á sus bienhechores de Lóndres,

y despues de entrar en su patria no se tuvieron más noticias de él, ó al ménos no se han hecho públicas.

CAILLÉ.

ULTIMOS VIAJES DE LOS INGLESES EN AFRICA.

Caillé ha sido uno de los viajeros más distinguidos por sus azarosas correrías en Africa, y que más han ilustrado la geografía de aquellas apartadas regiones. En sus propios relatos podrá apreciársele mejor que con cuantas noticias biográficas reuniéramos, por cuyo motivo nos limitarémos á trasladar íntegros algunos capítulos de su interesante *Viaje á Tombuctú*.

Desde mi más tierna infancia, dice, tuve decidida aficion á los viajes, y excitado por ella aprovechaba con afan todas las ocasiones y medios de instruirme; mas no bastaron mis esfuerzos para suplir la falta de una educacion esmerada, y sólo he adquirido conocimientos imperfectos. La conviccion completa de mi insuficiencia me afligia particularmente al calcular cuánto me faltaba para desempeñar la tarea que me habia impuesto; pero al reflexionar en los peligros de la empresa halagábame la ilusion de que los datos y noticias debidos á mis viajes serian recibidos con interes por el público. Animado por esta idea nunca renuncié á la esperanza de explorar algun país desconocido de Africa, y la ciudad de Tombuctú llegó á ser asunto constante de mis proyectos y blanco de mis afanes que decidí alcanzar ó perecer. Ahora que he logrado la dicha de realizar mi propósito, acaso leerá el público con indulgencia el relato de un viajero sin pretensiones que refiere sencillamente lo que ha visto y le ha ocurrido.

Nací en Manze, departamento de Deux-Sévres, en 1800, de padres poco acomodados, que por mi desgracia me dejaron huérfano en edad muy tierna. Fui educado en la escuela gratuita de mi pueblo, y en cuanto supe leer y escribir me enseñaron un oficio que tardó poco en disgustarme, gracias á las relaciones de viajes, cuya lectura absorbia todos mis ratos de ocio. La historia de Robinson me calentaba especialmente la cabeza; ardia en deseos de tener aventuras como las suyas, y abrigaba la ambicion de distinguirme por algun descubrimiento importante.

Prestáronme geografías y mapas, y como en el de Africa no veia sino países desiertos ó regiones no exploradas, este fue el que más llamó mi atencion, llegando mi aficion geográfica á convertirse en una verdadera pasion por la cual renuncié á todo; de manera que dejaba de tomar parte en los juegos y diversiones domingueras de mis compañeros para encerrarme á leer cuantos libros de viajes me podia proporcionar. Por último, manifesté el deseo de viajar á mi tio

y tutor, que desaprobó mis proyectos, pintándome con vivos colores los peligros á que me expondria en el mar, los disgustos que me esperaban léjos de mi patria y familia, haciendo lo posible para que desistiera de mi propósito; pero como este era irrevocable, volví á insistir y dejó él de oponerse.

Reducíase mi caudal á sesenta francos, y sin más recursos me trasladé en 1816 á Rochefort, donde me embarqué en la gabarra *Loire* que se dirigia al Senegal. Sabido es que este buque viajaba en conserva con la *Medusa* en la cual navegaba M. Mollien, que más adelante hizo tan interesantes descubrimientos en el interior de Africa. Nuestra gabarra, que por fortuna se apartó del derrotero seguido por la Medusa, llegó sin contratiempo á la bahía de San Luis, y de allí me trasladé á la aldea de Dakar en la península de Cabo-Verde, á donde llevó nuestra gabarra los desgraciados náufragos de la Medusa. Despues de pasar algunos meses en aquella triste residencia, nos restituyeron los ingleses la colonia, y volví á salir para San Luis.

Cuando llegué á esta ciudad organizaba el gobierno inglés una expedicion al interior de Africa, que teniendo por jefe al mayor Peddiè se dirigió al lugar de Kakondi, á orillas del Rio Nuñez, donde murió el mayor á poco de llegar, encargándose del mando el capitan Campbell y poniéndose inmediatamente en marcha con su numerosa caravana para atravesar las altas montañas de Futa-Dialon. A pesar de que perdió en pocos dias parte de las acémilas y muchos hombres, estaba resuelto á seguir adelante; pero apénas llegaron al territorio del almamí (1) de Futa-Dialon, hubieron de detenerse por órden de este soberano y pagarle una crecida contribucion para que les permitiera retroceder y pasar de nuevo los rios que con tanto trabajo atravesaron. Sufrieron tales persecuciones en la retirada que, para ponerles fin y hacer ménos embarazosa la marcha, el jefe mandó quemar las mercancías, romper los fusiles y arrojar al rio la pólvora. El capitan Campbell y varios oficiales perdieron la vida en tan desastrosa fuga no léjos del punto en que sucumbiera el mayor Peddiè, y como él fueron enterrados al pié de un naranjo en la factoría del comerciante inglés M. Bedmann. El resto de la expedicion se dió á la vela poco despues para Sierra Leona.

Al cabo de algun tiempo se formó otra expedicion á las órdenes del mayor Gray y no economizaron cuidados ni dinero los ingleses con tal que fuese más imponente y numerosa que la primera. A fin de no dar con el terrible almamí de Timbo, se dirigió por mar hácia el Gambia, subió el rio, atravesó por tierra el Uli y el Gabú y llegó hasta el Bondú; pero allí encontró un pueblo tan fanático y perverso como el de Futa-Dialon, y cuyo rey no ménos malévolo para los ingleses formuló pretensiones más exorbitantes que las del almamí de Timbo. Bajo pretexto de cierto antiguo contrato celebrado con el gobierno inglés, embargó tantas mercancías, que luego se encontró apurado el mayor Gray, y como se verá despues, hubo de enviar un oficial á la colonia para traer nuevo acopio, con la esperanza de abrirse paso por este medio.

Ignoraba yo estas desagradables noticias cuando me hablaron de la expedicion inglesa, y suponiendo que el mayor Gray necesitaria gente y acogeria benévolo mis servicios á pesar de ser extranjero, determiné llegar á Gambia por tier-

(1) Título de varios soberanos de Africa.

ra, y salí de San Luis con dos negros que regresaban á Dakar, tomando el camino que conduce de Gandiolle á la península de Cabo Verde. Viajábamos á pié, era yo muy jóven y tenia por compañeros á dos vigorosos andarines, de manera que habia de correr para seguirles con imponderable trabajo y sofocándonos de calor por un piso de arena candente y movediza. Me hubiera servido de alivio un poco de agua dulce para apagar la sed que me abrasaba, pero el agua no se encuentra sino á cierta distancia del mar, y para andar por terreno firme teníamos que estar cerca de la playa. Llenáronseme las piernas de ampollas y padecia tanto que ya no esperaba llegar con vida á Dakar, donde entrámos al fin, embarcándome inmediatamente en un bote que me llevó á Gorea.

Lo que sufrí aquel dia me hizo reflexionar en las mayores penalidades á que me expondria; de manera que á M. Gavot y los demas que se interesaban por mí no tuvieron gran trabajo en hacerme desistir de mi proyecto. Para satisfacer en parte mi deseo de viajar, aquel excelente oficial me proporcionó pasaje gratuito en un buque mercante que se dió á la vela para Guadalupe, á donde llegué con varias cartas de recomendacion y por ellas obtuve un modesto empleo que desempeñé durante seis meses.

Poco tardó en dispertarse mi aficion á los viajes, excitada por la lectura de Mungo Park; y viendo que mi complexion habia resistido á una larga permanencia en el Senegal y en Guadalupe, cobré esperanzas de ejecutar esta vez mis proyectos con buen éxito.

Salí para Burdeos, á fin de trasladarme de allí al Senegal; y á fines de 1818 llegué á San Luis con mis escasos recursos muy mermados á fuerza de inútiles correrías, pero sin desanimarme por ello. Todo era asequible para mi aventurera imaginacion, y la casualidad facilitó la realizacion de mis designios.

Enviado M. Adrien Partarrieu por el mayor Gray para comprar en San Luis las mercancías que exigia el rey de Bondú, iba á reunirse con la expedicion. En cuanto lo supe fuí á encontrarle y me ofrecí á acompañarle sin paga ni compromiso de ninguna clase por de pronto, á lo cual me respondió que nada podia prometer para lo sucesivo y que bien podia seguirle si me acomodaba. Poco tardé en decidirme, y me tuve por feliz en lograr tan favorable ocasion para recorrer desconocidas regiones y formar parte de una expedicion descubridora.

Componian la caravana M. Partarrieu, sesenta ó setenta hombres, blancos una mitad y la otra negros, y treinta y dos camellos ricamente cargados.

El 5 de febrero de 1819 salímos de Gandiolle, aldea del reino de Cayor, á poca distancia del Senegal, cuyo *damel* ó rey satisfecho con nuestros regalos mandó que se nos tratase bien, y merced á su apoyo obtuvímos hospitalidad en todas partes, mostrándose en algunas tan generosos los naturales, que nos alimentaron á todos sin aceptar la menor retribucion. Al llegar á las fronteras de Cayor encontrámos un desierto que lo separa de Ghiolof, en donde se nos dispensó la misma acogida. Estos dos reinos eran regidos ántes por un mismo soberano con el título de emperador, de manera que el damel es un mero vasallo emancipado.

Poco tardámos en echar de ménos la generosa hospitalidad de Ghiolof, pues al dejar este país entrámos en un desierto donde sufrímos toda clase de adversidades en cinco dias de marcha. Perdóneme el lector estos pormenores, únicos

que pudieron grabarse en la memoria de un jóven que en sus viajes estaba más ansioso de aventuras que de hacer observaciones.

Iban los camellos tan cargados de mercancías que sólo pudímos tomar corta cantidad de agua, y como tardó poco en escasear, hubo de limitarse á una mezquina racion por cabeza. No era la mia más abundante; pero ¿habia de quejarme yo, ente inútil admitido en la expedicion por mera condescendencia del jefe? Ningun derecho tenia á reclamar y la sed me atormentaba de una manera terrible, llegando algunas veces á la mayor extremidad, pues como no tenia cabalgadura, habia de seguir á pié. Hanme dicho posteriormente que tenia la mirada extraviada y andaba jadeando, pero lo único que yo recuerdo es que á cada detencion caia al suelo rendido y sin fuerzas ni para comer. Excitaron mis sufrimientos la compasion general, y M. Partarrieu tuvo la bondad de compartir conmigo su porcion de agua y una fruta que encontró muy parecida á la patata, cuya pulpa blanca es de agradable sabor. Luego encontrámos esta fruta en bastante cantidad, y nos sirvió de oportunísimo socorro.

Despues de emplear en balde todos los medios imaginables para apagar la sed, se puso un marinero á buscar alguna fruta; encontró una muy parecida á la que me habia dado M. Partarrieu y engañado por la semejanza la comió. Escocióle la boca como si fuera pimienta, causándole tales náuseas y retortijones que todos le tuvieron por envenenado, y cada cual se apresuró á darle un poco de agua; mas en cuanto bebió tuvo tan repentino alivio que posteriormente he sospechado no ser la tal enfermedad más que una ficcion para interesar á los demas y procurarse mayor bebida. Sin embargo, no era yo el más desgraciado, pues ví á algunos beber sus orines.

Llegámos por fin á Bulibaba, pueblo habitado por fulahs, pastores que pasan parte del año en los bosques y se alimentan con jugo del fruto del baobab. Nos pareció Bulibaba un paraíso, porque en sus alrededores encontrámos límpidos y abundantes manantiales, cuya agua bebímos con avidez y nos supo muy bien; pero la pagámos harto cara, pues los tales fulahs eran muy codiciosos. Acampámos cerca de una aldea cuyas chozas de paja en forma de pilon de azúcar truncado en la cúspide tienen tan baja la puerta que es menester entrar á gatas.

En cuanto se supo nuestra llegada salió todo el pueblo á vernos. Un fulah me pidió en *uolof*, dialecto que yo entendia, un *grigrí*, especie de talisman escrito que ellos tienen por muy eficaz para hacerse ricos, y por habérselo escrito me dió una taza de leche. Sin embargo me la pegó, pues en cuanto se marchó advertí que me habia robado una corbata de seda negra.

Como al salir de Bulibaba teníamos que atravesar otro desierto sin agua, se consideró prudente reponerse de las pasadas fatigas y permanecer entre los pastores fulahs algunos dias, pasados los cuales hicímos provision de agua, y contratados los guias pusímonos otra vez en camino.

Al cabo de media jornada llegámos á Pallar, en donde renovámos la aguada, y no siendo prudente pasar por Futa-Toro, cuyos naturales son fanáticos y ladrones, evitámos su encuentro dando un corto rodeo al Sur. Las precauciones tomadas para no carecer de agua nos tranquilizaron, el país nos pareció casi siempre muy hermoso, y contemplábamos con admiracion árboles de ex-

traordinaria altura y frondoso follaje, poblados de diversas especies de pájaros que animaban con sus gorjeos aquellas soledades. A las gratas sensaciones que nos proporcionó aquel espectáculo debióse en gran parte el olvido de nuestras penalidades, no obstante de durar nuestra marcha desde la salida del sol hasta las diez de la noche, sin más que algunos instantes de descanso en toda la jornada. Sin embargo, al quinto dia estábamos extenuados todos, nos atormentaba la sed y agotábase el agua, cuando vino en nuestro auxilio la industria europea: nos distribuyeron pastillas de menta é inmediatamente nos sentímos aliviados. La falta de agua y forraje atropellaba mucho á los camellos, cuyo alimento se reducia á algunas ramas que encontraban de vez en cuando.

Nos detuvímos en un villorrio cuyos habitantes se apresuraron á traernos algunas calabazas de agua, que prudentemente se economizaron, atendido el considerable número de hombres y animales que debian refrigerarse; y por mi parte no recibí más que el contenido de un vaso grande. Empezábamos á beber cuando cubrieron el agua numerosos enjambres de abejas y nos la disputaban pegándose á los labios y causándonos agudos dolores, á que más de una vez nos vímos expuestos en el viaje. Ocasiones ha habido de cubrir las abejas hasta tal punto los odres, que para alejarlas era preciso encender leña verde, cuyo humo no pueden resistir.

Al llegar á Bondú temia M. Partarrieu encontrarse con el almamí y queria apartarse de su habitual residencia de *Bulibané* para trasladarse pronto y directamente á Bakel; pero los habitantes de Potako, segundo pueblo que encontrámos en el camino, se opusieron á este proyecto y hubímos de hacer alto para entrar en negociaciones. Eran interminables las conferencias; estábamos junto á los pozos y no nos daban agua ni provisiones, nadie nos ofrecia miel y la guerra empezaba sitiándonos por hambre. Este sistema era el peor y más peligroso para nosotros, necesitándose no poca firmeza y resolucion para resistirlo; pero M. Partarrieu, que por cierto no carecia de aquellas cualidades, se disponia á continuar su camino en derechura hácia Bakel y estábamos ya á punto de marchar, cuando se nos presentó á caballo M. Gray, jefe de la expedicion, que sabedor de nuestra llegada venía á recibirnos y nos anunció que iríamos á Bulibané, creyendo que el almamí sería fiel á su palabra, en lo cual dió prueba de ser harto crédulo. En cuanto los indígenas nos vieron cambiar de ruta se apresuraron á dejarnos sacar agua y suministrarnos en abundancia provisiones de toda clase. Hecha la paz y de acuerdo todos, empezaron los cambios.

Al dia siguiente nos ordenaron salir por el camino de Bulibané, en cuya ciudad entrámos de noche para que no advirtiesen los habitantes la gran cantidad de mercancías que llevábamos. Iba yo á retaguardia con algunos soldados ingleses montados en asnos y estaban los pobres rendidos de cansancio, pues nunca habian hecho una campaña tan ruda, y se hubieran quedado por el camino á no impedírselo. Juntos alcanzámos, aunque algo tarde, á la caravana, cuyos individuos dormian ya en el campamento formado en los afueras de la ciudad y que consistia en un grupo de chozas de paja cercado de troncos unidos con ramas que constituian una empalizada de cuatro piés de altura. Por una imprudencia ó descuido inconcebible, que podia exponernos á las más crueles privaciones, no se habian incluido los pozos en el recinto del campamento.

Así que llegaron los jefes de la expedicion fuéron á saludar al anciano almamí llevándole ricos presentes para granjearse su benevolencia; pero hubo que repetir los regalos cada dia, porque el codicioso negro pedia incesantemente. Deseoso de verle me trasladé á su residencia, en la que penetré fácilmente y encontré al soberano de Bondú, que sentado en una estera extendida en el suelo contemplaba á un albañil negro de nuestra expedicion, que nos habia pedido á fin de que le construyera un polvorin de sillería para encerrar las municiones de guerra que le habíamos regalado.

Era el almamí un hombre de unos setenta años, con los cabellos completamente blancos, la barba muy larga y el rostro lleno de arrugas. Su traje consistia en dos paños (1) y estaba cubierto de amuletos hasta las rodillas. Miróme con indiferencia, y pareció que el trabajo del albañil ocupaba su atencion mucho más que mi persona, de lo cual me alegré muchísimo, pues así pude examinarle sin que se ofendiera.

Despues de algunos dias de permanencia en Bulibané estando en perfecta armonía con sus habitantes, hizo el mayor Gray los preparativos necesarios para abandonar aquella residencia real; pero ántes de salir se creyó obligado á visitar al almamí y le ofreció por regalo de despedida una pieza de guinea (2) y otras fruslerías. Fuese por quedar poco contento el príncipe ó por recelo de que se unieran los ingleses con los franceses para atacar sus estados, ó acaso por haber jurado no dejarnos pasar, lo cierto es que manifestó con fingida pesadumbre que no podia permitirnos el viaje á Bakel, pero sí á Cligo, con tal de atravesar sus estados y los de Kaarta; y que de lo contrario no teníamos más que tomar el camino de Futa-Toro para llegar al Senegal. Ambas rutas eran igualmente árduas y peligrosas, pues estábamos seguros de encontrar en uno y otro territorio pueblos tan fanáticos y bárbaros como los moradores de Bondú, siendo evidente que el almamí queria hacernos robar y quizá vernos asesinados. En posicion tan crítica se reunió un consejo en que predominó la indignacion excitada por la conducta del almamí, tomándose la resolucion de abrirse paso por fuerza hasta Bakel; cargáronse las acémilas y nos preparámos á marchar, pero apénas se sospechó nuestro proyecto, acudieron armados con lanzas y fusiles unos cincuenta soldados del rey que ocuparon los pozos rodeando el campamento. Teníamos poca agua á consecuencia de la imprevision ántes indicada, y no obstante la economía con que la usábamos, estaba á punto de faltarnos enteramente. En Africa es más fácil rendir una plaza por sed que por hambre.

Y no era este peligro el único que nos amenazaba, pues ya retumbaban los atabales de guerra, y á sus ecos acudian en tropel con sus jefes las tribus armadas, oyéndose por todas partes un clamoreo infernal. En ménos de dos horas se reunió un ejército dispuesto á precipitarse sobre nosotros, y juzgábase imposible la resistencia, pues no pasábamos de ciento treinta personas, impotentes contra tantos enemigos á pesar del ardor y desesperacion que á todos nos animaba. Era inútil pensar en batirse y preciso evitar por medio de nuevas negociaciones las desgracias que nos amenazaban; y así opinaron los jefes de la expedi-

(1) Tela de algodon, hecha en el país, que tiene seis piés de largo y dos y medio de ancho.
(2) Tejido de algodon blanco de la India, cuyas piezas contienen diez y seis metros (unos ochenta palmos).

cion, considerando que un combate sólo podia tener deplorables resultados, pues ademas de la pérdida de hombres y saqueo de mercancías, haria que en lo sucesivo fuesen los blancos objeto de horror y execracion en el interior del Africa. Estas prudentes reflexiones indujeron á nuestro jefe á pedir parlamento, el cual concedieron los enemigos con la seguridad y altivez de quien tiene por segura la victoria.

Nada aceptó el almamí de cuanto se le propuso. Dictó con arrogancia las condiciones de la paz, y sólo pudo obtenerse á fuerza de súplicas y regalos que nos dejase acercar todo lo posible al Senegal para no carecer de agua, manteniéndose en sus trece acerca de la ruta que debíamos seguir. Futa-Toro, ó no hay agua; tal fue su última respuesta. A todo tuvímos que someternos, aparentando gratitud. Asegurada nuestra obediencia hizo seña á los soldados que custodiaban los pozos de que se apartasen, y pudímos beber con seguridad. La zozobra en que estábamos durante las negociaciones, unida al extraordinario calor de aquellos climas, hizo que considerásemos como gran favor el permiso del almamí sobre todo para nuestras acémilas, cargadas desde la salida del sol, sin beber ni comer.

Aplazóse para el dia siguiente la marcha á Futa-Toro, pareciendo el desfile de nuestra caravana el de un convoy de prisioneros, pues galopaban constantemente á nuestro alrededor partidas de caballería para impedir que nos separásemos del camino. El almamí que era el más vigilante, pues queria cerciorarse de que tan rica presa no se escaparia de sus aliados de Futa-Toro, nos siguió hasta la primera parada, no se marchó sin haber recibido otro presente, y al alejarse encargó la direccion de nuestra marcha á varios príncipes que nos acompañaban con numerosa escolta de peones y jinetes. Llegada la noche, para que no nos embarazasen más los bagajes ni retardasen nuestra marcha se encendió una gran hoguera con órden de que cada cual arrojase en ella cuanto poseía, sin exceptuar más que la ropa absolutamente necesaria. Este provechoso sacrificio se verificó á vista de los fulahs, que inútilmente nos instaron á suspenderlo, pues en nuestra justísima irritacion contra ellos, ántes nos hubiéramos dejado matar que permitirles sacar del fuego un solo pañuelo.

Al despuntar el dia entrámos en Futa-Toro precedidos de pésima reputacion, pues los habitantes de Bondú nos habian recomendado tan bien á sus vecinos, que por todas partes encontrábamos rostros enemigos y disposiciones hostiles, hasta el punto de no dejarnos sacar agua sin fijar ántes el precio, que en varias ocasiones resultó á seis francos por botella. Si nos separábamos del itinerario marcado por nuestras convenciones con el almamí de Bondú, inmediatamente se apoderaban de los pozos, y so pena de perecer de sed habíamos de entrar de nuevo en el camino convenido. Por el contrario hubo vez que en un pueblo nos quisieron obligar á salir de la ruta que seguíamos y tomar otra que nos alejaba del Senegal. No sé cómo hubiéramos podido resistir tan inesperada violencia, pues sólo con la condicion de seguir este otro camino debian franqueársenos los pozos; estábamos todos rendidos y desanimados y dos miserables trabucos no hubieran bastado para sitiar los pozos, si Mr. Partarrieu no hubiese tenido la fortuna de atraerse á un jefe, quien nos proporcionó dos odres llenos de agua que vinieron á costar diez francos la botella. Apagada la sed, cobrámos ánimo y nos separámos de aquel sitio fatal.

En breve llegámos á otro pueblo poco distante del Senegal, con la mira de aprovechar la primera ocasion favorable para acercarnos á aquel rio; y allí nos detuvímos á celebrar un consejo en el que se resolvió acostarnos y ponernos en marcha con grán sigilo durante la noche para alcanzar las orillas del rio. Esta resolucion de Mr. Partarrieu la contradijo el mayor Gray objetando que podian atacarnos en el camino, que por haber faltado al convenio nos tratarian como á desertores y seguramente nos asesinarian, añadiendo que mejor sería trasladarse él solo con un criado á la factoría francesa de Bakel para pedir socorro. En vano se esforzó Mr. Partarrieu en demostrarle los inconvenientes de sú plan y el peligro en que su ausencia nos dejaba. Cuando los fulahs, añadió, sabrán que ya no tenemos jefe, nos mirarán como á cuerpo sin cabeza y no vacilarán en atacarnos. Todo fue inútil: á nadie escuchó Mr. Gray y se puso en camino. En cuanto amaneció, notaron los fulahs su ausencia, acudieron en tropel, gritando ¡traicion! nos hicieron terribles amenazas, é iban ya á dispararnos las armas, cuando tuvo Mr. Partarrieu la feliz ocurrencia de responder que habia reñido con Mr. Gray y preferia morir á recibirle otra vez entre nosotros. Con esto se apaciguaron los fulahs, persuadidos de que decia la verdad, y nos permitieron ir á un pueblo inmediato al rio.

En Bakel obtuvo Mr. Gray algunos negros y con ellos se puso en camino para reunírsenos; pero como nosotros, cometió la falta de emprender la marcha sin agua, y no encontrándola en el camino se dispersaron él y los suyos para buscarla. No sólo no la hallaron, sino que se perdieron por los bosques donde toparon con los fulahs: avisados estos de su salida, habian acudido en número considerable para oponerse á su reunion con nosotros, y fácilmente los aprisionaron despues de algunos disparos, quedando gravemente heridos varios negros franceses.

Poco tardámos en tener noticia de este desastre, y sin pérdida de tiempo se trasladó Mr. Partarrieu al pueblo en que estaba detenido el mayor Gray; pero de nada sirvieron los ruegos, regalos ni amenazas para lograr de los fulahs que lo soltasen, y la alegría de continuar nuestro camino sin alejarnos mucho del rio fue acibarada por el pesar de ver á Mr. Gray conducido á caballo y con buena escolta por una ruta opuesta á la nuestra. Al llevárselo no abrigaban los fulahs otra mira que la de inducirnos á seguirle y volver atras, y así como estábamos seguros de que nuestra abnegacion no daria más resultado que el de perdernos todos, nos guardámos muy bien de caer en la red tendida y aumentar inútilmente el número de víctimas.

Continuámos la marcha hácia el Norte, y despues de experimentar los mismos tormentos en varios puntos llegámos á la aldea de Adgar, distante jornada y media de Bakel. M. Partarrieu mandó hacer alto, acampó en sus inmediaciones como si intentase permanecer allí largo tiempo, fué á avistarse con el jefe y le pidió permiso para enviar sus enfermos á Bakel, con el objeto de trasladarse más fácilmente á Futa-Toro; pero observando que este proyecto contrariaba al jefe del pueblo, recurrió á una estratagema y obtuvo su consentimiento, diciendo que, por faltarle acémilas para trasportar todo su equipaje, dejaria parte de sus mercancías. Vislumbrando el jefe en esta proposicion el medio de apoderarse más tarde de un rico botin accedió á todo, é inmediatamente mandó

M. Partarrieu llenar de piedras parte de los cofres que llevaban los camellos, los cerró con llave y los envió al jefe, separando los que realmente contenian mercancías. Sabido es que los camellos acostumbran quejarse cuando se les carga, y para que así descubriesen nuestra partida, procurámos hacerlos relinchar varias noches seguidas para que los habitantes del pueblo no supiesen el momento de la evasion.

Cuando todo estuvo preparado esperámos una noche oscura, y en el instante en que juzgámos que todos dormian, nos pusímos en camino dejando en pié las tiendas, cabañas y empalizadas, y sin tocar las ollas que habian contenido nuestra cena, para que los indígenas tardasen lo posible en notar nuestra partida, cálculo hijo de una prudente prevision cuya utilidad se demostró en breve.

Parte de la caravana fué de vanguardia abriéndose paso al traves de los bosques, y el resto dirigido por M. Partarrieu y un sargento inglés encargado de los bagajes, se puso en camino una hora despues. Tanto temíamos ser descubiertos, y de tal manera conocíamos la inminencia del peligro, que nuestra marcha más parecia derrota que retirada. Por todas partes se veian cofres y bultos abandonados, y como si los animales mismos conocieran el riesgo y se interesaran en evitarlo, estaban más indóciles que nunca y corrian por los campos sacudiendo las cargas. Dos horas mortales tardámos en alcanzar á los que nos precedian, horas de alarma é inquietud durante las cuales apénas nos atrevíamos á preguntar qué se habian hecho nuestros compañeros, y nos asustaba el pensar en ello, temerosos de que les hubiesen cogido y de sufrir nosotros igual suerte. De vez en cuando se tocaba el cuerno y aquella señal de apuro en medio de la noche y de la soledad tenia algo lúgubre que nos estremecia. Ni un murmullo, ni el grito de un pájaro nocturno turbaba el profundo silencio del bosque que atravesábamos; exaltados por aquella especie de terror, á los pocos momentos empezámos á ver emboscadas por todas partes, y nuestra imaginacion convertia en armados enemigos todos los árboles y matorrales, llegando á figurársenos que cada rama inclinada era un fusil apuntado. Para hacernos oir de léjos apelóse al recurso extremo de disparar un fusil; pero al repetir los ecos el estampido, aumentóse nuestra turbacion sin esperanzas de que nos hubiesen oido. El pavor acabó por infundirnos el valor de la desesperacion, y metímos tal estruendo con los cuernos que por fin nos oyeron los que iban á vanguardia y contestaron á nuestras señales. Es indecible la alegría con que doblámos el paso para alcanzarlos. Nos reunímos todos al despuntar el dia y deliberámos acerca del partido que debia tomarse. Seguian rodeándonos los mismos peligros, pero como alejándonos del pueblo de donde saliéramos aquella noche nos acercábamos al Senegal, continuámos dirigiéndonos á aquel rio, y para llegar más pronto abandonámos los bagajes, animales y utensilios de toda clase, pues el terror nos tenia embargados á todos.

Al amanecer descubrímos un pueblecito, mas por fortuna no nos vieron sus habitantes que aun descansaban, y pudímos seguir sin contratiempo un camino pedregoso que anunciaba la proximidad del rio. La esperanza de refrigerarnos avivaba la sed y turbaba los ánimos hasta el punto de marchar siempre adelante, sin saber dónde estábamos; y mucho más hubiéramos caminado inú-

tilmente, á no ser por un negro que nos vino á mano y le obligámos á conducirnos hasta el rio. Este forzado guia nos hizo pasar junto á un campo en el que varios negros ocupados en las labores echaron á correr hácia su pueblo así que nos vieron.

A las diez de la mañana llegámos á un villorrio situado á la orilla izquierda del Senegal, á corta distancia de Bakel, y pasando de largo aprovechámos un vado poco distante para atravesar el rio, cuyas aguas aunque bajas en algunos puntos nos llegaban al cuello, de manera que hubímos de llevar la ropa en la cabeza.

Tiempo era de llegar á la opuesta orilla, pues todavía pasaban algunos de nosotros el rio cuando aparecieron en la otra parte gavillas de fulahs con lanzas y flechas. Eran los vecinos de nuestro campamento, tan furiosos por nuestro engaño, que si nos hubiesen hallado en el bosque, hiciérannos trizas. No se atrevieron á pasar el Senegal, y sin duda nos tenian por imbéciles, pues indicaron á M. Partarrieu que fuése á darles explicaciones; pero él contestó que les daria audiencia en Bakel á donde podian dirigirse. Esta invitacion les agradó poco, y en lugar de dirigirse á Bakel regresaron á su villorrio.

No bastaba haber pasado el rio para estar seguros, porque aun distaba Bakel jornada y media; mas aunque hubiera sido muy prudente ponernos desde luego en marcha, estábamos todos tan rendidos que fue menester acampar. Con la mayor tranquilidad nos echámos á dormir, seguros de que los centinelas vigilarian como era debido; pero como habian sufrido lo mismo que nosotros, tardaron poco en dormirse desatendiendo la vigilancia. Nada desagradable nos sucedió sin embargo, y al dia siguiente llegámos temprano á Bakel.

Júzguese de nuestra alegría al entrar en aquel fuerte y ver el interes con que acudieron á socorrernos los señores Dupont y Dusseaul que lo mandaban. Afectuosos cuidados, refrescos de toda clase, nada nos faltó; llegando á su colmo nuestra satisfaccion cuando vímos regresar al mayor Gray puesto en libertad por los negros, en cuanto se convencieron de que no les servia de prenda para atraernos otra vez. Hubo más: sus enviados, ménos feroces bajo los cañones del fuerte de Bakel, nos devolvieron parte de los objetos que en nuestra fuga abandonámos y ellos recogieron.

La estacion de las lluvias que entónces empezaba me fue tan funesta como á los demas. Atacóme la calentura, adquiriendo pronto un carácter muy alarmante que me hizo abandonar la expedicion, y embarquéme en el Senegal para regresar á San Luis, esperando restablecerme en esta ciudad con el auxilio de la medicina y bajo la influencia de un clima más suave; pero era el mal tan intenso que mi convalecencia fue larga y penosa, y no tuve más recurso que volver á Francia para restablecerme.

Salí efectivamente para Lorient y allí supe que el mayor Gray, despues de hacer nuevas compras de mercancías en el Senegal para continuar su viaje por el interior, fracasó en todas sus tentativas y no logró más que aumentar la enorme suma que costaban á Inglaterra aquellas expediciones. Calcúlase que las de Peddiè, Campbell y Tucken importaron por lo ménos diez y ocho millones de francos (1).

(1) Unos tres millones y medio de duros.

En 1824 volví al Senegal para probar fortuna con una corta cantidad que me adelantó M. Sourget, comerciante muy acreditado que me trató como padre y cuyo recuerdo conservaré toda mi vida.

Inútil es decir que seguia con la intencion de visitar el interior de Africa. Parecíame que ya no habia de hallar obstáculo alguno, sobretodo viendo al frente de la colonia al baron Roger, cuya filantropía é ilustracion le hacian protector de todas las empresas grandes y provechosas. Desde luego le pedí autorizacion para viajar por el interior con el apoyo y bajo los auspicios del rey. Cediendo á su bondadoso carácter, procuró entibiar mi celo y me hizo presente que era una imprudencia sacrificar las probabilidades de hacer fortuna que ofrecia mi negocio, y que mi juventud é inexperiencia podian exponer sin fruto mi porvenir y quizá mi vida. Sus observaciones conquistaron mi gratitud, pero no alteraron mi resolucion.

Insistí en marchar, añadiendo que si el gobierno no acogia mis ofertas, ántes que abandonar la empresa viajaria con mis propios y exiguos recursos; y esta resolucion impresionó de tal manera al gobernador que me concedió algunas mercancías para establecerme entre los braknas, en donde aprendí el árabe y las prácticas del culto mahometano, para penetrar más fácilmente en el interior de Africa, engañando la celosa desconfianza de sus habitantes.

En efecto, versado Caillé al poco tiempo en el idioma, usos y costumbres de los moros, fingiéndose mahometano y víctima de los cristianos, penetró solo en el interior de Africa, llegando hasta Tombuctú y alcanzando el objeto de sus afanes. De regreso á su patria, en donde obtuvo el premio que la Sociedad Geográfica de Paris tenia prometido al viajero que más útiles descubrimientos hiciera en aquellas regiones, Caillé publicó la relacion de su viaje. El artículo que sigue está extractado de su obra.

DESCRIPCION DE TOMBUCTÚ.

En 20 de abril de 1820 me puse en camino para Tombuctú con la comitiva de Sidi-Abdallahi-Chebir, dirigiéndonos al Norte. Seguíanos un tuarick de cincuenta años, montado en un magnífico caballo, y quiso apoderarse de un jóven esclavo negro; pero asegurándole los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir que aquel esclavo pertenecia á su señor, y que le daria algo si iba á verle en la ciudad, aquietóse con la esperanza del regalo y cesó en sus importunidades. Mirábame mucho aquel tunante y varias veces preguntó quién era y á dónde iba; dijéronle mis compañeros que era pobre, y no esperando ya nada de mí dejó de examinarme.

Al caer la tarde llegámos á Tombuctú. Por fin veia la capital del Sudan, objeto de mis deseos en tanto tiempo. Mi alegría era extraordinaria, y de todo corazon daba gracias al cielo por la proteccion alcanzada; pero una vez calmado mi entusiasmo, el espectáculo que tuve á la vista no correspondió á mis esperanzas. A la primera ojeada sólo se ve en Tombuctú un monton de casas de tierra mal construidas; sus alrededores son meras llanuras de arena movediza de un blanco amarillento y sumamente áridas, y el cielo toma en el horizonte un matiz rojizo muy ténue. Todo es triste en aquella naturaleza, no se oye ni el canto de un pájaro, y sin embargo es imponente aquella ciudad de negros, aquel movimiento en medio del desierto.

Fuí á hospedarme en casa de Sidi-Abdallahi que me recibió con paternal benevolencia, pues le habian enterado de las supuestas aventuras que ocasionaban mi viaje por el Sudan; y me invitó á participar de su cena, en la que nos sirvieron alcuzcuz de mijo con carnero, que tenia muy buen sabor. Seis éramos al rededor del plato y todos comíamos con las manos lo más á priesa posible. Sidi-Abdallahi era hombre de cuarenta á cincuenta años, de unos cinco piés de estatura, bastante gordo y pecoso de viruelas. Su fisonomía era respetable, grave y hasta imponente, su aspecto parecia de carácter dulce y reservado, hablaba poco y con reposo, sin que pudiera ponérsele más tacha que su fanatismo religioso. Desechando la mala costumbre de sus compatriotas, no me hizo pregunta alguna.

Al separarme de mi huésped fuí á descansar en una estera que para mí tendieron en el suelo, pero como en Tombuctú no son ménos calorosas las noches que los dias, hube de salir del cuarto que me prepararon, y me trasladé al zaguan donde tampoco pude dormir.

El dia siguiente, despues de saludar á mi huésped que estuvo muy amable, fuí á pasearme por la ciudad; no me pareció tan grande ni poblada como creia, y su comercio es ménos importante de lo que pregona la fama. En Tombuctú no hay como en Jenné gran concurso de forasteros procedentes de todos los puntos del Sudan; no ví en sus calles más que algunos camellos cargados con las mercancías de una flotilla anclada en Cabra, puerto del Niger, algunos corros de hombres que conversaban sentados á la puerta de sus casas sobre esteras, y varios moros durmiendo en el duro suelo delante de su habitacion. En una palabra, todo respiraba tristeza.

Sorprendíame la poca actividad y aun diré la inercia que reinaba en la poblacion, causándome asombro aquella silenciosa monotonía, interrumpida de vez en cuando por los gritos de los vendedores de nueces de Cobatz que pregonaban su mercancía como los de Jenné.

A las cuatro de la tarde, cuando ya cedia el calor, ví á varios comerciantes negros muy bien vestidos que salian á paseo en caballos ricamente enjaezados; pero noté que se alejaban poco de la ciudad temiendo encontrarse con los tuaricks.

El calor es excesivo en Tombuctú, de manera que no empieza el mercado hasta las tres de la tarde. Pocos forasteros acuden á él, y aunque no dejan de frecuentarlo los moros de la tribu de Zæuat que habitan en las inmediaciones, comparado con el de Jenné no merece la atencion.

En Tombuctú casi no hay otras mercancías que las procedentes de Europa, y principalmente abalorios, ámbar, coral, azufre, papel y varios artículos. Tambien ví tres tiendas bastante provistas de telas europeas, y noté que los mercaderes tienen de manifiesto en la puerta panes de sal. Los de la plaza construyen cabañas con estacas y esteras para guarecerse del sol. Mi huésped Sidi-Abdallahi tuvo la amabilidad de enseñarme su almacen de mercancías europeas, entre las cuales ví muchas escopetas francesas de dos cañones con la marca de Saint-Etienne y otras fábricas, así como algunos colmillos de elefante: me dijo que adquiria parte de estos en Jenné, pero la mayor cantidad en Tombuctú, á donde los llevan los tuaricks, los kissurs y los disimanes que habitan las riberas del rio y cazan los elefantes con trampas.

Tres dias despues de mi llegada me dijo Sidi-Mbark, á quien habia hecho un regalo, que iba á salir para Tafilete una caravana y me preparase á seguirla: pero como esto desbarataba mis planes, al anochecer manifesté á mi huésped la proposicion de Sidi-Mbark, añadiendo que estaba muy cansado del viaje por el Sudan y deseaba descansar quince dias en Tombuctú. Puedes permanecer aquí, me contestó; tendré gusto en ello y nada te faltará.

Zanjado este punto, me hospedé en una casa frontera á la que habitó el mayor Lanig, y sentado á la puerta me afligí muchas veces recordando la suerte del desventurado viajero que despues de arrostrar tantos peligros y privaciones fue cobardemente asesinado cuando regresaba á su patria. Al reflexionar en el trágico fin de mi predecesor, no podia ménos de estremecerme con el recelo de que mi esclavitud era segura si la casualidad me descubria.

La poblacion de Tombuctú se compone principalmente de negros kisanes, pero hay muchos moros establecidos en la ciudad que se dedican al comercio á la manera de los europeos que van á una colonia con ánimo de hacer fortuna, pues una vez ricos regresan á su país para vivir con sosiego. Estos moros tienen grande influjo entre los indígenas, á pesar de ser negro el rey ó gobernador.

Los naturales de Tombuctú profesan gran respeto á su príncipe. El reinante se llama Osman, es muy sencillo en sus hábitos y su traje de telas europeas se parece bastante al de los marroquíes; lleva casquete encarnado con una gran pieza de muselina en forma de turbante, y calza babuchas de tafilete. Tendrá unos cincuenta y cinco años, sus cabellos son canos y crespos, su fisonomía hermosa, negra su tez, nariz aguileña, labios delgados, barba canosa, y ojos no ménos grandes que expresivos. Como muchos de sus súbditos, se dedica al comercio, y tiene por socios á sus hijos que trafican con la ciudad de Jenné, siendo muy cuantioso su caudal é innumerables sus esclavos. Su religion es la de Mahoma, que profesa y defiende con celo notable, y su dignidad hereditaria. No cobra tributo alguno de su pueblo ni de los mercaderes forasteros, pero recibe los regalos que se le ofrecen. Por lo demas, es justo, bondadoso, y sus costumbres dulces y sencillas recuerdan las de los antiguos patriarcas. Aunque los moros reconocen un superior entre ellos, están sujetos á la jurisdiccion de las autoridades del país.

A peticion mia me presentó Sidi-Abdallahi al rey, á quien encontrámos sentado en una hermosa estera, reclinándose en un rico almohadon. Mi introductor despues de manifestarle que yo iba á ofrecerle mis respetos le refirió mis aven-

turas. En seguida me dirigió el rey la palabra en árabe con mucha afabilidad, y me hizo algunas preguntas acerca de los cristianos y del modo con que me trataron.

Ya he dicho que viven en Tombuctú muchos moros, á quienes pertenecen las mejores casas y que se enriquecen rápidamente con el comercio. Envíanles en comision géneros de Adrá, de Tafilete y algunos de Tauart, Ardamas, Trípoli, Túnez, Argel, así como bastante tabaco y otras mercancías de Europa. Todos estos artículos van embarcados hasta Jenné, pudiendo considerarse á Tombuctú como principal depósito de aquel centro africano, en que se almacena toda la sal de las minas de Tendeyrú, llevada en numerosas récuas de camellos. Los moros de Marruecos y otros países que van al Sudan suelen pasar seis ú ocho meses en Tombuctú para vender sus géneros y se vuelven con productos del país.

Acostumbran atar los panes de sal con toscas cuerdas hechas de una yerba que crece en los alrededores de Tandaya, y como los camellos arrojan á menudo la carga al suelo, llegan los panes rotos á la ciudad; pero á fin de que esta circunstancia no perjudique á la venta, los mercaderes los hacen recomponer por sus esclavos, que se ocupan muy gustosos en esta faena, porque así recogen sal para su consumo.

En Tombuctú son los esclavos ménos desgraciados que en los demas países. Van bien vestidos, están bien alimentados, y rara vez se les pega; pero se les obliga á practicar las ceremonias religiosas y son considerados como mercancía, exportándolos con frecuencia á Trípoli y Marruecos, no sin gran sentimiento de los infelices cautivos á quienes causa harta pesadumbre dejar aquella ciudad afamada por el buen trato que en ella obtienen. En el momento de marchar ví á muchos de aquellos desgraciados que sin conocerse se despedian con ternura verdaderamente contagiosa, pues la identidad de su triste situacion les inspira simpatía é interes mútuo. Al separarse recomiéndanse unos á otros que observen buena conducta, pero los moros encargados de conducirlos turban harto á menudo aquellos impulsos del corazon, arrancándoles de sus dulces expansiones. Estando un dia en la mezquita acercóseme muy gravemente un moro, y sin decir palabra me metió en la faltriquera un puñado de *kauris*, moneda del país, alejándose luego para no dejarme tiempo de darle las gracias, y quedando yo harto sorprendido por aquel delicado modo de hacer limosna.

Tombuctú tendrá unas tres millas de circunferencia, formando un triángulo irregular. Sus casas construidas de ladrillos redondos, hechos á mano y secados al sol, son espaciosas y poco elevadas, pues sólo constan de piso bajo, exceptuando algunas que tienen un gabinete edificado siempre sobre la puerta de entrada. Las calles son limpias y bastante anchas para pasar por ellas tres jinetes de frente. Así en el interior como en las afueras de la ciudad existen numerosas chozas de paja casi redondas á modo de las que tienen los fulahs pastores, y son habitadas por gente pobre y esclavos que venden géneros por cuenta de sus amos.

Hay en Tombuctú siete mezquitas, dos de ellas grandes y con torre de ladrillo, á la cual se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa acerca de cuya poblacion se han formado tan exageradas ideas y cuya civilizacion y comercio con el interior de Sudan se han ponderado tanto, está situada en una anchurosa llanura de arena blanca ó amarillenta

donde sólo crecen arbustos raquíticos como el *mimoso ferrugínea*, sin muro que la cerque, descubriéndose en su interior y alrededores algunas *balanites ægiptiacæ* y una palmera en el centro. Su poblacion inclusos los moros será de diez ó doce mil almas, aumentándola de paso las numerosas caravanas de árabes que á ella acuden. A lo léjos se divisan algunas gramíneas mezcladas con cardos que sirven de pasto á los camellos; pero tanto escasea la leña en los alrededores, que la mayor parte han de ir por ella muy cerca de Cabra, y constituye un objeto de comercio que venden las mujeres en el mercado y sólo la gastan los ricos, pues los pobres usan estiercol de camello por combustible. Tambien se vende el agua, cuyo precio es por lo regular de un kauris por medio litro.

Aunque es una de las ciudades más grandes de Africa no tiene Tombuctú más recurso propio que el comercio de sal, y ha de sacar de Jenné todo lo necesario, como mijo, arroz, manteca, miel, algodon, telas de Sudan, efectos elaborados, bujías, jabon, pimienta, cebollas, pescado, alfónsigos, etc.

Si los tuariks detuviesen alguna vez las flotillas que van á Cabra, se encontrarian los habitantes de Tombuctú en un terrible apuro, y para evitarlo procuran tener sus almacenes muy surtidos de toda clase de provisiones. A esto se debe que los convoyes que bajan por el rio hasta Cabra no resistan nunca á los tuariks y se sometan á sus exorbitantes exigencias, pues si estos ladrones interceptasen la comunicacion con Cabra, no podria Tombuctú abastecerse.

Al Oeste-Noroeste de la ciudad, existen anchas excavaciones de treinta y cinco á cuarenta piés de profundidad que sirven de albercas, alimentadas por las lluvias, á las cuales los esclavos van en busca de la que beben ó necesitan para guisar. Aunque bastante clara, es muy caliente y de sabor desagradable.

Al rededor de dichas albercas se ven algunos campos de tabaco, cuya planta á pesar del mucho cuidado, sólo crece cinco ó seis pulgadas, siendo el único cultivo que he visto en el país. El polvo de este tabaco, verde y sin olor, se vende en el mercado, pero no lo compran sino los pobres. Los habitantes de Tombuctú no fuman; mas los moros nómadas que habitan en los alrededores usan la pipa.

Los esclavos sacan el agua con calabazas y llenan despues odres que cargan en sus asnos. Como los demas trabajos, hacen este con bastante lentitud, acostumbrando danzar ántes de emprender cualquiera tarea.

Los mercaderes de Tombuctú toman á los habitantes de Busbehey, pequeña ciudad á dos jornadas al Noroeste, ganado en cambio de mijo y arroz. El país de los busbeheyanos es tan estéril como el de Tombuctú, y apénas sacan sus naturales el forraje necesario para los caballos. Los mismos mercaderes cambian en Tondeyrú ropas y oro por mijo y arroz, pues estas dos últimas ciudades se abastecen exclusivamente en Tombuctú.

El país de Salahs habitado por una tribu nómada como la de Zuat, está á diez jornadas de distancia por la parte del Este, y sus habitantes van con numerosas récuas de camellos cuya leche les sirve de alimento á Tombuctú para hacer su negocio.

Los negros y moros sólo se ocupan en el tráfico, y sus conocimientos geográficos son muy limitados. A varios pregunté qué curso seguia el rio al Este y

Este-Sureste de la ciudad, y limitáronse á responder que pasando por Hausa se pierde en el Nilo que es un nombre genérico, de manera que por estas insuficientes y únicas noticias que pude obtener, el gran problema del nacimiento del Dialiba deberá resolverlo otro viajero más afortunado.

Los moros de Trípoli y de Ardamas comercian con Hausa, llevando géneros europeos y exportando en cambio abundante oro de Vángara, de donde conducen á Tombuctú telas de un hermoso color azul.

De Cabra sacan el forraje que se cosecha en los pantanos, haciéndolo secar para pasto de los caballos, bueyes y carneros, pues los camellos se contentan con ramonear los cardos de los alrededores y las ramas tiernas de la *mimosa*.

Los habitantes de Tombuctú son celosos mahometanos, su traje es el mismo de los moros, poseen cuatro mujeres como los árabes, y aunque no tienen la crueldad de golpearlas como los mandingos, les encargan del mismo modo que estos todas las faenas domésticas. A consecuencia de sus continuas relaciones con los pueblos del Mediterráneo tienen los tombuctuanos algunas ideas de la dignidad del hombre.

Las mujeres de Tombuctú no van cubiertas con el velo como en Marruecos, salen cuando quieren, y pueden ver á quien les acomoda. Los hombres son afables con los extranjeros, industriosos é inteligentes en el comercio, que constituye su único recurso. Su estatura es regular, son bien formados, andan con paso seguro y llevan el cuerpo muy erguido. Su color es negro muy subido, su nariz algo más aguileña que la de los mandingos, tienen como estos los labios delgados y hermosos ojos; de manera que he visto mujeres que podian pasar por muy bonitas. Se alimentan bien con arroz y alcuzcuz de mijo, cocidos con carne ó pescado seco. Hacen dos comidas al dia, y los más acomodados almuerzan como los moros con pan de trigo, té y manteca de vaca, pues la manteca vegetal sólo la comen los negros de clase ínfima. No suelen estar los negros tan bien hospedados como los moros que tienen grande ascendiente sobre aquellos y se creen muy aventajados.

Los habitantes de Tombuctú son aseadísimos en su ropa y en el interior de sus casas. Consisten sus utensilios en algunas calabazas y platos de madera, y como no conocen cucharas ni tenedores, creen que al par de ellos todos los pueblos de la tierra toman la comida con los dedos. Sus muebles se reducen á algunas esteras para sentarse y un lecho de cuatro estaquitas plantadas en un rincon del cuarto, sobre las cuales tienden esterillas ó una piel de buey. Los ricos tienen colchon de algodon y manta fabricada por los moros vecinos con pelo de camello y lana de sus reses. Ví una mujer que estaba tejiendo una manta.

Los moros ocupan á sus mujeres en pasear por las calles sus mercancías ligeras ó en venderlas bajo una pequeña tienda de campaña que arman en el mercado. Estas mujeres van muy bien vestidas, con un jubon parecido al de los hombres, pero sin las anchas mangas que usan estos. Calzan zapatos de tafilete y se adornan la cabeza con una *fatara* de muselina ó alguna otra tela de algodon procedente de Europa, variando la forma segun la moda. Van peinadas con mucho arte, y una de sus trenzas gruesa de una pulgada, partiendo de la parte

posterior de la cabeza, ciñe la frente y remata con un pequeño disco de cornerina horadado por el centro. Debajo de esta trenza colocan una almohadilla para sostenerla y la adornan con muchas fruslerías de ámbar falso, imitacion de coral, y pedacitos de cornerina. Aunque no tanto como las bámbaras y mandingas, se untan cabeza y cuerpo con manteca, costumbre debida al excesivo calor que sube de punto por el viento abrasador del Este. Las más ricas se engalanan con muchos abalorios el cuello y orejas, y llevan en la nariz una sortija como las de Jenné, cuyo adorno suplen con una hebra de seda encarnada las ménos pudientes. Tambien se ponen brazaletes de plata y en los tobillos ajorcas de hierro plateado hechas en el país que no son redondeadas como los brazaletes, sino aplastadas y de unas cuatro pulgadas de ancho, con labores de bastante mérito. Las esclavas de los ricos usan adornos de oro en el cuello, y por pendientes unas planchitas ensartadas, como en las cercanías del Senegal.

Tambien van á Tombuctú los fulahs ribereños. Los que yo he visto tienen la misma estatura y fisonomía que los habitantes de Fula-Dialon y suelen andar como ellos armados de lanzas. Despues de permanecer cuatro años en Tombuctú ó en Jenné, regresan los moros á su patria con un pequeño caudal, llevándose muchos esclavos; pero los más prefieren el comercio de Sansading y Yamina, por su inmediacion á los criaderos auríferos de Budé, que producen gran cantidad de metal precioso; ventaja que no pueden aprovechar Tombuctú y Jenné, pues la guerra casi perenne de Sego-Amadú con los bámbaras intercepta las comunicaciones mercantiles.

Los árabes de Tafilete, Adrá y otros puntos, llevan á Tombuctú trigo, y con él fabrican unos panecillos fermentados muy sabrosos, cuyo precio no pasa de cuarenta kauris (ménos de un real), siendo casi únicos consumidores de esta golosina los negociantes ricos en su desayuno para tomar el té. Reciben las teteras de Marruecos, siendo de estaño las que yo ví, y usan unas tacitas bastante cómodas.

Todos los negros de Tombuctú leen el Koran y hasta lo saben de memoria, enseñándolo á los niños desde sus primeros años, ya los instruyan por sí mismos, ya confien su educacion á los moros que pasan por más ilustrados. En su mayor parte saben escribir, lo que les sirve mucho para llevar su correspondencia con Jenné.

Los víveres están sumamente caros en Tombuctú, de modo que me habria visto muy apurado si hubiese tenido que atender á mi subsistencia, pues mis recursos hubieran durado muy poco; mas por fortuna el bueno y generoso Abdallahi se encargó de todo hasta mi regreso por el gran desierto. Mi caudal se reducia á unos veinte y cinco duros en géneros y los reservaba para adquirir un camello, con el cual me trasladaria á orillas del mar pasando por el gran desierto ó retrocediendo al Oeste. Confieso que me alarmaba la travesía del Sahara en una estacion tan seca, temiendo que no bastasen mis mezquinos recursos para arrostrar las privaciones y fatigas inevitables, aumentadas por el bochorno que reina de continuo y hace insoportable el calor. Por fin, despues de maduras reflexiones decidíme á desafiar los peligros de aquella gran sequedad y aventurarme con una caravana en los movedizos arenales del desierto, pensando que si efectuaba mi regreso por Sego, Samandairig y los establecimientos europeos de

Galam, los envidiosos del buen éxito de mi empresa que ya me habia acarreado muchos enemigos afectarian dudar de mi permanencia en Tombuctú; miéntras que, en caso de regresar por los estados berberiscos, el punto de mi llegada impondria silencio á la murmuracion.

Sidi-Abdallahi me daba cada dia pruebas de su excelente corazon y hasta se empeñó en que me quedara en Tombuctú, ofreciéndome las mercancías necesarias para comerciar por mi cuenta, de manera que podria regresar á mi país sin auxilio ajeno cuando hubiese realizado los beneficios. El temor de verme descubierto y el deseo de regresar á mi patria me hicieron rechazar tales ofertas; y como por otra parte no estaba auténticamente probado mi viaje por el interior de Africa, con mi muerte habria quedado olvidada su realizacion, y perdidas para mi país las observaciones que pude hacer. Todas estas consideraciones me impulsaron á regresar cuanto ántes.

Visité la gran mezquita del Oeste, más espaciosa que la del Este, aunque construida por el mismo estilo. Sus paredes están mal conservadas y deslucidos los barnices por las lluvias de otoño, que van en alas de los vientos del Este, acompañadas de violentos huracanes. Subí á la torre, cuya escalera interior está casi demolida, y como aquel punto era muy poco concurrido, me ofrecia la ventaja de no ser visto, é iba á menudo para escribir mis notas. En mi viaje he tenido siempre la precaucion de esconderme para escribir, á fin de no despertar la recelosa atencion de los musulmanes, por manera que todos mis apuntes, ó su mayor parte, están hechos en los bosques tras de un matorral.

La parte occidental de la mezquita me pareció de antiquísima construccion. El edificio es de ladrillos secados al sol, semejantes en su forma á los nuestros; y sus paredes están revocadas con arena gruesa parecida á la de los ladrillos, y mezclada con arroz. En algunas partes del desierto hay una tierra cenicienta muy dura, en que domina la arena y con ella hacen los ladrillos de la mezquita. En esta me chocaron tres galerías, sostenida cada una por diez arcos de seis piés de ancho por diez de alto, cuya construccion era tan perfecta como si la hubiese dirigido un arquitecto.

Forman la parte oriental seis galerías sostenidas por diez y nueve pilares, cuyo trabajo aunque bastante correcto, dista mucho de parecerse á las de en frente, más antiguas, como he dicho ya. Las tres primeras galerías del Este miden ciento cuatro pasos de largo y dos y medio de ancho; las tres siguientes no tienen sino sesenta y cuatro, y treinta y nueve las que están más al Oeste. En su prolongacion, haciendo frente á un patio interior lleno de ruinas está la gran torre cuadrada que tiene por remate una pirámide truncada de ladrillo, coronada por un jarron de barro, alcanzando desde la base hasta la cúspide unos ciento cincuenta piés de elevacion á lo sumo.

Las paredes de la mezquita tienen veinte piés de alto por veinte ó veinte y cinco pulgadas de grueso. La de la fachada oriental está almenada y coronados sus picos con jarrones de barro como el que remata la cúpula de la torre. En esta misma fachada hay otra torre maciza de forma cónica cuya altura no pasa de treinta piés, y de cuyo cimborio salen varios maderos que parecen colocados para la trabazon.

Esta mezquita tiene al Este cinco puertas de diferentes dimensiones, tres



Cuando venia estudiaba la oracion.

al Sur y dos al Oeste. Por este lado acaba la mezquita en montones de ruinas y lo mismo sucede con la ciudad. El terreno es llano en la parte septentrional y oriental; pero hácia el Sur hay en la entrada cuatro gradas ó escalones.

Creyendo que la descripcion de la mezquita no bastaria para dar de ella una idea exacta, me he aventurado á trazar un cróquis de la misma y una vista de la ciudad. Para delinear el primero me senté en frente del templo envuelto en una gran manta cuyos extremos doblé sobre las rodillas y tomé un pedazo de papel blanco con una hoja del Koran debajo. Cuando veia acercarse á alguno, ocultaba el dibujo en la manta, conservando en la mano la hoja del Koran como si estudiase la plegaria; y de este modo, en vez de sospechar, me tenian los transeuntes por un predestinado y no se cansaban de encomiar mi devocion.

La mezquita del Este es mucho más pequeña que la del Oeste, y su torre cuadrada es igual en forma y dimensiones, pero no están blanqueadas sus paredes. Por varios parajes está apuntalado el edificio, el cual cuenta tres líneas de arcadas que sostienen unas galerías de seis piés de ancho por treinta pasos de largo. La mezquita tiene tambien treinta pasos de longitud por veinte y cinco de anchura, y sus arcos de tres piés y medio de ancho por siete de alto están construidos con ladrillos idénticos á los del otro santuario. Para subir á la torre se pasa por un patio interior. Esta mezquita de construccion irregular está bien conservada á pesar de su vetusta apariencia: tiene una puerta al Sur y otra al Norte, y por los otros dos lados se ve una loma poco elevada y algunas casas enterradas en arena por los vientos del desierto.

Como muchas veces venian algunos moros que se interesaban por mi situacion á preguntarme sobre los usos europeos y trato que me dieron los cristianos, procuraba á mi vez hacerles hablar de los pueblos circunvecinos y de la distancia de su país á Tombuctú; pero en vez de contestar aparentaban no entenderme y volviendo la cabeza dirigian á otro la palabra. Careciendo de medios para hacerles regalos, por lo cual me llamaban el *meskine*, pobre, no podia tentar su codicia, y las pocas noticias que obtuve en Tombuctú las debo á mi huésped Sidi-Abdallahi y algunos negros kissurs, únicos que tuvieron la condescendencia de responder á mis preguntas.

Como aun no estaba concluida la casa que me habian destinado, pude observar fácilmente su manera de edificar. Cavando á algunos piés de profundidad, encuentran una arena gris, mezclada de arcilla, con la cual construyen ladrillos redondos que secan al sol. Varios esclavos jóvenes los llevan sobre la cabeza dentro de unas malas calabazas, con la argamasa hecha del mismo modo. Los albañiles son esclavos y trabajan con bastante inteligencia. Las puertas están bien hechas y sólidas: las ventanas son de tablas unidas con barras de hierro y clavos procedentes de Tafilete; las cerraduras se fabrican en el país, de madera, así como la llave, si bien algunos moros usan cerraduras de hierro compradas en las costas del Mediterráneo. Como las cerraduras no tienen juego por la parte interior, las suplen con cadenas ó trancas. El techo de las casas está sostenido como el de las mezquitas por troncos de un árbol que crece en las orillas del rio hasta una altura prodigiosa, alcanzando á ciento veinte y cinco piés algunos que yo he visto. Los cortan en cuatro partes; y despues de labradas, las ponen en las paredes, cubriéndolas con madera, esteras y tierra. Cada casa forma un cuadra-

do con dos patios interiores, á cuyo alrededor están colocadas las habitaciones; estas se reducen á un cuadrilongo muy estrecho que sirve á la vez de almacen y dormitorio, no teniendo más luz que la de la puerta de entrada y otra más pequeña que da al patio interior; pero sin ventanas ni chimeneas. Los habitantes de Tombuctú no han admitido el uso generalizado en el Sudan de encender lumbre en sus casas. Algunos construyen en el patio una tiendecita de esteras y en ella pasan los dias y noches de verano, pues las habitaciones son demasiado calorosas para estar en ellas.

Habíanme dado uno de estos almacenes y me ahogaba el inaguantable calor, particularmente de noche; pero ¿á dónde habia de ir, si no hay en aquel país ni árboles que den sombra? Mi único recurso, y lo empleaba á menudo, era refugiarme en una mezquita como paraje más fresco y ventilado, pero levantando inmensas tolvaneras los vientos del Este oscurecen la atmósfera y aumentan el calor, de suerte que muchas veces tampoco me servia aquel asilo. Cuando reinan estos vientos se encierran los naturales en sus casas, de las que no salen sino por la mañana y al caer la tarde. De noche domina una calma sofocante, y si alguna vez sopla un poco de aire, es á modo de vapor ardiente que reseca los pulmones.

Como la caravana que iba á Tafilete aun debia estar algunos dias en Tombuctú y me dijeron que pasarian tres meses ántes de salir otra, resolví aprovecharla, pues no me atrevia á detenerme tanto tiempo á pesar de las reiteradas instancias de mi huésped, que segun decia hubiera preferido verme tomar el camino de Trípoli por Ardamas ántes que el de Marruecos. Este buen árabe me manifestó intentaba hacer una cuestacion en mi favor, pero que la premura de mi partida no le dejaria llevarla á cabo, añadiendo por último que si consentia en quedarme, aunque durase mi estancia muchos meses, nada gastaria en su casa. Apurado me ví para librarme de tantas atenciones, mas estando resuelto á no variar de plan fingí que temia viajar en la estacion de las lluvias, y viéndome decidido, ofreció Abdallahi buscarme un buen guia para ir hasta Tafilete.

Los moros que iba á tener por compañeros de viaje distan mucho de ser tan afables y civilizados como los de la ciudad. Ya habia tenido varias ocasiones de conocerles, pues en cuanto me veian venian á encontrarme, me importunaban muy á menudo y hasta se propasaban á despertarme si dormia. Los moros de superior categoría les llamaba *zenagües*, tributarios, son muy ignorantes, algunos ni siquiera saben las primeras oraciones del Koran, sin que esto les impida practicar todas las ceremonias religiosas; pero un extranjero pobre y que no conoce su idioma es para ellos un ente poco atendible y hasta cierto punto despreciable. Con tal compañía preví desde luego que habia de sufrir mucho en la travesía del desierto.

Mi huésped me participó que habia tomado un camello para Tafilete, cuyo alquiler se pagó con los treinta mil kauris que la venta de mis mercancías produjo en Jenné.

Los últimos dias que estuve en la ciudad los empleé en recoger datos sobre el trágico fin del mayor Laing, cuya muerte oí referir en Jenné y me confirmaron los habitantes de Tombuctú. Por estos supe que á pocas jornadas al Norte de aquella ciudad y en el camino de Trípoli los tuariks, y segun algunos los berbi-

ches, tribu nómada de las orillas del Dialiba, habian sorprendido la caravana en que iba el mayor. Reconocido este por cristiano, lo maltrataron horriblemente hasta dejarlo por muerto, y lo propio hicieron con otro cristiano que sería probablemente algun criado del mayor.

Los moros de la caravana de Laing lo levantaron y consiguieron á fuerza de cuidados reanimarlo, colocándole despues en un camello, al cual tuvieron que atarle porque no podia sostenerse. Los bandoleros le habian despojado casi completamente llevándose sus mercancías.

En Tombuctú se curó Laing de sus heridas con cierto ungüento que habia traido de Inglaterra y pudo convalecer aunque lentamente, sin grandes incomodidades, gracias á las cartas de recomendacion que le dieron varios tripolitanos, y sobretodo al apoyo de su huésped, tripolitano tambien, al cual lo confiaron. Como la casa de este moro distaba poco de la mia, pude verle á menudo y me pareció sugeto muy humano. A mí me dió varias veces dátiles por caridad, y el dia de mi partida me regaló para el camino un pantalon azul de algodon fabricado en el país. Por él supe que al mayor lo habia recomendado una casa de Trípoli á un anciano moro que no pudiendo hospedarle se lo confió á él. Segun me dijo, Laing no dejó nunca el traje europeo y se decia enviado por el rey de Inglaterra su señor para conocer Tombuctú y las maravillas que encierra. Parece tambien que el viajero trazó el plano de la ciudad públicamente, pues el mismo moro me dijo en su lenguaje cándido y expresivo que habia escrito la ciudad y cuanto contenia.

Otros moros á quienes interrogué me contestaron únicamente que el mayor comia poco, alimentándose sólo de pan, huevos y aves. Dijéronme tambien que muchas veces le importunaban para hacerle confesar que no habia más que un solo Dios y que Mahoma era su profeta; pero Laing se limitaba á replicar: No hay más que un solo Dios, sin añadir otra palabra, por lo que le trataban de *cafir*, infiel, sin insultarle no obstante y dejándole pensar y orar á su manera. Sidi-Abdallahi, á quien pregunté varias veces si habia injuriado al cristiano durante su permanencia en Tombuctú, me respondió negativamente meneando la cabeza como para darme á entender que hubiera sentido mucho incomodarle.

Esta tolerancia se explica teniendo en cuenta que los moros residentes en Tombuctú proceden de Trípoli, Argel y Marruecos, y que habitando con más frecuencia cristianos en aquellos países, no les sorprenden tanto su culto y sus costumbres como á los del interior; de manera que mi huésped, natural de Tata, ciudad inmediata al cabo de Mogador, aunque celoso mahometano no era enemigo de los cristianos. Compréndese pues fácilmente que el mayor pudiese visitar la ciudad y hasta penetrar en las mezquitas.

Enterado ya de lo que era Tombuctú parece que Laing deseó ver á Cabra y á Diolibar, pero como abandonando de dia la ciudad se hubiera expuesto á graves peligros por los tuariks que rondan continuamente las inmediaciones de Tombuctú, y recordando el mal trato que de ellos recibiera, decidió partir de noche; decision acertada, pues si los tuariks no se atrevian á ofenderle en la ciudad, de seguro le detendrian en cuanto le hubiesen sorprendido fuera de su recinto, y era muy posible que le mataran despues de robarle.

Aprovechando pues Laing la lobreguez de una noche montó á caballo, y sin

hacerse acompañar de ningun natural del país llegó á Cabra, y aun segun dicen, á orillas del Diolibar, regresando sin accidente desagradable. De vuelta á Tombuctú, el mayor hubiera deseado ardientemente en vez de ir á Europa por el desierto regresar á ella por Jenné y Sego remontando el Diolibar, y llegando por esta ruta á las factorías francesas del Senegal; mas apénas comunicó su proyecto á los fulahs establecidos en las orillas del citado rio, varios de los cuales habian acudido á Tombuctú al saber la llegada de un cristiano, manifestaron que nunca sufririan que un nazareno pusiera los piés en su territorio, y que si lo intentaba le harian arrepentir de su osadía.

Viendo pues el mayor que nada podia obtener de aquellos fanáticos eligió el camino de El-Arauan en donde esperaba incorporarse con una caravana de mercaderes moros que llevaban sal á Sansading; mas ¡ay! á los cinco dias de marcha al Norte de Tombuctú la caravana en que habia ingresado topó con el jeque Hamet-Ult-Habip, viejo fanático, jefe de la tribu de Zauas, errante por el desierto del mismo nombre. Hamet retuvo al mayor con pretexto de haber penetrado en su territorio sin permiso, y quiso obligarle á reconocer á Mahoma por el profeta de Dios, exigiéndole ademas que hiciera la zalá. Laing sobradamente confiado en la proteccion del bajá de Trípoli que le habia recomendado á todos los jeques del desierto, negóse á obedecer las intimaciones de Hamet, quien insistió entónces más que nunca en que se hiciera musulman. Laing inflexible prefirió morir á someterse, y su resolucion creando un nuevo mártir arrebató á la ciencia uno de sus más hábiles viajeros.

Un moro de la comitiva del jefe de los Zauas á quien mandó este que matara al cristiano, mirando al jeque con horror negóse á cumplir la órden. ¿Cómo, le dijo, quieres que asesine al primer cristiano que ha venido aquí, y que no nos ha hecho daño alguno? Encárguense otros de tan horrible oficio, pues yo no quiero echarme en cara su muerte. Mátalo tú mismo, si así te place. Esta respuesta suspendió un momento la fatal sentencia pronunciada contra Laing. Por algunos instantes agitóse acaloradamente en su presencia la cuestion de vida ó muerte; pero acabóse por decretar la última, y llamando á varios esclavos negros se les encargó el horrible ministerio que tan generosamente rechazara el moro. Los improvisados verdugos se apoderaron en el acto del paciente, y uno de ellos echándole el turbante al rededor del cuello lo estranguló tirando de un lado miéntras tiraba del otro su compañero. ¡Infortunado Laing! su cuerpo abandonado en el desierto fue pasto de los buitres.

Reconocido el mayor por cristiano y europeo, la muerte era para él cien veces preferible á un cambio aparente de religion, pues convertido en musulman debia renunciar para siempre á la esperanza de ver otra vez la Europa. La suerte de Laing, mahometano forzado, hubiera sido la más terrible que sufrir pudiera ningun hombre; vil esclavo de bárbaros sin piedad, rodeado de penalidades y peligros incesantemente renovados en tal país, en vano le hubiera reclamado el bajá de Trípoli; á tan larga distancia, el jefe de los Zauas hubiera despreciado las amenazas y conservado su prisionero. La resolucion del mayor Laing fue á la vez una prueba de valor y de prevision.

Al partir para el Arauaran el mayor habia llevado consigo algunos instrumentos astronómicos y sus papeles, pero muy pocas mercancías, pues como he

dicho ya, los tuariks se las habian arrebatado casi todas. El infame jeque Hamet ganó por consiguiente muy poco con el asesinato del viajero inglés, y aun esto hubo de compartirlo con los sumisos cómplices de su crímen. Un moro de Tafilete que pertenecia á la caravana recibió por su parte un sextante, que, segun me han dicho, podria encontrarse todavía en el país; pero en cuanto á los papeles y diarios están dispersos entre los moradores del desierto como todo lo demas. Durante mi permanencia en Gurland, aldea de Tafilete, he visto una brújula de faltriquera, de cobre y de fábrica inglesa que supongo perteneceria á Laing, aunque no pudieron decirme su procedencia. A no ser las precauciones que me obligaba á tomar mi traje árabe, hubiera tratado de obtenerla á cualquier precio; pero no podia sin comprometerme manifestar interes por un instrumento cuyo orígen afectaba ignorar.

He dejado sin hacer inmensos descubrimientos, sobretodo relativamente á la parte geográfica y á la historia natural. Mis padecimientos no deben desanimar á los exploradores futuros. Sus tentativas indudablemente serán tambien penosas y arriesgadas; sin embargo, con prudencia y tacto podrán triunfar de todos los obstáculos. Para asegurar un buen resultado creo que se deberia viajar con mucha sencillez, sin el menor lujo, adoptar exteriormente el culto de Mahoma y hacerse pasar por árabe. Un neófito erudito obraria con ménos libertad y daria que sospechar en pueblos tan recelosos como aquellos, sin que á mi parecer pudiese avanzar mucho más por entre las tribus negras haciéndose pasar por cristiano converso. Opino, pues, que el medio mejor sería atravesar en calidad de árabe el gran desierto de Sahara con recursos suficientes pero ocultos, despues de habitar algun tiempo en la ciudad musulmana que se hubiese escogido para punto de partida, dándose á conocer en ella como negociante y comprando en la misma para no infundir sospechas algunos géneros con pretexto de ir á comerciar un poco más léjos, y evitando especialmente nombrar siquiera la ciudad de Tombuctú.

Supongamos que sea el punto de partida elegido Tánger ó Argel. Pretéxtese para ausentarse un negocio comercial que llama al viajero á Fez, desde donde pasará á Tafilete con el mismo objeto, y desde allí á Tombuctú. Una vez en Tafilete no hay inconveniente en hablar de la última ciudad, pues los viajes por el Sudan son tan frecuentes que no llaman la atencion, y pareceria lo más natural que se comprasen en el país mercancías para exportarlas como negociante ó simple mercader. Ya en Tombuctú, el viajero deberia establecerse en esta ciudad y fundar una casa de comercio, evitar cuidadosamente parecer rico, familiarizarse con las costumbres del país y ser muy circunspecto sobretodo en cuanto se refiere á religion.

Despues de haber permanecido en Tombuctú de diez y seis á diez y ocho meses, en cuyo tiempo podria educar algunos esclavos mandingos ó bámbaras de los que hablan el idioma de los kisures y tuariks, deberia proporcionarse una buena piragua de medianas proporciones tan bien construida como pudiese serlo en el país, para llevar en ella los géneros y provisiones convenientes; precaucion necesaria por lo incierto de poder encontrarlas entre los ribereños, y para el caso en que fuese temible su intimidad. Prometiendo á los esclavos su libertad, se les induciria fácilmente á hacer el viaje, cuyo pretexto sería comerciar por el descen-

so del rio y adquirir goma, marfil, etc., siendo muchas ménos las precauciones que deberian tomarse si se navegase más arriba de Cabra.

Para alejar cualquiera sospecha, al partir deberia dejarse en Tombuctú cierta cantidad de mercancías con un esclavo encargado de venderlas, bajo la direccion de un negociante moro durante la ausencia del viajero.

Botada al rio la piragua con seis esclavos, buenos nadadores, deberia navegarse con preferencia de noche á causa de las tribus errantes de los tuariks y otras, cuya hostilidad se evitaria si se les encontraba de dia, haciéndoles algunos regalos. Esta conducta observada con discernimiento, prudencia y reflexion, creo que podria dar un resultado completo, y la encuentro preferible á las grandes expediciones que despiertan siempre la codicia y desconfianza de los indígenas.

La rapidez con que se deslizaria la piragua, hiciera el viaje mucho ménos penoso y arriesgado que en una embarcacion grande. Mi huésped me aseguró que Hausa no dista de Tombuctú más que veinte dias bajando el rio; pero en una piragua pequeña puede hacerse el trayecto en doce y alcanzar luego rápidamente la embocadura del rio sobretodo si va á perderse en el Océano. Este plan me parece ménos peligroso que partir del golfo de Benin, en donde por el clima y naturaleza de los indígenas se encuentran grandes dificultades para la travesía.

MUERTE HERÓICA DEL MISIONERO BOSSORDÉE.

El 3 de marzo de 1665 llegó felizmente á la vista del Cabo Verde una flota expedida de Francia por la Compañía de las Indias, y entrando el dia siguiente los cuatro buques que la componian en la primera bahía inmediata al cabo, anclaron á media legua de la playa. Inmediatamente cuatro chalupas llenas de oficiales, soldados y marineros bogaron hácia la costa en donde les esperaban sin armas varios negros que les enseñaron el punto en que era más fácil abordar. Detenidas las chalupas á unas seis toesas de tierra por las arenas y la baja mar, arrojáronse al agua una infinidad de negros con tal solicitud para trasportar los franceses á la orilla, que hasta los marineros que se desnudaban ya para prestar este servicio hubieron de recibirle. Manifestando suma alegría por la llegada de la flota, los negros dieron á entender en portugues que su alcalde ó virey del canton queria mucho á los franceses y recibiria con gusto su visita.

El almirante Veron y Rennefort, autor de la relacion, escoltados por doce fusileros se hicieron guiar al pueblo, distante unos seiscientos pasos y compuesto como de cien chozas cónicas de cuatro ó cinco piés de altura y rodeadas de una doble empalizada de ramas de palmera con un patiecillo en la entrada. El

del alcalde, mayor que los demas, estaba situado en el centro de cuatro cabañas, en una de las cuales habitaba él, ocupando otras dos sus mujeres, y la cuarta su caballo. En este patio le encontraron los franceses sentado en una sillita de madera rodeado de sus oficiales, unos tendidos en el suelo, y otros sentados sobre los talones, con el principal de ellos llamado Juan Amsterdan, de unos ochenta y ocho años, que estaba reclinado sobre las rodillas de su señor. El virey era un negro de hasta cuarenta años, bien formado, de aspecto grave y altivo; tenia ceñida la cabeza con un turbante de algodon blanco y azul, una especie de alfombra en las espaldas, una pieza de ropa conocida con el nombre de paño, que le bajaba desde la cintura á las rodillas, las piernas y brazos desnudos y un pedazo de cuero por calzado.

Terminados los primeros cumplidos que recibió y devolvió el alcalde muy gravemente sin abandonar la sillita, los franceses le presentaron un frasco de aguardiente del que bebió bastante, convidando á su primer oficial, de modo que apénas quedó para el tercero. Convínose luego en pagar seis botellas de aguardiente, seis varas de tela y una barra de hierro por el derecho de anclaje de cada chalupa. Durante esta conversacion las mujeres del alcalde, que estaban en sus chozas, le mandaron á decir que deseaban ver á los franceses, y accediendo á ello su señor, pudieron estos examinar á las individuas de aquel haren casi vestidas como los hombres. Poco ántes de terminar la audiencia, presentáronse cincuenta de los principales oficiales del alcalde, armados de medias picas, sables y flechas, y aunque esta imprevista llegada inspiró á los europeos alguna desconfianza, aconsejados por los más prudentes procuraron disimularla.

Miéntras tenia lugar la visita del almirante al alcalde, los que habian quedado á bordo presenciaron una escena desgarradora. Varios marineros de la tripulacion del *Taureau*, uno de los buques de la flota, con treinta pasajeros, se habian embarcado en la chalupa para ir á tierra y satisfacer su curiosidad acerca del interior del país. En la travesía algunos jóvenes empujándose imprudentemente sobrecargaron demasiado la chalupa de un lado y cogiéndola por el opuesto una ola la volcó en el mar. Mr. Letourneur, teniente del *Taureau*, estaba tendiendo unas redes junto á la orilla, cuando le hizo abandonar esta diversion un cañonazo disparado á bordo de su buque, en el cual vió la bandera amorronada y á bastante distancia una chalupa con la quilla al aire, varios barriles que flotaban, y algunos hombres que nadaban esforzándose los unos en alcanzar la orilla y los otros en abordar al buque. Justamente alarmado del peligro en que estaban aquellos desventurados, se apresuró á regresar á bordo, pero ya entónces habian acudido en auxilio de los náufragos con la mayor celeridad posible las restantes chalupas y varios botes montados por negros, auxilio que llegó muy á tiempo, pues ya varios de los que sabian nadar empezaban á perder las fuerzas. Salváronse diez y ocho franceses, mas sucumbieron doce y con ellos Juan Amsterdan, consejero del alcalde. Este anciano negro habia oido citar entre los oficiales de la escuadra al capitan Kerkadin, á quien conocia personalmente y sin esperar á que terminase la audiencia quiso ir á verle. Renováronse á bordo del *Taureau* las antiguas relaciones, y regresaba el negro en la chalupa completamente ébrio por haber bebido aguardiente en demasía, cuando esta zozobró.

Dos rasgos de generosidad impresionaron vivamente á los testigos del naufragio. Un jóven frances llamado Plamson, hábil nadador, viendo á poca distancia á un amigo suyo que no sabía nadar, olvidó su propio peligro para socorrerlo y le dijo que se aferrase á sus vestidos; pero le faltaron las fuerzas y sucumbió con su amigo víctima de su generosa abnegacion.

Otro frances llamado Giron de la Martinete fue más afortunado. A su vista iba á perecer un niño de diez años, cuando cogiéndole con un brazo y nadando con el otro, logró colocarle sobre la quilla de la chalupa, le recomendó que se dejase llevar por el movimiento de las olas y que no soltase el leño hasta que fuésen á buscarle. Volviendo á nadar y gracias á su destreza y fuerza, alcanzó uno de los botes; mas apénas se hallaba en él, cuando pareciéndole que aquella frágil embarcacion estaba demasiado cargada con los cinco hombres que contenia, se arrojó otra vez al mar con direccion á la orilla que estaba todavía muy distante, y á la cual llegó felizmente. Una de las chalupas recogió poco despues al pobre niño.

La víctima de este triste acontecimiento más vivamente sentida fue Mr. Bossordée, celoso misionero que se habia granjeado la estimacion y el aprecio de todos por sus afables modales y evangélica dulzura. Al convencerse de que habia desaparecido para siempre en el abismo, hubo un duelo general en la flota, pareciendo que cada cual habia perdido un padre ó un hermano, y aumentando este sentimiento la relacion que de las circunstancias de su muerte hicieron los que lograron salvarse.

Mr. Bossordée no se habia embarcado en la chalupa para ir á tierra, sino que cuando supo que los expedicionarios proyectaban pasar dos ó tres dias en la costa, ofrecióse á acompañarles, tanto para contener á aquellos jóvenes, la mayor parte ligeros é imprudentes, recordándoles la solemnidad del dia (era el Juéves Santo) y del siguiente, como para administrarles, si era necesario, los socorros espirituales. Apénas zozobró la chalupa, este hombre animado de un celo verdaderamente apostólico resolvió sacrificar su vida para salvar la de los otros, ó prepararles á lo ménos para una muerte cristiana. Vigoroso y hábil nadador, sólo emplea sus fuerzas en socorrer á los que ve próximos á sucumbir, y lanzándose en medio de ellos levanta la cabeza y les grita que ofrezcan su alma á Dios. Recordad, les dice con brio, que Jesucristo murió en expiacion de los pecados de los hombres; arrepentíos sinceramente de los vuestros, y os doy la absolucion. Volvióse en seguida á los que creia más fatigados, y yendo del uno al otro les sostenia con una mano, nadaba algunos instantes con ellos, les exhortaba á no entregarse á la desesperacion y á confiar en la misericordia divina, los abandonaba luego para acudir á otros, y continuó esta heróica mision por espacio de dos horas, hasta que faltándole las fuerzas dió todavía la absolucion á los que estaban á su alcance, y apoyándose en los labios un pequeño crucifijo que llevaba al cuello desapareció para siempre.

Así pereció cumpliendo con su ministerio de amor y paz aquel varon heróico cuya muerte hizo verter lágrimas á sus amigos, que lo eran cuantos le acompañaban en su viaje. Fue tal la impresion que produjo en los ánimos el relato de su admirable conducta que no parecia sino que era Mr. Bossordée la única víctima sensible de aquel desastre. Su amigo y discípulo Montmason, misionero como él,

se afectó de tal modo que por más de una hora estuvo desmayado, y al volver en sí, expresando su pesar por haberle perdido: No deseo otra cosa, decia, sino poder tributar á mi amigo los últimos honores y morir tan gloriosamente como él. El primero de estos votos se cumplió aquel mismo dia; el segundo algunos años despues. Víctima de su celo, Montmason sucumbió á manos de los argelinos que lo ataron á la boca de un cañon.

A las pocas horas de regresar las chalupas, divisóse á lo léjos y á poca distancia del lugar del naufragio un cuerpo flotante: expidióse para recogerlo á algunos marineros. Era el de Mr. Bossardée en la misma actitud que adoptara en sus últimos momentos, con una mano en el pecho y la cruz en los labios. Los restos de este digno sacerdote fueron trasladados á bordo, en donde con cariñosa veneracion y dolor sincero se le tributaron las últimas honras.

Entre tanto tenia lugar en tierra otra escena fúnebre. Los negros que habian ido con las chalupas divulgaron la muerte de Juan Amsterdan, y sus mujeres al recibir esta triste nueva, acudiendo presurosas, recorrieron la orilla de la bahía derramando lágrimas y suplicando á las ondas que lamian sus piés que las devolviesen el cuerpo de su marido; pero cuando vieron que terminaba el dia sin que apareciesen los restos que esperaban, con gemidos plañideros y ruidosos acusaron al mar de cruel y se retiraron en seguida á la choza del difunto, en donde entregadas á la mayor desesperacion, en apariencia al ménos, se mesaban los cabellos, miéntras dos jóvenes colocados á ambos lados de la puerta arrancaban lúgubres sonidos de dos instrumentos redondos en forma de atabales.

Pasados tres dias de lágrimas y gemidos, hízose la ceremonia correspondiente en honor de Amsterdan. Al efecto sus parientes encendieron con ramas de palmera una hoguera, al rededor de la cual acudieron cien negros de ambos sexos, arrojando agudos chillidos con direccion al Poniente, rogando al sol que fuese propicio al espíritu del muerto. Algo más allá un morabito estuvo por espacio de un cuarto de hora con las manos extendidas hácia el sol, y despues degolló un buey, quemó sus entrañas y distribuyó los restos á los parientes del difunto.

El 11 de abril dióse la flota otra vez á la vela, y siguió su viaje sin accidente alguno.

GUINEA.

Siguiendo la costa occidental de Africa y como continuacion meridional de la Senegambia aparécensenos las regiones de Guinea, tan famosas por los misterios que encierran y no han podido revelarnos todavía los intrépidos investigadores que en ellas han penetrado, como por las innumerables fábulas que acerca de las costumbres de sus singulares moradores circulan, debidas á la inventiva de vulgares viajeros que impotentes para hacer los descubrimientos que acaso proyec-

táran, trataron de adquirir la gloria que no supieron conquistar, supliendo con los recursos de la imaginacion lo que su pericia y constancia no pudieron averiguar.

Sin embargo, los primeros descubrimientos de los europeos en las costas de Guinea, sin duda traen su orígen de una época muy distante. Es opinion general que los portugueses Juan de Santarem y Pedro Escobas fueron los que inauguraron las exploraciones por aquellas playas en 1461, pero está casi averiguado que ya cien años ántes, en 1364, bajo el reinado de Cárlos V, las visitaron unos marinos de Dieppe, si bien no llegaron á fundar ningun establecimiento. Poco despues los portugueses fundaron allí algunas factorías é hicieron gran comercio con los naturales, pero de ellas y de los fuertes que construyeran les arrojaron los holandeses en 1604, obligándoles á retirarse al interior, en donde se confundieron con los naturales. Desde esta época son varias las naciones que comercian con Guinea, sin pasar de la costa.

Entre los viajeros que más han contribuido á aumentar los conocimientos que tiene Europa acerca de este país y merecen singular mencion en nuestro viaje, deben citarse al desgraciado Bowdich, de quien tendrémos ocasion de hablar más adelante, el capitan Clapperton, los ya conocidos Laing, Mungo Park y su hijo, y el mayor Denham.

La suerte de todos esos viajeros ha sido comunmente fatal. Clapperton sucumbió víctima de su ardiente celo por los progresos de la geografía, en Sackatu, en abril de 1827; Laing y Mungo Park terminaron su gloriosa carrera del modo que es ya sabido; el hijo del último al continuar la obra de su padre se encontraba en Kimbo, donde residia hacia tiempo para aprender el idioma del país, cuando sucumbió en la flor de sus años, segun unos, víctima del odio de los sacerdotes, por haber tenido la imprudencia de subirse á un árbol sagrado, y segun otros, á impulsos de las calenturas malignas que infestan aquel territorio. Denham por fin, despues de abandonar á Lóndres, su patria, para dedicarse á propagar la civilizacion entre la barbarie, cultivando la inteligencia humana y arrancando al esclavo del dominio de un desalmado traficante, fué á terminar sus dias á los cuarenta y tres años de edad en el establecimiento inglés de Sierra Leona, en el momento en que ascendido á teniente coronel en premio de sus servicios y descubrimientos, y nombrado gobernador de la colonia, ponia en práctica todas las medidas que sus sentimientos filantrópicos le dictaban para la prosperidad de aquel benéfico establecimiento, honra de la generosa nacion que lo instituyera. Sus actos, sin embargo, sus conquistas, aunque ménos ruidosas, más útiles que las que produce la guerra, ilustrarán más su nombre que si hubiera sucumbido valerosamente en las filas de un ejército victorioso.

La Guinea que, como hemos dicho ya, puede considerarse como una continuacion de la Senegambia, lleva en su mayor parte impresos los caractéres que por las relaciones de Mungo Park y Callé hemos visto resaltar en la naturaleza de este territorio y de sus habitantes.

En Guinea como en Senegambia reinan los más ardientes calores de la zona tórrida, pero en aquella como en esta, calman sus fuegos abrasadores las lluvias periódicas que inundan casi todas las regiones intertropicales desde junio hasta octubre, si bien en algunos parajes y sobre todo en la costa de Oro, hay dos esta-

ciones lluviosas ménos duraderas, circunstancia que se cree muy favorable al país que particulariza. Esas lluvias periódicas van generalmente acompañadas de tormentas y huracanes terribles, que si bien suelen ser perjudiciales á la salud de los habitantes mantienen la fertilidad del suelo. Por el contrario, el harmatlan, viento de Noroeste que reina por espacio de algunos meses en esta parte del Africa, agosta la tierra y es sumamente incómodo, pero no altera en lo más mínimo la salubridad, y hasta se le atribuye la virtud de curar las enfermedades cutáneas..

El suelo generalmente muy fértil aparece en las costas arenoso unas veces y pedregoso otras, ya cubierto de aguas, ya formado por tierras rojizas en grandes extensiones sin la menor piedra. En el interior, selvas inmensas en las que se albergan innumerables fieras: leones, tigres, leopardos, búfalos, rinocerontes, hienas y sobretodo muchísimos elefantes, ofrecen á los naturales, á la par que algunos peligros para ellos poco temibles, abundantes recursos con la caza y una defensa natural inexpugnable contra las agresiones exteriores.

La Guinea produce casi todos los frutos de los trópicos, como son arroz, maíz, mijo, yams, bananas, plátanos, ananas, naranjas, limones, añil, tabaco, pimienta y otras especias, varios animales silvestres no temibles como el gamo, el puerco espin, la liebre, el camaleon, etc., y multitud de lagartos, escorpiones y víboras de distintas especies. El ganado, que es poco numeroso, consiste en carneros, cabras y cerdos, y son comunes tambien los perros, los gatos, y la volatería. En los rios y manantiales encuéntranse el cocodrilo, el hipopótamo y el manaty, mamífero anfibio.

Sus abundantes minas de oro han tentado muchas veces la codicia de los europeos y costado la vida á no pocos aventureros que allí corrieran con la esperanza de una rápida fortuna. Es en efecto difícil y peligroso penetrar en el interior, y el comercio en la costa por conducto de los naturales está muy léjos de ser lo que podria por la escasez de acémilas, la falta de comunicaciones fáciles, y sobretodo el atraso de los indígenas por lo comun tan indolentes, que sólo emplean en el cultivo de los campos el trabajo indispensable para satisfacer las necesidades más perentorias, encontrando más cómodo y lucrativo vender sus hermanos á los comerciantes de carne humana, que emplear en una tarea asidua y fatigosa las fuerzas y recursos de que próvidamente les dotara la naturaleza.

En las costumbres de los guineos no se observa la uniformidad que caracteriza á las grandes naciones como distintivo de la civilizacion, sino que varian tanto como sus tribus: feroces y salvajes unos, humanos y tratables otros, sólo tienen de comun la ignorancia y el fanatismo. En el curso de nuestra narracion podrémos apreciar algunas de estas diferencias.

El primero de los estados que se nos presenta digno de mencionarse es el de Achanti, el más poderoso de todos, pues cuenta veinte y dos naciones tributarias, y el más infranqueable por sus inmensos bosques poblados de leones, elefantes, jabalíes, hienas y otras fieras.

Los hombres del pueblo libres no tienen más que una sola mujer, y los esclavos de que se compone la milicia no tienen ninguna. Son bien formados aunque ménos robustos que algunos de sus vecinos, pero en cambio tambien ménos

supersticiosos y salvajes. Al examinar Bodwich sus costumbres y leyes recordó á los antiguos egipcios, y por las tradiciones que conservan acerca de las emigraciones de sus tribus conjeturó que eran etíopes abisinios mezclados con colonos egipcios que tal vez debieron emigrar de su país hasta Tachompso, Meroe y Goian, ó descendientes quizá de los etíopes que oprimidos por la raza guerrera egipcia debieron abandonar la parte superior del Nilo hácia el Oeste. La fisonomía y la religion de los achantianos parecen confirmar la opinion del ilustre viajero, pues á juzgar por la primera, más se parecen á los tipos de aquella raza antigua que á los negros propios, y la segunda consiste en un islamismo contaminado por los restos indelebles de una idolatría indígena.

Los *mollahs* ó doctores forman una de las clases más consideradas en el país, porque son tambien los más instruidos. Enseñan á leer y escribir el árabe y mantienen relaciones constantes con Tombuctú y las regiones del Nilo.

Segun la tradicion, sus abuelos emigraron de unas comarcas situadas cerca de la grande agua y fundaron un reino despues de haber vencido á los intas y á otras dos tribus ménos poderosas, tomando de los vencidos, que eran un pueblo más culto, parte de su lengua y civilizacion, y formando con ellos doce tribus cuyos nombres conservan en gran parte, si bien se hallan divididos en varias ramificaciones.

La lengua de los achantianos es una de las más armoniosas y suaves que se hablan en la costa de Africa, por la abundancia de vocales y falta de la menor aspiracion. Como las de América abunda de figuras pintorescas, y á juzgar por el acento y ademanes de los interlocutores, parecen sus conversaciones vivos recitados. Semejantes á los chinos, al pronunciar la misma palabra se ven obligados á variar de tono para indicar sus diferentes significados.

El estilo de sus cantos es más dulce y animado que el de la mayor parte de los pueblos salvajes, y aunque tienen pocos instrumentos expresivos, con la reunion de los que poseen, si bien groseros, producen á menudo un efecto admirable. Los tienen de cuerda bastante parecidos al violin y á la guitarra, pero se sirven más comunmente de caracoles, que producen un sonido desapacible, y de la trompa del elefante. El canto es la única parte de música que permiten á las mujeres, las que cantan un coro particularmente en las exequias de sus amigos.

Las casas, de madera, morrillos y barro, están adornadas de dibujos de color ó en relieve, notándose en el interior del palacio del rey, de construccion parecida á la de los chinos, gran profusion de oro y marfil y sobretodo de talismanes moros é ídolos de negros.

Su gobierno, aunque monárquico, tiene formas aristocráticas, pues existe un consejo supremo compuesto de cuatro personas que intervienen en los negocios extranjeros y hasta tienen el voto en todas las discusiones reales. El rey en el ejercicio de su autoridad judicial consulta siempre con los miembros de su consejo, si bien lo hace en particular, para que se expliquen con franqueza y no comprometer su autoridad á los ojos del pueblo, costumbre que observan tambien cuando se ha de promulgar una nueva ley emanada de la sola voluntad del monarca. Los jefes militares ó *cabocyrs* componen otro cuerpo, al cual se convoca solamente con el objeto de dar publicidad á la voluntad del rey y del consejo

supremo, y para celar la ejecucion de estas mismas leyes, á no ser que se trate de negocios urgentes.

Segun su ley hereditaria, el hermano sucede al hermano en sus títulos y bienes, luego el hijo de la hermana del difunto, en seguida su hijo, y finalmente su principal vasallo ó esclavo.

El homicidio entre iguales se castiga segun la ley del talion, y los hechiceros ó posesos son condenados á muerte. Por lo demas, la legislacion de los achantianos ofrece pocos vestigios de la de los musulmanes, y su sistema político no es mucho más perfecto.

La alta nobleza militar tiene unos modales que respiran gran dignidad y cortesía; es muy hospitalaria en particular, aunque muy altiva y áspera en público. Persuadidos de que sólo en la guerra puede manifestarse la habilidad, ni siquiera conciben la posibilidad de engrandecer un estado por medio de negociaciones políticas. A causa de ese entusiasmo por el valor, aprecian y hacen justicia al de sus enemigos, aunque por lo regular son poco humanos y constantemente avaros y tiránicos. Para aquellos guerreros la ambicion es una de las primeras virtudes en los monarcas.

La supersticion es entre ellos la fuerza dominante; pueril en sus manifestaciones y poderoso excitador á la vez de sus instintos y deseos. El porvenir de la otra vida y la felicidad eterna no les inquietan: más esperan alcanzarla por la categoría y facultades de que gocen en este suelo, que como premio de sus virtudes privadas.

La clase baja, compuesta de esclavos, es ingrata, insolente y licenciosa, tanto que uno de sus reyes confesaba que era la raza más perversa que conocia á excepcion de los fantis.

El trono es hereditario, pero esta ley acostumbra violarse con mucha frecuencia por medio de largas y sangrientas revoluciones. El monarca por lo regular rodéase de grande aparato y misterio é impone á sus súbditos un respeto extremado, de manera que casi nunca se presenta al pueblo, al que habla sólo por conducto de sus ministros. Sentarse en la silla real es crímen de lesa majestad. Acompáñanle de continuo, como en Abisinia se practica, una guardia de corps compuesta de esclavos.

Los achantianos no se baten nunca despues de puesto el sol, costumbre que existia tambien entre los egipcios. La sentencia de muerte es indudablemente seguida de la ejecucion. Las ceremonias del matrimonio son las mismas en este pueblo que entre los abisinios, y como en estos la circuncision es arbitraria.

Otro de los estados que merecen citarse y el inmediato siguiendo al Sur, es el reino de Dahomeyd, uno de los más vastos de la Guinea, pues ademas del Dahomeyd propio, domina vastos territorios en el interior.

Poco han podido descubrir los europeos en esta parte del Africa, pues los más osados viajeros se han visto siempre detenidos en la costa por la fiereza de sus moradores, y por sus inmensos bosques poblados de fieras. Desde el último siglo, sin embargo, despues de una desastrosa guerra que taló aquel hermoso país, han podido conocerse en parte sus costumbres por algunos exploradores que consiguieron llegar hasta Abomeyd su capital, aunque dando escasas nociones sobre el sistema político y moral de aquel reino, fundado al parecer en un despotismo absoluto.

Los dahomeyses, segun las relaciones de los más verídicos viajeros, son valientes y emprendedores, serios y muy activos: su carácter ofrece una mezcla de barbarie y civilizacion, de crueldad y de sentimientos elevados. Su firmeza se asemeja á la de los antiguos espartanos; pero su veneracion por el rey es tal, que consideran como delito de lesa majestad el creerle mortal, y los más grandes no pueden acercársele sin postrarse, cubriéndose la cabeza de polvo. El monarca exige de sus súbditos ciega obediencia; dispone de todas las mujeres de sus estados, y los vasallos no pueden obtener ninguna sino de su mano, dándole en recompensa cuanto dinero tienen disponible.

Esta distribucion de mujeres se practica todos los años. El rey se queda con un número considerable de ellas, y distribuye las demas, primero á los nobles y jefes de sus ejércitos y despues á la masa del pueblo. Sea vieja ó jóven, fea ó hermosa, cada cual debe contentarse con la que le ha cabido en suerte. Con semejante sistema fácilmente se comprende que han de ser muchos los que careciendo de medios para procurarse mujeres se queden sin ellas, pero para obviar este inconveniente el rey destina numerosas cortesanas, obligadas á prostituirse por un ardite al primero que llega.

La guardia real, la compone un regimiento de mujeres adiestradas en el ejercicio de las armas, y para mejor preparar esta completa absorcion de la mujer por el poder, á cierta edad se arrebata á las niñas de los brazos de sus padres y se las da una especie de educacion pública.

El camino que conduce al palacio, ó mejor á la cabaña del rey, está sembrado de cráneos humanos y las paredes de su cuarto están incrustadas de cadáveres. En circunstancias solemnes camina sobre las cabezas ensangrentadas de sus enemigos ó de los cortesanos que han perdido su gracia, y como por el mes de enero se celebra una feria que dura varias semanas, á la que asisten todos los gobernadores de provincia y numerosos vasallos, el monarca en esta época manda dar muerte á cuarenta ó cincuenta individuos, cuya sangre sirve para rociar el sepulcro de sus antepasados. Cuando muere el rey, sus mujeres despues de haber hecho las demostraciones de dolor más extravagantes, se asesinan unas á otras y dura la matanza hasta que lo impide una órden del nuevo soberano.

El trono en Dahomeyd es hereditario, pero si los jefes presumen que el primogénito carece de la bárbara ferocidad, segun ellos, necesaria para gobernar bien, nombran al hijo menor, lo que á veces ocasiona guerras intestinas. Para complacerles y entusiasmarles, sin duda, dió uno de sus últimos reyes tales pruebas de tan apreciada ferocidad que excedió á todos sus predecesores. Baste decir que en una de sus fiestas mandó abrir una zanja al rededor de su palacio y vaciar en ella para que corriera como un rio la sangre de cien esclavos segun unos, ó de doscientos segun otros. Tan horribles sacrificios no deben sorprender, sabiendo que el ídolo único que se adora en aquel país es el trigo.

El tercer estado de Guinea es Benin. El carácter de sus habitantes forma un contraste singular con el del anterior, pues tanto como son los dahomeyses crueles, son ellos apacibles, tanto como aquellos bélicos y altivos, industriosos estos aunque indolentes. Casi todo el trabajo recae sobre las mujeres.

El punto de contacto que existe entre los naturales de Dahomeyd y de Benin es la veneracion extraordinaria que profesan á su rey, á quien consideran como

un semidios, creyendo que vive sin tomar alimento y que cuando muere resucita bajo otra forma. Esta circunstancia basta por sí sola para dar á comprender su estúpida supersticion y su fanatismo, manifestado ademas en el culto expiatorio que tributan al genio ó espíritu del mal con sacrificios humanos, inmolando las víctimas con la más repugnante indiferencia en medio de horribles cantos y aullidos. Los sacrificados son por lo regular prisioneros de guerra.

El rey da un collar de coral á las personas á quienes honra con su aprecio, y esta distincion equivale entre ellos á una órden de caballería; pero es favor harto pesado para el poseedor, pues si se presenta con él incurre en la pena de muerte.

El gobierno de Benin es absoluto en las formas, pero aristocrático en el fondo, pues aunque la voluntad del rey se considera como ley suprema, hay tres grandes del reino que administran los negocios del estado, arrogándose en nombre del monarca gran parte del poder, y los vireyes ó gobernadores de las provincias forman una especie de nobleza.

La poligamia es general en este reino, cuya costumbre más bárbara es la que se practica cuando muere el rey, enterrando vivas con él parte de sus mujeres y servidumbre, y otras personas.

Tambien es poblacion poderosa de Guinea la de los ayos ó eyos, cuyos individuos son los negros más valientes y temidos de toda la costa de Oro. Ellos vencieron á los dahomeyses, haciendo tributario á su rey; el soberano de estas belicosas tribus puede poner en pié de guerra un ejército de cien mil hombres. Como la capital y córte de esta nacion está á doscientas leguas de la costa: las noticias que de ella se tienen son escasas. Los más osados viajeros no han podido nunca visitarla para estudiar las costumbres de sus moradores.

Fantí es otra de las comarcas notables de la Guinea y la última de que nos ocupamos. Dividida en pequeñas regiones está sujeta á una porcion de régulos y á distintas instituciones. La de Afetu, antiguamente la más importante, tenia por jefe á un individuo de la clase de los sacerdotes; pero posteriormente adoptaron las leyes é instituciones republicanas que son las que predominan entre los fantís.

La administracion de justicia está confiada á unos magistrados llamados pynines, nombrados por el pueblo, los cuales aplican con rigor las leyes, severísimas particularmente contra el robo y asesinato.

Los fantís son muy pleitistas; defienden sus litigios con admirable artería y elocuencia, pero desde que se suprimió el tráfico de esclavos ha disminuido considerablemente el número de causas. A las mujeres que se hacen sospechosas de adulterio se les obliga á beber una porcion de cierta corteza desleida en agua, y en el caso de que la bebida produzca los efectos de un emético, se considera probado el crímen.

Los fantís de ambos sexos son sumamente aseados. Su traje consiste en una pieza de tela que envuelve ligeramente el cuerpo: le sujetan las mujeres con un cinturon llamado *tombak*, en el cual se cuelgan las más ricas algunas llaves de plata. Generalmente van con el seno descubierto.

La poligamia está en uso, y la mujer se adquiere por medio de algunos re-

galos, pasando desde luego á ser propiedad del marido, quien confia el gobierno exclusivo del hogar á la primera que adquirió.

Los fantís estuvieron antiguamente bajo la dominacion de los achantianos, sacudieron despues su yugo resistiéndose por mucho tiempo á los esfuerzos de estos conquistadores, y desde entónces reina la guerra entre ambos pueblos.

GUINEA INFERIOR.

Si escasean las noticias que auténticamente se tienen de las regiones de la Guinea septentrional, ménos eran lás que se habian adquirido de la Guinea inferior, hasta 1832 que publicó Douville las que recogiera en su dilatado viaje de tres años por el Congo. Su relato nos permite apreciar con bastante exactitud las costumbres y usos de aquellos pueblos acerca de los cuales tantas fábulas se han contado.

En 1491 segun unos, en 1487 segun otros, descubrieron los portugueses el Congo, bajo las órdenes de Diego Cam; pero no se establecieron en él hasta ochenta y cuatro años despues. El rey de Angola, viendo que el comercio con los extranjeros reportaba grandes ventajas á sus estados, envió algunos negros á Lisboa para ajustar un tratado que le asegurase estos beneficios. La reina viuda doña Catalina, regente del reino durante la menor edad de su nieto, dispuso que fuése á inspeccionar los estados del monarca negro Pablo Diaz de Narvaez, quien desembarcó en la embocadura del rio Conenza en mayo de 1560. El rey de Angola habia muerto; pero reiterando el sucesor á Narvaez los mismos deseos que su antecesor, regresó al momento á Portugal. El rey don Sebastian, ya entónces mayor de edad, aprobó la idea de apoderarse de aquellos estados, y al efecto nombró á Narvaez gobernador de la nueva colonia, para la cual partió con setecientos hombres y algunos buenos oficiales. Despuès de un viaje de tres meses llegó á la bahía de Loanda y tomó posesion de la isla en nombre del rey de Portugal. Contento el de Angola con la llegada de Narvaez, imploró su proteccion contra un vasallo que se habia sublevado, y dándosela los portugueses desde luego, derrotaron al rebelde y restablecieron la paz en el reino.

El rey del Congo, que veia con sentimiento el ascendiente que adquirian los portugueses en Africa, manifestó al rey de Loanda que si se fiaba de los blancos perderia sus estados; pero estos consiguieron persuadir á su aliado de que la intencion del rey del Congo era privarle del comercio para aprovecharse él exclusivamente, y la advertencia quedó desatendida.

Seis años despues pidió al rey un portugues que le hiciese aplicar la marca, para demostrar que era su esclavo, prometiéndole revelar un secreto de la mayor importancia. El monarca negro reunió á sus macotas ó nobles, y asegurando

al denunciador que reservaria sus palabras, declaróle el portugues, que Navaca proyectaba quitarle el reino y sus minas.

Al dia siguiente el rey hizo llamar á todos los portugueses que habia en la capital y obligó al denunciador á que en presencia suya repitiese cuanto habia dicho el dia anterior. Despidiólos despues resolviendo exterminarlos á todos, y para ejecutar con más seguridad sus proyectos fingió que uno de sus vecinos le habia declarado la guerra, y encargándoles que fuésen á atacar al enemigo hizo que todos fuesen sacrificados al furor de los que consideraban como aliados. El delator fue condenado á muerte, diciéndole el rey al pronunciar la sentencia: El que ha hecho perecer á sus hermanos no es digno de vivir. Como el gobernador portugues se hallaba á la sazon ausente de la capital del príncipe negro, envióle este un emisario participándole que no diese un paso adelante hasta que le fuesen comunicados los proyectos de su señor. El gobernador sospechó alguna traicion, y cuando pocos dias despues supo lo ocurrido y que un ejército numeroso iba á atacarle, léjos de intimidarse aumentó su tropa con ciento cincuenta hombres, y con el auxilio de la artillería salió al encuentro del enemigo, y haciendo en sus filas una horrible carnicería destruyó una parte del ejército negro, dispersó la restante, y devastó la provincia más inmediata á la costa.

En 1579 principió á someterse á los portugueses aquella parte del Africa, engrosando el ejército muchos jefes negros que maltratados por el gobernador se hicieron vasallos del rey de Portugal. En 1598 envió el gobernador á su primo á Benguela para fundar allí un establecimiento, que facilitando los medios de someter á los pueblos independientes fomentase el comercio; pero los negros, desconfiados por experiencia, sacrificaron al mensajero que meditaba su ruina: con todo, á pesar de su resistencia no pudieron impedir que los portugueses se estableciesen en aquella parte del Congo.

Tal es en resúmen la historia de la conquista de la Guinea meridional, conquista imperfecta y poco provechosa á conquistadores y conquistados por la falta de acierto y recursos en los primeros y por el rebelde carácter de los segundos. La influencia de los portugueses nunca ha pasado muy allá de la costa, y así se explica que el Congo á pesar de ser en apariencia una colonia europea fuese tantos años un misterio.

Douville, como hemos dicho ya, fue quien á costa de inmensos sacrificios y penalidades sin cuento penetró el primero en el interior del país arrostrando no pocos peligros, y á él se deben las noticias que acerca de los moradores de esta parte del Africa podemos dar al lector. Si estas noticias son exactas, si no hay en ellas exageracion ó parte de fábula, difícil es decirlo, pues pocos han osado ir á averiguarlo. Tal como nos las da el viajero las trascribimos sin perjuicio de hacer despues las observaciones que consideremos oportunas.

Los negros que residen á corta distancia al Sur de Benguela no se cortan nunca el cabello, y las mujeres se lo pintan de encarnado, adornándoselo con abalorios, corales y cintas. Estos pueblos reconocen por divinidades al sol y á la luna, y aunque no les tributan culto por medio de ceremonias religiosas, tienen templos para sus dioses penates. Las leyes son muy pocas y no están escritas, pero no por eso dejan de ser sabidas de todos y puntualmente ejecutadas. Los castigos indemnizan siempre á la parte ofendida, y consisten en la esclavitud ó

en una multa, sin que nada se oponga á la accion de las leyes que es pronta y enérgica.

El más poderoso de los jefes sometidos al gobierno portugues en el distrito de Benguela era en tiempo de Douville el soba de Catumbela, que podia poner sobre las armas seis mil hombres en el término de tres horas y tres mil más en doce. A este jefe que era de edad avanzada, de elevada estatura y esbeltas formas, vió un dia el citado viajero al dirigirse á comer á casa de un comerciante. Llevaba al cuello una sarta de abalorios; le acompañaba la principal de sus mujeres, jóven, bien formada y vestida lo mismo que él, con la sola diferencia de que este tenia la cabeza desnuda y su mujer la llevaba cubierta con un pañuelo y un adorno de piedras falsas en la frente.

Despues de comer pasó el soba á una sala inmediata para dar audiencia á su comitiva, y se sentó en una silla con los dos primeros nobles de la córte, que lo hicieron en una estera á su lado. Al frente sentóse del mismo modo su esposa; á la espalda de esta habia una dama de honor, y todos los demas nobles indistintamente al rededor de la sala puestos en cuclillas. El soba dió un vaso de vino á cada uno de los nobles que estaban á su lado, los cuales al recibirlo se levantaron de su sitio, se separaron un poco del soberano, hincaron una rodilla en tierra, y volviendo un poco la cara, pero de modo que no le perdiesen de vista, bebieron el vaso y de rodillas se lo devolvieron. Despues que el soba hubo tomado el vaso, dieron una palmada en señal de sumision y gratitud.

Cuando estos jefes negros salen al campo van seguidos de una córte numerosa y los oficiales de su casa, unos quitando las piedras por donde va á pasar, otros cortando las ramas de los árboles que podrian incomodarle; estos conducen su silla, aquellos las insignias de la soberanía. Hay entre los príncipes negros de los distritos inmediatos á la costa la singular costumbre de ofrecer sus hijas á los extranjeros que los visitan, si son blancos, lo cual consideran como un honor, ó iguales á ellos en categoría, ó bien si esperan sacar algun partido; pero no puede tocarse á las mujeres hasta despues de haber dicho al jefe los regalos con que se piensa gratificarle, pues de lo contrario quien tal hiciera sería castigado por el crímen de seduccion, que ellos llaman *kitonche*, con cuya palabra designan toda clase de delitos. Las multas consisten en el valor de cinco esclavos para la hija de un jefe; pero este se contenta siempre con un precio muy módico cuando de antemano se le propone ó promete recibir á su hija.

En los alrededores de Benguela abundan mucho las plantas medicinales, pero los portugueses no hacen caso de ellas como de todo lo que no está en relacion con el tráfico de los negros. A pesar de recolectarse la ipecacuana en la misma ciudad, los boticarios se surten de este artículo en el Brasil, porque no les tiene cuenta ocuparse de un objeto de tan poca importancia. Los negros por el contrario cifran el remedio de sus males en las plantas que les ofrece la naturaleza y examinan cuidadosamente cuantas se encuentran á su alcance. Han aprendido á sacar partido del imbondero, árbol cuyo tronco mide de cuarenta y ocho á sesenta piés de circunferencia, y produce una flor muy bonita que tiene un pedículo de cerca de dos piés, cuyo boton presenta la forma de una manzana grande: la fruta es oblonga y muy gorda, sirviendo á los negros de remedio contra la

mordedura de una culebra muy comun en el país (1), la que se curan radicalmente lavándose la herida con agua en la que haya estado esta fruta en infusion.

Los negros no cultivan más que el maíz, la yuca y las judías; con la raíz de la yuca obtienen harina, de la que hacen una especie de puches y una bebida muy fresca conocida con el nombre de *garrupa*, y crian mucho ganado mayor y menor. Los carneros, aunque tienen las mismas costumbres, no se parecen en nada á los de Europa; son mayores, la cola muy gruesa y están cubiertos como en otras comarcas de la zona tórrida en Africa, de un pelo duro como el de las vacas. Su carne es glutinosa, de un color encarnado oscuro y tan semejante á la del carnero de nuestro país, que és muy difícil distinguirla al paladar; la sangre es espesa, los huesos abultados y fuertes, la frente chata y el hocico largo. El carnero de Europa trasladado á Africa no cambia de lana, lo mismo que el de este último punto conserva siempre su pelo aunque se le traslade á otras regiones.

Numerosas aves de canto melodioso y brillante plumaje pueblan el espacio. En cuanto á los mamíferos, leones, panteras, tigres y hienas asolan aquella tierra. Manadas de elefantes, búfalos, ciervos y gacelas habitan los bosques inmediatos á la ciudad, aunque rara vez salen de sus guaridas. Los reptiles, cuyo veneno es muy sutil, y los insectos abundan y son mayores que los de América. El *lacraia*, que es una especie de salamanquesa que se cria en las casas, es doble mayor que la que se encuentra en Loanda y en América. La mordedura es muy peligrosa, y para curarla emplean aguardiente en que se ha infundido por espacio de varios meses uno de estos reptiles. Abundan mucho las tortugas de mar y de agua dulce, de cuyas conchas se sirven los naturales como de artesas para dar de comer á los cerdos.

Tales son los principales rasgos que caracterizan á los negros de los alrededores de Benguela. Subdividida la Guinea inferior en innumerables estados y provincias casi independientes entre sí, preciso es recorrer sus varias fracciones para formarse una idea aproximada del tipo comun de aquellos pueblos. Sus costumbres en detalle no son á todos aplicables, pero de su conjunto resulta la fisonomía general de la raza.

Las mujeres en el país de Loanda se pintan todas las mañanas los piés y las piernas con una tierra de color encarnado que se encuentra en las cercanías de la ciudad, haciéndose rayas en la frente, mejillas, narices, barba y entre los dos ojos, y así adornadas se van al trabajo bailando al són del cansar y del hango. El cansar es un instrumento formado con un trozo del pedículo del bordon, especie de palma, en el que abren varios agujeros, por los cuales hacen pasar con rapidez una varilla, produciendo un sonido bastante agradable cuando se acom-

(1) Las mandíbulas de esta culebra no están armadas de ganchos movibles, aunque su mordedura produce inflamacion y agudos dolores. Tiene cubierta la cabeza de nueve escamas grandes, y guarnecido el lomo de escamas unidas en forma romboidal. Las hay que tienen más de tres piés de largo. Su color por la parte inferior del cuerpo es verde más ó ménos amarillento, y la parte superior de una mezcla de azul y encarnado. Es muy ligera y trepa por las ramas de los árboles entre las cuales duerme generalmente. La facultad que tiene de lanzarse con la rapidez de una flecha, la coloca entre las especies conocidas con el nombre de dardo, aunque no tiene ni su color ni su forma. Se distingue con el nombre de benguela, por la comarca en que se encuentra.

paña con el hango, que es una especie de arco con una cuerda muy tirante, que suena cuando se le da con una varilla, resultando un sonido mucho más melodioso cuando el instrumento está unido á una calabaza que apoyan en el estómago.

Los negros, aficionadísimos al baile se ponen en movimiento al menor ruido del *tamtam* ó *batonkc*, que es uno como tambor, cuya caja forman del tronco hueco de un árbol, tapado por un extremo con un pellejo muy tirante y que se va estrechando hasta el otro extremo, cuya boca sólo tiene tres ó cuatro pulgadas de diámetro. Para tocar este instrumento se monta un negro sobre él y hiere el parche con ambas manos con una viveza extraordinaria llevando siempre el compas.

El baile más comun se ejecuta del modo siguiente. Los que danzan forman un círculo, en cuyo centro se coloca un hombre solo haciendo por largo tiempo muchas piruetas y contorsiones; despues corre hácia una mujer con quien choca vientre con vientre; la mujer cuando lo ve venir pone su vientre tan sumamente estirado que el choque de los cuerpos produce un singular ruido. La mujer entónces deja su puesto, sale al centro del círculo, está haciendo piruetas hasta que se cansa y concluye dirigiéndose á un hombre á quien invita del modo referido, y así sucesivamente continúa el baile hasta que se cansan los músicos. A veces para animar la diversion finge el que está en medio del círculo que va á invitar á alguno, y en el momento de ir á darle con el vientre se vuelve de repente y va á tocar á otro. Lo dicho basta para comprender la obscenidad que reinará en estos bailes, especialmente en un país donde el excesivo calor excita los sentidos contribuyendo á ello en gran parte las bebidas, palabras, canciones libres y casi completa desnudez.

Hay otra danza favorita de los negros. Se colocan seis en dos hileras, las mujeres á un lado y los hombres á otro, haciendo contorsiones que marcan todos los músculos y partes de su cuerpo acompañadas de las posturas más indecentes y ridículas; despues se cruzan á derecha é izquierda y repiten las mismas contorsiones y gestos que al principio.

Cuando un negro de Loanda ó de sus cercanías ve una muchacha que le gusta, la pide á su padre, á su madre ó al que está encargado de ella. Si se la conceden, se trata del precio que abona en géneros, ganados ú otros efectos; á esta compra la llaman *lembamento*, precio de una muchacha. Antes de irse con el que la ha comprado pasa ocho dias en una cabaña separada, llamada casa de uso, en la cual se encierra con ella para circuncidarla un negro tenido por mágico, el que repite diariamente la visita á horas determinadas, para quitarle los apósitos y darle unturas y fricciones por todas partes, pronunciando ciertas palabras misteriosas para que el *quiteke* ó ídolo la proteja, le asegure para siempre el amor de su esposo y la haga fecunda. Pasados los ocho dias van los parientes á buscarla con gran ceremonia, la visten con los más ricos trajes que le han prestado sus amigos, pues los negros creerian cometer un gran crímen si negasen cuanto se les pide para una ceremonia tan solemne. Luego que la jóven está adornada la conducen delante de su casa, y colocándola en un sitio preparado al efecto se da principio á la fiesta que dura tres dias, con canciones, gestos y danzas obscenas y escandalosas para pintar á la novia los placeres que la espe-

ran con su futuro esposo, acabando por hincarse de rodillas y darla el título de *quincumbi* (soberana). Los excesos que reinan en estas fiestas atraen gran concurrencia, y todos acuden vestidos con sus mejores ropas. Trascurridos los tres dias, va la muchacha á casa de su marido, que queda reconocido como tal por el solo hecho del lembamento.

Cuando muere un negro sus padres y amigos se reunen al rededor de la casa del difunto, cuyos funerales principian por bailes y canciones lascivas; celebran con discursos la fidelidad del finado hácia el quiteke ó ídolo, recuerdan que fue circuncidado, elogian sus acciones más indecentes y su fortuna en empresas amorosas, sin ser nunca desmentidos aunque lleven sus elogios hasta la exageracion; dicen que todas las noches proporcionaba placeres á sus mujeres y otras mil torpezas, acompañando lo repugnante de este cuadro con la embriaguez y con los gestos y acciones más inmundas.

Construyen en el jardin ó en sus alrededores una cabaña donde depositan el cadáver sobre una estera, poniendo á los piés su pipa, su calabaza y su asiento hecho pedazos. Por espacio de ocho dias los padres y amigos del difunto hacen mil extravagancias alrededor de esta cabaña, y pasado este tiempo llevan el cadáver á la orilla del mar ó de un arroyo para que su alma, que segun creen no ha abandonado el cuerpo aunque ya no le anima, se presente á la ceremonia de abrir las puertas de la felicidad para su entrada en el otro mundo. Esta ceremonia, que consideran indispensable para el eterno reposo del difunto, consiste en arrojar al mar ó al arroyo la cabeza del cerdo que se ha comido durante los ocho dias de los funerales, y si omitiesen esta práctica, creerian que vagaba eternamente alrededor de una mansion de delicias sin poder penetrar en ella, y que cuando se enojase volveria á este mundo á llevarse al pariente que hubiese olvidado tan importante ceremonia.

En la provincia de Senza do Golungo varian un tanto estas costumbres. Allí cuando un hombre cuenta con la palabra de una jóven y tiene el consentimiento de sus padres y parientes, declara que la recibe en el número de sus mujeres. La mujer entónces deja la morada de sus padres ó encargados para pasar á la casa de *uso,* en la cual practican una ceremonia semejante á la anteriormente descrita, con la sola diferencia de que aquí hace el mágico el primer dia la operacion del *quicumbi*, cortándole la parte exterior de las ninfas, continuando luego sus visitas para curarle la herida y administrarle las unturas que han de hacerla fecunda. Esta costumbre se considera tan indispensable, que la mujer que la omitiese se creeria desgraciada para toda la vida por haber descuidado tan piadoso deber.

La supersticion de los negros es tal, que cuando muere mucha gente en el distrito de un soba, aun de los sometidos al gobierno portugues, publica el jefe un edicto convocando á su pueblo, y le manda marchar á Cassange á fin de presentarse al gran sacerdote de aquel distrito para que haga las pruebas en averiguacion de quien ha echado un conjuro sobre el país. Las copas para la prueba, preparadas por el adivino, contienen una decoccion de la corteza del árbol llamado *incaça* en el dialecto de Cassange y *panda* en el de Angola, á cuyo licor agrega el mágico polvos de la misma corteza, y para hacer más infalibles los resultados de su ciencia este maldito médico, nunca se olvida de mezclar en va-

rias copas polvos de alguna sustancia venenosa en cantidades desiguales, porque de lo contrario produciria en todos los mismos efectos, y lo que á él le importa es que muchas de aquellas personas, despues de haber bebido la composicion caigan en un estado de estupor, al que sigue la muerte si el truhan no les administra un contraveneno, cosa que no hace nunca si no se le obsequia con un buen regalo. Muchas veces los parientes de las infelices víctimas, confiados en su inocencia, no llevan nada consigo para rescatar su vida, y entónces mueren sin remision.

El conocido efecto que produce la corteza del incaça, que supera á la del quino, porque ademas de reunir todas las virtudes de esta tiene un sabor más agradable y la singular propiedad de comunicar á todos los miembros del cuerpo un vigor extraordinario, hace aun más terrible el arte de los hechiceros. El pueblo cree, cuando el incaça produce un efecto contrario, que la cólera de los dioses trasforma en veneno para el delincuente una bebida tan saludable. En estas pruebas muere siempre mucha gente, y diez de los parientes más inmediatos de cada individuo, declarado culpable por resultado de ellas, son condenados á la esclavitud para expiar los crímenes de aquellos. Esta costumbre está prohibida entre los sobas sometidos á Portugal y es castigada si llega á noticia del regente, pero los negros tienen buen cuidado de practicarla en secreto, porque todos los castigos imaginables serian impotentes para destruir una costumbre que data desde tiempo inmemorial. El medio, empero, más seguro de impedir la observancia de rito tan horroroso sería no amenazar con castigos á aquellos ignorantes, sino destruir la supersticion que es el orígen de todo, y entónces los funestos resultados que trae esta consigo caerían por sí mismos y se curaría el mal por completo.

Inspiran los adivinos tal confianza á estos pueblos que los consultan en sus enfermedades ántes de dirigirse á los médicos para que les digan el orígen del mal, pues creen que aquellos no pueden descubrirla, limitándose su ciencia á aplicar los remedios despues que el mágico indica las causas. Douville, despues de atravesar el espacio entre Golungo y Trombetta, siguió por el interior con direccion á Calumbolo, y entra en demasiado prolijos detalles tanto del país como de sus aventuras para trasladar aquí íntegro cuanto refiere; sin embargo, no podemos ménos de reproducir para dar una idea de aquellas comarcas la pintura que hace del territorio comprendido entre Trombetta y Calumbolo.

La campiña que media entre Trombetta y Calumbolo, dice, es alegre y risueña; el terreno casi totalmente cultivado está muy poblado de caseríos con calles de plátanos, á cuyas orillas se ven sepulcros adornados de diferentes maneras. En unos hay una porcion de tierra amasada imitando la figura de una serpiente, cuyas escamas forman pedacitos de mármol ó conchas blancas y fósiles; en otras, un palo clavado en tierra sosteniendo una corona de paja guarnecida de flores; vese en algunos un pedazo de estera y un cesto dividido en dos mitades, una en cada extremo y al lado una calabaza, un cántaro agujereado, y en medio el baston que llevaba el difunto, el talego en que guardaba la harina de yuca cuando viajaba; la olla ó perol donde guisaba y los adornos que usaba, están colgados en otro palo pequeño. Todos estos objetos son sagrados para los caminantes y nadie se atreve á tocarlos.

No se encuentra en los sepulcros epitafio alguno que dé á conocer la condicion del difunto, pero á pesar de esto, todos saben distinguir si pertenece á un hombre libre ó un esclavo, y nunca se equivocan, porque cada objeto que los rodea es para ellos un emblema que equivale á una inscripcion ó epitafio.

A un cuarto de legua de Musungo divisé ondeando sobre un pequeño monumento un lienzo blanco con una llave pintada en el centro. Por la estructura y disposicion del sepulcro se conocia pertenecer á una familia de sobas, y la llave era el distintivo de los estados de aquel soberano, pues en el reino de Angola cada jefe tiene su llave particular.

Veamos ahora la descripcion que nos da Douville de unos funerales que presenció.

Dos mujeres situadas en las extremidades del jardin en los senderos que conducian del camino público á la cabaña del difunto lloraban anunciando con alaridos la llegada de los convidados, para que saliesen á recibirlos los que comiendo y bebiendo estaban celebrando el festin del duelo. En la puerta de la cabaña habia dos hombres destinados á noticiar á los caminantes la muerte del dueño de la habitacion é invitarles en tono plañidero á reunirse con ellos para celebrar más dignamente las fiestas de muerte. Al anochecer todos los parientes, amigos y convidados dieron principio á las danzas, que duraron toda la noche, á las que asistian las *amasías* ó mujeres del difunto que estaban sentadas á la puerta entonando cantos fúnebres.

Al dia siguiente, todas ellas llevando sus hijos á la espalda y una caña larga en la mano se cubrieron de la cabeza á los piés con bejucos entretejidos con hojas de árboles y plantas odoríficas, y se pusieron á bailar con los hombres, vestidos algunos con sus *tangas* ó taparabos que les llegaban á las rodillas. Cantaban y lanzaban gritos lúgubres, entrando de vez en cuando en la choza del difunto para rogarle que les preparase en el otro mundo una gran casa con su huerto, ricas frutas y buen agua; que los librase de ser esclavos del señor del país, y que las mujeres fueran hermosas y lascivas.

El tercer dia, á las cuatro de la tarde, colocaron el cadáver en una estera, poniéndole los piés debajo de la espalda y la cabeza derecha como si estuviese sentado; lo cubrieron con un pedazo de *zuarte*, que es una tela azul de algodon, y dos negros pasaron un palo por entre las cuerdas atadas á los cuatro ángulos de la estera, para conducirlo á la sepultura de su familia. Los hombres seguian el cortejo fúnebre cantando y bailando; pero las mujeres sólo acompañaron á las amasías que iban cubiertas con un velo y con ramas y hojas de árboles hasta el arroyo inmediato, en el cual se quitaron el velo, arrojando ramas y hojas. Permanecieron con los piés dentro del agua miéntras otras mujeres les afeitaron el pelo, pronunciando palabras misteriosas para significar que aquel acto las purificaba y quedaban como ántes de haber conocido á varon. Despues se lavaron el cuerpo con cuidado, se cubrieron con el velo y se dirigieron á la casa del difunto á tomar parte en las danzas y festines que duran ocho dias. A los tres meses de la muerte del marido vuelven sus viudas al mismo arroyo donde se bañaron el dia del entierro, y en medio de la corriente se desnudan y arrojan los vestidos que han usado durante la vida y despues de la muerte de aquel y se lavan de nuevo todo el cuerpo. Hecho esto se adornan con vestidos nuevos y vuelven á

su casa, que no tardan generalmente en abandonar para entrar en la de un nuevo compañero.

Los negros de esta provincia se diferencian en todo de los pueblos civilizados, principalmente en la conducta que observan con sus mujeres; pues en lugar de repudiarlas cuando cometen adulterio, las quieren tanto más cuanto mayor es el número de aventuras que han tenido.

Cuando una mujer ha sucumbido al adulterio lo descubre al momento á su marido, y este entabla una querella ante el soba, ó ante el regente de la provincia para que se cite al cómplice.

Algunas veces se entregan las mujeres al hombre que las solicita para tener pretexto para separarse de sus maridos, en cuyo caso se quejan ante el que las pretende de la conducta que su marido observa con ella, y otras por el contrario lo hacen con el objeto de excitar más su cariño, como se verá más adelante; pero en cualquiera de los dos casos nunca niega el hecho el hombre á quien ella ha favorecido, temeroso de verse citado ante el adivino, lo cual se hace cuando no hay testigos presenciales, tan difíciles en estas circunstancias. El temor á los adivinos no es infundado, pues el culpable es condenado á muerte cuando da lugar á invocar á los dioses para que declaren la verdad de lo que él se obstina en negar. La pena impuesta á su crímen, cuando lo confiesa, consiste en quince mil *reis* (trescientos sesenta reales) que debe entregar al marido ofendido, y en el momento que este ha recibido la suma, la mujer queda libre para tomar el partido que mejor le convenga; pudiendo continuar viviendo con su marido, cuyo amor por ella se aumenta por este hecho extraordinariamente, ó irse con el hombre que en cierto modo acaba de comprarla, ó entregarse á otro cualquiera.

El cómplice se considera siempre indemnizado del pago, porque si la mujer se queda con él consigue sus deseos, y le aumenta el número de las demas que le pertenecen; y si vuelve con el marido, le queda el consuelo de poder contar á aquella mujer entre sus conquistas.

En este país, como en todos, la mujer maneja con destreza los resortes de la coquetería, conoce tambien el fingimiento y sabe poner en ejercicio todos los medios de agradar. El deseo de aparecer amable es para ella un móvil muy activo, y cuanto mayor ha sido el número de sus galanes tanta más fama adquiere; de tal modo que el hombre que no habria pensado siquiera en ella, desea poseerla, por haber logrado cautivar el corazon de otros muchos. Con sus aventuras se hace proverbial su belleza, y sus favores son considerados como un honor para el que los obtiene, el cual adquiere tambien celebridad entre las mujeres por ser correspondido de la que todos prefieren.

Cuando una mujer ama á su marido y no ha podido granjearse su afecto, procura por todos los medios imaginables cautivar su corazon ántes que lo consiga una rival por la belleza ó la ternura. Para alcanzarlo provoca una aventura amorosa, y entónces el marido empieza á notar los atractivos de su mujer; en la segunda consigue no sólo subyugarle y ser su primera mujer, sino tambien hacerse célebre, pues su nombre se repite ya de boca en boca; y si por astucia ó por su mérito, logra tener la tercera aventura, se convierte en la divinidad del dia; el marido es obsequiado de todo el mundo por poseer una mujer

tan distinguida y su fortuna está ya asegurada. ¡Dichoso el hombre que puede obtener los más pequeños favores, aunque pagados muy caros, de semejante mujer!

Toda la ambicion de los negros se cifra en tener muchas y hermosas mujeres, para que les nazcan muchos hijos, prefiriendo á los varones las hembras, que les son más útiles, pues al casarlas saben que les darán quince mil reis por cada una y que los yernos estarán obligados á asistirlos en todo. Se consideran felices desde el momento que casan á una hija ó tienen un hijo de edad suficiente para poderlo vender; pues entónces pasan la vida sentados á la puerta de su cabaña, tejiendo ó hilando delantales, y si al cabo de un año concluye uno que vende á sus compañeros, se cree rico. Las mujeres están encargadas de preparar el alimento de los hijos, sembrar las tierras y disponer lo necesario para la subsistencia. Con la harina del yuca hacen el *infungi*, especie de papilla; pero si colectan la suficiente para hacer el *garrapa*, bebida preparada con la raíz del yuca fermentada en agua, creen entónces disfrutar todas las dulzuras de la vida. Cuando se cansan de hilar se duermen á la puerta misma de la choza, y al despertar se ponen á fumar en el *cachimbo* (pipa).

El cariño de los negros á sus costumbres es tan profundo como arraigada la supersticion en sus creencias. El hecho siguiente basta para comprender cuán difíciles han de ser entre ellos los progresos de la civilizacion, cuán extraordinario tacto, cuánta constancia y tiempo se requieren para arrancarles del estado de estúpida barbarie en que se encuentran y del dominio de los explotadores de su ignorancia.

Un negro que se habia enriquecido quiso vestir como los blancos, adoptó el uso de los zapatos, y abandonando todas las costumbres del país se fué á vivir á la provincia de Columbolo donde al poco tiempo murió de calenturas. Sus parientes lo enterraron en el cementerio de los blancos segun habia ordenado, se repartieron todos sus bienes y retiraron á sus casas sin hacer con el difunto las ceremonias acostumbradas entre ellos. Habiendo poco despues sobrevenido algunas desgracias á su familia y muerto algun pariente, resolvieron los demas consultar á los adivinos acerca de este accidente; llegado el dia que estos señalaron para la ceremonia, se reunieron desde por la mañana todos los parientes y amigos del difunto, anunciándose la fiesta por medio de danzas, en las que tomaron parte los vecinos y caminantes, bebiéndose extraordinariamente y entregándose á toda clase de excesos hasta media noche.

El *feiticero* ó mago hizo las invocaciones acostumbradas, y el alma del finado que debia hablar por boca de alguno, despues de muchas ceremonias y contorsiones, lo hizo por la del jóven compañero del adivino, declarando su voluntad con estas palabras: El difunto pide que lo retiren del cementerio de los blancos, y lo coloquen en el de sus abuelos á orillas de un camino público. Y luego continuó: El difunto tiene en el otro mundo el oficio de conductor, y continuará en él hasta que sea restituido á la morada de sus padres, que se niegan á reconocerlo y pedir que sea admitido en el número de las almas bienaventuradas.

Esta declaracion afligió mucho á los parientes del difunto, sabiendo cuán difícil era de cumplir la condicion que imponia para ser admitido en la morada de

los bienaventurados. Temian su cólera hasta cumplimentar sus deseos; pero veian la dificultad de que el cura ó regente favoreciese ni ménos aprobase la exhumacion del cuerpo, por lo cual los adivinos consultaron á los dioses sobre lo que se debia hacer. Estos, aficionados siempre al placer de la mesa, anunciaron por boca del mismo que habia hablado ántes que era necesario celebrar grandes fiestas para que los padres del difunto estuviesen obligados á reconocerlo, é ir todas las noches para sacar los huesos de su tumba hasta haber cumplido tan grande y piadosa ceremonia, insistiendo principalmente en que continuasen las fiestas hasta que el espíritu á quien él invocaria estuviese satisfecho, y añadiendo por último que si no se cumplia exactamente cuanto decia podia prepararse á morir toda la familia.

Creemos que no necesitará el lector de grandes explicaciones para comprender el orígen y el móvil de tales vaticinios. Allí los explotadores del fanatismo no desperdician ocasion de arraigarlo, y se asustan á la menor circunstancia que pudiera ser principio de una nueva creencia ó motivo para dudar de la antigua.

En otros puntos los negros no barren ni arreglan la casa durante los ocho dias que siguen á la muerte de alguno, por temor de que el polvo que se levantase incomodara á los espíritus que van á buscar el del difunto, que segun creen, no abandona la casa hasta concluidas las fiestas. Al octavo dia á media noche sacrifican una víctima, cuya sangre echan en un gran brasero, donde tambien queman yerbas olorosas secadas al sol, y despues de esta ceremonia es cuando barren la casa y ponen todo en órden. La carne de la víctima sacrificada la asan despues, y comiendo y bebiendo pasan la noche, pero cuidando de retirarse ántes de la salida del sol.

Acostumbran tambien en algunas comarcas derribar la casa del difunto el mismo dia del entierro, sirviendo las estacas y paja de que está formada de combustible para asar la carne de los animales sacrificados, hacer los puches de harina de maíz *(infungi)*, tostar este y guisar todo el tiempo que duran las fiestas, de modo que acabadas, destruida ya completamente la casa, esparcen al viento las cenizas para que no queden ni aun vestigios.

Aunque el sol y la luna son las divinidades principales entre los negros, tienen estos infinidad de dioses, siendo el más venerado de todos Muta-Calumbo, que se representa bajo las formas posibles y tiene su altar en uno de los aposentos de la casa. Los que tienen esclavos encargan á una doncella, que se consagra al culto de aquella divinidad, el cuidado de su altar y limpieza del aposento para que el polvo no incomode al ídolo, el cual por boca de esta mujer da á conocer su voluntad cuando se le consulta. Instruida la sacerdotisa en el arte de engañar, se agita y hace extrañas contorsiones, finge un extraordinario furor, se le erizan los cabellos, rompe cuanto encuentra, y en medio de estos aspavientos y de esta rabia fingida con que pretende hacer creer que la posee el dios, pronuncia desordenadas palabras, dejando empero distinguir claramente las reconvenciones ó acriminaciones que profiere el dios, el cual se queja por lo regular de que le presentan pocas ofrendas, concluyendo sin embargo por prometer un buen éxito en todas las empresas futuras si se le manifiesta más respeto celebrando fiestas en su honor. La sala resuena entónces con estrepitosas palmadas de

gozo para celebrar la benevolencia del dios, se apresuran á presentarle ofrendas, y la sacerdotisa que tan diestramente ha desempeñado su papel recobra poco á poco el uso de los sentidos y recibe cuanto se destina al dios.

Quibuco no es ménos respetado que Muta-Calumbo, y tambien los zambi (espíritus) tienen derecho á que se les tributen honores particulares, que continuamente les hacen los negros para tenerlos propicios y contar en su muerte con amigos y protectores. Por su intercesion se prometen no ser condenados á pasar á otro cuerpo que deba sufrir una situacion miserable, lisonjeándose tambien de que conseguirán en el otro mundo una mansion agradable y amena. Esperan que los librará de una muerte próxima, pues prefieren los placeres de esta vida, que ya conocen, á los de la otra que segun sus creencias son eventuales, invocándolo tambien cuando temen que en lugar de quedarse en la mansion de los venturosos han de volver á la tierra para ocupar un cuerpo todavía más desgraciado que el que en la actualidad guarda su espíritu.

Ademas de estos dioses que son los principales, hay otros muchos que adoran los negros bajo diferentes formas como la de un carnero ó una cabra, en cuyo caso cuidan á estos animales con el mayor esmero, presentándoles la yerba más tierna, no dejándoles carecer de nada, y tomando todas las precauciones posibles para conservarles la vida. No temen la muerte miéntras exista aquel animal, porque representando á un dios creen de buena fe que los ha de proteger en reconocimiento del culto que le tributan. Otros tienen por divinidades plantas y raíces que no cogen nunca, y si inadvertidamente los pisan, cuantos males experimentan despues los atribuyen á este accidente. Pero cualquiera que sea el objeto de su culto, ningun temor perturba sus últimos momentos, pues mueren con la segura esperanza de encontrar una existencia más feliz, y persuadidos de que van á ver á sus parientes y amigos que se alegrarán de su llegada.

Los negros del reino de Angola y los de Benguela, Quisama, Líbolo, Tamba, Cunhinga, Bihé y Bailundo ofrecen entre sí muchísima semejanza diferenciándose de los que habitan al Norte y al Este.

Los primeros, que pueden considerarse como de un mismo orígen, son altos y bien formados, tienen la espalda ancha, el cráneo muy grueso y las caderas contraidas, lo que les da una gran fuerza. Con todo, es muy fácil distinguir los habitantes del reino conquistado de los de los otros países de que hemos hablado ántes. Su aspecto es fiero, andan con la cabeza levantada y el pecho cubierto, y tienen cierto aire de osadía y valor. Son bastante bien formados de nalgas y tienen las pantorrillas muy marcadas como toda su musculatura que indica una constitucion vigorosa. Los habitantes de Bihé y del Bailundo superan á todos los demas en estatura, y se distinguen por llevar el cabello cortado en forma de casco con crines. Los naturales de Angola y Benguela tienen un andar muy derrengado, van con la cabeza algo inclinada, sus ojos carecen de expresion, y tienen como los negros de otras comarcas el estómago muy abultado, indicando toda su persona una flojedad extraordinaria: carecen de pantorrillas y las rodillas parecen doblárseles bajo el peso del cuerpo.

Las mandíbulas de los habitantes de estos países son poco más ó ménos de las dimensiones de las nuestras, y sus músculos tampoco indican más vigor. Les sale la barba á los diez y ocho ó veinte años y á veces más tarde; el cabello se

asemeja á la lana, su estómago es un poco más abultado que el de los blancos; reflexionan poco, y en todas sus acciones parecen guiados por el apetito, no por ninguna operacion mental; mas á pesar de tan poca capacidad, hay entre ellos algunos que presumen tener talento. Los habitantes del Bailundo, Bihé y Tamba tienen más inteligencia, intrepidez y valor que los otros, pero son de peores inclinaciones; dispuestos siempre á acometer los mayores peligros no calculan las consecuencias hasta despues de satisfechos sus deseos. Inquietos en extremo, apénas pueden permanecer un momento en el mismo sitio, al contrario de los de los países conquistados que pasan dias enteros sentados á la puerta de sus cabañas, sin variar de postura ni desviar la vista de un objeto para fijarla en otro.

Todos estos pueblos son polígamos, y si algunos, como en el reino de Angola, son monógamos, es por la imposibilidad de proporcionarse muchas mujeres. Observan puntualmente las ceremonias religiosas que les prescribe el culto de los ídolos, variándolas segun los países aunque el dios ó fetiche sea el mismo en todas partes. En el reino de Angola hay algunos negros que han recibido el bautismo, pero á esto únicamente se reduce su cristianismo, pues idólatras y casados con muchas mujeres, encuentran este género de vida más conforme á su naturaleza y á las costumbres que han heredado de sus antepasados.

Ademas de las infinitas divinidades que adoran, rinden tambien culto á algunos insectos y animales, y creen que bajo su figura se hallan ocultos los dioses. Como los negros de los países sometidos á los portugueses no pueden tener templos públicos, cada uno tiene ídolos en su casa, pero en ninguna provincia se sacrifican actualmente víctimas humanas; sin embargo, en la habitacion del soba Baca, al Sur de Novo Rodondo y al Oeste de Quisama se conserva aun el sitio en que se inmolaban hombres. Ahora cuando se celebra una gran fiesta conducen á todos los criminales cerca de la orilla del mar á corta distancia de la *banza;* llega luego el soba adornado con sus más ricas vestiduras, rodeado de los macotas, y se sienta en una gran piedra plana cortada en forma circular, sentándose los macotas en el suelo al rededor de él, y el pueblo se coloca delante del soberano pero á bastante distancia, y en medio del más absoluto silencio. Uno de los abogados de los criminales, que tambien están colocados delante del soba aunque más cerca, se levanta y pronuncia un discurso en defensa de su cliente, desplegando el mayor talento en patentizar que merece perdon. No se permite al acusado hablar en defensa propia, pero sí que en voz baja ilustre al abogado para que aquella sea más completa. *Jamas se interrumpe á este, ni se expone á ser perseguido, aun cuando vierta en su discurso hechos evidentemente falsos.*

Concluida la defensa, hace el soba una seña á los macotas para que se acerquen á fin de deliberar sobre si el acusado es ó no culpable, dictándose la sentencia por pluralidad de votos, y volviendo cada uno á su sitio sin hablar una palabra acabada la consulta. Sucesivamente van pronunciando sus defensas los demas abogados, y cuando todos han acabado, y el soba ha deliberado sobre cada uno en particular, se levanta y designa en alta voz al más delincuente que ha incurrido en la pena capital. En el momento se apoderan de él los verdugos, lo envuelven en una red preparada al efecto en la cual lo sujetan de modo que no pueda moverse, colgándolo en las ramas de un árbol donde lo dejan hasta el dia siguiente que le quitan la red en presencia del soba, quien acompañado de los

macotas y de todo el pueblo va á colocarse en el mismo sitio que el dia anterior. Llevan entónces al criminal cerca del fatal tajo en medio del más profundo silencio, y hecha la señal, los verdugos despedazan en un instante los miembros de aquel infeliz.

Los macotas toman un pedazo de carne caliente todavía y se lo ofrecen al rey, quedándose ellos tambien cada cual un trozo entre las demostraciones de alegría de la multitud salvaje, que se precipita para disputarse aquellos restos palpitantes, contemplándose felices los que consiguen apoderarse de un pedazo de sus vestidos que guardan como un talisman, con el cual creen llegar á ser macotas. Cada uno asa el pedazo de carne que ha podido proporcionarse, y se lo come dando gritos de alegría, consagrando el resto de aquel dia á los excesos más abominables.

Tan atroces fiestas prueban hasta qué punto llega la barbarie de estos negros, y es de notar que la banza del soba Baca está á corta distancia del Novo Redondo donde tienen los portugueses un pequeño fuerte.

Los negros son en extremo sufridos; no exhalan ni un suspiro aun en medio de los mayores tormentos. Se matan por vengarse del que los compra y á veces ántes de ser vendidos para privar al soba del producto que han de proporcionarle reduciéndolos á la esclavitud. Cuando están resueltos á morir proponen á su enemigo una reconciliacion y toman un veneno para llegar juntos al otro mundo á terminar sus diferencias en presencia de las personas que los han conocido en vida. Entre estos salvajes vengarse de un enemigo es un título de gloria, una accion meritoria y digna de alabanza.

Lo que más temor infunde á los negros es el ser trasportados al otro lado de los mares, porque creen que los blancos los han de matar y comerlos despues. En los primeros tiempos del tráfico de esclavos las madres referian sobre el particular á sus hijos ciertos cuentos para asustarlos, y á fuerza de ser repetidos han llegado á pasar por verdades tradicionales.

Los medicamentos que usan más comunmente en sus enfermedades son las yerbas, y la corteza ó la raíz de ciertos árboles, que suelen darles felices resultados cuando no se equivocan en el orígen del mal, que por lo general no es otro que la embriaguez. Su vida es muy corta, porque emborrachándose casi diariamente con aguardiente y onalo, bebidas la primera que irrita é inflama los intestinos, y la segunda que aunque muy fresca les produce grandes descomposiciones de vientre, con el abuso de estos perniciosos brebajes destruyen poco á poco su naturaleza y abrevian sus dias. Cuando toman á tiempo una decoccion de la corteza del panda, que es un excelente astringente, consiguen mucho alivio y á veces les salva la vida.

El porvenir no les inquieta, pues consumen en un dia todas sus provisiones aun cuando sepan que este exceso ha de costarles la vida. El onalo, de una naturaleza apropiada á sus costumbres, no se conserva más que tres dias; en los dos primeros no pueden beberlo porque aun no ha fermentado, así es que tienen que consumirlo en el tercero, pues al cuarto ya se vuelve agrio.

Les es desconocido el uso de la cuchara, del tenedor y el cuchillo; despedazan la carne con los dedos, comen las judías y el infungi ó puches de harina de yuca; beben los licores en las vasijas donde los hacen. Como sus necesidades son

muy limitadas y tienen los medios suficientes para satisfacerlas, creen disfrutar todos los deleites de la vida, y en efecto, ¿qué podria añadir la civilizacion á su felicidad, tal cual ellos la conciben? Pasan el dia conversando con los amigos y la noche en brazos de una de sus mujeres; si no les bastan tres, toman cuatro, cinco y á veces más si las encuentran; beben cuando tienen sed, comen cuando sienten apetito y duermen cuando la fuerza del calor les aletarga; se acuestan temprano y se levantan al amanecer para ir á cazar, volviendo á las nueve de la mañana.

Para sembrar el mijo, las judías y las cebollas, no hacen más que remover un poco la tierra con un azadon á dos ó tres pulgadas de profundidad, y recogen sólo una cosecha, pudiendo aquellas tierras, bien cultivadas, producir hasta tres al año. Nunca siembran los campos inmediatos á una banza, temerosos de que las destruyan los animales domésticos.

Para poder más fácilmente atender á su defensa se reunen en aldeas como en los pueblos civilizados. La ciudad, residencia del soberano, es siempre mayor que las demas. El rey se trata con todo el mundo, habla con cada uno de sus negocios particulares, tomando parte é interes en las desgracias de sus súbditos; y cuando estos le visitan les obsequia con algunas calabazas de onalo, que bebe con ellos sin que nadie le falte al respeto, reinando en sus audiencias el mayor órden y compostura. A pesar de ser bondadoso es inexorable con los que cometen alguna falta, los castiga cargándolos de cadenas y haciéndolos esclavos para siempre; mas si despues llega á saber que los acusadores han obrado con equivocacion ó malicia, los manda prender y quedan hechos esclavos de derecho.

Otra de las costumbres generales entre los sobas de esta region y que merece consignarse, es la que observan con sus mujeres.

Cada una de las mujeres de un soba tiene habitacion particular, viviendo con él únicamente su favorita, que tiene el nombre de *invale* ó princesa reinante, y está encargada de cuidar las insignias de la soberanía, como son los bastones, las ollas para las adivinaciones, el cetro y los vestidos de gala. Las favoritas de algunos sobas van á media noche á la sala donde están las ollas sagradas, á fin de recibir las órdenes de los dioses que aparecen siempre bajo la figura de leones ó panteras, y saber por ellos lo que deben hacer para proporcionar al señor una larga vida, y defenderlo contra las divinidades contrarias.

La segunda mujer en dignidad tiene el nombre de *tambuigila*, y habita como las demas una casa separada, á donde le visita el soba cuando se le antoja. Este no la admite en su casa sino cuando él está en ella, y no le permite sentarse nunca junto á él, sino en frente y en el suelo.

CASANCI.

SACRIFICIO HORRIBLE.

Hemos dicho que no en todos los estados de la Guinea meridional rigen las mismas costumbres, y aun algunas hay que son peculiares de un solo distrito. Consignando las más notables de las diferentes provincias puede sólo formarse una idea del tipo sintético de los naturales del Congo. Por esta razon y en la imposibilidad de trasladar íntegra la relacion del viaje de Douville, extractamos los más curiosos pasajes, entre los cuales figuran los siguientes:

El jaga de Casanci ofreció un sacrificio al espíritu de sus predecesores porque se acercaba su fin, y al efecto fijó el dia en que debia celebrarse esta ceremonia, anunciándolo á sus estados para que concurriesen á ella de todas partes. Un inmenso gentío acudió á la capital, donde se levantó un tablado en la plaza colocando en él á los dioses. Los templos se adornaron, se hicieron ofrendas y todos estaban ocupados en los preparativos de la fiesta.

Principió la ceremonia dirigiéndose la comitiva al templo del dios del rayo, que prometiera al soberano un feliz reinado. Un inmenso concurso rodeaba las avenidas del templo, desde el cual con los sacerdotes y la música se encaminaron al templo de Lianguli, dios protector del estado. La guardia del rey se hallaba delante de este templo donde principió á desplegar toda su pompa, pues ante el dios del rayo debia presentarse sin guardia ni comitiva. Al llegar á él, un noble le presentó un uniforme de general, se lo puso, y envolviéndose en el manto se sentó en un sillon en medio de una multitud de nobles elegantemente vestidos. Los grandes del estado conducian las insignias del imperio y los más preciosos objetos que poseia el soberano.

Uno de los sacerdotes del dios dirigió la palabra al jaga invitándole á que siguiese é hiciese observar las leyes del estado, especialmente en lo que tenia relacion con la solemnidad que se celebraba, é inmediatamente se puso en movimiento la comitiva dirigiéndose hácia la plaza pública.

Llegados allí, sentóse el soberano; un jóven negro subió al tablado y empezó un discurso, pero le interrumpieron á poco dos hombres que estaban á su lado dándole dos sablazos que medio le derribaron la cabeza, y descuartizándolo en seguida. Uno de los cuartos fue presentado al jaga para él, sus mujeres y amigos, otro para los nobles, otro para el pueblo, y el último para los sacerdotes, quienes cuidaron de recoger la sangre para ofrecerla despues á los dioses. Concluida tan bárbara ceremonia el jaga volvió al palacio donde obsequió á la multitud con un magnífico festin. Los miembros de la víctima fueron asados y devorados con feroz alegría por aquellos salvajes, quienes comieron despues carne

de diferentes animales, bebieron hasta saciarse y por último bailaron hasta media noche, á cuya hora mandaron encender los sacerdotes una gran hoguera en medio de un cuadro, y sobre los carbones encendidos derramaron la sangre de la víctima mezclada con resinas olorosas. El viento impelió el humo hácia el templo, lo que satisfizo mucho al rey, y el pueblo celebró con aullidos de contento tan feliz agüero que prometia al monarca un término feliz en su reinado.

El jaga estuvo de muy buen humor en toda la fiesta y principalmente en la comida. Acabada esta, los sacerdotes arrojaron en la olla de las adivinaciones, llena de agua hirviendo, el corazon del infeliz negro, y como en el momento de sentir el contacto del agua dió un salto por encima de la olla, al verlo repitió el pueblo los gritos de alegría, considerando aquel bote como una prueba del placer que experimentaba la víctima por haber sido excogida para aquella fiesta.

Estas bárbaras ceremonias sólo se celebran cuando se gana una batalla, al advenimiento de un jaga al poder, en tiempo de epidemia, ó por temor de alguna desgracia inminente.

En cualquiera de estos casos envia el rey emisarios á los estados de un jefe extranjero para que se apoderen de un mancebo ó de una doncella á quien por medio de la persuasion conducen á la ciudad del jaga. Si es doncella se la engaña diciéndola que ha sido elegida como una de las mujeres del soberano, y si mancebo asegurándole que conseguirá ser un noble poderoso. Para mejor disfrazar la fábula les hacen magníficos regalos, no los dejan un momento, y por todo el camino les hacen grandes honores.

Llegada la víctima á la capital, continúan tratándola con las mismas consideraciones, le dan bien de comer, cuidando de no contradecirla en nada. El dia del sacrificio la conducen al lugar donde debe sucumbir, le enseñan la arenga que ha de pronunciar ántes de tomar posesion de las dignidades prometidas, y como hemos visto, miéntras la pronuncia ponen fin á sus dias.

Si alguno se atreviese á revelar á la víctima la suerte que le espera ántes del sacrificio, sería castigado con pena de muerte, y he aquí la causa por que se ignora su nombre hasta el momento mismo de la ceremonia.

Persuadidos de que con tan atroces sacrificios se encuentran los dioses más propicios, se celebran despues muchos casamientos, cuyas fiestas suelen durar ocho dias.

COSTUMBRES SINGULARES.

En una parte del país de Casanci existe la costumbre de tomar las mujeres á prueba, en otras son las mujeres las que tienen este derecho, y en algunos cantones lo tienen mútuamente hombres y mujeres. Esta prueba se exige con el fin de evitar el inconveniente de tener que vivir con una mujer cuyo carácter no se acomode al del marido, ó que sea estéril. En los pueblos sujetos ó aliados al jaga no tiene él hombre facultad de vender á su mujer aunque se canse de ella ó tenga muchos defectos. Cuando á un jóven le gusta una doncella, envia á sus parientes cuatro piezas de un género llamado *chila*, una pieza de paño nuevo ó *tangue* que ofrece á la doncella y un frasco de aguardiente para su padre. Si aquella acepta, bebe el padre un poco de aguardiente, y entónces el

comisionado depositando los géneros en la capilla del dios *Hendé* (amor), se vuelve á dar la contestacion al pretendiente.

El padre de la jóven la lleva en el mismo dia á casa de su futuro esposo, dejándola allí para que este pueda estudiar su carácter durante cuatro dias, sin poder tocarla en este tiempo; pero si trascurrido cree que le convendrá, puede cohabitar con ella, perdiendo desde este momento la facultad de repudiarla, salvo el caso de que fuese estéril. Si al fin de una luna queda embarazada, tiene que casarse con ella, y si no, puede devolverla á sus padres. Esta prueba léjos de desprestigiar á la mujer la proporciona por el contrario más ocasiones de someterse á nuevas pruebas. Si durante una de ellas el hombre la maltrata, pierde este los regalos al devolver la muchacha; pero la mujer no puede pedir la separacion sin incurrir en la nota de mala é inconstante.

En otros puntos es por el contrario la mujer quien debe decidir si se ha de quedar ó no en casa del que la ha recibido á prueba, pudiendo dejarlo al menor disgusto que tenga ántes del matrimonio. Las mujeres de estos países son muy inconstantes y se entregan á muchos ántes de fijarse en el preferido; pero si en alguno de estos lances siente algun síntoma de embarazo, debe quedarse en casa del último, quien está obligado á casarse con ella.

En algunas poblaciones son igualmente libres el hombre y la mujer durante el tiempo de la prueba, pudiendo separarse sin más que devolver los regalos hechos.

Cuando muere un hombre, sus descendientes se reparten los bienes y las mujeres, pudiendo estas negarse á admitir á estos maridos sorteados, siempre que encuentren otro que satisfaga al heredero lo que el difunto habia pagado por ellas. Los hijos de estas mujeres no pertenecen á sus nuevos maridos; se queda con ellos el estado, quien á su vez recibe los regalos de los que desean casarse con alguna doncella.

LOS MOLONAS.—TANDI-A-VONA.—YANVO.

AVENTURAS CURIOSAS.—DETALLES INTERESANTES.

La campiña que media entre Macangama y Tandi-á-vona es pintoresca por lo general, regada por muchos arroyos y cubierta de un hermoso verde, rodeada de montañas formadas de masa de granito cuyas primeras mesetas son fértiles, pero á medida que se elevan van siendo más estériles. En los barrancos no se encuentra más que arena gruesa y fragmentos de granito, y sus rios de ruidosa corriente, que van á desaguar en el Lonango, tienen una inclinacion que por término medio es de diez á doce toesas la legua.

Cuando llegué á Tandi-á-vona me condujeron á una bonita casa cerca del barrio de los nobles, en la que encontré víveres en abundancia, lo cual me sorprendió agradablemente. La casa estaba dividida en varias piezas; en la que me

destinaban habia un catre de caña cubierto con una gran piel de pantera, y otra igual tendida á los piés del lecho, que destinarian sin duda para cubierta; una almohada de tela muy bonita, rellena de cortezas de palmera, dispuestas en forma de crin, estaba colocada en la cabecera, y delante de la mia habia otra cama igual para la compañera que eligiese y que debia variar diariamente. Adornaban el aposento armas y pieles de buho colgadas en diferentes puntos; en el testero veíase un nicho en que estaban los dioses protectores del país, y Hendé, dios del amor, frente al centro del lecho que debia ocupar la mujer. Encontré en la casa numerosos esclavos bajo la vigilancia de los nobles, y aquellos como estos debian obedecer mis órdenes.

La soberana del país, impaciente por verme, me invitó á que fuése á visitarla, y aquella misma tarde me dirigí á su palacio acompañado de la guardia que solemnizó mi entrada con una salva de mosquetería. Hice que me siguiesen hasta la misma sala de recibimiento, dejando fuera dos centinelas para evitar una sorpresa. Troncos de árboles trabajados con mucho acierto formaban una especie de trono, sobre el cual se hallaba la reina sentada en un taburete, cuyo asiento cubria una piel de pantera, adornando cada uno de sus cuatro ángulos pieles de buho. Al pié de este trono y á su derecha habia otro taburete semejante al primero en el que me hizo sentar. Un noble sostenia en la mano el cetro, sobre el cual distinguíase una figura de buho, que inferí sería el emblema del país.

La reina contaria unos doce años de edad, era bien formada y hermosa, con la voz dulce, la estatura majestuosa, el pecho alto, los brazos redondos y torneados, y adornaban su cabello ágatas, cornerinas y pedazos de cobre. Llevaba puesto el coral, los zarcillos y los zapatos que la habia yo enviado. El chal, cuyo uso ignoraba, lo tenia sobre uno de sus brazos que apoyaba en el hombro de una esclava colocada á su lado: un cinturon de plumas de buho oprimia su talle y sostenia una piel de la misma ave que apénas cubria lo que más se oculta.

Cuando me senté todos los nobles se colocaron detras de la reina, y los negros portadores de los regalos que yo la destinaba los depositaron á sus piés. Dirigióme muchas preguntas, y sobretodo quiso saber, si yo era de aquellos perversos blancos que antiguamente habian destronado al rey Ginga y apoderádose de sus estados, manifestando en el modo de explicarse la sutileza de su talento. Ultimamente me interrogó sobre mis relaciones con Mucangama, pues creyéndome soberano ó hijo querido de algun monarca poderoso, me dijo: Aunque jóven, sé que un particular no viene de tan léjos para ver un rey, y solo un soberano ó algun pariente suyo puede hacer lo que tú haces. Por otra parte, las inmensas riquezas que posees prueban lo contrario de lo que dices: el monata de los molonas no podria ostentar tanta magnificencia como tú, y sin embargo es uno de los más poderosos de estos países.

En vano hubiera procurado rebatir su opinion, por lo que guardé silencio, que ella tradujo como una prueba de la veracidad de cuanto habia dicho, y á una señal suya todos los concurrentes murmuraron en señal de aprobacion de su discurso. Hizo que me dijesen que los regalos que le habia hecho le habian gustado mucho, aunque creia que los zarcillos eran del mismo metal que abunda en aquel país, esto es, de cobre; pero al explicarle yo que su color era inalterable, y que no necesitaria limpiarlos cada dia para impedir que los cubriese el cardenillo, se

mostró muy satisfecha. El coral le gustó mucho, pero preferia el falso porque brillaba más.

Despues que me alejé la reina satisfizo su curiosidad, apresurándose á examinar mis nuevos regalos, de los cuales no habia separado la vista miéntras duró nuestra conversacion. Mis guardias desfilaron por delante de ella presentándole las armas, y al salir de palacio hicieron otra salva de mosquetería dirigiéndonos en seguida á mi alojamiento, al cual me acompañaron dos nobles.

Encontré en la sala de recibir á las hijas de los nobles que me estaban esperando, é informado del objeto de su visita ofrecí la mano á la que encontré más cerca. Mostróse la elegida muy contenta porque habia de pasar la noche en mi cuarto, y sus compañeras prorumpieron en aplausos. En seguida entregué mi sable á otra jóven, dándole con esto el derecho de entrar de dia en mi cuarto, comer y beber conmigo y presentarse cuando creyera que podia yo desearla.

Despues de algunos pormenores poco interesantes respecto á su permanencia en Tandi-á-vona y á los cuidados que su caravana exigia, dice Douville que se dedicó á levantar el plano de la ciudad, continuando la relacion en los siguientes términos:

Este trabajo me proporcionó algunos disgustos, pues los espías que me seguian por do quier dijeron á la reina que yo andaba recorriendo las calles con un papel en la mano trazando líneas, que no podian ser sino notas que yo disponia para los enemigos de los molonas, y que si no era soberano, de seguro sería un jefe de los mágicos que maquinaba su ruina, lo cual era preciso evitar. Estos rumores no tardaron en difundirse por todas partes, y amotinándose el pueblo comenzó á pedir que me quitasen la vida y que les fuesen repartidos mis bienes. Mi intérprete me notició esta especie de sublevacion, que yo atribuia al deseo de ver á un blanco, y al momento dejando el trabajo corrí á palacio donde encontré reunidos á los nobles discutiendo acaloradamente. Al verme se sorprendieron y todos guardaron silencio, esperando que yo lo rompiese: la reina me recibió con frialdad y mandó que me sentase en un taburete colocado en medio de la sala.

Levantéme al fin, quejándome agriamente de las voces injuriosas que contra mí se propalaban; pregunté si la reina me habia intentado engañar al asegurarme su proteccion, pues toleraba que el pueblo se amotinase pidiendo mi cabeza, sin comprender el uso que debia hacer de mis trabajos, y concluí presentando diseños iguales que habia hecho de las ciudades que habia recorrido, y manifestando la admiracion que me causaba el que un pueblo tan poderoso como el de los molonas pudiese creer que habian de producirles el menor daño unos apuntes que no podria presentar á sus enemigos, porque no debia volver jamas á su país.

Mi discurso tranquilizó á todos, y la reina satisfecha tambien pidió un vaso lleno de jugo de la altilmia (brebaje que beben los reyes al jurar amistad con un motivo solemne), y bebió la mitad del contenido, enviándome el resto que yo apuré, y prometiéndonos mútuamente, ella su amparo y proteccion, y yo no atentar nada contra su país. Levantóse despues y en señal de amistad me ofreció la mano que los nobles me dijeron tomase, y pusiera sobre la cabeza para expresar mi gratitud. En seguida volví á mi casa, y quise continuar trabajando, pero no pude á causa del excesivo calor que hacia. El pueblo que una hora ántes ha-

bia querido quitarme la vida, en cuanto se enteró de que habia bebido altilmia con la reina, dejó de hostigarme y hasta me miraba con respeto. Para poder continuar los trabajos sin inspirar sospechas corté un pliego de papel en muchos pedazos, que numeré, pudiendo de este modo acabar de levantar el plano de la ciudad, á pesar de tener delante á los nobles, que no me dejaban de dia ni de noche.

Cuando pasaba por las calles todos abandonaban sus ocupaciones para contemplar á un hombre de diferente color del suyo, y á no impedirlo la presencia de los nobles que me acompañaban, todos me hubieran tocado para cerciorarse de si yo era formado de carne y huesos como ellos, pues se perdian en mil conjeturas sobre mi persona, conviniendo únicamente en que yo pertenecia á una raza muy superior á la suya.

La ciudad de Tandi-a-vona está situada en una isla formada por dos brazos del Agáttu, y su aspecto es agradable por los numerosos árboles que hay plantados entre las casas. Está construida con bastante regularidad, de manera que en el país de los negros ninguna otra he visto tan grande y hermosa. Dividida en manzanas separadas por calles de árboles altos y frondosos, las calles son por lo general espaciosas y rectas, y para evitar el polvo y refrescar la atmósfera las riegan, sirviéndose de unas grandes calabazas, en algunas de las cuales cabe una cuarterola de agua, con varios agujeros en la parte inferior que tapan para llenarlas, quitando luego los tapones que quedan suspendidos con cordelillos. Cada calabaza va en unas parihuelas sostenidas por dos hombres. Surcan la ciudad en todas direcciones varios arroyos de agua dulce, pudiendo atravesarse aun en tiempo de inundaciones sin que llegue el agua á la rodilla. El lecho de estos arroyos es de roca, cubierto de arena gruesa que arrastra la corriente de muy léjos, conservándose en muy buen estado y limpios porque no se arroja en ellos ninguna clase de inmundicia. En las calles más anchas hay puentes formados de troncos de árboles. A la salida y puesta del sol no se permite á nadie andar por los arroyos porque son las horas en que los vecinos hacen provision de agua, y sin esta precaucion se expondrian á beber el agua en que otros se habian lavado.

Los habitantes de Tandi-a-vona acostumbran lavarse el cuerpo y la boca apénas se levantan y á las cinco de la tarde que es la hora en que comen. Los que tienen su casa á la orilla de un arroyo forman en él una especie de baño, del que pueden servirse desde una hora despues de salir el sol hasta que se pone. Para conocer la hora en que pueden bañarse y andar por los arroyos y la en que deben abstenerse, les sirven de reloj los parajes elevados donde da el sol en el momento de salir, y otros más bajos en los que da una hora despues. Por las tardes el ruido del tambor anuncia la prohibicion, y al que encuentran por las calles, si quiere continuar su ruta, tiene que ir buscando las que tienen puentes. El que infringe este bando incurre en la pena de esclavitud, quedando su venta á beneficio del denunciador, pero es preciso cogerlo en flagrante delito para declararle culpable. En este caso amarran al delincuente á un palo metiéndole los piés en un cepo para que no pueda moverse, y así lo llevan delante de la reina que todos los dias á las doce administra justicia.

Las casas son aseadas y construidas algunas de ladrillos secos al sol, otras

de ladrillos y estacas formando una especie de cajon, la mayor parte de estacas cubiertas con argamasa. Los ladrillos son muy sólidos y duran mucho tiempo, mezclan con la arcilla un junco muy delgado y duro. Cada ladrillo tiene cuatro pulgadas de largo por tres de ancho y diez y ocho líneas de grueso. Cuando está formado lo ponen en todas direcciones sobre juncos cortados en pequeños trozos para que no se deshaga al secarse, empleando en su composicion una mezcla hecha de piedra calcárea y tierra molida y desleida con un betun, que es comun en aquella tierra. Las fábricas de ladrillos llaman la atencion por la elegancia que en ellas se advierte.

Casi todas las casas tienen tres aposentos: en uno están las camas, que formadas de cañas y cubiertas con una estera no tienen más que un pié de elevacion, el otro es la cocina, y el tercero es donde trabaja el dueño y recibe á sus amigos.

Las casas están bien conservadas y en mejor estado que muchas de nuestros campesinos; y bastante separadas unas de otras para que se pueda ver lo que pasa en la calle. Todas tienen delante un patio rodeado de estacas y un huerto con très divisiones: en una está el aposento destinado á los extranjeros, y los tinglados bajo los cuales se conservan las provisiones en grandes cestos de juncos colocados sobre pilares de dos piés de altura; en la del centro está la capilla de los dioses, y en la última cultívase el maíz, las judías y otros vegetales. Toman el fresco bajo los frondosos árboles plantados al rededor, y á veces se encuentra tambien allí el taller del amo de la casa.

Hay muchos mercados provistos de harina, yuca, maíz, caza, gallinas pintadas y avestruces, más chicos que los del Norte de Africa, y tambien tiendas donde se encuentran efectos de barro, calabazas y adornos de cobre.

Los que colocan sus mercancías en las plazas públicas están obligados á pagar á la reina una contribucion que nunca pasa de la cuarta parte de la ganancia de los objetos vendidos, siendo generalmente las mujeres las que van al mercado ó vagan por las calles vendiendo los géneros.

La poblacion de Tandi-a-vona puede calcularse en unos quince mil habitantes, de los cuales la tercera parte son mujeres. El clima es bastante templado para un país tan próximo al ecuador, siendo el término medio de veinte y siete á veinte y nueve grados á las dos de la tarde en la estacion más calurosa. El higrómetro marcaba generalmente diez grados al medio dia, elevándose á sesenta y ocho grados á las diez de la noche.

Los nobles ocupan un barrio particular, sus casas son mayores y más elegantes que las de la clase comun.

Los muros del palacio de la reina están revestidos exteriormente de una especie de musgo que los preserva de la humedad en tiempo de lluvias, y por dentro están formados de estacas aplastadas y tan espesas que parecen formar una sola tabla. El piso se compone de pequeños maderos cruzados y combinados con mucho órden. El palacio consta de diferentes piezas, de las cuales la principal, en que se recibe, es espaciosa y está alumbrada por cuatro ventanas, cuyos huecos cubren hojas de mica trasparente que dejan penetrar la luz é impiden que entre la lluvia. Cada ventana tiene por fuera un postigo que se cierra todas las noches. Las esclavas y sirvientas de la reina son las únicas per-

sonas que penetran en los demas aposentos. Los nobles no se sientan nunca en presencia de la reina, observan sus miradas y hasta sus menores movimientos para anticiparse á sus deseos. Quinientos negros rodean constantemente el palacio, distribuidos en los jardines, patios, tránsitos, etc. La puerta principal, muy bien esculpida, está guardada únicamente por tres hombres; dos puestos en cuclillas uno á cada lado y provistos de grandes mazas, y el tercero completamente armado.

En medio de la vasta plaza que está en el centro de la ciudad se eleva el templo de Lamba Lianguita (dios del rayo), construido de ladrillos y de forma octogonal. En tiempo de paz está cerrado, y abierto cuando hay guerra.

Los molonas son bien formados, altos y robustos, activos y de un negro muy subido. Con el cobre de que abundan las minas de su país fabrican los mismos objetos que los súbditos de Mucangama elaboran con el plomo; saben cortar las piedras finas como la cornerina, la ágata y el jaspe. Tienen mucha aficion á la carpintería y construyen mesas y taburetes de muy buenas proporciones, aunque sin más utensilios que el cuchillo y el cincel, diferente del nuestro. Están dotados de grandísima paciencia, de suerte que pasan dias y aun semanas enteras en adornar los piés de una mesa ó taburete, y principalmente se esmeran mucho en incrustar pedacitos de jaspe en sus cartucheras. Para partir las piedras duras con que hacen collares y zarcillos, emplean una especie de torno. Cada uno tiene en su capilla una mesa, sobre la cual hay una plancha de piedra fina destinada á recibir las primicias de las estaciones.

Andan casi desnudos, y las mujeres sólo se cubren las partes sexuales durante el período ménstruo. Las jóvenes van siempre desnudas, y los hombres y los muchachos llevan algunas veces pieles de animales, no por decencia sino para mostrar su habilidad en la caza. Tienen géneros de algodon de Europa que reciben en cambio de esclavos, pero no los usan sino para cubrirse los hombros y adornarse los dias de fiesta, y la estacion de las lluvias, que es cuando se visten, envolviéndose el cuerpo con piezas de cotonía. A estos géneros sin embargo prefieren el aguardiente, la pólvora y los fusiles, porque fabrican ellos telas de la hilaza que extraen de varias plantas. Los nobles se visten con géneros europeos cuando están de servicio cerca de la reina. Usa esta princesa unas enaguas de un género del país que le llegan casi hasta las rodillas, y se les sujeta á la cintura con una cinta encarnada pero de modo que se le descubra enteramente una pierna, ostentando las buenas formas de su cuerpo. Lleva ademas á la espalda un pedazo largo de tela atado por debajo de la barba.

Las mujeres de Tandi-a-vona no tienen como las de otros territorios del Africa los pechos colgando; les gusta tenerlos duros, y que representen bien la figura de dos medios globos, así es que las que han criado tienen cuidado de levantárselos con cintas, van con los piés descalzos, y llevan sus hijos á la espalda como en otras partes.

Las mujeres de los nobles lo mismo que las del pueblo están obligadas á trabajar; muchos nobles y algunos que no lo son crian gallinas, cabras y cerdos, y los cambian despues por producciones de la tierra proporcionándose de este modo una buena fortuna; el que la adquiere tiene derecho, como en todas partes, á obtener las mayores consideraciones. No sin extrañeza he visto infini-

tos nobles ricos mirar con desprecio á los que no podian vivir á costa del trabajo ajeno; sin embargo, aun los más opulentos suelen cultivar una pequeña porcion de terreno para sacar al ménos el grano que necesitan para las ofrendas. Una de las mujeres más viejas está obligada á acompañar á las esclavas que van á trabajar.

Las mujeres de estos hombres, que saben dejarse servir y mandar imperiosamente, pasan los dias enteros ocupadas únicamente en acicalarse para agradar á sus maridos. Son muy pocos los habitantes que no tienen esclavos, y los que se hallan en este caso y por su posicion se ven obligados á ir todos los dias al campo en tiempo de la cosecha, viven cerca de la muralla de la ciudad.

En cada luna nueva celebran estos pueblos fiestas equivalentes al domingo de los cristianos, durante las cuales nadie trabaja; se hacen señales en los árboles que sirven de registro de nacidos, y muchas familias honran á sus parientes difuntos. Estos dias se pasan entre excesos: los mozos y las doncellas se declaran su amor, y á la luna siguiente se celebran las fiestas del hendeno (bodas), si consienten en ello los parientes de la jóven, sin que pueda imputarse á los novios como un crímen lo que pasa entre ellos ántes de ser casados. La novia es más estimada cuanto mayor es el número de aventuras amorosas que puede contar ántes de decidirse á tomar marido; pero apénas se halla en cinta, debe fijarse y renunciar á sus travesuras, á ménos que el marido se las consienta. En aquellos dias de diversion se suele ofrecer la mujer que más se ama al forastero que se tiene en casa; los demas dias sólo se le proporcionan las hijas, y los que no las tienen le proporcionan las de sus amigos, cuyo servicio se considera inherente á la hospitalidad.

La reina gobierna con gran firmeza, da audiencia cada dia, y sus decisiones, aunque ella está sujeta á las leyes, tienen muchas veces fuerza de ley, pues nadie se atreve á contradecirla por temor de que el rey, que sería juez en esta causa, decidiese á favor de su esposa, aunque no tuviese razon, en cuyo caso sería muy dificil probar la injusticia de la sentencia, porque la apoyarian los habitantes de la ciudad en que habita el último y que consideran á los de Tandi-a-vona como rivales á quienes verian con gusto humillados.

La reina no visita á su marido sino una vez cada quince lunas, época en que segun la creencia de estos pueblos se muestran los dioses propicios á la procreacion, contándose estas lunas desde el dia en que se casa el rey, dia que sirve de fecha comun á todos, porque en él se celebran fiestas públicas á expensas del estado. Durante el intervalo que media entre las fiestas envia el rey algunas veces á la reina mensajeros á quienes permite en muestra de señalada distincion, que vivan con ella un número determinado de dias, estando prohibido á la reina tener galanes sin el consentimiento del rey. Los hijos de la reina se crian siempre léjos de su madre, y no tienen mas derecho á las distinciones de su estirpe que cualquiera otro habitante, pues como en todas partes, los sobrinos del rey son los que le suceden si el pueblo los elige, lo que generalmente sucede como no se hayan portado mal.

En esta tierra no es solo el soberano el que administra justicia; en causas de flagrante delito fallan los jueces, únicos que pueden imponer la pena de esclavitud, sin que haya apelacion de sus decisiones. En cuanto á los casos que dan lugar á

un litigio, se ven cada dos dias en presencia de la reina, la cual decide despues de haber oido el dictámen de los nobles, celebrándose estos actos ante todo el pueblo. Si se cometiese alguna injusticia, habria murmuraciones que podrian tal vez producir una sublevacion que diese por resultado la esclavitud de los nobles que la hubiesen aconsejado. El delincuente rara vez niega el delito de que lo acusan por temor de que lo envien al mágico. La reina es la única autorizada para imponer la pena capital.

Los acusados condenados á muerte, despues de haber confesado su delito, son decapitados, enterrados en un lugar distante del cementerio de sus mayores, y cortan por la mitad el árbol que se plantó el dia de su nacimiento, plantando uno nuevo sobre su tumba á fin de que se distinga de los demas. A los cráneos de los criminales les quitan la carne y los conservan colocándolos en la punta de un palo en la plaza donde se ejecutan los suplicios. El cuerpo de los que han sido decapitados y sin haber confesado su crímen, pero convictos, se arroja á un muladar para que sirva de pasto á las fieras. Jamas se sacrifica á los dioses ningun criminal, pues para esto se escoge siempre como en Cassange un jóven ó una doncella que se va á buscar en territorio enemigo. El que consigue presentar una víctima para estos sacrificios adquiere el título de noble inferior, hasta que la edad y los servicios le hagan merecedor de más elevadas dignidades.

La esclavitud no se perpetúa, y los extranjeros, á ménos que los esclavos hayan cometido nuevos crímenes que merezcan este castigo, no pueden comprar á los que están condenados á ella. Todos nacen libres y ninguno puede ser condenado á muerte sin que ántes se le haya impuesto la pena de esclavitud.

Si el hombre libre que incurre en esta pena tiene hijos, puede hacer que le ayuden en sus trabajos, y en ciertos delitos puede conmutar su pena ofreciendo un esclavo jóven y robusto como el delincuente, á quien la reina da el título de hombre libre, aunque pierde toda consideracion. Algunas veces, si bien raras, se ofrecen las hijas en lugar de las madres, pero nunca las sobrinas aunque sean sus herederas. Las madres no suelen permitir que sus hijas sufran su suerte, pues serian desgraciadas para siempre, cuando quedando libres pueden esperar casarse con algun hombre que las haga felices. Siendo esclavas no pueden tener un marido reconocido por tal, aunque les es permitido tener amantes, y los amos están obligados á mantener sus hijos hasta que se hallen en estado de trabajar ó se los lleven sus parientes. La esclavitud de un padre no degrada á los hijos, que pueden aspirar á los mismos honores y dignidades que los nobles, aunque con la diferencia de que han de crearse una nueva familia, pues no le consideran ya como descendiente de la suya. Esta manera de señalar la antigüedad de las familias tendrá á no dudarlo muchos inconvenientes, además de que con el tiempo se llenarán de orgullo ciertos hombres, cuando para remontarse á sus primeros abuelos sea preciso recorrer un inmenso arbolado.

Los mágicos de los molonas son más atroces, si cabe, que los de los otros países; pues sucede con frecuencia que hacen perecer á las dos partes bajo pretexto de que ambos faltan á la verdad, la una exagerando y la otra negando. Estos farsantes se sirven generalmente para su terrible prueba de un manjar que creo es carne humana, en la que vierten algunas gotas de un veneno muy activo; ví á dos infelices que se habian dirigido á ellos morir entre los tormentos más atro-

ces, miéntras que los espectadores se reian de verlos padecer é insultaban su desgracia. Era un matrimonio: la mujer negaba que hubiese sido infiel á su esposo; y el mágico declaró que el marido sufria el castigo por haber equivocado al hombre á quien habia designado, que tambien lo sufria la mujer por haber cometido el crimen que le imputaba su marido, no con aquel hombre sino con otro, diciendo el hechicero que si la mujer era delincuente, no lo era ménos el marido por haberla descuidado tanto tiempo contraviniendo los preceptos de los dioses.

El ejército se compone de todos los hombres que se hallan en estado de tomar las armas. Los quinientos que diariamente dan la guardia al palacio de la reina se eligen exclusivamente de uno de los arrabales de la ciudad, cuyos habitantes tienen el privilegio de recibir una pierna de las víctimas que se sacrifican en los dias de fiestas. Las mujeres guardan las tumbas de los soberanos, y se relevan cada tres dias, teniendo la obligacion miéntras están de servicio de prorumpir de cuando en cuando en los mismos lamentos que en los funerales de sus parientes.

El cementerio de los soberanos se halla en un bosque en medio del arrabal, y cada tumba está rodeada de una cerca de colmillos de elefante. El *cenasiga*, cuyas ramas se inclinan hácia tierra como las del sáuce lloron, pero cuyo tronco es tan alto como el de los más corpulentos álamos, y que se engalana todos los años con flores azules, es la señal distintiva de luto.

La ciudad está defendida por una ciudadela de dobles muros de seis piés de grueso, y reforzada por una empalizada de gruesas estacas sobre la cual pueden estar los soldados sin peligro de las flechas enemigas. Un foso de doce piés de ancho separa ambos muros, y otro ancho y profundo rodea la fortaleza, pudiendo ser destruido en un momento el puente por donde se atraviesa este último. Los muros están coronados de parapetos almenados, y el arsenal encierra cuatrocientos quince fusiles y trece barricas de pólvora, que se han proporcionado los molonas comerciando con el jaga de Cassange y con otros varios pueblos que están en relaciones con los blancos.

Los molonas no saben fabricar pólvora; pero tienen arsenal, donde construyen unas carabinas de bronce groseramente acabadas, fuertes para resistir una buena carga, pero tan pesadas que sólo pueden usarse para defender trincheras. La fabricacion de estas armas es una prerogativa real, y me dijo la reina que solo el rey podia disponer de ellas, pero que no dudaba que me daria algunas si las deseaba.

Conocí que mi larga residencia en Tandi-a-vona causaba algunos temores y sospechas que podrian llegar á perjudicarme, por lo que anuncié mi marcha é hice algunos regalos á la reina, que por su parte me envió unos zarcillos de cobre, diciéndome los nobles que me los presentaron que eran los que más estimaba la reina ántes de recibir los mios.

No anduve largo trecho, pues apénas hube pasado el rio Agatta, cuando vi llegar doscientos doce hombres y unos enviados del *muata*, los cuales me dijeron que su señor estaba irritado contra mí por haber quebrantado las leyes del país atreviéndome á entrar calzado en sus estados sin permiso y por haber fascinado á la reina que aplaudia mi conducta; añadiendo que una escolta de cien hombres ha-

bia ido por ella y la que me rodeaba debia apoderarse de mí y llevarme á Yanvo donde reside el rey.

Las palabras del embajador y la fuerza que le acompañaba me mostraron la inminencia del peligro. Convencido de que sería inútil toda resistencia al poderoso soberano de los molonas, pues me habia internado mucho en su territorio para evitar el peligro con la fuga, recurrí á los presentes, medio que me habia siempre producido buenos resultados, y poniendo en una caja dos pares de babuchas, encarnadas unas y amarillas otras, un sable con su biricú, un par de pistolas, un frasco de pólvora, un turbante que formé con un chal, seis botellas de aguardiente y dos cubiletes de cristal, mandé llamar á uno de los enviados, y enseñándole el uso de cada uno de estos objetos le rogué que los presentara al soberano. Acompañaron al enviado para custodiar el regalo seis hombres de mi guardia, un intérprete y veinte de sus soldados. Anuncié asimismo al rey que continuaria mi viaje á cortas jornadas, y esperaria sus órdenes cerca de la capital.

El enviado caminó de dia y de noche y regresó á las cuarenta y ocho horas acompañado de gran multitud. Presentóme una calabaza llena del onalo que usaba el monarca, volvió á tomarla, la agitó, llenó una copa de madera que apuró, y la puso á mis piés. Díjome que la reina habia llegado á Yanvo pocas horas ántes que él, y que el masata la encerró en el haren, poniéndola en libertad apénas recibió mis regalos, los cuales le gustaron tanto, que al punto se adornó con el biricú, las pistolas, el sable y el turbante, se calzó las babuchas encarnadas y bebió un vaso de aguardiente, mandando que en todo el imperio se respetase á un hombre tan generoso que sin duda era un mensajero de los dioses. Mandó en seguida llenar una calabaza de onalo, haciendo poner inmediatamente en camino al emisario sin darle tiempo de descansar.

Al dia siguiente, 25 de setiembre, proseguí el camino en medio de las aclamaciones de aquellos salvajes que querian tomar los fardos que llevaban mis súbditos para proporcionarles descanso, y el 26 el jaga Imbu, sobrino de este monarca, me recibió con gran magnificencia, invitándome á detenerme algunos dias para obsequiarme con una fiesta; pero yo no acepté y al siguiente dia continué, llegando por la noche á orillas del rio Rigi que rodea á Yanvo, capital de los molonas. Apénas pasé el puente me hallé en el barrio llamado *Amubinga* (predilecto), cuyas calles estaban llenas de gente ansiosa de verme. El excesivo calor me impidió ir más allá, lo cual disgustó á los negros que no pudieron contemplarme á su sabor. Tenian preparadas casas bien provistas de víveres para mí y para mi séquito, asegurándome la proteccion del rey veinte nobles enviados por él para recibirme.

Me sentia bastante cansado, y temiendo que el rey quisiera visitarme en aquel mismo dia, le envié á decir que estaba indispuesto y que no podria hasta el dia siguiente presentarme á ofrecerle mis respetos.

Por la tarde díjome el intérprete que estaban en un templo los huesos de un mulato de Loanda, el cual habiendo penetrado en otro tiempo hasta Yanvo fue recibido con tan extremada arrogancia, que cuando el monata queria hablarle, en vez de avisarle, como era natural, mandaba á un esclavo subir á la muralla del Sur, donde tocaba un cuerno, á cuya señal estaba obligado el mulato á presen-

tarse en el palacio del soberano. Compró muchos esclavos á pesar de su modesta posicion, y cuando careciendo ya de mercancías quiso partir, lo sacrificaron como víctima agradable á los dioses, pereciendo el infeliz entre los más crueles tormentos, á los cuales añadió el pueblo otros nuevos para prolongar su agonía. Colgaron sus huesos al rededor del altar de Lamba Lianguita, sacrificaron tambien á los negros que le acompañaban, y confiscaron los esclavos. Esta noticia, que concordaba con lo que yo habia oido en Loanda, me alarmó, y ordené á los de mi séquito que estuviesen preparados á todo evento.

A la mañana siguiente, despues de anunciar al monarca mi visita, me dirigí á palacio: le hallé aguardándome en la puerta exterior, desde donde seguido de una multitud de nobles me condujo á la sala de recepciones, ocupó su asiento, y me ofreció un taburete algo más bajo. Mis soldados lo saludaron al entrar con una descarga, y despues se colocaron arma al hombro en el fondo de la sala.

El monata se mostró satisfecho por mi viaje, y me hizo varias preguntas, deduciendo de las respuestas que yo debia ser un soberano de bastante poder, ó al ménos descendiente de tal, cuando habia atravesado los estados de poderosos jefes, que le eran enemigos: asegurando que me respetaba como un potentado, y no creia fuese un simple particular, segun yo afirmaba, pues sólo á un príncipe se tiene el afecto, obediencia y decision para defenderle, que mi gente me profesaba.

Quiso saber si mi soberano era muy poderoso y si le acompañaban más nobles que á él; y como le respondiese que aquel monarca gobernaba treinta millones de hombres y que los nobles ostentaban mayor magnificencia que yo, dió á entender por señas su incredulidad, pues no podia comprender que hubiese un monarca más poderoso que él, le parecia demasiado opulento para noble de un soberano, y no se imaginaba que otro de mucha más consideracion que yo, fuese el rey. Conocí que desconfiaba de cuanto yo le decia, y aun manifestó cierto temor; pero se tranquilizó al asegurarle que no volveria más á los estados de Mucangama.

Queriendo manifestarle la destreza de mi guardia en el manejo de las armas, le pedí permiso para que le obsequiaran haciendo algunas evoluciones militares; y creyendo divertirse con su torpeza, pues se figuraba que sus soldados eran los primeros del mundo, consintió en ello; pero pronto conocí que las esperanzas se trocaban en temores. Al ver la facilidad con que los mios manejaban el fusil y hacian salvas, conocí le inspiraban más terror aquellos veinte hombres que dos mil de los enemigos con quien regularmente se batia; así es que no pudo ménos de decirme: Con un puñado de guerreros como los tuyos me atreveria á desafiar á un ejército numeroso. Híceles desfilar por delante de él haciendo fuego por hileras, y volviendo á cargar los fusiles al momento y sin suspender la marcha; y cuando le pedí permiso para retirarme, mis soldados, entusiasmados al conocer que el rey los temia, se abrieron en dos filas escoltándome hasta mi alojamiento.

En los primeros ocho dias recorrí la ciudad, temeroso de que por alguna ocurrencia imprevista tuviese que abandonarla repentinamente, acompañado de un intérprete y seis hombres, y logré levantar el plano de un fuerte sin que na-

die pudiese comprender lo que hacia. Cuando terminaba mi tarea íbame á descansar á la plaza mayor, cuyo hermoso arbolado la presta sombra y frescura aun en medio del más excesivo calor.

Un dia vinieron á saludarme los sacerdotes de Lamba Lianguita, y para ganarme su favor, como en efecto lo conseguí, envié inmediatamente á buscar una bonita capa encarnada y algunas botellas de aguardiente, que les ofrecí en medio de las aclamaciones de la multitud que los rodeaba; destiné la capa á su jefe, y para los demas envié despues algunas varas de indiana encarnada.

Yanvo es una ciudad de casi siete leguas de circunferencia, edificada en tres islas que forman otros tantos brazos del rio Rigi. Las del Sur y Norte son las mayores, y entre ellas está la del Mediodía que es la más pequeña.

En el centro de la isla meridional se encuentra el templo de Lamba Lianguita, al Este el fuerte principal, al Sur el *Cubitabita* ó plaza mayor, y junto á esta el mercado de esclavos. Se ve al extremo oriental de la isla del Norte el *bagni agattu* (haren), y á su lado la segunda ciudadela. En ambas islas hay muchas plazas públicas y varios templos de Hendé, Liangonli y otros dioses, conteniendo la última el palacio del monata.

Las calles son anchas y con dos hileras de árboles. Los nobles habitan un barrio particular. Más de la tercera parte de sus casas están construidas de ladrillos secados al sol, y las demas de estacas revocadas de argamasa, y constando de un solo aposento. Me dijo el monata que su capital contenia más de cien mil almas, cifra que estaba en contradiccion con el cálculo que hizo, segun el cual, sólo deberia tener poco más de sesenta mil; pero pareciéndome inexacto tanto el primer guarismo como el segundo, y fundando mis observaciones en el número aproximado de las casas, saqué por resultado que esta poblacion contará unos cuarenta mil habitantes inclusos los esclavos que ascienden casi á la mitad. Las demas ciudades, incluyendo tambien los esclavos que pueden calcularse en una tercera parte, tienen de tres á cinco mil.

Los mercados se hallan bien provistos, porque estando prohibido á los particulares vender en sus casas, tienen que llevar á la plaza los objetos que desean vender ó trocar.

El mercado de esclavos es muy extenso. A un lado hay calles de árboles que sirven de paseo, y al otro una larga hilera de estacas, formando infinidad de chozas destinadas á guardarlos, hasta que los venden ó truecan como otra cualquiera mercancía. A los sentenciados por crímenes á salir del país, los conducen á un tablado que se halla delante del templo de Lamba Lianguita, donde los venden. La criminalidad en este territorio se sucede con tanta frecuencia que durante mi corta permanencia ví diariamente en venta lo ménos una docena de sentenciados: tambien asistí á una ejecucion.

El mercado central es el más concurrido de todos; vense en él esclavos de todo el reino, y afluye gran número de compradores que los llevan á diferentes puntos de la costa. El monata percibe un derecho por los que se venden para el extranjero, y los sacerdotes por los que se quedan en el interior.

El Cubitabita, que es el mejor paseo de la poblacion, tiene cuatro calles de árboles muy rectas, y á cada cien pasos espesos bosquecillos. Ocupa una circunferencia de legua y cuarto próximamente: en los extremos se hallan unos bosque-

cillos de media legua, en los cuales sólo penetra el soberano en determinados dias del año para consultar á los dioses.

El Cubitabita sirve tambien como de circo, donde acuden los negros á ejercitarse en la carrera, lo cual le da una extraordinaria animacion.

El palacio del monata se compone de un cuadro formado por el cuerpo principal del edificio, quince casitas redondas á cada lado y un muro enfrente. El espacio comprendido entre estos cuatro lados es un extenso patio plantado de árboles. Una sola puerta situada en el cuerpo principal da entrada á todo el edificio; los pabellones laterales que es donde da audiencia el monata, tienen salida á la plaza exterior, pero no comunican con el patio interior. El rey duerme indistintamente en cualquiera de las treinta casas citadas, las cuales constan de cuatro habitaciones separadas entre sí por calles de árboles. La más distante de la puerta, situada en una altura, es á donde va el monata á tomar el fresco con una de sus mujeres. Su ajuar consiste en una cama de cañas y varias armas colgadas en las paredes; sólo puede penetrar el noble de servicio para asuntos muy importantes. Sin embargo, yo tenia permiso para entrar cuando lo deseara.

La plaza exterior está plantada de árboles que sombrean las habitaciones de los soldados, y por fin, un muro encierra en su recinto todo lo descrito, que ocupa completamente una isla separada de todas las demas, con las que comunica por varios puentes, como lo hacen estas entre sí. El muro exterior tiene varias puertas que dan á la orilla del Rigi.

Todos los dias entran de guardia en palacio ochocientos hombres que se relevan al salir el sol, y sólo tres están de centinela en la puerta del edificio principal, á cuyos lados se alzan sobre un pedestal los dioses del imperio, á los que el monarca toca los piés con la frente cuando sale, en señal de sumision. El salon de recepciones está adornado con las imágenes de los dioses protectores, de cobre y colocadas de trecho en trecho sobre pedestales de madera con esculturas de gran gusto. Las puertas están cubiertas con planchas de cobre bruñido, y las ventanas con láminas de mica trasparentes, lo cual da á la estancia una claridad ténue y agradable. El estrado está hecho de innumerables pedazos de madera unidos entre sí, y al rededor se ven esteras extendidas y taburetes muy bien trabajados, donde apoyan los talones los que asisten á la audiencia del monata, en cuya presencia están en cuclillas. Para los nobles hay otras esteras más finas y taburetes á cada lado del trono en los que se sientan formando semicírculo. Otro taburete colocado en medio del salon le ocupan los que tienen algun litigio.

El bagni agattu ó haren, extenso edificio rodeado de un muro de ladrillo y distante casi una legua del palacio, encierra setecientas ochenta mujeres, las cuales no van nunca á la habitacion del monata sino cuando este las manda llamar. La que ha pasado algunos dias con él vuelve despues al haren, donde disfruta todos los placeres de la vida, pero sin poder salir.

Defienden á Yanvo dos fuertes de unos quince á diez y seis piés de altura, y no es posible apoderarse de ella sino minándola, operacion que desconocen los negros. En medio de estos dos fuertes está la casa del gobernador guardada por veinte centinelas.

No volví al palacio del monata á pesar de que fué dos veces á visitarme en

ocasiones que yo no estaba en casa, porque queriendo sorprenderle para aumentar mi influencia y disponerlo á que accediese á mis pretensiones, me estaba ocupando en preparar cohetes y fuegos artificiales con varias piezas que habia traido del Brasil.

Al dia siguiente por la tarde vino á visitarme con gran acompañamiento, y mis soldados al verle tomaron las armas y le saludaron con una descarga. El monata dejó entrever algun temor al verse rodeado de mi gente, pero se tranquilizó despues que bebió algunos vasos de aguardiente; á una señal mia prendióse fuego á un sol colocado delante de la puerta, quemando sucesivamente los demas. Admiróse de tal modo el monata que estuvo como una estatua todo el tiempo que duraron los fuegos; cuando se acabaron, me dijo el intérprete que los nobles habian dicho al soberano que solo un hechicero podia fabricar aquella especie de rayo, y que este por señas contestó que era de la misma opinion. Entónces le pregunté si le habian agradado los fuegos, y me respondió con frialdad: El que ha hecho eso debe ser un mágico poderoso capaz de causar la ruina de mi imperio; no atreviéndose á decir más porque estaba en mi poder; pero yo le tranquilicé diciéndole que todo era obra del arte y prometiendo enseñarle á hacerlos. En efecto, mandé traer los ingredientes necesarios que ya tenia preparados, le manifesté la cantidad que debia tomar de cada uno, le enseñé á llenar con aquella composicion los moldes de los cohetes; luego le dije que les pusiera fuego y que él mismo los soltara, quedando tan satisfecho de la prueba que me confesó que si no le hubiera patentizado tan claramente que aquello no era efecto de la mágia, se hubiera valido de todos los medios posibles para matarme, porque los hechiceros, añadió, pueden invocar los espíritus y destruir imperios.

Volvíle á servir aguardiente, y aprovechándome de su buen humor le pedí una carabina de cobre fabricada en sus estados en cambio de un hermoso fusil. Me contestó que sentia en el alma negarme este obsequio, pero que no me podia complacer, porque al ser elevado á la dignidad de monata habia jurado defender las minas de cobre, y no permitir que ningun extranjero se llevase el menor producto, en barras ó fabricado. Invitóme sin embargo á visitar aquellas minas si tenia gusto en ello, añadiendo que él mismo me acompañaria. Acepté, y se fijó para dos dias despues. Llegada la hora hice que me acompañara mi guardia, un intérprete, un cocinero, algunos negros para llevar provisiones y mi tipoi. El monata se presentó escoltado por quinientos soldados y numerosa comitiva. Temiendo mis negros alguna perfidia de los molonas, se mantenian separados rodeándome y no permitiendo que se acercara á mí más que el rey. El excesivo calor me obligó á ir en el tipoi, el monarca caminaba á pié conversando conmigo, y admirando las ventajas de mi modo de viajar se propuso adoptarlo en lo sucesivo.

Llegámos temprano á las minas, que están poco distantes, y bajé á ellas acompañado de solos dos hombres, dejando los demas á la entrada, con gran admiracion del monata que no podia comprender que un poderoso expusiese su vida en aquellos subterráneos. El deseo de ver aquellas obras me hizo olvidar el peligro que ofrecia la poca solidez de las galerías y la posibilidad de que el monata aprovechase aquella coyuntura para quitarme la vida, tapando la boca con escombros.

Despues de invertir dos horas en examinar las minas y recoger algunos bonitos trozos de mineral, volví á reunirme con el monata. Estas minas tienen poca profundidad, son muy ricas y el cobre de superior calidad; pero trabajan en ellas sólo cuando necesitan mineral. Luego pasé á ver las fraguas en las que observé mucha actividad, pero escasos resultados por la falta de conocimientos; esto me hizo prometer al monata modelos de fragua y fuelle, por cuyo medio fundiria en un solo dia más metal que en quince por el método que seguia.

Le propuse pasar un dia en aquel sitio para recorrer las cercanías, y regresar á la ciudad por distinto camino, pues deseaba ver las montañas, y accedió manifestándome que aunque tardásemos tres dias no le importaba; al efecto envió órdenes á Yanvo y dispuso lo conveniente para la expedicion.

El 7 de octubre emprendímos la marcha, deteniéndome yo donde quiera que algun objeto me llamaba la atencion, y admirándose el monata de que me entretuviese en examinar las piedras, los barrancos, las concavidades y la direccion de las montañas, pues él sólo gozaba bebiendo aguardiente, cuando el calor nos obligaba á parar, cosa que efectuábamos siempre en algun paraje sombrío, donde puestos en actividad los cocineros, pasábamos la siesta comiendo, bebiendo y durmiendo, encaminándonos luego á pernoctar en el punto en que los negros de vanguardia nos tenian ya preparadas tiendas.

El primer dia llegámos al pié del monte Zambi; es el pico más elevado de aquella cordillera de montañas, y parece mayor su elevacion porque la campiña está á una altura de novecientas diez toesas sobre el nivel del mar. Deseoso no obstante de conocer la verdadera altura, invité al rey á que me acompañase en la ascencion; mas como aquel monte es sagrado para los molonas, no pudo verificarlo, si bien no se opuso á que yo lo hiciese.

Como se encuentra poco arbolado en la primera meseta, subí bastante de prisa, y llegué al oscurecer cerca de la cumbre, donde pasé la noche; á la madrugada del dia siguiente gané por fin la cima, desde la cual dominaba la campiña de los alrededores, y podia distinguir las ramificaciones que se dirigen hácia todos los puntos del horizonte, y varios rios que corren ya al Este, ya al Oeste. Descúbrese hácia este último lado un pequeño desierto, en medio del cual parecia perderse un rio entre la arena apareciendo despues; pero luego reconocí que eran dos rios que nacian á corta distancia uno de otro y corrian en distintas direcciones.

A las siete de la tarde regresé de mi expedicion. El monata que se habia entretenido cazando durante mi ausencia se alegró mucho de que volviera felizmente, porque, segun él, la cima de aquel pico es la entrada del otro mundo, y temia me sucediese alguna desgracia. Díjome que el nombre de Zambi, que significa espíritus, se le habia dado porque allí se reunian para partir á sus destinos, que llegando hasta lo más alto habria visto la direccion que toman, y que indudablemente me arrastraran consigo, pues ningun ser viviente puede llegar allí impunemente. Tuve buen cuidado de no decirle que habia llegado á la cumbre sin ver nada de cuanto referia, porque sobre no creerme, se hubieran enemistado conmigo los sacerdotes y los mágicos, interesados en mantener al pueblo en estos errores.

Propuse luego al monata ir á examinar el desierto Tandí. Al principio mani-

festó alguna repugnancia, pero al fin accedió. Tambien deseé llegar hasta el nacimiento del Agattu, en lo que convino con la condicion de que sus súbditos ayudarian á los mios á llevar la carga, y de que iríamos lo más pronto posible. Deteníame yo con frecuencia á pesar de este convenio para hacer observaciones, que causaban grande admiracion al monata, el cual no cesaba de repetir que sin duda alguna era yo hechicero. Para desvanecer de nuevo esta preocupacion, le expliqué el uso del termómetro, se lo entregué diciéndole que repitiese lo que yo habia hecho, y convencido de que el instrumento producia los mismos efectos manejado por él, se tranquilizó completamente y quiso ayudarme en mis experimentos, sin pensar en molestarme más.

A los dos dias de marcha llegámos al nacimiento del Agattu, que tiene su orígen al pié de una colina, deslizándose hácia el Este, y deseoso de saber si el otro rio que habia visto desde el pico tomaba la direccion del Oeste, dejé al monata acampado á orillas del primero y corrí á satisfacer mi curiosidad.

Los negros que ignoraban la existencia de este segundo rio, mostraron alguna dificultad en acompañarme, y tuve que recurrir al monata á quien convencí fácilmente, diciéndole que podria hacer algun descubrimiento útil para él al examinar la corriente del agua, y entónces mandó que me acompañasen. Llegamos por fin, despues de andar cerca de dos horas, al nacimiento del deseado rio, que segun supe despues se llamaba el Hogiz y se dirigia al Oeste, por lo que deduje que aquella colonia formaba la línea divisoria de las aguas.

Satisfecho del resultado de mi expedicion volví á reunirme con el monata que con toda su comitiva se estaban muriendo de hambre, porque no habian traido provisiones más que para un dia, y ya hacia dos que estábamos en aquel desierto; pero mis negros, más previsores, tenian víveres en abundancia, y repartieron provisiones á los molonas, no guardando más que las necesarias para el dia siguiente.

Parte de la noche la pasé agradablemente entretenido con el monarca, que no se cansaba de observar el termómetro, que habia bajado considerablemente. Convencióse de que la diferencia que se observa al medio dia la producen los efectos del calor atmosférico, y repetíame sin cesar que en adelante sabria siempre cuando debia vestirse de pieles, porque aquel instrumento le marcaria el descenso de la temperatura, pues ya lo consideraba suyo y parecia poco dispuesto á devolvérmelo.

A la madrugada nos pusímos en camino á fin de llegar de dia al pié de la montaña donde debíamos encontrar las provisiones.

Nada notable ofrece este desierto; la arena de que está cubierto es movediza, pero como nunca sopla el viento en verano en aquel punto, no ofrece peligro; se encuentran algunos arbustos de corta elevacion, y carece completamente de agua hasta llegar á media legua del rio. El terreno es elevado hácia el Norte formando una pendiente bastante sensible.

Pasámos la mayor parte del dia en aquel paraje, esperando á los cazadores que tan luego como llegaron se habian internado en los bosques, y á la una regresaron trayendo la carne de un animal, que aunque dijeron ser búfalo, conocí al probarla que era de ciervo; luego me confesaron que no me habia equivocado y que ambos animales abundan mucho en los bosques cercanos á Yanvo.

A las tres de la tarde subímos la montaña que habíamos bajado dos dias ántes, y en ella encontrámos á la mayor parte de la comitiva del monata que quedó esperando. Dos dias despues pasando por donde yo atravesé la montaña á mi llegada á Yanvo, observé una pequeña roca que me pareció contener algunas partículas de oro, y habiéndoselo dicho al monata, me invitó á que examinara todas las que estuvieran próximas á ella, no oponiéndose ya á que yo hiciera investigaciones, ántes por el contrario animándome con la esperanza de que tal vez encontraríamos alguna mina. Efectivamente, encontré varias rocas que contenian bastante oro, y al explicarle las ventajas de este metal sobre el cobre, no sabía cómo expresarme su gratitud por haberle dado esta superioridad sobre los suyos, diciéndome poseido del mayor entusiasmo: ¡Qué feliz sería si tuviera un amigo como tú! Nada encuentro comparable á este beneficio, que desgraciadamente no espero alcanzar, porque tú estás destinado á reinar en otro pueblo, y la oferta del poder no basta á deslumbrarte; pero sí te diré que no serías tan respetado entre tus compañeros los blancos como entre nosotros. Aquí serías un Dios, y en tus estados no serás más que rey, y si te quedas, desde este instante no haré nada sin tu consentimiento, gobernarás mis estados, los nobles serán tus esclavos, y ni aun la envidia podria llegar hasta tí, pues tus conocimientos te hacen muy superior á nosotros; mis sobrinos que aspiran al poder despues que yo muera se considerarán más grandes y poderosos obedeciéndote que siendo reyes. Aquí se detuvo para oir mi respuesta, que me guardé bien de darle. porque conocia lo crítico de mi situacion y el peligro en que me encontraba; pero él tradujo este silencio por consentimiento y exclamó con energía: ¿A qué titubear? Acepta, amigo mio, acepta el mando que te ofrezco y las más bellas de mis sobrinas é hijas... Ya conoces á mi sobrina que tiene ciento cincuenta y dos lunas; el árbol plantado en su nacimiento es el más hermoso de todos, su follaje desafía los rayos del sol y es muy vigoroso, lo cual la promete algun suceso feliz. Esa felicidad ha llegado: los dioses se lo han anunciado muchas veces; tú la harás dichosa y ella será tu mujer principal.

No sabía yo cómo rehusar la oferta del monata sin que se ofendiese, y estaba indeciso. Engañóle esta irresolucion, pues continuó diciéndome que tenia muchos enemigos, pero que ninguno se atrevia á declararle la guerra temerosos de su poder; y únicamente Mucangama, que nunca obraba sin reflexionar, era el que le inquietaba. En este momento, añadió, pienso declararle la guerra, y sólo porque te creí amigo suyo te opuse dificultades cuando llegaste. Hasta ahora he respetado á los enemigos cuando la desgracia los hacia caer en mis manos, canjeándolos por igual número de mis súbditos, pero en adelante tú serás el que rija el destino de mi pueblo, no tendrémos ya que temer ninguna desgracia, y todos los potentados temblarán y se someterán á mi imperio. Es cosa decidida: ¿te quedas? Respóndeme. Y me tomó la mano al concluir estas palabras.

Viendo que ya no podia guardar silencio por más tiempo, le dije que mi patria me llamaba, que habia prometido volver, y que sería un crímen faltar á mi palabra. Al oir esto interrumpióme bruscamente y con voz temblosa por el furor, me dijo: Esas promesas no significan nada, tu voluntad es ley, y si vienen á buscarte pisarán nuestros cadáveres ántes de llegar á tí. Al expresarse así, más que hombre, parecia un furioso leon á quien se quiere arrebatar su presa.

Continuó hablando del mismo modo sin respuesta mia, hasta que por último me levanté y retiré esperando que con la noche se tranquilizaria. Al dia siguiente supe que no se habia acostado y que habia pasado la noche en consulta con sus nobles. Nos pusímos en camino para aprovechar el fresco de la mañana y poder llegar á la ciudad ántes que hiciera calor.

Aquel dia fuí á comer con el monata segun le habia prometido, presentándonos algunos platos regulares su cocinero que habia tomado lecciones del mio. Estuvo durante la comida muy amable conmigo, y no me volvió á hablar de quedarme en sus estados, lo que me hizo recelar que queria tenderme algun lazo; pero él estuvo todo el dia muy contento, y por la tarde al beber un vaso de aguardiente díjome que yo era para él un segundo sol, pues le daba una segunda existencia.

Los molonas dividen el año en quince lunas, llamando á la última *hendeitari* (estacion del amor); con ella empieza la época de las diversiones que duran quince dias, en los cuales se entregan á todos los excesos del libertinaje. Cuando llegué á Yanvo hacia tres meses que habian concluido, y de ellas me refirieron lo siguiente. Apénas aparece la última luna ó estacion del amor va el monata con la primera de sus mujeres al templo de Hendé y se acuesta con ella en una cama cubierta de pieles de animales, preparada al efecto. Al punto el sonido del tambor anuncia al pueblo que principian las fiestas, y los habitantes que tienen templos particulares verifican lo mismo que el monata. Los jóvenes de ambos sexos pueden en estos dias darse pruebas de amor sin el consentimiento de los padres, dependiendo de esto muchas veces la suerte de las jóvenes, porque si quedan en cinta pertenecen ya á sus amantes, y estos deben presentarlas los regalos de ley.

Despues de los sacrificios hechos al amor se reunen todos en las plazas donde están preparadas las músicas y encendidas grandes hogueras para asar y cocer las viandas destinadas al festin que el primer dia costea el monata. Repártese onalo en cantidad suficiente para que todos queden satisfechos, y pasan el dia entregados á los mayores excesos. En los demas dias, iguales al primero, todos los habitantes contribuyen á los gastos del festin, en el cual abundan siempre los comestibles porque los van acopiando con muchos meses de anticipacion. El dios Hendé preside estas bacanales bajo la figura de un hombre y una mujer y á veces bajo la forma de animales en el acto generatorio.

Los molonas adoran el sol como á dios benéfico, y temen como los demas negros á Langa Lianguita (dios del rayo), cuyo templo rodean cuando truena ofreciéndole sacrificios. Las víctimas no se inmolan sino á medida que las van necesitando, y siempre encuentran motivos para diferir la ceremonia. Cuando se acerca la época de las lluvias y las apiñadas nubes anuncian tempestades, los sacerdotes invitan al pueblo á que ofrezca sacrificios á los dioses para aplacar su cólera.

El templo de Langa Lianguita, situado en la orilla derecha del Rigi, es de ladrillo y tiene la forma de tres torrecillas reunidas, siendo más elevada la del centro; cada una tiene su puerta y encima dos aberturas redondas cubiertas con paja. En la plaza que está delante del templo se eleva el tablado destinado á los sacrificios humanos, circuido de estacas de las que cuelgan huesos de víctimas. Las calaveras están en el templo donde no puede penetrar nadie más que los sa-

cerdotes, cuyas casas están situadas á los dos lados é inmediatas al templo; en frente y á gran distancia se ve un gran palacio destinado á los príncipes y jefes extranjeros que van á visitar á Yanvo.

La ciudad está dividida en quince barrios, igual al número de lunas de que consta el año, y cada barrio administrado por un noble que lleva el título de *ngnuvulu* (gobernador), y otros jefes subalternos llamados *ojichi*, administran justicia, pero puede apelarse de sus decisiones ante el ngnuvulu. Los crímenes de los nobles que se castigan con la pena capital ó la de esclavitud pueden someterse al juicio del monata que da audiencia todas las mañanas hasta las doce.

El adulterio, el robo y el desacato á las órdenes del soberano son delitos que se castigan con la esclavitud, y todos los demas sólo con una multa. El soberano que comete un crímen ó gobierna mal, puede tambien ser juzgado; el acusador expone las quejas á los nobles, quienes en vista de ellas declaran si es ó no criminal, deponiéndolo y eligiendo otro en caso afirmativo; pero fácil es comprender que los nobles fallarán casi siempre en favor del rey, á ménos que alguno de ellos sea el ofendido y tenga mucha influencia sobre los demas. Cuando de una acusacion dirigida al monata no resulta este culpable, el delator queda esclavo, lo que hace que sean muy circunspectos, aunque por lo general los soberanos son amados del pueblo.

Un monata depuesto está obligado á quedarse en la córte de su sucesor, y si tratase de recobrar el poder sería vendido como esclavo y deshonrado para siempre, pues ningun jefe haria la guerra por vengar á un esclavo sin exponerse á ser atacado por todos los demas soberanos, perder la libertad y con ella sus estados. Un monata depuesto tiene muy pocos medios para recobrar la soberanía, y hasta el ausentarse de la córte sin permiso de su sucesor lo consideran como un crímen que castigan con prision perpétua.

Todos están obligados al servicio militar, pero el soldado no sirve mas que quince lunas, retirándose pasado este tiempo. Aunque esté de servicio, á ménos que se halle de guardia, puede ir á dormir á su casa cuando quiera. Estas tropas guarnecen la capital y demas ciudades y componen el ejército en tiempo de paz, pues en caso de guerra están obligados á asistir á ella todos los que se hallen en estado de combatir. Aunque los molonas poseen gran número de fusiles, que son propiedad del estado, como no saben fabricar pólvora y su arsenal contiene sólo unos ciento treinta barriles, temen que les falten medios de defensa, y continúan haciendo uso del arco y las flechas. Lo mismo que en Tandi-a-vona, tienen gruesas carabinas de bronce semejantes á pequeños cañones, toscamente trabajadas, y en las fortalezas hay algunas de estas armas montadas sobre cureñas en las troneras.

Preguntóme un dia el monata de qué modo se fabricaban en mi país unos fusiles tan perfectos; á lo cual respondí lo mejor que pude, y creia que no habia entendido la explicacion, cuando pocos dias despues me sorprendió ver entrar en mi casa varios obreros que venian á enseñarme unos modelos que tenian principiados para fundir pequeños cañones. Me rogó tambien el monata que le enseñase á hacer pólvora, pero temiendo que llegase á considerarme de tal modo útil en sus estados que quisiese retenerme en ellos á la fuerza, le contesté que ignoraba absolutamente el modo de fabricarla.

Cuando sale el monata lo hace siempre acompañado de varios nobles y soldados. Delante y á bastante distancia van quince hombres quitando las piedras que pudieran incomodarle el paso, y muy inmediatos á él otros dos con una especie de abanicos para impedir que le alcance el aliento de los que le rodean. Aunque se calzó las babuchas cuando se las regalé, camina siempre con los piés desnudos conforme á una ley del país.

Los habitantes de Yanvo no están más adelantados que los de Tandi-a-vona en la industria, fabricando como estos esteras, cestas, tejidos y sombreros con los filamentos de ciertas plantas. Del cabello de las mujeres hacen pelucas que se ponen los dias de fiesta, adornan bastones que depositan en la sepultura de sus parientes al asistir á su entierro, forman tapa-rabos azules para las bodas, vestidos de novio y otros muchos objetos que sólo pueden construirse en la capital, castigándose al que se atreviese á quebrantar este privilegio con la pena de esclavitud, pues los aldeanos no pueden ocuparse en otra cosa que en cultivar sus tierras para luego llevar á las ciudades el producto de las cosechas, y aun así el vecindario de la capital ha de tener esclavos que se ocupen en cultivar algunos pedazos de tierra para atender á la subsistencia de sus amos.

Nadie puede trasladar su residencia de las aldeas á las ciudades sin haber obtenido el correspondiente permiso, que no se otorga si el interesado no justifica poseer al ménos diez esclavos hábiles para labrar la tierra y que con el producto de este trabajo pueden sostener á la familia, que se calcula en cinco individuos, y ademas dos esclavos por persona para el servicio de la casa. El que reune estos requisitos debe primero, durante dos hendeitari ó treinta lunas, habitar en los arrabales desde donde puede vigilar los trabajos de los esclavos, y pasado este tiempo puede residir en el barrio que más le acomode. Si los hijos de este habitante no pueden vivir del producto de su trabajo por haber perdido los esclavos y carecer de medios para comprar otros, están obligados á volverse al campo, pudiendo escoger libremente el terreno que quieran cultivar. Las tierras son propiedad del estado, y si la que se cultiva no basta para la subsistencia de la poblacion, se hacen nuevas roturaciones, recibiendo los que se dedican á este trabajo, de los graneros del rey, los víveres que necesitan para un año.

El monata posee numerosos esclavos dedicados á labrar la tierra para proveer á la subsistencia de sus mujeres y de los nobles que están de servicio en palacio, y ademas de estos hay otros que son propiedad del estado y trabajan para sostener la guardia, para dar de comer á los jefes que van á visitar al monata y á los obreros que se emplean en los trabajos públicos, conservándose los productos sobrantes en los alfolíes del estado.

Los molonas se reunen en los paseos para beber y divertirse; ofrecen onalo á cualquiera que se aproxima á un corro, y se ejercitan en la carrera y en tirar al blanco. A cada *riambe regi* (nueva luna) se reparten premios en todos los barrios á los más diestros, los cuales generalmente consisten en una doncella que pasa á ser esposa del que la recibe, adquiriendo el título de jefe de ejército el que llega á reunir dos. La jóven dada al vencedor pertenece siempre á una familia noble que se considera como propiedad del estado, y de cuyos hijos tiene el soberano la facultad de disponer. A veces recibe el vencedor como premio una de las hijas del monata, que este ofrece siempre á todos los príncipes y jefes que van

á visitarlo. Cuando llegué me envió quince para que de ellas eligiese dos que debian relevarse diariamente, durando esto todo el tiempo que permanecí en aquella capital.

En la estacion lluviosa, que principia en el mes de enero y cesa en el de marzo, se desbordan todos los rios, y las tempestades son horrorosas: la recoleccion se hace en el tiempo seco, y aunque bien poblada, la mayor parte de la comarca está sin cultivar.

Miéntras estuve en Yanvo llegaron varios embajadores de los príncipes y jefes vecinos para renovar al monata las seguridades de amistad y sumision de sus señores. Los ví á todos, pues la fama que mi nombre habia adquirido en el reino excitaba la curiosidad general, sin que al separarse de mí dejase de hacerles algun regalo para prevenirlos en mi favor por si alguna vez podia necesitarlos.

Entre estos habia dos jefes que vinieron á acompañar las caravanas que traian al monata el tributo de sal que anualmente le pagan los quilimané y los canzembé, pueblos inmediatos á la costa oriental de Africa, los cuales me dijeron que regularmente empleaban ochenta dias desde sus respectivos estados á la ciudad del monata de los molonas, que nunca habian ido al país de los blancos pero que enviaban esclavos, recibiendo en cambio telas de algodon fabricadas en Inglaterra. Á juzgar por lo que me dijeron, andan seis leguas diarias, descansando veinte y cuatro horas cada cinco dias. Encontraron muchos rios aunque uno solo de consideracion llamado Zanzé que es muy ancho, de corriente en extremo rápida y procedente del Norte. En la estacion lluviosa sale de madre é inunda toda la campiña inmediata durante más de tres lunas, la cual queda despues convertida en un inmenso pantano que tarda más de otras dos en secarse. No hallaron ningun lago; no conocen el Conffona sino por noticia de los molonas y le dan el nombre de Metzené, pero jamas se acercan á él, y segun ellos el rio que nace de este lago se dirige hácia el Nordeste; lo atravesaron por un puente situado en el territorio de los xagmez, pueblo de poco poder, tributario del monata y que habita al Este de sus estados. Me informaron asimismo de los peligros que corren al atravesar por pueblos en su mayor parte antropófagos, que si bien no les impiden el paso, al menor descuido roban hasta las caravanas que conducen el tributo.

Jamas ha tratado ningun blanco de penetrar en estas comarcas, pero sabian que frecuentemente iban mulatos enviados por los blancos de la costa en busca de *ziezele-azu* (polvo de oro), aunque ninguno se habia atrevido á internarse, porque aquellos salvajes no consienten que ni aun los de su color viajen de un punto á otro.

Les propuse acompañarlos cuando volviesen á su país, pero se negaron á ello, diciéndome que mi muerte era segura, y ellos serian tambien sacrificados inhumanamente por llevarme consigo.

Como hablaban muy mal la lengua abnuda y tenia que valerme de un intérprete molona que los entendia, al cual habian hablado aparte los nobles que me acompañaban, previniéndole sin duda de cuáles debian ser sus respuestas, no esperanzaba adquirir más datos que los que este individuo quisiera comunicarme, y aun advertí que más de una vez le hacian señas amenazadoras por haberme trasmitido noticias que les convenia que yo ignorase.

A pesar de que mi gente estaba bien asistida durante nuestra permanencia en Yanvo, de los buenos alojamientos, y de que podian escoger las mujeres que mejor les pareciesen, me preguntaban contínuamente cuando partíamos.

Pasé un mes próximamente en Yanvo, y decidido ya á abandonar aquella ciudad, dije al monata que pronto íbamos á separarnos; esta noticia le causó mucha extrañeza, y me respondió que si no habia vuelto á insistir en sus proposiciones desde que estuvímos en el campo, era porque creia que estaba decidido á quedarme con él; pero objetándole yo que me era imposible, guardó silencio. Pedíle negros y me los negó pretextando que sus súbditos no podian contribuir á que me alejase de allí, y añadiendo: Sin tí, no me queda esperanza alguna de engrandecerme; tu nombre inspira tal terror que los jefes y soberanos tributarios mios hacia tiempo que querian abandonarme; pero apénas han sabido tu llegada, me han enviado diputados, no sólo para pagarme el tributo ordinario, sino ofreciéndome de regalo otro tanto en señal de sumision, porque temen que envie contra ellos un ejército mandado por tí. ¿Cómo quieres, pues, que consienta en que te alejes? No, eso nunca.

Me separé de él para reflexionar lo que debia hacer. Mi gente comprendiendo las intenciones del monata recelaba que me decidiese á complacerle; era preciso tomar una resolucion y llevarla á cabo con los servidores que tenia. Anunciésela y dando saltos de alegría empezaron á arreglar las cargas para que no quedase nada allí.

Aquella noche, aunque más tarde que de ordinario, recibí el acostumbrado obsequio de onalo, y como ya habia comido, mandé guardar las calabazas con intencion de reservarlas para el dia siguiente; pero habiéndome pedido los intérpretes y cocineros que les dejase beber, consentí en ello. Al poco rato empezaron á sentir cierto malestar, y los accidentes que siguieron experimentando indicaban la accion de un veneno. Suministréles al punto los remedios usados en tales casos, pero ya era tarde; aquella misma noche murieron entre los más crueles dolores, y perdí con esta funesta circunstancia once hombres, que me eran muy necesarios. Para adquirir una nueva prueba de si el onalo estaba emponzoñado, se lo dí á un perro, que murió á los pocos minutos. Al ver los negros á sus compañeros víctimas de tan infame traicion, querian pegar fuego á la ciudad para vengarlos, y me costó no poco trabajo disuadirles de tal idea manifestándoles el peligro á que se exponian atacando á un pueblo tan poderoso.

Convencido el monata de mi irrevocable resolucion, habia pensado envenenar á todos mis negros á fin de que de este modo me fuese imposible marchar, idea que podia realizar con toda seguridad, pues enviaba todos los dias varias calabazas de onalo para mi gente.

En tan crítica situacion no ví otro medio para poder salir de aquel país que recurrir á los sacerdotes del dios del trueno, y seducirlos para que pronunciasen un oráculo que obligara al rey á dejarme partir. Les envié un ropon largo de muleton blanco, guarnecido de amarillo, un bonito gorro de paño azul con vivos encarnados y algunas botellas de aguardiente, contándoles mi apuro é implorando su proteccion.

Hacia ya tres dias que el cielo estaba amenazador; negras y apiñadas nubes anunciaban una horrorosa tempestad que al fin estalló aquella misma noche. Los

sacerdotes hicieron resonar los calderos de cobre, y el pueblo se reunió temblando á escuchar la arenga del pontífice, que dijo: Alguno de vosotros ha cometido grandes crímenes porque el dios está muy irritado y amenaza destruir la ciudad. ¡Desgraciado el culpable! Paróse de repente, erizáronsele los cabellos, y entre extraordinarias contorsiones añadió con entrecortado acento: ¡Cómo!... extranjero... veneno... recompensa al extranjero... salir de los estados... sacrificios. Cuando concluyó, uno de los sacerdotes encargado de recoger el oráculo lo trasmitió al pueblo del modo siguiente: Que salga de los estados del monata el extranjero que hace tiempo está en ellos, y se le proteja miéntras pise el territorio de los molonas; que se le indemnice de la gente que ha perdido por efecto del veneno que les han dado, y que se haga un sacrificio á Lianguli para aplacar su cólera.

El pueblo lo escuchó dando gritos de alegría, y casualmente se calmó al momento la tempestad, lo cual consideraron como prueba de que se aplacaba la cólera del dios. Irritado el monarca al ver desbaratados sus planes, hubiera de buena gana mandado quemar vivos á los sacerdotes, si no hubiese temido las consecuencias que podia producirle este acto de barbarie, y bien á pesar suyo tuvo que resignarse á dejarme marchar. Me envió algunas cabras de regalo, y permitió que me llevase los negros que voluntariamente quisieran acompañarme.

No me hice de rogar, y apresurando los preparativos partí al dia siguiente 30 de octubre, pernoctando en la residencia del sobá Cuzula, íntimo amigo del monata, quien me recibió con frialdad; mas enterado de lo ocurrido en Yanvo, no trató de retenerme. Dióme guias para que me acompañasen hasta los estados de Monené-Haï, jefe poderoso que depende de un soberano llamado Bomba, y reside en una ciudad muy distante situada al Norte de Yanvo. El 31 dormí en medio de un bosque, y al dia siguiente en la residencia de Cuzangalesia, el cual no me opuso dificultad alguna, me dió negros y guias, y me advirtió que probablemente tropezaria con las cuadrillas de ladrones que infestaban los bosques inmediatos haciendo esclavos á cuantos pasan; pero como era este el único camino que conducia á la residencia de Monené-Haï, tomé la precaucion de que fuéran mis negros bien armados y juntos para poder resistir mejor á los malhechores si se presentaban.

El 20 de noviembre fuímos atacados por los ladrones que nos dispararon una nube de flechas: todos los mios soltaron sus cargas é hicieron fuego á los enemigos, quienes principiaron á desanimarse al ver los muchos que caian heridos. Adelantándome entónces con mis guardias, mandé hacer una descarga sobre un peloton considerable de gente que hasta entónces sólo eran espectadores, y al ver las numerosas bajas que les causaba, huyeron aterrados abandonando los muertos y heridos. Concluida la refriega hicímos noche en el mismo campo de batalla, llegando al dia siguiente muy temprano á Riambú.

Los ladrones que nos habian atacado en el bosque eran de una aldea bastante grande, donde encontrámos á los heridos á quienes sus compañeros habian recogido durante la noche. Los habitantes del pueblo nos dieron á entender con gritos amenazadores que estaban dispuestos á todo para vengar á sus hermanos; pero desistieron de su proyecto temiendo una nueva derrota, pues los fugitivos les

habian pintado con exageracion el poder sobrenatural del jefe blanco. Fácilmente comprendí que aquellos infelices no eran ladrones de profesion, y que sólo habian tratado de impedirnos el paso obedeciendo las órdenes del monata: esto me hizo deducir que sería probable un nuevo ataque al dia siguiente, por lo cual encargué á los mios que caminasen muy alerta.

El 5 atravesámos unas montañas, y despues un bosque donde habita Cotubaz, último sobá del territorio del monata hácia la parte del Norte, á quien me habian pintado como un bárbaro, y diferente de los nobles de Yanvo. Acampámos cerca de su banza con intencion de continuar la marcha al dia siguiente.

Segun costumbre dí un paseo por aquellos alrededores acompañado de cincuenta hombres y no volví á la tienda hasta las cuatro de la tarde: el resto de la comitiva se habia quedado para levantar las tiendas, cercar el campamento con estacas, é impedir la entrada á los curiosos. Al volver encontré al sobá que me esperaba, y me dijo en pocas palabras que tenia órden del monata para retenerme porque me habia negado á quedarme en sus estados, y yo le contesté que en la mañana siguiente le daria la respuesta. Instruí á mi gente de las intenciones del sobá, coloqué varios centinelas y lo dispuse todo para esperarle con las armas en la mano. El 26 al amanecer cada cual preparó su carga y se armó con su fusil, pero ántes de marchar envié un recado al sobá, quien no tardó en llegar, y como se habia figurado el dia anterior que le temia, no mandó reunir á sus súbditos esparcidos por los innumerables pueblecitos de las cercanías. Preguntéle con tono firme y resuelto si continuaba obstinado en no dejarme pasar, y con voz vacilante por el miedo al ver á todos los mios con los fusiles preparados, me respondió que debia obedecer las órdenes del monata. Entónces le dije: Si yo fuera de tan mala fe y tan perverso como él, desde este momento quedarias hecho prisionero tú y todos los nobles que te acompañan; pero te dejo ir para que dentro de un cuarto de hora te presentes al frente de tu pueblo. Quedóse parado un momento, y de repente cobrando ánimo, me dijo: No te presentaré batalla, pero haré que te ataquen en el bosque. Esta franca declaracion me dió á entender el verdadero peligro en que nos hallábamos; jugando el todo por el todo le manifesté que si en el término que le habia marcado no me presentaba batalla ó me daba en rehenes sus más próximos parientes que me responderian con la vida de que nadie nos molestaria en el bosque, incendiaria la ciudad. Nada me contestó y partió sonriéndose.

Cuando espiró el plazo, cincuenta de mis negros con teas encendidas y el fusil al hombro fuéron á la ciudad y pegaron fuego á las primeras casas, que formadas de estacas y cubiertas de paja pronto levantaron una gran llama, esparciendo el espanto y la confusion por todas partes. Los moradores huian amedrentados ó corrian presurosos á salvar sus familias, y hubiera podido reducirlo todo á cenizas ántes que el pueblo pensase en defenderse: el viento que soplaba con fuerza habia extendido el incendio á toda aquella parte de la ciudad. Presentóse por fin el sobá al frente de unos trescientos hombres armados con arcos y flechas. Los mios desplegados en guerrilla en pelotones de á quince los recibieron con una descarga tan bien dirigida que apénas se desperdició un tiro. Los gritos y lamentos de los heridos animaron á sus compañeros que se precipitaron sobre nosotros armados con sus mazas; pero una segunda descarga casi á boca de jarro

los contuvo, y no se atrevieron á pasar por encima de los cadáveres de sus compañeros: dispararon no obstante sus flechas, pero con mano tan trémula que ninguna nos alcanzó; y les contestámos con una tercera descarga que les puso en desordenada fuga quedando más de cincuenta fuera de combate. Mis negros quisieron perseguirlos y exterminarlos, pero yo los contuve.

Mandé llamar al soba, quien se presentó acompañado de un tropel de gente; me dirigí hácia él con la guardia é intérprete, y al llegar á cierta distancia me adelanté solo con este último, haciendo seña al soba para que se acercase. Mi escolta en actitud hostil hacia ver al enemigo que si intentaban hacerme traicion pagarian muy cara su alevosía. Pregunté al soba si estaba satisfecho y si persistian aun en no darme rehenes. Los nobles á quienes comunicó mi pretension se mostraron satisfechos de que les exigiese tan poco, y al momento me enviaron veinte de los principales de la ciudad, entre los cuales se contaban el sobrino é hijos del soba. Los mandé desarmar y amarrar en su presencia, y para amedrentarlos más dí órden á los mios de que les cortasen á todos la cabeza si nos acometian en el bosque; y despidiendo al soba y á su gente, partímos con dos guias que tomámos en la ciudad, á los que tambien amenazámos con la muerte si nos perdian. A poco de salir de Cutulaz vadeámos un caudaloso rio que corre al Noreste y va á desaguar en el Zamba; el cual nace de un gran lago llamado Tandi, situado al Suroeste de Cutulaz. Despues de dos horas de marcha llegámos á una eminencia que separa los estados del monata de los de Monené Haï, y aquella noche penetrámos en Amendolaz; los habitantes de este pueblo tienen un aspecto maligno y feroz, y aunque sus deseos eran hostiles, enterados por nuestros rehenes de lo ocurrido, no se atrevieron á molestarnos por temor de sufrir igual suerte. No me detuve muy á gusto en esta poblacion, donde se hablaba una lengua que yo no comprendia por ser distinta de la abnuda; pero dos de nuestros prisioneros, que la sabian, cuando despedí los rehenes se ofrecieron á acompañarme, pidiéndome en cambio un par de pistolas, seis libras de pólvora y trece piezas de género, riqueza inmensa en su concepto, que yo les concedí gustoso. Envié dos mensajeros con algunos regalos para Monené Haï solicitando el libre tránsito por sus tierras, asegurándole que venía como amigo, y que si me habia visto obligado á valerme de la fuerza en Cutulaz, no habia sido por culpa mia, pues el monata ordenaba que fuese protegido en todos sus estados y Cutulaz pretendió impedirme el paso.

Me detuve en Amendolaz para dar descanso á los negros y esperar la vuelta de mis enviados, que no tardaron en verificarla diciéndome de parte de aquel soberano que ya sabía mi permanencia en Yanvo, que estaba enterado sobradamente de mis proezas, y que hubiera sentido en extremo me hubiese quedado con el monata, el cual por sí solo era ya harto poderoso para él; así es que recibió con gusto la noticia de mi llegada, enviándome poco despues dos nobles para asegurarme su proteccion.

Mis negros estaban á gusto en este pueblo, pues los habitantes les proporcionaron en cambio de abalorios, caza, harina de maíz y onalo en abundancia; pero desconfiados con razon desde el envenenamiento de sus compañeros en Yanvo, obligaban siempre á beber á los que traian este licor, reteniéndolos por algunas ho-

ras ántes de probarlo. Todos los dias eran de fiesta para ellos: comian, bebian, bailaban de noche y dormian de dia en las horas de calor.

Los súbditos de Mucangama manifestaron sentimiento por haberme acompañado, y dijeron que á saber las dificultades del camino no lo hubieran verificado, pero les tranquilizó la promesa de conducirlos cerca de su territorio.

El 10 de noviembre salí de Amendolaz dirigiéndome al Nor-noroeste, é hicímos alto en la residencia del *toké Cotaz* (soba Cotaz). La fisonomía de este pueblo lleva impreso el sello de la malignidad: tienen los ojos hundidos, la cara oval y la frente arrugada. La curiosidad de vernos atrajo un inmenso gentío y aun el mismo soba no tardó tambien en llegar recorriendo con avara mirada los diferentes objetos que componian mi equipaje, y retirándose tan luego como le regalé una pieza de pañuelos.

Mandé cercar el campamento tanto por seguridad cuanto para separar á la multitud que los enviados de Monené Haï no podian hacer retroceder, y sólo se consiguió cuando yo mandé avanzar á mi guardia. Coloqué centinelas con la consigna de no dejar pasar á nadie; pero apénas me retiré se agolparon de nuevo, examinándolo todo con marcadas intenciones de llevárselo. Como ignoraban el uso de las armas de fuego, mandé á la escolta que cargasen los fusiles con sal y disparasen á las piernas de aquellos curiosos, que huyeron despavoridos dando gritos y aullidos, sin que volviera á presentarse nadie en todo el dia. Para tranquilizarlos y no exponerme á algun nuevo conflicto, enviéles á decir que los heridos no moririan, y que los dolores que sufrian era un castigo de Jetequi, dios del rayo, por haberme querido robar.

Cotaz está situado en la orilla derecha del Zamba, poco caudaloso en aquel sitio. Principié á descubrirlo á una legua de Amendolaz, pasé el 11 de noviembre en la aldea de Ynihocaz, y á dos leguas y media encontré la aldea Cobandulniz, pernoctando en Canguz. Los habitantes de las primeras aldeas nos dejaron pasar tranquilamente; no así los de las últimas que se reunieron para robarnos, y por la noche cayeron sobre nuestro campo apoderándose de algunos barriles de aguardiente y varios fardos de géneros; pero los mios, siempre alerta y con las armas preparadas, hicieron una descarga á los ladrones que huyeron abandonando su presa y dejando siete prisioneros. No bastaba á contener á aquellos bandidos la presencia de los enviados de Monené Haï, é indudablemente me hubieran asesinado, á no ser porque mis negros eran en extremo fieles.

Pasámos la noche tranquilamente, poniéndonos en camino ántes de amanecer, y atravesando el Zamba y la villa de Sé Marilaz llegámos á la ciudad de Sé Mosuz. Las manifestaciones hostiles de estos pueblos y su poco respeto á los nobles que me acompañaban, me impidieron detenerme en ellas, é internándonos por una cordillera de colinas vadeámos un brazo del Sené Banbi, pernoctando en Sé Quigibz. Nuestra presencia les causaba grande extrañeza, pues como ignoraban el objeto de nuestro viaje y en aquella ocasion no se hallaban en guerra con nadie, asombrábanse de que no llamara la atencion del soberano la incursion de tantos extranjeros. Los viejos, en particular, trataban de explicar por antiguas consejas la sorpresa que producia la diferencia de mi color, el cual atribuian á causas sobrenaturales. A medida que me acercaba á Monené Haï se mostraban los pueblos ménos hostiles hácia nosotros, y los jefes que frecuentemente

hallábamos, sabiendo la proteccion que nos dispensaba el soberano, nos saludaban con respeto y benevolencia.

Douville continúa el relato de su viaje hasta Monené Haï con varios pormenores y minuciosidades de escaso interes para el lector, despues de los cuales añade lo siguiente:

Monené Haï usaba conmigo de la más exquisita delicadeza; prohibió á sus súbditos que se acercasen á mi casa á ménos que yo les llamase, y nunca dejó de enviarme los víveres que calculaba podia necesitar. Cuando ya estaba convaleciente, le envié un regalo manifestándole que no habia pasado á visitarlo por el mal estado de mi salud. Al dia siguiente vino á verme, y queriendo recibirle con la mayor distincion posible, mandé colocar á la sombra de unos árboles un asiento que consistia en un barril vacío, cubierto con un paño encarnado y á los piés una alfombra de paño verde.

Se presentó sin fausto, precedido de la música y acompañado únicamente de un noble y algunos de su guardia; al llegar cerca de mi casa mandó callar á los músicos para que no me incomodasen. Adelantándose majestuosamente me manifestó cuánto sentia que mi enfermedad le hubiese privado del gusto de verme diariamente, que deseaba mi pronto restablecimiento, invitándome á que fuése á pasear bajo las extensas alamedas de la cerca donde se aloja su guardia, ó en las que conducen á la habitacion de sus mujeres, asegurándome que disfrutaria allí de completa tranquilidad porque nadie podia penetrar en aquel recinto. Su visita fue muy corta por no molestarme, manifestándome con una mirada al tiempo de despedirse que habia agradecido la atencion que habia tenido con él preparándole un asiento.

Monené Haï era jóven, de fisonomía agradable; iba vestido de pieles de pantera y cubierta la cabeza con un gorro de piel de leon cuya cola le llegaba hasta la cintura, adornada la frente con veinte dientes de esta fiera: el cuchillo que llevaba en el cinto y la lanza que empuñaba completaban la figura de un guerrero.

Agradeciéndole el permiso que acababa de concederme porque me libraba de las importunidades del pueblo, aproveché el fresco de la noche para ir á aquel paseo cercado por un muro de notable elevacion, dentro del cual hay un foso de trece piés de ancho lleno de agua. Atraviesan aquel recinto cuatro calles de frondosos árboles; las casas de los guardas están bien alineadas formando otras cuatro calles espaciosas; reina allí la mayor limpieza, y se respira un aire más fresco y puro que en ninguno de aquellos cantones devorados por el sol. El paseo que conduce á la habitacion de las mujeres es bastante ancho, consta de dos calles de árboles y está guardado por los jefes vasallos del monarca, los cuales turnan en dicho servicio, y á fin de impedir que álguien penetre en la cerca sorprendiendo la vigilancia de los centinelas, responden con su cabeza del cumplimiento de la consigna.

En la plaza, rodeada tambien de sombrías alamedas, se encuentra á un lado la cárcel donde están los esclavos del rey destinados á la venta, en medio se levanta el tablado destinado á los sacrificios humanos cuya carne comen en las fiestas, y rodean este tablado varias hileras de estacas dispuestas en forma de anfiteatro, en las cuales clavan los cráneos. La maza que sirve para desnucar á

la víctima aparece colgada al lado del tablado y manchada de sangre; sobre un tajo están las copas en que beben su sangre ántes de descargarla el golpe mortal, denostándola á voces.

El fuerte aunque pequeño está bien defendido por un foso lleno de agua, y comunica con la cerca donde se halla la guardia del soberano, de modo que en caso de necesidad puede refugiarse en la fortaleza. La guardia del *negana* es numerosa, poco aguerrida y al parecer le es muy adicta.

Monené Haï, vasallo de Bomba, debe facilitarle en tiempo de guerra cuatro mil hombres mandados por él, y le paga un tributo anual; mas aunque tributario, gobierna un extenso territorio.

Los funerales de los potentados se celebran con gran pompa: empiezan por cortarles las extremidades de todos los dedos, cuyas incisiones cubren con tierra encarnada y resina, no dejando descubiertas mas que las uñas; luego les rasuran todo el cuerpo guardando el pelo con el mayor cuidado; y colocan el cadáver en una caja de cañas y juncos pintados de encarnado y perfectamente entretejidos, cerrándola con juncos del mismo color y amarillos. En la tapa está pintada la imágen de Samez-ne-Lamaz, dios de los potentados, y á los lados serpientes y otras pinturas alusivas á las acciones del soberano. Dispuesto de este modo, ocho nobles colocan el ataud sobre un tablado y le conducen por la noche al bosque situado en el extremo de la alameda de los guardias, acompañándolo la multitud con antorchas de madera alquitranada. El pueblo se detiene á la entrada del bosque, donde sólo los nobles pueden penetrar, y estos depositan el féretro en un cobertizo sostenido por pilares esmeradamente esculpidos. En este cobertizo hay un pequeño templo donde están los dioses de los potentados muertos.

Si alguno se atreviese á penetrar en este sagrado recinto perderia infaliblemente la vida. Los sacerdotes que lo custodian no salen jamas, y el soberano provee á su subsistencia haciendo depositar los víveres en un sitio determinado, donde el pueblo cree que van de noche á buscarlos los espíritus de los magnates allí sepultados. El soberano va algunas veces al año para consultar los espíritus de sus mayores sobre la conducta que debe observar en circunstancias prósperas ó adversas, para darles gracias, implorar su proteccion, ó saber el resultado de algun proyecto que medita; siempre va solo, de noche y con preferencia durante la luna llena, porque segun ellos es el tiempo más apto para consultar á los muertos, porque les alumbra el sol de los sepulcros.

Concluido el entierro vuelven los nobles á palacio, en donde se reunen para elegir nuevo rey. Primero proponen á los hijos del difunto, pero el pueblo reunido en la plaza los desecha siempre, eligiendo á uno de los sobrinos maternos si han sabido granjearse la estimacion pública, ó de lo contrario optan por el noble que consideran más digno de este honor; en caso de disidencia la pluralidad de votos decide la cuestion.

El nuevo soberano, que debe ser elegido por aclamacion pública, recibe de manos del primer noble las extremidades de los dedos cortadas á su antecesor, ensartadas en un cordon de una planta filamentosa, y poniéndolas primero sobre su cabeza se las cuelga despues al cuello; en seguida le entregan el cetro, con el cual se presenta en medio de la multitud; jura observar y hacer observar las cos-

tumbres del país, administrar justicia con imparcialidad y hacer respetar á los dioses. Los nobles le cubren entónces las espaldas con la piel de leon reservada para los soberanos, presentándole una copa con veneno, que arroja jurando no emplearlo en ninguna circunstancia contra sus súbditos.

Terminada la ceremonia se retira solo al palacio hasta la noche que va al bosque sagrado, donde permanece tres dias y tres noches implorando de sus predecesores auxilio y consejos para gobernar bien; finido este término vuelve á su residencia.

Las fiestas duran doce dias consecutivos, en cuyo espacio se celebran sacrificios humanos, derramando la sangre sobre un brasero encendido. El último dia pegan fuego á algunas casas construidas expresamente para este objeto, y el pueblo baila al rededor de la hoguera cantando himnos en honor del nuevo soberano.

Douville salió de la residencia de Monené Haï dirigiéndose á la de Samonené Haï, donde llegó despues de algunos incidentes poco notables. Samonené Haï recibió al viajero con la misma cordialidad que el anterior jefe, pero como á consecuencia del aguardiente que le dió Douville se emborrachó, sus nobles que le creyeron muerto quisieron asesinar al europeo acusándole de haberle envenenado. La embriaguez pasó sin embargo y la aventura no tuvo otro resultado. Algo más grave fue la siguiente:

En el momento en que iba á sentarme á comer debajo de unos árboles, dice, un silbido me hizo levantar á toda prisa; miré á mi alrededor y ví una enorme serpiente que oscilando su cabeza parecia disponerse á atacarme: le disparé un pistoletazo que la hirió en medio del cuerpo, cayó al suelo y se arrojó furiosa contra mí. Tuve la suerte de aturdirla de un sablazo, lo cual me dió tiempo para rematarla ántes de que pudiera defenderse. Mis negros tenian los rostros desencajados, y estaban pálidos de terror, pero yo dejando en medio del camino al reptil para enseñárselo al *montor* cuando viniese, me puse tranquilamente á comer, ajeno de prever los disgustos que habia de proporcionarme aquella aventura. En efecto, apénas habia transcurrido media hora cuando aparecieron dos sacerdotes que buscaban al dios del país que se habia salido del templo dirigiéndose hácia aquel punto, y desgraciadamente llegaron á donde yo estaba ántes de que tuviese noticia del objeto de sus pesquisas. Vieron á su dios hecho pedazos, y yo confesé que le habia dado muerte al ver que queria precipitarse sobre mí. Cuando oyeron mi respuesta prorumpieron en horrorosos gritos, y reuniendo los restos todavía palpitantes de su divinidad, le volvieron inmediatamente al templo. Reunieron al pueblo, me maldijeron y declararon que yo era enemigo del estado, pues en el momento que yo habia penetrado en su territorio el dios salió de su santuario para quitarme la vida, pero que yo le habia dado muerte valiéndome de sortilegios y llevando el ultraje hasta el extremo de hacerlo pedazos. Y diciendo esto mostraban los trozos al pueblo, excitándolo á la venganza.

Miéntras de este modo conmovian á la multitud, habian venido á noticiarme varios nobles el enorme crímen que habia cometido, crímen que sólo la muerte podia expiar. Todos me aconsejaron que no opusiese la menor resistencia, que me dejase conducir á la prision y que confiara en ellos, manifestándome que cuando iban al templo de aquel dios para consultarle lo dejaban escapar siempre los sacerdotes, y que aquel á quien acometiera debia morir sin opo-

nerle resistencia, pues si alguno osara hacerle el menor daño, hubiera sido sacrificado irremisiblemente.

Ya empezaba el pueblo á reunirse al rededor del palacio pidiendo que se me entregase á los sacerdotes, y como en una ciudad tan grande y poblada sería inútil cualquiera resistencia que intentara oponer, me decidí á seguir el consejo de los nobles. Estos anunciaron al pueblo que el montor estaba enfermo y que nada podia hacerse sin su consentimiento, por lo cual se retiraron todos tranquilamente.

Apénas se hubo despertado el montor, vino á decirme que nunca habia bebido cosa tan deliciosa como el licor que yo le regalara; le aconsejé que bebiese cada vez ménos para no caer malo; me agradeció el aviso, y pasó á hablarme de la desgracia que me habia sucedido, manifestándome que no podia dejar de entregarme á los sacerdotes sin exponerse á ser depuesto, y que su sucesor me entregase á la rabia de mis enemigos; no obstante me dijo: No te sucederá ningun mal. Yo te salvaré la vida porque no quiero que tus géneros y sobretodo tu aguardiente sea para el pueblo, que sin duda se los repartiria si te sacrificasen. Corre, no pierdas tiempo, vé á tu casa, pon en órden tu equipaje y déjalo confiado á tu intérprete y á tus guardias. Yo te prometo que todo quedará seguro el tiempo que permanezcas en la prision, y haré que te favorezcan los sacerdotes sin infringir las leyes.

Estuve toda la noche reflexionando sobre el partido que debia tomar, sin encontrar medio para librarme de la desgracia que me esperaba. Al amanecer el pueblo amotinado pedia en los patios del palacio ver al montor, y á poco se presentaron los sacerdotes. Aconsejóme entónces Samonené Haï que saliera por la puerta falsa con algunos nobles que me conducirian al templo; así lo hice, y él anunció al pueblo que ya me habian llevado al templo para expiar mi crímen. Por este medio esperaba poderme librar más fácilmente.

El pueblo siguió á los sacerdotes, y al verme prorumpió en gritos de alegría, que no me tranquilizaron mucho: los sacerdotes me llevaron á una casa, colocaron mis piés y manos en un cepo de madera, de modo que no podia moverme, y pusieron á la puerta seis negros de centinela, quitándome de este modo toda esperanza de evasion. Confieso que si hubiera sabido lo que iba á sucederme, prefiriera morir defendiéndome ántes que dejarme arrestar, y me arrepentí de haber confiado en la promesa del montor, de quien recelaba alguna traicion.

Ocho dias permanecí en aquella situacion, careciendo de todo y viéndome casi reducido al último extremo; no ví á ninguno de mis negros cuya suerte ignoraba, ni oí tampoco hablar del montor, lo cual me hizo sospechar aun más de él. El negro que me traia la miserable comida que me enviaban los sacerdotes entraba y salia sin decir palabra ni contestar á mis preguntas. Despues supe que era sordo-mudo.

En la noche novena mi intérprete, que habia sobornado á los guardias, entró en la prision y me dijo que el pueblo rodeaba todos los dias el palacio pidiendo al montor que pronunciase la sentencia de muerte, pero que este príncipe alegaba siempre para excusar la tardanza que un soberano no podia ser sacrificado sino en luna llena. Dije al intérprete que tomase muchos vestidos de los más bonitos y varias botellas de aguardiente, y que en mi nombre los ofreciese á

los sacerdotes para que pronunciasen un oráculo diciendo que el dios del rayo amenazaba á la ciudad si no se me ponia en libertad.

En Africa, casi salvaje, un regalo que lisonjea el amor propio suele producir los mismos efectos que en los países donde reina el lujo, compañero inseparable de la civilizacion; así es que el regalo surtió el efecto que esperaba, pues seducidos los sacerdotes por los trajes, prometieron al intérprete que al dia siguiente me veria libre, y cumplieron su palabra. El pueblo fue convocado para el templo, y anunciándole que mi muerte estaba decidida, me condujeron á la puerta, hiciéronme subir al tablado donde inmolan las víctimas, y aunque ví los preparativos no me impresionó este imponente aparato, pues se hallaba cerca de mí Samonené Haï con su guardia. Ya los verdugos iban á asirme, cuando uno de los sacerdotes gritó que se sentia inspirado, y pronunció el oráculo siguiente: El extranjero es amigo y protegido de Gané Tinaï (dios del rayo); ha muerto al dios protector del estado (nuestra serpiente), porque este entró con él en batalla, y con esto ha probado que era mayor su poder. Ninguno trate de ofenderle: desgraciado el que intente hacerle daño: desgraciado el que piense molestarle, desgraciado el que pida su muerte, desgraciados los que se subleven contra él. Gané Tinaï está irritado por la conducta del pueblo y pide sacrificios para calmar su enojo.

Apénas oyeron el oráculo, cada cual creyó ver el rayo sobre su cabeza, y huyendo precipitadamente fuéron á encerrarse en sus casas; entónces Samonené Haï se dirigió á mí, me tomó de la mano y me llevó á palacio, donde no pude detenerme por lo muy débil que me encontraba. Es inexplicable el placer que experimentaron mis negros al verme; inquietos por tan larga retencion, principiaban á temer por su suerte y por la mia. Me dejé caer sobre una estera á la sombra, y ví con placer que todo estaba en el mejor órden, y que habian cuidado con esmero de mi equipaje.

Algunos instantes despues vino Samonené Haï, y habiéndome anunciado que venía como amigo á hacerme compañía y no queria incomodarme, no permitió que me levantase de la estera y se sentó á mi lado. Me refirió cuanto habia hecho en mi favor, que los sacerdotes estaban irritados contra mí y que empleó inútilmente mil medios para aplacarlos. El fin de la aventura fue lo que más le sorprendió, pues no comprendia cómo los sacerdotes daban aquella prueba de amistad á un extranjero, cosa que los dioses no hubieran hecho por el soberano. Conocí en él cierta sospecha de que yo hubiera ganado á los sacerdotes haciéndoles algun buen regalo, pero me guardé bien de confiarle este secreto, cuya revelacion seguramente me atraeria la implacable venganza de los ministros del dios serpiente.

A consecuencia de esta aventura Douville estuvo enfermo, pero resistió á su dolencia y favorecido por el soberano pudo continuar su viaje á Ytola Bambi.

Atravesé primero, dice, un bosque espeso de cinco leguas de ancho, y otra llanura igual, en la que no hallé agua ni sombra, yendo á descansar á Ocubnamaz, cuyos habitantes aunque de aspecto feroz y cruel no intentaron hacerme daño á causa de que mis guias les dijeron ser yo amigo de su soberano Monené Haï.

Al dia siguiente, 6 de enero de 1830, cuando llegué á la residencia del tiaké Zamgaz (soba) á unas tres leguas, encontré á mis negros detenidos por órden su-

ya, y á él esperándome con los habitantes á la salida del pueblo para rogarme que me quedase; le manifesté que me era imposible, y aunque lo sintió mucho se consoló con un pequeño regalo que le hice.

Los moradores de Cuznelassaz, situado á dos leguas más allá, se me presentaron algo hostiles; pero habiéndome dicho los guias que aquellos negros eran más supersticiosos que malvados, me apresuré á ofrecer un regalo al sacerdote del pueblo, quien al saber mi llegada consultó al dios y dijo «¡Desgraciado el que haga mal al extranjero!» Tranquilos por el oráculo de su dios no titubearon en vendernos comestibles á cambio de tela y abalorios.

Al dia siguiente atravesámos una árida campiña; los pocos árboles que en ella vímos carecian de hojas, y la tierra estaba tan agrietada que en algunos sitios presentaba aberturas de cinco ó seis piés de profundidad y más de uno de anchura. El suelo es arenoso y estéril, y de trecho en trecho vense algunas rocas formadas la mayor parte de aglomeraciones y petrificaciones de diversas sustancias. En Cobiz me detuve un dia; el siguiente, 9 de enero, pasé por Quilaz, y últimamente por Tuzuclesiaz, último pueblo de los sometidos á Samonené Haï, en el cual no quise detenerme, acampando al pié de una montaña que separa este territorio del de Sala.

Examinando la montaña ví que estaba formada de esquistos, haciendo muy difícil el acceso una sustancia glutinosa que corre por las numerosas quiebras que hay en toda la superficie, y aunque mis negros no se acobardaron por este obstáculo mostrando un valor y perseverancia admirables, algunos sin embargo se hirieron gravemente al trasponerla. Era ya bastante tarde cuando llegámos á Ymbiz, primer pueblo del territorio del soberano Sala, donde me detuve un dia para adquirir noticias del país que íbamos á atravesar, con objeto de evitar en lo posible comprometer la seguridad de la gente que me acompañaba.

Los habitantes de Ymbiz son pequeños, pero de fisonomía bastante agradable; tienen ojos grandes, nariz pequeña, boca ancha é inmediata á la barba. Mi presencia les causó tal terror y sorpresa que estuvieron á punto de echar á correr; me tenian por un sér extraordinario, y más aun viniendo de la parte del Norte, donde creen que no hay sino hombres de su color; pero á pesar de esto, léjos de hostilizarme, casi me adoraban; me proveyeron de víveres en abundancia, recibiendo con tal respeto las bagatelas que les dí en cambio, que las llevaron á los templos de sus dioses, y despues de infinitas ceremonias las dejaron colgadas en la puerta. Su timidez era tanta que no se atrevian á contestar á las preguntas que les dirigia por medio de mis intérpretes.

Lo mismo me aconteció al dia siguiente, 13 de enero, en la residencia del *iaxe* Cutaguelessaz. Los negros de esta ciudad tienen la fisonomía estúpida y feroz. Al recorrer las cercanías, encontré un terreno árido sin cultivo y al parecer estéril; pero cuando examiné los huertos situados á una legua de la *jazaz*, ví que con poco trabajo podria convertirse en risueñas campiñas el suelo que no les producia sino espinas y abrojos.

Como la ciudad está en la márgen derecha del rio Sala, cuando el soberano vió que toda mi gente habia pasado á la otra orilla, comprendiendo que me alejaba, vino á visitarme y no me dejó hasta muy tarde, dándome guias para atravesar un bosque distante cinco leguas en el que no hay senda abierta. Antes de

entrar en él pasámos por la villa de Hegiz, y á poco de internarnos en la espesura los rugidos de los leones nos obligaron á replegar. Por la noche tuvímos que acampar en el bosque, á unas tres leguas de aquella villa, encendiendo por precaucion grandes hogueras y colocando varios centinelas al rededor del campamento. Desde por la mañana no habíamos vuelto á oir los rugidos, pero á eso de las tres, apagadas ya las hogueras, con la noche muy oscura, los volvímos á oir tan cerca, que ántes de que pudiéramos coger los fusiles que teníamos al lado, una multitud de leones y panteras se arrojaron sobre el campamento, aumentando la catástrofe la oscuridad de la noche y el terror de los negros. Por fin volvieron á encenderse las hogueras, y con esto y una descarga de mosquetería disparada al aire, conseguímos ahuyentar las fieras, que habian muerto á siete hombres y llevádose parte de los cadáveres, ofreciendo un espectáculo horroroso los mutilados miembros de los que dejaron.

A los tres dias llegámos á orillas del Hegiz, rio profundo y de rápida corriente, el cual pasámos en un bote hecho de corteza de árbol, pernoctando dos leguas más allá en la ciudad de Cuzapalessaz, dependiente de Sala, y situada en la misma orilla, porque el curso de este rio es sumamente tortuoso.

Los habitantes de Cuzapalessaz son los más pequeños de cuantos habia visto hasta entónces, y tienen una actividad que raya en petulancia; entraron en el campamento, y lo registraron todo sin permiso de nadie, pero al mandarles retirar lo hicieron sin llevarse nada.

Construyen estos negros las casas con tan poca solidez, que la más pequeña ráfaga de viento puede arrebatarlas sin dejar el menor vestigio; cada dia deshacen alguna volviéndola á construir de nuevo, y otras veces las derriban para abandonar la aldea é internarse en los bosques donde permanecen ocho ó diez dias. No cultivan ni un palmo de tierra, bastándoles para su subsistencia la caza y las raíces que encuentran por los bosques. A pesar del cansancio de mis negros no pude permanecer en aquel sitio porque no hallé más víveres que una raíz, cuyo gusto era parecido al de la patata.

Douville prosiguió su viaje hasta Missel, capital de Yto, y de aquí á Cusumbisaz, llegando algun tiempo despues á la residencia de Cancobella á través de infinitos obstáculos, pues no todos los pueblos del tránsito se le mostraron benévolos, y aun algunos excitados por sus sacerdotes le hostilizaron persuadidos de que la presencia de un blanco era una calamidad para ellos.

Fuí á hacer una visita al *nganga*, prosigue, para poder ver la ciudad, y pronto quedó satisfecho mi deseo, pues no hallé en ella nada de particular más que un tablado á cuyo alrededor habia clavados en tierra muchos huesos humanos. A la derecha y sobre un banquito esmeradamente trabajado se hallaban tres copas destinadas á recoger la sangre de las víctimas, las cuales amarran á un pilar situado á la izquierda, y les van sacando lentamente los intestinos para ver si saben morir con valor, miéntras que los espectadores bailan llenos de júbilo. Muerto ya lo dividen en trozos, y asándolos los devoran lanzando gritos agudos y penetrantes.

Existe otro suplicio para las víctimas destinadas por los adivinos á aplacar la cólera de los espíritus maléficos, y consiste en atar al sentenciado por los brazos á dos árboles, que al efecto hay detrás del tablado, de modo que quedán-

dole los piés en el aire tiran de ellos hasta que muere. Segun me dijeron, varias doncellas habian sufrido este tormento sin exhalar ni un suspiro.

El soberano que conoce el carácter sanguinario y turbulento de sus súbditos, los gobierna con una severidad que raya en crueldad y le obedecen porque le temen.

La patata ó kara y otras varias raíces que se crian en los bosques, el yuca, las judías y el mijo, son sus alimentos, y cuando desean alguno más extraordinario, van á los bosques y cazan con lazos á los animales silvestres. El terreno es fértil aunque mal cultivado.

Nunca les declaran la guerra sus vecinos porque saben que jamas dan cuartel á los vencidos, llevando la ferocidad al extremo de hacerlos morir en medio de los más horrorosos tormentos. Tienen las mandíbulas más largas que los demas negros, su color es sumamente oscuro, y se afilan los dientes; siendo su comida predilecta la carne medio cruda.

Existe entre ellos la singular costumbre de que todo extranjero que toca á un habitante incurre en la pena de esclavitud; Cancobella, su soberano, venía á verme bastante á menudo manifestándose muy amigo; un dia me dijo que desearía poseer un fusil, y yo se le ofrecí si me daba en cambio dos esclavos; la proposicion le pareció tan ventajosa que al punto mandó traer dos muchachos y dos niñas de unos trece años, para que le diese dos fusiles, quedando todos contentos con el cambio excepto los esclavos que temian ser devorados.

Son feroces hasta en sus diversiones: una de ellas consiste en colocarse dos hombres armados de mazas en medio de un círculo, procurando herirse mútuamente; la habilidad estriba en parar los golpes del contrario y descargarle los suyos; cuando uno de los dos ha recibido un mazazo, principian los espectadores á bailar en rueda extendiendo las manos hácia el vencedor como queriendo coronarle, miéntras que el vencido yace en el suelo. De esta suerte dan tres vueltas, y salen á la arena dos nuevos combatientes; miéntras luchan estos, el otro vencedor se presenta al jefe que preside la fiesta á recibir el premio que consiste en la facultad de imprimirse otra nueva marca en el brazo derecho como muestra de su valor. Los jóvenes se enorgullecen con estas marcas, que son el único signo ostensible de distincion que les sirve para ascender en la carrera de los honores.

Son tan diestros en disparar las flechas que no es posible premiar á los sobresalientes porque todos tienen la misma habilidad. Las mujeres toman parte tambien en las carreras, y el que llega primero á la meta escoge á su gusto un compañero ó una compañera para el dia de la fiesta.

Paseándome con Cancobella por los extensos bosques que baña el Conango, vímos en lo alto de un árbol un gran mono sin rabo llamado por los naturales koja, animal muy comun en aquellas selvas. Al querer apoderarme de él, no me lo consintieron porque los consideran como descendientes de una raza de hombres peores que los demas. Persiguen á las mujeres, pero estas no les temen porque van siempre armadas de hachas y mazas con las que se defienden de ellos.

Cuando el mono conoció que queria cogerle, huyó despavorido por entre los árboles, y observé que no corria con agilidad y parecia tener poca fuerza en las piernas: daba saltos ayudándose con las manos, y me hubiera sido fácil apode-

rarme de él asustándole á tiros, pero se opuso Cancobella pensando tal vez que tuviese intencion de hacer armas contra él. Tambien me habló de otra especie de monos que sólo tienen pelo en las piernas, y que son mayores, más fuertes y de más inteligencia. Algunas veces validos de su vigor habian conseguido forzar á mujeres, y segun me dijo todas habian tenido la desgracia de morir á poco tiempo, de modo que los consideraban como hechiceros que arrojan conjuros sobre las mujeres que poseen. Deseoso de coger vivo alguno de estos grandes monos, recorrí varias veces los bosques con la escolta; pero cuantos ví eran pequeños.

Presencié tambien un entierro. Cuatro negros conducian el cadáver en unas parihuelas hechas de ramas de árboles, llevándole cubierto únicamente el rostro con una pequeña estera de junco. Iban delante dos llevando los dioses del muerto, y otros detras con todos los instrumentos que le habian servido en vida. La música precedia á la comitiva que terminaba en una gran multitud de gente armada con arcos, flechas, mazas y hachas, cubiertos hasta los piés con bejucos y ramas de árboles y guardando el más profundo silencio.

Llegados al sitio donde debian sepultarle, depositaron el cadáver en medio de un círculo marcado con ramas; los negros armados hicieron un simulacro para indicar que el finado se habia batido siempre con valor; luego lo colocaron en la fosa, saltando todos los hombres á su alrededor y levantando las manos. Cuando ya la tierra cubria sus restos amontonaron encima cuanto perteneció al difunto, inclusos sus dioses.

Despues de dar cuenta de otros pormenores poco importantes, dice Douville que pasó el rio Cuango, teniendo que evitar una emboscada que traidoramente le habia tendido Cancobella para apoderarse de los fardos que aun le quedaban

Poco despues llegó á Salí, cuyos habitantes pertenecen á la nacion de los muhicongos y eran los primeros súbditos de Holo-Ho. Segun Douville, son de mediana estatura, aspecto osado y feroz; el terreno está cubierto de inmensos bosques que pueblan grandes monos.

Desde mi llegada á Salí, continúa, pregunté varias veces por un mulato que desde Cassange habia enviado para que siguiese el curso del Conango, pero siempre me contestaban que no habian visto ni oido hablar de semejante hombre, de lo que deduje que habria sucumbido á las fatigas del viaje ó á manos de los bárbaros cuyo territorio tenia que atravesar. Quise enviar algunos negros de este punto prometiéndoles una buena recompensa si me traian noticia de mi comisionado ó alguno de los objetos de su pertenencia, haciendo el mismo ofrecimiento á los negros de Mucangama que se volvian á su país; pero todos me manifestaron la imposibilidad de penetrar en las tierras de sus vecinos al Oeste, porque eran muy crueles, y tuve que renunciar con sentimiento al deseo de averiguar si el rio que acababa de atravesar era el mismo que ví en Cassange, puesto que me era imposible asegurarme por mí mismo, y nadie se atrevia á hacer aquella expedicion.

El resto de mis negros de Mucangama y el Bihé quisieron ir juntos hasta Cassange. Diles varios objetos que debian repartir entre las familias de los que habian muerto á mi servicio y algunas cabras para que se mantuviesen en el camino. Yo pensaba marchar al dia siguiente, cuando un negro de la aldea, aprovechando cierta ocasion en que me encontraba solo, pidió hablarme en secreto.

Al entrar en la tienda quiso asegurarse ante todo de si daria la recompensa que prometí al que me proporcionase noticias del mulato aunque se hallase enfermo. Para animarle le respondí que léjos de faltar á mi palabra añadiria aun alguna cosa á lo ofrecido; y haciendo los ademanes que acostumbran para invocar la maldicion de los dioses contra mí si no lo cumplia, dijo: Tu mulato está aquí hace seis lunas, ya casi muerto. Lo prendieron por hechicero y lo encerraron en una cabaña donde le guardan dos centinelas.

Esta noticia me regocijó en extremo; mas sospechando que fuese una estratagema para obtener el regalo ántes de que pudiese informarme, ó tal vez con el objeto de alejarme del campamento y robarme durante la ausencia, le dije que en el acto iba á enviar á uno para que averiguase la verdad. Mandé á mi intérprete al sitio que el negro indicara, y llegado á él, tuvo que ahuyentar á los centinelas que trataron de impedirle el paso. Penetrando en la choza vió al infeliz mulato tendido en una miserable estera, y tanto se conmovió al ver á su antiguo compañero que perdió el sentido. Volvió inmediatamente á decirme lo que habia visto, y á fin de evitar el escándalo envié veinte hombres de los más ancianos á buscar al enfermo. Trajéronlo en efecto sin oposicion alguna por parte de sus guardianes, y gracias á los cuidados que le prodigué, al dia siguiente se encontraba al parecer en disposicion de referirme lo que le habia sucedido.

Para alejar toda sospecha encargué á mi gente que continuasen su diversion como si nada hubiese ocurrido, y al poco tiempo el jefe de la aldea que ántes me habia dicho ignoraba absolutamente el paradero del mulato, vino á decirme que se hallaba en aquella residencia; pero como queria saber por boca de este infeliz la relacion de sus desgracias, me negué á oirle. Su triste estado daba claros indicios de lo mucho que debian haberle hecho sufrir, pero me abstuve de dirigirle ninguna pregunta, hasta verle repuesto de la impresion que le habia causado el repentino cambio de situacion.

Por la noche le atacó un fuerte delirio que me hizo temer por su vida, pero afortunadamente le pasó pronto, y al volver en sí se desabrochó el taparabo, única prenda que le habian dejado, y me entregó un papel en donde habia marcado la ruta que siguiera desde Cassange hasta este punto. Díjome luego, que los negros que por órden mia lo acompañaban con algunas mercancías, huyeron llevándoselas, y que como habia quedado sin recurso alguno, pensó en volver á reunirse conmigo, idea que desechó porque creyó muy difícil poderme encontrar, prefiriendo continuar la marcha mendigando, creido de que al llegar á algun puerto del Conango le proporcionarian los habitántes cuanto necesitara con la esperanza de ser recompensados cuando me encontrase.

Habia seguido la orilla del Conango, marcando, segun yo le encargué, el tiempo que tardaba en ir de un punto á otro y la direccion de la brújula. Fué por el rio en los botes cuando sus dueños se lo permitian, y otras por la orilla llegando despues de setenta y seis dias de camino á Salí, donde al principio lo trataron muy bien y proveyeron de todo; pero viendo que yo tardaba se negaron á suministrarle nada más.

A su arribo al punto en que nos encontrábamos, cayó enfermo, pero encontró buena hospitalidad, hasta que muriendo una de las mujeres de su huésped, le acusaron de haber sido la causa: tuvo que salir de la poblacion, refugiándose en

una cabaña que el jefe le proporcionó en su banza, donde le trató muy afectuosamente. Fiado en esta deferencia y olvidando mis prevenciones, tuvo la imprudencia de mostrarle la brújula y el reloj que le habia confiado, cuyos objetos despertaron su codicia, y para poseerlos le acusó de hechicero, lo despojaron de todo, envenenándolo despues con onalo que el jefe le envió fingiéndole amistad. La robusta complexion que poseia le libró de la muerte, pero quedó enfermizo é imposibilitado, y para mayor desgracia suya los hechiceros declararon que él ocasionaba todos los males que afligian al país, por lo que le encerraron en la choza de donde lo acababa de sacar. Al decir esto, una violenta convulsion le privó del uso de la palabra y falleció aquella misma noche.

Terminadas las exequias pedí al jefe explicaciones acerca de la conducta que habia observado con el mulato, y me contestó con excesiva altanería, viéndome obligado á callar por no contar con gente capaz para devolverle el ultraje. Restituyéronme la brújula y el reloj hechos pedazos, porque cuando se paró por falta de cuerda, como ignoraban el medio de volverlo á poner en movimiento, lo destrozaron buscando inútilmente la manera de conseguirlo.

Supe luego que aterrado el jefe por mi llegada, temeroso de que le pidiese cuenta de lo acaecido al pobre mulato, encargó á sus súbditos que guardasen el más profundo silencio acerca del suceso, y mandó establecer dos centinelas á la puerta de la cabaña para que nadie se acercase.

Uno de los dos monos que constantemente me acompañaban murió en aquella aldea, pérdida que sentí mucho porque me habia prestado muy buenos servicios. El otro lo he conservado hasta mi regreso á Paris, y más de una vez le debo la vida.

En Salí despidió Douville parte de los negros y continuando el viaje con los que le quedaban llegó sin incidente notable á la residencia de Holo-Ho, pasando por Bamba, Salamé y Columbú.

El jefe de Holo-Ho le recibió afectuosamente, siendo lo más notable que observó en este pueblo un templo erigido á la destreza, circunstancia que caracteriza á aquellos salvajes por extremadamente astutos. Algun tiempo despues llegó felizmente á Hialala.

A medida que me internaba en la banza de Hialala, dice, aumentaba la afluencia de gentes, y procurando averiguar la causa, me dijeron que Hialala deseaba recibirme con gran pompa y distincion.

A media legua de la banza encontré un jefe acompañado de cincuenta hombres que me saludaron siguiéndome á retaguardia. Un poco más allá hizo lo mismo un soba del *dembo* precedido de músicos y escoltado por guardias con teas encendidas; tanta era la aglomeracion de gentes y tal la algazara que movian que me mareaban. A poco se reunieron á mí seis grandes personajes de la córte del dembo, provistos de enormes quitasoles: les acompañaban músicas y un numeroso séquito, y en medio de ellos dos mágicos llevaban los dioses protectores del estado. Mandé parar mi tipoï y me apeé para saludarlos; entónces se colocaron los mágicos delante de mí y los nobles al rededor, y de este modo continuámos marchando como un cuarto de legua; divisé un tipoï que venia hácia nosotros cuya elegancia y numerosa escolta denotaban que en él iba el dembo. A cada lado marchaban veinte macotas á pié armados de bastones, y junto á ellos otros

tantos nobles de rango inferior ostentando los distintivos de su clase. Iban delante varios negros con hachas; veinte más armados de fusiles formaban el zaguanete, y la escolta otros cincuenta con lanzas y arcos. Tanto los músicos como los demas negros iban decentemente vestidos, caminando todos muy despacio y con el mayor órden. Al llegar junto á mí bajó del tipoï un negro con uniforme de coronel, llevando un zagalejo en lugar de pantalon, y creyendo que era el dembo me apeé á mi vez, dirigiéndole la palabra y tratándolo como á tal, pero me interrumpió diciendo que no era más que un criado suyo, y despues de cumplimentarme hizo separar á su comitiva para dejarme libre el paso, me besó la mano y se colocó detrás de mí.

Por fin divisámos en lontananza la comitiva del dembo que ataviado con sus más ricas vestiduras venía precedido de considerable número de arqueros, músicos, nobles con el gorro distintivo de jefes y el baston de soba en la mano. Los dos principales intérpretes y el primer personaje del estado iban delante del tipoï del dembo que conducian unos hombres vestidos con casacas azules, cinturones encarnados y zagalejos de indiana de diferentes colores. A los lados marchaban como una docena de nobles llevando cada cual la imágen de un dios, cerrando la marcha doscientos negros, de los cuales ciento iban armados con lanzas, cincuenta con hachas y los restantes con fusiles. Cuando ya sólo nos separaba una distancia como de cien pasos, nos detuvímos ambos, saliéndonos al encuentro cubiertos con los quitasoles. El dembo me tendió la mano y yo le saludé con un discurso en portugues que uno de sus intérpretes le iba traduciendo en la lengua abnuda, á pesar de que comprendia perfectamente aquel idioma por cuya razon le hablé en él.

Vestia el dembo un rico uniforme de general, espada con puño de plata y guarniciones de oro y un sombrero nuevo. Mandó colocar su tipoï junto al mio y nos dirigímos hácia la banza. Al llegar á la plaza principal, donde me tenia preparado el alojamiento y que poblaba un inmenso gentío, ví dispuestos varios tablados para las músicas y en el centro sobre un círculo de estacas un elevado anfiteatro cubierto con paños encarnados. Este sitio estaba destinado al soberano para presenciar las fiestas. Me invitó á que me sentase junto á él; pero como estaba tan fatigado y calenturiento le supliqué suspendiese la funcion para el dia siguiente, y me retiré á casa encontrando cuanto podia desear pues llevó la atencion hasta tenerme dispuesto víno embotellado.

Al dia siguiente á las doce me coloqué en el anfiteatro con el dembo, y despues de apurar algunos vasos de aguardiente, dió la señal y principiaron las fiestas por los juegos militares, en los que los combatientes demostraron por largo rato su destreza en el manejo de la lanza y del sable; luego se bailó y continuaron las diversiones por espacio de tres dias, en los cuales el dembo dió onalo en abundancia y mandó asar carneros y cabras enteras que hizo distribuir al pueblo. Por la noche se encendian grandes hogueras, y el tercer dia ofrecieron un gran sacrificio á los dioses protectores del estado, derramando la sangre de las víctimas sobre una hoguera, cuyo humo impelió el viento hácia mi casa, lo que hizo que resonasen por todas partes gritos de gozo y se me aclamase como amigo de los dioses.

Queria hacer un regalo al dembo, cosa que me apuraba, pues no me

parecia bien ofrecer aguardiente, indianas ni objetos de insignificante valor á un hombre tan rico al parecer. Consulté por lo tanto á uno de sus intérpretes, quien me dijo que su amo no rehusaria nada, porque lo que á él no le era útil lo aprovechaba para sus esclavos: al decir esto reparó en una sortija de oro que yo llevaba puesta en el dedo y le pareció que sería cosa agradable para el soberano á lo que podia agregar un puñal y un par de pistolas, todo lo cual le envié junto con varias piezas de indiana; por la tarde vino en persona á darme las gracias, ofreciéndome sus súbditos para que me acompañasen miéntras permaneciese en sus estados.

El territorio de este jefe, independiente del reino de Angola, está situado al N. E. de la jurisdiccion de Encogé. Tiene trescientas sesenta y cinco mujeres, y su banza es tan extensa que se necesita para recorrer su circuito cerca de hora y media.

A tres cuartos de legua de esta banza y situada en un valle rodeado de montañas, se encuentra la *alda ó libata* de la familia Guindaba, á quien el dembo debe dar anualmente una víctima humana, que se adquiere del mismo modo que en Cassange. Si un extranjero penetrase en aquella aldea sería sacrificado en el acto, y es muy fácil extraviarse pues á media legua de distancia se cruzan cuatro caminos, de los cuales uno conduce á un bosque, otro á la aldea, el tercero á la banza del dembo y el último al cementerio de los antepasados de este, confiado al cuidado de la familia Guindaba. Diariamente y á las seis de la tarde, entran de guardia en el palacio del dembo, cuarenta hombres que se relevan á igual hora de la mañana siguiente.

Antiguamente cuando iban los mulatos á la banza del dembo á comprar esclavos, exigía la etiqueta que hablasen en lengua abnuda aunque supieran perfectamente el portugues; dos secretarios colocados á su derecha le repetian las palabras de los extranjeros, y para manifestar al pueblo si los discursos habian sido ó no del agrado del soberano, uno de los grandes del estado colocado á su izquierda y atento á la menor señal de aquel, daba un grito penetrante. Si alguno se distraia de esta obligacion, el dembo le mandaba cortar una oreja.

Existe en aquel país una sociedad secreta, la primera de que habia oido hablar en el Congo, compuesta de un gran número de individuos, en la cual se ad mite tambien á los forasteros, siempre que sean negros. Celebran las reuniones en un bosque situado al Norte de la banza donde practican las ceremonias de la *ínquita* que consisten en congregarse los iniciados en un templo, construido al efecto en el bosque, en forma de cobertizo cerrado y pintado por delante de diferentes colores. Allí pasan el tiempo cantando, bailando y alimentándose únicamente de *quicoanga*, ó harina de yuca, y *quicuba* (arachis hypogoa) y beben *malugo* ó vino de palmera. Todos los años se reciben nuevos individuos, y el que aspira á ser iniciado debe fingir una enfermedad ántes de los dias fijados para empezar las fiestas. Convenida la hora en que, continuando la farsa, ha de exhalar el último suspiro, todos los individuos de la ínquita, hombres y mujeres se dirigen á su casa entonando cantos fúnebres. Envuelven el cuerpo en una estera y en medio de músicas y danzas lo conducen al templo, donde lo colocan en una plancha de cobre bajo la cual ponen fuego moderado, untando al fingido cadáver con aceite de palmera. En esta posicion debe permanecer cuarenta

dias, cuidando de darle de comer, y permitiéndose á los ocho que vayan á darle las fricciones sus parientes, á quienes hacen creer que los dioses le han restituido á la vida aunque no puede hacer uso de ella. La ceremonia de la plancha la hacen porque creen que el fuego les seca las carnes, y que cuando no les queda ya más que la piel y los huesos entra en su cuerpo el espíritu llamado ínquita.

Cuando principian á escasear los víveres para los nuevos prosélitos, salen todos los iniciados en fila llevando cada uno su arco en la mano derecha apoyado en el costado y la otra en el aire, y guardando el más profundo silencio, dan algunos pasos por el camino, regresando al templo en el mismo órden. Esta operacion la repiten varios dias consecutivos, adelantando cada vez un poco más, hasta que llegan á la extremidad del bosque, y entónces principian los cantos y conducen á sus casas á los nuevos socios, que para hacer creer que vuelven del otro mundo, piden explicaciones de cuanto ven y fingen no conocer á nadie ni aun á sus parientes y amigos más íntimos.

Segun las creencias allí admitidas, piensan que despues de esta ceremonia entra en sus cuerpos una nueva alma, y que la que ántes tenian ha pasado á otros. Los individuos de esta sociedad son muy respetados, su voluntad es ley que todos obedecen ciegamente; no están obligados á ningun género de trabajo, y sus amigos se consideran muy honrados sirviéndoles. Cuando mueren, los veneran como á santos, y los atribuyen una poderosa intercesion para con el dios Lamba Lianguita.

La poblacion de Hialala es crecida. El dembo hace que se observen las leyes con toda exactitud, castigando al que se para debajo de un árbol consagrado á los dioses y al que seduce á la mujer ajena, con la misma severidad que el asesinato y el robo; al que falta al respeto al soberano ó conspira contra el estado, aunque tambien sufre un correctivo, le permiten sin embargo defenderse; y al que se niega al servicio militar, á los trabajos públicos, ó trata de inducir á otros á que sigan su ejemplo, lo condenan á algunos dias de prision.

Todos sin excepcion están obligados á contribuir con una parte de la cosecha para auxiliar al soberano, á trabajar por él y á pagarle el diezmo del precio de los esclavos que venden.

Como habia ya pasado seis dias en la residencia del Hialala, anunciéle que iba á separarme de él, y aunque me hizo muchas instancias para que permaneciese más no quise variar de resolucion, pues lo tenia ya todo preparado para marchar al dia siguiente. El dembo vino muy temprano á despedirme, y me acompañó hasta las últimas casas de la banza, disponiendo que dos nobles y una música continuasen conmigo hasta la residencia del jefe inmediato. Debia tocar aquella hasta que yo la mandase cesar, lo que á haberlo sabido, de seguro hubiera dado la órden mucho ántes. Insté á los nobles para que se volviesen, pero me contestaron que no podian complacerme sin peligro de las orejas, porque el dembo queria que sus órdenes fuesen putualmente ejecutadas. Hice alto á la mitad del camino en una árida llanura desnuda de toda vegetacion, y cuyo suelo formado de arena fina y movediza sólo producia juncos delgados de ocho á diez pulgadas de alto. No sabíamos cómo proporcionarnos agua, cuando un perro que corria por aquella desierta llanura olfateando con afan como si siguiese alguna

pista, se paró de repente empezando á escarbar la tierra; fuímos á ayudarle y abriendo un hoyo encontrámos á dos piés de profundidad una fuente abundante: el agua era bastante mala, pero en aquella ocasion nos pareció excelente.

Al llegar á la residencia del soba Soso Ambagé, los nobles se despidieron de mí. Este jefe me trató muy bien, me proveyó de cuanto necesitaba, quedando en extremo satisfecho con el regalo que le hice. Esta buena acogida la debí sin duda al dembo, señor de Soso Ambagé, pues me dijeron que este era de un carácter violento en extremo, cruel y perverso. Cuantos mercaderes habian ido á comprar esclavos á este punto se quejaban de que les robaban, y de que para obligarles á que le diesen cuanto les exigian los encerraba en una mazmorra. Otras veces, cuando tenia noticia de su llegada, enviaba al bosque una cuadrilla que esperaba oculta á los pobres comerciantes, y hacian fuego sobre ellos obligándolos á huir abandonando los fardos, que los ladrones se llevaban en seguida partiendo con él el botin, del cual se reservaba la mejor parte. Llevaba la ferocidad al extremo de amarrar á los árboles á los que no le daban por los esclavos lo que él pedia, y si aun así no admitian sus proposiciones, hacia encender junto á ellos una hoguera de leña verde para que el humo los obligase á ceder.

Solo un dia permanecí en este pueblo tan feroz y cruel como sus jefes, y al siguiente partí con direccion al Sur, hácia unas montañas de difícil acceso al parecer, pero que traspuse con felicidad, gracias al auxilio de los guias. Despues de andar siete leguas por bosques casi inaccesibles llegámos á la residencia del soba Quiangama Canga, hombre perverso, que á pesar de saber que yo atravesaba los estados del dembo no sólo con su permiso, sino como amigo, me recibió con una descarga de flechas y de fusilería, que afortunadamente no hirió á ninguno de los mios, con quienes, en vista de este saludo, fuí á acamparme á corta distancia de la banza. Encargué al intérprete y á algunos hombres que Hialala me habia dado, que se quejasen en mi nombre de aquella hostilidad de un jefe sometido al dembo; pero Quiangama Canga me contestó que él no dependia de Hialala á quien únicamente se unia en tiempo de guerra para rechazar combinados al enemigo comun, y que nada me habria sucedido si con anticipacion le hubiera pedido permiso para visitar sus estados. Esta contestacion no me sorprendió, y para evitar otras más desagradables aproveché la coyuntura de estar separado de la banza y partí al dia siguiente muy temprano, de suerte que cuando abrieron las puertas del pueblo ya hacia tres horas que caminaba felizmente por una dilatada llanura de tierra arenisca, cubierta de rocas y enteramente árida, que se extendia hácia el Norte hasta perderse de vista.

Llegué temprano á la residencia del soba Cutana Cuatungo, distante seis leguas al Suroeste de Quiangama Cango, jefe de un carácter apacible que se sorprendió al verme, pues sabiendo mi permanencia en la banza del dembo su señor, creia que me quedaria en ella para siempre. En cuanto llegué vino á visitarme, quedando muy satisfecho del regalo que le hice de aguardiente y algunas sartas de abalorios. Le extrañó lo que me habia sucedido con el soba su vecino, riéndose no poco del chasco que le habia dado marchándome sin que lo supiese, y me dijo que el dia anterior habian pasado por allí dos nobles de aquel jefe que se dirigian á la banza de Muginga Ambundo.

Al dia siguiente salí de este punto, y despues de atravesar una llanura de

cinco leguas de extension pernoctámos á la orilla de un bosque por donde serpenteaba un arroyuelo. Al otro dia llegué á la residencia de Muginga Ambundo, último soba dependiente de Hialala. Una terrible epidemia, especie de tétano que atacaba repentinamente, paralizaba la accion de los miembros, oprimia la respiracion y ocasionaba la muerte en medio de horribles dolores, habia diezmado los habitantes de esta banza, y era tal el terror que el azote les habia causado, que no se cuidaban ya de celebrar fiestas por los muertos, ni se inmolaban víctimas á los dioses, á quienes consideraban como autores de su mal. El miedo enseñó á aquellos negros á tomar algunas precauciones, muy útiles en tales casos, pues cada cual se estaba encerrado en su casa, no queriendo ni aun acercarse á las que habitaba cualquier atacado de esa enfermedad.

Al verme llegar aquellas gentes temieron alguna nueva desgracia, pues los adivinos, luego de cesar la epidemia, habian dicho que era un castigo por el mal trato que poco tiempo ántes habian dado á un blanco; y como yo venía del Norte, su asombro fue mucho mayor; pero se tranquilizaron al ver que me acompañaban súbditos del dembo Hialala, y que venía de visitar los estados de soberanos poderosos á quienes habia hecho regalos y me habian recibido todos como amigo, añadiendo que yo era un rey más poderoso que los que habia visitado y en cuyas copas habia bebido.

Aunque prometí á Hialala que al llegar al límite de sus estados le devolveria los hombres que me habia dado, como para reemplazarlos habia de hacerlo con gente de este pueblo, enfermos todos de la epidemia, convinieron aquellos en acompañarme á mayor distancia, cosa que me fue muy conveniente. Sabiendo que debíamos atravesar un desierto y que nada encontraríamos en muchos dias, hice provision de víveres y nos pusímos en camino, andando casi dos leguas por entre malezas sin encontrar senda, porque el rumbo que generalmente se sigue para ir á la residencia del duque de Bamba es por las orillas del Logé, por donde habia pasado quince meses ántes. Preferí pues atravesar el desierto en línea recta, habiendo empleado cuatro horas en andar estas dos leguas. Como nos dijeron que no podríamos atravesar el desierto en ménos de cuatro dias, hicímos alto á la orilla de un arroyuelo.

Por la noche presencié un combate horrible de tres hienas contra una enorme pantera. Estos animales instigados por el hambre luchaban con encarnizamiento horroroso. La pantera era fuerte, ágil, vigorosa; pero sucumbió por fin al número de sus enemigos, no sin haber dado muerte á una de las hienas á pesar de estar horriblemente mutilada, lanzando al morir espantosos rugidos. Varias veces tuve intencion de vengar la muerte de la pobre pantera que con tanto valor habia combatido, y más al ver á los mios, gente que tomaron las armas desde el principio de la lucha, sin que ninguno se atreviese á disparar un tiro por temor de que las fieras se arrojasen sobre ellos. Las hambrientas hienas se dirigian hácia el campamento para devorar á alguno, pero afortunadamente se cebaron en la pantera, librándonos por esta casualidad de ser atacados por aquellas sanguinarias fieras.

Concluida la lucha, tratámos de dormir, y temiendo la repeticion de tan desagradables visitas, encargué á los mios que estuviesen con cuidado y mantuviesen encendidas las hogueras toda la noche; pero los negros de Hialala que cono-

cian mejor que los demas las costumbres de las fieras, nos dijeron que miéntras estuviese allí el cuerpo de la hiena las fieras no atacarian á los hombres pudiendo saciar su apetito sin riesgo.

Al dia siguiente muy temprano nos pusímos de nuevo en camino, llevándonos la carne que el valor de la pantera nos habia proporcionado; cada negro se proveyó de la cantidad de agua que juzgó necesaria para sí y nos internámos en el desierto, en el cual á las siete de la mañana marcaba ya el termómetro diez y nueve grados once minutos. Una suave brisa soplaba de la parte del Este, la que segun mis negros nos presagiaba un viaje feliz, pues si hubiésemos tenido el viento de la parte del Oeste nos hubieran cegado los torbellinos de arena.

Muy despacio caminámos por la superficie árida y movediza del desierto, mas al anochecer del quinto dia el aspecto del terreno donde nos detuvímos, en el que crecian yerbas altas y secas, semejantes á cañas pequeñas, nos hizo concebir la esperanza de encontrar agua, á cuyo objeto mandé unos veinte hombres por diferentes puntos. Volvieron á poco con la noticia de que habian visto hoyitos llenos de agua, cerca de los cuales se encontraban algunos árboles, y al punto trasladámos el campamento al sitio indicado por los exploradores. Con efecto los charcos nos proveyeron de agua en abundancia. Dos dias tardámos aun en pasar lo que nos quedaba del desierto, teniendo que abrirnos camino por entre unas yerbas muy altas y duras. Al anochecer del segundo dia acampámos á orillas de un bosque, poblado de fieras y principalmente de chacales temibles por su multitud, segun nos dijeron dos cazadores negros que vinieron á reunirse con nosotros, los cuales nos sirvieron de guias al dia siguiente, conduciéndonos á seis leguas de distancia, á la extremidad de una llanura por donde corria con estrépito un rio que salia del bosque. Junto á la orilla y en el sitio en que acampámos vímos impresas en la tierra las huellas de varios animales y entre ellas las de un elefante, lo que nos hizo confiar en que haríamos con facilidad una buena cacería; en efecto aquella noche mató la gente un elefante pequeño, ocupando todo el dia siguiente en destrozarlo.

A los dos dias hicímos alto en las orillas del Zala, que habíamos dejado á la izquierda en medio del desierto y á unas dos leguas del sitio por donde pasábamos. Su corriente es muy impetuosa, mide una profundidad de cuatro piés, el fondo es de arena, y con el auxilio de varios troncos de árboles que nos sirvieron de puente pudímos vadearlo.

Presentóse de nuevo á nuestra vista una dilatada llanura cuyo límite se perdia en el horizonte, y á pesar de no tener mas que doce leguas de extension, invertímos tres dias en atravesarla, por los muchos rodeos que teníamos que hacer para salvar las profundas simas que á cada momento nos interceptaban el paso, formadas segun parece por las corrientes de agua que en la estacion de las lluvias inunda aquel desierto, abriéndose al secarse las tierras anchurosas grietas que son verdaderos precipicios.

Al llegar á las orillas del Zala envié al duque de Bamba un intérprete y dos negros con algunos regalos, anunciándole mi llegada y amistad. A una legua de la banza encontré al intérprete que volvia solo y muy inquieto. Cuando pudo hablarme á solas me dijo que el duque habia recibido el regalo con frialdad, limi-

tándose á responder: Tu señor puede venir, y cuando esté aquí le veré y le hablaré; permitiendo no obstante que se quedasen los negros y que sus súbditos les ayudasen á construir barracas para alojarnos. Durante su corta permanencia en Bamba habian comprado víveres en cambio de abalorios y cotonías.

Cuando llegué ya estaban preparadas las cabañas, donde nos instalámos, y dos horas despues vímos salir de la banza con direccion á nosotros una numerosa tropa precedida de un individuo, que me intimó pasase á ver al duque su soberano. Semejante órden tenia visos de amenaza ó traicion premeditada, así contesté al emisario que yo no estaba á las órdenes de nadie, que le habia enviado un regalo, y que si necesitaba verme podia venir, pues yo no entraria en la banza hasta tener pruebas de su amistad.

En el momento que se alejó el emisario con la comitiva mandé reunir á la gente, exhortándoles á que estuviesen dispuestos á defender mi libertad y tal vez mi vida; distribuí veinte y cuatro cartuchos á cada uno y les mandé que fuésen á acostarse, no dejando conmigo mas que los quince negros que componian mi escolta.

Poco despues volvió el mismo noble seguido de unos treinta hombres, exigiendo con tono imperioso que le entregase los súbditos del soba Muginga Ambundo que me acompañaban. Mis negros salieron prontos á ejecutar las órdenes que tenian, yo les mandé tomar las armas y formar, y repliqué al enviado: ¿Ves á estos hombres? pues tanto ellos como yo estamos dispuestos á morir ántes que entregar á tu señor ni un solo hombre de los que me acompañan, y tú y diez de los negros os quedaréis en rehenes, como garantía de las intenciones del duque. A una señal cercáronles mis negros y se apoderaron de ellos sin causarles daño alguno ni perseguir á los que echaron á correr.

Encerré á los diez en una cabaña, al noble lo acomodé en mi tienda colocando dos centinelas, y encargué á los que quedaron libres que hicieran presente al duque que sus compañeros quedaban no como prisioneros de guerra, sino en rehenes, y que no recibirian ningun daño; pero que si me declaraba la guerra, al primer disparo mandaria cortarles la cabeza y no daria cuartel á nadie.

Supe despues que el noble era sobrino y confidente del duque, y que entre los prisioneros habia dos hijos y un sobrino de Bamba. Mandé que diesen carne asada y aguardiente al noble, quien al verse tan bien tratado derramó lágrimas de gratitud explicándome que la animosidad de su tio contra los súbditos de Muginga Ambundo provenia de una guerra en que este se habia mostrado cruel é injusto sin ningun motivo; mas objetándole yo que nada tenia que ver con aquella querella, deploró cuanto acababa de pasar por las graves consecuencias que podian sobrevenir, y me propuso que si yo lo aprobaba enviaria al duque el prisionero que yo eligiese, de cuya vuelta me respondia. Como yo deseaba evitar en cuanto pudiese la efusion de sangre, mandé llamar á uno de los prisioneros, á quien dijo el noble: Vé sin tardanza, y dí al duque que el blanco es hermoso y bueno; que venga á verlo y quedará contento. Una hora trascurrió sin que recibiésemos contestacion alguna, y ya el noble principiaba á dudar de la fidelidad del emisario, cuando descubrímos un gran tropel de gente armada con fusiles y arcos que salian de la banza con direccion á nuestro campamento. Dispuse que los mios se armasen situándose delante de la tienda, confié la guardia

de los rehenes á los súbditos de Muginga Ambundo, seguro de que no los dejarian escapar, y al noble lo dejé custodiado por cuatro hombres de mi confianza armados con puñales.

Cuando se hallaron á tiro de fusil se detuvieron y el duque pidió hablarme; no me fié de él, y mandé salir á su sobrino, á quien encargué le dijese que se adelantara con diez hombres, haciendo yo lo mismo tambien: alentado sin duda por la confianza que su sobrino le inspirara vino á mi tienda y ocupó una alfombra que hice extender. Aunque no lo necesitaba, tenia el intérprete á mi lado, y el duque me explicó los motivos que habia tenido para observar semejante conducta, asegurándome que por consideracion á mí no haria daño alguno á los súbditos de Muginga Ambundo, esperando otra ocasion más oportuna para vengarse. Bebió un gran vaso de aguardiente, conviniendo gustoso en que guardase como rehenes á su sobrino y sus dos hijos hasta que llegase á la residencia del soba Lundo, y prometió por último facilitarme negros. Luego que se alejó le envié otro regalo, y vino en persona á darme las gracias y á ofrecerme en cambio la más bella de sus hijas, niña de unos doce años. En suma, miéntras permanecí en aquel territorio no tuve motivo de queja contra él; sus súbditos nos daban comestibles en cambio de abalorios; me regalaron café excelente que cogian en el bosque inmediato; se lo hice probar al duque y le gustó mucho, aunque no tanto como el aguardiente.

La extensa banza de este jefe tiene más de cuatrocientas casas, ocupadas todas por sus mujeres é hijas, algunas de ellas hermosísimas: la que me mandó podia servir de modelo á un pintor: su rostro parecia más bien de europea que de negra; tenia las facciones finas y delicadas, los pechos redondos, las piernas muy bien formadas y los piés muy pequeños. Considerábase honrada por haber sido elegida por su padre para acompañar á un blanco, pero al mismo tiempo temia acercarse á mí, sólo me tocaba al principio con la punta del dedo que retiraba al momento como para no lastimarse, y aunque se rió á carcajadas con dos negras que la servian, no por eso deponia su timidez. Un dia comiendo, en el momento que ella alargaba la mano para darme el tenedor, la cogí por el brazo; traté de acercarla á mí, y dando un grito quiso huir. Las dos negras asustadas salieron de la tienda, mirándome con ojos espantados y examinando detenidamente á su señora para asegurarse de si estaba viva; pero la sorpresa de esta se desvaneció convenciéndose de que á pesar de mi color no me diferenciaba de sus semejantes. Se echó á reir diciéndolas que el blanco no le hacia ningun mal, y tanto se me acercó despues que la hubiera abrazado con facilidad á no temer las consecuencias de esta accion considerada en aquel país como un crimen, cuyo castigo es siempre el valor de diez esclavos. El soberano me acusaria de haber hechizado á su hija, pues imaginan que los blancos son los portadores de la desgracia por abrazar á sus mujeres y trasmitirlas los espíritus malignos.

Debo referir lo que sobre el particular me contaron. Habiendo llegado un mulato á aquella banza, el duque le envió una de sus hijas, á quien el pobre extranjero, que desconocia aquellas costumbres, recibió como si fuera una blanca ó mulata. Segun el uso establecido, al dia siguiente la devolvió á su padre, quien preguntándola cómo la habia tratado, declaró que el mulato la besó en la boca.

Indignado el soberano fué corriendo á casa del mulato, se sentó delante de la puerta y lo hizo llamar. Presentóse luego el pobre extranjero muy ajeno al objeto de aquella visita, haciéndole los cumplimientos de estilo; pero el duque sin devolvérselos lo mandó sentar y ordenó á los nobles que penetrasen en la casa y tomasen diez fardos y doce barriles de aguardiente en pago de la multa en que habia incurrido por el crímen cometido contra su hija, trasmitiéndola el espíritu maligno; pero como no se encontrase la cantidad de objetos indicados por el soberano, mandó amarrar á un árbol al infeliz mulato y azotarle del modo más cruel, sin perjuicio de despojarle de cuanto tenia. Al verse reducido á la miseria, tuvo que escaparse de noche y volverse á pié á las posesiones portuguesas pidiendo limosna para procurarse la subsistencia en tan larga travesía.

Cuando regresé á casa del duque para devolverle su hija, se retiró con ella un momento con objeto de preguntarle sin duda, y volvió al poco rato satisfecho en apariencia, aunque en mi concepto deseaba otro resultado que le fuese más útil. Me dijo que su hija estaba muy contenta conmigo, y que miéntras permaneciese allí podia escoger diariamente la que más me agradase de las otras; pero á fin de evitar que se repitiese la escena del dia anterior, me quedé con la misma á despecho de sus hermanas, cuya envidia excitó cubriéndose con una pieza de indiana que yo le regalé.

Ví en casa del duque á un soldado portugues que despues de hacer la guerra contra los franceses se retiraba á su hogar firmada ya la paz, cuando tuvo la desgracia de verse complicado en una conspiracion contra el estado por haber prestado auxilio á unos constitucionales, condenado á diez años de encierro en el castillo de Encogé; pero prefiriendo un destierro perpétuo entre los negros donde pudiese gozar de libertad, á pasar diez años en un fuerte obligado á trabajar continuamente expuesto siempre á los rayos abrasadores del sol, consiguió fugarse y fué á establecerse en aquel punto. Este desgraciado recibe una corta gratificacion por enseñar el manejo del fusil á los súbditos del duque; y segun me dijeron salvó la vida al mulato de que hablé anteriormente, defendiéndole en presencia del soberano. Para ser un simple soldado me pareció bastante instruido; tenia cincuenta y cuatro años y siete heridas; vivia sumamente retirado, no saliendo nunca de casa si no se lo mandaban; no tenia mujeres, y él mismo cultivaba un pedazo de terreno para procurarse la subsistencia. Un dia, hablando con él, y cuando me parecia que estaba pensando en otra cosa, me sorprendió mucho oirle repetir la exclamacion de Escipion el Africano, que fue grabada sobre la tumba de aquel ilustre romano:

Ingrata patria, nec ossa mea habebis.

No, me dijo, á esa patria que tan mal ha pagado mis servicios no quiero dejarle mis huesos, y hasta desearia tener aquí á mi familia para que ninguno pudiese ser útil á mi país, que parece gozarse en ver desterrado á uno de sus defensores. Yo le abandoné al mismo tiempo que el rey, y al regresar á mis hogares me arrancaron de los brazos de mi familia para traerme aquí.

Sin otro incidente notable llegó Douville á la costa desde donde se embarcó para el Brasil en junio de 1830. Despues de pasar un año en América para restablecer su salud algo quebrantada á consecuencia de las penalidades de su largo viaje, regresó á su patria en junio de 1831.

Antes de abandonar el Congo creemos útil trasladar algunas importantes y curiosas

CONSIDERACIONES GENERALES.

Los pueblos que he visitado, dice Douville, corresponden todos á la raza negra, aunque no es igual el color en ellos. Este es mucho más subido en los habitantes del Bihé y en los molonas que en los restantes, á pesar de ocupar los últimos los distritos más elevados sobre el nivel del mar. Todos sin embargo tienen la tez muy lustrosa, lo que debe atribuirse á que se untan con grasa de animales, prefiriendo el aceite de palmera los que pueden usarlo.

Entre aquellos negros se distinguen los del Bihé por su elevada estatura que en general es de cerca de seis piés, bien formados, robustos, ágiles, valientes y decididos. Estos son los que con más celo é interes me han servido, pues algunos me acompañaron hasta el momento en que me despedí de las costas de Africa. Siguen á estos los molonas, cuya estatura por término medio es de cinco piés y cinco pulgadas. Los de las demas naciones son más bajos, y aunque todos bastante fuertes, parece sin embargo que disminuyen de vigor á medida que se aproximan al ecuador. Casi todos tienen la frente poco elevada, la nariz chata y separada de la boca, los labios gruesos, la barba chica, y como recogida hácia atras, las mandíbulas salientes, las orejas grandes y el cabello lanoso que con la edad se les pone entrecano.

He observado repetidas veces que el cráneo de los negros pesa de tres á cuatro onzas ménos que el de los blancos, siendo su tejido huesoso más espeso, la pulpa cerebral más oscura y los nervios que parten de ella mucho más gruesos que los nuestros. Cuando á un blanco que ha residido algun tiempo en Africa le atacan las fiebres, vomita una bílis espesa, oscura y algunas veces de color verde, sucediendo lo mismo á sus descendientes, pero en el negro atacado de la misma enfermedad la bílis es negra, espesa y con esputos.

El blanco que sin enfermedad toma un vomitivo arroja una bílis amarilla oscura, pero líquida: los negros á quienes lo hice tomar como preservativo de las fiebres, la arrojaron verde y espesa, sin que pueda atribuirse al calor atmosférico esta diferencia, pues ambos han sufrido igualmente la influencia solar. Tampoco el demasiado calor es el que da á los negros el color de su cútis, pues en la provincia de Pungo Andongo existen muchas familias blancas descendientes de los primeros colonos portugueses, y conservan su propio color, de tal modo que si estuviesen en Francia nadie diria que habian nacido en el clima ardiente del Africa donde sin embargo viven há tres siglos.

Las cicatrices de sus heridas nunca se ponen negras, aunque tengan siempre el cuerpo expuesto al sol. La hinchazon que ataca á las piernas y suele degenerar en

tumor que no se cura sino tras largos años de padecimientos, supura al principio un líquido viscoso y negro, convirtiéndose algunos meses despues en encarnado oscuro, cosa que no sucede á los blancos cuando les atacan las mismas enfermedades.

A los veintiun meses de haber llegado al Africa me atacó la *ocutata gia quiba*, enfermedad cutánea que creo no es conocida en ninguna otra parte del globo, y cubre el cútis de llagas purulentas. A los diez y seis dias experimenté una supuracion que en los negros no se presenta hasta los veinte, y comparando el pus que salia de las llagas de que estaba cubierto con el que en iguales enfermedades arrojan los negros, observé que el de aquellos era de un color oscuro muy subido y el mio amarillento. Habiendo disecado cabezas y diferentes miembros de los negros, he encontrado notables diferencias de conformidad comparándolos con los nuestros. La sangre del negro es glutinosa, negra y tan espesa que parece formar una sola masa con la carne. Los negros al nacer son de color blanco que tira á cobrizo, y sólo tienen negras las partes sexuales. No principian á ennegrecer hasta los quince dias, y así continuan hasta la edad viril, tornándose algo amarillentos al paso que van envejeciendo. El negro enfermo se pone lívido; la carne es encarnada oscura y la sangre de color oscuro subido. He hecho tambien varias observaciones de este género con los mulatos, hallando diferencias muy notables donde se encuentra mezcla de europeo.

Los experimentos repetidos á un mismo tiempo en varios individuos de diferentes edades demuestran que el negro jóven tiene la sangre más caliente que el de edad madura, y este más que el blanco en el vigor de la mocedad.

Cuando el negro está bailando despide un olor fuerte é insoportable, procedente de la grasa de animales con que se unta el cuerpo, y no puede entregarse á esta diversion sin sentirse excitado por los gestos y movimientos en que abundan sus bailes.

He oido decir á los negros que por el olor distinguen á un blanco entre mil individuos de su color, y muchas veces he hecho la prueba vendándoles los ojos y mezclándome entre una multitud de ellos. Nunca dejaban de venir en derechura hácia mí, diciéndome que el blanco exhalaba un olor muy suave que los atraía excitando sus nervios.

Cuando me hallaba léjos de mi gente y tardaba en reunirme con ellos, venian á buscarme siguiendo mis huellas, distinguiéndolas en parajes donde yo no podia ver nada.

Las negras son generalmente más bajas que los hombres y no tan bien formadas como las blancas, y tienen el pelo muy claro. Las circuncidan cuando se casan. Sus caderas son tan prominentes que sus hijos se mantienen sentados en ellas por sí solos y agarrados con los piés sin que apénas les toque su madre: su carne formada casi por una coagulacion de sebo es sumamente blanda, y padecen una enfermedad que en dos dias las deja como en esqueleto: son lascivas en extremo y rara vez tienen más de tres hijos.

Casi todos sus partos comienzan por una hemorragia que parece comprometer su vida, y sin embargo terminan con la mayor felicidad. La disposicion de sus huesos hace que no sientan los terribles dolores que tanto afligen y ponen en peligro á las blancas, así es que les parece imposible que nadie pueda morir en

este trance. Rara vez abortan á ménos que les sobrevenga algun grave accidente: pierden la fecundidad á los veinticinco años, y consideran la esterilidad como una deshonra.

Su flujo ménstruo es escaso, elevándose proporcionalmente desde una á dos onzas en las jóvenes, hasta siete ú ocho en las que han tenido dos hijos: esta cantidad queda reducida á la mitad miéntras están criando, lo cual hacen todas por sí mismas. Los muchachos crecen y se desarrollan sus órganos con una rapidez admirable, especialmente en el sexo femenino. La lactancia dura hasta que el niño tiene cerca de tres años, y aunque la madre vuelva á hacerse embarazada no le falta leche ni deja de criar á su hijo. Si al llegar la época del parto no han destetado aun al hijo anterior, tiene el recien nacido que partir con el otro hermano que á veces cuenta más de dos años. El parto no interrumpe sus quehaceres, y á poco de verificado se las ve entregarse á las ocupaciones domésticas. Trabajan con sus hijos á la espalda y no los dejan ni para sus faenas, ni para sus diversiones. Rara vez lloran los niños y parece que sufren las enfermedades con más valor que los blancos, acostumbrándolos desde la primera edad á estar sentados y pasar así horas enteras sin moverse. La denticion no les hace padecer; con dificultad crian lombrices y puede decirse que están libres de muchos males que aquejan á los nuestros.

No dan gran valor á las doncellas, y los hombres se cuidan poco de la conducta anterior de sus mujeres. Los jefes y el soberano ofrecen sus hijas á los extranjeros cuando les igualan en categoría ó esperan alguna merced, y el no admitirlas, ofrecidas de este modo, lo considerarian como una afrenta imperdonable. Los jefes de los pueblos de la costa, que trafican en esclavos, ofrecen sus hijas á los blancos ó á los mulatos para que les hagan en cambio algunos regalos; generalmente estas se casan más pronto, y los maridos les profesan más cariño. Los hijos de blanco y negra rara vez viven, y si llegan á doce ó catorce años, mueren debilitados por las enfermedades que los han atormentado desde su nacimiento, porque carecen de la robustez necesaria para resistir el clima y las fatigas propias del género de vida que observan los negros. He visto en la residencia de *Menga Candourí*, sobeta del Haco, en los confines del territorio portugues, un hijo de negra y mulato que me llamó extraordinariamente la atencion. Tenia los ojos encarnados y el cuerpo manchado de negro y blanco, no podia salir de casa sino de noche porque la luz del sol le incomodaba la vista, era débil, sin valor, incapaz de procurarse por sí la subsistencia, ni aun de hacerse servir; estaba casi siempre enfermo, no habiendo podido dedicarse á ninguna clase de trabajo sin embargo de tener diez y seis años.

Este individuo de que nos habla Douville perteneceria sin duda á los albinos, raros por demas y objeto de algun tiempo á esta parte de los estudios de los más sabios naturalistas. Como en la costa de Africa es donde más abundan, nos ocuparémos de ellos más adelante, seguros de que estos detalles interesarán á nuestros lectores.

Los viajeros que han hablado del Congo han cometido inexactitudes juzgando á los jagas como una nacion guerrera cruel y poderosa. Segun dicen, su solo nombre horroriza, son antropófagos, y sin embargo nada más lejos de la verdad que estas injustas calificaciones.

En las naciones más groseras como en los pueblos más cultos existen títulos para significar los diversos grados del poder. Hé aquí los que se usan en la lengua abnuda por los negros que habitan al Sur del Ecuador:

Monata. Rey.

Ngana. Príncipe sometido al monata á quien paga tributo por los pueblos que gobierna. Algunos nganas no pagan tributo ni reconocen á ningun soberano.

Jaga. Jefe militar ó general que gobierna un territorio, paga generalmente tributo al monata y manda siempre sus ejércitos.

Soba. Jefe inferior á los anteriores que gobierna un territorio de ménos importancia

Sobetta. Jefe de ménos poder que el soba.

Macota. Noble que gobierna ciudades ó aldeas sometidas á otros jefes.

Todos estos, independientes á veces unos de otros, gobiernan sus estados como dueños absolutos, y sólo se reunen para rechazar la agresion de un enemigo comun, segun sus alianzas.

Hay muchos nobles en un reino que tienen el título de jaga, distinguiéndose por los nombres de familia, y como al describir las guerras siempre se hace mencion de las cualidades de los jefes, esta es la causa de gozar de tanta celebridad el valor de los jagas; en cuanto á la acusacion de los antropófagos, tambien lo son los monatas, los sobas y demas jefes, pues en todos sus respectivos territorios se comen las víctimas humanas sacrificadas en los dias de ceremonia.

Los jagas existen en toda la parte del Africa meridional, pero no hay nacion de este nombre.

Cuando nombran una ciudad de la cual conservan algun recuerdo grato, tienen la costumbre de anteponer á su nombre la palabra *cabaso*, cargando en ella la pronunciacion, y diciendo el nombre del pueblo con tanta rapidez que sólo se oye como un sonido vago. Esta palabra *cabaso* significa virginidad, y la usan como dando á entender que en aquel lugar gozaron grandes placeres. Así pues no es de estrañar que algunos viajeros hayan hablado de varias ciudades llamadas *Cabaso,* y de que esta mala interpretacion haya ocasionado graves errores en las historias y no pocas dificultades á los geógrafos. Esta aclaracion creemos será suficiente para desvanecer cualquiera duda que pudiera suscitarse sobre este asunto, y para explicar por qué un pueblo llamado *Cabaso* en una relacion aparece en otra con nombre distinto. En cuanto á la diversidad con que se ha escrito esta palabra, pues unas veces se lee *Cabasa,* otras *Cabasso* y otros *Caboso,* debe provenir de la manera de oirla el autor que la cita.

Al terminar reproducirémos una curiosa observacion sobre las hormigas que tanto abundan en el Congo.

Existe una especie llamada viajera que ataca con frecuencia á las demas que encuentra en el camino, y como aquella raza es fuerte y animosa, gana casi siempre las batallas, conduce las prisioneras á su morada y las obliga á trabajar, viéndose con frecuencia centenares de estos animalitos que se distinguen fácilmente de las demas por ser de otra especie y de otro color. Los pobres prisioneros, conducidos por unas veinte hormigas viajeras, van á buscar comestibles, arrastrándolos con mucho trabajo y como si sucumbiesen bajo el peso de sus

cargas, cual esclavos que trabajan para un señor. En los hormigueros las ocupan en los trabajos más duros y en trasportar terroncitos de tierra para construir las habitaciones más elevadas.

LOS ALBINOS.

Se ha dado el nombre de albinismo á una anomalía que consiste en la falta de color más ó ménos completa de la piel, de los cabellos y en general de toda la superficie del cuerpo. Los individuos afectados de ella son comunmente conocidos con el nombre de *albinos*.

Por largo tiempo el albinismo, considerado desde un falso punto de vista, llamó poco la atencion. Acerca de los albinos humanos sólo se tenian nociones falsas ó exageradas hasta el punto de creer que esta curiosa variedad de nuestra especie formaba una familia separada con otras costumbres y caractéres: tan inexactas eran las relaciones hechas por los viajeros, ó por mejor decir, tanto habia abultado la imaginacion de estos unos hechos que debian haberse observado muy de cerca, con grande estudio y prolijidad.

El mismo Buffon, el admirable naturalista de los tiempos modernos, á pesar de su talento prodigioso y de su profunda filosofía, no pudo ménos de caer en el error general en su *Tratado del Hombre;* y sin embargo, habia visto muchos albinos, y sobre ellos ha dejado escritas las descripciones más perfectas que posee la ciencia. Solamente en las últimas obras sentó formalmente que los albinos eran negros afectados de un vicio particular de organizacion, verdad que él habia entrevisto desde muy temprano, pues en el mismo *Tratado del Hombre,* al referir las más erróneas fábulas, se advierte fácilmente que expresó la opinion de su época más bien que la suya personal.

Voltaire habla de ellos y los describe: habia visto algunos, aunque observándolos todavía ménos exactamente que Buffon. Tambien los contempla como una especie intermedia entre la nuestra y la de los monos. Este animal, dice, se llama hombre porque tiene el don de la palabra, un poco de lo que se llama razon y una especie de semblante... Tanto me parece que desciende de una raza negra degenerada como de una casta de papagayos. Véase como los mayores ingenios, los conocidos por más despreocupados, no siempre se libran de las preocupaciones vulgares de su época.

Los albinos estudiados con tanto desden debian ofrecer poco interes hasta que en estos últimos años muchos sabios franceses y alemanes, y en especial Isid. Geoffroy Saint-Hilaire en su *Historia de las anomalías,* han llamado sobre los albinos la atencion particular de la ciencia por el gran número de hechos que han citado é importantes consecuencias que han deducido para el estudio de la organizacion en general. Geoffroy distribuye los albinos en tres clases: *completo,* cuando hay absoluta ausencia de coloracion en toda la superficie del cuerpo; *parciales,* cuando ciertas partes del cuerpo se hallan en el estado normal, y

el resto completamente descolorido; *imperfectos*, cuando la materia colorante ha experimentado únicamente cierta disminucion más ó ménos sensible, ya en todo el cuerpo, ya sólo en alguna parte, pero sin faltar enteramente en ninguna. Los animales, lo mismo que el hombre, están sujetos al albinismo, y de ello dirémos algo despues de haber hablado de una manera más extensa acerca de esta afeccion en el hombre.

Hay pocos seres cuyo exterior pueda excitar tanto la curiosidad como el de los albinos completos. Un tinte blanco en todos y marchito como el del papel ó muselina sin el menor matiz de encarnado ó rojo, moteado algunas veces de manchas pardas, sin vestigio de la coloracion particular de las razas de que proceden; cabellos finos como seda en todos, lanudos y rizados en los negros, largos y lacios en los demas, por lo comun de un blanco de nieve que á veces tira á amarillo ó á un ligero bermejo; cejas con la apariencia de algodon; labios y mejillas de las que ha desaparecido la sangre, y que segun las observaciones de Buffon, pueden animarse únicamente por la accion de un calor violento ó de las más vivas emociones; ojos de color extraño, á veces bizcos y siempre entornados; brazos descomunales; tales son los caractéres exteriores del albinismo completo en el hombre. Con todo, en cuanto á la conformacion general de su cuerpo, estos individuos conservan los caractéres de las razas á que pertenecen.

Los albinos, examinados más de cerca, ofrecen diferencias igualmente notables: bastarian sus ojos para distinguirlos de los seres que los rodean. El íris, ordinariamente de color, en ellos se presenta casi sin él ó amarillento, á veces de un pardo claro, pero en la mayor parte de un rojo trasparente más ó ménos vivo. La misma pupila, que podria creerse necesariamente negra por ser la abertura de una cavidad profunda, llena de un líquido incoloro, suele ser de un rojo ardiente ó de color de fuego. Por fin la membrana ordinariamente negra que reviste la interior del ojo y es conocida con el nombre de *coroidea*, está como lo demas enteramente privada de materia colorante. Estas anomalías, poco importantes al parecer, influyen sin embargo de una manera prodigiosa en la índole y hábitos de los desgraciados que las padecen. El íris, de opaco que debia ser, convertido en trasparente, deja de oponerse á la entrada de los rayos luminosos inútiles, que vienen á impresionar la superficie del ojo, y esta superabundancia de luz le ofusca y perturba, las imágenes de los objetos exteriores no son tan claras y el menor reflejo se les hace insoportable. Para remediar esta falta tienen constantemente los ojos medio cerrados, y ejecutan el continuo parpadeo que completa su anómalo y extravagante aspecto. Este movimiento es en ellos tan incesante, que por largo tiempo los sabios más consumados lo atribuyeron á la ausencia del músculo elevador del párpado superior. Así es que los albinos, débiles siempre y tímidos, no gozan plenamente de sus facultades hasta el anochecer á favor de la suavidad del crepúsculo, asemejándose á las aves de ojos grandes, que á pesar de toda su fuerza y energía, no pudiéndose defender de las embestidas de los más débiles enemigos, van á buscar proteccion en las tinieblas hasta la hora en que el resto de la naturaleza duerme en la oscuridad. Los mochuelos y buhos deben esta impotencia á la extraordinaria abertura del íris; los albinos á su más ó ménos completa diafanidad.

Sin embargo, la debilidad y timidez de los albinos no deben atribuirse únicamente al estado anómalo del órgano de la vision. Si es raro que un vicio de organizacion se presente aislado, júzguese que debe serlo especialmente con respecto á una anomalía resultante, como esta, de causas por esencia debilitantes. En general los albinos son de constitucion delicada, sea cual fuere la raza á que pertenezcan; son la mayor parte desproporcionados, tristes, y ofrecen exagerados todos los caractéres del temperamento linfático. Por lo comun tienen poco desarrollada la inteligencia, aunque pueden citarse entre ellos individuos de facultades bastante completas, de agudeza, y hasta un autor tan distinguido como Sachs, que escribió su propia historia y la de su hermana, tambien albina.

En general los caractéres del albinismo son más marcados en los hombres que en las mujeres: los primeros son más descoloridos, con ojos más débiles y apagados, carecen de barba y por consiguiente de vello; tienen la vida más corta y hasta se asegura que por lo comun son incapaces de perpetuar su especie.

Por el contrario hay frecuentes ejemplos de mujeres albinas que han dado á luz mayor ó menor número de criaturas. Tambien se habia supuesto que estas mujeres, fecundadas por negros, producian niños *pios,* esto es, salpicados de manchas negras y blancas; pero habiéndose demostrado completamente lo opuesto, semejantes hombres pios deben mirarse como albinos parcialmente afectados. Las albinas unidas con negros pueden concebir niños albinos completos como ellas, ó niños pios, ó niños negros como su padre. Este último caso es tan comun, que es de extrañar no hayan hablado los autores de los demas como de excepciones. Cítanse dos hermanas casadas á un mismo tiempo, una de las cuales dió á luz un negro al paso que su hermana tuvo un albino perfecto. Estos hechos ademas se hallan en completa armonía con una ley general establecida por Geoffroy y apoyada en hechos numerosos y concluyentes. Esta ley consiste en que si el producto de dos especies esencialmente diversas ó que presentan diferencias de organizacion profundas é importantes es fijo, constante y determido, como en efecto lo son los mestizos de las razas blancas y negras, el producto de los individuos que como el negro y albino negro son únicamente variedades poco discrepantes de una misma especie, debe ser incierto y poco determinado.

Los albinos nacen ordinariamente de mujeres muy fecundas, y á veces ocurre que una misma madre tiene diferentes hijos afectados de esta anomalía. Los albinos, rarísimos en las zonas frias y escasos en las comarcas templadas, son bastante numerosos en las regiones ecuatoriales; de modo que han podido los viajeros de buena fe considerarlos como poblaciones separadas en Ceilan y Java, en lo interior del Africa, en Madagascar y en los territorios que circuyen el istmo de Panamá. Tambien se los encuentra en las islas del mar del Sur. En igualdad de latitudes son ménos raros en los pueblos cuyo color es más subido; hecho tanto más notable, cuanto que en el hombre y los animales las especies normalmente blancas son mucho más comunes segun nos aproximamos á los polos, miéntras que por el contrario los colores fuertes y brillantes en ninguna parte son tan frecuentes y notables como en las regiones cálidas.

Casi en todas partes los albinos han seguido la suerte de los seres débiles y desgraciados por la naturaleza, es decir, que se han visto entregados al despre-

cio y á los peores tratamientos; pues por do quiera el espíritu humano es el mismo, y no concede más que escarnio y baldon al débil que reclama compasion y amparo. En Roma y Esparta las leyes condenaban á muerte á los individuos contrahechos. ¿Qué se debia esperar pues de los salvajes y caníbales? En Méjico los albinos eran destinados al recreo de los príncipes como en otro tiempo nuestros locos y enanos. En cambio se afirma que en algun reino del Africa son objeto de la veneracion del pueblo, que los reputa en íntima comunicacion con la divinidad. ¡Singular extravagancia! Pero ¿cuántos contrastes análogos no se hallan en la historia del espíritu humano?

El albinismo completo, tal como lo acabamos de describir, es congénito; y no hay ejemplo de que se haya producido despues del nacimiento, aunque se concibe muy bien que pudiera ser resultado de una enfermedad del pigmento ó del cuerpo mucoso. En el estado actual de la ciencia se le debe considerar como efecto de un desarrollo interrumpido en el feto, ó en términos científicos como una *suspension de desarrollo*. Efectivamente, hasta cierta época el feto reune todos los caractéres del albinismo: la ausencia de la materia colorante y de los órganos que la segregan, es una de las condiciones de su existencia primera; condicion transitoria en el estado normal, pero que en los albinos se ha hecho durable y constante. Ademas la ausencia de coloracion no es la única parte que han conservado del organismo primitivo, y en varios se encuentran restos del finísimo vello que cubre el feto durante una gran parte del tiempo que pasa en el seno materno.

En cuanto al motivo de esta suspension de desarrollo, no es ignorado como la mayor parte de las causas primeras. Entre los autores que han pretendido explicarlo todo, muchos han dicho que el albinismo de los negros era debido á la temperatura elevada de los climas en que nacen, lo cual nada explica. Otros han supuesto un comercio bestial con los grandes monos, explicacion absurda, puesto que no hay monos en dos tercios de los países donde nacen albinos. Finalmente se ha acusado, como en todos los casos de nacimientos anómalos, á la imaginacion de las madres, causa cuya accion no está perfectamente conocida, y que por otra parte parece una contradiccion con gran número de hechos.

El albinismo es parcial cuando sólo una parte de la superficie del cuerpo está afectada de completa decoloracion, é imperfecto cuando la materia colorante, sin estar aniquilada, se halla simplemente disminuida. Los hombres pios de que ya hemos hablado son albinos parciales; y despues de cuanto hemos dicho acerca del albinismo completo, réstanos sólo dar algunos pormenores. Las manchas descoloridas, más ó ménos numerosas y aproximadas, unas veces cubren mal el fondo del color, otras se verifica lo contrario. Puede suceder que las manchas sean simétricas como en el individuo observado por Buffon en toda la parte superior del cuerpo. Algunas veces se advierte sólo una mancha más ó ménos extensa. En cuanto á los ojos y cabellos, su color es regular ó anómalo, segun se encuentran comprendidos en las manchas albinas ó en las partes de la piel del color correspondiente á la raza. Tampoco sería imposible que los dos ojos presentasen caractéres opuestos.

Cuando el albinismo es imperfecto, únicamente debido á la presencia de un pigmento de menor cantidad ó de menor color, se concibe cuán insensibles deben

ser los matices por los cuales se aparta del estado normal. En este caso ningun color hay decidido; y nadie que pudiera clasificar por órden de colores todas las caras que haya visto, sabria formar fácilmente una serie tan gradual que, sin dar salto alguno, se pasara del negro ó moreno más subido al blanco pálido más puro.

Estos dos géneros de albinismo difieren tambien del completo en que son muchas veces producidos de una manera enteramente accidental. Es un hecho demostrado que la decoloracion más ó ménos completa de los cabellos ó de la piel puede ser efecto casi instantáneo de una violenta emocion, de un susto repentino y prolongado ó de un dolor agudo. Un noble italiano condenado á muerte por Francisco de Gonzaga, duque de Milan, obtuvo su perdon al dia siguiente de la sentencia, porque los cabellos en pocas horas se le volvieron blancos como la nieve, fenómeno que pareció un prodigio. Asegúrase que la reina María Antonieta, metida en un hediondo calabozo, despues de la muerte de Luis XVI, vió en el espacio de una noche volverse blanca la cabellera, cuya hermosura habia llamado la atencion. Un jóven oficial, de guarnicion en el cabo Frances, despues de una noche de orgía fue acometido de un espasmo violento y doloroso. Sus miembros paralíticos y rígidos se negaban á toda especie de movimiento ó flexion. Por la mañana notó que el cabello del lado derecho, ántes de un bello color oscuro se habia tornado blanco como la nieve. La afeccion nerviosa cedió pronto á la aplicacion de remedios enérgicos, pero nada pudo restituir á los cabellos encanecidos el perdido color. Lo mismo sucedió á un oficial de nuestro ejército en la guerra de la independencia.

Casi todas las causas debilitantes producen lentamente iguales efectos, y prueba de ello es la decoloracion de los cabellos en los ancianos; pero ¡cosa singular! se ha visto recobrar el cabello su color primitivo. Entre otros cítase á un anciano del condado de Belford (Inglaterra) quien á los ochenta años teniendo el cabello perfectamente blanco, en poco tiempo se le volvió del más subido y hermoso castaño, color que conservó hasta la muerte, acaecida á la edad de cien años. Otro en Viena á los ciento cinco años vió su cabeza poblarse de cabellos negros. Una inglesa de noventa y cinco años experimentó igual fenómeno; á los diez encaneció otra vez y murió á poco.

LOS DESERTORES DE SANTA HELENA.

En junio de 1810 entraba en el puerto de Santa Helena el buque americano *Columbia*. En la misma época cinco artilleros de la guarnicion esperaban un momento favorable para desertar, momento que les pareció llegado al ver el estrellado pabellon de los Estados Unidos. M'Kannon, uno de tantos, obtuvo una en-

trevista del capitan del *Columbia* y con él se concertó para huir en 10 de junio con sus compañeros Brighouse, Conway, M'Quinan y Parr. En efecto, el dia convenido los fugitivos se encontraban reunidos en la punta occidental de la isla ocultos tras unas rocas, atento el oído al menor rumor y fijos los ojos en el Océano. Aparece por fin la chalupa, pero al mismo tiempo se oye ruido de pasos. El importuno se acerca, todo está perdido, la alarma cundirá en breve, y el proyecto habrá fracasado. M'Kannon sale de su escondrijo y se dirige resueltamente al encuentro de un hombre que se pasea solo por la orilla. Era un artillero de su compañía.

—¿Qué vienes á hacer aquí, á expiarnos?

—No por cierto.

—Vamos á desertar, y tú te vienes con nosotros.

—¿Yo? Pero...

—Así ha de ser, porque de lo contrario, como de tu silencio depende la salvacion de cinco hombres, te levantaré la tapa de los sesos.

Cinco minutos despues embarcábanse en la chalupa seis desertores, sin que los tres marineros encargados de dirigirla hiciesen el menor caso al ver uno más.

Hacia poco que navegaban cuando Parr rompiendo el silencio dijo á los marineros:

—¿Cuándo zarpais?

—Pasado mañana á la salida del sol.

—Estamos perdidos.

—¿Por qué?

—Porque como no hay mas buque en la bahía que el *Columbia*, esta noche se notará nuestra desaparicion, y allá irán á buscarnos.

Sus compañeros temblaron. De pronto Parr divisa en la ribera una barca ballenera.

—Amigos mios, hé aquí lo que nos conviene, llevémonos este barco. A la primera alarma saltamos en él y largamos. Yo he servido en la marina y sabré guiarlo.

Todos aprueban el proyecto, y á las once de la noche llegaban á bordo del *Columbia* con la barca.

Al rededor de las fortificaciones y en toda la línea de la costa veíanse pasar y repasar linternas, y el viento llevaba el rumor de voces. Espantados los desertores saltan en la embarcacion, el capitan les promete recogerlos á los dos dias en un punto préviamente acordado, les entrega un barril de agua, veinticinco libras de pan, y se alejan á fuerza de remo bajo el mando de Parr. Los peligros eran numerosos é inminentes, pues la barca que se hallaba en mal estado hacia agua por todas partes y no habia modo de vaciarla. Para colmo de desgracia con la prisa de embarcarse el cuadrante habia caido al mar; empero á fuerza de trabajo llegaron á la altura convenida con el capitan y esperaron.

Trascurrieron los dos dias y nada se distinguia. Temiendo que el capitan hubiese faltado á su palabra, Parr propone llevar la barca á la isla de la Ascension. El trayecto era largo, y los medios de navegar insuficientes. Con un remo improvisaron un mástil y con los pañuelos imitaron una vela. El viento soplaba con violencia y á los dos dias de viaje los pañuelos volaron por el aire.

La barca vagaba á la ventura y Parr no sabía ya á qué lado dirigirse. Al tercer dia desaparecieron las nubes, el Océano estaba tranquilo, pero la isla de la Ascension se les escapó, y por consiguiente resolvieron dirigirse á Rio Janeiro. Era necesario reemplazar la vela, y lo hicieron con sus camisas, mas por instantes temian perder este último recurso, y el peligro aumentaba á medida que se agotaban sus fuerzas, y apénas podian manejar los remos.

El 20 de junio tenian tres libras de pan escasas y una jarra de agua; en vista de esto se limitó la racion á dos cucharadas de agua por plaza y una onza de pan cada veinticuatro horas. El 28 carecian totalmente de provisiones; Parr no encontraba el derrotero, no se descubria tierra, ni indicio que la anunciase. Conway desesperado quiso arrojarse al agua, pero lo evitaron encerrándolo en la bodega.

Pasa cerca de ellos un pedazo de bambú, M'Kinou se apodera de él y va á devorarlo, pero sus compañeros le disputan aquel alimento; luchan, cae el mástil al mar y le arrebatan las ondas.

Al dia siguiente buscan alivio al hambre intentando comer los zapatos, pero empapado el cuero en agua salada tenia un sabor repugnante que les produce náuseas atroces, y á duras penas pueden aprovechar algunas tiras de los sitios más enjutos.

Nótase á poco entre ellos una extrema desconfianza: se observan mútuamente sombríos, recelosos; igual idea asalta á todos, y ninguno se atreve á reposar, temiendo dormir el último sueño, y que su cadáver sirva para prolongar la existencia de los compañeros, que sólo parecen esperar á que uno caiga rendido de cansancio.

De pronto Parr hace una señal de silencio, arroja un arpon y ayudado por los demas consiguen con gran trabajo atraer un delfin. ¡Qué fortuna para aquellos desgraciados! La sangre salta á borbotones del herido cetáceo, y los náufragos humedecen con ella ávidamente sus labios resecados. El pescado los alimentó cuatro dias.

Pero aquel leve socorro sólo sirvió para empeorar su horrible situacion, y una vez agotado, el hambre se presentó más cruel que ántes.

—Esto es demasiado padecer, exclamó Parr; barrenemos la barca, y pronto estarémos en otro mundo mejor donde no se conoce el hambre. Ademas, añadió esforzándose por sonreir, tengo mucha sed, y una vez al ménos quiero saciarme.

—No blasfemes, dijo M'Kannon que era irlandes, Dios nos manda vivir miéntras podamos luchar.

—Y ¿qué podemos hacer?

—Lo que há dias pensais todos y ninguno se atreve á decir. Somos seis y vamos á perecer; cinco quizá se salvarian.

—Tienes razon, dijo M'Quinan tambien irlandes.

Un profundo silencio siguió á estas horribles palabras, y todos se miraron aterrados. Kannon corta seis pedacitos de madera, escribiendo un nombre en cada uno, los agita en la mano, y se acerca á Parr invitándole á que tome el primero.

—No, dice Parr, no seré yo.

Todos se niegan á ser instrumento del destino. M'Kannon se acerca á la re-

gala y va arrojando los pedazos de madera uno tras otro al abismo. Uno queda, lo lee, y sin inmutarse exclama:

—Soy yo. Dios que me quita la vida salve las vuestras.

Y haciendo la señal de la cruz se hunde el cuchillo en el corazon.

Los náufragos estupefactos contemplan aquel cuerpo inanimado. ¿Quién dará el ejemplo? ¿quién probará el primero tan horrible manjar? Trascurren dos horas, y crecen las angustias del hambre; ya algunos se precipitan sobre el cadáver, pero retroceden horrorizados. Brighousse al fin, como el ladron que teme ser sorprendido, se acerca cautelosamente mirando con recelo en derredor, y arranca el cuchillo del corazon de su infortunado compañero. La sangre que brota de la herida le fascina, apodérase de él un vértigo, corta al acaso, le imitan los demas... y gracias al agua del mar el cuerpo no se descompone y les proporciona alimento para ocho dias.

El 8 de julio pensábase ya en otra víctima, cuando el agua cambió de color, y poco despues divisaron tierra. Los cinco desertores bendijeron la Providencia, y sin acordarse del infortunado M'Kannon forzaron remos hácia la orilla. La resaca era violenta; rendidos de cansancio, esforzábanse en vano por luchar, las olas rechazaban el leño, y el movimiento que le imprimian al remar acabó por hacerle zozobrar. Sólo tres alcanzaron la orilla. M'Quinan y Brighousse encontraron la muerte cuando esperaban salvarse. El primero fue el único que apoyó la proposicion de M'Kannon; el otro habia comenzado el horrible festin. Parecia un castigo providencial por su falta de humanidad.

Los tres náufragos arrojados en la costa del Brasil, cerca de Rio Janeiro, recibieron cuantos socorros exigia su desgraciada posicion alistándose más tarde en el ejército portugues.

Tal fue el desenlace del terrible drama iniciado en los peñascos de la histórica isla de Santa Helena, que tan famosa debia ser algun dia al convertirse en tumba del héroe que despues de asombrar al mundo con sus hechos fué á expiar allí los extravíos de su ambicion más grande que su gloria.

Volvamos empero al continente.

EL CABO DE BUENA ESPERANZA.

BARTOLOMÉ DIAZ.—VASCO DE GAMA.

Al terminar el Congo hallamos en el extremo meridional de Africa el cabo de Buena Esperanza, cuyo descubrimiento verificado en el siglo XV, despues del de las Américas, fue la empresa más atrevida é importante de cuantas se realizaron en aquella famosísima época.

Bartolomé Diaz, osado navegante portugues, fue el primero que surcando mares desconocidos divisó el tan buscado continente africano, la nueva ruta para las Indias que poco despues recorrieron esas turbas de valientes aventureros que engrandecieron su patria, y hubieran inmortalizado el nombre portugues si no igualaran en aquellas expediciones los excesos á las hazañas.

El primer viaje de Diaz debe ocupar un puesto preferente. Oigamos, pues, á Barros el historiador nacional.

Entre las noticias, dice, que al rey don Juan dieron el embajador del rey de Benin y Alfonso de Aveyro, supo que al Oriente de aquel reino, á veinte lunas de marcha (doscientas cincuenta leguas próximamente) existia el rey más poderoso de aquellas regiones llamado Ogane, el cual era considerado entre los príncipes idólatras de las provincias de Benin como entre nosotros el Sumo Pontífice, y siguiendo una antiquísima costumbre, todos aquellos soberanos al subir al trono le enviaban embajadores con cuantiosos presentes á fin de que confirmase su eleccion, á lo que contestaba Ogane en señal de asentimiento mandándoles un bordon y un morrion de cobre bruñido, en lugar del cetro y corona.

Siempre que en aquella época se hablaba de las Indias, nombraban á un poderoso monarca á quien apellidaban preste Juan de las Indias; creíanle cristiano, y el rey de Portugal pensó que por su mediacion sería fácil penetrar en aquellas regiones. En consecuencia reunió á sus cosmógrafos y en la tabla general de Tolomeo que contenia la descripcion de Africa trazada por sus exploradores, marcó la distancia de doscientas cincuenta leguas hácia Levante, donde segun los de Benin, se hallaban las posesiones del príncipe Ogane ó preste Juan como ellos le llamaban; calculó que siguiendo sus buques la costa donde á la sazon estaban haciendo descubrimientos, encontrarian indudablemente el promontorio de Praso, límite de aquellas regiones; y discutida esta idea en varias conferencias, decidióse por fin don Juan en 1486 á enviar dos buques y ademas dos hombres por tierra para ver si encontraban lo que tanto anhelaba.

El 2 de agosto de 1486 se hizo á la vela la expedicion proyectada, compuesta de dos buques de cincuenta toneladas y una barca con municiones de boca y guerra. El jefe de esta escuadrilla era un hidalgo de palacio llamado Bartolomé Diaz, á quien se debian ya varios descubrimientos en la costa de Africa; Pedro de Alanquer y Seitan le acompañaban en el mismo buque en calidad de piloto y maestre, y su pabellon ondeaba en el alcázar. El segundo buque iba al mando de otro hidalgo llamado Juan Infante, y la barca al de Pero Diaz, hermano del primero, todos expertos marinos.

A pesar de que Diego Cam, otro explorador, habia recorrido por dos veces la distancia de trescientas setenta y cinco leguas, ó sea desde el cabo de Santa Catalina hasta el de Padrao, Bartolomé Diaz, una vez pasado el rio de Congo, siguió costeando hasta llegar á un sitio llamado *Angra do salto* (bahía del salteamiento) en cuyo punto se habia apoderado el primero de dos negros, que por órden del rey debian en esta ocasion ser devueltos al mismo lugar de donde fueran arrebatados. Ademas llevaba Diaz cuatro negras para dejarlas igualmente en varios pueblos de la costa, con abundantes víveres y regalos que diesen á conocer las pacíficas intenciones del monarca que las enviaba: Diaz escogió sin duda á las mujeres para mensajeras de la paz, á fin de que desconfiasen ménos de su inesperada presencia en aquellas remotas tierras. Una de ellas murió en el momento de desembarcarla, si bien no fue efecto de malos tratamientos, pues el rey don Juan encargó ante todo que durante la exploracion tratasen con la mayor dulzura á los habitantes de aquellas regiones.

Durante su larga navegacion Diaz, segun la costumbre portuguesa, en cada nuevo punto de la costa que exploraba hacia plantar un pilar de piedra con las armas del reino que justificase la toma de posesion de aquel sitio por los conquistadores. Continuando su marcha llegó á nuevos climas en que el sol no era tan ardiente como en las costas de Guinea; pero las aguas de aquellos mares eran mucho más revueltas que las más borrascosas del litoral de España. Amainó sin embargo la furia de las olas, y trataron de acercarse á la tierra mareando hácia Levante, pensando que la costa seguia todavía la direccion de Norte á Sur como hasta entónces; pero viendo que no podian encontrarla variaron de rumbo navegando hácia el Norte, y llegaron á una bahía cuyas riberas hallaron tan pobladas de ganado vacuno, que la apellidaron *Angra dos vaqueiros* (bahía de los vaqueros). Apénas los negros pastores divisaron la escuadrilla, huyeron despavoridos. Siguieron sin detenerse mareando á lo largo de la costa; pero no bien llegaron á un islote situado á los 33° 40' Sur, la tripulacion sobrecogida de espanto al recordar los peligros que habian corrido atravesando aquellos primeros mares, empezó á pedir que no se pasase más adelante, porque indudablemente moririan de hambre. Pero la direccion de la tierra indicaba la proximidad de un gran promontorio que debia haber quedado atras, y era muy conveniente descubrir. Para acallar las quejas de los marineros Diaz desembarcó, celebró un consejo con sus oficiales, en el cual se acordó dar la vuelta á Portugal, extendiendo un acta de este acuerdo que hizo firmar á todos, pues no queria cargar él solo con la responsabilidad de un acto que reprobaba. Obrando así obedecia las órdenes del rey, pero continuando el viaje seguia los impulsos de su alma enérgica, que concebia los más atrevidos proyectos y no retrocedia ante ningun obstáculo para cumplir

lo que consideraba como un deber. Para conciliar ambos extremos pidió un plazo de tres dias que le concedió su descontenta tripulacion, pero como al cabo de ellos no descubrieron mas que un rio que tomó el nombre de Infante, porque fue el primero que saltó en tierra, vióse al fin obligado á oir las quejas y tornar á Europa. Tomada esta determinacion se pensó en llevarla á cabo desde el islote de Santa Cruz; mas al separarse Diaz del pilar que habia colocado allí, lo hizo con tal sentimiento, con tan acerbo dolor, como si dejase un hijo á quien nunca más volveria á ver, y enumeró especialmente con singular elocuencia los peligros que habian corrido sólo para plantar aquel poste inútil, puesto que Dios le privaba de conseguir el objeto principal de su viaje. Tantos esfuerzos, tanta abnegacion, no debian quedar sin recompensa; al alejarse del islote divisaron aquel gran cabo oculto por espacio de tantos siglos, al cual dieron el nombre de *cabo de las Tormentas*, por los peligros y tempestades que habian tenido que vencer al doblarle.

Siguieron el comenzado rumbo sin incidente notable, encontrando nuevamente la barca con los víveres que habian dejado atras; pero de nueve marineros que la tripulaban sólo encontraron tres. Uno de ellos, escribiente del buque llamado Fernando Colazo, á quien una enfermedad tenia reducido á una extrema debilidad, falleció á impulsos de la alegría de ver á sus compañeros. Los demas habian perecido, ya por haber intentado penetrar demasiado en la costa, ya por querer defender el cargamento de algunas visitas importunas que les hicieran los naturales. Como la barca estaba casi destruida por los gusanos que se adhieren á la madera en aquellas aguas, la quemaron y prosiguieron el viaje hasta los establecimientos de San Jorge de la Mina, en donde Diaz adquirió bastante oro en polvo, que allí le trocaron por otros objetos, pues ya principiaban á entrar en relaciones comerciales con los europeos, y en diciembre de 1487 llegaron á Portugal, habiendo invertido en tan memorable expedicion diez y seis meses y diez y siete dias. Diaz descubrió en tan corto tiempo trescientas cincuenta leguas de costa, ó sea una distancia igual á la que Diego Cam habia explorado en dos viajes.

Cuando Diaz se presentó al rey y le señaló el cabo de las Tormentas como el punto más importante de sus nuevos descubrimientos, quiso el monarca que este vasto promontorio se llamase el *Cabo de Buena Esperanza*, pues esperaba por medio de este notable hallazgo llegar á descubrir por fin aquellas Indias que ambicionaba hacia ya tantos años.

Para que el importante descubrimiento de Bartolomé Diaz produjese los resultados apetecidos era indispensable continuar las exploraciones por él inauguradas. Se habia encontrado el paso, pero faltaba franquearlo, y se requeria al efecto un hombre de pericia y valor bastantes para guiar una expedicion al traves de mares temibles y aun desconocidos, y por regiones cuya naturaleza y habitantes debian ofrecer nuevos peligros. Este hombre se encontró diez años despues, y en 1498 Vasco de Gama por vez primera dobló el famoso cabo y trazó la ruta que conducia á las Indias.

Habia muerto ya don Juan el protector de Diaz y hacia un año que don Manuel ascendiera al trono, cuando ansioso de llevar á cabo los grandes proyectos concebidos por su predecesor, y no queriendo separarse de las disposiciones de

este, ratificó el nombramiento que para este fin confiriera don Juan á Vasco de Gama.

Comenzáronse acto continuo los preparativos del armamento, no omitiéndose nada de cuanto se pudiese necesitar. Los buques que debian componer esta peligrosa expedicion eran: la capitana donde Gama enarboló su pabellon, llamada *San Gabriel*, y al mando de Pedro de Alenquer; el *San Rafael*, mandado por el hermano de Vasco, Paulo de Gama, siendo su piloto Juan de Coimbra; el *Berrio*, á las órdenes de Nicolas Coëlho, que se hizo célebre despues en los mares del Brasil, su piloto Pedro de Escollar, y el cuarto destinado para los víveres iba mandado por P. Nuñez, criado de Vasco de Gama. La tripulacion de estos buques se componia de ciento sesenta hombres entre marineros y soldados, toda gente escogida, y Bartolomé Diaz, el célebre descubridor del Cabo de Buena Esperanza, iba encargado de acompañar la flota hasta el país de Mina.

El viento Norte que de ordinario sopla en las costas de la península por el mes de julio hinchó las velas de la escuadra que se alejó rápidamente de la orilla, disfrutando trece dias de buen tiempo, al cabo de los cuales hicieron la primera recalada en Santiago, isla principal del archipiélago de Cabo Verde. Allí se proveyeron de víveres y poco despues se separaron: Bartolomé Diaz tomó el rumbo de Mina y los demas siguieron hasta Santa Helena, donde anclaron para hacer aguada, teniendo que sostener una escaramuza con los negros.

Tres dias despues pasaron por delante del Cabo de Buena Esperanza, doblándole con ménos dificultad que esperaban, y el dia de santa Catalina entraron en la Aguada, que está á sesenta leguas de distancia, en cuyo punto tuvieron algunas reyertas con los indígenas con motivo del cambio de ganados por otros efectos; y como estas tribus se mostraban más hostiles que las anteriores, Vasco de Gama dispuso anclar á mayor distancia de la playa, donde quemaron el barco que mandaba Pedro Nuñez despues de descargar las provisiones y tripulacion.

Al partir de aquel punto asaltóles una tempestad tan violenta, que hubieron de aferrar todas las velas; pero calmada algun tanto pudieron arribar á los islotes llanos (Ylheos chaos), situados á cinco leguas más allá del sitio en que Diaz plantó el primer pilar. Las rápidas corrientes de aquellas aguas no les permitian adelantar; pero á pesar de esto llegaron á la Costa Natal, y el dia de la Epifanía entraron en la bahía de los *Reyes Magos*, á la cual dieron tambien el nombre de *bahía de Cobre*, porque allí trocaron brazaletes dorados por marfil y otros efectos. Un tal Martin Alfonso, intérprete de la capitana, saltó en tierra para reconocer las aldeas comarcanas, y la descripcion que dió de las que visitara probó que fue bien recibido y obsequiado en las rancherías de hotentotes ó bosjesmanes. Vasco de Gama oyendo la relacion de tan benéfica hospitalidad determinó permanecer cinco dias en aquellos lugares, á los que dió con este motivo el nombre de *Boa paz* ó *Boa gente*.

Al salir de *Boa paz* navegó á cierta distancia de la orilla, pasando de noche por el cabo de las Corrientes. En aquel paraje principia á hacer la costa una curva inmensa, por lo cual temiendo Vasco penetrar en algun golfo de donde no pudiese salir, mareó hácia fuera; resolucion que le alejó de un puerto donde hubiera hallado algun descanso, pero pasó sin advertirlo por delante de Sofala, ciudad cuya opulencia era célebre en Europa, teniendo que ir á fondear bastante

más léjos junto á la desembocadura de un rio. Allí en vez de encontrar pueblos salvajes é incultos, vieron entre los negros varios individuos cuya cobriza tez denotaba otra raza distinta, ó acaso una comunicacion directa con los moros, pues aquellos hombres comprendian algo la lengua arábiga y vestian de una manera bastante original. Al verlos Gama juzgó que ya estaban cerca de los ricos países que habian motivado su viaje. Dió á este rio el nombre de *Rio dos bons Sinaes* (de las buenas señas), por ser donde por vez primera recibió noticias verdaderamente favorables, y para perpetuarlo plantaron un pilar de piedra con las armas de Portugal y coronado de una cruz que Joam habia mandado esculpir para atestiguar sus descubrimientos, y titularon á aquel monumento San Rafael.

El escorbuto, esa terrible enfermedad marítima, atacó á varios tripulantes causando algunas víctimas, cuyo accidente obligó á Vasco de Gama á permanecer un mes en aquel punto.

Pudo al fin darse á la vela el 24 de febrero, pero el buque mandado por Gama chocó contra un banco de arena, y estuvo á pique de perderse; sin embargo, á fuerza de trabajo consiguieron ponerle nuevamente á flote, y prosiguiendo su rumbo á la vista de la costa fondeó cinco dias despues á una legua de Mozambique, en un islote que más tarde llamó *isla de San Jorge*. Allí fuéron á visitarle tres ó cuatro embarcaciones llamadas *sambucos*, tripuladas por varios negros de lanosos cabellos casi en cueros, algunos árabes y un moro de Fez, esto es, de un territorio que con razon podia llamarse la escuela militar de los musulmanes contra los cristianos. Gracias al intérprete Fernando Martin pudieron entablar conversacion, y el moro quedó sumamente admirado cuando supo que aquella escuadrilla habia salido de Lisboa; disimuló diestramente su disgusto y dió á Vasco de Gama, al parecer francamente, algunas noticias que le pidió; por él supo que el jeque de aquella comarca se llamaba Zacoja y que toda nave que cruzase aquellas aguas estaba obligada de grado ó por fuerza á traficar ó á pagarle tributo. Gama le manifestó en pocas palabras el objeto de su viaje pidiéndole pilotos; mas el ladino moro allanó en apariencia todas las dificultades, prometió dar cuenta al soberano de las explicaciones que el portugues le daba, afirmando que sería fácil encontrar en Mozambique pilotos capaces de conducir la escuadra á las Indias, y partió llevando para el jeque algunas conservas de Madéra, una capa de grana como las que usaban los moros de Granada y otros efectos de poco valor procedentes de nuestras fábricas.

Al dia siguiente, á instancias del jeque Vasco de Gama entró en Mozambique conducido por la pequeña embarcacion de Coëlho, y no tardó en comprender y experimentar la alevosía de los moros, aunque por otra parte adquirió noticias positivas sobre las regiones de la India que buscaba. En aquel tiempo Mozambique, ciudad que tomó despues tanto incremento, era un pequeño establecimiento, una especie de escala entre el comercio de Lisboa y Sofala, y se componia sólo de una reducida mezquita, una casa cubierta de tejas donde vivia el jeque y algunas chozas con techos de cañas. Allí permaneció Vasco de Gama diez dias, sin recelar de la franca amistad que le demostraba el jeque; allí oyó de nuevo pronunciar aquel maravilloso nombre de *preste Juan* que con tanta ansia buscaban hacia largo tiempo; conoció á varios cristianos aunque de dis-

tinta comunion, y vió por fin á tres comerciantes abisinios que cayeron de rodillas ante la imágen del ángel Gabriel pintada en la bandera de Gama.

Los musulmanes de Mozambique comprendieron á primera vista todo lo que podian temer de aquella expedicion, y como el atajarla era en ellos más que un deber religioso, una necesidad para sus propios intereses, no pudiendo impedirla por la fuerza resolvieron valerse de la astucia. El jeque prometió á Vasco y le envió dos pilotos, los cuales exigieron ásperamente que se les pagase adelantado. Esta insistencia hizo desconfiar á Gama, y á ello debió su salvacion: exigió que uno de ellos quedase á bordo miéntras el otro iba á tierra, y en breve la experiencia le demostró el acierto de su precaucion, pues habiendo enviado al dia siguiente una embarcacion para hacer aguada y comprar víveres, fue atacada por siete sambucos que felizmente los portugueses rechazaron, encontrando la playa desierta.

Temeroso Vasco de Gama de alguna nueva traicion, fué á refugiarse en la isla de San Jorje, desde donde siguió su rumbo hácia las Indias, conservando á bordo al piloto que tuvo la prevision de retener; pero ya fuese que en efecto se hubiese desorientado ó que tuviese intenciones hostiles, el moro le condujo costeando á unas verdes explanadas cubiertas de mangles que tan comunes son en las regiones tropicales. El capitan portugues envió dos lanchas para reconocer la costa y la hallaron guarnecida por una multitud de negros: el piloto calculó propicia esta ocasion, y huyó á nado con un muchacho negro que le siguió. Gama reclamó inútilmente los prófugos al jefe de una aldea próxima, tuvo que sostener una lucha con los moradores, derrotólos, y el jefe temiendo las consecuencias de nuevas escaramuzas envió un piloto á Vasco de Gama. La escuadrilla volvió á guarecerse al islote de San Jorje donde permaneció tres dias, y partiendo el 1.° de abril de 1498, entró el 3 del mismo mes Domingo de Ramos en el puerto de Mombaza.

El piloto, traidor como sus compañeros, afirmó al jefe de la expedicion que aquella ciudad estaba poblada por cristianos abisinios y por habitantes de la India. La ciudad situada en mitad de un estrecho sobre una isla, no podia verse sino desde dentro del puerto; pero desde la bahía se notaba tan perfecta la construccion de los edificios y hasta de las casas pobres, que parecia un puerto de la península. En vista de lo que anteriormente le habia sucedido, Vasco de Gama fue prudente: contentóse con ver aquella ciudad africana que le recordaba los puertos europeos y no quiso acercarse á ella; pero á poco tiempo presentáronse dos embarcaciones en que venian varios personajes, quienes subieron á bordo de la capitana é invitaron á Vasco con toda la cortesía oriental á entrar en el puerto, diciéndole que siendo esta la costumbre, los extranjeros debian conformarse con ella. Vasco de Gama comprendió que era inútil excusarse y prometió entrar al dia siguiente; pero como este era la fiesta de Pascua, tuvo un pretexto para aplazar la entrada, contentándose con enviar á dos oficiales con un presente para el jefe árabe, encargándoles á la par que sondeasen las intenciones del pueblo. Estas minuciosas precauciones salvaron la expedicion y acreditaron una vez más la circunspeccion de que Gama estaba adornado.

Al tercer dia millares de lanchas con una multitud de árabes vestidos de gala se acercaron á la escuadra brindándose todos á escoltarla; Gama se pre-

sentó sobre el alcázar de la capitana, y precavido en extremo no permitió que se admitiesen á bordo de cada buque mas que diez ó doce individuos: á pesar de esto hallábanse los portugueses, sin sospecharlo siquiera, en el mayor peligro, cuando afortunadamente, habiendo varado la capitana en un bajío, Vasco mandó echar el ancla; pero esta maniobra no puede efectuarse sin que toda la tripulacion coopere á ella, y tan pronto como los moros que estaban en los buques portugueses vieron aquel repentino movimiento, creyendo descubierta la traicion que meditaban se arrojaron á las lanchas en el mayor desórden y confusion. Cuando Vasco de Gama y los suyos notaron tan atropellada fuga, comprendieron la causa que la motivaba, así es que acordaron alejarse al punto, siguiendo la costa que sabian estaba muy poblada, con la esperanza de encontrar algun buque musulman que pudiera facilitarles piloto. En cuanto á los moros, comprendiendo lo que iba á efectuarse, se aproximaron de noche con remos sordos con intencion de cortar las amarras de los buques; pero esta nueva traicion quedó tambien burlada porque los habian oido. Poco despues de salir de aquel sitio peligroso Vasco de Gama tropezó con dos sambucos que hacian rumbo para la ciudad, y apresó uno de ellos con trece moros, pues los demas se arrojaron al mar; por ellos supieron que más adelante habia una ciudad llamada Melnide gobernada por un rey muy humano, del cual podrian conseguir un piloto que los condujese á las Indias.

Vasco de Gama siguió su derrota sin soltar la presa, y el 15 de abril entró en el puerto hospitalario que los moros le indicaron.

Con esto se consumó un hecho grandioso, no sólo para Portugal sino para la cristiandad entera, como entónces decian: una vez llegados á Melnide, todas las dificultades de tan peligrosa expedicion se allanaron como por encanto, pues si bien aquel monarca era musulman, decian los poetas y cronistas que *tenia el pecho de cr stiano*. Todo en él denotaba una elevacion de ideas, una rectitud de pensamientos nada comun. Invitó á Gama para que fuera á palacio, y aunque una órden de su soberano le prohibia saltar á tierra ántes de llegar á los dominios del rey de Calicut, no titubeó en fiarse de aquel monarca, cuya lealtad ganó sus simpatías. Entónces ostentó la pompa oriental por vez primera su magnificencia á los ojos de los europeos, dejando adivinar á los portugueses que Marco Polo y Pero de Covilham dieron una idea muy imperfecta de ella en sus relaciones.

Vasco de Gama ordenó hacer una salva para obsequiar al rey de Melnide, pero tal espanto causó aquel estruendo nuevo para aquellos insulares, que los que no se dispersaron amedrentados se prosternaron en tierra.

En vista de esto mandó cesar las descargas, y adelantándose hácia el sambuco del rey, cruzó con él francas salutaciones y cordiales bienvenidas, y establecióse entre ambos una confianza completa. Prendado el rey de tan leal y amistosa acogida, manifestó deseos de visitar todos los buques, agradeciendo mucho el regalo que le hizo Gama de los trece moros apresados en el mar. Nada interrumpió en lo sucesivo esta buena armonía, y del rey de Melnide recibió Vasco de Gama aquel piloto leal, á quien con justicia debemos atribuir en parte el feliz éxito de la expedicion. Malemo de Canaca, que así se llamaba, moro de Guzarate, se adhirió sinceramente al servicio de los portugueses, sin que jamas se desmintiera su fidelidad. Vasco de Gama quedó altamente complacido de los conocimien-

tos geográficos que notó en él, especialmente viéndole presentar un mapa, en el que estaba figurada toda la costa de las Indias, orientada segun el sistema arábigo.

A pesar de la generosa hospitalidad del rey de Melnide, no se detuvo Vasco de Gama en esta ciudad, pues anhelaba llegar al término de su viaje y conocer por sí mismo la verdad de las relaciones que le habian hecho. Al punto que tuvo á bordo al piloto Guzarate, dieron la vela (mártes 23 de abril), y á pesar de la estacion contraria, circunstancia que posteriormente se consideró como un milagro, efectuóse con bastante rapidez la travesía de Melnide á la costa de Malabar, sin sufrir alteracion atmosférica notable. El domingo 20 de mayo divisó el piloto las montañas que dominan á Calicut, y al punto fué á pedir á Vasco de Gama las albricias por tan fausta nueva; pero padeció no obstante un pequeño error, y en la tarde de aquel mismo dia creyendo fondear delante de Calicut, surgió en Capolate á legua y media de aquella ciudad. Al punto acudieron en torno del buque multitud de almadías que hicieron comprender al piloto la equivocacion que padeciera; pero remolcados por aquellas barcas, la capitana y demas buques pudieron en breve dar fondo delante de Calicut.

Vasco de Gama, sobrado cuerdo para descuidar las precauciones que su situacion requeria, se mantuvo fuera del puerto, pero envió inmediatamente á tierra un presidario de los que en aquella época acompañaban á todas las expediciones portuguesas. Atendida su desgraciada posicion, aquellos hombres poco tenian que perder en arriesgados lances, pudiendo en cambio por un solo acto de valor rehabilitarse ante las leyes. Embarcóse este en una de las almadías que rodeaban la escuadrilla, y saltando en tierra encaminóse desembarazadamente á la ciudad. Los calicutenses, dice Castañeda, estaban atónitos, tanto más cuanto que su traje era diferente del que llevan los moros que llegan del estrecho; así es que se vió en breve rodeado por una multitud que le hablaba en árabe, á la cual no podia contestar porque ignoraba ese idioma, acrecentando con esto el asombro de los curiosos, que juzgándole moro le llevaron al domicilio de dos tunecinos á la sazon establecidos allí. Uno de ellos llamado Bantaybo sabía el castellano y conocia perfectamente á los portugueses. Cuando el presidario entró en la casa, conociendo Bantaybo que era portugues le dijo: El diablo te lleve. ¿Quién te ha conducido aquí? y preguntóle en seguida como habia llegado. El portugues se lo contó todo y le dijo los buques que mandaba el capitan general. Pasmado Bantaybo de que llegaran por mar, le preguntó qué buscaban tan léjos, á lo que contestó el portugues diciendo que iban en busca de especias y cristianos. Entónces le dió el moro unos panecillos de harina de trigo que los malabares llaman *apas* y miel; despues que comió, Bantaybo le dijo que volviese á la escuadra y que iria con él para ver al capitan general; cuando abordó á la nave del capitan, dijo al entrar estas palabras en lengua castellana: Felicidades, felicidades, muchos rubíes, muchas esmeraldas, muchas gracias habeis de dar á Dios que os ha conducido á un país donde hay toda la especiería, toda la pedrería y toda la riqueza del mundo. Cuando los europeos le oyeron hablar, se sorprendieron, pues no creian que tan léjos de Portugal existiese un hombre que supiese su lengua, y dieron gracias á Dios derramando lágrimas de alegría.

Vasco de Gama abrazó á Bantaybo, preguntóle si era cristiano, se informó

del camino que siguiera para llegar á aquellas remotas comarcas, y supo que habia llegado á Calicut por el camino del Cairo. Díjoles el moro tunecino que en aquel momento Samory, el soberano de aquellos dominios, estaba ausente de la capital. Vasco de Gama sin embargo decidió enviarle un mensaje anunciándole la llegada de la escuadrilla, y la mision especial de que iba encargado en nombre del rey de Portugal. Al efecto partieron dos europeos con Fernando Martin, el intérprete de la expedicion. El rey de Calicut recibió á los extranjeros, hízoles algunos regalos de poco valor, y al paso que previno á Vasco de Gama que iba á trasladarse á su residencia acostumbrada, le envió un piloto que debia hacer fondear los buques en el puerto de Pandarana á cortísima distancia de Calicut. El capitan general con todo fue asaz prudente para no admitir la oferta y mantenerse siempre en franquía. Apénas hubo anclado se presentó á bordo un mensajero del Samory para advertir á los extranjeros que el soberano estaba pronto á recibir á los enviados del rey de Portugal. Gama fijó el desembarco para el dia siguiente.

El 28 de mayo de 1598 preparóse Gama para hacer su entrada solemne en Calicut y dar cima con la amistad del rajá á la más atrevida é importante expedicion marítima que hasta entónces se habia efectuado.

Aquí empieza la dramática y curiosa relacion del viaje de Vasco de Gama; pero forzoso es que nos detengamos para no apartarnos demasiado del punto principal que ahora debe ocuparnos. Nuestro objeto ha sido sólo dar cuenta del descubrimiento de la nueva ruta de las Indias que debian recorrer luego tantos y tan ilustres navegantes y que tan inmensa influencia debia ejercer en el comercio y en la política de Europa. Los hechos y aventuras del explorador portugues nos ocuparán más adelante, cuando siguiendo el mismo derrotero por él trazado lleguemos á las opulentas regiones que fueron teatro de sus hazañas y muerte.

Despues de Vasco de Gama los portugueses continuaron enviando á la India frecuentes expediciones; pero sobrado presurosos por recoger los tesoros con que liberalmente les brindaban tan ricas comarcas, ó desconociendo quizá la importancia inmensa que para la navegacion tenia el cabo de Buena Esperanza, no cuidaron de conservar aquel promontorio, á cuyo descubrimiento debian su prosperidad y que tantos afanes y heróicos esfuerzos costara. Sin formar establecimiento alguno aunque en él recalaban en sus continuos viajes, dejáronle abandonado, hasta que en 1600 los holandeses más previsores fundaron en él una factoría para renovar las provisiones de sus buques que allí se detenian, y extendiendo luego su dominacion y conquistas llegaron el siguiente siglo á constituir una verdadera colonia. Los cándidos y apacibles hotentotes sin prever las consecuencias de su condescendencia, ningun obstáculo opusieron á los planes de los europeos; pero no tardaron mucho en arrepentirse, porque pagando los holandeses con negra ingratitud la hospitalidad que recibieran los esclavizaron ó rechazaron más allá de los montes que forman el límite septentrional. La colonia holandesa fue progresivamente prosperando y no contribuyó á ello poco la multitud de franceses fugitivos que allí acudieron á consecuencia de la revocacion del edicto de Nántes.

En 16 de setiembre de 1795 las fuerzas navales de Inglaterra se apoderaron del Cabo, y aunque por la paz de Amiens fue restituido á la Holanda, al renovarse

las hostilidades en 1806 cayó otra vez en poder de la Gran Bretaña que lo conserva desde 1814. Tal es en breve resúmen la historia de esta célebre é importante posesion.

LA CAZA DEL LEON.

SEBASTIAN ARAGO.

Varios son los navegantes que se han detenido en el Cabo y á quienes debemos interesantes y curiosísimas noticias: Le Vaillant, Lichtenstein y otros han estudiado con prolijo cuidado la naturaleza de aquel terreno y de sus moradores; mas ántes de dar cuenta de tan sabias observaciones, séanos lícito reproducir las bellísimas páginas que ha dedicado á esta parte del Africa Sebastian Arago, que como tantos ilustres viajeros se detuvo en ella al dar la vuelta al mundo.

Cuando los hombres vinieron aquí á poner las primeras bases de su naciente colonia, dice, hallaron un suelo duro, áspero, habitado y defendido por hordas salvajes. Las armas de fuego hicieron pronto callar el poder de las flechas, de los arcos y macanas: los indígenas se retiraron al interior de las tierras, y las viajeras embarcaciones, á fin de renovar sus aguas y víveres, hallaron aquí un punto de descanso que está á medio camino de Europa y de las Indias Orientales. Hasta entónces todo fue provechoso para el comercio y la civilizacion, pero tambien aquí se detuvo desgraciadamente el proyecto, vasto al principio y pronto abandonado, de la conquista moral del Sur de Africa. Los duros españoles y las guineas inglesas enriquecieron á los colonos que no quisieron llevar más allá sus ideas de industria y progreso; y los siglos pasaron sobre Table-Bay, colonia europea, sin que las tierras que confinan por decirlo así con la ciudad fuesen más cultivadas, sin que las poblaciones que las recorren fuesen ménos salvajes y ménos feroces. Hubiera sido efectivamente una bella y noble conquista la de un país en que no corriera más sangre que la exigida y derramada por el imperio de las leyes y de la justicia. El comercio por lo regular es poco regenerador.

En un territorio abigarrado en cierto modo por la presencia de veinte poblaciones diferentes, fuerza es se me perdone, si voy por valles y montes, si de la casa corro á la choza, y si abandono el morai por el templo de Lutero. Mi principal ocupacion es no olvidar nada, y el órden y la simetría estarian aquí muy poco en armonía con la variedad de los cuadros que se desarrollan á la vista.

La ciudad de Cabo por lo general ofrece al observador un aspecto caprichoso, discordante, que hiere y repugna. Por todas partes se respiran emanaciones imposibles de definir. Todas las castas de esclavos empleados en la agricultura y al

servicio de las casas, tienen un carácter marcado. El hotentote, el mozambique, el malgache, enemigos implacables, se codean, se amenazan y se encuentran en todas las encrucijadas; y más de una vez entre dos cabezas negras, repugnantes, y que babean una saliva verdosa, pasa blanco y elegante el perfil de una jóven inglesa que parece colocada allí como un ángel entre dos demonios; y despues cantos ó gruñidos salvajes, danzas frenéticas, de las que se aparta la vista por sí sola, gritos leoninos, instrumentos de alegría y fiesta fabricados con restos de osamentas y enormes crustáceos; todo esto reunido en corto sitio, todo formando una colonia, todo sucio, embrutecido, depravado.

¡Pues bien! mirad ahora, pero apartáos ántes, porque hay peligro en mirar demasiado cerca. Es un inmenso carro, tan largo como dos ómnibus, pesado, que hunde el terreno, y contiene alcoba, cama y cocina, uncido á doce, catorce, diez y seis y á veces diez y ocho búfalos, de dos en dos, que galopan por caminos difíciles y escabrosos; es una nube de polvo y pedrusco que oscurece el aire; delante de este extraño vehículo va un hotentote jadeante, que grita *á un lado;* en el pescante un cafre, atento é inclinado, lleva en la izquierda mano las riendas, miéntras que con la otra, armada de un látigo cuyo mango no tiene más de dos piés de longitud y la correa ménos de sesenta, estimula el ardor de los búfalos; y si un incómodo insecto se agarra ó pega al cuello ó á los ijares de uno de esos animales, es raro que al primer latigazo no sea despachurrado sobre la misma sangre. Sostengo que un automedonte cafre hubiera enseñado al de Grecia mismo, del que Homero nos cuenta cosas tan maravillosas.

Basta que los cafres, malgaches y mozambiques se avengan y conjuren una vez para que la ciudad del Cabo sea un monton de cenizas, teniéndose que reconstruir y reformar una nueva colonia. Así es que la política europea pone todo su esmero y cuidado en conservar entre esas diferentes naciones un espíritu de odio y venganza que á nadie más que á ellas es funesto.

En el Cabo vivia yo en casa de un relojero llamado Rouviere. Este tenia un hermano cuya vida de peligros resume en sí la de los Bontins, de Mungo Parck, de Landers y de los más intrépidos exploradores europeos. Aquí cuando Rouviere pasa por una calle todo el mundo le saluda y se detiene. Si entra en un salon, todos se levantan por respeto, y la mayor parte tambien por reconocimiento, porque á casi todos ha prestado grandes servicios. No se tiene ejemplo en el Cabo de un buque encallado en la costa, sin que Rouviere no haya salvado algunos restos útiles ó algunos marineros; y todo siempre en medio de las rompientes y con peligro de su vida. Habia oido referir de él cosas tan maravillosas, que determiné asegurarme de su veracidad, y pronto quedé convencido de que nada me exajeraron en la relacion de los hechos que se le atribuian.

La casualidad me colocó un dia cerca de él en un salon, y traté de aprovechar esta buena circunstancia.

—Caballero, le dije despues de algunas palabras de política usual, ¿creeis en la generosidad del leon?

—Sí, me contestó, el leon es generoso, pero sólo con los europeos.

Su respuesta me hizo sonreir, lo notó, y continuó con gravedad:

—No es chanza, sino un hecho positivo que sin embargo necesita expli-

cacion. Los europeos están vestidos, los esclavos en general no lo están. Estos ofrecen al ojo del leon carne que comer, aquellos no le presentan nada desnudo. Lo que entiendo por generosidad es, hablando con propiedad, desden, ausencia de apetito, y un leon que no tiene hambre no mata. El leon ha comido ménos europeos que cafres ó malgaches; el recuerdo de su última comida le excita, hay á su frente, al alcance de sus uñas y dientes un pecho desnudo, y el pecho es destrozado.

—Comprendo.

Sin embargo creo que hay reconocimiento en la opinion del valiente Rouviere, y hé aquí la ocasion que le dió lugar.

Salió una hermosa mañana de Table-Bay para False-Bay, siguiendo las sinuosidades de la costa, solo, segun su costumbre, y con un buen fusil que cargaba siempre con dos balas de hierro. Ademas llevaba en el cinto un par de pistolas y un tridente de hierro con mango, terciado á la espalda. Armado de este modo, Rouviere hubiera dado sin dificultad la vuelta al mundo. Hacia ya algunas horas que caminaba, cuando un ruido sordo y prolongado llamó su atencion; en el momento del peligro las primeras palabras de Rouviere eran:

—¡Alerta, hijo mio, y Dios sea neutral!...

El ruido se acercaba, era el leon. Cuando el rey de las selvas está en acecho y quiere engañar al enemigo, hace con sus poderosas garras un hoyo en la tierra, mete allí el hocico y ruge. El ruido se esparce á lo léjos de eco en eco, y el viajero no sabe dónde está la fiera. Despues de haber examinado las armas, Rouviere con ojos y oídos atentos continuó su camino, seguro de que pronto tendria que sostener una lucha.

En efecto, las rocas que iba costeando, retumbaron sordamente bajo los saltos del terrible rey de esas regiones, y un leon monstruoso vino á ponerse delante de él provocándole, por decirlo así, al combate.

—¡Diantre, diantre! se dijo por lo bajo nuestro hombre, tremendo es... ¡La tarea será pesada!... Y en presencia de tal campeon retrocedió.

El leon le sigue á pasos contados. Rouviere se detiene; el leon le imita... De repente la fiera ruge de nuevo, bate los ijares con la cola, salta y desaparece entre las rocas.

—Es mejor de lo que yo esperaba, murmuró Rouviere, pero tratemos de alcanzar el barco; es lo más prudente...

Apénas dijo esto, encontró otra vez al leon cerrándole el camino.

—Jugamos al marro, prosiguió Rouviere, esto acabará mal... Retrocedió aun, pero el impaciente animal se va acercando y parece provocar á su adversario á una lucha, como un perro que quiere jugar con su amo. Rouviere, picado del juego, está dispuesto á combatir, y el tahalí de su tridente está ya desabrochado, pero no quiere ser el agresor. El leon vuelve á rugir, empieza de nuevo su carrera entre las asperezas, y por tercera vez se opone al paso del colono.

—¡Ya estoy preparado, vamos á ver!

Rouviere se recuesta en una roca, pone una rodilla en tierra, una pistola á sus piés, y con el dedo sobre el gatillo parece desafiar á su terrible adversario.

Este sacude la crin, escarba la tierra, abre su boca jadeante, se agita, se inclina,

se levanta y con sus movimientos quiere empeñar al hombre á que comience la lucha. El ojo tranquilo de Rouviere se clava por decirlo así en el ojo ardiente del leon; sólo les separa una distancia de cinco á seis pasos, y por un momento se les creeria dos amigos que están descansando.

—¡Oh! á tí te toca, refunfuñaba Rouviere, lo que es yo no empezaré.

¿Quién dirá ahora el sentimiento ó el instinto que animó al leon? despues de una lucha de paciencia, de incertidumbre y valor, pero sin combate, el terrible cuadrúpedo ruge con más fuerza y lanzándose como una flecha desaparece entre las erizadas rocas del desierto.

—¿Debisteis creer llegada vuestra última hora? dije á Rouviere.

—Tan léjos estaba de mí ese pensamiento, respondió, que en el momento en que sentia en mi rostro la respiracion del leon pensaba yo: mis amigos se van á asombrar cuando les refiera esta aventura.

Y la veracidad de Rouviere nadie la pone en duda so pena de ser apedreado y despreciado.

—Cojea un poco, dije un dia á un amigo suyo.

—Un tigre con quien tuvo una escaramuza le mutiló el muslo.

—Y ¿el hombro desigual?

—Es de una furiosa ola que le arrojó contra una roca en el momento en que salvaba una jóven.

—¿Y la cicatriz del carrillo?

—Es la cornada de un búfalo que devastaba el gran mercado, y al que logró sujetar con peligro de su vida.

—Y ¿los dos dedos que le faltan en la mano izquierda?

—Se los amputó él mismo, porque le mordió un perro rabioso del que muchas personas fueron víctimas... Mirad, va á salir.

Rouviere se levantó y saludó; toda la concurrencia se puso en pié dirigiéndole las más afectuosas palabras, cada cual le convidaba para los dias siguientes, y todos se atropellaban para apretarle la mano. El panadero Rouviere es el hombre más valiente que he visto.

Al dia siguiente le encontré en casa del cónsul frances, en donde á pesar de ser un panadero y carecer de fortuna era recibido con la más alta distincion, y le pedí nuevos pormenores sobre su vida aventurera.

—Mas tarde, me contestó; sólo os he referido algunas bagatelas que para mí son distracciones. Mis luchas con los elementos han sido más sérias que las que he sostenido con las fieras. Lo único que deseo es descansar de lo pasado á fin de adquirir fuerzas para el presente y consuelos para el porvenir. Os prometo decir cosas curiosas.

—¿Es verdad, interrumpí, que temeis más la presencia de un tigre que la de un leon?

—¡Qué error! un leon es más de temer que tres tigres. Aquí nadie hace grandes preparativos para la caza de un tigre: la del leon es imponente, de distinto género, y ¡caramba! la habeis de presenciar puesto que tanto deseais saber. En ella se ve el drama en accion, el drama sangriento. Cuando uno viene de léjos, debe llevar algo que contar á su regreso: asistid pues á una caza del rey de los animales.

Los preparativos son graves: el jefe de la cacería debe atender primero á la eleccion de esclavos intrépidos y de confianza: luego á la de robustos búfalos, y por fin á la construccion de un carro cubierto y aspillerado en el cual suele suceder tener que atrincherarse, si en vez de hallar un solo enemigo se presentan varios.

Rouviere era hombre práctico; *como tal* la dispuso, encargándose ademas de las provisiones, y un dia al amanecer la caravana compuesta de catorce europeos y colonos, y de diez y siete cafres y hotentotes, se puso en camino por senderos casi impracticables. Pero el cafre que nos guiaba tenia fama de conocedor, y por consiguiente le seguíamos tranquilos y contentos.

A medio dia llegámos á la habitacion de Mr. Clarck, que nos recibió con la mayor cordialidad. Proseguímos la marcha á las tres, y pronto nos hallámos en medio de espesos matorrales y en un terreno de aspecto salvaje. Algunas veces costeábamos el rio de los Elefantes, que teníamos á la izquierda, para asustar á los hipopótamos que en él abundan, pernoctando en un rico establecimiento propiedad de Mr. Andrew, quien obsequió á Rouviere como al mejor amigo, y nos dijo que ya hacia algunas semanas que no se hablaba de proximidad de tigres, de rinocerontes, ni de leones.

—Irémos pues más léjos, dijo nuestro jefe, porque necesito una víctima, aunque sea un leon tan manso como un cordero.

Nuestro descanso fue corto, y los búfalos emprendieron de nuevo la marcha arrastrando el carro. Pronto el terreno cambió de aspecto y se tornó arenoso. El calor era insufrible, por lo cual nos apeámos á reposar dos horas.

—Dormid, dormid, nos decia Rouviere, yo os despertaré cuando sea preciso, y entónces os aseguro que se os acabará el sueño.

Aquella noche acampámos junto á un vasto pantano, esperando tranquilamente que amaneciera. Por la mañana creímos oir rugidos, y nos pusímos sobre las armas; pero Rouviere observó atentamente á los búfalos que permanecian inmóviles y nos tranquilizó.

—Aquí, nos dijo, no hay tigres ni leones; los búfalos lo conocen perfectamente. El ruido que acabais de oir debe ser producido de algun hundimiento, caida de árbol en el cercano bosque, ó algun metéoro que habrá estallado. ¡Adelante!

Al tercer dia estábamos á la mesa en casa de Mr. Anderson, cuando un esclavo hotentote llegó corriendo á prevenirnos que habia oido el rugido de un leon.

—¡Sea en hora buena! dijo Rouviere sonriendo. ¡A las armas, amigos! Uncid los búfalos y ejecutad puntualmente mis órdenes.

Otros esclavos asustados llegaron á confirmar lo que dijo el primero, y á pesar de los ruegos de Mr. Anderson, que rehusó acompañarnos, dirigímos nuestros pasos hácia un bosque donde al parecer de Rouviere debia ocultarse la fiera. Varios esclavos de nuestro huésped se unieron voluntariamente á la batida, á los cuales, como conocedores del terreno, se encargó que trataran de echar al enemigo á la llanura, haciendo nosotros alto en un claro limitado por árboles y escabrosas rocas, de modo que estábamos encerrados como en un circo.

—Queda convenido, amigos mios, que yo soy el jefe y por consiguiente el único á quien se debe obedecer; pues de lo contrario, quizá ninguno de voso-

tros vuelva á ver el Cabo, nos dijo Rouviere, pellizcándose de vez en cuando los labios y echándose hácia atras el cabello. El enemigo no está léjos. Poned aquí los búfalos y el carro; vosotros colocáos en ala, y detras los hotentotes con municiones para cargar. Yo, al frente, delante de todos; pero os prevengo que no os movais para auxiliarme aun cuando me veais en peligro; permaneced unidos codo con codo; de lo contrario sois muertos... ¡Silencio!... ¡he oido!... ¡observad á nuestros pobres búfalos!

En efecto, al rugido lejano que acababa de resonar los animales formaron un apretado círculo, colocando las cabezas en el centro para no ver el peligro que les amenazaba.

—¡Hola! ¡hola! dijo Rouviere frotándose las manos, el huésped tiene prisa. Es preciso obsequiarle como buenos vecinos.

Pocos momentos despues se oyó un segundo rugido más inmediato.

—¡Qué diantre! prosiguió nuestro intrépido jefe, pronto estará aquí. Anda ligero, y es fuerte... ya os lo he dicho. ¡Salud!

Mr. Rouviere era valiente, enérgico y sagaz. El leon se desembocó del bosque y al vernos se detuvo; acercóse despues lentamente cual si reflexionase y acabó por encogerse.

—Sabe su oficio, prosiguió el valiente panadero, ha combatido más de una vez: vamos á él para obligarle á levantarse; seguidme, pero siempre unidos.

Entónces se levantó el leon y dió tambien algunos pasos hácia nosotros.

—Apuntad bien, camaradas, nos dijo Rouviere fijando una rodilla en tierra; apuntad bien, y á la voz *tres*... fuego... ¡Atencion!... ¡una!... dos!... ¡tres!

Seguímos inmediatamente las órdenes de nuestro jefe. Hízose una descarga general y los esclavos nos sirvieron otras armas. El leon habia dado un salto terrible, casi en el mismo sitio, y vímos por el aire algunos mechones de su guedeja.

—¡Duro es! nos dijo Rouviere, vedle aun, no caerá el pícaro.

Pero la fiera lanzaba rugidos breves y entrecortados por largos suspiros; batia sus ijares con la cola, su lengua enrojecida corria de un extremo á otro la ancha boca, y dos ardientes pupilas rodaban en sus órbitas. Nadie hablaba, pero ninguno perdia de vista al terrible enemigo que iba á combatir contra veinte y cinco.

—¿No es cierto, decia Rouviere por lo bajo y volviendo rápidamente la cabeza hácia nosotros como para juzgar de nuestra emocion; no es cierto que late el corazon con violencia? ¡Valor! ¡valor y conseguirémos nuestro intento!

La sangre del leon corria en abundancia y enrojecia la tierra.

—¡Vamos, vamos! continuó por lo bajo el intrépido Rouviere, una nueva descarga general; procurad que todos los tiros vayan dirigidos á la cabeza ó cerca de ella.

Ibamos á hacer fuego cuando cayó al suelo el fusil de uno de los tiradores. Este se bajó para recogerlo y dejó ver el desnudo pecho de un hotentote. A su vista, el terrible leon se endereza como impulsado por un resorte; sus narices se dilatan y encogen con rapidez; se estira y replega, y mira en derredor buscando la presa que anhela y debe obtener.

—¡Un hombre perdido! murmuró Rouviere.

—¡Yo muerto! dijo el hotentote.

En efecto, el leon toma carrera, y envuelto en su espesa melena se precipita como un rayo; salta por encima de Rouviere que se agacha, derriba á siete ú ocho cazadores, se apodera del desgraciado hotentote, lo levanta, lo lleva á diez pasos de allí, le oprime bajo su poderosa garra, y parece deliberar aun si le perdonará ó le devorará.

Por nuestra parte habíamos dado frente á retaguardia.

—¿Estais dispuestos? preguntó Rouviere que habia vuelto á su puesto á vanguardia del peloton.

—Sí.

—¡Fuego, amigos!

El leon cayó y se levantó casi en el mismo instante. Pasaba y repasaba sobre el hotentote, como el gato que juega con un raton. Entónces Rouviere se adelantó solo, y dijo á la desgraciada víctima: ¡No te muevas! Y casi á boca de jarro descargó sobre la cabeza del leon sus dos pistolas á la vez. Este dió un rugido terrible, abrió la boca ensangrentada é hizo crujir bajo sus dientes el pecho del hotentote... Algunos minutos despues el rey de los bosques y el habitante del Cabo cadáveres entrambos yacian uno al lado del otro.

—Me parece que no estais muy tranquilos, nos dijo Rouviere con tono desenvuelto; lo comprendo. No es cosa tan fácil vencer á semejantes adversarios, y me conceptuo feliz porque no tenemos que deplorar mas que la pérdida de un hombre.

Sucede con la lucha del leon lo que con la de las tormentas; sentiriamos no presenciarla siquiera una vez; pero ántes de exponerse á la segunda, se reflexiona mucho.

Ningun incidente notable interrumpió nuestro regreso; al amanecer del dia siguiente Rouviere se paseaba por el muelle discurriendo hácia qué lado se dirigiria, pues habia observado aquella noche en su barómetro presagios de tormenta y no pudo dormir esperando el alba. Sin embargo, no hubo desgracias que deplorar; la borrasca pasó pronto, y el noble Rouviere descansó la noche siguiente.

Solemos encontrarnos con hombres de tal temple que todo parece hecho y creado para servirles de descanso, de ocupacion ó de juguete. Nada les detiene, ni asombra en su atrevido arrojo, y los mayores acontecimientos les parecen pequeñeces sencillas y naturales que les pertenecen exclusivamente, de tal modo, que si no gozasen de ellas se resentirian. Lo que conmueve á las masas, ellos lo ven con calma é impasibilidad; dicen y creen que hay siempre alguna cosa más allá de las catástrofes, y se consideran deshonrados cuando no desempeñan el primer papel en los trastornos. Estos hombres atravesarian el Vesubio y el Etna en medio de aquellas devastadoras erupciones; nuevos Jérjes azotarán la mar, y por último se indignan del poder del huracan que los domina y de la cólera del Océano que los rechaza. La sangre hierve en sus venas, y sin orgullo ni debilidad, se figuran que la tierra no tiembla sino para experimentarlos, que el relámpago brilla y el trueno retumba sólo para conocerlos. *¡Esto no acontece sino por mí!* Hé aquí su primera exclamacion á cada peligro que les amenaza: de modo que siempre se hallan dispuestos á resistir el choque y constantemente pre–

parados para la defensa. Estudiad esas naturalezas de lava y acero cuando están subyugadas por el sueño. Hasta allí las persigue la vida, esa vida peculiar suya diferente de las demas, que se desborda como un torrente, que hierve como el betun de Cotopaxi. Diríase que es un criminal devorado por el remordimiento, si no se descubriera cierta grandeza, cierta calma en su ancha frente, y algo grave y sobrehumano en el latido fuerte y regular de sus arterias: el crímen se presenta de diverso modo ; otro es el sueño de la hiena.

Rouviere es uno de esos hombres excepcionales de quienes acabo de bosquejar algunos rasgos físicos y morales. No le conocerá quien no se detenga al verle pasar, y sin embargo, os lo repito, físicamente, es ménos que un hombre regular.

—Pero, le dije un dia casi irritado contra aquella superioridad de que no alardeaba: ¿no habeis tenido miedo en vuestra vida?

—Sí.

—Y ¿os ha sucedido muchas veces?

—Algunas..

—¿Cuándo, por ejemplo?

—Cuando no he tenido el tiempo suficiente para que la reflexion me ayude. En el mundo todos tenemos momentos de valor y cobardía.

—¡Cómo! ¿habeis sido alguna vez cobarde?

—Lo mismo que los demas.

—¡Oh! contádmelo, os lo ruego.

—No es largo; en cierta ocasion fuí á una posesion distante de la ciudad que pertenecia á uno de mis amigos, el cual, sea dicho de paso, es el hombre más pusilánime que Dios ha criado. Si la temeridad es muchas veces una falta, la cobardía es siempre una desgracia. Mas con todo os aconsejo que no sigais mi ejemplo ; sucumbiriais al cansancio ; la vida os sería siempre pesada y penosa. Prosigo pues : cada vez que el propietario me veia salir de su casa armado, me decia : Querido Rouviere, llevais pistolas que os pueden herir. ¡Prudencia! Lo que más le espantaba era precisamente lo que debia tranquilizarle. Pero el miedo perturba... ¡Ah! perdonad mi digresion, voy á concluir. Un dia que me alejé más de lo acostumbrado, oí un ruido sordo y regular que salia de una especie de cueva por delante de la cual iba á pasar. Era la respiracion de una leona, que dormia profundamente cansada sin duda. ¡Oh! os lo confieso, si en tales casos hubiera tiempo para reflexionar, de seguro no obraria del modo que lo hice. Aprovechándome del sueño de la fiera, le disparé á boca de jarro y le introduje tres balas en la cabeza. No se movió.

—Y ¿llamais á eso cobardía?

—Pues ¿cómo quereis que llame á mi ataque? ¿qué nombre daré á quien se vale del sueño de su enemigo para matarle?

—¡Pero cuando este enemigo es una leona!...

—Por más que me digais lo que tantas veces me han repetido, no puedo absolverme. Así es que en poco estuvo no terminase allí mi existencia, porque al ruido acudió un leon del bosque vecino, y á no ser por el socorro inesperado que me envió mi amigo, no os contaria hoy estos detalles de una vida casi siempre mejor empleada.

Si durante mi permanencia en el Cabo hubiera hablado de Rouviere á mi gaviero Marchais, otro hombre que no vale ménos, era seguro algun terrible desafío entre ellos, alguna lucha en que ambos adversarios ó uno al ménos hubiera sucumbido. Cuando posteriormente le hice el retrato del colono me miró con indignacion como si yo tratara de humillarle, y levantándose bruscamente me dijo con su acostumbrada aspereza: *Espero que á la vuelta tocarémos en el Cabo, y entónces me veré con él.*

La roca submarina que abrió nuestra hermosa corbeta no nos permitió descansar segunda vez en Table-Bay, y Marchais no ha podido ver á Rouviere, bien á pesar suyo.

Dentro de pocos dias partirémos; utilicémoslos. En el Cabo existe una biblioteca; contiene pocos libros, pero es culpa de las ratas que los devoran. El bibliotecario, me dijeron, es hombre de peso; en efecto, pesa al ménos tres quintales.

El teatro del Cabo es notable por su excesiva limpieza y mal gusto. Por lo regular se representan en él las traducciones inglesas de nuestras comedias de segundo órden. Allí he visto representar *Jocrisse jefe de bandidos, y la Mano de hierro ó la esposa criminal.* El autor de moda, el Scribe de la colonia, es un tal Ignacio Bonifacio, que si acaso sabe lo que es un hemistiquio, de seguro nunca ha oido hablar de la cacofonía.

No hay en el Cabo iglesia católica, pero el templo luterano es extenso y de arquitectura tan suntuosa como severa. Tambien visité á Constanza. Las bodegas son verdaderos palacios, y las cubas maravillas esculpidas por cinceles cafres y hotentotes. Toda esta parte de la colonia es curiosa y digna de estudio, con tanto más motivo cuanto que no ofrece peligro alguno.

El jardin de la Compañía, tan ensalzado por otros viajeros, no merece la celebridad de que goza en Europa. Sólo es algo notable la casa de fieras, que posee un hermoso tigre real, un corpulento leon, un rinoceronte y varios avestruces gigantescos. Puedo asegurar asimismo que los naturalistas se han equivocado al afirmar que la cebra es indomable, pues en este jardin ví una en libertad, y dócil al extremo de que la montan los muchachos sin oponer la menor resistencia.

De todas las comarcas colindantes con el Cabo, la de los cafres es la más turbulenta y la que tiene continuamente en alarma al gobernador de la Colonia. Su modo de combatir es terrible; colocados detras de manadas de búfalos domesticados se agarran á las colas y se precipitan dando gritos sobre sus adversarios; déjase concebir el desórden que introducirán.

Sus armas son flechas cortas, sin plumas, con una punta de hierro envenenada: cuando están cerca se sirven de la macana de madera ó piedra con tal acierto que cada golpe mata un enemigo.

Las cazas del tigre y leon las hacen ménos dramáticas, pero quizá más curiosas que la de Rouviere. Colocados al borde de un precipicio ponen en el suelo restos de animales en estado de putrefaccion, y cuando perciben el ronquido del tigre, el gañido de la hiena ó el rugido del leon se agarran á las rocas ocultándose con ellas, y agitan una especie de maniquí que tienen separado tres ó cuatro brazas. La fiera se arroja sobre él cayendo al fondo del precipicio, donde otros cafres allí apostados la rematan.

Rouviere mostró un profundo desprecio á esa caza.

Hablé tambien á varios de la famosa Vénus hotentota que vímos en Paris hace ya bastantes años: era un fenómeno para ellos y se divirtieron con esta relacion como nosotros.

Nada diré de la lengua cafre, porque en nuestro idioma es intraducible el castañeteo frecuente de que usan, en extremo parecido al ruido que hacemos cuando arreamos un burro. Los gestos forman tambien parte de su vocabulario, y es curioso ver á un grupo de cafres en conversacion animada. Empero lo más sorprendente en hombres tan feroces es su predileccion por la música; el sonido de nuestra flauta los extasía.

Por más que esta narracion aparezca pálida junto á la realidad de una caza de leon dirigida por Rouviere, debo cumplir mi tarea de historiador. La vida, como el mar, tiene dias de calma y de tormenta.

Siguiendo mi costumbre, fuí el último que abandoné la tierra, embarcándome en un buque ruso que acababa de anclar mandado por Mr. Kotzebue, hijo del célebre literato, quien despues de tres años de penosa navegacion invertidos en un viaje al rededor del mundo, vuelve á descansar de esta expedicion que hasta ahora se creia impracticable.

Tal es la relacion de Mr. Arago, sobre la cual nos permitirémos hacer algunas observaciones.

En primer lugar Mr. Arago es uno de esos viajeros que tanto abundan en Francia, de cuya exactitud, aplomo é imparcialidad se debe dudar mucho. Excesivamente presuntuosos, creen que un dia les basta para conocer y describir una nacion entera; ligeros por naturaleza, aceptan sin reflexion los primeros datos que á mano les vienen, y sin asegurarse de su exactitud fundan en ellos las más severas críticas; impresionables en extremo, por un hombre juzgan á un pueblo; un hecho aislado, cualquiera circunstancia que les afecte, sírveles de base para calificar las costumbres y el carácter de hombres que por breves instantes frecuentan; ansiosos de distinguirse, sacrifican la imparcialidad á un chiste, la verdad á las formas. Sus relaciones son indudablemente las más agradables, seducen, tienen todo el interes de una novela, y las más veces no son otra cosa; en ellas se ha buscado más el atractivo que la exactitud.

No queremos decir con esto que la narracion de Mr. Arago debe considerarse como puro cuento; si así lo creyéramos, no la trasladaríamos; pero deseosos de que nuestro libro sea tan útil como agradable y exacto, nos han parecido oportunas estas aclaraciones para ilustracion del lector: téngalas en cuenta al encontrarse con los amenos escritos del ilustrado viajero frances.

Como segunda observacion harémos notar que en la colonia inglesa, ni en ninguna de las posesiones británicas, existen ya esclavos.

En cuanto al entusiasmo que le inspira el heróico cazador de leones no nos sorprende. ¡Rouviere era frances! No pretendemos rebajar el mérito del generoso panadero, ni empañar la merecida gloria del hombre modesto y denodado que dedica la vida al servicio de sus semejantes; pero no olvidamos que Mr. Arago como otros compatriotas suyos acostumbran exagerar tanto lo bueno de su patria como lo malo de la ájena, y á pesar de toda su admiracion, no nos parecen superiores las hazañas del cazador frances á la accion que reproducimos de un pobre negro sencillamente contada por un misionero italiano.

En una de sus excursiones por el interior del Africa acababa de entrar el P. Carli en una banza, cuando observó que sus moradores acudian en tropel á la plaza y rodeaban á un negro herido. Habiendo preguntado, respondiéronle que el jefe acababa de batirse con un leon.

Despues de saludar y examinar al herido:

—*¿Porqué no rodeais vuestras chozas con un cercado de espinos como hacen los demas?* díjole el misionero.

—*Padre,* respondió el negro, *miéntras yo viva, no habrá aquí cercado alguno. Muerto yo harán lo que gusten.*

La herida era leve. Carli deseó saber las circunstancias de la lucha, y se la refirieron de este modo.

Estaban el jefe de la banza y otras personas en la plaza, cuando de pronto precipítase entre ellos un leon hambriento excitado sin duda por el olor de la carne humana. La fiera se presentó sin rugir, como lo hace cuando busca presa, y los negros espantados y sin armas huyen apresuradamente. El jefe, empero, que *no sabe huir,* apoya en el suelo una rodilla y una mano, empuña con la otra el cuchillo y clávale con toda su fuerza en el pecho del leon: ruge furiosamente la fiera al sentirse herida, y lánzase sobre su enemigo que le esperaba prevenido y le hunde el cuchillo en la garganta. En aquel momento acuden los demas negros y el leon se escapa, sucumbiendo á corta distancia, miéntras el negro sólo tiene una herida en el pecho, causada por la garra del bruto. En efecto, el P. Carli lo habia encontrado muerto, y notado las heridas que atestiguaban la verdad de la narracion.

Mr. Arago dice que, segun Rouviere, es el leon más temible que el tigre; Mr. Le-Vaillant, otro viajero frances, que asistió á la caza de una pantera, asegura lo contrario, y esta es asimismo la opinion general entre los indígenas que son indudablemente los mejores jueces.

Mr. Arago, por último, afirma sin decir con qué fundamento que los cafres envenenan sus flechas, aseveracion que ha cundido bastante en Europa, y está formalmente desmentida por los viajeros que más de cerca han observado aquellas hordas salvajes.

LE-VAILLANT.

LA ISLA DE LOS PÁJAROS.—LA CAZA DE LA PANTERA.

Le-Vaillant es acaso el viajero que mejor ha estudiado la parte meridional de África, y las tribus que la pueblan. Aunque suele pecar como su compatriota Mr. Arago de ese afan de ensalzar á Francia rebajando á las demas naciones, y



Herí al leon en el pecho con toda mi fuerza.

tiene ademas pretensiones de chistoso. Cuando abandona el terreno de la novela limitándose á dar cuenta de sus observaciones, revela vastos conocimientos, conciencia y buen juicio. Su erudicion ademas es notable, y esto nos ha decidido á trasladar los siguientes párrafos de sus viajes.

A la entrada de la bahía de Saldaña descúbrese un islote llamado por los holandeses Dasen-eyland. En él, segun una tradicion conocida de todos los viajeros, fué á refugiarse un buque danes que á causa del viento contrario no pudo entrar en la bahía del Cabo, y muriendo el capitan á los pocos dias, la tripulacion lo enterró en esta isla erigiéndole un modesto mausoleo.

Siempre que al dirigirme á Schaapen-eyland pasaba á la altura de esta isla, llegaba á mis oídos un rumor sordo é imponente, y como hablase de ello al capitan, díjome que si lo deseaba nos llegaríamos á ella, porque tambien él tenia curiosidad de ver el sepulcro del capitan danes. Aceptada la oferta diéronse las oportunas órdenes y partímos al amanecer.

A medida que nos acercábamos aumentábase el rumor que tanto nos llamara la atencion, al cual se unia el estrépito del mar chocando con violencia contra las rocas que como una muralla la rodeaban, pero nos fue imposible saltar á tierra, porque la marea impedia atracar. Tuvímos que arrojarnos al mar, y envueltos entre agua y espuma escalámos la roca alcanzando á fuerza de trabajo la explanada. Imposible es describir el espectáculo que á nuestra vista se ofreció: de toda la superficie de la isla elevóse una nube de pájaros de todas clases y colores, formando á cuarenta piés de altura una extensa techumbre, abigarrada y movible. Las gaviotas, los filocrócoras, cuervos marinos, golondrinas, pelícanos, todas las razas aladas que pueblan aquella parte del África, creo estaban allí reunidas. Sus trinos y graznidos mezclados y modificados formaban una algarabía que ensordecia. La alarma que cundió en aquellas innumerables legiones de pájaros, fue tanto mayor cuanto que eran hembras, pues estando en la época de la incubacion, defendian tenazmente sus nidos, huevos é hijuelos, aturdiéndonos con sus gritos, y llegando á veces hasta á rozarnos el rostro con las alas. Hicímos algunos disparos y no lográmos ahuyentarlas: era imposible romper aquella nube; no dábamos un paso sin aplastar huevos ó polluelos de que estaba literalmente cubierto el suelo.

Las cuevas y hendiduras de las rocas servian de albergue á las focas, morsas y leones marinos, de los cuales matámos uno monstruoso.

El que abundaba más era el manco. Este pájaro de unos dos piés de altura llamado impropiamente en el Cabo *pinguino*, *pájaro niño ó bobo*, guarda una posicion completamente distinta de la de los demas. Conserva siempre el cuerpo perpendicularmente sobre las patas, lo que le da un aspecto de gravedad tanto más ridículo, cuanto que sus alas completamente desprovistas de cuchillos y de las cuales se sirve sólo para nadar, pues no vuela, cuelgan inertes por ambos lados.

A medida que avanzábamos hácia el interior encontrábamos manadas de ellos muy tiesos sin moverse para dejarnos paso. Los alrededores del sepulcro, sobretodo, estaban materialmente obstruidos; no parecia sino que lo custodiaban para defenderlo de cualquier profanacion. La naturaleza se habia encargado de hacer en el modesto sepulcro del capitan danes lo que apénas discurre la

imaginacion del poeta, y lo que sólo las riquezas obtienen del cincel del artista. El repugnante murciélago mejor esculpido, no presenta el aspecto siniestro del manco. El lúgubre graznido de este animal unido á los gritos de las focas imprimian cierta tristeza al alma. Fijé la vista en aquel último asilo del viajero, y no pude ménos de tributar un suspiro á su memoria. Por lo demas el monumento nada ofrecia de notable. Consistia en un cuadrado como de tres piés de alto, construido en seco con pedazos de roca. De buena gana le hubiera registrado interiormente, por ver si á los restos del capitan acompañaba algun indicio de su nombre ó patria, y á estar solo seguramente lo hiciera; pero tuve en cüenta que los marinos que me rodeaban eran holandeses, y ni lo propuse siquiera, pues llevan al fanatismo el respeto á los difuntos, y no solamente no hubieran permitido lo que creerian una profanacion, sino que en su supersticion eran capaces de atribuir á este paso cualquiera contrariedad que pudiéramos experimentar.

Antes de partir llevámos á la chalupa pájaros de todas clases inclusos mancos, de los cuales sacámos bastante aceite. Los marineros recogieron prodigiosa cantidad de huevos, alimento de que usámos algunos dias, y que encontrámos tanto más sabroso, cuanto que nos proporcionaba variedad en la monotonía de los manjares salados.

Despues de algunos párrafos de corto interes, Le-Vaillant continúa en los siguientes términos:

Tres meses haría que estábamos en la bahía, durante los cuales recogí una coleccion considerable y preciosa de pájaros, mariscos, insectos, etc., cuando un acontecimiento funesto me privó repentinamente de lo que á fuerza de paciencia, estudio y trabajo habia reunido.

A consecuencia de la guerra que estalló entre Holanda é Inglaterra, una flotilla inglesa penetró en la bahía atacando los buques en ella surtos. Como las fuerzas británicas eran superiores, los holandeses los abandonaron á sus enemigos que los saquearon á su placer. El capitan de mi buque fue el único que ántes de verle en poder de los adversarios; le pegó fuego. En este dia me hallaba yo cazando cuando oí los cañonazos; los creí efecto de algun regocijo, y volvíme deprisa para disfrutar de él; mas no bien llegué á una eminencia desde la cual se divisaba la escuadra, presentóse ante mi vista un espectáculo desconsolador. El *Myddelburg* volaba sembrando por la mar y el viento sus fragmentos inflamados, y contemplaba con amargo dolor mis colecciones, mis proyectos, mi fortuna y todas mis esperanzas convertirse en humo.

Despues de esta catástrofe que privaba á Le-Vaillant de todos sus recursos, acudió á un colono holandes llamado Slaber que le albergó con suma bondad. Otro á quien iba recomendado presentóse á ofrecerle tambien sus servicios, pero como el primero habitaba en el campo y le convenia más para sus observaciones y estudios, Le-Vaillant permaneció quince dias en su casa donde le ocurrió la aventura que refiere del modo siguiente:

Una tarde que me retiré temprano encontré esperándome en casa á un colono que no conocia, y manifestó llamarse Smith. Venía, segun nos dijo, á solicitar nuestra cooperacion contra una pantera que hacia tiempo se habia fijado en su distrito, y no pasaba dia que no les arrebatase alguna res. Agradóme en extremo la proposicion y la acepté contento, esperando vengarme en una cacería bien or-



Tuve el dolor de presenciar la destruccion de todas mis esperanzas.

ganizada del susto que otra pantera me dió en la bahía de Saldaña. A este fin invitámos tambien á varios jóvenes vecinos, y observando que no accedian de buen grado, los exhorté tanto exponiéndoles el interes general en exterminar á la fiera, cuanto haciéndoles ver que sería una cobardía negarse ó asistir con frialdad. Este discurso animó á los débiles y entusiasmó á los demas, quedando citados para el dia siguiente. Reunímos los perros que pudímos y nos armámos bien, tras de lo cual nos retirámos á descansar. La impaciencia empero no me permitió dormir en toda la noche, y apénas despuntaba el alba ya estaba avisándolos; pronto estuvímos reunidos, dirigiéndonos al llano, donde encontrámos á Smit y algunos amigos suyos que nos esperaban, formando entre todos un total de diez y ocho cazadores y otros tantos perros.

Yo llevaba una escopeta de dos cañones, cargados uno con perdigones gruesos y otro con postas; y una carabina con bala, que entregué al hotentote que me servia. El terreno, bastante despejado, no presentaba sino algun que otro zarzal, que al paso examinábamos por precaucion.

Despues de una hora de infructuosas pesquisas encontrámos un carnero medio devorado por la pantera. Esto nos puso sobre la pista, dándonos al par la certeza de que la fiera no debia estar léjos; en efecto, poco despues los perros, que hasta entónces no habian hecho mas que husmear sin direccion fija, se reunieron lanzándose á un matorral situado á unos doscientos pasos, ladrando y aullando furiosamente.

Al punto eché pié á tierra y fuí á colocarme en una eminencia distante cincuenta varas de la maleza, y observé con sorpresa que mis compañeros estaban aterrados. Juan Slaber, hijo de mi huésped, coloso de seis piés de estatura, me siguió resuelto, dijo, á no abandonarme aun que debiera morir; pero su demudada fisonomía manifestaba claramente que el pobre chico confiaba poco en sí mismo, y que para sacar partido de él era preciso alentarle. Con todo, á pesar de su terror me pareció más tranquilo junto á mí que con sus cobardes compañeros, que se alejaban del matorral.

Durante el camino me habian advertido que si encontraba á la fiera tan cerca que pudiese oirme, no gritara: *Saa, saa*, porque esta palabra la enfurecia y se arrojaba al punto sobre el que la pronunciaba; pero como en campo raso y terreno descubierto no podia sorprenderme, empecé á gritar: *Saa, saa, saa*, tanto para azuzar á los perros como para ver si así lograba arrancarla de su madriguera. Inútil fue sin embargo: ni la jauría espantada se atrevia á avanzar, ni la pantera sorprendida á salir, á pesar de que algunos mastines hacian esfuerzos que por desgracia no secundaban los demas. Mi perra, la más pequeña de todos, estaba siempre al frente y se adelantaba á veces hácia el matorral, sin duda porque mi voz la animaba.

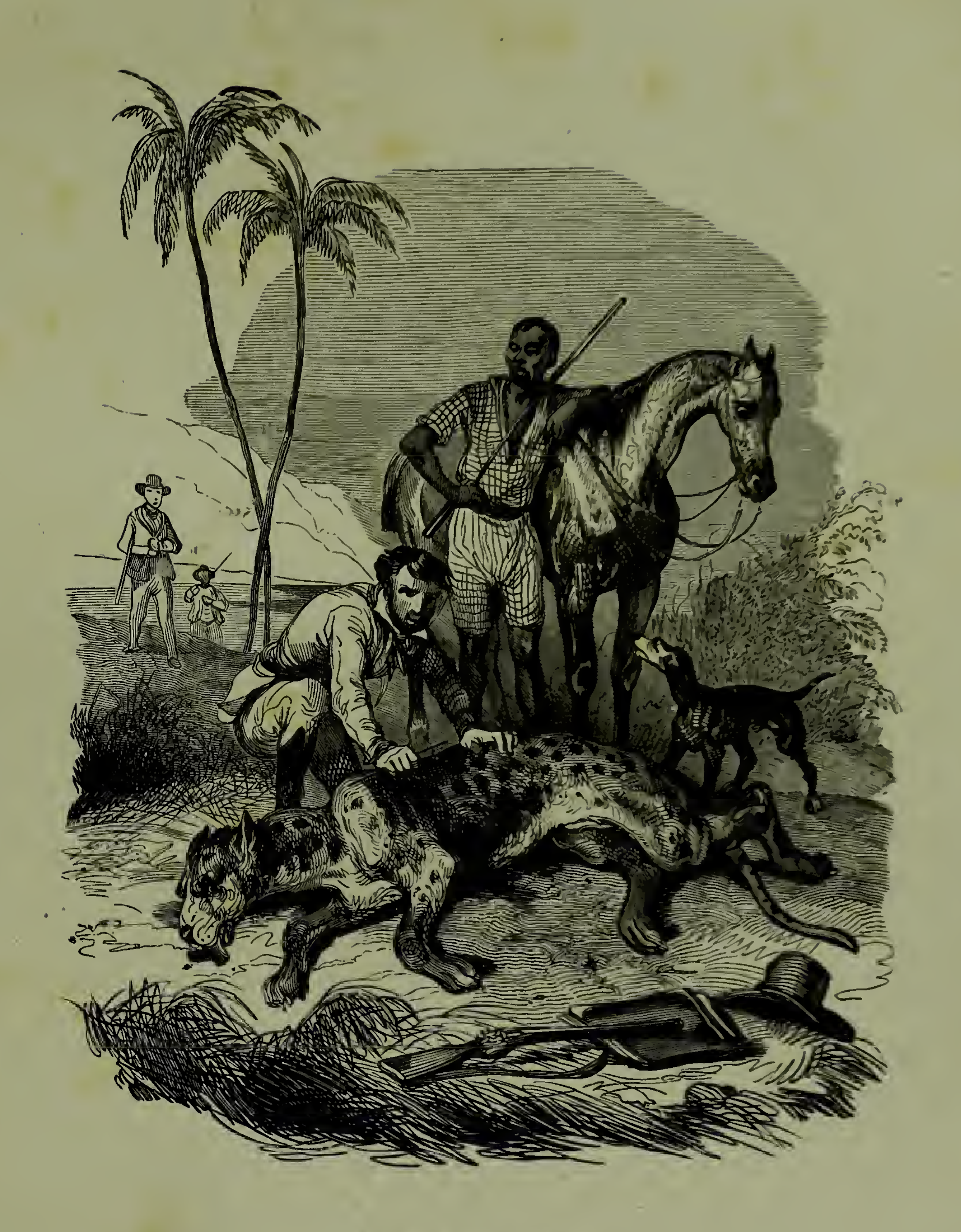
Lanzaba la fiera terribles aullidos, y esto me persuadia de que iba á embestir. Los perros al menor movimiento que hacia retrocedian y daban á correr. Algunos disparos la determinaron al fin, y salió bruscamente. Aquella súbita aparicion fue la señal de fuga general, y hasta el mismo Juan Slaber, que cual otro Hércules hubiera podido luchar con la bestia y ahogarla entre sus brazos, se turba, cede al terror, huye con los demas y me abandona dejándome solo con el hotentote. La pantera buscando abrigo en otro matorral pasó á cincuenta pasos de

nosotros seguida de los perros, y aprovechando la ocasion la saludámos con tres disparos. La maleza en que se ocultó era ménos frondosa que la que acababa de abandonar; algunas gotas de sangre me hicieron presumir que estaba herida, como lo probaba tambien el mayor encarnizamiento de los perros. Acercáronse entónces algunos de los fugitivos, pero la mayor parte desaparecieron.

Más de una hora seguímos hostigando á la fiera: más de cuarenta tiros disparámos á la ventura sobre el matorral, cuando cansado al fin de aquel trabajo que ningun resultado nos daba, volví á montar á caballo y me dirigí con precaucion al lado opuesto á los perros, calculando que ocupada en defenderse de ellos, me sería fácil sorprenderla por la espalda. No me engañé, y pude verla sentada, moviendo las garras para contener á mi perra; tomé entónces la carabina, apunté detenidamente, hice fuego, y me previne con la escopeta que llevaba en el arzon; pero fue inútil la precaucion, porque la fiera no parecia. Aunque estaba seguro de mi acierto, no era prudente avanzar en el acto hácia el matorral; pero como ni aun se la oia, sospeché que estaba muerta ó peligrosamente herida. Amigos, dije entónces á los cazadores que se habian acercado, vamos juntos de frente y en ala, y si aun vive, disparando todos á la vez por fuerza ha de sucumbir. Nada arriesgamos. Sola una voz contestó y fue negativa: nadie apoyó mi proposicion. Indignado y furioso: Compañero, dije al hotentote no ménos animado que yo, la fiera debe estar ó muerta ó mal herida; monta á caballo, acércate como yo, y procura ver en qué estado se encuentra. Yo vigilaré la entrada y si trata de escaparse dispararé. Bien podemos rematarla sin el auxilio de esos cobardes. Hízolo el hotentote, y apénas penetró en el matorral me gritó que veia á la pantera tendida sin movimiento alguno aparente, y que la consideraba muerta. Para asegurarse más le disparó otra vez, y yo acudí henchido de alegría. Mi valiente hotentote gozaba como yo; la satisfaccion doblaba nuestras fuerzas, y entre los dos sacamos á la fiera de entre la maleza. Parecióme enorme: la medía, la examinaba, la revolvia y contemplaba orgulloso mi primera caza de una bestia de enormes dimensiones. Era macho, y medía desde la extremidad de la cola hasta los bigotes siete piés y dos pulgadas por dos piés y diez pulgadas de circunferencia. Reconocí en él todos los caractéres de la pantera tan bien descritos por Buffon; pero en la colonia le llaman tigre, y este nombre siguen usando, por más que en aquella parte del Africa no se encuentre ningun tigre verdadero y exista notable diferencia en ambos animales. Los hotentotes le llaman *garugama*, esto es, leon con manchas.

En las colonias del Cabo se teme á la pantera más que al leon. Este no se presenta nunca sin anunciarse con espantosos rugidos, lo cual es un aviso para la defensa, como si manifestase más confianza en su fuerza ó más nobleza en el ataque. El otro al contrario une la perfidia á la ferocidad; llega siempre con sigilo, se desliza con destreza, espera al paso y saltando sobre su presa la arrebata ántes de que se pueda sospechar su presencia.

Esta es la aventura más interesante que encontrámos en el relato de Le Vaillant. Prescindamos pues de los pormenores de su viaje y veamos sus observaciones sobre los



Era mi primer ensayo.

GONACUAS, HOTENTOTES, BOSCHIMANES Y CAFRES.

Los hotentotes gonacuas se diferencian de los demas por el color más oscuro de la piel, la nariz ménos chata, la estatura más esbelta, las formas y ademanes más sueltos y nobles. Cuando hablan presentan la mano pronunciando la palabra *tabe*, que significa *yo te saludo;* esta costumbre la usan tambien los cafres, pero no los otros hotentotes. El traje de estos y los gonacuas es el mismo, con la diferencia de que como es mayor su estatura, los primeros hacen los mantos de pieles de carnero, y los segundos de becerro. En invierno lo usan con pelo y en el verano curtido. Calzan sandalias sujetas con correas. De sus observaciones deduce Le Vaillant que los gonacuas proceden de la mezcla de cafres y hotentotes.

Las chozas de los gonacuas, parecidas á las de los hotentotes de las colonias, tienen ocho ó nueve piés de diámetro por cinco ó seis piés de elevacion, están cubiertas de pieles de buey ó de carnero, ó bien con esteras sin mas que una abertura estrecha y baja. En medio de estos hornos mantienen encendida la lumbre, cuyo humo espeso, unido á la fetidez que en ellas se nota siempre, ahogaria indudablemente á cualquier europeo que se atreviese á aguantarse dentro dos minutos; pero la costumbre hace soportables á los indígenas esta singular morada. Verdad es que no permanecen en ella de dia, pero al anochecer cada cual se introduce en su nido, extiende en el suelo una estera, cúbrela con una piel de carnero y se duerme como pudiera hacerlo el sensual europeo sobre un delicado colchon de plumas. Cuando las noches son demasiado frias, se cubren con otra piel igual á la que les sirve de colchon, y en cuanto amanece arrollan la cama, depositándola en cualquier rincon de la choza. Si hace buen tiempo exponen al aire y al sol, sacudiéndolos aquellos utensilios para ahuyentar los numerosos huéspedes que los pueblan, no ménos incómodos que las chinches de Europa. Cuando otra cosa no tienen que hacer, dedícanse á cazar aquellos insectos que matan con los dientes como el medio más fácil y expedito, y nunca sirviéndoles de manjar como asegura Le Vaillant y otros.

El traje de los gonacuas difiere del de los hotentotes en que su *neupikros* ó delantal es más ancho y les llega hasta cerca de las rodillas. Este delantal lo adornan con cuanto adquieren. Cúbrense la cabeza con gorras de piel de cebra, y los brazos, el cuello y el cuerpo con brazaletes, collares y cinturones de abalorios, marfil, ó pedazos de metal. Píntanse la cara de rojo y negro y se untan con grasa empolvándose despues con harina de bubú; operacion que ejecutan con los niños desde que nacen, y segun ellos, contribuye á volverlos ágiles y flexibles. Los hombres no se pintan la cara, sino el labio superior hasta las narices.

Los gonacuas son muy aficionados y diestros en la caza del venado, al cual matan con lanzas y flechas de caña, de unas diez y ocho pulgadas de largo. Los arcos de que se sirven sólo tienen dos piés y medio ó tres, y hacen las cuerdas de intestinos de animales.

Los gonacuas no conocen oficios. La mujer que desea un lecho más blando fabrica ella misma las esteras; la necesidad de un vestido produce un sastre; el cazador que busca armas seguras las confecciona por sí; el padre es el único constructor de la choza para la familia. Sus utensilios se limitan á una cacharrería endeble y poco variada, cuyo uso principal es el de derretir las grasas que conservan en calabazas ó vejigas, pues por lo que hace á los alimentos, los comen asados. Aunque poseen rebaños de carneros y bueyes, casi nunca los matan, á no ser que enfermen ó se inutilicen para el trabajo. Su principal alimento lo constituyen la leche, la caza, y raras veces un carnero que desde pequeño destinan al efecto, castrándole para que engorde. La castracion la verifican por compresion entre dos piedras planas.

Los gonacuas, como todos los habitantes del trópico, dividen el año en dos épocas, de sequía y lluvia; lo subdividen por lunas, y sólo cuentan los dias hasta el diez. Generalmente indican el tiempo con acontecimientos notables, como una tempestad extraordinaria, una epidemia, una emigracion, etc., y se sirven para la subdivision del dia del curso del sol: así, suelen decir señalándolo con el dedo: Estaba aquí cuando me alejé, y allá cuando volví; método que si no es muy exacto satisface lo que quieren expresar.

La calidad de jefe no es hereditaria, la tribu elige al que ha de mandarla, y su poder es harto limitado. Combaten sin órden ni subordinacion; cada cual ataca y se defiende como le place.

Su diversion favorita es el baile, y para ella prefieren las noches, como más tranquilas y frescas que el dia. A la claridad de la luna, cogidos de las manos dan vueltas en redondo alternando con palmadas á compas. ¡Hoo! ¡hoo! es su canto más frecuente, y los instrumentos con que se acompañan son el *gura*, que consiste en un arco con su cuerda de intestinos y un cañon de pluma, el cual les sirve á la vez de instrumento de viento y de cuerda: el *clum-clum*, que es el mismo gura tocado de distinta manera, y el *robelpot*, que le forma una especie de tambor, y es el más ruidoso de todos.

El hotentote es naturalmente tímido, y por lo mismo poco emprendedor. Su carácter es flemático y reflexivo, y no lo desmiente ni en los momentos de mayor alegría; en esto se distingue de los demas de su raza, que por lo general son sobrado vehementes en los placeres.

La causa de no divertirse sino de noche es que de dia no pueden verificarlo: necesitan atender con el mayor cuidado á sus rebaños esparcidos por los campos, no sólo para impedir que se extravien, sino para guardarlos de los animales carnívoros que les acechan, y ademas limpiarlos dos veces diarias; tienen tambien que fabricar esteras, recoger leña seca para la lumbre y buscar raíces; estas faenas constituyen la ocupacion de la mujer. Los hombres van á caza, pasan revista á las trampas, fabrican flechas ó utensilios necesarios, y á pesar de lo grosera y toscamente que lo hacen, invierten largo tiempo y paciencia, pues carecen de útiles para abreviar y perfeccionar el trabajo. Dotado el hotentote de

una profunda indiferencia, es perezoso, y todo lo hace con extraordinario descuido. Si caza no es por aficion, sino porque su estómago lo exige. Sin recuerdo del pasado ni inquietud por el porvenir, sólo el presente le interesa.

Por lo que hace á sus caractéres físicos, dice Le Vaillant, tienen los pómulos prominentes; el rostro demasiado ancho en la parte superior y estrecho de mandíbulas, va disminuyendo hasta la punta de la barba, lo cual hace parecer su cabeza desproporcionada y en extremo pequeña para un cuerpo alto y fornido. La nariz chata no pasa ordinariamente en su mayor elevacion de seis líneas y las ventanillas están muy abiertas. La boca es ancha; los dientes pequeños, bien formados y de blancura deslumbradora; y los ojos hermosos y rasgados se inclinan un poco hácia la nariz como en los chinos. Los cabellos cortos, rizados y de un negro intenso parecen lana: tienen la barba tan escasa que sólo se les ve algunos pelos en la extremidad inferior del rostro y debajo de la nariz, y aun estos se los arrancan, lo cual les da un aspecto afeminado, que unido á su natural blandura les hace parecer ménos fieros que otros salvajes. Son bien formados, ligeros y graciosos andando, y sueltos de movimientos.

Aunque el conjunto de la fisonomía es igual en las mujeres, poseen facciones más finas y son mejor conformadas; su garganta es admirable, las manos pequeñas, y los piés perfectamente contorneados á pesar de que van descalzas. El timbre de su voz es suave, y cuando hablan hacen con los brazos actitudes graciosas y expresivas. La dulzura con que pronuncian da cierto atractivo á su idioma; y por regla general son bastante modestas.

Cuando muere un hotentote lo envuelven con la peor manta, doblándole de manera que quede cubierto todo el cuerpo. Luego lo trasladan sus parientes léjos de la aldea y lo sepultan echando piedras sobre la tierra. Fácilmente se comprende que en semejantes sepulturas no ha de estar el cadáver muy seguro de los chacales y hienas, á quienes pronto sirve de pasto.

Designan á los hijos de blanco y hotentota, ó de esta y negro, con el nombre de *basters*, si bien más particularmente se aplica á los primeros por ser los segundos en menor número. Rara vez se unen las hotentotas con negros, á quienes profesan cierto desprecio; pero se consideran honradas si llegan á ser amadas por blancos. El baster blanco es bien formado y su piel más clara que la del hotentote tiene el desagradable color de la corteza seca del limon. Los cabellos son negros, largos y ménos lanosos. La mezcla de estos con blancos, va sucesivamente emblanqueciendo el cútis, alargando y alisando los cabellos; pero la prominencia de los pómulos continúa hasta la cuarta generacion. Esta especie, más activa é inteligente que la hotentota, es tambien más turbulenta y perversa. Su aumento es bastante considerable; consérvanse independientes como los hotentotes, y se juzgan superiores á ellos; pero en el Cabo se los desprecia tanto que ni aun acostumbran bautizarlos, y por regla general sus padres les abandonan. ¡Horrible monstruosidad de que se avergonzarán los siglos futuros!

La union de negro y hotentota produce individuos de color más agradable que los anteriores. Sus rasgos, dice Mr. Hombron, no sufren tanto trastorno, la naturaleza se esfuerza ménos, y por último el color oscuro suaviza su grosera fisonomía. La índole es más apacible y dócil, ménos perezosa y lenguaraz, porque sus pasiones no son tan violentas.

Por sí solos tienen los hotentotes pocos hijos; su mezcla con los negros es más fecunda, y más todavía con los blancos.

Segun Le Vaillant los cafres son más altos que los hotentotes y gonacuas. Entre los que midió, halló varios que tenian cinco piés y ocho pulgadas, y ninguno ménos de cinco piés y cinco pulgadas. En su rostro no se observan ni los rasgos prominentes de los hotentotes, ni los achatados de los negros: tienen la cara oval, la nariz recta, y la boca poblada de dientes hermosísimos. Sus grandes ojos superados de una frente ancha y elevada en la cual se marca claramente el nacimiento de los cabellos, les da cierto aspecto agradable de franqueza ó inteligencia. Su negro color es intenso y brillante, y si de él hacemos abstraccion, dice Le Vaillant, mujeres cafres ví que pasarian por notables bellezas al lado de las europeas. No tienen como los hotentotes la ridícula costumbre de arrancarse las cejas, pero se pintan el rostro. Jamas se ponen grasa en los cabellos, en vez que se untan diariamente el cuerpo con el objeto de conservar el vigor y flexibilidad de los miembros. Obsérvase en ellos una particularidad: los hombres cuidan más del adorno que las mujeres. Para ellos son los collares de huesecillos, á los que proporcionan extraordinaria blancura y nitidez. Durante el calor van siempre desnudos sin conservar más que sus adornos y armas, y cualquiera que sea la estacion ó el tiempo que haga, nunca un cafre, hombre ó mujer, se cubre la cabeza como los hotentotes, limitándose á poner en los cabellos una pluma, una placa de cobre, ó bien pedacitos de piel de cebra ó de otro animal muerto en la caza.

Las cabañas de los cafres, más espaciosas, elevadas y regulares que las de los hotentotes, forman una media naranja perfecta. Su armazon consiste en un espeso encañado que revocan por dentro y fuera con argamasa de boñiga y greda, presentando á la vista cierto aspecto de limpieza de que carecen las de sus vecinos. La entrada de estas chozas es tan baja, que sólo á gatas se puede penetrar en ellas; pero como las construyen siempre bajo la copa de frondosos árboles á cuya sombra pasan el dia, sólo les sirven para pasar la noche y guardar las armas, ofreciendo esta estrechez la ventaja de poder defenderse mejor de las fieras ó de las sorpresas del enemigo. Revocan el suelo como las paredes, construyendo en el centro un fogon circular, con un borde de dos ó tres pulgadas. En el exterior y á cinco ó seis pulgadas de distancia forman una canal circular de medio pié de ancho y otro tanto de hondo para recibir las aguas y preservarla de la humedad.

Una industria más caracterizada, varias artes de primera necesidad, algo de agricultura, ciertos dogmas religiosos y la circuncision revelan aquí mayor civilizacion que en el extremo Sur, acaso heredada de antiguos y degenerados pueblos. Un rey los gobierna, si bien su autoridad es bastante limitada, y esta dignidad la hereda el primogénito, y á falta de este los sobrinos más próximos. El cafre ataca de frente y desdeña el uso de flechas emponzoñadas, al contrario del hotentote, que se sirve de ellas y se oculta entre las rocas ó malezas para dar la muerte sin exponerse á recibirla.

Usan los cafres un escudo de tres piés de altura, y por armas ofensivas ademas de la lanza, una maza de dos piés llamada *kiri*, de madera nudosa ó de raíz, la cual manejan ó arrojan con suma destreza.

Cultivan trigo, tabaco y cáñamo, que llaman *dagha* y cuyas hojas fuman.

No acostumbran enterrar los muertos, limitándose á depositarlos en una fosa abierta que sirve para toda la tribu, y á donde van á devorarlos las fieras, evitando de este modo, segun dicen, la corrupcion que resultaria de la aglomeracion de los cadáveres. Los cafres son celosos, pero sólo de sus semejantes; pues por una corta retribucion ceden gustosos su mujer al primer blanco que manifieste desearla.

Existen entre los hotentotes y cafres unos hombres llamados *boschimanes* ú hombres de los bosques, acerca de los cuales ofrecen gran variedad las opiniones de los viajeros que han tenido ocasion de verlos. Segun Le Vaillant, no forman especie distinta, sino que proceden simplemente de mezclas de mulatos, negros y hotentotes basters de colores distintos y parecidos sólo en la perversidad. Son, dice, verdaderos foragidos que viven sin jefes, sin ley, entre las rocas más escarpadas y las más inaccesibles cavernas, abandonados á todos los excesos de la depravacion y de la miseria, cobardes desertores de sus respectivos pueblos, sin otro recurso para subsistir que el pillaje y el crímen.

Pero otros consideran inexacta esa opinion, afirmando la existencia real de una especie distinta en caractéres y lenguaje, á la cual se da aquel nombre. Examinemos lo que sobre este particular dice otro ilustrado viajero.

LOS CAFRES, BOSCHIMANES, BETJUANAS Y KORANAS,

SEGUN LINCHTENSTEIN.

Debemos á Linchtenstein asimismo curiosos pormenores acerca de los hombres que pueblan el extremo meridional del Africa.

Cuando los portugueses, dice, descubrieron el Cabo de Buena Esperanza, los mahometanos á quienes encontraron traficando en las costas designaban con el nombre de cafre ó mejor dicho *kafer*, descreidos, á los habitantes del interior y del Norte. Los europeos descuidaron completamente aquellos lugares, y sólo cuando trataron de colonizar dieron con ellos y desearon conocerlos.

Los holandeses sólo consideraron cafres á los que habitaban al Este de aquella colonia suponiéndolos de orígen distinto de los tambuckis, de los imbos, de los brikas y de los mozambiques; pero Linchtenstein está persuadido de que todos pertenecen á la misma especie, y que deben reputarse como cafres todos los salvajes situados al Sur de Kiloa desde el noveno grado de latitud Sur, y al Este de la colonia del Cabo. Por la parte del Este su territorio alcanza hasta el meridiano del Cabo de las Agujas, partiendo de aquí la línea de demarcacion que los separa de los korana-hotentotes, boschimanes y colonos del Cabo.

Se distinguen los cafres de los demas pueblos del Africa por su elevada estatura, vigor y proporcionadas formas. Por los rasgos fisionómicos no se les puede

clasificar en ninguna de las razas humanas adoptadas en los libros de geografía ó historia natural; pues tienen como los europeos frente elevada y nariz aguileña; labios gruesos como los negros, y los pómulos salientes de los hotentotes. Su color es atezado, su cabellera negra, corta y lanosa, y aunque con poca barba, tienen más que los hotentotes. En su idioma claro, dulce y sonoro, las palabras radicales tienen una ó dos sílabas y las vocales son simples. Pronuncian lentamente acentuando la penúltima sílaba, y aunque tienen varios dialectos, se comprenden entre sí.

No son enteramente nómadas, pues sólo por fuerza y raras veces cambian de domicilio, distinguiéndose por su mayor civilizacion las tribus que más estabilidad han conservado. Sus medios de subsistencia consisten en los ganados y algo de agricultura. Su única bebida es la leche; visten pieles curtidas; usan como armas ofensivas la pica y el kiris, como defensiva el escudo, y jamas las envenenan.

Desconocen completamente la escritura, y en cambio labran los metales. Creen en un dios invisible, pero sin tributarle culto ni representarle con imágen alguna. Tienen hechiceros y adivinos que bendicen el ganado, y circuncidan los niños á los diez ó doce años. Abundan más entre ellos las mujeres que los hombres, porque en la guerra respetan la vida de aquellas; pero todas son esclavas y está admitida la poligamia.

El cafre es belicoso y cruel para los enemigos, fiel en extremo á los amigos y siempre receloso con sus compatriotas. En tiempo de paz es perezoso, le agradan la limpieza y el adorno; sóbrio, económico, y por lo comun modelo de fidelidad conyugal. A pesar de que revelan bastante buen criterio, no pueden deponer las supersticiones. Cada una de las numerosas tribus tiene un jefe que trasmite á sus descendientes la autoridad de que se halla investido, lo que no obsta para que frecuentes usurpaciones y revueltas detengan el progreso de las luces y de la poblacion que indudablemente fuera innumerable favorecida por el clima excelente y propagada por individuos vigorosos, á no diezmarla sin cesar guerras intestinas y mortíferas.

Ofrecen los cafres comparados con los hotentotes un constraste sorprendente. Confinados estos al Suroeste de aquellas regiones, é inferiores en vigor corporal y belleza, poseen una lengua pobre, inteligencia limitada, sin la menor organizacion civil, sin leyes que los rijan y hasta sin conocimiento de la propiedad. Para explicar esta notable diferencia entre dos especies tan inmediatas, suponen varios autores que los cafres proceden de naciones remotas, pero si bien convienen en ello casi todos, no sucede lo mismo cuando se trata de determinar esa procedencia. M. Barroso afirma que descienden de las tribus beduinas de la Arabia, á cuya opinion objétase que en tal caso conservarian restos de escritura y de la civilizacion de sus abuelos. La circuncision, presentada como prueba, se practicaba entre los trogloditas de la Etiopía, y allí cree Linchtenstein que está la patria primitiva de los cafres. Supone que las naciones del Norte de Africa poblaron el Mediodía, y que siguiendo las costas llegaron paulatina y sucesivamente unas al Este y otras al Oeste del Cabo, dando orígen las primeras á los cafres, y á los hotentotes las segundas. Al Este encontraron las tribus emigrantes suelo fértil y clima apacible, por lo cual pudieron conservar alguna civilizacion; miéntras que

al Oeste habitando en terreno seco y árido viéronse obligados á vivir de la caza y de la pesca y á correrse hácia el Sur para encontrar medios de subsistencia, de manera que los hotentotes llegaron al extremo meridional siglos ántes que los cafres, y fuéron avanzando lentamente, como lo prueba el que varios rios y montañas de la cafrería llevan nombres hotentotes; mas encontrándose con las tribus que bajaban del Norte, fueron rechazados por ellas y tuvieron que encerrarse en el corto espacio que les dejaron.

Todo eso sin embargo no pasa de ser una hipótesis más ó ménos justificada, como todas las que se hacen para averiguar el orígen de las naciones. Lo cierto es que el cafre está dotado de una fisonomía distinta de los demas indígenas y que posee en parte los rasgos de la raza impropiamente llamada caucasiana. Linchtenstein añade en apoyo de su conjetura que existe una semejanza extraordinaria en talla, costumbres, etc., entre los cafres, los mozambiques, los madagascares, los zanguebares, los abisinios, en suma, entre todos los habitantes de la costa oriental del Africa. Pero aun no se conocen todas las tribus de la cafrería, pues las únicas que han podido examinarse son las que habitan la parte más meridional de la costa del Este, entre los veinte y nueve y treinta y tres grados de latitud Sur.

Estos cafres á quienes ellos mismos dan el nombre de *koosas* ó *kausas* son ménos civilizados que los del interior, llamados *betjuanas*, sin duda á consecuencia de sus frecuentes relaciones con los hotentotes, en cuyo antiguo territorio se establecieron á lo que parece. Los koosas dan á su nacion el nombre de *Amakosina*, y les disgusta que les llamen cafres. Su talle es esbelto, midiendo por regla general cinco piés y seis ú ocho pulgadas; tienen los ojos vivos, la nariz recta, los dientes sumamente blancos, noble y firme continente, y toda su persona revela fuerza y valor. Las mujeres, cuya estatura no pasa de cinco piés, tienen el cútis fino, hermosos dientes y fisonomía agradable: unos y otros se pintan con tierra encarnada y grasa cada tres ó cuatro dias; pero nunca indeleblemente como los del interior.

Ademas son sóbrios, tienen pocos cuidados y hacen bastante ejercicio, á lo cual debe atribuirse que rara vez padezcan enfermedades. Unicamente les aquejan y causan gran mortandad las calenturas gástricas, y para curarlas apelan á remedios cuya eficacia está experimentada; sin embargo, cuando logran sanar, siempre atribuyen la curacion á hechizos y desencantamientos, de suerte que su medicina es una especie de supersticion. En ciertas estaciones las calenturas se hacen epidémicas complicándose con el reumatismo; entónces acuden á las sangrías locales y á las ventosas que aplican con un cuerno de buey. La viruela es otra enfermedad que de vez en cuando causa entre ellos grandes estragos. Linchtenstein cita como una singularidad no haber visto jamas á un koosa estornudar, bostezar ni toser, de lo cual deduce que no conocen el fastidio, el reuma, ni el catarro pulmonar.

Vander-Kemp dice que no sólo no se descubre entre los koosas el menor indicio de culto, sino que ni aun en el idioma poseen palabra con que expresar el Ser Supremo, á quien atribuyen la creacion del mundo: la voz *Thiko* de que se valen para designarle está tomada de los gonacuas. En cambio tienen una fe ciega en los hechizos. Sus adivinos ejercen cierta autoridad sacerdotal, y los misio-

neros que llegan allí pasan por hechiceros extranjeros. Vander-Kemp se vió bastante apurado un dia que la reina madre le ordenó hiciese llover, so pena de tratarle como enemigo. Felizmente llovió, pero no siempre fue tan afortunado, y esto le decidió á salir de la cafrería, pues aunque Geika, rey de aquel territorio, más razonable que sus súbditos comprendió lo absurdo de tales exigencias, le aconsejó que no se expusiera al resentimiento de la tribu.

Los koosas creen que existen hechiceros benéficos y maléficos. A los primeros acuden para sanar á los enfermos, y el curandero que por lo regular es una vieja, coloca sobre el vientre del paciente unas bolitas de boñiga y las agita haciendo signos misteriosos, pronuncia fórmulas mágicas y acaba por presentar un lagarto, una tortuga ó una serpiente, jurando que aquel animal estaba en el cuerpo del enfermo por mágia, de lo cual provenia su enfermedad. Comunmente en pago de su trabajo le dan una res, pero si el enfermo no sana está obligada á devolverla. A veces la familia desea conocer al mágico, y entónces hace reunir á toda la tribu; y miéntras hombres y mujeres cantan y bailan, la hechicera se retira á una cabaña para dormir y ver al culpable en sueños. A poco rato la llaman y aparece con unos venablos en la mano, casi desnuda y pintado el cuerpo de blanco y negro. Los interesados la rodean al punto, la cubren con mantas y la excitan á que declare el nombre del culpable; ella se resiste largo rato, y por último arroja las mantas y precipitándose sobre el que intenta acusar, le hiere; la multitud se apodera de él inmediatamente, mas ántes de conducirlo al suplicio, exigen de la adivina que indique el paraje en que está oculto el hechizo, á lo cual satisface poniéndose en marcha seguida de la tribu hácia el lugar que mejor la place; de él saca el cráneo ó cualquiera osamenta humana, con lo cual quedan convencidos.

Entónces el jefe condena al criminal á ser enterrado vivo en un hormiguero ó debajo de piedras candentes, y si se resiste al suplicio se le destierra, se confisca su propiedad y se quema su cabaña, si es que ántes á instigacion de la hechicera no le aplastan con las macanas. Asegúrase que á veces los jefes para apoderarse de los bienes de un rico lo hacen acusar de brujería por alguna hechicera ganada de antemano. En ciertas ocasiones el sentenciado encuentra su salvacion acusando á otro hechicero desconocido como instigador del crímen que se le imputa.

En épocas de gran sequía recurren á los hechiceros para conseguir que llueva. En este caso el que se encarga de conseguir el milagro mediante un determinado número de cabezas de ganado, es casi siempre un hotentote. Para la ceremonia matan un becerro, el hechicero empapa en la sangre una rama que sacude luego á su alrededor, traza un círculo andando con ademan imponente y se retira á su cabaña. Desde este dia esperan la lluvia un mes; pero si trascurrido no llueve, bien puede el hechicero ponerse en salvo, pues si dan con él su muerte es segura.

Encuéntranse tambien ciertos parajes donde cuantos pasan echan una piedra, una rama ó un puñado de yerba. Ignórase el motivo de tal costumbre, pero parece probable que estén allí los sepulcros de hombres que hayan gozado de la consideracion pública y cuyo nombre subsiste en la memoria de sus compatriotas. En el embocadero del rio Keisk zozobró un buque y perdió un ancla. Cachahé,

abuelo de Geika, mandó sacarla en pedazos, y el que se encargó de ello no sólo no pudo verificarlo, sino que murió al poco tiempo. Desde entónces creen que la ancla está encantada, que se irrita si la ofenden y domina al mar; le han dado nombre y la saludan cuantos pasan por delante. Cuando tras una larga y penosa cacería consiguen matar á un elefante, se disculpan ante el cadáver del animal asegurándole que un accidente desgraciado fue causa de su muerte, y para aplacarle le cortan la trompa y le entierran con gran solemnidad, pronunciando estas palabras: El elefante es un gran señor y la trompa su mano derecha. Recitan ciertos cantos ininteligibles aprendidos de la tribu de Mathimba, la cual pretende que se los enseñaron varios pájaros con cabeza humana que sólo cantaban de noche. Circula entre ellos esta original tradicion acerca de los ganados. Muy léjos, hácia el Norte, existe una gran cueva; en ella nacieron sus rebaños, y aun serian mayores si fuese posible encontrarla y atraer los animales fuera; á este fin suelen quemar vivo á un buey observando piadosamente la direccion del humo.

Acerca de la pureza tienen ideas singulares. Consideran impuros á los niños hasta que por la circuncision quedan admitidos entre los adultos; á las mujeres durante el mes siguiente al parto; á los viudos hasta la segunda quincena y á las viudas miéntras el primer mes de su viudez; á las madres hasta el tercer dia en que perdió un hijo, á los hombres al regresar de un combate y á todas las personas que presencian cualquiera desgracia. Los impuros en este período deben abstenerse de beber leche, de lavarse ó pintarse el cuerpo, y de hablar con nadie. Los hechiceros son considerados impuros é infames, pero pueden rehabilitarse renunciando al oficio, lavándose solemnemente en el rio. El homicida es tambien impuro; para purificarse debe comer carne asada con cierta leña que comunica á las viandas un sabor en extremo amargo, pintándose con los carbones el rostro. Al cabo de cierto tiempo se lava primero con leche, despues con agua, y se pinta de rojo.

Cuando se presenta un leon en las inmediaciones de un *kraal*, acuden en tropel con lanzas, kiris y escudos; rodean la madriguera estrechando el círculo, y le hostigan obligándole á que ataque. El cazador sobre quien se arroja presenta el escudo y se deja caer; inmediatamente los demas hieren á la fiera con sus dardos, sucediendo á veces que el leon herido y furioso hace multitud de víctimas. El primero que hiere al leon es considerado como héroe á pesar de adquirir cierta leve impureza, la cual desaparece encerrándole en una mala cabaña construida con este objeto, pintándole de blanco y haciéndole servir la comida por niños incircuncisos. A los cuatro dias se lava, se pinta de color oscuro y le conducen en triunfo al kraal donde comen un becerro.

Si cae un rayo en una cabaña al punto la derriban y construyen otra purificando el terreno por medio de la sangre de cierto número de bueyes, y hasta despues de verificada esta ceremonia nadie puede hablar con los que la habitaban; y si esta cabaña fuese la del rey, se degüellan cien bueyes que quedan luego para los pobres ó las fieras.

Cuando un enfermo está próximo á morir le trasladan á un lugar solitario á la sombra de un árbol, encienden lumbre y colocan junto á él una jarra de agua, sin que pueda quedarse cuidándole mas que los parientes inmediatos. En los últimos momentos le arrojan el agua á la cabeza como para reanimarlo, y al

punto echan á correr todos ménos la esposa. Páranse á cierta distancia y se hacen comunicar á gritos el estado y la muerte del paciente, cuyo cadáver queda á disposicion de las hienas, á las cuales no matan ni persiguen porque las consideran sagradas. La familia se purifica y regresa á sus casas; pero la viuda coge un tizon del fuego encendido junto al moribundo, va de noche al kraal, pega fuego á la choza que habitaba y se retira á un punto solitario, donde por espacio de un mes se alimenta de raíces y frutos silvestres. Espirado el plazo, arroja los vestidos, se lava el cuerpo, se rasga con piedras cortantes el pecho, los brazos y las piernas, se ciñe un cinturon de juncos y al anochecer regresa al kraal: los niños incircuncisos le entregan un tizon para que encienda lumbre en el sitio que ocupaba la cabaña, le dan leche fresca para que se lave y queda purificada. Sin embargo, la vaca que ha suministrado la leche queda impura y por consiguiente ya no se la puede ordeñar ni matar. Los parientes comen con la viuda becerro cuya piel le entregan para que se haga con ella otra capa; la ayudan á construir otra cabaña y vuelve á entrar en sociedad. La misma ceremonia se practica en la purificacion de un viudo; pero este ademas se fabrica un collar con el pelo de la cola de un buey, y el animal queda impuro. Si muere un adulto en la cabaña, consideran manchado todo el kraal y emigran dejando el cadáver en la choza. Si el muerto es un niño se contentan con cerrar y abandonar la cabaña.

Los jefes y sus mujeres son las únicas personas á quienes dan sepultura. Les dejan morir en su cabaña, envuelven el cadáver en la manta del finado y lo entierran en el redil, haciendo pisar la tierra por bueyes que desde este dia quedan impuros. Las viudas queman los utensilios de que se han servido con el jefe y se retiran por tres dias á la soledad, purificándose en seguida como las demas viudas, y en aquel momento emigran todos los súbditos. Igual ceremonia se verifica con las mujeres de los jefes.

En el momento de nacer un niño le revocan el cuerpo con tierra blanca, entregándole despues á la madre que le amamanta por espacio de dos años. Rara vez padecen ninguna de las enfermedades peculiares de la infancia, y personas que por largo tiempo observaron á los koosas aseguraron á Linchtenstein que nunca oyeron llorar á un niño. Hasta los siete ú ocho años están bajo la vigilancia de las madres sin que el padre se ocupe de ellos; pero desde esta edad los varones empiezan á guardar rebaños y las hembras á cuidar del arreglo doméstico. A los diez ó doce años se les instruye públicamente y bajo la direccion del jefe de la tribu, ya en el manejo de las armas y otros ejercicios corporales, ya en diversas obras manuales, segun su sexo.

Verifícase la circuncision en los varones al llegar á la pubertad, y esta ceremonia sólo tiene lugar cuando un hijo del jefe deba circuncidarse; entónces envian todos los niños de su edad, y se practica del modo siguiente. Confínanlos por cierto tiempo en una cabaña solitaria donde se alimentan sólo con leche de un rebaño cuyo cuidado se les confia. Preséntase luego el jefe acompañado de numeroso séquito y se les circuncida con una cuchilla cortante. Terminada la operacion arrojan el instrumento al rio, curan á los niños con yerbas medicinales y les pintan el cuerpo con greda blanca. Diariamente va un hombre á renovar los apósitos y la pintura, y á fin de que no se eluda la ley, le acompaña un empleado.

Terminada la curacion, que suele durar dos meses, queman las ropas y uten-

silios que les sirvieron en su aislamiento, se bañan en el rio y los presentan al príncipe, quien les dirige una alocucion exhortándoles á que se porten en adelante como hombres. Los padres les regalan mantas nuevas, les obsequian con mijo y leche, y concluido el banquete les entregan dardos y otras armas, con las cuales vuelven á presentarse al jefe á quien juran obediencia y fidelidad, terminando con una danza general esta solemnidad. Desde este momento los jóvenes se cubren con un taparabo de cuero guarnecido de corales y otros adornos, y se les designa con el nombre de *inkovala* ó *indada*, miéntras que ántes sólo se les conocia con el de *quinguela*.

Para declarar mujer á una niña, matan un becerro, pasa cierto tiempo cantando y danzando, la lavan, le pintan el cuerpo con arcilla encarnada, sus compañeras le prestan vestidos, anillos y otros adornos, mujeres y niñas la reciben con gritos de alegría; se enjuaga la boca con leche, y se celebra por último un banquete en el cual toma parte, y termina la ceremonia de su admision en la sociedad femenil. Niños y niñas miéntras no son admitidos entre los adultos se les considera impuros y no pueden comer con sus parientes; mas despues de su recepcion abandonan la choza paterna.

Cuando empiezan los niños á guardar el rebaño, les entregan sus padres un corto número que aumentan cuando han sido circuncidados, y les sirve para fundar ó comprar un establecimiento. El precio de la mujer varía segun la consideracion de que goza su familia y la fortuna del pretendiente; pero rara vez excede de seis vacas. Casi siempre las uniones son entre personas de clase igual, y es precisa una singular hermosura en cualquiera jóven pobre para que la solicite un rico. La peticion debe hacerse al jefe, quien majestuosamente sentado en un paraje público otorga el consentimiento y exhorta á la novia á que sea hacendosa y fiel; iguales consejos da al jóven que se presenta despues, recomendándole ademas que ejerza la hospitalidad y pague con exactitud el debido tributo al rey de la nacion y al jefe del Kraal. El desposado presenta á la novia una taza de leche de sus vacas, que ella apura, y queda la union afianzada, al mismo tiempo que los circunstantes exclaman alegres: ¡Bebe la leche! ¡ha bebido la leche!

Si la mujer muere sin dejar hijos, el suegro devuelve el precio, el cual es tan respetado que los padres de la jóven no prueban leche de las vacas recibidas del yerno hasta que su hija es madre. Entónces hacen algun regalo á los padres del yerno, y este á su vez á las hermanas de su mujer. El suegro no puede ver á su nuera sino en presencia de otras personas, y si por casualidad la encuentra sola debe alejarse. Igual prohibicion existe entre yerno y suegra.

Las mujeres tienen numerosas ocupaciones. No solo deben cuidar del arreglo doméstico y de sus hijos, sino tambien construir las cabañas, cultivar la tierra, fabricar los utensilios, buscar leña, etc., pues los hombres en tiempo de paz no se ocupan mas que en cazar, cuidar de los rebaños, llevarlos á pastar, y ordeñarlos. Los koosas son excelentes pastores: nadie profesa al ganado tanto cariño; ninguno sabe cuidarle como ellos, y enseñarle á que les obedezca. Dan á los cuernos de los bueyes una forma especial, los conocen por sus mugidos y los adiestran para carga y tiro. Los jefes montan en toros como si fueran caballos, mantienen por lujo manadas de ellos para recreo, enseñándoles á embestir á cualquiera que

lanza cierto grito, y es un pundonor mostrarse diestro en evitar las cornadas del animal furioso.

La leche de vaca es el principal alimento del koosa, que la toma fresca ó cuajada, haciendo de ella quesos y manteca para lo cual la agitan en odres de cuero, hasta sacar la nata; pero no se sirven de ella más que para untarse el cuerpo.

Sólo en ocasiones solemnes matan alguna res para comerla: la caza es por lo regular de lo que se alimentan. Para cazar se valen de los dardos ó de trampas hábilmente preparadas. Así por ejemplo, en los terrenos arbolados colocan muchas en hilera, y en los extremos ponen redes ó una especie de ratoneras. Para la caza mayor, como los búfalos, cavan hoyos profundos en el camino que suelen llevar para los abrevaderos y clavan en el fondo puntiagudas estacas: lo mismo hacen en las orillas escarpadas de los rios, entre las malezas por donde pasan de noche los hipopótamos para trepar á las alturas. Pónense en acecho y cuando los ven prorumpen en descompasados gritos que los asustan, y queriendo saltar al rio caen con todo su peso sobre la estacada. Para cazar la pantera suspenden en la rama inferior de un árbol un pedazo de carne y debajo fijan un dardo bien aguzado: la fiera salta para alcanzar la presa, cae sobre el hierro y se hiere mortalmente. La caza del elefante presenta mayores dificultades. No atacan mas que á uno solo cuando está aislado. Si lo encuentran en paraje favorable pegan fuego á la yerba que los rodea y le arrojan los venablos aunque no le causan gran daño, por efecto de su gruesa y dura piel. Cuando pretende escaparse le persiguen con suma prudencia, y colocándose en las alturas ó en los desfiladeros para poder arrojarle impunemente los dardos; en los terrenos llanos vuelven á pegar fuego á las yerbas, lo hostilizan y atormentan hasta que rendido de cansancio y falto de sangre sucumbe, acudiendo entónces á rematarlo. Nunca comen su carne, y le cazan por aficion, pues están obligados á dar los colmillos al rey.

Exceptuando los rebaños, los koosas no tienen más animales domésticos que algunos perros feísimos y sumamente flacos. No crian ovejas porque el terreno no es favorable al ganado lanar, ni gallinas aun cuando exista cierta especie sin cresta entre las tribus del Norte. Desconocen la propiedad territorial: cada cual encuentra con facilidad terreno donde poder sembrar mijo, melones ó alforfon. Igualmente son extraños á la agricultura; limítanse á sembrar y remover la tierra con una pala. Cuando el mijo está en sazon lo siegan con los dardos que les sirven para todo, apalean las espigas y depositan el grano en silos que cubren con paja, piedras y boñiga seca. Los melones de cafrería son algo amargos. Tambien cultivan una yerba que fuman. Con el mijo hacen masa cociéndola bajo el rescoldo. Los diversos grados de fermentacion que hacen sufrir á este cereal les proporciona una cerveza llamada *ajola* que embriaga, si bien se conserva poco tiempo; vinagre y cierto vino que llaman ingulaja. Los pocos kraals que situados en la playa comen pescado y moluscos, por carecer de otros alimentos, son despreciados, pues consideran indigno consumir los productos del mar.

Desde el momento que un koosa abre un silo, ó mata un buey, está en la obligacion de dar parte del cereal ó del cuadrúpedo á sus vecinos y al jefe, siendo un trozo de pecho el destinado á este dignatario. Es de notar que las mujeres no pueden comer pecho, cabeza, corazon ni patas de la res.

Generalmente usan mantas de piel de buey; pero los jefes las llevan de antí-

lope y de pantera, por cuya razon es obligatorio entregarles las pieles de las fieras que se cazan, de las cuales suelen regalar algunas á sus favoritos. Las mantas de las mujeres están guarnecidas con varias hileras de botones de cobre bruñido, y su número denota el rango y fortuna de la persona. Estos botones son el principal objeto de su codicia, de modo que si un viajero los lleva y se los cede, puede contar con su agradecimiento y adhesion. En la actualidad han establecido los ingleses ferias en la frontera, donde los cafres pueden adquirir fácilmente cuantas bagatelas necesitan para su adorno. Tambien ponen en la parte superior de las mantas colas de gatos monteses colgando por ambos lados, y se sirven en la costura de nervios de las reses. Para ganar la primera manta, las jóvenes tienen obligacion de acompañar á sus hermanos una vez á la caza, y terminada les dan una piel de antílope.

Los cafres se frotan el cuerpo con grasa y tierras, como arcilla, ocre, etc. Los hombres se cubren la cabeza con una tira de cuero, y en ella cosen laminitas de cobre, sartas de corales ó un plumero de jacal. El gorro de las mujeres consiste en una especie de turbante de cuero de *busch-bok* ú otro animal, al que sujetan una borla de lo mismo con abalorios ó pedacitos de cobre. Los collares de los cafres son cadenitas de metal, cordones con piedrecitas encarnadas, conchitas y abalorios, cambiando su disposicion y número segun la moda que tambien entre los salvajes ejerce su caprichosa tiranía. En tiempo de Vander-Kemp estaban en voga unos coralitos procedentes de la tribu de los imbas: tanto los apreciaban que por dos sartas cortas daban un buey y un becerro, á pesar de que no eran mas que vidrio rojo. Linchtenstein presume que esos abalorios pertenecian todavía al tiempo de los portugueses; pero siendo conocido que de Europa penetran grandes cantidades en el Sudan y otros puntos del norte de África, desde donde pasan al interior, ¿no sería posible que los de los imbas hubiesen atravesado desde el Norte al Sur, recorriendo territorios que son todavía un misterio cuya aclaracion ha costado inútilmente la vida á tantos intrépidos exploradores?

En las orejas se ponen unos cordoncitos con abalorios ó botones, anillos de alambre dorado, etc. Las ajorcas de marfil que ostentan algunos en el brazo izquierdo, son distinciones otorgadas por el jefe. Llevan tambien sortijas de cobre y de hierro, en manos y piés. Los hombres usan cinturones de cuero con botones y plaquitas de cobre ó hierro. Las mujeres llevan desde su nacimiento varios delantales de cuero llamados *inkijo*, colocados uno encima del otro y recargado el más largo de botones y abalorios, cubriéndose el pecho con un pedazo de cuero sujeto á la espalda.

Las armas de los koosas consisten en picas, broqueles y kiris: la pica cuya asta es de *curtisia faginea*, adelgazada en el extremo inferior, tiene cinco ó seis piés de largo, y á ella sujetan fuertemente un hierro de pié y medio cortante por ambos lados. Para arrojarla con buen éxito son precisas fuerza y destreza: su alcance ordinario suele ser de setenta y cinco á ochenta pasos, pero se encuentra quien la despide hasta ciento, si bien el golpe es inseguro. Estas picas son casi la moneda de los koosas, pues con ellas compran y pagan otros artículos.

Aunque esta tribu es valiente como todos los cafres y sostienen con frecuencia guerras contra sus vecinos, su inclinacion no es belicosa, y prefieren á la guerra la vida pacífica de pastores. Sin embargo, cuando sus jefes les conducen al

combate, ningun hombre capaz de tomar las armas se exime de ello, y una vez empeñada la lucha, quedaria manchado con indeleble oprobio el que se atreviese á huir. Las guerras principales son contra los boschimanes, sus colindantes del Norte, que suelen robarles los ganados; pero como estos enemigos no se baten en campo raso, prefiriendo emboscarse para despedir sus flechas envenenadas, rara vez se libra una verdadera batalla, y todo se reduce á continuas escaramuzas entre ambas naciones. Los koosas, semejantes á los demas cafres, aborrecen de tal modo á los boschimanes, que cuando llegan á prender alguno, sin reparar en edad ni sexo, lo inmolan sin piedad. Los boschimanes, dicen, son bestias feroces que es necesario exterminar donde se les encuentre. Linchtenstein cita el siguiente ejemplo de esta animosidad. En 1804 hospedábase en casa del gobernador del Cabo el diputado de una tribu cafre, quien descubrió por casualidad entre los criados del general holandes á un boschiman de once años. A pesar de la semejanza que existia entre él y los demas hotentotes, el cafre le distinguió al momento como oriundo de una raza aborrecida, y se arrojó á herirle con la pica. Acudieron los demas al oir los gritos del muchacho, y preguntando al cafre la causa de su furor. ¡Cómo! exclamó bastante agitado todavía, ¿un boschiman en esta casa? He querido librar al general de un malvado.

Tambien suelen tener algunas luchas intestinas motivadas, ya por la defeccion de jefes tributarios, ya por divergencias sobre los rebaños y los pastos; pero siempre precede á las hostilidades formal declaracion de guerra hecha por diputados que ostentan en las manos como signo de esta mision colas de leon ó de pantera. Cada jefe convoca sus soldados y al frente de ellos va á incorporarse á las tropas del rey. Reunido el ejército, matan varias reses, bailan y celebran grandes fiestas, durante las cuales el rey entrega á los jefes más valientes unos penachos de grulla que se colocan en la cabeza; esta distincion les impone el deber de combatir al frente de los demas, y el que retrocediese sería castigado con la muerte, pena que igualmente se impone á todo desertor ó cobarde. Despues de tomar el ganado necesario, dirígense al punto en que se halla el enemigo; mas ántes de atacar le envian nuevo mensaje, y si declara no tener reunidas todas las fuerzas ni estar preparado para el combate, acampan hasta que le plazca comenzar. Cuando llega al fin el momento, se adelantan en batalla hasta unos setenta ú ochenta pasos, exhalando gritos de guerra, y empiezan el ataque con los dardos, aproximándose gradualmente hasta luchar cuerpo á cuerpo. Entre tanto el rey y su séquito ocupan el centro, y los jefes se distribuyen por los flancos ó se colocan detras para impedir la retirada. Pocas veces llegan hasta el combate personal: regularmente uno de los dos ejércitos se desbanda ó suspende la noche las hostilidades, en cuyo caso se entablan negociaciones; si no tienen efecto, ántes de volver á empezar denuncian el armisticio. Si el enemigo huye, se le persigue procurando apresar sus mujeres é hijos, y apoderarse de sus ganados, matando en el acto parte de estos para celebrar la victoria. La paz debe verificarse de ordinario reconociendo el vencido por soberano al vencedor y rindiéndole homenaje, despues de cuya ceremonia se le restituyen las mujeres, los niños y parte de los ganados aprehendidos, celebrándose ántes de despedirse el banquete de paz. Rara vez son grandes las bajas, y aun en medio del mayor furor se respeta la vida de las mujeres y niños, tanto que cuando alguna vez temen que el ene-

migo irritado inmole á los mensajeros, envian mujeres seguros de que no han de sufrir ningun mal.

Ya hicímos mencion de la habilidad con que los koosas fabrican ciertos objetos; ahora debemos añadir aquí que las tribus del interior les suministran los metales, y aunque la mayor parte trabajados ya, ellos saben forjarlos tambien á pesar de que no tienen otros martillos que las piedras, ni más combustible que boñigas secas. Para encender lumbre frotan rápidamente un palo introducido en un pedazo de madera hasta que el roce lo inflama, alimentando despues el fuego con yerba seca. En su alfarería son de notar unos jarros grandes de arcilla secada al sol, y por lo que hace al tejido de sus cestos, baste decir que les sirven para conservar la leche.

El baile es su diversion favorita, á la cual se entregan por la noche á la claridad de la luna; el canto semeja un aullido y los instrumentos son más imperfectos que los de los hotentotes, aunque iguales. Poseen extraordinaria memoria; distinguen las reses de los rebaños, de manera que al regresar una manada de quinientas cabezas, á primera vista sabe el dueño cuáles le faltan; pocos saben contar más de diez, ninguno conoce su edad, é ignoran el modo de fijar fechas de acontecimientos. Segun varias conjeturas, la duracion ordinaria de su vida es de cincuenta á sesenta años.

Ocupan un territorio de cuarenta á cincuenta millas geográficas de largo por veinte ó veinticinco de ancho, siendo límite occidental el *rio de los Peces;* y sin embargo, tan vasta llanura no contiene al parecer más de treinta mil almas, comprendiendo á los matimbas ó tambukis; de modo que Linchtenstein cree que cuando él los vió no pasaban de veinte mil los vasallos del rey Geika.

Son bastante vagas las noticias que se tienen acerca de la geografía de estos territorios. Segun Vander-Keen, el gran rio de los Peces recibe en la demarcacion cafre tres considerables afluentes que son: el Konab, el Kacha y el Gwengwe. Se halla ademas otro gran rio, el Keissi, llamado Keis-Kamma por Alberti (kamma significa en hotentote agua ó rio), formado por los afluentes Sjemmy y Debe, que desemboca en el mar á los treinta y tres grados doce minutos de latitud meridional, y á los cuarenta y tres grados cincuenta y seis de longitud occidental. Mas al Norte el Kuakubi y el Syleni se reunen con el Konga que desagua tambien en el mar, y en el interior hácia el Noroeste circulan el Nobusi y el Karconga, y afluyen al Tey-Negro, que se reune despues al Tey-Blanco tomando el nombre de Amera, y es el rio más considerable de los koosas. Otro bastante caudaloso, el Baseh, forma el límite entre los koosas y los matimbas. La mayor parte de los que bañan la region de los primeros nacen en las altas montañas de granito y asperon que terminan hácia el Noroeste, cuyas crestas más elevadas conservan la nieve hasta mediados de primavera: en sus vertientes crecen dilatadas frondosas selvas que desaparecen á medida que se acercan á la llanura, de manera que la costa sólo presenta el aspecto de una vasta pradera. Entre el gran rio de los Peces y el Keyssi se hallan árboles gigantescos como el mimosa; pero más allá de este rio el arbolado es pobre, y en cambio abundan los vegetales ligeros. Vese allí una especie de euforbio (1) que alcanza á veces una altura de treinta y seis á cuarenta piés. El Keyssi forma tambien una línea de de-

(1) Es el *euphorbia officinarum*. Lin. Su jugo es colorante.

marcacion zoológica, pues al Oeste vagan numerosas manadas de antílopes pequeños y cuaggas (1), y abundan las fieras, miéntras que las grandes especies de antílopes, como el antílope dorca (2), elefantes enormes y monstruosos hipopótamos (3) habitan al Este del Keyssi. Alberti asegura que en su expedicion vieron una manada de lo ménos trescientos elefantes, y que mataron veinte y dos hipopótamos seguidos en corto espacio. Esta diferencia zoológica procede de la vegetal. Al Este el terreno es áspero y sólo pueden aprovechar sus productos los animales más groseramente organizados; y sin embargo, si ese terreno se modificara con el cultivo podria producir grandes beneficios á la nacion que le habita.

El clima difiere esencialmente del Cabo: el invierno que aquí se indica por frecuentes chubascos, es allá la estacion más seca. Desde mayo hasta agosto, época en que la igualdad de las noches y la oblicuidad septentrional de los rayos del sol disminuye mucho el calor, llueve rara vez; durante el dia el tiempo está fresco y sereno, y de noche se cubren los campos de escarcha. En verano, tan luego como empiezan los grandes calores, se forman furiosas tempestades que estallan por lo regular á las tres de la tarde y refrescan la tierra con abundantes lluvias, siendo tal su frecuencia que rara vez pasa una semana sin dos á lo ménos. Vander-Keen dice que durante los diez y seis meses que allí permaneció, sola una vez vió descargar la tormenta por la mañana. Los truenos son terribles y los relámpagos parecen torrentes de fuego. En el invierno la temperatura pocas veces baja de cincuenta grados de Fahrenheit; en verano está casi siempre entre setenta y noventa. Antes de estallar la tempestad sopla un viento ardiente que hace subir el barómetro á más de cien grados, y por la noche se forman espesas nieblas que humedecen la tierra y no se disipan hasta el medio dia siguiente: si este fenómeno se realizara en el Cabo produciria grandes beneficios, pero sólo se manifiesta con alguna regularidad al otro lado del Keyssi. Si con todas las ventajas que llevamos enunciadas cultivaran los europeos este territorio, sería quizá el más delicioso del Africa: el conocimiento de esta verdad fue sin duda el que impulsó al capitan americano Stout, cuando naufragó en 1796 en la embocadura del Amera, á proponer á su gobierno que fundase allí una colonia. Los árboles conservan su verde follaje todo el año con la misma lozanía; los pájaros no suspenden sus cantos, si bien los papagayos y las tórtolas se oyen algo más en verano y las golondrinas desaparecen en otoño. En 1804 y 1805 las lluvias fueron escasas: la sequía extraordinaria que reinó en la colonia y produjo la carestía se dejó sentir tambien en los koosas, que perdieron gran parte de sus ganados por falta de pastos, y tribus enteras penetraron en la colonia buscando terrenos más húmedos.

Los koosas habitan en kraales ó aldeas que contienen por lo comun de cuarenta á cincuenta familias. El padre de la familia más rica es el jefe, ó como decian los holandeses, el capitan del kraal, y cuando muere eligen otro casi siempre de la misma familia, sucediendo con frecuencia que varios kraales reconocen á un solo jefe. Estos á su vez están sometidos al rey cuya sancion necesitan. Antigua-

(1) *Equus quascha* (Gm) Buffon.

(2) Antílope kevella de Buff.

(3) *Caballos de rio.* Mamíferos paquidermos anfibios y herbívoros. Son estúpidos y feroces.

mente tenian derecho de vida y muerte sobre sus respectivos súbditos; pero este abuso cesó desde que el rey Geika prohibió ejecutar ninguna sentencia capital sin su consentimiento. Cada jefe forma un consejo de seis ú ocho de los principales del kraal que le asisten constantemente, y sin cuyo parecer nada se emprende, y los jefes de kraal forman el consejo del rey.

Este príncipe posee el poder absoluto, fiscalizado por la opinion pública. Si su gobierno disgusta á la generalidad, se lo advierte el jefe más antiguo y estimado, y cuando este primer aviso no es atendido, empiezan los kraales á desaparecer sucesivamente para establecerse en las fronteras. Este paso rara vez deja de producir el resultado apetecido, pues si el rey se obstinase en seguir gobernando del mismo modo, los kraales pasarian la frontera y abandonarian al soberano. Vander-Keen les vió dos veces tomar esta determinacion: la primera porque Geika, despues de prohibir que sus súbditos se hicieran justicia por sí mismos, trató de impedir que un marido matase á otro hombre que furtivamente se introdujera en su casa; y la segunda porque promulgó una ley arrogándose la sucesion de cuantos morian sin descendientes directos. Preciso le fue revocar ambas disposiciones; los maridos conservaron el derecho de vengar sus afrentas y los colaterales el derecho de heredar á sus parientes.

Por lo demas el rey goza de grande autoridad; dispone de la vida de los súbditos, y sus órdenes se ejecutan sin dilacion. Si despues de examinar á un criminal le encuentra culpable, sólo dice: Haced que no vea más á este hombre; cuyas palabras son un aviso para sacarle fuera y matarle; pero no faltan ocasiones en que le dejan escapar, y en este caso debe expatriarse. Geika que se distinguia por sus sentimientos humanitarios, rara vez usaba de ese derecho de vida y muerte, pues en la mayor parte de los casos en que la ley señala la última pena, la conmutaba con el pago de cierto número de reses como multa. Consideran como crímen capital hacer cualquiera necesidad en un prado ó ensuciar el agua destinada á los rebaños; pero el homicidio provocado por graves ofensas queda impune. En casos dudosos el rey consulta á hombres versados en la criminalidad á quienes llaman *pagatí*.

El rey lleva el título de *inkoosi*, que significa señor. Los vasallos cuando le encuentran le saludan diciendo: *ann koosa*. Cuando viaja le siguen sus consejeros y mujeres, y por donde pasa matan reses para obsequiarle; pero nunca bebe más leche que la de las vacas que consigo lleva. Sus rentas consisten en un tributo de ganado que cada cual paga, segun su respectiva fortuna, en parte de la cosecha, el pedazo del pecho de cada buey que matan, y de cada antílope que cazan, y por último los colmillos de los elefantes, las pieles de las panteras y las plumas de las grullas. Cuando un padre casa á su hija manda al rey algunas de las vacas estipuladas en el contrato, como agradecimiento porque está instruida en los quehaceres domésticos bajo la vigilancia del príncipe.

Sólo algunas colas de leon ó de pantera colocadas en el techo distinguen la casa del soberano de las demas, y sus mensajeros se dan á conocer por una cola igual que llevan en la mano. Los hijos del rey son jefes natos, y los niños que fueron circuncidados con él forman su escolta. No siempre el primogénito es el sucesor, sino el hijo de la que se considere primera mujer por su categoría y fortuna. Los demas quedan reducidos á jefes de kraales, que forman de ordinario ellos

mismos, estableciéndose con sus mujeres y escoltas. Sin embargo el rey está facultado para escoger en otra familia sin consideracion á sus hijos, y si al morir el heredero fuese menor, gobiernan los tutores.

Cuanto se sabe de la historia de los koosas son sólo tradiciones referentes á los últimos acontecimientos, y aun estas las conoce únicamente cierta clase que forman los conservadores de las tradiciones nacionales. Empiezan, pues, su cronología en un rey que se nombró Tegú á quien sucedió otro llamado Buda y á este Tsijo, que tuvo dos hijos Tgareka y Palo, sucediéndole el primero, y no el segundo como equivocadamente dice Le Vaillant, que le nombra Faraó. Los demas hijos sin embargo fueron poderosos, y Chachabeh, uno de ellos, goza entre los cafres la celebridad de un héroe. El rey Khota su primo, del cual fue consejero, relegó á sus propios hijos para elegir Oumlao que lo era de Chachabeh; pero Oumlao murió jóven de una herida causada por su padre en un acceso de cólera, no dejando más que al niño Geika, á quien eligió Khota por heredero. A la muerte de Khota estaba Geika bajo la tutela de su tio Sambé, quien gobernó sin oposicion durante la minoría; mas cuando Geika cumplió diez y ocho años, quiso el tutor usurparle el trono, y á este fin se alió con los hijos de Khota y con su hermano Jauhsa. Esta faccion turbó la paz: Geika aconsejado por su madre que era hija del rey de los matimbas, marchó contra los rebeldes, los venció é hizo prisionero á su tio en 1796, mandándole vigilar por espacio de dos años. En este período le vió Mr. Barroez, el cual elogia la generosa conducta del jóven Geika para con su pérfido tutor. Geika devolvióle sus mujeres, criados y rebaños, diciéndole en presencia de Vander-Keen: Tio, á vuestra instruccion debo sentimientos generosos: por eso quiero olvidar vuestras malas intenciones hácia mí. Obraré con vos como me habeis enseñado. Id, pues, y aprended de mí á portaros como súbdito fiel.

Desgraciadamente esa conducta se desmentia al mismo tiempo con los hijos del rey Khota, prisioneros tambien, y con los cuales se mostró implacable. A uno lo mató él mismo, y á los demas los hizo dar muerte exceptuando al más jóven llamado Hientza, que tomó á su cuidado y á quien manifestaba querer dejar su trono.

No pudiendo ya conspirar, Sambeth y sus partidarios se retiraron á la orilla opuesta del gran rio de los Peces, desde donde amenazaron la seguridad de la colonia holandesa que los ingleses acababan de ocupar. Varios hotentotes escapados de la servidumbre se agregaron á los koosas emigrados y los guiaron en sus excursiones por el territorio colonial. Esparcióse el terror en el distrito de Graaff Reynett: todas las comarcas situadas en el rio de los boschimanes y el Visch Ryvier cayeron en poder de los cafres, que incendiaron las habitaciones de los colonos, se apoderaron de los rebaños y asesinaron á los propietarios que quisieron defender sus hogares. En circunstancias tan críticas el comandante Tjaard Vander-Walt, despues de agotar inútilmente todos los medios de dulzura y persuasion que en otras ocasiones le habian producido excelentes resultados, reunió á los colonos y marchó contra los invasores; pero cayó herido de un balazo que le disparó un hotentote oculto en un jaral, y su muerte fue la señal de dispersion para los colonos. Casi al mismo tiempo los campesinos se insurreccionaron contra la administracion inglesa, y entónces Mr. Barrow y el general Vandeleur acudie-

ron con un destacamento para ahogar la insurreccion. A pesar de cuanto le hostigaron los cafres, Vandeleur los rechazó hasta la orilla de los boschimanes; mas le cortaron los víveres, y se hubiera visto en extremo apurado á no ser por los colonos. Embarcóse entónces en la bahía de Algoa abandonando la colonia al furor de los cafres, quienes continuaron señalando con incendios y asesinatos su paso por toda la costa. Hasta principios de 1800 no se consiguió rechazarlos al otro lado del rio Zwartkop, y entónces el general Dundas, gobernador del Cabo, mandó construir el fuerte Federico para impedir semejantes invasiones. Los súbditos de Geika no tomaron la menor parte en estas hostilidades, obra exclusiva de un partido descontento separado del resto de la nacion.

Como dejamos apuntado, el rio Basseh divide á los koosas de los tambukkis ó matimbas, súbditos al parecer de un mismo rey; ambos á lo ménos hablan el mismo idioma y son antiguos aliados. Remontando la costa se encuentran á diferentes distancias dos tribus, la última de las cuales conócese con distintos nombres: los gonacuas y los colonos la llaman *mambuki*, los koosas *inimbo* y Van-Reenen en su viaje *hambona;* mas dúdase si todos estos nombres designan una sola tribu ó varias. Al Mediodía del Basseh en el interior moran los *abatuanas* y siguiendo la orilla los *maduanas*, tribu numerosa y pacífica que segun dicen, aunque de idioma y costumbres diversas, difiere poco de los koosas.

Más al Norte y en el interior hablan los koosas de unos hombres á quienes llaman *maquinas* que proporcionan hierro á las demas tribus; esta aseveracion concuerda bastante con el testimonio de los *betjuanas,* los cuales aseguraron á Linchtenstein que al Este de su territorio se hallaba otro más extenso atravesado por una cordillera de montañas que producian hierro y cobre. Ignoran el número de habitantes porque nadie ha podido hasta el dia pasar de sus límites. Los *maquinas* forman parte de la nacion betjuana, superando á los demas en fuerza y poder.

Tambien mencionan otros hombres singulares que habitan al Norte, distintos de los cafres, y los llaman *matholas*. Ningun koosa los ha visto ni llegado á ellos, pero la tradicion afirma que tienen la tez amarillenta y largos cabellos lacios que distribuyen en trenzas como su mejor adorno. Suponen algunos que esta creencia nace de haberse establecido en distintas ocasiones europeos en aquellas costas, y añaden que jamas se han podido descubrir esos hombres de largas cabelleras, á pesar de la seguridad con que en Africa se afirma su existencia. Al contrario, la expedicion exploradora enviada en 1761 por el gobernador Tulbagh oyó decir que los *briquas* estaban dotados de esas cabelleras, y en el dia es sabido que tienen el cabello lanoso y rizado como los demas del Sur; en la costa oriental estaba muy admitida la tradicion de una tribu cabelluda, cuando Van-Reenen encontró entre los hambonas á algunas viejas europeas que eran la causa de esta creencia. Lo que hace más difícil en estas regiones la averiguacion sobre la exactitud de las diferentes aserciones emitidas, es el frecuente cambio de domicilio, la continua emigracion de las tribus que tan pronto se reunen como se dispersan, de modo que á las pocas generaciones no conservan entre sí mas que recuerdos confusos, y suele acontecer á menudo que llegan á considerarse extrañas y desconocidas del todo. A consecuencia de una sangrienta rebelion entre los koosas, una partida mandada por cierto Madjoaga abandonó el territorio dirigiéndose há-

cia el Norte; más tarde otro jefe llamado Bakha tomó con los suyos igual direccion, y hasta el dia no han vuelto á tener noticias de unos ni otros. Otra emigracion tuvo lugar despues de una larga y sangrienta guerra sostenida por los cafres de las orillas meridionales del Basseh contra los abbatoanas. Guiados aquellos por Baaï remontaron hácia el nacimiento del rio con el fin de fundar allí un nuevo estado, y nadie ha sabido despues cuál fue su suerte. Hablemos ahora de los *boschimanes.*

La patria de los boschimanes está situada entre el rio Orange y las montañas que se extienden desde Roggeveld hácia el Oriente. El suelo que abraza es sin disputa el más árido é inhospitalario de Africa. En esta orilla la lluvia refresca la atmósfera y al ménos una vez en el año se cubren los campos de verdura; pero más allá del Orange trascurren años enteros sin llover y el terreno ingrato cubierto de cantos rodados y casquijo produce apénas algunas plantas raquíticas. Allí ni se reciben las lluvias de invierno que tanto contribuyen á la feracidad de la colonia del Cabo, ni los tempestuosos chubascos que riegan la cafrería en la estacion de los calores; sólo accidentalmente descargan las nubes su consoladora lluvia sobre el estéril territorio de los boschimanes, en que es imposible por lo mismo la cria del ganado y escasas las especies de cuadrúpedos que pueden subsistir. Redúcense estas al rinoceronte, el elan-antílope y la frugal oveja. El avestruz es el ave de esos desiertos. Imposibilitado el boschiman de vivir de sus ganados, vese obligado á alimentarse de serpientes, lagartos, hormigas y langostas. Poco le importa el suelo de su patria, pues nada vale; por esto es nómada y desconoce el derecho de propiedad. Doblando las ramas de los matorrales se construye una especie de nido, lo que ha dado orígen al nombre de boschiman. En ese nido se cobija por la noche una familia entera, encogiéndose como una bola, y si llueve se cubren con una zalea que basta para tapar á un hombre.

La fisonomía de los boschimanes tiene los rasgos característicos de la raza hotentota; pero sus ojos son bastante más vivos, la mirada más huraña, el aspecto más cauteloso y los gestos más agitados. Precisado á buscar penosamente la subsistencia, viviendo en un suelo áspero y bajo un clima ingrato, el boschiman adquiere un vigor corporal extraordinario sin el cual sucumbiria de hambre en aquellos desiertos. Pasa cuatro y cinco dias sin comer, y cuando mata una presa la devora. Cinco boschimanes comen en una hora una oveja gorda sin dejar vestigio, y un cuaggo en media noche; luego se entregan al más absoluto reposo hasta que el hambre les obliga á buscar otra presa, y es preciso que les apremie con exceso la necesidad, pues prefieren apretarse el vientre con una correa á distraer su pereza con un movimiento. Meses enteros se alimenta el boschiman con cebollas de diversas liliáceas que crecen en el fondo de los barrancos y si puede encontrar *termites* (1) se considera feliz. Estos insectos practican extensas galerías subterráneas que se cruzan en todas direcciones; los boschimanes las cortan con un hoyo bastante profundo, el que al cabo de algun tiempo se llena de termites que han caido en él al querer atravesar la galería. Otras veces se atracan de langostas cuando cruzan á bandadas los desiertos; comen las serpientes más venenosas, separándolas ántes la cabeza y los vasos ponzoñosos que les sirven para envenenar sus flechas y cazar más fácilmente las reses mayores. Para este ob-

(1) Especie de hormigas.

jeto se sirven tambien de venenos vegetales como el zumo de la bulba del *homanthus toxicarius* ó de una substancia venenosa negruzca que encuentran en las rocas, la cual unos suponen ser cierta resina mineral, otros destilada de una planta. Despues de preparado el veneno en una piedra hueca mojan en él las flechas cuidando de no herirse, pues saben que los efectos son rápidos y terribles, y luego que se secan las guardan. Cuando con ellas matan alguna res, cortan al punto la carne inmediata á la herida y comen ó mejor dicho devoran el resto medio asado ó cocido.

Sus armas son por decirlo así su sola propiedad, y el único producto industrial que sale de sus manos. El arco que usan, por lo regular de unos cinco piés de largo, está toscamente construido de madera muy dura, sirviéndole de cuerda el intestino de algun animal. Las flechas tienen dos piés y medio y las hacen de caña sujetando á un extremo varias plumas y al otro un hueso puntiagudo y cuando pueden un pedazo de hierro triangular, llevando la perfidia al extremo de atarlo ligeramente para que al arrancar la flecha quede dentro la punta que por efecto del veneno produce á cortos momentos una inflamacion que hace imposible extraerla. La madera de los arcos y el hierro de las flechas lo reciben de otras tribus ya sea en cambio de flechas envenenadas ya adquirido por el pillaje. Sábese por lo ménos que roban á los cafres las picas para convertirlas en flechas. Ignoran completamente el modo de trabajar el hierro limitándose á aplastarlo entre piedras y afilarlo. Las flechas con punta de hierro sólo las emplean contra los hombres, y su fabricacion así como la preparacion de los venenos son secretos que no todos conocen.

El carcaj es de corteza de aloes forrado de cuero, y por medio de una correa le suspenden del hombro izquierdo, quedando por consiguiente las flechas á la altura de la mano, lo cual les da la facilidad de disponer cinco ó seis por minuto. Generalmente se colocan en eminencias dirigiendo los tiros hácia abajo. Cuando yerran el golpe, que no con frecuencia sucede, no acontece por mala direccion sino por las dimensiones del objeto: así será fácil que al disparar contra un matorral pasen las flechas por encima, pero rara vez dejarán de clavarlas en un árbol, aunque su tronco no tenga más de seis pulgadas de diámetro. Sus tiros son certeros hasta ochenta pasos; á mayor distancia bastante inseguros.

En la caza suplen con astucia la imperfeccion de las armas de tal manera que pasan por maestros en el arte de sorprender la presa. Se requiere en efecto una destreza extraordinaria para conseguir que la caza se ponga á tiro en un país despejado y llano, y tratándose de antílopes que se asustan fácilmente ó avestruces que ven el peligro á gran distancia. Para esto se acercan lentamente arrastrándose con notable paciencia y sin calcular nunca el tiempo. Cúbrense completamente de tierra y se quedan inmóviles en cuanto observan que el animal escucha ó recela.

Para apoderarse de los hipopótamos á los cuales no pueden atacar de frente abren profundos fosos junto al rio y los cubren de yerba y malezas, colocando en el fondo estacas puntiagudas, de manera que el animal en su pesada caida queda clavado y sucumbe tras una agonía lenta y cruel. Buscan en las llanuras los huevos de avestruz, se llevan cuantos pueden é impulsados por su espíritu destructor y perverso aplastan los restantes para que nadie se aproveche de ellos.

Sólo beben agua, y pueden pasarse sin ella varios dias. Para pescar se sirven de unos cestos cónicos parecidos á los que usan en algunos países de Europa para la pesca de las anguilas.

Los boschimanes son los enemigos más peligrosos para los colonos. Cobardes y crueles, hacen mal cuando están seguros de poderlo hacer sin obstáculo y por el solo placer de dañar. Espian con su inalterable paciencia el momento propicio y dan el golpe cuando de antemano han calculado la utilidad que puede reportarlos. En la frontera de la colonia se temen sobretodo sus excursiones nocturnas en los últimos cuartos de luna, porque aprovechan la oscuridad para robar y la claridad para huir mejor. Antes de que se usaran los fusiles de piston llegaron á comprender que el agua inutilizaba los tiros, y se aprovechaban de la lluvia para arrebatar los rebaños de los colonos. Si demasiado acosados se ven en la precision de abandonar la presa, prefieren matarlos ó cortarles los corvejones á dejar que los recobren sanos sus propietarios; si dan con algun pobre pastor dormido le aplastan la cabeza y se llevan el ganado que guarda. De ahí la exasperacion de los colonos hácia esa perversa raza que acecha sin cesar la ocasion de perjudicarles. El boschiman no siente remordimientos por el mal que causa; busca su presa como el tigre ó la pantera, y el colono expuesto continuamente á perder la vida y las riquezas en manos de esos bandidos salvajes los persigue á tiros lo mismo que á una bestia feroz. Dedúcese de lo expuesto que el boschiman ocupa el último grado de la escala humana. Un pueblo que carece de propiedad, que no posee sino las armas que necesita para procurarse la subsistencia, que vive sólo de la caza y apénas conoce los lazos de familia es á no dudar completamente salvaje. En su idioma no hay voces para distinguir á la mujer en sus estados; todos viven en comun, se unen por el mismo instinto que se juntaria una pareja de animales, crian á sus hijos de igual modo, la mujer puede unirse cuando y á quien bien la plazca, y en todo caso siempre pertenece al más fuerte. Divididos en hordas poco numerosas, sin leyes, sin jefes ni idea de gobierno, casi sin comunicacion, la fuerza es para ellos el único derecho que respetan miéntras que frente á frente ó á traicion no pueden eludirla ó aniquilarla.

Rara vez duermen dos noches seguidas en un mismo punto á no ser que su voracidad los haya entorpecido. En vano se ha procurado inspirarles aficion á la vida pastoril regalándoles rebaños de ovejas; las matan y devoran, pasan algunos dias en digerir la enorme cantidad que se han engullido, y cuando el hambre les apremia van en busca de otra presa. Antiguamente se contentaban con la vasta comarca que atraviesa el rio; pero á medida que los colonos han ido estableciéndose en el Roggeveld, en las montañas nevadas y en el distrito de Ajterbruintjes, sus riquezas han excitado la codicia de los salvajes á quienes se ve continuamente vagar al rededor de las granjas para saquearlas y de los rebaños para arrebatarlos. Linchtenstein recuerda algunas páginas de autores antiguos en que se habla de ciertos pueblos de Africa tan salvajes como los boschimanes. Tales eran los *struthiofagos* que se alimentaban con huevos de avestruz, los *garamantas* que desconocian el matrimonio, los *trogloditas* que habitaban en cavernas y comian serpientes, etc. Pasemos ahora á los *betjuanas*.

Todas las tribus que habitan la zona comprendida entre el norte del rio Kuruhman hasta la costa oriental se llaman á sí mismas *betjuanas* ó *beetjuanas*, *siht-*

juanas ó *muhtjuanas*. Las principales tienen nombres particulares y son los siguientes: 1.ª los *maatjapings*, de unas cinco mil almas, única que visitó Linchtenstein; 2.ª los *thammachas*, poco numerosa y á unas diez jornadas al Este de la primera, repartida en diez villorrios gobernados por otros tantos jefes aliados; 3.ª los *chojaas*, al Noroeste de los thammachas, segun dicen bastante poblada, pero poco conocida aun de las demas. 4.ª los *muchuruhzis*, al Norte de los chojaas; 5.ª los *wanketsi*, una de las más débiles á tres jornadas al Suroeste de las precedentes; 6.ª y 7.ª los *muruhlongos*, de las cuales una habitó mucho tiempo con los maatjapings junto á las fuentes del Takuna, y á fines del siglo XVIII se separó dirigiéndose al Norte, á orillas del Setaabi, y cuya poblacion es de unas diez mil almas: la segunda, antiguamente unida á la anterior, habita al Suroeste de los wanketsi; 8.ª los *matsaroquas*, tribu pacífica al Oeste de las precedentes, á orillas del Kuruhman; 9.ª y última los *macquinas* al Noroeste de los muchuruhzis. De esta reciben las demas los metales que segun la tradicion extraen de una gran montaña que por una parte produce hierro y por otra cobre; y es de gran importancia así para las otras ocho como para los koosas, pues ella les proporciona á cambio de ganado, cuchillos, picas, alfileres, brazaletes y pendientes.

Todas hablan una misma lengua y difieren poco en sus usos y género de vida, participando de bastantes rasgos cafres, de modo que les conviene cuanto dijímos anteriormente de los koosas. Distínguense no obstante de estos en la mayor solidez de las habitaciones, en el arte con que fabrican las armas y utensilios, en la autoridad de que gozan los jefes y en la especie de constitucion que les rige. El koosa es belicoso, tiene modales rudos y movimientos apasionados; el betjuana es perseverante, industrioso y aficionado á la agricultura. Estas diferencias se expresan en sus respectivas fisonomías. El koosa revela carácter osado; es vigoroso y alto. En el rostro del betjuana hay cierta dulzura, las mujeres son más hermosas. Los betjuanas parecen afeminados si se les compara con los koosas, quienes de continuo hostigados por enemigos ó dominados quizá por el influjo de las montañas en donde habitan son más rudos. Ambos sin embargo parecen pertenecer á igual especie y tener idéntico orígen, induciendo á creerlo entre otras circunstancias la semejanza de raíces en los respectivos idiomas. Ignórase no obstante si mútuamente se comprenden.

Las tribus betjuanas están frecuentemente en guerra, ya una con otra, ya aliándose dos contra una tercera. Los hijos de los príncipes y sobretodo los herederos presuntos sirven de embajadores, y de ahí que los jefes posean mayores conocimientos acerca del territorio. Su principal medio de subsistencia es el ganado, que estiman tanto como los koosas y le poseen en mayor número. Los simples particulares tienen por lo regular ocho ó diez rebaños que distinguen por el color ú otra señal. La leche y el queso es el alimento favorito, estando los hombres encargados de los ganados; y purificándose con leche como los koosas.

Los betjuanas se alimentan tambien de la caza, á la que se dedican con ardor contra toda clase de animales aunque sean feroces. De todos comen y en caso de necesidad ni las hienas exceptuan. Más agricultores que los cafres, rodean sus campos de cotos y cultivan ademas del mijo dos clases de habas, calabazas y sandías. Los granos, legumbres y frutos de varios arbustos y zarzales silvestres los guardan para los meses frios. Las mujeres tienen á su cargo todos los traba-

jos agrícolas y para ellos se sirven de azadones de hierro y estacas de madera dura.

Consideran á los peces y anfibios como alimento impuro y detestable, llegando su preocupacion á no atreverse siquiera á tocarlos. Rara vez beben agua, prefiriendo apagar la sed con leche, zumo de sandía ó de cualquier otro fruto. Desconocen el arte de hacer fermentar el grano para extraer de él bebidas ácidas y espirituosas; en vez de sal usan anatron ó ceniza de algunas plantas salinas, y asan comunmente la carne cubriéndola con rescoldo.

Los pobres llevan pieles enteras de antílopes; los ricos se hacen capas de chacal y gato montés con el pelo hácia dentro, formando el cuello las cabezas con el pelo fuera, y el ribete ó guarnicion la piel de los piés; esta capa se la sujetan al cuello con dos correas, y cúbrense el vientre con un taparabo unido al cinturon, y cuyos extremos cruzan por entre los muslos. Las mujeres llevan por delante y por detras varios delantales sobrepuestos, los cuales ribetean con tirillas muy delgadas de cuero.

Tanto unos como otros se adornan con collares de planchitas de metal, de junco, ó cuentas de huesecitos que consideran como amuletos. Tambien se cuelgan del cuello vainas ó estuches de madera que contienen cuchillos de dos cortes, conchas de tortuga y saquitos con objetos de poco volúmen. Las personas de distincion usan ajorcas de marfil que sujetan en el antebrazo. Como carecen de sierra y útiles á propósito, les es en extremo difícil la confeccion de estos brazaletes: al efecto sumergen el marfil algunos dias en leche agria para ablandar la superficie y despues los labran con el cuchillo. Tambien llevan anillos de alambre artística y trabajosamente aplastado con piedras, y los ménos ricos de cobre macizo, el cual se compone segun el análisis del químico Klaproth, de noventa y tres partes de cobre y siete de estaño, de modo que se asemeja al bronce de los antiguos; y como todavía no se ha encontrado en Africa cobre de esa ley, presume Linchtenstein que el de los betjuanas procede del Norte ó es bronce antiguo recogido por los cafres en sus emigraciones y conservado de generacion en generacion. Los pobres se contentan con brazaletes de rinoceronte y de hipopótamo.

Unicamente los ancianos se cubren la cabeza con un gorro de pieles: los jóvenes y las mujeres van descubiertos con la cabellera untada de grasa y dividida en mechones, difiriendo en esto de los koosas, cuyas mujeres no pueden presentarse en público sin cubrirse la cabeza.

En el ceremonial de casamientos se parece mucho á los koosas, de cuyas supersticiones participan respecto á la curacion de las enfermedades. El poder de sus reyes es más extenso, porque viviendo los súbditos en moradas fijas, no pueden tan fácilmente sustraerse á la obediencia. El rey de los betjuanas puede castigar los delitos arbitrariamente sin que á nadie le sea dado oponerse á la ejecucion de la sentencia; pero no se mezcla en las disputas particulares, aun que resulte de ellas un homicidio; las familias las terminan como mejor les parece ó pueden, y sólo cuando una de las dos partes invoca la autoridad del rey, juzga este el litigio y castiga al culpable con su propia mano. El título del soberano es *murinna*, que significa señor y cuya palabra tiene indudablemente afinidad con la de *murihno* con que designan á Dios. El tributo que le pagan consiste en la lengua de todos los animales que cazan, el pecho de cuantas reses matan, los colmillos de

los elefantes y las pieles de los leones y panteras. Los consejeros del rey, elegidos por él mismo, pertenecen á las familias más ricas y consideradas, pues tienen cierta nobleza y con ellos acostumbra á deliberar acerca de la paz y de la guerra. Los hijos del rey son generales y embajadores natos, y el primogénito sucede en el trono.

Los betjuanas son leales en la guerra y detestan la perfidia. Sus armas se diferencian poco de las de los koosas, si bien las azagayas están mejor fabricadas; los broqueles son más pequeños y los kiris más largos. Una costumbre feroz existe entre los betjuanas: la fiesta que celebran despues de la victoria. Para ser admitido en ella es preciso haber muerto á un enemigo, presentando la piel del vientre incluso el ombligo. El sacerdote en una cabaña de la cual se aparta á la muchedumbre admite durante la noche á cuantos guerreros presentan aquel repugnante trofeo, y estos tendiéndose al rededor de una hoguera le asan y se lo comen. Linchtenstein asegura que no celebran este festin de caníbales por ferocidad, sino porque creen que aquel detestable manjar los hace invencibles; y tanto es así, añade, que la mayor parte de los betjuanas cumplen esta ceremonia con suma repugnancia. Terminado el banquete, el sacerdote con una azagaya bien afilada abre en el muslo de cada guerrero una incision como marca de honor. Uno de los consejeros del rey ostentaba once incisiones de esta clase, y Linchtenstein vió á muchos con cinco ó seis. Una danza general prolonga la fiesta hasta la mañana siguiente.

El misionero Khok refirió al viajero que citamos un hecho que confirmaron despues dos testigos oculares. Destruyeron los betjuanas una horda de boschimanes y á la victoria siguió como de costumbre la fiesta de los valientes. Un guerrero que no tenia carne del enemigo para presentar, se consideró tan humillado al verse excluido, que lloró de coraje; mas inspirado por una idea repentina, corre á su casa, asesina á su esclavo, le arranca la piel del vientre y se apresura á presentarla al sacerdote para ser admitido. La vida de los prisioneros de guerra convertidos en esclavos parece que está allí á disposicion de los amos.

Para preservar al ganado de la rapacidad del enemigo los betjuanas lo hacen bendecir por su sacerdote, quien al efecto se arrodilla, y murmurando palabras místicas traza misteriosos signos en los muslos de cada res. Cuelgan tambien al cuello de los niños, como amuleto para facilitarles la denticion y evitarles las enfermedades, el coselete ó tórax de un escarabajo, el *bachyrus apterus*. Solo poseen ideas vagas de una divinidad suprema á la que dan el nombre de *murihno*, atribuyéndola todo el bien y el mal que les acontece sin saber con certeza si deben considerarla como benévola ó malévola, el culto les es desconocido y no hay medio de hacérselo practicar, pues todos los esfuerzos de los misioneros no han logrado convencerlos de que sea agradable á Dios. Fáltanos hablar de los koranas. Serémos breves.

Los koranas se diferencian de los hotentotes en que su rostro es más ovalado, los pómulos prominentes, y los ojos negros y ménos vivos. Son en general voluptuosos, insolentes y cobardes; muestran la mayor indiferencia hácia todo, no poseen el menor deseo de instruirse y les causa tedio toda aplicacion ó trabajo intelectual y corporal. Muchos son nómadas; habitan en tiendas que forman de esteras y estacas; viven del producto de los rebaños, compuestos principalmente de

reses vacunas, con cuyas pieles se visten. Se los tiene por muy hábiles en domar los bueyes para montar. Cada kraal ó grupo de chozas de koranas está gobernado por un jefe cuyo empleo es hereditario. Su idioma es un dialecto del hotentote. Entre los koranas se encuentran los *griquas* y los *karamankeys*, si bien los últimos son considerados más bien como pueblo separado.

Tales son las noticias que acerca de los moradores del Cabo consignara el famoso médico aleman Linchtenstein. Como es fácil observar, existe divergencia entre varias de sus apreciaciones y las de Le Vaillant, como tambien entre las de ambos y el no ménos famoso é ilustrado M. Barrow, quien por lo que hace á los betjuanas completa con nuevas noticias el convencimiento que de ellos se tiene, y al tratar de los boschimanes ó bojesmanes difiere marcadamente de sus dos colegas. Véase en breve resúmen lo que acerca de los primeros dice Barrow.

Todas las faenas de la agricultura recaen sobre las mujeres y esclavos que hacen en la guerra. Los hombres se dedican á la caza y á la cria del ganado. Ménos desvaidos y de mejores proporciones que los cafres, tienen formas más elegantes, tez morena, y su fisonomía se parece algo á la de los hotentotes; el lenguaje es sonoro, rico y acentuado. Comen los animales que matan en la caza y manifiestan repugnancia y horror al pescado. Su traje se compone de pieles curtidas. Se adornan con anillos de cobre que cuelgan en las orejas, brazaletes del mismo metal y ajorcas de marfil que llevan en el antebrazo. Cuando un jóven quiere casarse, compra una mujer que le cuesta una docena de bueyes, y esta tiene la obligacion de construir casa, pesebre y cercado. Se les permiten tantas mujeres como puedan mantener, y todas están sujetas á las mismas faenas. Poseen cierta idea del alma que creen reside en el corazon, así es que de un hombre de bien dicen que tiene el corazon blanco, y por analogía asocian la idea de lo malo con el corazon negro. Creen en un sér invisible en la naturaleza, dispensador supremo de lo bueno y de lo malo, á quien llaman *Murimo*, palabra análoga á *muriuna* que significa señor. El gran sacerdote que preside en las ceremonias, es el primer personaje despues del rey. Los demas sacerdotes están encargados de observar los astros y componen el calendario. Dividen el año en trece meses lunares, y distinguen los planetas de las demas estrellas. Están gobernados por un rey hereditario cuyo poder no está bien determinado, y que cuida poco de los negocios públicos en tiempo de paz. En las diferencias que se suscitan sólo interviene cuando las partes se refieren á su juicio; y en este caso él mismo es el ejecutor de la sentencia que pronuncia. Por lo regular las contiendas acaban por mútuo convenio ó duelo. Cuando se envia una embajada, sus hijos forman parte de ella.

Vese pues que con cortas variaciones son las mismas noticias suministradas por el viajero aleman; pero examinemos cuán notable es la diferencia respecto á los bojesmanes. Le Vaillant, Linchtenstein, la mayor parte de los navegantes, los colonos holandeses é ingleses nos pintan á esos individuos como poseidos de una perversidad innata é incorregible, insociables, cobardes é incapaces de toda cultura; Barrow es de parecer qne los continuos ultrajes que vienen sufriendo desde muy antiguo han dado orígen á las malas cualidades que se les imputan reduciéndolos al último término de degradacion de la especie humana. Los cafres, los hotentotes y los holandeses dice que les han hecho una guerra exterminadora

precisándoles á ser feroces, crueles y sanguinarios. Sin embargo, existen misioneros que al tratarlos con dulzura han recibido pruebas de su sociabilidad; pero se les atiende poco porque la naturaleza no les es demasiado favorable. La estatura ordinaria de los hombres es de cinco piés y la de las mujeres cuatro y medio. Su color, fisonomía, cabellos, curvatura interior del espinazo y extremidades posteriores, acusan la misma raza de los hotentotes. Su nariz chata, prominentes pómulos y barba saliente dan al semblante de los boschimanes una figura muy parecida á la de los monos, cuya semejanza aumenta sobremanera la vivacidad de sus ojos penetrantes y en continuo movimiento. Tienen el abdómen excesivamente abultado; y en general son de proporcionada y regular estructura. Es increible su agilidad: la cabra líbica llamada klip-spring (saltapeñas) apénas puede igualarlos cuando salta de roca en roca. Las mujeres desde la garganta hasta las rodillas presentan el perfil de una S. Segun las observaciones de Peron, parece que á ellas pertenece esa deformidad conocida con el nombre de *delantal* que se habia atribuido á los hotentotes. Las niñas se casan á los siete años. Burcell las conoció madres á los diez. Los bojesmanes toman algunas veces tres mujeres; son alegres y activos. Encerrados en sus chozas durante el dia por temor de ser sorprendidos, bailan á la luz de la luna desde que se pone el sol hasta que sale. Su baile es muy particular, y tanto más extraordinaria su alegría, cuanto que no pueden procurarse el sustento sino á costa de infinitos peligros y fatigas, pues no saben ni cultivar la tierra ni criar ganado, y por otra parte el suelo es tan árido que apénas les produce para subsistir. Comen el bulbo iris y algunas raíces de gramíneas amargas y picantes; como tambien larvas de hormigas, langostas y otros insectos. Se sirven de toda suerte de lazos para cazar, y cuando les faltan estos medios precarios de subsistencia, se ven reducidos á la necesidad de aventurar una arriesgada y penosa expedicion para robar la casa de algun colono. Tratan con extremada barbaridad á los hombres que apresan vivos y particularmente á los hotentotes.

Cuando una horda de estos salvajes se ve acometida por los colonos, se baten con el mayor furor miéntras queda uno con vida. En medio del combate se les ve algunas veces precipitarse entre sus enemigos con el fin de desordenarlos facilitando á sus compañeros ocultos en las malezas mayor seguridad en sus tiros, y protegiendo á la par la fuga de sus mujeres é hijos. Conservan cierto órden en sus expediciones; sus armas son el arco, la flecha y las azagayas envenenadas. Cuando roban un ganado degüellan todas las reses, y como no pueden devorarlas en el acto, su kraal ó lugar no tarda en convertirse en un foco de infeccion. El hedor que despide la carne podrida atrae numerosas bandadas de buitres que indican á los colonos la guarida de los bandidos. Son desaseados y glotones. Se pintan la cara y el cabello con almagre disuelto en aceite. El traje, idéntico en ambos sexos, consiste en un faldellin de piel, cuya delantera está recortada en tiras: usan á veces una capa de piel de carnero y en la cabeza un gorro de piel de cabra. Los hombres llevan una clavija de madera ó pica de puerco espin atravesada por la ternilla de la nariz. Las mujeres se adornan con collares de pedazos de cobre, conchas y abalorios que sujetan en la cabellera.

En las enfermedades se cortan sucesivamente las falanges de los dedos empezando por la primera del meñique de la mano izquierda. Entierran los muertos

y como los hotentotes amontonan piedras sobre las sepulturas. Su idioma se asemeja al de los hotentotes, aunque no se entienden mútuamente. En el idioma de estos apénas se notan en una sola palabra dos sonidos producidos por la lengua en la sílaba *do*, al paso que los bojesmanes le emplean de una manera fatigosa y marcadísima.

Las mayores poblaciones no pasan de cien habitantes: construyen las chozas con esteras de paja labradas bastante bien, y todos sus utensilios consisten en un haz de yerba colocado en un hoyo que hacen en el suelo, el cual les sirve de cama, sus armas, algunos cestos para pescar y varias calabazas ó cáscaras de huevos de avestruz en que conservan el agua. Por lo regular cada choza contiene una familia. La totalidad de las habitaciones forma un círculo, dentro del cual encierran el ganado para mayor seguridad. Las puertas de las chozas caen hácia esta parte, y el único animal doméstico que conservan es el perro.

Varias y notables divergencias observadas en las relaciones de cuantos han visitado el Africa meridional prueban evidentemente que aun falta mucho para conocer á fondo aquellas regiones, como pretenden demostrar, y á decir verdad nada tiene de extraño. Las dificultades inmensas, los continuos peligros que ofrece el viajar por entre aquellas hordas, su natural desconfianza y poco apetecible compañía, la falta de medios que por do quiera embaraza al europeo acostumbrado á otros recursos, no permiten tan larga permanencia como se necesitaria para examinarlos con la minuciosidad y detalles inherentes al profundo y prolijo estudio. Obligado á juzgar por meros indicios ó noticias vagas acaso dadas con marcada parcialidad, reducido á apreciar por apariencias ó luchas notables, sólo puede calcular con harta superficialidad, y entre tanto afectado con espectáculos que le repugnan ó conmueven, no siempre le es dado conservar la calma y serenidad indispensables para formar un juicio imparcial y exacto. El amor propio es tambien otra causa no ménos influyente: no pudiendo conseguir lo que esperaban ó se propusieron, contrariados por las circunstancias peculiares del país, no todos poseen la suficiente abnegacion para confesarlo con franqueza, y más bien que aparecer torpes ó poco decididos prefieren sustituir con noticias inciertas lo que no pudieron averiguar, recurriendo á vagos indicios ó á la inventiva. Con todo, son grandes los adelantos conseguidos sucesivamente: para conocerlos basta comparar los diversos viajes, y podrémos no sólo formar una idea aproximada de esas extrañas regiones, sino tambien admitir como positivo ciertos datos que en el mero hecho de estar confirmados por varios no dan lugar á la duda; y aun teniendo en cuenta los errores y debilidades de los sabios que se han aventurado á penetrar en las inhospitalarias comarcas del Africa meridional, sus esfuerzos han sido laudables, y fuera notoria injusticia negar á sus investigaciones el mérito que tienen aun con sólo intentarlas.

Aprovecharémos ántes de abandonar el Cabo varias noticias zoológicas y observaciones curiosas del célebre escritor Laplace; mucho más bellas serian sus páginas si no estuvieran algunas veces manchadas con ese positivismo que él llama ilustrado, y nosotros juzgamos puro materialismo; y decimos manchadas, porque no comprendemos belleza ni bondad donde desaparece por completo la idea espiritual.

En los dilatados prados naturales, dice, que allí existen, vagan numerosas ma-

nadas de animales silvestres de mil especies diferentes. Allí se encuentran elefantes de enormes dimensiones, moles colosales, que sin embargo derriba instantáneamente sin vida una bala si les hiere en la frente. El hombre los persigue sin cesar destruyéndolos á centenares, no tanto para aprovecharse de sus despojos, pues al contrario de lo que en Europa se cree escasean los que tienen colmillos, como para satisfacer esa sed de emociones violentas, ó mejor dicho, de destruccion, que sienten por lo comun los cazadores, particularmente en esa parte del Africa en que se les presentan mil ocasiones de ejercitar su destreza. El alce tan dulce y fácil de domesticar, la inofensiva y esbelta girafa, la tímida y ligera antílope, cuyo género contiene una multitud de graciosas especies, y por último la cebra de abigarrada piel, de índole montaraz é inquieta, sólo con la rapidez de su carrera evitan la muerte, cuando su instinto receloso no ha adivinado sobrado tarde al enemigo oculto en los carros cubiertos de maleza que arrastran los bueyes dirigidos por invisibles conductores entre los pacíficos rebaños, ó encuentra el dia parados en los pastos que acostumbran frecuentar. Pero no todos los moradores de estas soledades ceden tan benévolamente su propiedad al hombre: algunos se la disputan con encarnizamiento. Entre ellos se distingue el cruel é indomable cuaggas, especie de asno silvestre que vende cara su vida; el ágil niú con cabeza de buey y cuerpo de caballo, que se arroja furioso sobre el enemigo al sentirse herido; y el terrible búfalo que los sobrepuja á todos en vigor y ferocidad. Desgraciado el tímido ó torpe cazador que no hiere mortalmente á tan terrible adversario cuando al distinguirles se precipita para saciar la rabia que parece le inspira la vista de nuestra especie. Si las ramas de un árbol no prestan al imprudente pronto refugio, desgarrado por agudas astas, aplastado bajo el duro casco de la fiera paga con una muerte horrible su audaz tentativa. Los colonos le temen más que al leon mismo, pues su fuerza puede sólo compararse con su ferocidad. Inaccesible al temor, el aspecto del peligro y las heridas aumentan su furia. Los habitantes de las fronteras, sin embargo, se dedican con pasion á esa caza que tiene bastante atractivo para desvanecer su habitual pereza. En determinadas épocas del año se reunen en partidas, y montando en buenos caballos, acompañados de criados hotentotes, no ménos diestros y osados que sus amos, penetran en los terrenos pantanosos en que ordinariamente se encuentra el búfalo. Estas peligrosas expediciones rara vez terminan sin víctimas, que dejan de existir de un modo horrible; pero sus compañeros léjos de asustarse no vacilan en arriesgarse á sufrir la misma suerte, atacando á otro búfalo, á los leones en el fondo de los espesos bosques, ó entre las altas yerbas, sus habituales madrigueras.

Regularmente no tienen mucho que andar para encontrar á tan temibles cuadrúpedos, que hallando fácil pasto al rededor de las habitaciones en que se crian los rebaños, se alejan poco de ellas, á pesar de ser los guardianes indígenas celosos vigilantes, constantemente alerta, por ese odio profundo y natural en los pueblos pastores hácia todo animal destructor de los rebaños. En reciprocidad sin duda, la fiera les manifiesta una antipatía que demuestra á su manera, esto es, devorándoles cuantas reses puede sorprender á alguno, prefiriéndolo á los bueyes y hasta al caballo; al cual, segun dicen, tiene particular aficion.

Entre los numerosos ejemplos que en la colonia se citan de la aversion que

el rey de las selvas manifiesta á los hotentotes, distínguese la historia de un pastor, que guiando sus bueyes á un charco situado entre dos méganos, divisó un leon tendido junto al agua. Procurando ante todo alejar al rebaño de tan peligroso huésped, acude presuroso á la granja distante apénas una milla, en busca de socorro. Pero ¡cuál fue su espanto al ver que la fiera le perseguia! El terror le presta alas. Solo un árbol, un aloes, se divisa en el llano: llega á él felizmente y consigue ponerse fuera del alcance de las terribles garras de su enemigo, en el momento en que ya este se abalanzaba para apoderarse de él. Por espacio de veinte y cuatro horas mortales, acurrucado el infeliz en uno de esos inmensos nidos en que habitan á millares los pájaros destructores de la langosta, vió al leon vagar al rededor de su refugio y esforzarse por derribarle. Hostigado al fin por la sed, vuelve la fiera al charco, y aprovechando el pastor su ausencia corre y llega felizmente á la granja medio muerto de cansancio y de hambre, no sin que aun le persiga su antagonista, cuyas huellas se encontraron poco despues junto á la puerta por donde entrara.

La animosidad del leon contra los hotentotes se halla en cierto modo justificada por el afan extraordinario con que estos guian á los cazadores en su persecucion.

Más bien adivinan que reconocen la guarida del animal que odian, y aunque saben que uno de ellos será su primera víctima, véseles siempre al frente de los cazadores, y rara vez yerran el golpe.

Como ni esta caza ni la de los elefantes y antílopes exigen lejanas excursiones al interior del continente, en particular á los distritos del Este, en que abundan los cuadrúpedos silvestres de todas clases, la prefieren generalmente los extranjeros, que cansados de la fácil caza europea anhelan probar en grandes riesgos su destreza y sangre fria. Muchos son, preciso es confesarlo, los que han experimentado el involuntario terror que inspira casi siempre el primer encuentro de una fiera en medio de los bosques; pero tampoco faltan otros que dotados de imperturbable calma y acertada puntería han dejado admirados en su primer ensayo á los más consumados cazadores de la colonia. Profunda y duradera memoria dejó en el Cabo un jóven inglés que no hallando ya dificultad ni atractivos en la caza de la zorra y en el tiro de palomos de Lóndres, se dirigió al Cabo exclusivamente para ensayar su destreza en objetos más dignos de él, y desembarcado apénas, inquirió con cierto aire de seguridad que calificaron de fanfarronada todos los habitantes de Cap Town, en dónde encontraria leones. Fácil es concebir que tal pregunta é insistencia produjeron gran movimiento entre los aficionados á esta caza. Murmuraciones, debates, apuestas numerosas en favor y en contra de nuestro héroe; mas este sin inmutarse por tanto ruido ni dejarse intimidar por los espantosos peligros que le anunciaban sus competidores, tardó poco en excitar su envidiosa admiracion. Llegados apénas á uno de los puntos poblados de animales carnívoros, viéronle dirigirse sin titubear al centro de unas malezas donde aseguraba un hotentote que estaba agazapado un leon, obligarle con sus gritos y presencia abandonar la guarida, apuntarle tranquilamente y matarle en el momento mismo en que iba furioso á destrozarlo.

Semejante hazaña anunciaba un destructor de fieras, y en efecto el nuevo Hércules inmoló gran número de ellas ántes de marchar para las Indias á hacer ad-

mirar su valor á costa de los tigres. Satisfechos estos caprichos, el elegante jóven regresó á Londres para entregarse otra vez á las muelles costumbres del *dandy*.

Todos los años nuevos descubrimientos hechos en el fondo de las vastas soledades del Africa meridional resuelven problemas de zoología, cuya solucion ocupaba á los sabios largo tiempo, y atestiguan la existencia de animales que hasta entónces se consideraban como fabulosos á pesar del testimonio de los antiguos. Así por ejemplo, la girafa ó cameleopardo, y despues el niú, han vuelto á encontrarse precisamente cuando se perdia ya la esperanza de hacer constar su realidad. La ciencia, empero, ha sido ménos afortunada respecto al unicornio, ese caballo silvestre de cuya frente nace una asta larga y recta y al cual citan los historiadores de la antigüedad por su gracia y ligereza. Los sabios que no dudan de la veracidad de los últimos, pretenden que segun autores árabes bastante modernos este curioso cuadrúpedo existe en Abisinia, y hasta refieren en apoyo de su opinion que en las montañas habitadas por los hotentotes salvajes se encuentran pintadas en las cavernas á donde se retiran esas tribus durante el invierno varias figuras, que á no dudar representan el unicornio mezclado con otros animales indígenas perfectamente conocidos.

Volvamos ahora á la parte verdaderamente dramática de nuestro viaje, á los naufragios y aventuras de los que se salvan. Las costas orientales del Africa nos recuerdan algunos por demas famosos é interesantes; mas séanos ántes lícito dar cuenta de una catástrofe cuyo principal interes estriba en la sublime abnegacion de un pobre anciano, y en el contraste que ofrece el heroismo de ese hombre oscuro y humilde con la bárbara indiferencia y repugnante codicia de los que entónces dominaban el Cabo.

WOLTEMAD.

El *quade monson* (mal monzon ó invierno) cuéntase en el cabo de Buena Esperanza desde el 14 de mayo al 14 de agosto, y durante este tiempo rara vez se aventuran los buques á entrar ó permanecer en bahía, de manera que en la época en que ocurrieron los sucesos que vamos á referir estaba expresamente prohibido á las naves de la compañía surgir en el Cabo. El gobernador, sin embargo, no siempre hacia observar estrictamente esta regla por los muchos inconvenientes y dificultades que ofrecia cargar en False-Bay.

El 1.° de julio de 1773 levantóse un recio viento del Noroeste acompañado de terribles rachas, y continuó toda la noche con tal violencia que á uno de los cuatro buques de la compañía, surto en bahía, se le rompieron sucesivamente los cables y las cuatro áncoras y fué á parar á un banco de arena frente á la ribera

de Zont-Rivier, donde el peso de su cargamento lo abrió en dos partes. Las olas subian á tal altura y estaba el rio tan extraordinariamente hinchado, que apénas se podia atravesar.

Difícil sería valuar la pérdida que en este naufragio sufrió la compañía de las Indias, y para colmo de desgracias la mayor parte de la tripulacion sucumbió de lamentable manera por falta de socorro. Sólo se salvaron sesenta y tres hombres; ciento cuarenta y nueve perecieron, y debe confesarse para vergüenza de la humanidad que se puso más interes en salvar las mercancías que los infelices tripulantes. Ni fueron los que sabian nadar más afortunados que los demas; pues arrastrados por las olas, ó morian hechos pedazos contra las rocas ó volvian rechazados al mar.

Inmediatamente despues del naufragio, al despuntar el alba, dictáronse las más prudentes disposiciones para librar los géneros pertenecientes á la compañía; pero en cuanto á la salvacion de los hombres nadie cuidó de ella. Dióse órden á un teniente de la ciudadela para que acompañado de treinta hombres se trasladase al lugar del naufragio á fin de evitar que se cometiera robo alguno, y poco despues levantóse una horca con un letrero en que se anunciaba el suplicio sin forma de proceso á cuantos allí se acercasen; por manera que los paisanos compasivos que desde la ciudad acudieron para prestar algun socorro á los desgraciados, viéronse en la precision de regresar á sus hogares, no sin presenciar ántes la extraña dureza é irritante indiferencia de varios jefes que al parecer ni siquiera advertian que el buque tenia á su bordo hombres debilitados por el hambre, por la sed, por el cansancio y más todavía por la desesperacion.

Entre una infinidad de particularidades que contribuian á hacer más lamentable esta catástrofe, bastará citar el tratamiento que sufrió el constable, harto afortunado, pues fue uno de los que pudieron salvarse. Arrojado á la orilla desnudo y moribundo, viendo allí cerca su maleta, rogó al teniente que le permitiera sacar de ella un sobretodo; pero negóselo este aun cuando veia la llave atada al cofre y en él grabado el nombre del constable. El oficial creyó sin duda dar gran prueba de celo y valor acompañando la negativa de un palo que tuvo la inhumanidad de aplicar por sí mismo en la espalda desnuda y sangrienta de un infortunado que no necesitaba implorar la piedad para excitarla. Por último, despues de pasar todo el dia expuesto al viento y al frio, y muriendo de necesidad, condujéronlo á la ciudad con los que la Providencia sola habia salvado, permitiéndole entónces que registrase la maleta para sacar de ella los vestidos; pero la encontró completamente vacía, y continuaria en su terrible desnudez si un ciudadano compasivo no se hubiera quitado el gaban para prestárselo. Todos aquellos pobres náufragos viéronse en la precision por espacio de no pocos dias de mendigar en la ciudad ropa y pan hasta obtener su paga de la compañía y volver al servicio.

Los anteriores detalles producen en el ánimo tan penosa impresion, que es preciso nos apresuremos á borrarla con la narracion de un hecho de opuesta índole, con la expresion de una conducta tan tierna como repugnante se presenta la anteriormente descrita. En medio de esa bandada de vampiros sedientos de sangre y oro, consuela y alienta encontrar un hombre benéfico y generoso.

Un anciano europeo llamado Woltemad, encargado de cuidar un corral, te-

nía un hijo que era cabo en la guarnicion de la ciudadela y fue uno de los nombrados para trasladarse á Parden-Eylant con el fin de atender á la seguridad de los géneros que se salvaran del naufragio. El buen padre pide prestado un caballo y al amanecer se dirige á la playa para llevarle á su hijo una botella de vino y un poco de pan, y cuando llegó era tan temprano todavía que aun no estaba levantada la horca fatal, ni fijado por consiguiente el terrible bando que indicaba su criminal destino. Conversaba el anciano con su hijo, cuando oyó de pronto los gritos de los infelices que se lamentaban inútilmente á bordo. Confiado en su caballo, arrójase con él al agua; llega al buque, anima á algunos de los náufragos á aguantar firme el extremo de un cabo que les arroja, y dice á dos que se agarren bien á la cola de la cabalgadura. El animal era excelente nadador: la alta estructura, fuerza y firmeza de sus músculos triunfaron de la violencia del oleaje, y Woltemad depositó vivos á la orilla á los dos náufragos. Animado por este primer triunfo, repite seis veces el peligroso viaje y salva catorce hombres; mas á la séptima, el caballo le pareció ya tan cansado que tardó más en llegar á á tierra para dejarle respirar y descansar. Los desventurados que quedaban en el buque creyendo que no pensaba en volver, redoblaron los ruegos y gemidos: el alma sensible de Woltemad se conmueve, y con sublime heroismo arrójase otra vez en medio de las olas. Este acto de generosidad fue el postrero: le costó la vida. Los que se cogieron á la cola del caballo eran demasiados; uno entre ellos se asió á la brida y hundió en el agua al pobre animal que sucumbió bajo el peso de la carga ahogándose todos.

Tan heróica abnegacion es más admirable, cuanto que el generoso anciano ni siquiera sabía nadar; lo que prueba cuánta gente hubiera podido salvarse con solo sujetar en el buque una cuerda por la cual pudiera la tripulacion correrse á tierra, ya valiéndose de ella como de un andaribel, ya metidos en un cesto suspendido, y tirado y retirado por otros dos cabos.

Al cesar el huracan el buque se encontró tan cerca de la orilla, que por decirlo así podíase saltar en tierra desde á bordo.

Las rigurosas disposiciones adoptadas para salvar los efectos de la compañía fueron poco eficaces. El naufragio enriqueció á varios empleados, á quienes se veia conducir caballos cargados de hierro que vendian luego en la ciudad. El descaro con que traficaban en tan grosera mercancía probaba asaz que fijaron en ella la atencion cuando les faltaron objetos más caros y ménos voluminosos. Los soldados imitaban el ejemplo de aquellos dignos empleados, pues la guardia relevada entraba por la noche en la ciudad con los cañones de los fusiles llenos de galones de oro ó plata, que no obstante estar averiados por el agua del mar se podian fundir bien. No es de extrañar, pues, el extremo rigor de las consignas ni la puntual exactitud con que se observaban.

Desgraciadamente este relato desconsolador y bochornoso para la humanidad ni siquiera podemos terminarlo con el de algun acto de generosidad ó mejor dicho de justicia por parte del gobierno del Cabo hácia la memoria de Woltemad. Su hijo solicitó sucederle en el miserable empleo de guardian del corral de la compañía, y dieron á otro la plaza. El único favor que pudo obtener, considerado en la colonia más bien como un castigo, fue ir á buscar fortuna en Batavia, en donde su hermano, establecido allí desde algun tiempo, se dedicaba al comercio;

pero el jóven cabo no pudo resistir el insalublo clima de la isla, y los pesares que le atormentaban y una muerte prematura le impidieron gozar de los homenajes que los directores de la compañía en Holanda tributaron más tarde á la memoria de su virtuoso padre. Llenos de admiracion por tan generosa conducta, pidieron á la regencia del Cabo que procurase al punto favorecer los adelantos de los hijos de Woltemad, dando al mismo tiempo el nombre del héroe á un buque nuevo en cuya popa pintaron los detalles de su accion para siempre memorable (1).

Tales órdenes honran tanto á los que las dictaron como deben avergonzar á los viles administradores á quienes se dirigian. ¡Valeroso y sobrado oscuro Woltemad, exclama el autor del relato, así el recuerdo de tu heroismo trasmitido de generacion en generacion enseñe á la posteridad que en esas lejanas regiones existió un europeo cual tú!

NAUFRAGIO DEL GROVESNOR.

El 15 de julio de 1782 salió el Grovesnor de Trinkomalay, en la isla de Ceilan, de regreso para Inglaterra.

El 3 de agosto el capitan Coxson, que lo mandaba, creia hallarse á cien leguas de la tierra más próxima; pero en este dia y en el siguiente sopló el viento con gran fuerza, y el 4 (domingo) el buque se puso al pairo con el palo y vela de mesana.

Antes de la aurora el marinero Jhon Hynes se hallaba sobre cubierta con Lewis y algunos compañeros ocupados en una maniobra, cuando divisaron á su entender una costa bastante cercana rodeada de rompientes. Despues de observar con mayor atencion Jhon Hynes y Lewis bajaron para comunicar esta alarmante particularidad al oficial de guardia; mas como este se echase á reir, Lewis acudió apresuradamente á la cámara del capitan, le informó de lo que pasaba, y mister Coxson subiendo á la toldilla mandó virar. Ya la maniobra estaba casi terminada; más de pronto se sintió chocar la quilla, y al punto acudieron á cubierta la tripulacion y cuantos pasajeros se hallaban á bordo. El terror desfiguraba los semblantes, y en vano esforzábase el capitan en disipar la alarma y tranquilizar á los pasajeros asegurándoles que confiaba salvarles.

Echóse la sonda en las bombas y no acusó agua en la bodega, porque como la proa del buque apoyaba sobre las rocas, el agua se corrió á popa que estaba mucho más baja. Diez minutos despues sopló el viento de tierra, añadiendo un nuevo peligro á los ya sobrado inminentes que rodeaban al buque, pues á ser este lanzado mar afuera, desvanecíase la única esperanza de salvacion que quedaba.

(1) En este buque fué desde Europa al cabo de Buena Esperanza Le Vaillant.

Quiso entónces el capitan pedir auxilio, pero los depósitos de pólvora se encontraron llenos de agua. Mandó picar el palo mayor, más no por ello se encontró el buque aligerado.

Imposible es describir la turbacion que reinaba á bordo. Por do quier veíase solo desesperacion, desórden y tumulto. Los que más calma tenian ocupábanse activamente en disponer los medios de alcanzar la orilla, y al efecto empezaron á construir una balsa con palos, vergas y cuantos útiles pudieron reunir.

Un lascar y dos italianos trataron de llegar á tierra nadando, sujetos á una sondalesa, y aunque uno se ahogó, los otros dos consiguieron su objeto. Por medio de esta cuerda llevaron á tierra un calabrote y un cable, en cuya faena les ayudaron los habitantes de aquellas costas que se reunieron al punto á la orilla en crecido número. Las olas y la corriente echaron á tierra los mástiles, y los salvajes los despojaron del hierro tan luego como pudieron alcanzarlos. Ya en tierra el cable, sujetaron uno de sus extremos al rededor de una roca, y el otro á bordo en el cabrestante, con el cual consiguieron tesarle. Miéntras esto se verificó, la mayor parte de la tripulacion se ocupaba en construir una balsa que se terminó felizmente, y despues de sujetarla con otro cable la arrojaron al mar colocándola junto al portalon á fin de que las mujeres y los niños pudiesen entrar en ella más fácilmente. Colocáronse tambien cuatro marineros á fin de auxiliarlos, pero aunque el cable era nuevo, la violencia de la resaca le rompió y la balsa lanzada á la orilla zozobró cerca de ella ahogándose tres marineros.

Antes de picar el palo mayor habíanse echado al agua los botes, pero apénas tocaron las olas, cuando fueron hechos astillas. Cada cual pensó entónces en salvarse como pudiera; algunos acudieron al cable sujeto á la orilla, y probaron á alcanzarla sirviéndose de él como de un andaribel; varios lo consiguieron, pero quince sucumbieron al cansancio y perecieron entre las rompientes.

El buque se abrió en dos partes cerca del palo mayor, y casi al mismo tiempo, por una fortuna inesperada, volvió á soplar el viento de mar, circunstancia que contribuyó no poco á salvar á los que se hallaban todavía á bordo, los cuales corrieron á la toldilla como más próxima á la tierra. El viento empero y las olas, agitando los restos del buque, arrancaron la toldilla y la cubierta se partió. En este momento terrible dirigiéronse todos sobre el anca de babor que tardó poco en flotar por su poca profundidad, miéntras los demas restos del buque siguieron la violencia del mar, que sin la mencionada circunstancia hubiera arrastrado á todos los náufragos. Cuantos quedaban á bordo, inclusos los niños y mujeres, arribaron felizmente, exceptuando el cocinero que estaba ébrio y no quiso abandonar el buque.

Cerraba ya la noche. Por fortuna los indígenas que se retiraron al ponerse el sol dejaron fuego que los náufragos pudieron avivar, utilizando para ello los despojos del buque, y tomando algunos cerdos y gallinas que la mar arrojó á la orilla, prepararon cena, sobrado triste por cierto.

Encontráronse tambien un barril de carne salada y otro de harina que distribuyó el capitan por partes iguales, y con dos velas que pudieron recoger construyeron dos tiendas para las mujeres.

A la mañana siguiente los indígenas, pertenecientes á la raza cafre, salvajes crueles, dice el marinero autor del relato, con cabellos cortos y lanosos y tez ne-

gra, acudieron en mayor número, y empezaron á robar cuanto les pareció bien (1). Los náufragos y en particular las mujeres temieron no poco por su seguridad; pero calmáronse algun tanto al ver que se contentaban con saquear, y durante el dia se ocuparon en reunir cuanto podia serles útil durante el viaje que pensaban emprender por tierra hasta el cabo de Buena Esperanza, derramando ántes dos toneles de aguardiente, acertada precaucion que adoptó el capitan temeroso de que el peligro aumentara si se emborrachaban los cafres.

Hechos estos preparativos, Mr. Coxson reunió á los náufragos y les repartió las provisiones manifestándoles que puesto que á bordo tenia el mando, esperaba que continuarian concediéndosele en adelante, á lo cual unánimes le contestaron afirmativamente. Segun sus cálculos, lo más que podian tardar en llegar á un establecimiento holandes eran quince ó diez y seis dias.

Alentados por estas palabras se pusieron todos en marcha el 7, teniendo que llevar al maestre, enfermo hacia algun tiempo, en una hamaca suspendida á una percha en hombros de dos marineros, á cuyo penoso servicio prestáronse todos voluntariamente. Un marinero llamado O'Brien no siguió á sus camaradas, porque teniendo una rodilla en extremo hinchada, y no pudiendo andar tan de prisa como ellos, prefirió quedarse esperando encontrar entre los restos del buque pedazos de plomo y estaño con que hacer juguetes para divertir á los indígenas é interesarles por este medio en su favor.

Por espacio de tres millas siguieron á los náufragos varios cafres, robándoles cuanto les convino y aun apedreándoles; ya se juzgaban libres cuando al extremo del sendero que conducia á un pueblo dieron con una banda de treinta indígenas con los cabellos en forma de pilon y el rostro pintado de rojo. Afortunadamente iba entre ellos un holandes llamado Tront, refugiado allí y fugitivo de su patria por varios homicidios, el cual preguntó á los ingleses quiénes eran y á dónde iban. Refiriéronle estos su infortunio y su objeto, y entónces les manifestó que debian atravesar vastos desiertos poblados de terribles fieras; esta noticia consternó á los ingleses, que en vano le ofrecieron cuanto deseara por guiarlos al Cabo, pues rehusó pretextando que temia caer en manos de los holandeses, y que estando casado con una cafre, la tribu no le permitiria alejarse.

Desanimados los náufragos prosiguieron su viaje cuatro ó cinco dias más, constantemente rodeados de indígenas que les molestaban sin cesar retirándose al ponerse el sol; así es que aunque vieron varias aldeas no se atrevieron á acercarse á ellas temiendo á sus habitantes. Logie, el maestre enfermo, estaba ya del todo restablecido y podia andar sin apoyo de nadie.

Un dia al atravesar un profundo barranco saliéronlos al encuentro en distintos sitios tres cafres que osaron apoyar sus azagayas en la garganta del capitan; mas este irritado arrebató una al salvaje, la hizo pedazos y guardó el hierro. Retiráronse los tres sin hostilizarlos más, pero al siguiente dia, próximos á una poblacion grande, volvieron á aparecer capitaneando una banda de cuatrocientos, todos con azagayas y escudos de piel de elefante, que los detuvieron robándoles y maltratándoles de obra y de palabra; los ingleses exasperados y resueltos á defenderse hasta el último trance, colocaron á las mujeres, niños y enfermos á cier-

(1) Segun resulta de esta narracion, el naufragio aconteció en el país de Natal, que se extiende en la costa oriental de Africa desde el de los hotentotes hasta la bahía de Goa.

ta distancia y custodiados por algunos, empezando los demas, que serian unos noventa, á batirse con los salvajes. La lucha duró cerca de tres horas, y los náufragos consiguieron ganar una altura desde la cual ajustaron un armisticio con los enemigos, les dieron botones y otras bagatelas, y estos se alejaron.

Entre tanto los ingleses se ocupaban en socorrer á un pasajero, Mr. Newman, que recibió una herida de azagaya en la oreja, y la violencia del golpe le dejó sin sentido por espacio de dos horas. Cuando ya se halló repuesto, prosiguieron la marcha, y al anochecer se recostaron en torno de una hoguera; mas no tardaron en despertarles los rugidos de las fieras, y para evitar ser sorprendidos tuvieron que permanecer en vela toda la noche.

Luego que amaneció vieron llegar al holandes Tront solo, quien les dijo que á bordo del buque habia recogido gran cantidad de plomo, hierro, estaño y cobre que llevaba á su kraal, y sabedor de su choque con los indígenas, les aconsejó no hacer resistencia tanto porque carecian de armas, como porque de esa suerte hallarian ménos dificultades, y tras esta corta conversacion marchó. La comitiva penetró entónces en una áspera garganta, donde pasó la noche, turbada como la anterior por los aullidos de las fieras que á duras penas podian contener los centinelas valiéndose de tizones encendidos.

Al despuntar el alba continuaron la marcha, y al medio dia viéronse nuevamente acometidos por los cafres que les robaron lo poco que les quedaba, y entre ello la caja de yesca, el pedernal y el eslabon, pérdida irreparable para ellos, pues desde entónces se vieron precisados á llevar cada uno un tizon. Llegaron á poco á un rio caudaloso por efecto de la pleamar, y no pudiéndolo vadear pernoctaron en la orilla. Los salvajes que no dejaron de perseguirles se mostraron entónces mas exigentes todavía, se apoderaron de los relojes, y registraron escrupulosamente y sin miramientos á hombres y mujeres para quitarles algunos diamantes que estas se escondieran entre el cabello.

Pudieron al amanecer vadear el rio, y hallándose al poco tiempo sin agua, aconsejó el coronel James que se cavase en la arena, cuya operacion dió el resultado apetecido. Sin embargo, las provisiones estaban casi agotadas, las mujeres y los niños aumentaban las dificultades del viaje, los marineros empezaron á murmurar y cada cual se mostró dispuesto á tomar una determinacion; por consiguiente el capitan Coxson, el primer maestre y su mujer, el contramaestre, el coronel James y su esposa, Mr. Hosca con la suya, Mr. Hay, el tesorero Mr. Newmen y Mr. Nixson con sus cinco hijos convinieron en permanecer juntos y viajar á jornadas cortas, acompañados de algunos marineros que seducidos por los ofrecimientos del coronel James, de Mr. Hosca y otros, consintieron en quedarse para llevar las pocas provisiones que quedaban y las mantas que les servian de abrigo por la noche.

Shaw y Trotter, segundos contramaestres, Parris segundo maestre, el capitan Talbot con el patron de su bote, Mr. Wiliam, Thaylot, Espinette, Oliver y sus criados, el proveedor del buque, el carpintero, el tonelero, el ayudante carpintero y el ayudante calafate, el resto de los marineros y entre ellos Jhon Hynes, el primero que divisó las rompientes, formando juntos un total de cuarenta y tres personas compusieron otro cuerpo. Un niño de siete á ocho años llamado Law, al ver que unos y otros le abandonaban, comenzó á llorar, y entónces convinie-

ron en llevarlo. Verificóse al fin la separacion, no sin gran sentimiento, pues ninguno tenia esperanza de volverse á ver. Shaw, el segundo maestre, guiaba la primera comitiva, la cual teniendo que pasar toda la noche esperando el reflujo para vadear un rio, se encontró con la otra al amanecer, y esto les causó gran satisfaccion, de suerte que por aquel momento se olvidaron los inconvenientes que motivaran la division.

Vadeado el rio llegaron al otro dia á una extensa poblacion, en donde volvieron á encontrar á Tront el holandes, que les presentó su mujer é hijo, y les pidió un pedazo de saladillo, continuando en su negativa de acompañarles con pretexto de la oposicion de su familia, aunque, segun decia, de buena gana volveria entre los europeos. Dióles consejos para la continuacion del viaje, les indicó el nombre de los lugares por que debian pasar y los rios que vadearian, despidiéndose al fin despues de darle las gracias.

En la mañana siguiente carecian ya por completo de provisiones. Parte de la comitiva se dirigió entónces á la orilla aprovechando la baja mar, y recogieron ostras y otros mariscos que distribuyeron entre las mujeres, niños y enfermos. Al medio dia llegaron á un pueblo en donde como de costumbre les maltrataron los habitantes, y siguieron andando hasta las cuatro de la tarde.

Otra vez resolvieron separarse, porque permaneciendo unidos no eran bastante fuertes para resistir á los cafres, y sí sobrado numerosos para alarmarlos. Divididos, esperaban procurarse mejores medios de subsistencia. Separáronse, pues, y esta vez fue para siempre.

Los primeros entre aquel dia y el siguiente anduvieron cerca de treinta millas, alimentándose de raíces, bayas y mariscos, y de este modo llegaron hasta las riberas de un ancho y profundo rio, donde terminaron la jornada del tercer dia.

Mas al cuarto, no permitiéndoles la anchura del rio atravesarlo, fueron remontándolo siguiendo sus sinuosidades y pasando por varios pueblos, pero sin poder obtener el menor socorro de los habitantes. Despues de una jornada fatigosa llegaron á un punto en que el rio se estrechaba, y trabando con enredaderas y los pañuelos cuanta madera seca pudieron encontrar, formaron una especie de balsa en la cual colocaron al niño Law y á los que no sabian nadar. Los buenos nadadores la impelian, y de este modo pudieron atravesar aquel rio que no tenia ménos de dos millas de ancho. Tres dias hacia que los viajeros se alejaban del mar, y volvieron á dirigirse otra vez hácia la costa siguiendo la orilla derecha del rio. Afortunadamente encontraron abundancia de mariscos, pues en el interior su alimento se reducia á frutos silvestres y agua.

Cuatro dias despues llegaron á una alta montaña cubierta por la parte de tierra de espesos bosques, en los que penetraron al despuntar el alba. Entónces se aumentaron las penalidades, pues tenian que abrirse paso por entre la maleza, y á cada momento se veian obligados á trepar á los árboles para examinar la direccion que debian seguir. En la cima encontraron una espaciosa llanura bañada por un riachuelo, en cuyas orillas acamparon despues de encender una hoguera mayor que de costumbre, porque el agua atraia numerosas fieras, que ahuyentaban con gran trabajo y riesgo de su vida.

Al amanecer encaramóse Hynes á uno de los árboles más elevados para exa-

minar la direccion de la costa y divisó entre ellos y el pié de la montaña, otra selva, á la cual llegaron rendidos de cansancio al anochecer, sin descubrir más senderos que los trazados por los tigres y leones. Cuando bajaron á la playa, hallaron una ballena muerta, y esta abundante provision los llenó de gozo, pero no sabian como destazarla para poderla utilizar; sin embargo, tras mucho discurrir encendieron lumbre sobre ella cortando con una concha de ostra la parte asada.

De esta suerte lograron subsistir algunos dias, durante los cuales unos pensaron que convendria dirigirse al interior, y otros por el contrario juzgaban más seguro seguir la costa; esto dió lugar á una subdivision, y en consecuencia los maestres William y Thaylor, el capitan Talvot con su patron de bote y veinte y seis marineros, siguieron la primera ruta, miéntras que el carpintero, el despensero, el tonelero, los señores Espinette y Oliver con sus criados y unos veinte y tres marineros tomaron la direccion de la costa.

Los primeros, entre los cuales estaba Hynes, autor de esta relacion, atravesaron durante tres dias una vasta y risueña campiña en la que vieron varias aldeas abandonadas; sin embargo todo su alimento se redujo á ostras que trajeron de la playa, raíces y bayas que recogian por el camino, lo cual les obligó á volver á la costa, donde encontraron mariscos bastantes para satisfacer el hambre. Poco despues de separarse de la otra partida, miéntras subian á una escarpada montaña, el capitan Talvot se sentó varias veces para descansar, y toda la comitiva le imitó; mas el capitan, fuera cansancio ó debilidad, acabó por sentarse tan á menudo, que los demas lo dejaron atras. Su fiel patron, sin embargo conmovido al verle en tal estado, se quedó con él. Los compañeros le vieron sentarse á su lado, y jamas volvieron á oir hablar de ellos.

Hynes y su comitiva llegaron al dia siguiente á orillas de un riachuelo donde encontraron á dos hombres de la partida del carpintero, que por no saber nadar se quedaron atras. Cuatro dias más tarde hallaron otro, y siguiendo la ribera llegaron á un pueblo donde vieron la caja de un reloj que habia cambiado por un poco de leche uno de los que iban delante. Shaw ofreció parte de la caja del suyo en cambio de un becerro, en lo cual consintieron al parecer, pues hasta llevaron el animal á un cercado; pero apénas tuvieron en la mano el precio convenido se quedaron con el becerro y lo volvieron al kraal.

Los ingleses remontaron el rio por espacio de algunos dias; pasaron por varios pueblos donde no fueron molestados, y por último valiéndose de otra balsa pasaron á la orilla opuesta de un rio que tendria en aquel punto como milla y media, anchura que asustó á dos de la comitiva, y no se atrevieron á seguir á sus compañeros. A los cuatro dias llegaron á la orilla del mar continuando la direccion diagonal, y al quinto encontraron algunos mariscos, pero no pudieron hallar agua. Los infelices dieron entónces con numerosos salvajes que les maltrataron y como no podian hacer la menor resistencia, debieron sufrir sus ultrajes y golpes, de los cuales se libraron al fin escapándose al interior de un bosque desde el cual volvieron á tomar el camino en cuanto se retiraron sus enemigos. Tres dias despues alcanzaron la otra partida que dirigia el carpintero, quien murió envenenado con una fruta que comió instigado por el hambre; los señores Espinette y Oliver con sus criados se quedaron atras por no poder ya

continuar; pero el niño Law soportaba milagrosamente las fatigas de tan penosa marcha.

Otra vez reunidas las dos bandas encontraron en un banco de arena dos tablas una de las cuales tenia varios clavos. Llenos de alegría con tan precioso descubrimiento, las quemaron para sacar los clavos, que aplastaron entre dos piedras haciendo una especie de cuchillos; más adelante hallaron agua fresca y en aquel sitio pernoctaron.

La aurora siguiente les proporcionó una agradable sorpresa: en la opuesta playa vieron otra ballena muerta, pero al acercarse á ella se les echaron encima numerosos cafres con lanzas. Sin embargo, al ver su situacion deplorable y la imposibilidad en que se hallaban de resistir, cambiaron en benevolencia su primera actitud, y uno de ellos les prestó su propia azagaya para que pudiesen con ella destazar mejor el monstruoso cetáceo. Los ingleses despues de cortar algunos pedazos que guardaron en sacos para cocerlos cuando encontrasen fuego y agua, se pusieron otra vez en camino.

Cuando al dia siguiente llegaban á orillas de un rio, uno de los marineros se puso malo, y sus compañeros, obligados por la inflexible necesidad, lo dejaron abandonado, caminando por espacio de cuatro dias con bastante celeridad, porque merced al repuesto de ballena que tenian no se entretuvieron en buscar comestibles. Sin embargo los muchos rios que hallaban al paso, entorpecian su marcha, y el quinto dia llegaron junto á uno bastante caudaloso en cuyas riberas pasaron la noche, tanto para utilizar la gran cantidad de frutos que allí encontraron, como por parecerles peligroso vadearlo en la oscuridad. Por la mañana, la fuerza del viento y el frio impidieron á muchos verificar la travesía; mas Hynes y otros diez, impacientes por continuar pasaron á nado y siguieron andando hasta encontrar agua, leña y mariscos, y allí permanecieron dos dias esperando á sus compañeros entre los cuales estaba el niño Law; pero trascurrido este plazo, considerando que el mal tiempo les detendria prosiguieron el viaje. Felizmente á poco descubrieron en la playa una foca muerta y haciéndola trozos con uno de los cuchillos y conchas de ostras, comieron parte de ella llevándose el resto.

Los compañeros que quedaron atras se les reunieron dos dias despues. Estos infelices recibieron muy mal trato de los cafres, perdiendo á cinco camaradas. Despues de la muerte del carpintero se encargó la direccion de la banda al despensero, quien cuidaba con extraordinario interés del pobre niño incapaz por su corta edad de resistir los peligros de tan penoso viaje. Por todos los medios posibles procuraba aliviar sus fatigas, escuchaba sus quejas con compasivo cariño, dábale de comer lo que podia facilitarse, prodigábale, en fin, cuantos consuelos le era dable para tranquilizarle; conducta generosa y humana, digna de los mayores elogios.

Para abreviar la ruta, intentaron pasar por una roca escarpada que avanzaba bastante en el mar; pero era tal la violencia de las olas que en ella se estrellaban, que faltó poco para que los arrebatasen y salváronse por milagro. Algunos perdieron las provisiones que llevaban, y los tizones se les apagaron. Aunque en extremo desalentados por tan deplorable accidente, continuaron el camino, y á poco divisaron varias mujeres que al verles echaron á huir. Al llegar al

sitio que ocupaban, conocieron que buscaban moluscos y encontraron todavía el fuego en que los asaban, hallazgo de inestimable valor, pues gracias á él pudieron encender los tizones otra vez.

Al otro dia llegaron á un pueblo en el que á cambio de una caja de reloj y algunos botones, obtuvieron un buey. Matáronle con la azagaya de un cafre, y para hacer más igual la distribucion, cortáronlo en tasajos, y colocándose dos individuos en pié y de espaldas á los compañeros, el primero iba nombrándolos sucesivamente miéntras el otro entregaba un trozo de carne tomado á la ventura. Igual operacion practicaron con el cuero del cual se hicieron abarcas. Esta fue la única vez que pudieron obtener de los indígenas algunas provisiones, exceptuando un poco de leche que de vez en cuando daban las mujeres al niño dolidas de la resistencia con que soportaba el viaje. Cuando el terreno era llano y firme, caminaba al paso de los hombres, mas si atravesaban dilatados arenales ó malezas, le llevaban en brazos por turno. Tomó el encargo de conservar el fuego miéntras los demas iban á la pesca, por cuyo trabajo le reservaban su parte.

Diez dias emplearon en atravesar un arenoso desierto sin tener encuentro alguno, alimentándose con las provisiones que llevaban y recurriendo para hallar agua á hacer excavaciones en la arena.

En la otra parte encontraron una tribu llamada de los *tambukis,* y entre ellos pasaron cinco ó seis dias, recibiendo buen trato unas veces, malo otras, hasta llegar á la orilla del mar, donde les intimaron por señas que se dirijiesen hácia el interior. Conformáronse los náufragos con esta órden, y al cabo de tres millas entraron en una aldea donde no hallaron mas que niños y mujeres, de las cuales obtuvieron un poco de leche para el pobre Law. Poco hacia que estaban descansando cuando llegaron los hombres del kraal, llevando cada uno un pedazo de venado en la punta de la lanza. Sobre cuarenta á lo ménos rodearon al punto á los viajeros contemplándolos con cierta admiracion y despues les enseñaron dos jarras de leche como invitándoles á cambiarlas por algo; pero por desgracia nada poseian que pudiese convenir á aquellos hombres, y por consiguiente no pudo efectuarse el trueque. Los cafres sacando entónces de su choza unas cañas sumergieron uno de los extremos en la leche, y chuparon por el opuesto cuanta habia en poco tiempo. Terminada esta frugal comida, levantáronse apresuradamente y echaron á correr hácia el bosque en el que desaparecieron, regresando á poco con un corzo muerto. Los ingleses suplicaron que les diesen algo de él, pero fue en vano, y al acercarse la noche les mandaron alejarse del pueblo.

Partieron, pues, al ponerse el sol, yendo á descansar á cuatro ó cinco millas de este kraal, y continuaron sin acontecimiento notable por espacio de algunos dias, durante los cuales vieron bastantes reses, aunque inútilmente pues carecian de medios para cazarlas. Acercáronse á unas chozas que divisaron á orilla de un rio habitadas por mujeres y niños, y obtuvieron, más por temor que por sentimientos humanitarios, algunos trozos de foca que estaban allí secándose. Hynes y otros ocho pasaron á nado aquel rio de una milla de anchura, pero temerosos los demas quedáronse en la orilla opuesta. Tres millas más adelante descubrieron una foca dormida en la playa, y aunque al acercarse la despertaron, y

corrió hácia el mar, los náufragos la rodearon, la mataron á palos y la despedazaron llevándosela.

Poco despues tuvieron que atravesar otro rio y no faltó mucho para que se quedaran sin lumbre, pues algunos dejaron apagar sus tizones. Para pasar los rios hacian un lío de la ropa, ponian el tizon encima y se lo colocaban en la cabeza, preservándolo de este modo del contacto del agua. No tardaron en encontrar otra ballena, y aprovecharon esta circunstancia para esperar á sus compañeros. Viendo que á los dos dias no parecian, resolvieron seguir adelante, y hacia ya diez que andaban, cuando varios harapos esparcidos en el camino les dieron á conocer que los compañeros se habian adelantado. Al penetrar luego en un vasto desierto arenoso, cerca de una profunda torrentera, descubrieron estas palabras escritas en la arena: Seguid por este camino, y encontraréis leña y agua en abundancia. Apresuráronse á seguir la indicacion, y por algunos restos de fuego y otros indicios, conocieron que los que les precedian descansaron en las hendiduras de las rocas.

Cuatro ó cinco dias más tarde una escarpada roca que avanzaba considerablemente en el mar les obligó á penetrar otra vez en el interior. Estaban ya agotados los últimos restos de la ballena, pero junto á una laguna encontraron muchos cangrejos, mariscos y acederas, con los que comieron muy bien. Al amanecer del siguiente dia continuaron su camino, y al llegar á la entrada de un gran bosque observaron varios árboles arrancados de cuajo, particularidad que les sorprendió en extremo; pero apénas penetraron en la selva, vieron salir de la espesura á treinta ó cuarenta elefantes enormes. Ignorando si era más peligroso retroceder ó avanzar, se quedaron por algunos minutos indecisos; más al fin dando un largo rodeo se alejaron de aquellos animales sin otro accidente. Por la tarde no encontraron en la playa marisco alguno, de manera que instigados por el hambre algunos que todavía conservaban restos de las abarcas de cuero, las asaron en la llama, y se las comieron, añadiendo á este triste manjar un poco de apio silvestre que allí recogieron.

Por espacio de cinco ó seis dias siguieron encontrando indicios de que sus compañeros les precedian. Al cabo de este tiempo se encontraron de pronto entre una banda de cafres que estaban cazando y observaron que llevaban calzado con una abarca solo el pié derecho á causa de apoyarse en él para saltar. Llegaron despues á un país más árido cuyos habitantes parecian subsistir de la pesca y caza, y aunque los ingleses no sufrieron ningun mal trato de ellos, tuvieron que vencer innumerables dificultades; pero á los cuatro dias llegaron á un distrito ameno y poblado en el que sin embargo no pudieron obtener víveres, pues los naturales, temiendo que les robasen sus rebaños, los rechazaban á palos y pedradas, de modo que sin el recurso de los mariscos, perecieran indudablemente.

Pocos dias despues encontraron otra partida de indígenas, uno de los cuales llevaba en su cabellera parte de un anillo de plata que pertenecia al cocinero del buque, quien se vió en la precision de hacer pedazos todos sus anillos para procurarse comestibles. Sucedia sin embargo con bastante frecuencia que los cafres cobraban el precio de la venta y se quedaban con la mercancía.

Un recio viento acompañado de truenos, relámpagos y lluvia, les obligó á pasar la noche á orillas del mar. La lluvia era tan copiosa que se vieron precisados á

estar cuatro constantemente junto al fuego, cubriéndolo con sus ropas para impedir que se apagara. La tempestad cesó al fin, mas como no habian descansado un momento, permanecieron en el mismo punto esperando la bajamar, para recoger mariscos y dar tiempo á que se secara la ropa. Nuevamente en camino, á los cuatro dias llegaron á otra poblacion cuyos habitantes se reunieron y les atacaron hiriendo á varios. A uno le rompieron el cráneo, y murió á poco rato; y á Hynes lo golpearon en el suelo dejándolo por muerto. Cuando volvió en sí, ya sus compañeros y los cafres habian desaparecido. Recordando empero la ruta que pensaban seguir, anduvo tan de prisa como pudo, y los alcanzó al cabo de dos ó tres horas. Le abandonaron juzgándole cadáver al verle cubierto de sangre, que procedia de una herida causada en la pierna por una azagaya, y cuya cicatriz conservó largo tiempo.

Ya no se encontraban chozas: los ingleses despues de algunos dias de marcha, en que no hallaron sér viviente, dieron con tres salvajes que echaron á huir al punto. Para facilitarse alimentos se les ofrecian inmensas dificultades, porque la costa estaba erizada de rocas, y cuando encontraban algun pequeño arrecife, debian esperar á veces horas enteras á que bajase el mar. Si los mariscos abundaban, recogian cuantos podian, arrojaban la cáscara y envolvian la carne en un pedazo de lona que llevaban por turno.

Al llegar á un gran rio llamado *Boschiman s'-River*, encontraron á Tomas Lewis á quien la otra partida dejó atras porque estaba enfermo. El infeliz contó que penetrando en el interior vió varias chozas, que en una le dieron leche, y en otra le maltrataron. Estaba tan débil, era tan ancho el rio, y se sentia tan poco en estado de soportar nuevas fatigas, que se decidió á regresar al más próximo pueblo, diciendo que lo peor que podia sucederle era que los habitantes lo matasen, y que estaba seguro de morir de inanicion si se aventuraba á ir adelante. En vano se esforzaron sus compañeros en animarle, y hacerle entrever que sobreviviria á todas aquellas penalidades y podria llegar al cabo de Buena Esperanza: sordo á todos los ruegos se volvió con los cafres entre los cuales probablemente tardó poco en hallar el término de sus sufrimientos.

Los ingleses no se determinaban á abandonar la orilla, esperando encontrar en ella algun alimento; y en efecto tras mucho buscar, recibieron notable alegría al dar con una ballena muerta, junto á la cual permanecieron dos dias, y al cabo de ellos cortaron cuanta carne pudieron llevarse, y pasaron el rio en una balsa. Los ahullidos de las fieras, más numerosas aquí que en ninguna otra parte, les tenian por la noche en continua alarma.

Cuatro dias despues alcanzaron al despensero y al niño Law, quienes les dijeron que la víspera por la tarde, y á poca distancia de allí, enterraron al tonelero. Hynes despues de darles un trozo de carne que les reanimó, les rogó que le guiasen á aquel punto; pero se horrorizaron al ver que sin duda alguna fiera habia desenterrado y llevádose el cuerpo, conociéndose todavía en la arena la direccion que tomara.

Ocho ó diez dias despues encontraron un gran arrecife, y le siguieron hasta su extremo esperando encontrar algo que comer, pues la ballena estaba agotada, y en efecto hallaron mariscos; pero no pudieron facilitarse mas que agua salobre, y pasaron la noche sobre las rocas.

Al siguiente dia, encontrándose enfermos el despensero y el niño, rogaron á los compañeros que permaneciesen todo el dia allí en lo cual consintieron, pero al otro, todos se sintieron indispuestos á causa de la frescura de la roca en que durmieron y del deplorable estado de sus vestidos. Como el despensero y el niño seguian enfermos, determinaron los demas pasar en aquel sitio otro dia; pero convenidos en que si al inmediato no mejoraban, se verian precisados á abandonarlos.

Desde muy temprano prepararon lo que pudieron recoger para el almuerzo, é inclinados á toda la benevolencia imaginable con un sér tan delicado como el pobre niño, pensaban no llamarle hasta tenerlo todo dispuesto. La pobre criatura parecia dormir todavía profundamente junto al fuego, donde todos se acostaban, cuando fuéron á despertarle. Mas en vano le llamaron y movieron; con profundo dolor conocieron que su alma habia volado hácia un mundo mejor. ¡Pobre inocente! ¡Tan débil y animoso á la vez, despues de tantas penalidades soportadas con la energía de un hombre, se extinguió en él la vida, cuando empezaba apénas, sin proferir una queja, sin que pudiera un amigo recibir su último suspiro!

El sentimiento de sus compañeros, el amargo dolor del despensero que tan afectuosos cuidados le prodigaba, fueron indescribibles. La pérdida de un sér que amaba con tal ternura y al cual le unía más estrechamente la misma solicitud que con él tuviera, le abatió de tal modo que costó á sus compañeros no poco trabajo arrancarle de aquel lugar funesto; consiguiéronlo al fin, y despues de dedicar á aquella tierna víctima el postrer recuerdo, se pusieron en marcha.

Unas dos horas haria que estaban andando, cuando Roberto Fitzjerald pidió un poco de agua; diósela Hynes en una concha de ostra y bebióla Roberto con avidez: repitió con la misma ansia, se tendió en el suelo y espiró casi en el acto. Los demas lo dejaron allí mismo, y prosiguieron al parecer poco afectados con aquel acontecimiento. Semejante muerte era más de desear que de temer. Sobre las cuatro, Guillermo Fruel quejándose de gran debilidad, sentóse en la playa. Sus compañeros le dejaron para buscar leña ó agua; y ya se hallaban á cierta distancia, cuando mirando atras le vieron que hacia esfuerzos por llegar hasta ellos arrastrando. Despues de buscar inútilmente agua ó sitio á propósito para descansar, tendiéronse á dormir un rato; mas recordando uno el estado de Fruel, volvió á donde se hallaba para ver si podia llevárselo. Inútilmente lo buscó: hallaba bien el paraje en que lo dejaron, por lo que supusieron y con fundamento que lo arrebataron las fieras.

La falta de agua les hizo sufrir mucho al siguiente dia; la garganta se les hinchaba extraordinariamente y por fin llegaron á apurar todos los medios que á su alcance estaban para apagar la sed. Cuantos padecimientos soportaran hasta entónces eran insignificantes al compararles con aquella horrible situacion, y al segundo dia espiraron el animoso despensero y otro.

Limitaban el camino por una parte colinas de arena y por la otra el mar, de modo que pernoctaron en la playa donde no encontraron sino la mitad de un pez que proporcionó á cada uno un bocado á lo más, á pesar de que varios no quisieron probarlo por temor de aumentar los males que les afligian. Al otro dia murieron otros dos de debilidad y cansancio; uno de ellos particularmente no pu-

diendo continuar se acostó en el suelo. Los compañeros le tendieron la mano con tristeza, y encomendándole al cielo le dejaron espirar solo. Poco despues en un barranco encontraron muerto á otro marinero con el rostro contra la tierra y la mano derecha cortada por la muñeca. Jhon Wormigston, segundo maestre que perdió la ropa al pasar un rio, se apoderó de la que cubria al cadáver, y prosiguieron andando hasta que vino la noche.

Amaneció, y ningun alivio hallaron á sus penas; sin embargo, la inflexible necesidad les obligaba á continuar, á pesar de que sus fuerzas estaban tan agotadas que, apénas podian dar un paso, y uno se cayó en el suelo sin duda para no levantarse más, pues sus compañeros que lo dejaron allí nada supieron de él. Quedaban reducidos á Hynes, Ewans y Wormigston, los tres en la situacion más deplorable, aniquiladas sus facultades, medio sordos, casi ciegos y expuestos á los rayos perpendiculares del sol que abrasaba aquel desierto.

A la mañana siguiente tan horribles fueron los tormentos de la sed, que Wormigston propuso sortear á uno de los tres para salvar á los otros dos con la sangre del que condenara el destino. La debilidad redujo á Hynes á un estado de imbecilidad extraña; así es que al oir la proposicion de Wormigston se echó á llorar amargamente, negándose á ello, y diciendo que si la debilidad le abatia hasta el punto de no poderse mover, hicieran de él lo que mejor les pareciese si creian que podia servirles para salvarse, pero que miéntras pudiese tenerse en pié no queria oir hablar siquiera de sorteo; manifestando entónces Wormigston que le era absolutamente imposible avanzar más, sus compañeros le estrecharon la mano, y partieron; sin embargo, un momento despues cuando todavía los divisaba los llamó como si su compañía pudiera darle la vida; hasta se incorporó, y trató de dar algunos pasos; mas conociendo que eran del todo inútiles sus tentativas, tendióse en la orilla.

Poco pudieron adelantar á pesar de sus esfuerzos Ewans é Hynes. Sobre las diez divisaron á lo léjos algo que les pareció grandes pájaros: animados por aquel espectáculo, concibiendo la esperanza loca de coger algunos y aliviar sus padecimientos, procuraron adelantar; mas ¡cuál fue su sorpresa al ver que lo que tenian delante, eran hombres! Casi ciegos é imbéciles, costóles no poco reconocer á cuatro individuos que se separaron de la partida del despensero. Salióles al encuentro un jóven llamado Price, y pidiéndole agua, con solo responderles que allí la encontrarian recobraron nueva vida.

Hynes y Ewans les refirieron la muerte de todos sus compañeros excepto Wormigston á quien aquella misma mañana dejaron agonizando en el camino. Lear y Delasso partieron inmediatamente en su busca, recomendando á los otros dos que no permitiesen á Hynes y Ewans beber mucho, pues la falta de continencia ocasionó la muerte á varios compañeros; mas impacientes por apagar la sed se tendieron junto á un manantial é indudablemente traspasaran los límites de la prudencia si Price no arrojara al agua grandes puñados de arena; despues de esto, les dieron algunos mariscos, y colocáronlos en la hendidura de una roca donde tardaron poco en dormirse.

Lear y Delasso encontraron efectivamente á Wormigston y regresaron con él, prodigándole los mismos cuidados que á sus dos compañeros, y cuando estos despertaron refiriéronse mútuamente las penalidades que sufrieran para atrave-

sar el último desierto. Lear dijo que despues de enterrar al mayordomo del capitan, se vieron reducidos á tan deplorable estado que enviaron á dos hombres para que cortasen algunos pedazos del cadáver á fin de alimentarse con ellos; pero afortunadamente, miéntras los dos comisionados que pasaron de la fosa del mayordomo, se ocupaban en buscarlo, descubrieron en la playa una foca, que las olas arrojaban echando sangre todavía, lo que les preservó de comer carne humana. Describieron en seguida un modo singular de adquirir mariscos. Observando que muchos pájaros despues de escarbar la arena en las orillas de un rio se elevaban, dejaban caer del pico algo sobre las rocas y bajaban luego para volverlo á cojer, los hambrientos viajeros siguieron el vuelo de esos pájaros y descubrieron que lo que sacaban de la arena eran mariscos, que se hundian en ella porque no encontraban rocas en la playa.

Hynes y Ewans refirieron las aventuras de su viaje, y como se les ocurriese decir que el despensero llevaba al morir buena ropa, un tal Dodge resolvió buscar el cadáver para aprovecharse de los vestidos que le hacian falta. Prometióle Ewans indicarle el sitio, y al otro dia partieron juntos; mas al anochecer regresó Ewans solo, diciendo que Dodge estaba tan débil y andaba con tal lentitud, que si él no apresurara el paso no llegara á reunírseles. No pudieron encontrar el cadáver que probablemente arrebatarian las fieras, y como no volvió á verse á Dodge, es casi seguro que lo propio harian con él.

Emplearon los dos dias siguientes en recoger mariscos, haciendo provision para el viaje, y en seguida construyeron una balsa y pasaron el rio con sumo trabajo por su gran anchura y porque la fuerza de la corriente los arrastraba al mar. Al llegar á la opuesta orilla volvieron los ojos y observaron sorprendidos y aterrados la enorme distancia que la rapidez de la corriente les hiciera recorrer. Allí encontraron el marisco que se hundia en la arena: es de forma triangular, de dos pulgadas de largo y una de las extremidades puntiagudas, con la cual practica el agujero con tan particular facilidad, sobre todo en la arena húmeda, que les costaba trabajo seguirle cuando querian cogerle.

Los seis náufragos continuaron atravesando un territorio desierto en el que no divisaron habitantes ni chozas, y el sexto dia llegaron á un rio llamado *Swarte River,* empezando entónces á presentar el terreno un aspecto más risueño y descubriendo á lo léjos algunas barracas. Por casualidad pegaron fuego á las yerbas, y temerosos de que propagándose el incendio con rapidez atrajese á los indígenas, consiguieron apagarlo con gran trabajo.

El dia siguiente despues de atravesar un rio á nado, encontraron en la playa una ballena muerta. Contentos en extremo con tan precioso hallazgo, resolvieron, para aprovechar la abundante provision que les proporcionaba, construir una cabaña y descansar allí cuatro ó cinco dias; mas cuando ya se disponian á verificarlo, calcularon que les sería inútil la carne careciendo de agua, y como á pesar de sus investigaciones no pudieron hallarla, lleváronse toda la carne de ballena que pudieron cargar sin incomodidad, y continuaron la marcha pernoctando en un bosquecillo por donde serpenteaba un fresco arroyo.

No bien amaneció, volvieron cuatro á donde estaba la ballena para hacer nueva provision, dejando á Delasso y al jóven Price con encargo de cuidar del fuego y buscar leña á fin de pasar la noche. Durante su ausencia Price que se in-

ternó en el bosque, vió de pronto á corta distancia dos hombres con fusiles, á cuyo aspecto volvió corriendo asustado y perseguido por ellos. Eran dos colonos pertenecientes á un establecimiento holandes poco distante, que buscaban varias reses extraviadas. Al ver á Price y descubriendo al mismo tiempo humo, calcularon que se dirigiria á aquella parte y le siguieron. Uno de ellos llamado Battorés, portugues sin duda, consiguió entender á Delasso que era italiano, y cuando se enteró de su lamentable narracion, le rogó que lo guiase á donde estaban los compañeros á quienes encontró ocupados en destazar la ballena.

Battorés les hizo entónces arrojar toda la carne que tenian recogida prometiéndoles mejores alimentos, lo cual verificó llevándoles á su casa. Es imposible concebir ni explicar la alegría de los desdichados ingleses; hallábanse en una extrema agitacion; reian, bailaban, lloraban, pues los sufrimientos les tenian tan trastornados, que sólo estos exagerados movimientos podian expresar sus sensaciones. Cuando se repusieron un tanto supieron que se encontraban en los establecimientos holandeses, á tres ó cuatrocientas millas del cabo de Buena Esperanza.

Cristóbal Rostoff, dueño de la casa en que habitaba Battorés, enterado de las desgracias de los marineros, les trató con la mayor bondad, dándoles pan y leche que devoraron. Despues de comer tendiéronles algunos sacos en el suelo y se quedaron profundamente dormidos.

Su estado y crueles padecimientos les hicieron olvidar hasta de calcular el tiempo. Cuando con los clavos se fabricaron los cuchillos, marcaban en un palo con incisiones horizontales los dias de la semana, las cuales atravesaban con un corte vertical para indicar el domingo, pero desgraciadamente al atravesar un rio perdieron este palo. Desde entónces pasaron para ellos dias, semanas y meses sin que pudieran llevar cuenta; pero sabiendo que el dia de su salvacion era el 29 de noviembre y recordando que el naufragio del *Grosvenor* aconteció el 4 de agosto, resultaba que emplearon ciento diez y siete dias en este arriesgado viaje. Las penalidades que arrostraron eran tan increibles que su salvacion parecia un milagro.

Al siguiente dia de su llegada Rostoff hizo matar un carnero, del que dieron fin entre el almuerzo y la comida; y poco despues otro holandes llamado Quin, que vivia á ocho millas de distancia, se presentó con un carro tirado por seis caballos para llevar al Cabo á aquellos infelices. Price, empero, como tenia mala una pierna, se quedó en casa de Rostoff, quien prometió cuidarlo hasta su completa curacion y enviarle despues con sus compañeros.

Los cinco náufragos viajaron por caminos escabrosos y pasaron por delante de dos granjas ántes de llegar á la de Quin, en donde descansaron dos dias, yendo despues en el carromato de un establecimiento á otro hasta Zwellendam á unas cien millas del Cabo. Do quiera pasaban la noche, reuníanse los granjeros para escuchar su triste historia dándoles algo de lo que necesitaban.

Como la Inglaterra y la Holanda estaban entónces en guerra, el vice-gobernador que residia en Zwellendam retuvo á los marineros ingleses hasta el regreso de un mensajero que envió al gobernador para que dispusiese acerca de ellos. Mandóle este que enviase dos al Cabo y retuviese los otros dos en Zwellendam, y por consiguiente, Wormigston y Lear, despues de interrogados partieron para aquel punto, donde los destinaron á un ponton holandes. Wormigston

descubrió una noche que el contramaestre introducia pimienta fraudulentamente á bordo del buque, y cometió la imprudencia de dar á entender que lo descubriria. El contramaestre entónces le hizo pasar con su compañero á bordo de un buque de la compañía danesa de las Indias que estaba pronto á darse á la vela, y partió al instante. Gracias á esta casualidad fueron los primeros en regresar á Inglaterra.

A pesar de la enemistad que reinaba todavía entre las dos naciones, el gobernador del Cabo fue bastante generoso y humano para enviar una expedicion al interior en busca de los demas infelices náufragos del *Grosvenor*. Componíase esta de cien europeos y trescientos hotentotes, seguidos de numerosos carromatos tirados cada uno por ocho bueyes, todo bajo el mando del capitan Miller, que tenia órden de salvar cuanto fuese posible del buque y libertar á todos los infelices náufragos que encontrase ó estuviesen en poder de los cafres. Delasso y Ewans ya restablecidos servian de guias. En cuanto á Hynes no estaba repuesto todavía, y Price permanecia aun en casa del colono.

Los expedicionarios que llevaban abalorios y otras bagatelas para rescatar á los náufragos, avanzaron hasta que les detuvieron los indígenas. Por el camino encontraron á tres marineros del *Grosvenor*, y ademas á otro llamado Huberley, criado de Shaw el contramaestre. Los individuos de la comitiva de que formaba parte, fueron muriendo sucesivamente y él caminaba triste y solo cuando le encontraron los holandeses.

Más adelante encontraron á siete laskares y dos negras, de las cuales una servia á la señora Logie, esposa del primer maestre, y otra á la señora Hosea que lo era de un pasajero. Por ellas supieron que cinco ó seis dias despues de separarse Hynes y sus compañeros de la comitiva del capitan y las mujeres, esta se subdividió. Las mujeres pensaron reunirse á los laskares; pero estos ignoraban la suerte de las dos partidas, si bien al ver el vestido del capitan en hombros de un cafre supusieron que habria muerto (1).

Como los cafres se opusieron á que los carromatos avanzasen, algunos holandeses hicieron todavía unas quince leguas á caballo; pero continuamente hostigados en su marcha tuvieron que renunciar á su generoso propósito y regresar despues de una ausencia de tres meses.

Los laskares quedaron arrestados en Zwellendam y á los ingleses los enviaron al Cabo, donde despues de sujetarlos á un largo interrogatorio ante el gobernador, les permitieron volver á Europa en clase de marineros á bordo de un buque danes, cuyo capitan prometió dejarlos en Inglaterra al pasar por La Mancha; pero siendo escasa su tripulacion, los llevó hasta Copenhague, exceptuando á Price que desembarcó en Weymouth. Poco despues de su llegada á Dinamarca los ingleses tuvieron ocasion de regresar á Lóndres.

Parte de las desgracias ocurridas á los náufragos procedió sin duda de su desunion despues de la catástrofe. Es indudable ademas que no pensaron con detencion en utilizar los restos del buque, con los cuales pudieran construir una embarcacion y trasladarse algunos al Cabo para pedir socorro; que fue sobrado ligero el proyecto de emprender el viaje por tierra, y hasta que les era descono-

(1) Las noticias contenidas en este párrafo no son muy inteligibles.

cido el sitio de la costa en donde se hallaban, puesto que el capitan creyó poder llegar al Cabo en quince dias. Unióse á esto la separacion, prueba clara de la falta de energía del capitan; pues si caminaran juntos, componiendo un total de ciento treinta y cinco, consiguieran con facilidad ahuyentar las partidas de cafres que les hostilizaron.

La suerte de aquellos infortunados y la idea de que aun vivian excitaban un interes general é indujeron á que se hiciesen los mayores esfuerzos para socorrerlos. A pesar de fracasar la expedicion de que acabamos de hablar, no se abandonó el proyecto, y algunos años despues se emprendió otra, combinada con más acierto que partió á fines de agosto de 1790 provista de cuanto podia necesitar, dirigiéndose á la costa de Natal donde se suponia el naufragio del *Grosvenor*. Tras un largo y difícil viaje, encontraron al holandes Tront, el cual ofreció guiarlos al lugar del siniestro, refiriendo que los náufragos que penetraron en el interior, sucumbieron á manos de los indígenas ó á los rigores del hambre, y añadiendo que de cuanto contenia el buque no quedaban sino algunos cañones y lastre de hierro y plomo. Temiendo, empero, que lo llevasen al Cabo, faltó á su palabra evitando el encuentro de sus compañeros, quienes llegaron sin embargo al lugar del naufragio situado á cuatrocientas cuarenta y siete leguas del Cabo y á cuatro jornadas del rio de Goa. Ninguna noticia pudieron obtener de los náufragos que por aquellos contornos quedaron, á no ser que el cocinero del buque murió de la viruela poco tiempo despues de la catástrofe. Los cafres de las inmediaciones se sorprendieron del largo viaje que emprendieron los holandeses, prometiendo que si algun otro siniestro ocurria prestarian socorro y proteccion á los viajeros siempre que se les diese la seguridad de que obtendrian por sus servicios cobre, hierro y abalorios. Así se lo prometieron los expedicionarios y regresaron al Cabo en enero de 1791.

Hallábase en esta ciudad el capitan Bligh por los años de 1788 y 1789, cuando el coronel Gordon le dijo que en uno de sus viajes por cafrería supo que entre los indígenas existia una mujer blanca con un niño, al cual abrazaba con frecuencia vertiendo amargas lágrimas. La falta de salud obligó al coronel á regresar al Cabo; pero prometió recompensar á cierto cafre si se encargaba de una carta para la blanca, y en consecuencia la escribió en holandes, frances é inglés, rogándole que le enviase en contestacion cualquiera objeto notable, y haria cuanto pudiera para auxiliarla; pero á pesar de los regalos que dió al cafre, el cual parecia contento de su comision, jamas volvió á oir hablar de él.

Varios oficiales que residieron en el Cabo dijeron que allí se creía generalmente que algunas de las infelices salvadas del naufragio, pudieran trasladarse á la colonia, pero que el temor de aparecer degradadas por haber permanecido entre los salvajes, les indujo á tomar la resolucion de no abandonarlos y quedarse con los jefes que las protegian.

NAUFRAGIO DEL HÉRCULES.

Fletado por la compañía inglesa de las Indias salia el *Hércules* de la bahía de Bengala el 17 de marzo de 1796 al mando del capitan Benjamin Stout, y con direccion á Lóndres. Consistia su cargamento en nueve mil sacos de arroz que debia trasportar á Inglaterra en breve plazo, á fin de conjurar la carestía que por efecto de la pérdida de la cosecha se presentaba inmediata, y formaban su tripulacion, contratada casi toda en la India, laskares, americanos, daneses, suecos, holandeses y portugueses, componiendo un total de sesenta y cuatro hombres.

«Nada importante nos ocurrió, dice el capitan Stout, hasta el 1.° de junio, que hallándonos á los 35 grados de latitud Sur y á los 28 y 40 minutos de longitud Este, empezó el viento á arreciar por espacio de siete dias. Jamas habia visto tempestad igual; la fuerza y bramidos del huracan, el fragor del mar irritado aterraban á los más intrépidos marinos, haciéndolos contemplar sombríos y silenciosos este espectáculo que obligaba á prorumpir en desesperados gritos á los que, ménos avezados á la vida del mar, se consideraban sepultados debajo de cada una de las enormes olas que se estrellaban rugiendo contra el buque.

«Por la noche aumentó el huracan, y con él nuestro terror, y á las doce, cambiando súbitamente, hizo girar al buque á tiempo que una ola gigantesca arrancó el timon, partió el codaste y averió la popa. Consultada la sonda, á los pocos minutos teníamos cuatro piés de agua. Parte de la tripulacion entónces se puso á picar las bombas, miéntras el resto sacaba apresuradamente sacos de arroz que arrojaba al mar para aligerar la nave, y buscar la avería.

«Descubriéronla al fin. El mar penetraba por ella en prodigiosa cantidad, y aunque en el acto intentámos atajarla con lienzos, camisas, paquetes de muselina, chaquetones y cuanto hallamos á mano, hubiéramos zozobrado de seguro á no ser por nuestras excelentes bombas.

«Algo mejorado el tiempo al dia siguiente, merced al trabajo constante que en las bombas se sostenia y á todos los esfuerzos imaginables, lográmos mantener el buque á flote; consulté la carta, y nos hallábamos á doscientas leguas de la costa oriental del Africa.

«Si bien la violencia del viento era notablemente menor, la marejada seguia terrible todavía el 9. Mandé embarcar la lancha, y sospechando con fundamento que varios intentaban apoderarse de ella, dispuse que la ocupara el contramaestre con cuatro marineros de confianza, á quienes dí armas y órden terminante de disparar contra cualquiera que pretendiese entrar en ella sin mi permiso, disponien-

do en seguida la construccion de una balsa de treinta y tres piés de longitud por catorce de ancho.

«Preparábase el contramaestre á tomar el mando de la chalupa, cuando se presentó el carpintero instándome para que abandonase el buque; y como le reprendiese por no estar vigilando las bombas, echóse á llorar diciéndome que la proa estaba enteramente hundida y que de un momento á otro íbamos á sumergirnos. El azoramiento de aquel hombre y su extremada conmocion acrecentaban el espanto de la tripulacion; crecia el desaliento y con él aumentábanse las dificultades; esto me obligó á mandarle con energía y amenazas guardar silencio, añadiendo que hasta convencerme por mis propios ojos de que era imposible la salvacion del buque permaneceria en él; y tras esto, le ordené despejar anunciándole que si no animaba á la tripulacion para que cumpliese con su deber dirigiéndose al punto á las bombas, por sensible que me fuese le haria arrojar al mar. Retiróse entónces y trabajó con laudable perseverancia.

«No bien quedéme solo, cuando una porcion de marineros se presentó aturdiéndome con instancias, quejas y observaciones idénticas á las formuladas por el carpintero, apurándome de tal modo, que faltó poco para que recurriese á la violencia á fin de contener á algunos más osados.

«Menciono esta circunstancia como un aviso á los oficiales encargados del mando de buques, que con harta frecuencia suelen prestar oídos á las instigaciones y temores de la tripulacion en momentos de peligro, sin reflexionar á veces que su espíritu preocupado y supersticioso la tiene siempre dispuesta á abandonar el barco, y que si se accediera en estos instantes azarosos á sus contradictorias opiniones, sólo resultarian confusion y desgracias.

«Una tripulacion tan heterogénea como la mia exigia tambien una táctica especial. Cada nacion tiene sus creencias y supersticiones inculcadas con mayor fuerza en el marinero, que falto de educacion se halla de continuo expuesto á las iras de ese elemento inconstante é irresistible que no comprende; y conviene á veces respetar esas supersticiones á fin de obtener servicios y esfuerzos que inútilmente se les exigirian de otro modo: como prueba de ello citaré el hecho siguiente. En el momento en que con mayor furia se desencadenaba la tempestad, envié á las bombas la mayor parte de la tripulacion, y entre ella á los laskares, cuando al poco rato sube á cubierta uno de ellos con un pañuelo en la mano.—¿Qué buscas aquí? preguntéle con enfado.—Voy á hacer una ofrenda á Buda, me respondió dejando ver la confianza que tenia en su culto. Aquí llevo cierta cantidad de arroz y cuantas rupias poseo. Permitidme que lo ate en el palo de mesana y podeis estar seguro, capitan, de que nos salvarémos. Iba á mandarle con enojo que se volviese á las bombas, pero reflexionando que si me negaba á su demanda les desesperaria y acaso no me obedecieran, accedí á lo que solicitaba. Dióme las gracias, y encaramándose con la mayor velocidad, colocó el pañuelo en el tope del palo de mesana y bajó sano y salvo, asegurándome que desde aquel momento su Dios era mi amigo, y corriendo á participar esta nueva á los demas, que ébrios de alegría abrazaron á su valeroso compatriota y redoblaron sus esfuerzos como si hasta entónces no experimentaran el más leve cansancio. Puedo asegurar que á ellos se debió en gran parte que se salvara la tripulacion.

«El golpe de mar que averió al buque arrancándole el timon, y la racha de

viento que ocasionó este percance, no fue mas que una borrasca pasajera que afortunadamente amainó al cuarto de hora, pues si llega á durar más, indudablemente le hace pedazos.

«Terminada la balsa reuní consejo de oficiales, quienes manifestaron unánimes que era imposible salvar el buque y que nuestro sólo recurso sería tratar de arribar á cualquier punto. Cuando la tripulacion tuvo noticia de este acuerdo, pareció que todos trabajaban con nuevo ardor; por lo que procurámos mantener sus buenas disposiciones asegurándoles que tardaríamos poco en estar á la vista de tierra, y que trabajando con asiduidad podríamos conservar el buque á flote hasta llegar á la costa.

Siéndonos por algun tiempo imposible gobernar la nave que á pesar de todos nuestros esfuerzos se alejaba de tierra, navegámos en bandola remolcados por la lancha, aunque con trabajo, pues era de todo punto imposible distraer la gente de las bombas.

«El 15 por la tarde descubrímos tierra á unas seis leguas. La alegría de la tripulacion fue extraordinaria, y el *Hércules* siguió aproximándose á la costa al compas de atronadores gritos y aclamaciones, á pesar de tener constantemente cinco piés de agua. Al amanecer sólo distábamos unas dos leguas de tierra, y por consiguiente dispuse dar fondo á fin de intentar por última vez calafatear las vias y si era posible salvar el buque; pero hallámos la popa en tan mal estado, que despues de celebrar con los oficiales un segundo consejo resolvímos arribar, tanto más cuanto que nos amenazaba un vendabal y no teníamos tiempo que perder. Inmediatamente mandé al contramaestre que estaba en la chalupa subir á bordo, le confié los diarios, el rol y todos los papeles de importancia, y surtiéndole de agua y provisiones, le recomendé que se mantuviese al pairo hasta ver si el buque podia llegar á tierra sin dificultad, vararlo en la playa, y encontrar sitio en que refugiarnos; recibida esta órden volvió á su embarcacion.

«Estábamos en la costa de cafrería, á pocas leguas del rio de la Infanta. A medida que se aproximaba el término, hacíamos extremados esfuerzos para sostener el valor de la tripulacion. Mandé largar las velas de proa y asegurar las barloas, para entrar rectos en la costa, disponiendo que en el momento en que tocásemos la playa se picara el cable.

«Ejecutáronse mis órdenes con la mayor puntualidad. A media milla de la costa el buque chocó en un arrecife, y como la rompiente era violenta podia sostenerse apénas la tripulacion sobre cubierta. Una ola le suspendió arrojándole á ciento veinte brazas de tierra, donde volvió á chocar quedando varado por un momento, hasta que impelido sucesivamente por las olas que sin cesar se estrellaban en su costado fué acercándose poco á poco á la orilla.

«Las amarras que sujetaban la balsa se rompieron llevándosela á gran distancia. Un marinero negro se arrojó al mar, y á costa de increibles esfuerzos logró alcanzarla sentándose en ella. El oleaje la hizo zozobrar cayendo en el agua su tripulante; pero de nuevo le vímos luchar y ocuparla; esta lucha tenaz y desesperada duró dos horas mortales, y al cabo de ellas consiguió llegar á tierra sano y salvo con su frágil embarcacion.

«Numerosos indígenas se hallaban en la playa al rededor de un gran fuego, vestidos de pieles, armados de azagayas, y seguidos de multitud de perros. Va-

rios se apoderaron en el acto del negro y con él desaparecieron tras unas colinas de arena. Otros doce marineros se echaron al agua sostenidos por pedazos de madera, y venciendo dificultades que parecian insuperables, consiguieron tambien alcanzar la orilla; mas á medida que llegaban, los cafres se apoderaban de ellos y desaparecian tras de las colinas.

«Como no podíamos ver lo que hacian y sólo de vez en cuando observábamos regresar los que partian con los nuestros, supusímos que estos eran inmolados, y esperábamos la misma suerte cuando nos fuese imposible ya mantenernos á bordo. Todos estábamos en la proa, pues varada la nave sobre la popa y barriendo el oleaje la cubierta, era el único punto en que podíamos todavía permanecer algun tiempo seguros.

«Pasámos la noche en la más terrible zozobra. Unos pensaban ya en precipitarse al mar para terminar sus dias con ménos sufrimientos; otros al contrario, ántes que acudir á tan extremo recurso opinaban efectuar el desembarco atacando á los indígenas. Discutiendo proyectos de esta clase, nos encontró la aurora.

Miramos entónces á la costa y la vímos desierta; pero sobre las nueve, todos los marineros que el dia anterior desembarcaron, se adelantaron hácia la orilla, y nos hicieron señas de que fuésemos á tierra. En seguida se echó al agua cuanto podia flotar: cada pedazo de madera segun su peso, soportaba uno, dos ó más hombres; yo me quité la camisa, púseme una chaqueta, me ceñí un pañuelo atando en una punta mi reloj de oro, y cogiendo un madero me arrojé al mar. Por espacio de tres cuartos de hora conservé apoyo, y fuí derivando hácia la costa, de la cual estuve algunas veces tan cerca que podia tocar las rocas con los piés; pero al punto veíame envuelto entre las olas, hasta que al fin dióme la resaca tan violenta sacudida en los brazos que solté á mi pesar el madero. Felizmente al mismo tiempo una ola me arrojó en la arena sin sentido. Los marineros que me vieron desde la playa me libraron de volver á ser recogido por otra ola, llevándome á un paraje seguro junto al fuego.

«Al volver en mí, la primera pregunta fue averiguar el estado de mi tripulacion, y con inmenso placer me ví á poco rodeado de todos sus individuos, ménos uno que sucumbió ya cerca de la playa, y los que estaban todavía en la chalupa con el contramaestre. Dirigíme entónces á los cafres por señas, mas por fortuna hallábase entre ellos un hotentote que habia vivido con los granjeros holandeses y hablaba un poco ese idioma, el cual pudo hacerse entender del segundo contramaestre holandes de nacion, y ellos nos sirvieron de intérpretes.

«Aproveché esta circunstancia para dar las gracias á los indígenas en nombre de mis compañeros y nacion por el socorro que tan humana y generosamente nos prestaran en esta desgracia, y solicité para en adelante sus bondades y asistencia. Calculando que no debíamos distar mucho del sitio en donde años ántes naufragó el *Grosvenor*, pregunté si alguno de los presentes se acordaba de aquella catástrofe, á lo cual me respondieron casi todos afirmativamente, y subiendo á un cerrillo de arena, me enseñaron el punto en que tuvo lugar el naufragio. Pedí noticias de Coxson, su capitan, que se encaminó por tierra al Cabo con una partida de hombres y mujeres, y supe por sus respuestas que insistiendo uno de los jefes en llevarse dos mujeres blancas á su kraal, resistiéronse el capitan y sus compañeros, y como carecian de armas, fueron asesinados. Diéronme á entender al

propio tiempo que en la época del naufragio del *Grosvenor*, su nacion estaba en guerra con los colonos holandeses, y que siendo blancos el capitan y los suyos, temian que se pusieran de parte de los colonos en cuanto llegasen á sus granjas. Entónces me informé del estado actual de las relaciones entre cafres y colonos. Ahora, dijeron, somos amigos, y culpa suya será si dejámos de serlo; respuesta que me tranquilizó sobremanera. Sin embargo, las dos pobres blancas de que me hablaron interesábanme en extremo, por lo que les supliqué me manifestasen cuanto acerca de ellas supiesen, y me noticiaron con cierto interes que una de ellas murió á poco de llegar al kraal, pero que á la otra la juzgaban viva, y casada con un jefe del cual tenia varios hijos, añadiendo que en la actualidad ignoraban su paradero.

«Empleámos el resto del dia en recoger los fragmentos del barco que el mar arrojaba á la playa. Los cafres buscaban el hierro con afan prolijo quemando cuantas tablas veían con clavos para extraerlos. Al anochecer se retiraron y refugiándonos detras de los méganos colocámos varios centinelas, encendímos lumbre y procurámos dormir en torno; mas no pudímos cerrar los ojos en toda la noche por el excesivo frio que sentíamos; y ademas la arena de que nos cubria el viento ojos, oídos y boca, y el recelo que de los cafres teníamos, concluyeron por desvelarnos, manteniéndonos en cierta alarma. Parecíame que recibieron con bastante frialdad mi peticion de que nos ayudasen á llegar á los establecimientos holandeses, y que parecian dispuestos á abandonarnos, lo cual me inspiraba serios temores.

«Amaneció por fin, y con el dia se nos presentó una respetable partida de cafres. Su jefe sabiendo que no teníamos provisiones mandó traer un buey, que mataron de un mazazo, degollándole despues con las azagayas. No tardámos en ver á la res desollada, despedazada y puesta al fuego, comiéndose los indígenas su parte apénas sollamada, y dejándonos una corta porcion á pesar de estar destinada la res entera para nosotros; pero los cafres desconocen la etiqueta europea, son voraces, y hallaban una ocasion propicia de la cual se aprovecharon llegando hasta comer el vientre del buey crudo y apénas limpio.

«Terminado este original banquete, nos dirigímos á la orilla, desde la cual divisámos á gran distancia la chalupa. El buque encallado allí cerca seguia abriéndose, el viento arreciaba y las olas arrojaban á la playa varios objetos de que se apoderaban los cafres en el acto, y entre los cuales ví con temor un tonel con doscientas cuarenta pintas de rom, cantidad suficiente para emborrachar á todos los cafres que allí estaban aun cuando fueran trescientos. Sin decir una palabra, le desfondé y ellos corrieron á apoderarse de los aros de hierro sin sospechar lo que contenia.

«Uno encontró una brújula y la entregó al jefe, quien haciéndola pedazos y despues de examinar con detencion las piezas, se colgó al cuello el aro de cobre que la rodeaba, mostrándose orgulloso con aquel nuevo adorno. Acordéme entónces de que tenia un par de ligas con broches de plata, y quitándomelos inmediatamente, los puse en sus orejas con dos alambres: esta segunda joya acabó de enloquecerle, y comenzó á pasear con cierta fiera vanidad. Sus súbditos le consideraban con mayor respeto que ántes, y por algunos momentos no cesaron de examinar extasiados el brillo de aquella nueva condecoracion, y el

paso noble é imponente del que la ostentaba. Sin duda que mi narracion hará sonreir al europeo; la pueril ostentacion de mis ligas podrá inspirarle cierto desden; pero si desprecia las impresiones de los salvajes, recuerde la consideracion que él, el hombre civilizado, otorga á ciertas bagatelas de Europa, tales como una estrella, una cruz, una liga (1), un águila, un toison, una simple cinta, y trate luego de establecer sobre este punto la diferencia real que media entre él y esos hombres que llama salvajes.

Aprovechóme del crédito que el regalo me granjeó en el ánimo del jefe para obtener cuantas noticias pudiera acerca de los usos y costumbres de los cafres, y al efecto conversé largo rato con él miéntras sus súbditos y mis marineros estaban ocupados en la playa. Los cafres recogieron varias piezas de ropa, pero no sabian como servirse de ellas. En esto ví á un negro empeñarse inútilmente en abrocharse por detras el cuello de una camisa y sabe Dios si lo consiguiera á no ayudarle yo. Hícesela poner como debia, algunos marineros hicieron lo mismo con otros varios, y ellos encantados por tantas atenciones se mostraban muy afables y por algun tiempo todo fue cantar y bailar con ademanes de estrepitosa alegría.

Terminadas las diversiones hablé otra vez de nuestra partida al jefe rogándole que nos diese un guia hasta los primeros establecimientos de europeos, y asegurándole que recompensaria su benevolencia; mas él despues de reflexionar en silencio me respondió con bastante frialdad que satisfaria mis deseos. Preguntéle cuando podríamos marchar, á lo cual me dijo con gravedad: Pensaré sobre ello y os comunicaré mi determinacion. Estas respuestas me alarmaron, pues su aspecto parecia indicar que tramaba contra nosotros algun proyecto hostil, á pesar de mostrarse hasta entónces tan generoso y humano que no tenía motivo para sospechar de su rectitud. Por otra parte, veia á los cafres deliberar en grupos separados y sus gestos no me daban indicios de confianza.

Pasó la noche en consultas y predicciones siniestras. Encargué á los mios no dar motivo de disgusto á los cafres; pero al mismo tiempo les exhorté á que en el caso inesperado de que intentaran atacarnos ó retenernos, estuviésemos dispuestos y unidos para abrirnos paso por la fuerza ó morir juntos. La tripulacion me escuchó atentamente, y juró seguir mis consejos.

A la salida del sol aparecieron los cafres en lontananza, armados con azagayas y mazas, adornados con plumas de avestruz y el jefe cubierto con una piel de leopardo y ostentando mis ligas. Al llegar á nosotros nos saludaron amistosamente y les seguímos á la playa en donde continuaron buscando hierro. Un marinero encontró una sierra y se apresuró á esconderla en la arena para sustraerla de la codicia de los salvajes, pues aquel instrumento tenía para nosotros un valor inapreciable y nos fue de suma utilidad en el discurso del viaje.

Empleámos la mañana siguiente en buscar la chalupa, pero no pudímos verla ni volvímos á oir hablar de nuestros desdichados compañeros. Los cafres no vinieron hasta dos horas despues de salir el sol. Como ya no quedaba gran cosa de los restos del buque, rogué al jefe que me dijese si estaba dispuesto el guia porque pensaba marchar el dia siguiente. Os daré dos, me dijo con tal aire de franqueza y lealtad que alejó de mí toda sospecha.

Deseaba yo que el intérprete hotentote me acompañase por los desiertos, y

(1) El capitan Stout alude á la órden de la jarretiera en Inglaterra.

manifesté al jefe mi deseo y las ventajas que podria reportarnos; pero el honrado salvaje se adelantó á mi solicitud proponiendo al hotentote que nos condujera hasta la primera granja holandesa, en lo cual consintió al punto; así como otro de la misma tribu, gran conocedor del terreno. Tan agradables noticias déjase comprender que volvieron á la angustiada tripulacion la esperanza y la alegría.

Aseguré tanto al jefe como á sus súbditos mi amistad y reconocimiento, ofreciéndoles recompensar fiel y cumplidamente á los guias, y recordando que la falta de agua podia hacer difícil nuestra situacion, le rogué que me indicase cómo y dónde podríamos proporcionárnosla. Voy á guiaros, me respondió, á un manantial excelente, cerca de aquí y al punto si quereis. En seguida nos pusímos en marcha; los cafres nos precedian cantando y bailando, y los marineros aunque no del todo tranquilos ni confiados, parecian dispuestos á participar de su alegría.

Así llegámos á un bosque en cuyo centro hallámos un hoyo grande y profundo: seguímos á los cafres, y cuando todos estuvímos abajo, el jefe me señaló un arroyo que por allí pasaba, de cuya agua bebímos y nos pareció deliciosa.

Los cafres nos aconsejaron pasar la noche en aquel sitio, y por consiguiente encendímos una buena hoguera; pero al anochecer en vez de irse como acostumbraban á su kraal, se quedaron allí, lo cual produjo en mi gente nueva alarma; y á pesar del empeño que yo ponia en disipar sus temores, confieso que tampoco dejé de sospechar nos tendiesen algun lazo. Pusímos centinelas para que no nos sorprendieran durante nuestro sueño; pero los cafres acostados sin órden tardaron poco en dormirse, y á pesar del aspecto agreste del lugar en que nos encontrábamos, pasámos la noche más abrigados que las precedentes. Cuando amaneció vinieron á despertarnos, aunque ya no dormíamos, y entónces surgió otra dificultad; ántes de abandonar las colinas se agotó la carne que recibímos, y empezaba á inquietarnos el temor del hambre, cuyos tormentos sufriéramos sin duda en breve, si enterado el jefe de nuestro apuro no nos diera otra res que en el acto fue muerta, desollada y distribuida en tasajos de cuatro á seis libras.

Pasámos esta noche más tranquilos que la anterior, y por la mañana hicímos los preparativos de marcha, en los cuales nos ayudaron los cafres. Cada individuo debia llevar sus provisiones que consistian en un trozo de buey y galletas salvadas del naufragio.

Los indígenas léjos de manifestar la menor intencion hostil, parecia que sentian nuestra ausencia. Yo estreché la mano del jefe dándole las gracias por su generosidad, y asegurándole que si terminaba con felicidad el viaje consideraria como un deber sagrado utilizarme en beneficio de él ó de su pueblo; á lo que me respondió que agradecia mis buenas intenciones, rogándome dijese á los colonos que el buque naufragara en alta mar tan léjos de tierra, que no llegaron á la playa restos suyos. Y terminó aconsejándome que tuviese la mayor confianza en los guias, pues de seguro nos conducirian por el mejor camino. Despues que los marineros y los salvajes se dieron mútuamente las más afectuosas muestras de amistad, nos separámos al fin despidiéndonos por última vez.

Estos cafres que tan compasivos y generosos se mostraron con nosotros, pertenecen á la tribu *Tambuki*. Les designan como los más feroces y crueles de aquella region, pero se ha recurrido á tal calumnia para cohonestar las crueldades cometidas por los colonos holandeses; y los rasgos horribles con que les

describen, débense tan solo á la perversidad de los europeos á veces más salvajes que ellos. Cuando los tambukis irritados por la agresion de los colonos que ellos jamas provocan, matan á un blanco, al punto se dá aviso al gobierno del Cabo; señalando á los pobres salvajes como una manada de fieras que devastan y esparcen en torno la consternacion, y los granjeros europeos aprovechan la ocasion para inmolar poblaciones enteras sin distincion de sexo ni edad. Su objeto es apoderarse del ganado que en numerosos rebaños llevan á sus posesiones, donde esperan nuevos motivos para empezar otra vez su obra de rapiña y expoliacion.

Los guias que nos dieron estos detalles con un acento y ademan de candor de cuya sinceridad no podia dudarse, nos explicaron tambien por qué los cafres nos detuvieron tanto tiempo. Cuando se reunieron á consejo para tratar de nuestra partida, resolvieron no dejarnos marchar hasta que recogieran todos los restos del buque; porque comprendiendo que contaríamos nuestra desgracia á los colonos y estos no dejarian de ir, á pesar de la prohibicion de pasar el *Vish-River* ó rio de los peces límite de ambos estados, para apoderarse de los despojos del naufragio, como lo verificaron segun supe despues. Entónces los cafres se reunieron en gran número y con tono amenazador preguntaron á los europeos cómo se atrevieran á pasar el Vish-River, y aunque los colonos convinieron en la justicia del reproche, mediante algunos pedazos de cobre y otras bagatelas con que quedaron los cafres muy satisfechos, compraron el permiso de recorrer el territorio.

Pregunté á uno de los guias si pensaron sus compatriotas en hostilizarnos ó darnos la muerte miéntras permanecíamos tras los montecillos de arena; mi pregunta al parecer ofendió al buen salvaje, pues moviendo la cabeza aseguró con vehemencia que ni uno solo abrigó semejante idea. No, no, dijo; sería una accion mala; nosotros nunca matamos sino en la guerra. ¡No, no! Esta respuesta que me trasmitió el intérprete, le valió un abrazo que le dí con la mayor efusion y como pudiera hacerlo con un amigo.

El territorio comarcano al lugar de nuestro naufragio estaba profusamente arbolado, y atendida la estacion, pues nos hallábamos en el rigor del invierno, la vegetacion era vigorosa y lozana. Abundaba el ganado mayor y vímos bueyes tan hermosos como los que con gran cuidado se engordan en Inglaterra, pero ni hallámos carneros ni indicios de agricultura. A lo léjos limitaban el horizonte altas montañas, de las cuales probablemente toman orígen los innumerables riachuelos que cruzan en todas direcciones la campiña, donde admirámos bosques tan extensos y bien arreglados que parecian dispuestos á fuerza de arte y por manos expertas.

A la salida del sol, el 23 de junio emprendímos el viaje, porque los guias en extremo inteligentes nos dieron á entender que no podíamos ponernos en camino más temprano, á causa de las fieras que en esa hora recorrian el desierto. A pesar de tan prudente advertencia y de que carecíamos de armas, los marineros impacientes querian ponerse en camino; pero los guias permanecieron impasibles al lado de la hoguera hasta cerca de las nueve.

Tomámos la direccion del Oeste penetrando en el interior para encontrar agua fresca y atravesando un terreno accidentado por colinas, valles y extensas llanuras con abundante riego, aunque no tan arboladas como las anteriores. Despues de andar unas treinta y cinco millas, casi todos nos sentíamos inclinados á pasar la noche junto á un riachuelo á la entrada de un bosque, pero los guias

manifestaron que los leopardos frecuentaban aquel sitio, y que si nos venteaban sin remedio devorarian á alguno, por cuya razon nos apartámos un poco, y encendiendo una gran hoguera empezámos á deliberar el mejor medio de atender á nuestra seguridad; sin embargo, al poco rato el cansancio y el sueño terminarón conversacion y temores hasta la mañana siguiente.

Los aterradores rugidos de los leones nos despertaron, y no fue á la verdad poca fortuna, pues si nos olfatearan miéntras dormíamos, de seguro nos destrozaran; así es que en breve se desvaneció nuestro terror felicitándonos porque él nos puso en precipitada fuga. Empleámos la mayor parte del dia buscando agua que al fin encontrámos al anochecer á la orilla del bosque, por donde se deslizaba un arroyuelo como una cinta de plata. Resolvímos pernoctar allí, pero descubriendo en los alrededores huellas de elefantes y rinocerontes no quedámos del todo tranquilos. La situacion era peligrosa; sin embargo, al amanecer observámos con satisfaccion que ninguno faltaba.

Mediaba el dia cuando dímos con una partida de salvajes que, segun dijeron los guias, pertenecian á una tribu feroz. Primero hablámos con las mujeres que nos recibieron afectuosamente, dándonos leche en unas cestillas de junco de tejido tan apretado que parecian de una sola pieza; pero algo más allá nos detuvieron dos hombres con azagayas y cubiertos de pieles de leopardo. Nuestros guias espantados echaron á correr hácia el Vish-River allí inmediato, y por más que les gritámos, atravesaron sin hacernos caso el rio, y en la orilla opuesta treparon á una montaña que se hallaba cerca.

Los salvajes blandian sus azagayas con ademanes amenazadores y gritos ininteligibles; pero estábamos decididos á no ceder ni la ropa ni las provisiones si intentaban arrebatárnoslas, aun cuando debiéramos apelar á la fuerza. Uno de ellos trató de apoderarse de un cuchillo que llevaba un marinero, y como este se opusiera, la resistencia le exasperó y levantó la lanza como para herirle. Su actitud y aspecto verdaderamente infernales honrarian á un diestro pincel. Su negro rostro embadurnado de rojo, los ojos que parecian querer saltarle de las órbitas inflamados por la ira, y su ancha boca entreabierta que dejaba ver dos filas de blancos y agudos dientes apretados por el furor, formaban un extraño conjunto. De pronto suelta el arma, y aprovechando esta ocasion corrímos á reunirnos con los guias que al vernos se mostraron en extremo satisfechos de que escapáramos bien de encuentro tan desagradable. Si el resto de la tribu, nos dijeron, no estuviera de caza, ninguno nos libramos: es la más cruel de toda la Cafrería.

Desde la cumbre de la montaña pudímos divisar un magnífico panorama. Todo cuanto se dominaba con la vista era una extensa llanura regada por innumerables riachuelos y accidentada por pequeñas colinas cubiertas de verde yerba y sensitivas, donde pastaban infinidad de vacadas, que animaban este pintoresco paisaje. Llegó la noche y procurámos descansar, pero nos lo impidió una manada de elefantes que saliendo de un bosque inmediato iban y venian sin cesar, y seguramente nos aplastaran bajo sus monstruosas patas á no tomar la precaucion de rodearnos de un parapeto.

Todo el siguiente dia caminámos por esta deliciosa campiña haciendo una jornada de treinta y cinco millas; pero me sorprendió al detenernos oir á varios quejarse de los piés.

Continuámos á las siete de la mañana del otro dia, mas varios rendidos de cansancio se quedaron atras. En tales circunstancias dispuse que los que se hallaban en estado de andar se adelantasen para buscar agua y leña, y así se verificó adelantándome yo con ellos. Esperámos que saliera el sol al dia siguiente para proseguir la marcha, pero no viendo á ninguno de nuestros compañeros y diciéndonos los guias que al fin de aquella jornada encontraríamos un establecimiento holandes, nos dirigímos á él. Encontrámos el establecimiento en efecto, pero desgraciadamente abandonado.

La posicion de nuestros compañeros nos tuvo en vela toda la noche, durante la cual no se hizo mas que hablar de ellos desesperando de volverlos á ver, pues quedaban en un paraje infestado por las fieras y los bojesmanes no ménos temibles que ellas: feroces bandidos que matan á sus enemigos con flechas envenenadas. De sesenta que éramos, treinta y seis se habian quedado atras.

Tres horas hacia que andábamos sin parar, cuando uno de los guias exclamó con alegría: Allí veo á un hotentote con una manada de bueyes; y en efecto, á larga distancia divisámos un hombre que custodiaba una vacada de cuatro mil cabezas á lo ménos. El pastor pareció al pronto sorprendido viendo acercársele tanta gente; pero cuando notó que la mayor parte éramos blancos y estábamos sin armas, se detuvo y nos esperó. Roguéle que nos guiase al establecimiento mas próximo, y accedió gustoso.

Imposible fuera describir la alegría de mis compañeros que apretaron el paso como para ver quien llegaria primero. Al fin descubrímos una granja: pertenecia á Juan Du Pliesies, colono de primer órden, natural de Holanda, aunque domiciliado en Africa. Era compasivo y generoso, de unos sesenta años de edad. Componian su familia cinco hijos, una hija, sus nueras y nietos, formando un total de veinte personas. Poseia doce mil ovejas y mil bueyes, y su morada era una casa de tierra y cañas. Los muebles estaban reducidos á algunas sillas, una mesa y los utensilios de cocina.

El relato de nuestros infortunios y la súplica de que acudiese en auxilio de los que quedaban atras conmovieron vivamente á aquel hombre sensible, y al oirnos exclamó: ¡No hay tiempo que perder! Mandó en seguida á dos de sus hijos preparar un carromato al que uncieron ocho bueyes, andando toda la noche hasta el punto que les describieron los guias.

La granja de Du Pliesies, solitaria en aquel desierto, estaba rodeada de árboles en cuyas ramas se secaban pieles de leones, panteras, tigres y otras fieras muertas en los alrededores. No léjos de la puerta noté tambien los esqueletos de dos animales disformes, al parecer muertos hacia poco tiempo, los cuales me dijo ser dos rinocerontes que habia cazado uno de sus hijos.

Entónces supe que el rinoceronte es el animal más temible del desierto, tanto que el mismo leon huye ante él, de lo cual tuvo una prueba el colono dos años ántes. Atravesaba al amanecer por sus tierras, cuando á media milla de distancia vió á un leon penetrar en un jaral; á los pocos minutos otro, despues otro hasta nueve que parecian seguirse lentamente al mismo sitio. Como nunca viera tantos leones juntos, queriendo averiguar la causa de aquella extraña reunion se ocultó y por espacio de una hora estuvo esperando en vano; pero trascurrida, presentóse un rinoceronte colosal, acercóse al bosque, se paró como unos cinco

minutos á corta distancia; levantó el hocico venteando y acabó sin duda por adivinar el paradero de los leones, pues de pronto se internó en el jaral y en ménos de cinco minutos los vió huir cada uno por su lado como poseidos de un gran terror. El rinoceronte continuó registrando la maleza en persecucion de sus enemigos; no encontrándolos volvió al llano, y despues de mirar á su alrededor escarbó furioso la tierra y desapareció velozmente.

Al dia siguiente de nuestra llegada nos sirvieron un carnero para almorzar y nuestro huésped nos dió interesantes detalles de aquel distrito y de las restricciones que oponia el gobierno holandes del Cabo á la industria de los colonos. Aquí mismo, nos dijo, poseo una mina de plomo; el metal está tan inmediato á la superficie que con escarbar cuatro dedos pudiéramos extraerlo; y sin embargo, no nos atrevemos á tocarlo porque si llegaran á saber que fundíamos una libra siquiera nos deportarian á Batavia para el resto de nuestros dias.

Varios holandeses acudieron á vernos, nos prodigaron sinceras muestras de interes y se brindaron con espontánea generosidad á hospedar á algunos de nuestros compañeros hasta que estuviesen en disposicion de emprender el viaje al Cabo.

En esto vinieron á anunciarnos la llegada del carromato, y tuve la satisfaccion de encontrar á veinte y tres, laskares casi todos. Nos refirieron que los otros trece se separaron de ellos el dia anterior, y no sabian que direccion tomaron; pero aunque no volví á verlos, supe cuando me hallaba en Europa que despues de muchas penalidades pudieron llegar todos felizmente al Cabo.

Pensé luego en el modo de recompensar á los guias; pero la absoluta carencia de recursos me ponia en grave apuro. Un marinero al verme pensativo me reveló que otro compañero ántes de abandonar el buque se apoderó de una docena de cucharas de plata y varias cucharitas de café que conservaba todavía. Inmediatamente fuí á buscarle reclamándole mis cucharas que me devolvió al punto y sin resistencia, manifestándome que pensaba entregármelas cuando llegásemos al Cabo. Por cinco cucharas me entregó Du Pliesies dos bueyes enormes y dos carneros cebados, los cuales regalé á los guias que partieron satisfechos para volver á las risueñas y fértiles llanuras de la Cafrería.

Nuestro generoso huésped nos presentó un carromato con dos tiros cada uno de cuatro yuntas de bueyes, guiados por tres hotentotes y nos proveyó de abundantes comestibles. Tambien nos entregó cartas de recomendacion para otros colonos y colmó sus bondades haciéndonos acompañar por uno de sus hijos completamente armado.

Cuarenta y siete éramos al abandonar la hospitalaria morada del colono. El primer dia hicímos treinta y cinco millas y al anochecer llegámos á otra granja en la que pernoctámos y cuyo propietario Cornelius Englebroeks nos entregó al levantarnos nueve carneros, expresándonos cuánto sentia no poder darnos un pedazo de pan. Nuestro principal alimento, nos dijo, consiste en carneros y caza y en todo el año rara vez probamos el pan.

De este modo pasando de una en otra granja viajámos los seis dias siguientes. La distancia que las separa es por lo regular de quince á diez y seis leguas. En todas ellas nos acogieron con la misma generosidad é igual celo.

Por algun tiempo carecímos completamente de pan y el agua no abundaba. El terreno entrecortado por colinas y valles ofrecia magníficas perspectivas que

cruzaban con frecuencia manadas de lobos y rebaños de doce á catorce mil antílopes llamados *springbock*. Vímos tambien multitud de pintadas que los perros cogian con facilidad cuando llovia, bastantes cebras y hasta cuatro avestruces juntos, que al parecer les inquietaba poco nuestra vista y que hubiéramos podido matar fácilmente.

En el trascurso de nuestro viaje nos indicaron algunos parajes particularmente frecuentados por las fieras; pero por mucho que sea el terror que á los europeos causan, estas son ménos temibles para los hotentotes que un bojesman. Tal temor me inspiró deseos de ver á esos famosos salvajes, y la casualidad se encargó de satisfacerlos. Un colono, en cuya granja pasámos la noche, combatió años ántes contra los bojesmanes, y en uno de sus frecuentes encuentros consiguió salvar á un niño que llevó á su casa donde lo hizo educar, y cuya madre probablemente sucumbiria en la refriega. Cuando yo le ví tendria unos veinte y cinco años y su estatura no pasaba de cuatro piés y dos pulgadas. Su nariz no era otra cosa que el cartílago aplastado sobre los agujeros respiratorios, y aunque gordo y rehecho soprepujaba á los antílopes en flexibilidad y ligereza. Los bojesmanes cuando se reunen en número bastante atacan y matan á los hotentotes y á los cafres donde los encuentran; pero los colonos en cambio cazan bojesmanes como fieras y jamas les dan cuartel. Usan un arco de dos piés y medio de largo y flechas de cuatro pulgadas, las cuales mojan en venenos tan activos, segun comun opinion, que todos los remedios humanos son impotentes contra sus efectos.

Al pasar por una espantosa garganta de unas tres millas de longitud, dijéronnos los conductores que se llamaba el *sendero de los bojesmanes*, y miéntras le recorrímos permanecieron alerta y con los fusiles preparados. Espesos zarzales cubrian las pendientes de las colinas ó bien peladas y enormes rocas, entre cuyas hendiduras y cavidades se guarecen hordas enteras de aquella tribu. Los guias no cesaban de recomendarnos que estuviésemos alerta, pues de seguro estaban allí aunque sin duda en razon á nuestro número no se atrevieron á atacarnos. Los bojesmanes se alimentan con la carne que cazan ó roban, y con un fruto silvestre que llaman *pan de bojesman*. En la colonia se les considera como hombres de diferente especie.

Del 8 al 16 de julio ningun accidente desagradable interrumpió nuestro viaje al traves de un terreno bello y variado sin cesar. Las conversaciones de los marineros cuando pasábamos por aquellos frondosos valles embalsamados con el aroma de infinitas flores, me divertian en extremo. Uno decia que en cuanto hiciese fortuna y abandonase el mar edificaria una casa en un terreno de labor, otro preferia un sitio de regadío; el de más allá escogia un paraje más agradable y hablaba de comprar seis ú ocho mujeres, y formando castillos en el aire distraian el fastidio del camino.

Sobre el 14 de julio llegámos á la granja de un anciano ciego, que al escuchar nuestras desgracias se echó á llorar. Terminada la cena nos dijo que deseaba celebrar nuestra llegada con una cancion, y acto contínuo la entonó siendo acogida con general aplauso. Luego que acabó me dijo: Capitan, tengo que pediros un favor: rogad á vuestros marineros que canten. Imposible era no reirse al escuchar tan singular proposicion; no obstante rogué á un ma-

rinero americano que á mi lado estaba entonase la mejor cancion que supiera. Pero apénas empezó, todos los laskares le acompañaron en coro: á estos siguieron los suecos, los portugueses, los holandeses, en suma, todos los individuos de la tripulacion, cada cual en su idioma, de modo que aquella confusion de voces, canciones é idiomas diferentes formaba el más singular y grotesco concierto que oí en mi vida. El anciano colono, sin embargo, parecia extasiarse con aquella música.

Por no caber todos en la casa, tuvieron algunos que dormir en el campo, y para evitar en adelante este inconveniente acordámos dividirnos. En algunas granjas los propietarios no podian proporcionarnos carromatos, y por consiguiente nos veíamos obligados á continuar el viaje á pié; pero varios que se imposibilitaron para proseguir, quedáronse. Uno de ellos fue el tonelero á quien rogaron en una granja se estableciese allí cuando vieron su habilidad en el oficio. Aceptó, casóse, poco despues con la hija del propietario y llegó á ser un colono rico é independiente.

En la mañana del 18 nos separámos, partiendo yo con mis primero y segundo contramaestres y tres marineros que se empeñaron en acompañarme. A medida que avanzábamos, presentábase el territorio más poblado y en algunos distritos las granjas sólo distaban entre sí unas dos horas. Del 17 al 21 atravesámos un terreno montañoso, pero cuyos valles eran fértiles y los rebaños innumerables. El 22 llegámos á Zwellendam en donde nos recibió cordialmente el jefe del distrito que se halla al frente de un establecimiento de diez y seis á diez y ocho mil casas, y al dia siguiente me entregó una carta de recomendacion para el general Craig, comandante general del Cabo, en la cual le daba cuenta de la pérdida del buque y de todos los padecimientos que soportáramos en el viaje, rogándole al mismo tiempo nos prestase cuantos servicios pudiera.

Cuatro dias despues entrámos en Stellenbosch, capital del distrito de igual nombre y cuyo propietario nos dispensó una acogida que no puedo recordar sin la más profunda gratitud. Posee grandes riquezas y habita una casa deliciosamente situada, á cuyo alrededor crecian viñas en extremo productivas y tres alcanforeros de dimensiones considerables. Los habitantes de este distrito visten bien, aunque más á la inglesa que á la holandesa. En ellos no se observa la taciturnidad ni la tristeza que caracteriza á los hijos de Holanda. Son, al contrario, vivos y alegres.

Permanecí tres dias con el generoso propietario de Stellenbosch, del cual me separé en la mañana del 30 dirigiéndome á la ciudad del Cabo. Aunque estaba horriblemente demacrado disfrutaba de buena salud, no faltándome más para completar mi satisfaccion que ver al resto de mis compañeros de infortunio. Sabía que la mayor parte me seguian con mucho trabajo y confiaban en que yo procuraria aliviar sus miserias; por consiguiente me dirigí al general Craig de quien todo lo esperaba, no sólo por la carta que me entregara el bondadoso habitante de Zwellendam sino porque pensaba que el triste y penoso estado de la tripulacion conmoveria el corazon humano y sensible de un militar inglés. Sin embargo, me equivoqué, pues cuando fuí á verle: Nada tengo que ver con eso, me dijo con dureza, es cosa del almirante. Profundamente indignado me separé de él encaminándome á casa del almirante Elphinstone, despues lord Keitch. El con-

traste fue completo; manifestóme el más sincero interes y benevolencia y me aseguró que en cuanto llegasen al Cabo los marineros cuidaria de ellos hasta que tuviesen ocasion de embarcarse para sus respectivos destinos. El almirante cumplió su palabra. Durante mi permanencia en el Cabo, que duró seis semanas, llegaron treinta, la mayor parte laskares, completamente desnudos; y aquel bondadoso jefe dió al punto las órdenes oportunas para que se les socorriera y los hizo embarcar despues á bordo de un buque fletado por la compañía de las Indias para Bengala.

«En la segunda visita que hice á este digno oficial dirigióme varias preguntas respecto á los colonos, á las cuales tuve la dicha de satisfacer con algunas noticias que le fueron muy útiles. Nada escapaba á su activa curiosidad, y sus observaciones revelaban un hombre dotado de elevada inteligencia y suma sagacidad. A peticion suya le entregué la lista de las personas que mejor nos trataran en el discurso del viaje, y les remitió á todos regalos por valor de cien libras esterlinas en recompensa de su comportamiento humanitario.

«Al fin salí del Cabo en la *Sainte-Cecile*, capitan Palmer, y llegué á Crookchaven en Irlanda, á mediados de noviembre de 1796, partiendo pocos dias despues para Inglaterra.

Las relaciones de los náufragos del *Grosvenor* y del *Hércules* completan en cierto modo las noticias que acerca del carácter, usos y costumbres del Cabo tenemos anteriormente. Pero si entre los diversos viajeros citados aparece contradiccion en varias apreciaciones, esta, como puede observarse, preséntase más de relieve al comparar el relato del marinero Hynes con el del capitan Stout. Bárbaros, sanguinarios, crueles hasta la ferocidad son los cafres á juzgar por el primero; humanos y generosos segun nos dice el segundo. Ambos probablemente exageraron, y á los opuestos sentimientos inspirados por el diferente trato obtenido de los indígenas y distinto resultado del viaje débese sin duda tal contradiccion. Bajo la impresion de sus recientes padecimientos, sintiendo todavía acerbos dolores, presentábansele á Hynes los cafres con más sombríos colores de lo que son en realidad, así como inspirado por la gratitud los ve Stout adornados de cualidades que es difícil creer posean en tan alto grado. Y en efecto, la extraordinaria generosidad que, segun dice, desplegaron los cafres con los náufragos del *Hércules*, pudiera muy bien deberse en parte á las promesas hechas por los expedicionarios holandeses que fuéron en busca de los infelices extraviados del *Grosvenor*.

En las siguientes relaciones vuelven aparecer los cafres, y por ellas puede verse lo que eran en los tiempos inmediatos á su descubrimiento.

Atendiendo al órden cronológico deberíamos colocar, toda vez que ocurrieron en las mismas regiones, los naufragios de Souza y Occum en primer lugar; pero pareciónos más oportuno comenzar por los modernos, facilitando así la comparacion de los datos que en ellos hallamos con los que en sus narraciones dan Le Vaillant y Linchstenstein.

NAUFRAGIO DE OCCUM CHAMNAM.

Envió el rey de Portugal al de Siam una embajada para renovar sus antiguos tratados comerciales, y el monarca asiático se juzgó en el deber de corresponder á esta muestra extraordinaria de consideracion haciendo salir para Lisboa á tres grandes mandarines en calidad de embajadores, y seis de órden inferior que juntos se embarcaron á fines de marzo de 1684 en una fragata siamesa mandada por un capitan portugues. Aunque Goa no dista mucho de Siam, emplearon más de cinco meses en la travesía y, ya fuese poca destreza en los marineros y pilotos ó contrariedad en los vientos, llegaron despues que salió de aquel puerto la flota portuguesa. Los mandarines, por consiguiente, se embarcaron para Europa en un buque portugues de ciento cincuenta hombres de tripulacion y treinta piezas de artillería, en el que iban ademas varios religiosos de diversas órdenes y muchos pasajeros criollos, indios y portugueses, el cual se hizo á la mar el 27 de enero de 1686.

Desde nuestra salida de Goa hasta el 27 de abril, dice Occum Chamnam, la travesía fue buena, y al ponerse el sol subieron á las vergas varios marineros para reconocer la tierra que tres dias hacia divisábase hácia la derecha. Por la relacion de los marineros y otros indicios el capitan y el piloto juzgaron, aunque equivocadamente, que era el Cabo de Buena Esperanza; y fiados en esta suposicion continuaron la ruta hasta eso de las ocho virando entónces un poco al Norte. Como la noche estaba serena y el viento fresco, persuadido el capitan que habia doblado el Cabo, no puso vigías, y aunque los marineros que estaban de guardia velaban, era sólo para cuidar de las maniobras; así es que nadie advirtió ni sospechó siquiera el peligro; yo fui el primero que descubrí la tierra. No pudiendo dormir subí á cubierta y me entretenia en contemplar la nave que parecia volar sobre las aguas, cuando de pronto mirando algo más léjos advertí á la derecha muy cerca de nosotros una sombra densa. Hícelo notar al piloto que estaba de guardia, cuando al mismo tiempo oyóse gritar desde proa: *¡Tierra, tierra avante! ¡estamos perdidos! ¡virad de bordo!* El piloto impelió el timon para cambiar de rumbo, pero al virar dió el buque tres sacudidas en la popa sobre una roca y quedó en el acto sin movimiento. Estas tres sacudidas fueron terribles; juzgaron partido el buque y acudióse á las bombas, pero como no hallaron una gota de agua, la tripulacion se reanimó un poco.

Ni tiempo tuvieron, sin embargo, para picar la arboladura. Las olas que el viento impelia á la orilla arrastraban el buque, y al estrellarse en enormes arrecifes á flor de agua levantaban la nave á alturas considerables precipitándola despues sobre las rocas. Por todas partes crujía, desuníase la tablazon y aquella

enorme masa de madera vacilaba, doblegábase y se rompia con espantoso estrépito. La popa, que chocó primero, fue tambien la primera que se hizo pedazos. Pican los palos, arrojan los cañones á la mar, pero inútilmente; el buque se abre por debajo de la santabárbara, inundándose de agua, que á poco rato anega el primer puente, y mide cuatro pies en el segundo.

Corren todos á refugiarse en la proa prorumpiendo en agudos gritos, y la confusion aumenta el peligro. El buque se hunde insensiblemente y la quilla toca al fondo.

El espanto y la consternacion se esparcen en todos los ánimos; por doquier resuenan gritos, sollozos, imprecaciones; los hombres se empujan, se atropellan; unos de rodillas imploran la asistencia de Dios, los otros arrojan al mar toneles y cofres vacíos, tablas y palos para que les sirvan de jangadas.

Resuelto á aventurarlo todo púseme dos vestidos, y me arrojé al mar esforzándome por ganar la orilla con el auxilio de varios maderos. Nuestro segundo embajador hizo otro tanto encargándose de la carta del rey que llevaba sujeta al puño del sable que este le regalara. Juntos llegámos á tierra, donde nos recibieron varios portugueses que como nosotros esperaban nuevas desgracias. Estábamos sin agua, víno, ni galleta; el frio era intenso, y temiendo no poder resistirle, me decidí á volver al buque al siguiente dia para recoger ropa más gruesa que la que tenía y provisiones. Al efecto me apoderé de una tabla y felizmente llegué nadando á bordo.

Pensaba encontrar oro, pedrerías ú objetos preciosos fáciles de trasportar; pero todas las cámaras estaban llenas de agua y no pude llevarme sino algunas piezas de tejido de oro, seis frascos de víno y un poco de galleta. Sujeté esta corta adquisicion á la tabla y volví á la playa más cansado que la primera vez.

Allí encontré ya algunos siameses completamente desnudos, y viéndoles temblar de frio repartí con ellos la ropa que traje del buque; pero temiendo que si les confiaba las botellas no durarian mucho en sus manos, las entregué á un portugues amigo mio, con la condicion de dividir con él su contenido. La horrible necesidad destruye todo sentimiento de justicia y compasion, y así fue que este amigo tan fiel me daba medio vaso de víno los dos ó tres primeros dias; pero cuando se vió apurado por la sed y temió no encontrar agua dulce para templarla, en vano le insté para que me concediera un alivio que me debia, pues me respondió que ni á su mismo padre lo cederia. En cuanto á la galleta no pudo servir, porque empapada en agua del mar amargaba y era imposible comerla.

Nos encontrábamos en la orilla sobre doscientas personas, por lo que calculámos que sólo siete ú ocho habian perecido. Algunos tuvieron la precaucion de llevarse fusiles y pólvora para defenderse de los cafres ó cazar en los bosques, y nos fueron de gran utilidad, pues gracias á ellos pudímos encender lumbre en el trascurso del viaje.

Al siguiente dia del naufragio, que era domingo, despues de rezar los portugueses sus oraciones, nos pusímos en camino. El capitan y los pilotos aseguraban que no distábamos más de veinte leguas del Cabo de Buena Esperanza, y fiados en esta seguridad la mayor parte de los que trajeron algunos comestibles del buque los abandonaron, esperando que libres de aquel peso andarian mejor y más de prisa. Penetrámos pues en los bosques, ó mejor dicho en las malezas, y

anduvímos todo el dia sin pararnos mas que dos veces para descansar un poco. En breve empezámos á sentir los primeros efectos del hambre y la sed. Sobre las cuatro de la tarde encontrámos una laguna, y considerando los portugueses prudente pasar allí el resto del dia y la noche, encendímos lumbre; los que pudieron encontrar en el agua algunos cangrejos los asaron y comieron, y otros, que fueron la mayor parte, despues de beber agua, se acostaron más abatidos por el cansancio de tan larga caminata que por el hambre que dos dias hacia les atormentaba.

No bien amaneció, y despues de beber por precaucion para conjurar la sed futura nos pusímos en camino. Los portugueses pasaron delante y nosotros quedámos con nuestro primer embajador que estaba bastante débil y decaido; pero como no podiamos perderlos de vista, determinámos dividirnos en tres grupos, uno de los cuales seguia siempre á los portugueses, y los otros dos marchaban á distancias iguales ajustándose á los movimientos del primero. Una seña convenida nos indicó que los portugueses se detenian, y pensando que habrian encontrado buena agua doblámos el paso; pero á pesar de todos nuestros esfuerzos no pudímos alcanzarlos hasta la noche, y al llegar nos manifestaron los nuestros que los portugueses no quisieron esperarnos so pretexto de que nos servirian mejor adelantándose para buscar víveres.

Al oir tan triste noticia el primer embajador nos dijo que siéndole imposible seguir á los portugueses, rogaba á los que se conservaban buenos procurasen alcanzarles, y que si llegaban á las habitaciones holandesas que no podian distar mucho, le mandasen un caballo y un carro con algunos víveres para trasladarlo al Cabo dado caso que viviese. Esta separacion nos afligió mucho, pero como era necesaria la aceptámos todos ménos un jóven como de quince años, hijo de un mandarin, que se negó rotundamente á dejar al embajador al cual profesaba particular afecto.

El segundo embajador, otro mandarin y yo nos despedímos de él prometiéndole enviar socorros tan luego como nos encontrásemos en disposicion de hacerlo, y nos pusímos otra vez en camino para alcanzar á los portugueses. Una señal que desde lo alto de una montaña nos hicieron los siameses que iban delante aumentó nuestro valor y redoblámos los esfuerzos, mas no pudímos incorporarnos á ellos hasta las diez de la noche. Dijéronnos entónces que los portugueses estaban léjos, y en efecto, á larga distancia descubrímos su campamento y hogueras. La esperanza de encontrar cuando ménos agua nos sostuvo, y al cabo de dos horas largas de camino por bosques y rocas, tras increibles padecimientos, llegámos á la cima de un monte en donde dormian los portugueses al rededor de una gran hoguera. *Agua*, fué lo primero que pedímos todos, y un siames tuvo la bondad de traérmela, porque el arroyo que descubrieron distaba bastante y me era imposible caminar hasta él. Despues de beber me tendí junto al fuego y dormí hasta que el frio me despertó.

Hostigado por una hambre devoradora pensé esperar la muerte allí mismo, pero el ejemplo de los demas me animó; el ejercicio me devolvió el calor y hasta pasé delante de mis compañeros subiendo á la cima de una colina cubierta de altas y espesas yerbas. La celeridad de la marcha acabó de agotar mis fuerzas, por manera que me ví precisado á acostarme y me quedé dormido. Un mandarin

amigo y mi servidumbre juzgándome extraviado, despues de buscarme bastante tiempo dieron al fin conmigo, me despertaron animándome, y lográmos alcanzar á los portugueses que se detuvieron al márgen de un arroyo. El hambre les indujo á pegar fuego á las yerbas medio secas para buscar entre ellas lagartos ó serpientes, y miéntras esto hacian, encontró otro en la orilla del agua ciertas hojas que comió á pesar de su extraordinario amargor. Como con ellas consiguió aliviar el hambre, toda la comitiva acudió allí precipitadamente y las devoró con avidez.

El dia siguiente, quinto de nuestra marcha, nos pusímos en camino al amanecer, animados con la esperanza de encontrar habitaciones holandesas. A media noche divisámos varios hombres en una altura, y al verlos creímos llegado el término de nuestra expedicion; pero nos engañámos, pues eran tres ó cuatro hotentotes que armados de azagayas venian á reconocernos.

Su temor parecia igual al nuestro á la vista de tan numerosa comitiva y de los fusiles; mas persuadidos nosotros de que sus compañeros estarian cerca y tratarian de asesinarnos, resolvímos dejarlos acercar considerando que era lo mejor acabar de una vez con nuestra desgraciada existencia. Desde léjos observaron que éramos bastantes y se detuvieron para esperarnos, indicándonos con el dedo tres ó cuatro miserables cabañas situadas en una altura, y haciéndonos seña de que les siguiésemos; pero al llegar al pié de la colina penetraron en un sendero por el cúal nos guiaron á otra poblacion compuesta de unas cuarenta chozas cubiertas de ramas. Al llegar á ella sus habitantes, en número de cuatrocientos ó quinientos, nos rodearon para examinarnos á su placer, divirtiéndoles sobre todo los siameses cuyo traje parecia llamarles la atencion sobremanera. Queríamos penetrar en sus chozas para buscar algun alimento porque nuestras señas no conseguian mas que hacerles reir á carcajadas sin que al parecer nos entendiesen: varios, sin embargo, repetian estas dos palabras *tabaco, pataca*. Les ofrecí dos gruesos diamantes que el primer embajador me dió en el momento de separarnos; pero su vista les impresionó poco. El primer piloto que tenia algunas batatas, única moneda conocida de aquellos bárbaros, les ofreció cuatro y trajeron un buey de los que por lo regular venden á los holandeses por una tira de tabaco de igual longitud. Mas ¿de qué podia servirnos un buey para tantos hombres medio muertos de hambre que por espacio de seis dias enteros no tuvieron otro alimento que hojas ó raíces? El piloto no dió carne sino á sus compatriotas; ningun siames pudo obtener el menor pedazo, y los portugueses nos prohibian llegar á los rebaños de los hotentotes amenazándonos con abandonarnos al furor de los salvajes.

Un mandarin viendo que los hotentotes rechazaban las monedas de oro se adornó la cabeza con varios objetos de este metal y se presentó á ellos. Esta novedad les agradó, y en cambio de los adornos que valian más de cien duros, le entregaron un cuarto de carnero que devorámos medio crudo y con el cual no conseguímos otra cosa que avivar el apetito. Los portugueses arrojaron la piel del buey; nosotros la recogímos y asámos; pero no nos sirvió mas que para dos comidas, pues la repartímos entre todos nuestros compatriotas. Un hotentote se paró á examinar los botones de oro de mi traje; díle á entender que estaba pronto á trocarlos por viandas, y el salvaje consintió en ello; pero en vez de

un carnero que era lo ménos que esperaba, sólo me trajo un poco de leche.

Pasámos la noche junto á una gran hoguera que se encendió delante de las chozas de los hotentotes, los cuales no hicieron mas que bailar y dar gritos, obligándonos á estar contínuamente en vela. Partímos por la mañana tomando el camino del mar, llegámos á la orilla al medio dia, y despues de hartarnos de mariscos que encontrámos en las rocas, procuró cada cual hacer provision para la tarde, pues debiamos entrar otra vez en los bosques para buscar en ellos agua. Al anochecer encontrámos un arroyuelo turbio, y sin reparar nos lanzámos todos á beber. Acampámos á la orilla vigilando toda la noche por temor á los hotentotes cuyas intenciones ignorábamos.

Al dia siguiente nos encontrámos al pié de una alta montaña que debímos traspasar con no poco cansancio. El hambre nos atormentaba más que nunca, y nada se presentaba para templarla. Desde la cima descubrímos en un ribazo yerbas y flores; acudímos á ellas comiendo las ménos amargas; pero al templar el hambre avivámos la sed que no pudímos satisfacer hasta bien entrada la noche, pues eran las diez cuando encontrámos agua al pié de la misma montaña. Reunidos todos se celebró consejo, y de comun acuerdo reconociendo el capitan y el piloto que caminaban equivocados é ignoraban donde nos hallábamos, se resolvió no avanzar más hácia el interior, sino seguir la costa en la que estábamos seguros de encontrar mariscos; ademas de que dirigiéndose la mayor parte de las aguas al mar esperábamos sufrir ménos sed.

Con la aurora volvímos á tomar el camino de la playa á la que llegámos sobre las diez de la mañana divisando á lo léjos una alta montaña cuya vista nos alegró á todos por asegurarnos los pilotos que allí estaba el Cabo de Buena Esperanza. Tan agradable noticia reanimó nuestras fuerzas y sin descanso proseguímos hasta la noche; mas despues de andadas cinco ó seis leguas se conoció que aquello no era el Cabo. Un marinero dijo que á corta distancia existia una isleta casi cubierta de moluscos y con excelente agua. Dirigímonos á ella y allí pernoctámos y pasámos el dia siguiente. Aquel descanso nos alivió sobremanera, y la abundancia de alimentos restauró en parte nuestras fuerzas. Por la noche al reunirnos echámos ménos á uno de nuestros mandarines y en vano lo buscámos llamándolo á voces; todo fue inútil; las fuerzas le abandonaron sin duda, y se quedó en el camino. La extraordinaria aversion que tenía á las yerbas y flores que comian los demas no le permitió usar de tan triste alimento y murió de hambre sin que nadie le oyera ó advirtiera. Cuatro dias ántes murió otro mandarin del mismo modo. En cualquiera otra ocasion me causara una profunda afliccion la muerte de un amigo, pero entónces casi me mostré indiferente; tan embotada tenía la miseria mi sensibilidad.

Durante el dia y las dos noches que pasámos en la isla observáronse varios troncos secos, gruesos, ligeros y huecos. Tomó cada cual uno, y despues de tapar bien uno de sus extremos lo llenó de agua para el dia. Al anochecer divisámos á media legua una manada de elefantes que pastaba en una dilatada campiña, y pasando de largo fuímos á acampar en la playa. Como todavía faltaba mucho para anochecer, fuése cada cual en busca de alimento. Yo buscaba yerbas, raíces ó flores y no encontrándolas sino excesivamente amargas regresaba ya desconsolado, cuando descubriendo de pronto una culebra de una pulgada de grueso y

larga como el brazo, la perseguí dándola muerte con el puñal. Piel, cabeza y huesos, todo nos lo tragámos y despues de aquella repugnante comida que nos parecia deliciosa, observámos que nos faltaba uno de nuestros tres intérpretes.

Al dia siguiente empezámos la marcha algo más tarde de lo acostumbrado. Levantóse un viento frio y recio que nos incomodaba sobremanera obligándonos á andar describiendo curvas á derecha é izquierda y á las dos de la tarde comenzó á llover sin cesar hasta la noche. En la imposibilidad de proseguir, unos buscaron abrigo debajo de árboles secos, otros se guarecieron en las hendiduras de las rocas, y los que no encontraron ningun asilo se apoyaron de espaldas en las laderas de un barranco apretándose mútuamente para conservar el calor y poder resistir la violencia del chubasco. A pesar de no haber comido en todo el dia ni bebido más agua que la del cielo, el hambre nos parecia entónces la menor penalidad.

Despues de una noche cruel, y sin embargo de nuestra extremada debilidad, tratámos cuando amaneció de incorporarnos á los portugueses; pero ¡cuál fue nuestro asombro y tristeza al ver que habian desaparecido! En vano los buscámos por todas partes; no sólo no divisámos á ninguno, sino que ni aun pudímos calcular la direccion que tomaron. En aquel momento angustioso el hambre, la sed, el cansancio y el dolor se reunieron para anonadarnos, y la desesperacion se apoderó de nosotros. Nos mirábamos pasmados, casi exánimes, sombríos, mudos y poseidos de mortal abatimiento. El segundo embajador nos reunió para deliberar, y despues de hacernos presente que los portugueses al abandonarnos tendrian poderosos motivos, puesto que nosotros nos habíamos visto en la precision de obrar del mismo modo con nuestro primer embajador, añadió: ¿No podemos seguir como ellos la costa? Una sola cosa debe ocuparnos. Testigos sois del respeto con que conservo la carta de nuestro gran rey. Mi primer cuidado en el naufragio fue salvarla, y no puedo sin embargo atribuir su conservacion sino á la fortuna protectora de nuestro dueño. Ya veis la circunspeccion con que la guardo. En las montañas la ocultaba junto á mí y la vigilaba toda la noche; en las llanuras la colocaba entre las ramas de cualquier árbol; durante el camino la llevaba sobre mis espaldas sin confiarla á nadie, miéntras me duren las fuerzas. Dudando si podré seguiros mucho tiempo, ordeno al tercer embajador, que hará lo propio con el primer mandarin, que tenga despues de mi muerte los mismos cuidados con la augusta carta, y si por desgracia ninguno de vosotros puede llegar al Cabo de Buena Esperanza, el último encargado de ella procurará enterrarla ántes de morir en el sitio más elevado que encuentre; y colocando el precioso depósito á cubierto de todo insulto, podrá espirar prosternado ante él con el respeto que debemos al rey durante nuestra vida. Con tales sentimientos, amigos mios, cobremos ánimo, no nos separemos, sigamos á pequeñas jornadas y la fortuna del buen rey nuestro señor nos protejerá.

Este discurso nos llenó de resolucion; sin embargo, en vez de seguir la costa convínose en que era necesario tratar de reunirse con los portugueses. Teníamos delante una gran montaña y un poco á la derecha varios cerros, y calculando que los portugueses cansados indudablemente no debieron escoger los pasos más rudos, subímos á una colina. La noche anterior sentí entorpecidas las piernas, y aquel dia se me hincharon; por la noche la hinchazon se extendia al

cuerpo. Nos parecia que andábamos de prisa y adelantábamos poquísimo. Al medio dia llegámos muy cansados á la orilla de un rio que podia tener á lo más unos sesenta piés de ancho y siete ú ocho de profundidad; pero no obstante, cuando varios siameses trataron de pasarlo la corriente era tan rápida que, temiendo los arrastrase, retrocedieron; nuevamente intentámos vadearle, y al efecto anudámos todas las fajas: un mandarin probó á pasarlo con el objeto de atar la punta á un árbol que se hallaba en la otra orilla, esperando que por medio de esta especie de cuerda podríamos atravesar sucesivamente ; mas apénas estuvo en medio del rio no pudo resistir la corriente y se vió precisado á soltar la faja para nadar hácia la orilla opuesta : y á pesar de toda su destreza fué á chocar contra una roca, causándose varias heridas. Remontando entónces la orilla hasta ponerse frente á nosotros, nos dijo que no era probable que los portugueses tomaran aquel camino. Para reunirse con nosotros tuvo que andar largo trecho rio arriba hasta poder pasarlo á nado en sitio ménos impetuoso.

Calculámos entónces que los portugueses habrian seguido la orilla en que nos encontrábamos, confirmándonos en esta opinion una media hecha trizas que hallámos á unos dos cuartos de legua más allá. Despues de penalidades sin cuento llegámos al pié de una montaña, cuya base estaba socavada en varios sitios, en uno de los cuales pudímos refugiarnos todos juntos. Pasámos una noche tan fria como dolorosa. Hacia dias que no podia calzarme las medias ni los zapatos, y de tal modo se me hincharon las piernas que al despertar encontré la tierra mojada con el humor que de ellas destilaba. A pesar del dolor, como era preciso partir, reuní todas mis fuerzas y nos pusímos en camino.

Seguímos todo el dia la orilla del rio, ansiando reunirnos á los portugueses, á quienes no suponiamos léjos, pues á intervalos hallábamos vestigios de su paso, entre ellos un fusil y un frasco de pólvora arrojado tal vez por algun portugues fatigado de tal peso; este hallazgo nos fue de gran utilidad. Nada encontrámos en la ribera que pudiera servirnos de alimento, y el hambre nos tenía extenuados. Como los zapatos sólo me servian de estorbo, los deshice, y tostando sus piezas, las repartímos y comímos con avidez. Llegó luego el turno al sombrero de un esclavo; mas aunque estuvo largo tiempo al fuego no pudo ablandarse, y queriendo insistir en tostarle, sólo conseguímos convertirle en cenizas que ni aun lográmos aprovechar por lo amargas que eran.

Al pié de un ribazo nos convencímos con harto dolor de que los portugueses seguian la misma direccion, encontrando el cadáver de un intérprete, con las rodillas en tierra y el cuerpo recostado en la ladera. Como los intérpretes eran mestizos, hijos de europeos y siamesas, no quisieron separarse de los portugueses y los siguieron. El que encontrámos parecia muerto de frio.

Fresca y lozana yerba cubria el ribazo, de la cual comímos con ansia, haciendo provision para la cena. Tristemente convencidos de la delantera que nos llevaban los portugueses, como de la imposibilidad de incorporarnos á ellos, nos arrepentímos de haber abandonado el islote, en el que al ménos teníamos agua excelente y abundantes mariscos, y este arrepentimiento llegó á su colmo al observar una bifurcacion del camino. Formaba un lado la pendiente de una árida montaña, y era el otro un vasto pantano surcado por varios arroyos que nacian del rio é inundaban el terreno en muchos parajes. Tan inaccesibles uno co-

mo otro sendero, no era probable que los portugueses los siguieran: en su consecuencia pasámos gran parte de la noche deliberando si debíamos continuar ó retroceder, y por unanimidad acordámos no ir más léjos. Atravesar el pantano era correr á una muerte segura, y pasar por la montaña era exponernos á perecer de sed, pues debíamos emplear cuando ménos dos dias. Resolvímos volver al islote, esperando allí algunos dias á los portugueses, y si al terminarse las provisiones no teníamos noticias de ellos, presentarnos á los hotentotes como esclavos para guardar sus ganados.

Desandámos animosamente lo adelantado ansiando llegar al lugar donde podriamos acallar el hambre que nos devoraba, y nos hallámos en él á los tres dias: nuestro júbilo sería imposible de describir, todos queríamos á un tiempo penetrar en él, pero nos fue preciso aguardar, pues la marea tenía cerrado el paso. La isla era una alta roca de forma cónica y de unos cien pasos de circunferencia en las horas de la pleamar; pero cuando esta bajaba era mayor y dejaba en descubierto otras rocas más pequeñas. Con impaciencia esperámos el reflujo que nos permitió saltar á ella: nuestro primer cuidado fue recoger suficiente cantidad de mariscos para el dia, guardando algunos para cenar que secámos al sol. El frio y la humedad apénas nos dejaron dormir, y sólo al cansancio y á un mezquino fuego que pudímos encender debímos las pocas horas de reposo que disfrutámos; pero en breve nos faltaron combustibles, y aunque algunos resolvieron internarse en su busca, comprendímos que era inútil, pues no teníamos al rededor mas que arenosos desiertos ó peladas rocas sin la menor vejetacion. Felizmente encontraron excrementos de elefantes en abundancia, y con ellos prolongámos el fuego dos ó tres dias. Pero terminado este último recurso, el excesivo frio que por la noche sufríamos nos obligó á abandonar la hospitalaria roca, en la cual tuvímos seis dias víveres frescos. Ya no nos quedaba otro arbitrio que buscar á los hotentotes, entregarnos sin restricciones á merced de esas bárbaras hordas; pero ¡de qué sacrificios no seríamos capaces miéntras nos quedara una sombra de esperanza de salvar una vida que tan cara nos costaba ya!

Contribuyó mucho á decidirnos la idea de que los portugueses habrian perecido ó nos juzgarian víctimas de las privaciones, y nos pusímos en marcha con el amargo sentimiento de perder los mariscos y el agua del islote, aunque haciendo provision de una y otra cosa, pernoctando junto á una laguna de agua salada situada cuasi al pié de una montaña; en cuanto asomó el dia buscamos yerbas ú hojas de árboles á fin de conservar los mariscos que nos quedaban para ocasiones más apremiantes. Algunos se metieron en el lago creyendo encontrar peces, pero aquello era solamente un depósito de agua salada y cenagosa.

Los que aun permanecian junto al lago vieron tres hotentotes que se dirigian hácia nosotros; hicieron una señal convenida para reunirnos y esperámoslos con impaciencia. Cuando se acercaron, notámos que tenian pipas, por lo que comprendimos que estaban en relacion con los europeos. Nos hicieron señas con las manos levantando seis dedos y gritando con todas sus fuerzas *¡Holanda! ¡Holanda!* Algunos de nuestros siameses les tomaron por emisarios de los que encontrámos anteriormente, y que tal vez nos buscaban para devorarnos. Otros creyeron que sus signos significaban que el Cabo de Buena Esperanza distaba seis jor-

nadas. Despues de vacilar un momento resolvímos seguir á estos guias, reflexionando que nada peor podia sucedernos que lo hasta entónces acontecido, y en breve reconocímos que eran más humanos que los otros. Llevaban un cuarto de carnero que pedímos apremiados por el hambre, y nos indicaron que lo tendríamos en cambio de dinero ó de botones. Díles seis de oro y me entregaron la carne que compartí con los compañeros.

Caminaban delante de nosotros deteniéndose con frecuencia al parecer poco satisfechos de nuestra lentitud, para rogarnos que apresuráramos el paso. Dormímos cerca de una colina á la que llegámos por un camino escabroso. Al dia siguiente de quince que quedábamos siete se encontraron imposibilitados de dar un paso. Resolvímos dejar á los más débiles en aquel lugar con parte de los mariscos secos que aun conservábamos, prometiéndoles que en caso de encontrar una habitacion de holandeses les enviaríamos cómodos medios de trasporte. La necesidad les obligó á consentir en esta cruel separacion, y despues de cambiar un tristísimo ¡á Dios! nos pusímos de nuevo en camino siguiendo á los guias que nos despertaron al amanecer.

Siempre he sido madrugador, y esta circunstancia me hizo presenciar un espectáculo repugnante y que por sí solo da una idea de la barbarie de esas gentes. Antes de despertarnos tomaron los carbones del fuego, les colocaron en un hoyo, y orinándose sobre ellos los pulverizaron y se embadurnaron con aquella masa la cara y el cuerpo. Mucho les contrarió ver que no madrugábamos tanto como ellos, y parecieron impacientarse tanto que despues de una corta conferencia que celebraron, dos se alejaron, quedando con nosotros el tercero, que no sólo no nos abandonó, si no que se detenia tantas veces como nosotros.

Seis dias caminámos entre penalidades indescribibles, y cada vez mayores. Nos era preciso bajar y subir por precipicios cuya sola vista horrorizaban. El mismo guia, acostumbrado á trepar por los picos más escarpados, en ciertas ocasiones apénas podia sostenerse. Algunos siameses, viendo que tomaba la direccion de una montaña, al parecer inaccesible, quisieron matarle creyendo que nos conducia allí para asesinarnos; el segundo embajador les hizo desistir de su cruel propósito exponiendo que no debíamos pagar con tan criminal ingratitud el favor que, sin estar á ello obligado, nos prestaba el pobre hotentote. Felizmente los lugares que tan peligrosos nos parecian de léjos tomaban otro aspecto á medida que nos acercábamos.

Durante este tiempo los mariscos secados al sol, que comíamos con gran economía, eran nuestro único alimento; encontrámos algunos arbustos verdes cuyas hojas, de una acidez agradable, nos sirvieron para sazonarlos. Las ranas verdes no tenian mal sabor, y las encontrábamos con facilidad entre las altas yerbas; pero nada tan agradable al paladar como una especie de moscardon ó abejorro que sólo se encuentra y vive entre la suciedad. Abundaban sobre los excrementos de elefantes, y ántes de comerlos los tostábamos, pareciéndonos en extremo apetitosos.

Por último, al cabo de treinta y un dias de viaje, y al sexto del feliz encuentro con los hotentotes, bajando una colina á las seis de la mañana divisámos cuatro personas en la cumbre de una montaña que teníamos enfrente y debíamos atravesar; pensámos al principio que eran hotentotes, y observando que se en-

caminaban hácia nosotros, apretámos el paso para ahorrarles la mitad del camino, encontrándonos agradablemente sorprendidos al reunirnos. Eran dos holandeses acompañados por los dos hotentotes que se separaron de nuestra compañía. Grande fue nuestra emocion, pero llegó á su colmo cuando nos preguntaron si éramos de Siam y en donde se encontraban los embajadores del rey. Se los presentámos y los recibieron con grandes atenciones; despues de invitarnos á reposar algunos momentos, mandaron acercar á los hotentotes que iban cargados de provisiones. Al ver pan tierno, carne cocida y víno, fueron inexplicables nuestros trasportes de gratitud. Unos se arrojaron á los piés de los holandeses cuyas rodillas abrazaban, dándoles otros los títulos de padres y salvadores. Yo me propuse demostrarles de otro modo el aprecio en que teníamos sus servicios. Nuestro primer embajador, al ordenar que nos adelantáramos para buscar algun medio de trasporte, nos confió parte de la pedrería que el rey le entregara para hacer diversos presentes. Dióme entre ella cinco magníficos diamantes, engastados en otras tantas sortijas de oro, y regalé una á cada holandes. Ya satisfecha el hambre y la sed, fue tal nuestra debilidad, que al levantarnos sentímos fuertes dolores, y por más que los holandeses nos repitieron que sus casas se encontraban una hora distantes, nadie tuvo fuerzas suficientes para recorrer tan corto trayecto. Nuestros generosos huéspedes reconocieron, por último, que no podíamos dar un paso y enviaron á los hotentotes en busca de carruajes. En ménos de dos horas los vímos regresar con carros y caballos que nos condujeron á la habitacion de los holandeses. Pasámos allí la noche acostados sobre paja, lecho para nosotros en aquel instante tan blando como el de esponjosa pluma en que reposa un monarca.

Cuando despertámos el siguiente dia nuestro primer cuidado fue rogar á los holandeses que enviaran carros con víveres frescos á los siete que quedaran en el camino, y apénas partió un carruaje con este objeto, nos trasladaron en otros dos á una habitacion holandesa que se encontraba á cuatro ó cinco leguas de la primera. No bien llegámos cuando vímos comparecer varios soldados enviados por el gobernador para servirnos de escolta y dos caballos para los embajadores, que les fueron inútiles, porque estaban gravemente enfermos.

Volvímos á tomar los carros y llegámos de este modo á las posesiones holandesas del Cabo de Buena Esperanza. El comandante, advertido de nuestra llegada, envió su secretario para cumplimentar á nuestros embajadores en su nombre. Penetrámos en el fuerte por entre una doble fila de veinte soldados, y se nos condujo á la habitacion del comandante que nos recibió con grandes muestras de respeto y afecto. Le rogámos que enviara socorros al primer embajador que quedó en el camino; pero las lluvias le impidieron complacernos, y prometió verificarlo tan luego como terminasen, ofreciéndonos al propio tiempo proporcionarnos cuanto necesitáramos. Su secretario recibió la órden de conducirnos á las habitaciones que nos tenian preparadas y de entregarnos cuanto pidiésemos. Debo advertir que llevaron cuenta minuciosa y exacta de nuestros gastos, enviándola á Siam al ministro del rey, la cual les fue pagada al punto, como tambien los sueldos de los oficiales y soldados que salieron á nuestro encuentro y montaron la guardia de honor durante nuestra permanencia en el Cabo.

Los portugueses llegaron ocho dias ántes, despues de padecimientos mayores

que los nuestros. Un religioso de la órden de san Agustin, que acompañaba á los embajadores destinados á la córte de Portugal, nos los refirió y al escucharlos no pudímos ménos de llorar.

Antes de salir del Cabo supímos que el segundo piloto de nuestro buque se salvó á bordo de otro inglés. El primer piloto iba á seguir su ejemplo, pero se lo impidieron el contramaestre y el resto de la tripulacion que querian presentarle en Portugal para que fuese castigada su ignorancia. La mayor parte de los portugueses se embarcaron en buques holandeses que regresaban á Europa; los demas pasaron con nosotros á bordo de un buque de la compañía holandesa, que nos condujo felizmente á Batavia despues de una permanencia de cuatro meses en el Cabo.

Seis nos detuvímos en Batavia dirigiéndonos luego á Siam á donde llegámos en setiembre. El rey nos recibió con extraordinarias muestras de benevolencia; mandó darnos en seguida vestidos y dinero, y no olvidó cuanto padecímos en su servicio, proporcionándonos aquellas penalidades adelantos en nuestra carrera.

NAUFRAGIO DE MANUEL SOUZA

en las costas orientales de Africa en 1552.

Manuel Souza de Sepúlveda, descendiente de una de las más antiguas é importantes familias portuguesas, despues de ilustrar su nombre en las Indias por su valor y buenas acciones, obtuvo hácia mediados del siglo décimo sexto el gobierno de la ciudadela de Diu, que sólo se confiaba á oficiales de mérito y valor probados. Permaneció en este puesto bastantes años, pero aguijoneado por el deseo de ver su patria, se embarcó en el puerto de Cochin. El buque que montaba iba cargado de riquezas. Souza llevaba consigo á su esposa Leonor García, hija de Sa, que era entónces general de los portugueses en las Indias, á sus hijos, á su cuñado Pantaleon de Sa, y varios oficiales y caballeros. El número de marineros, criados y esclavos se elevaba á unos seiscientos.

Algunas compras le detuvieron en Koulán, en la costa de Malabar, y no pudo darse á la vela hasta el mes de febrero. El trece de abril descubrieron las costas de Cafrería, desde las cuales se dirigian con buen tiempo al Cabo de Buena Esperanza, cuando de repente, dice, levantóse un fuerte viento Norte que provocó el más horroroso huracan que ha barrido aquellos mares. Oscurecióse el cielo, y las olas alzándose hasta las nubes amenazaban á cada instante abismar el buque, disipando á intérvalos las tinieblas espantosos rayos seguidos de horribles truenos.

El piloto y marineros deliberaron esperar en el mar que la tempestad terminase. Espantados de la violencia del huracan y no pudiendo doblar el Cabo á

causa del temporal, hicieron rumbo hácia la India sin obtener mejor éxito: los vientos desencadenados parecian conspirar contra el desgraciado buque, ya muy destrozado, y en vano la tripulacion hizo esfuerzos sobrehumanos para arrebatarlo al abismo; sus costados reciamente batidos por las furiosas olas se abrieron, penetrando por las grietas más agua de la que podian extraer las bombas. Entónces se perdió toda esperanza, y á cada oleada creíamos llegado nuestro último instante. Este temporal reinó sin interrupcion por espacio de varios dias, hasta que el viento cambiando al Sur decidió de la suerte del buque que encalló el veinte y cuatro de junio; y sin duda era el menor mal que podia acontecernos.

Fondearon á corta distancia de tierra preparando las chalupas que eran la última esperanza de los infelices. Souza, su mujer, sus hijos y los principales de su séquito tomaron precipitadamente lo más precioso que poseian y se arrojaron á las lanchas. Las olas agitadas por los vientos se encresparon formando montañas que amenazaban sumergirles á cada instante, pero pudieron finalmente llegar á la orilla, aunque con dificultad y despues de un largo combate con el irritado elemento. Al segundo ó tercer viaje la chalupa se estrelló contra unos arrecifes, rompiéndose al mismo tiempo el cable del ancla; los que estaban á bordo tuvieron que buscar su salvacion arrojándose al mar, agarrándose unos á toneles ó cofres, y otros más animosos y confiados en sus fuerzas intentando ganar la costa á nado. Muy pocos llegaron á ella sin lesion, y este naufragio costó la vida á más de trescientas personas entre portugueses y extranjeros. Apénas pisaron tierra firme cuando el buque se fué á pique sumiendo este acontecimiento en la mayor desesperacion á los portugueses que se prometian construir con sus destrozos otra pequeña nave, y cuando el tiempo lo permitiera ir á Sofala ó á Mozambique en busca de socorros, última esperanza que se hundió con el buque. La costa en donde fueron arrojados estaba situada á los treinta grados S. del Ecuador. Souza mandó encender fogatas para reanimar á aquellos hombres, algunos cubiertos de heridas y todos hambrientos y ateridos de frio. Mandó distribuirles con economía una corta cantidad de harina que salvaron del naufragio casi echada á perder por el agua salada. La situacion de los náufragos era horrorosa, pues la playa sólo presentaba arena y peladas rocas. Despues de muchas investigaciones descubrieron algunos manantiales de agua dulce que les fueron en extremo útiles. Con los cofres y peñascos construyeron una especie de parapeto que les defendiese durante la noche, y Souza, lleno de valor y dolido de la desgraciada suerte de sus compañeros, les obligó á permanecer en él hasta que se restableciesen. Pero las provisiones sacadas del buque se agotaban con rapidez y era preciso pensar en la marcha. Decidióse seguir la costa hasta el rio del Santo Espíritu de Lorenzo Marchesez, en donde los portugueses de Sofala y Mozambique debian tener factorías. El rio se encontraba á unas ciento ochenta leguas. Souza tranquilizó á sus compañeros reanimándoles con su palabra y ejemplo. Dad al olvido, amigos mios, les dijo, la pérdida de vuestros bienes, y recordad que habeis salvado la vida. Unámonos, y la union nos dará fuerzas para vencer las dificultades que vamos á atravesar. Os ruego que tengais en cuenta la debilidad de mi mujer y mis hijos y que les presteis toda clase de socorros en el momento del peligro. Estas palabras fueron acogidas con la promesa de seguirle á todas partes obedeciéndole ciegamente.

Al punto emprendieron la marcha, componiéndose la comitiva de Souza, Leonor su esposa, mujer de ánimo varonil, de sus hijos incapaces de conocer los peligros á que estaban expuestos; de Andres Vases y de unos ochenta portugueses, detras de los cuales venian cien criados que llevaban en hombros á los niños y á la madre en una especie de palanquin improvisado, luego varios marineros y criadas, cerrando la marcha Pantaleon con algunos esclavos.

Despues de algunos dias de marcha por peligrosos caminos se encontraron detenidos por enormes rocas y torrentes cuya impetuosidad aumentaban las lluvias de la estacion. No tardaron en escasear los víveres, viéndose entónces obligados á comer frutos silvestres y yerbas.

Al cabo de cuatro meses llegaron al rio del Santo Espíritu, aunque sin reconocerlo, porque se divide en tres brazos diferentes que se unen ántes de penetrar en el mar.

Pero disipó en breve sus dudas el jefe de la tribu que profesaba grandes simpatías á los portugueses, pues hizo tiempos atras negocios bastante regulares con Lorenzo Marchesez y Antonio Caldere. Este príncipe recibió bien á Souza y á los suyos, y les dió á entender que el jefe vecino era un hombre falaz, avaro y ambicioso del cual debian temerlo todo. El deseo de llegar cuanto ántes á un lugar habitado por europeos hizo que cerraran los ojos á los peligros á que se exponian, pero no tardaron en arrepentirse de pasar el segundo brazo del rio.

Al dia siguiente vieron dirigirse á su encuentro doscientos cafres. Aunque se encontraban muy débiles prepararon las armas y se dispusieron al combate, pero como los cafres se acercasen amistosamente se tranquilizaron y trataron de obtener víveres bien por oro, bien á cambio de algunos pedazos de hierro muy ambicionado por esta nacion. Pareció restablecerse la confianza, y los portugueses acabaron de convencerse de la buena fe de este pueblo hospitalario cuando les dieron á entender que si se presentaban á su rey serian bien recibidos. El cansancio, la alegría de encontrar el rio que buscaban, y un motivo más poderoso aun, la escasez de víveres, obligaron á los portugueses á aceptar las proposiciones de los cafres. Les siguieron, pues, pero al llegar á un lugar cubierto de árboles rogóles el jefe que se detuvieran; allí permanecieron varios dias recibiendo groseros alimentos en cambio de los efectos que pudieron salvar del buque. Souza, siempre confiado, se propuso esperar la llegada de algunos mercaderes de Sofala y pidió al jefe permiso para construir cabañas para él y sus compañeros.

El rey mandó contestar á Souza que dos circunstancias habian retardado la acogida que deseaba hacerles: la primera, la escasez y carestía de víveres; la segunda, el miedo que tenian sus súbditos á las armas y espadas, añadiendo que si querian entregárselas como garantía de su conducta pacífica accederia á su demanda.

Deseosos de poner término á sus penalidades los portugueses aceptaron tan peligrosas condiciones. En vano Leonor recordó á su esposo la opinion poco favorable emitida respecto á aquel jefe por el anterior, pues Souza no dió oídos á la advertencia y ruegos de su esposa. El resto de la gente siguió el ejemplo de su capitan, y las armas fueron entregadas. Inmediatamente los cafres se apoderaron de los tesoros de los náufragos despojándolos de todos sus vestidos y los que intentaron resistir fueron desapiadadamente acuchillados.

Sólo Leonor luchaba aun; pero ¿qué podia una débil mujer contra hombres tan feroces? Arrebatáronla sus trajes , y avergonzada de verse expuesta desnuda á la vista de aquellos infames y de sus propios criados, echóse en una hoya que se encontraba á pocos pasos, y se enterró, por decirlo así, en la arena, resuelta á perecer en aquel lugar. Abatida por los sufrimientos y el pesar, dijo á Andres Vases y otros que no querian abandonarla: Hé aquí los frutos de vuestra pueril confianza; idos, para nada os necesito, cuidad sólo de vosotros; y si el cielo os permite ver de nuevo vuestra patria, contad que nuestros pecados atrajeron sobre nuestras cabezas la cólera divina precipitándonos en un abismo de males. Ahogada entónces por los sollozos faltóle la voz, pero sus ojos se fijaron con cariño en sus tiernos hijos y en su esposo, quien permanecia inmóvil, abatido y consternado por su imprudencia. Los cafres se retiraron con todo su botin; los portugueses se dispersaron para evitar la muerte cruel que les amenazaba, y Souza continuaba ajeno á cuanto pasaba á su alrededor. Pareció, por último, que se despertaba en él el sentimiento de sus desgracias, y corrió por todos lados en busca de algunos frutos. Despues de muchas tentativas inútiles encontró los cadáveres de su esposa é hijos víctimas del hambre y la sed. Tuvo el valor suficiente para darles sepultura, huyendo luego de aquel lugar de dolor y tristes recuerdos, perdiéndose en los desiertos, en donde sin duda moriria, pues jamas han vuelto á tenerse noticias suyas.

Los miserables restos de aquella gente, reducidos á veinte y seis hombres, caminaron largo tiempo errantes, y fueron por último reducidos á la esclavitud por los cafres. Todos murieran en este triste estado, si un comerciante portugues, que procedente de Mozambique fué á comprar marfil, no les rescatase mediante la suma de cuatro sextercios por cabeza. Pantaleon Sa fue de este número, y murió de apoplegía en Lisboa á edad avanzada.

PÉRDIDA DEL DEGRAVE,

buque de la Compañia de las Indias en la costa de Madagascar, en 1701.—Aventuras de ROBERTO DRURY entre los Malgaches.

Demostré desde la infancia tan decidida aficion á la marina que por ella resistí al comercio, al cual deseaban mis padres dedicarme. Resolví embarcarme, y no fueron bastantes á torcer mi decision ni los consejos de un padre prudente, ni las súplicas de una madre tierna y cariñosa que llorando me rogaba de rodillas que abandonase tal proyecto. Empecé por un viaje á las Indias orientales, pues tenia en Bengala un pariente al servicio de la nueva compañía.

Mi padre me proporcionó todo lo necesario para este viaje, abriéndome un crédito de cien libras esterlinas (unos diez mil reales), suma suficiente para un jóven de mi edad, y pasé á bordo del *Degrave*, buque de la compañía de las Indias, de setecientas toneladas y cincuenta y dos cañones, mandado por el capitan William Young.

Hicímonos á la mar el 19 de febrero de 1701, y al cabo de tres meses y veinte dias de navegacion llegámos al fuerte de San Jorge en las Indias; despues á Mazulipatam, en donde permanecímos un mes, navegando en seguida hácia Bengala. Mi pariente, noticioso de mi llegada, vino á bordo pretendiendo que fuése á tierra con todos los efectos de mi pertenencia; pero el capitan, encargado de informarse de su carácter, no lo permitió, cobró la letra que yo llevaba, y cuidándose de lo que pudiera serme preciso, dispuso de su valor.

Pocos dias despues murió mi pariente. Permanecímos nueve meses en este puerto perdiendo á causa de las enfermedades cuarenta hombres de la tripulacion, y entre ellos el capitan á quien sustituyó su hijo en el mando del buque. La única ventaja que reporté de mi viaje á Bengala fue aprender á nadar, lo cual utilicé más adelante para salvar mi vida y libertad.

Salímos, por último, de Bengala. La tripulacion se componia de ciento veinte hombres, dos mujeres y algunos pasajeros. Al bajar el Gánges el buque varó; la marea le puso de nuevo á flote, pero ya en la mar declaróse una via de agua tan considerable que nos fue preciso tener dos bombas en juego constantemente.

Dos meses permanecímos en este estado, y al cabo de ellos abordámos á la isla Mauricio, propiedad de los holandeses, situada al Este de Madagascar. Levantámos una tienda en la playa á la que trasportámos parte del cargamento á fin de buscar con más desembarazo la via de agua; pero á pesar de nuestros esfuerzos no pudímos dar con ella.

Un pirata náufrago dejó en la isla cincuenta laskares, los cuales admitímos á bordo para dar algun reposo á nuestra gente, que durante dos meses no dejó un instante de picar las bombas.

Despues de un mes de permanencia en la isla Mauricio hicímos rumbo directamente al Cabo de Buena Esperanza. La via de agua aumentaba sin cesar, y á duras penas podíamos mantener el buque á flote; la tripulacion estaba rendida de fatiga, pues dia y noche no podia separarse de las bombas. Al encontrarnos unas cien leguas al Sur de Madagascar arrojámos al mar algunos cañones y los efectos más pesados á fin de aligerar el buque. El capitan quiso continuar hasta el Cabo, mas no así la tripulacion opinando que el buque no podria recorrer las seiscientas leguas que de él nos separaban, miéntras que Madagascar distaba tan solo unas ciento, de suerte que el capitan á pesar suyo se dirigió á esa isla.

El viento era favorable; al tercer dia dispuso el capitan que un grumete y yo fuésemos á las vergas con el objeto de observar si se descubria tierra. Sólo nosotros dos estábamos en disposicion de prestar este servicio, y aunque me hallaba á bordo como pasajero, fuéme preciso en momentos tan críticos dar cumplimiento á su órden. Tres horas llevaba de vigía cuando descubrí una costa escarpada y algo mas léjos humo, gritando apresuradamente: ¡Tierra! ¡tierra!

Muchas personas de la tripulacion, y entre ellas el capitan, subieron á las cofas: uno dijo que conocia la tierra; que era el Fuerte Delfin, añadiendo que el jefe de esta parte de la isla era enemigo implacable de los blancos, y trataba á los europeos con la mayor crueldad. Esta noticia inexacta, pues los malgaches sólo odiaban á los franceses, fue causa de nuestra perdicion impidiéndonos tocar en este punto.

Como el viento Noreste no nos permitia dirigirnos al Norte, necesitábamos una semana de navegacion para ganar los puertos del Oeste de la isla. El capitan resolvió, pues, seguir la costa occidental buscando bahía en que el buque pudiese penetrar con facilidad.

Acabámos por acercarnos á la costa, mas no descubrímos ningun punto á propósito. La bodega estaba llena de agua, y los marineros declararon al capitan que no era posible sostenerse por más tiempo á flote; este se encerró por breves momentos en su camarote, y al salir gritó: Quereis absolutamente arribar? Sí, le contestaron unánimes, intentémoslo todo para salvarnos.

Cruzábamos á la sazon un banco de arena de dos leguas de extension. Llegámos á un cuarto de milla de la costa y dímos fondo fuera de las rompientes; picáronse los palos y el aparejo; los cañones fuéron á parar al mar, y ensayámos todos los medios imaginables para sostener el buque á flote y abordar la tierra.

En Bengala perdímos las canoas, y quedándonos sólo el bote, construímos una balsa con maderas y cuerdas.

Miéntras nos ocupábamos en estos preparativos, varios indígenas que pescaban encendieron fogatas en la costa á fin de que nos guiásemos por el humo; pero teníamos informes tan poco favorables de los insulares, que vacilámos algun tiempo ántes de decidirnos.

Durante la noche terminámos la construccion de la balsa, y á la mañana siguiente el contramaestre con cuatro marineros se embarcaron en la chalupa llevándose un gran cable para amarrarlo en tierra. La resaca la hizo pedazos, pero como se encontraba bastante cerca de la costa, los marineros pudieron salvar con el auxilio de los isleños la parte en que estaba el cable, con el cual se estableció un andaribel.

Una de las mujeres y el capitan rehusaron confiar su suerte á la balsa. Yo me desnudé y até al rededor de mi cuerpo una bolsa y una copa de plata. Nos dirigímos á la costa con el auxilio del cable, pero á una milla de las rompientes el oleaje hizo zozobrar la balsa. Los que quisieron alcanzarla á nado fueron maltratados por el mar. Yo luché con obstinacion y pude ganar la playa despues de desesperados esfuerzos, viendo con satisfaccion que estaban en salvo así mismo cuantos ocupaban la balsa: sólo pereció una mujer. La resaca era tan fuerte y con tal ímpetu reventaban las olas contra las rocas que no nos atrevímos á llevar de nuevo la balsa á bordo. El capitan mandó entónces picar el cable á fin de que el buque fuése á encallar en la playa, y efectivamente no tardó en hacerse pedazos.

El capitan á quien encargara su padre al morir que hiciese enterrar su corazon en Douvres pudo salvarse con aquel precioso resto. Todos afortunadamente alcanzaron la tierra, y no tuvímos que deplorar mayores desgracias. Al punto nos dedicámos á extraer el agua que habian tragado la otra mujer y va-

rios hombres en tal cantidad que llegaron á tierra casi ahogados, y verificada esta operacion, les colocámos junto á una gran hoguera que encendímos á fin de que el calor les reanimara.

Componíamos un total de ciento sesenta, inclusos los laskares. Los indígenas empezaron á reunirse, y presto tuvímos á nuestro alrededor unos trescientos negros, cuya mayor parte se dirigió á los bultos arrojados á la orilla para sacar de ellos piezas de seda é indiana.

Trájonos uno un buey indicándonos que podíamos matarle, y como le contestáramos que carecíamos de armas para ello, nos prestó su fusil, con el cual lo verificámos. Dos dias permanecímos allí sin saber qué partido tomar. Supímos que Fuerte Delfin se encontraba á unas sesenta millas, pero las fatales prevenciones que contra sus habitantes teníamos nos impidieron dirigirnos á ese punto.

La tarde del siguiente dia oímos con gran sorpresa vocearnos en inglés á un hombre que se hallaba á bastante distancia. Cuando estuvo más cerca reconocímos que efectivamente era un compatriota; nos preguntó quiénes éramos, y al oir nuestra contestacion dijo al capitan que el jefe del territorio le enviaba para anunciarnos que aunque extranjeros nada debíamos temer, y que al otro dia vendria á vernos. Refiriónos en cuanto á él que el buque en que iba á las Indias fue apresado por un pirata que se apoderó de la tripulacion, abandonando el casco, y añadió: Al encontrarnos en Matatán fingí una enfermedad y el pirata me dejó en tierra; tres meses despues llegó un capitan escoces, llamado Drummond que fue igualmente saqueado por los piratas. Llevaba en su compañía al capitan Stewart, y los forbantes les permitieron ir á tierra en libertad con cuatro marineros. Encontrábase allí tambien otro inglés y su esposa, y los acogímos en nuestras cabañas. El capitan Drummond que sentía amargamente la pérdida de su buque, resolvió pasar á la bahía de San Agustin si le era posible, y nosotros determinámos acompañarle. Despues de tres dias de navegacion cambió el viento, y como nos era imposible hacer uso de la vela no tardámos en ser arrojados á la costa á unas cuatro leguas del lugar en que nos encontrámos, salvando por fortuna nuestro dinero, armas y municiones. Los insulares nos trataron bien conduciéndonos á un pueblo vecino, cuyo jefe dispuso que su hijo y cincuenta hombres nos acompañasen al interior. Fue preciso resignarse, y tres dias despues llegábamos á la presencia del rey que nos ofreció auxilio y proteccion. El capitan Drummond pidió permiso, que le fue negado, para embarcarse y regresar á su país. Unos dos meses ántes del naufragio del *Degrave* los ingleses intentaron escapar ocultándose en los bosques, y se pusieron una noche en camino á la luz de la luna; pero cayeron de nuevo en poder de los insulares, y despues de alguna resistencia fuéron conducidos delante del rey. Este, á pesar de que en la refriega murió uno de los suyos, se limitó á decirles que si intentaban escaparse otra vez se arrepentirian.

Tal fue en resumen lo que nos dijo el inglés Sam. Como era ya tarde nos entregámos al descanso, pero por cierto con el corazon oprimido. El recuerdo de los consejos de mi madre, de sus lágrimas y de mi loca obstinacion, me tuvo casi toda la noche en vela. Al apuntar el dia todos nos encontrábamos ya en pié. No pudímos salvar armas ni municiones, y eso debia ocasionarnos desgracias, pues ciento setenta hombres con armas podrian abrirse paso, miéntras que

en la actualidad sólo nos quedaba la terrible perspectiva de una interminable esclavitud.

Hácia la una de la tarde presentóse el jefe con unos doscientos negros armados de machetes; al verles cerca nos reunímos en buen órden y les salímos al encuentro con nuestro capitan á la cabeza; el rey preguntó á Sam quién era el capitan, y vino á saludarle estrechando su mano, á cuyas demostraciones correspondió nuestro jefe en los términos que Sam le indicara anteriormente. El rey dió cuatro bueyes y otras provisiones, así como los útiles necesarios para cocérlas, y despues de permanecer unas dos horas en nuestra compañía, entró en una tienda levantada por los suyos al efecto, donde pensaba pernoctar. Dijo al capitan que sentía nuestras desgracias, pero léjos de eso demostraba gran satisfaccion como lo probó en adelante, portándose más brutal y bárbaramente con nosotros que los demas jefes de la isla pues con las telas que nos robaron sus vasallos seguramente tuvieron para vestirse muchos años.

Al dia siguiente nos hizo otra visita, disponiendo que le siguiéramos á su residencia donde nada nos faltaria, á lo que el capitan contestó dándole las gracias y diciendo que no era su ánimo causar molestia ni gastos por el hospedaje y manutencion de tanta gente; pero él replicó que aunque fuese doble el número tendria una vivísima satisfaccion en hacerlo, considerándose suficientemente recompensado sólo con poseer tantos blancos. Entónces el capitan representóle por conducto de Sam que todos pertenecíamos á familias de las que no podíamos vivir siempre separados, rogándole al propio tiempo nos permitiese trasladar á punto donde pudiésemos encontrar buques que nos condujeran á nuestra patria; mas despues de reflexionar largo rato respondió que deseando satisfacer nuestra peticion, permaneceríamos en su compañía hasta que se presentara ocasion de que pudiéramos embarcarnos para Europa. Sabedor Young de que á sus dominios no arribaba buque alguno por carecer de puertos, comprendió que su contestacion sólo era un pretexto para retenernos, y se apresuró á manifestarle que no estando del todo decididos reflexionaríamos acerca de su ofrecimiento, tras de cuyas palabras se despidieron.

En cuanto quedámos solos, el capitan nos habló en los siguientes términos. Soy en la actualidad vuestro igual; mi fortuna no es superior á la vuestra ni más preciosa mi vida; no pretendo mandaros, quiero únicamente que deliberemos. Tengo gran satisfaccion al pensar que no soy la causa de vuestras desgracias, pues más bien confiara en la Providencia continuando el viaje al Cabo que abordar á este punto; no tenemos armas ni municiones para defendernos; el rey nos niega el permiso para atravesar su territorio y llegar á algun puerto; tened esto en cuenta, reflexionad, y me sujetaré sin vacilar á vuestra determinacion; mi vida no merece en la actualidad la pena de conservarla.

Despues de pronunciadas estas conmovedoras palabras conferenciámos tomando la única resolucion que nos era posible adoptar en tan críticas circunstancias: esto es, seguir al rey al interior en donde tal vez encontraríamos al capitan Drummond.

Nueva visita al siguiente dia del rey al capitan; saludáronse como de costumbre y se sentaron sobre la arena, manteniéndonos nosotros de pié á su alrededor. Preguntóle si estaba dispuesto á marchar, añadiendo que en tal caso era

mejor ponerse en camino con el fresco de la mañana para descansar cuando el sol se encontrase á la mitad de su carrera; la contestacion afirmativa del capitan le satisfizo, y en su consecuencia nos dijo que iba á almorzar aconsejándonos que hiciéramos otro tanto.

Triste en verdad fue nuestro desayuno; íbamos á perder de vista acaso para siempre al mar, del cual esperábamos la salvacion, y á sufrir la dura esclavitud de una horda de feroces negros.

Dióse la órden de ponernos en camino y abandonámos aquellos lugares con el corazon oprimido y volviendo hácia ellos nuestros ojos henchidos de lágrimas. Los negros se ocupaban en abrir los fardos y enriquecerse con nuestros despojos; tanto hallaron que robar que sólo un corto número siguió al jefe.

El dolor, el cansancio y la vigilia tenian agotadas nuestras fuerzas; muchos estaban heridos, y otros descalzos ó poco ménos; el suelo inmediato á la costa y algunas millas más hácia al interior estaba cubierto de árboles, zarzales y maleza que desgarraban nuestros vestidos; el sendero era estrecho y arenoso. Cuando el sol se encontró algo elevado en el horizonte, la arena abrasaba de tal modo nuestros piés que no nos fue posible caminar por más tiempo.

Serian las doce cuando llegámos á un pueblo compuesto de una docena de chozas en las que penetrámos agachándonos, pues las puertas solo tenian tres ó cuatro piés de elevacion. El jefe nos dijo que tomásemos cuanto se hallara, y nos propusímos reponer las fuerzas y buscar provisiones. Los habitantes estaban ausentes; los hombres se encontraban en la costa entregados al pillaje y las mujeres y niños huyeron al vernos á los bosques. Descansámos durante lo más rigoroso del calor, poniéndonos en camino al anochecer.

Pronto llegámos á un punto más ventilado; como ya estábamos muchas millas distantes de la costa, el jefe se adelantó para llegar cuanto ántes á la residencia real dejándonos al cuidado de uno de sus oficiales. Por la noche nos detuvímos en un lugar semejante al primero, poniéndonos de nuevo en marcha al amanecer. Pasámos el dia casi como el precedente, y aun algo más penoso para los que carecian de zapatos, porque llevaban los piés desgarrados con la maleza de los bosques. El tercer dia marchámos con más rapidez, pues debíamos recorrer mayor distancia.

La residencia del rey distaba unas cuarenta millas de la costa y anduvímos diariamente por término medio diez y seis ó diez y siete. El palacio era de madera, circuido de árboles, plantados sin duda de intento, rectos, altos, y tan apiñados, que un perro por muy pequeño que fuera, no podria atravesar por sus huecos, los cuales ademas estaban de tal modo entretejidos de espinos que era imposible trepar á sus copas. Tenía dos puertas, una al Norte y otra al Sur, por las cuales sólo podian pasar dos hombres de frente, y abrazaba en total una milla escasa de extension.

Al encontrarnos cerca de él nos detuvímos. Sam fué á noticiar al rey nuestra llegada, y al poco rato regresó para introducirnos, lo cual verificámos con órden y formados de cuatro en fondo. Encontrámos al rey sentado á la puerta, con un fusil sobre el hombro y un par de pistolas en tierra al alcance de la mano; sus hijos y parientes junto á él y armados de fusiles y lanzas; y por último al pueblo formando semicírculo.

Una vez sentados, el rey saludó al capitan y mandó por diez calabazas de *tank*, especie de licor muy apreciado por ellos. Dió seis á nuestra gente, tres á la suya, y guardó la décima para dividirla con el capitan. Mandó venir igualmente á los capitanes Drummond, Stewart y á sus compañeros. El capitan Young levantóse para recibirlos, y despues de saludos recíprocos, tomaron asientos los recien llegados. Miéntras que fuéron á lavar la copa que presentaron al capitan Young, le presté yo la mia. Luego que el capitan bebió, el rey deseó verla, y tanto le gustó que rogó se la regalara. El capitan contestó que no le pertenecia, y entónces levantándome dije al rey por medio de Sam que no la consideraba digna de S. M. en atencion á que todos bebíamos en ella, lo cual produjo una risa general. El rey me contempló detenidamente y me devolvió la copa.

Temiendo la presencia de tantos extranjeros en la capital durante la noche nos mandó salir excepto el capitan y algunos otros, en cuyo número quedé comprendido. Prepararon para nosotros una choza cerca de la del capitan Drummond y sus compañeros, y los que no cupieron en ella durmieron bajo los árboles.

Durante algun tiempo vivímos de este modo yendo todas las mañanas en corporacion á visitar al rey. Cierto dia nos hizo decir por Sam que tenía en el Occidente un enemigo muy poderoso á quien hasta entónces no habia podido vencer por la inferioridad de sus fuerzas, pero que enviándole blancos el Dios Todopoderoso aprovecharia la ocasion para probar fortuna una vez más contra su rival; miéntras tanto nos distribuiria en los diversos puntos en donde se encontraban sus hijos. Entónces me pidió la copa que no osé negarle.

La separacion que nos amenazaba fue para nosotros un golpe terrible; regresámos tristemente á nuestras cabañas. Los tres capitanes se reunieron én consejo con algunos otros ingleses. Drummond propuso que nos apoderáramos de la persona del rey, lo que nos permitiria poner condiciones al pueblo por su rescate, proyecto aprobado por unanimidad. Me encontraba durmiendo cuando me despertó un ruido súbito ocasionado por la ejecucion del complot que ignoraba. A una señal dada, que era un pistoletazo, fueron presos al mismo tiempo el rey y su hijo.

No tardó en alarmarse todo el pueblo; levantéme sobresaltado y me uní á los negros que huian al campo, cuando uno de los nuestros, que me vió por casualidad, me obligó á detenerme. Mi sorpresa fue tan grande como la de los indígenas al ver al rey, á su esposa y á uno de sus hijos atadas las manos á la espalda y custodiados por nuestra gente. Registróse la casa en busca de municiones, y encontrámos unas treinta armas pequeñas, un poco de pólvora y plomo y algunas lanzas.

Los insulares reuniéronse en los al rededores sitiándonos y disparando algunos tiros. Uno de los nuestros fue herido en la cadera, y entónces el capitan Young notificó al rey que sería muerto si sus súbditos no cesaban de hostilizarnos.

Salímos en buen órden de la poblacion; seis hombres armados marchaban á vanguardia, seis precedian al rey, seis le seguian, y seis le rodeaban; por último, otros seis formaban la retaguardia en donde se encontraban los laskares. El capitan Young movido á compasion puso en libertad á la esposa del rey, la cual se negó á separarse de su marido.

Llevábamos andadas cuatro millas y el herido se encontraba de mucha gravedad; no siéndonos fácil trasportarle nos vímos obligados á dejarle al borde de una laguna. Despues supe que los negros le asesinaron. Al cabo de tres millas más entrámos en una dilatada llanura. Los negros reunidos en gran número iban á atacarnos, y nos vímos obligados á hacerles frente colocando los hombres armados á vanguardia, y delante de ellos el rey con las manos atadas á la espalda. Sam fue el que recibió el encargo de decirle que no teníamos intencion de hacerle daño ni á él ni á su hijo, y que únicamente nos proponíamos retenerle como garantía de nuestra seguridad miéntras atravesáramos su territorio; añadiendo que cuando llegáramos á los límites de Fuerte Delfin le pondríamos en libertad; pero que si éramos objeto de la menor violencia serian sacrificados sin compasion.

Llamó entónces el rey á uno de sus jefes, quien se acercó despues de dejar su fusil y sable. Instruido de nuestros proyectos el jefe nos aseguró que ningun tiro se nos dispararia miéntras tratáramos bien al rey.

Hicímos alto ahondando una zanja circular en medio de la cual fueron colocados el rey y su hijo, confiados á la vigilancia del capitan Young y algunos hombres. Los que tenian armas fueron divididos en cuatro grupos para velar por nuestra seguridad. El jefe que nos habló volvió con tres negros que conducian un buey, llevando en la mano carne asada y un cuerno lleno de agua para el rey y su hijo, quienes tomaron corta cantidad y dieron el sobrante al capitan Young.

Matámos el buey y rogámos al monarca que enviara alguno de los suyos por madera al bosque. No teníamos agua, y segun nos dijeron sólo se hallaba en la laguna donde dejámos al herido que distaba unas diez millas. Esta noticia nos disgustó; con todo, desollámos el buey, y despues de destazarlo lo pusímos á asar, acostándonos en el suelo así que comímos. Los tres capitanes convinieron en velar respectivamente. El rey mandó á su mujer regresar al pueblo para consolar á sus hijos; alejóse llorando, y nuestros dos prisioneros tambien derramaron lágrimas al separarse de ella.

Al amanecer del siguiente dia continuámos nuestro viaje en el mismo órden que la víspera, despues de comer parte de la carne que nos sobró.

Cerca de medio dia el jefe de los indígenas trajo carne asada y agua para el rey y su hijo, cuyas manos no quisímos desatar, preguntando á Sam si le dejaríamos en libertad por seis fusiles. Esta proposicion dió origen á un animado debate, cuyo resultado fue contestarle que si nos daban seis buenos fusiles y prometian no seguirnos regresando con el rey á su pueblo, aceptaríamos el cambio, añadiendo que al llegar á orillas del Mandera, que separa los estados de este príncipe de los de Fuerte Delfin, soltaríamos á su hijo. Tanta condescendencia sorprendió al jefe, quien despachó uno de sus agentes á los otros hijos del rey: cuando este regresó fue acogido con gran alegría; sus hijos le abrazaban las rodillas; los principales personajes le besaban los piés, y el pueblo, para demostrar su júbilo, daba grandes gritos disparando tiros al aire. Proseguímos nuestro camino, y despues de medio dia la ardiente sed que nos devoraba aumentó nuestra debilidad. Al ponerse el sol llegámos á un lugar arenoso en donde hicímos alto, imitándonos los insulares que nos cercaron dividiéndose en seis grupos. Su conducta empezó á inspirarnos serios temores.

Al dia siguiente el mismo jefe pidió se le permitiese conferenciar con el hijo del rey, y despues de hablar con él dijo al capitan que si consentia en soltar al jóven, tres personajes del reino ocuparian su lugar. Aceptóse la proposicion; los tres hombres vinieron á reemplazar al hijo del rey, quien estrechó la mano al capitan al reunirse á sus compatriotas.

Continuámos nuestra marcha con tanta rapidez como permitia nuestra debilidad, y no tardámos en conocer que habíamos cometido una gran falta. Los malgaches nos iban estrechando, y algunos se adelantaron, lo cual nos hizo temer sus hostilidades. Entre nosotros se encontraba un jóven que tenía una pierna de madera, quien no pudo seguirnos al aumentar la rapidez de la marcha; quedóse rezagado, y al alcanzarle los indígenas vímosles apoderarse de su pierna de palo, jugar con ella y luego hundir sus puñales en el pecho del infeliz dejándole muerto en el acto. Eso nos manifestó claramente lo que podíamos esperar de aquellos bárbaros, y caminámos sin descanso hasta la puesta del sol, encontrando un tamarindo al cual nos encaramámos para mascar las hojas.

Observando lo que pasaba, los tres negros empezaron á temer por su vida si sus compatriotas nos atacaban. Para evitar un lance funesto nos aconsejaron continuar la marcha al anochecer, y así lo hicímos levantando el campo en silencio. El capitan Drummond no podia andar por más tiempo, y como ninguno de nosotros se encontrase con fuerzas suficientes para cargar con él, los tres malgaches lo tomaron en hombros llevándole alternativamente; uno de ellos se nos escapó.

Dijéronnos que al dia siguiente llegaríamos al Mandera; apresurámos el paso durante la noche y al amanecer vímos este rio que se encontraba á larga distancia; algunos se sentaron fatigados creyendo que ya nada tenian que temer de los salvajes. A una milla del rio nos alcanzaron de nuevo, y asesinaron á los que descansaban al pié de los árboles. Yo estaba tambien entre ellos, y viendo esta horrible carnicería rasgué y arrojé la levita, la camisa y cuanto podia estorbarme, y dí á correr llegando á la orilla del rio cuando la vanguardia se hallaba ya al otro lado. Una detonacion me hizo volver la cabeza y ví caer á la mujer que nos acompañaba, que fue en seguida acuchillada por los salvajes. Dispararon tambien sobre mí, pero logré pasar con la proteccion de los que ya se encontraban á la otra parte, sin que los insulares osasen perseguirnos. Preguntóme el capitan si opinaba que podria llegar algun otro de los rezagados que aun conservara la vida, á lo que contesté negativamente. Con todo, resolvimos esperar algunos momentos ántes de internarnos en el bosque. Los salvajes siguieron á algunos que en él entraron, y haciendo fuego mataron á dos ó tres. A unas dos millas encontrámos una llanura arenosa, notando que nuestros enemigos se dirigian en grupos para atacarnos por diversos lados; formámos entónces cuatro partidas al mando de los tres capitanes y de M. de Bennof. Sólo contábamos con treinta y seis fusiles, y escasos eran los hombres que se encontraban en estado de combatir. ¿Qué podia hacer un puñado de hombres rendidos de fatiga contra más de cuatro mil salvajes corpulentos y ardiendo en deseos de venganza?

Lográmos empero tenerlos á raya desde la mañana hasta las seis de la tarde. pero agotámos en breve las municiones; los dos prisioneros esperaban por momentos la muerte, mas eso no nos producia utilidad. Enviámos una mujer que vino con Sam para que en compañía de su esposo llevase una bandera de paz á

los insulares, la cual consistia en un pedazo de seda encarnada anudada á una lanza. Les dijo que devolveríamos los rehenes y las armas á medida que nos internáramos en los otros territorios. Los negros contestaron que si les entregábamos las armas en seguida nos permitirian ponernos en marcha al dia siguiente por la mañana; pero de ningun modo aquella misma noche. Temian que si marchábamos durante la noche enviaríamos contra ellos á sus enemigos.

Las proposiciones de los malgaches dieron orígen á animados debates: nos repugnaba entregar las armas, y los capitanes Drummond, Stewart, M. Bennof y su gente se opusieron á la entrega; pero fue de distinto parecer M. Young, cuya opinion adoptó por último la mayoría. La mujer fué á dar la respuesta, y los negros enviaron por las armas; el capitan Drummond y los suyos rehusaron entregarlas.

Drummond, Stewart, M. Bennof, Sam, su mujer y otras cinco personas se pusieron en camino durante la noche con el mayor sigilo, y apénas fue de dia se presentaron los malgaches, y un hijo del rey preguntó por M. Drummond. Otro se apoderó de mí y de cuatro jóvenes de mi edad, mandando atarnos con cuerdas; en seguida ví horrorizado que asesinaba á M. Young buscando despues otras víctimas; su gente imitóle, y nuestros desgraciados compañeros cayeron muertos á sus manos. Empezaron en seguida á despojarles de la ropa, llevando la crueldad hasta sacarles las entrañas. Pensé llegado mi último instante al ver dirigírseme uno de los jefes con el arma levantada, pero el que me tenía en su poder impidió que me hiriera dirigiéndole algunas palabras que no comprendí entónces.

Terminada la matanza se alejaron precipitadamente con los vestidos de sus víctimas, temiendo que el capitan Drummond y los suyos llevasen la alarma al Fuerte Delfin. Poco despues supe que el rey de dicho punto se presentó con dos mil hombres para libertarnos; pero por desgracia llegó demasiado tarde.

Nuestro proyecto, perfectamente combinado, se realizó con acierto al principio, pero despues nuestra ceguedad llegó hasta la estupidez contribuyendo á ello el afecto que profesábamos al padre del capitan Young; el fatal éxito de esta tentativa, demostró que el hijo carecia de la experiencia y habilidad que poseia el padre.

Unicamente yo y tres jóvenes más, de los cuales el de mayor edad sólo contaba diez y seis años, pudímos salvarnos y ni aun tuvímos el consuelo de vivir unidos, pues nos separaron al momento. El inglés Sam se volvió á los insulares, y desde entónces no le ví más. Despues supe que vivia en libertad sirviendo á un jefe llamado Crindo, circunstancia que me hace sospechar con fundamento de su lealtad.

Al atravesar el bosque para llegar al rio tuve siempre ante mis ojos el triste espectáculo que presentaban los cadáveres de mis compatriotas. Tres dias hacia que no probaba bocado, y era tal mi debilidad que á duras penas podia sostenerme. Tomámos algun alimento y descansámos cerca de una hora. Durante el resto del dia caminaron con más lentitud para que pudiera seguirles; aquella noche llegámos al bosque donde debíamos descansar, arreglando las camas con yerba; el hombre que me guardaba recogió la suficiente para los dos y se acostó á mi lado. Apénas pude pegar los ojos, pues constantemente se me presentaba la imágen de mis amigos bárbaramente degollados.

Nos levantámos al amanecer, y despues de un frugal desayuno caminamos hasta el medio dia para hacer alto junto á un estanque situado entre corpulentos árboles; la víspera pasámos á unas cien toesas de él muertos de sed, y los indígenas llevaron su crueldad al extremo de decir que no se encontraba agua en aquellos alrededores.

Por la noche llegámos á una aldea ó ranchería en donde fui expuesto á la befa de las mujeres y de los niños hasta que á mi guardian le plugo despedirlos. Él y los demas jefes ocuparon todas las chozas vacías, durmiendo nosotros al descubierto. Mil ideas desgarradoras me atormentaban sin cesar; juzgaba que me conservaban la vida para conducirme delante del rey y veia su hijo torturándome ántes de morir; la debilidad cerró mis párpados, pero agitado por sueños aterradores, me desperté sobresaltado y no pude dormir en todo el resto de la noche.

De nuevo en camino llegámos á las cuatro horas á una aldea bastante grande delante de la cual observé un plantío de tamarindos. Uno de los negros golpeó un enorme marisco, y á su sonido las mujeres pasaron á una vasta choza de doce piés de altura, situada en el centro de la aldea, que pertenecia á un jefe llamado Mewarow. Sentóse delante de la puerta, y su mujer á gatas fué á besarle los piés, haciendo otro tanto las demas con sus maridos. La esposa de Mewarow era hija de un rey vencido en un combate; cayó prisionera y Mewarow se casó con ella á pesar de ser su esclava. El sentimiento de su estado hizo que me compadeciese.

Pasé largo tiempo en la esclavitud cambiando algunas veces de domicilio. Poco tiempo despues de mi prision el rey del territorio del Fuerte Delfin ofreció comprarme por dos fusiles. Algunos blancos, y entre ellos el capitan Drummond, se hallaban presentes; este me llamó por mi nombre preguntándome al mismo tiempo por mi salud; iba á contestarle rogándole que me ayudase á recobrar mi libertad, pero Mewarow me tapó la boca con la mano amenazándome con la muerte si pronunciaba una palabra. El capitan Drummond, suponiendo que no le comprendia, se acercó á los demas blancos; mi amo figuróse que querian arrebatarme á la fuerza sin darle los dos fusiles, y les hizo fuego, siguiéndose de aquí una escaramuza. Temiendo que me escapara me ataron las piernas, trasportándome en seguida al bosque con numerosa escolta.

Algun tiempo despues, en una entrevista que tuve con un jefe llamado Rinnano, admiróse este al ver un blanco al servicio de los negros, y dijo que si el rey de la bahía de San Agustin me tuviera en su poder me daria vestidos y cuanto necesitase hasta que un buque tripulado por blancos me tomase á su bordo. Logré hablarle sin testigos, y le conté mi naufragio y desgracias, dándole al mismo tiempo noticia de los malos tratamientos y dureza de mi amo. Mi relato le conmovió prometiéndome que procuraria arrancarme de las manos de Mewarow; al dia siguiente le indicó que deseaba tener al jóven blanco, dándole en cambio una buena escopeta. Mi amo rehusó, diciendo que para guardar ganado y encontrar batatas silvestres y miel, no tenía igual, y por consiguiente no me cambiaria ni por dos fusiles. Rinnano le ofreció entónces varios esclavos, pero Mewarow declaró que de ningun modo se separaria de mí; y para cortar la conversacion me envió al bosque en busca de batatas.

Resolví escaparme y ganar la bahía de San Agustin, siguiendo las indicacio-

nes de Rinnano, que me aseguró que durante el camino encontraría víveres; pero Mewarow desconcertó todos mis planes cambiando su punto de residencia.

En una expedicion contra el enemigo me permitieron tomar un fusil, y en el asalto de un pueblo tuve la suerte de hacer prisioneras á la esposa y á la hija del jefe, linda jóven de diez y seis años. Mi amo me dijo que eligiera á una de las dos y me decidí por la hija, la cual no se opuso á ser mi esposa.

Desde entónces mi suerte fue más llevadera, pero como estaba resuelto á escaparme, realicé mi proyecto durante la noche, despues de intentar en vano que mi esposa me siguiera, viéndome por último obligado á abandonarla á mi pesar, pues la amaba. Atravesé bosques y llanuras llegando á un pueblo sometido á un jefe llamado Aferer que distaba unas cincuenta millas de la residencia de Mewarow; fuí directamente á su encuentro, y le pedí amparo contándole mis desgracias, y añadiendo que mi vida estaba en peligro y en la actualidad más que nunca. Este jefe se alegró de mi llegada y me ofreció su proteccion, prometiéndome que en adelante no sería ya esclavo.

Mewarow me envió á buscar, pero Aferer le contestó que tenía la facultad de irme ó quedarme, segun me acomodase, y que su proteccion no me faltaria.

Cambié varias veces de dueño y no escasearon trabajos y peligros. Un jefe llamado Trougha me trató muy bien, pero fue muerto por desgracia. Otro llamado Rer-Moume me ayudó á recobrar la libertad. Encontré en Boharbo á William Thorbury, jóven inglés, abandonado en la isla nueve años hacia, y á cuyas necesidades atendia el jefe del territorio en donde se encontraba. Convenímos recíprocamente en que el primero que por cualquier circunstancia lograse regresar á Inglaterra daria noticias del otro á su familia.

Thorbury encontró medio de volver á su patria embarcándose en un buque que vino á traficar en la costa de Madagascar. El amo á cuyo servicio estaba me hizo poner guardias de vista, de modo que mis esperanzas se vieron cruelmente defraudadas; pero confiaba en las promesas de mi amigo quien no me olvidó. Arribaron algun tiempo despues dos buques, uno de ellos mandado por el capitan William Macbeth, portador de una carta de mi padre. Rer-Moume, en cuya compañía estaba, me rogó que me quedara con él, pero no se opuso á mi marcha, y cuando le pregunté el precio de mi rescate, negóse á recibir cosa alguna, añadiendo que si mis amigos y yo queríamos regalarle un fusil lo conservaria en memoria mia. Le regalámos uno muy lujoso, pólvora, piedras, y una barrica de aguardiente.

Cuando ví á los dos capitanes pintóse la sorpresa en mi rostro como si por primera vez me encontrase delante de blancos; estaba completamente desnudo exceptuando un pedazo de tela que me cubria los riñones. Mi piel estaba cubierta de manchas negras, y los cabellos largos y enmarañados, de suerte que presentaba un aspecto espantoso.

Me cortaron el pelo y afeitaron, dándome luego un ligero traje de marinero; tres dias despues fuí á bordo y estuve largo tiempo gravemente enfermo á consecuencia de la mar y del cambio de régimen.

Los capitanes ingleses se dedicaban á la trata de negros, y les ayudé en su tráfico. Supe que el capitan Drummond murió, pero que M. Bennof pudo regresar á Inglaterra.

El 20 de enero de 1717 me despedí de Madagascar. En santa Elena salté en tierra para velar los esclavos enfermos. Ganámos poco despues la Barbada pasando luego á Jamaica donde vendímos el cargamento de negros. El capitan tuvo conmigo las atenciones de un padre, y me proporcionó dinero siempre que quise desembarcar.

Salí de Jamayca el 5 de julio, desembarcando en Inglaterra en 9 de diciembre despues de una ausencia de diez y seis años y nueve meses, y de crueles y largos padecimientos.

NAUFRAGIO DEL BUQUE SAINT-GERAN

cerca de la Isla de Francia, en 1744.

Por grande que sea el interes que inspiren los personajes de una novela, los sentimientos con que los retrate el autor y el arte con que los agrupe, no es todo ello sin embargo mas que una creacion de la menté; el único medio de cautivar al lector consiste en presentarle héroes que vivieron, ó en dar cierto aire de sinceridad al relato, mezclando con la fábula hechos verdaderos. Esto procuran hacer la mayor parte de los novelistas, saliendo algunos airosos en su empresa; pero al poner en escena los principales personajes de una época les han dado un carácter muy ajeno á la verdad histórica. A otros un suceso que pasó ante sus ojos ó una circunstancia cualquiera de su vida inspiróles un libro en el que sólo el hecho es verdadero, y de pura invencion los personajes. El naufragio del *Saint-Geran* delante de la Isla de Francia, en 1744, dió á Bernardino de Saint-Pierre la primera idea de Pablo y Virginia. Se buscó durante mucho tiempo con curiosidad cuanto podia tener relacion con este poético episodio de las regiones tropicales, descubriéndose por último en 1821, en el archivo de la Isla de Francia, las declaraciones de algunos infelices salvados del naufragio del *Saint-Geran*. En lugar de copiar estos documentos, extractarémos la relacion de Lemonteig.

El *Saint-Geran*, buque de siete á ochocientas toneladas, salió de Lorient el veinte y cuatro de marzo de 1744; llevaba una numerosa tripulacion y componian su estado mayor los señores Delamare, capitan; Malles, primer teniente; Peramont, segundo; Longcham de Montendre, primer alférez; Lair, segundo, y el caballero Boette, alférez supernumerario. Al cabo de veinte y dos dias llegó á Gorea en donde embarcó treinta negros, veinte hombres y diez mujeres, oriundos de Yolofs y Banbarras. Un jóven llamado Belleval, que segun decia, era cirujano, desertó de la colonia y se introdujo furtivamente en el *Saint-Geran*.

La navegacion fue larga y dirigida con poco acierto. Diez hombres fallecieron

y mayor número yacia en la bodega, cuando el diez y siete de agosto el buque se encontró á diez y seis leguas de la Isla de Francia y muy cerca de los islotes que señalan su proximidad. El cielo estaba sereno y los oficiales deliberaban sobre lo que convenia hacer; el capitan fue de opinion que debia aprovecharse la luz de la luna para fondear en Tierra Grande, en el lugar llamado la Tumba; pero M. Malles, primer teniente, combatió su parecer, diciendo que si se efectuaba en el lugar indicado, con tantos enfermos en el buque no quedaria gente bastante para levar anclas. Ambrosio Albin, primer contramaestre, tomó entónces la palabra, y como fue durante once meses patron de barco en la Isla de Francia, expuso, citando ejemplos, los peligros que ofrecia fondear en la bahía de Tumba. Callad, exclamó el primer teniente acompañando sus palabras con un par de bofetones; lo sabemos mejor que vos. El capitan acabó por decir á sus oficiales: Sois más expertos que yo, pues hace más de veinte años que no navego por estos mares; por tanto, os entrego la direccion del buque. M. Longchamp de Montendre, primer alférez, que estuvo de guardia hasta media noche, gobernó bastante bien siguiendo los consejos del contramaestre; pero M. Lair, segundo alférez, no tuvo en cuenta las advertencias que por dos veces se le hicieron de que se acercaba demasiado á tierra. Ya por falta de sueño, ó bien por la inquietud que debia causarles una navegacion tan prolongada en la misma direccion, el capitan Delamare y el primer teniente se presentaron sobre cubierta á las dos y media de la madrugada, y reuniéndose á M. Lair empezaron á admirar la belleza del cielo, cuando de repente una ola arrojó el buque contra una rompiente, con tal violencia, que se creyó su pérdida inevitable. Inclinóse de tal modo que el peso de la arboladura amenazaba acostarle y sumergirle. Era imposible mantenerse en pié, y la tripulacion agarróse á los aparejos y obenques empeorando su situacion la desigualdad del arrecife que sostenia al buque; rompióse la quilla, separándose los dos extremos, lo que impidió disparar cañonazos de auxilio, pues el menor movimiento hubiera bastado para irse á fondo.

Aunque no conste con exactitud el número de los tripulantes y pasajeros del *Saint-Geran*, debia ser considerable si se tiene en cuenta que los enfermos pasaban de ciento. En cuanto el buque chocó, el capitan tocó la campana, y la cubierta se llenó de una multitud espantada; oficiales y marineros, hombres y mujeres, pasajeros y tripulacion, libres y negros á quienes igualaba el comun peligro, la invadieron; sólo los moribundos permanecieron en la bodega. De órden del capitan el capellan del buque entonó el *Ave maris stella* y la *Salve Regina*, haciéndose en seguida solemnes votos á santa Ana de Auray á instancias del primer teniente. El sacerdote dió su bendicion á aquellos infelices que se arrodillaron, abrazándose para pedirse perdon de sus ofensas. El teniente Malles, que tan indignamente ultrajara al primer contramaestre Ambrosio, contemplaba profundamente conmovido esta escena desgarradora, cuyo solemne silencio únicamente interrumpian los gritos y lamentaciones del jóven aventurero que se escapó de Gorea.

Al amanecer se ofrecieron á sus ojos dos solos medios de salvacion que les quedaban. Más de una legua distante se presentaban dos puntos; uno era la costa de la Isla de Francia; el otro la isla de Ambre, pequeña, desierta y de fácil acceso. Una mar tranquila bañaba ambas riberas, pero para llegar hasta ellas era preciso franquear la barra de arrecifes cuyo paso impedian olas turbulentas y rápidas

corrientes. El estupor de la tripulacion y la natural confusion en momentos de tanto peligro, impidieron que saliesen perfectas las embarcaciones que se construyeron. Una balsa botada al agua sumergióse con sesenta personas que la ocupaban. Los instantes eran cada vez más preciosos, pues los hombres expertos en la mar veian formarse en el horizonte una ráfaga que consumaria la pérdida del buque. A las seis y media dejóse á la tripulacion en libertad de salvarse como mejor pudieran. Los más resueltos se arrojaron al agua agarrándose á algun madero, y los que permanecieron en el buque no tuvieron que esperar largo tiempo la muerte, pues la embarcacion desaparecció pocos momentos despues, sin que se salvara uno solo de tan terrible catástrofe. De cuantos intentaron llegar á tierra á nado únicamente nueve lo consiguieron casi milagrosamente, arribando á la isla de Ambre despues de unas cinco horas de indecibies fatigas. Durante dos dias vagaron por la desierta playa, y por último, tres de ellos, fiando su suerte á un trozo de madera, resolvieron pasar á la Isla de Francia á donde llegaron felizmente. Advertidas las autoridades enviaron una chalupa tripulada por algunos soldados, con arroz y carne de ciervo, que salvó á los otros seis náufragos á quienes encontraron moribundos en la costa, trasladándolos como á los otros tres compañeros á la capital de la isla á anunciar el ignorado naufragio del *Saint-Geran*. Veinte y cuatro años despues el baron Milnes dió á conocer á la Europa las declaraciones de los náufragos.

Terminamos la narracion de esta espantosa catástrofe, y el lector buscará tal vez un nombre en medio de las víctimas, creyendo ver en la popa del *Saint-Geran*, cuando el buque desaparecia en el abismo, á Virginia, tranquila y resignada dirigiendo á sus amigos un eterno á Dios. Con avidez examinámos las relaciones de los marineros buscando en ellas algo que nos recordase esta muerte sublime, y creímos encontrar á la heroína de Saint-Pierre en una de las dos jóvenes que se hallaban á bordo del buque, regresando á su patria despues de terminada su educacion. La señorita Mallet ocupaba el alcázar con M. de Peramont que no la abandonó ni un instante. La señorita Caillou estaba en el castillo con los señores Villamois, Gresle, Guine y Longchamp de Montendre, quien descendió por el costado del buque á reconocer la mar, volviendo á subir en seguida para rogar á la señorita Caillou que le siguiese.

Como los marineros nadaban con direccion á tierra sin volver la cabeza, no pudieron referir ninguno de los terribles dramas que debieron tener lugar entónces. Empero puede señalarse otro hecho, referente á Edme Caret, patron de chalupa.

Hallábase contemplando con profunda atencion la escena que se verificaba á su alrededor cuando se le acercó el capitan M. Delamare. ¿Qué vas á hacer? le preguntó.—Voy á buscar, contestóle el patron, una tabla y un pedazo de madera para salvarme. Y terminadas estas palabras dirigióse á la chalupa en busca de lo que necesitaba. M. Delamare bajó la escalera para estar dispuesto en cuanto se hallara la tabla á flote, y volviendo á subir poco despues habló unos momentos con M. Mallet. Caret le dijo entónces: Quitáos la levita y los calzones; de este modo nos salvarémos con más facilidad. Pero negóse á ello Delamare, diciendo que el decoro de su posicion no le permitia llegar desnudo á tierra, y que tenía ademas papeles importantes en el bolsillo que no podia abandonar.

En vista de estos escrúpulos de un capitan, víctima del decoro, recordámos los de la vírgen, víctima del pudor.

Todos los marineros, dice Bernardino de Saint-Pierre, se arrojaron al agua, y sólo uno quedaba á bordo, desnudo y de musculatura hercúlea. Vímos que se acercaba á Virginia con respeto, se echaba á sus piés, y hasta hacia esfuerzos para arrancarle sus vestidos; pero ella volvió la vista rechazándole con dignidad. Oyéronse entónces los gritos de los espectadores: ¡Salvadla, salvadla! ¡No la abandoneis! Pero avanzó rugiendo una montaña de agua entre la isla de Ambre y la costa, dirigiéndose hácia al buque. A la vista de tan terrible aparicion el marinero se arrojó á la mar, y Virginia, ante una muerte inevitable, llevóse una mano á sus vestidos, la otra al corazon, y levantando sus ojos serenos pareció un ángel próximo á tender su vuelo al empíreo.

FALCONER.

Llevámos mencionados diferentes dramas espantosos ocurridos en la mar, sin otros testigos las más veces que los revueltos elementos, alumbrados por el rayo, y mezclándose en ellos el último grito del moribundo al fragor del trueno, al mugido del huracan, y al pavoroso estrépito de las irritadas olas; dramas terribles y de funesta celebridad por las numerosas víctimas que en ellos figuran. Vamos ahora á dar cuenta de una escena no ménos interesante que contribuyó á inmortalizar á un hijo del pueblo, á un modesto marinero. Sin él la pérdida del *Britannia* quedara para siempre sepultada en el olvido; pero este hombre, mero contramaestre, bajo cuya ruda corteza nadie podria adivinar la llama del genio, halló su inspiracion en el rugido de la tempestad, legando á su patria el poema titulado *El Naufragio* que colocó su nombre entre los de los primeros poetas ingleses.

Guillermo Falconer nació en Edimburgo por los años de 1730; era su padre un pobre barbero, honrado y laborioso, que para alimentar á su familia, sobre la cual, al parecer, pesaba una maldicion, pues todos sus hijos á excepcion de Guillermo eran sordos ó mudos, trabajaba dia y noche sin descanso. Guillermo fue el único que pudo recibir los beneficios de la educacion, aprendiendo en su infancia á leer, escribir y algo de aritmética.

Quedó huérfano en tierna edad, y falto de toda clase de recursos, vióse obligado á entrar en calidad de grumete en un buque mercante de Leith. Se ignora cómo pudo, en medio de tan agitada vida, cultivar su natural talento. Uno de sus biógrafos ingleses cuenta que encontrando en el buque á su compatriota Cambell, autor del *Lexiphanes,* diálogo satírico por el estilo de los del célebre doctor

Jonhson, que ocupaba el destino de escribiente, consintió en servirle sólo porque le instruyera. Sea ó no exacto, alabóse de ser su maestro cuando Falconer empezó á conquistarse un nombre; y debió de felicitarse del aprovechamiento de su discípulo, que sabia el frances, el español y el italiano.

Dícese que por las recomendaciones de Cambell Falconer fue nombrado contramaestre del *Britannia*; acaso obtuvo este grado en recompensa de sus servicios, puesto que, como el mismo dice en su poema, habia ya pasado de los ardores de la zona tórrida á los glaciales climas del polo, y recorrido las costas del Perú, Labrador, Siria y Panamá, teniendo siempre en sus lejanas excursiones á la desgracia por compañera: el cambio de lugar no significaba para él otra cosa que el cambio de infortunio.

Ni aun despues de su ascenso perdió el aciago destino su funesta influencia. El *Britannia* tocó en Africa, en Italia, en Sicilia, y por último en Alejandría. Al salir de esta ciudad para Venecia la tripulacion contaba terminar su excursion en la capital del Adriático, regresando luego directamente á Inglaterra..

Tocaron en Candía en donde la calma los detuvo algunos dias. Pudo por último hacerse á la mar durante la noche, pero apénas aparejaron cesó por completo el viento, viéndose obligados para evitar los escollos que bordeaban la costa, á remolcar el buque. Al amanecer del dia siguiente, comenzaron á agruparse nubes en el horizonte; el viento era débil y variable, pero por último hinchó las velas poniendo la nave en movimiento. Poco despues que desapareció el monte Ida entre la bruma, vieron aproximarse una tromba; pero pudieron evitar el peligroso metéoro disparando contra él varios cañonazos con bala.

La estacion se encontraba bastante avanzada, y no podian despreciarse estos indicios de mal tiempo, por lo cual sacaron las velas de repuesto para un caso de apuro. Poco despues refrescó el viento, y el buque pasó con rapidez por las costas de Candía, tomando un rizo á las velas de gavia. Arreció el viento; dejaron al Sud el cabo Spado, situado á la extremidad N. O. de Candía, y á las cuatro de la tarde levantóse una borrasca que desgarró la vela mayor, obligando á tomar otro rizo. El viento contrario y la mar gruesa entorpecian la marcha del buque inclinándolo de tal modo que temian una catástrofe. Pusieron pues la caña al viento, y el buque viró hendiendo las olas con la rapidez de una flecha; pero como si los elementos se propusieran jugar con él para esterminarle, cambió en seguida el viento al lado opuesto, obligando á la tripulacion á variar la maniobra, reemplazando al mismo tiempo la vela rota.

En aquel momento notaron á corta distancia multitud de cetáceos procedentes del Sur y con direccion al Norte: y esta aparicion, indicio para la generalidad de los marinos de mal tiempo, vino á aumentar la zozobra y los temores de la tripulacion.

Seguia el buque otro rumbo arrastrado por la espantosa impetuosidad del viento Suroeste; se aferraron las velas de gavia y los masteleros de juanete; mas á pesar de tantas precauciones no se podia evitar que las olas batiesen réciamente los costados del buque. Al ponerse el sol se presentaron seguros indicios de que la noche sería terrible. No eran infundados los temores de los marineros. La mar á cada instante más amenazadora, acabó por invadir casi la mitad del buque. ¡Firmes! exclamaron entónces los oficiales, pero el grito de alerta no pu-

do salvar á cuatro marineros que se hallaban en la verga de la mayor, y fueron arrebatados por las olas.

Tenian cinco piés de agua en la bodega; inmediatamente pusiéronse las bombas en juego arrojando á la mar la artillería para aligerar el buque, y como las olas que sin cesar barrian la cubierta inutilizaban los esfuerzos de los que picaban las bombas, empezó á apoderarse de ellos la desesperacion. El viento les arrastraba á las rocas de Falconera, y temiendo estrellarse en ellas viraron de bordo. Se intentó izar la vela de trinquete, pero fue desgarrada; cargáronse entónces las de proa, picando el palo de mesana. El buque caminaba contra viento, y dejó atras las rocas de Falconera cuyo faro apercibióse en medio de la terrible lobreguez de la noche. Al amanecer estuvieron á la vista de las rocas de San Jorge, descubriéndose poco despues la isla de Atica. Un rayo cegó al timonel, y el buque, que ya no gobernaba, fué á dar de costado contra la ribera, perdiendo el baupres, el mastelero de trinquete y el de gavia. A la primera sacudida se abrió, desapareciendo por completo á la segunda. Cinco marineros trataron de salvarse agarrándose al trinquete, pero murieron cuatro y sólo el quinto llegó á tierra en donde encontró á un amigo moribundo. Toda la tripulacion fue víctima de las olas excepto tres personas, entre las cuales se contaba Falconer.

Tan triste suceso, destinado á dejar un recuerdo indeleble en la memoria de los que pudieron escapar con vida, inspiró á Falconer la idea del poema titulado: *El Naufragio*, y al leerlo se conoce que el autor describe acontecimientos de que fue testigo, y casi víctima.

Este poema que contiene muchas bellezas, goza cierta celebridad entre los ingleses por la habilidad con que su autor emplea los términos náuticos, y empieza precisamente en la partida de Alejandría. Mezcla con la relacion del naufragio la descripcion de los lugares que va recorriendo; opone al floreciente estado de la Grecia, en los tiempos en que era libre, la situacion deplorable en que se encuentra bajo la esclavitud de los musulmanes; y este hombre, que pasó toda su vida en el mar, sorprende con el conocimiento que manifiesta tener de las cosas y de los hechos verdaderos ó fabulosos que forman la historia de la antigua Grecia.

Falconer nos describe al capitan y á la mayor parte de los oficiales del buque, á quienes hace figurar en algunos episodios cuyos detalles atraen y cautivan al lector. El cuadro de la pérdida del buque y del triste fin del capitan conmueve y arrebata; el poema termina con un pasaje melancólico y de tiernísima sencillez. Se salvan tres hombres de la tripulacion; uno de ellos busca á un amigo querido y le descubre en las rocas vivo aun, pero en el más lastimoso estado; el moribundo sobre cuyo pecho se encuentra el retrato de su amada, significa al compañero su última voluntad, y exhala en sus brazos el postrer suspiro. Llegan entónces los griegos para socorrer á los pocos salvados del naufragio; ven las olas cubiertas de destrozos y cadáveres, y encuentran únicamente á tres ingleses con vida reclinados contra una roca y guardando un sepulcral silencio. Los generosos indígenas sostienen en sus brazos á los extranjeros, exhalando compasivos suspiros que revelan los sentimientos que dominan en su corazon.

Falconer no habla de su persona en el poema, á pesar de ser uno de los tres que con vida pudieron llegar á tierra; tanta modestia añade nuevos quilates al mérito del enérgico cantor del *Naufragio*.

El poema publicóse por primera vez en 1762; las bellezas de la obra y la feliz idea que tuvo de dedicarlo al duque de Yorck, hermano de Jorge III, influyeron favorablemente en su fortuna. El príncipe, que mandaba entónces una division de la armada á las órdenes del almirante Hawke, aconsejó á Falconer que abandonase la marina mercante por la real; siguió el poeta sus consejos y entró de *midshipman* á bordo del *Real Jorge* que montaba el almirante. Al firmarse la paz, en 1763, licencióse la tripulacion del buque, y como Falconer no llevaba suficiente tiempo de servicio, no pudo presentarse á exámenes para alcanzar el grado de subteniente. Se le aconsejó que pasara del servicio militar al civil en la marina real, y fue nombrado poco despues escribiente de la fragata *Gloria*, que tomó luego el nombre de *Apolo*.

Casóse á poco tiempo con una mujer que compartia su aficion por la literatura; encontró la felicidad en esta union, pero la muerte del duque de Yorck ocurrida en 1764, le colocó en una situacion harto precaria. Para salir de ella compuso otras varias poesías, y un *Diccionario de Marina* muy apreciado. En 1764 dió la segunda edicion de su poema, y preparaba la tercera en 1769, cuando fue nombrado escribiente de la fragata *Aurora* que se dirigia á las Indias Orientales.

La satisfaccion que causó á los amigos de Falconer el lisonjero porvenir que se le presentaba no fue duradera. La *Aurora* salió de Inglaterra el 30 de setiembre de 1769 y tocó en el cabo de Buena Esperanza el 6 de diciembre, abandonando esta colonia el 21. Desde esta fecha no se volvió á saber de la fragata, ni de la tripulacion.

Corrieron diversos rumores sobre las causas de la pérdida de la *Aurora*. Como dos veces se declaró fuego á bordo ántes de abandonar el Támesis, se supuso, por último, que sería presa de las llamas; pero creyóse con más fundamento que perecieran en medio de una tempestad en el canal de Mozambique, donde los buques se encuentran expuestos á peligros sin cuento.

El mes de noviembre de 1773 un marinero negro se presentó á los directores de la compañía de las Indias y dijo ser uno de los cinco que escaparon del naufragio de la *Aurora*, añadiendo que la fragata se estrelló contra las rocas próximas á Macao, y que él y sus compañeros de infortunio permanecieron cerca de dos años en un islote desierto hasta que fueron recogidos por un buque que tocó allí por casualidad.

Falconer, despues de salvarse del primer naufragio que cantó con tan sublime inspiracion, ménos feliz esta vez desapareció en el abismo con el buque á cuyo bordo se hallaba.

MADAGASCAR.

Dejámos mencionada la mayor isla del Africa, situada al S. O. de esta parte del antiguo continente, del cual la separa el canal de Mozambique; isla que no há mucho tiempo dominaba la más cruel barbarie, y que recientemente parece haber entrado en el camino de la civilizacion, por los esfuerzos ó egoismo de Francia é Inglaterra, que se disputan con tenacidad su predominio para explotar sus ricas minas y extensos bosques de preciosas maderas.

Madagascar se extiende de N. N. E. á S. S. O. en una superficie de cerca de 20,000 leguas cuadradas. Recorre la isla en toda su longitud una cadena de altas montañas, algunas de ellas hasta de 13,500 piés de elevacion sobre el nivel del mar, y en las cuales se encuentran las fuentes de los rios que bañan el territorio, bastante caudalosos algunos, como el Lingebate, el Mananguru, el Matzamba, el Matombagh, el Manciatre, el Chacao, y el Darmut. El viajero que por primera vez arriba á aquellas apartadas regiones queda sorprendido á la vista de su lozana vegetacion y al aspecto pintoresco de un terreno casi vírgen, lleno de numerosos lagos de aguas tranquilas y trasparentes, en los cuales se pierden altísimas cascadas.

Simas espantosas sirven de cauce á impetuosos torrentes, aumentando la terrible poesía, por decirlo así, de aquellos lugares; picachos atrevidos que parecen querer rasgar las nubes, accidentan el terreno variada y severamente. Saliendo de la region montañosa, en donde se nos presenta la naturaleza con toda su grandiosidad, se encuentran deliciosos valles, hermosas colinas, llanuras cubiertas de yerba y flores, é inmensas praderas que proporcionan pasto abundante al ganado de los indígenas.

La extremidad septentrional de la isla está limitada por el cabo de Ambar, uno de los más notables. La costa, muy quebrada en la parte occidental, es más regular en la oriental en donde se encuentra la bahía de Antongil. Las de Chimpaiky, Narrinda y Bombetoc, aun que no tan importantes como la anterior, ofrecen seguro asilo á las embarcaciones. Varios islotes rodean la isla principal, algunos de los cuales no son mas que peligrosos arrecifes. Unicamente se hace notar por su extension la de Santa María.

A pesar de estar situado Madagascar en la zona tórrida, el clima es muy vario á causa de la elevacion del terreno. Durante el estío son temibles los huracanes, precursores de enfermedades malignas.

Los indígenas no son muy aficionados á la agricultura; los únicos granos que cultivan, y que á pesar de su descuido dan ciento por uno, son el arroz y el

maíz. Se cosechan tambien patatas, algodon, añil, pimienta, lino, cáñamo, caña de azúcar y excelente tabaco producido por la tierra casi espontáneamente. Los dilatados bosques que cubren la isla están poblados de bananos, naranjos, limoneros, palmeras y árboles de maderas costosas, como el sándalo y el ébano. En las montañas se encuentran abundantes minas de hierro, cobre, mercurio, talco, estaño, cristal de roca, bancos de sal gemma, salitres, preciosas ágatas negras, y tal vez cuando aquellas regiones se exploren con más prolijidad se encuentre oro aunque de baja ley.

El reino animal es allí en extremo variado, abundando los animales útiles al hombre. El zebú es una especie de buey con jiba, que carece unas veces de astas y otras las tiene movibles, el cual sólo se encuentra en Madagascar; los asnos silvestres, cuyas orejas son enormes, se hallan igualmente con profusion, así como los jabalíes, los carneros de cola gorda y de lana finísima, el ris y el ai, las pintadas, faysanes, palomas torcaces, etc., etc. Las fieras más temibles que pueblan la isla son el antamba y el farrassa, parecido el primero al leopardo y al chacal el segundo. Los gusanos de seda se multiplican por sí solos sin que nadie pensara, hasta muy recientemente, en utilizar su precioso producto.

La poblacion de Madagascar se compone á poca diferencia de unos cuatro millones de habitantes divididos, á últimos del siglo pasado, en gran número de pueblos que, como han podido observar nuestros lectores, regian otros tantos jefes, y cuyas costumbres, fisonomía y usos eran bastante diferentes. Hoy, gracias al genio de Radama, quien, segun refiere Arago en su *Viaje al rededor del mundo,* se propuso imitar á Napoleon el Grande, todas las tribus se convirtieron en un reino, en el cual introdujo los adelantos de la civilizacion su rey animado de los mejores deseos, y con un acierto é inteligencia que podrian envidiar algunos de nuestros diplomáticos.

Habitan la parte E. de la isla los antabastos, betimessaros, ambanivulos, betanimesnos y antixivos; en la parte meridional se encuentran los maxicores, mahafattes, carembules, ampatris y artenosses que ocupan el territorio de Anossis, único que pudo escapar al principio á la dominacion de Radama.

El naciente imperio no tardó en mancharse con un crímen horrible, y que encontramos con frecuencia reproducido en los estados europeos. La esposa de Radama, Ranávalo, mujer ambiciosa y sanguinaria, cuyos feroces instintos descubrió durante su mando, hizo asesinar en 1828 á su esposo, empezando desde entónces para Madagascar una era de decadencia.

Los ingleses gozaron de grande influencia durante el reinado de Radama. Era harto rico el país, demasiado productivas sus minas y poblados de preciosas maderas sus bosques, para que la Francia no intentase suplantar la influencia británica. La debilidad de Madagascar le ha tenido más ó ménos sujeto á la influencia de una de las dos grandes potencias occidentales europeas. Ambas egoistas é igualmente tenaces, han luchado sordamente para atraerse á los soberanos que reinaban en la isla, y de esta lucha fue víctima Radama II.

Madagascar era ya conocida de los antiguos; de ella nos habla Marco Polo y se sabe que en 1506 la visitaron los portugueses. La Francia poseyó allí algunas factorías que abandonaron en 1831, despues de una desastrosa guerra contra los ifovas alentados y sostenidos por los ingleses.

A los indígenas se les conoce con el nombre de malgaches ó madecases y segun las investigaciones más probables, proceden de varias razas; muchos tienen á la árabe por orígen, y conservan, á pesar de la mezcla, la tez aceitunada; pero la mayoría es de color moreno, de cabellos lisos y largos como los indios, encontrándose tambien en abundancia los negros con el pelo corto y lanoso de los cafres. Son altos, bastante bien formados y de carácter por lo general festivo; pero apáticos, poco previsores y voluptuosos. Las mujeres son bastante agraciadas, de ojos brillantes y dientes blancos como el marfil, notándose en este pueblo la singularidad de que estas gozan de un absoluto predominio sobre sus maridos, los cuales las guardan toda clase de consideraciones, cosa que no sucede entre los demas bárbaros.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE DEL PRIMER TOMO.


YGLESIA·MAYOR
1555
EX-LIBRIS

